

**PAULINA  
SIMONS**

**EL JARDIN  
DE VERANO**



*se*

Milagrosamente reunidos en América junto a su hijo Anthony, Tatiana y Alexander afrontan su nueva vida en la que promete ser una tierra de libertad y oportunidades. Sin embargo, el peso de la guerra y de los años de separación, y la presión de un entorno a menudo hostil con los recién llegados, pondrán a prueba un amor que hasta ahora ha demostrado ser inquebrantable.



Paullina Simons

# **El Jardín de Verano**

**El jinete de bronce – 3**

ePub r1.2

Carlos. 16.07.14

Título original: *The Summer Garden*  
Paullina Simons, 2005  
Traducción: Ana Alcaina Pérez

Editor digital: Carlos. para [www.epublibre.org](http://www.epublibre.org)  
Corrección de erratas: Carlos.  
ePub base r1.1



Para Kevin, mi guía místico.

*Junto a los ríos de Babel,  
estábamos sentados y llorando,  
recordando a Sión.  
Allí, sobre los sauces,  
habíamos colgado nuestras liras,  
pues que allí nos pedían cantos nuestros carceleros;  
nuestros verdugos, alegría:  
Cantad para nosotros,  
de los cantos de Sión.  
¡Cómo cantar los cantos del Señor  
en una tierra extraña!*

*Salomón. Cantar de los Cantares. Salmo 137*

# **LIBRO PRIMERO**

## **LA TIERRA DEL LUPINO Y EL LOTO**

El loto florece en la cima yerma,  
el loto florece en los riachuelos sinuosos...  
Sellemos un pacto y jurémosle fidelidad:  
el de vivir en la huera tierra del loto y recostarnos  
en las colinas como dioses, ajenos a la humanidad.

Alfred Lord Tennyson

# Capítulo 1

## Deer Isle, 1946

### *El caparazón*

**Caparazón, m.** Esqueleto externo o cubierta dura que protege el cuerpo de los crustáceos como la langosta.

Hace mucho, mucho tiempo, en Stonington, Maine, a la hora del crepúsculo, al final de una guerra enardecida y al principio de otra fría, una joven vestida de blanco, aparentemente serena pero con manos temblorosas, estaba sentada en un banco junto al puerto, comiendo helado.

A su lado había un niño pequeño que también comía helado, de chocolate. Charlaban tranquilamente, y el helado se derretía más deprisa de lo que la madre tardaba en comérselo. Le estaba cantando *Brilla, brilla, estrella mía*, una canción rusa, tratando de enseñarle la letra. El niño la escuchaba atentamente para luego, entre risas, destrozar las estrofas. Como de costumbre, observaban el regreso al puerto de los barcos langosteros y, casi siempre, ella oía los chillidos de las gaviotas antes de ver aparecer a los barcos.

Soplaba una brisa suave, y el pelo estival acariciaba ligeramente la cara de la mujer. Se le habían soltado unos cuantos mechones de la trenza gruesa y larga que llevaba echada sobre el hombro. Era rubia y muy blanca, de piel translúcida y ojos también translúcidos, con el rostro plagado de pecas. El niño, de piel morena, tenía el pelo negro y los ojos oscuros, y las piernas regordetas propias de un crío de dos o tres años.



Parecían estar allí sentados sin ningún propósito concreto, pero era una impresión de falsa indolencia. La mujer observaba los barcos del horizonte azul con firme determinación; dirigía la mirada al chico y luego al helado, alternativamente, pero contemplaba la bahía embobada, como embriagada.

Tatiana quiere beberse un trago de sí misma en el tiempo presente, porque quiere creer que no existe el ayer, que sólo existe el aquí y el ahora, en Deer Isle, una de las islas alargadas y de suaves pendientes frente a la costa central de Maine, conectada al continente por un ferry y por un puente suspendido a trescientos metros de altura, que los tres habían atravesado a bordo de su caravana, su Schult Nomad Deluxe de segunda mano. Con ella recorrieron la bahía de Penobscot, cruzaron el Atlántico en dirección sur, hasta los mismísimos confines del mundo, hasta Stonington, una pequeña ciudad blanca acurrucada al abrigo de las laderas de robles al pie de Deer Isle. Tatiana, intentando con toda su alma vivir únicamente en el presente, cree que no hay nada más hermoso ni más apacible que aquellas casas blancas de madera, construidas sobre las laderas en angostos caminos de tierra y que dan a la inmensidad de las aguas rizadas de la bahía que Tatiana contempla día tras día. Eso es la paz. Eso es el presente, casi como si no hubiese nada más.

Sin embargo, de tarde en tarde, por una fracción de segundo, cuando las gaviotas emiten sus chillidos, algo quiebra aquella paz, incluso en Deer Isle.

Esa misma tarde, cuando Tatiana y Anthony acababan de salir de la casa donde se alojaban para ir a la bahía, habían oído unas fuertes voces en la casa vecina. En ella vivían dos mujeres, una madre y una hija; la madre tenía cuarenta años y la hija, veinte.

—Ya se están peleando otra vez —dijo Anthony—. Papá y tú no os peleáis nunca.

¡Pelearse! Ojalá se pelearan...

Cuando hablaba con ella, Alexander no le levantaba la voz, ni siquiera un poco. Cuando hablaba con ella, en las raras ocasiones en las que le dirigía la palabra, siempre utilizaba un moderado timbre de voz profunda y gutural, como si estuviese imitando al amable y cordial doctor Edward

Ludlow, el hombre que había estado enamorado de ella cuando vivía en Nueva York: el formal, serio, sabio y buen doctor Edward. Alexander también estaba intentando aprender a dirigirse con tacto a las personas a su alrededor.

Una pelea habría requerido una participación activa en la interacción con otro ser humano. En la casa vecina, una madre y una hija se peleaban a voz en grito, justo en aquel momento de la tarde, por algún motivo, con unos gritos que escapaban por las ventanas abiertas. La buena noticia: que el marido de la primera y padre de la segunda, coronel, acababa de regresar de la guerra. La mala noticia: que el marido de la primera y padre de la segunda, coronel, acababa de regresar de la guerra. Llevaban esperándolo desde el día que se había marchado a Inglaterra, en 1942, y acababa de volver al fin.

El hombre tampoco intervenía en la pelea. Cuando Anthony y Tatiana salieron al camino, lo vieron aparcado con su silla de ruedas entre la crecida hierba del jardín de la parte delantera, sentado bajo el sol de Maine como un arbusto mientras su esposa e hija se desgañitaban en el interior de la casa.

—Mamá, ¿qué le ha pasado? —le preguntó Anthony a su madre en un susurro.

—Que lo hirieron en la guerra.

No tenía piernas ni brazos, era sólo un torso con muñones y una cabeza.

—¿Puede hablar?

Ambos estaban delante de la verja de entrada a la casa vecina. De repente, el hombre habló en voz alta y clara, una voz acostumbrada a dar órdenes:

—Sí puede hablar, pero prefiere no hacerlo.

Anthony y Tatiana se detuvieron en la verja y lo observaron un momento. Ella descorrió el cerrojo de la puerta y entraron en el jardín. El hombre estaba ladeado hacia la izquierda, como un fardo demasiado pesado por un costado. Los muñones redondos terminaban a la altura de

los inexistentes codos, mientras que las piernas habían desaparecido por completo.

—Espere, deje que lo ayude. —Tatiana lo incorporó y le recolocó los almohadones que lo sostenían por debajo de las costillas—. ¿Así está mejor?

—Bah —espetó el hombre—. Da igual... —La miró fijamente con sus ojillos azules—. Pero ¿sabes lo que me gustaría de verdad?

—¿Qué?

—Un cigarrillo. Ya nunca fumo ninguno, no me lo puedo llevar a la boca, como puedes ver. Y ésas... —señaló con la cabeza hacia la casa—, ésas prefieren graznar que darme un pitillo.

Tatiana asintió con la cabeza.

—Tengo justo lo que necesita. Enseguida vuelvo.

La mirada del hombre fue de ella a la bahía.

—No volverás.

—Sí volveré. Anthony —dijo—, ven a sentarte en el regazo de este señor hasta que vuelva mamá; sólo tardaré un minuto.

Anthony estaba encantado. Tatiana lo tomó en brazos y lo dejó en el regazo del hombre.

—Puedes sujetarte a su cuello.

Cuando su madre corrió a buscar los cigarrillos, Anthony preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Coronel Nicholas Moore —contestó el hombre—. Pero puedes llamarme Nick.

—¿Estabas en la guerra?

—Sí, estuve en la guerra.

—Mi papá también —repuso Anthony.

—Ah. —El hombre lanzó un suspiro—. ¿Y ha vuelto?

—Sí, ha vuelto.

Tatiana regresó y, tras encender el cigarrillo, se lo sostuvo a Nick en la boca mientras éste fumaba con intensas y profundas chupadas, como si inhalara el humo no sólo para que le inundase los pulmones sino también todo su ser. Anthony siguió sentado en su regazo, observando cómo el

rostro del hombre inhalaba el humo con alivio y lo exhalaba con disgusto, como si no quisiera dejar escapar la nicotina. El coronel se fumó dos pitillos seguidos, ayudado por Tatiana, quien le fue sosteniendo los cigarrillos en la boca en cada calada.

—Mi papá era comandante —explicó Anthony—, pero ahora es pescador de langostas.

—Capitán, hijito —lo corrigió Tatiana—. Era capitán.

—Mi papá era comandante y además, capitán —repuso Anthony—. Vamos a ir a comprar un helado mientras esperamos a que vuelva del mar. ¿Tú también quieres que te traigamos helado?

—No —dijo Nick, inclinando ligeramente la cabeza hacia el pelo negro de Anthony—. Pero han sido los quince minutos más felices de los que he disfrutado en dieciocho meses.

En ese momento, la esposa de Nick salió corriendo de la casa.

—¿Se puede saber qué le está haciendo a mi marido? —gritó.

Tatiana recogió a Anthony del regazo del hombre.

—Volveré mañana —dijo a toda prisa.

—No, no volverás —repuso Nick, mirándola con asombro.

Y en esos momentos, estaban sentados en el banco del puerto, comiendo helado. No tardó en oírse el chillido distante de las gaviotas.

—Ahí viene papá —exclamó Tatiana sin aliento.

El barco era un langostero con una vela en el palo, a pesar de que la mayoría de los barcos de pesca eran barcas a motor. El langostero era de Jimmy Schuster, cuyo padre se lo había dejado en herencia tras su muerte. A Jimmy le gustaba el barco porque podía salir y pescar langostas con red de arrastre él solo; «tina de faena» para un solo hombre, lo llamaba. Luego el brazo se le quedó enganchado en la polea, la cuerda que tira de las pesadas jaulas de las langostas para sacarlas del agua. Para soltarse, no tuvo más remedio que cortarse la mano a la altura de la muñeca, lo cual le salvó la vida (además de ahorrarle la incorporación a filas), pero ahora, ironías de la vida, necesitaba que le echasen una mano para hacer el trabajo más duro. El problema era que todo aquel capaz de echarle una

mano había estado en el bosque de Hürtgen o en Iwo Jima los cuatro años anteriores.

Diez días antes, Jimmy había conseguido un ayudante. Ese día, Jimmy estaba en la cabina, en la popa, mientras que el hombre alto y callado estaba de pie, muy quieto, vestido con un mono naranja y guantes negros de goma, escudriñando atentamente la orilla.

Tatiana se levantó del banco con su vestido blanco de algodón, y cuando el barco se acercó lo suficiente, todavía al otro lado de la bahía, alzó el brazo y lo agitó varias veces, trazando un amplio arco en cada ocasión. «Alexander, estoy aquí, estoy aquí...», quería decir con el brazo.

Cuando el hombre se acercó lo bastante para poder verla, le devolvió el saludo.

Atracaron el barco en el muelle de subastas y abrieron los jaulones donde habían transportado las langostas vivas. El hombre alto se bajó del barco de un salto y dijo que volvería enseguida para descargar y limpiar, y lavándose las manos rápidamente en el caño de agua, se alejó del muelle y subió la cuesta que llevaba hasta el banco donde estaban sentados la mujer y el niño.

El niño corrió hasta él.

—Hola —dijo, y luego se paró en seco, tímidamente.

—Hola, campeón.

El hombre no podía alborotarle el pelo al chico, pues llevaba las manos hechas un asco.

Bajo el mono de faena de color naranja, llevaba la camiseta del ejército de color verde oscuro y un suéter verde de manga larga, también del ejército, empapado en sudor, olor a pescado y agua salada. Llevaba el pelo negro cortado al rape, al estilo militar, y en la cara demacrada y sudorosa se apreciaba la barba negra de tres días sobre los huesos afilados.

Se acercó a la mujer vestida de blanco inmaculado que seguía sentada en el banco. Ésta levantó la mirada para recibirlo, y siguió levantándola y levantándola, pues él era realmente alto.

—Hola —lo saludó.

Pronunció la palabra sin aliento. Había dejado de comerse el helado.

—Hola —contestó él. No la tocó—. Se te está derritiendo el helado.

—Ah, sí, ya lo sé. —Relamió con insistencia el borde del cono de galleta tratando de contener el alud de helado, pero era inútil: la vainilla se había transformado en leche condensada y chorreaba sin remedio. Él la observó—. Nunca me da tiempo a terminarlo antes de que se derrita —masculló Tatiana, levantándose—. ¿Quieres acabarlo tú?

—No, gracias.

Tatiana dio unos cuantos bocados más antes de tirar el cono a la basura. Él le indicó con señas que se limpiara la boca.

Tatiana se relamió los labios con deleite para eliminar los restos de vainilla.

—¿Así está mejor?

Él no respondió.

—¿Volveremos a cenar langosta?

—Pues claro —respondió ella—. Como tú quieras.

—Todavía tengo que volver y terminar.

—Muy bien, claro. ¿Quieres que... bajemos contigo al muelle?  
¿Esperamos allí contigo?

—Quiero ayudar —terció Anthony.

Tatiana negó enérgicamente con la cabeza: luego no habría quien le quitara el olor a pescado.

—Vas muy limpio —contestó Alexander—. ¿Por qué no te quedas aquí con tu madre? No tardaré mucho.

—Pero es que quiero ayudarte.

—Bueno, entonces ven. A lo mejor podemos encontrarte algo que hacer.

—Sí, pero nada que tenga que ver con tocar el pescado —murmuró Tatiana.

No le gustaba mucho el trabajo de Alexander como pescador de langostas. Cada vez que regresaba a casa apestaba a pescado, igual que todo lo que tocaba. Unos días antes, cuando ella había protestado un poco por eso, medio en broma, él le había contestado: «En Lazarevo nunca te quejabas cuando salía a pescar», y hablaba completamente en serio. La

cara de ella debía de haber expresado una gran aflicción en ese momento, porque acto seguido, él añadió: «No hay ningún trabajo más para un hombre aquí en Stonington. Si quieres que huela a otra cosa, tendremos que irnos a otro sitio».

Tatiana no quería irse a ningún otro sitio. Acababan de llegar allí.

«En cuanto a lo otro... —había seguido diciendo él—. No volveré a mencionar el tema».

«Eso es, no vuelvas a mencionar Lazarevo», la otra vez que ambos estuvieron junto al mar, en los confines de la eternidad. Pero eso había sido entonces, en el viejo país empapado en sangre. Al fin y al cabo, Stonington, con sus días cálidos y sus noches frescas y la inmensidad de agua salada y en calma dondequiera que dirigiesen la mirada, el cielo aborregado y el reflejo de las flores púrpura del lupino en la bahía de cristal con las barcas blancas... todo eso era más de lo que habían soñado jamás. Era más de lo que habían imaginado que llegarían a tener en su vida.

Con el brazo bueno, Jimmy le estaba haciendo señas a Alexander.

—Bueno, ¿y cómo os ha ido hoy? —le preguntó Tatiana, tratando de entablar conversación mientras bajaban el camino hacia el muelle. Alexander llevaba sus pesadas botas de goma. Ella se sentía extremadamente pequeña caminando a su lado, junto a su imponente presencia—. ¿Habéis tenido buena pesca?

—Ha estado bien —contestó—. La mayoría de las langostas eran cortas, demasiado pequeñas; hemos tenido que soltarlas. Un montón de hembras preñadas, que también hemos dejado marchar.

—¿No te gustan las hembras preñadas?

Tatiana se acercó a él, levantando la vista para mirarlo.

Mientras pestañeaba levemente, Alexander se apartó.

—Están bien, pero hay que devolverlas al agua para que los huevos puedan eclosionar. No te acerques mucho, que voy hecho un asco. Anthony, no hemos contado las langostas. ¿Quieres ayudarme?

A Jimmy le gustaba Anthony.

—¡Eh, muchachote! Ven aquí. ¿Quieres ver cuántas langostas ha pescado hoy tu papá? Seguramente tenemos cien langostas, su mejor día hasta la fecha.

Tatiana miró fijamente a Alexander. Éste se encogió de hombros.

—Cuando capturamos a doce langostas en una jaula y tenemos que soltar a diez de ellas, yo no lo considero un buen día de pesca.

—Dos legales en una jaula es estupendo, Alexander —replicó Jimmy—. No te preocupes, hombre, ya le irás cogiendo el tranquilo. Ven aquí, Anthony, mira en el vivero.

Manteniendo una distancia prudente, Anthony se asomó al tanque donde las langostas, medidas y con las pinzas ya sujetas, se encaramaban las unas encima de las otras. El niño le dijo a su madre que no le gustaban nada aquellas garras, aunque las llevasen sujetas. Sobre todo después de lo que le había dicho su padre acerca de las langostas: «Son caníbales, Ant. Hay que atarles las pinzas porque de lo contrario, se comerían vivas las unas a las otra en el mismo tanque».

Anthony hizo un esfuerzo para que no se le quebrara la voz y le preguntó a Jimmy:

—¿Ya las has... contado?

Alexander le indicó negativamente con la cabeza a Jimmy.

—Huy no, no —respondió rápidamente éste—. Estaba muy ocupado lavando la cubierta con la manguera. Sólo he dicho un número aproximado. ¿Quieres contarlas tú?

—Sólo sé contar hasta veintisiete.

—Yo te ayudaré —le aseguró Alexander.

Acto seguido, fue sacando las langostas una por una y dejó que Anthony las contase hasta llegar a diez, momento en que, con sumo cuidado, para no romperles las pinzas, las fue colocando en enormes bolsas azules de transporte.

Al final, Alexander le dijo a Anthony:

—Ciento dos.

—¿Lo ves? —exclamó Jimmy—. Cuatro para ti, Anthony. Eso deja noventa y ocho para mí. Y son todas perfectas, las más grandes que hay,



con un caparazón de casi trece centímetros: el caparazón es la cáscara que las recubre, muchachito. Nos dan setenta y cinco centavos por pieza. Tu padre se va a sacar casi setenta y cinco dólares hoy. Sí —añadió—, gracias a tu papá, al fin puedo ganarme la vida con esto.

Miró a Tatiana, que estaba a una distancia razonable del cargamento del barco. Ella le contestó con una sonrisa educada; Jimmy asintió bruscamente con la cabeza y no le devolvió la sonrisa.

Cuando empezaron a acudir los compradores procedentes de la lonja de pescado, del almacén de comestibles y de restaurantes de pescado y marisco venidos de tan lejos como Bar Harbor, Alexander lavó y limpió el barco y las jaulas, recogió los cabos y fue muelle abajo para comprar tres barriles de arenques para cebo para el día siguiente, los cuales distribuyó en bolsas antes de bajarlos al agua. La pesca del arenque había ido muy bien ese día, y tenía cebo suficiente para ciento cincuenta jaulas de langostas para la próxima jornada.

Le pagaban diez dólares de jornal por el día de trabajo, y se estaba frotando las manos con jabón industrial bajo el caño de agua cuando Jimmy se le acercó.

—¿Quieres esperar conmigo y venderlas? —Señaló las langostas—. Te pagaré otros dos dólares si te quedas. Luego podemos ir a tomar una copa.

—No puedo, Jimmy. Pero gracias. Tal vez otro día.

Jimmy miró a Tatiana, radiante con su vestido blanco, y se dio media vuelta. Luego, los tres echaron a andar cuesta arriba hacia la casa.

Alexander fue a darse un baño, afeitarse y cortarse el pelo mientras Tatiana, tras colocar las langostas en la nevera para reblandecerlas, ponía agua a hervir. La preparación de las langostas era la tarea más sencilla del mundo, pues sólo había que introducirlas entre diez y quince minutos en agua salada hirviendo. Comérselas era delicioso: romper las pinzas, extraer la succulenta carne y sumergirlas en mantequilla fundida. Sin embargo, lo cierto era que a veces Tatiana preferiría pagar dos dólares por una langosta en una tienda una vez al mes en lugar de que Alexander tuviera que estar trece horas subido en un barco todos los días para obtener cuatro langostas gratis. En el fondo, ella no creía que saliesen ganando.

Antes de que su marido hubiese salido del baño, Tatiana se acercó a la puerta, llamó con cuidado y dijo:

—¿Necesitas algo?

Al otro lado de la puerta no se oía ningún ruido. Llamó con más fuerza. La puerta se abrió y la figura de Alexander apareció imponente ante ella, recién aseado, afeitado, enjabonado y vestido. Llevaba un suéter verde y ropa de faena limpios. Tatiana carraspeó y bajó la mirada. Descalza, le habló con los labios a la altura del corazón de él.

—¿Necesitas algo? —repitió en un susurro, sintiéndose tan vulnerable que le parecía que le faltaba el aire.

—No, no necesito nada —dijo él, pasando de lado junto a ella—. Vamos a comer.

Sirvieron las langostas con mantequilla fundida y un guiso de zanahorias, cebollas y patatas. Alexander se comió tres langostas, la mayor parte del guiso y pan y mantequilla. Cuando Tatiana lo había encontrado en Alemania, estaba consumido, escuálido. Ahora comía por dos, pero seguía exhibiendo la delgadez extrema de la guerra. Ella le sirvió la comida en el plato y le llenó el vaso. Él se bebió una cerveza, agua y Coca-Cola. Comieron en silencio en la pequeña cocina, que la casera les permitía utilizar siempre y cuando hubiesen terminado antes de las siete o le preparasen la cena a ella también. Terminaron antes de las siete y, por supuesto, Tatiana dejó algo de guiso para ella.

—Alexander, ¿te... te duele el pecho?

—No, no me duele.

—Anoche me pareció que lo tenías un poco carnoso... —Apartó la vista, recordando el momento en que lo había tocado—. Todavía no está curado, y haces tanto esfuerzo levando las jaulas... No quiero que se te vuelva a infectar. Tal vez debería ponerle un poco de ácido carbólico.

—Estoy perfectamente.

—¿Y si te cambio la gasa?

Él no dijo nada, sino que se limitó a levantar la vista y mirarla, y por un momento, entre ambos, entre los ojos color de bronce de él y los ojos verde mar de ella, desfilaron Berlín, y la habitación en la embajada de

Estados Unidos donde habían pasado la que ambos estaban seguros de que iba a ser su última noche en este mundo, cuando ella le había cosido con ocho puntos la herida en el pecho y se había echado a llorar, y él había permanecido impávido como una piedra y había mirado a través de ella, como estaba haciendo en esos momentos. Entonces, él le había dicho: «Nunca tuvimos un futuro».

Tatiana desvió la mirada primero (siempre desviaba la mirada primero) y se levantó.

Alexander salió a sentarse en la silla de la parte delantera de la casa, la que daba a la bahía. Anthony fue tras él. Alexander permaneció taciturno e inmóvil, mientras el pequeño daba vueltas por el jardín de hierba crecida, recogiendo piedrecillas y piñas, buscando lombrices, escarabajos y mariquitas.

—No vas a encontrar ninguna mariquita, campeón. La temporada no empieza hasta junio —dijo Alexander.

—Ah —contestó Anthony—. Y entonces, ¿esto qué es?

Alexander se inclinó hacia un lado para ver mejor.

—No lo veo.

Anthony se acercó.

—Sigo sin verlo.

Anthony se acercó más aún, con la mano delante, el dedo índice sobre el que llevaba la mariquita extendida.

La cara de Alexander estaba a escasos centímetros de la mariquita.

—Mmm... Mecachis, sigo sin verlo todavía.

Anthony miró a la mariquita, miró a su padre y luego, muy despacio, como con vergüenza, se encaramó a su regazo y volvió a enseñarle el insecto.

—Vaya, vaya —exclamó Alexander, rodeando a su hijo con los brazos—. Ahora lo veo. Yo estaba equivocado y tú tenías razón. Mariquitas en agosto, ¿quién iba a decirlo?

—¿Habías visto mariquitas alguna vez, papá?

Alexander no respondió enseguida.

—Hace mucho tiempo, cerca de una ciudad llamada Moscú.

—¿En la... Unión Soviética?

—Sí.

—¿Y ahí tienen mariquitas?

—Tenían mariquitas... hasta que nos las comimos todas.

Anthony lo miró con los ojos abiertos como platos.

—No había nada más para comer —le explicó Alexander.

—Anthony, tu padre te está tomando el pelo —dijo Tatiana, saliendo de la casa y secándose las manos húmedas en un paño de cocina—. Sólo quiere hacerse el gracioso.

Anthony miró a su padre a la cara.

—¿Eso es gracioso?

—Tania —dijo Alexander, con una voz lejana—. No puedo levantarme. ¿Me traes mis cigarrillos, por favor?

Ella se metió de prisa en la casa y salió con ellos. Puesto que sólo había una silla y no tenía lugar donde sentarse, Tatiana colocó el cigarrillo en la boca de Alexander e, inclinando el cuerpo hacia él, apoyó la mano en su hombro y se lo encendió mientras Anthony depositaba el insecto en la palma de la mano de su padre.

—Papá, no te comas esta mariquita —dijo, y rodeó el cuello de Alexander con uno de sus bracitos.

—No lo haré, hijo. Estoy muy lleno.

—Eso sí que es gracioso —comentó Anthony—. Mamá y yo hemos conocido a un señor hoy. A un coronel. Nick Moore.

—Ah, ¿sí? —Alexander fijó la mirada lejos, en el horizonte, mientras daba una nueva calada al cigarrillo que le sostenía Tatiana, inclinada hacia él—. ¿Y cómo era?

—Como tú, papá —respondió Anthony—. Era exactamente igual que tú.

*Laca de uñas roja*

En medio de la noche, el niño se despertó y se puso a gritar. Tatiana acudió a consolarlo. El niño se tranquilizó, pero no quería que se fuera y lo dejara solo en su cama, a pesar de que sólo estaba al otro lado de la mesilla de noche.

—Alexander —susurró—, ¿estás despierto?

—Ahora sí —dijo él, levantándose.

Apartó la mesilla de noche a un lado y empujó a fin de unir las dos camas para que Anthony pudiese tumbarse junto a su madre. Intentaron ponerse cómodos, Alexander apretando la espalda contra la pared y abrazando a Tatiana quien, a su vez, abrazaba a Anthony, que se quedó dormido inmediatamente en brazos de su madre. Tatiana sólo fingió volver a conciliar el sueño, consciente de que, en cualquier momento, Alexander se levantaría y se iría de la cama.

Y al cabo de un momento, Alexander se levantó. Ella susurró tras él: «Shura, cariño...». Después de unos minutos, se levantó, se puso una bata y salió. No estaba en la cocina ni en el jardín. Lo buscó por todo el camino hasta el muelle. Alexander estaba sentado en el mismo banco donde Tatiana solía sentarse a esperar a que volviese su barco. Vio el destello del ascua del cigarrillo que tenía en la boca. Iba desnudo, salvo por la ropa interior, y estaba tiritando. Tenía los brazos cruzados, abrazándose el cuerpo, y se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

Tatiana se detuvo.

No sabía qué hacer.

Nunca sabía qué hacer.

Se dio media vuelta y volvió a entrar en su habitación y a meterse en la cama sin pestañear siquiera, con la mirada clavada en algún punto más allá de la cabecita durmiente de Anthony hasta que Alexander volvió, helado y tiritando, y se arrebujó en la cama detrás de ella. Tatiana no se movió y él no dijo nada, no hizo ningún ruido. Sólo desplazó el brazo helado para rodearla con él. Permanecieron allí tendidos hasta las cuatro, cuando él se levantó para ir a trabajar. Mientras molía los granos de café en el mortero, ella le untó con mantequilla un bollo de pan fresco, le llenó las cantimploras de agua y le preparó un sándwich para que se lo llevase al

barco. Él comió, se tomó el café y luego se marchó, desplazando la mano que le quedaba libre por debajo del camión de ella para demorarse un momento en las nalgas desnudas y luego entre las piernas.



Llevaban en Deer Isle cinco minutos exactos, respirando el agua salada de la tarde y viendo a los langosteros volver a la costa, y Tatiana ya había dicho que en ese lugar no iban a tener suficiente con un mes. Su acuerdo consistía en pasar sólo un mes en cada estado y luego seguir adelante. Cuarenta y ocho estados, cuarenta y ocho meses, empezando por Deer Isle.

—Un mes no va a ser suficiente —repitió al ver que Alexander no decía nada.

—¿No?

Y no añadió nada más.

—¿No te parece un sitio maravilloso?

Una pequeña mueca irónica afloró a su boca silenciosa como respuesta.

En apariencia, Stonington contaba con todo cuanto podían necesitar: unos almacenes, una tienda de oportunidades, una ferretería... En los almacenes vendían periódicos, revistas y, lo que era aún más importante, tabaco. También vendían café en grano y chocolate. En el norte y el sur de Deer Isle había vacas (y, por tanto, leche, queso y mantequilla) y gallinas que ponían huevos. Había cereales a montones; cantidades ingentes de pan; montañas de manzanas, melocotones, peras, maíz, tomates, pepinos, cebollas, zanahorias, nabos, rábanos, berenjenas y calabacines. Langosta, trucha, lubinas y lucios en abundancia, y a precios muy asequibles. Había incluso ternera y pollo, aunque no es que ellos los comiesen alguna vez. ¿Quién creería que el país había sufrido una Gran Depresión y una guerra mundial?

Alexander dijo que diez dólares al día no daban para vivir.

Tatiana contestó que con aquello tendrían de sobra.

—¿Y qué me dices de los zapatos de tacón? ¿De tus vestidos? ¿Del café? ¿Y mis cigarrillos?

—Desde luego, no será suficiente para comprar cigarrillos. —Esbozó una sonrisa forzada al ver su cara—. Era una broma. Será suficiente para comprar de todo.

No quiso mencionar que la cantidad que él pagaba por sus cigarrillos prácticamente equivalía a lo que se gastaban en comida para los tres para toda una semana. Sin embargo, Alexander era el único que trabajaba, así que podía gastarse el dinero en lo que le diera la gana.

Ella le hablaba en inglés mientras se bebía el café de los domingos. Él le respondía en ruso mientras se fumaba los cigarrillos de los domingos y leía su periódico del domingo.

—Se avecinan problemas en Indochina —le explicó en ruso—. Era territorio de los franceses, pero lo perdieron a manos de los japoneses en la guerra. Los japoneses fueron derrotados en la guerra, pero no quieren marcharse. Los franceses, rescatados por los aliados y, por tanto, en el bando de los vencedores, quieren recuperar su colonia. Los japoneses están protestando. Y a pesar de que se mantiene neutral, el gobierno estadounidense está ayudando a su aliada, Francia, cuando lo cierto es que se encuentra entre la espada y la pared, puesto que también está ayudando a Japón.

—Creía que a Japón ya no se le permitía tener un ejército, ¿no es así? —preguntó Tatiana en inglés.

Y él le contestó en ruso:

—Y no se le permite, pero en Japón tenían un ejército permanente, y a menos que los estadounidenses los obliguen a marcharse, los japoneses se niegan a deponer sus armas.

—¿Y qué interés tienes tú en todo esto? —le preguntó ella en inglés.

—¡Ah! En todo esto —le respondió él en ruso—; es que aún hay más: Stalin se ha pasado varias décadas cortejando a un granjero campesino llamado Ho Chi Minh, financiándole sus viajecitos educativos a Moscú, dándole vodka y caviar, impartándole lecciones de dialéctica marxista junto al fuego y regalándole unos cuantos Shpagin y morteros viejos y

unos bonitos Studebaker de la política de Préstamo y Arriendo norteamericana mientras entrenaba e instruía a su guerrilla de Vietminh justo en suelo soviético.

—¿Entrenar a los Vietminh para combatir contra los japoneses, a quienes los soviéticos odian y contra quienes han luchado ellos mismos?

—Lo creas o no, no. Para combatir contra los antiguos aliados del Ejército Rojo: la Francia colonial. Resulta irónico, ¿no te parece? — Alexander apagó su cigarrillo y dio por terminada la lectura de su periódico—. ¿Dónde está Anthony? —dijo en voz baja en inglés, pero antes de que le diera tiempo a cogerla cariñosamente de la muñeca, Anthony entró en la cocina.

—Estoy aquí, papá —dijo—. ¿Qué quieres?

Necesitaban una habitación para ellos solos, pero Anthony no opinaba lo mismo, y además, la anciana casera no disponía de ninguna. Sólo habían podido elegir entre un cuarto minúsculo junto a la cocina en una casa vertical con vistas a la bahía (con dos camas individuales y un baño y un retrete al fondo del pasillo), o su caravana, con una cama grande y sin baño ni retrete.

Habían visto otras casas. En una de ellas vivía una familia de cinco miembros; en otra, una de tres y en otra, una familia de siete, todas mujeres. Generaciones y generaciones de mujeres que llenaban las casitas blancas, y de hombres mayores que salían con las barcas pesqueras durante el día. Y hombres más jóvenes (a veces enteros, otras no) que regresaban de la guerra, aunque eran pocos y sólo aparecían muy de cuando en cuando.

La señora Brewster vivía sola. Su único hijo no había regresado, aunque había algo en la forma en que dijo en alusión a él: «Oh, tuvo que marcharse durante un tiempo», que había dado pie a Tatiana a pensar que en realidad no estaba en el ejército. Era una mujer de sesenta y seis años y había sido viuda durante cuarenta y ocho: su marido había muerto en la guerra de Cuba.

—¿Se refiere a la guerra de 1898? —le susurró Tatiana a Alexander.



Él se encogió de hombros. Le apretaba el hombro con la poderosa mano, su forma de decirle que la señora Brewster no le gustaba demasiado, pero Tatiana era feliz de tener la mano de él sobre su cuerpo fuera por la razón que fuese.

—Porque éste es su marido, ¿verdad? —había dicho la señora Brewster con aire suspicaz antes de alquilarles la habitación—. ¿No será sólo un...? —Hizo un amplio movimiento con la mano—. Porque no pienso tener algo así en mi casa.

Alexander permaneció callado.

—¿Tener el qué? —preguntó el niño de tres años.

La casera frunció el ceño para mirar a Anthony.

—¿Es éste tu padre, pequeño?

—Sí —contestó Anthony—. Es soldado. Estuvo en la guerra y además en la cárcel.

—Sí —repuso la señora Brewster, desviando la mirada—. La cárcel es un lugar muy duro. —A continuación miró a Tatiana frunciendo la frente—. Y dígame, ¿de dónde es su acento? Porque a mí no me parece norteamericana.

Anthony empezó a decir: «De Rus...», pero Alexander empujó a su hijo y a Tatiana hacia atrás, protegiéndolos con su cuerpo.

—Bueno, ¿va a alquilarnos la habitación o no?

La mujer les alquiló la habitación.

Pero en ese momento, Alexander le preguntó a Tatiana:

—¿Y para qué hemos comprado la Nomad si no vamos a vivir en ella? Para eso, más nos valdría venderla. Qué forma de malgastar el dinero...

¿Qué harían cuando llegasen a los desiertos del oeste del país?, quiso saber Tatiana. ¿Y a las tierras vinícolas de California? ¿Y a Hell's Canyon, en Idaho? Pese a su súbita necesidad de ahorro, Alexander no vendió la caravana, tan vivo y reciente era aún el sueño hecho realidad de tenerla. Sin embargo, precisamente ése era el problema de Alexander: aunque Tatiana sabía que le gustaba la idea de tener una caravana (de hecho, había sido él quien había insistido en comprarla), lo cierto era que no le gustaba especialmente el hecho en sí de tenerla. Tatiana tenía la impresión de que

Alexander se sentía así con respecto a multitud de cosas en su recién estrenada vida como civil.

La caravana no disponía de agua corriente, y Alexander siempre estaba lavándose una parte u otra del cuerpo, a cada momento. El hecho de vivir demasiado cerca de otros hombres durante demasiados años, en el transcurso de la guerra, le había provocado aquella manía. Se lavaba las manos de forma obsesiva; sí, era verdad que la mayor parte de las veces las tenía sucias de pescado, pero no había suficiente jabón ni limones ni vinagre en todo el estado de Maine para que Alexander tuviese las manos lo suficientemente limpias para su gusto. Tenían que pagarle a la señora Brewster cinco dólares extra a la semana por toda el agua que usaban.

Puede que a Alexander le hubiera gustado la idea de tener un hijo, pero la realidad de un crío de tres años que estaba con ellos todo el santo día, que nunca se separaba de las faldas de su madre... ¡que hasta dormía en la misma habitación que ellos! ¡Que se despertaba en plena noche y se metía en la cama con ellos! Aquello era demasiado para un soldado que nunca había pasado un solo minuto de su vida con niños.

—Las pesadillas son algo terrorífico para un niño pequeño —le explicaba Tatiana.

—Lo entiendo —respondía él, siempre comprensivo.

Puede que, en el pasado, a Alexander le hubiera gustado la idea de tener una esposa, pero la realidad de tener una... Tatiana tampoco estaba tan segura de eso. Tal vez buscase Lazarevo en cada día que pasaban juntos, aunque por su manera de actuar, a Tatiana no le habría extrañado nada que dijese: «¿Qué es Lazarevo?».

Sus ojos, antaño como el caramelo, eran ahora de cobre duro; no había nada líquido ni fluido que asomase a ellos. Él se dirigía a ella con su cara amable y ella le devolvía su misma cara amable. Él quería silencio, ella permanecía en silencio. Él quería diversión, ella intentaba divertirlo. Él quería comida, ella le daba comida a espuertas. Él quería salir a dar un paseo, ella estaba lista. Él quería periódicos, revistas, cigarrillos... ella se lo traía todo. Él quería permanecer callado en su silla, ella se sentaba en el

suelo a su lado, sin decir una sola palabra. Cualquier cosa que él quisiese, ella estaba lista para dárselo siempre.

En ese momento, a media tarde de un día muy soleado, Tatiana estaba de pie descalza frente al espejo con un vestido de muselina amarillo ligeramente brillante, un vestido de campesina, mirándose, examinándose, obsesionándose.

Se había soltado el pelo y lavado la cara, y tenía los dientes limpios y blancos. Las pecas veraniegas que le cubrían la nariz y las mejillas eran del color del azúcar de malta, y sus ojos verdes destellaban. Se restregó manteca de cacao en las manos para suavizarlas por si a él le apetecía cogerla de la mano para pasear por Main Street después de cenar. Se echó unas gotas de aceite de almizcle detrás de las orejas, por si se inclinaba para hablarle al oído. Se aplicó un poco de brillo en los labios fruncidos y los apretó el uno contra el otro con fuerza para hacerlos más suaves, más rosados. Se irguió, se miró y se quedó pensativa. Esbozó una hermosa sonrisa falsa para que los labios no pareciesen tan enfurruñados y lanzó un suspiro. Un poquito de esto por aquí, un poco de aquello por allá...

Se metió las manos por dentro del vestido y se apretó los senos. Los pezones se le endurecieron. Desde el nacimiento de Anthony, su cuerpo se había transformado; por eso y por toda la comida estadounidense, por tantas sustancias nutritivas. Aquellos pechos alimentados a base de dieta norteamericana, tras el período de lactancia, no habían perdido su rotundidad, su generosa y turgente abundancia. Los pocos sostenes que tenía Tatiana estaban dados de sí y hacían que los pechos se le bamboleasen al caminar. En lugar de sujetador, Tatiana a veces se ponía corpiños blancos muy ceñidos, lo bastante ceñidos para dominar sus senos, cuyo movimiento oscilante casi siempre atraía las miradas de los hombres. No necesariamente la de su marido, pero sí las de otros hombres, como el chico que repartía la leche.

A continuación, despacio, se subió el vestido para contemplar en el espejo sus caderas redondeadas y estilizadas, su vientre suave. Era una mujer menuda, pero todo en ella parecía haber adquirido proporciones

curvas y rotundas tras el nacimiento de su hijo, como si hubiese dejado de ser una muchacha en el preciso instante en que él había venido al mundo.

Sin embargo, era por la niña con pechos por la que el soldado del rifle colgado al hombro había cruzado la calle aquella vez.

Se bajó los pantalones brillantes para verse el triángulo de vello rubio. Se tocó, tratando de imaginarse lo que él debía de sentir antes, en el pasado, al tocarla. Al advertir algo en el espejo, se acercó a éste y luego inclinó la cabeza para mirarse las piernas. En la parte interna de los muslos detectó unos leves moretones minúsculos: las huellas de los dedos de él. Al ver aquellas marcas, Tatiana sintió una quemazón líquida en las entrañas y se incorporó de inmediato, se recompuso y, con el rostro sonrojado, empezó a cepillarse el pelo sin saber muy bien qué hacer con él. Alexander nunca la había visto con el pelo tan largo, que ahora le llegaba a la cintura. Creía que a él le gustaría, pero tristemente, no había mostrado más que indiferencia. Tatiana era consciente de que tanto el color como la textura no eran los normales, pues se lo había teñido de negro hacía ocho meses, antes de ir a Europa; luego se había aclarado el tinte negro a conciencia el mes anterior en Hamburgo, y ahora tenía el pelo lacio y seco. Ya no era de seda. ¿Sería por eso por lo que él no se lo tocaba? Tatiana no sabía qué hacer con su pelo.

Al final se lo recogió en su trenza habitual, dejando algunos cabellos sueltos por delante y el grueso de la trenza cayéndole por la espalda, y ensartó en ella un lazo de raso amarillo, por si él le tocaba el pelo. Luego llamó a Anthony, que estaba fuera jugando con la tierra, y lo limpió, se aseguró de que no se le hubiesen manchado la camisa ni los pantalones cortos y le subió los calcetines.

—¿Por qué te pones a jugar con la tierra justo antes de ir a ver a papá, Anthony? Ya sabes que tienes que ir limpio a verlo.

Alexander quería que cuando su esposa e hijo acudían a recibirlo al muelle fueran bien pulcros. Ella sabía que a él le gustaba el aspecto tan limpio que lucían, tan esmerado, tan veraniego. Las flores de Stonington estaban espectaculares, los lupinos muy crecidos y de un azul y un púrpura radiantes; ella y Anthony habían recogido unos cuantos antes, y en ese

momento Tatiana se prendió algunos en el pelo, los púrpura, como lilas, para que contrastasen con el pelo, como oro, porque también eso le había gustado a él hacía tiempo, en el pasado.

Se examinó las uñas para asegurarse de que no llevaba nada incrustado en ellas, pues ambos detestaban las uñas sucias. Ahora que Tatiana había dejado de trabajar (y que tenía a Alexander a su lado), se dejaba las uñas un poco más largas porque, a pesar de que él nunca decía nada, respondía sin palabras al leve forcejeo de las uñas de ella clavadas en su cuerpo. Ese día, Tatiana disponía de un poco de tiempo y se las había pintado de rojo.

Él no le dijo nada de las uñas (ni tampoco de los lupinos color lila, ni de la cinta de raso en el pelo, ni de los labios, las caderas, el vestido, los pechos o los pantis blancos brillantes). Al día siguiente, Alexander le dijo:

—¿Venden una laca de uñas tan espectacular en el almacén de Stonington?

—No lo sé. Ésta la traje conmigo de Nueva York.

Permaneció callado tanto tiempo, que Tatiana creyó que no la había oído. Y luego comentó:

—Vaya, eso sí que debía de gustarles a los inválidos del Universidad de Nueva York.

Bueno, una reacción al fin... No era gran cosa, pero era un comienzo. Aunque, ¿qué responder a aquello? «No, no era para los inválidos». Tatiana sabía que era una trampa, una frase en código que en realidad quería decir: «Si a las enfermeras no se les permite pintarse las uñas, ¿por qué tenías tú laca de uñas, Tania?».

Luego, esa misma noche, sentados a la mesa de la cocina, Tatiana se quitó la laca de uñas con acetona. Cuando Alexander vio que las uñas ya no estaban rojas, exclamó:

—¿Así que los demás excombatientes merecen ver uñas rojas pero yo no?

Ella levantó la vista para mirarlo, de pie frente a ella.

—Lo dices de broma, ¿no? —repuso, con las puntas de los dedos trémulas.

—Por supuesto —dijo él, sin atisbo de sonrisa.

Tatiana tiró a la basura su laca de uñas roja neoyorquina, sus seductores vestidos plisados neoyorquinos, sus relucientes zapatos de tacón de Ferragamo, neoyorquinos. Algo le pasaba a Alexander cada vez que la veía con sus cosas de Nueva York. «¿Qué pasa?», le preguntaba ella, y él siempre le contestaba que no pasaba nada, y ésa era siempre su lacónica e invariable respuesta. De modo que Tatiana lo tiró todo y se compró un vestido amarillo de muselina, un vestido de *chintz* de estampado floreado, un vestido de tubo de algodón blanco y un vestido cruzado azul... de Maine. Alexander seguía sin decir nada, pero estaba menos callado. Ahora le hablaba de otras cosas, como de Ho Chi Minh y su banda de guerrilleros.



Tatiana intentaba con todas sus fuerzas hacerle reír, como antaño.

—Oye, ¿quieres que te cuente un chiste?

—Sí, venga, cuéntame un chiste.

Estaban subiendo por una cuesta de Stonington detrás de un jadeante Anthony.

—Un hombre rezaba sin cesar pidiendo que le concediesen el don de ir al paraíso. Un día, cuando subía por un estrecho sendero de la montaña, tropezó y se cayó por un barranco. De milagro, consiguió agarrarse a un arbusto y empezó a chillar: «¿Hay alguien ahí? Por favor, ayúdenme. ¿Hay alguien ahí?». Al cabo de unos minutos, una voz le contestó: «Estoy aquí». Y él le preguntó: «¿Quién eres tú?». «Soy Dios», le contestó. «Pues si eres Dios, ¡haz algo!», exclamó el hombre. «Escucha», repuso Dios, «me has pedido insistentemente todo este tiempo que te lleve al paraíso. Pues no tienes más que soltar ese arbusto e inmediatamente irás derecho a él». El hombre se quedó pensativo unos instantes y acto seguido, gritó: «¿Hay alguien MÁS ahí, por favor? ¡Auxilio! ¡Ayúdenme!».

Decir que a Alexander no le hizo ni pizca de gracia sería quedarse muy corto.

A Tatiana le temblaban las manos cada vez que pensaba en él. Se pasaba todo el día temblando. Caminaba por Stonington como si fuese sonámbula, con el cuerpo rígido y paso forzado. Se inclinaba para atender a su hijo, se incorporaba, se alisaba el vestido y se atusaba el pelo, pero el nudo que sentía en el estómago no cedía en todo el día.

Tatiana intentó mostrarse más atrevida con él, no tenerle tanto miedo. Él nunca la besaba delante de Jimmy ni de los demás pescadores... ni de cualquier otra persona. A veces, por las tardes, cuando bajaban por Main Street y entraban a curiosear en las tiendas, él le compraba chocolate y ella le acercaba la cara para darle las gracias, y entonces él le daba un beso en la frente. ¡En la frente!

Una tarde, Tatiana se hartó y, tras subirse al banco, lo rodeó con los brazos.

—¡Ya basta de besos en la cabeza! —exclamó, y le plantó un beso en los labios.

Con el cigarrillo en una mano y el helado de Anthony en la otra, Alexander no tuvo más remedio que responder a aquel beso presionando sus labios contra los de ella.

—Bájate de ahí —dijo con serenidad, devolviéndole el beso pero sin pasión—. ¿Se puede saber qué te ha dado?

Señoras y señores del jurado, les presento a su soldado.



A solas con Anthony, en sus paseos diarios por las colinas de Stonington, Tatiana se hizo amiga de las mujeres que regentaban las tiendas y de los chicos que repartían la leche. Se hizo amiga de una granjera de unos treinta años que vivía al final de Eastern Road y cuyo marido, un oficial de la marina, seguía todavía en Japón. Todos los días, Nellie limpiaba la casa, desherbaba el jardín de la parte delantera de la casa y esperaba a su marido en el banco del porche, el lugar donde la había conocido Tatiana, quien pasaba por allí con su hijo. Tras unos minutos de conversación, Tatiana sintió tanta lástima por ella, al revivir

emocionalmente el dolor por la ausencia de Alexander, que le preguntó a Nellie si necesitaba ayuda con la granja. La mujer tenía una media hectárea de cultivos de patatas, tomates y pepinos, y Tatiana sabía algo acerca de las faenas del campo.

Nellie aceptó su ayuda muy gustosa y le dijo que le pagaría a Tatiana dos dólares al día de la paga del ejército que recibía su marido.

—Es lo máximo que puedo permitirme —le explicó—. Cuando regrese mi marido, podré pagarte más.

Sin embargo, la guerra había terminado hacía un año y todavía no tenía noticias suyas. Tatiana le dijo que no se preocupase.

Mientras tomaban un café, Nellie se abrió un poco más.

—¿Y si vuelve y no sé cómo hablar con él? Llevábamos casados tan poco tiempo cuando lo llamaron al frente... ¿Y si descubrimos que somos unos perfectos desconocidos?

Tatiana hizo un movimiento negativo con la cabeza gacha, pues también sabía algo acerca de aquella clase de cosas.

—Bueno, y dime, ¿cuándo volvió tu marido? —preguntó Nellie con envidia.

—Hace un mes.

—Qué suerte tienes...

—Papá no volvió —intervino Anthony—. Papá no volvía nunca, y mamá me dejó para ir a buscarlo.

Nellie miró a Anthony con extrañeza.

—Anthony, vete a jugar afuera un rato. Deja que Nellie y yo terminemos de hablar. —Tatiana le alborotó el pelo a su hijo y lo condujo hasta la puerta—. Hay que ver cómo son los críos. Les enseñan a hablar y mira lo que hacen... No tengo ni idea de qué ha querido decir con eso.

Esa noche, Anthony le contó a Alexander que mamá había encontrado un trabajo. Alexander le hizo varias preguntas y Anthony, feliz de que le preguntara, le habló a su padre de Nellie y sus patatas, sus tomates y sus pepinos, y de su marido, que no estaba allí, y de cómo Nellie tendría que ir a buscarlo, «igual que mamá fue a buscarte a ti».



Alexander dejó de hacerle preguntas. Lo único que dijo después de cenar fue:

—Creí que habías dicho que nos las íbamos a arreglar con diez dólares diarios.

—Es sólo para Anthony, para sus caramelos, los helados...

—No. Trabajaré de noche. Ayudaré a vender las langostas, eso son otros dos dólares más.

—¡No! —Tatiana bajó la voz de inmediato—. Tú ya trabajas mucho. Ya haces mucho. No. Además, Anthony y yo nos pasamos el día jugando, sin hacer nada.

—Eso es bueno —dijo—. Jugar.

—Tendremos tiempo para todo. Él y yo estaremos muy contentos de ayudar a Nellie, y además... —añadió Tatiana—, está tan sola...

Alexander desvió la mirada y Tatiana hizo lo propio.

Al día siguiente, Alexander regresó de la jornada de pesca y anunció:

—Dile a Nellie que se quede con sus míseros dos dólares. Jimmy y yo hemos hecho un trato: si pesco más de ciento cincuenta langostas legales, me pagará cinco dólares extra, y luego, cinco más por cada lote de cincuenta que pesque de más. ¿Qué te parece?

Tatiana se quedó pensativa unos instantes.

—¿Cuántas jaulas llevas en tu red?

—Diez.

—A dos langostas legales por jaula... veinte como máximo por red... un calamento de una hora, llevar las jaulas, devolver la mayor parte al mar... no es suficiente.

—¿Qué te parece? —exclamó él—. Cuando se trata de mí, te conviertes en una capitalista radical.

—Con ese trato vas a salir perdiendo, Alexander —le dijo Tatiana—. Como una langosta.

Jimmy también debía de ser consciente de ello, con el precio de mercado de las langostas en aumento y la cantidad de ofertas que Alexander estaba recibiendo para salir a calar las redes con otros barcos, porque cambió los términos del acuerdo sin que nadie tuviera que

pedírselo y dio a Alexander cinco dólares extra por cada cincuenta legales por encima de las primeras cincuenta langostas. Por las noches, Alexander estaba demasiado cansado para sostener un vaso de cerveza en las manos.



Tatiana marinó los tomates de Nellie, le preparó sopa de patatas e intentó hacer salsa de tomate. Tatiana había aprendido a hacer una salsa de tomate riquísima gracias a sus amigos de Little Italy, en Nueva York, casi como si fuese italiana auténtica. Quería prepararle a Alexander salsa de tomate, igual que solía hacer la madre italiana de éste, pero necesitaba ajo, y nadie tenía ajo en Deer Isle.

Tatiana echaba de menos Nueva York, el bullicioso y multitudinario mercado semanal de los sábados por la mañana en el Lower East Side; a su mejor amiga, Vikki, la alegría personificada; su trabajo en la isla de Ellis, el hospital. El sentimiento de culpa por echar aquello de menos, por sentir nostalgia de aquella vieja vida que no podía vivir sin Alexander, se le clavaba como un puñal en el pecho.

Tatiana trabajaba sola en el campo mientras Nellie cuidaba de Anthony. Tardó una semana en recoger la cosecha entera de Nellie: ciento cincuenta fanegas de patatas. Nellie no podía creer que hubiese tantas. Tatiana negoció un trato con el almacén general, a cincuenta centavos la fanega, y le consiguió a Nellie setenta y cinco dólares. La mujer no cabía en sí de gozo. Después de pasar doce horas a bordo del barco, Alexander ayudó a Tatiana a llevar las ciento cincuenta fanegas a la tienda. Al final de la semana, Nellie sólo le pagó a Tatiana dos dólares al día de todos modos, y cuando Alexander se enteró, su voz perdió su impavidez habitual por un momento.

—Le has hecho ganar setenta y cinco dólares, le hemos llevado las puñeteras fanegas por la cuesta hasta la tienda, ¿y pese a todo, esa a la que llamas tu amiga te ha seguido pagando lo mismo?

—Chsss... No...

Tatiana no quería que su hijo oyese el lenguaje de soldado que su padre había mantenido a raya tan cuidadosamente todo ese tiempo.

—A lo mejor resulta que al final no eres tan buena capitalista, Tania.

—Nellie no tiene dinero. No se saca cien dólares al día como hace ese Jimmy gracias a ti. Pero ¿sabes lo que nos ha ofrecido? Que vayamos a vivir con ella. Tiene dos dormitorios vacíos en su casa. No nos cobraría por el alquiler y sólo tendríamos que pagarle el agua y la luz.

—¿Y cuál es la trampa?

—No hay ninguna trampa.

—Hay una trampa. Te lo noto en la voz.

—No hay trampa. —Se retorció los pulgares—. Sólo ha dicho que cuando regrese su marido, tendremos que irnos.

Al otro lado de la mesa, Alexander miró a Tatiana con expresión indescifrable y luego se levantó y llevó su plato al fregadero.

A Tatiana le temblaban las manos mientras fregaba los platos. No quería provocar su enfado. Bueno, tal vez eso no fuese del todo cierto, tal vez sí quería provocarlo de algún modo, provocar algo en él. Era tan excesivamente educado, tan extremadamente cortés... Cuando ella le pedía ayuda, él siempre estaba allí. Llevaba las malditas patatas, sacaba la basura al vertedero... pero su pensamiento no estaba en las patatas ni en la basura. Cuando Alexander se sentaba a fumar y mirar el mar, Tatiana no sabía dónde estaba su pensamiento. Cuando salía a las tres de la madrugada y tiritaba en el banco, Tatiana habría preferido no saber dónde estaba. ¿Qué lugar ocupaba ella en sus pensamientos? Tatiana no quería saberlo.

Cuando hubo terminado de enjuagar los platos, acudió afuera a sentarse en la gravilla junto a él, a sus pies. Sintiendo su mirada, alzó sus ojos hacia él.

—Tatiana... —susurró Alexander, pero Anthony vio a su madre en el suelo y se zambulló de inmediato en el regazo de ésta para enseñarle los cuatro escarabajos que había encontrado, dos de ellos peleándose con otros ciervos voladores.

Al levantar la vista para mirar a Alexander, ella vio que éste había dejado de mirarla.

Cuando Anthony se durmió y ellos dos estaban en su otra cama individual, ella le susurró:

—Entonces, ¿quieres que nos vayamos... a vivir con Nellie?

La cama era tan estrecha que sólo podían dormir de lado. Boca arriba, Alexander ocupaba el colchón entero.

—¿Vivir con ella hasta que vuelva su marido y nos eche a patadas porque se muere de ganas de un poco de intimidad con el hombre que acaba de volver de la guerra? —dijo Alexander.

—¿Estás... enfadado? —preguntó ella, como diciendo: «Por favor, enfádate».

—Por supuesto que no.

—Tendremos más intimidad en su casa. Dispone de dos habitaciones para nosotros, y eso es mejor que la única que tenemos aquí.

—¿De verdad? ¿Mejor? —exclamó Alexander—. Aquí estamos al lado del mar. Puedo salir a sentarme y fumar y contemplar la bahía. Nellie vive en Eastern Road, donde no haremos más que oler la sal y el pescado. Y la señora Brewster está sorda. ¿Crees que Nellie es sorda? El hecho de tener a Nellie en la puerta de nuestro dormitorio, con su oído intacto y sus cinco años sin un marido... ¿crees que eso nos proporcionaría más intimidad? Aunque, bien mirado... —añadió—, ¿crees que es posible tener menos intimidad aún?

Sí, quiso decir Tatiana. Sí. En mi piso comunal de Leningrado, donde vivía en dos habitaciones con *babushka*, *deda*, mi madre, mi padre, mi hermana, Dasha (¿te acuerdas de ella?), con mi hermano, Pasha, (¿te acuerdas de él?). Donde el retrete que había al fondo del pasillo, después de la cocina, junto a la escalera, nunca funcionaba correctamente y no se limpiaba jamás, y lo compartíamos con otros nueve habitantes del edificio. Donde no había agua caliente suficiente para cuatro baños al día, ni gas en la cocina para hervir cuatro langostas. Donde dormí en la misma cama con mi hermana hasta que cumplí los diecisiete años y ella los

veinticuatro, hasta la noche en que nos llevaste hasta el «Camino de la vida». Tatiana apenas pudo contener un gemido de agonía.

No podía —no quería—, se negaba a recordar Leningrado.

La alternativa era mejor, sí, la de ni siquiera hablar de ello.

Aquella agonía se repetía cada noche. Durante el día se mantenían ocupados; era así como lo querían, era eso lo que necesitaban. No hacía tanto tiempo, Alexander y Tatiana se habían reencontrado en otro país y luego, sin saber muy bien cómo, habían sobrevivido a la guerra y habían logrado llegar a la isla de los lupinos, Deer Isle, sin que ninguno de los dos supiese cómo lo habían logrado... hasta las tres de la madrugada, momento en que Anthony se despertaba y gritaba como si lo estuviesen desollando, y Alexander tiritaba en el banco, y Tatiana se consumía de angustia tratando de olvidar... y entonces sabían cómo.

### *Marcada por el Gulag*

Él se comportaba con ella con una cortesía indefectible.

—¿Quieres un poco más? —le decía, ofreciéndole la jarra de limonada.

—Sí, por favor.

—¿Quieres que demos un paseo después de cenar? He oído que venden una cosa que llaman helados italianos abajo en la bahía.

—Sí, sí que me gustaría.

—Ant, ¿a ti qué te parece?

—Sí, vamos. Vamos ahora.

—Bueno, espera un momento, campeón. Tu madre y yo tenemos que recoger.

Tan formal... eso de *madre*.

Siempre, invariablemente, le abría la puerta para que pasara, le bajaba tarros y latas de los estantes más altos de la cocina. Resultaba muy útil que fuese tan alto, como una escalerilla plegable.

¿Y ella? Ella hacía lo que había hecho siempre: él era siempre el primero. Cocinaba para él, acercaba la comida a su plato y le servía a él antes. También le servía la bebida. Él ponía y recogía la mesa. Ella le lavaba la ropa y luego se la doblaba. Ella hacía sus minúsculas camas y ponía sábanas limpias. Ella le preparaba el almuerzo para la jornada en el barco y también hacía un poco más para Jimmy, porque el manco Jimmy no tenía una mujer que le preparara un sándwich. Ella se afeitaba las piernas para él, y se bañaba todos los días para él, y se ponía cintas de raso en el pelo para él.

—¿Quieres algo más? —le preguntaba.

¿Te traigo algo? ¿Te sirvo otra cerveza? ¿Quieres la primera parte del periódico o prefieres la segunda? ¿Quieres ir a nadar? ¿Tal vez prefieres que salgamos a buscar frambuesas? ¿Tienes frío? ¿Estás cansado? ¿Has tenido bastante, Alexander? ¿Ya has tenido bastante?

—Sí, gracias.

O bien...

—No, quiero un poco más, gracias.

Tan cortés. Tan correcto. Como sacado de las novelas de Edith Wharton que Tania había leído durante el tiempo en que él había estado ausente de su vida. *La edad de la inocencia* o *La casa de la alegría*... Qué ironía.

Aunque había veces en las que Alexander no era tan indefectiblemente cortés. Como una tarde en concreto, en que no soplaba el viento y Jimmy estaba con resaca. ¿O era que Jimmy estaba con resaca y no soplaba el viento? En cualquier caso, Alexander había vuelto más temprano, cuando ella no lo esperaba, y había ido a buscarla mientras aún se encontraba en los patatales de Nellie. Anthony estaba dentro de la casa, tomando leche en compañía de Nellie. Tatiana, con las manos sucias de tierra, el rostro colorado y el pelo despeinado, se incorporó en medio del campo para recibirlo con su vestido de *chintz* de verano sin mangas, ceñido en el torso, pegado a las caderas y abierto en el escote.

—Hola —lo saludó, gratamente sorprendida—. ¿Qué haces aquí tan pronto?

Él no habló. La besó, y esta vez no fue con serenidad ni fue un beso sin pasión. Tatiana ni siquiera tuvo ocasión de levantar las manos para rendirse. Él se la llevó campo adentro y la dejó en el suelo, cubierto de hojas de patatas, y el vestido se le ensució tanto como las manos. Los únicos preliminares fueron los bruscos movimientos para bajarle el vestido por los hombros y desnudarle los pechos con sus poderosas manos y subirle la falda por encima de las caderas.

—Mira lo que has hecho —le susurró ella luego.

—Pareces una campesina ordeñando leche con ese vestido.

—Pues ahora me has destrozado el vestido.

—Ya lo lavaremos.

Él seguía jadeando, pero tenía ya un aire distante.

Tatiana se recostó en él, murmurándole suavemente, mirándolo a la cara, intentando atraer su mirada, tratando de crear un poco de complicidad.

—¿Y al capitán le gusta que su mujer parezca una campesina ordeñando leche?

—Bueno, eso es evidente, ¿no te parece?

Pero el capitán ya estaba levantándose, alisándose la ropa y tendiéndole la mano para ayudarla a ponerse de pie.

Desde el regreso de Alexander, Tatiana había adoptado la costumbre de fijarse obsesivamente en sus manos, y en las suyas propias por contraste. Las de él eran como la bandeja sobre la que llevaba su vida: eran grandes y anchas, oscuras y cuadradas, con unas palmas pesadas y unos pulgares fuertes, pero con largos y gruesos dedos flexibles, como si pudiera tocar el piano además de llevar jaulas de langostas. Tenía los nudillos y las venas muy marcados, y las palmas encallecidas. Todo lo tenía encallecido, hasta las yemas de los dedos, curtidas de tanto acarrear armas pesadas durante miles de kilómetros, endurecidas de tanto combatir, arder, talar árboles y enterrar cadáveres. Sus manos reflejaban todas las formas de penalidades eternas. No hacía falta ser adivino ni vidente, no hacía falta echar ni un solo vistazo a las líneas de la palma; una simple mirada rápida a las

manos, bastaba para saberlo de inmediato: el hombre al que pertenecían aquellas manos lo había hecho todo... y era capaz de todo.

Y luego estaban las manos cuadradas de Tatiana. Entre otras cosas, aquellas manos habían trabajado en una fábrica de armamento, habían hecho bombas, tanques y lanzallamas, habían trabajado los campos, fregado suelos, escarbado agujeros en la nieve y en el suelo. Habían arrastrado trineos por el hielo. Habían atendido a hombres muertos, hombres heridos, hombres moribundos; sus manos habían conocido la vida, y también la muerte... y a pesar de todo, seguían pareciendo sumergidas en leche durante todo el día. Eran diminutas, sin imperfecciones, sin callosidades, sin nudillos marcados, sin venas marcadas, con las palmas claras y los dedos esbeltos. Ella se avergonzaba de sus manos, pues eran suaves y delicadas como las de un niño. Al verlas, se podía llegar a pensar que no habían trabajado en toda su vida y, lo que era aún peor: ¡que no podían hacerlo!

Y en ese momento, en plena tarde, después de haberla tocado en lugares poco apropiados para el remilgado decoro de los campos de patatas de Nellie, Alexander le tendió su enorme mano oscura para ayudarla a levantarse del suelo, y la suya blanca desapareció en el puño cálido de él mientras su marido tiraba de ella.

—Gracias.

—Gracias.

Al principio de llegar a Deer Isle, por las noches, cuando Anthony se quedaba dormido al fin, subían la empinada cuesta hasta donde estaba aparcado su Nomad, cerca de la espesura del bosque. Una vez en su interior, Alexander le quitaba la ropa, pues insistía en que ella estuviese desnuda para él, aunque la mayoría de las veces él no se desvestía, sino que se dejaba la camiseta interior. Tatiana le preguntó una vez si no quería desnudarse él también, pero él le contestó que no. Ella no volvió a preguntárselo. Él la besaba, y con sus manos la tocaba para templarla, pero nunca decía una sola palabra. Jamás pronunciaba su nombre. La besaba, apretaba con fuerza el cuerpo de ella contra el suyo, se ofrecía a la boca ansiosa de ella, a veces con demasiado ímpetu, aunque eso a ella no le



importaba, y luego se entregaba enteramente a ella. Tatiana gemía, no podía evitarlo, y había habido una época en que él vivía para sus gemidos. Él ya nunca emitía ningún ruido, ni antes, ni durante y ni siquiera al final. Al terminar, se limitaba a aspirar aire, a veces una bocanada muy pequeña.

Habían perdido muchas de sus costumbres. Alexander ya no la exploraba con la boca, ni le susurraba toda clase de cosas inimaginables al oído, ni acariciaba cada centímetro de su piel, ni encendía la lámpara de keroseno... ni siquiera abría los ojos.

«Shura». Desnuda en la Nomad era ya el único momento en su nueva vida juntos en que Tatiana lo llamaba por aquel diminutivo cariñoso. A veces tenía la sensación de que él habría querido taparse los oídos para no escuchar aquel nombre. El interior de la caravana estaba muy oscuro, siempre muy oscuro, nunca había luz para poder ver nada. Y él llevaba la ropa puesta. «Shura. Me parece imposible volver a estar tocándote de nuevo...».

No había novelas de Edith Wharton en la caravana, no había ninguna edad de la inocencia. Él se embebía de ella hasta que ella ya no tenía nada más que darle, pero aun así se embebía hasta que ya no había nada.

—Soldado, amor mío, estoy aquí —le susurraba Tatiana, con los brazos abiertos, tendidos hacia él con impotencia, en señal de rendición.

—Yo también estoy aquí —respondía Alexander, sin susurrar, levantándose, vistiéndose—. Venga, bajemos a la casa. Espero que Anthony siga durmiendo.

Ésos eran los rescoldos, cuando él le tendía la mano para ayudarla a levantarse.

Ella estaba indefensa, también ella estaba famélica, estaba dispuesta a entregarse, a abrirse. Estaba decidida a darle lo que necesitase como lo necesitase, pero aun así...

¡Bah!, qué importaba. Era sólo que había algo tan marcial y tan poco marital en la forma taciturna y rapaz de Alexander de acallar los gritos de la guerra...

Una noche, al borde del llanto, Tatiana le preguntó qué le pasaba, qué les pasaba a ambos, y él le contestó:

—Estás marcada por el Gulag.

Y en ese momento los interrumpieron los gritos histéricos de un niño procedentes de la casa. Ya vestido, Alexander bajó la cuesta a todo correr.

—¡Mamá! ¡Mamá!

La vieja señora Brewster había irrumpido en la habitación, pero sólo había conseguido aterrorizar a Anthony aún más.

—¡MAMÁ! ¡MAMÁ!

Alexander lo abrazó con fuerza, pero Anthony no quería a nadie que no fuese su madre, y cuando ésta llegó, tampoco la quiso a ella. Le pegó y luego le dio la espalda. El niño estaba fuera de sí. Tatiana necesitó más de una hora para tranquilizarlo. A las cuatro, Alexander se levantó para ir a trabajar, y después de esa noche Tatiana y Alexander dejaron de ir a la caravana, que permaneció abandonada en el claro colina arriba entre los árboles mientras ellos, vestidos ambos y en silencio, con una almohada o los labios o la mano de él sobre la boca de ella para sofocar sus gemidos, se enlazaban en la danza de la vida, la danza de la muerte, la danza del Gulag, haciendo crujir cada muelle desesperado de la cama junto a la cama gemela donde Anthony dormía su agitado sueño. Intentaron encontrarse durante el día, cuando el niño no los viera. El problema era que el niño siempre los estaba mirando. Al final de los largos domingos sin siesta, Alexander estaba mudo de impaciencia y descontento.

Una tarde de domingo, a última hora, se suponía que Anthony tenía que estar en el jardín jugando con los insectos; se suponía que Tatiana tenía que estar preparando la cena, y se suponía que Alexander tenía que estar leyendo el periódico, pero en realidad, lo que hacía era estar sentado debajo de las faldas levantadas de ella en la estrecha silla de madera que se apoyaba contra la pared de la cocina y ella estaba de pie a horcajadas sobre él. Ambos jadeaban, a ella le temblaban las piernas, y él aguantaba el peso oscilante del cuerpo de ella con las manos en sus caderas, moviéndola en sucesivos espasmos. Cuando se acercaba el momento de máxima dificultad para respirar para Tatiana, Anthony entró en la cocina.

—¿Mamá?

Tatiana abrió la boca en un círculo atormentado y perfecto. Alexander susurró «Chsss». Ella contuvo el aliento, incapaz de volverse, abrumada por la inmovilidad, la plenitud y la rigidez de la enormidad de él en el interior de su cuerpo. Hincó sus largas uñas en los hombros de Alexander y trató con todas sus fuerzas de contener un grito, y durante todo ese tiempo, Anthony permaneció detrás de su madre.

—Anthony —dijo Alexander, con voz casi serena—, espera un minuto, por favor. Vete afuera. Mamá saldrá enseguida.

—Ese hombre, Nick, está otra vez en su jardín. Quiere un cigarrillo.

—Mamá enseguida sale, campeón. Vete afuera.

—¿Mamá?

Pero Tatiana no podía volverse, no podía hablar.

—¡Sal afuera, Anthony! —exclamó Alexander.

En apenas unos minutos, Anthony se fue, Tatiana respiró, Alexander la llevó al dormitorio, atrincheró la puerta y puso fin a lo que habían empezado en la cocina; pero con respecto al futuro, Tatiana no sabía qué hacer.

Algo que no hicieron, desde luego, fue hablar de lo ocurrido.

—¿Quieres un poco más de pan, un poco más de vino, Alexander? —le preguntaba con las manos abiertas.

—Sí, gracias, Tatiana —contestaba él, bajando la cabeza.

### *El capitán, el coronel y la enfermera*

—Papá, ¿puedo ir al barco contigo?

Anthony levantó la cabeza para mirar a su padre, sentado junto a él en la mesa del desayuno.

—No, hijo. Los barcos langosteros son un lugar peligroso para los niños pequeños.

Tatiana los observaba a ambos, escuchando, asimilando.

—Yo no soy pequeño, soy grande. Y me portaré bien. Lo prometo. Te ayudaré.

—No, hijito.

Tatiana carraspeó.

—Alexander, si voy yo... ejem... yo podré vigilar a Ant.

—Jimmy nunca ha subido a una mujer a su barco, Tania. Le dará un ataque.

—No, tienes razón, claro. Ant, ¿quieres más papilla de avena?

Anthony permaneció cabizbajo mientras se comía el desayuno.



A veces soplaba un viento favorable, y otras veces no tanto. A barlovento, a sotavento, cuando no soplaba el viento la pesca se hacía difícil, a pesar de los valientes intentos de Jimmy por izar la vela. Con sólo ellos dos a bordo, Alexander aflojó la vela de estay y mientras la embarcación flotaba en el Atlántico, se sentaron a fumarse un cigarrillo.

—Por Dios santo, ¿por qué siempre llevas esa camisa hasta la muñeca? Te tienes que estar muriendo de calor. Arremángate o quítatela —le dijo Jimmy.

—Jimmy, amigo mío —contestó Alexander—, olvídate de mi camisa. ¿Por qué no te compras otro barco? Ganarías un montón de dinero. Ya sé que éste era de tu padre, pero hazte un favor e invierte en un puñetero barco.

—No tengo dinero para un barco nuevo.

—Pues pídelo prestado en un banco. Son capaces de hacer cualquier cosa con tal de ayudar a los hombres a remontar después de la guerra. Obtén un préstamo a quince años. Con el dinero que ganarás, lo habrás devuelto en dos años.

Jimmy se entusiasmó con la idea. De repente, dijo:

—Ve a medias conmigo.

—¿Qué?

—Será nuestro barco. Y nos repartiremos a medias los beneficios.

—Jimmy, yo...

Jimmy se levantó de un salto y derramó la cerveza.

—Contrataremos a otro marinero y compraremos otra red de doce jaulas. Compraremos un vivero con capacidad para cinco mil litros. Tienes razón, ganaremos un montón de dinero.

—Jimmy, espera... creo que te has hecho una idea equivocada. No nos vamos a quedar a vivir aquí.

Alexander permanecía sentado con el cigarrillo colgándole entre los dedos.

Jimmy manifestó su enfado.

—¿Y por qué ibais a marcharos? A ella le gusta vivir aquí, tú siempre lo dices. Tú tienes trabajo, al chico le va bien... ¿Por qué tendríais que iros? —Alexander se puso el cigarrillo en la boca—. Tendrías los inviernos libres para hacer lo que quisieras —añadió Jimmy.

Alexander negó con la cabeza. Jimmy alzó la voz.

—Entonces, ¿para qué querías un trabajo si ibas a levar el ancla otra vez al cabo de un mes?

—Quería un trabajo porque necesito trabajar. ¿De qué vamos a vivir, del aire?

—No he trabajado así, a jornada completa, desde antes de la guerra —espetó Jimmy—. ¿Qué voy a hacer cuando te vayas?

—Ahora hay muchos hombres que vuelven de la guerra —repuso Alexander—. Ya encontrarás a alguien. Lo siento, Jim.

Jimmy le dio la espalda y empezó a deshacer el cabo de la vela de estay.

—Estupendo. —No miró a Alexander—. Pero dime, ¿quién va a trabajar como tú?



Esa noche, cuando Alexander estaba sentado en su silla, enseñándole a Anthony a hacer un nudo con el pasador que llevaba en la mano mientras esperaban a Tatiana para salir a dar su paseo vespertino, oyeron unos

gritos, y lo que era inusual aquella vez es que una voz masculina participaba en la pelea. Tatiana salió.

—Mamá, ¿lo oyes? ¡Nick les está contestando!

—Lo oigo, hijo. —Intercambió una mirada con Alexander—. ¿Estáis listos?

Salieron por la puerta del jardín y empezaron a caminar despacio por la carretera, los tres tratando de oír las palabras en lugar de sólo el vocerío de gritos.

—Qué raro, ¿no? —exclamó Alexander—. El coronel discutiendo.

—Sí —respondió Tatiana, en el tono de alguien que estuviese diciendo: «Es fantástico, ¿verdad?».

Él la miró con perplejidad. Siguieron intentando escuchar algo. Un minuto más tarde, la madre salió disparada por el jardín trasero, empujando la silla de ruedas con Nick sentado en ella a través del césped crecido. Estuvo a punto de tropezarse y caer al suelo y hacer caer a su marido.

Cuando llevó la silla hasta el jardín delantero, exclamó:

—¡Ya está, aquí sentado! ¿Estás contento? ¿Quieres quedarte aquí sentado delante para que todo aquel que pase pueda mirarte como si fueras el animal de un zoo? Pues bien, adelante. A mí me importa un comino. Me importa un comino todo.

—¡Eso es más que evidente! —gritó el coronel mientras ella desaparecía a toda prisa.

El hombre estaba jadeando.

Tatiana y Alexander bajaron la cabeza y Anthony exclamó:

—Hola, Nick.

—¡Anthony! ¡Chsss...!

Anthony abrió la puerta del jardín y entró.

—¿Quieres un cigarrillo? Mamá, ven aquí.

Ella miró a Alexander.

—¿Puedo darle un cigarrillo? —le susurró.

Pero fue Alexander quien se aproximó al coronel, que tenía el cuerpo y la cara ligeramente crispados, se sacó un pitillo del paquete, lo encendió y

lo sostuvo en la boca del coronel.

El hombre inhaló y exhaló el humo, pero sin el entusiasmo que había mostrado anteriormente con Tatiana. No abrió la boca.

Tatiana apoyó la mano en el hombro de Nick. Anthony le trajo un ciervo volador, una avispa muerta y una patata vieja.

—Mira —le dijo—, mira la avispa.

Nick la miró, pero no dijo nada. El cigarrillo lo tranquilizó. Se fumó otro.

—¿Quiere una copa, coronel? —le preguntó Alexander de pronto—. Hay un bar abajo, en Main Street.

Nick señaló con la cabeza en dirección a la casa.

—No me dejarán ir.

—No se lo preguntaremos —repuso Alexander—. Imagine su sorpresa cuando salgan y vean que se ha ido. Creerán que ha empujado solo la silla cuesta abajo.

Aquello hizo sonreír al coronel Nicholas Moore.

—Sólo de imaginarlo ya merecen la pena todos los gritos de después. De acuerdo, vamos.

Swezey's era el único bar de Stonington y, como en todos los bares, no se permitía la entrada a los niños.

—Voy a llevar a Anthony a los columpios —dijo Tatiana—. Pasadlo bien vosotros dos.

En el interior, Alexander pidió dos whiskys. Sosteniendo ambos vasos, los entrecrocó para brindar y acercó la copa a los labios de Nick. El licor desapareció de un sorbo.

—¿Pedimos otro?

—¿Sabes qué? —dijo Nick—. ¿Por qué no me pides una botella entera? No me he tomado una copa desde que me dispararon hace dieciocho meses. Te devolveré el dinero.

—No se preocupe —respondió Alexander, y trajo para ambos una botella de Jack Daniel's.

Se sentaron en la esquina, fumando y bebiendo.

—Bueno, ¿y qué le pasa a su mujer, coronel? —preguntó Alexander—. ¿Por qué está siempre tan enfadada?

Estaban apoyados el uno en el otro, el coronel en su silla de ruedas y el capitán a su lado.

Nick negó con la cabeza.

—Mírame. ¿Acaso puedes culparla? Pero no te preocupes, porque el ejército me va a mandar a una enfermera a tiempo completo muy pronto. Ella cuidará de mí.

Siguieron sentados.

—Háblame tú de tu mujer —dijo Nick—. A ella no le doy miedo. No como a los demás de por aquí. ¿Es que ha visto cosas así antes?

Alexander asintió.

—Ha visto cosas así antes.

El rostro de Nick se iluminó.

—¿Y busca trabajo? El ejército le pagaría diez dólares al día por atenderme. ¿Qué dices? Un poco de dinero para tu familia no os vendría mal.

—No —contestó Alexander—. Ya fue enfermera suficiente tiempo. Se acabaron los enfermos para ella. —Y añadió—: Y no necesitamos el dinero, no nos hace falta.

—Venga, todo el mundo necesita dinero. Podrás comprarte tu propia casa en lugar de vivir con la loca de Janet.

—¿Y qué haría con el niño?

—Que se lo traiga también.

—No.

Nick se calló, pero no sin antes anunciar con desesperación:

—Estamos en lista de espera para una enfermera, pero no llega ninguna —dijo—. No hay suficientes. Todas lo han dejado. Sus hombres están volviendo, quieren tener hijos, no quieren que sus mujeres trabajen.

—Sí —dijo Alexander—. No quiero que mi esposa trabaje. Sobre todo no como enfermera.

—Si no consigo una enfermera, Bessie dice que va a enviarme al hospital del Ejército en Bangor. Dice que estaré mejor ahí.



Alexander lo ayudó a tragar más bebida, que necesitaba con desesperación.

—Desde luego, ellas sí que estarán más contentas si me voy allí — señaló Nick.

—Pues no parecen muy capaces de estar contentas.

—No, no. Antes de la guerra eran muy alegres y risueñas.

—¿Dónde lo hirieron?

—En Bélgica, en la batalla de las Ardenas. Y yo que creía que a los coroneles no les disparaban, por lo de que el rango conlleva privilegios y todo eso. Pero estalló un obús y mi capitán y mi teniente murieron, y yo me quemé. Me habría recuperado, pero permanecí en el suelo catorce horas antes de que me recogiera otra sección. Se me infectaron las extremidades, no pudieron hacer nada para salvarlas.

Más alcohol, más humo.

—Deberían haberme dejado en el bosque y ya está —continuó Nick—. Todo este sufrimiento se habría acabado para mí hace quinientas cincuenta noches.

Se fue calmando por momentos, ayudado por el *whisky* y los cigarrillos. Al final murmuró:

—Es tan buena... tu mujer...

—Sí —contestó Alexander.

—Tan fresca y joven... Da gusto mirarla.

—Sí —repitió Alexander, cerrando los ojos.

—Y no te grita.

—No, aunque me parece que a veces le gustaría.

—Ojalá tuviese yo ese efecto sobre mi Bessie. Antes era una mujer estupenda, y la chica era una muchacha encantadora.

Más alcohol, más humo.

—Pero ¿te has dado cuenta, desde que volviste —prosiguió Nick—, de que hay cosas que las mujeres no saben? Cosas que no sabrán jamás. No entienden lo que fue aquello. Me ven así y creen que esto es lo peor. No tienen ni idea. Ése es el abismo insalvable. Pasas por algo que te transforma para siempre, ves cosas que no puedes dejar de ver. Y luego

caminas como un sonámbulo por tu vida real, con el *shock* de los proyectiles. ¿Sabes que cuando pienso en mí mismo, siempre tengo piernas? En mis sueños, siempre estoy caminando a paso ligero, y cuando me despierto, estoy en el suelo, me he caído de la cama. Ahora duermo en el suelo porque no dejaba de dar vueltas en la cama hasta caerme cuando soñaba. Cuando sueño conmigo mismo, llevo mis armas y voy en la retaguardia de un batallón. Estoy en un tanque, estoy gritando, siempre estoy gritando en mis sueños. ¡Así! ¡Así! ¡Fuego! ¡Alto! ¡Adelante! ¡Cuerpo a tierra! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Alexander bajó la cabeza y dejó caer los brazos sobre la mesa.

—Me despierto y no sé dónde estoy, y Bessie está diciendo: «¿Qué pasa? No me prestas atención, no me has dicho nada de mi vestido nuevo». Acabas viviendo con alguien que cocina para ti y que antes se abría de piernas para ti, pero en realidad no conoces a esa persona en absoluto. No la entiendes, ni ella te entiende a ti. Sois como dos extraños a quienes obligan a convivir. En mis sueños, con piernas, después de caminar, siempre me voy, me marchó, desaparezco. No sé dónde estoy, pero nunca estoy aquí, nunca estoy con ellas. ¿Te pasa eso a ti también?

Alexander siguió fumando en silencio, apurando otro vaso de *whisky*, y luego otro.

—No —contestó al fin—. Mi mujer y yo tenemos justo el problema contrario. Ella ha llevado armas y disparado contra hombres dispuestos a matarla. Ha estado en hospitales, en campos de batalla, en el frente... Ha estado en campos de refugiados y en campos de concentración. Ha estado a punto de morir de inanición en una ciudad helada y sitiada. Ha perdido a todos sus seres queridos. —Alexander se tomó medio vaso de malta amarga y aun así no pudo evitar lanzar un gemido—. Ella lo sabe, lo ve y lo entiende todo. Puede que ahora menos, pero eso es culpa mía. Yo no he sido muy... —Se le quebró la voz—. Muy nada. Nuestro problema no es que no nos entendamos el uno al otro, sino que nos entendemos demasiado. No podemos mirarnos, no podemos dirigirnos una sola palabra inocente, no podemos tocarnos sin tocar la cruz que llevamos sobre nuestras espaldas. Sencillamente, nunca tenemos paz.

La garganta de Alexander engulló un nuevo trago de licor.

De repente, la figura de Tatiana apareció en el rincón oscuro.

—Alexander —susurró—, son las once. Mañana tienes que levantarte a las cuatro.

Él la miró con aire sombrío. Ella miró a Nick, que la contemplaba con una expresión cómplice, la de alguien que al fin lo entiende todo.

—¿Qué le ha estado diciendo?

—Sólo hemos compartido algunos recuerdos —contestó el coronel—. Los de los buenos tiempos que nos han traído hasta aquí.

Un poco mareado, Alexander dijo que volvía enseguida y se levantó, momento en que tiró al suelo su silla y desapareció. Tatiana se quedó a solas con Nick.

—Me ha dicho que eres enfermera —dijo Nick.

—Lo era.

El hombre se calló.

—¿Qué le pasa? —Ella le apoyó la mano en su cuerpo—. ¿Qué tiene?

Él la miró con ojos húmedos y suplicantes.

—¿Tienes morfina?

Tatiana se incorporó.

—¿Dónde le duele?

—En todos los puñeteros rincones del cuerpo que me quedan —dijo—. ¿Tienes morfina suficiente para eso?

—Nick...

—Por favor, por favor... Suficiente morfina para no volver a sentir nunca más.

—Nick, por Dios santo...

—Cuando a tu marido le resulte insoportable, él tiene la suerte de contar con las armas que limpia, él podrá volarse los sesos, pero ¿y yo? —Nick no podía agarrarla, pero sí se abalanzó con el cuerpo hacia ella—. ¿Quién me va a volar a mí los sesos, Tatiana? —susurró.

—¡Nick, por favor!

Ella lo ayudó a incorporarse, pero el coronel había bebido demasiado y se escurría hacia abajo.

Alexander regresó, tambaleándose un poco. Nick se calló.

Tatiana tuvo que empujar cuesta arriba la silla de ruedas del coronel porque Alexander soltaba las empuñaduras a cada momento y Nick se deslizaba hacia atrás todo el tiempo. Tardó muchísimo rato en llevarlo a su casa. La mujer y la hija de Nick estaban pálidas de ira. Los gritos de las mujeres habrían resultado más suaves a oídos de Tatiana si el coronel no le hubiese hablado, pero puesto que lo había hecho y puesto que el propio Alexander estaba demasiado borracho para reaccionar ante el histrionismo de las dos mujeres, y puesto que Nick Moore también estaba sumido en un profundo sopor etílico, al día siguiente, el remate del chiste (el hecho de que un hombre manco y cojo en silla de ruedas hubiese desaparecido del jardín delantero) pasó desapercibido para todos, excepto para Anthony.

A la mañana siguiente, Alexander se tomó tres tazas de café solo, se fue a trabajar con paso tambaleante y con resaca, sólo logró calar tres jaulas de una vez en lugar de las doce habituales y regresó con apenas setenta langostas, todas ellas demasiado pequeñas o de menos de medio kilo de peso. Rechazó su jornal, se quedó dormido nada más cenar y no se despertó hasta que Anthony se puso a chillar en plena noche.

Al otro anochecer, después de cenar, Tatiana salió al porche con una taza de té y descubrió que Alexander no se encontraba allí. Él y Anthony estaban con Nick en el jardín contiguo, y Alexander se había llevado incluso su silla. Anthony estaba agachado buscando bichos y los dos hombres conversaban. Tatiana los observó unos minutos y luego regresó al interior de la casa. Se sentó a la mesa de la cocina vacía y, para su propia sorpresa, prorrumpió en lágrimas.

La escena se repitió a la noche siguiente, y a la siguiente, y a la otra. Alexander ni siquiera le decía nada; se limitaba a ir a la casa vecina y él y Nick se sentaban a charlar juntos mientras Anthony jugaba por allí. Pronto empezó a dejar su silla en el césped de los Moore.



Tras varios días sin poder soportarlo más, Tatiana realizó una llamada a larga distancia antes del desayuno para hablar con Vikki.

Vikki se puso a chillar de alegría al oír su voz.

—¡No puedo creer que por fin te esté oyendo! Pero ¿se puede saber qué te pasa? ¿Cómo estás? ¿Cómo está Anthony, mi grandullón? Pero antes, dime qué narices te ha pasado. Eres una mala amiga, dijiste que llamarías todas las semanas. ¡Y hace más de un mes que no sé nada de ti!

—No puede haber pasado todo un mes, ¿es eso cierto?

—¡Tania! ¿Se puede saber qué diablos has estado haciendo? Bueno, no, no respondas a eso. —Vikki se echó a reír como una colegiala—. ¿Cómo ha ido... todo? —preguntó en voz baja, en tono insinuante.

—Bien, muy bien. ¿Y tú cómo estás? ¿Cómo has estado todo este tiempo?

—Eso no importa, ¿por qué no me has llamado?

—Hemos estado... —Tatiana se puso a toser.

—Ya sé lo que habéis estado haciendo, desvergonzada. ¿Cómo está mi niño precioso? ¿Cómo está el niño que más adoro en este mundo? No tienes ni idea de lo que me has hecho. «Tania os lo da y Tania os lo quita». Echo muchísimo de menos cuidar de él, tanto, que estoy planteándome tener mi propio hijo.

—A diferencia del mío, Gelsomina —dijo Tatiana—, tu hijo estará contigo a todas horas, no podrás dárselo a nadie como si fuera un cachorro. Y te digo una cosa, no va a ser tan bueno como mi Anthony.

—¿Y qué niño lo es?

Hablaron del trabajo como enfermera de Vikki, de Deer Isle, de los barcos, los columpios y de Edward Ludlow, y de un hombre nuevo en la vida de Vikki («¡Un oficial! Para que lo sepas, no eres la única capaz de ligarse a un oficial») y de Nueva York («No puedes pasar por ninguna calle sin ensuciarte los zapatos con materiales de construcción») y de los abuelos de Vikki («Están bien, están intentando engordarme, dicen que soy demasiado alta y flaca. Como si por el hecho de engordarme fueran a hacerme más baja») y de la última moda en cortes de pelo, tan ridícula, y

de los zapatos de tacón y de los nuevos vestidos de tirantes, cuando de repente:

—¿Tania? ¿Tania, qué te pasa?

Tatiana estaba llorando al otro lado del aparato.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—Nada, nada. Es sólo... que me alegro de oír tu voz. Te echo muchísimo de menos.

—Entonces, ¿cuándo vuelves? No puedo vivir sin ti en nuestro piso vacío —dijo Vikki—. Es que no puedo. No puedo vivir sin tu pan, sin tu muchachote, sin ver tu cara... Tania, por tu culpa nunca podré querer a ninguna otra. —Se echó a reír—. Y ahora cuéntale a Vikki qué te pasa.

Tatiana se enjugó las lágrimas.

—¿Estás pensando en irte del apartamento?

—¿Irme? ¿Estás de guasa? ¿Y dónde voy a encontrar un apartamento de tres habitaciones en Nueva York? No te puedes ni imaginar lo que ha pasado con los precios de los pisos desde que acabó la guerra. Y ahora deja ya de cambiar de tema y dime qué te pasa.

—Nada. De verdad, estoy bien. Es sólo que...

Anthony estaba jugando a sus pies. Se sonó la nariz y trató de serenarse. No podía hablar en voz alta de Alexander delante de su hijo.

—¿Sabes quién te ha estado llamando? Tu viejo amigo Sam.

—¿Qué?

Tatiana dejó de llorar al instante y se puso alerta: Sam Gulotta fue su contacto en el Departamento de Estado durante todos los años en que había estado intentando encontrar a Alexander. Sam sabía perfectamente que había encontrado a su marido, así que ¿por qué la llamaba? Sintió un nudo en el estómago.

—Sí, te ha estado llamando. Buscaba a Alexander.

—Ah. —Tatiana intentó imprimir un tono despreocupado a su voz—. ¿Y ha dicho para qué?

—Ha dicho algo de que el Departamento de Estado necesitaba hablar con Alexander. Me ha apremiado a que lo llames. Ha estado muy insistente cada vez que ha llamado.

—¿Y cuántas veces, mmm... ha llamado?

—Pues, no sé, así como... todos los días.

—¿Todos los días, dices?

Tatiana estaba perpleja y asustada.

—Eso es, todos los días. Insistente todos los días. Eso es demasiada insistencia para mí, Tania. Siempre le digo que en cuanto sepa algo de ti lo llamaré, pero no me cree. ¿Quieres su número?

—Ya tengo el número de Sam —dijo en voz baja—. Lo he llamado tantas veces a lo largo de estos años que lo sé de memoria.

Cuando Alexander volvió a casa por primera vez, habían ido a Washington a agradecerle a Sam su ayuda. Éste había mencionado algo acerca de una declaración para el Departamento de Estado, pero lo había dicho en tono tranquilo y sin prisa, y había añadido que era verano y que mucha gente estaba de vacaciones. Cuando habían dejado a Sam en el Mall, cerca del monumento a Lincoln, él no había vuelto a decir nada sobre aquello, así que ¿a qué venía ahora tanta insistencia? ¿Acaso tendría algo que ver con el enfriamiento de las relaciones amistosas entre dos recientes aliados de guerra, Estados Unidos y la Unión Soviética?

—Llama a Sam, por favor, para que deje de llamarme a mí. Aunque...

—La voz de Vikki se adentró imperceptiblemente en el territorio del flirteo—. A lo mejor deberíamos dejar que siguiera llamándome... La verdad es que es un bombón.

—Es un viudo de treinta y siete años con hijos, Vikki —señaló Tatiana—. No puedes tenerlo a él sin convertirte también en madre.

—Bueno, yo siempre he querido un hijo.

—Sí, pero es que él tiene dos.

—Bueno, de acuerdo, déjalo ya. ¿Me prometes que lo llamarás?

—Te lo prometo.

—¿Le darás a nuestro muchachote un beso de mi parte del tamaño de Montana?

—Sí. —Cuando Tatiana se había ido a Alemania a buscar a Alexander, fue Vikki quien se quedó a cargo de Anthony, y le había cogido mucho cariño al niño—. No puedo llamar a Sam enseguida —explicó Tatiana—.

Antes tendré que hablarlo con Alexander esta noche, cuando vuelva a casa, así que hazme un favor, ¿quieres? Si vuelve a llamar, dile que no has hablado conmigo todavía y que no sabes dónde estoy, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

—Es que... tengo que hablar con Alexander y, además, a veces no nos funciona el teléfono. No quiero que Sam se ponga nervioso, así que haz lo que te digo, ¿de acuerdo? Por favor, no digas nada.

—Tania, no confías en la gente, ése es tu problema. Ése ha sido siempre tu problema. Siempre desconfías de todos.

—No es verdad. Sólo... desconfío de sus intenciones.

—Bueno, pero Sam nunca haría nada que...

—Sam no dirige el Departamento de Estado, ¿a que no? —dijo Tatiana.

—¿Y?

—Pues que no puede responder por todo el mundo. ¿Es que no has leído los periódicos?

—¡No! —exclamó Vikki con orgullo.

—Al Departamento de Estado le da miedo el espionaje en todos los frentes. Tengo que hablar con Alexander de esto, saber qué opina él.

—¡Pero se trata de Sam! No te ayudó a traer de vuelta a casa a Alexander para luego acusarlo de espionaje.

—Repito, ¿acaso Sam dirige el Departamento de Estado? —Tatiana sentía una aprensión que no podía compartir con Vikki. En la década de 1920, la madre y el padre de Alexander pertenecían al Partido Comunista de Estados Unidos. Harold Barrington se había metido en numerosos líos en el país. De repente, el hijo de Harold había vuelto a América justo cuando la tensión entre las dos naciones iba en aumento. ¿Y si el hijo debía pagar por los pecados del padre? Como si no hubiera pagado bastante... y desde luego, por su aspecto, sin duda ya era más que suficiente—. Tengo que irme volando —dijo Tatiana, mirando a Anthony y apretando las manos en torno al teléfono—. Esta noche veré a Alexander. ¿Me prometes que no le dirás nada a Sam?

—Sólo si tú me prometes venir a verme en cuanto os vayáis de Maine.

—Lo intentaremos, Gelsomina —le aseguró Tatiana antes de colgar.



«Intentaré algún día cumplir esa promesa».

Temblando, llamó a Esther Barrington, la tía de Alexander, hermana del padre de éste y que vivía en Massachusetts. Fingió llamarla únicamente para saludarla, pero en realidad quería averiguar si alguien se había puesto en contacto con Esther para preguntarle por Alexander. Nadie lo había hecho, de modo que Tatiana sintió cierto alivio.



Esa noche, mientras cenaban langosta, Anthony anunció:

—Papá, mamá ha llamado a Vikki hoy.

—Ah, ¿sí? —Alexander levantó la vista del plato y escrutó el rostro de su mujer—. Qué bien. ¿Cómo está Vikki?

—Vikki está bien. Pero mamá lloró. Dos veces.

—¡Anthony!

Tatiana bajó la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Es verdad que lloraste?

—Anthony, por favor, ¿puedes ir y preguntarle a la señora Brewster si quiere cenar ahora o si le guardo la cena en el horno?

Anthony se fue y la intensidad del silencio de Alexander hizo que Tatiana se levantara para acercarse al fregadero, pero antes de poder articular palabra en su defensa por haber llorado, Anthony reapareció.

—La señora Brewster está sangrando —explicó.

Corrieron escaleras arriba y la señora Brewster les contó que su hijo, recién salido de la cárcel, le había pegado una paliza para quedarse con el dinero del alquiler que Alexander le pagaba. Tatiana trató de auxiliar a la anciana limpiándole la sangre con unos trapos.

—No va a dormir aquí, se hospeda con unos amigos al final de la carretera. ¿Podría ayudarme Alexander con mi hijo? —Puesto que él también había estado en prisión, debía de entender cómo eran esas cosas. Aunque no pegase a su esposa. ¿Podría pedirle Alexander a su hijo que no la pegase más? La mujer quería conservar su dinero del alquiler—. Es que se lo va a gastar en el maldito alcohol, como siempre, y luego se meterá en

algún lío. Yo no sé por qué lo encerraron a usted, pero a él lo metieron en la cárcel por agresión con arma blanca. Agresión bajo los efectos del alcohol.

Alexander se fue a la casa contigua a hablar con Nick, pero más tarde, esa misma noche, le dijo a Tatiana que iba a hablar con el hijo de la señora Brewster.

—No.

—Tania, a mí tampoco me cae bien esa mujer, pero ¿qué clase de malnacido le pega una paliza a su propia madre? Voy a hablar con él.

—No.

—¿No?

—No. Tú estás herido de gravedad.

—No estoy herido de gravedad —dijo Alexander despacio, a la espalda de ella—. Sólo voy a hablar con él, eso es todo, de hombre a hombre. Le diré que darle una paliza a su madre es algo intolerable.

Hablaba en susurros en la oscuridad, las camas juntas, mientras Anthony emitía leves ronquidos al lado de su madre.

—Y te dirá: vete a la mierda, cabrón. Métete en tus propios asuntos. Y luego ¿qué?

—Buena pregunta. Pero puede que se muestre razonable.

—¿Eso crees? ¡Pero si le pega a su propia madre para quitarle el dinero!

Suspirando, Tatiana se removió entre sus dos hombres.

—Ya, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Sí, sí que podemos. Podemos no cargar con los problemas de los demás.

«Ya tenemos suficientes», quiso decirle. No sabía cómo sacar el tema de Sam Gulotta, con esa sensación de terror frío que le atenazaba la garganta. Intentó seguir pensando en los problemas de los demás. No quería que Alexander se acercase al hijo de aquella mujer, pero ¿qué podía hacer?

—Tienes razón —dijo Tatiana al fin, carraspeando—. No podemos quedarnos de brazos cruzados, así que ¿sabes qué? Creo que iré yo a hablar

con él. Yo soy una mujer, soy pequeña, hablaré con él con tono amable, como le hablo a todo el mundo. No se va a poner violento conmigo.

Sintió cómo Alexander se ponía rígido a su espalda.

—¿Estás de broma? —le susurró—. ¡Le pega a su madre! Ni se te ocurra acercarte a él.

—Chsss... No pasará nada, ya lo verás.

Le hizo volverse para mirarla cara a cara.

—Lo digo muy en serio —dijo él, enfrentándose a ella con mirada intensa y firme, sin apenas pestañear—. No des un solo paso en esa dirección, ni un solo paso. Porque si saliera una sola sílaba de su boca contra ti, no volvería a dirigirle la palabra a nadie nunca más, y a mí me encerrarían en una cárcel norteamericana, ¿es eso lo que quieres?

—No, amor mío —respondió ella en un hilo de voz.

¡Estaba hablando! Se había mostrado vehemente. ¡Hasta había levantado su voz susurrante! Lo besó en la cara, y siguió besándolo más y más, hasta que él también la besó, recorriéndole la superficie del camisón con las manos.

—¿Te he dicho lo mucho que odio que lleves ropa en mi cama?

—Ya lo sé, pero dormimos con un niño pequeño —le contestó ella en un susurro—. No puedo estar desnuda a su lado.

—A mí no me engañas —repuso Alexander, lanzando un suspiro.

—Amor mío, es por el niño —dijo, evitando su mirada—. Además, llevo un camisón de seda, no de arpillera. ¿Te has dado cuenta de que no llevo ropa interior?

Alexander deslizó las manos por debajo del camisón.

—¿Por qué llorabas cuando hablabas con Vikki? —Un tono frío y malhumorado le impregnó la voz—. ¿Qué? ¿Echas de menos tu Nueva York?

Tatiana lo miró y se sintió culpable. Lo miró y se sintió sola.

—¿Por qué te vas a la casa de al lado todas las noches? —le susurró, gimiendo ligeramente.

Alexander apartó las manos.

—Vamos, Tatiana, ya has visto a la familia de Nick. Soy el único con quien puede hablar, no tiene a nadie aparte de mí.

«Ni yo tampoco», pensó Tatiana, y el dolor llameante de aquella verdad le abrasó los ojos. No podía decirle nada a Alexander acerca de Sam Gulotta y el Departamento de Estado, no había sitio para más raciones en su plato frío de angustia.



A la noche siguiente, Anthony regresó a casa él solo tras haber estado únicamente media hora con su padre y el coronel. El sol ya se había escondido y los mosquitos habían hecho su aparición. Tatiana lo bañó, y le estaba aplicando loción de calamina para las picaduras cuando le preguntó:

—Ant, ¿de qué hablan papá y Nick?

—No sé —le contestó Anthony vagamente—. De la guerra. De luchar.

—¿Y esta noche? ¿Por qué has vuelto tan pronto?

—Nick no para de pedirle a papá una cosa.

—¿Qué es lo que no para de pedirle a papá?

—Que lo mate.

Tatiana, que estaba en cuclillas, se tambaleó hacia atrás y estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Qué?

—No te enfades con papá, por favor.

Ella le dio unas palmaditas para tranquilizarlo.

—Anthony... eres un buen chico.

Al ver la expresión desencajada en el rostro de su madre, Anthony empezó a hacer pucheros. Su madre lo tomó en brazos.

—Chsss. No pasa nada, hijito. Todo va a ir bien.

—Papá dice que no quiere matarlo. —Tatiana le puso el pijama rápidamente.

—Espérame aquí, ¿me lo prometes? No salgas a la calle con el pijama. Quédate en la cama y mira los dibujos del libro de barcos y peces.

—¿Adónde vas?

—A buscar a papá.

—¿Vas a... volver en cuanto hayas ido a buscar a papá? —preguntó con aire de inseguridad.

—Pues claro. Anthony, claro. Volveré enseguida.

—¿Le vas a gritar?

—No, hijo mío.

—Mamá, por favor, no te enfades si ha matado al coronel.

—Chsss. Mira tu libro. Volveré enseguida.

Tatiana sacó su maletín de enfermera del armario. Tardó unos minutos en recobrar la serenidad, pero al final salió de la casa con paso decidido.

—Huy, huy, huy... —exclamó Nick al verla—. Me parece que se va a armar una buena.

—Pues no, no creo —dijo Tatiana fríamente, abriendo la puerta del jardín.

—No es culpa suya —explicó Nick—. Es culpa mía. Lo he entretenido yo.

—Mi marido ya es mayorcito —dijo—. Sabe perfectamente cuándo hay que decir basta. —Miró a Alexander con ojos acusadores—. Pero se le olvida que su hijo habla su mismo idioma y oye cada palabra que dicen los adultos.

Alexander se levantó.

—Y dicho esto, buenas noches, Nick.

—Deja aquí la silla —dijo Tatiana—. Vete. Ant está solo.

—¿Tú no vienes?

—Voy a hablar un poco con Nick. —Miró fijamente a Alexander—. Vete. Yo iré enseguida.

Alexander no se movió.

—¿Qué estás haciendo? —dijo despacio.

Tatiana se dio cuenta de que él no pensaba irse, y ella no pensaba ponerse a discutir delante de un extraño. Aunque una discusión habría estado muy bien.

—Nada. Sólo voy a hablar con Nick.

—No. Tania, ven.

—Ni siquiera sabes lo que...

—Me da igual. Ven.

Haciendo caso omiso de la mano que le tendía su marido, Tatiana se sentó en la silla y se dirigió al coronel.

—Sé de qué le está hablando a mi marido —dijo Tatiana—. Déjelo.

Nick negó con gesto impotente con la cabeza.

—Tú has estado en la guerra. ¿Es que no entiendes nada?

—Lo entiendo todo —repuso ella—, pero no puede pedirle lo que le pide. No está bien.

—¿Bien? —exclamó—. ¿Quieres que hablemos de lo que está bien?

—Sí quiero —dijo Tatiana—. Yo también tengo unas cuantas cosas que estoy tratando de solucionar. Pero usted fue al frente y cayó herido, ése es el precio que tuvo que pagar para evitar que su mujer y su hija acabaran hablando alemán. Cuando dejen de sentir tristeza por usted, estarán mejor. Ya sé que ahora es muy duro, pero las cosas mejorarán.

—Las cosas no van a mejorar nunca. ¿Crees que no sé por qué luchaba? Lo sé, y no me quejo. No me quejo de eso. Pero esto no es vida, no para mí, no para mi mujer. Esto es sólo una mierda, perdón por la expresión. —Como no podía hacer otra cosa, Nick hizo un esfuerzo por incorporarse en la silla y se arrojó al césped. Tatiana dio un respingo y Alexander lo recogió y volvió a colocarlo en la silla—. Lo único que quiero es morirme —exclamó Nick, jadeando—. ¿Es que no lo ves?

—Sí lo veo —respondió ella en voz baja—, pero deje a mi marido en paz.

—¿Es que nadie más puede ayudarme!

Nick intentó arrojarse al suelo de nuevo, pero Tatiana lo sujetó con mano firme.

—Él tampoco va a ayudarlo —dijo—. No con esto.

—¿Por qué no? ¿Le has preguntado acaso a cuántos de sus hombres tuvo que pegarles un tiro para ahorrarles el sufrimiento? —gritó Nick—. ¿Qué? ¿No te lo ha dicho? Díselo, capitán. Les pegaste un tiro sin pensarlo dos veces. ¿Por qué no lo haces ahora por mí? ¡Mírame!

Tatiana miró a un sombrío Alexander y luego volvió la vista hacia Nick.

—Sé lo que hizo mi marido en la guerra —repuso con voz trémula—, pero déjelo en paz. Él también necesita un poco de paz.

—Por favor, Tania —susurró Nick, bajando la cabeza para apoyarla en la mano de ella—. Se ha acabado la fiesta para mí. Ten piedad. Sólo tienes que darme la morfina. No es una muerte violenta, no sentiré ningún dolor. Sólo me quedaré dormido... Es bueno. Es justo.

Tatiana miró a Alexander con una pregunta en los ojos.

—Te lo suplico —añadió Nick al ver su vacilación.

Alexander levantó a Tatiana de la silla.

—Dejadlo de una vez, los dos —dijo, en una voz que no admitía réplica, ni siquiera del coronel—. Los dos os habéis vuelto locos. Buenas noches.

Más tarde, en la cama, ninguno de los dos habló durante largo rato. Tatiana estaba hecha un ovillo y abrazada a su espalda.

—Tania... dime una cosa... ¿Ibas a matarlo para que no pasara más tiempo con él?

—No digas tonte... —Se interrumpió—. Ese hombre se está muriendo. Ese hombre quiere estar muerto, ¿es que no lo ves?

La respuesta de Alexander llegó con dificultad.

—Sí lo veo.

«Oh, Dios...».

—Ayúdalo, Alexander —dijo Tatiana—. Llévalo a Bangor, al hospital del Ejército. Ya sé que no quiere ir, pero tiene que ir. Allí hay enfermeras preparadas para atender a personas como él. Le sostendrán los cigarrillos en la boca y le leerán en voz alta. Cuidarán de él. Vivirá.

«Ese hombre no puede estar cerca de ti, tú no puedes estar cerca de él».

Alexander se quedó un momento en silencio.

—¿Yo también debería ir al hospital de Bangor? —preguntó.

—No, cariño; no, Shura —susurró ella—. Tú tienes tu propia enfermera aquí, a tu lado, las veinticuatro horas.

—Tania...

—Por favor... Chsss... —susurraban con desesperación, él entre el pelo de ella, y ella sobre la almohada que tenía delante.

—Tania, ¿lo... lo harías por mí, si te lo pidiese? Si yo... estuviese como él...

Se le quebró la voz.

—Más rápido de lo que se tarda en decir Sachsenhausen.

Se oyó un sonido repetitivo en alguna parte, grillos y más grillos, batir de alas y aleteos de otra clase, los ronquidos de Anthony en el silencio, en el dolor. Había habido un tiempo en el que Tatiana podía ayudar a Alexander con muchas cosas. ¿Por qué ya no podía ayudarlo?

Tatiana lloró en silencio, mientras los hombros le temblaban.



Al día siguiente, Alexander llevó al coronel al hospital del Ejército de Bangor, a cuatro horas de distancia. Se marcharon a primera hora de la mañana. Tatiana les llenó las cantimploras, les preparó los sándwiches y lavó y planchó los pantalones caqui de Alexander y su suéter de manga larga.

Antes de irse, se agachó junto al cuerpo menudo de Anthony y le preguntó:

—¿Quieres que te traiga algo cuando vuelva?

—Sí, un soldado de juguete —contestó Anthony.

—Muy bien, te lo traeré. —Alexander le alborotó el pelo y se levantó—. ¿Y tú? —Se dirigió a Tatiana, acercándose a ella.

—No, nada —respondió, con aire de decidida despreocupación—. No me hace falta nada.

Estaba intentando mirar más allá de los ojos de bronce de Alexander bucear en algún plano más profundo, uno que le dijera lo que estaba pensando, lo que estaba sintiendo. Tatiana trataba de alcanzar el otro lado del océano que no podía atravesar.

Nick ya estaba en la caravana, y su esposa e hija daban vueltas a su alrededor. Había demasiada gente. Alexander le acarició la mejilla con el



reverso de los dedos.

—Pórtate bien —le dijo, besándola en la mano.

Tatiana apretó la frente contra su pecho un momento antes de que él se apartara. Cuando estaba ya muy cerca de la cabina de la caravana, Alexander se volvió. Tatiana, muy erguida e inmóvil, presionó con fuerza la mano de Anthony, pero ése fue el único indicio del torbellino emocional que estaba teniendo lugar en su interior, pues ante Alexander sólo mostraba una cara firme y serena. Hasta logró sonreír. Le lanzó un beso y luego se llevó la mano a la sien en un saludo tembloroso.



Alexander no regresó esa noche. Tatiana no durmió.

Tampoco regresó a la mañana siguiente. Ni a la tarde siguiente. Ni a la noche siguiente.

Tatiana registró las cosas de su marido y descubrió que se había llevado sus armas. Sólo quedaba la pistola de ella, la P-38 de fabricación alemana que él mismo le había dado en Leningrado. Estaba envuelta en una toalla junto a un grueso fajo de billetes, dinero extra que él había ido acumulando con el trabajo para Jimmy y que había dejado allí para ella.

Se quedó dormida en una especie de sopor junto a Anthony, en su cama gemela.

A la mañana siguiente, Tatiana bajó a los muelles. El langostero de Jimmy estaba atracado ahí, y éste hacía lo posible por reparar un golpe en el costado.

—Hola, renacuajo —saludó a Anthony—. ¿Ha vuelto ya tu papá? Tengo que salir a pescar unas langostas o me quedaré sin blanca.

—No ha vuelto todavía —contestó el niño—, pero me va a traer un soldado de juguete.

A Tatiana le flaqueaban las piernas.

—Jim, ¿a ti no te dijo cuántos días iba a estar fuera?

Jimmy negó con la cabeza.

—Dijo que si quería podía contratar a uno de los tipos que vienen por aquí buscando trabajo, y si no regresa pronto, voy a tener que hacerlo. Tengo que hacerme a la mar.

Hacía una mañana espléndida.

Llevando a Anthony a rastras de la mano, Tatiana prácticamente subió corriendo la cuesta hasta casa de Bessie y llamó a la puerta hasta que la mujer se despertó y fue a abrirla de mala gana. Tatiana, sin disculparse por haberla despertado, le preguntó si había tenido noticias de Nick o del hospital.

—No —contestó Bessie de malos modos.

Tatiana se negó a marcharse hasta que Bessie llamó al hospital y descubrió que el coronel había ingresado sin incidencias de ninguna clase dos días antes. El hombre que lo llevó hasta allí se quedó un día y luego se marchó. Nadie sabía nada más sobre Alexander.



Pasó otro día.

Tatiana se sentó en el banco de la bahía, junto al agua de la mañana, y vio a su hijo columpiarse él solo en un neumático. Se abrazaba el vientre con los brazos crispados. Estaba intentando no balancear el cuerpo hacia delante y hacia atrás como hacía Alexander a las tres de la madrugada.

«¿Me ha abandonado? ¿Me besó la mano para despedirse para siempre?

»No, eso es imposible. Ha pasado algo. No puede soportarlo, no puede aguantar, no encuentra una salida, no encuentra la manera. Lo sé. Lo presiento. Creímos que la parte más dura ya había terminado... pero nos equivocamos. Vivir es la parte más dura. Aprender a vivir tu vida cuando estás roto por dentro... no hay nada más duro que eso. Oh, Dios santo... ¿Dónde está Alexander?».

Tenía que ir a Bangor inmediatamente, pero ¿cómo? No tenía coche. ¿Podían ella y Anthony ir hasta allí en autobús? ¿Podían dejar Stonington

para siempre, podían dejar allí todas sus cosas? ¿Para ir adónde? Pero ¡debía hacer algo! ¡No podía quedarse allí sin hacer nada!

Estaba rota, por dentro y por fuera. Tenía que ser fuerte por su hijo. Tenía que ser decidida por él. Todo iba a salir bien. Como un mantra. Una y otra vez.

«Éste es mi sueño recurrente —clamaba todo el cuerpo de Tatiana—. Creía que era como un sueño que él estuviese aquí de nuevo conmigo, y tenía razón, y ahora he abierto los ojos y él se ha ido, como antes».

Tatiana estaba viendo columpiarse a Anthony, mirando más allá de él, soñando con un hombre, imaginando un solo corazón en la inmensidad del universo... entonces, ahora y siempre. Seguía volando hacia él.

«¿Estará vivo todavía?».

«¿Estoy yo viva todavía?».

Creía que sí, nadie podía sentir tanto dolor y estar muerto.

—Mamá, ¿me miras? Voy a dar vueltas y vueltas y vueltas hasta marearme y caerme. ¡Yupi! ¿Me miras? ¡Mírame, mami!

Tatiana tenía los ojos empañados.

—Te estoy mirando, campeón. Te estoy mirando.

El aire olía tanto a agosto, el sol era tan radiante... los pinos, los olmos, las piñas, el mar, el niño que no dejaba de girar, sólo tres años; la joven madre, ni siquiera veintitrés...

Tatiana se había imaginado a su Alexander desde niña, desde antes de creer incluso que era posible que existiese alguien como él. Cuando era niña, soñaba con un mundo bueno por cuyos inescrutables caminos circulaba un hombre bueno, acaso buscándola a ella en algún rincón de su alma errante.

### *A orillas del río Luga, 1938*

El mundo de Tatiana era perfecto.

Puede que la vida no fuese perfecta, ni mucho menos, pero en verano, cuando el día empezaba casi cuando terminaba el anterior, cuando los

grillos cantaban toda la noche y las vacas mugían antes de que huyesen los sueños, cuando los olores estivales de junio en la aldea de Luga eran tan intensos, con los cerezos, las lilas y las ortigas en el alma desde el alba hasta el crepúsculo, cuando podías tumbarte en el camastro junto a la ventana y leer libros sobre la Gran Aventura de la Vida sin que nadie te molestase... con el aire tan quieto, el rumor de las ramas y, no demasiado lejos, la corriente del río Luga... entonces el mundo era un lugar perfecto.

Y aquella mañana la joven Tatiana estaba bajando por la carretera, acarreando dos baldes de leche de la vaca de Berta. Tarareaba una melodía y la leche se le derramaba por las prisas, pues corría para poder traerla de vuelta enseguida y así meterse en la cama a seguir leyendo su maravilloso libro, pero no podía evitar ir dando brincos, como tampoco la leche podía evitar derramarse. Se detuvo, dejó la vara en el suelo tras descargársela de los hombros, cogió uno de los baldes y se bebió la leche cálida que contenía, cogió el otro y bebió un poco más. Volvió a colocarse la vara sobre los hombros y reemprendió su camino.

Tatiana era una muchacha larguirucha y flaca como un palillo de la cabeza hasta los pies, una línea recta: los pies, las rodillas, los muslos, las caderas, las costillas, el pecho, los hombros, toda ella como un tallo que se estrechaba a la altura del cuello y luego se expandía en una cara redonda y rusa de frente alta, mandíbula muy marcada, boca rosada y sonriente y dientes blancos. Los ojos verdes le brillaban de puro traviesos, y tanto las mejillas como la naricilla estaban salpicadas de pecas. Aquel rostro feliz estaba rodeado por una melena rubísima, con unos mechones ralos que le caían por los hombros. Nadie podía sentarse junto a Tatiana sin resistir la tentación de acariciarle el pelo.

—¡Tatiana!

El grito procedía del porche. Nadie excepto Dasha.

Dasha siempre estaba gritando: Tatiana esto, Tatiana lo otro... «Pues va a tener que aprender a relajarse y no gritar tanto», pensó Tatiana. Aunque, ¿por qué iba a hacerlo? Todos los miembros de la familia de Tatiana gritaban. ¿Cómo si no podía hacerse oír uno? Eran tantos... Bueno, su taciturno abuelo de pelo gris lo conseguía de algún modo. Tatiana lo

conseguía... de algún modo. Pero todos los demás: su madre; su padre; su hermana; hasta su hermano, Pasha (¿y por qué tenía él que gritar?), chillaban como si acabaran de llegar al mundo.

Los niños jugaban armando un gran alboroto y los adultos pescaban y cultivaban hortalizas en sus huertos. Algunos tenían vacas, otros tenían cabras; cambiaban pepinos por leche y leche por cereales; molían su propio centeno y fabricaban con él su propio pan integral. Las gallinas ponían huevos y los huevos se intercambiaban por té a los habitantes de las ciudades, y de vez en cuando alguien traía azúcar y caviar de Leningrado. El chocolate era tan raro y caro como los diamantes, razón por la cual cuando el padre de Tatiana —que se había ido hacía poco en viaje de negocios a Polonia— les había preguntado a sus hijos qué querían que les trajese, Dasha había contestado inmediatamente que chocolate. Tatiana también había querido decirle que chocolate, pero en vez de eso dijo: «¿Y un vestido bonito, papá?». Todos sus vestidos los había heredado de Dasha y le quedaban demasiado grandes.

—¡Tatiana!

La voz de Dasha provenía ahora del jardín.

Volviendo la cabeza a regañadientes, Tatiana dirigió su mirada desconcertada a su hermana, que estaba de pie junto a la verja con sus brazos en jarras, en actitud exasperada.

—¿Sí, Dasha? —respondió con dulzura—. ¿Qué quieres?

—¡Llevo diez minutos llamándote! ¡Me he quedado ronca de tanto gritar! ¿Es que no me has oído?

Dasha era más alta que Tatiana, y ya una mujer hecha y derecha; llevaba el rebelde pelo castaño y rizado recogido en una cola de caballo y la miraba con ojos indignados.

—No, no te he oído —le contestó Tatiana—. La próxima vez a lo mejor deberías gritar más fuerte.

—¿Dónde has estado? Llevas fuera nada menos que dos horas... ¡para ir a buscar leche apenas cinco casas más arriba!

—¿Y a qué vienen tantas prisas?

—¡No me contestes con tu frescura habitual, caradura! Te he estado esperando.

—Dasha —empezó a decir Tatiana filosóficamente—, dice Blanca Davidovna que bienaventurados serán aquellos que tengan paciencia.

—Vaya, pues mira quién fue a hablar, porque eres la persona más impaciente que conozco.

—Sí, eso díselo a la vaca de Berta. He estado esperando a que volviera de pacer.

Dasha le quitó a su hermana la vara de los hombros.

—Berta y Blanca te habrán dado de comer, ¿no? —Tatiana puso los ojos en blanco.

—Me han dado de comer, me han cubierto de besos, me han sermoneado... Y eso que ni siquiera es domingo. Estoy alimentada y con el alma limpia y soy una con el Señor. —Lanzó un suspiro—. La próxima vez ve tú a buscarte la leche, pagana impaciente.

A Tatiana le faltaban tres semanas para cumplir los catorce años, mientras que Dasha había cumplido los veintiuno en abril. Dasha se consideraba la segunda madre de Tatiana, mientras que la abuela de ambas se consideraba la tercera madre de Tatiana. Las ancianas que le daban la leche a Tatiana y le hablaban de Jesús se consideraban su cuarta, quinta y sexta madre. Y Tatiana pensaba que apenas si necesitaba a la única y exasperada madre que tenía, por fortuna en Leningrado en esos momentos. Sin embargo, sabía que, por alguna razón y a pesar de que no era culpa suya, mujeres, hermanas y otras personas sentían la necesidad de hacerle de madre, de cubrirla de besos y atenciones y amor de madre, abrazarla con sus enormes cuerpos de matronas, hacerle trenzas en el pelo ralo, besarle las pecas y rezar a Dios por ella.

—Mamá os dejó a ti y a Pasha a mi cargo —declaró Dasha en tono autoritario—. Y si vas a mantener esa actitud conmigo, no pienso contarte la noticia.

—¿Qué noticia?

Tatiana empezó a dar saltos, pues le encantaban las noticias.

—No te lo digo.

Tatiana siguió a Dasha al interior de la casa sin dejar de dar saltitos. Su hermana dejó los baldes en el suelo. Tatiana llevaba un vestido de tirantes de niña pequeña y no dejaba de brincar. De repente, sin avisar, se arrojó a los brazos de Dasha, que estuvo a punto de caer al suelo antes de recobrar el equilibrio.

—¡No hagas eso! —le recriminó, aunque no estaba enfadada—. Ya eres demasiado mayor para esas cosas.

—No soy demasiado mayor.

—Mamá me va a matar —dijo Dasha, dándole unas palmaditas a su hermana en el trasero—. Te pasas todo el día durmiendo y leyendo, y eres una desobediente. No comes, y así nunca crecerás. Mira qué pequeña eres.

—Creía que habíais dicho que era demasiado grande.

Tatiana estaba abrazada al cuello de Dasha.

—¿Dónde está el loco de tu hermano?

—Se fue a pescar al amanecer —contestó Tatiana—. Quería que lo acompañase... ¿Levantarme yo al amanecer? ¡Ja, ja, ja! Ya le dije lo que me parecía esa idea.

Dasha la apretó con fuerza.

—Tania, he visto palillos más gruesos que tú. Anda, ven a comerte un huevo.

—Me comeré un huevo si me dices la noticia —propuso Tatiana, besando a su hermana en una mejilla y luego en la otra. Besos, besos y más besos—. Nunca deberías guardarte las buenas noticias para ti sola, Dasha. Ésa es la regla: las malas noticias sólo para ti, pero las buenas díselas a todo el mundo.

Dasha la dejó en el suelo.

—La verdad es que no sé si son buenas noticias, pero... Tenemos nuevos vecinos —anunció—. Los Kantorov se han mudado a la casa de al lado.

Tatiana abrió los ojos como platos.

—No puedo creerlo —exclamó en tono escandalizado y llevándose las manos a la cara—. ¡Los Kantorov nada menos!

—Ya está, no voy a hablarte nunca más. Estoy harta de que te burles de mí.

Tatiana se echó a reír.

—¡Es que hablas de los Kantorov como si se tratase de los Romanov!

Dasha siguió hablando con nervioso entusiasmo.

—Se rumorea que son de Asia Central. ¿Crees que vendrán de Turkmenistán? ¿A que es emocionante? Por lo visto tienen una hija, una niña con la que podrás jugar.

—¿Y ésas son las noticias? —exclamó Tatiana—. ¿Que va a venir una niña de Turkmenistán para que pueda jugar con ella? Dasha, tienes que tener alguna noticia mejor que ésa. El pueblo está lleno de niños y niñas con los que jugar... y que además hablan ruso. Y la prima Marina vendrá dentro de dos semanas.

—También tienen un hijo.

—¿Y? —Tatiana miró fijamente a Dasha—. Ah, ya lo entiendo. No es de mi edad, sino de tu edad, claro. —Dasha sonrió.

—Sí, a diferencia de ti, a algunas nos interesan los chicos.

—O sea, que en realidad no es una noticia para mí, sino para ti.

—No, la niña es para ti.

Tatiana salió con Dasha al porche a comerse un huevo duro. Tenía que admitir que ella también estaba entusiasmada con la noticia, porque no venía gente nueva al pueblo demasiado a menudo. La verdad es que nunca. La aldea era pequeña, y las casas se alquilaban durante años a las mismas personas, que crecían, tenían hijos y se hacían mayores.

—¿Y dices que se han venido a vivir a la casa de al lado?

—Sí.

—¿Donde vivían los Pavlov?

—Ya no.

—¿Qué les ha pasado?

—No lo sé, no están aquí.

—Sí, ya, eso es evidente. Pero ¿qué les ha pasado? El verano pasado estaban aquí.

—Han estado aquí quince veranos.



—¿Quince veranos —repitió Tatiana— y ahora otras personas están en su casa? La próxima vez que vayas a la ciudad pásate por el sóviet local y pregúntale al comisario qué les ha pasado a los Pavlov.

—¿Es que te has vuelto loca? ¿Que vaya al sóviet a preguntar dónde están los Pavlov? Come y calla, ¿quieres? Cómete el huevo y deja de hacer tantas preguntas. Ya estoy harta de ti, y eso que todavía es por la mañana.

Tatiana estaba sentada, con las mejillas abultadas y el huevo todavía entero en el interior de la boca, con ojos centelleantes. Dasha se echó a reír y atrajo a su hermana hacia sí. Tatiana se apartó.

—Estate quieta —le ordenó Dasha—. Tengo que arreglarte la trenza, la llevas hecha una pena. ¿Qué estás leyendo ahora, Tanechka? —preguntó cuando empezó a deshacérsela—. ¿Algo bueno?

—*La reina Margot*. Es el mejor libro del mundo.

—No lo he leído. ¿De qué trata?

—De amor —contestó Tatiana—. Ay, Dasha... Nunca te podrás imaginar un amor semejante... Un desdichado soldado, La Mole, se enamora de la desgraciada esposa católica de Enrique IV, la reina Margarita, también llamada Margot. Su amor imposible te rompería el corazón.

Dasha se echó a reír.

—Tania, eres la chica más graciosa que conozco. No sabes absolutamente nada de nada y en cambio hablas hechizada por las palabras de amor que has leído en un libro...

—Cómo se nota que no has leído *La reina Margot* —contestó Tatiana con aire displicente—. No son palabras de amor. —Sonrió—. Es un canto al amor.

—No me puedo permitir el lujo de leer sobre el amor. Lo único que hago es cuidar de ti.

—Pero sí que te reservas algo de tiempo para las «relaciones sociales» de noche, ¿a que sí?

Dasha le dio un pellizco.

—Para ti todo es una broma. Bueno, pues espera y verás, lista. Algún día esas «relaciones sociales», como tú las llamas, no te parecerán tan

divertidas.

—Puede ser, pero tú sigues pareciéndome muy divertida.

—Ya te daré yo divertida. —Dasha la volvió a empujar—. Serás granuja... —exclamó—. ¿Cuándo te harás mayor? Vamos, ya no puedo esperar más a tu imposible hermano. Vayamos a conocer a tu nueva mejor amiga, *mademoiselle* Kantorova.

Saika Kantorova.

El verano de 1938, cuando cumplió catorce años, fue el verano en que Tatiana se hizo mayor.



Los nuevos vecinos de la casa de al lado eran nómadas, vagabundos de partes del mundo muy alejadas de Luga. Tenían nombres muy extraños, propios de Asia Central. El padre, Murak Kantorov, demasiado joven para estar jubilado, murmuró que era un soldado retirado del ejército, pero llevaba el pelo negro largo y recogido en una cola de caballo. ¿Acaso los soldados llevaban el pelo tan largo? La madre, Shavtala, dijo que era una «especie» de maestra no retirada. El hijo de diecinueve años, Stefan, y la hija de quince años, Saika, no dijeron nada, sólo pronunciaron el nombre de ella: «Sa-ii-ka».

¿Era cierto que procedían de Turkmenistán? A veces. ¿De Georgia? De vez en cuando. Los Kantorov respondían a todas las preguntas de forma vaga.

Por lo general, los nuevos vecinos eran más simpáticos, no tan cerrados ni callados. Dasha lo intentó.

—Trabajo de ayudante en la consulta de un dentista. Tengo veintiún años. ¿Y tú, Stefan?

¡Dasha ya estaba coqueteando con él! Tatiana tosió con fuerza y su hermana la pellizcó. Tatiana quiso contar un chiste, pero no parecía haber espacio para chistes en la oscura habitación atestada de gente incómoda. Fuera el sol lucía de lleno, pero dentro, las cortinas sin lavar estaban echadas y tapaban las ventanas mugrientas. Los Kantorov no habían

deshecho su equipaje. La casa había sido amueblada por los Pavlov, que no parecían haberse marchado definitivamente, sino sólo haber salido fuera un momento.

Había unos cuantos objetos nuevos en la repisa de la chimenea: fotos, retratos, esculturas raras y pequeños cuadros dorados, como iconos, sólo que no eran de Jesús ni de María... sino de unas extrañas cosas con alas.

—¿Conocían ustedes a los Pavlov? —Quiso saber Tatiana.

—¿A quiénes? —exclamó el padre bruscamente.

—A los Pavlov. Ésta era su casa.

—Bueno, pero ahora ya no lo es, ¿no? —repuso la madre.

—Ésos no van a volver —informó Murak—. Tenemos papeles del sóviet. Tenemos permiso oficial para estar aquí. ¿A qué vienen tantas preguntas en boca de una niña? ¿Quién quiere saberlo?

Esbozó una sonrisa fingida.

Tatiana fingió devolverle la sonrisa.

Cuando salieron, Dasha le susurró:

—¡Déjalo ya! Me parece increíble que hayas empezado con tus preguntas estúpidas. Mantén la boquita cerrada o te prometo que se lo contaré a mamá cuando vuelva.

Dasha, Stefan, Tatiana y Saika habían salido a la luz del sol; Tatiana no decía nada, pues no se le permitía hacer preguntas. Al final, Stefan sonrió a Dasha, y Saika miró a Tatiana con recelo.

Fue en ese momento cuando Pasha, pequeño y ágil, subió corriendo los escalones de la casa, depositó un cubo con tres percas rayadas a los pies de Tatiana y dijo con voz atronadora:

—¡Ajá! Señorita Sabelotodo, mira lo que he pescado hoy...

—Pasha, te presento a nuestros nuevos vecinos —lo interrumpió Dasha—. Pasha, estos son Stefan... y Saika. Saika tiene tu edad.

En ese momento, Saika sonrió.

—Hola, Pasha —dijo.

Pasha la acogió con una sonrisa radiante.

—Vaya, Vaya... Cuánto me alegro de conocerte, Saika...

—¿Y cuántos años tienes? —le preguntó Saika, mirándolo de arriba abajo.

—Pues tengo la misma edad que ésta de aquí. —Pasha, de pelo negro, tiró con fuerza de la trenza rubia de su hermana Tatiana y ésta lo empujó—. Cumpliremos catorce muy pronto.

—¡Sois mellizos! —exclamó Saika, mirándolos atentamente—. Caramba, qué cosas... —Sonrió con picardía—. Pero... tú pareces mucho mayor que tu hermana.

—Es que es mucho mayor que yo —intervino Tatiana—. Nueve minutos mayor.

—Pues pareces mayor que eso, Pasha.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo cuánto, Saika?

Pasha sonrió y la muchacha le devolvió la sonrisa.

—Pues... unos doce minutos mayor —masculló Tatiana, reprimiendo las ganas de poner los ojos en blanco, derribar el cubo «accidentalmente» y dejar que sus preciosos pescados se fueran rodando por la hierba.

Pero la atención de Pasha estaba concentrada en otro sitio.

Despertarse y quedarse inmóvil en la cama por la mañana, despertarse y sentir el sol, no hacer, no pensar, no preocuparse. Tatiana vivía en Luga sin que el clima la preocupase, porque cuando llovía leía, y si hacía sol, nadaba. Vivía en Luga sin que la vida le preocupase, porque nunca pensaba en lo que se ponía, porque no tenía nada; ni en lo que comía, porque siempre era lo justo. Vivía en Luga en la felicidad eterna de la infancia, sin pasado y sin futuro. Creía que no había nada en el mundo que un verano en Luga no pudiese curar.

### *Las últimas nieves, 1946*

—¡Mamá, mamá!

Se acercó estremeciéndose y se volvió. Anthony corría, señalando la pendiente de la colina por la que bajaba Alexander. Llevaba la misma ropa con la que se había marchado.

Tatiana se levantó. Ella también quería echar a correr, pero las piernas no podían transportarla. Ni siquiera podían soportar el peso de su cuerpo de pie. Anthony, el chico valiente, saltó directamente a los brazos de su padre.

Con su hijo encima, Alexander se acercó a Tatiana en la playa de guijarros y dejó al niño en el suelo.

—Hola, cariño —dijo.

—Hola —dijo ella, apenas capaz de mantener la mirada serena.

Desaseado y sin afeitarse, Alexander se quedó junto a ella y la miró con unos círculos demacrados de color violeta oscuro debajo de los ojos, sin poder él mismo mantener la mirada serena. Tatiana se olvidó, de sí misma y corrió hacia él. Alexander se apretó con fuerza contra el cuerpo de ella y enterró la cara en su cuello, entre las trenzas de su pelo. Ella permaneció con los pies en el suelo, abrazándolo. Tatiana sintió manar del cuerpo de su marido una desesperación tan negra que empezó a temblar.

Él respondió abrazándola con más fuerza y, sin dejar de abrazarla, le susurró al oído:

—Chsss, chsss... Vamos, el niño...

Cuando la soltó, Tatiana no levantó la vista, pues no quería que Alexander viera en sus ojos el miedo que sentía por él. No había alivio posible... pero al menos estaba con ella.

Anthony tiró del brazo de su padre y preguntó:

—Papá, ¿por qué has tardado tanto en volver? Mamá estaba muy preocupada.

—Ah, ¿sí? Pues siento que mamá haya estado muy preocupada —dijo Alexander, sin mirarla—. Pero es que, Ant, no es fácil encontrar soldaditos de juguete.

Se sacó tres de la bolsa y Anthony se puso a gritar de entusiasmo.

—¿Le has traído algo a mamá?

—Yo no quería nada —dijo Tatiana.

—¿Querías esto?

Sacó cuatro cabezas de ajo.

Tatiana esbozó una tímida sonrisa.

—¿Y qué me dices de esto?

Extrajo dos tabletas de chocolate del bueno.

Ella esbozó otra tímida sonrisa.

Mientras subían la cuesta, Alexander, que llevaba a Anthony en brazos, le ofreció el brazo a su esposa. Ésta lo rodeó con el suyo y apretó el cuerpo contra el de él un momento antes de seguir andando.



Alexander se aseó, se bañó, se afeitó y comió. En esos momentos, en su estrecho camastro, ella estaba tendida encima de él, besándolo, tocándolo, acariciándolo, alentándolo, llorando sobre él. Alexander permanecía inmóvil, sin emitir un solo ruido, con los ojos cerrados. Cuanto más hambrientas y desesperadas eran las caricias de ella, más frío se volvía él, hasta que al final la apartó de sí.

—Venga, ya está —dijo—. Déjalo. Vas a despertar al niño.

—Cariño, cariño... —susurraba Tatiana, tratando de llegar hasta él.

—Déjalo, he dicho.

Le quitó las manos de encima.

—Quítate la camiseta, cariño —murmuró ella, llorando—. Mira, me quitaré el camisón, me quedaré desnuda, como a ti te gusta... —Él la disuadió.

—No, estoy agotado. Vas a despertar al niño. La cama cruje demasiado. Estás haciendo demasiado ruido. Deja de llorar te he dicho. Déjalo ya.

Tatiana no sabía qué hacer. Acariciándolo hasta que él se enardeció entre sus manos, le preguntó si quería algo de ella. Él se encogió de hombros.

Temblando, se lo llevó a la boca, pero no pudo seguir; se atragantaba, estaba tan sumamente triste... Alexander suspiró. Se levantó de la cama, la sacó a ella, la puso a cuatro patas sobre el suelo de tablones de madera, le dijo que no hiciese ruido y la embistió por detrás, sujetándola por la parte baja de la espalda con una mano y por la cadera con la otra para

mantenerla estable. Cuando hubo acabado, se levantó, volvió a meterse en la cama y no emitió un solo sonido.

Después de esa noche, Tatiana perdió la capacidad de hablar con él. El hecho de que él no le contase lo que le pasaba era una cosa, pero el que ella fuese incapaz de reunir el valor suficiente para preguntárselo era algo completamente distinto. El silencio entre ambos creció hasta convertirse en un abismo insondable.

Durante tres noches seguidas, Alexander no dejó de limpiar sus armas. El hecho de que tuviese armas ya era bastante problemático, pero no quería desprenderse de ninguna de las que había traído consigo de Alemania, ni de la extraordinaria pistola Colt M1911 del calibre 45 que ella le había comprado, ni de la Colt Commando, ni siquiera de la P-39 nueve milímetros. La M1911, la reina de todas las pistolas, era la favorita de Alexander, Tatiana lo sabía por el tiempo que dedicaba a limpiarla. Ella se iba a acostar a Anthony y luego, cuando salía, él seguía sentado en la silla, deslizando el cargador sin cesar hacia dentro y hacia fuera, ladeando la pistola, poniéndole y quitándole el seguro una y otra vez, y limpiando todas sus partes con un paño.

Durante tres noches seguidas, Alexander no la tocó. Tatiana, sin saber nada, sin entender nada, pero queriendo desesperadamente hacerlo feliz, se mantuvo alejada, albergando la esperanza de que al final él se explicase o que desanduviese el camino que había seguido hasta recuperar lo que habían tenido. Pero lo recorría tan despacio... A la cuarta noche, Alexander se quitó toda la ropa y se quedó desnudo delante de ella, en la penumbra de la habitación, mientras Tatiana se sentaba en la cama, a punto de meterse en ella. Ella levantó la vista para mirarlo y él bajó la suya.

—¿Quieres que te toque? —le susurró con aire inseguro, alzando las manos hacia él.

—Sí —dijo él—. Quiero que me toques, Tatiana.

Desanduvo un poco el camino, pero nunca le explicó nada en la penumbra, en su pequeña habitación junto al durmiente Anthony.



Empezó a refrescar por las noches, y los mosquitos desaparecieron. Las hojas de los árboles comenzaron a mudar de color. Tatiana no creía que le quedase aliento en el cuerpo para sentarse en el banco y observar el reflejo del agua quieta en las colinas de cinabrio, vino y oro.

—Anthony —murmuró—. Todo esto es muy bonito. ¿A que sí?

—Sí, mamá.

El crío llevaba la gorra de oficial de su padre, la misma que el doctor Matthew Sayers le había dado a ella hacía años, tras haberla arrancado de la cabeza de un Alexander supuestamente muerto. «Se ha ahogado, Tatiana. Está muerto en el hielo, pero tengo su gorra, ¿la quieres?».

La gorra beis con la estrella roja, demasiado grande para Anthony, le hacía a Tatiana recordarse a sí misma y a su vida en tiempo pasado en lugar de hacerlo en presente. Tras arrepentirse profundamente de habérsela regalado al chico, intentó quitársela, esconderla, guardarla para siempre, pero de forma inevitable, cada mañana su hijo le preguntaba:

—Mamá, ¿dónde está mi gorra?

—No es tuya.

—Sí lo es. Papá dijo que ahora es mía.

—¿Por qué le dijiste que podía quedársela? —se quejó a Alexander una noche mientras paseaban de camino al centro.

Antes de que él tuviese tiempo de contestar, un muchacho joven, de menos de veinte años, pasó corriendo junto a ellos, rozó a Tatiana en el hombro y exclamó con una sonrisa radiante:

—¡Hola, florecilla!

Después de saludar a Alexander con la cabeza, el joven continuó cuesta abajo.

Muy despacio, Alexander volvió la cabeza hacia Tatiana, que estaba a su lado, con el brazo entrelazado en el suyo. Le dio unos golpecitos en la mano.

—¿Lo conozco?

—Sí y no. Te bebes la leche que trae todos los días.

—¿Es el lechero?

—Sí.



Siguieron andando.

—Tengo entendido —dijo Alexander en tono sereno—, que se ha acostado con todas las mujeres del pueblo menos una.

—Ya —dijo Tatiana al punto—. Seguro que es esa estirada de Mira que vive en la casa número trece.

Y Alexander se echó a reír. «¡Se ha reído!». «¡Se ríe!».

Y a continuación inclinó el cuerpo hacia ella y la besó en la cara.

—Eso sí que ha tenido gracia, Tania —dijo.

Tatiana estaba contenta con él por estar contento.

—¿Quieres explicarme por qué no te importa que el niño lleve tu gorra? —inquirió ella, apretándole el brazo.

—Bah, es algo inofensivo.

—Pues a mí no me parece tan inofensivo. A veces, ver tu gorra del ejército me impide ver Stonington, y eso no es tan inofensivo, ¿no?

¿Y qué respondió su inimitable Alexander ante eso, mientras paseaba por una sublime colina otoñal de Nueva Inglaterra con vistas a las aguas cristalinas del océano en compañía de su esposa e hijo?

—¿Qué es Stonington? —dijo.

Y un día después Tatiana supo al fin por qué aquel lugar le parecía tan próximo a su corazón. Con sus tallos largos de hierba, el agua chispeante, las flores y los pinos de los campos, los olores de la hoja caduca mezclados con la ligereza del aire... ¡le recordaba a Rusia! Y cuando se dio cuenta de aquello, de los minutos y las horas de arces granate y marrones, los serbales dorados y los abedules meciéndose al viento y atravesándole el corazón, Tatiana dejó de sonreír.

Cuando Alexander regresó a casa después de la jornada en el barco y fue a buscarla al banco como de costumbre, y vio reflejado en su rostro la que debía de ser la expresión más indiferente del mundo, le dijo con un movimiento aseverativo de cabeza:

—¡Ajá! Ya lo has visto al fin. Entonces... ¿qué te parece? ¿Es bonito que te recuerden Rusia constantemente, Tatiana Metanova?

Ella no respondió y se dispuso a bajar al muelle con él.

—¿Por qué no te llevas las langostas arriba? —sugirió él—. Yo me quedaré con el niño mientras termino.

Tatiana cogió las langostas y las tiró a la basura con brusquedad.

Alexander se mordió el labio, divertido.

—¿Qué pasa? ¿Hoy no tenemos langosta?

Ella pasó junto a Alexander y se dirigió al barco.

—Jim —dijo—, en lugar de langostas hoy he preparado salsa de espaguetis con albóndigas. ¿Quieres venir a cenar con nosotros?

Jimmy exhibió una sonrisa radiante.

—Muy bien. —Tatiana se volvió para irse cuando, de repente, como si se acabara de acordar, añadió—: Ah, por cierto, también he invitado a mi amiga Nellie de Eastern Road a que cene con nosotros. Está un poco decaída. Acaba de enterarse de que ha perdido a su marido en la guerra. Espero que no te importe.

Resultó que a Jimmy no le importaba. Ni tampoco a una Nellie ligeramente menos decaída.



La señora Brewster volvió a recibir otra paliza por el alquiler. Tatiana estaba limpiándole el corte de la mano mientras los ojos de Anthony, tan sombríos como los de su padre, miraban a su madre desde el taburete que ésta tenía a los pies.

—Mamá era enfermera —explicó Anthony en tono de admiración.

La señora Brewster la miraba fijamente; estaba concentrada en algo.

—Nunca me has llegado a decir de dónde eres. Ese acento... suena...

—Es de Rusia —contestó el pequeño de tres años, sin la presencia de su padre para impedirselo.

—Ah. ¿Y tu marido también es ruso, entonces?

—No, mi marido es estadounidense.

—Papá es estadounidense —dijo Anthony con orgullo—, pero era capitán en...

—¡Anthony! —Tatiana le tiró con fuerza del brazo—. Es hora de ir a buscar a papá.

Al día siguiente, la señora Brewster expresó la opinión de que los soviéticos no eran más que un hatajo de comunistas asquerosos. Ésa era la opinión de su hijo. Quería otros siete dólares más por los gastos del agua y la electricidad.

—Te pasas el día cocinando en mi hornillo eléctrico.

Tatiana se rebeló ante aquel abuso.

—Pero yo le preparo la cena.

Dando unas palmaditas en la venda con la que Tatiana le había envuelto la mano, la señora Brewster dijo:

—Y siguiendo el espíritu comunista, mi hijo dice que quiere que paguéis treinta dólares a la semana, no ocho. O podéis encontrar otro apartamento colectivo donde vivir, camarada.

¡Treinta dólares a la semana!

—De acuerdo —dijo Tatiana, haciendo rechinar los dientes—. Le pagaré otros veintidós a la semana, pero que quede entre nosotras. No se lo mencione a mi marido.

Cuando Tatiana se dio media vuelta para marcharse, sintió clavada en ella la mirada hiriente de una mujer apaleada por su hijo por el dinero del alquiler y que, pese a ello, todavía confiaba más en él que en ella.

En cuanto se reunieron con Alexander abajo en el muelle, Anthony anunció:

—Papá, la señora Brewster nos ha llamado comunistas asquerosos.

Alexander miró a Tatiana.

—Ah, ¿sí?

—Sí, y mamá se ha enfadado.

—No, no me he enfadado. Anthony, adelántate un poco, tengo que hablar con tu padre.

—Sí que te has enfadado: —insistió Anthony—. Aprietas mucho la boca cuando te enfadas, así.

Frunció los labios para enseñárselo a su padre.

—Conque eso hace... —comentó Alexander.

—Ya basta los dos —dijo Tatiana en voz baja—. ¿Quieres adelantarte un poco, Anthony, por favor?

Pero el niño le tendió los brazos y su madre lo tomó.

—¡Papá, nos ha llamado comunistas!

—No puedo creerlo.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Qué son comunistas?

Esa noche, delante del plato de la cena de langosta («Oh, no. Otra vez no...») con patatas, Anthony dijo:

—Papá, ¿veintidós dólares es mucho o poco? —Alexander miró extrañado a su hijo.

—Bueno, eso depende de para qué. Es poco dinero para comprar un coche pero es mucho para caramelos. ¿Por qué?

—La señora Brewster quiere que le paguemos veintidós dólares más.

—¡Anthony! —Tatiana estaba junto a la cocina, pero no se volvió—. No, si este crío es imposible. Ve a lavarte las manos. Con jabón. Frótate fuerte y luego enjuágetelas.

—Pero están limpias...

—Anthony, ya has oído a tu madre. Ahora.

Ése era Alexander. Anthony se fue.

Se acercó a ella, junto al fregadero.

—Bueno, ¿qué está pasando?

—Nada.

—Es hora de irnos, ¿no crees? Llevamos aquí dos meses y pronto hará mucho más frío. —Hizo una pausa—. Ni siquiera voy a molestarme en hablar de lo de comunistas o de los veintidós dólares.

—A mí no me importaría que no nos fuéramos nunca —dijo ella—. Aquí, en los confines del mundo, donde nada interfiere en nuestras vidas, a pesar de... —Señaló con las manos escaleras arriba, en dirección a la habitación de la señora Brewster—. Aquí me siento a salvo. Siento como si nadie pudiese encontrarnos.

Alexander se quedó en silencio.

—¿Es que hay alguien... buscándonos?

—No, no, por supuesto que no —contestó inmediatamente.

Él apoyó los dedos en la barbilla de Tatiana y le levantó la cabeza.

—¿Tania?

No podía devolverle la mirada seria.

—Es que no me quiero ir de aquí todavía, ¿de acuerdo? —Intentó apartarse de su mano, pero él no la dejó—. Eso es todo. Me gusta vivir aquí. —Levantó las manos para aferrarse a sus brazos—. Vayámonos a casa de Nellie, allí tendremos dos habitaciones. La cocina de ella es más amplia; además, así podrás tomar una copa con tu amigo Jimmy. Según tengo entendido, últimamente va mucho por allí.

Sonrió para convencerlo.

Alexander la soltó y dejó en el fregadero su plato, que emitió un fuerte sonido metálico al entrechocar con los bordes de aluminio.

—Muy bien, sí —dijo—. Hagamos eso: Nellie, Jimmy, nosotros... Qué gran idea, la vida comunal... Deberíamos hacerlo más a menudo. —Se encogió de hombros—. Sí, bueno, claro. Supongo que se puede sacar a una chica de la Unión Soviética, pero no se puede sacar a la Unión Soviética de la chica.

Al menos había en su tono un poco de vehemencia, aunque, tal como Tatiana decía siempre, no demasiada.

Se fueron a vivir a casa de Nellie. Empezó a refrescar de repente, y luego comenzó a hacer más frío, mucho más, sobre todo de noche, y Nellie, tal como descubrieron ese invierno, era de una tacañería extrema con la calefacción.

Puede que hubiesen pagado alquiler para dos habitaciones, pero eso a Anthony le traía sin cuidado, porque no tenía ningún interés por quedarse él solo en una habitación. Alexander se vio obligado a arrastrar la otra cama individual hasta su habitación y a juntar las dos camas... otra vez. Pagaban el alquiler de dos habitaciones y vivían en una.

Se tapaban con gruesas mantas cuando de pronto, a mediados de octubre ¡se puso a nevar! La nieve caía copiosamente y en una sola noche cubrió la bahía y los árboles semidesnudos con un manto blanco.

Ya no había más trabajo para Alexander y ahora, además, nevaba. La mañana en que nevó por primera vez, miraron por la ventana y luego se miraron el uno al otro. Alexander esbozó una sonrisa radiante.

Tatiana lo comprendió al fin.

—Desde luego... —dijo—. Te crees muy listo, ¿no?

—Exacto, me creo muy listo —convino, sin dejar de sonreír.

—Bueno, pues te equivocas conmigo. No pasa nada porque caiga un poco de nieve.

Alexander asintió.

—¿Verdad, Anthony? ¿Verdad, cielo? Tú y yo estamos acostumbrados a la nieve. En Nueva York también nevaba.

—No sólo en Nueva York.

La mirada de Alexander se enturbió de repente, como si la envolviese la propia nieve que trataba de ensalzar.

*Los escalones resbalaban, cubiertos por diez centímetros de hielo sólido. El cubo metálico de agua medio lleno pesaba mucho y no dejaba de derramar su contenido sobre los escalones mientras ella se sujetaba a la barandilla con una mano, el cubo en la otra, y tomaba impulso para subir un traicionero escalón tras otro. Tenía que subir dos tramos de escalera. Al séptimo escalón, cayó de rodillas al suelo, pero no soltó la barandilla ni el cubo. Muy despacio, logró levantarse de nuevo y lo intentó otra vez. Si hubiese aunque fuese una pequeña lucecilla, podría ver dónde pisaba, tal vez podría esquivar el hielo. Pero no amanecería hasta al cabo de dos horas más, y tenía que salir y buscar el pan. Si esperaba dos horas más no quedaría pan en la tienda, y Dasha se estaba poniendo peor. Su hermana necesitaba el pan.*

Tatiana se apartó de él. ¡Todavía era por la mañana! No podía enturbiarse nada al principio de un nuevo día; no estaba permitido, sencillamente.

Decidieron ir en trineo. Alquilieron dos en el almacén y se pasaron la tarde con el resto de los habitantes del pueblo deslizándose en trineo por la pronunciada pendiente de Stonington que bajaba hasta la bahía. Anthony subió cuesta arriba andando exactamente dos veces. Sí, por supuesto que era una cuesta muy empinada, y que él era un chico fuerte y valiente, pero las otras veinte veces, su padre lo llevó en brazos.

Al final, Tatiana dijo:

—Seguid sin mí. Ya no puedo caminar más.

—No, no, ven con nosotros —insistió Anthony—. Papá, subiré la cuesta a pie. ¿Puedes llevar tú a mamá?

—Sí, creo que podría llevar a mamá —respondió Alexander.

Anthony subió la cuesta con dificultad, mientras Alexander cargaba con Tatiana a la espalda. Lloraba y las lágrimas se le congelaron en la cara. Pero luego hicieron una carrera para bajar, Tatiana y Anthony en un trineo, tratando de ganar a Alexander, que pesaba más que madre e hijo, y era rápido y maniobraba muy bien, sin la traba que suponía estar pendiente de la seguridad del niño, a diferencia de ella. Tatiana bajó a toda velocidad de todos modos, mientras Anthony gritaba con una mezcla de emoción y terror. Estuvo a punto de abalanzarse sobre Alexander y una vez abajo colisionó con él.

—Sabes que si no hubiese tenido a Ant conmigo, no me habrías ganado —dijo, tumbada encima de él.

—Huy, sí, te habría ganado igual —repuso él, apartándola de sí y arrojándola a la nieve—. Dame a Ant y ya verás.

Fue un buen día.



Pasaron tres largos días más entre los fresnos de la montaña blanca en la bahía cubierta de nieve. Tatiana preparó tartas en la espaciosa cocina de Nellie, Alexander se leyó de cabo a rabo todos los periódicos y todas las revistas y discutió de la política de posguerra con Tatiana y con Jimmy e incluso con la indiferente Nellie. En los patatales de ésta, Alexander hizo

muñecos de nieve para Anthony. Un día, cuando las tartas ya estaban en el horno, Tatiana salió de la casa y vio seis muñecos de nieve formando como soldados, del más alto al más bajo. Chasqueó la lengua en señal de desaprobación, puso los ojos en blanco y se llevó de allí a Anthony a rastras para tirarse con él al suelo y hacer angelitos en la nieve. Hicieron treinta, todos seguidos, ordenados como soldados en fila.

La tercera noche de invierno, Anthony estaba en la cama de sus padres profundamente dormido, mientras que ellos estaban completamente despiertos. Alexander estaba acariciando las nalgas desnudas de ella bajo el camisón. La única ventana de su habitación se encontraba bloqueada por la nieve de la ventisca; Tatiana suponía que detrás de aquella nieve lucía la luna azul. Las manos de Alexander la reclamaban cada vez con más insistencia. Arrojó al suelo una de las mantas, en silencio, y luego tendió a Tatiana en la manta, en silencio, la puso boca abajo, en silencio, y acto seguido le hizo el amor furtivamente, como dos soldados de infantería agazapados en el suelo, avanzando a rastras hasta la primera línea, con el vientre de él en la espalda de ella, manteniéndola en una línea recta, cubriendo por completo el minúsculo cuerpo femenino con el suyo, sujetándole las muñecas, por delante de la cabeza, con una mano. Mientras la sujetaba, la besaba en los hombros, en la nuca, en el cuello, y cuando ella se volvía para besarle, él le besaba los labios, mientras le recorría con la mano libre las piernas y las hendiduras de las costillas, y mientras la penetraba y se movía despacio, asombrosa e inusualmente despacio, pero luego, lo que era aún más asombroso, la volvió hacia él antes de terminar, sujetándole aún los brazos por encima de la cabeza, e incluso llegó a emitir un ruido leve, no una brusca exhalación como hacía siempre al enfebrecido final... y luego permanecieron muy quietos, bajo las mantas, y Tatiana rompió a llorar bajo el cuerpo de él, y éste le dijo: «Chsss, chsss, tranquila...», pero no se apartó de ella inmediatamente, como de costumbre.

—Tengo tanto miedo... —susurró ella.

—¿De qué?

—De todo. De ti.



Él no dijo nada.

—Entonces, ¿quieres que nos larguemos de aquí de una vez? —preguntó ella.

—Oh, Dios, menos mal... Creí que no lo dirías nunca.



—¿Adónde creéis que vais? —preguntó Jimmy cuando los vio haciendo las maletas a la mañana siguiente.

—Nos marchamos —respondió Alexander.

—Bueno, ya sabes lo que suele decirse —dijo Jimmy—. El hombre propone y Dios dispone: el puente que cruza Deer Isle se ha helado. Hace semanas que nadie quita las placas y no van a hacerlo. No se puede ir a ningún sitio hasta que se derrita la nieve.

—¿Y cuándo crees que va a ser eso?

—En abril —respondió Jimmy, y tanto él como Nellie se echaron a reír.

Jimmy la abrazó con su brazo bueno y a Nellie, que lo miraba con ojos brillantes de entusiasmo, no parecía importarle que sólo tuviese uno.

Tatiana y Alexander se miraron el uno al otro. ¡Abril!

—Pues, da lo mismo, nos arriesgaremos —le dijo Alexander a Jimmy.

Tatiana quiso hablar y empezó a decir:

—A lo mejor tienen razón...

Pero Alexander le dirigió una mirada tan elocuente que Tatiana se calló al instante, avergonzada por cuestionar las decisiones de él delante de otras personas, y siguió haciendo las maletas apresuradamente.

Se despidieron de unos apenados Jimmy y Nellie, se despidieron de Stonington y se pusieron al volante de su Nomad Deluxe para atravesar Deer Isle en dirección al continente.

Justo en aquel instante, el hombre lo había dispuesto todo. Las patrullas quitanieves se habían encargado de despejar el puente de Deer Isle, porque si éste permanecía helado, nadie podría hacer llegar ningún transporte de mercancías a la población de Stonington.

—Qué país... —se admiró Alexander, conduciendo hacia el territorio continental y luego prosiguiendo en dirección sur.



Pararon en casa de la tía Esther para lo que Alexander prometió que iba a ser una visita familiar de tres días.

Se quedaron seis semanas, hasta después del día de Acción de Gracias.

Esther vivía en su caserón viejo y enorme en la blanca y pintoresca población de Barrington, en compañía de Rosa, su ama de llaves durante los últimos cuarenta años. Rosa conocía a Alexander desde que era un bebé, y las dos mujeres acogieron a éste, a su mujer y al niño con tanto cariño y hospitalidad que les resultó imposible marcharse. Incluso compraron esquís para Anthony. También le compraron al pequeño un trineo, botas nuevas y abrigos gruesos de invierno. El niño se pasaba el día entero fuera, en la nieve. Cuando también le compraron bloques de madera para construcción y libros, montones de libros, el pequeño también se pasaba el día entero dentro.

«¿Qué más quieres, Anthony, tesoro?».

«Quiero un arma, como mi papá», respondía el chico.

Y Tatiana negaba con la cabeza tajantemente.

«Mirad a Anthony, qué niño tan maravilloso... Y habla tan bien para ser un crío de tres años y medio, y ¿a que es igualito que su padre cuando era pequeño? Ten, una foto de cuando Alexander era un bebé, Tania».

«Sí, era un niño precioso», decía Tatiana.

«De eso hace mucho tiempo», decía Alexander, y a Tatiana le daban ganas de llorar, y él no sonreía jamás.

Esther, que no se daba cuenta de nada, seguía insistiendo. «Y cuánto lo adoraba mi hermano. Lo tuvieron ya muy mayores, ¿sabes, Tania? Y lo querían tan desesperadamente, después de haber intentado tener hijos durante tantos años... Nunca he visto tanta adoración por parte de un padre hacia su hijo. Y su madre, lo mismo. Quiero que sepas, Alexander, querido, que eran capaces de darte la Luna».

Y así una y otra vez, a cada rato, a cada minuto, durante seis semanas, insistiéndoles para que se quedasen hasta después de las Navidades, después de Pascua, después del Cuatro de Julio, puede que hasta el día del Trabajo; sólo querían que se quedasen.

Hasta que de repente, una noche, tarde, en la cocina, cuando Alexander, agotado tras jugar durante varias horas con Anthony en la nieve, se quedó dormido en la sala de estar y Tatiana estaba recogiendo las tazas del té antes de ir a acostarse, la tía Esther entró en la cocina para ayudarla y dijo:

—No quiero que se te caigan las tazas cuando oigas esto, pero en octubre llamó un hombre del Departamento de Estado llamado Sam Gulotta. No te asustes, siéntate. No te preocupes. Llamó en octubre y ha vuelto a llamar hoy, cuando los tres habíais salido. Por favor... ¿qué te he dicho? No te pongas nerviosa, no tiembles. Deberías haberme dicho algo cuando me llamaste en septiembre, tendrías que haberme avisado sobre lo que estaba pasando. Eso me habría ayudado. Deberías haber confiado en mí, para que hubiese podido ayudaros. No, no te disculpes. Le he dicho a Sam que no sé dónde estáis. Que no sé cómo localizaros, que no sé nada. Eso es lo que le he dicho. Y a ti te digo que no quiero saberlo, que no me lo digas. Sam ha dicho que es absolutamente imprescindible que Alexander se ponga en contacto con él. Yo le he dicho que si sabía algo de vosotros, ya se lo diría, pero querida, ¿por qué no me lo habías dicho? ¿No sabes que estoy de vuestra parte, de parte de Alexander? ¿Sabe él que Sam lo está buscando? Ya, bueno. No, no, tienes razón, por supuesto. Ya tiene suficientes problemas de los que preocuparse. Además, se trata del gobierno; tardan años en enviar un cheque de veterano. No creo que se vayan a poner pesados con esto. Seguro que pronto irá a parar a la pila de casos inactivos y se olvidarán. Ya lo verás. No le digas nada a Alexander, es lo mejor. Y no llores. Chsss, tranquila... Chsss...

—Tía Esther —intervino Alexander, que acababa de entrar en la cocina —, ¿se puede saber qué demontre le has dicho ahora a Tania para que esté llorando?

—Bueno, ya sabes lo sensible que es... —se disculpó la tía Esther, dando unas palmaditas en la espalda de Tatiana.

El día de Acción de Gracias, Rosa y Esther hablaron sobre la idea de bautizar a Anthony.

—Alexander, dile a tu esposa que entre en razón. No querrás que tu hijo sea un pagano como Tania.

Fue después de una magnífica cena durante la cual Tania dio las gracias a la tía Esther. Estaban sentados frente al vivo fuego de la chimenea, a altas horas de la noche, tomando un ponche caliente de sidra y especias. Hacía ya rato que habían bañado a Anthony, y lo habían mimado, adorado y llevado a la cama. Tatiana estaba soñolienta y satisfecha, acurrucada en el brazo sudoroso de su marido. Aquella escena le recordaba intensamente otra época de su vida, sentada junto a él, así, delante de una pequeña estufa encendida llamada *bourzhuika*, tranquilizada por su presencia a pesar de las situaciones apocalípticas que se desarrollaban a escasos pasos de ella, en su propia habitación, en su propio piso, en su propia ciudad, en su propio país. Y sin embargo, estaba así sentada, con él, y eso le procuraba una calma y un alivio infinitos aunque sólo fuese de forma pasajera.

—Tatiana no es una pagana —le dijo Alexander a Esther—. Fue debidamente sumergida en el río Luga nada más nacer por unas mujeres rusas tan viejas que parecían haber vivido en los tiempos de Jesucristo. La arrancaron de los brazos de su madre; vamos, que prácticamente la secuestraron, y estuvieron mascullándole cosas al oído durante tres horas, insuflándole el amor de Cristo y el Espíritu Santo. La madre de Tania no volvió a dirigirles la palabra.

—Ni a mí tampoco —señaló Tatiana.

—Tania, ¿es eso cierto?

—Alexander está bromeando, Esther. No le hagas caso.

—No es eso lo que te ha preguntado, Tatiana. Te ha preguntado si es cierto.

Le chispeaban los ojos.

¡Estaba bromeando! Lo besó en el brazo y luego volvió a apoyar la cabeza en su suéter.

—Esther, no te preocupes por Anthony; está bautizado.

—Ah, ¿sí? —exclamó Esther.

—Ah, ¿sí? —exclamó Alexander, sorprendido.

—Sí —le contestó Tatiana lacónicamente—. En la isla de Ellis bautizaban a todos los niños porque muchos se ponían enfermos y morían. Disponían de una capilla y hasta me encontraron un cura católico.

—¡Un cura católico! —La católica Rosa y la protestante Esther alzaron las manos al cielo con una fuerte exclamación, la una de alegría y la otra no tanto—. ¿Y por qué católico? ¿Por qué ni siquiera ortodoxo ruso, como tú?

—Quería que Anthony... —empezó a decir Tatiana tímidamente, huyendo de la mirada directa de Alexander— fuese como su padre.

Y esa noche en su cama, estando los tres en ella, Alexander no durmió, y dejó la mano posada ligeramente en el cuerpo de ella. Tatiana lo notaba despierto a su espalda.

—¿Qué pasa, cariño? —le susurró—. ¿Qué tienes? Ant está aquí.

—No me digas... —le susurró él—. Pero no, no. Dime una cosa... —Habla con voz entrecortada—. ¿Era... muy pequeño cuando nació?

—No sé —contestó ella con voz trémula—. Se me adelantó un mes. Cuando nació era bastante pequeño. Tenía el pelo negro. La verdad es que no me acuerdo. Tenía fiebre. Tenía tuberculosis, neumonía. Me dieron la extremaunción... estaba muy enferma.

Apretó mucho los puños y se los llevó al pecho, pero no pudo reprimir un gemido. «Y tan sola...».

Alexander le dijo que ya no podía quedarse en la invernada Barrington por más tiempo, que no soportaba la nieve, los inviernos ni el frío.

—Nunca más, ni un solo minuto más. —Quería ir a nadar en el mar por Navidad.

Lo que el padre de Anthony quería, el padre de Anthony lo conseguía.

—Todavía puedes pedir la Luna si quieres, que yo te la doy, amor mío —le susurró.

Se despidieron de Esther y de Rosa mostrando todo su agradecimiento y condujeron hacia el sur, más allá de Nueva York.

—¿No vamos a parar para ver a Vikki?

—No —contestó Tatiana—. Vikki siempre va a visitar a su madre enferma mental a California en Navidad. Es su penitencia. Además, hace demasiado frío. Dijiste que querías nadar en el mar. Ya le iremos a ver en verano.

Atravesaron Nueva Jersey y Maryland con el coche.

Estaban pasando por Washington DC cuando Alexander dijo:

—¿Quieres parar a saludar a tu amigo Sam?

—¡No! —exclamó ella, asustada—. ¿Por qué dices eso?

Él receló de su reacción.

—¿Por qué te pones a la defensiva? Te he preguntado si quieres parar a saludarlo. ¿Por qué me hablas como si te hubiese pedido que le laves el coche?

Tatiana intentó relajarse.

Por suerte, él cambió de tema. Antes, nunca cambiaba de tema hasta que obtenía una respuesta.

Virginia, todavía bajo cero; demasiado frío. Carolina del Norte, cinco grados; frío. Carolina del Sur, doce grados. Mejor.

Se hospedaban en moteles baratos y se duchaban con agua caliente.

Georgia, dieciséis grados; todavía no era suficiente.

Saint Augustine, en Florida... ¡a veinticuatro grados! En el cálido océano. Saint Augustine, la ciudad más antigua de Estados Unidos, tenía los tejados de teja y se vendían helados como si fuera pleno verano.

Visitaron el lugar que conmemora la expedición de Ponce de León en busca de la mítica Fuente de la Juventud y compraron un poco de agua inmortal, convenientemente embotellada.

—Ya sabes que sólo es agua del grifo, ¿verdad? —le dijo Alexander cuando Tatiana bebió un sorbo.

—Sí, ya lo sé —contestó ella, pasándole la botella—, pero en algo hay que creer.

—No es en el agua del grifo en lo que creo yo —dijo Alexander, bebiéndose la mitad.

Celebraron la Nochebuena en Saint Augustine. El día de Navidad fueron a una playa blanca y desierta.

—A esto lo llamo yo un crudo invierno —comentó Alexander, zambulléndose en el agua del océano en pantalones cortos y una camiseta.

A su alrededor no había nadie más que su esposa y su hijo.

Anthony, que no sabía nadar, se paseó por la orilla del agua, excavó agujeros que parecían cráteres, recogió conchas, se quemó, y con los hombros rojos y el pelo lleno de arena, fue dando saltitos por la playa, cantando y sujetando un palo largo con una mano y una piedra con la otra, moviendo los brazos arriba y abajo al ritmo de la canción mientras su madre y su padre lo miraban desde el agua.

*Mr. Sun*

*Sun*

*Mr. Golden Sun*

*please shine down on*

*please shine down on*

*please shine down on me...*

Tras varias semanas en Saint Augustine, siguieron con el coche en dirección sur por la costa.

## Capítulo 2

### Coconut Grove, 1947

#### *La invisibilidad*

¡Miami en enero! El trópico junto al mar. Estaban a veintisiete grados y el agua, a veinticuatro.

—Mejor —dijo Alexander, sonriendo—. Muchísimo mejor. Aquí nos quedamos.

Junto a las tranquilas olas verdemar del Atlántico y la bahía de Biscayne, Miami Beach y South Beach eran un poco demasiado... adultas para ellos, con un niño pequeño: los bulliciosos casinos de juego, las mujeres maquilladas y acicaladas que paseaban por las calles y los hoteles Art Deco de los años treinta, oscurecidos y mecidos por el viento, y cuyos huéspedes parecían guardar secretos mortales. Puede que semejantes hoteles fuesen lugares idóneos para las Tatianas y los Alexanders de este mundo... pero eso ella no podía decírselo a él. Utilizó el bienestar moral de Anthony como excusa para marcharse de allí. Desde South Beach condujeron veinticinco kilómetros en dirección sur hasta Coconut Grove, donde todo era mucho más tranquilo y más limpio. Coconut Grove, como era conocida antes de la llegada de las carreteras, los trenes y el turismo en 1896, había sido una pequeña población en la bahía de Biscayne con veintiocho edificios elegantes, dos grandes establecimientos comerciales con un negocio floreciente y un hotel de lujo. Eso había sido antes, pero ahora la prosperidad era como la luz del sol: desbordante e implacable.



Había parques y playas, puertos deportivos, restaurantes y un sinnúmero de tiendas, todos emergiendo del agua bajo las palmeras mecidas por el viento.

Se alojaron en un motel hacia el interior de la ciudad, pero todos los días bajaban hasta la bahía. A Tatiana le preocupaba el dinero, que se le escurría entre los dedos, de manera que sugirió que vendiesen la caravana.

—No podemos dormir en ella de todos modos. Tú necesitas bañarte...

—Me bañaré en la playa.

—Yo necesito un lugar donde preparar la comida.

—Comeremos fuera.

—Nos arruinaremos.

—Conseguiré trabajo.

Tatiana carraspeó.

—Necesitamos un poquito de intimidad...

—Ah, ahora te escucho. Pero olvídalo, no pienso venderla.

Estaban paseando por la avenida Bayshore, junto a las amarras que cabeceaban en el agua. Alexander señaló una casa flotante.

—¿Quieres alquilar una barca?

—No es una barca, es una casa flotante.

—¿Una qué?

—Una barca que también es una casa.

—¿Quieres que vivamos en una... barca? —le dijo Tatiana despacio.

Alexander apeló a su hijo.

—Anthony, ¿qué te parecería vivir en una casa que además es una barca?

El niño se puso a dar saltos de alegría.

—Anthony —dijo su madre—, ¿qué te parecería vivir en un refugio de montaña en el norte nevado de Canadá?

El niño se puso a dar saltos de alegría.

—Alexander, ¿lo ves? La verdad, no creo que debas tomar decisiones de trascendencia vital basándote en la alegría de un crío pequeño.

Alexander levantó a su hijo en brazos.

—Campeón —dijo—, una casa que está atracada como un barco y que se balancea como un barco pero que nunca se mueve del muelle, directamente encima del agua, ¿a que suena fenomenal?

Anthony abrazó el cuello de su padre.

—Ya te he dicho que sí, papá, ¿qué más quieres?

Por treinta dólares a la semana, el mismo dinero que no habían querido pagarle a la señora Brewster, alquilaron una casa flotante completamente amueblada en Fair Isle Street, que sobresalía en la bahía justo entre el Memorial Park y el solar recién despejado para la construcción del hospital Mercy. La casa flotante tenía una pequeña cocina con un hornillo, una sala de estar, un lavabo con un retrete... ¡Y dos dormitorios!

Anthony, naturalmente, al igual que en casa de Nellie, se negó a dormir solo, pero esta vez Tatiana se mostró inflexible desde el principio. Se quedaba una hora al lado de su hijo y se tumbaba junto a él en la cama de éste hasta que se quedaba dormido. La madre quería una habitación propia.

Cuando una Tatiana completamente desnuda, sin ni siquiera un camisón de seda encima, se metió dentro de la cama doble junto a Alexander, fue como si una mujer distinta estuviese haciéndole el amor a un hombre distinto. La habitación estaba a oscuras, pero él también estaba desnudo, sin camiseta interior, sin pantalones cortos, sin ropa de faena. Estaba desnudo y encima de ella, y llegó incluso a murmurarle cosas al oído, cosas que no había oído en muchísimo tiempo, se lo tomó con un poco más de calma, con una calma que hacía muchísimo tiempo que no se tomaba, y por eso Tatiana lo recompensó con un clímax jadeante, y una tímida súplica para que le diera un poco más, y él la complació, pero de un modo que resultó demasiado para ella, sujetándole las piernas con los brazos tensos y moviéndose con tanta intensidad que unos leves gritos extasiados de placer y de dolor le anegaron la garganta seca, seguidos de una súplica cada vez menos tímida para que le diera más... y él incluso abrió los ojos un instante, para ver cómo la boca de ella gemía por él. «Oh, Dios mío... Shura...». Tatiana vio el gesto escrutador de él, y Alexander le susurró: «Así te gusta, ¿verdad?». Él la besó, pero Tatiana se separó de él y

empezó a llorar. Alexander suspiró y volvió a cerrar los ojos, y ya no hubo más.



Alexander se preparó para salir a buscar trabajo, y Tatiana se preparó para llevar la ropa a una lavandería. No había ninguna cerca.

—Tal vez deberíamos haber alquilado una casa más cerca de la lavandería.

Dejó de guardarse los cigarrillos y el dinero y la miró fijamente.

—A ver si nos entendemos —dijo—: una casa flotante en el Atlántico, el amanecer en el agua como lo has visto esta mañana, o vivir cerca de la lavandería. ¿Me estás diciendo que optarías por lo segundo?

—Yo no opto a nada —dijo, castigada y ruborizándose—, pero no puedo lavar la ropa en el Atlántico, ¿verdad que no?

—Espera a que vuelva y luego ya decidiremos qué hacer.

Cuando volvió a última hora de la tarde, Alexander anunció:

—He encontrado un trabajo: en el puerto deportivo de Mel.

La expresión de tristeza de Tatiana era tan intensa, que Alexander se echó a reír.

—Tania, Mel es el dueño de un puerto deportivo justo al otro lado del Memorial Park, a diez minutos de aquí andando por el paseo marítimo.

—¿Mel sólo tiene una mano, como Jimmy? —preguntó Anthony.

—No, campeón.

—¿Mel huele a pescado, como Jimmy? —preguntó Tatiana.

—No. Mel alquila barcos. Está buscando a alguien capaz de encargarse del mantenimiento, y también que haga excursiones turísticas dos veces al día por la bahía de Biscayne y South Beach. Vamos hasta allí, enseñamos las atracciones turísticas y luego regresamos. Podré pilotar un barco a motor.

—Pero Alexander —dijo Tatiana—, ¿le has dicho a Mel que no sabes pilotar un barco a motor?

—Pues claro que no. A ti tampoco te dije que no sabía conducir una caravana.

Tatiana negó con la cabeza. Aquel hombre no tenía remedio.

—De siete y media a seis —siguió diciendo—. Y me va a pagar nada menos que veinte dólares. Al día.

—¡Veinte dólares al día! —exclamó Tatiana—. Eso es el doble de dinero que en Deer Isle, y no tendrás que oler a pescado. ¿Y cómo puede permitirse pagarte tanto?

—Al parecer, a las ricachonas solitarias les encanta dar paseos en barco a playas lejanas mientras esperan a que sus maridos regresen de la guerra.

Tatiana le dio la espalda para que no pudiese verle la cara. Alexander la abrazó por detrás.

—Y si me porto muy bien con las señoras —continuó Alexander, apartándole la trenza para besarle el cuello y frotándose la entrepierna contra ella—, a veces le dan propina al capitán.

Tatiana sabía que estaba intentando hacerla reír, bromeando con ella, y mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla, dándole una palmadita en la mano, dijo:

—Bueno, si hay algo que sabes hacer, Alexander, es portarte bien con las señoras.

Por la mañana, a las siete, cuando Alexander estaba a punto de irse hacia el puerto, le dijo a Tatiana:

—Ven a verme justo antes de las diez. Ésa es la hora en que salimos a dar el paseo turístico de la mañana. —Cogió en brazos a Anthony, que seguía aún en pijama—. Campeón, voy a llevarte en el barco conmigo. Tú serás el segundo de a bordo.

A Anthony se le iluminó el rostro.

—¿De verdad? —Acto seguido, se le apagó de golpe—. No puedo ir, papá.

—¿Por qué?

—No sé conducir un barco.

—Yo tampoco, así que estamos empatados.

Anthony besó a su padre en la boca.

—¿Yo también puedo subir? —preguntó Tatiana.

—No, tú vas a ir andando un par de kilómetros hasta la tienda y a comprar comida, y a la lavandería. O a tomar el sol. —Sonrió—. Haz lo que quieras, pero ven a las doce y media a recogerlo. Podemos almorzar juntos antes de que vuelva a salir, a las dos.

Tatiana besó a su marido en la boca.

Y se llevó a su hijo consigo. Cuánta alegría... cuánta alegría para el pequeño Anthony. Tatiana fue a la lavandería, compró comida y un libro de cocina cubana, y carne para preparar bocadillos, y ensaladilla de patatas, y se lo llevó todo a casa en un carrito de la compra de madera recién estrenado. Abrió todas las ventanas para oler la brisa marina del océano mientras preparaba el almuerzo y las notas del «Poco Allegretto» de la *Tercera Sinfonía* de Brahms inundaban la casa flotante desde la radio de la cocina. Le encantaba esa pieza. También la había escuchado en Deer Isle.

Luego corrió al Memorial Park para llevarles el almuerzo a sus dos hombres.

Por lo visto, Anthony había sido la estrella a bordo.

—Estaba tan ocupado haciendo amigos que se ha olvidado de ayudar a su padre a gobernar el timón del barco —dijo Alexander—. Y créeme, necesitaba su ayuda. No importa, campeón. ¿Mañana, tal vez?

—¿Puedo volver contigo mañana?

—Si te portas bien con tu madre, ¿por qué no todos los días? Anthony recorrió todo el camino de vuelta a casa dando saltos de alegría.



Para cenar, Tatiana preparó un plato a base de plátano macho y ternera de una receta de su nuevo libro de cocina. A Alexander le gustó.

Tatiana pasó entonces a cocinar de todas las maneras imaginables lo que dio en llamar «la mejor creación del Nuevo Mundo desde el maíz»: el plátano macho. No era blando ni dulce, pero por lo demás era igual que un plátano normal, y pegaba con todo. Compró platija y la guisó con salsa

mexicana, tomates y piña, pero los plátanos macho eran la atracción principal del plato. Hasta su llegada a América, Tatiana no había probado nunca el maíz, los plátanos ni los plátanos macho.

—Plátanos macho celestiales al ron —anunció, y acto seguido prendió una cerilla con aire teatral y flambeó los plátanos y la sartén.

Alexander sintió una mezcla de preocupación y escepticismo hasta que Tatiana vertió por encima una cucharada de helado de vainilla; los plátanos estaban mezclados con mantequilla, azúcar moreno caramelizado, nata montada... y ron.

—De acuerdo, tengo que admitirlo: son celestiales —comentó él—. Por favor, sírveme un poco más.

El horno no funcionaba bien, era difícil cocer pan de verdad en él. No era como el gigantesco horno que Tatiana había tenido en su piso de Nueva York. Logró hornear unos pequeños bollos *challah* de una receta que le habían dado unos judíos ucranianos del Lower East Side. Habían pasado nada menos que cuatro meses desde su última conversación con Vikki. A Tatiana se le hacía un nudo en el estómago cada vez que se acordaba de ella y de Sam. No quería pensar en ellos, así que se obligó a sí misma a no pensar en ellos.

A Tatiana se le daba muy bien obligarse a sí misma a no pensar en determinadas cosas.

A Alexander le encantaron aquellos bollos esponjosos y ligeramente dulces.

—Pero ¿cómo? ¿Hoy no hay ensalada de plátanos? —bromeó cuando los tres se comían el almuerzo en una de las mesas de *picnic* bajo la sombra de los robles y los pinos del Memorial Park.

Compró para Alexander camisas blancas de algodón y de lino, y pantalones blancos de algodón. Sabía que él se sentía más cómodo con pantalones caquis o verdes y camisetas de manga larga, pero tenía que parecer un capitán de barco.

Alexander dedicaba la mayor parte del tiempo entre una salida turística y otra al mantenimiento del barco; aprendió a hacer reparaciones en el casco, el motor, aparejos, los cojinetes de bolas, las bombas de

sentina, el equipo de navegación, los sistemas de seguridad a bordo y las barandillas. Volvía a pintar la cubierta, sustituía los cristales rotos o resquebrajados y cambiaba el aceite. Fuera lo que fuese, si había que arreglarlo, Alexander lo arreglaba, siempre vestido de la cabeza a los pies con su uniforme blanco de capitán, con las mangas largas de la camisa bajadas hasta las muñecas bajo el sol sofocante.

Mel, aterrado ante la posibilidad de perder a Alexander, le aumentó el sueldo a veinticinco dólares al día. Tatiana también deseó poder darle a Alexander un «aumento», por la misma razón.

En Miami había una amplia comunidad hispana y nadie había oído el acento ruso de Tatiana; de hecho nadie sabía que su acento era ruso. Allí, Tatiana encajaba a la perfección. A pesar de que echaba en falta las limitaciones, el tamaño reducido y hasta los olores de Deer Isle, a pesar de que echaba de menos la inmensidad, el tamaño colosal y hasta el bullicio de Nueva York, le gustaba la sensación de invisibilidad que suponía vivir en Miami.



Preparó col rellena, que ya sabía que a Anthony le gustaba, de cuando vivían en Nueva York. Alexander se la comió, pero después de cenar dijo:

—Por favor, no vuelvas a cocinar col nunca más.

Anthony se enfadó, pues le encantaba la col. Había habido un tiempo incluso en que a su padre le gustaban los pasteles de col. Pero su padre dijo que nada de col.

—Pero ¿por qué? —le preguntó ella una vez que estuvieron fuera, en la cubierta de su casa flotante, meciéndose en el agua—. Antes te gustaba.

—Antes me gustaban muchas cosas —contestó.

«Y que lo digas», pensó Tatiana.

—He visto coles tan grandes como tres pelotas de baloncesto en las montañas apiladas de cenizas humanas y restos de huesos en un campo de exterminio llamado Majdanek, en Polonia —repuso Alexander—. Eran

engendros de coles, nunca se ha visto nada igual, nacidas de las cenizas de los judíos muertos. Tú tampoco volverías a comer coles nunca más.

—¿Ni siquiera pasteles de col? —dijo con dulzura, tratando de alejar sus recuerdos de Majdanek para acercarlos a Lazarevo.

—Ni siquiera pasteles de col, Tatiana —contestó un Alexander que no permitía alejamientos en su memoria—. Se acabaron los pasteles de col para nosotros.

Tatiana no volvió a cocinar platos con col.



Anthony recibió instrucciones de no levantarse de la mesa hasta que su plato estuviese vacío.

—Me iré cuando yo quiera —replicó Anthony.

Alexander soltó el tenedor.

—¿Qué acabas de decir?

—Tú no puedes decirme lo que tengo que hacer —dijo Anthony, y su padre se levantó de la mesa tan rápido que Anthony tiró la silla al suelo para echar a correr hacia su madre.

Arrancándolo de los brazos de Tatiana, Alexander lo sujetó con firmeza en el suelo.

—Ya lo creo que puedo, y además tú tienes que obedecer. —Tenía las manos en los hombros de su hijo—. Ahora vamos a intentarlo otra vez. No te levantarás de la mesa cuando tú quieras; te quedarás sentado, te acabarás la comida y cuando acabes, pedirás permiso para levantarte de la mesa. ¿Entendido?

—¡Pero es que estoy lleno! —protestó Anthony—. ¿Por qué tengo que acabármelo todo?

—Porque tienes que hacerlo. La próxima vez, Tania, no le pongas tanta comida en el plato.

—Ha dicho que tenía hambre.

—Pues que repita si quiere más, pero hoy se acabará su comida.

—¡Mamá!



—No, nada de mamá... ¡te lo digo yo! Y, acábate la comida.

—Mamá...

Alexander apretó el cuerpo de Anthony con las manos. El pequeño se terminó la comida y luego pidió permiso para levantarse de la mesa. Después de cenar, Tatiana salió a la estrecha cubierta donde Alexander estaba sentado fumando. Se agachó con cuidado, vacilante, a su lado.

—Has sido demasiado blanda con él —dijo—. Tiene que aprender. Y aprenderá.

—Ya lo sé. Pero es que es tan pequeño...

—Sí, pero cuando sea como yo, será demasiado tarde.

Se sentó en el suelo de la cubierta. Al cabo de un rato, Alexander añadió:

—No puede dejarse comida en el plato.

—Ya lo sé.

—¿Quieres que te hable de cuando tu hermano se moría de hambre en Katowice?

Tatiana apenas contuvo el respingo.

—Sólo si tú quieres, cariño.

«Sólo si lo necesitas, porque como tú, hay muchas cosas de las que preferiría no hablar jamás».

*En el campo de prisioneros de Katowice, en Polonia, donde los alemanes metieron a Alexander; a su teniente, Ouspenski, y a Pasha en la mitad soviética (lo que significaba la mitad de la muerte), Alexander vio que Pasha se debilitaba por momentos. No le quedaba combustible para alimentar el esqueleto que sostenía su cuerpo. Era peor para Pasha, porque había resultado herido en la garganta. No podía trabajar, y lo que les daban a los prisioneros soviéticos era justo lo mínimo indispensable para matarlos lentamente. Alexander fabricó una lanza de madera, y una vez que llegó al bosque para cortar árboles para hacer leña, cazó tres conejos, se los escondió en la ropa de abrigo y, de vuelta en el campo, los guisó en la cocina y dio uno al cocinero, otro a Pasha y compartió el tercero con Ouspenski.*

*Después de aquello, Pasha se encontró mejor, pero seguía muriéndose de hambre. De Tatiana, durante el asedio de Leningrado, había aprendido que mientras pensase constantemente en la comida, en cómo conseguirla, en el hecho de cocinarla, en comérsela, en deseársela, no perdería la batalla. Él había visto a los perdedores, en aquel entonces en Leningrado y en esos momentos en Katowice, los «rezagados», como solían llamarlos, los hombres que no podían trabajar, los que arrastraban su alma entre la basura del campo para comerse los desperdicios que pudiesen encontrar. Cuando uno de los rezagados murió, Alexander, a punto de cavar una tumba, se encontró a Pasha y a otros tres hombres comiéndose los restos de la bafía del muerto junto al fuego a las afueras de los barracones.*

*Alexander fue nombrado supervisor, cosa que no le granjeó las simpatías de sus compañeros, pero sí le garantizó una ración de comida más abundante, que compartió con Pasha. Conservó a Pasha y a Ouspenski a su lado, y los tres se trasladaron a una habitación que sólo albergaba a ocho personas en lugar de sesenta y donde hacía más calor. Alexander trabajó con más ahínco. Cazaba conejos y tejones, y en ocasiones no esperaba a traerlos al campo, sino que encendía un fuego y se los comía allí mismo, asándolos sólo a medias, devorándolos a dentelladas. No sabían demasiado distinto, ni siquiera para él.*

*Y de repente, Pasha dejó de sentir interés por los conejos.*

Tatiana tenía la cabeza enterrada entre las rodillas. Necesitaba un recuerdo mejor de su hermano.

*En Luga, Pasha está metiendo arándanos en la boca abierta de Tatiana. Ésta le suplica que lo deje, intenta hacerle cosquillas, intenta quitárselo de encima a empujones, pero entre puñado y puñado de arándanos para sí, Pasha le hace cosquillas a Tatiana con una mano, le mete arándanos en la boca con la otra y la inmoviliza con las piernas para que no pueda escapar a ningún sitio. Al final, Tatiana consigue levantar su cuerpecillo con fuerza suficiente para quitarse a su hermano de encima y*

*hacerlo caer en los cubos de arándanos que acaban de traer del bosque, recién cogidos. Los cubos derraman su contenido al suelo, ella le grita que los recoja y, al ver que no lo hace, recoge ella misma unos cuantos y se los aplasta en la cara, de manera que Pasha tiene todo el rostro de color púrpura. Saika aparece por la puerta de la casa contigua y los mira perpleja desde la entrada. Dasha sale del porche y cuando ve lo que han hecho, les enseña lo que es gritar de verdad.*

Alexander siguió fumando, y Tatiana, con las piernas temblorosas, se levantó con dificultad y regresó adentro, con la esperanza de que cuando Anthony se hiciese mayor, pudiesen hablarle de todo aquello de forma que él pudiese entenderlo, de Leningrado y de Katowice y de Pasha. Pero temía que él nunca llegase a entenderlo, viviendo como vivía en la tierra de los plátanos y la abundancia.



Tatiana encontró en el *Miami Herald* un artículo sobre las investigaciones del Comité de Actividades Antiamericanas con respecto a las infiltraciones comunistas del Departamento de Estado. El periódico se complacía en describirlo como «un ambicioso programa de investigaciones para desenmascarar y sacar a la luz pública las actividades comunistas en numerosas empresas, sindicatos, en la educación, en la industria cinematográfica y, lo que es más importante, en el gobierno federal». El propio Truman había reclamado la destitución de los empleados desleales del gobierno.

Estaba tan absorta en la lectura del artículo que Alexander tuvo que alzar la voz para llamar su atención.

—¿Qué estás leyendo?

—Nada.

Cerró el periódico de golpe.

—¿Me estás ocultando cosas publicadas en los periódicos? Venga, enséñame qué estabas leyendo.

Tatiana negó con la cabeza.

—Vámonos a la playa.

—Enséñamelo te he dicho. —La asió con fuerza, dirigiendo los dedos a las costillas y la boca a su cuello—. Enséñamelo ahora mismo o si no...

—Papi, no te metas con mami —dijo Anthony, separándolos.

—No me estoy metiendo con mamá, sólo le estoy haciendo cosquillas.

—Pues no le hagas cosquillas —dijo Anthony, separándolos de nuevo.

—Campeón —dijo Alexander—, ¿acabas de llamarme... papi?

—Sí. ¿Qué pasa?

Alexander se colocó a Anthony en el regazo y luego leyó el artículo sobre el Comité de Actividades Antiamericanas.

—¿Y qué? Llevan investigando a los comunistas desde los años veinte. ¿A qué viene ahora tanto interés?

—No tengo ningún interés. —Tatiana se dispuso a recoger los platos del desayuno—. ¿Tú crees que hay espías soviéticos aquí?

—El gobierno federal está repleto de ellos. Y no descansarán hasta que Stalin tenga su bomba atómica.

Lo miró con desconfianza.

—Tú no sabrás algo de todo esto, ¿verdad?

—Yo sí sé algo de todo esto. —Se señaló los oídos—. Escuché montones de rumores y conversaciones entre los soldados que se apostaban en mi puerta cuando estaba recluido en la celda de aislamiento.

—¿De verdad?

Tatiana dijo aquello en tono reflexivo, pero en realidad lo que trataba era de evitar que Alexander le viera los ojos. No quería que viese las llamadas insistentes de Sam Gulotta reflejadas en sus ojos asustados.



Cuando no hablaban de comida ni del Comité de Actividades Antiamericanas, hablaban de Anthony.

—¿No te parece increíble lo bien que habla? Parece un hombrecito.

—Tatiana, se mete con nosotros en la cama todas las noches, ¿podemos hablar de eso?

—Es sólo un niño.

—Tiene que aprender a dormir en su propia cama.

—Es una cama muy grande y le da miedo.

Alexander compró una cama más pequeña para Anthony, pero tampoco le gustó y no mostró el menor interés por dormir en ella.

—Creía que la cama era para ti —le dijo Anthony a su padre.

—¿Y por qué iba yo a necesitar una cama? Yo duermo con mamá —dijo Anthony Alexander Barrington.

—Y yo también —dijo Anthony Alexander Barrington.

Al final, Alexander sentenció:

—Tania, hasta aquí puedo llegar. Ya no puede venir a nuestra cama.

Ella intentó disuadirlo.

—Ya sé que tiene pesadillas —prosiguió Alexander—. Lo volveré a llevar a su cama. Me quedaré a su lado el tiempo que haga falta.

—Necesita a su madre por la noche.

—Soy yo quien necesita a su madre por la noche, a su madre desnuda. Va a tener que conformarse —insistió Alexander—. Y ella va a tener que conformarse también.

La primera noche, Anthony estuvo chillando cincuenta y cinco minutos mientras Tatiana permanecía en su dormitorio tapándose los oídos con una almohada. Alexander pasó todo ese tiempo en la habitación del chico y se quedó dormido en la cama de éste.

A la noche siguiente, Anthony estuvo chillando cuarenta y cinco minutos. Luego, treinta. Luego, quince. Y al final, sólo se oían gimoteos de Anthony, que de pie junto a su madre, le decía:

—Ya no voy a llorar ni gritar más, pero por favor, mamá, ¿puedes llevarme tú a mi cama?

—No —dijo Alexander, tajante—, te llevaré yo.

Y al día siguiente, cuando madre e hijo regresaban andando a casa desde el barco donde trabajaba su padre, Anthony preguntó:

—Mamá, ¿cuándo va a volver papá?

—¿Volver adónde?

—Al lugar de donde lo trajiste.

—Nunca, Anthony. —Tatiana sintió un escalofrío—. ¿Por qué dices eso? —El escalofrío se debía al recuerdo del lugar de donde lo había traído, de la paja mugrienta y cubierta de sangre sobre la que yacía encadenado y torturado, no aguardándola a ella, sino al resto de su vida en aquel lugar de Siberia. Tatiana dejó al niño en el suelo—. Que no te vuelva a oír decir eso nunca más.

«O tus pesadillas de ahora no serán nada comparadas con las que tendrás».



—¿Por qué anda como si llevase todo el peso del mundo sobre los hombros? —preguntó Alexander de regreso a casa. El mar verde y espectacular quedaba a su derecha, a través de las palmeras flexionadas—. ¿De dónde habrá sacado esos andares?

—No tengo ni idea...

—Eh... —exclamó, frotando su cuerpo contra el de ella. Ahora que no iba pringado hasta arriba de langosta podía hacer aquello, frotarse contra ella. Tatiana lo agarró del brazo. Alexander miraba a su hijo—. ¿Sabes qué? Voy a... Lo llevaré al parque un rato mientras tú preparas la cena. —La empujó hacia delante—. Vamos, vete. ¿Qué te preocupa? Sólo quiero hablar con él, de hombre a hombre.

Tatiana se fue de mala gana y Alexander llevó a Anthony a los columpios. Se compraron un helado, con la promesa cómplice que ninguno le diría una sola palabra de aquello a Tatiana, y mientras estaban en los columpios, Alexander dijo:

—Ant, dime con qué sueñas. ¿Qué es lo que te molesta? A lo mejor puedo ayudarte.

El pequeño negó con la cabeza.

Alexander lo tomó en brazos y se lo llevó bajo los árboles, y lo depositó en lo alto de una mesa de *picnic* mientras él se sentaba en el

banco de enfrente de manera que los ojos de ambos quedaban a la misma altura.

—Venga, campeón, dímelo. —Acarició las piernecillas regordetas de su hijo—. Dímelo para que pueda ayudarte.

Anthony volvió a negar con la cabeza.

—Pero ¿por qué te despiertas? ¿Qué es lo que te despierta?

—Las pesadillas —contestó el niño—. ¿Qué te despierta a ti?

Su padre no tenía respuesta para eso. Todavía se despertaba todas las noches. Había empezado a darse baños con agua helada para refrescarse, para tranquilizarse, a las tres de la madrugada.

—¿Qué clase de pesadillas?

Anthony seguía en sus trece, sin querer hablar.

—Venga, campeón, dímelo. ¿Lo sabe mamá?

Anthony se encogió de hombros.

—Creo que mamá lo sabe todo.

—Eres más listo de lo que te conviene —comentó Alexander—, pero no creo que mamá sepa eso precisamente. Dímelo a mí, yo no lo sé.

Lo engatusó e insistió tenazmente. El helado de Anthony se estaba derritiendo, no dejaba de limpiarse los churretones. Al final, Anthony, sin mirar al rostro expectante de su padre sino a los botones de la camisa de éste, dijo:

—Me despierto en una cueva.

—Ant, nunca has estado en una cueva, ¿qué cueva?

Anthony se encogió de hombros.

—Como un agujero en el suelo. Llamo a mamá, pero ella no está. Mami, mami... No viene. La cueva empieza a quemarse. Yo salgo y me voy al bosque. Mami, mami. La llamo y la llamo. Y se hace oscuro. Estoy solo. —Anthony bajó la vista hacia las manos—. Un hombre me dice: «Corre, Anthony, se ha ido, tu mamá se ha ido y no va a volver». Me doy la vuelta, pero no hay nadie. Corro al bosque para escapar del suelo. Está muy oscuro y estoy llorando. Mami, mami. El bosque también se quema. Es como si alguien me persiguiera, y me persigue y me persigue. Pero cuando me doy la vuelta estoy yo solo. Oigo ruido de pisadas

persiguiéndome. Y yo sigo corriendo y corriendo. Y oigo la voz de ese hombre al oído: «Se ha ido, tu madre, y no va a volver».

El helado cayó chorreando entre los dedos de Alexander.

—¿Eso es lo que sueñas? —dijo Alexander en tono apagado.

—Sí.

Alexander miró a Anthony con aire sombrío, y éste le devolvió la misma mirada sombría.

—¿Puedes ayudarme, papá?

—Sólo es una pesadilla, campeón —dijo Alexander—. Ven aquí. —Tomó a Anthony en brazos y el chico apoyó la cabeza en el hombro de Alexander—. No le digas a mamá lo que me acabas de contar a mí —dijo con un hilo de voz, dándole unas palmaditas en la espalda y abrazándolo con fuerza—. Se pondrá muy triste si le dices que sueñas esas cosas. —Echó a andar hacia la casa, con la mirada fija en la carretera. Al cabo de un minuto añadió—: Ant, ¿te ha contado mamá alguna vez los sueños que tenía cuando era niña en Luga? ¿No? Porque ella también tenía pesadillas alguna vez. ¿Sabes qué soñaba? Que la perseguían las vacas. —Anthony se echó a reír—. Sí. Unas vacas enormes con cencerros y ubres de leche que iban corriendo por el sendero del pueblo detrás de tu madre, y daba igual lo deprisa que corriera, no podía escapar.

—¿Y decían «mu»? —preguntó Anthony—. ¿Como en la canción?

—Sí, ya lo creo.

Por la noche, Anthony acudió a la cama y se metió junto a su madre, y Alexander y Tatiana, ambos despiertos, no dijeron nada. Alexander acababa de volver a la cama él también, después de secarse con la toalla. Tatiana abrazó a su hijo y el brazo helado y húmedo de Alexander rodeó a Tatiana.

### *El cuerpo de la guerra*

En cuanto empezó a anochecer más tarde, Tatiana, Alexander y Anthony tomaron la costumbre de ir a nadar cuando las playas se vaciaban



de gente. Tatiana se colgaba de las estructuras de hierro de los columpios, jugaban a la pelota, construían cosas en la arena; la playa, los columpios y las olas del Atlántico eran buenos. Alexander a veces hasta se quitaba la camiseta para nadar en las tardes lánguidas; despacio, obsesivamente, tratando de que el agua salobre del mar le lavase del cuerpo el tifus, la inanición y la guerra, y otras cosas que no podían ser lavadas.

Tatiana se sentaba a la orilla a mirar cómo padre e hijo retozaban entre las olas. Se suponía que Alexander tenía que enseñar a nadar a Anthony, pero en realidad lo que hacía era levantar al pequeño en el aire y arrojarlo al agua de golpe, allí donde todavía hacía pie. En Miami, el tamaño de las olas era perfecto para un crío, porque también eran pequeñas. El hijo se encaramaba al padre para, acto seguido, ser lanzado en el aire y atrapado de nuevo, arrojado en el aire cada vez más arriba y luego atrapado de nuevo. Anthony chillaba, gritaba y pataleaba, pasándolo en grande. Y allí estaba Tatiana, muy cerca, sentada en la arena, abrazándose las rodillas, extendiendo una mano en actitud de invocación: *cuidado, cuidado, cuidado*. Pero no se lo estaba diciendo a Alexander, sino a Anthony. No hagas daño a tu padre, hijo. Trátalo con cuidado. Por favor... ¿Es que no ves qué aspecto tiene?

El aliento le quemó en el pecho cuando miró a hurtadillas a su marido. Ahora estaban corriendo en el agua. La primera vez que Tatiana vio a Alexander correr en el río Kama de Lazarevo, completamente desnudo salvo por los pantalones cortos, como en ese momento, tenía un cuerpo glorioso. Un cuerpo atlético y sin magulladuras de ninguna clase. Y eso que ya había participado en batallas, en la guerra fino-soviética; había estado en los ríos del norte de la Unión Soviética; había defendido el «Camino de la vida» en el lago Ladoga. Como ella, había vivido en una Leningrado asolada por la guerra. ¿Por qué entonces, desde que ella se había marchado de su lado, le había pasado aquello?

La imagen del cuerpo desnudo de Alexander causaba estupor. Su espalda, tan suave y bronceada en otros tiempos, estaba mutilada por las cicatrices de la metralla, por las cicatrices de las quemaduras, por las marcas de latigazos, por las huellas de las bayonetas, todas húmedas bajo

el sol de Miami. La herida casi mortal que había sufrido al término del asedio de Leningrado era todavía una mancha del tamaño de un puño sobre su riñón derecho. Tenía el pecho, los omóplatos y las costillas desfigurados; los brazos, los antebrazos y las piernas llenos de cortes de cuchillo, quemaduras de pólvora, marcas irregulares, torcidas, puntiagudas.

Tatiana sentía deseos de gritar, de llorar a voz en grito. ¡No era justo! No era justo que debiera llevar a Hitler y Stalin en cada centímetro de su cuerpo, incluso allí, en Miami, donde las aguas tropicales tocaban el cielo. El coronel tenía razón: no era justo.

Y como si todas las demás iniquidades no fueran suficientes, los hombres que custodiaban a Alexander lo habían tatuado en contra de su voluntad, como castigo por intentar escapar, como advertencia contra posibles transgresiones posteriores, y como afrenta definitiva para su futuro, como para decir: si es que tienes algún futuro, no será un futuro sin mácula.

Tatiana lo miró y su corazón lleno de lástima salió rodando por la caja de cemento de sus entrañas: en la parte superior del brazo izquierdo, Alexander llevaba un tatuaje negro de una hoz y un martillo. Se lo habían grabado los crueles guardias de Katowice, para poder reconocerlo. Encima de la hoz y el martillo, en el hombro, había un tatuaje de una charretera de comandante, burlándose del hecho de que Alexander había pasado demasiado tiempo en aislamiento. Debajo de la hoz y el martillo había una estrella de mayor tamaño con veinticinco puntas, una punta por cada uno de los años de su sentencia de cárcel soviética. En la parte interna del antebrazo derecho, los números 19691 estaban grabados a fuego en azul: los soviéticos habían aprendido gustosos a utilizar las innovaciones de las torturas nazis.

En la parte superior del brazo derecho, Alexander llevaba tatuada una cruz, la única imagen que llevaba por voluntad propia en todo su cuerpo, y encima de ella, estaba marcado con una incongruente águila de las Waffen-SS, con esvástica incluida, como símbolo de respeto del

malogrado guardia Iván Karolich ante el hecho de que Alexander nunca hubiese confesado nada pese a las severas palizas.

Los números de los campos de concentración eran los más difíciles de ocultar, pues estaban en la parte más inferior del brazo, razón por la cual nunca se subía las mangas. Jimmy, en Deer Isle, le había preguntado por los números, pero Jimmy no había estado en la guerra, así que cuando Alexander le dijo: «Campo de prisioneros», Jimmy no le hizo más preguntas ni Alexander se explayó más. Los números azules, en aquel tiempo posterior al Holocausto, hablaban a gritos del sufrimiento de los judíos, no del sufrimiento de los soviéticos, de la vida de otra persona, no de la de Alexander. Pero ¡la hoz y el martillo, la insignia de las SS! Todas las alarmas de su brazo, sonando, esperando para dar explicaciones. Pero eran imposibles de explicar fuera de contexto. ¿Números de campos de exterminio y una esvástica? ¿Las dos cosas a la vez? No se podía hacer nada al respecto, salvo ocultarlos a todo el mundo, incluso entre ellos.

Tatiana se volvió para ver pasar a una familia, dos niñas pequeñas que paseaban con su madre y sus abuelos. Los adultos miraron de reojo a Alexander y dieron un respingo; en su arrebató de horror colectivo, les taparon los ojos a las niñas, mascullaron algo en voz baja, se santiguaron y prosiguieron su camino. Tatiana los juzgó con dureza. Alexander, que seguía jugando con su hijo, ni siquiera reparó en ellos.

Aunque antes (en Lazarevo, desde luego, con Tatiana), Alexander parecía un dios griego, ahora era cierto, los extraños tenían razón: Alexander estaba desfigurado. Eso era lo único que veían todos, eso era lo único que podían ver.

Pero seguía siendo tan apuesto todavía... De complexión dura, delgado, de piernas largas y espalda amplia, robusto e increíblemente alto. Había recuperado un poco de peso y ya volvía a exhibir unos miembros musculosos después de tanto llevar jaulas de langosta. En las raras ocasiones en las que reía, la hilera de dientes blancos le iluminaba el rostro bronceado. El pelo lleno de trasquilones le hacía parecer un erizo negro, y los ojos color chocolate con leche se dulcificaban alguna que otra vez.

Pero era innegable que estaba tocado, y no había lugar donde pudiese resultar más evidente que allí, en su vida norteamericana. Y es que, en la Unión Soviética, Alexander habría pasado desapercibido entre los millones de hombres tan lisiados como él, y no le habría importado lo más mínimo cuando lo enviasen al bosque a cortar leña con su parka de piel de borrego, o a picar piedra en sus canteras. Allí, en Estados Unidos, Tatiana lo enviaba a la calle, en público, no con su parka sino con el uniforme de lino blanco, tapado desde el cuello hasta los tobillos, a capitanear sus barcos, a arreglar sus motores.

Cuando hacían el amor, Tatiana intentaba olvidar. Lo que era necesario que permaneciese entero y perfecto permanecía entero y perfecto, pero su espalda, sus brazos, sus hombros, su pecho... no había lugar donde Tatiana pudiese poner las manos. Se aferraba a su cabeza, que estaba ligeramente mejor. Tenía una cicatriz muy larga en la parte posterior del lóbulo occipital, heridas de cuchillo. Alexander llevaba la guerra en su cuerpo como nadie que Tatiana hubiese conocido. Lloraba cada vez que lo tocaba.

Tatiana no podía tocar a Alexander por las noches, y rezaba porque él no lo supiese.

—Venga, vosotros dos —los llamó con voz débil, levantándose con dificultad—. Vámonos para casa. Se está haciendo tarde. Dejad ya de hacer el bruto. Anthony, por favor... ¿Qué te he dicho? ¡Ten cuidado, he dicho!

«¿Es que no ves qué aspecto tiene el cuerpo de tu padre?».

De pronto, sus dos hombres, uno pequeño y el otro grande, ambos con la postura erguida, la mirada firme, fueron y se sentaron delante de ella, con las piernas en la arena, formando una A, con las manos en jarras como si fueran teteras.

—¿Estáis listos para irnos, entonces? —preguntó ella, bajando la mirada.

—Mami —dijo su hijo con firmeza—, ven a jugar con nosotros.

—Sí, mami —repitió el padre con firmeza—, ven a jugar con nosotros.

—No, es hora de irnos a casa.

Tatiana pestañeó. Un espejismo en el sol del crepúsculo lo hizo desaparecer de su vista un segundo.

—Ya está bien —sentenció Alexander, levantándola en brazos—. Ya he tenido suficiente.

La cogió y la arrojó al agua. Tatiana se quedó sin aire y cuando salió a la superficie a respirar, se tiró encima de ella y la sacudió, la zarandeó, toqueteándola implacablemente con las manos. Puede que no fuese un espejismo al fin y al cabo, su cuerpo sumergido en un agua que era tan salada que él flotaba y ella también, sintiéndose real, recordando cómo había dado una voltereta en el Palacio de los Zares por él, cómo había ido en el tranvía con él, cómo había caminado descalza por el Campo de Marte con él mientras los tanques de Hitler y la malicia de Dimitri derribaban las puertas de sus corazones.

Alexander la levantó y la lanzó al aire, sólo fingiendo que la atrapaba. Tatiana se cayó y salpicó agua a su alrededor y gritó, y cuando logró ponerse de pie, huyó corriendo de él mientras Alexander la perseguía hasta la arena. Se tropezó para dejar que él le diera alcance y él la besó, besos mojados, y ella se agarró a su cuello y Anthony saltó y se encaramó a la espalda de su padre, venga, venga, y Alexander los arrastró mar adentro y los arrojó al agua, donde cabecearon y se balancearon como si fueran casas flotantes.

### *El color favorito de Alexander*

—Tania, ¿por qué no has llamado a Vikki? —le preguntó Alexander durante el desayuno.

—Ya la llamaré. Sólo llevamos aquí cuatro semanas —dijo—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Di mejor once.

—¿Once semanas? ¡No!

—Sé cuánto alquiler hemos pagado. Once semanas.

—No creía que hubiese pasado tanto tiempo. ¿Por qué seguimos aquí todavía? —murmuró Tatiana.

Y rápidamente cambió de tema y empezó a hablar de Thelma, una mujer muy simpática a la que había conocido en el supermercado unas mañanas antes. El marido de Thelma acababa de volver de Japón, y ella estaba buscando algo para que se animase un poco, pues parecía tener la moral por los suelos. Tatiana le había sugerido que lo llevase a hacer una excursión en barco y a Thelma le había entusiasmado la idea.

Al parecer, Thelma no consiguió ir al barco esa tarde, ni la siguiente, a pesar de que todas las tardes el cielo estaba igual de azul y despejado. Cuando Tatiana se la encontró en la tienda unos días más tarde, Thelma esgrimió alguna excusa pero dijo que ella y su marido esperaban ir al barco aquella misma tarde sin falta. Le preguntó a Tatiana si ella se subía al barco y ésta le contestó que no, dándole toda clase de explicaciones acerca de la siesta que dormía su hijo y la cena de su marido y otra serie de razones. Thelma asintió con solidaria comprensión, pues ella misma se había encargado de las cosas de la casa esa mañana. Estaba preparando un pastel de manzana. Por lo visto, a los maridos que regresaban de la guerra les gustaban esas cosas.



Alexander había estado trayendo a casa cantidades asombrosas de dinero. Un dólar, dos dólares, cinco dólares... ¡hasta veinte dólares!

—Creo que me están fallando las matemáticas —comentó Tatiana, sentada a la mesa de la cocina con un fajo de billetes de un dólar en una pila delante de ella y otro de cinco en otra—. No puedo contar tanto dinero. ¿Has reunido nada menos que cien dólares hoy?

—Mmm...

—Alexander, quiero saber qué les haces a esas mujeres para ganar cien dólares al día. —Cuando vio que Alexander se limitaba a seguir fumando y a sonreír, Tatiana añadió—: No es una pregunta retórica. Tu esposa exige una respuesta.

Él se echó a reír y luego ella también se echó a reír, pero cuando al día siguiente fue a recoger a Anthony al barco, cuál no sería su sorpresa al ver a Thelma, vestida muy elegantemente y a una distancia que Tatiana juzgó demasiado escasa de Alexander, su propio y recién rescatado marido. Ni siquiera estaba segura de que fuese Thelma en realidad, porque en la tienda de comestibles Thelma no llevaba maquillaje sino ropa para ir a la tienda de comestibles. En el barco, llevaba el pelo negro y en ondas rizado y crespado, se había maquillado, estaba... Tatiana ni siquiera estaba segura de qué era lo que resultaba tan provocativo, puede que la falda ceñida en torno a las caderas, la desnudez de las pantorrillas, debajo, o puede que los labios rojos de mujerzuela en pleno mediodía tórrido, puede que incluso la inclinación coqueta de aquella cabeza de sonrisa indolente.

—¿Thelma? —exclamó Tatiana, subiendo por la plancha—. ¿Eres tú?

La mujer se volvió como si acabase de oír una voz de ultratumba.

—¡Ah! ¡Hola!

—Hola —repuso Tatiana, interponiéndose entre ella y Alexander. Se volvió para mirarla de frente—. Veo que ya has conocido a mi marido. ¿Y el tuyo? ¿Dónde está?

Alejándose con sus zapatos de tacón, Thelma le respondió con indiferencia:

—Hoy no ha podido venir.

Tatiana no dijo nada... en ese momento, pero a la mañana siguiente le preguntó a Anthony, delante de cierto marido que estaba desayunando allí mismo, por la simpática señora del barco, y Anthony le explicó que había estado yendo todos los días desde hacía un tiempo.

—Ah, conque eso ha hecho, ¿eh?

—No, no es así —intervino cierto marido.

—Y Anthony, ¿el marido de la señora simpática viene con ella?

—No, no. No tiene marido. Le contó a papá que su marido se fue, que no quería estar casado después de la guerra.

—No me digas.

—Sí, y mamá —añadió Anthony, relamiéndose los labios—: Nos trajo un pastel de manzana. ¡Estaba riquísimo!

Tatiana no dijo nada más, ni siquiera levantó la vista. Alexander adelantó la cabeza por encima de la mesa para llamar su atención, sin decir nada él tampoco. Cuando fue a besarla, le tomó la cara entre las manos y la hizo mirarlo a los ojos. Los de Alexander brillaban. La besó profunda e intensamente, haciendo que el pozo de lava que Tatiana sentía en el estómago se le hiciese también más profundo y más intenso, y se fue a trabajar.

Cuando Tatiana acudió a recoger a Anthony al barco, Thelma no estaba allí.

—Mamá —le susurró Anthony—, no sé qué es lo que le ha dicho papá a esa señora esta mañana, ¡pero se ha marchado llorando del barco!

Nunca más volvió a ver a Thelma, ni siquiera en la tienda de comestibles.



Una vez en casa, Alexander le dijo:

—¿Quieres venir conmigo mañana, en la excursión de la mañana o en la de la tarde? Ya sabes que puedes subir al barco conmigo cuando quieras.

—¿Puedo ir ahora?

—Por supuesto. Cuando quieras. Nunca habías mostrado ningún interés. —Alexander hizo una pausa—. Hasta ahora.

Había algo ligeramente... Tatiana no podía identificarlo con exactitud... mordaz en su comentario, un tono acusatorio. Pero ¿de qué la acusaba? ¿De cocinar, limpiar y lavar para él? ¿De trenzarse el pelo, depilarse y frotarse la piel hasta dejársela roja, y de ponerse vestidos de gasa y medias brillantes y aceite de almizcle para acudir a su encuentro por las tardes? ¿De dejarlo pasar una hora o dos con su hijo por las mañanas?

Contempló la posibilidad de montarle una escena por aquello. Pero ¿por qué exactamente? Lo observó con atención, pero a él ya se le había pasado el momento, como se le pasaban todos los momentos, y estaba leyendo el periódico, bebiendo, fumando, hablando con Anthony.



Tatiana fue a la excursión en barco al día siguiente.

—Llevas el pelo cortado al rape —le murmuró una muchacha a Alexander después de ponerse a su lado dando un saltito mientras Tatiana permanecía allí cerca, con Anthony sentado en el regazo—. Como si hubieses estado en el ejército —insistió la chica cuando vio que Alexander no contestaba.

—Es que he estado en el ejército.

—¡Ah, eso es estupendo! ¿Dónde serviste?

—En el frente oriental.

—Caramba, qué impresionante... ¡Quiero que me lo cuentes todo! Pero ¿dónde está ese frente oriental? Nunca he oído hablar de él. Mi padre estuvo en Japón. Todavía sigue allí. —La joven, que no parecía haber cumplido todavía los veinte, siguió hablando sin cesar—. Capitán, pilotas el barco a tanta velocidad y hace tanto viento... y yo llevo esta faldita con tanto vuelo... Eso no va a ser un problema, ¿verdad? Quiero decir, el viento no me va a levantar la falda de tal manera que resulte un poco... indecente, ¿verdad que no?

Se echó a reír azoradamente.

—No lo creo. Ant, ¿quieres ayudarme a dirigir el timón? Anthony corrió junto a su padre. La joven se volvió para mirar a Anthony y a Tatiana, quien sonrió y la saludó con la mano.

—¿Es tu hijo?

—Sí.

—¿Y ésa es tu...?

—Mi mujer, sí.

—Ay, perdona. No sabía que estabas casado.

—Pero lo estoy. Tania, ven aquí. Te presento a... disculpa, no he oído bien tu nombre.

Cuando Tatiana pasó por el lado de la joven para acudir junto a Alexander, dijo:

—Perdona —y continuó en tono indiferente—, creo que la verdad es que el viento sí puede levantar esa indecencia de la que hablabas, así que sujétate bien la falda.

Alexander se mordió el labio y Tatiana permaneció inmóvil junto a él, sujetando el timón.

Esa noche, en el camino a casa, Alexander dijo:

—O continúo invitando a que me hagan preguntas o me dejo el pelo largo.

Tatiana no dijo nada, entre otras cosas porque no creía que su marido fuese a provocar ningún rechazo con el pelo largo y negro. Él insistió para que le dijese qué estaba pensando.

Ella se mordisqueó el labio.

—Esa atención femenina constante... ¿es deseada o no deseada?

—Me es indiferente, cariño —dijo, rodeándola con el brazo—. Aunque tú, con tu actitud, sí me diviertes.



Tatiana estaba muy taciturna cuando Alexander volvió a casa a la noche siguiente.

—¿Qué pasa? Estás más apagada que de costumbre —preguntó él cuando salió del baño.

—No acostumbro estar apagada —protestó ella, y luego lanzó un suspiro—. Es que hoy he contestado un test.

—¿Qué test? —Alexander se sentó a la misma mesa—. ¿Qué quiere el marido para cenar?

—El marido quiere plátanos macho, zanahorias, maíz y pan, y gambas y pastel de manzana con helado para cenar.

—¿Pastel de manzana con helado? —Alexander sonrió—. Sí, sí. —Se echó a reír y untó de mantequilla su bollo de pan—. Cuéntame lo de ese test.

—En una de mis revistas *El hogar del ama de casa*, hay un test: «¿Conoces bien a tu marido?».

—¿En una de tus revistas, dices? —habló con la boca llena—. No sabía que compras revistas.

—Bueno, en ese caso a lo mejor a ti también te convendría contestar ese test.

La miró con ojos brillantes desde el otro lado de la mesa y se untó de mantequilla otro bollo.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Fatal. Lo he suspendido —respondió Tatiana—. Por lo visto no te conozco en absoluto.

—¿De verdad?

Alexander la miró con gravedad fingida. Tatiana abrió la revista por la página del test.

—Mira estas preguntas: ¿cuál es el color favorito de tu marido? No lo sé. ¿Cuál es su plato favorito? No lo sé. ¿Su deporte favorito? No lo sé. ¿Su libro favorito? ¿Y su película favorita? ¿Su canción favorita? ¿Cuál es el sabor de helado que más le gusta? ¿Le gusta dormir boca arriba o de lado? ¿Cómo se llamaba la facultad en la que se graduó? ¡No sé responder a ninguna!

Alexander sonrió.

—Venga ya... ¿Ni siquiera la de si duermo boca arriba o de lado?

—¡No!

Sin dejar de comerse el bollo, se levantó, le quitó la revista de las manos y la arrojó a la basura.

—Tienes razón. —Asintió con la cabeza para dar más énfasis a sus palabras—. No hay nada que hacer. Mi mujer no sabe cuál es mi sabor de helado favorito. Quiero el divorcio. —Arqueó las cejas—. ¿Tú crees que un cura nos concederá la anulación?

Se acercó a ella y se sentó con desánimo en la silla.

—Tú te lo tomas a broma —le dijo Tatiana—, pero esto es muy serio.

—¿No me conoces porque no sabes cuál es mi color favorito? —Alexander parecía no dar crédito a todo aquello—. Pregúntame lo que quieras, yo te lo diré.

—¡No me lo vas a decir! ¡Pero si ni siquiera me hablas!

Tatiana se echó a llorar.

Con mirada atónita, completamente desconcertado, sin palabras, Alexander abrió las manos.

—Hace un segundo, todo esto era hasta divertido —comentó, despacio.

—Si ni siquiera sé algo tan sencillo como cuál es tu color favorito —dijo Tatiana—, ¿te imaginas cuántas cosas importantes no sé de ti?

—¡Ni yo sé cuál es mi color favorito! Ni mi película, mi libro ni mi canción. Ni lo sé ni me importa, nunca me he parado a pensar en eso. Por Dios, ¿es en esto en lo que piensa la gente después de la guerra?

—¡Sí!

—¿Es en esto en lo que tú quieres pensar?

—¡Es mejor que lo que hemos estado pensando hasta ahora!

Anthony, bendito en su inocencia, salió de su habitación y, como siempre, les impidió una vez más que terminasen la discusión hasta que estuvo profundamente dormido. Todas las cosas de las que hablaban tenían que tenerlo a él en cuenta, todas le atañían. En cuanto oía a su madre y a su padre hablar en un tono de voz un poco alterado, entraba en escena y se llevaba a uno de los dos.

Sin embargo, más tarde, ya en la cama de ambos y en la oscuridad, Tatiana, que seguía con su congoja, le dijo a Alexander:

—No nos conocemos el uno al otro, y ahora se me ocurre, puede que un poco tarde, que nunca nos hemos conocido en realidad.

—Habla por ti —repuso él—. Yo sé cómo has vivido y cómo te gusta que te toquen. Tú sabes cómo he vivido yo y cómo me gusta que me toquen.

Sí, puede que Alexander supiese teórica, intelectualmente, cómo le gustaba a Tatiana que la tocaran, pero desde luego, él ya nunca la tocaba de ese modo. Ella no sabía por qué, simplemente él no la tocaba así, y ella no sabía cómo preguntárselo.

—Bueno, ¿y puedo hacerte el amor sin que llores, por una vez?

Desde luego, ella no quería obligarlo a tocarla.

—Sólo por una vez, y por favor... no me digas que lloras de felicidad.

Tatiana intentó con toda su alma contener las lágrimas cuando él le hizo el amor, pero era imposible. El objetivo era encontrar el modo de

vivir y tocarse en una dimensión en la que todo cuanto les había sucedido a ambos, lo que los había conducido hasta allí, pudiese guardarse en un lugar seguro, de donde poder recuperarlo cuando ellos quisieran, en lugar de que se apoderase de ellos a su antojo y contra la voluntad de ambos.

En el dormitorio, eran animales nocturnos; las luces siempre estaban apagadas. Tatiana tenía que hacer algo.



—¿Qué es ese olor nauseabundo? —preguntó Alexander a su regreso del puerto deportivo.

—Mamá se ha puesto mayonesa en el pelo —contestó Anthony con una expresión que parecía querer decir: «Mamá se ha lavado el pelo con caca de vaca».

—¿Que ha hecho qué?

—Sí, esta tarde se ha puesto un bote entero de mayonesa en el pelo. Papá, se lo ha dejado puesto durante horas, y ahora no hay manera de que el agua se caliente lo suficiente para que pueda lavárselo.

Alexander llamó a la puerta del cuarto de baño.

—Vete —dijo la voz de ella.

—Soy yo.

—Ya, te lo decía a ti.

Alexander abrió la puerta y entró. Completamente despeinada, Tatiana estaba sentada en la bañera con el pelo mojado y grasiento. Se tapó los pechos al verlo entrar.

—Mmm... ¿qué estás haciendo? —le preguntó él, con rostro impasible.

—Nada. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido la tarde? —Observó la expresión de él y le lanzó una advertencia—: Como digas una sola palabra, Alexander...

—Pero si no he dicho nada —se defendió—. ¿Vas a... salir pronto? ¿Para preparar la cena tal vez?

—El agua sólo sale templada y no puedo quitarme esto ni a tiros. Estaba esperando a que vuelva a calentarse el depósito.

—Tarda horas.

—Tengo tiempo —repuso ella—. No tendrás hambre, ¿verdad?

—¿Puedo ayudar? —preguntó Alexander, haciendo un esfuerzo sobrehumano por aguantarse la risa—. ¿Y si pongo a hervir un poco de agua en el fuego y te lo lavo?

Mezclando agua hirviendo con el agua fría, Alexander se sentó con el torso desnudo en el borde de la bañera y lavó el pelo de su mujer con champú. Luego comieron bocadillos de queso y una sopa de tomate Campbell's. El depósito de agua volvió a calentarse y Tatiana se lavó el pelo de nuevo. Parecía que el olor había desaparecido, pero cuando se le secó, seguía oliendo a mayonesa. Después de acostar a Anthony, Alexander le preparó la bañera y volvió a lavarle el pelo una vez más. Se les acabó el champú y usaron jabón detergente. El pelo seguía oliendo.

—Es como con tus langostas —comentó ella.

—Venga ya, las langostas no olían tan mal...



—Mamá casi vuelve a oler como antes —anunció Anthony cuando su padre regresó a casa al día siguiente—. Venga, papá, huélela. —Papá se inclinó y la olió.

—Mmm... sí que vuelve a oler como antes —coincidió, apoyándole la mano en el pelo.

Tatiana era consciente de que ese día su pelo, hasta el hueco de la espalda, brillaba como el oro y lo tenía sedoso, reluciente y sumamente suave. Había comprado champú de fresas que parecían recién cogidas y se había lavado con jabón de aroma de vainilla el cuerpo bronceado con loción de coco. Tatiana se recostó contra Alexander y desplazó la vista arriba, muy arriba, para mirarlo.

—¿Te gusta? —le preguntó, conteniendo el aliento.

—Como tú bien sabes.

Pero él apartó la mano y se limitó a mirarla abajo, muy abajo. Tatiana se enfrascó en la tarea de preparar ternera mechada con plátanos y tomate.

Más tarde, fuera, en la cubierta, Alexander le dijo en voz baja:

—Tatiana, ve a por tu cepillo para el pelo.

Ella corrió a buscar el cepillo. De pie detrás de ella, como en otra vida, Alexander le cepilló el pelo despacio, con sumo cuidado, con suma delicadeza, acariciándole con la palma de la mano después de cada cepillado.

—Es muy suave... —susurró—. ¿Se puede saber por qué te pusiste mayonesa?

—Estaba muy seco por culpa del tinte y del agua del mar —contestó Tatiana—, y se supone que la mayonesa actúa como suavizante.

—¿Y dónde has oído eso?

—Lo leí en una revista de consejos de belleza.

Tatiana cerró los ojos. Era una sensación tan maravillosa volver a sentir las manos de Alexander en el pelo... El vientre líquido y caliente le palpitaba sin cesar.

—Tienes que dejar de leer esas revistas.

Alexander se dobló sobre su estómago para besarle la parte posterior de la cabeza, desplazando los labios hacia delante y hacia atrás, presionándolos con fuerza, y Tatiana lanzó un gemido y se sintió avergonzada por no haberlo podido reprimir a tiempo.

—Y si no las leo, ¿cómo voy a saber cómo complacer a mi marido? —repuso ella con voz ronca y espesa.

—Tatia, precisamente a ti no te hace ninguna falta leer revistas para eso —dijo él.

«Eso ya lo veremos», pensó ella, ansiosa ante su propia audacia, volviéndose y tendiéndole una mano impaciente y trémula.



Con las manos detrás de la cabeza, Alexander estaba tumbado boca arriba en la cama, desnudo, esperándola. Tatiana llamó a la puerta, se quitó la bata de seda y se colocó delante de él con la larga melena rubia cayéndole en cascada por los hombros. Le gustaba el brillo en los ojos de

él esa noche, no era neutro. Cuando Alexander extendió el brazo para apagar la luz, ella le dijo que no lo hiciera, que la dejase encendida.

—¿Que deje la luz encendida? —exclamó él—. Eso es nuevo.

—Quiero que me mires —dijo Tatiana, encaramándose sobre su estómago y sentándose a horcajadas encima de él. Dejó que la cascada del pelo cayese lentamente sobre su pecho—. ¿Qué te parece? —murmuró.

—Mmm...

Con las manos en las caderas de ella, Alexander arqueó el vientre para acomodarlo entre los muslos abiertos.

—Como la seda, ¿verdad? —le susurró—. Tan suave, como el terciopelo...

Y Alexander gimió.

¡Había gemido! Alexander abrió la boca y de su garganta salió un sonido de excitación incontrolada.

—Tócame, Shura... —murmuró Tatiana, sin dejar de frotar su cuerpo contra el vientre desnudo de él, con suma delicadeza, la larga melena suelta oscilando al mismo ritmo. Pero aquello la estaba excitando demasiado, tenía que parar—. Creí que tal vez, si tenía el pelo suave como la seda... —susurró, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras el manto de terciopelo cubría su pecho—, querrías volver a meter las manos en él... y los labios.

—Ya tengo las manos en él —dijo él con un hilo de voz.

—No he dicho en él, he dicho dentro de él.

Alexander le acarició el pelo. Ella negó con la cabeza.

—No. Así es como lo tocas ahora, pero quiero que lo toques como lo tocabas entonces.

Alexander cerró los ojos y abrió la boca. Sus manos como garras tiraron de las caderas de ella hacia abajo, hacia él, mientras empujaba con el vientre hacia arriba. Tatiana lo sintió tan ávido de ella, tan encendido, que en un segundo todos sus denodados esfuerzos con la mayonesa iban a acabar del mismo modo en que venía acabando todo en su cama desde hacía meses.



Rápidamente, inclinó el torso hacia delante, se desplazó hacia arriba y se separó del cuerpo de él.

—Dime —le susurró a la cara—, ¿por qué ha dejado de importarte cómo llevo el pelo?

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Vamos, estás hablando conmigo. Dime por qué.

Callado, Alexander apartó las manos de las caderas de ella y las apoyó en sus rodillas.

—Dime. ¿Por qué no me tocas?

Alexander hizo una esforzada pausa y desvió la vista de la mirada inquisidora de ella.

—Ese pelo ya no es mío. Pertenece a la otra Tatiana, aquella Tatiana de Nueva York y la laca de uñas roja y los bailes con zapatos de tacón, y de Vikki, y de cómo rehiciste tu vida sin mí cuando me creías muerto... tal y como deberías haber hecho, absolutamente. No quiero culparte por ello. Pero eso es lo que me recuerda. No puedo evitarlo.

Tatiana apoyó la mano en su mejilla.

—¿Quieres que me lo corte? Si quieres, me lo corto ahora mismo.

—No. —Alexander apartó la cara. Se quedaron en silencio—. Pero nada es suficiente, ¿no te has dado cuenta? —dijo—. No puedo tocarte lo suficiente. No puedo hacerte feliz. No puedo decirte nada. Y tú no puedes liberarme ni de una sola de las cosas que he hecho mal en todo este tiempo.

Una oleada de pena invadió a Tatiana.

—Estás, aquí, y estás perdonado por todo, absolutamente todo —dijo muy despacio, incorporándose a medias y cerrando los ojos para no tener que ver sus brazos tatuados y su torso surcado de cicatrices.

—Dime la verdad —le pidió Alexander—. ¿No crees a veces que así es más difícil... esto y otras cosas como los tests de las revistas... es más difícil... para los dos? Las preguntas de esa revista sólo demuestran lo absurdo que es fingir que somos dos personas normales. ¿No crees a veces que sería más fácil con tu Edward Ludlow en Nueva York? ¿O con una

Thelma? Sin pasado. Sin recuerdos. Nada que superar, nada de lo que recuperarse.

—¿Sería más fácil para ti?

—Bueno, al menos no te oiría llorar todas las noches —dijo Alexander—. No me sentiría como un fracasado cada maldito minuto de mi vida.

—¡Oh, Dios santo! Pero ¿qué estás diciendo?

Tatiana sacudió el cuerpo para apartarse de él, pero esta vez era Alexander quien la retenía.

—Ya sabes de qué estoy hablando —repuso él, con ojos llameantes—. ¡Quiero sufrir amnesia! Quiero una puñetera lobotomía. Quiero no volver a pensar nunca más. Mira lo que nos ha pasado, a nosotros, Tania, ¡a nosotros! ¿Es que no te acuerdas de cómo éramos antes? Mira lo que nos ha pasado.

La noche de su largo invierno llegó hasta Coconut Grove a través de todos los campos y las aldeas de los tres países que Alexander había arrasado para llegar al puente de Santa Cruz, por el río Vístula, para llegar a las montañas, para escapar a Alemania, para salvar a Pasha, para llegar hasta Tatiana. Y había fracasado. Veinte tentativas de fuga, dos en Katowice, una aciaga en el castillo de Colditz, y diecisiete desesperadas en Sachsenhausen, y nunca había llegado hasta ella. Sin saber muy bien cómo, había tomado siempre las decisiones equivocadas. Alexander lo sabía, Anthony lo sabía; con el hijo dormido, los padres tenían horas enteras para errar sin rumbo por los campos y ríos de Europa, por las calles de Leningrado. No era como para alegrarse.

—Déjalo —susurró Tatiana—. No digas eso. Tú no fracasaste. Lo estás tergiversando todo. Tú sobreviviste, eso es todo, eso es lo único que importa y tú lo sabes. ¿Por qué haces esto?

—¿Por qué? —exclamó él—. ¿Quieres que te lo diga todo mientras te sientas aquí desnuda, con el pelo suelto? Muy bien, pues te lo diré. ¿No quieres que te lo diga? Pues no preguntes. Apaga la luz, recógete el pelo y aguántate... —Alexander se interrumpió—, apártate de mí y no digas nada.

Tatiana no hizo ninguna de esas cosas. No quería que él se lo dijese todo, lo único que quería, desesperadamente, era que él la tocara. Las palabras de Alexander la habían zaherido profundamente en el corazón, pero el deseo de él que sentía en las entrañas era igual de hiriente. Siguió sentada encima de él, mirando su rostro mirarla a ella. Le acarició suavemente el pecho, los brazos, los hombros... Inclinando el torso hacia él, recorrió su cara con los labios húmedos y suaves, y luego le recorrió el cuello, y al cabo de un poco más, cuando sintió que él se había calmado, le susurró:

—Shura... Soy yo, Tania, tu mujer...

—¿Qué quieres, Tania, mi mujer?

Las manos de Alexander treparon por los muslos de ella, por su cintura, por el pelo...

El deseo que sentía Tatiana le provocaba mucha vergüenza, pero no por ello disminuía. Las manos de Alexander recorrieron su cuerpo hasta llegar a las caderas, donde se detuvieron para sujetarla y abrir sus piernas.

—¿Qué es lo que quieres, qué pides? —susurró Alexander, reclamándola con los dedos—. Dímelo. Háblame.

Ella se desplazó un poco más arriba y le restregó los pechos por la boca. Enterrando la cara en ellos, Alexander volvió a gemir, y abrió la boca debajo de ellos.

Sin dejar de jadear, Tatiana murmuró:

—Quiero que me acaricies el pelo... que hiques los dedos en él, que lo amases como hacías antes. Eso me encantaba, que me tocases. —Todo el cuerpo de ella temblaba—. Sujétalo fuerte, sujétalo... ¡sí!, ¡así! Tócame la melena rubia, la melena que tanto amabas... ¿te acuerdas? ¿No te acuerdas?

Muy despacio, Tatiana se movió hacia arriba en el pecho de él, y un poco más arriba, y otro poco más... hasta sentarse a horcajadas sobre la boca abierta de él.

—Por favor... por favor..., cariño... Shura... —susurró Tatiana—. Tócame... —Se sujetó a la cabecera de la cama y fue bajando poco a poco—. Por favor... tócame como hacías antes...

Esta vez Alexander, sin resuello en los pulmones, no tuvo que oírlo dos veces. Cuando sintió que las manos de él le separaban las piernas, y su boca suave y cálida en ella por primera vez desde que habían regresado a Estados Unidos, Tatiana estuvo a punto de desmayarse. Empezó a llorar. Apenas podía sostenerse; de no haber sido por la cabecera y la pared, se habría caído hacia delante sin remedio.

—Chsss... Tatiasha... Chsss... Te estoy mirando... Y... ¿sabes? Resulta que el rubio... es mi color favorito.

No pudo aguantar más de tres jadeos retorciéndose en su boca, intentando por todos los medios mantenerse derecha... Llorando, llorando sin cesar, de alegría, de puro deseo...

—Por favor, Shura, no pares, cariño... No pares... —Palpitando en sus labios, lanzando unos gemidos tan intensos que parecía que se abrirían los cielos—. Oh, Dios... Oh, sí... Oh, Shura... Shura... Shura...



A la mañana siguiente, antes de salir a trabajar, cuando Alexander entró en la cocina para tomarse el café, Tatiana, ruborizándose hasta la raíz del pelo, le dijo:

—Alexander, ¿qué quieres para el desayuno?

Y él, tomándola en brazos, levantándola en el aire y volviéndola a dejar en la encimera delante de él, abrazándola, con la locura reflejada en los ojos, le contestó:

—Ah, ahora que es por la mañana, ¿vuelvo a ser Alexander?

Y acomodó los labios abiertos en los labios abiertos de ella.

### *Lovers Key*

Un domingo húmedo, cuando la primavera acababa de dar paso al verano, Alexander pidió prestado a Mel un velero de un mástil y llevó a su familia a la bahía, donde pensaban refrescarse con la brisa. Sin embargo,

la brisa húmeda les hizo sudar aún más, pero como estaban solos en el agua, Alexander se despojó de todo salvo del bañador, Tatiana se puso un biquini y ambos flotaron apaciblemente bajo el sol de plomo del Trópico de Cáncer. Alexander había traído consigo dos cañas de pescar y algo de cebo. Soplaban un viento favorable y la vela estaba izada. «Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres», citó Tatiana de memoria. Navegaron por las aguas serenas del cabo Biscayne y llegaron al cayo de Lovers Key, un poco más al sur, donde Alexander echó el ancla para que pudieran almorzar. Anthony se quedó dormido después de ayudar a su padre a aflojar los cabos del foque. Había estado apoyando el cuerpo en su madre cuando, de pronto, se cayó a un lado. Sonriendo, Tatiana recolocó al chico, y lo acercó a ella para que estuviera más cómodo.

—Sé cómo se siente. Esto es muy relajante...

Cerró los ojos.

Alexander levó el ancla y dejó que el barco flotase sin rumbo mientras acudía a sentarse junto a ella en el banco frente al timón. Se encendió un pitillo, le sirvió una copa y permanecieron sentados y meciéndose en el agua.

El ruso que hablaban les remitía a otra época. Hablaban con mayor suavidad; a menudo conversaban en inglés pero ese domingo, en el barco, eran rusos.

—¿Shura? Llevamos aquí seis meses.

—Sí. No ha nevado.

—Pero ha habido tres huracanes.

—No me molestan los huracanes.

—¿Y el calor, y el bochorno?

—No me importa.

Lo miró fijamente.

—Me gustaría quedarme —añadió Alexander, despacio—. Me gusta vivir en este lugar.

—¿En una casa flotante?

—Podemos irnos a vivir a una casa de verdad.

—¿Y te pasarías el día con los barcos y las chicas?

—Tengo una esposa, ya no sé lo que son las chicas. —Sonrió—. Pero admito lo de mi afición por los barcos.

—¿Para el resto de tu vida? ¿Barcos y agua?

La sonrisa se esfumó del rostro de Alexander en apenas segundos y él se apartó de ella.

—¿Te acuerdas de ti por las noches, bien entrada la noche? —preguntó Tatiana con delicadeza, atrayéndolo de nuevo hacia ella con la mano libre, pues con la otra sujetaba al niño.

—¿Qué tiene eso que ver con el agua?

—No creo que el agua te ayude —dijo Tatiana—. De verdad que no. —Hizo una pausa—. Creo que deberíamos irnos.

—Bueno, pues yo creo que no.

Dejaron de hablar. Alexander se fumó otro cigarrillo. Siguieron flotando en medio del océano verde tropical, contemplando los islotes. Sin embargo, el agua sí estaba afectando a Tatiana, la estaba destrozando. Con cada ondulación, Tatiana veía el Neva, el río Neva bajo el sol septentrional, sobre la blanca ciudad subártica a la que habían llamado su hogar; el agua se encrespaba y en ella estaba Leningrado, y en Leningrado estaba todo cuanto Tatiana deseaba recordar y todo cuanto deseaba olvidar.

Él la estaba mirando, y sus ojos de vez en cuando se dulcificaban bajo el bochornoso sol de Coconut Grove.

—Te han salido más pecas, encima de las cejas. —Le besó las pestañas—. Pelo suave y de oro, y el océano en tus ojos... —Le acarició la cara y las mejillas—. Tu cicatriz ya casi ha desaparecido del todo, ahora apenas es una rayita blanca. Casi ni se ve.

La cicatriz que se había hecho al escapar de la Unión Soviética.

—Mmm...

—A diferencia de las mías.

—Tú tienes más heridas que curar, amor mío.

Tatiana extendió el brazo, apoyó la mano en la cara de Alexander y cerró los ojos para que Alexander no pudiese bucear en su interior.

—Tatiasha —la llamó él con un susurro, y luego inclinó el cuerpo hacia ella y la besó larga y profundamente.

Había pasado un año desde que lo había encontrado encadenado en la celda de aislamiento de Sachsenhausen, un año desde que lo había rescatado de las catacumbas de la Alemania ocupada por los soviéticos, de las garras de los secuaces de Stalin. ¿Cómo podía haber pasado un año? ¿Cuánto tiempo parecía haber pasado?

Una eternidad en el purgatorio, un suspiro en el paraíso.



El barco de Alexander estaba lleno de mujeres, mujeres mayores, mujeres jóvenes, viudas, recién casadas, y ahora también subían embarazadas.

—Te juro —le decía Alexander—, que yo casi no he tenido nada que ver con eso.

También subían veteranos de guerra, algunos de ellos extranjeros. A uno de esos hombres, Frederik, cojo, con un bastón y un fuerte acento holandés, le gustaba sentarse junto a Alexander a contemplar el mar. Acudía por las mañanas, porque la excursión de la tarde le resultaba demasiado calurosa, y él y Anthony permanecían junto al timón. Muchas veces, Anthony se sentaba en el regazo de Frederik. Un día, el niño estaba jugando a dar palmas con las manos con él cuando dijo:

—Mira, tú también tienes números azules en el brazo. Papá, mira, él también tiene números, como tú.

Alexander y Frederik intercambiaron una mirada. Alexander desvió la vista, pero no antes de que los ojos de Frederik se llenasen de lágrimas. Éste no dijo nada en ese momento, pero a mediodía, cuando hubieron atracado el barco, se quedó en el muelle y le preguntó a Tatiana si podía hablar con su marido a solas. Ésta miró a Alexander con ansiedad, dejó allí los bocadillos, a regañadientes, y se llevó a Anthony a casa para almorzar.

—Bueno, ¿y dónde estuviste tú? —preguntó Frederik, viejo prematuramente a pesar de que sólo tenía cuarenta y dos años—. Yo estuve en Treblinka, imagínatelo, desde Amsterdam fui a parar a Treblinka.

Alexander se encendió un cigarrillo y ofreció otro a Frederik, quien lo rechazó.

—Creo que te has llevado una impresión equivocada —dijo Alexander.

—Enséñame el brazo.

Arremangándose la camisa de lino, Alexander se lo enseñó.

—Nada de impresiones equivocadas. Reconocería esos números en cualquier parte. ¿Desde cuándo marcan a los soldados norteamericanos con números alemanes?

El cigarrillo no duraba lo suficiente, fumar no duraba lo suficiente.

—No sé qué decirte —dijo Alexander—. Estuve en un campo de concentración en Alemania.

—Eso es evidente. ¿En qué campo?

—Sachsenhausen.

—Ah. Ése era un campo de entrenamiento de las SS.

—Ese campo era muchas cosas —señaló Alexander.

—¿Cómo llegaste allí?

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo. En Miami hay una comunidad muy numerosa de expatriados judíos. ¿Quieres acompañarme esta noche a nuestra reunión? Nos reunimos todos los jueves. Sólo unos pocos, gente como yo, como tú, nos reunimos, charlamos, bebemos un poco. Tienes aspecto de necesitar urgentemente rodearte de otros como tú.

—Frederik, no soy judío.

—No lo entiendo —dijo Frederik, vacilante—. ¿Y por qué iban a marcarte los alemanes?

—Los alemanes no lo hicieron.

—Entonces, ¿quiénes?

—Los soviéticos. Se encargaron de la dirección de ese campo después de la guerra.

—Esos cerdos... No entiendo nada. Bueno, pero ven conmigo de todos modos. Tenemos tres judíos polacos... creías que no quedaba ninguno, ¿verdad? Pues éstos fueron hechos prisioneros por los rusos después de que Ucrania pasara del control soviético al alemán y luego de nuevo al



soviético. Todos los jueves discuten sobre cuál de las dos ocupaciones fue peor.

—Bueno —dijo Alexander—, Hitler está muerto; Mussolini está muerto; Hirohito, derrocado... De repente el fascismo tiene muy mala fama después de haber causado furor durante veinte años. Pero ¿quiénes son más fuertes que nunca? La respuesta debería darte una pista.

—Venga, dímelo tú entonces. ¿Por qué iban los rusos a hacerte eso si no eres judío? No marcaban a los prisioneros de guerra norteamericanos, luchaban en el mismo bando.

—Si los soviéticos hubiesen sabido que soy norteamericano, me habrían fusilado hace años.

Frederik lo miró con suspicacia.

—No lo entiendo...

—No te lo puedo explicar.

—¿En qué división dices que serviste?

Alexander suspiró.

—Estuve en el ejército de Rokossovski, en su 97.º regimiento, con un batallón disciplinario.

—¿Qué? Eso no pertenece al Ejército de Estados Unidos...

—Fui capitán en el Ejército Rojo.

—Oh, Dios mío... —El rostro de Frederik expresaba incredulidad absoluta—. ¿Eres un oficial... soviético?

—Sí.

Frederik echó a andar por la plancha tan deprisa que estuvo a punto de tropezar y caer al suelo.

—Me he llevado una impresión equivocada. —Se alejó a toda prisa—. Olvida que hemos tenido esta conversación.

Alexander estaba muy enfadado cuando volvió a casa.

—¡Anthony! —exclamó en cuanto franqueó la puerta—. Ven aquí. Ya te lo he dicho antes y voy a volver a repetírtelo, pero que sea la última vez, ¿me oyes?... Que sea la última vez que hablas de mí a un extraño.

El niño estaba perplejo.

—No tienes que entenderlo, sólo tienes que obedecerme. Te dije que nunca dijese nada sobre mí y te comportas como si no te lo hubiese dejado suficientemente claro.

Tatiana intentó intervenir, pero Alexander se lo impidió.

—Ant, como castigo, mañana no irás al barco conmigo. Te llevaré al día siguiente, pero como vuelvas a hablarles a los desconocidos sobre mí otra vez, te prohibiré subir al barco para siempre. ¿Me has entendido?

El niño se echó a llorar.

—No te he oído, Anthony.

—Te he entendido, papá.

Incorporándose, Alexander vio a Tatiana observarlos en silencio desde los fogones.

—¿A que estaría bien ponerle una camisa de manga larga en la boca a Anthony como me pones una a mí en el cuerpo? —dijo, y salió a cenar él solo a la cubierta.



Después de acostar a Anthony, Tatiana salió a la cubierta. Lo primero que dijo Alexander fue:

—Hace semanas que no comemos carne. Estoy tan harto de las gambas y las platijas como lo estabas tú de las langostas. ¿Por qué no compras algo de carne?

Tatiana carraspeó y esperó unos segundos antes de contestar:

—No puedo ir al Mercado Central de Carne, han colgado un letrero en la entrada... un pequeño souvenir de guerra.

—¿Cómo?

—Sí, un cartel que dice: «Aquí no racionamos la carne de caballo, no es precisa la cartilla de racionamiento». Ambos se quedaron callados.

*Tatiana está bajando por Ulitsa Lomonosova en Leningrado, en octubre de 1941, buscando una tienda donde cambiar sus vales de racionamiento por un poco de pan. Pasa junto a una muchedumbre de*

*gente. Ella es menuda, no ve en torno a qué se han congregado pero, de pronto, el corro se abre y sale un joven sujetando un cuchillo ensangrentado con una mano y un trozo de carne cruda en la otra, y Tatiana ve a las espaldas del joven el vientre rajado de una yegua a la que acaban de matar. El joven suelta el cuchillo en el suelo y despedaza el trozo de carne a dentelladas. Se le cae un diente y lo escupe al tiempo que continúa devorando el trozo frenéticamente. ¡Carne!*

*—Será mejor que te des prisa —le dice a Tatiana con la boca llena— o no quedará nada. ¿Quieres que te deje mi cuchillo?*

Y Alexander, mientras, recuerda su estancia en un campo de tránsito después de Colditz.

*No había comida para los doscientos hombres, encerrados en un perímetro rectangular cercado de alambrada y con guardias apostados en torres de vigilancia en las cuatro esquinas. No había comida salvo por el caballo que todos los días a mediodía mataban los guardias y que luego dejaban en medio de la horda de hombres famélicos pertrechados con cuchillos. Los dejaban sesenta segundos con el caballo y luego abrían fuego inmediatamente. Alexander lograba sobrevivir únicamente porque se abalanzaba sobre la boca del caballo y le cortaba la lengua, la escondía entre su ropa y luego se escabullía a cuatro patas. Tardaba cuarenta segundos. Lo hizo seis veces, y compartió la lengua con Ouspenski. Pasha ya no estaba con ellos.*

Tatiana se puso de pie frente a Alexander, apoyada en la barandilla de la cubierta y escuchando el agua. Él fumaba y ella se bebía el té.

—Bueno, ¿qué te pasa? —le preguntó—. ¿Por qué has querido comer aquí, solo?

—No quería cenar ante esa mirada tuya, de censura. No quiero que nadie me juzgue, Tania. —La señaló con el dedo—. Y tú menos que nadie. Y hoy, gracias a nuestro hijo, he tenido una desagradable e involuntaria

conversación con un judío tullido de Holanda: me había confundido con un compañero de armas, pero enseguida ha descubierto que combatí por un país que entregó a Hitler a la mitad de los judíos de Polonia y a todos los judíos de Ucrania.

—Yo no te juzgo, cariño.

—No sirvo para nada —dijo Alexander—. Ni siquiera para entablar una conversación agradable. Puede que tengas razón cuando dices que no seré capaz de rehacer mi vida trabajando en los barcos de Mel, pero no sé hacer nada más. No sé cómo ser nada más. En toda mi vida sólo he desempeñado un único trabajo: el de ser oficial del Ejército Rojo. Sé cómo llevar armas, colocar minas en el terreno, conducir tanques, matar a hombres... ¡Sólo sé cómo luchar! Ah, y también sé cómo reducir a cenizas una aldea entera, eso sí sé hacerlo a la perfección. ¡Y lo peor es que hice todo eso por la Unión Soviética! —exclamó, con la mirada fija en el agua, sin mirar a Tatiana, que estaba de pie en la cubierta, mirándolo—. Joder, soy un perfecto inútil —siguió diciendo—. Le grito a Anthony porque tenemos que fingir que no soy lo que soy. Igual que en la Unión Soviética. ¿No te parece irónico? Allí negaba mi mitad norteamericana, y aquí niego mi mitad soviética.

Sacudió la ceniza del cigarrillo al agua.

—Pero Shura, has sido otras cosas aparte de soldado —dijo Tatiana, incapaz de afrontar la verdad de las otras cosas que él le estaba diciendo.

—Deja ya de fingir que no sabes de qué te estoy hablando —le espetó él—. Estoy hablando de vivir una vida.

—Sí, ya lo sé, pero lo has conseguido antes —susurró, volviéndose para darle la espalda y bucear con los ojos en la oscuridad de la bahía. ¿Dónde estaba Anthony para interrumpir aquella conversación? Se acababa de dar cuenta, un poco tarde tal vez, que en realidad no quería mantener aquella conversación. Alexander tenía razón: había muchas cosas que prefería que no se dijese en voz alta. Él no podía hablar de todo, y ella no quería que él lo hiciera, pero ahora ya se había metido de pleno, tenía que hacerlo—. Vivimos una vida en Lazarevo —dijo.

—Era una vida falsa —repuso Alexander—. No había nada real en ella.

—Era la vida más real que habíamos conocido.

Herida por sus amargas palabras, Tatiana se fue derrumbando hasta quedar sentada en la cubierta.

—Venga, Tatiana —dijo él desdeñosamente—, fue lo que fue, pero ¡sólo duró un mes! Yo iba a regresar al frente, fingíamos que vivíamos mientras la guerra encarnizada seguía. Tú cuidabas de la casa y yo pescaba. Tú pelabas patatas, hacías pan. Tendíamos la ropa para que se secase al sol, casi como si estuviéramos viviendo. Y ahora lo estamos intentando en Estados Unidos. —Alexander meneó la cabeza, con expresión resignada—. Yo trabajo, tú limpias, arrancamos patatas, compramos comida. Nos comemos el pan, fumamos, hablamos... a veces. Hacemos el amor. —Hizo una pausa para lanzarle una mirada llena de remordimiento y al mismo tiempo... ¿de reproche?—. No el amor de Lazarevo.

Tatiana bajó la cabeza. Su amor de Lazarevo marcado por el Gulag.

—¿Acaso voy a tener otra oportunidad de salvar a tu hermano? —prosiguió Alexander, implacable.

—Nada va a cambiar lo que no se puede cambiar —replicó Tatiana, la cabeza entre las rodillas—. Lo único que podemos hacer es cambiar lo que sí se puede.

—Pero Tania, ¿no sabes que las cosas que más te torturan son las que no se pueden cambiar?

—Eso ya lo sé —murmuró.

—¿Y acaso te juzgo yo? Vamos a ver —continuó Alexander—, ¿y por qué no le quitas el hielo a los bordes de tu corazón? ¿Se puede cambiar eso, tú crees? No, no muevas la cabeza, no lo niegues. Sé lo que había ahí antes, conozco a la alegre muchacha de dieciséis años y ojos limpios que fuiste una vez. —Tatiana no había negado con la cabeza, la había agachado, que era muy distinto—. Hubo un tiempo en que te paseabas descalza por el Campo de Marte conmigo. Un tiempo —dijo Alexander— en que me ayudaste a arrastrar el cadáver de tu madre en un trineo hasta el cementerio helado.

—¡Shura! —Se levantó de la cubierta con las piernas temblorosas—. De todas las cosas de las que podríamos hablar...

—En el trineo... a rastras, Tatiana —susurró—, ¡toda tu familia! Dime que no estás todavía en ese hielo del lago...

—¡Shura! ¡Déjalo ya!

Se tapó los oídos con las manos.

Alexander la agarró, le apartó las manos de las orejas y la atrajo hacia sí para tenerla de frente.

—Sigues allí —dijo en un tono casi inaudible—, cavando aún nuevos agujeros en el hielo para enterrarlos a todos.

—Bueno, ¿y qué me dices de ti? —le soltó Tatiana con voz inerte—. Noche tras noche vuelves a enterrar a mi hermano después de que murió sobre tu espalda, llevándolo todavía a cuestas.

—Sí —contestó Alexander con su propia voz inerte, al tiempo que la soltaba—. Eso es lo que hago. Cavo agujeros más hondos en el hielo para él. Intenté salvarlo y lo maté. Enterré a tu hermano en una tumba muy poco profunda.

Tatiana se echó a llorar. Alexander se sentó y empezó a fumar, su propia forma de llanto, veneno directo a la garganta para mitigar el dolor.

—Vámonos a vivir al bosque, Tatiana —dijo—. Porque nada va a hacer que vuelvas a correr a mi lado dando saltos mientras paseamos por el Jardín de Verano. No soy el único que se ha ido. Así que vayámonos a hacer sopa de pescado en nuestro cuenco de acero, en la hoguera, comamos y bebamos de él los dos. ¿Te has dado cuenta? Tenemos una cacerola y tenemos un cucharón. Vivimos como si siguiéramos en guerra, en las trincheras, sin carne, sin hornear pan de verdad, sin acumular cosas, sin construir un nido en ningún sitio. Es del único modo en que podemos vivir: sin hogar y abandonados. Follamos con la ropa puesta, antes de que empiecen a dispararnos otra vez, antes de que traigan refuerzos. Ahí es donde estamos todavía, no en Lover Key sino en una trinchera, en aquella colina de Berlín, esperando a que nos maten.

—Cariño, pero si el enemigo se ha ido... —dijo Tatiana, echándose a temblar, acordándose de Sam Gulotta y el Departamento de Estado.

—No sé tú, pero yo no sé vivir sin el enemigo —dijo Alexander—. No sé cómo llevar la ropa de civil que me has comprado para taparme. No sé cómo no limpiar mis armas todos los días, cómo no seguir llevando el pelo corto, cómo no gritaros a ti y a Anthony, cómo no esperar que me escuches y me obedezcas. Y no sé cómo tocarte despacio, ni tomarte despacio, como si estuviera en prisión y los guardias fuesen a venir a buscarme de un momento a otro.

Tatiana quiso alejarse, marcharse, pero no quería disgustarlo aún más. No levantó la cabeza para hablar.

—Yo creo que lo estás haciendo mucho mejor que todo eso —dijo—, pero haz lo que tengas que hacer. Ponte tu ropa militar, limpia tus armas, córtate el pelo, grita, yo te escucharé y te obedeceré. Tómame como puedas. —Como Alexander no dijo nada, nada en absoluto, para ayudarla, Tatiana prosiguió con voz frágil—: Tenemos que encontrar una forma que sea la mejor para nosotros.

Él tenía los codos apoyados en las rodillas y a ella le temblaban los hombros.

¿Dónde estaba, dónde estaba su Alexander de antaño? ¿De verdad se había ido? El Alexander del Jardín de Verano, de sus primeros días en Lazarevo, del sombrero en las manos, el Alexander de los dientes blancos, tranquilo, risueño, lánguido, deslumbrante... ¿acaso se había quedado atrás, rezagado en el pasado?

Bueno, Tatiana, no tenías más remedio que suponer que así era. Igual que Alexander pensaba que su Tatiana de antaño también había desaparecido para siempre. La pequeña Tatiana que nadaba en las aguas del Luga, del Neva, del río Kama.

Puede que en apariencia todavía tuviesen poco más de veinte años, pero en su corazón eran viejos, muy viejos.

*El hospital Mercy*

Al día siguiente, a las doce y media, Tatiana no apareció por el puerto deportivo. Por lo general, Alexander la divisaba ya desde lejos, esperándolos en los muelles, antes incluso de que el barco entrase en la zona de velocidad reducida. Sin embargo, ese día, paró el motor, atracó en el embarcadero y dejó bajar a las mujeres y los ancianos mientras Anthony se quedaba junto a la plancha y se despedía de ellos. Esperó y esperó.

—¿Dónde está mamá?

—Buena pregunta, hijo.

Alexander había acabado cediendo: ella le había pedido esa mañana que perdonase a Anthony y él se había llevado al pequeño consigo, no sin antes advertirle que no hablase con nadie. Ahora Anthony estaba allí, pero su madre no. ¿Estaría enfadada después de la atroz y extenuante conversación del día anterior?

—A lo mejor se ha echado una siesta y no se ha despertado todavía — sugirió Anthony.

—¿Mamá duerme la siesta normalmente?

—No, nunca.

Esperó un poco más y decidió llevar al chico a casa. Él debía estar de vuelta en el muelle a las dos para la excursión de la tarde. Anthony, con una vitalidad inmune a cualquier circunstancia externa, se detenía a cada paso y tocaba cada objeto oxidado, cada fragmento de cristal que proliferaba allí donde se suponía que no debía proliferar. Alexander tuvo que subirse al chico a hombros para llegar a casa un poco más rápido.

Tatiana tampoco estaba en casa.

—¿Dónde está mamá?

—No lo sé, Ant. Esperaba que tú lo supieses.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Esperarla, supongo.

Alexander fumaba un cigarrillo tras otro.

Anthony se plantó delante de él.

—Tengo sed.

—De acuerdo, te prepararé algo de beber.



—Ése no es el vaso que usa mamá. Ése no es el zumo que me da mamá. No es así como me lo sirve mamá —a continuación, añadió—: Tengo sed y tengo hambre. Mamá siempre me da de comer.

—Sí, y a mí también —dijo Alexander, pero le preparó un sándwich de queso y mantequilla de cacahuete.

Estaba seguro de que volvería de un momento a otro con la compra o la colada.

A la una y media, a Alexander se le agotaron las posibilidades.

—Vámonos, campeón —dijo—. Vamos a buscarla por ahí, y si no la encontramos, supongo que tendrás que venir conmigo.

En lugar de doblar a la izquierda para dirigirse al Memorial Park, encaminaron sus pasos hacia la derecha, hacia Bayshore, y pasaron junto a las obras de construcción del hospital. Había un parquecillo más pequeño al otro lado. Anthony le dijo que a veces iban allí a jugar.

Alexander la vio desde lejos, no en el parque sino en el solar de construcción del hospital Mercy, sentada en lo que parecía un montón de arena. Cuando estuvo más cerca, se dio cuenta de que en realidad estaba sentada inmóvil en una pila de planchas de madera. La vio de perfil, con el pelo recogido en su trenza habitual y las manos cruzadas sobre el regazo.

Anthony la vio y echó a correr hacia ella:

—¡Mami!

Ella salió de su ensimismamiento, volvió la cabeza y su rostro se contrajo en una mueca contrita.

—Ay —exclamó, poniéndose de pie y echando a andar deprisa hacia ellos—, ¿me he portado mal?

—No sabes cuánto —dijo Alexander, aproximándose a ella—. Ya sabes que tengo que estar de vuelta a las dos.

—Lo siento —se disculpó, agachándose a la altura de Anthony—. Se me ha ido el santo al cielo. ¿Estás bien, tesoro? Ya veo que papá te ha dado de comer.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? —le preguntó Alexander, pero ella fingió estar concentrada limpiando las migas de la boca de su

hijo y no le contestó—. Ya. Bueno, tengo que irme —dijo con frialdad, y se agachó para besar a Anthony en la cabeza.



Esa noche cenaron sin apenas hablar. Tatiana, tratando de rebajar un poco la tensión, explicó que el hospital Mercy era el primer hospital católico del área metropolitana de Miami, una filial de la Iglesia católica romana, y que lo estaban construyendo en forma de cruz, pero Alexander la interrumpió.

—¿Así que eso es a lo que te dedicas en tu tiempo libre?

—¿Tiempo libre? —replicó ella bruscamente—. ¿Cómo te crees que llega tu comida a la mesa?

—No tenía comida en la mesa esta tarde.

—Por una vez.

—¿Era la primera vez que te sentabas ahí? —No podía mentirle.

—No —admitió—. Pero no es nada. Sólo voy y me siento.

—¿Por qué?

—No lo sé. Sólo lo hago y ya está.

—Tatiana, a ver si lo entiendo —dijo Alexander, y su tono se endureció—. Puedes ir a visitar la casa Barnacle, el palacio de Vizcaya, los jardines italianos, puedes ir de tiendas, a las bibliotecas, está el mar, puedes tomar el sol, nadar y leer, pero ¿qué haces con las únicas dos horas que tienes para ti sola en todo el día? ¿Sentarte en un montón de arena y polvo a contemplar cómo unos obreros construyen un hospital, precisamente?

Tatiana no dijo nada al principio.

—Como tú bien sabes —respondió muy despacio—, por la forma en que te comportas conmigo, dispongo de mucho más de dos horas al día para mí sola.

Alexander no dijo nada.

—Entonces, ¿por qué no llamas a Vikki y le pides que venga a pasar unas semanas contigo? —dijo al fin.

—¡Deja de imponerme a Vikki a todas horas! —exclamó Tatiana en un tono de voz tan vehemente que se asustó a sí misma.

Alexander se levantó de la mesa.

—A mí no me levantes la voz, ¿te enteras?

Tatiana se incorporó de un salto.

—¡Pues deja de decir tonterías de una vez!

Alexander dio dos puñetazos en la mesa.

—¿Se puede saber qué he dicho?

—¡Tú me dejaste y desapareciste tres días enteros en Deer Isle! —gritó ella—. ¡Tres días enteros! ¿Acaso me diste explicaciones de dónde habías estado? ¿Acaso me lo dijiste? ¿Y me ves a mí dar puñetazos en la mesa? No, ¿verdad? Yo me siento cinco míseros minutos a una manzana de distancia de nuestra casa... ¡y tú te pones hecho una fiera! Vamos, ¿me tomas el pelo?

—¡Tatiana!

Estrelló el puño en la mesa y esta vez los platos se hicieron añicos en el suelo.

Anthony se puso a llorar; tapándose las orejas con las manos, repetía una y otra vez:

—Mami, mami... déjalo ya.

Tatiana levantó las manos en el aire y corrió junto a su hijo. Alexander salió como un torbellino de la habitación. Una vez en su dormitorio, Anthony le dijo:

—Mami, no le chilles a papá, o volverá a marcharse.

Tatiana quiso explicarle que los adultos a veces se enfadaban y se peleaban, pero sabía que el pequeño no lo entendería. Bessie y Nick Moore se peleaban. La madre y el padre de Anthony no se peleaban. El niño no podía entender que cada vez se les daba peor fingir que los dos estaban hechos de porcelana en lugar de piedra. Al menos esta vez sí había iniciativa y reacción, aunque como con todas las cosas, había que tener cuidado con lo que se deseaba.

Al cabo de muchas horas, Alexander regresó y se fue directamente a la cubierta. Tatiana se había metido en la cama a esperarlo. Se puso la bata y

salió afuera. El aire olía a sal y a mar, era más de medianoche, junio, y estaban a veinticinco grados. Eso le gustaba de Coconut Grove. Nunca había estado en ningún sitio donde la temperatura nocturna fuese siempre tan cálida.

—Siento haberte levantado la voz —se disculpó.

—Lo que deberías sentir —dijo Alexander—, es que lo que tramas ahí sentada no es nada bueno. Eso es lo que deberías sentir.

—Sólo me siento a pensar —se defendió ella.

—Sí, claro, y yo nací ayer. ¿Por quién me tomas, joder?

Ella corrió a sentarse en su regazo. Iba a decirle lo que él necesitaba oír, aunque en el fondo de su alma, lo que Tatiana más deseaba en el mundo era que, por una vez, algún día fuese él quien le dijese lo que ella quería oír.

—No es nada, Shura. De verdad. Sólo me siento ahí y ya está. Mmm... —murmuró, frotando la mejilla contra la de él. Rascaba. A ella le encantaba que rascase. El aliento le olía a alcohol. Tatiana lo aspiró, le encantaba ese aliento a cerveza. Luego suspiró—. ¿Dónde has estado?

—He ido a uno de los casinos. A jugar al póquer. ¿Has visto qué fácil ha sido? Y si querías saber dónde había estado cuando me fui de Deer Isle, ¿por qué no me lo preguntaste?

Tatiana no quería decirle que le daba miedo saberlo. Ella había desaparecido treinta minutos, pero él había estado perdido, ido, desaparecido y dado por muerto durante años. A veces Tatiana deseaba que él pensase un poco, sólo con el pensamiento, en las cosas que ella podía sentir; no pedía nada más. Ya no quería estar sentada en su regazo.

—Shura, vamos, no te enfades conmigo —dijo Tatiana, levantándose.

—Tú tampoco. —Arrojó su cigarrillo al levantarse—. Hago todo lo que puedo, ni más ni menos —dijo, dirigiéndose adentro.

—Yo también, Alexander —repuso ella, cabizbaja, siguiéndolo—. Yo también.

Pero una vez en la cama, ella desnuda, abrazándolo, y él desnudo, abrazándola, a punto, a punto de llegar al final, por él, Tatiana se aferró a Alexander como de costumbre, agarrándose a su espalda con furia

enfebrecida, y bajo las manos, aun en el preciso instante de su propio abandono irrefrenable, sintió las cicatrices de él bajo los garfios de sus dedos.

No pudo continuar. No podía, ni siquiera en ese momento. Sobre todo en ese momento. Y entonces se sorprendió haciendo lo que recordaba que él hacía en Lazarevo cuando no podía soportar tocarla: Tatiana lo hizo parar, lo apartó de sí y le dio la espalda.

Enterró la cabeza en la almohada y se echó a llorar, esperando que él no se diese cuenta, esperando que aunque se diese cuenta, estuviese ya demasiado distante para importarle.

Se equivocaba de medio a medio. Él se dio cuenta. Y no estaba demasiado distante para no importarle.

—Conque así es como haces todo lo que puedes, ¿eh? —susurró Alexander, sin resuello, cerniéndose sobre ella, tirándole del pelo para levantarle la cabeza de la almohada—. ¿Dándome tu fría espalda?

—No está fría —dijo Tatiana, sin mirarlo a la cara—. Es sólo la única parte insensible que tengo.

Alexander se levantó de la cama de un salto, temblando, insatisfecho: Encendió la lámpara del techo y abrió las persianas. Ella se incorporó en la cama con movimiento vacilante y se tapó con una sábana. Él se plantó desnudo delante de ella, sudando, encendido, resoplando. Furioso.

—¿Cómo voy a intentar encontrar mi camino —dijo, con la voz quebrada—, si mi propia esposa me rehúye? Ya sé que no es como era antes, ya sé que no es lo que teníamos... Pero es lo único que tenemos ahora, y este cuerpo es el único que tengo.

—Amor mío... por favor... —susurró Tatiana, tendiéndole las manos—. No te rehúyo.

Tatiana no podía verlo a través del velo de su propio dolor.

—¿Es que crees que estoy ciego, joder? —exclamó—. ¡Dios! ¿Crees que es la primera vez que me doy cuenta? ¿Crees que soy idiota? ¡Me doy cuenta cada puta vez, Tatiana! Aprieto los dientes, me pongo la ropa para que no tengas que verme, te monto por detrás para que ni un centímetro de mi cuerpo te toque... justo como tú quieres —pronunció cada sílaba entre

dientes—. Tú no te quitas la ropa en la cama conmigo para que no te roce con mis heridas, ni siquiera por accidente. Yo finjo que me importa una mierda, pero ¿cuánto tiempo más crees que voy a poder seguir fingiendo? ¿Cuánto tiempo más crees que vas a ser más feliz en el suelo duro?

Tatiana se tapó la cara con las manos, pero él se las apartó bruscamente.

—Eres mi esposa, pero... ¡no me tocas, Tania!

—Cariño, sí te toco...

—Sí, claro —dijo con crueldad—. Bueno, supongo que tengo que dar gracias a Dios de no tener la polla mutilada, porque entonces se acabaron las mamadas. Pero ¿y el resto de mí?

Tatiana agachó el rostro surcado de lágrimas.

—Shura, por favor...

La arrancó de la cama de golpe y a ella se le cayó la sábana.

—Mírame, joder —exclamó.

Se avergonzaba demasiado de sí misma para mirarlo a la cara. Estaban de pie desnudos el uno frente al otro, sus dedos rabiosos se clavaron en la piel de los brazos de ella.

—Eso es, deberías avergonzarte, ya lo creo —dijo entre dientes—. No quieres mirarme a la cara nunca y no puedes mirarme ahora. Muy bien, perfecto. Entonces, no hay nada más que decir, ¿no te parece? Venga, entonces.

La puso de espaldas y le hizo hincarse de rodillas en la cama.

—¡Shura, por favor!

Tatiana trató de incorporarse, pero la mano de él la inmovilizó hasta que ya no pudo moverse aunque hubiese querido. Y entonces él retiró la mano.

Por detrás, inclinando el cuerpo encima de ella y apoyándose únicamente en los puños apretados sobre el colchón, Alexander la poseyó como si estuviera en el ejército, como si ella fuese una desconocida que hubiese encontrado en el bosque y a la que fuese a dejar un minuto después sin ni siquiera mirar atrás. Tatiana, mientras tanto, lloraba

impotente, y luego, con aún más impotencia, gritaba, ahora merecida y completamente humillada.

—Y mira... sin manos, como a ti te gusta —le susurró al oído—. ¿Quieres más? ¿O ya tienes bastante de «hacer el amor» así?

Tatiana tenía la cara enterrada en la colcha.

Insatisfecho, Alexander se retiró y ella fue incorporándose lentamente y se volvió hacia él, enjugándose las lágrimas.

—Por favor... lo siento —murmuró, sentándose débilmente en el borde de la cama, tapándose el cuerpo con las piernas temblorosas.

—Me cubres para que no me alcancen las miradas de otra gente porque tú misma no quieres verme. Me sorprende que te fijas o que te importe que me hablen otras mujeres. —Estaba jadeando—. Crees que saldrán huyendo despavoridas, como tú, en cuanto vean un centímetro de mi piel.

—¿Qué? ¡No...! —Extendió los brazos hacia él—. Shura, estás completamente equivocado... Yo no estoy asustada, sólo estoy tan triste por ti...

—¡Tu compasión —dijo, alejándose de ella— es la última cosa que quiero en el mundo, joder! Compadécete de ti misma por ser como eres.

—Tengo tanto miedo de hacerte daño... —susurró Tatiana, con las manos en actitud suplicante.

—¡Una mierda! —exclamó—. Pero es irónico, ¿no te parece? Teniendo en cuenta lo que me estás haciendo. —Alexander lanzó un gemido—. ¿Por qué no puedes ser como mi hijo, que lo ve todo sin estremecerse siquiera ante mí?

—Oh, Shura...

Estaba llorando.

—Mírame, Tatiana. —Ella levantó la mirada. Los ojos de bronce de Alexander estaban en llamas. Estaba furibundo, incontrolable—. Estás aterrorizada, lo sé, pero aquí estoy... —Alexander se señaló a sí mismo, de pie, con el cuerpo surcado de cicatrices y de tatuajes negros—. Una vez más —dijo—, vuelvo a estar desnudo ante ti y lo intentaré de nuevo, Dios me ayude, una vez más. —Bajó los puños, casi sin aliento—. Aquí estoy, tu monstruoso fenómeno de feria, que dio su sangre por la Madre Rusia,

que trató desesperadamente de encontrarte, de llegar hasta ti, ahora encima de ti con las marcas de los azotes, y tú, que antes me amabas, que lo ha comprendido, interiorizado y normalizado todo... ¡tú no puedes darme la espalda! ¿Lo has entendido? Ésta es una de las cosas que no van a cambiar, Tania. Éste es el aspecto que voy a tener hasta el día de mi muerte. No encontraré la paz contigo hasta que tú no encuentres el modo de estar en paz con esto. De estar en paz conmigo. O de lo contrario, déjame para siempre.

Tatiana inspiró muy hondo para tomar aire.

—Lo siento, perdóname —dijo Tatiana acercándose a él, rodeándolo con los brazos, arrodillándose en el suelo frente a él, abrazándolo, alzando la vista para mirarlo a la cara—. Por favor... Lo siento.

Al final, consiguió apaciguarlo y convencerlo para que volviera a la cama. Alexander se metió en ella con aire vacilante y se tendió a su lado. Ella lo atrajo hasta colocárselo encima. Él se encaramó a donde lo conducían las manos que le rodeaban la espalda. Tatiana lo envolvió entre sus piernas y lo sujetó con firmeza con ellas.

—Lo siento, amor mío, Shura, cariño mío, mi vida... —le susurró al cuello, cubriéndolo de besos. Lo acarició con dedos desconsolados—. Te lo ruego, perdóname por haber herido tus sentimientos. No siento compasión por ti, no lo utilices de ese modo contra mí, pero no puedo evitar sentir una tristeza inmensa... no puedo evitar desear con toda mi alma, sólo por ti, no por mí, que todavía pudieses ser lo que fuiste una vez, antes de todo cuanto pesa sobre ti ahora. Me avergüenzo de mí misma y lo siento. Me paso los días lamentando las cosas que no puedo arreglar.

—Tú y yo también, cariño, los dos —dijo él, entrelazando los brazos debajo del cuerpo de ella.

Tenían el rostro vuelto, separados, cuando Alexander yació encima de ella, y ella le acarició la guerra en la espalda. Desnudos y estrechándose cuerpo a cuerpo, partieron en busca de algo que habían perdido hacía mucho tiempo, y lo encontraron por una fracción de segundo, en un abrazo feroz, en un destello a través de las barricadas.



## *Las arenas de Naples*

Alexander llegó a casa a media mañana y anunció:

—Recoge las cosas. Nos vamos.

—¿De verdad? ¿Y qué pasa con Mel?

—Olvídate de Mel. Somos nosotros. Es hora de irnos.

Al parecer, Frederik se había quejado a Mel diciendo que el hombre que pilotaba sus barcos llenos de veteranos de guerra y viudas posiblemente era un comunista, un espía soviético, tal vez un traidor. Mel, temeroso de perder su clientela, fue a pedir explicaciones a Alexander, pero no se atrevió a despedir al hombre gracias al cual estaba ganando miles de dólares. Alexander le facilitó las cosas: negó las acusaciones de espionaje y luego dejó el trabajo.

—Vámonos al oeste —le sugirió a Tatiana—. Ya va siendo hora de que me enseñes ese trozo de tierra que compraste. ¿Dónde dices que está? ¿En Nuevo México?

—Arizona.

—Vamos, entonces. Quiero llegar a California para la temporada de la vendimia en agosto.

De modo que se marcharon de Coconut Grove, con su agua salada y cristalina y sus mujeres descocadas con carmín de labios brillante; abandonaron las casas flotantes que cabeceaban en el agua y los malos sueños de Anthony y el misterio del hospital Mercy y atravesaron conduciendo el recién inaugurado Parque Nacional de Everglades hasta Naples, en el golfo de México.

Alexander se mostraba taciturno con Tatiana, había vuelto a emplear con ella los modales de las novelas de Edith Wharton, y ella se lo merecía, pero la arena era fresca y blanca, aun bajo el sol abrasador de mediodía, y el crepúsculo y las tormentas eléctricas del golfo no se parecían a nada que hubiesen visto jamás. Así que permanecieron en la caravana en una playa desierta, en un rincón del mundo, en un lugar donde Alexander pudiese quitarse la camisa y jugar a la pelota con Anthony mientras el sol le

azotaba la espalda y le bronceaba las partes que no podían broncearse, dejando intactas las cicatrices, como rayas grises.

Tanto él como el chico eran dos tizones que correteaban por las playas blancas y las aguas verdemar. A los tres les encantaba el calor, les encantaba la playa, el golfo salobre, los días sofocantes, las arenas deslumbrantes. Celebraron el veintitrés cumpleaños de Tatiana y su quinto aniversario de bodas allí, y al final se marcharon cuando Anthony cumplió los cuatro años, a finales de junio.

Sólo pasaron unos cuantos días en Nueva Orleans porque descubrieron que, como South Miami Beach, no era la ciudad ideal para un niño pequeño.

—A lo mejor la próxima vez podemos volver aquí sin el niño — insinuó Alexander en Bourbon Street, donde las hermosas mujeres sentadas junto a las ventanas se levantaban la camisa cuando pasaban los tres.

—Papá, ¿por qué nos enseñan las tetas?

—No estoy seguro, hijo. Es una extraña costumbre ritual muy común en estas latitudes.

—¿Como en esa revista donde las chicas africanas se cuelgan cosas pesadas en los labios para que les lleguen más abajo de la garganta?

—Algo así.

Alexander tomó a su hijo en brazos.

—Pero mamá dijo que las chicas africanas se ponen los labios grandes para conseguir marido. ¿Estas chicas quieren conseguir un marido?

—Algo así.

—Papá, ¿qué hizo mamá para que te casaras con ella? —Anthony se echó a reír—. ¿Te enseñó las tetas?

—Tania, ¿se puede saber qué le lees a nuestro hijo? —exclamó Alexander, poniendo a Anthony, que se desternillaba de risa, boca abajo para que no le hiciese aquella clase de preguntas.

—El *National Geographic* —contestó ella, guiñándole un ojo—. Pero responde a tu hijo, Alexander.

—Eso, papá —dijo Anthony, rojo de entusiasmo, colgado boca abajo —. Responde a tu hijo.

—Mamá se puso un vestido muy bonito, Anthony.

Y por un instante fugaz, en Bourbon Street, en el barrio francés de Nueva Orleans, los ojos de Tatiana y Alexander se encontraron de verdad.

Se alegraron de contar con la caravana en su expedición veraniega a través de las praderas. Disponían de un techo sobre sus cabezas, de un lugar donde Anthony podía dormir y jugar, un lugar donde guardar su cacerola y su cucharón, su pequeño dominio inmune a las habitaciones de hotel de olores acres o a las caseras maltratadas. De vez en cuando tenían que parar en campings para darse una ducha. A Anthony le gustaban esos lugares porque solía haber otros niños con los que podía jugar, pero Tatiana y Alexander se estremecían sólo de tener que vivir en tan estrecha proximidad con extraños, aunque sólo fuese por una noche. Después de Coconut Grove al final habían descubierto lo que más les gustaba, lo que más necesitaban: estar solos los tres, en una trinidad sangrante pero intacta.

## Capítulo 3

### Paradise Valley, 1947

#### *Pies descalzos y mochilas*

Con Alexander al volante de la Nomad, atravesaron el estado de Texas, pasaron Austin y bajaron hasta San Antonio. El Álamo era un fragmento de historia fascinante: murieron todos.

Alexander no lograba quitarse eso de la cabeza: pese al heroísmo, al arrojo y la valentía... ¡todos murieron! Y Texas perdió su batalla por la independencia y siguió perteneciendo a Santa Ana. La muerte de absolutamente todos no bastó para conseguir la victoria. ¿Qué clase de lección de vida de mierda era ésa para Anthony? Alexander decidió no contársela; ya se lo enseñarían en la escuela más temprano que tarde.

Hasta donde alcanzaba la vista, la parte occidental de Texas consistía en kilómetros y kilómetros de carreteras planas entre llanuras de polvo. Alexander conducía y fumaba, y había apagado la radio para poder oír mejor a Tatiana, pero ésta se había callado. Iba sentada en el asiento del pasajero con los ojos cerrados. Les había estado contando a él y a Anthony historias tranquilizadoras de sus correrías en Luga. A Alexander había otras historias que le gustaban más que las de su niñez en aquel pueblo junto al río.

«¿Se habrá dormido?», piensa. Alexander la mira, hecha un ovillo en ese vestido amplio y rosa estampado de flores con un escote en uve en el pecho. La boca de néctar de coral brillante, deliciosamente tierna, le trae

ciertos recuerdos y despierta en él la bestia del deseo. Se vuelve a ver qué está haciendo Anthony y ve que está entretenido jugando con sus soldados de juguete. Alexander extiende la mano y toma en ella uno de los pechos de Tatiana y ella abre los ojos al instante y se vuelve hacia Anthony.

—¿Qué pasa? —susurra, y en cuanto dice aquello, Anthony levanta la vista para mirarlos y Alexander aparta la mano, una dolorosa punzada de deseo mezclada con frustración que se acumula en el iris de sus ojos y en su entrepierna.

Sus hostilidades en Coconut Grove han arrojado para Alexander unos frutos nada desdeñables. Una pequeña dosis de su retraimiento posterior ha bastado para que Tatiana se dedique en cuerpo y alma a demostrarle que sus amargas acusaciones contra ella no tenían fundamento. A él le da lo mismo. Sabe, por supuesto, que eran ciertas, pero no le importan en absoluto sus demostraciones de profundo remordimiento.

Por la noche, en la tienda, Alexander deja abiertos los faldones para sentir el fuego del exterior, para oír a Anthony en la caravana, para verla a ella mejor. Tatiana le pide que se tumbe boca abajo, y él lo hace, a pesar de que no puede verla, mientras ella recorre con sus pechos desnudos su espalda desfigurada, los pezones erectos al entrar en contacto con las cicatrices.

—¿Sientes esto? —le susurra. Oh, ya lo creo que lo siente, todavía puede sentirlo. Ella lo besa empezando por la cabeza hacia abajo, desde su cráneo cortado a cepillo, y baja por los omóplatos, por sus heridas. Palmo a palmo, Tatiana llora encima de él y limpia con sus besos la sal de sus propias lágrimas, sin dejar de murmurarle—: ¿Por qué tenías que seguir corriendo? Mira lo que te hicieron. ¿Por qué no esperaste, sin más? ¿Por qué no pudiste presentir que yo iba en tu busca?

—Tú me creías muerto —le dice él—. Tú creías que me habían matado y sepultado en el hielo del lago Ladoga.

«Y en realidad, lo que pasó fue que era un soldado soviético en una prisión soviética. ¿Y no es eso lo mismo que estar muerto?».

Ahora está completamente seguro de que está vivo, y mientras Tatiana yace sobre su espalda y llora, Alexander recuerda cuando lo atraparon los

perros a un kilómetro de Oranienburgo, y cómo lo retuvieron los alsacianos hasta que llegó Karolich, y cómo lo azotaron en la plaza principal de Sachsenhausen y luego lo encadenaron y le tatuaron en público la estrella de veinticinco puntas para recordarle el tiempo que debía servir a Stalin, y ahora ella está tendida sobre su espalda, besándole las cicatrices que se hizo cuando intentaba escapar para acudir a su encuentro, para que pudiera besarlo.

Mientras conduce por Texas, Alexander se acuerda de sí mismo en Alemania tendido en la paja sanguinolenta tras las palizas, y en cómo soñaba que ella lo besaba, y esos sueños se entrelazan con los recuerdos de la noche anterior, y de repente Tatiana no le está besando las cicatrices sino las heridas en carne viva, y él está desesperado de dolor, porque ella llora y la sal de sus lágrimas le corroe la carne de su piel, y él suplica cualquier otra cosa. Ya ha tenido bastante de sí mismo. Está harto de sí mismo. Tatiana no sólo está marcada por el Gulag, está marcada por la vida entera de Alexander.

—¿Te duele cuando las toco?

Él tiene que mentirle. Cada beso que ella deposita en sus heridas despierta un recuerdo sensorial de cómo se las ha hecho. Él quería que ella lo tocara, y eso es lo que ha conseguido, pero si le dice la verdad, ella se detendrá. De modo que miente.

—No —contesta.

Ella lo besa más allá del hueco de la espalda, de las piernas, de los pies, murmurándole algo sobre lo perfecto que es esto y aquello, él ni siquiera lo sabe, y luego decide encaramarse a él y lo obliga a darse la vuelta. Se sienta a horcajadas sobre él, sujetándole la cabeza con los brazos mientras él le sujeta las nalgas con los suyos (ahora sí que son perfectos), y le besa la cara, no palmo a palmo sino centímetro a centímetro. Mientras lo besa, no deja de murmurarle. Él abre los ojos.

—Tus ojos. ¿Quieres saber de qué color los tienes? Son de bronce, son de cobre, son de ocre y ámbar; son café con leche, coñac y champán. Son de caramelo.

—¿No son de *crème brûlée*? —pregunta él, y ella se echa a llorar—. Está bien, está bien —dice—. No son de *crème brûlée*.

Tatiana le besa los brazos llenos de tatuajes calcinados, el pecho ribeteado. Ahora él le ve la cara, los labios, el pelo, brillante bajo el parpadeo de las llamas. Apoya con suavidad las manos en su cabeza de seda.

—Por suerte, tienes muy pocas heridas en el estómago —le susurra ella mientras le besa la línea negra de pelo que le nace del plexo solar y continúa hacia abajo.

—Sí —contesta él, jadeando—. ¿Sabes cómo llamamos a los hombres con heridas en el estómago? Cadáveres.

Tatiana se ríe, él no. Él recuerda a su buen sargento Telikov, muriendo lentamente con la bayoneta clavada en el abdomen. No había morfina suficiente para que muriera sin sufrir. Ouspenski tuvo que dispararle para evitarle el sufrimiento, siguiendo las órdenes de Alexander, y esta vez Alexander sí volvió el rostro. El estremecimiento, la rigidez, los muertos, los vivos, todos allí, y no hay morfina, y no hay piedad. Sólo Tatiana.

Tatiana sigue murmurando, sigue ronroneando.

—Un cadáver que no es el tuyo.

Él se muestra de acuerdo.

—No, no soy yo.

Tatiana oprime su pecho contra el de él, rígido de tensión...

Él empieza a resquebrajarse.

—¿Qué más quieres? Venga, estoy a punto de estallar. ¿Qué más?

Ella se sienta entre sus piernas y lo toma al fin en sus pequeñas manos sanadoras, frotándole con las palmas como si quisiera prenderle fuego. Sus cálidas manos lo ciñen rítmicamente, trepan con delicadeza por la cuerda de su cuerpo. Él está inmovilizado en sus dedos como garras cuando ella inclina la cabeza hacia él.

—Shura... mírate... estás tan fuerte, tan hermoso...

Él quiere desesperadamente mantener los ojos abiertos. La melena alarga le acaricia el vientre al compás de su movimiento. La boca de ella es tan suave, tan caliente, tan húmeda... Sus dedos forman círculos que

giran en torno a él, está desnuda, está tensa, tiene los ojos cerrados y gime mientras lo sorbe en su boca. Él está en llamas, sometido a ella una y otra vez. Y ahora, pasado ya el momento pero aún profundamente inmerso en él, permanece callado durante el día mientras extiende las manos con un escalofrío buscando su yugo de contrición, su ardor arrollador de arrepentimiento por las noches.

Pero las noches no son suficientes, en absoluto. Tal como no deja de repetirle a ella, nada nunca es suficiente. Ahora Alexander intenta no estrellar la caravana.



Tatiana está sentada con la vista al frente, contemplando la inmensidad de los campos, y de pronto se vuelve hacia él, como a punto de decirle algo. Ese día tiene los ojos transparentes con los rayos amarillos del sol que se le proyectan desde el iris. Cuando no los enturbian ni los ensombrecen las aguas insondables de los ríos y los lagos que han dejado atrás, aquellos ojos son completamente diáfanos... y peligrosos. Transmiten un significado claro, y pese a todo no tienen fin. Y lo que es peor, permiten el paso de toda la luz. No hay forma humana de ocultarse a ellos. Ese día, después de juzgarlo aceptable, los ojos regresan a la carretera, y sus manos se relajan en su regazo, y el pecho se le hincha bajo la tela de algodón rosa. Él quiere abrazarla, sentir sus pechos en sus manos, notar su suave ingravidez, enterrar su cara en ellos... ¿Cuánto falta para la noche? Ella es tan sensible... Ni siquiera puede insuflar su aliento sobre ella sin que se estremezca, y en sus pezones rosados parecen concentrarse todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Tiene unos pechos asombrosos, increíbles. Alexander agarra el volante con fuerza.

Ve de reojo la expresión de preocupación de ella... ella cree que él está atormentado. Sí, la lujuria lo ha vuelto estúpido. Tatiana se inclina levemente hacia él y le susurra con su aliento ronco:

—Un penique por tus pensamientos, soldado.

Alexander compone la voz antes de contestar.



—Estaba pensando —dice con calma— en la libertad. Uno viene, se va, y nadie vuelve a pensar en ti. Cualquier camino, cualquier carretera secundaria, de una ciudad a otra, sin que te paren, sin que te pregunten. Nadie te pide tu pasaporte interno, nadie se mete en tus asuntos. A nadie le importa lo que hagas.

¿Y qué fue lo que hizo su esposa? Siguió sentada inmóvil y... ¿tensa? ¿Era posible? Escuchándolo, con las manos aún en el regazo, pero ya no relajadas, sino muy juntas, y a continuación se abrió el vestido, se bajó la camiseta interior y se recostó en el asiento, sonrió y cerró los ojos con fuerza, sentada semidesnuda y recostada para él, por unos minutos de vértigo. Oh, Dios, gracias...



¿Se ha puesto ya el sol? Sí, por fin. Y la hoguera está encendida, y Anthony está durmiendo, y eso es bueno, pero lo que Alexander quiere en realidad es ver a Tatiana a la luz del día, sin sombras que la eclipsen, cuando pueda mirarla con lujuria diurna no adulterada por la guerra, por la muerte, por la angustia que lo persigue como él la persigue a ella en los planos irregulares en blanco y negro de la filmadora de segunda mano que ella le hizo comprar en Nueva Orleans (ha descubierto que Tatiana tiene debilidad por esa clase de artilugios). Sólo una vez, una canción a la luz del día sin otra cosa que lujuria. Ella tampoco ha sido feliz, eso él lo sabe. Hay algo que pesa sobre ella. A menudo es incapaz de mirarlo a la cara, y él no tiene fuerzas para insistir. Antes era más fuerte, pero ya no lo es. Toda su fuerza se ha quedado atrás, muy atrás, a miles de kilómetros hacia el este, en las aguas bautismales del Kama, en las relucientes del Neva, en las heladas del lago Ladoga, en los montes de los bosques de Santa Cruz, en Alemania, con el canalla de Ouspenski, su teniente, su amigo, traicionándolo durante años a sangre fría, que se quedó atrás en el suelo helado junto al cadáver semienterrado de Pasha. ¡Dios! Por favor, ya no más... Se estremece para conjurar esas fiebres. Eso es lo que le hace la noche. Pero un momento...

Ella se pone de pie ante él, como si tratase de determinar qué es lo que Alexander quiere. ¿Acaso no es evidente? ¡LA LUZ DEL DÍA! Él permanece inmóvil, sin habla, y se enfurece en el interior de su casa en llamas. Antes no necesitaba nada ni quería nada más que imponer su fuerza bruta sobre el cuerpo abierto de ella, y lo sigue necesitando y queriendo, pero Tania le ha dado algo más. Al fin, le ha dado otras cosas con que soñar. Se yergue de pie resplandeciente ante él, rubia y desnuda, trémula y tímida, del color de la leche opalescente. Alexander ya no puede respirar. Tatiana es pequeña y flexible, suave como la crema, su cuerpo desnudo está al fin en sus manos hambrientas, y el pelo dorado le reluce por la espalda. Toda ella reluce. Alexander se arranca la ropa y se sube a Tatiana a su regazo, encajándola en él mientras le chupa los pezones y le acaricia el pelo. No va durar ni cinco minutos con ella así, los pezones erectos en su boca, los pechos ardientes en su cara, el pelo de terciopelo en sus manos, toda enroscada y miel líquida en torno a él, retorciéndose ligeramente, estremeciéndose, diminuta, suave y sedosa en su regazo ansioso. Ni cinco minutos. Oh, Dios, gracias...



En Nueva Orleans, obedeciendo un punzante impulso nostálgico, Alexander le había comprado un vestido que vio en el escaparate de una tienda, un vaporoso vestido de muselina fina de color marfil con algo de vuelo y varias capas de seda y encaje. Era muy bonito, pero lamentablemente demasiado grande para ella; parecía estar nadando en mares de muselina. En la tienda no había tallas más pequeñas.

—Su esposa es muy menuda, señor —señaló la corpulenta dependienta con una mirada reprobadora y ceñuda, bien censurando a Tania por ser tan menuda o bien censurando a un hombre del tamaño de Alexander por haberse casado con alguien así.

Compraron el vestido de todos modos, a pesar de las críticas de la fornida dependienta, y esa noche en su sórdida y sofocante habitación de hotel, con Anthony en la cama de ellos y el ventilador esparciendo el calor

alrededor, Alexander midió en silencio la pequeñez de Tatiana, consolándose con las matemáticas en lugar de con el amor... Los tobillos, quince centímetros. Las pantorrillas, veintiocho. La parte superior de los muslos, bajo el surco, cuarenta y siete. La cinta métrica se le cayó, las manos le rodearon el muslo, la totalidad del índice izquierdo de su mano ardiendo. Las caderas, con la cinta métrica justo encima de la hendidura rubia, ochenta y uno. La cintura, cincuenta y tres. La cinta métrica se le cayó, y le rodeó la cintura con las manos. «Anthony está en la cama —le susurró ella—. Tiene el sueño inquieto».

El pecho, noventa y uno. Con los pezones erectos, noventa y dos. La cinta métrica se cayó al suelo definitivamente. «Anthony se está despertando, Shura, por favor... Y esta habitación es minúscula y hace un calor insoportable, y las ventanas están abiertas... los marineros de abajo nos oirán». Pero las matemáticas no bastaron esa vez. A duras penas les bastó arrodillarse en un rincón del suelo que no dejaba de crujir, a escasos metros de un niño dormido y de las risas de los marineros.

En ese momento, en la carretera, Alexander está sediento, hambriento, profundamente excitado; mira hacia atrás para ver qué hace Anthony, para ver si el chico está entretenido con sus insectos, demasiado entretenido para ver a su padre palpar a tientas a su madre. Pero Anthony está en el asiento detrás de ella, observándolo.

—¿En qué estás pensando, papá?

—Bueno, ya conoces a tu padre, un poco en esto, otro poco en aquello...

Se le quiebra la voz.

Pronto abandonarán el oeste de Texas y entrarán en Nuevo México. Alexander vuelve a lanzar una mirada prolongada a los huesos de la clavícula de Tatiana; a sus hombros esbeltos; a los brazos, veinte centímetros; a su cuello grácil, trece y medio, el cuello blanco que reclama imperiosamente los labios de él. Baja la mirada hasta sus pies descalzos bajo la fina falda de algodón, blancos y delicados como sus manos. Los pies, quince centímetros; las manos, doce, siete centímetros menos que las suyas... Pero son los pies los que lo tienen hipnotizado, ¿por qué? Y de

pronto abre la boca para dejar escapar un grito ahogado lleno de angustia por un recuerdo amargamente indeseado. No, no, ése no. Por favor... Vuelve la cabeza. No.

*Pies... sucios, grandes, con las uñas negras, magullados, inmóviles bajo una falda marrón harapienta unida al cuerpo sin vida de una mujer a la que ha encontrado en la lavandería, víctima de una violación en grupo. Corresponde a Alexander arrastrar el cadáver por los pies hasta las tumbas que acaban de cavar para ella y las otras tres personas muertas ese día.*

Tantea el salpicadero en busca de sus cigarrillos. Tatiana extrae uno y se lo enciende con un mechero. Alexander lo toma con pulso tembloroso.

*Subiéndole la falda a la mujer para cubrirle la cara a fin de que no le caiga tierra en ella cuando eche las paladas sobre la pequeña parte de la fosa común. Bajo la falda, la mujer está tan brutalmente mutilada que Alexander, no puede evitarlo, empieza a sufrir arcadas.*

Entonces. Ahora.

Se tapa la boca con la mano mientras el cigarrillo sigue ardiendo e inhala una calada rápidamente.

—¿Estás bien, capitán?

No puede decir nada. Siempre se acuerda de esa mujer en los peores momentos, en los más inoportunos.

Al final, su boca contiene el reflejo involuntario. Entonces. Ahora, Al final, ve tantas cosas que todas le resultan indiferentes. Se ha hecho inmune, se ha curtido y endurecido para que no haya nada que despierte un atisbo de sentimiento en sus entrañas. Al final se decide a romper el silencio cuando cruzan la frontera del estado.

—¿Me cuentas un chiste, Tania? —dice—. No me vendría mal algún chiste.

—Mmm... —Ella se queda pensativa un instante, lo mira y se vuelve para ver dónde está Anthony. Está lejos, al fondo de la caravana—. De acuerdo, a ver qué te parece éste. —Carraspeando un poco, se acerca a Alexander y baja el tono de voz—. Un hombre y su novia van en un coche. El hombre nunca ha visto a su novia desnuda. Ella cree que conduce demasiado despacio, así que deciden jugar a un juego. Por cada diez kilómetros que supere los ochenta por hora, ella se quitará una prenda de ropa. En un abrir y cerrar de ojos, el coche vuela y la chica está desnuda. El hombre se excita tanto que pierde el control del vehículo y éste se sale de la carretera y se estrella contra un árbol. Ella sale ilesa pero él está atrapado en el coche y no puede salir. «Vuelve a la carretera y pide ayuda», le grita. «¡Pero si voy desnuda!», exclama ella. Él rebusca en el interior del coche y al final se quita el zapato. «Ten, ponte esto entre las piernas para taparte». Ella así lo hace y se va a la carretera a pedir ayuda. Un camionero, al ver a una mujer desnuda llorando, se para. «Ayúdeme, ayúdeme», dice ella, sollozando. «Mi novio se ha quedado atascado y no puedo sacarlo». A lo que el camionero responde: «Señorita, si se ha metido tan adentro, me temo que ya es un caso perdido».

Alexander se ríe a su pesar.

Por la tarde, después del almuerzo, Tatiana consigue hacer que Anthony duerma una bendita siesta sin precedentes, y en el refugio de la espesura de los árboles del área de descanso vacía, Alexander sienta a Tatiana en el banco de *picnic*, le levanta la falda de acuarela, se arrodilla entre sus piernas a la gloriosa luz del día y baja la cabeza hasta su frágil y perfecto perianto, con las palmas hacia arriba, debajo de ella. Ella le ha dado aquello, como maná del cielo. Oh, Dios, gracias...



Están conduciendo por las praderas y Alexander tiene sed. Tania y Anthony están jugando a juegos de carretera, tratando de adivinar el color del siguiente coche que los adelanta. Alexander rehúsa participar,

aduciendo que no piensa jugar a ningún juego en el que Tatiana gane siempre.

Hace mucho calor en la caravana. Han abierto el techo solar y todas las ventanillas, pero sólo el polvo y el viento les soplan a sesenta y cinco kilómetros por hora. A Tatiana se le está enredando el pelo. Está acalorada, sonrosada; unos kilómetros antes se ha quitado la blusa y ahora sólo lleva la camiseta blanca semitransparente y ligeramente húmeda que a duras penas puede abarcar su torso. Pasar todo el día y la noche así con ella, a su lado, no le hace ningún bien. Prácticamente lo enloquece. Sólo quiere más pero, a diferencia de Lazarevo, donde su deseo, como un río, fluía hacia un mar imprevisible, aquí el mar está acechado por la simiente de ambos, que permanece despierta desde la mañana a la noche jugando a juegos de carretera.

Anthony dice una palabra, como «hierba», y ella tiene que decir la primera que le venga a la cabeza, como «buena». Alexander tampoco quiere jugar a ese juego. ¿Y si se paran? ¿Y si almuerzan?

*Hierbabuena muerta en medio del campo en Alemania, a mediados de febrero. Maltrecho, malherido por los latigazos, con regueros de sangre por la espalda, lo obligan a permanecer de pie en la hierba fría durante seis horas, y lo único que piensa durante seis horas es que tiene sed.*

La mira, sentada con actitud serena, inclinada hacia delante. Ella lo sorprende mirándola y dice:

—¿Tienes sed?

¿Ha asentido? No lo sabe. Sabe que ella le da de beber.

«Tanque», dice Anthony, continuando el juego.

«Comandante», dice su madre.

Alexander pestaña, y la caravana da un bandazo.

—Shura, vigila la carretera o nos estrellaremos. ¿Acaba de decir eso ella?

*Es él quien está al mando de aquel tanque, y están en medio de los campos de Prusia, casi han llegado a Polonia, Los alemanes han minado el prado en su retirada, y una de las minas de fragmentación acaba de explotar delante de las narices de Alexander. La mina ha subido hasta la altura del pecho tambaleante de su ingeniero, se ha parado un instante como para saludar y luego ha explotado. Ouspenski ha excavado el agujero donde ha caído el ingeniero y lo han enterrado dentro, a él y a su mochila. Alexander nunca hurga en las mochilas de los caídos, porque su contenido hace que le resulte imposible marcharse o seguir adelante. Mientras el exterior del soldado (el uniforme, el casco, las botas, el arma) contiene su yo exterior, las mochilas contienen su yo interior. Las mochilas contienen el alma del soldado. Alexander nunca hurga en ellas. Ésta se entierra sin abrir junto al tímido ingeniero que tenía el tatuaje azul de una cruz en el pecho, que la mina nazi hizo estallar en mil pedazos porque los nazis no creen en Dios.*

—¿Dónde está tu mochila? —le dijo Alexander a Tatiana.

—¿Qué?

—Tu mochila, la que te llevaste cuando te fuiste de la Unión Soviética.

¿Dónde está?

Tatiana volvió la cabeza hacia la ventanilla de su lado.

—A lo mejor todavía la tiene Vikki —dijo—. No lo sé.

—¿El libro de *El jinete de bronce* de mi madre? ¿Las fotos de tu familia? ¿Nuestras dos fotos de boda? ¿Las has dejado en casa de Vikki?

Alexander no podía dar crédito a sus oídos.

—No lo sé —repitió ella—. ¿Por qué lo preguntas?

Él no quería decirle por qué se lo preguntaba. El ingeniero asesinado por la mina tenía una novia en Minsk, Nina. Fotos de ella, cartas de ella inundaban su mochila. Ouspenski se lo contó a Alexander, a pesar de que éste le había pedido que no lo hiciese. Después de saber aquello, sintió una envidia infinita y amarga, unos celos negros por las cartas de amor que el ingeniero dócil recibía de una tal Nina de Minsk. Alexander nunca recibía cartas. Mucho tiempo atrás había recibido cartas de Tatiana, y de la

hermana de ésta, Dasha. Pero esas cartas, las postales, las fotografías, el vestido blanco con rosas rojas de Tania, todas esas cosas estaban en el fondo del mar o habían quedado reducidas a cenizas. Ya no le quedaba nada.

—Las cartas que te escribí... después de dejarte en Lazarevo —dijo Alexander—, ¿no... no sabes dónde están? ¿Las has... dejado en casa de Vikki?

Puede que aún quedasen cosas que sí suscitaban algún sentimiento en su interior.

—Amor mío... —La voz de Tatiana era dulce como la miel—. ¿Se puede saber en qué estás pensando?

—¿Por qué no me contestas? —le espetó él.

—Las tengo. Lo tengo todo, lo conservo todo conmigo, guardado con mis cosas, en el fondo de la mochila. La mochila entera. Nunca miro en su interior, pero si quieres te la enseño. Te la enseñaré cuando paremos para almorzar.

Alexander lanzó un suspiro de alivio.

—Yo tampoco quiero mirar lo que hay dentro —dijo.

Sólo necesitaba saber que Tatiana no es como él, que ella tiene un alma. Porque la mochila de Alexander durante sus días en el batallón disciplinario estaba vacía. Si Alexander hubiese muerto y Ouspenski, antes de enterrarlo, hubiese hurgado en su interior, habría encontrado cartas, cigarrillos, una pluma rota, una pequeña Biblia (de publicación soviética, distribuida para el Ejército Rojo en los últimos días de la guerra con piedad falsa), y eso habría sido todo. Si Alexander hubiese muerto, todos sus hombres habrían sabido que su comandante, el capitán Belov, no tenía alma.

Pero de haber rebuscado en el interior de la mochila con más detenimiento, en el papel de pergamino quebradizo del Nuevo Testamento, habrían descubierto una pequeña foto en blanco y negro muy desgastada de una muchacha joven, de unos catorce años, con los dedos de los pies hacia dentro, como una niña, con trenzas rubias y un vestido de tirantes, con un brazo roto y escayolado, junto a su hermano moreno. Él le tiraba



del pelo y ella lo rodeaba a él con el brazo ileso. Pasha y Tania, dos mocosos. Se estaban riendo, en Luga, hacía mucho tiempo.

### *Noventa y siete acres*

Nuevo México. Montañas de Santa Fe. Arizona. Montañas Tonto. A dos mil cien metros sobre el nivel del mar, el aire está más enrarecido, es más seco. En Santa Fe, Anthony había dormido de un tirón casi toda la noche, sólo le habían oído gimotear un poco al alba. Tatiana y Alexander consideraron que aquello era un progreso y decidieron permanecer allí un poco más de tiempo, esperando que la situación siguiese mejorando, pero no duró.

Las Montañas Tonto eran espectaculares, y el aire tan transparente que Tatiana podía contemplar con toda claridad las vistas, los valles y las laderas de las colinas despejados bajo el sol, pero ya las han dejado atrás y el aire se ha vuelto como la tierra: árido, tórrido y opaco por las partículas del calor. Ella se ha desabrochado la blusa, pero Alexander está concentrado en la carretera. ¿O acaso sólo finge estar concentrado en la carretera? Recientemente, Tatiana ha advertido en él un cambio pequeño pero perceptible. Sigue sin hablar demasiado, pero sus ojos y su respiración durante el día son menos impasibles. Tatiana le ofrece algo de beber, un cigarrillo. Él lo acepta, pero esta vez no se deja distraer por ella. Se pregunta cuándo pararán, cuándo acamparán; tal vez encuentren un río, naden un poco... Los recuerdos de cuando nadaba en el Kama le zahieren la piel y se pone tensa, tratando de no estremecerse, y al tiempo que se tira de la falda hacia abajo para alisarla, aprieta las manos para obligarlas a quedarse quietas en su regazo. No quiere pensar en entonces, ya tiene bastante con preocuparse por el ahora, cuando teme que la policía los pare de un momento a otro, en cualquier cruce, y les diga: «¿Es usted Alexander Barrington, el hijo de Harold Barrington? ¿Cómo, su esposa no le ha dicho que en el último camping donde estuvieron, cuando tuvo la osadía de dejarla sola un momento, llamó a su antigua compañera de piso

en Nueva York? Por lo visto, señor Barrington, su esposa no le cuenta muchas cosas...».

Es verdad. Tatiana efectuó una llamada a larga distancia a través de una operadora, pero Sam Gulotta respondió al teléfono. Se asustó tanto que colgó, y no le dio tiempo de llamar también a la tía Esther, pero ahora la aterroriza la posibilidad de que la operadora le dijese a Sam que había hecho la llamada desde Nuevo México. «Las personas que no tienen nada que ocultar no huyen, Alexander Barrington —les diría la policía cuando interceptasen la Nomad—. ¿Por qué no nos acompaña? Su esposa y su hijo pueden quedarse aquí, en esta encrucijada de almas, esperando a que vuelva, como han estado haciendo hasta ahora, como siguen haciendo todavía, esperando a que vuelva con ellos. Dígales que no tardará mucho en volver».

Es mentira. Se llevarán el armazón que es su cuerpo, se llevarán su físico, lo único que queda de él de todos modos, y Tatiana y Anthony se quedarán en aquella encrucijada para siempre. No. Es mejor tenerlo allí, aunque sea de ese modo: retraído, circunspecto, callado; a veces enfebrecido, furioso; a veces de buen humor; siempre fumando, siempre profundamente humano. Es mejor eso que tener sólo su recuerdo. Porque las cosas que él le hace por las noches, ésas ya no son recuerdos. Ni el hecho de que duerma a su lado. Ella lucha contra su propio sueño todas las noches, intenta permanecer en vela hasta mucho después de que él haya conciliado el sueño para poder sentir sus brazos alrededor de su propio cuerpo, para poder yacer completamente sepultada y rodeada por aquel cuerpo desolado que Alexander apenas si ha logrado salvar y que ahora la consuela como ninguna otra cosa puede hacerlo.

Él la mide para ponerla en orden. Él se enfada cuando ella no le responde de la misma manera, pero Tatiana quiere decirle que con él no hay métodos aristotélicos ni teoremas de Pitágoras que valgan. Él es lo que es, y todas sus partes están en proporción absoluta con la suma de ellas, pero lo que es aún más importante, todas están en proporción relativa con la suma de las partes de Tatiana. Los números cardinales no sirven, mientras que los ordinales sólo sirven siempre y cuando Tatiana se

detenga en el primero. El principio de Arquímedes tampoco sirve; desde luego, ella no puede ni quiere medir lo que es inconmensurable, lo que ni termina ni se repite, lo que está más allá aun de la trascendencia de  $\pi$  (aunque él no lo crea), lo que está más allá de polinomios y ecuaciones de segundo grado, más allá de lo racional y lo irracional, de lo humanista y lo lógico, más allá de las mentes de los Cantor y los Dedekind, de los filósofos renacentistas y los tántricos indios, lo que pertenece en cambio al reino de dioses y reyes, del mito, de los albores de la humanidad, del misterio de la vida... El hecho de que haya un espacio dentro de Tatiana diseñado única y exclusivamente para él pese a las claras imposibilidades euclidianas, no sólo hace que todo encaje como debe, en completo exceso, sino que le hace sentir lo que las matemáticas no pueden explicar, lo que la ciencia no puede explicar. Lo que nada puede explicar.

Y pese a todo, inexplicablemente, él sigue midiéndola, trazando curvas y tangentes. Siempre tiene las dos manos encima del cuerpo de ella, encima de su cabeza, contra las palmas de sus manos, en sus pies, en sus brazos, abrazándole la cintura, aferrándose a sus caderas... Es tan desesperadamente afectuoso... Tatiana no sabe lo que él cree que le va a dar.

Jugar con Anthony. ¿Acaso no es eso real? ¿Que Anthony tenga a su padre? El niño moreno sentado en su regazo tratando de hacerle cosquillas y Alexander riéndose a carcajadas, ¿no es eso real, ni matemáticas ni recuerdos?

Alexander ya casi se ha olvidado de cómo se juega, salvo cuando está en el agua, pero no había habido agua en todo Texas, apenas ninguna en Nuevo México y ahora están en la árida Arizona.

Anthony prueba a entretenerse con juegos de tierra con su padre. Decide encaramarse al regazo de éste, junta las yemas de sus dos dedos índice y pregunta:

—Papá, ¿quieres ver qué fuerte soy? Anda, sujétame los dedos con el puño que yo me soltaré.

Alexander aplasta la colilla del cigarrillo. Sujeta los dedos de Anthony con suavidad y el chico se escapa. La alegría por haberse liberado del

gigante de su padre es tan grande que quiere volver a jugar al mismo juego una y otra vez. Lo hacen doscientas veces, y luego a la inversa. Alexander une los dedos índice mientras Anthony los sujeta con fuerza con su puño minúsculo. Cuando Alexander no consigue escapar, la alegría de Anthony es algo digno de ver. También juegan a eso otras doscientas veces mientras Tatiana prepara el almuerzo o la cena, o friega los platos o el suelo, o se sienta a observarlos con el corazón rebosante de felicidad.

Alexander hace bajar a Anthony de su rodilla y dice con una voz gutural, enronquecida por la nicotina:

—Tatia, ¿quieres jugar? Mete los dedos en mi puño y a ver si te puedes soltar. Venga. —En el rostro de Alexander no se mueve ni un músculo, pero el corazón de ella ya no está rebosante de felicidad, sino que se está acelerando, se está desbocando. Sabe que no debería, que Anthony está allí mismo, pero cuando Alexander la llama, ella acude. Es así y ya está. Tatiana se sube al regazo de él y junta imperceptiblemente las yemas de los dedos, ligeramente trémulos. Intenta no mirarlo a la cara, mirándose sólo los dedos, sobre los que en ese momento él coloca su puño inmenso, aprieta un poco y dice—: Venga, suéltate.

A Tatiana le flaquea todo el cuerpo. Por supuesto, intenta liberarse, pero sabe una cosa: mientras que como padre Alexander juega de una manera con Anthony, como marido juega de otra completamente distinta. Tatiana se muerde el labio para impedir que le salga un solo sonido.

—Venga, mamá —dice el niño, que no entiende nada, a su lado—. Puedes hacerlo. ¡Yo lo he hecho! ¡Suéltate!

—Sí, Tatiasha —murmura Alexander, apretando los dedos con más fuerza aún, mirándola fijamente a la cara mientras ella sigue clavada a su regazo—. Venga, suéltate.

Y Tatiana ve cómo asoma un atisbo del alma sonriente.

Sin embargo, cuando Alexander conduce, suele estar callado y huraño. Tatiana odia que se reduzca a sí mismo, de ese modo, a lo peor de su vida; es difícil alejarlo de ahí, y a veces aun cuando él mismo quiere que lo alejen, es imposible. En ocasiones Tatiana siente tanto miedo por el inminente peligro para Alexander en cada señal de stop de la carretera, que

pierde las armas que necesita para alejarlo de ahí, reducida ella también a lo peor de su vida.

Tatiana desea que algo los engulla, un lugar donde la carretera no pueda atraparla, donde el alma de él no pueda atraparla. Tal vez si fuesen menos humanos...



Tatiana lo estaba llevando a Phoenix, Arizona, pero Alexander tenía demasiado calor y en realidad quería dirigirse directamente a California.

—Creía que querías ver los noventa y siete acres que compré con el dinero de tu madre —le dijo ella.

Alexander se encogió de hombros y bebió agua.

—Lo que quiero —dijo— es sentir el agua en mi cuerpo. Eso es lo que quiero. ¿Lo tendré en Phoenix?

—No, si puedo evitarlo.

—Exactamente, y por eso es por lo que voy a regañadientes.

Tardaron un día en llegar a Phoenix desde la frontera oriental de Arizona. Se habían parado esa noche en un camping en las inmediaciones de las montañas Superstition. Alexander se tumbó en los tablones de madera bajo el chorro del agua fría, que le cayó en cascada por la cara y el pecho. Anthony y Tatiana permanecieron a una distancia prudente, observándolo. Anthony preguntó si su padre estaba bien.

—No estoy segura —dijo Tatiana—. Yo diría que las posibilidades son de un cincuenta por ciento.

Si Alexander hubiese insistido un poco más, habría convencido a Tatiana fácilmente para seguir carretera adelante hasta la costa del Pacífico, no porque ella no quisiera enseñarle su propiedad en el desierto, sino porque creía que había una posibilidad de que los agentes federales los estuviesen esperando en el único lugar que les pertenecía. Vikki podría haberle mencionado la parcela de tierra a Sam Gulotta. Tatiana sospechaba que ella misma podía habérselo mencionado a Sam. Ella y Sam habían desarrollado una relación de auténtica amistad con los años. ¿Y si los

estaban esperando? La sola idea la martirizaba. Pero por desgracia, Alexander no había protestado lo suficiente. Tatiana ya sabía lo que quería hacer, por impensable que fuese: quería vender la tierra. Vender la tierra sin más, por cualquier precio, coger el dinero e irse lejos a otro estado, puede que a la inmensidad de Montana, y no dejarse ver jamás. No se hacía ilusiones, era imposible que la lealtad de Sam fuese a ser para con ella y Alexander; Sam no era la tía Esther. Tatiana permaneció muda mientras pensaba en esas cosas y su marido se tendía en las tablas de madera ahogándose en agua corriente.



A la mañana siguiente, tomaron la autopista de Superstition.

—Aquí todo es muy llano —dijo Alexander.

—Bueno, es que se llama Mesa —dijo Tatiana—, como una meseta.

—Por favor, dime que la tierra no está aquí.

—De acuerdo, la tierra no está aquí. —Había unas canteras de piedra a lo lejos, al otro lado de las llanuras—. Esto está demasiado urbanizado.

—¿Que esto está demasiado urbanizado? —exclamó él.

No había tiendas, ni gasolineras, sólo granjas a un lado y tierra desértica y virgen al otro.

—Sí, esto es Tempe —comentó Tatiana—. Bastante urbanizado. Scottsdale, adonde nos dirigimos, es una pequeña población del Oeste. Tiene unas pocas cosas, una tienda, un mercado... ¿Quieres verla antes o...?

—Veamos esa mítica tierra prometida primero —contestó él.

Continuaron en dirección norte a través del desierto. Alexander tenía sed. Tatiana estaba asustada. La carretera asfaltada terminó y comenzó el camino de gravilla de Pima Road, que separaba el valle de Phoenix de la reserva india de Salt River, cuya extensión discurría kilómetros y kilómetros hasta las montañas McDowell. El terreno había dejado de ser plano, y las montañas azules y polvorientas se alzaban majestuosas por todas partes, cerca y lejos, a lo largo y a lo ancho, en el calor apocalíptico.

—¿Dónde están esas montañas de las que me hablaste?

—Shura, ¡no me digas que no las ves!

Tatiana señaló justo delante. La cordillera destacaba con aire imponente y monolítico entre los saguaros, pero Alexander estaba de buen humor esa mañana y quería tomarle el pelo.

—¿Qué? ¿Eso de ahí? Eso no son montañas, son rocas. Lo sé porque he visto montañas. Las Tontos por las que pasamos ayer, ésas sí eran montañas. Las Santa Fe, ésas eran montañas. También he visto los Urales, y los montes de Santa Cruz, completamente cubiertos de bosques de coníferas. Ésas sí eran montañas.

Su buen humor se ensombreció.

—Tranquilo, tranquilo... —dijo Tatiana, acercándose para calmarlo poniéndole la mano en el muslo—. Éstas son las montañas McDowell de Arizona, roca sedimentaria sobre roca de granito formada a partir de lava hace dos mil millones de años. Rocas precámbricas.

—Así que estás hecha una geóloga... —comentó Alexander, sonriendo—. Una capitalista y una geóloga.

Ese día Tatiana llevaba un vestido amarillo de algodón a cuadros, calcetines cortos blancos y bailarinas, y el pelo recogido en un moño trenzado. No tenía una gota de sudor en la cara, y parecía casi serena si Alexander no le miraba el regazo y advertía cómo tenía los dedos agarrotados y apretados entre sí, tanto que parecían estar rompiéndose.

—Está bien, de acuerdo —dijo él frunciendo ligeramente el ceño—. Son montañas.

La Nomad prosiguió en dirección norte, levantando nubes de polvo a su paso. Las montañas McDowell estaban cada vez más cerca, y el sol, alto. Alexander dijo que eran idiotas, tontos de remate, por haber hecho un viaje atravesando la parte más calurosa del país en la época más calurosa del año. Si fuesen listos se habrían marchado antes de Coconut Grove, habrían ido a Montana a pasar el verano y luego habrían seguido hasta California para la época de la vendimia.

—Pero tú no querías marcharte de Florida, ¿recuerdas?

—Mmm... —asintió—. Coconut Grove estuvo muy bien durante un tiempo.

Se quedaron callados.

Transcurrieron otros cuarenta y cinco minutos de carretera fronteriza sin asfaltar y sin que apareciese una sola casa, un puesto de fruta, una gasolinera, la fachada de una tienda u otra persona. Tatiana le dijo entonces que torciese a la derecha en un angosto camino de tierra que enfilaba una cuesta en sentido ascendente.

El camino se llamaba Jomax.

Jomax terminaba en una montaña rocosa bañada por el sol y fue allí donde Alexander detuvo el vehículo, un kilómetro y medio por encima del valle. Tatiana, con los dedos relajados y una sonrisa radiante en el rostro, exclamó:

—¡Dios santo! ¡No hay nadie!

—Exacto —dijo Alexander, apagando el motor—. Porque todo el mundo está en Coconut Grove, en la playa.

—No hay nadie... —repitió, casi para sus adentros, y se bajó de un salto de la caravana.

Anthony echó a correr, pero no antes de que Tatiana lo detuviera y le advirtiese:

—Recuerdas lo que te he dicho de los cactus cholla, ¿no? No te acerques a ninguno. El viento te puede soplar los pinchos hasta clavártelos en la piel y no te los podré quitar, ¿lo has entendido?

—¿Qué viento? Suéltame.

—Anthony —intervino Alexander, buscando su encendedor—: cuando tu madre te está hablando, no puedes decirle que te suelte. Tania, sujétalo otros dos minutos hasta que lo entienda.

Tatiana hizo una mueca a Anthony, le dio un pellizco y lo soltó en silencio. Llevaba el mechero de Alexander en la mano; lo encendió y él le agarró la mano para acercar la llama al cigarrillo.

—No puedes ser tan blanda con él —le advirtió.

Tras alejarse de ella para explorar un poco el terreno, Alexander miró al norte y al sur, al este y al oeste, a las montañas, a la inmensidad del



valle de Phoenix, que yacía majestuoso ante su mirada, con los ranchos esparcidos por el desierto de Sonora, abrumador y lleno de matorrales. Aquel desierto no se parecía al de sus vagos recuerdos de infancia del Mojave. No era de arena gris con montículos grises de tierra hasta donde alcanzaba la vista. Aquel desierto de finales de julio estaba cubierto de una abundante vegetación quemada. Millares de cactus inundaban el paisaje, con sus pináculos verdes y marrones plagados de púas y unos brazos que se prolongaban diez o doce centímetros hacia el sol. Los algarrobos eran marrones, y los palo verdes, de color sepia. La maleza y las plantas de distintas variedades tenían las tonalidades pardas de la tierra quemada. Ni un solo tallo de hierba, sólo arcilla y arena. Parecía una selva en el desierto. No era en absoluto lo que Alexander esperaba.

—Tania...

—Ya lo sé —dijo ella, acudiendo a su lado de un salto—. ¿A que es increíble?

—Mmm... No es eso lo que estaba pensando exactamente.

—Nunca he visto nada parecido en toda mi vida. —La voz de Tatiana estaba impregnada de algo indescifrable—. ¡Y espera a que veas esto en primavera!

—Eso implica que lo veremos en primavera.

—¡Todo florece!

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo sé —empezó a explicar Tatiana con graciosa solemnidad— porque vi las fotos en un libro de la biblioteca.

—Ah. Fotos de un libro. ¿Y esos libros mencionan el agua, por casualidad?

Ella agitó la mano para restarle importancia a ese asunto.

—Hace cientos de años, los indios hohokam vieron lo que yo veo y sintieron tantos deseos de vivir en este valle que trajeron el agua aquí mediante una serie de canales procedentes del Salt River. Así que cuando el todopoderoso Imperio británico seguía utilizando aún los retretes exteriores, los indios hohokam regaban sus cosechas con agua corriente.

—¿Y se puede saber cómo sabes eso? —exclamó.

—La biblioteca pública de Nueva York. El hombre blanco aún emplea los canales hohokam.

—Entonces, ¿hay un río por aquí?

Alexander tocó la arena seca con las manos.

—El Salt River, pero está muy lejos —respondió Tatiana—. Con un poco de suerte, no tendremos que verlo nunca.

Alexander nunca había experimentado un calor tan abrasador. Ni siquiera en Florida, donde todo estaba templado por el agua. Allí no había posibilidad de templanza.

—Me estoy achicharrando, Tatiana —expresó—. Venga, rápido, enséñame nuestra tierra antes de que se me derritan las arterias.

—Estás en ella —dijo Tatiana.

—¿En dónde?

—En nuestra tierra. —Hizo un movimiento para abarcar cuanto había alrededor—. Aquí es. Justo aquí, todo esto, hasta la mismísima cima de la colina. Desde este camino y hacia el sudeste, noventa y siete acres de desierto de Sonora que se elevan hasta la montaña. Nuestra propiedad tiene dos acres de ancho y unos cuarenta y nueve de fondo. Tendremos que buscar un topógrafo. Creo que podría tener forma redonda.

—¿Como Sachsenhausen?

Tatiana se sintió como si le acabaran de dar una bofetada.

—¿Por qué haces eso? —dijo muy despacio—. Ésta no es tu prisión, es tu libertad.

Un poco avergonzado, dijo:

—Pero ¿de verdad te gusta esto?

—Bueno, no lo habría comprado si no me gustase, ¿no te parece, Shura?

Tatiana hizo una pausa. Otra vez la misma nube de inquietud le enturbió el rostro.

—Tania —dijo Alexander—, este sitio va a arder en llamas de un momento a otro.

—Escucha —repuso ella—, iremos, haremos que la tasen, y si el precio es bueno, la venderemos. No me importa nada venderla, pero... ¿es

que no lo ves? —exclamó, acercándose a él—. ¿No ves el desierto? ¿No ves las montañas? —Las señaló—. Ésa de ahí, la que está junto a la nuestra, es Pinnacle Peak; es muy famosa. Pero la nuestra no tiene nombre, a lo mejor podemos bautizarla como la montaña de Alexander.

Tatiana arqueó las cejas, pero él no estaba de humor en ese momento, aunque tomó nota de aquello para más tarde.

—Veo el desierto, sí —dijo Alexander—. Veo que aquí no crece una sola cosa verde, salvo los cactus, y esos no necesitan agua. Yo no soy un saguaro. Necesito agua. Aquí no hay ningún río, ni lagos.

—¡Exacto! —exclamó ella con mirada electrizante—. No hay ríos, no hay ningún Neva ni Luga ni Kama ni Vístula. No hay lagos. Ningún lago Ilmen ni Ladoga. Nada de campos, nada de claros, nada de pinos, ni de agujas de pino, nada de abedules ni de alondras, apenas el canto de algún pájaro. A veces vienen las golondrinas en verano, pero no hay bosques en las montañas. No hay nieve. Si quieres todo eso, puedes ir al Gran Cañón en invierno. El pino ponderosa crece un kilómetro y medio por encima del gélido Colorado. —Aproximándose, se aventuró con manos golosas en el interior de su cuerpo—. Y sí que eres un poco como el poderoso saguaro —murmuró.

Sí, Alexander había tomado buena nota del juego, y se ocuparía de él en breves instantes.

—No voy a vivir en ningún sitio donde no haya agua, Tatiana Metanova. —Aplastó el cigarrillo en el suelo y la rodeó con los brazos—. No me importa de lo que estés tratando de huir.

—Es Tatiana Barrington, Alexander Barrington —lo corrigió ella, zafándose de su abrazo—. Y no tienes idea de qué es de lo que trato de huir.

Alexander la miró y pestañeó.

—Creo que incluso aquí en Arizona podría haber una luna. ¿Tal vez una luna carmesí, Tatia? Una luna carmesí muy grande, baja y llena.

Ella también pestañeó.

—¿Por qué no recoges tus treinta kilos de equipo, y también tus armas, soldado?

Tatiana se volvió con una pirueta y echó a andar hacia la Nomad mientras Alexander permanecía inmóvil como un poste en la arena. Al cabo de un momento, Tatiana regresó con un poco de agua, que él bebió con avidez, antes de ir en busca de Anthony, a quien encontró cerca de los cactus cholla, completamente absorto examinando una especie de rocas. Resultó que no se trataba de rocas, sino de un lagarto, al que el chico había clavado en el suelo con una afilada púa de cactus.

—Anthony, ¿no es ése el cholla al que tu madre te ha dicho que no te acerques? —preguntó Alexander, y se agachó junto a su hijo para darle un poco de agua.

—No, papá —respondió Anthony con paciencia—, los lagartos no jugarían cerca de un cholla si fuera malo.

—Hijo —dijo Alexander—, no creo que ese lagarto esté jugando.

—Papá, ¡todo este sitio está lleno de reptiles!

—No lo digas como si fuese algo bueno. Ya sabes el miedo que le dan a tu madre los reptiles, mira lo enfadada que está por tu culpa.

Se asomaron por entre los cactus cholla. La madre enfadada estaba apoyada hacia atrás en la Nomad, con los ojos cerrados, las palmas hacia abajo y el sol en la cara.

Al cabo de un rato, Alexander regresó junto a ella y le salpicó la cara con agua, obligándola así a abrir los ojos. Hizo una pausa para mirarla con más detenimiento, para demorarse en su rostro firme y colorado, en sus escandalosas pecas, en sus ojos serenos de algas marinas. Miró de arriba abajo el resto de su cuerpo. Era tan excitantemente menuda... Y desconcertante. Moviendo la cabeza, Alexander la abrazó y luego la besó. Sus labios sabían a ciruelas secas.

—Estás completamente loca, mi renacuaja pecosa —dijo, apartándose al final—, por haber comprado este pedazo de tierra en primer lugar. La verdad, no sé qué vena te dio. Pero ahora la suerte está echada, Venga, amante de Arizona, experta en cactus, antes de ir a ver al topógrafo, vamos a comer algo. Aunque tendremos que ir a alguna otra parte a remojar nos el cuerpo, ¿no crees?

Sacaron sus cacharros, su pan, su jamón. Antes, esa misma mañana, habían comprado ciruelas, cerezas y tomates en un puesto de venta ambulante. Tenían muchísima comida. Él desplegó el toldo, se sentaron a su sombra y se dispusieron a darse un festín.

—¿Cuánto dices que pagaste por el terreno? —preguntó él.

—Cincuenta dólares el acre.

Alexander lanzó un silbido.

—¿Y esto está cerca de Scottsdale?

—Sí, Scottsdale sólo se encuentra a treinta kilómetros al sur.

—Mmm... ¿Y la ciudad qué es? ¿Un cementerio?



—¡No, ya no, señor! —le contestó un agente inmobiliario en Scottsdale—. Ya no. Ahora, con la base militar y los soldados, como usted, señor... todos están volviendo de la guerra y casándose con sus chicas. ¿Son ustedes recién casados?

Nadie dijo nada, mientras el crío de cuatro años se sentaba cerca de ellos haciendo filas ordenadas con los folletos de las propiedades inmobiliarias.

—El boom inmobiliario es algo espectacular —siguió explicando rápidamente el hombre—. Scottsdale es una ciudad con mucho futuro, y si no, tiempo al tiempo, ya lo verá. Antes aquí no había nadie, casi como si no fuésemos parte de la Unión, pero ahora que ha terminado la guerra, Phoenix está creciendo exponencialmente. ¿Sabían ustedes —señaló con orgullo— que nuestra industria de la construcción es la número uno en todo el país? Tenemos escuelas nuevas, un hospital nuevo, el Phoenix Memorial, y unos grandes almacenes nuevos en Paradise Valley. Esto les gustaría mucho. ¿Les interesaría ver algunas propiedades?

—¿Cuándo tienen previsto asfaltar las carreteras? —preguntó Alexander.

Se había cambiado y se había puesto unos pantalones beis y una camiseta de manga corta negra. Tatuajes, cicatrices, números azules de los

campos de exterminio, daba lo mismo, no podía llevar camisetas de manga larga en Arizona. El agente inmobiliario trataba de apartar la mirada de la larga cicatriz que recorría el antebrazo de Alexander hasta la cruz azul. El propio agente llevaba un traje de lana que le hacía sudar a mares pese al aire acondicionado.

—Todos los días, señor, todos los días se asfaltan nuevas carreteras. Se construyen urbanizaciones nuevas a cada momento. De terrenos inmensos de ranchos, esto está pasando a convertirse en una ciudad como es debido. La guerra nos ha ido muy bien. Estamos en pleno boom de crecimiento. ¿Son ustedes del este? Eso me figuraba, por el acento de su esposa. Esto se parece mucho a sus comunidades de Levittown, sólo que las casas son más bonitas aquí, si me permiten el atrevimiento. Podría enseñarles un par de...

—No —lo interrumpió Tatiana—, pero nos interesaría saber el actual precio de mercado de nuestra propiedad aquí. Estamos un poco más al norte, en Pima Road, cerca de Pinnacle Peak.

El semblante del hombre se agrió cuando supo que no estaban interesados en comprar.

—¿Dónde? ¿Cerca de Río Verde Drive?

—Sí, a pocos kilómetros al sur de allí. En Jomax.

—¿Cómo? Pero si acaban de inaugurar esa carretera. ¿Tienen una casa allí? Ahí arriba no hay nada.

Lo dijo como si no la creyera.

—No, una casa no, sólo algo de terreno.

—Bueno —dijo, encogiéndose de hombros—. Mi tasador ha salido a almorzar.

Una hora después, el tasador y el agente inmobiliario intentaban mantener su cara de póquer, pero les resultaba imposible.

—¿Cuántos acres dicen ustedes que tienen? —exclamó el tasador, un hombre bajito con la cabeza pequeña, el cuerpo grande y un traje que no le sentaba bien.

—Noventa y siete —repitió Tatiana con calma.

—Verá, eso es imposible —dijo el tasador—. Conozco todas las tierras que se compran y se venden aquí. Vamos, que la ciudad de Scottsdale está planteando incorporar, ¿saben cuántos acres?, seiscientos cuarenta. Un tipo muy listo los compró el siglo pasado por tres dólares y medio el acre, pero eso fue entonces. ¿Me está diciendo que tienen ustedes noventa y siete acres? ¿Una sexta parte del territorio de toda nuestra ciudad? Nadie vende parcelas tan grandes. Nadie le vendería noventa y siete acres.

Tatiana lo miró incrédula. Alexander lo miró incrédulo. Estaba tratando de averiguar si todo aquello era una simple artimaña, una broma o si aquel tipo estaba siendo abiertamente insolente con ellos, en cuyo caso...

—Ese terreno es demasiado valioso —empezó a decir el tasador—. Por aquí vendemos un acre, dos a lo sumo. Y ahí arriba no hay nada más que desierto. Todo es propiedad del gobierno federal o de los indios.

De modo que sí era una simple artimaña. Alexander se relajó.

Tatiana seguía en silencio.

—No sé qué quiere que le diga. ¿Está tratando de decirme que no sé contar hasta noventa y siete?

—¿Puedo ver el título de propiedad, si no les importa?

—La verdad es que sí nos importa —repuso Alexander—. ¿Va a decirnos lo que vale el terreno o tenemos que irnos a otra parte?

Al final, el tasador les dijo que teniendo en cuenta el lugar donde estaba, ahí arriba, perdido en el quinto pino, a donde nadie quería ir, el terreno seguramente valdría unos veinticinco dólares por acre.

—Es un buen precio. Ahí arriba no hay nada, ni carreteras, ni electricidad... La verdad es que no sé por qué alguien iba a comprar terreno en un lugar tan aislado.

Tatiana y Alexander intercambiaron una mirada.

—Como ya he dicho, vale veinticinco dólares —siguió diciendo el tasador rápidamente—, pero puedo ofrecerles un trato: si venden, pongamos, noventa y cinco de esos acres, y se quedan con dos para ustedes, podemos ofrecerles una cantidad por el lote completo, y ustedes deciden si lo toman o lo dejan, de cuarenta dólares el acre.

—Señor —dijo Alexander—, lo dejamos con mucho gusto. Pagamos cincuenta el acre por esas tierras.

El tasador languideció.

—Pues pagaron demasiado. Pero... para que vean que soy honesto, de buen grado les ofrezco cincuenta. Imaginen todo ese dinero en su bolsillo: podrían comprarse una casa nueva con eso. Dinero contante y sonante. Tenemos una magnífica urbanización en construcción aquí cerca, en Paradise Valley. ¿Sólo tienen un niño? Tal vez planean tener más en el futuro. ¿Y si les enseño algunas de las promociones nuevas?

—No, gracias.

Alexander hizo una seña a Tatiana para marcharse.

—Está bien, esperen —dijo el tasador—. Sesenta dólares el acre. Eso supone un beneficio de casi mil dólares sobre su inversión original. El salario de medio año para algunas personas.

Asintiendo enérgicamente, Tatiana abrió la boca para hablar, pero Alexander le apretó la mano para impedirselo.

—Pues yo he ganado eso en tres semanas pilotando un barco en Miami —dijo—. No vamos a vender nuestra tierra por un beneficio de mil dólares.

—¿Están seguros? —El tasador miró a Tatiana con ojos suplicantes, tratando de granjearse su apoyo. Alexander fulminó a su esposa con la mirada y ella permaneció impasible—. Bien, en ese caso, dejen que les diga una cosa —añadió el tasador—. Si no se llevan ese dinero por su terreno ahora, dentro de un año no valdrá ni veinticinco dólares el acre. Esperen a que su hijo empiece la escuela, no podrán vender los noventa y siete acres ni por tres dólares y medio. ¿Ahí arriba? ¿Más allá de donde viven los indios? Olvídenlo. Nadie en su sano juicio querrá vivir al norte de la reserva. Adelante, esperen. Su tierra no valdrá nada en 1950.

Alexander sacó de allí a su familia a empellones. Se detuvieron en una polvorienta calle típica del Oeste. No hablaron sobre lo que les había dicho el tasador. Alexander quería una cerveza bien fría. Tatiana quería ir al almacén de comestibles de la esquina y comprar un helado. Anthony quería un sombrero de *cowboy*. Al final, Alexander se quedó sin cerveza



bien fría porque no pensaba llevar a su familia a un *saloon*, pero Tatiana sí consiguió su helado y Anthony sí consiguió su sombrero de *cowboy*. Pasearon por la plaza de la ciudad. Alexander no sabía por qué pero le gustaba, le gustaba la evocación del Oeste que transmitía, la extensión de tierra fronteriza y pese a ello, la intimidad de una ciudad pequeña. Fueron a dar una vuelta por los alrededores con su Nomad y vieron que buena parte de las tierras que rodeaban la plaza de la ciudad se estaban transformando en urbanizaciones de viviendas. Cenaron bistec con patatas asadas y mazorcas de maíz en un restaurante local con serrín en el suelo.

Alexander le preguntó a Tatiana qué quería hacer y ésta le contestó que tal vez deberían echar un último vistazo a la tierra antes de tomar una decisión definitiva.

Eran las siete de la tarde, y el sol describía un arco descendente. Puesto que el astro rey era de un color distinto, su montaña también se tiñó de un color distinto: las rocas brillaban en un anaranjado tridimensional. Alexander contempló detenidamente la tierra.

—Tania, ¿cuántas posibilidades hay de que hubieses tenido un presentimiento cuando compraste esta tierra? —dijo, atrayéndola hacia sí después de caminar un rato.

—Prácticamente ninguna —contestó ella, abrazando la cintura de su esposo—. Decididamente, deberíamos venderla, Shura. Venderla lo más rápido posible, coger nuestro dinero y largarnos a otro sitio bonito donde no haga tanto calor.

Alexander se agachó para besarle la mejilla húmeda.

—Tú sí que eres bonita, por no hablar del calor que siento a tu lado, cariño —le susurró. Olía a helado de vainilla, hasta sabía a helado de vainilla—. Pero no estoy de acuerdo contigo. Creo que el tasador miente: o hay un boom inmobiliario o no lo hay. Y un boom inmobiliario significa que los precios de la tierra suben, no bajan.

—Tiene razón —insistió ella—. Esto está muy alejado de todo.

—¿Alejado de qué? —preguntó, escéptico, Alexander—. Creo de veras que podemos sacar mucho más dinero. Esperaremos un poco y luego la venderemos. —Hizo una pausa—. Pero Tatiana, me tienes un poco

confuso. Me dices que quieres vender la tierra a toda costa, al peor postor, y al cabo de un minuto te entusiasmas hablándome de la primavera aquí.

Tatiana se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Yo también estoy confusa. —Se mordisqueó el labio—. ¿Te plantearías la posibilidad... de vivir aquí? —preguntó con tiento.

—¡Nunca! Mira qué aire. Tócate la cara. Pero ¿por qué quieres vivir aquí...?

De repente, Alexander se interrumpió y abrió mucho los ojos.

*«¿Te gustaría vivir en Arizona, Tatia, la tierra de los escasos manantiales?»*

Eso le había preguntado él a ella, en otro tiempo, en otra vida.

—Venga ya —exclamó él, despacio—. No me digas que tú... No creerías que... tú no... ¡No...! —A Alexander se le escapó una carcajada incrédula—. ¡Acabo de caer ahora mismo! ¡No había caído hasta ahora! Vaya, qué listo soy. Soy un lince. No sé cómo pudimos ganar la guerra. Tania, por favor... Acuérdate de cuándo dije eso.

—Lo recuerdo como si me lo estuvieses diciendo ahora mismo —dijo con los brazos cruzados.

—Entonces seguro que sabes que lo decía metafóricamente. Quería decir si te gustaría vivir en cualquier lugar cálido. ¡No me refería literalmente a éste!

—¿No?

Su exclamación no fue tan serena.

—¡Por supuesto que no! ¿Por eso compraste la tierra?

Al no responder Tatiana, Alexander se quedó sin habla. Había tantas cosas desconcertantes que no entendía de ella que simplemente no sabía dónde buscar las respuestas.

—Estás en medio de un Leningrado bloqueado, helado, con un frío de muerte —dijo—. Los alemanes te niegan hasta el papel de cartón con cola,

sin levadura, que te comes en lugar de pan. Yo menciono de pasada un lugar cálido del que conservo vagos recuerdos de mi infancia. Maldita sea, debería haber dicho Miami... ¿Habrías comprado la tierra allí, entonces?

—Sí.

—No puedes hablar en serio. Anthony, ven aquí, deja de perseguir las serpientes cascabel. Dime, ¿te gusta esto?

—Papá, es el lugar más divertido del mundo entero.

—¿Y qué me dices de los cactus cholla? ¿Son divertidos?

—¡Muy divertidos! Pregúntaselo a mamá. Ella dice que tienen espíritus maléficos; los llama los cactus del infierno. Díselo, mamá, son peores que la guerra.

Echó a correr dando saltos de alegría.

—Sí —dijo Tatiana—, mantente alejado de los cholla, Alexander. — Frunció el ceño.

—Creo que este calor os ha afectado a los dos. Tania, estamos en el interior, tanto... ¡que el aire no lleva agua ni siquiera con el viento!

—Ya lo sé.

Engulló una bocanada de aire caliente.

Se separaron, se alejaron, y se fueron a pensar por separado. Anthony recogía higos secos de las chumberas, Tatiana arrancaba las flores rojas y secas del ocotillo, y Alexander fumaba mientras contemplaba la tierra, la montaña y el valle que se abría a sus pies. El sol se escondió sosegadamente y cuando la luz se alteró una vez más, las colinas de roca se transformaron en un paisaje en llamas. Tatiana y Alexander extendieron una manta en el suelo, se sentaron hombro con hombro y rodilla con rodilla y contemplaron la puesta de sol mientras Anthony jugaba.

Alexander creía que Tatiana había estado pensando en cómo convencerlo para vender o no vender la tierra, pero lo que le dijo fue aún más desconcertante.

—Shura —le dijo—, dime, en Lazarevo, cuando ibas a volver al frente... solíamos contemplar las montañas de los Urales así, como ahora. Dime, ¿por qué no te quedaste?

Alexander se quedó atónito.

—¿Quedarme? ¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir. —Hizo una pausa—. ¿Por qué no decidiste... no volver?

—¿No volver a mi puesto de mando? ¿Te refieres a... desertar? — Tatiana asintió.

—¿Por qué no huimos... a los Urales? Podrías haber construido una isba para nosotros, podríamos habernos instalado allí, en el bosque, podríamos haber buscado piedras preciosas, haber vivido del trueque, podríamos haber cultivado alimentos... Nunca nos habrían encontrado.

Alexander meneó la cabeza sin comprender, y abrió las manos en actitud de perplejidad.

—Tatiana, por el amor de Dios —dijo—, ¿se puede saber qué estás pensando? ¿Se puede saber qué diablos te pasa por la cabeza, Tania? Y lo que es más importante, ¿por qué?

—No es una pregunta retórica. Me gustaría que me dices una respuesta.

—¿Una respuesta a qué? ¿A por qué no deserté del Ejército Rojo? En primer lugar, mi comandante, el coronel Stepanov, era un buen hombre... ¿lo recuerdas? Fue el que me dejó quedarme veintinueve días contigo en Lazarevo. Bien, pues habría acabado ante el pelotón de fusilamiento por tener un desertor en su brigada. Al igual que todos los tenientes y los sargentos con los que servía. Y tú y yo nos habríamos pasado el resto de nuestra corta y condenada vida huyendo. ¡Huyendo!

»Y nos habrían encontrado, como encuentran a todo el mundo. ¿Recuerdas lo que te conté de Germanovski? Lo encontraron en Bélgica después de la guerra, y nunca había puesto un pie en la Unión Soviética. Había nacido en Francia, su padre era diplomático. A Germanovski lo sentenciaron a diez años de trabajos forzados por no volver cuando había cumplido los dieciocho... ¡catorce años antes! Eso nos habría pasado a nosotros. Sólo que a nosotros nos habrían encontrado a los cinco minutos, la primera vez que hubiésemos intentado cambiar parte de esa preciosa malaquita de los Urales a juego con tus ojos. Todo se habría acabado en un suspiro, y esos cinco minutos de más los habríamos pasado mirando atrás

continuamente, para ver si nos perseguían. En otras palabras: la cárcel. ¿Es eso lo que habrías querido...?

Tatiana no le dejó terminar la frase, sino que se levantó de un salto y se fue. Sí, ¿en qué diablos estaba pensando? Pero al mismo tiempo, el sol estaba en llamas, y Alexander había pasado demasiado tiempo en lugares oscuros bajo el suelo, por lo que no fue tras ella sino que siguió sentado fumándose su cigarrillo, contemplando el crepúsculo desde lo alto de la colina.

Al regresar a la manta, Tatiana dijo:

—Sólo era una pregunta estúpida. —Le dio un golpecito en el hombro—. Sólo estaba pensando, no hablaba en serio.

—Ah, pues qué bien.

—A veces se me ocurren cosas absurdas, eso es todo.

—Absurdas, desde luego. Pero ¿en qué piensas? —Hizo una pausa—. ¿En cómo todo podría haber sido distinto?

—Algo así —dijo, con la mirada perdida en el vacío. A continuación le tomó la mano—. Las puestas de sol son muy bonitas, ¿verdad?

—Las puestas de sol son muy bonitas —convino Alexander.

Tatiana apoyó el cuerpo contra él.

—Shura, puede que ahora todo esto parezca arrasado por el sol y sea de color pardo, pero en primavera —dijo, con voz entrecortada— ¡el desierto de Sonora renace! Rebrotan las espuelas de caballero azul claro, los cardos blancos, las amapolas encendidas, el ocotillo rojo, los palo verdes azules y amarillos y las búgulas rojas. Hasta podemos plantar lilas y verbenas. Ya sabes cuánto te gustan las lilas —le susurró—. Y también crecen los cactus cholla y los cactus *pincushion*<sup>[1]</sup>...

Alexander le apretó la mano y arqueó las cejas. Aquélla sí era una conversación mucho más interesante...

—Cariño —dijo, bajando el tono de voz y mirando alrededor para asegurarse de que Anthony no podía oírlos—, en mi obscena jerga de soldado, *pincushion* sólo significa una cosa, y te aseguro que no tiene nada que ver con los cactus.

Tatiana lo censuró fingiéndose escandalizada y trató de apartarse de él, pero Alexander la asió, la puso de espaldas sobre la manta, inclinó el cuerpo encima de ella y dijo con voz ronca:

—Dime, ¿y también corren conejos por el desierto?

La vio ponerse colorada y olvidarse de todas las amapolas rojas y los cactus.

Alexander dejó que lo empujara, se levantara y se alejara corriendo de él. La persiguió primero a ella y luego a Anthony.

Alexander está filmando una película de cine mudo con ella, y Tatiana se mueve en planos entrecortados, animados e irregulares, al son de la manivela. Los brazos se mueven al compás de un lado a otro; los dientes le relucen, lleva el pelo alborotado y está radiante, corre tras Anthony, sus caderas prietas oscilan y se ondulan, vuelve a correr hacia Alexander, los díscolos pechos se mueven y se balancean; se detiene ante él, le tiende los brazos, «ven» —le dice—, «ven...» pero él sujeta la cámara temblorosa, no puede ir. Frunce su boca exquisita, su boca en blanco y negro... es un saludo, un soplo, un beso, un manantial que no deja de brotar, y de pronto, el rollo que se rompe. «¡Shura! ¡Shura! ¿Me oyes?», grita ella, y él baja la cámara y corre a perseguirla, y en algún lugar en el enebro siberiano la atrapa. Ella agita las pestañas de unos ojos que se entrecierran hacia arriba como un gato cuando ríe, separa los labios y suplica falsa y alegremente que la suelte. Tal vez algún día verán las películas de esa época, películas que habrán captado la ilusión, la dicha fugaz que es su juventud. Al igual que las cámaras soviéticas captaron una vez las instantáneas de otra Tatiana, de otro Alexander, en los escalones de piedra de iglesias donde se celebraban bodas o junto a sus hermanos ya desaparecidos.

Empapados de sudor y de arena, Alexander y el niño se quitaron las camisas y se desplomaron sobre la cubierta de la tienda de nailon mientras Tatiana remojaba una toalla en un cubo de agua y le refrescaba el pecho y la cara. En otro tiempo Alexander se había tapado el rostro con una toalla mojada pensando en ella, y en ese momento tenía una toalla mojada y la tenía a ella. Extendió el brazo como un oso y la tocó con sus zarpas... Sí, ella está allí.

—Ahora quiero la bahía de Biscayne... —gimió Alexander—. Quiero el golfo de México ahora mismo.

Y en ese momento se sorprendió bajo un cielo ya oscuro, y junto a un hijo dormido. Lucían todas las estrellas, incluso Júpiter. Tatiana acudió a su lado fuera después de acostar a Anthony en el interior de la caravana y vio que Alexander estaba en una silla plegable de plástico, fumando. Tenía otra silla a su lado.

Tatiana se echó a llorar.

—Oh, no —exclamó Alexander, tapándose la cara.

Tatiana le acarició la espalda, y le habló en voz baja, gimoteando:

—Gracias.

Y acto seguido se encaramó a su regazo y le tomó la cabeza entre las manos.

—Es que no entiendes nada —dijo él, restregando el pelo cortado a cepillo contra el cuello de Tatiana—. El regazo siempre ha sido mucho mejor.

Alexander había levantado una tienda para ellos y había preparado una fogata rodeada de piedras justo delante de la tienda.

—¿Sabes cómo he encendido el fuego? —dijo—. Sólo he tenido que acercar las astillas a una roca cinco segundos.

—Bueno, basta ya —dijo ella—. Basta de exageraciones sobre el calor que hace aquí.

Se sentaron encarados hacia el oeste, envueltos el uno en el otro, contemplando el oscuro valle.

—Cuando no estabas conmigo —le explicó Tatiana— y cuando creí que nunca ibas a volver a estar conmigo, compré estas tierras en lo alto de la colina. Por ti. Por todo lo que me enseñaste. Justo como tú me dijiste, había que estar siempre en lugares altos.

—Esa regla sólo sirve para las inundaciones y la guerra, Tatia. ¿Cuántas posibilidades hay aquí de que ocurra lo uno o lo otro?

Alexander permaneció con la mirada fija en la oscuridad.

—Amor mío... —susurró ella—, ahora no ves nada ahí abajo, pero ¿no te imaginas dentro de unos años, todas las luces parpadeantes de las calles,

de las casas, de las tiendas, de los demás habitantes del valle? Igual que Nueva York, este valle también estará iluminado, y podríamos sentarnos aquí como ahora y contemplarlo todo a nuestros pies.

—¡Pero si hace un segundo decías que teníamos que vender la tierra mañana!

—Sí. —Tatiana se mostraba cálida, abierta, hasta que una parte de ella se cerró, se volvió tensa como sus dedos. Su deseo nostálgico de ver florecer el desierto en primavera era muy fuerte, pero la desazón que le atenazaba el estómago también lo era—. Sólo es un sueño, Shura, ¿entiendes? Un sueño absurdo. —Lanzó un suspiro—. Pues claro que la venderemos.

—No, no vamos a venderla —dijo Alexander, haciéndole volver la cabeza hacia él—. Y ya no quiero hablar más del tema. —Tatiana señaló la tienda.

—¿Vamos a dormir ahí? —Le rodeó el cuello con las manos—. Yo no puedo. Mi valentía es pura fachada, como bien sabes. Me dan miedo los escorpiones.

—Bah, no te preocupes —dijo Alexander, aterrándole las costillas con las manos, oprimiéndole el cuello palpitante con sus labios, cerrando los ojos—. A los escorpiones no les gustan los ruidos fuertes.

—Pues eso es muy bueno —murmuró Tatiana, echando la cabeza hacia atrás—. Porque no van a oír ninguno.

Estaba muy equivocada respecto a eso... pues estrenaron aquellos noventa y siete acres, y Pinnacle Peak y Paradise Valley, y la Luna y las estrellas y Júpiter en el cielo, con su cópula ruidosa y los gemidos de placer de Tatiana.

A la mañana siguiente, cuando levantaron el campamento y recogieron sus cosas para seguir en dirección norte hacia el Gran Cañón, Alexander miró a Tatiana, Tatiana miró a Alexander, y ambos se volvieron y miraron a Anthony.

—¿El niño no se despertó anoche?

—El niño no se despertó anoche.



El niño estaba sentado a la mesa completando un puzle de Estados Unidos.

—¿Qué? —exclamó él—. ¿Acaso querías que se despertara anoche?  
Alexander dirigió la vista a la carretera.

—Eso sí que es interesante —reflexionó en voz alta, buscando su paquete de Marlboro—. Un sitio tranquilo para curarnos.

### *Tiempo perdido*

En Desert View, se detuvieron en la orilla eterna del Gran Cañón y miraron hacia el oeste, hacia el horizonte de calima azul y luego hacia abajo, hacia la serpiente del río Colorado. Siguieron conduciendo unos pocos kilómetros al oeste y se detuvieron en Lipan Point y luego en Grandview Point. En Moran Point se sentaron, se quedaron boquiabiertos y estuvieron caminando en silencio, incluso Anthony, que normalmente era tan hablador. Pasearon a la orilla del cañón por un sendero de bosque bajo los pinos ponderosa hasta Yavapai Point, donde encontraron un lugar resguardado donde sentarse a contemplar la puesta de sol. Anthony se acercó demasiado al borde y Alexander y Tatiana, a la vez, se levantaron de un salto y le gritaron, y el crío se echó a llorar. Alexander lo abrazó con todas sus fuerzas y sólo lo soltó después de trazar literalmente una línea en la arena y de decirle al chico que no la traspasase ni un centímetro, porque de lo contrario le aplicaría un castigo digno de la disciplina militar. Anthony se pasó todo el crepúsculo convirtiendo esa línea en una barricada de guijarros y ramitas.

El sol del cielo añil se escondió tras el cañón, tiñendo de azul carmesí los bosques reverdecidos de álamos de Virginia, de enebros y de píceas. Alexander dejó de pestañear, pues mientras el sol se ponía, las tonalidades del cañón se habían ido transformando, y no podía contener el aliento en el silencio, mientras aquel calor cinabrio caía como una capa de óxido sobre dos mil millones de años de templos antiguos de estratos de arcilla y limo fosilizado. Y desde la arenisca color crema de Cononino al esquisto negro

de Vishnu, todas las crestas, los precipicios, los barrancos y los Redwalls, y la pizarra, la arenisca y la piedra caliza desde Tonto a Tapeat, todo el rosa y el burdeos, y las lilas y los pinos, y los millones de años de un tiempo desaparecido... todo, absolutamente todo, estaba sumergido en un rojo bermellón.

—Dios nos está deleitando con todo un espectáculo de luz y color —dijo Alexander al fin, inspirando hondo.

—Está intentando impresionarte con Arizona, Shura —murmuró Tatiana.

—¿Por qué tienen esa forma las rocas? —Quiso saber Anthony.

Su barricada casi alcanzaba el medio metro de altura.

—Por el agua y el viento, la erosión del tiempo —respondió Alexander—. El río Colorado, más abajo, empezó como un riachuelo y se convirtió en una arrolladora inundación, y abrió este cañón a lo largo de varios millones de años. El río, Anthony, pese a la aversión que tu madre siente por él, es un catalizador para toda clase de cosas.

—Y es precisamente por esa catálisis por lo que tu madre le tiene tanta aversión —dijo la madre, acurrucándose bajo el brazo de Alexander.

Al final, éste se levantó y le tendió la mano.

—Al término de su semana geológica, Dios realizó un reconocimiento de sus rocas en el cañón más magnífico de todos los cañones de la Tierra que había creado y de toda la vida que contenían, y vio que en verdad eran algo magnífico.

Tatiana asintió, aprobando las palabras de Alexander.

—¿Quién dijo eso? ¿Sabes lo que dicen los navajos, que viven, caminan y mueren en estos parajes? —Hizo una pausa tratando de recordar—. «Con la belleza delante de mí, avanzo —dijo, extendiendo los brazos—. Con la belleza detrás de mí, avanzo. Con la belleza debajo de mí, avanzo. —No se oía un solo sonido procedente del cañón—. Con la belleza encima de mí, avanzo. —Siguió hablando despacio—. Termina en la belleza. —Levantó la cabeza—. Termina en la belleza».

—Mmm... —murmuró Alexander, dando una larga calada a su cigarrillo, eternamente colgado de sus labios—. Sustituye la palabra

belleza por aquello en lo que más creas —comentó— y obtendrás algo realmente interesante.



En la siniestra quietud nocturna de su acampada en Yavapai, Anthony dormía un sueño agitado en una de las tiendas, mientras Tatiana y Alexander lo escuchaban gimotear y moverse entre las sábanas, aguardando el momento de que se calmase, abrazados bajo una manta frente al fuego, a poco más de un kilómetro de las fauces negras del cañón. Temblaban, con sus demonios helados rondando la lana raída de la manta.

No hablaban. Al final, se tendieron delante del fuego, frente a frente. Alexander aguantaba la respiración y luego espiraba de golpe, con dificultad.

Al principio no dijo nada. No quería hablarle a Tatiana de las cosas que no se podían cambiar. Y sin embargo, el dolor que no podía olvidar se empeñaba en atormentarlo y en zaherirle el corazón de mil maneras distintas. Imaginaba a otros hombres que la tocaban cuando todos lo daban por muerto. Otros hombres cerca de ella, de la misma Tatiana que él tenía ahora cerca, y ella los miraba, y los tomaba de la mano para conducirlos a sus aposentos de viuda. Alexander no quería la verdad si no era la que él quería oír; no sabía cómo iba a soportar la verdad insoportable, y no se lo había preguntado en todo aquel tiempo, desde que había vuelto, pero allí estaban, juntos en el Gran Cañón, que parecía el lugar idóneo para las confesiones místicas.

Inspiró hondo.

—¿Te gustaba salir a bailar, Tatiana? —le preguntó.

—¿Cómo?

De modo que no pensaba responderle. Alexander se quedó callado.

—Cuando estaba en Colditz, esa fortaleza impenetrable, consumiendo mi vida, era algo que no dejaba de preguntarme.

—Parece como si siguieras allí, Shura.

—No —dijo—. Estoy en Nueva York, una mosca en la pared, intentando verte sin mí.

—Pero estoy aquí —le susurró.

—Sí, pero ¿cómo eras cuando estabas allí? ¿Eras una muchacha alegre? —La voz de Alexander estaba impregnada de tristeza—. Ya sé que no te olvidaste de lo nuestro, pero... ¿querías hacerlo, para poder ser feliz de nuevo como lo habías sido antes, para bailar sin dolor? —Tragó saliva—. ¿Para poder... volver a amar a alguien? ¿Era eso en lo que pensabas cuando te sentabas en los tablones del hospital Mercy? ¿Queriendo ser feliz otra vez, deseando volver a estar allí, en Nueva York, recitando a Emily Bronte para tus adentros? «Dulce amor de juventud, perdona si te olvido...».

Trataba de animarla a que hablase con claridad, pero era evidente que ella no quería claridad. Quería que las cosas siguiesen estando confusas, para poder negarlo todo.

—De acuerdo, Shura, si vamos a hablar de todo esto, si vamos a sacar todo lo que llevamos dentro, entonces dime qué quisiste decir cuando me dijiste que estaba marcada por el Gulag. Dime qué te pasó.

—No. Yo... olvídale. Yo...

—Dime qué te pasó cuando desapareciste cuatro días enteros en Deer Isle.

—Cada vez es más tiempo. Apenas estuve fuera tres días. Antes, dime en qué pensabas tú en el hospital Mercy.

—Muy bien, de acuerdo, no hablemos de ello.

Alexander le presionó la espalda con sus dedos insistentes. Le metió las manos bajo la chaqueta, bajo la blusa, sobre los hombros desnudos.

La volvió de espaldas y se arrodilló a horcajadas encima de ella, con el fuego y las fauces negras a sus espaldas. No había consuelo, no había paz, supuso con un suspiro, ni siquiera en los templos del Gran Cañón.



Los gimoteos de Anthony se convirtieron en un llanto histérico.

—¡Mamá, mamá!

Tatiana tuvo que correr a su lado. El niño se tranquilizó, pero ella se quedó en su tienda. Al final, Alexander entró sigilosamente y se colocó de lado detrás de ella en aquella tienda diminuta, sobre el suelo duro.

—Sólo es una fase, Shura —dijo Tatiana, como tratando de apaciguarlo a él también—. Ya pasará. —Hizo una pausa—. Como todo.

La impaciencia y la frustración de Alexander también le abrasaban la garganta.

—No dirías eso si supieses lo que sueña.

Tatiana se puso tensa entre sus brazos.

—¡Ah! —Alexander levantó la cabeza para mirarla en la oscuridad. A duras penas veía el contorno de su cara bajo la luz difusa del fuego, que se colaba por los faldones entreabiertos de la tienda—. ¡Lo sabes!

Tatiana parecía acongojada al asentir con la cabeza. Siguió cabizbaja; tenía los ojos cerrados.

—¿Lo has sabido todo este tiempo?

Ella se encogió de hombros despacio.

—No quería disgustarte.

Al cabo de un momento de silencio perturbador, habló Alexander.

—Tatiana, ya sé que piensas que al final todo mejorará, pero... sólo va a ir a peor, ya lo verás. Nunca va a superar el hecho de que lo abandonarás.

—¡No digas eso! Lo superará. Es sólo un niño...

Alexander asintió, pero no porque estuviera de acuerdo.

—Recuerda mis palabras —dijo—. No lo superará.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? —exclamó, enfadada—. ¿Que no debería haberme ido? Te encontré, ¿no? ¡Esta conversación es sencillamente ridícula!

—Sí —susurró—. Pero dime, si no me hubieses encontrado, ¿qué habrías hecho? ¿Habrías vuelto a Nueva York y te habrías casado con Edward Ludlow? —Alexander permaneció indiferente a su rigidez y a sus muestras de incredulidad—. Anthony, para empezar, tenga razón o no, cree que no habrías vuelto nunca. Que aún seguirías buscándome en los bosques de taiga.

—¡No es verdad! —Volviéndose bruscamente hacia él, Tatiana repitió —: No. No lo piensa.

—¿Has oído lo que sueña? Su madre tenía una elección. Cuando lo dejó, sabía que había una posibilidad muy real de que lo estuviese abandonando para siempre. Ella lo sabía... y pese a todo, lo dejó. Ése es su sueño. Eso es lo que él sabe.

—¡Alexander! ¿Estás siendo cruel a propósito? ¡Déjalo ya!

—No estoy siendo cruel. Sólo quiero que dejes de fingir que Anthony no está pasando por eso, que sólo es algo sin importancia. Eres tú la que cree ciegamente en las consecuencias, como no dejas de repetirme. Así que cuando te pregunto si mejorará, no finjas que no sabes de qué te estoy hablando.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas a mí, eh? Es evidente que eres tú quien tiene todas las respuestas.

—No me vengas con sarcasmos. —Alexander tomó aire—. ¿Sabes lo que es muy interesante?

—No. Chsss.

—Tengo pesadillas en las que sueño que estoy en Kolima —dijo Alexander en tono sombrío—. Comparto un catre, un catre sucio y pequeño con Ouspenski. Aún seguimos esposados los dos juntos, y estamos debajo de una manta. Hace un frío de muerte. Pasha ha muerto hace mucho tiempo. —Alexander se tragó las piedras de la garganta—. Abro los ojos y me doy cuenta de que todo esto, absolutamente todo, Deer Isle, Coconut Grove, Estados Unidos... ha sido en realidad el sueño, tal como me temía. Sólo es otra mala pasada que nos juega la mente a los que estamos locos. Me levanto de la cama de un salto y salgo corriendo de los barracones, arrastrando el cadáver putrefacto de Ouspenski conmigo hacia la tundra helada, y Karolich sale corriendo tras de mí, persiguiéndome con su arma. Cuando me atrapa, y siempre me atrapa, me golpea en la garganta con la culata de su rifle. «¡Vuelve a los barracones, Belov! Te acaban de caer otros veinticinco años. Esposado a un hombre muerto», me dice. Cuando me levanto de la cama por las noches, no puedo respirar, como si me acabasen de golpear en la garganta.

—Alexander —dijo Tatiana de forma casi inaudible, apartándolo con manos temblorosas—, te lo he suplicado. ¡Te lo he suplicado! ¡No quiero oír todo esto!

—Anthony sueña que no estás. Yo sueño que no estás. Es tan visceral... cada vaso sanguíneo de mi cuerpo lo siente. ¿Cómo voy a ayudar a nuestro hijo si ni siquiera puedo ayudarme a mí mismo?

Tatiana protestó con un gemido.

Alexander permaneció tumbado en silencio detrás de ella, interrumpido en medio de la frase, en medio del dolor. Ya no podía soportarlo más. Le faltó tiempo para salir corriendo de la tienda. No dijo nada, sólo se marchó.



Tatiana se quedó dentro con Anthony. Tenía frío. Cuando el niño se hubo dormido profundamente al fin, salió sin hacer ruido de la tienda. Alexander estaba sentado envuelto en una manta junto al fuego mortecino.

—¿Por qué siempre haces eso? —Se dirigió a ella fríamente, sin volverse—. Por un lado me llevas a mantener conversaciones ridículas y te enfadas porque no te hablo claro, pero cuando te hablo claro sobre cosas que verdaderamente me atormentan, me cierras la boca.

Tatiana se quedó perpleja. Ella no hacía eso, ¿o sí?

—Oh, sí —dijo él—. Ya lo creo que haces eso.

—No era mi intención disgustarte.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Lo siento —dijo—. No puedo evitar ser incapaz de hablar de los sueños horribles de Anthony. Ni de los tuyos. —Ya tenía bastante con su propio horror.

—Bien, pues vete, entonces, vuélvete a la tienda, anda. —Él siguió sentado y fumando.

Ella tiró de él, pero Alexander se apartó bruscamente.

—Ya te he dicho que lo siento —murmuró Tatiana—. Por favor, vuelve dentro. Tengo mucho frío, y ya sabes que no puedo dormirme sin ti. Venga.

—Bajó la voz al inclinarse hacia su oído—. Vámonos a nuestra tienda...

En la tienda, Alexander no se desvistió, sino que se dejó los calzoncillos largos para meterse en el interior del saco de dormir. Ella lo observó un momento, tratando de figurarse qué era lo que él quería de ella, qué era lo que debía hacer, lo que podía hacer. ¿Qué era lo que necesitaba él?

Tatiana se desnudó. Desnuda e indefensa, frágil y sensible, se metió dentro del saco de dormir y se acurrucó contra el brazo hostil de él. Quería que Alexander supiese que no llevaba armas ocultas.

—Shura, lo siento —murmuró—. Lo sé todo sobre mi hijo. Sé cuáles son las consecuencias de haberlo abandonado, pero no hay nada que pueda hacer ahora. Sólo tengo que intentar hacer que se sienta mejor. Y el hecho es que ahora tiene a su madre y a su padre a su lado. Espero que algún día, en el futuro, eso significará algo para él, el hecho de tener a su padre a su lado. Que el equilibrio natural de las cosas se restablecerá de algún modo gracias al bien que se deriva de mi acto imperdonable.

Alexander no decía nada. No la tocaba tampoco. Tatiana le puso la mano en el vientre y lo acarició.

—Tengo tanto frío, Shura... —le susurró—. Tienes a una chica desnuda pasando frío en tu tienda.

—El frío es bueno.

Apretando el cuerpo contra él, Tatiana abrió la boca y él la interrumpió cuando estaba a punto de murmurarle algo.

—Deja ya de hablar de una vez. Déjame dormir.

Ella tomó aire, contuvo las palabras y trató de acercarlo a ella, pero él siguió mostrándose impasible.

—Olvida el consuelo, olvida la paz —dijo Alexander—, pero ¿qué clase de alivio crees que voy a obtener contigo si estás así de cerrada y enfadada? No puede decirse que esta noche seas toda gentileza, precisamente.

—¿Y tú, tú no estás enfadado? —repuso ella despacio—. Al menos yo no te estoy molestando, ¿no?



Permanecieron tumbados el uno junto al otro. Alexander bajó a medias la cremallera del saco y se incorporó. Después de abrir los faldones de la tienda para que entrase algo de aire, se encendió un cigarrillo. De noche hacía frío en el cañón. Tiritando, Tatiana lo observó, sopesando sus opciones, calculando las distintas permutaciones y combinaciones, tratando de despejar el factor equis, previendo las distintas maniobras posibles, y luego acercó la mano a tientos hasta el muslo de él.

—Dime la verdad —dijo Tatiana con sumo cuidado—. Dímelo, aquí y ahora: los años sin mí... en el batallón disciplinario... en las aldeas de Bielorrusia... ¿De veras no estuviste nunca con ninguna mujer, como me dijiste, o era mentira?

Alexander siguió fumando.

—No era mentira, pero no tenía mucha elección, ¿no crees? Ya sabes dónde estuve: en Tijvin, en prisión, en el frente, siempre con hombres. Yo no estaba en Nueva York con el pelo suelto y rodeada de hombres rebosantes de munición de otro tipo.

—En primer lugar, nunca me dejaba el pelo suelto —respondió ella, sin ceder a la provocación—, pero tú me dijiste que una vez, en Lublin, sí tuviste una ocasión.

—Sí —dijo—. Estuve a punto con la chica de Polonia.

Tatiana esperó, escuchando. Alexander prosiguió.

—Y luego, después de que nos capturaron, estuve en campos de prisioneros de guerra y en Colditz con tu hermano, y luego en Sachsenhausen... sin él. Primero, combatiendo con hombres, luego vigilado por hombres, golpeado por hombres, interrogado por hombres, disparado por hombres, tatuado por hombres. Pocas mujeres en ese mundo. —Alexander se estremeció.

—Pero... ¿había algunas mujeres?

—Algunas, sí.

—¿Y... quedaste marcado por una esposa del Gulag?

—No seas ridícula, Tatiana —le espetó él, en voz baja y cansada—. No dividas mis palabras por tus falsas preguntas. Ya sabes que lo que te dije no tiene nada que ver con eso.

—Entonces, ¿qué querías decir con eso? Dímelo. Yo no sé nada. Dime adónde fuiste cuando me dejaste en Deer Isle durante cuatro días. ¿Estuviste con una mujer entonces?

—¡Tatiana! ¡Dios!

—No me estás contestando.

—¡No! ¡Por el amor de Dios! ¿Acaso no me viste cuando volví? Ya basta de todo esto, me estás ofendiendo.

—¿Y tú no me ofendes con tus absurdas preocupaciones? —le susurró.

—¡No! Tú me creías muerto. En Nueva York no estabas traicionándome, estabas siguiendo con tu vida de viuda alegre. Hay una gran diferencia, joder.

Al oír su tono de voz, Tatiana se abstuvo de seguir con los ataques verbales, a pesar de que habría querido responderle: «Evidentemente, tú no crees que haya una diferencia tan grande». Pero sabía hasta dónde podía llegar con él.

—¿Por qué no me dices dónde estuviste en Maine? —insistió con un susurro—. ¿Es que no ves acaso el miedo que tengo?

Se sentía furiosa porque no lo veía dispuesto a reconfortarla. Nunca estaba dispuesto a reconfortarla.

—No quiero decírtelo —respondió Alexander— porque no quiero que te enfades.

Tatiana se asustó tanto al oír su voz apagada que optó por cambiar de tema y hablar de otras cosas igual de innombrables.

—¿Y mi hermano? ¿Tuvo él una mujer en prisión?

Alexander aspiró intensamente el humo del cigarrillo.

—No quiero hablar de él.

—Muy bien, estupendo. Así que no hay nada de lo que quieras hablar.

—Eso es.

—Bien, pues buenas noches entonces.

Tatiana le dio la espalda, un gesto verdaderamente simbólico, el de volver la espalda estrecha y desnuda a un hombre enorme y vestido que yace a tu lado en el mismo saco de dormir.

Alexander inhaló el humo y luego, con un brazo, la obligó a volverse hacia él de nuevo.

—No me des la espalda cuando estamos así —dijo—. Si quieres una respuesta, una muchacha de la lavandería en Colditz se enamoró de tu hermano y se lo hizo gratis.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Tatiana.

—Sí, todas se enamoraban de él. Se le daban muy bien las chicas —dijo, despacio. Se acercó el máximo posible al lado inaccesible de Alexander—. Casi tanto como a ti —susurró con voz herida.

Alexander no dijo nada, y Tatiana hizo todo lo posible por dejar de temblar.

—En Luga, en Leningrado... Pasha siempre estaba enamorado de una chica u otra.

—Creo que confundía el amor con otra cosa —le comentó Alexander.

—¿A diferencia de ti, Shura? —susurró, deseando desesperadamente un poco de complicidad por parte de él.

—A diferencia de mí —fue su lacónica respuesta. Tatiana permaneció callada.

—¿Tú también tenías tu muchacha de la lavandería? —preguntó con el corazón en un puño.

—Ya sabes que sí. ¿Quieres que te hable de ella? —Alexander tiró el cigarrillo, se inclinó sobre Tatiana y le puso la mano entre las piernas. Así, sin más. Sin besos, sin caricias, sin susurros, sin preámbulos... sólo la mano entre las piernas—. Me vuelve loco —dijo—. Me desconcierta. Me apabulla y me enfurece.

Metió la otra mano bajo la cabeza de ella, entre el pelo.

—Y te es sincera. —Tatiana intentó quedarse quieta. No se sentía desconcertante ni apabullante en ese momento, sino horriblemente vulnerable: desnuda y pequeña en completa oscuridad y ante el abrumador cuerpo vestido de él, demasiado fuerte a su pesar, encima de ella, con su poderosa mano de soldado en la parte más vulnerable del cuerpo de Tatiana. Se le olvidó su misión, que consistía en aliviarlo y reconfortarlo

de aquello que lo atormentaba—. Y te lo da todo gratis —le susurró, agarrándole el suéter con las manos.

—¿A esto lo llamas tú gratis? —inquirió él. Milagrosamente, sus dedos de yemas duras la acariciaban con una delicadeza infinita. ¿Cómo lo conseguía? Podía levantar la Nomad con aquellas manos si era necesario, tenía las manos más fuertes del mundo, y no siempre eran delicadas con ella, pero sí la trataban con una delicadeza infinita en un sitio tan sensible que la avergonzaba antes de que los dedos de él la dejaran sin sentido—. No me engañas, Tatiana, con tus preguntas inversas —le dijo—. Sé exactamente qué estás haciendo.

—¿Y qué estoy haciendo? —preguntó ella con voz espesa, tratando de no moverse ni de gemir.

—Les das la vuelta y las diriges contra mí. Si yo, un pecador irredimible, me mantuve sin mácula, entonces tú también.

—Es evidente, amor mío, que tú no eres irredimible...

Tatiana echó la cabeza hacia atrás.

—Si el corpulento Jeb no hubiese dado un paso en falso, te habrías entregado a él —dijo Alexander, deteniéndose tanto de palabra como de obra. La pausa sólo hizo que Tatiana temblase aún más—. Si Edward hubiese dado un paso, si hubiese dado un solo paso más adelante... — Tatiana no pudo evitarlo, se movió y emitió un jadeo entrecortado... se lo habrías dado gratis.

A Tatiana le costaba trabajo hablar.

—Eso no es verdad —dijo—. ¿Qué crees? ¿Que no podría haberlo hecho? —Volvió la cara hacia el pecho de Alexander, con el cuerpo completamente tenso—. Claro que podría haberlo hecho. Sabía lo que querían, pero... —Le costaba trabajo pensar—. Pero no lo hice. — Alexander respiraba con dificultad y no dijo nada—. ¿Por eso estás tan distante conmigo?

—¿Qué es lo que está distante, Tania?

Era irónico en ese preciso momento acusarlo de eso. Las suaves embestidas y las caricias rítmicas de sus dedos fueron demasiado para ella, y aferrándose a él, le susurró de forma inaudible «espera, espera»,

pero Alexander se inclinó y le succionó el pezón con la boca, incrementando casi imperceptiblemente la presión y la fricción contra ella, y Tatiana ya no pudo seguir exclamando un inaudible «espera, espera», sino un rotundo y sonoro «sí, sí...».

Cuando pudo volver a hablar, Tatiana dijo:

—Venga, ¿con quién estás hablando? —Tiró de la ropa de él—. Mírame, Shura.

—Está oscuro y el fuego se ha apagado, no veo nada.

—Pues yo sí puedo verte. Brillas tanto que me ardes en los ojos. Ahora, mírame. Soy tu Tania, pregúntame, pregúntame lo que quieras. Yo no te miento. —Dejó de hablar. «No le miento a mi marido, aunque sí hay cosas que no le cuento a mi marido, como que vuelve a haber unos hombres subiendo por la colina que vienen a buscarte, y tengo que hacer todo cuanto esté en mi mano para protegerte, así que no puedo consolarte tan bien como querría porque ahora mismo tengo más frentes abiertos de los que piensas»—. En Lazarevo —siguió diciéndole, tratando de darle ese consuelo, esa verdad que Alexander tanto deseaba, sintiendo su rostro encima de ella—, te llevaste mi virginidad y yo te di mi mano y mi palabra. Es la única palabra que mantengo.

—Sí —susurró él; su aliento cargado de humo seguía el golpeteo tenso de su corazón—. Sí, me llevé tu virginidad una vez hace mucho tiempo. —Dejó los dedos levemente en ella—. Pero en Nueva York tú creías que estaba muerto.

—Sí, y te guardaba luto. Tal vez al cabo de veinte años me habría casado con el galán local, pero no lo hice. No estaba lista y no era feliz, ni tampoco estaba alegre. Tu hijo estaba en el dormitorio, Alexander, tu hijo. Aunque puede que saliese a bailar algunas veces, tú sabes mejor que nadie que no olvidé a mi dulce amor de juventud —murmuró, y añadió casi inaudiblemente—: Dejé a nuestro hijito porque no te olvidé y porque no podía olvidarte.

La palma de la mano de Alexander, en actitud de disculpa, le resultó cálida y reconfortante al tacto. De modo que sí estaba dispuesto a reconfortarla...

—No es necesario que te disculpes —continuó—. Es algo que te preocupa, ¿verdad? Pero ya te dije la verdad en Alemania. Yo no te miento, sería incapaz de mentirte. No me tocó nadie, Shura. Ni siquiera en Nueva York como tu viuda alegre. —Gimió de deseo.

Él la miró en la noche oscura, tenso, con el corazón encogido, y le preguntó en un susurro:

—¿Te besó alguno, Tatiana?

—Nunca, amor mío, Shura —contestó ella, tumbada de espaldas, rodeándolo con los brazos—. Nunca me ha besado otro más que tú. ¿Por qué te torturas por nada?

Se besaron apasionadamente y con ternura, abierta y dulcemente.

—Bueno, mira las ridículas preguntas que no dejas de hacerme tú —contestó, y se despojó de la camiseta y los calzoncillos largos como un erizo enorme e hirsuto dentro de un saco—. Preocupada por las mujeres de Bielorrusia, de Bangor... Eso no es nada, ¿no? Lo es todo.

Se encaramó encima de ella en el saco abierto. Tatiana se llevó las manos encima de la cabeza, él las sujetó por las muñecas y luego le cubrió la boca con los labios.

—Y por fin —dijo él cuando se hubo saciado y las palmas de ella le arañaban la espalda— sí hay alivio, un alivio bendito.

Con el cigarrillo apagado hacía una eternidad, Tatiana permaneció entre los brazos de él y Alexander siguió acariciándola. ¿Estaban a punto de quedarse dormidos? Ella creía que él tal vez sí, pues el movimiento de las manos en su espalda se había hecho más lento. Sin embargo, allí, en Yapavai, en los santuarios silenciosos del cañón fluvial de Dios, labrado centímetro a centímetro por el tenaz, el implacable y serpenteante río Colorado, aquél era tan buen momento como cualquier otro para que Tatiana tratase de provocar su propia y leve erosión del caparazón que recubría a Alexander.

—Shura, ¿por qué estoy marcada por el Gulag? —le susurró—. Dímelo.

—Oh, Tania, no eres tú. ¿Es que no lo entiendes? Yo estoy contaminado por las atrocidades que he visto, por las cosas que he vivido.

Ella le acarició el cuerpo, le besó las heridas del pecho.

—Tú no estás contaminado —dijo—. Eres humano y sufres, y luchas... pero tu alma está limpia.

—¿Eso crees?

—Lo sé, Shura.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque —susurró— la veo. Desde el primer momento que te toqué en aquel autobús, vi tu alma. —Presionó sus labios sobre el labio de Alexander—. Y ahora cuéntamelo todo.

—Tú no quieres escucharlo.

—Lo haré. Sí quiero.



Y Alexander le habló de las violaciones en grupo y de las muertes en los trenes. Tatiana estuvo a punto de decirle que tenía razón, que no quería escuchar todo aquello. Las violaciones no sucedían tan a menudo, le contó, no era necesario en los campos. En los trenes de transporte, aquellas agresiones y las muertes posteriores ocurrían a diario, pero en Katowice, Colditz o Sachsenhausen, la mayoría de las mujeres se vendían o traficaban con sexo, o incluso se ofrecían gratis a extraños, rápido, antes de que los guardias entrasen y les diesen una paliza y luego se lo cobrasen ellos por su cuenta.

Alexander le habló de las mujeres de Sachsenhausen. Cuando Tatiana le dijo que no recordaba haber visto a ninguna mujer en Sachsenhausen, Alexander le contestó que para cuando ella llegó, todas se habían ido. Pero antes de su llegada, los guardias que odiaban a Alexander lo pusieron al mando de la construcción de un muro de ladrillo para sustituir la valla de alambrada que separaba los dos barracones femeninos de los dieciséis masculinos. Los guardias sabían que la construcción de aquel muro pondría en peligro la vida de Alexander, pues hasta entonces la alambrada había resultado enormemente útil para facilitar el intercambio de favores sexuales: las mujeres se acercaban a la valla y se ponían a cuatro patas

fingiendo estar fregando el suelo mientras los hombres se arrodillaban en el suelo, con cuidado de no lastimarse con las púas oxidadas. Tatiana sintió un escalofrío.

*Así que construyó el muro. Con metro y medio de altura, no era lo bastante alto. Por las noches, los hombres se encaramaban al muro y las mujeres también. Instalaron una torre de vigilancia y un vigilante montaba guardia las veinticuatro horas para impedir cualquier encuentro sexual. Los escarceos en el muro continuaron. Ordenaron a Alexander aumentar la altura del muro a más de dos metros. Una tarde, durante la construcción, se vio acorralado en los barracones por ocho prisioneros furiosos y armados hasta los dientes con hachas y sierras de talar árboles. Alexander no perdió el tiempo hablando, enarboló la cadena que llevaba en las manos y se puso a hacerla girar en el aire. La cadena golpeó en la cabeza a uno de los hombres y le abrió el cráneo. Los demás salieron huyendo.*

*Alexander terminó el muro.*

*Con más de dos metros de altura, el muro seguía sin ser lo bastante alto. Un hombre se subía a los hombros de otro, luego se encaramaba en el muro y a continuación ayudaba a subir al que estaba abajo. Los guardias de la prisión electrificaron la parte superior del muro e instalaron otra torre de vigilancia.*

*Los hombres soportaban descargas eléctricas en el cuerpo, pero seguían encaramándose al muro para llegar a las mujeres del otro lado.*

Tatiana preguntó por qué los guardias no aumentaron la intensidad de la descarga en lo alto del muro para matar en el acto al hombre que lo tocara, y Alexander le contestó que tenían que conservar con vida a su mano de obra. Se habrían quedado sin hombres en los grupos de tala de árboles si hacían letal la descarga. Además, aquello consumía demasiada electricidad. Al fin y al cabo, los guardias también necesitaban luz en sus barracones.



—En la casa del comandante, Karolich tenía que comer y dormir rodeado de confort, ¿verdad, Tatiana?

—Así era, Shura. Aunque ahora no debe de disfrutar de demasiado.

—El muy hijo de puta...

Tatiana tenía la mano apoyada en el corazón de él, y la cara apretada contra los músculos de su pecho, en la cicatriz de metralla recuerdo de Berlín, que siempre rozaba con sus labios cuando lo abrazaba así.

*Alexander recibió nuevas órdenes de elevar la altura del muro a tres metros y medio.*

*Uno de sus ayudantes dijo:*

*—Ya estuvieron a punto de liquidarte por un muro de dos metros. Por un muro de tres metros y medio te matarán seguro.*

*—Que lo intenten —dijo Alexander, que nunca iba a ninguna parte sin su cadena enrollada en la mano derecha.*

*Para añadir elementos de protección le había clavado unos cuantos clavos en el taller. Tuvo que emplearla de nuevo... dos veces.*

*El muro llegó a los tres metros y medio de altura, y aun así los hombres seguían trepando. El cable eléctrico recorría la parte superior. Y aun así los hombres seguían trepando. Colocaron una alambrada alrededor del cable eléctrico. Y aun así los hombres seguían trepando.*

*Las enfermedades venéreas, los abortos, pero lo que era aún peor, los continuos embarazos (lo más incongruente de todo aquello) hacían imposible el funcionamiento de la prisión. Al final subieron a todas las mujeres a unos camiones y las trasladaron a cien kilómetros al este de allí, a las minas de tungsteno. Alexander supo más tarde que había habido un derrumbamiento en la mina durante una de las explosiones y que todas las mujeres habían muerto.*

*Los hombres dejaron de encaramarse al muro y empezaron a enfermar, a intentar huidas suicidas, a ahorcarse con sábanas, a caerse por los pozos de las minas, a cortarse el cuello unos a otros por cualquier pelea ridícula. Las cuotas de producción seguían sin contar con el número*

*suficiente de hombres. Los guardias ordenaron a Alexander derribar el muro y empezar a cavar más fosas comunes.*

Alexander dejó de hablar y Tatiana se recostó pesadamente a su lado. De repente se sentía como si pesara cien kilos; no conseguía moverse.

—Durante los años que pasé lejos de ti, solía soñar con tocarte —le dijo Alexander a Tatiana—. Pensaba a cada rato en la calidez y el alivio de tu cuerpo. Pero durante todo ese tiempo, lo único que veía era mujeres tratadas salvajemente, y tu imagen, en lugar de permanecer intacta, sagrada, fue disminuyendo, y mis pensamientos y mis sueños contigo se convirtieron en una tortura. Ya sabes cómo funciona esto: si se vive como un animal, se acaba soñando como un animal. Y al final desapareciste por completo. —Hizo una pausa y asintió en la oscuridad—. Y eso es lo que quiero decir con lo de marcada. Y de repente, después de que hubieses huido incluso en mis recuerdos, te vi en el bosque, una visión evanescente de ti jovencísima. No fue un sueño, ¡te vi de veras! Estabas riendo, saltando, tan angelical como siempre, sólo que nunca te habías sentado en nuestro banco de Leningrado, nunca habías llevado tu vestido blanco el día que Hitler invadió la Unión Soviética. Yo había estado de patrulla en otro sitio, o tú habías ido a otro lugar, y no había nadie por quien cruzar la calle. Así que en aquellos bosques, me mirabas como si no me hubieses conocido nunca, como si no me hubieses amado nunca. —Se le quebró la voz—. Fue entonces cuando empecé con mis tentativas suicidas de fuga, diecisiete en total. Eran aquellos ojos tuyos los que me perseguían por todo Sachsenhausen —dijo Alexander con voz de ultratumba—. Puede que yo no sintiese nada, pero no podía vivir, no podía permanecer ni un minuto más en esta vida creyendo que tú tampoco sentías ya nada. Tus ojos inexpresivos eran para mí la muerte. —Tatiana estaba llorando.

—Oh, Dios... Shura, mi amor... —le susurró, envolviéndolo con los brazos, con las piernas. Se encaramó encima de él dentro del saco de dormir. No podía acercarse a él todo lo suficiente, todo lo necesario—. Sólo fue un mal sueño. Mis ojos nunca te mirarán sin reconocerte.

Él la miró fijamente, con el rostro a escasos centímetros del suyo.

—Entonces, ¿por qué siempre me miras como si te faltase algo, Tania?

No consiguió sostenerle la mirada dolida, ni siquiera en la oscuridad de la noche. Inspirando hondo, contestó:

—No me falta nada, sólo te estoy buscando. Te busco por los bosques de taiga, busco al Alexander que dejé atrás a un millón de kilómetros de aquí, en las orillas alfombradas de agujas de pino de Lazarevo, o en la tienda de cuidados intensivos de Morozovo. En eso es en lo que pensaba cuando iba al hospital Mercy.

No era sólo en eso en lo que pensaba en el hospital: después de llamar a Esther esa misma mañana, Tatiana había sabido de la insistencia, la implacabilidad y la gravedad con que Sam Gulotta seguía tratando de localizarlos. El miedo había devorado su sensatez, y Tatiana había desaparecido y perdido la noción del tiempo. Esa noche tragó saliva y siguió hablando:

—¿Qué podía hacer entonces que ahora parece que no puedo hacer? En eso es en lo que no dejo de pensar. ¿Qué puedo hacer para que vuelvas, para traerte de vuelta? ¿Qué puedo hacer para hacerte feliz? ¿Qué puedo hacer para ayudarte? ¿Dónde estás?

Alexander permaneció callado. Luego, apartó a Tatiana de su lado. Ella se tendió detrás de él, besando con ternura una cicatriz irregular que le surcaba la espina dorsal, escuchando el retumbar atronador de su corazón a través de sus omóplatos.

Al final, se decidió a hablar.

—¿Quieres saber dónde estaba en Maine?

—No.

—Estaba intentando encontrar a ese hombre.

—¿Y... —preguntó Tatiana con voz trémula, acercando la frente a su espalda—... lo encontraste?

—Obviamente no —respondió Alexander—. Tenía la sensación de haberlo estropeado todo, hasta el fondo, de que todo era una gran mentira. No sabía quién era; yo tampoco reconocía al hombre que había vuelto contigo de Berlín. Tú querías al muchacho al que habías conocido en 1941, al muchacho al que amabas, al muchacho con el que te casaste. Yo no

podía encontrarlo... pero tampoco podía encontrarte a ti, detrás de tus ojos inquisitivos. Veía otras cosas en ellos: preocupación por mí, angustia... La mirada de compasión que derramabas sobre el coronel Moore, sí, es verdad, se multiplicaba por cien cuando me mirabas a mí, pero como ya sabes, yo no quería tus ojos de lástima, ni tus manos de lástima tampoco. El muro entre nosotros parecía medir treinta metros, y no tres y medio. No podía soportarlo. Habías conseguido arreglártelas tan bien sin mí, mientras yo no estaba, y luego había aparecido de nuevo y estaba estropeándolo todo. El coronel y yo, los dos necesitábamos estar en ese hospital militar. Fuimos, pero no tenían sitio para mí. No había sitio para mí allí ni tampoco había sitio para mí contigo, a tu lado. No había sitio para mí en este mundo.

Se había llevado consigo sus armas y le había dejado a ella su dinero. Tatiana jadeaba de estupor en sus propias manos, tratando de conservar la calma y no desmoronarse por completo.

—No puedo creer que estés diciendo eso —dijo—. No puedo creer que estés diciéndome todas esas cosas en voz alta. No me las merezco.

—Ya lo sé —repuso Alexander—. Por eso es por lo que no te lo he dicho. Nuestro hijo te necesitaba. Él tiene toda su vida por delante. Creí que al menos todavía podrías ayudarlo a él, que a él sí podrías salvarlo.

—Oh, Dios mío... pero ¿y tú? —preguntó Tatiana—. Shura, tú necesitabas mi ayuda desesperadamente.

«Y todavía la necesitas», quiso añadir. Intentó enjugarse las lágrimas, pero era inútil.

Él se volvió para mirarla de frente y se quedó tendido de costado.

—Lo sé. —Alexander le tocó los ojos, los labios, el corazón...—. Por eso volví —susurró Alexander, acariciándole la cara con la mano—. Porque quería que alguien me salvara, Tatiasha.

Tatiana durmió muy mal, como si fuese a ella a quien golpearan repetidamente en el cuello con la culata del rifle. Esperaban que el paso del tiempo los salvase: un mes aquí, otro allí, un mes sin mosquitos y nieve... el tiempo era como la tierra fresca sobre una tumba abierta. Tal vez el ruido de los cañones no tardaría en enmudecer, y puede que los

lanzacohetes dejasen de emitir sus silbidos desde el suelo. Aunque no todavía. «Nos habríamos pasado el resto de nuestra corta y condenada vida huyendo. En otras palabras, la cárcel».



«Quería que alguien me salvara, Tatiasha».

«Más cerca de ti —le había susurrado Alexander la noche anterior, antes de quedarse dormido—. Aunque sea una cruz la que me resucite».

Arriba, arriba, en marcha, fugitivos, sin salvación, a través de Desolation Canyon, a través de las llanuras de sal de Utah, a través de las montañas de Sunrise Peak, hasta donde el vino inundaba el valle.

## Capítulo 4

### Vianza, 1947

#### *Las alegres burbujas del Bisol Brut*

¡Y vaya si inundaba el vino aquel valle! Chardonnay, cabernet, merlot, pinot noir, sauvignon franc, sauvignon blanc... pero el vino espumoso era el más delicioso de todos, afrutado, suave, con aroma a frutos secos, un estallido de placer en boca con todo su sabor a manzana verde y cítricos, y las burbujas atrapadas en la botella para alcanzar efervescencia y el disfrute máximos.

Había sido la familia Sebastiani quien los había atraído. Italianos, dirigían su minúscula bodega californiana a la que se accedía, por una serpenteante y accidentada carretera flanqueada de árboles y envuelta en niebla, entre otras extensiones de viñedos que iban desde las montañas Mayacamas en el este y las Sonomas en el oeste. Los Sebastiani dirigían su bodega como si viviesen en la Toscana, y su casa mediterránea de estuco amarillo parecía un edificio recién sacado de la vieja patria de la madre de Alexander. A este último casi ni le dio tiempo decir que sí cuando Nick Sebastiani decidió contratarlo allí mismo.

Acto seguido, se llevó a Alexander, a las cuatro de la tarde. Estaban a finales de agosto y era la época de la vendimia, de modo que había que arrancar las uvas de las cepas inmediatamente o les pasaría algo terrible, algo relacionado con una desmesurada acidez. Había que «refrescarla», «pisarla», «separar el hollejo del grano» y «triturarla en cubas de acero».

Eso es lo que Nick le dijo a Alexander mientras Tatiana permanecía en el aparcamiento de gravilla con Anthony, tratando de pensar qué hacer a continuación.

Tomó al niño de la mano y se acercó paseando hasta la bodega, se presentó a Jean Sebastiani y un cuarto de hora más tarde no sólo se sorprendió catando y admirando los desconocidos pero agradables caldos sino aceptando nada menos que un trabajo como camarera para servir el vino en la zona del patio al aire libre.

Tatiana musitó algo acerca de su hijo, pero Jean contestó:

—No, no se preocupe, el chico puede ser su ayudante. Así tendremos más clientes, ya lo verá.

Y en efecto, los clientes adoraban al pequeño ayudante... y tampoco veían con malos ojos precisamente a la joven madre. Tatiana seguía constriñéndose con corpiños una talla menor que la suya mientras sus extremidades blancas asomaban por los vestidos blancos sin mangas en el ajetreo de desplazarse de una mesa a otra. Al tiempo que Alexander recorría los campos recogiendo hectáreas enteras de uva, y ganando siete pavos al día por sus doce horas de duro trabajo, Tatiana recibía propinas como si trabajase para un emperador.

Alexander no podía hacer otra cosa aparte de dejar aquel trabajo, pues había demasiados hombres dispuestos a trabajar por un jornal aún menor. Así que siguió trabajando del único modo que sabía hacerlo y cuando Nick Sebastiani lo vio, le aumentó el sueldo hasta diez dólares al día y lo puso al frente de una cuadrilla de otros veinte vendimiadores inmigrantes.

Temporalmente, dormían en la caravana cerca de los barracones de los trabajadores para poder usar las instalaciones de los servicios y las duchas. Sebastiani quería que Alexander viviese en los barracones con el resto de los trabajadores, pero Alexander se negó rotundamente.

—No pienso alojarme en los barracones con mi familia, Tania. ¿Esto qué es, Sachsenhausen? ¿Vas a ser mi mujercita de los campos de trabajo?

—Si tú quieres...

Buscaron alojamiento más lejos de la finca, y alquilaron una habitación en la segunda planta de un hotel tres kilómetros más abajo de la

carretera. La habitación era cara, pues costaba cinco dólares al día, pero muy espaciosa. La cama era de un tamaño que ninguno de los dos había visto en toda su vida; Alexander la llamaba la cama de burdel, porque ¿quién si no iba a necesitar una cama de aquellas dimensiones? Él se habría contentado con dos camitas individuales como las de Deer Isle; hacía tanto tiempo que no dormían en ninguna como aquéllas... Anthony disponía de su propia cama plegable en un rincón. Había un baño con ducha al fondo del pasillo, y el desayuno y la cena se servían en el comedor de la planta baja, por lo que Tatiana no tenía que cocinar. Ni a Alexander ni a Tatiana les hacía ninguna gracia esta última parte.

Alexander anunció que en cuanto empezase a hacer frío, se marcharían. Llegó septiembre y seguía haciendo calor, y eso a él le gustaba. Pero lo que era aún mejor, Tatiana no sólo estaba ganando algo de dinero sino que bebía un poco de vino espumoso, Bisol Brut, y estaba adquiriendo paladar. Después del trabajo, se sentaba con Anthony y se servía un poco de pan y queso y una copa de espumoso. Cerraba la bodega, contaba el dinero, jugaba con el chico, esperaba a que Alexander volviese de trabajar y tomaba un sorbo de su copa. Para cuando llegaban al hotel y daban buena cuenta de la cena, de un poco de tarta de chocolate, de más vino, se daban un baño, acostaban a Anthony y Tatiana se zambullía en los edredones de plumón de oca, con los brazos estirados por encima de la cabeza, estaba tan achispada, tan relajada, tan complaciente ante cualquiera de los requerimientos implacables de su marido, gozando con unos orgasmos tan incesantes e intensos, que Alexander no habría sido un hombre mortal si hubiese permitido que algo se hubiese interpuesto entre su esposa y el Bisol Brut. ¿Quién cometería la locura de marcharse para irse a tierras de secano? Aquellas tierras rezumaban vino espumoso por los poros, y así era como les gustaba a ambos.

Alexander empezó a susurrarle al oído de nuevo, poco a poco, noche tras noche.

—*Tania... ¿quieres saber lo que me vuelve loco?*

—*Sí, amor mío, por favor, dímelo. Por favor, dímelo al oído.*



—*Cuando te sientas así, derecha, con las manos en el regazo, y se te juntan los pechos... y con esos pezones rosados, tan suaves... Se me corta la espiración cuando tienes los pezones así.*

—*El problema es que cuando te veo mirarme, los pezones dejan de estar suaves y blandos.*

—*Sí, la verdad es que debería darte vergüenza... —le susurra, sin aliento, engulléndolos con la boca—. Pero también tus pezones duros me vuelven completamente loco, así que así está bien, Tania. Todo está muy bien...*

Anthony estaba separado de ellos por un biombo, con lo que conseguían cierta intimidad, y cuando hubieron pasado unas cuantas noches sin que el pequeño se despertara, dieron rienda suelta a sus fantasías más audaces; Alexander le hizo cosas increíbles a Tatiana, cosas que hacían que sus gemidos, espoleados por las burbujas del vino, fuesen tan absolutamente desatados que Alexander no tuvo más remedio que poner en práctica nuevas formas para contener su habitual y exquisito control sobre su propio desenfreno.

—*Dime lo que quieres. Haré todo lo que tú quieras, Tania. Dímelo. ¿Qué puedo hacer... por ti?*

—*Lo que quieras, amor mío... Hazme todo lo que tú quieras.*

No había fantasmas del Gulag rondando su pasión devoradora en aquella cama encantada junto a la ventana, la cama que era una isla de edredones de plumón con cuatro postes y un dosel, con almohadones enormes y entre aquellas sábanas... y después él se tumbaba extenuado, empapado en sudor, y ella se quedaba sin resuello, y le murmuraba en el pecho que ella querría una cama grande y suave como aquella para siempre, tan reconfortada estaba y tan sumamente complacida con él. Una vez, le preguntó, sin aliento:

—*¿No es esto mejor que la dura cocina de Lazarevo?*

Alexander sabía que ella quería oír un sí de sus labios, y él le respondía que sí, pero no lo decía de corazón, y aunque ella quería que él lo dijese, Alexander sabía que ella tampoco quería que lo dijese de corazón. ¿Acaso había algo capaz de acercarse siquiera a Lazarevo, donde, habiendo estado al borde de la muerte, sin champán, ni vino ni pan ni una cama; sin trabajo ni comida ni Anthony ni otro futuro más que la pared y las cortinas, de algún modo habían conseguido durante una breve luna vivir en la dicha suprema? Habían vivido completamente aislados, y en sus recuerdos seguían cerca de los Urales, en la helada Leningrado, en los bosques de Luga, cuando, enfebrecidos, se habían fundido en uno solo, irremisiblemente condenados, irremisiblemente solos. Y pese a todo... no había más que contemplar la luz trémula del cuerpo de Tatiana, como en un sueño, en Estados Unidos, en la fragante tierra del vino, con la copa llena de champán, en una cama de edredones blancos, con el pecho, los labios en él, los brazos envolviéndole el cuerpo, tan reconfortantes, tan sinceros... y tan reales...

—Quieres que te susurre al oído... —le murmura Alexander otra noche oscura entre edredones, noche oscura en ese momento pero con el alba ya demasiado próxima.

Ella está boca arriba, con los brazos por encima de la cabeza, el pelo de oro recién lavado que huele a champú de fresa. Está apoyado encima de ella, disfrutando del sabor a chocolate y vino de su cuerpo, besándole los labios abiertos, el cuello, la clavícula, lamiéndole los pechos, los pezones henchidos.

—¿Tal vez no sólo que me susurres? —dice ella jadeando.

Alexander se desplaza hacia abajo, y hunde el rostro en su vientre, de rodillas frente a ella; le besa despacio la carne de los muslos, atendiendo a sus súplicas susurrantes. Para adaptar su propio ritmo al de ella, la acaricia lo más leve e irregularmente posible. Cuando Tatiana empieza a gritar de placer, se detiene, dándole unos segundos para que se serene. Pero ella no se aplaca. Alexander vierte un poco de vino espumoso sobre ella, y el vino estalla en su efervescencia y ella se curva formando un arco con la

espalda, y luego le lame el vino, bebiéndoselo a besos, bebiéndoselo a lametones... Ella jadea sin cesar, agarra las sábanas con dedos suplicantes.

—Por favor, por favor... —susurra.

Alexander entierra las palmas de las manos en la parte interior de los muslos y le dice:

—¿Sabes lo dulce que eres? —La besa—. Estás tan húmeda, tan caliente... Tatia, eres tan hermosa...

Hunde la boca en su dulce surco, adorándola.

Tatiana suelta un grito ahogado, jadea, agarra las sábanas y grita una vez, y otra y otra.

—Te quiero.

Y Tatiana llora.

—Lo sabes, ¿verdad? —le susurra él—. Te quiero. Estoy ciego por ti, loco por ti. Estoy enfermo de amor por ti. Enfermo de amor por ti. Te lo dije la primera noche que estuvimos juntos, cuando te pedí que te casaras conmigo, y te lo digo ahora. Todo lo que nos ha pasado, absolutamente todo, es porque crucé aquella calle por ti. Te adoro. Lo sabes muy bien. Por cómo te abrazo, por cómo te toco, mis manos en tu cuerpo, Dios, dentro de ti, todo lo que no puedo decirte durante el día, Tatiana, Tania, Tatiasha, amor mío, ¿me sientes? ¿Por qué lloras?

—A eso lo llamo yo susurrar...

Alexander sigue susurrándole, ella llora, ella se entrega en una rendición incondicional y llora y llora. La entrega no resulta fácil, ni para ella ni para él, pero sí hay entrega en el refugio de la noche.



Y por la mañana púrpura y gris, Alexander encuentra a Tatiana junto al lavabo del dormitorio, lavándose la cara y los brazos. La mira y se acerca a su lado. Tatiana ladea la cabeza hacia él. Alexander la besa.

—Vas a llegar tarde —le dice Tatiana con una pequeña sonrisa. Alexander siente un ardor en el pecho con el recuerdo de la noche anterior, le duele de deseo. Sin decir una palabra, la abraza por detrás y luego le

baja el corpiño por los hombros, cubriéndolos de espuma y recorriéndole los pechos con las manos húmedas y jabonosas, rodeándolos, sujetándolos, acariciándolos—. Shura, por favor... —le susurra, temblando, con los pezones rosados y ardientes, erectos, perforando las manos de Alexander.

Anthony se ha despertado. Alexander vuelve a colocarle el corpiño húmedo a Tatiana y ésta dice:

—Bueno, ahora es inútil, ¿no te parece?

—No del todo —contesta Alexander, apartándose, observándola en el espejo mientras ella termina de lavarse, con los senos rotundos, llenos, el corpiño transparente, y los pezones erectos y duros.

Tatiana sigue bailando durante todo el día en el corazón de Alexander y en sus entrañas ebrias e insaciables.

Algo se ha despertado en el interior de Alexander allí, en el valle del vino y de la luna. Algo que él creía muerto.



Puede que una mujer joven a quien todas las noches se le hacía el amor con tanta dedicación, a quien todas las noches se le prodigaban caricias tan ardientes, no pudiese pasearse durante el día sin que le reluciesen todos los poros de la piel, sin exudar su exuberancia nocturna. Puede que no hubiese forma de ocultar su sensualidad, porque lo cierto era que los clientes acudían atraídos irresistiblemente por sus bandejas de vino. Venían de todas partes y se sentaban fuera, en las mesas del patio que ella atendía, y Tatiana, siempre acompañada de Anthony, se acercaba radiante y vaporosa, con la sonrisa perpetua en la boca carnosa y a veces señalada por la pasión, y les decía:

—Hola, ¿en qué puedo servirles?

Alexander no creía que fuese a su hijo a quien iban a ver aquellos urbanitas enfundados en sus trajes de franela gris los días laborables. Alexander lo sabía porque él mismo había aparecido por sorpresa desde los campos un día para almorzar en una de las mesas de Tatiana.

En realidad, lo que hizo fue sentarse a una de sus mesas y al punto, Anthony salió corriendo disparado hacia él y se sentó en su regazo, y esperaron y esperaron mientras la madre y esposa trajinaba de acá para allá, revoloteando como un colibrí, riendo, bromeando con la clientela como una comedianta... sobre todo con dos hombres vestidos con trajes bien planchados que se quitaron el tembloroso sombrero para dirigirse a ella y se quedaron boquiabiertos admirando los labios irresistibles de Tatiana mientras pedían otra copa de vino. Sus expresiones hicieron que Alexander bajara la mirada a la cabeza de su hijo y dijese despacio:

—Dime, Anthony, ¿mamá siempre está tan ocupada?

—Pero si hoy es un día tranquilo, papá... Pero ¡mira cuánto me he sacado!

Le enseñó a su padre cuatro monedas de cinco centavos, Alexander le alborotó el pelo.

—Eso es porque eres un buen chico, campeón, y todos lo saben.

Anthony se bajó corriendo y Alexander continuó observándola, Tatiana llevaba un vestido de algodón blanco de tubo, recto, sin mangas y muy sencillo, ajustado en la cintura y con el dobladillo justo por debajo de la rodilla. Uno de los hombres del traje de franela bajó la mirada y comentó algo, señalando las uñas de los pies de color rosa chicle que Tatiana se había pintado, desnuda para Alexander el domingo anterior por la tarde, mientras Anthony dormía la siesta. Tatiana dejó escapar una risa. El hombre del traje de franela estiró el brazo y apartó unos mechones sueltos del rostro de Tatiana, quien retrocedió un paso, dejó de sonreír y se volvió para ver si Alexander lo había advertido. Efectivamente, lo había visto todo. De modo que al fin, Tatiana echó a andar hacia su mesa. Él se sentó con los brazos cruzados en la silla redonda de metal con patas largas que chirriaban contra las losas de piedra del suelo cada vez que se movía.

—Perdona que haya tardado tanto —le murmuró Tatiana tímidamente, dedicándole una sonrisa incluso a él, a pesar de ir vestido con su mono de trabajo y no con un traje—. ¿Has visto qué ocupada estoy?

—Lo he visto todo —dijo Alexander, estudiando su rostro unos instantes antes de cogerle la mano, volverla con la palma hacia arriba y

besarla, acariciándole la muñeca con los dedos.

Sin soltarla, le apretó la muñeca con tanta fuerza que Tatiana soltó un grito pero ni siquiera trató de zafarse de él.

—¡Ay! —exclamó—. ¿A qué ha venido eso?

—Sólo un oso come de este tarro de miel, Tatia —le dijo, apretándole aún la muñeca.

Tatiana se ruborizó, inclinó el cuerpo hacia él, y dijo con voz de falsete, exageradamente cantarina:

—Huy, capitán, aquí tiene su pastel de manzana, capitán, y se me va a subir el vuelo del vestido porque va usted tan rápido, capitán... Y ¿se ha fijado usted en mis tetas bamboleantes, capitán?

Alexander se echó a reír.

—¿Tetas bamboleantes? —exclamó en voz baja, muerto de risa, besándole la mano de nuevo antes de soltarla—. Oh, sí, ya lo creo que me he fijado en ellas, guapa.

—¡Chsss!

Tatiana corrió a traerle la comida y luego se sentó a su lado mientras Anthony se encaramaba al regazo de su padre.

—Ah, pero ¿tienes tiempo para sentarte conmigo? —preguntó él, tratando de comer con una sola mano.

—Un poco. ¿Qué tal te ha ido la mañana? —Retiró un trozo de sarmiento del pelo de Alexander—. Anthony, ven aquí con mamá. Deja comer a tu padre.

Alexander negó con la cabeza, comiendo enérgicamente.

—Déjalo, no me molesta. He tenido días mejores. Traíamos una carga de uvas de otro viñedo y se me ha caído media tonelada del camión.

—Oh, no.

—Anthony, ¿tú sabes cuánto es media tonelada? —le dijo Alexander a su hijo—. Quinientos kilos. Me tropecé con un bache en la carretera. —Se encogió de hombros—. ¿Qué quieres que te diga? Si no quieren que se caigan las uvas, que arreglen el asfalto de la carretera.

—¡Media tonelada! ¿Y qué ha pasado con las uvas? —preguntó Tatiana.

—No lo sé. Para cuando nos hemos dado cuenta y hemos vuelto atrás, ya no había ni rastro de ellas. Evidentemente las habían recogido inmigrantes sin trabajo en busca de comida. Aunque no entiendo por qué hay gente sin trabajo, con la cantidad de faena que hay.

—¿Y Sebastiani no te ha reñido a gritos? —Quiso saber Anthony, volviéndose para mirar a Alexander.

—Yo no dejo que nadie me grite, campeón —contestó Alexander—. Pero no estaba muy contento conmigo, no. Me ha amenazado con descontarme el dinero de la paga y yo le he contestado que para la miseria que me paga, ¿qué es lo que hay que descontar? —Alexander miró a Tatiana—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—No, nada. Me ha recordado el saco de azúcar que mi abuela encontró en Luga en el verano de 1938.

—Ah, sí, el famoso saco de azúcar. —Después de mojar un mendrugo de pan en aceite de oliva, Alexander lo acercó a la boca de Tatiana—. Lo que les ocurrió a tus abuelos no es muy agradable, pero creo que ahora me interesa más saber qué le pasó al conductor del camión al que se le cayó el saco de azúcar.

—Lo enviaron cinco años a Astracán por ser descuidado con los artículos propiedad del gobierno y por ayudar a los burgueses —contestó ella secamente mientras él se levantaba para marcharse—. ¿Es que no me vas a besar? —le preguntó, ofreciéndole la boca.

—¿Delante de esos babosos de franela, para que puedan verte con los labios entreabiertos? Ni lo sueñes —respondió, acariciándole lentamente la trenza con la mano—. Mantente alejada de ellos, ¿quieres?

Cuando pasaba junto a los dos hombres, empujó la mesa de éstos de manera que las copas de vino se volcaron.

—¡Eh, ten más cuidado, hombre! —exclamó uno de ellos, increpando a Alexander, quien aflojó el paso, se detuvo y lo fulminó con una mirada tan venenosa que el hombre apartó la cara al instante y pidió la cuenta.



Octubre llegó caluroso y se fue con el mismo calor. A pesar de la niebla que inauguraba y clausuraba los días, noviembre se mantuvo suave, Alexander ya no trabajaba en los campos ni conducía los camiones, sino que permanecía abajo, en las bodegas. Detestaba la idea de permanecer bajo tierra todo el día en aquel sótano oscuro, pues cuando empezaba a trabajar apenas clareaba, y cuando terminaba ya había anochecido. Trabajaba con las cubas de acero o con las barricas de roble, vigilando la fermentación de los vinos espumosos y soñando con la luz del sol las visiones nocturnas aún lo atormentan; ya ha dejado de tratar de encontrarles un sentido, su misticismo quedaba fuera de su alcance y su guía mística estaba ocupada tratando de navegar por sus propias aguas revueltas. Anthony aún se metía en la cama, al lado de ella, con las primeras luces del alba.

Los tres esperaban con ansia la llegada del domingo, cuando tenían el día entero para ellos. Los domingos conducían por la zona de la bahía y visitaban Sacramento, Montecito, Carmel... poblaciones que rezumaban luz y felicidad, que también era una buena forma de describir a Tania. Fue allí donde le preguntó a Alexander si quería marcharse de Napa para ir a Carmel, pero Alexander le contestó que no.

—Me gusta Napa —le dijo, cogiéndola de la mano desde el otro lado de la mesa, sentados en un pequeño café comiendo sopa de almejas de Nueva Inglaterra en un tazón.

Anthony comía patatas fritas y las mojaba en la sopa de Tania.

Pero a Tatiana le gustaba Carmel.

—El tiempo nunca cambia. ¿Cómo puede no gustarte un lugar donde nunca cambia el tiempo?

—Me gusta que el tiempo cambie un poquito —dijo Alexander.

—Para un cambio mínimo en el tiempo podemos ir al sur, a Santa Bárbara.

—Vamos a esperar un poco más, ¿de acuerdo?

—Shura... —Dejando a Anthony entretenido con su propia sopa, Tatiana se levantó y fue a sentarse junto a Alexander, le cogió la mano, le



acarició la palma y le besó los dedos—. Amor mío... estaba pensando que... a lo mejor podríamos quedarnos en Napa para siempre.

—Hmmm... ¿Haciendo qué? ¿Recogiendo uva por diez pavos al día? O... —esbozó una leve, levísima sonrisa—... ¿sirviendo copas de vino a los hombres?

Tatiana le dedicó una sonrisa radiante.

—Ninguna de las dos cosas. Vendemos nuestro terreno en Arizona, compramos un poco de tierra aquí y abrimos nuestra propia bodega. ¿Qué te parece? No veríamos beneficios hasta pasados los dos primeros años, mientras crecen las uvas, pero luego... Podríamos hacer lo mismo que los Sebastiani, sólo que a menor escala. Tú ya conoces muy bien el funcionamiento del negocio, y yo podría llevar las cuentas. —Sonrió, con los ojos brillantes—. Soy una contable muy buena. Por aquí hay muchísimas bodegas pequeñas, podríamos ir creciendo poco a poco. Tendríamos una casita, otro niño, viviríamos encima de la bodega, y sería nuestra... ¡toda nuestra! Tendríamos una vista fantástica de las montañas de verdad, como a ti te gusta. Podríamos irnos un poco más al norte, a un valle que se llama el valle de Alexander. —Lo besó en la mejilla—. ¿Lo ves? ¡Si hasta lleva tu nombre! Podríamos empezar por una hectárea, tendríamos de sobra para ganarnos la vida. ¿Qué me dices? ¿A que es una buena idea?

—Sólo regular —dijo Alexander, rodeándole la cintura con el brazo e inclinando el cuerpo para acercarse a su rostro exaltado y expectante.

### *Sueños fugaces del valle de la Luna*

Alexander se marchaba todas las mañanas a las seis y media. Tatiana no entraba a trabajar hasta las nueve, de modo que ella y Anthony recorrían a pie los tres kilómetros hasta la bodega. Ese día, cuando Alexander se marchó, ella se sentó junto a la ventana, paralizada por el miedo y la indecisión. Tenía que llamar a Vikki urgentemente, pero la última vez que lo había hecho, Sam había contestado al teléfono.

Esa mañana, Tatiana vomitó en el fregadero. Sabía que tenía que llamar, necesitaba saber si Alexander estaba seguro, si los tres estaban seguros... para quedarse allí, para empezar a vivir su pequeña vida.

Llamó desde un teléfono público junto al comedor común de la planta baja, a sabiendas de que todavía eran las cinco y media de la mañana en Nueva York, y que Vikki aún estaría durmiendo.

Al otro lado del hilo telefónico, le respondió una voz aturdida.

—¿Quién es?

—Soy Tania, Vik.

Sostenía el auricular con tanta fuerza entre los dedos que creyó que iba a romperlo. Tenía la boca apretada junto al aparato y los ojos cerrados. «Por favor, por favor...».

Se oyó un golpe, el receptor que caía al suelo y unas imprecaciones bastante malsonantes. Vikki no le dijo qué había pasado con el teléfono, pero cuando por fin recuperó el receptor, lo que dijo sí resultó bastante imprecatorio y malsonante.

Tatiana se alejó el aparato del oído, y consideró seriamente la posibilidad de colgar antes de seguir escuchando otra palabra más. Era evidente que algo no iba bien.

—¡Tatiana! ¿Se puede saber qué diablos te pasa?

—Nada, estamos bien. Anthony te dice hola.

Pero dijo aquello en voz baja, derrotada.

—Oh, Dios mío... ¿Por qué no has llamado a Sam, Tania?

—Ah, eso. Se me olvidó.

—¿Que se te olvidó...!

—Hemos estado muy ocupados.

—¡Han enviado a agentes federales a la casa de tu tía en Massachusetts! Han hablado con ella, conmigo, con Edward, con el hospital entero. Te han estado buscando en Nuevo México, desde donde llamaste, y en ese estúpido lugar donde compraste ese estúpido terreno. En Phoenix, ¿no?

Tatiana no sabía qué decir. Estaba quedándose sin aliento: agentes federales en aquel camino llamado Jomax.

—¿Por qué no le llamaste como me prometiste?

—Lo siento. ¿Por qué estaba ahí la última vez que llamé?

—Tania, prácticamente se ha instalado aquí. ¿Dónde estáis?

—Vik, ¿qué es lo que quieren?

—¡No lo sé! Llama a Sam, él está desesperado por decírtelo. ¿Sabes lo que me dijo cuando le comuniqué que iba a cambiarme el número de teléfono? ¡Dijo que me arrestarían por conspiración, porque eso podía significar que estaba protegiéndooos!

—¿Conspiración por qué? —preguntó Tatiana con un hilo de voz.

—No puedo creer que Alexander esté permitiendo todo esto.

Sólo hubo silencio por parte de Tatiana.

—Oh, Dios santo... —dijo Vikki despacio—. ¿Alexander no lo sabe?

Silencio de nuevo de Tatiana. Se le acababan las opciones. ¿Y si habían intervenido el teléfono de Vikki? Sabrían dónde estaba, en qué hotel, en qué valle... Incapaz de seguir hablando, se limitó a colgar.

Llamó a Jean y le dijo que no se encontraba bien. Jean protestó; era el dinero el que hablaba por su boca, e insistió en que Tatiana acudiese a trabajar por muy mal que se encontrase. Tuvieron unas palabras y Tatiana dijo:

—Lo dejo.

Y también le colgó el teléfono a Jean.

No podía creer que acabara de dejar el trabajo. ¿Qué diablos iba a decirle a Alexander?

Ella y Anthony se subieron a un autobús rumbo a San Francisco, donde creyó que podría preservar su anonimato, pero en cuanto oyó el repiqueteo de la parada del tranvía, supo que aquel ruido sería inconfundible, aun para alguien que viviese en Washington D. C. Fue a un parque frío y húmedo a orillas de la bahía de San Francisco, donde no se oían tranvías ni repiqueteos, sólo los chillidos de las gaviotas, y al mediodía, desde una cabina, llamó a Sam, quien aún estaba en casa.



—¿Sam?

—¿Quién es?

—Soy yo, Sam.

—Oh, Dios mío... Tania.

—Sam...

—Oh, Dios... Oh, Dios...

—Sam...

—Dios... Dios...

—Sam...

—¡Diecisiete meses, Tania! ¿Tienes idea de lo que has hecho? ¡Me estoy jugando el puesto de trabajo por ti! ¡Y te estás jugando la libertad de ese marido tuyo también!

—¡Sam!

—Os lo dije a los dos cuando llegasteis: una declaración oficial. Algo tan sencillo... Háblenos de su vida, capitán Barrington. Con sus propias palabras. Una conversación de dos horas con oficiales de bajo rango, algo tan sencillo, tan simple... Estampamos un sello en su expediente, lo archivamos, le ofrecemos una beca para estudiar en la universidad, préstamos a bajo interés, un puesto de trabajo...

—Sam.

—¿Y qué ocurre en vez de eso? Durante todos estos meses de máxima tensión, porque ¿acaso no has leído los periódicos? Su expediente, su expediente aún abierto, ha ido de mi escritorio al secretario de Estado, luego al secretario de Defensa, luego al Departamento de Justicia... ¡Tiene al mismísimo J. Edgar Hoover en persona buscándolo! Ese tal Alexander Barrington, un comandante del Ejército Rojo nada menos, cuyo padre era un comunista... ¿quién lo ha dejado entrar en el país? No puedes ser oficial de alto rango en el Ejército Rojo sin ser ciudadano soviético y miembro del Partido Comunista. ¿Cómo ha conseguido alguien así un pasaporte estadounidense? ¿Se puede saber quién dio permiso para eso? Mientras tanto, la Interpol está buscando a un tal Alexander Belov... dicen que mató a sesenta y ocho de sus hombres en su huida de una prisión militar. Y hasta el Comité de Actividades Antiamericanas ha metido sus

narices en esto. ¡Ahora también los tenéis pisándoos los talones! Quieren saber si es nuestro o de ellos. ¿A quién debe su lealtad...? ¿Ahora, antes o cuándo? ¿Implica un riesgo para el país? ¿Quién demonios es este hombre? Y nadie puede encontrarlo para hacerle una pregunta bien simple: ¿por qué?

—¡Sam!

—Pero ¿qué has hecho, Tatiana? ¿Es posible saber qué diablos has...?

Colgó el teléfono y se desplomó en el suelo. No sabía qué hacer. Pasó el resto de la mañana sentada en estado catatónico en la hierba húmeda del rocío, bajo la niebla de la bahía de San Francisco, mientras Anthony se dedicaba a hacer amigos y jugar en los columpios.

¿Qué hacer?

Alexander era el único que podía sacarla de aquel atolladero, pero él no huiría de nada ni de nadie. Él no estaba de su parte.

Y pese a todo era el único que estaba de su parte.

Tatiana se vio a sí misma abriendo las ventanas de la isla de Ellis, la primera mañana que llegó en el barco, después de la noche que nació su hijo. Nunca desde ese momento se había sentido tan sola y abandonada.



Tras arrancar un solemne juramento a Anthony de que no le contaría a su padre dónde habían estado esa mañana, se pasó las dos horas siguientes a su regreso a Napa estudiando el mapa de California, casi como si fuera el mapa de Suecia y Finlandia que el soldado soviético Alexander Belov había estudiado una vez, soñando con escapar.

Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para dejar de temblar. Eso era lo más difícil; se sentía muy inestable.

Lo primero que dijo Alexander cuando apareció por la puerta fue:

—¿Qué te ha pasado? Jean me ha dicho que has dejado el trabajo.

Acertó a esbozar una sonrisa pálida.

—Eh, hola. ¿Tienes hambre? Seguro que sí. Cámbiate y vamos a cenar. Cogió a Anthony.

—¡Tania! ¿Has dejado el trabajo?

—Te lo contaré mientras cenamos. Se estaba poniendo el cárdigan.

—¿Por qué? ¿Te ha molestado alguien? ¿Te han dicho algo?

Alexander apretaba los puños con fuerza.

—No, no, chsss... No ha pasado nada de eso. —Tatiana no sabía cómo iba a hablar con él. Cuando Anthony estaba delante, era imposible mantener una conversación seria sobre asuntos serios. Iba a tener que actuar con rapidez y sutileza, así que fue durante la cena con vino en el comedor común, en una mesa apartada en el rincón, mientras Anthony coloreaba su libro, cuando Tatiana dijo—: Shura, he dejado el trabajo y quiero que tú también dejes el tuyo.

Alexander la miró con aire pensativo. Frunció el ceño.

—Trabajas demasiado —explicó ella.

—¿Desde cuándo?

—Mírate. Todo el día en ese sótano frío y húmedo, trabajando en las bodegas... ¿para qué?

—No entiendo la pregunta. Tengo que trabajar en alguna parte, tenemos que comer.

Mordiéndose el labio, Tatiana negó con la cabeza.

—Todavía tenemos dinero... queda una parte de lo de tu madre, otra de mi sueldo como enfermera, y también está lo de Coconut Grove, cuando nos conseguías montones de dinero tonteando con tus mujeres del barco.

—Mami, ¿qué es tontear? —preguntó Anthony, levantando la vista de sus colores.

—Sí, mami, ¿qué es tontear? —repitió Alexander, sonriendo.

—Lo que quiero decir —prosiguió Tatiana, impasible— es que no hace falta que te deslomes como si estuvieras en un campo de trabajos forzados soviético.

—Ya, y ¿qué me dices de tus sueños de abrir una bodega en el valle? ¿Crees que para eso no hay que deslomarse?

—Sí... —Se le apagó la voz. ¿Qué podía decir a aquello? Hacía sólo una semana de aquella idealista conversación en Carmel—. Puede que sea demasiado pronto para ese sueño.

Hundió la vista en su plato.

—Creí que querías que nos quedáramos a vivir aquí para siempre — señaló Alexander, confuso.

—Pues creo que en el fondo no. Lo he pensado mejor. —Tosió y extendió la mano. Él la tomó—. Pasas doce horas al día lejos de nosotros y cuando vuelves estás agotado. Quiero que juegues con Anthony.

—Y juego con él.

Tatiana bajó la voz.

—También quiero que juegues conmigo.

—Cariño, si juego más contigo, se me caerá el sable a trozos.

—Papá, ¿qué sable?

—Anthony, chsss... Alexander, chsss... Escucha, no quiero que te quedes dormido a las nueve de la noche. Quiero que fumes y bebas, quiero que leas todos los libros y las revistas que no has leído, y que escuches la radio, y que juegues al béisbol, al baloncesto y al fútbol. Quiero que le enseñes a pescar a Anthony mientras le cuentas tus batallitas de guerra.

—Para contarle esas batallitas todavía falta mucho tiempo.

—Cocinaré para ti. Jugaré al dominó contigo.

—Definitivamente, nada de dominó.

—Dejaré que descubras por qué gano siempre.

Una actuación digna de Sarah Bernhardt.

Meneando la cabeza de lado a lado, Alexander dijo despacio:

—Al póquer, tal vez.

—Desde luego. A hacer trampas al póquer entonces.

A sus rostros asomaron sonrisas amargas y rusas de Lazarevo.

—Cuidaré de ti —le susurró Tatiana, con la mano que él no le sujetaba debajo de la mesa, temblándole.

—Por el amor de Dios, Tania... Soy un hombre. No puedo no trabajar.

—No has parado nunca, en toda tu vida. Venga. Deja ya de correr siempre conmigo. —La ironía de esa frase la hizo temblar y rezó porque él no se percatase—. Deja que cuide de ti —insistió con voz ronca—, como sabes que deseo con toda mi alma cuidar de ti. Déjame que lo haga. Como si fuera tu enfermera en el hospital de Morozovo, en cuidados intensivos.

Por favor. —Las lágrimas afloraron a los ojos de Tatiana, y añadió rápidamente—: Cuando no nos quede más dinero, podrás volver a trabajar, pero por ahora... marchémonos de aquí. Sé de un lugar perfecto. —Su sonrisa era patética—. «De tormentos de piedra, allí erigiré Bethel» —susurró.

Alexander se quedó mirándola en silencio, perplejo otra vez, preocupado otra vez.

—La verdad es que no lo comprendo —dijo—. Creía que esto te gustaba.

—Tú me gustas más.



## Capítulo 5

### Bethel Island, 1948

#### *Luchando contra molinos de viento*

Se despidieron del perfume agri dulce y embriagador de las uvas maduras y efervescentes, se subieron a su Nomad y se marcharon. Tatiana los guio hacia el sur y el este de Vianza para perderse en la llanura de los dos mil kilómetros cuadrados del delta de California, entre las islas tan próximas al nivel del mar que alguna se inundaba cada vez que llovía. A ciento sesenta kilómetros del valle del vino, en la desembocadura de los ríos Sacramento y San Joaquín, hallaron la minúscula Bethel Island, y fue allí donde se detuvieron.

Bethel Island, rodeada de canales fluviales, diques y marismas antediluvianas. Nada se movía en ninguna dirección, salvo las garzas reales. Los canales estaban hechos de cristal. El frío aire de noviembre estaba inmóvil, como si estuviese a punto de estallar una tormenta.

Ni siquiera parecía parte del mismo país, y sin embargo, indudablemente seguía siendo Estados Unidos. En Dutch Slough alquilaron una cabaña de madera con un largo embarcadero en forma de ele que se adentraba en el canal. La casa disponía de todo cuanto necesitaban: una habitación para ellos solos y un baño. Al otro lado del canal no había nada más que llanuras de campos y el horizonte.

—Parece Holanda —comentó Alexander mientras deshacían el equipaje.

—¿Te gustaría ir a Holanda algún día? —preguntó Tatiana, atareada con el trajín de hacer suya la casa.

—Nunca, por ningún concepto, me marcharía de Estados Unidos. ¿Cómo encontraste este sitio?

—Estudiando un mapa.

—¿Así que ahora también eres cartógrafa? —Alexander sonrió—. ¿Te apetece una copa de vino, mi pequeña geóloga, capitalista cartógrafa? —Se había traído consigo una caja de espumoso.

Al día siguiente, a las ocho en punto de la mañana, el cartero, a bordo de una barcaza, hizo sonar su corneta frente a la ventana del dormitorio de Tatiana y Alexander. Se presentó como el señor Shpeckel y les preguntó si tenían previsto recibir correo. Le contestaron que no. Pero tal vez la tía Esther querría enviarle a Anthony un regalo por Navidad. Tatiana dijo que no, ya llamarían a Esther en Navidad; con eso sería suficiente.

A pesar de que no iban a recibir correo, Shpeckel siguió pasándose por allí cada mañana a las ocho, haciendo sonar la corneta frente a su ventana sólo para que supieran que no traía ninguna carta para ellos, y para saludar a Alexander, quien siguiendo con su habitual costumbre militar, ya estaba levantado, aseado y vestido, y fuera en el embarcadero con una caña de pescar. Los canales albergaban ejemplares de esturión prehistórico y Alexander intentaba pescar alguno.

Shpeckel era un hombre de sesenta y seis años que llevaba veinte viviendo en Bethel. Conocía a todo el mundo; estaba al corriente de la vida de todos, sabía lo que hacían en su isla. Algunos tenían un trabajo, como él; otros estaban de vacaciones y otros eran fugitivos.

—¿Cómo hace para distinguirlos? —le preguntó Alexander una tarde cuando el cartero hubo acabado su ruta acuática.

Alexander lo había invitado a una copa.

—Bah, eso se ve —contestó Shpeckel.

—Entonces, ¿a qué categoría pertenecemos nosotros? —Quiso saber Alexander, sirviéndole un vaso de vodka, que el cartero confesó no haber probado nunca.

Brindaron y bebieron. Alexander lo apuró de un trago, mientras que Shpeckel sorbió el suyo despacio, como si fuera una taza de té.

—Ustedes son fugitivos —contestó Shpeckel, terminándose su vodka al fin y resoplando—. ¡Rayos! ¡No volveré a beber ese mejunje en mi vida! Me arde todo el cuerpo. Venga con nosotros a la Boathouse el viernes por la noche. Allí bebemos cerveza decente.

Alexander rehusó la invitación cortésmente.

—Pero se equivoca con nosotros. ¿Por qué dice que somos fugitivos? No somos fugitivos.

Shpeckel se encogió de hombros.

—Bueno, podría equivocarme, no sería la primera vez. ¿Cuánto tiempo se quedarán?

—No tengo ni idea. No mucho, creo.

—¿Dónde está su mujer?

—Cazando y recolectando —contestó. Tatiana había ido sola a la tienda a comprar comida. Siempre iba sola, rechazando los ofrecimientos de Alexander de acompañarla para ayudarla—. Hoy no he pescado ningún esturión.

Había otras clases de pescado en aquellas aguas: lubinas estriadas, siluros... y percas. La perca era un pescado ruso... «Ha llegado hasta aquí nadando desde las aguas del río Kama», pensó Alexander, divertido, mientras la pieza daba sacudidas en el sedal. Tatiana no comentó la existencia de percas rusas en aguas norteamericanas mientras la lavaba, la guisaba y la servía, y Alexander no comentó que ella no lo había comentado.

Sin embargo, Alexander sí comentó todo lo que le había dicho Shpeckel.

—¿Qué te parece? Llamarnos fugitivos a nosotros, que somos las personas más desarraigadamente arraigadas que conozco. Vamos por ahí, encontramos un lugar y luego no nos movemos de él.

—Menuda tontería... —convino ella.

—¿Me has comprado el periódico?

Tatiana contestó que se le había olvidado.

—Pero el ministro de Asuntos Exteriores checo Jan Masaryk murió ayer al «caerse» por la ventana de su despacho tras el golpe de estado comunista de Praga.

Lanzó un suspiro.

—Y ahora mi triste esposa también es locutora de noticias y defensora de los derechos de los checos. Pero ¿a qué viene tanto interés por Masaryk?

—Hace mucho tiempo, en 1938 —le explicó Tatiana con aflicción—, Jan Masaryk fue el único que defendió su patria cuando Checoslovaquia estuvo a punto de ser servida en bandeja de plata a Hitler. Los soviéticos lo odiaban, mientras que a *Herr* Hitler lo admiraban todos. En aquel entonces Hitler le quitó su país, y ahora los soviéticos le han quitado la vida. —Desvió la vista—. Y el mundo se ha vuelto del revés.

—No puedo saberlo —dijo Alexander—. Ni siquiera tenemos radio en la casa. ¿Has comprado una radio como te pedí? No puedo estar todo el tiempo yendo a la Nomad.

También se le había olvidado.

—¿Me has comprado la revista *Time*?

—Mañana, amor mío. Hoy te he traído unos libros norteamericanos muy buenos del siglo XIX. *Las alas de la paloma*, de Henry James, algunas historias de fantasmas de Poe y las obras completas de Mark Twain. Si quieres algo un poco más actual, aquí tienes el excelente *El hombre eterno*, de 1923.

El aislamiento era absoluto en su última frontera. La casa donde vivían tenía un nombre, en una placa. Se llamaba «Libertad». Los cielos seguían siendo de un gris acerado, sin sol día tras día, y las garzas azules se escondían tras los juncos en los campos al otro lado del canal, mientras que los cisnes se alejaban volando en formaciones solitarias. La quietud, hasta donde alcanzaba la vista, era vertical y horizontal.

Bueno, puede que no horizontal, pues tenían una habitación para los dos solos y una caja de vino espumoso.

Pasaron el invierno como ratas de agua en el mundo perdido del valle de Suisun Bay.

Una mañana de marzo de 1948, Shpeckel, con un saludo, después de hacer sonar su corneta dijo:

—Supongo que estaba equivocado con respecto a ustedes, capitán. Estoy sorprendido. Hay pocas mujeres capaces de soportar esta clase de vida, un día sí y otro también.

—Bueno, hay que conocerse bien —le respondió Alexander, con un cigarrillo en la boca y la caña de pescar en el agua—. Y usted no conoce a mi esposa.

Y Tatiana, que oyó el intercambio desde la ventana, pensó que a lo mejor Alexander tampoco conocía a su esposa.



El niño era increíble. Tenía el pelo muy oscuro, los ojos muy oscuros, y estaba haciéndose muy fuerte y robusto. Se subía a los barcos, y desde luego, él no le tenía miedo a nada. En Bethel Island le enseñaron a leer, en inglés y en ruso también, le enseñaron a jugar al ajedrez, a las cartas, a hacer pan. Compraron bates, guantes y pelotas, y pasaban los días de frío al aire libre. Los tres iban a un campo próximo y, enfundados en sus chaquetas de invierno, pues estaban a cuatro grados, chutaban un balón de fútbol, lanzaban una pelota de fútbol americano y bateaban una pelota de béisbol.

Anthony aprendió a cantar, en inglés y en ruso también. Le compraron una guitarra, y partituras de música, y las largas tardes de invierno, le enseñaban notas, acordes y canciones, y a leer la clave de fa y la clave de sol, las fusas y las semifusas. Y no tardó en ser él quien les daba lecciones a ellos.

Y una tarde, Tatiana, horrorizada, vio cómo su hijo cambiaba el cartucho de la Colt M1911 de su padre en seis segundos.

—¡Alexander! ¿Es que te has vuelto loco?

—Tania, dentro de poco cumplirá cinco años.

—¡Cinco, no veinticinco!

—¿Lo has visto? —exclamó Alexander con entusiasmo—. ¿Has visto lo bueno que es?

—Pues claro. ¿Pero no querrás enseñarle eso?

—Le enseñó lo que sé.

—Pero no vas a enseñarle todo lo que sabes, ¿verdad que no?

—¡Oh, santo cielo! Ven aquí.

Hibernaron, comieron bayas, durmieron, esperando que el hielo se derritiera. Bajo la superficie, Tatiana estaba enmudecida. En su terror, parecía paralizada aun para sí misma. Por su hijo, por su marido, mostraba su cara más valiente, pero en su fuero interno, temía que aquello no fuese suficiente.



Sentados el uno junto al otro, Alexander y Anthony habían terminado de pescar; era el final de un día tranquilo, antes de la cena, y dejaron las cañas en el suelo. Anthony se encaramó al regazo de su padre y le tocó el vello del rostro.

—¿Qué pasa, hijo?

Alexander estaba fumando.

—Nada —contestó el niño despacio—. ¿Te has afeitado hoy?

—Ni hoy ni ayer.

No se acordaba de la última vez que lo había hecho. Anthony acarició la cara de Alexander y luego le besó la mejilla.

—Cuando sea mayor, ¿tendré la misma barba negra que tú?

—Por desgracia, sí.

—Pincha mucho. ¿Por qué mamá siempre dice que le gusta?

—A mamá a veces le gustan cosas muy extrañas —contestó Alexander, sonriendo.

—¿Y seré alto como tú?

—Claro, ¿por qué no?

—¿Y grande como tú?

—Bueno, eres mi hijo.

—¿Y voy a... ser como tú? —le susurró Anthony.

Alexander observó atentamente la mirada fija, dirigida hacia él, de su hijo. Se inclinó y lo besó.

—Puede ser, campeón. Tú y sólo tú decidirás la clase de hombre que quieres ser.

—¿Y tendré cosquillas, como tú?

Anthony tiró de la manga de la camisa de franela de su padre y le hizo cosquillas en la axila y la parte interior del codo. Le hizo cosquillas bajo los brazos.

Alexander apagó la colilla de su cigarrillo.

—Ten cuidado —le advirtió, acercando a su hijo hacia sí—, porque dentro de un minuto no tendré piedad contigo.

Anthony chilló, con los brazos alrededor de Alexander, que a su vez abrazaba a Anthony. La silla estaba a punto de caer al suelo. De repente, Anthony acercó la cabeza al oído de su padre.

—Papá, no te vuelvas, porque esto te asustará, pero mamá está detrás de nosotros.

—¿Y mamá da mucho miedo esta noche?

—Sí. Está llorando. No te vuelvas, te he dicho.

—Hmmm... —murmuró Alexander—. ¿Qué crees que le pasa?

—No lo sé. A lo mejor está celosa porque estamos jugando.

—No —contestó Alexander—. No es una mamá celosa.

Le susurró algo al oído a Anthony, quien asintió y se bajó lentamente del regazo de su padre. Ambos se volvieron para mirarla a la vez. Tatiana permaneció allí inmóvil, perpleja, con el rostro húmedo aún.

—Uno, dos, tres... ¡ya! —exclamó Alexander.

Echaron a correr y ella también salió huyendo; la persiguieron hasta la casa y la derribaron sobre la moqueta del suelo, y Tatiana reía y lloraba a la vez.



Alexander estaba sentado en el embarcadero alargado, con su chaqueta de invierno acolchada, fumando, pescando. Hacía semanas que no se afeitaba y tenía el pelo desgredado y largo. Tatiana sabía que si lo mencionaba, si se lo acariciaba con las manos, si se lo miraba demasiado rato, él se lo cortaría, así que lo observaba por detrás mientras permanecía sentado en su silla, con una caña de pescar en el agua y el pitillo en la boca, tarareando algo. Siempre tarareaba una canción cuando intentaba pescar aquel esturión prehistórico.

Tatiana no podía evitarlo. Enjugándose las lágrimas, se acercó andando por el embarcadero hasta la silla, le acercó la cara a la cabeza y le besó la sien y la mejilla poblada de barba.

—¿A qué viene eso? —exclamó él.

—A nada —susurró ella—. Me gusta tu barba de pirata.

—Bueno, pues tu capitán Morgan acabará pronto. Estoy intentando pescar un pez para la cena.

—No me hagas llorar, Shura.

—Está bien, Tania. Tú tampoco. Tú con tus besos. ¿Qué pasa contigo y el niño últimamente?

Retuvo la cabeza de él unos instantes, en el hueco de su cuello.

—Ven adentro, cariño —le susurró—. Entremos. Tu baño ya está listo.

Acercó los labios a su pelo.

—Me ha crecido mucho, ¿verdad? —dijo con aire ausente.

Pero cuando entró en la casa, milagrosamente, no se lo cortó.

Más tarde, esa noche, en completa oscuridad, después de un tórrido baño conyugal, después del amor, con un leve soplo de voz, Alexander le preguntó:

—Cariño, ¿de qué tienes tantísimo miedo?

Tatiana no podía decírselo.

—Estamos aquí los tres juntos —siguió diciendo él—. Anthony está mejor que nunca.

—No deberías haberme contado tu sueño —respondió Tatiana débilmente—. En eso es en lo que pienso ahora: estoy despierta y en Alemania viendo cómo te arrastra Karolich. —Tatiana se alegraba de que



todo estuviera a oscuras y él no pudiera ver su rostro—. ¿Y si toda esta pequeña vida nuestra... nosotros, fuese sólo una ilusión? ¿Y si de pronto desapareciese...?

—Ya —fue lo único que dijo él.

Durmieron un sueño inquieto y luego volvieron a apaciguarse, en el bendito silencio.

### *Perdidos en Suisun Bay*

—¿Por cuánto tiempo más piensas retenerme aquí? —Era primavera, llevaban en Bethel seis meses. Tatiana no pudo evitar sobresaltarse—. ¿Día sí, día también, semanas, meses, años...? Dímelo. ¿Es aquí donde vamos a quedarnos? ¿Es esto lo que voy a hacer? ¿Debería quedarme con el trabajo de Shpeckel cuando muera? ¿Envío ya la solicitud, por si hay lista de espera?

—Shura...

Alexander se quedó pensativo.

—¿Acaso me estás ocultando de mí mismo? ¿Es que estamos aquí porque crees que no puedo sobrevivir ahí fuera?

—Pues claro que no.

—Entonces, ¿por qué me escondes?

—No te estoy escondiendo, amor mío. —Tatiana le frotó la espalda, acarició sus cicatrices—. Te preocupas por nada. Duerme.

Pero Alexander no tenía sueño.

—¿Qué pasa? ¿No me imaginas en una oficina? —preguntó—. ¿Con traje todo el día, sentado a una mesa, vendiendo acciones, bonos, seguros? ¿Yendo a visitarte a una bodega con mi traje de franela gris, de vuelta de mi despacho en la ciudad?

Tatiana se sentía morir por dentro.

—Sí te imagino yendo a visitarme.

—Mi padre quería que fuese arquitecto —dijo Alexander—. Buena cosa, un arquitecto en la Unión Soviética. Quería que construyese con los

comunistas, puentes, carreteras, casas para los trabajadores.

—Sí.

—Y me he pasado la vida haciendo volar por los aires esas puñeteras casas. A lo mejor podría trabajar en demoliciones.

—No, tú no. —Tatiana sólo quería poner fin a aquella conversación—. No te preocupes. Ya lo decidirás.

Pero Alexander continuó.

—¿Es eso lo que estoy haciendo aquí? ¿Decidirlo? ¿Decidir quién soy? Me he pasado toda la vida haciéndome esa pregunta. Allí, en la Unión Soviética; aquí, en Suisun Bay. No hay respuestas fáciles para esa pregunta, yo, con águilas de las SS y hoces y martillos en los brazos.

«Tú eres un estadounidense, Alexander Barrington —quiso decirle Tatiana—. Un estadounidense que luchó en el Ejército Rojo y se casó con una chica rusa de Leningrado que no puede vivir sin su soldado. Ése eres tú».

—Mi madre y mi padre sabían quiénes eran.

Aquello era sin duda de lo último de lo que Tatiana quería hablar. Su cuerpo era como un resorte, un minuto más y saldría catapultada alejándose de él.

—Ellos no tienen nada que ver contigo —dijo, y ya no pudo decir nada más.

—El comunista y la feminista radical, los emigrantes soviéticos... Vaya si sabían quiénes eran... —Alexander se incorporó y se encendió un cigarrillo—. Esperemos que con el clima que se respira ahora mismo, nadie llegue a enterarse nunca de quiénes eran mi madre y mi padre, porque entonces, ¿quién me va a ofrecer un trabajo permanente? Hasta podría ser un maldito asesino en período de descanso, de vacaciones.

Expulsó unas volutas de humo por encima de la cama.

Tatiana no podía soportarlo, de modo que se cerró en banda.

—Jimmy te contrató, Mel te contrató, Sebastiani te contrató...

—Sí, hasta que alguien dice: ¿qué son esos números que llevas tatuados en el brazo, Alexander? Y nos vamos. No sé qué fue lo que pasó allí, en Vianza, pero tuvo que pasar algo, porque vivíamos en la gloria,

pero no nos quedamos, ¿verdad que no? ¿Qué vamos a hacer? ¿Salir corriendo cada vez que alguien nos haga una pregunta? ¿Dónde prestaste servicio en el ejército, Alexander? ¿Y nos vamos derechos a meternos en el búnker, Tatiana? ¿Es así como vamos a vivir?

Tatiana no sabía cómo iban a vivir. No sabía si algún día llegarían a llevar una vida normal, como los demás, como los otros matrimonios, una vida sencilla, tranquila, apacible, buena. ¿Qué era una vida normal para cualquiera de los dos? No sabía por cuánto tiempo más podría mantenerlo lejos, metido en un búnker, en perfecto aislamiento, apartado del resto de la humanidad.

### *En defensa del amor*

Alexander quería ver Idaho, Hell's Canyon. Quería ver Mount Rushmore, Yosemite, Mount Washington, el parque de Yellowstone, los campos de trigo de Iowa.

«No —decía ella una y otra vez—, quedémonos aquí un poco más». Y las semanas seguían pasando.

«Te acompañaré a la tienda. Te ayudaré con la compra».

«No, tú quédate aquí y pesca algo para la cena, Shura».

«Me voy a la Boathouse, a tomar una copa con el cartero».

«Vayamos a Sacramento el domingo. Iremos a visitar una iglesia católica, luego almorzaremos en el Hyatt Regency, daremos un paseo por Main Street, le enseñaremos a Anthony el Capitolio y luego nos comeremos un helado».

«No quiero. Tengo cosas que hacer. Tengo que lavar, limpiar, cocinar, hornear, pelar y quitar escamas. Quiero que me fabriques un joyero para mis abalorios, un banco para sentarse, que arregles los postes de la valla, los tablones del embarcadero. Vayamos a dar una vuelta en barca por el canal en lugar de ir a Sacramento».

La reticencia de Tatiana a marcharse le recordaba a Alexander el invierno en Deer Isle... Estaba nevando incluso y aun así ella no decía

«marchémonos». Todavía era así. Nevaba metafóricamente y ella seguía sin querer moverse.

Al principio, aquella lentitud no importó a Alexander. Lo dejaba a solas consigo mismo mientras pescaba y escuchaba los graznidos de las garzas, y le enseñaba a Anthony a remar y a jugar al béisbol y al fútbol, mientras Anthony le leía fragmentos de sus cuentos infantiles cuando Alexander estaba con la caña de pescar. El alma se estaba curando poco a poco. Y fue en Bethel Island, con su madre y su padre veinticuatro horas a su lado, cuidándolo, hablando con él, jugando con él, donde Anthony dejó de despertarse con pesadillas en plena noche y halló el silencio y la paz en su interior.

Y fue en Bethel Island donde Alexander dejó de necesitar baños de agua helada a las tres de la madrugada, contentándose con los baños de espuma caliente, con el cuerpo jabonoso de Tatiana a su lado, en la penumbra de última hora de la tarde.

Pero al final, un domingo por la mañana de julio de 1948, Alexander dijo: «Vayamos a Sacramento», y no era una sugerencia.

Fueron a Sacramento, asistieron a una misa católica y luego almorzaron en el Hyatt Regency.

Por la tarde, estaban paseando por Main Street, viendo escaparates, cuando un coche de policía se subió a la acera y del interior del vehículo salieron dos agentes que fueron corriendo hacia...

Por un segundo, no estuvo muy claro hacia dónde corrían, y fue en ese segundo cuando Tatiana se puso delante de Alexander, protegiendo la mitad del cuerpo de éste con su cuerpecillo minúsculo. Pasando de largo, sin prestar ninguna atención a los Barrington ni dedicarles una sola mirada, los dos agentes se metieron corriendo en la tienda de comestibles.

Tatiana se apartó. Alexander, reaccionando tardíamente, con los ojos abiertos como platos, se quedó mirándola fijamente.

Cuando se estaban tomando un refresco con helado en una cafetería, Alexander permaneció sentado frente a ella, observándola, esperando a que le diese una explicación de forma espontánea.

—Tania... —empezó a decir.

Ella hablaba con Anthony, sin mirar a Alexander a la cara, sin intención alguna de dar explicaciones.

—¿Sí?

—¿Se puede saber a qué ha venido lo de antes?

—¿El qué?

—Antes, con los policías.

—No sé de qué me hablas. Me he apartado de su camino. —Seguía sin mirarlo a la cara.

—No te has apartado de su camino. Te has puesto delante de mí.

—No tenía otro sitio donde ponerme.

—No, te has puesto delante de mí como si... —Alexander ni siquiera sabía cómo expresarlo. Entrecerró los ojos, entrecerró el corazón, vio algo, comprendió un poquito, no mucho, pero algo—. ¿Creías que venían... por mí?

—Eso es absurdo. —Tenía la mirada fija en su refresco—. Anthony, ¿quieres nata montada?

—Tania, ¿por qué has creído que venían por mí?

—No he creído eso, en absoluto.

Intentó esbozar una sonrisa.

Alexander tomó el rostro de Tatiana entre las manos. Ella desvió la mirada.

—¿No vas a mirarme? ¡Tania! ¿Qué pasa aquí?

—Nada. De verdad.

La soltó. El corazón le palpitaba con un martilleo extraño en el pecho.



Esa noche Alexander la sorprendió en la parte de atrás de la casa, cuando ella creía que él se estaba dando un baño, montando una y otra vez el percutor de su P-38. Apuntaba con ella a la altura del hombro, con las piernas separadas, sosteniéndola con ambas manos y con gran esfuerzo.

Alexander retrocedió, salió al embarcadero, se sentó en su silla y se puso a fumar. Cuando volvió al interior de la cabaña, se plantó delante de

ella. Ya había guardado el arma.

—Tania —dijo—, ¿qué coño está pasando?

Hablaba demasiado alto, con Anthony a escasos metros de distancia, en su habitación.

—Nada, no pasa nada —repuso ella en voz baja—. Por favor...

—¿Me lo vas a contar?

—No hay nada que contar, cariño.

Alexander cogió su chaqueta y luego anunció que iba a dar una vuelta.

—Por cierto, te has olvidado de colocar el seguro de la P-38 —dijo fríamente—. Está al final de la empuñadura.

Se marchó sin dar a Tatiana posibilidad de réplica.



Alexander regresó varias horas después. No había comida en el fuego, y Tatiana estaba sentada muy rígida, como un tablón partido por la mitad, a la pequeña mesa de la cocina.

Se levantó de un salto cuando lo vio aparecer por la puerta.

—¡Por Dios, Shura! ¿Dónde has estado? ¡Te fuiste hace cuatro horas!

—Dondequiera que haya estado, lo lógico es que haya vuelto a casa hambriento —fue su lacónica respuesta.

Le preparó un sándwich frío de pollo y le calentó algo de sopa mientras él permanecía de pie junto a los fogones. Se llevó su plato y su cigarrillo afuera. Estaba seguro de que ella lo seguiría, pero no fue así.

Tras comer rápidamente, volvió a entrar en la casa, donde ella seguía sentada tras la mesa de la cocina.

—No querrás mantener esta conversación aquí en la casa, con Anthony —dijo Alexander—. Ven afuera.

—No quiero mantener esta conversación.

En dos zancadas se plantó a su lado y la arrancó de la silla.

—De acuerdo, de acuerdo —susurró ella, antes incluso de que él abriera la boca—. Vamos afuera.

Una vez fuera, en el porche, Alexander se colocó delante de ella bajo la oscuridad creciente, rodeados de un silencio absoluto salvo por el suave murmullo del agua y el lejano crujido de los árboles mecidos por una brisa fresca.

—Oh, Tatiana... —dijo Alexander—. ¿Qué has hecho?

Ella no respondió.

—He llamado a la tía Esther —le explicó él—. No ha sido fácil hacerla hablar. Luego he llamado a Vikki. Lo sé todo.

—Lo sabes todo —repitió ella, sin ninguna entonación, alejándose de él y meneando la cabeza—. No. No sabes nada.

—Me he estado preguntando por qué en dos años no has llamado a tu amiga. Por qué estudias los mapas con tanta atención. Por qué me proteges de los agentes de la ley. Por qué practicas con mi arma —Alexander hablaba en voz baja y herida—. Ahora lo sé.

Tatiana le dio la espalda bruscamente y él la agarró y la volvió para que lo mirara de frente de nuevo.

—Hace dos años... ¡dos años!, podríamos haber parado durante un tiempo en Washington de camino a Florida. ¿Qué sugieres que hagamos ahora?

—Nada —contestó Tatiana, zafándose de sus manos—. No haremos nada. Eso es lo que vamos a hacer.

—¿Es que no ves que desde su punto de vista parece que todo este tiempo hemos estado huyendo?

—No me importa lo que parezca.

—No somos fugitivos, no tenemos nada que ocultar.

—Ah, ¿no?

—¡No! Una conversación con los generales de Defensa y los burócratas del Departamento de Estado y nos habríamos ahorrado todo esto.

—Oh, Alexander... —exclamó Tatiana—. Hubo un tiempo en que eras capaz de verlo todo, como si las cosas fuesen transparentes. ¿Desde cuándo te has vuelto tan ingenuo?

—¡No soy ingenuo! Sé lo que está ocurriendo, pero ¿desde cuándo te has vuelto tú tan cínica?

—Ya hablaron contigo en Berlín. ¿Por qué crees que quieren hablar contigo otra vez?

—¡Es el procedimiento habitual! —gritó él.

—¡No es el procedimiento habitual! —repuso ella, a gritos también. Sus voces atravesaron los canales negros y retumbaron por los túneles subterráneos. Tatiana bajó la voz—. ¿Es que no entiendes nada? La Interpol también te está buscando.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque Sam me lo dijo, por eso.

Alexander se desplomó en la silla.

—¿Has hablado con Sam? —exclamó, consternado—. Lo sabías... ¿y no me lo dijiste?

—No te dije muchas cosas.

—Eso es evidente. ¿Cuándo hablaste con él?

No se lo dijo.

—¡Cuándo, te he dicho! —alzó la voz—. ¡Tania! ¿Cuándo? Por las buenas o por las malas, vas a decírmelo. Será mejor que me lo digas por las buenas.

—Hace ocho meses —susurró ella.

—¡Hace ocho meses! —gritó él.

—¿Por qué has tenido que llamar a Esther...? ¿Por qué...? —Tatiana dejó caer los brazos, derrotada.

—¿Por eso nos marchamos de Napa? Oh, Dios santo... —Le dirigió una mirada cargada de reproche—. Todo este tiempo, trasladándonos de un sitio a otro, sin dejar de retorcerte las manos, tu silencio... hablándome de deserción en los Urales... ¿A qué has estado jugando, Tatiana, sabiendo todo esto...?

El sentimiento de decepción de Alexander era tan grande que no le quedó más remedio que apartar la vista de ella. ¿Cómo podía la Tatiana que él creía conocer ocultarle tan bien secretos de semejante magnitud? ¿Y qué le pasaba a él, que nunca la había presionado, nunca había



insistido, nunca había hecho preguntas, a pesar de que presentía que algo no iba bien? Alexander no podía mirarla. Tatiana seguía de pie ante él, sin hablar.

—Nos marcharemos mañana por la mañana —dijo él al fin—. Nos marcharemos e iremos a Washington.

—¡No!

—¿No?

—Eso es, no. Por ningún concepto. No nos moveremos. No iremos a ninguna parte, salvo a los bosques de Oregón.

—No pienso ir a los bosques de Oregón —repuso Alexander—. No voy a esconderme en los Urales. Ni en Bethel Island.

Tatiana inclinó el cuerpo hacia él y alzó la voz, haciéndola resonar en la distancia.

—¡No nos vamos y no hay más que hablar! —sentenció—. No nos vamos a ninguna parte.

Alexander arrugó la frente ante su rostro iracundo.

—Bueno, pues yo sí me voy.

A Tatiana le temblaba la boca al incorporarse.

—Ah, eso es estupendo, tú te vas, tú, tú y sólo tú, como si estuvieras solo. Vuelves al frente, ¿no? Muy bien, pues entonces tendrás que irte sin mí, Alexander. Esta vez, si te vas, te irás solo. Ni Anthony ni yo iremos contigo.

Alexander se levantó con tanta furia que derribó la silla, los platos, los vasos y los cigarrillos. Tatiana retrocedió unos pasos, levantando las manos; Alexander dio un paso amenazador hacia ella.

—¡Ésta sí que es buena, joder! —Se estaba arrimando demasiado a ella en el embarcadero—. ¿Me amenazas con dejarme?

—¡No te amenazo con dejarte! —le gritó—. ¡Eres tú el que me está diciendo que se va! ¡Yo te digo que no nos vamos!

—¡Sí!

—¡No!

Anthony salió al exterior, despierto y alertado por los gritos, y se quedó con expresión temerosa al borde del embarcadero. Jadeando con

furia, Tatiana y Alexander se miraron fijamente. A continuación, Tatiana se llevó al niño adentro y no volvió a salir.

Al cabo de mucho rato, Alexander regresó a la casa y encontró a Tatiana bajo el edredón de la cama. Se sentó y ella se volvió del otro lado, dándole la espalda y hecha un ovillo.

—¿Qué, ya está? —dijo él—. Te vas, me dejas con la palabra en la boca, te metes en la cama, ¿y ya está?

—¿Qué más quieres? —repuso ella con voz indiferente.

—Mi propio gobierno me está buscando —dijo él—. No pienso permitirlo. —Tatiana se estremeció—. ¿Es que no lo entiendes? Van a ir por mí, Tania —le explicó—. Un día, más tarde o más temprano, me encontrarán, trabajando en alguna granja, recogiendo uvas, haciendo vino, pilotando un barco, pescando langostas y las leyes de prescripción de delitos no me salvarán.

—Sí, sí te salvarán —dijo ella—. Al cabo de diez años sí.

—¿Bromeas? —le susurró a la espalda—. ¿Diez años? ¿De qué estás hablando? ¿Qué soy, un espía? ¡Yo no he hecho nada malo!

—Bueno, si vuelves, te esposarán y te encerrarán por obstrucción a la justicia, por haber huido o incluso por traición. Te meterán en la cárcel a pesar de que no hayas hecho nada malo. O peor aún...

Tatiana estaba hablando a la almohada, Alexander apenas la oía.

—Entonces, ¿qué propones tú? —inquirió—. ¿Vivir el resto de tu vida esperando ir siempre un paso por delante del gobierno de Estados Unidos?

—No puedo mantener esta discusión contigo, Shura —replicó Tatiana—. De verdad que no puedo.

Alexander la obligó a volverse para mirarlo, pero ella le dio la espalda de nuevo. La acercó a él, pero ella se apartó y se tapó la cabeza con las sábanas. Alexander retiró todas las almohadas, todas las sábanas y las mantas y lo arrojó todo al suelo, dejándola desnuda en la cama vacía. Ella se tapó el cuerpo con las manos. Él le apartó las manos y Tatiana forcejeó con él. Alexander se zambulló en su vientre desnudo, en el suave triángulo dorado bajo su ombligo, presionándolo con la boca, susurrándole: «Tócame, tócame la cabeza». Ella estaba temblando y no lo hizo. Él se

tumbó completamente vestido encima del cuerpo desnudo de ella, plano sobre ella, pero puesto que no había paz en el interior de Tatiana, tampoco podía haberla para él. Atravesando la tristeza de ella con su propia tristeza, sin apenas desvestirse, le hizo el amor sordo y mudo y después permanecieron tumbados, sordos y mudos, incapaces de expresar las palabras que les traspasaban el corazón; él creía haberlo dicho todo y ella creía no haber dicho lo bastante.

Tatiana le estaba dando la espalda y él le daba la espalda a ella.

—No pienso vivir de este modo —anunció él—. Así era mi vida en la Unión Soviética, atrapado, huyendo permanentemente, mintiendo, siempre con miedo... Ésa no puede ser mi vida en Estados Unidos. No puede ser eso lo que quieres para nosotros.

—Yo sólo te quiero a ti —dijo ella—. Yo te quiero en los Urales, no me importa a cuántos hombres mates con tu desertión. Ya lo sé, es imperdonable, pero no me importa. Te quiero huyendo, atrapado y mintiendo. Te quiero y te querré de todas las formas posibles. No me importa lo difícil que pueda llegar a ser. Todo ha sido difícil.

—Tania, por favor. No lo dices en serio.

—Oh, sí, ya lo creo que lo digo en serio —repuso—. Qué poco me conoces... Será mejor que vuelvas a hacer ese test de la revista, Shura.

—Eso es verdad —dijo él—. Salta a la vista que no te conozco en absoluto. ¿Cómo puedes habérmelo ocultado todo este tiempo?

Tatiana no respondió, tan sólo dio un respingo.

Alexander la obligó a abandonar su posición fetal y le apartó las muñecas de la cara.

—Me has engañado todo este tiempo, ¿y ahora me dices que no vas a venir conmigo?

—Por favor... —susurró ella—. Por favor... ¡Estás tan ciego! Te lo suplico, te lo suplico, entra en razón. Escúchame. No podemos ir a ellos.

—Yo ya he vivido en una prisión —dijo Alexander, apretándole las muñecas, aplastándola—. ¿Es que no lo entiendes? Quiero vivir una vida distinta contigo.

—¿Lo ves? Ésa es la gran diferencia que hay entre tú y yo. Yo sólo quiero vivir una vida contigo —dijo Tatiana, sin forcejear con él en absoluto, limitándose a yacer allí tendida y frágil bajo sus manos—. Ya te lo dije en Rusia. No me importaría si viviésemos en mi fría habitación del Quinto Soviet, con Stan e Inga al otro lado de la puerta. Lo único que quería era vivir allí contigo. No me importa si vivimos aquí en Bethel Island, o en un cuartucho en Deer Isle. La Unión Soviética, Alemania, aquí... no me importa. Sólo quiero que sea contigo.

—¿Siempre huyendo, escondiéndonos, asustada para el resto de tu vida? —dijo Alexander—. ¿Así es como quieres vivir?

—De cualquier forma —respondió ella, llorando—. Sólo contigo.

—Oh, Tania... —exclamó él, soltándola.

Ella se arrastró hasta él, lo sujetó por los hombros y lo zarandeó.

—Ni ahora, ni en Rusia, ni nunca, jamás... —dijo ella, entre espasmos de ira y sollozos—. ¡Nunca te has protegido a ti mismo por mí, por Anthony...!

—Chsss... —dijo él, abriendo los brazos—. Ven aquí, chsss... Pero ella no se acercaba, con las manos crispadas en actitud de súplica.

—Por favor, no vayamos... —dijo—. Hazlo por Anthony. Necesita un padre.

—Tania...

—Hazlo por mí... —susurró.

Congelados en el tiempo, permanecieron fundidos en un abrazo de noviembre en Leningrado.

—Me juré a mí misma en Berlín —le dijo Tatiana, hablándole al pecho— que nunca volverían a tenerte.

—Ya lo sé —respondió Alexander—. Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Inyectarme morfina como tenías planeado? ¿Matarme como no quisiste matar al coronel Moore? —Le ofreció el brazo extendido, señalándose las marcas azules del antebrazo—. Venga. Aquí mismo, Tatiana.

—Oh, ¡calla, cállate ya...! —masculló furiosa, apartándole el brazo de un manotazo.

No volvieron a hablar durante el resto de la noche.

Por la mañana, sin dirigirse la palabra entre ellos y apenas a Anthony, recogieron sus cosas y se marcharon de Bethel Island. El señor Shpeckel se despidió de ellos desde su barca, con aire apesadumbrado bajo el pálido amanecer.

—¿Qué le dije, capitán? —Se dirigió a Alexander—. Siempre supe que eran unos fugitivos.



Tras una jornada de trayecto en absoluto silencio, en algún lugar entre las dunas de arena de Nevada, Alexander susurró, acunando a Tatiana, que estaba metida en su saco de dormir:

—No volverán a tenerme, te lo prometo.

—Ya —repuso ella—. Ni ellos ni yo.

—Venga, yo me encargaré de solucionarlo todo. Confía en mí.

—¿Confiar en ti? —exclamó Tatiana—. Confiaba tanto en ti que creí tus mentiras y me marché de la Unión Soviética, embarazada y creyendo que habías muerto.

—No estabas sola. Se suponía que tenías que estar acompañada por el doctor —le susurró—. Matthew Sayers iba a sacarte.

—Sí, pero no contaste con la posibilidad de que se muriera de repente. —Tatiana inspiró hondo—. No me hables. Quieres que haga lo que tú quieras, muy bien, haré lo que tú quieras, pero no me hables, no intentes suavizar las cosas.

—Yo no puedo suavizar las cosas —repuso él—. Quiero que seas tú la que suavice las cosas.

Alexander era consciente de que más allá de Sam Gulotta y los norteamericanos furiosos, a quien más temía Tatiana era a los rusos. Él no estaba libre de culpa, no era inocente, y su mujer tenía motivos para estar asustada. No podía verle la cara a Tatiana.

—Tania —dijo Alexander despacio, en tono conciliador, acariciándola—, ¿quieres arreglar las cosas? Ayúdame a solucionar esto. Sé que no quieres vivir con este miedo paralizador. No has podido pensar con

claridad en todo este tiempo. Ayúdanos, por favor. Libérate. Libérame a mí.

Otra noche negra, cerca de Hell's Canyon, en Idaho, Alexander le dijo:

—¿Cómo puedes haberme ocultado algo así? ¿Algo tan serio, tan grave? Se supone que tenemos que afrontar esto juntos, de la mano. Como amantes.

Alexander estaba dentro del saco de dormir, tumbado encima de la espalda de ella, ligado a ella, las manos de ambos entrelazadas.

—¿Afrontar el qué juntos? —repuso ella, con la voz amortiguada por la almohada—. ¿Que te entregues a las autoridades, que es lo que has decidido hacer en cuanto te has enterado de que estaban buscándote? Vaya, me pregunto por qué no te lo dije. Es un misterio.

—Si me lo hubieses dicho, lo habríamos solucionado entonces, en lugar de tener que tapar el agujero del *Titanic* ahora.

—El *Titanic* estaba condenado a hundirse en cuanto chocó contra ese iceberg —replicó Tatiana—. Nada habría podido salvarlo, así que perdóname si te digo que detesto tus metáforas.

Al final, Tatiana le dio a Alexander el número de Sam Gulotta. Alexander llamó desde una cabina, Sam le devolvió la llamada y pasaron una tensa hora al teléfono, Tatiana escuchando las frases de su marido y mordiéndose las uñas. Cuando colgó, Alexander dijo que Sam había accedido a encontrarse con ellos al cabo de diez días en Silver Spring, Maryland.

Anthony, intuyendo que algo no andaba del todo bien, apenas exigía la atención de sus agotados padres. Leía, tocaba la guitarra, dibujaba y jugaba con sus soldados. Pero empezó a despertarse de nuevo en medio de la madrugada y a meterse en la tienda con su madre. Tatiana tuvo que volver a usar camisón.

Sin contar historias, sin risas ni bromas, recorrieron los caminos serpenteantes de su Estados Unidos, el norte a través de los ríos de Montana, hacia el sur por las montañas de Wyoming y las zonas desérticas de Dakota del Sur. Un día tras otro, embargados por la tristeza, atravesaban el país a bordo de su Nomad, plantaban las tiendas de

campaña, cocinaban en las hogueras, comían de un solo cuenco. Tatiana y Alexander se subían la cremallera del saco de dormir, y luego dormían encajados el uno en el otro, un cuenco de metal dentro del otro, ella incrustada en el pecho de él, apretándose contra su corazón, engullida por su cuerpo malherido. Él no sabía qué estaba pasando. Sentía que todos sus instintos lo estaban abandonando, no lograba encontrar la salida del lodo ciego del terror de Tatiana. Ambos estaban exhaustos por culpa de sus demonios, por la inquietud durante el día y los temores por las noches. Ansiaban dormir, pero cuando el sueño llegaba, era entrecortado y negro. Ansiaban ver el sol, pero cada sol los acercaba cada vez más a Washington D. C., el epicentro de sus pesadillas.

## Capítulo 6

### Jane Barrington, 1948

*Sam Gulotta*

Una vez en Silver Spring, Maryland, justo al norte de la ciudad de Washington, Tatiana dijo:

—Para la caravana.

Él detuvo el vehículo en el punto de encuentro designado, una gasolinera. Ambos salieron y Alexander llenó el depósito de combustible, fue a por unas Coca-Colas, cigarrillos y caramelos para Anthony, que estaba correteando y levantando nubes de polvo. Iban a reunirse con Sam a las ocho de la mañana; eran las siete y media.

Tatiana se había puesto el vestido de muselina de color marfil que le había comprado Alexander en Nueva Orleans; ella misma le había metido el dobladillo unos centímetros en Bethel Island; al fin y al cabo, era hija de costurera. Se había cepillado el pelo y se lo había dejado suelto. En la brisa de la mañana estival, el diáfano vestido flotaba vaporoso y los mechones de la melena secada al sol le azotaban la cara.

—Gracias por ponerte tan guapa para mí —comentó Alexander. Acertó a responderle con un «De nada». Había intentado hablar con él, pero no le salía la voz. Parecía impropio que una mañana de verano tan sumamente radiante, tan gloriosa, pudiese estar cargada de tanta ansiedad. Alexander se encendió un pitillo para acompañar la espera. Llevaba el uniforme de



capitán del ejército estadounidense de clase A que le había dado el cónsul norteamericano en Berlín. Se había afeitado y se había cortado el pelo.

Al principio, Tatiana había insistido en que iba a estar al lado de Alexander en todo momento, pero el problema era que no tenían a nadie con quien dejar al chico. Dijo que llamaría a Vikki y le pediría que los ayudase, pero en cuanto Anthony (que andaba revoloteando por allí, obviamente escuchando la conversación de los mayores), oyó el nombre de Vikki unido en la misma frase con el suyo, rompió a llorar y se aferró a la pierna de su madre con todas sus fuerzas, suplicándole de rodillas que no lo dejase solo con Vikki.

Y aunque Tatiana se quedó horrorizada, no estaba lo bastante horrorizada como para cejar en su empeño de llamar a su amiga, de modo que fue Alexander quien se negó. No iban a abandonar a Anthony los dos, cuando volvía a necesitar a su madre a su lado.

De pie en la caravana, Tatiana dijo amargamente, sin dirigirse a nadie en particular:

—No puedo creer que tengamos que pasar por esto. ¿Quién nos habría encontrado en nuestra inmensa Norteamérica? Habríamos desaparecido para siempre.

—¿Cuántas veces estás dispuesta a colocarte delante de mí, Tatiana —repuso Alexander—, para esconderme de los comunistas?

—El resto de mi vida, si hace falta.

Se volvió hacia ella, y algo en sus ojos le hizo mirarla con más detenimiento, observarla fijamente para tratar de entender algo que a todas luces escapaba a su capacidad de comprensión.

—¿Qué acabas de decir?

Tatiana apartó la cara de su mirada inquisitiva.

—Joder, soy un maldito idiota... —dijo Alexander en el preciso instante en que Sam Gulotta aparecía con su viejo Ford.

Sam estrechó la mano de Alexander y luego se plantó delante de Tatiana sin decir una palabra. Llevaba un traje inusitadamente arrugado, y el rostro mostraba su agotamiento. El pelo rizado había empezado a encanecer en las puntas y a escasear en la coronilla. Parecía menos

robusto, a pesar de haber sido el entrenador de los partidos de béisbol de sus hijos durante muchos años.

—Tienes buen aspecto, Tatiana. Muy buen aspecto. —Se aclaró la garganta y desvió la mirada. Sam, que nunca se había fijado en ella, ¡había apartado la mirada!—. Es evidente que el matrimonio te sienta bien —comentó—. Yo mismo he vuelto a casarme.

Su primera mujer había fallecido en un accidente aéreo al comienzo de la guerra, en un avión que llevaba suministros a las tropas. A Tatiana le dieron ganas de decirle que su segundo matrimonio no parecía sentarle tan bien a él pero, por supuesto, no lo hizo. Tenía los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Bueno, veo que al final has entrado en razón —dijo Sam.

—Yo no —replicó ella.

—Ya, pero como va a ser él quien tenga que pagar por tus disparates, me alegro de que al menos uno de los dos tenga un poco de sentido común.

—Yo no voy a pagar por sus disparates —terció Alexander.

Tatiana los interrumpió a los dos.

—Sam, no finjas que no entiendes por qué; con el clima que se respira, no puedo estar de acuerdo con el hecho de entregarte a mi marido.

—Ya. Pero ¿por qué no quisiste traerme a tu marido en 1946?

—¡Porque habíamos terminado con todos vosotros! —exclamó Tatiana—. Y ya habló de todo esto hasta la saciedad en Berlín, ¿me oyes? ¡Hasta la saciedad! ¿Es que acaso no consta eso en su expediente, para que todos lo vean?

Alexander extendió la mano para hacer que se serenase. Anthony estaba por allí cerca.

—Sí consta —contestó Sam sin alterarse—, pero ya te lo dije: el tribunal de Berlín tenía su propio protocolo y nosotros aquí tenemos el nuestro. Cuando llegó a Estados Unidos, tendría que haber venido a hablar con nosotros. ¿Qué parte es la que no entendiste exactamente?

—Lo entendí todo a la perfección. Pero ¿por qué diablos no podéis dejarlo en paz? —Dio un paso al frente para colocarse delante de Alexander—. Cien millones de personas... ¿es que no tenéis nada mejor

que hacer? ¿A quién está molestando? Sabes que no es ningún espía, que no está recabando información para los rusos. Sabes que no se esconde, y sabes perfectamente que lo último que necesita en este mundo, precisamente él, es dejar que tu maldito Departamento de Estado le ponga las manos encima.

Alexander asió a Tatiana por los hombros para ayudarla a dejar de temblar. Sam permaneció impotente delante de ella.

—Si me hubieses llamado hace dos años —dijo Sam—, todo esto sería agua pasada. ¡Ahora todos los miembros de tres departamentos oficiales están convencidos de que ha estado escondiéndose!

—Hemos estado viajando, no escondiendonos. ¿Es que no conocen la diferencia?

—¡No! Porque no han podido hablar con él. Y Defensa necesitaba imperiosamente hablar con él. Es por culpa de tu terquedad por lo que hemos llegado hasta este extremo.

—No me eches las culpas a mí... ¡Tú, con tus constantes llamaditas a Vikki! ¿Qué creías que iba a pensar?

Alexander sujetó con fuerza a Tatiana.

—Chsss... tranquilízate... —dijo.

—¡No pienso tranquilizarme! —exclamó ella—. ¿Y sabes una cosa, Sam? ¿Por qué no pasáis menos tiempo buscando a mi marido y un poco más de tiempo inspeccionando vuestro Departamento de Estado? No sé si has leído los periódicos en los últimos años, pero a lo mejor tendríais que limpiar vuestra propia casa antes de poner patas arriba todo el país para limpiar la mía.

—¿Y por qué no vienes y hablas con John Rankin, del Comité de Actividades Antiamericanas? —le espetó Sam con impaciencia—. Porque arde en deseos de hablar contigo. A lo mejor puedes ilustrarlo con lo que sabes acerca de nuestro Departamento de Estado. Le encanta hablar con gente como tú.

Alexander la aferró con más fuerza.

—Muy bien, vosotros dos —dijo, volviendo a Tatiana hacia él—. Ya está bien, ya basta —añadió con calma, mirándola fijamente—. Tenemos

que irnos.

—¡Yo voy contigo! —exclamó Tatiana—. No me importa lo que prometí. Me llevaré a Ant...

—Sam, perdónanos un minuto —se excusó Alexander, arrastrando a Tatiana hasta el fondo de la caravana. Estaba exhausta y jadeaba con desesperación. La atrajo hacia sí y tomó su rostro encendido entre las manos—. Tatia, ya basta —pidió—. Me dijiste que ibas a mantener la calma. Me lo prometiste. Vamos. El niño está aquí mismo. —Tatiana temblaba sin cesar—. Vas a esperar aquí —añadió, acariciándole la espalda vaporosa con su mano tranquilizadora, apaciguándola, reconfortándola—. Tal como me prometiste. Siéntate aquí y espera. No importa lo que suceda, volveremos. Es lo que dijo Sam. De una forma u otra, voy a volver, pero tienes que esperar. No vayas a ninguna parte. El chico está aquí contigo, y tienes que portarte bien. Ahora júrame otra vez que vas a portarte bien.

—Voy a portarme bien —le susurró Tatiana.

Sólo esperaba que su rostro no revelase lo que sentía en su interior, pero en ese momento Anthony apareció en medio de ambos, se lanzó a sus brazos y ella no tuvo más remedio que aparentar serenidad.

Antes de marcharse, Sam le alborotó el pelo a Anthony.

—No te preocupes, muchachito. Haré todo cuanto esté en mi mano por cuidar de tu padre.

—De acuerdo —contestó Anthony, abrazado al cuello de su madre—. Y yo cuidaré de mi mami.

Tatiana retrocedió. Alexander asintió y ella asintió. Permanecieron quietos un instante. Ella le hizo un saludo militar y luego él le devolvió el saludo militar. Anthony seguía abrazado a su madre.

—Mami, ¿cómo es que tú le haces el saludo a papá primero?

—Porque él tiene el rango más alto, campeón —murmuró ella.

El rostro de Tatiana debía de estar tan crispado de dolor que Alexander se quedó sin habla.

—Por Dios, Tania —se limitó a decir—, ten fe, ¿quieres?

Pero se lo dijo a su espalda, vuelta y derecha. El niño seguía en sus brazos.



—¿Desde cuándo se altera de esa manera? —Quiso saber Sam mientras conducían en su sedán de camino al Departamento de Estado—. Antes era mucho más serena.

—¿De veras?

Era evidente que Sam tenía ganas de hablar de ella.

—Ya lo creo. ¿Sabes? La primera vez que vino a verme se comportó como una mujer muy estoica. Una joven madre viuda, de aspecto menudo; hablaba en voz baja, muy educada, nunca replicaba, apenas si sabía hablar inglés... A medida que fue pasando el tiempo y siguió llamándome, continuó siendo educada y serena. A veces venía a Washington, almorzábamos juntos, nos sentábamos tranquilamente. Lo que quiero decir es que era una persona muy apacible. Supongo que lo único que debería haberme puesto sobre aviso, hasta el final, era el hecho de que llamase todos los meses sin falta. Pero hacia el final, cuando me enteré de que estabas recluido en Colditz, se transformó en... en... ni siquiera sé cómo expresarlo. En una mujer completamente distinta.

—No, no —lo contradijo Alexander—. Es la misma mujer. Lo de apacible y serena es sólo una artimaña. Cuando todo va como ella quiere, es apacible y serena. Pero más vale no contrariarla.

—¿Es verdad, lo he visto! El cónsul de Berlín también lo ha visto. ¿Sabías que solicitó que lo cambiasen de puesto después de tener que tratar con ella?

—¿El cónsul de Estados Unidos en Berlín? —dijo Alexander—. Pues no hablemos del comandante del campo especial de Sachsenhausen, asignado por el Partido Comunista Soviético. No quiero ni imaginarme qué le sucedió después de que Tatiana acabara con su campo especial.

No tardaron en remontar la carretera paralela al Potomac, en dirección sur. Alexander se volvió hacia la ventanilla, extendiendo el brazo al otro

lado del cristal.



En la cuarta planta del Departamento de Estado, en la calle C, una manzana al norte de la Constitution Avenue y el Mall, Sam le presentó a Alexander a un abogado novato recién salido de la facultad de Derecho llamado Matt Levine, que tenía el despacho más pequeño de la historia de la abogacía, más pequeño aún que las celdas de la prisión en las que Alexander había pasado tanto tiempo, un cubículo de dos por dos con un imponente escritorio de madera y tres sillas. Los tres se apretujaron tanto y estaban tan incómodos que Alexander tuvo que pedirle a Levine que abriese el ventanuco para tener la sensación de que había más espacio.

Pese al elegante traje, Matt Levine ni siquiera parecía tener edad suficiente para afeitarse, pero exhibía cierto aire de seguridad en sí mismo que gustó a Alexander. Tampoco le desagradó que lo primero que le dijese fuera: «Tranquilo. Resolveremos esta mierda», a pesar de que pasó las tres horas siguientes revisando el expediente de Alexander y diciéndole que estaban completamente jodidos.

—Le preguntarán por su uniforme.

Levine lo miró con admiración.

—Que pregunten.

—Le preguntarán por sus padres. Hay cosas increíblemente incriminatorias contra ellos.

—Que pregunten. —Deseó poder evitar aquella parte.

—Le preguntarán por qué no se ha puesto en contacto con el Departamento de Estado.

—Tania...

—¿Sabe usted que Gulotta cree que podemos echarle toda la culpa de eso a su mujer? —Levine sonrió.

—¿De veras?

—Yo le dije que a los soldados no les gusta culpar de sus problemas a sus mujeres. Pero él siguió insistiendo.

Alexander miró a Sam, luego a Levine y luego a Sam de nuevo.

—Es una broma, ¿no?

—No, no —le aseguró Sam, con el semblante serio—. De verdad que lo he estado pensando muy seriamente. Ni siquiera es mentira; lo cierto es que no sabías que estábamos buscándote... a pesar de que la ignorancia no es ningún eximente legal. Pero ella puede acogerse al privilegio conyugal puesto que no puede testificar contra ti, y habremos acabado con esto. ¿Qué te parece?

—Hmmm... —murmuró Alexander—. ¿Cuál es el plan B?

No tenían un plan B.

—Protestaré a todo. Ése es mi plan B. —Levine sonrió—. Acabo de aprobar mi examen de habilitación. Trabajo al servicio del Departamento de Estado como consultor legal. Usted es sólo mi segundo caso, pero no se preocupe, estoy suficientemente preparado. Y recuerde, no se ponga nervioso. —Miró fijamente a Alexander—. ¿Se... pone usted nervioso fácilmente?

El tipo tenía agallas.

—Digamos sólo que no soy de los que se ponen nerviosos fácilmente —replicó Alexander—. Pero me han provocado hombres muchos más duros que éstos.

Estaba pensando en Slonko, el hombre que había interrogado a su madre, a su padre y por último, muchos años más tarde, a él mismo. A Slonko no le había ido muy bien. Alexander decidió no contarle al recién graduado Levine los pormenores de los interrogatorios del NKVD soviético: medio desnudo en una celda a oscuras y helada, muerto de hambre y golpeado brutalmente, sin testigos, torturado con insinuaciones depravadas sobre Tatiana.

Alexander sudaba a mares en su recio uniforme. No estaba acostumbrado a estar tan cerca de otras personas. Se levantó, pero no había adónde ir. Sam se estaba mordiendo las uñas con nerviosismo y aflojándose y apretándose el nudo de la corbata una y otra vez.

—Sin duda querrán sacar tajada del asunto de su nacionalidad —le dijo Levine a Alexander—. Tenga cuidado con esas preguntas. Verá, habrá

rivalidades entre los distintos departamentos.

Alexander meditó una pregunta de su propia cosecha.

—¿Cree usted... —en realidad no quería hacerla—... que podría salir a relucir, hmmm... el tema de la extradición?

Sam y Levine intercambiaron unas fugaces y francas miradas y Levine, tratando de eludir el tema, murmuró:

—No lo creo.

Y Sam, tratando también de eludirlo, añadió:

—Si todo lo demás falla, recurriremos al plan A: salva el pellejo y echa la culpa a tu mujer.

Sam le dijo que la sesión estaría presidida por siete hombres: dos del Departamento de Estado («Uno de los cuales seré yo»), dos del de Justicia (uno de Inmigración y otro de Nacionalización), uno de FBI y dos del Departamento de Defensa («Un teniente y un viejo coronel; creo que el joven Tom Richter podría caerte bien; se ha interesado mucho por tu caso»), y la persona más importante: el congresista John Rankin, el miembro más veterano del Comité de Actividades Antiamericanas, que asistiría para determinar si Alexander tenía vínculos con el Partido Comunista, ya fuese en Estados Unidos o en el extranjero. Una vez finalizada la sesión, los siete hombres someterían el asunto a votación por mayoría. John Rankin sería quien decidiría en caso de empate, llegados a ese extremo.

—También será él quien decida si debes ser investigado o no por la totalidad del Comité de Actividades Antiamericanas —le explicó Sam—. No hace falta que te diga —añadió, diciéndoselo de todos modos— que debes evitar eso a toda costa.

—Sí —convino Levine—, si tiene que comparecer ante el comité, la ha cagado bien cagada. Así que no importa lo cabrones que sean con usted, muéstrese cortés y educado, discúlpese, diga a todo sí, señor; por supuesto, señor, y lo lamento, señor.

—Has tenido mucha suerte en muchos aspectos —comentó Sam, y Alexander estaba de acuerdo con él—: la verdad es que no podrías haberte presentado a una sesión de esta clase en mejor momento.



—¿De verdad?

Alexander necesitaba un cigarrillo, pero no creía que hubiese suficiente oxígeno en aquel despacho para encenderse uno.

—El comité está a punto de poner en marcha una investigación explosiva sobre uno de los nuestros —dijo Levine—. Dé gracias al cielo. Alger Hiss, ¿ha oído hablar de él?

Alexander había oído hablar de él. Alger Hiss había sido director del comité de presidencia de la fundación de las Naciones Unidas. Hiss llevaba ligado a la organización desde 1944. Alexander asintió.

—Hiss estuvo en Yalta con Roosevelt y Churchill, era el consejero del presidente, y ahora ha sido acusado por un antiguo colega comunista de ser un espía soviético... ¡desde la década de 1930!

—Un hombre prominente enfrentado a unas acusaciones también muy prominentes.

—El hecho es que el comité está ocupado con un pez mucho más gordo que tú —explicó Sam—, así que lo que quieren que hagas, lo que necesitan que hagas, es no crearles problemas y mostrar una conducta impecable, así que no les crees problemas y muestra una conducta impecable, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —contestó Alexander, levantándose y dirigiéndose a la puerta para salir de aquella habitación asfixiante—. Por supuesto, señor. Lo lamento, señor, pero tengo que salir a fumarme un puto cigarrillo o me moriré, señor.

### *El teniente Thomas Richter*

Alexander agradeció que la habitación en la que se reunió con los representantes de los departamentos de Estado, Defensa y Justicia, enfrente del National Mall, fuese mayor que el despacho de Matt Levine. La sala de la segunda planta del Old Executive Building en las inmediaciones del Capitolio era alargada y estrecha, con una hilera de ventanales altos a su derecha con vistas a unos árboles y jardines. El

medio paquete de cigarrillos que se había fumado por el camino hasta allí lo había tranquilizado, pero no había mitigado su hambre ni su sed. Era media tarde.

Se bebió un vaso de agua de un sorbo, pidió otro, preguntó si podía fumar y se sentó en tensión, y sin poder fumar, tras una mesita de madera frente a una tarima. No tardaron en aparecer siete hombres. Alexander los observó. Llegaron a sus respectivos sitios, lo miraron detenidamente, y luego tomaron asiento. Él siguió de pie.

Tenían el semblante serio e iban bien vestidos. Cuatro de ellos debían de haber cumplido ya los cincuenta, dos parecían de la misma edad que Alexander y otro tenía treinta y nueve años, Sam, a quien no le habría ido mal fumarse un cigarrillo. Y Sam decía que Tania se alteraba... Tania era una mujer, ¿cuál era la excusa de Sam? Los dos miembros del Departamento de Defensa, uno joven y el otro mayor, iban vestidos con el uniforme militar completo. Todos tenían micrófonos delante, y estaban presentes una taquígrafa, un secretario judicial y un funcionario del juzgado. El secretario anunció que nadie presidiría aquella audiencia y que por tanto, los miembros tenían permiso para dirigir preguntas a Alexander y a cualquiera de los presentes.

Después de que la asamblea fuese llamada al orden, Alexander levantara la mano derecha y jurara decir la verdad, casi sin darle tiempo a que acabara de decir «Lo juro», el joven soldado de Defensa abrió la boca.

—Señor Barrington, soy el teniente Thomas Richter —dijo—. Dígame, ¿por qué lleva usted un uniforme militar de Estados Unidos de América? Y nada menos que un traje verde de oficial.

—Soy un militar —contestó Alexander—. Y no dispongo de ningún traje. El traje verde de oficial me lo dio Mark Bishop, el gobernador militar de Estados Unidos en Berlín.

Era mejor que el mono de pescar langostas. O que un uniforme del Ejército Rojo. Le gustó la pregunta de Richter. Era como si éste hubiese invitado a Alexander a situarse él mismo ligeramente al margen de aquel comité de civiles.

—Entonces, ¿cómo se define usted mismo actualmente? —continuó Richter—. ¿Debemos dirigirnos a usted como comandante? ¿Capitán? A juzgar por su expediente, parece haber tenido numerosos rangos en su carrera.

—Sólo fui comandante unas pocas semanas —explicó Alexander—. Fui herido y arrestado, tras lo cual fui degradado a capitán como castigo. Presté servicio al mando de una patrulla ferroviaria en el 67.º regimiento del general Meretskov y de un batallón disciplinario en el 97.º regimiento del general Rokossovski, como capitán en ambos casos. Tras mi última condena en 1945, el Ejército Rojo me destituyó de mi rango y título.

—Bien, pues a mí me parece usted un militar —señaló Richter—. ¿Dice que sirvió como oficial desde 1937 hasta 1945? Veo aquí que recibió usted la medalla de Héroe de la Unión Soviética. No hay mayor honor militar en el Ejército Rojo. Tengo entendido que es el equivalente de nuestra medalla de Honor del Congreso.

—Señor Barrington —interrumpió un hombre mayor de rostro avejentado, que se presentó a sí mismo como el señor Drake, del Departamento de Justicia—. Comandante, capitán, señor... Medallas, años de servicio, títulos, rangos... ninguna de esas cosas nos interesa ni nos preocupa, ni es el propósito de esta reunión, francamente.

—Le ruego al caballero del Departamento de Justicia que me disculpe —dijo Richter—, pero considero que establecer y verificar el historial militar del capitán Barrington es motivo de máxima preocupación e interés para los miembros de Defensa de este comité, y es la razón por la cual estamos aquí. Así que si me disculpa...

—¿Podría el caballero del Departamento de Defensa permitirme hacer una pregunta? Sólo una —dijo el señor Drake con voz rotunda—. Señor Barrington, como estoy seguro de que sabrá usted, este comité está muy preocupado por el hecho de que llegase a este país hace ya dos años acogiéndose a un permiso especial de asilo del gobierno de Estados Unidos, y pese a todo ésta es la primera vez que logramos verlo cara a cara.

—Formule su pregunta, señor Drake —dijo Alexander.

Richter reprimió una sonrisa. Drake tosió.

—No veo ningún registro de su solicitud de asilo.

—Formule su pregunta, señor Drake —repitió Alexander.

—¡Protesto! —Era Matt Levine—. No ve ningún registro de la solicitud de asilo de mi cliente porque mi cliente no vino a este país en calidad de asilado. Regresó a su país de nacimiento como ciudadano estadounidense con pasaporte en vigor y todos sus derechos como ciudadano intactos. Señor Barrington, dígame al tribunal cuánto tiempo había residido su familia en Massachusetts antes de 1930.

—Desde finales de 1600 —respondió Alexander. Siguió explicando que sin duda su regreso había estado rodeado de circunstancias especiales y delicadas, pero que creía haber cumplido con sus obligaciones tras su reunión con Sam Gulotta en julio de 1946, los detalles de la cual figuraban en los archivos oficiales.

El señor Drake señaló que en los archivos oficiales también constaba que el expediente de Alexander Barrington continuaba abierto hasta la última declaración formal y oficial, que no había tenido lugar todavía.

—Desearía ampliar la declaración del señor Barrington —intervino Sam, hablando a su micrófono—. Me reuní y hablé con él durante largo rato, y no le transmití con la suficiente claridad la urgencia y la necesidad de que se prestase a realizar una declaración formal. Ofrezco mis disculpas a los miembros de este comité por mi descuido.

Tania tenía razón respecto a Sam.

—Todo cuanto dice el señor Gulotta es cierto —dijo Alexander—. En cuanto me enteré de que el Departamento de Estado necesitaba hablar conmigo, me puse en contacto con él y regresé inmediatamente.

—Doy fe de eso —corroboró Sam—. El señor Barrington, de forma voluntaria, sin orden de arresto ni de comparecencia, regresó a Washington.

—¿Por qué no se ha puesto en contacto con nosotros hasta ahora, señor Barrington? —preguntó Drake—. ¿Dónde se ha estado escondiendo?

—He estado viajando —contestó Alexander—. No estaba escondiéndome. —Lo estaban escondiendo, que era otra cosa

completamente distinta—. No sabía que tenía asuntos pendientes con el gobierno de Estados Unidos.

—¿Adónde ha viajado usted?

—A Maine, Florida, Arizona, California...

—¿Usted solo?

Alexander estuvo a punto de mentir. Si no hubiese habido siete copias de su expediente delante de los hombres sentados tras la larga mesa, lo habría hecho.

—No, yo solo no. Mi esposa y mi hijo me acompañan.

—¿Por qué ha vacilado usted, señor Barrington? —preguntó el hombre del Departamento de Estado, sentado junto a Sam.

No se presentó, a pesar de que era su primera pregunta. Era corpulento y pasaba de la cincuentena, con perlas de sudor que le adherían el pelo liso y repeinado al cuero cabelludo húmedo. Tenía la corbata marrón ladeada y una pésima dentadura.

—He vacilado —contestó Alexander—, porque mi declaración oficial de hoy aquí nada tiene que ver con mi familia.

—Ah, ¿no?

Alexander pestañeó y contuvo el aliento.

—No con mi esposa ni con mi hijo, no.

El hombre del Departamento de Estado se aclaró la garganta.

—Señor Barrington —dijo—, dígame, por favor, ¿cuántos años lleva usted casado?

En ese momento, algo le recordó a Slonko. Slonko, a un metro escaso de distancia frente a él en la celda, blandiendo el espectro de una Tatiana embarazada e indefensa sobre la cabeza de Alexander. Tras otra leve pausa, Alexander contestó:

—Seis.

—Entonces, ¿se casó usted en 1942?

—Correcto —respondió Alexander lacónicamente.

Odiaba que lo interrogasen sobre Tatiana. Slonko lo había intuido, y por eso había insistido tanto en preguntarle sobre ella... Hasta llegar demasiado lejos, como se había visto al final.

—Y su hijo... ¿cómo se llama su hijo?

Alexander creyó que no lo había oído bien.

—¿Quiere saber el nombre de mi hijo?

—¡Protesto! ¡Es irrelevante!

Levine hizo temblar las ventanas al gritar aquellas palabras.

—La retiro —dijo el hombre—. ¿Qué edad tiene su hijo?

—Cinco años —contestó Alexander apretando los dientes con fuerza.

—¿Nació en 1943?

—Correcto.

—Pero, señor Barrington, acaba de decirnos que no regresó a este país hasta 1946.

—Sí.

—Pero de eso hace sólo dos años. ¿Y su hijo tiene cinco?

—¡Protesto! —exclamó Levine—. ¿Qué relevancia tiene eso?

—Le diré la relevancia que tiene —contestó el miembro del Departamento de Estado—, las cuentas no acaban de cuadrar. ¿Es que soy el único que sabe contar? Señor Gulotta, ¿la esposa y el hijo del señor Barrington son ciudadanos estadounidenses?

—Sí, lo son —respondió Sam, con la mirada fija en Alexander, como queriendo decir: «Hasta ahora, bien. Pero recuerda: sí, señor; por supuesto, señor. Lo lamento, señor».

—Entonces, ¿dónde pudo el señor Barrington, soldado del Ejército Rojo, haberse casado con una ciudadana estadounidense en 1942 para tener un hijo en 1943? —Un silencio reflexivo inundó la sala—. Por eso preguntaba el nombre del chico. Perdóneme por la falta de delicadeza de mi siguiente pregunta, señor Barrington, pero... ¿es hijo suyo?

Alexander era un témpano de hielo.

—Mi esposa e hijo no son asunto suyo, señor...

—Burck —dijo el hombre—. Dennis Burck. Asuntos Exteriores. Primer vicesecretario adjunto de asuntos soviéticos y de la Europa del Este. ¿Dónde diablos se casó con su esposa norteamericana, señor Barrington, para que pudiera haber dado a luz a un hijo en 1942?

Alexander se apartó de la mesa, pero Levine, dándole un codazo, se levantó de golpe.

—¡Protesto! La esposa y el hijo del señor Barrington no han sido obligados a comparecer ante este tribunal. No entran en el ámbito de este procedimiento y por tanto, exijo que no conste en acta ninguna de las preguntas relacionadas con ellos. Solicito un descanso. Si los miembros de este tribunal quieren averiguar más detalles sobre la esposa del señor Barrington, sugiero que tramiten una orden de comparecencia para ella.

—Lo único que trato de determinar aquí, letrado —explicó el señor Burck—, es la veracidad de las declaraciones del señor Barrington. Al fin y al cabo, este hombre ha permanecido oculto los últimos dos años. Tal vez tenga razones para ocultarse.

—Señor Burck —dijo Levine—, si tiene pruebas relacionadas con la sinceridad de mi cliente o la falta de ella, sean cuales sean, preséntelas ante este tribunal. Pero hasta entonces, exijo que no se hagan más insinuaciones insidiosas y que sigamos adelante con la declaración.

—¿Por qué no puede el señor Barrington contestar a una pregunta tan sencilla? —Volvió a la carga Burck—. Yo sé dónde me casé con mi mujer. ¿Por qué no puede decirme dónde se casó él con la suya... en 1942?

Alexander no tuvo más remedio que esconder sus puños apretados bajo la mesa. Tenía que protegerse. No comprendía a aquel hombre, Burck. No lo conocía, y puede que sus preguntas fuesen completamente inofensivas y sólo respondiesen al procedimiento habitual. Pero sí se comprendía a sí mismo, y se conocía a sí mismo. Y había pasado demasiado tiempo siendo interrogado de aquella misma manera cuando no era lo habitual ni eran preguntas inofensivas, cuando el nombre de Tatiana, su seguridad, su integridad física, su vida le rodeaban el cuello como una soga.

*Díganos quién es, comandante Belov, porque su mujer está encinta y bajo nuestra custodia. No está a salvo, no está en Estocolmo, está con nosotros, y tenemos muchas formas de hacerla hablar.*

Y ahora, allí... ¿Había oído a Burck correctamente o sólo estaba siendo paranoico?

*Sabemos quién es su esposa. Sabemos cómo llegó hasta aquí. Está aquí porque nosotros lo permitimos.*

Sencillamente, no había nada capaz de hacer a Alexander perder el juicio más rápidamente que cualquier amenaza, fuese explícita o implícita, contra Tatiana. Alexander tenía que protegerse... por ella. No quería que Burck supiera que ella era su talón de Aquiles. Se mantuvo erguido y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, colocó las palmas extendidas de las manos encima de la mesa.

—Mi esposa no está aquí para poder defenderse, señor Burck —dijo Alexander en voz baja—. Ni tampoco se le ha exigido a ella que haga una declaración oficial. No responderé más preguntas relacionadas con ella.

El teniente Richter, con la espalda recta y sin gota de sudor en el uniforme, se acercó al micrófono.

—Con el debido respeto a los demás miembros del tribunal, no estamos aquí para evaluar la duración ni la solidez del matrimonio del capitán Barrington. No es ése uno de los asuntos que debe tratar este tribunal. Ésta es una sesión a puerta cerrada para valorar el riesgo que este hombre supone para la seguridad nacional. Secundo la proposición del letrado de realizar un descanso.

Los miembros del tribunal se retiraron a deliberar. Mientras esperaban, Matt Levine le comentó a Alexander:

—¿No dijo que no iba a ponerse nervioso?

—¿Y cuándo me he puesto nervioso? —exclamó Alexander, dando un largo sorbo de agua; no se había puesto nervioso.

—¿Es que no lo entiende? Yo sí quiero que citen a su mujer a declarar —dijo Levine.

—Pero yo no.



—Sí, se acogerá al privilegio conyugal, no contestará ni una sola de las puñeteras preguntas y habremos resuelto esto en menos de una hora.

—Necesito fumarme un cigarrillo. ¿Puedo fumar ahora?

—Le dijeron que estaba prohibido.

Los siete hombres regresaron al orden del día. Todos estuvieron de acuerdo con las protestas del letrado y Dennis Burck se vio obligado a seguir adelante con sus preguntas.

Pero no avanzó demasiado.

—Volvamos pues a su expediente, señor Barrington —dijo Burck. ¿Es que nadie más tenía preguntas para Alexander?—. He tenido ocasión de examinar la documentación relativa al tribunal militar de Berlín en 1946. Unos documentos interesantísimos.

—Si usted lo dice...

—Entonces, sólo para que conste, ¿Alexander Barrington y el comandante Alexander Belov son la misma persona?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué se definió usted como civil, señor Barrington, cuando su expediente indica con toda claridad que era usted un comandante del Ejército Rojo que escapó de una prisión militar y mató a varios soldados soviéticos tras una encarnizada batalla? ¿Sabe que los rusos han solicitado su extradición?

—¡Protesto! —gritó Levine—. Esta sesión no atiende a las demandas de la Rusia soviética. Éste es un comité de Estados Unidos de América.

—El gobierno soviético dice que este hombre está bajo su jurisdicción y que se trata de un asunto militar. Una vez más, señor Barrington, ¿sabe o no sabe usted que los rusos han solicitado su extradición?

Alexander permaneció en silencio un minuto.

—Sé —dijo al fin— que el Ejército Rojo me desposeyó de mi rango y título en 1945, cuando me condenaron a veinticinco años de prisión por rendirme a las fuerzas alemanas.

Richter lanzó un silbido.

—Veinticinco años —murmuró.

—No —dijo Burck—. En su expediente consta que lo condenaron por deserción.

—Lo entiendo, pero el rango y título se retira tras una condena por deserción o rendición al enemigo.

—Bueno, tal vez no lo desposeyeran del título —dijo Burck con expresión afable— porque no hubo condena.

Alexander hizo una pausa.

—Entonces, ¿qué hacía yo en una prisión soviética si no hubo condena?

Burck se puso tenso.

—Lo que quiero decir —prosiguió Alexander— es que no puedo ser desertor en 1945 y comandante en 1946. —Tomó aire, sin querer que la mácula de la deserción ensuciara su nombre—. Sólo para que conste —dijo—: no fui ninguna de las dos cosas.

—Su expediente dice que es usted comandante del Ejército Rojo. ¿Está diciendo que hay un error en su expediente, señor Barrington? —dijo Burck—. ¿Que está incompleto? ¿Que no es del todo veraz, tal vez?

—Ya he explicado que sólo fui comandante unas pocas semanas en 1943. Mi declaración oficial ante el tribunal de Berlín en relación con mis años de servicio en el Ejército Rojo es clara e inequívoca. Tal vez deberíamos repararla.

—Yo me encargaré de repasar su hoja de servicios —anunció Richter, al tiempo que abría su cuaderno de notas, y a continuación se dispuso a realizar dos horas enteras de preguntas sobre los años de Alexander en el Ejército Rojo.

Llevó a cabo su interrogatorio de forma decidida e implacable. Estaba interesado en la experiencia de guerra de Alexander, en las armas que empleaban los soviéticos, en sus campañas militares en los alrededores de Leningrado y en la propia ciudad, y en Letonia, Estonia, Bielorrusia y Polonia. Preguntó por las detenciones de Alexander, los interrogatorios y los años en el batallón disciplinario sin suministros ni soldados suficientemente preparados. Formuló tantas preguntas sobre las actividades de los soviéticos en Berlín que Burck, que había guardado

silencio hasta entonces, estalló al fin para exigir con exasperación que pasasen al siguiente punto del orden del día.

—Esto es lo que compone nuestro orden del día —le repuso Richter.

—Es que no entiendo por qué las presuntas actividades de los rusos en Berlín son relevantes en el tema que nos ocupa —dijo Burck—. Creía que tratábamos de determinar si este hombre es comunista o no. ¿Cuándo creen que podríamos empezar a determinar eso?

Fue en ese momento cuando John Rankin, del Comité de Actividades Antiamericanas se acercó al fin a su micrófono para intervenir por vez primera. Era un caballero alto y de porte elegante que debía de rondar los sesenta y tantos y que hablaba con un marcado acento sureño. Miembro del Partido Demócrata, Rankin había sido congresista desde los años veinte. Era un hombre serio, resuelto y privado del sentido del humor. Alexander supuso que él también debía de ser militar, a tenor de su comportamiento profesional mientras había estado escuchando.

—Yo responderé al señor Burck —dijo Rankin, dirigiéndose a la totalidad del comité—. El saqueo de los laboratorios atómicos, la asolación soviética en un Berlín cerrado durante ocho días, la transformación de los campos de concentración nazis en campos de concentración soviéticos, la repatriación forzada... A la luz del asedio sobre Berlín que practica la Unión Soviética aun en estos mismos momentos, ¿de veras cree el caballero del Departamento de Estado que las actividades de los soviéticos en Berlín son irrelevantes para el tema que nos ocupa?

Esbozó una sonrisa.

Alexander bajó la vista para mirarse las manos. Decididamente, Rankin era sin duda un militar, y puede que no estuviese del todo desprovisto de sentido del humor.

—Presuntas actividades —recalcó Burck—. Es sólo un testimonio de oídas, procedente de un hombre que el honorable miembro del Congreso sospecha que puede entrañar un riesgo para la seguridad nacional.

—No le he formulado al señor Barrington una sola pregunta —dijo Rankin—. El caballero del Departamento de Estado no debería hacer

conjeturas sobre mis sospechas.

Aclarándose la garganta, Richter decidió intervenir.

—Sólo para que conste, el bloqueo soviético de Berlín no tiene nada de presunto.

Volvió sobre el tema del campo de prisioneros de guerra en Katowice y Colditz. Durante el relato de Alexander de su huida de Sachsenhausen, toda la sala, llena de hombres y una sola mujer, la taquígrafa, enmudeció. Lo único que Alexander omitió de su versión fue a Tatiana. No sabía si aquello suponía perjurio, pero pensó que si no eran lo bastante meticulosos para examinar la transcripción de su declaración ante el tribunal, desde luego él no iba a ofrecer voluntariamente más detalles.

—Bueno, bueno, bueno, capitán Barrington —dijo Rankin cuando Alexander hubo terminado—. Estoy de acuerdo con el teniente Richter, en calidad de excombatiente en la Primera Guerra Mundial, ni yo mismo sabría cómo dirigirme a usted después de lo que acabo de oír. Se me antoja que «señor» Barrington puede no ser del todo preciso. Pero lo cierto es que necesitamos retroceder un poco más atrás en su historial antes de Sachsenhausen.

Alexander contuvo el aliento. Tal vez sí habían examinado su historial más meticulosamente de lo que él creía.

—¿Tiene usted simpatías comunistas, señor Barrington?

—No —contestó.

—¿Qué me dice de su madre y su padre? —Quiso saber Rankin—. Harold y Jane Barrington. ¿Diría usted que ellos sí tenían simpatías comunistas?

—No sé si tenían simpatías —respondió Alexander—. Pero desde luego, eran comunistas.

Un escalofrío recorrió la estancia. Alexander sabía que sus padres eran un blanco legítimo, pero advirtió cómo Burck se callaba como un muerto.

Rankin clavó la mirada en Alexander.

—Por favor, continúe. Estaba a punto de hablarnos de su pasado comunista, creo. ¿De veras?

—Mis padres y yo nos fuimos a vivir a la Unión Soviética en 1930, cuando yo tenía once años —dijo—. Al final, mis padres y yo fuimos arrestados durante la Gran Purga de 1937 y 1938.

—Bueno, bueno, un momento... —intervino Burck—. No utilicemos el término la Gran Purga del mismo modo en que utilizamos el término la Gran Depresión. Sólo son palabras propagandísticas, destinadas a asustar y confundir. Muchas veces, lo que para alguien es una purga para otra persona simplemente es la ejecución de las leyes aplicables. El hecho de que algo sea considerado una «purga» es extremadamente incierto. —Hizo una pausa—. Justo como su expediente, señor Barrington.

Alexander miró fijamente a Burck.

—Y me gustaría señalar —continuó Burck— que el hecho de que esté usted hoy aquí ante nosotros constituye una prueba de que no sufrió purga alguna.

—No sufrí ninguna purga porque me fugué de camino a Vladivostok —dijo Alexander—. ¿Qué quiere demostrar exactamente?

—¿Qué fuga fue ésa, señor Barrington? —exclamó Burck, complacido—. Se ha fugado usted tantas veces...

Drake, del Departamento de Justicia, aprovechó la ocasión para intervenir.

—¿Cuando se escapó era usted ya ciudadano soviético? —Más ambigüedades.

—Sí —contestó Alexander—. Cuando me reclutaron a los dieciséis años, me convertí automáticamente en ciudadano soviético.

—¡Ah! Y cuando se convirtió en ciudadano soviético, su nacionalidad estadounidense quedó revocada automáticamente —exclamó Drake con alegría contenida, aprovechando al fin la oportunidad de esgrimir las leyes de inmigración y naturalización de Estados Unidos de América.

—¡Protesto! —dijo Levine—. Señor Drake, lo repetiré una vez más: mi cliente es ciudadano estadounidense.

—Pero letrado, su cliente acaba de declarar que era ciudadano soviético. No puede ser ciudadano de la Unión Soviética y de Estados Unidos a la vez —dijo Drake—. Ni entonces ni, desde luego, ahora.

—Sí —le repuso Levine—, pero su nacionalidad estadounidense no puede ser revocada si se convirtió en ciudadano soviético involuntariamente. Y me gustaría añadir que el alistamiento obligatorio en el servicio militar, por definición, conlleva la nacionalización involuntaria. Una vez más, mi cliente es ciudadano estadounidense por derecho de nacimiento.

—¿A diferencia de alguien que ha adquirido la nacionalidad tras obtener, digamos, asilo político? —dijo Burck, mirando sólo a Alexander—. ¿Como un refugiado que hubiese llegado a uno de nuestros puertos, a la isla de Ellis, por ejemplo, durante la guerra?

Esta vez Alexander no movió las manos de encima de la mesa; había tenido ocasión de prepararse para aquello. Esta vez sólo apretó los dientes con fuerza. Había acertado con su decisión de no bajar la guardia. Era exactamente como había sospechado.

—Así es, eso es distinto —respondió Matt Levine—. ¿Podemos seguir adelante?

Siguieron adelante... centrándose en Harold y Jane Barrington.

Durante una hora, puede que más tiempo, el hombre del FBI, además del congresista Rankin, siguieron formulando una pregunta tras otra.

—¡Protesto! Esa pregunta ya ha sido formulada. Ocho veces.

—¡Protesto! Esa pregunta ya ha sido formulada. Diez veces.

—¡Protesto!

—¡Protesto!

—¡Protesto!

—El historial de sus padres y sus propias actividades subversivas son relevantes, letrado —dijo Rankin.

—¿Qué actividades subversivas? ¡Era menor de edad! Y sus padres no están aquí para defenderse. Tenemos que seguir adelante, de verdad.

—Aquí consta que Alexander Anthony Barrington fue detenido a la edad de diez años en Washington D. C. durante unos disturbios en una manifestación radical prorrevolucionaria —dijo Rankin—. Eso consta en su historial, así que ¿tenía o no tenía simpatías comunistas? ¿Fue a la Unión Soviética? ¿Vivió allí, estudió allí? ¿Se incorporó a filas en el

Ejército Rojo? ¿Se convirtió en miembro del Partido Comunista para formar parte del cuerpo de oficiales? Tengo entendido que todos los oficiales debían ser miembros con carné del partido.

—Eso no es cierto —respondió Alexander—. Yo no lo era. Por suerte para mí, porque todos los oficiales con carné del partido fueron ejecutados en 1938 durante —hizo una pausa, mirando fríamente a Burck— «la ejecución de las leyes aplicables».

El rostro de Burck se puso tenso, mientras que el de Rankin reflejaba satisfacción.

—Responda a mi pregunta, capitán —dijo.

Levine hizo amago de protestar, pero Alexander se lo impidió.

—Han sido muchas las preguntas, congresista Rankin. Empezando por la primera, tiene usted razón, cuando era chico me puse muchas veces del lado de mi padre. —Alexander inspiró hondo—. Participé en numerosas manifestaciones con él. Me detuvieron tres veces en el transcurso de algunos disturbios. Él era comunista, pero también era mi padre. Eso está fuera de toda discusión.

—Señor Barrington, lo que sí constituye el tema central de esta discusión —dijo Rankin con su acento de Mississippi— es si es usted comunista o no.

—Y ya le he respondido en numerosas ocasiones, congresista —respondió Alexander—. Le he dicho que no.

—Sólo para que le quede clara la línea del interrogatorio del congresista, señor Barrington —dijo Burck con indisimulado desdén—, en la ya célebre opinión de John Rankin, y cito textualmente: «El verdadero enemigo de Estados Unidos de América en todo este tiempo no han sido los países del Eje, sino la Unión Soviética».

—Y eso es algo que a estas alturas y en los tiempos que vivimos, ¿el honorable caballero del Departamento de Estado quiere que sea discutido públicamente, para que conste? —dijo Rankin con su propio indisimulado desdén.

Alexander miró a un hombre y luego al otro sin decir nada. No le habían preguntado nada. Tania tenía razón: tenía que tener muchísimo

cuidado. Rivalidad entre departamentos. Le dolía la cabeza. El Departamento de Inmigración quería que fuese ciudadano soviético sin asilo, a quien pudiesen deportar; el FBI quería que fuese un espía, norteamericano o ruso, les daba lo mismo; Rankin quería que fuese comunista y además norteamericano, para así poder acusarlo de traición. Burck, pensó Alexander, quería que fuese comunista y además ruso, para así poder deportarlo. Y Richter sólo quería que fuese un soldado con montones de información sobre el enemigo. Así era como estaban repartidas las fuerzas en la primera línea, frente a la trinchera de Alexander.

—¿Formaba parte su padre de alguna red clandestina de espionaje? —inquirió Rankin.

—Protesto —objetó Levine con voz cansina.

—¿Del Frente Popular, tal vez? ¿La Internacional Comunista? ¿La Brigada Roja? —continuó Rankin.

—Tal vez —contestó Alexander—. La verdad es que no lo sé.

—¿Estaba Harold Barrington implicado en actividades de espionaje para la Unión Soviética cuando aún vivía en Estados Unidos?

—Protesto, protesto, protesto...

—Que conste en acta la protesta. Por favor, responda a la pregunta, capitán Barrington.

—No lo sé. Lo dudo —contestó Alexander.

—¿Huyó su padre a la Unión Soviética porque fue descubierta su condición de espía en su propio país y temía por su seguridad? —lo interrogó Rankin.

—Mi padre no huyó a la Unión Soviética —respondió Alexander despacio—. Nos fuimos a vivir a la Unión Soviética con el pleno conocimiento y consentimiento del gobierno de Estados Unidos.

—¿No huyó para escapar de las acusaciones de espionaje?

—No, no lo hizo.

—Pero ¿no se le revocó la nacionalidad estadounidense?

—No le fue revocada como castigo, sino que se le revocó cuando se convirtió en ciudadano soviético.



—Entonces, ¿la respuesta sería sí? —preguntó Rankin cortésmente—. ¿Le fue revocada?

—Sí —respondió Alexander—, le fue revocada.

Casi estuvo a punto de formular su propia protesta.

—Capitán Barrington, ¿cometió traición su padre contra su propio país, Estados Unidos de América, espionando para la Unión Soviética? —inquirió Rankin.

—No, congresista —respondió Alexander—. No lo hizo.

Realizó un esfuerzo sobrehumano para controlar sus manos. «Papá, mira en qué lío me has metido...».

Dejaron de interrogarlo para tomarse otro breve descanso.

—¿Qué les sucedió a Harold y Jane Barrington tras ser arrestados en 1936 en Leningrado? —preguntó Rankin cuando se reanudó la sesión.

—Fueron ejecutados en 1937.

Alexander lanzó a Burck una mirada que decía: «Esto es lo que opino de su “extremadamente incierto”, caballero representante del Departamento de Estado».

—¿Acusados de qué?

—De traición. Fueron declarados culpables de ser espías estadounidenses.

Se produjo una pausa.

—¿«Declarados culpables», dice? —exclamó Rankin—. ¿De ser espías estadounidenses?

—Sí. Detenidos, juzgados, condenados y ejecutados.

—Bueno, pero sabemos con toda certeza —explicó Rankin—, que no eran espías del gobierno de Estados Unidos.

—Con el debido respeto, congresista —intervino Burck—, no hay nada en el expediente del señor Barrington que explicita los detalles sobre la supuesta condena de sus padres. Sólo disponemos de su propia versión de los hechos, y él, según ha admitido, no estuvo presente en el juicio. Y el gobierno soviético ejerce el derecho de no revelar información sobre sus propios ciudadanos.

—Pues no tuvieron ningún inconveniente en revelar multitud de información sobre un tal Alexander Belov, señor Burck —dijo el señor Rankin.

—Puesto que también ejercen su derecho a hacerlo con respecto a sus propios ciudadanos —dijo Burck, y rápidamente pasó a otro asunto antes de que Levine pudiese protestar—. Creo que no deberíamos perder la perspectiva de lo que nos ha traído hoy aquí, que no es, pese a los intentos del congresista, reexaminar el papel de la Unión Soviética en el conflicto, sino simplemente establecer que el señor Barrington es quien dice ser y si entraña algún riesgo para la seguridad de Estados Unidos. Este tribunal tiene dos cuestiones de vital importancia ante sí: una, ¿es el señor Barrington ciudadano estadounidense? Y dos, ¿es el señor Barrington comunista? Yo, particularmente —siguió diciendo—, soy de la opinión de que deberíamos analizar un poco más detenidamente la primera cuestión y no tanto la segunda, puesto que creo que es muy fácil ver brujas en todas partes. —Hizo una pausa y tosió un poco—. Sobre todo en el clima político actual. Sin embargo, en cuanto al primer punto, el señor Barrington no niega que era ciudadano soviético. Los soviéticos, hasta el día de hoy, sostienen que sigue siendo ciudadano soviético. Tal vez deberíamos basarnos en la información coincidente.

—El propio Departamento de Estado del señor Burck otorgó al capitán Barrington la nacionalidad estadounidense por derecho de nacimiento hace dos años, cuando le concedieron permiso para viajar con todas las garantías desde Berlín —señaló Rankin—. ¿Es eso algo que el señor Burck quiere discutir con su propio departamento?

—Lo único que digo —repuso Burck— es que es la Unión Soviética la que lo discute, eso es todo.

—¿La Unión Soviética que ejecutó a sus padres? —exclamó Rankin—. ¿Los mismos que entregaron su pasaporte estadounidense, se nacionalizaron soviéticos y luego fueron juzgados y ejecutados? No estoy del todo de acuerdo con el representante del Departamento de Estado con respecto a la fiabilidad de la Unión Soviética en lo que respecta a la familia del capitán Barrington.

—No sabemos con absoluta certeza que sus padres fueran ejecutados, congresista —replicó Burck—. ¿Estaba el capitán Barrington presente en su ejecución? Francamente, sólo son especulaciones.

—El señor Burck tiene razón —intervino Alexander—. Yo no estuve presente en su ejecución. Sin embargo, sí estuve presente en mi propia detención. No estoy especulando sobre mi propia condena a diez años de trabajos forzados.

—Espere, espere —dijo Thomas Richter, consultando sus notas—. Capitán, antes ha dicho que fue condenado a veinticinco años.

—Ésa fue la tercera vez, teniente —dijo Alexander—. La segunda vez me condenaron a ponerme al mando del batallón disciplinario. La primera vez fue a diez años de trabajos forzados. Yo tenía diecisiete.

Se hizo un sobrecogedor silencio en la sala.

—A mi juicio —empezó a decir Richter, despacio—, creo que seguramente podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el capitán Barrington no es un espía comunista.

—Eso sólo de acuerdo con el testimonio del propio capitán Barrington —dijo Burck—. No tenemos forma de comprobar la veracidad de sus declaraciones, salvo contrastándolas con los archivos del país donde vivió, del que conservó su nacionalidad y en cuyo ejército prestó servicio durante ocho años.

—Corrijanme si me equivoco —dijo Rankin, incrédulo—, pero ¿está el caballero del Departamento de Estado tratando de convencer al presidente del Comité de Actividades Antiamericanas de que el capitán Barrington sí es comunista?

—No, no, lo que sostengo es que es ciudadano soviético —se apresuró a precisar Burck.

Sam y Alexander intercambiaron una mirada. Matt Levine, perplejo, preguntó en voz baja si alguien tenía alguna otra pregunta para su cliente.

—Me preguntaba, capitán Barrington —dijo Rankin—, si tendría la amabilidad de contestarme a dos preguntas, a mí personalmente, si tiene la bondad, *sua sponte*, dos preguntas que ya le formulé en su día a William Bullitt, el primer embajador de este país en la Unión Soviética.

—¡Protesto!

Y esta vez era nada menos que Burck.

Alexander no sabía qué estaba pasando. ¿«*Sua sponte*»? Lanzó a Sam una mirada interrogadora, y éste agitó la mano levemente, como diciendo: «Sí, señor; sí, señor; sí, señor».

Rankin se volvió despacio para mirar de frente al representante de Estado.

—Tengo entendido que sólo el letrado puede protestar. —Volviéndose de nuevo hacia Levine, preguntó—: ¿Tiene alguna objeción a que le formule dos preguntas a su cliente, letrado?

—Verá —contestó Levine—, mi cliente no ha escuchado todavía esas dos preguntas *sua sponte*. Preferiría no poner objeciones en principio.

—Sólo que yo sí sé cuáles son las preguntas que el honorable congresista le formuló al embajador Bullitt el año pasado en audiencia pública —intervino Burck—. Todos las conocemos, todos los presentes en esta sala las conocen, y son completamente irrelevantes en el asunto que nos ocupa. ¿Acaso van a ayudarlo a determinar si este hombre es un riesgo para la seguridad, congresista?

—Yo no sé cuáles son esas preguntas —dijo Alexander.

—Las respuestas me dirán a quién corresponde su lealtad —dijo Rankin—. Al fin y al cabo, «de la abundancia del corazón habla la lengua».

El congresista Rankin tenía razón. Tania creía firmemente en eso. Levine informó en voz baja a su cuenta.

—*Sua sponte* significa lo mismo que *motu proprio*, voluntariamente. Usted decide responder o no.

—Me gustaría responder al congresista Rankin —dijo Alexander.

—Capitán Barrington —dijo Rankin, bajando la voz—, ¿es cierto lo que se cuenta, que en Rusia comen cuerpos humanos?

Sin esperar aquello, Alexander pestañeó. Tardó diez largos segundos en abrir la boca para contestar.

—Creo, congresista —respondió despacio—, que no hace falta inventar horrores sobre la Unión Soviética. Lo que sí es cierto es que

durante la gran hambruna en Ucrania en 1934, y durante el asedio de Leningrado de 1941 a 1944, hubo casos de personas asesinadas para poder comer su carne.

—¿En contraste, por ejemplo, con el actual bloqueo sobre el sector norteamericano de Berlín —dijo Rankin—, donde nadie se come la carne humana de otra persona?

—Porque el gobierno de Estados Unidos lanza desde los aviones todos los alimentos y provisiones que sus ciudadanos necesitan —contestó Alexander fríamente. Hablaba con brusquedad—. Los episodios de los que ha oído hablar no reflejan en modo alguno al pueblo ruso. Se trata de circunstancias extremas. Cuando desaparecen todos los caballos y todas las ratas, no queda nada. Es imposible describir ante este tribunal lo que representa para tres millones de personas en una ciudad grande, civilizada, moderna y cosmopolita morir de inanición. Verdaderamente, eso no admite discusión.

Bajó la cabeza un momento, mirándose las manos hinchadas.

Burck miró a Rankin con una sonrisa triunfal.

—Por favor —dijo—, ¿podría el honorable congresista de Mississippi seguir con su siguiente pregunta al capitán Barrington, quien obviamente parece saber muchísimas cosas sobre la Unión Soviética?

Tras una pausa cargada de gravedad, Rankin habló.

—Pensándolo mejor —dijo—, no tengo más preguntas para el capitán Barrington. Mirando a Alexander con aire reflexivo, cerró su cuaderno de notas.

Burck parecía incapaz de contener su alegría.

—¿Tiene alguien más alguna pregunta *sua sponte* para el capitán Barrington? ¿Nadie? ¿No? En ese caso, ¿desea el letrado proceder al alegato final?

Tras examinar sus notas un par de minutos, Levine se levantó.

—Sí. Nuestra alegación es que el capitán Alexander Barrington es un hombre que fue a la Unión Soviética cuando era aún menor de edad, se cambió de nombre para salvar su vida, se incorporó al Ejército Rojo porque no tenía elección, y ahora ha vuelto a casa como ciudadano

estadounidense. Su ausencia durante dos años para prestar una declaración oficial ante la administración, pese a resultar problemática, no constituye en sí misma prueba suficiente de ninguna actividad de espionaje ni de simpatías comunistas. Y puesto que no hay ninguna otra prueba contra él, solicito que este procedimiento se dé por concluido y que mi cliente sea exonerado de todas las acusaciones.

Acto seguido, se sentó. Rankin suspendió la sesión y los siete hombres se levantaron y abandonaron la sala. Alexander y Levine se quedaron a solas.

—¿Qué le preguntó Rankin a Bullitt el año pasado? —Quiso saber Alexander—. ¿Cuál fue su segunda pregunta?

—Rankin le preguntó al embajador si en Rusia se trataba a las personas como esclavas —contestó Levine—. Por lo visto, Bullitt respondió que sí.

Alexander no dijo nada.

—Bueno, ¿y cómo crees que ha ido? —le preguntó a Levine tras un breve silencio.

—Lo mejor que se podía esperar —respondió Levine, cerrando sus notas—. Pero tal vez deberíamos haber recurrido al plan A.

—Eso mismo empiezo a pensar yo —convino Alexander.

—A Richter le ha caído muy bien. ¿Es algo entre soldados? También tiene el voto de Sam. Eso hacen dos. Sólo necesita dos más. Seguramente no obtendrá el de Burck. El del coronel mudo, tal vez. Eso serían tres. ¿Y Rankin? Creo que le habría hecho más feliz si le hubiera dicho públicamente y para que conste en acta que las madres se comen alegremente a sus hijos en ese salvaje pozo de esclavitud que es la Unión Soviética. Pero... paciencia.

—Sí —dijo Alexander—, pero lo has hecho muy bien, letrado. Nadie podría haberlo hecho mejor. Muchas gracias.

—Muchas gracias a usted, capitán. Muchísimas gracias.

Levine esbozó una sonrisa radiante y se fue para traerle más cigarrillos a Alexander.

Cuando éste se quedó a solas en la sala, esperando a que siete desconocidos decidiesen cuál iba a ser su destino, intentó pensar en las cosas que podían transmitirle fuerzas en un momento como aquél: los domingos en Nantucket, sentado en las barcas, oliendo el aroma del mar, recogiendo conchas en la playa, jugando con sus amigos... Recuerdos de sí mismo como un niño norteamericano feliz, unos pocos años mayor que Ant. Sin embargo, era incapaz de revivir esos recuerdos en ese momento, ese aliento de sol que necesitaba mientras tamborileaba con los dedos encima de la mesa.

Levine volvió con cigarrillos y le pidió que dejase de hacer aquel ruido en la mesa. Alexander se acercó a la ventana abierta, se sentó en el alféizar y se puso a fumar, por fin. Aspiró a fondo, retuvo el humo en la garganta y sintió cómo las volutas de nicotina se le agarraban a los pulmones.

Dadas las circunstancias, no podía quejarse. Pese a todas las vicisitudes de la vida, su columna del haber sumaba muchas anotaciones positivas. Cuando había saltado de un tren en marcha en el río Volga, no se había abierto la cabeza contra una roca. Columna del haber. Cuando había contraído el tifus, no había muerto. Columna del haber. Cuando había estallado la granada y le había destrozado la espalda, un ángel había acudido volando a su lado y le había dado su sangre. Columna del haber.

Pero Alexander no estaba pensando en la columna del haber. Había anochecido hacía ya rato.

Estaba pensando en la columna del debe.

Pensó en el hermano de Tatiana, en Pasha, en cómo lo había llevado a cuestas durante tres días; Pasha, con una fiebre tan alta que no podía respirar. Alexander le puso nieve a Pasha en la cabeza, le vendó la herida supurante de la pierna, suplicando, rezando, sin poder dar crédito a lo que estaba sucediendo. No lo había encontrado en los montes de Santa Cruz para verlo morir. Lo había encontrado, salvado, y le había practicado una traqueotomía en primera línea...

—*Pasha, ¿me oyes?*

—*Te oigo.*

—¿Qué te pasa? ¿Qué te duele? Te he limpiado la pierna. ¿Qué te pasa?

—Estoy ardiendo.

—No, estás bien.

—No siento las piernas.

—No, estás bien.

—Alexander, no me estoy... muriendo, ¿verdad?

—No, estás bien.

Alexander lo mira de hito en hito, sin pestañear. Si puede mirar de frente y firmemente, valiente e indiferente, al rostro de Tatiana embarazada, y mentirle para enviarla lejos para siempre, para brindarle su única oportunidad de sobrevivir, también puede reunir el coraje para mirar de frente a su hermano antes de que desaparezca para siempre. Aunque no tiene más remedio que admitirlo, no se siente tan fuerte. Pasha está semirrecostado, semisentado en el suelo, apoyado contra Alexander.

—¿Por qué me siento como si fuera a morirme? —dice Pasha, con la respiración cada vez más débil, más entrecortada.

Está jadeando. Alexander ha oído esa misma clase de jadeo mil veces, el jadeo de un hombre moribundo. Pero ¡éste es Pasha! ¡No puede morir!

—No vas a morirte, estás bien.

—Me estás mintiendo, malnacido —le espeta Pasha.

—No, no te miento.

—¡Alexander! —jadea—. ¡La veo!

—¿A quién?

Alexander casi suelta a Pasha en el suelo.

Las lágrimas resbalan por el rostro de Pasha.

—¡Tania! —grita Pasha, extendiendo la mano—. Tania, ven, nada conmigo una vez más. Sólo una vez más, por el Luga. Atraviesa conmigo el prado, corriendo hasta el río, como hacíamos cuando éramos niños. Eres mi hermana. —Extiende el brazo hacia un punto próximo a Alexander, que es como una aparición él también, horrorizado y pálido. Se vuelve para mirar. Pasha sonrío—. Vamos en la barca del lago Ilmen. Está sentada a mi lado —murmura.



*Es en ese momento cuando Alexander se da cuenta: lo imposible es cierto.*

*Alexander lleva a Pasha muerto sobre su espalda un día más a través de la Alemania invernal, negándose a creer lo que era increíble, negándose a enterrarlo en el suelo helado.*

En ese momento, sentado en el alféizar del Old Executive Building, Alexander admitió que un mundo en el que el desaparecido hermano de Tatiana había muerto por engancharse la pernera del pantalón en un clavo oxidado era un mundo en el que el pertenecer al ejército no siempre formaba parte de la columna del haber.

Inhalando la nicotina, Alexander cerró los ojos. No veía a Tatiana a su lado. Al menos, eso significaba algo. Tatiana, la que siempre se sentaba al lado de los moribundos, no estaba allí con él.

*En Katowice había muerto un supervisor y había tenido el honor de ser enterrado nada menos que en un ataúd. Algunos hombres habían protestado, incluido Ouspenski, incluido Pasha. Alexander había estado cavando una o dos gigantescas fosas comunes las semanas anteriores, y allí había un hombre enterrado por él mismo en un ataúd. Rezongando con su tazón de gachas de avena y peladuras de zanahoria hervida, Pasha le dijo a Alexander que tal vez deberían protestar.*

*—Adelante, protesta —le respondió Alexander—, pero te diré algo: no trabajas lo suficiente. Ese hombre había estado aquí tres años. Era un supervisor de trabajo muy respetado y el favorito entre todos los gerifaltes de la prisión porque les facilitaba enormemente el trabajo.*

*Esa misma noche, Pasha elaboró veinte panfletos a mano acerca del hombre enterrado en el ataúd, «¡Recordad! ¡Trabajad duro! —Rezaba el panfleto—. Si trabajáis lo suficiente, ¡a vosotros también podrán enterraros en un ataúd de madera!».*

*—¿A que es muy alentador? —dijo Pasha con una enorme sonrisa mientras distribuía los panfletos.*

*Y Alexander se mostró de acuerdo con él dedicándole su propia sonrisa.*



Los siete hombres regresaron a la sala. Alexander se puso en pie.

La votación sobre las cuestiones planteadas al comité había sido de cuatro contra tres, y Rankin había emitido el voto decisivo: que Alexander Barrington fuese exonerado de toda sospecha contra él.

Alexander había necesitado siete horas con dos descansos para conseguir su libertad.

Cuando Sam se acercó a darle la enhorabuena, parecía más contento incluso que Alexander.

—¡Nada menos que John Rankin, presidente del Comité de Actividades Antiamericanas, ha votado para absolverte de los cargos por conspiración comunista! —exclamó—. A Tania le va a parecer maravilloso, ¿no te parece?

—Irónico más bien.

Alexander no fue consciente de la profunda tensión sobre sus hombros hasta que respiró al fin, al oír el sonido del mazo que levantaba la sesión. Estrechó la mano de Sam.

—Le juro que si Rankin le hace otra pregunta más sobre sus padres, me habría vuelto comunista sólo para fastidiarlo —dijo Levine.

—Eso sí que le habría fastidiado —comentó Sam—. Vive para eso. ¿Sabes lo que ha dicho, Alexander? Que fue la pregunta sobre los actos de canibalismo lo que lo ha hecho decidirse.

—¿De veras?

Eso sí que era una sorpresa. Sam meneó la cabeza.

—Eso mismo dije yo, pero Rankin dijo: «De la abundancia del corazón habla la lengua».

Sam le presentó a Tom Richter a Alexander, y el primero le hizo el saludo militar. El teniente era alto y bien parecido, y lucía el típico estilo atlético de los jóvenes norteamericanos, rubios, corpulentos y de aire

desenvuelto. Le estrechó la mano con energía y, una vez en el pasillo, se echó a reír.

—¿Qué le ha parecido? Muchos nervios, ¿eh? Ha sido como enfrentarse a una manada de lobos, ¿verdad?

—Y que lo diga.

—Lo que usted no sabe —dijo Richter— es que el canoso y elegante caballero del sur, John Rankin, es el segundo en popularidad después de Satán entre los miembros del Departamento de Estado, ¿no es así, señor Gulotta?

Hablaba en voz alta y sin tapujos.

—No exactamente, teniente Richter —dijo Sam, bajando la voz sólo un poco—. Satán es mucho más popular.

Saltaba a la vista que Sam y Richter eran amigos.

Los cuatro hombres permanecieron en el pasillo y estuvieron fumando un buen rato. Richter tenía treinta años, uno más que Alexander. Había estado con MacArthur en Japón durante la guerra, y era muy probable que volviese a reunirse con él ahora que parecía que se avecinaban problemas en el paralelo 38 entre Corea del Sur y Corea del Norte.

Richter dijo que había acudido a la sesión sólo por lo mucho que había oído hablar a Sam de Alexander.

—En Defensa estamos muy interesados en el funcionamiento y la jerarquía del Ejército Rojo, y en sus conocimientos de ruso y su experiencia con las actividades soviéticas. —Sonrió—. Ha sido muy inteligente por su parte no hablar de su mujer.

—Sí —contestó Alexander—. No hablo de mi mujer a sus enemigos.

—Bueno, esa historia sobre Sachsenhausen ha sido muy impresionante aun sin mencionarla a ella. Joder, creo que si hubiese mencionado que su mujercita, una enfermera de la Cruz Roja desarmada, se subió a los árboles con usted y lo ayudó a escapar, a esos hombres les habría dado un ataque al corazón.

Alexander rio entonces, sintiéndose cómodo con Richter, y también aliviado.

—Puede que usted no sepa nada de nosotros —prosiguió el teniente—, pero nosotros en Defensa sí sabemos muchas cosas sobre usted. —Preguntó si a Alexander le interesaría obtener una autorización de seguridad para poder realizar labores de análisis en inteligencia militar del Ejército de Estados Unidos—. Es muy difícil encontrar a alguien bilingüe, capaz de manejar las dos lenguas con soltura. —Richter siguió explicando que había mucho movimiento en el panorama internacional, mucho «fuego graneado», dijo: las insurgencias comunistas en Grecia, en Yugoslavia, las negociaciones prácticamente fracasadas con Mao en China, y la adquisición de documentos clasificados por la Unión Soviética en relación con su programa atómico. El hecho de contar con la colaboración periódica de alguien como Alexander para analizar datos básicos relacionados con dichos asuntos sería de enorme ayuda para el Comité de Servicios Armados y para el brazo de la inteligencia militar del ejército estadounidense—. Considere las últimas ocho horas como parte de su entrevista para el puesto. Richter sonrió.

Alexander no estaba seguro de que aquello fuese a funcionar. Con suma delicadeza, respondió que volver al mundo militar no era lo que más le convenía en aquellos momentos. Tatiana se subiría por las paredes.

—¿Quién habla de volver al mundo militar? —replicó Richter con calma—. Podríamos nombrarlo oficial de la reserva... Sólo dos días al mes de su tiempo. Hace unos meses, el presidente aprobó la ley que regula las pagas para los reservistas. Tendrá que obtener una autorización formal —siguió diciendo—. Y eso no va a ser fácil; el Ejército Rojo son palabras incendiarias estos días, tal como acaba de presenciar. Pero yo lo ayudaré. De veras creo que debería hacerlo. ¿Dónde vive?

Alexander respondió que en ningún sitio concreto por el momento, que todavía estaban intentando...

—Bueno, no importa —dijo Richter—. Esté en el lugar que esté de este país, siempre puede acudir a una base del ejército, examinar los datos que le enviemos y elaborar un informe de inteligencia para nosotros. Será un trabajo esporádico, pero con él cumplirá de sobra sus requisitos anuales

para el servicio activo y le dará otras opciones. Puede entrenar o puede realizar tareas de apoyo al combate.

Sam Gulotta creía que era una gran oportunidad para Alexander. Richter dijo que el puesto podría adaptarse para atender los intereses de Alexander. Si quería vivir en Washington, podía trabajar para el departamento de inteligencia del ejército allí mismo y ser empleado permanente del Departamento de Defensa.

—Me lo pensaré y le daré una respuesta —dijo Alexander—. Aunque no es probable que vivamos en D. C.

—¿Por qué? ¿A la señora Comando no le gusta Washington? —preguntó Richter.

—No le gusta la guerra —dijo Alexander—. No le va a hacer ninguna gracia nada de todo esto.

—Tráigala al Pentágono mañana. —Richter esbozó una sonrisa radiante—. Yo la haré cambiar de opinión. La convenceré de que se venga a vivir aquí. Ya lo verá... la convenceré para que se vaya a vivir a Corea con usted.

—Va a necesitar mucha suerte para eso.

—Me imagino a su esposa rusa —dijo Richter, dándole una palmadita en la espalda—, la mujer que se enfrentó al Ejército Rojo en Alemania ella sola por usted, como alguien que, robusta como un buey, tiraba de su propio arado en los campos colectivos rusos, sembrando y cosechando para el proletariado.

Se echó a reír.

—Caramba, la ha descrito a la perfección, ¿no te parece, Alexander? —dijo Sam.

—Sí, igualita.

Alexander le devolvió la sonrisa y se terminó el cigarrillo. Tenía que volver al lado de su sierva rusa robusta como un buey, quien sin duda a aquellas alturas estaría reuniendo a una milicia local para rescatarlo de las garras de acero del Departamento de Estado estadounidense.

Cuando avanzaban por el pasillo, Dennis Burck salió de uno de los despachos y los detuvo en el pasillo. Se preguntaba si podía hablar «un

minuto» con Alexander.

Richter se despidió y se marchó. Sam intentó llevarse a Alexander a un lado y Matt Levine quiso entrar con ellos en la habitación, pero Burck se lo impidió.

—No, no, se lo devolveré en medio minuto, podrá hablar toda la noche con él si quiere. —Alegó como pretexto el reducido espacio de su despacho y la falta de sillas adicionales—. Espérelo fuera —le dijo Burck en tono conciliador—. Dejaré la puerta abierta y sólo será un momento.

Burck tenía mayor antigüedad que Sam Gulotta, por lo que éste también tuvo que quedarse fuera. Alexander entró en un despacho aún más pequeño que el de Matt Levine. Tras ser invitado a sentarse, Alexander optó por permanecer de pie. Burck empezó diciendo que entre sus muchas responsabilidades en el Departamento de Estado se incluía la de servir de enlace entre dicho departamento y la Interpol. Alexander lo escuchaba sólo a medias. Burck siguió hablando en el mismo tono cordial.

—Ya sé que no quiso mencionarlo delante del comité, pero sabemos, por supuesto, que su mujer también era ciudadana soviética, que escapó dejando tras de sí un reguero de cadáveres de soldados soviéticos en la frontera con Finlandia.

Alexander apretaba la boca con fuerza.

—Los soldados muertos no tuvieron nada que ver con ella —dijo—. Y mi esposa es ahora ciudadana estadounidense. Bueno, ¿desea algo más?

—No, si no es de eso de lo que quería hablarle, señor Barrington. — Sobre la mesa de Burck había un grueso expediente que contenía toda la documentación relativa a los Barrington de la que disponía el Departamento de Estado desde el año 1917—. Iré directo al grano. Tengo información sobre su madre.

Alexander pensó que no lo había oído bien.

—¿Qué ha dicho?

Burck enterró la mirada y las manos en el expediente.

—Le dijeron a usted que su madre fue ejecutada en 1938. ¿Quién se lo dijo?

Levantó la vista.

—No sé de qué me está hablando, señor Burck. —Burck se levantó.

—¿Le importa si cierro la puerta, señor Barrington, para tener un poco más de intimidad?

—¿Intimidad para qué?

Burck rodeó a Alexander y cerró la puerta frente a Sam y Levine.

Cuando volvió a sentarse ante su mesa, en voz tan baja que Alexander tuvo que hacer un esfuerzo para oírlo, Burck dijo:

—Escúcheme atentamente. Su padre, es cierto, fue ejecutado, pero... su madre está viva.

Alexander se quedó paralizado, con el rostro pétreo.

Burck siguió hablando.

—Es cierto. Está viva, recluida en Perm-35. ¿Sabe dónde está eso?

Alexander habló con dificultad, pero consiguió hacerlo en tono calmado, sin alterarse, con todos los sentidos aguzados como si estuviera en pleno campo de batalla.

—Tengo información creíble sobre la muerte de mi madre —dijo en tono apagado—. He oído cuatro versiones distintas de cuatro personas también distintas.

—Y yo se lo estoy volviendo a contar de otro modo.

Alexander apretó los puños con fuerza tratando de mantener la calma.

—No le creo —dijo.

—Es mi deber saberlo. Y es la verdad. Se trata de información verificable objetivamente. Ha estado encerrada en ese campo de trabajo en los Urales los últimos once años. Está muy mayor y se encuentra en un estado de salud muy precario, pero sigue con vida. Su nombre figura en el registro de la prisión.

A Alexander empezaron a temblarle los puños.

—¿Quiere verlo?

Burck empezó a hojear un grueso montón de papeles arrancados que había extraído de las carpetas.

Dando un paso hacia atrás, un paso vacilante, Alexander se tropezó con una silla. Con un susurro sibilante e impregnado de entusiasmo, Burck exclamó:

—Usted puede ayudar a su madre. Depende de usted. Sólo usted puede traerla de vuelta a casa.

Alexander necesitaba sentarse. Siguió de pie. No dijo nada. Si preguntaba cómo podía traerla de vuelta, eso significaría que creía a Burck, que era cierto, que su madre estaba viva.

—Desde la guerra, muchas personas, sobre todo mujeres, han sido liberadas y reinsertadas. Verá, los soviéticos nos ayudarán. Y su madre no está muy bien de salud.

—¿Y por qué iban a escucharlos a ustedes?

—Mi Departamento de Exteriores está en contacto permanente con el agregado soviético y con la Cominform. También mantengo un estrecho contacto con el comisario del Pueblo para Asuntos del Interior, que a menudo conmuta penas para los prisioneros basándose en recomendaciones.

—¿El comisario del Pueblo para Asuntos del Interior? ¿Se refiere a Lavrenti Beria?

Burck siguió hablando sin responder a su pregunta.

—Podríamos salir hacia Turquía la semana que viene. Desde Estambul cruzaríamos el mar Negro hasta Yalta y luego, con autorización soviética, por supuesto, conduciríamos hacia el norte en un convoy especial preparado por ellos a través del país por el río Volga hasta el campo. Mientras tanto, yo iniciaría las negociaciones para la liberación de su madre. —Alexander retrocedió un paso—. Tengo algunos incentivos para convencerlos. Corren tiempos muy difíciles. Muchas veces intercambiamos influencias...

La silla cayó al suelo con gran estrépito y derribó una estantería.

—¡Señor Barrington, espere!

Alexander ya estaba en el pasillo, después de atravesar la puerta.

—Vámonos —les dijo a Sam y Levine—. Ahora.

Echaron a andar muy deprisa, casi corriendo, por el pasillo y luego hacia la escalera.

—¿Qué ha dicho? —No dejaba de repetir Levine—. ¿Qué ha dicho?

Sam no decía nada.



Alexander no contestó, pero como una estatua de mármol, se despidió de Levine y luego se sentó junto a Sam en el coche sin decir una sola palabra en el camino de vuelta a Silver Spring, reservándose unos minutos para sí, para poder acallar los gritos de su corazón.



Sam y Alexander regresaron a la Nomad pasadas las diez de la noche. Tatiana estaba sentada fuera, en los pequeños peldaños de la caravana, sosteniendo a un Anthony dormido en brazos. Alexander no pudo decirle nada durante varios minutos, mientras ella permanecía sollozando en sus brazos, aferrada a su pecho. Vestido con el pijama, Anthony, que acababa de despertarse, le tiraba a su madre de la falda.

—Mamá, venga, déjalo; suéltalo ya, mamá.

Sam se llevó al chico aparte para que ambos tuvieran un minuto a solas.

—Bueno, ¿cómo ha estado tu mami hoy? —le preguntó, tomándolo en brazos.

—Muy mal —contestó Anthony—. Ella misma ha dicho que era un desastre de madre. Ojalá mañana esté mejor.

—Ya verás como sí, Ant, ya lo verás —le aseguró Sam—. Todo irá bien. Y mañana tu padre te llevará a un sitio especial donde trabajan los soldados. Se llama el Pentágono.

Anthony sonrió.

A escasos metros de distancia, en la puerta de la Nomad, Tatiana susurraba en el pecho de Alexander.

—Amor mío, lo siento, no puedo parar de llorar. —Él permanecía rígido, abrazándola—. Entonces, ¿ha ido bien? ¿Todo ha ido bien?

—Ha ido bien.

Ella lo oyó inmediatamente, lo percibió, y levantó la vista para mirarlo con los ojos anegados.

—¿Qué? —dijo, enjugándose las lágrimas—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Te lo contaré luego.

Al final, Alexander dejó que se apartara de él y Anthony se subió de un salto a los brazos de su padre. Sam dijo que tenía que irse, que su mujer lo iba a matar con sus propias manos por llegar a casa tan tarde. Pese a sentirse completamente exhausto, un agradecido Alexander no quería dejar que Sam se marchara, y le pidió que se quedase, que cenase con ellos al menos.

—Sí —dijo Tatiana, más serena—. Quédate, por favor. Prepararé algo rápido.

—Yo soy lo último que os hace falta —contestó Sam—. Descansad. Mañana os llevaré a los tres a almorzar. Tenemos que ir al Pentágono de todos modos. Tania, mañana conocerás al nuevo jefe de Alexander y a su nuevo abogado. Creo que llamaré a tu amiga, a ver si quiere coger el tren y bajar a vernos.

—¡No, no! Vikki no —gritó Anthony, abrazándose a su madre.

—¿Mi marido tiene un jefe y un abogado nuevos? —dijo Tatiana, acercándose a Alexander con su hijo en brazos.

Estaban en la hondonada polvorienta de un solar junto a la gasolinera, y Sam le contó lo sucedido en la sesión. Alexander, que había perdido toda capacidad de habla, no dijo nada.

—Gracias, Sam —dijo Tatiana—. Una vez más, has sido muy bueno conmigo.

Dándole unas palmaditas suaves, Sam dijo en tono de reproche cariñoso:

—Tu marido lo ha hecho todo. Dale las gracias a él. Eres tú la que por poco me cuesta mi empleo, señorita. Y todo por no confiar en mí. Sabes que te habría ayudado si estaba en mi mano.

—Lo siento —murmuró—. Es que tenía tanto miedo...

No miró a Alexander al hablar.

Cuando Sam se marchó, Tatiana se puso a revolotear inquieta alrededor de Alexander: él no estaba en condiciones de conducir de noche para buscar un lugar donde acampar. Estaban junto a la carretera y no había dónde plantar una tienda de campaña ni, por tanto, dónde hallar un poco de intimidad, pero decidieron quedarse de mala gana. Tatiana le calentó un

poco de agua en la cocina portátil para que se asease, le dio de comer un poco de fiambre enlatado, un poco de pan, pepinos y una cerveza. Anthony se quedó dormido en el suelo de la caravana.

Después de acostar al niño en su cama, Tatiana salió y se puso delante de Alexander. Él no podía mirarla.

—Tania, de verdad que no tengo fuerzas para hablar. Te lo contaré todo mañana.

—No, cariño, cuéntamelo esta noche.

Hubo un largo silencio impregnado de nicotina. Luego, Alexander le habló a Tatiana de Dennis Burck, y ésta, sentada en su regazo, lo abrazó con fuerza, tratando de calmar su frenético corazón, pero en ese momento era ella la que temblaba, tras absorber parte del nerviosismo que se había apoderado de él.

—Amor mío —le dijo—, no es verdad.

Él se puso a la defensiva de inmediato. La apartó de sí y alzó la voz.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Alexander, no quieres creer que tu madre haya sobrevivido once años en la peor prisión construida por los soviéticos.

—No es la peor prisión —replicó él a modo de justificación—. Allí no hace un frío de muerte. ¿No te acuerdas? Está cerca de Lazarevo.

Se le quebró la voz.

—¡Shura! —Lo asió con fuerza, obligándolo a levantarse de la silla, y le abrazó la espalda temblorosa—. ¡No es cierto! Ella no está allí. No está en su prisión. —Alexander tenía los ojos en llamas—. ¿No ves por qué te ha dicho eso Burck? Para que vuelvas a la Unión Soviética con él. En cuanto entres en el territorio con el convoy autorizado por los soviéticos, te encerrarán a ti en Perm-35. El convoy es para ti. Es una trampa, una estratagema, es mentira. Lo que pretenden es encerrarte.

—Sí —convino él—. Ya sé que no parece cierto. Pero Tania... ¿y si lo es?

—Cariño —susurró, mirándolo con ojos suplicantes—, es imposible que sea verdad.

—¡Es mi madre!

—¡Pero no es verdad!



En la caravana, tumbados junto a su hijo dormido en la única cama de la que disponían, Alexander le dijo en voz baja a Tatiana:

—Tal vez tengas razón. Burck no es de fiar, pero ¿no crees que existe la posibilidad de que pueda estar diciendo la verdad?

—No.

Estaba tan segura... ¿cómo podía estar tan segura?

—Cuatro personas te dijeron que había muerto, y una de ellas fue Slonko. ¿No crees que cuando el monstruo de Slonko estuvo a solas contigo en la celda, para lograr que admitieses ser Alexander Barrington, te habría dicho que tu madre estaba viva? «Dime que eres el norteamericano que estamos buscando y yo personalmente te dejaré ver a tu madre». ¿No habría dicho eso?

—Podría haber sido una bravuconada.

Alexander se tapó la cara con el brazo, pero Tatiana se lo apartó, le acercó la cara y se encaramó encima de él.

—¡Un hombre que le habla a otro hombre de su madre! «Díganos quién es usted, comandante Belov, y dejaremos vivir a su madre». ¿Es eso una bravuconada?

—Sí.

No pudo evitarlo, la empujó para apartarla, pero ella volvió a encaramarse encima de él.

—Burck quiere que reconozcas que lo que él dice podría ser cierto. Quiere que digas que es posible, y entonces, inmediatamente, sabrá por tus palabras de qué estás hecho. Sabrá que estás dispuesto a traicionar todo aquello en lo que crees con tal de dar descanso a tu corazón. Y que volverás con ellos a la Unión Soviética. ¿No te acuerdas de Germanovski, en Sachsenhausen? Por favor... No querrás concederles eso; hemos acabado con esa gente.

—Ah, ¿sí?

—¿No? —repuso ella, con un hilo de voz.

Alexander quería apartar la cara de ella, pero Tatiana no lo dejó, de modo que se miraron el uno al otro en la oscuridad. Alexander habló sin fuerzas.

—Si volviera, ¿cómo podría ayudarla?

—No podrías, estarías muerto. Pero debería servirte de consuelo saber que Burck te ha mentado.

—¡No me sirve de ningún puto consuelo! Y tú no lo sabes todo. No lo sabes. No serías tan considerada si se tratase de tu madre.

—No soy considerada —se defendió Tatiana—. No me hieras. Nunca he sido considerada.

Con los ojos escocidos, Alexander quiso disculparse, pero no pudo.

—En mi familia, yo estaba muy apegada a Pasha, no a mi madre —le susurró Tatiana—. Y te diré una cosa: si Burck me dijese que Pasha sigue vivo y está con el enemigo en los bosques polacos, habría dejado a mi hermano a su suerte. No te habría enviado a ti a buscarlo.

—Sabia decisión, porque, como muy bien sabes, cuando lo encontré, no sirvió de nada.

—Eso no es verdad, amor mío —murmuró Tatiana—. Hiciste todo cuanto pudiste por rebelarte ante el destino. Como hice yo al tratar de salvar a Matthew Sayers, pero en ocasiones, en tristes ocasiones —siguió diciendo, la voz un quejido doloroso—, lo que hacemos, por desgracia, no es suficiente.

Se quedaron callados, luchando contra la tristeza, aletargados pero no del todo dormidos.

La madre de Alexander, Gina Borghese, tenía diecisiete años cuando había abandonado Italia para ir a Estados Unidos en busca de una vida a la medida de una joven progresista y moderna. Allí conoció a Harold Barrington, estadounidense desde la época de los peregrinos. La bella italiana y el radical locuaz se enamoraron, algo muy poco progresista, y luego se casaron, lo cual era aún menos progresista. Ella se cambió el apellido y se convirtió en Jane Barrington. Ambos cambiaron. Ella olvidó su inquebrantable fe católica. Marido y mujer se hicieron comunistas, pues

les parecía lo correcto. Gina tenía treinta y cinco años cuando tuvo a su hijo, Alexander, el hijo que había deseado tan desesperadamente; desear algo personal tan desesperadamente ya no parecía tan correcto. Ella tenía cuarenta y seis años cuando se marcharon a la Unión Soviética, y cincuenta y dos cuando fue arrestada. Ahora tendría sesenta y cuatro. ¿De verdad habría podido sobrevivir doce años en Perm-35? ¿Feminista, comunista, alcohólica, esposa, madre de Alexander? Éste había visto a su padre en sueños, había visto a Tatiana. Nunca había visto a su madre, ni siquiera como aliento espectral en la voz de otra persona susurrándole: «Tu madre se ha ido. No volverá jamás». La creía enterrada en el lugar más profundo y recóndito de su corazón, y sin embargo, a un hombrecillo mezquino como Burck sólo le había hecho falta una palabra para desenterrar a la madre de Alexander de su tumba de cristal.

En medio de la noche, Tatiana dijo de repente:

—Te cuesta tanto respirar, Alexander... No te tortures más. ¿Es que no te das cuenta de que es mentira?

—No puedo —le contestó Alexander en un susurro, a punto de desfallecer—. Porque quiero con toda mi alma que sea verdad.

—No, no... Shura...

—Tú deberías entenderlo mejor que nadie —la reprendió él—. Tú, que abandonaste a tu único hijo para ir a buscarme cuando creías que podía estar vivo, porque querías desesperadamente que fuese verdad. No me abandonaste a mi suerte en los bosques alemanes.

A Tatiana le brillaban los ojos.

—Porque era verdad. Tú mismo me pediste que recordase siempre una palabra.

—Vamos, por favor... ¿Orbeli? Ya me dijiste claramente lo que pensabas de Orbeli.

Lo asió con fuerza por los hombros.

—Dijiste Orbeli... pero la palabra era «fe». Fui porque creí. Pero ahora ni siquiera se trata de una palabra vaga de tu madre, sino de la palabra mentirosa de un lacayo que traiciona a su propio país.

Alexander la abrazó con desesperación.

—Es que a veces ya no sé distinguir lo que es verdad de lo que no lo es.

—A veces, yo tampoco. —Lo miró a la cara en la penumbra de la noche—. Tú, tu cara mentirosa y tu maldito Orbeli... —murmuró ella.

Alexander la apartó de sí, la tumbó en la cama, se encaramó encima de ella y apretó su cuerpo contra el de ella, aplastándola. Anthony estaba allí mismo, pero no le importaba, estaba intentando inhalar cada centímetro de ella, tratando de absorberla en su propio cuerpo.

—Todo este tiempo has estado protegiéndome, poniéndote delante de mí, Tatiana —dijo—. Ahora al fin lo entiendo. Me escondiste en Bethel Island ocho meses. Dos años estuviste escondiéndome y engañándome... para salvarme. ¡Qué idiota soy...! —susurró—. Destrozada o no, deshecha o no, en un caparazón o fuera de él... tú siempre has estado ahí, poniéndote delante de mí, mostrando tu rostro valiente e indiferente ante el extraño taciturno y destrozado por fuera y por dentro.

Tatiana permanecía con los ojos cerrados y abrazada al cuello de él.

—Ese extraño es mi vida —murmuró.

Se alejaron a gatas de Anthony para bajarse de la única cama de la que disponían, y se acomodaron en una manta en el suelo, parapetándose tras la mesa y las sillas.

—Abandonaste a nuestro hijo para ir a buscarme, y esto es lo que encontraste... —susurró Alexander, encima de ella, adentrándose en ella, en busca de paz. Gimiendo debajo de su cuerpo, Tatiana le clavó las uñas en la espalda—. Esto es lo que te trajiste de Sachsenhausen. —Los movimientos de Alexander eran intensos, profundos y urgentes. Oh, Dios... Allí sí hallaba un poco de consuelo...—. Creías que lo habías traído a él, Tania, pero me has traído a mí.

—Shura... tendré que conformarme... contigo...

Tenía las uñas clavadas en sus cicatrices.

—En ti —continuó Alexander, acercando los labios hacia la boca abierta de ella y hendiéndose en sus entrañas— se hallan todas las respuestas...

Todos los ríos vertieron su caudal en el mar, y pese a todo, el mar no quedó colmado.



Alexander no se puso en contacto con Burck. Al día siguiente, se reunieron con Tom Richter, quien no supo disimular su asombro al estrechar la delicada mano de la esposa, robusta como un buey, de Alexander, una esposa menuda, esbelta, sencilla, dulce y sonriente.

—Ya te lo advertí —dijo Sam a Richter en voz baja—. No es como tú esperabas.

—¡Es imposible! ¡Pero si parece incapaz de matar una mosca! Y mírala... es pequeña como un garbanzo.

—Caballeros —dijo Alexander, apareciendo por detrás de ellos y colocándoles la mano en el hombro—, ¿acaso están cuchicheando sobre mi mujer?

Puede que fuese pequeña como un garbanzo y que pareciese incapaz de matar una mosca, pero la promesa que Tatiana logró arrancarle a Tom Richter era del tamaño de las pirámides de Gizeh: su marido podía incorporarse a la reserva para acudir a una tranquila base militar a traducir documentos clasificados en una habitación. Las actividades relacionadas con los servicios secretos militares a puerta cerrada le parecían bien, incluso el apoyo logístico, si era necesario, analizando informes de inteligencia, tal vez incluso llevando a cabo algunos ejercicios de entrenamiento, pero nunca, por ninguna circunstancia, por ningún concepto, en ningún caso podría ser llamado a filas al combate activo. Tatiana dijo que las heridas que ambos habían sufrido en los diez años de Alexander en la guerra la convertían a ella en no apta para tolerar que él participase en ningún combate activo.

Richter accedió a todas las condiciones y Alexander pasó un mes sometiéndose a entrevistas, clasificaciones y pruebas, y acudiendo a sesiones de formación en Fort Meade, Maryland, mientras esperaba que ultimasen los trámites burocráticos de la reserva. Al final obtuvo el visto



bueno de seguridad y un puesto como capitán en el cuerpo de oficiales en la reserva del ejército estadounidense. Richter consiguió incluso una réplica reluciente de una medalla del Congreso para Anthony, por quien sentía una gran simpatía. Algo más que simpatía sentía por una fabulosa Vikki, increíblemente coqueta con él aunque comprometida con otro, que había ido a ver a Tania y a sus chicos.

Tatiana y Alexander compartían largas veladas con Sam y Matt Levine y sus respectivas esposas, y salían a navegar a Chesapeake con Richter y Vikki. Whittaker Chambers y Alger Hiss estaban en boca de todos, y Dennis Burck abandonó el gobierno federal en silencio y sin dejar rastro.

Después de dos meses con Richter, Tatiana y Alexander siguieron su camino, por Wisconsin, Dakota del Sur, Montana, hasta los bosques de Oregón, a través de la tierra del lupino y el loto, en busca de su destino.

*Primer Interludio*

**SAIKA KANTOROVA, 1938**

Nosotros, los niños, vivimos tiempos atroces para Rusia.

Alexander Blok

## *Pasha*

Pasha Metanov siempre limpiaba él mismo el pescado, a pesar de ser pequeño. No le pedía a *babushka* que se lo limpiase, ni siquiera a su madre, que le habría limpiado el pescado, los dientes y los pantalones el resto de su vida si la hubiese dejado, porque Pasha era su único hijo varón. No se lo pedía a Tania porque sabía perfectamente que no lo haría, y que no sabía cómo hacerlo. Cuando tenía cinco años, le pidió a *deda* que le enseñase a hacerlo, y desde entonces se había encargado de hacer el trabajo sucio él solo.

La noche después de conocer a Saika, estaban cenando una de las percas que Pasha había pescado, sólo ellos tres. Pasha se encargó de pescarla y limpiarla, y Dasha la cocinó. Tania, que ni pescaba, ni limpiaba el pescado ni cocinaba, leía.

Los tres hermanos estaban solos. *Deda*, el abuelo, se había ido a pescar él solo antes de que se hiciese de noche y *babushka*, la abuela, había ido a ver a Berta y a la madre de ésta, Blanca, que vivían al final de la calle.

—Bueno, ¿qué os parecen nuestros nuevos vecinos? —inquirió Dasha—. Stefan es un encanto.

—Aunque no tuviera dientes, seguirías diciendo que es un encanto —señaló Pasha—. Ahora bien, la tal Saika... ¡ésa sí que es un encanto!

Sonrió.

Tatiana no dijo nada; estaba ocupada sacando las espinas del pescado.

—Oh, no —exclamó Pasha—. No, no, no, no, no... Dasha, mira, ya se ha quedado callada. ¿Qué le pasa? ¿Se puede saber qué te pasa? No me

digas que no te caen bien...

Los pensamientos de Tania aquella tarde ventosa del mes de junio estaban absortos en el sacrificio de la reina Margarita ante el matrimonio concertado con Enrique de Navarra, con el fin de unir a los católicos y los protestantes franceses. La reina estaba convencida de que nunca hallaría el amor verdadero en la prisión en que vivía, pero Tatiana sabía que sí lo encontraría... y cómo. No veía el momento de volver a enfrascarse en la historia de Margot y La Môle.

Sus hermanos dejaron de comer y la miraron fijamente.

—¿Es que he dicho algo? No he dicho nada.

—Tu silencio nos habla a gritos —comentó Pasha.

—Y ahora no dice nada —se quejó Dasha—, cuando antes no podías reprimir ninguna de tus absurdas preguntas.

—Déjala, Dasha. Sólo está celosa.

Pasha sonrió y le dio a su hermana melliza en la cabeza con un cucharón de madera.

El cucharón salió despedido de las manos de Pasha, impulsado por el puño de Tania.

—Pasha, si tuviese que estar celosa de todas las chicas con las que hablas, me pasaría el día muerta de celos.

Mirándola con curiosidad con sus alegres ojos castaños, Dasha le preguntó:

—¿Y a qué ha venido todo ese interrogatorio de antes?

—Sólo quería saber dónde están los Pavlov, eso es todo.

—¿Y a ti qué más te da?

—Quería saberlo. ¿Y si yo también acabo en el mismo sitio algún día?

—Vi un enorme retrato de un pavo real en su casa —intervino Pasha—.

Me pareció muy curioso.

Tatiana se subió a la mesa de la cena y se sentó cruzando las piernas. Dasha le gritó que se bajase, pero su hermana no se movió.

—¡Exacto, Pasha! —exclamó Tatiana—. No han deshecho las maletas, no han guardado las cosas de los Pavlov, pero han colgado un retrato de un pavo real. Desde luego, es muy curioso. ¿Creéis que serán ornitólogos?

—Stefan es un poco como un pavo. —Dasha sonrió—. Con esa cola tan espectacular, que me atrae como si fuera una pava real...

—¿Qué me dices de Mark, tu jefe? —dijo Tatiana con desparpajo—. ¿Él también tiene una cola espectacular?

Pasha se echó a reír a carcajadas, pero Dasha, completamente roja e indignada, apartó a Tatiana de la mesa de un empujón.

—¿Qué sabrás tú de nada? No te metas en las cosas de mayores; me gustas mucho más calladita, con la nariz enterrada en tus libros.

—Estoy segura de que así es, Dasha —contestó Tatiana golpeando a Pasha, que no podía parar de reír, con el dorso de la mano antes de ir a buscar su ejemplar de *La reina Margot*—. Estoy segura de que sí.

### *¿Quién es Saika?*

Saika era una muchacha arrebatadora, con unos rasgos faciales exageradamente marcados, como si al artista que la dibujó se le hubiese ido la mano con el carboncillo y los borrones de color. Su pelo y sus ojos eran color azabache; los labios, rojo rubí, y los dientes, blancos como perlas. Tenía los pómulos marcados, la barbilla afilada, la frente ancha y la nariz prominente. Todo parecía estar en su sitio y bien proporcionado, pero en conjunto producía el efecto de que había demasiados elementos en un lienzo demasiado pequeño del que el espectador se hallaba demasiado cerca: éste no podía apartar la vista de ella, pero por alguna razón deseaba hacerlo.

A la mañana siguiente, Saika apareció en la ventana de Tatiana.

—Hola —dijo, asomando la cabeza con una sonrisa—. Ya he deshecho el equipaje. ¿Quieres salir a jugar?

¿Lo decía en serio? Tatiana nunca se levantaba de la cama por la mañana.

—¿Puedo entrar? Te ayudaré a vestirte.

Tatiana, que dormía plácida y cómodamente en ropa interior, estaba a punto de decirle a la muchacha que entrase cuando, de repente, algo en la

mirada de Saika la disuadió. ¿Qué era? Los ojos de la chica eran demasiado oscuros para poder distinguir la dilatación de la pupila, y su tez también era demasiado oscura para poder ruborizarse, pero había algo en la determinación de aquel ojo almendrado y la separación entre los labios de aquella boca grande que desconcertaba a Tatiana.

—Hmmm... Saldré dentro de cinco minutos.

Tatiana echó la raída cortina. Dormía ella sola en una diminuta alcoba cerca de una vieja cocina en desuso; su familia había colgado una cortina separadora para que la joven pudiese hacerse la ilusión de que tenía un verdadero dormitorio en lugar de una cocina compartida. No le importaba: era la primera vez en su vida que dormía sola.

Cuando se hubo vestido y cepillado el pelo, Tatiana echó a andar junto a Saika por la vereda del pueblo, respirando el aire fragante de la mañana. Llevó a Saika a casa de Berta. Ésta tenía una vaca a la que había que ordeñar, y Saika preguntó de inmediato por qué Berta no podía ordeñar su vaca ella misma.

—Porque es una anciana. ¡Tiene cincuenta años! Además, tiene artritis. No puede agarrar las ubres.

—¿Y por qué tiene una vaca si no puede cuidar de ella? Podría venderla por mil quinientos rublos.

Tatiana se volvió a mirar a Saika.

—Porque entonces tendría mil quinientos rublos, pero no leche. ¿Qué sentido tiene eso?

—Puede comprar la leche.

—El dinero se le acabaría en tres meses. Esa vaca producirá leche otros siete años.

—Yo sólo digo que para qué tener una vaca si no puedes cuidar de ella.

Berta se sorprendió mucho al ver a Tatiana aparecer tan temprano, por lo que alzó los brazos al cielo y exclamó:

—*Bozhe moi!* ¿Quién ha muerto? Hasta mi madre sigue durmiendo. — Era una mujercilla menuda, de pelo oscuro y ojos pequeños—. No tengo cincuenta, inconsciente —dijo—, sino sesenta y seis.

Pese a la artritis de las manos, Berta les preparó té y huevos, y mientras las niñas comían, enterró las manos en los mechones del suave pelo de Tatiana. Saika lo observaba todo.

Le llevaron la leche fresca a Dasha y luego salieron a los campos, a las afueras de Luga, atravesando la hierba alta. Tatiana le dijo a Saika que así se imaginaba ella las praderas norteamericanas: hierba alta y larga que se extendía kilómetros y kilómetros hasta el horizonte.

—¿Sueñas con Estados Unidos, Tania? —preguntó Saika, y la otra se aturulló y le contestó que no, que no soñaba, que sólo se imaginaba las praderas.

Saika le contó a Tatiana que no sabía dónde había nacido (¿Cómo podía no saberlo?, se preguntó Tatiana), pero que había pasado los últimos años en un pueblo llamado Saki en el norte de Azerbaiyán, en el Cáucaso. Azerbaiyán era una república diminuta situada debajo de Georgia y encima de Irán. ¡Irán! Para el cerebro de Tatiana, aquello era tan remoto como el equivalente de un universo prehistórico lleno de helechos gigantes y mastodontes.

—Y desde allí vinimos en tren hasta aquí. Después del verano, el nuevo destino de mi padre será en el norte, en Kolpino.

—¿El nuevo destino? ¿Qué es lo que hace?

Saika se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que hacen los adultos? Se va por las mañanas, regresa a casa por la noche, mi madre le pregunta cómo le ha ido el día, él responde que bien, y al día siguiente, todo empieza otra vez. A veces viaja. —Hizo una pausa—. ¿Viaja tu padre?

—Sí —dijo Tatiana con orgullo, como si los viajes de su padre fuesen un reflejo de su valía personal, como si fuese fantástica por tener un padre que viajaba—. Se ha ido a Polonia un mes entero. ¡Me va a traer un vestido!

—Ah, un vestido —repuso Saika, como si le fuese completamente indiferente—. Nosotros no hemos estado en Polonia, pero hemos estado en unos cuantos sitios: en Georgia, en Armenia, en Kazajstán. En Bakú, en el mar Caspio.

—Madre mía, has estado en todas partes... —se admiró Tatiana, con un punto de envidia sana.

No es que quisiera que Saika no hubiese viajado, es que querría haber viajado un poco ella también. Lo único que había visto en toda su vida era Leningrado y Luga.

Se sentaron en una roca en medio del campo y Tatiana le enseñó a Saika a comerse la pulpa dulce de la flor de un trébol. Saika dijo que nunca la había comido antes.

—¿Es que no hay tréboles en el Cáucaso? —preguntó Tatiana, sorprendida de que Saika hubiese vivido sin haber tocado ni una sola vez la famosa planta de tres hojas.

—Vivíamos en una granja en las montañas, criando ganado. No lo sé, a lo mejor sí había tréboles.

—¿Erais pastores?

—Más o menos.

Otra vez con aquellas ambigüedades.

—¿Qué quiere decir eso?

Saika sonrió.

—Me parece que no éramos muy buenos pastores. Siempre llevábamos a las ovejas hasta la boca del lobo. —Tatiana se volvió para mirar más detenidamente a Saika, que estaba sonriendo—. Es broma. No eran ovejas, Tania. En realidad, eran cabras. —Hizo un sonido despectivo—. Pero no quiero hablar de eso. Odio las cabras. Son unos animales asquerosos.

Tatiana no contestó. Nunca se había parado a pensar en las cabras, pero de repente olió algo que le hizo apartarse de Saika. Avergonzada de su propia reacción, Tatiana se obligó a sí misma a no moverse del sitio y quedarse quieta, al tiempo que miraba a las manos de la otra muchacha, que estaban inusitadamente sucias a aquella hora de la mañana. Tatiana sintió la tentación de preguntarle por la suciedad de las uñas y la mugre y los parches de suciedad en sus dedos, y entonces se fijó también en los pies, igual de sucios que las manos en aquellas sandalias, y se preguntó qué habría estado haciendo Saika a las siete de la mañana para ensuciarse de aquella manera. A continuación, Saika habló, y el aire del prado



transportó el aliento de la muchacha hasta la nariz de Tatiana, y ésta se dio cuenta entonces de que lo que le había hecho apartarse era el mal aliento de la chica.

Tatiana se levantó y Saika se puso a andar delante de ella, y el olfato de Tatiana detectó el olor del cuerpo de la muchacha. Saika olía a moho y amoníaco. Perpleja, Tatiana miró a Saika, que tenía los brazos extendidos para desperezarse. Y pese a todo, la chica llevaba el pelo sedoso y brillante, como recién lavado, y no tenía la cara sucia. No es que no se hubiera lavado, era sólo que olía y tenía aspecto de no haberse lavado.

Las dos chicas se quedaron de pie una frente a la otra; la morena llevaba un vestido azul, mientras que la rubia llevaba uno con un estampado claro. Saika le sacaba una cabeza y tenía los pies casi el doble de grandes que los de Tatiana, y cuando ésta se fijó más detenidamente, vio que tenía dos de los dedos salidos hacia fuera, como en forma de uve. Se quedó mirándolos largo rato de forma muy poco discreta, hasta que al final dijo:

—¡Caramba! Nunca había visto unos dedos así. ¿Por qué son así?

Saika agachó la cabeza.

—Ah, eso. Sí, soy un poco peculiar. —Se encogió de hombros—. Mi padre bromea diciendo que tengo los pies partidos.

—¿Los pies partidos? —exclamó Tatiana—. ¿Qué quiere decir con eso?

—No lo sé, chica. La verdad es que haces muchas preguntas, ¿sabes? Déjame que te haga yo una: ¿podemos ir a jugar con Pasha?

Poco a poco empezaron a caminar de vuelta hacia Luga.

—Háblame de él. ¿Qué hacéis por aquí para divertirnos un poco?

—¿Qué hacen los niños en verano? Nada —contestó Tatiana. Cuando Saika se echó a reír, Tatiana añadió—: No, de verdad, nada. La semana pasada, por ejemplo, nos pasamos dos días viendo quién sabía hacer una cuerda más larga con arándanos. Hicimos una de diez metros. Otras veces pescamos. Nadamos, discutimos.

—¿Sobre qué discutís?

—Sobre Europa, principalmente. Hitler. Alemania. No lo sé.

—Vamos —dijo Saika—, seguro que hacéis más cosas aparte de hablar de Hitler y nadar.

Arqueó sus cejas castañas.

¿Como qué?, quiso decir Tatiana. ¿Y a qué venía aquel arqueo de cejas?

—No, la verdad es que no —dijo despacio.

—Bueno, pues vamos a tener que cambiar eso, ¿no te parece? —dijo Saika.

Tatiana tosió un poco mientras caminaban hacia el río para reunirse con los demás chicos, tratando de volver a encauzar la conversación hacia las actividades de pesca y recolección de bayas en las que los niños ocupaban su ocioso tiempo estival.

### *Las actividades de los niños en su ocioso tiempo estival*

Anton Iglenko era el mejor amigo de Tatiana; jugaba muy bien al fútbol y siempre estaba pidiéndole a Tatiana las pequeñas provisiones de chocolate compradas en Leningrado. Antón tenía tres hermanos mayores: Volodia, Kirill y Alexei, amigos de Pasha y con órdenes estrictas de no acercarse a Tatiana, todos excepto el amigo de Volodia, Misha, que no se despegaba de Tatiana y detestaba a Anton. También estaba Oleg, que nunca jugaba a nada.

La única otra chica del grupo era Natasha, la de la melena castaña, una rata de biblioteca aún peor que Tatiana, que siempre estaba intentando enzarzarse en un debate con ésta acerca de quién era mejor escritor: Dumas o Dickens, Gogol o Gorki. La prima Marina, que no era una gran lectora, iba a llegar al pueblo al cabo de dos semanas, lo que igualaría la balanza en cuanto al número de chicos y de chicas.

Tatiana se mantuvo educadamente al margen mientras la tropa de jóvenes, ávida de caras nuevas, hacía los honores a la recién llegada de pelo azabache.

—¿Quién es ese chico que está sentado debajo del árbol? —susurró Saika, señalándolo—. No ha venido a saludarme.

Tatiana miró en la dirección indicada.

—Ése es Oleg —contestó Tatiana—. Ya te he hablado de él. No está de humor para juegos.

—¿Y cuándo estará de humor para juegos?

—Cuando Hitler esté muerto —respondió Tatiana alegremente—. Está un poco alterado por... Bueno, ¿quieres verlo? Te lo enseñaré. ¡Oleg! —llamó al enjuto chico de pelo castaño, sentado bajo los abedules.

De mala gana, como si le costara un gran esfuerzo, Oleg se levantó y se acercó. Saludó a Saika con la cabeza, no le estrechó la mano, y cuando Tatiana, dándole un codazo en las costillas, le preguntó si quería jugar al escondite, él le contestó:

—Sí, claro, estupendo. Venga, vosotros jugad a vuestros estúpidos juegos. Checoslovaquia está a punto de caer, pero vosotros seguid con lo vuestro.

Y volvió a sentarse bajo los árboles.

Tatiana miró a Saika como queriendo decir: «¿Lo ves?».

—Oleg —le explicó mientras lo seguían hasta su escondite— no sólo está muy disgustado por la crisis en las relaciones internacionales sino que...

—Sólo estoy disgustado por vuestra absoluta falta de interés por el mundo exterior —exclamó Oleg.

—Pero si sentimos mucho interés... —repuso Tatiana—. Sentimos interés por los peces del río, y por los arándanos que hay en el bosque, y por las patatas de los campos y la cantidad de leche que nos dé la vaca, porque eso determinará si tendremos nata agria la semana que viene.

—Adelante. Ríete todo lo que quieras. El ministro de Exteriores Masaryk y yo sólo esperamos que el sacrificio de su joven país sea el único precio que el mundo tenga que pagar por la paz.

Saika comentó que le parecía encantador. Tatiana le contestó que sí, que a ellos Oleg también les parecía un encanto, aunque sólo se juntara

con los demás un rato al día y luego renegase y escupiese y se fuese corriendo en otra dirección.

—Aunque no se va muy lejos —señaló Saika—, sólo hasta el árbol.

—Quiere salvar nuestras almas inmortales —dijo Tatiana, sonriendo—, y eso no lo puede hacer desde su dacha, tan lejos.

—Bah, el alma inmortal es un concepto tan burgués... —exclamó Saika desdeñosamente—. Oleg —se dirigió a él—, ¿de qué tienes miedo? No va a haber guerra. Nadie va a entrar en guerra por la insignificante Checoslovaquia.

—¿Y de qué tamaño tiene que ser un país para que alguien entre en guerra para defenderlo de Hitler? —replicó Oleg.

Saika se echó a reír.

—Pues mayor que Checoslovaquia.

—Nadie entrará en guerra por Austria tampoco.

—¿Y por qué iba nadie a hacerlo? —inquirió Saika—. Los austríacos querían a los alemanes en su territorio. ¿Es que no visteis el resultado del referéndum de hace dos meses? El noventa y nueve por ciento de los austríacos recibió a Hitler con los brazos abiertos.

—El referéndum estaba amañado —dijo Oleg.

Saika se encogió de hombros y continuó diciendo:

—Y ahora, en las elecciones en los Sudetes, los alemanes han ganado muchos votos. ¿Habéis oído lo que dijo *Herr* Hitler cuando defendía la anexión de los Sudetes? «Es intolerable, —dijo— pensar en una numerosa parte de nuestro pueblo expuesta a las hordas democráticas que nos amenazan». *Herr* Hitler tampoco tiene paciencia con la democracia, al igual que nuestro camarada Lenin.

—Pero es que Checoslovaquia no es su pueblo —dijo Oleg—, y *Herr* Hitler, tal como reverencialmente lo llamas tú, está concentrando sus tropas en la línea Maginot. Dime, después de Austria y Checoslovaquia, ¿qué será lo siguiente?

—¡Francia! —exclamó Saika alegremente—. Bélgica. Holanda. España caerá muy pronto en manos de Franco también... Está ganando esa absurda guerra civil contra los comunistas.

—Eso sí es una familia dividida —dijo Tatiana.

Saika se encogió de hombros.

—Nunca había oído esa expresión, pero no está mal —dijo—. España es de Franco, Alemania ya tiene a Italia en el bolsillo. La siguiente será Francia.

—¿Crees que Inglaterra irá a la guerra por Francia? —preguntó Oleg cáusticamente.

Saika se echó a reír.

—No, claro. Por Francia no —respondió.

—Exacto. Entonces caerá Francia. ¿Y luego qué?

—¿Y luego qué? —le repitió Saika con una sonrisa condescendiente.

—¿Crees que Hitler se va a dirigir siempre hacia el oeste en su ambiciosa expansión? —preguntó Oleg—. ¿No crees que en algún momento dirigirá sus inquietudes hacia el este? ¿Hacia la Unión Soviética?

—Sí, puede que se dirija al este —dijo Saika, agachándose junto a Oleg, momento en que éste se apartó de ella con cautela—. Pero ¿y qué?

—Cuando movilice sus tropas ante Ucrania y Bielorrusia, ¿aún seguirás diciendo eso?

—Sí, aún seguiré diciendo eso —dijo Saika—. No pondrá un pie en la Unión Soviética. Le da miedo el Ejército Rojo, así que ¿a quién le importa lo que suceda en el resto del mundo?

—A mí —repuso Oleg, mirando a Tatiana—. Me importa que Mussolini esté destituyendo a judíos de puestos de responsabilidad en el gobierno. Me importa que los británicos estén renegando de la promesa hecha a los judíos de darles un hogar. Me importa que Anthony Eden dimita por lo que considera debilidad por parte de Chamberlain.

—Chamberlain no es débil —repuso Saika—. Es sólo que a él tampoco le importa... como a mí. Quiere que los chicos británicos conserven la vida para que sus madres estén tranquilas. Él vio lo que pasó en Verdún, un millón de jóvenes muertos para nada. No quiere participar en ninguna otra guerra. ¿Y tú? ¿Tú no quieres estar vivo para que tu madre esté tranquila, Oleg?

—La madre de Oleg murió el año pasado —contestó Tatiana desde atrás.

—Eso lo explica todo —dijo Saika, levantándose—. Venga, Oleg. Quítate esa pesada carga de los hombros. Vayamos a nadar. ¿Crees que por el hecho de preocuparte los generales obrarán de otro modo?

—No pienso ir a ninguna parte —sentenció Oleg—. No puedo participar en juegos ociosos y absurdos mientras el mundo se derrumba. Mientras el futuro del mundo está en juego.

Tatiana se llevó a Saika y, mientras caminaban hacia la orilla del río, con un silbido impresionado, le preguntó:

—¿Tú cómo sabes tantas cosas?

Inclinándose hacia ella, Saika contestó:

—Es mi obligación, Tania, saberlo absolutamente todo.

¿Por qué aquellas palabras hicieron que un escalofrío recorriera la columna vertebral de Tatiana en un día tan caluroso?

### *La carrera a nado*

El día transcurrió lenta y perezosamente, buscando nidos de avispas y jugando a los hilos, a dos partidos de fútbol, y sufriendo una caída. Recitaron poemas de Blok y se echaron una siesta. Luego comieron arándanos, jugaron a la guerra entre los arbustos y entonces cayó la tarde. Los chicos luchaban entre ellos mientras las chicas se hacían trenzas en el pelo. Los chicos pescaron con cañas que se habían fabricado ellos mismos. Oleg y Saika se enzarzaron en una nueva y acalorada discusión sobre si una economía planificada como la del nacionalsocialismo en Alemania o la del comunismo en la Unión Soviética podía arrojar el mismo resultado positivo tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra (Saika defendía que sí). Y Pasha dijo:

—Tania, te echo una carrera.

—No quiero.

Tatiana estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, jugando a los hilos con Natasha.

—Pero ¿Tatiana sabe nadar? —Se mofó Saika, dejando solo a Oleg.

Tatiana no quería dar explicaciones. No llevaba bañador y aquel día no tenía ganas de nadar en ropa interior delante de Saika, lo cual no dejaba de ser irónico, porque nunca lo pensaba dos veces cuando tenía que nadar delante de Anton, Misha u Oleg.

Pero Pasha la estaba provocando, Saika la estaba provocando y Misha, que no creía que pudiese ganar ese día, también la estaba provocando, y de repente todos se estaban riendo por lo bajo, salvo Saika, que se reía a mandíbula batiente. Así que Tatiana, que nunca hacía ascos a ninguno de los desafíos de su hermano, se desnudó y se quedó en ropa interior. ¿Eran imaginaciones suyas o había una mueca divertida en el rostro de Saika? La llegada de la tarde había inundado el aire de agua fresca y del aroma de los cerezos en flor, y el sol estaba encaramado al cielo en actitud expectante.

Tatiana y Pasha bajaron por la ribera hasta la orilla del río. El objetivo era arrojarse de cabeza a la de tres y cruzar a nado los cincuenta metros hasta la otra orilla. Y luego había que volver.

Tatiana se despidió de él cuando ambos estuvieron frente al Luga.

—Te veré en el otro lado, hermanito —dijo ella.

—Sí, miraré atrás y ahí estarás tú, claro.

—A la de una, a la de dos y a la de... ¡tres!

Pasha, tan veloz, tan fuerte, tan pequeño y tan ágil, tan competitivo, trató de dejar atrás a su hermanita, mucho más débil. Ella no era tan fuerte, ni corriendo ni nadando, ni tenía las piernas tan musculosas.

Nadaron tan rápido como pudieron, en todos los estilos posibles. La corriente de la tarde se movía con rapidez, el caudal del río era abundante. Pasha estaba ganando en la marca de los veinte metros, pero la incansable Tatiana, unos pocos metros detrás de él, le gritó:

—Acuérdate de respirar, Pasha.

—Acuérdate de perder, Tania —le replicó su hermano, y le sacó otro medio metro de ventaja.

Sin embargo, en la marca de los treinta metros, empezó a perderla. Tatiana ni siquiera incrementó el ritmo, sino que siguió moviéndose tratando de no tragar agua. Pasha iba cada vez más lento, dándole patadas casi en la cara, a propósito, según Tatiana. En la marca de los cuarenta y cinco metros, Tatiana tomó impulso y se lanzó hacia delante, adelantó a su hermano, tocó el fondo, salió corriendo a la superficie y empezó a dar saltos de alegría, chorreando, jadeando y sin aliento, con el pelo húmedo adherido a la cara de felicidad.

Pasha no estaba ni mucho menos tan contento.

—Hay que ver lo desagradable que llegas a ser... —le soltó con calma, sacudiéndose el agua.

—Mira quién fue a hablar.

Tatiana dio un salto sobre él y ambos cayeron al agua. Riendo, Pasha dijo:

—Apártate de mí. No me dejas respirar.

Ella se apartó de él.

—¿Echamos otra carrera de vuelta?

—Ni hablar.

—La próxima vez, Pasha.

—Eso es. La próxima vez, Tania.

Regresaron a la otra orilla nadando despacio, de espaldas, golpeando sólo con las piernas. Tatiana estaba contemplando el cielo azul sin nubes y el lejano sol de junio. Extendió la mano y asió la de su hermano.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Se movió para soltarse, pero él no la soltó.

Sus amigos estaban reunidos en los pedruscos de la orilla.

—Está bien, Tania. Ahora te echaré yo una carrera —dijo Saika.

—Sí, Tania —dijo Oleg—. Adelante, una guerra de chicas. Algo así como Francia contra Bélgica. Hasta yo quiero verla. Natasha nunca hace carreras.

—Yo leo, no corro —dijo Natasha con orgullo, aferrando con fuerza su ejemplar de *Almas muertas*, de Gogol—. Además, las chicas no pueden



ganar contra Tania.

—Eso ya lo veremos.

Sin decir una sola palabra, Saika se quitó el vestido, y luego el sostén, y luego la ropa interior... y se quedó desnuda.

Los niños dejaron de jugar por un momento. Hasta Natasha levantó la vista de su lectura. Tatiana apartó la mirada rápidamente, pero no sin antes advertir el cuerpo bien desarrollado de Saika, los pechos voluminosos, los pezones oscuros, el prominente montículo de vello negro y las caderas protuberantes. Tenía vello en las axilas, y cuando a Tatiana se le ocurrió pensar que Saika a sus quince años parecía tan desarrollada como Dasha a sus veintiuno, Saika se volvió para dirigirse hacia el río y todos los presentes dieron un respingo colectivo: la espalda de Saika estaba plagada de cicatrices blancas en espiral que le surcaban la carne entrecruzándose desde la altura de los omóplatos hasta la parte baja de la columna. La respiración acelerada de Tatiana debió de delatarla, porque Saika dejó de andar y se volvió.

—¿Qué pasa? —dijo.

Fue Pasha quien rompió el silencio angustioso y violento.

—¿Qué te ha pasado en la espalda, Saika?

—¿Qué? Ah, eso. Nada.

—Seguro que hizo algo muy, muy malo —comentó Oleg.

—Seguro. Tania, ¿te vas a quedar ahí parada como un pasmarote o vienes a echar esa carrera?

Tatiana dirigió a su hermano una mirada inquieta antes de bajar a la orilla. De repente, ya no le preocupaba su ropa interior ni su pequeñez; de repente, la carrera le parecía algo ofensivo.

—Saika, a lo mejor deberíamos dejarlo para otro día.

—¿Por qué? Otro día tendré las mismas cicatrices en la espalda.

No había rastro de emoción en su voz.

Tatiana miró a todos los demás sin saber qué hacer. Nadie sabía qué sentir. Estaban violentos e incómodos.

Tatiana frunció el ceño.

—Si crees que no estás preparada... —le espetó Saika.

—No, no, siempre estoy preparada —dijo Tatiana—. ¿A la de tres, entonces?

—A la de tres.

Pero no fue exactamente a la de tres, sino más bien a la de dos y media, porque antes de que Tatiana llegase a pronunciar la palabra «tres», Saika corrió hacia el agua.

Tatiana corrió tras ella y se tiró de cabeza, pasando literalmente volando por delante de Saika, quien se detuvo al instante y dijo:

—Espera, eso no es justo.

Tatiana se paró de mala gana.

—No sabía que sabías tirarte así, de cabeza.

—Y yo no sabía que a la de tres significaba antes de tres —replicó Tatiana, nadando hacia ella—. Y yo no he protestado por eso.

—Bueno, pues deberías haber protestado si no te ha gustado.

—Daba igual.

—No es justo —insistió Saika, frotándose los pechos húmedos.

—Está bien —dijo Tatiana—. Volvamos a empezar.

Volvieron a empezar, esta vez casi a la de tres, y esta vez, Tatiana no se arrojó de cabeza.

Saika era fuerte y rápida, pero también pesaba más que Tatiana, y eso debía de impedirle avanzar más rápido, porque Tatiana tuvo que reducir la velocidad al llegar a la marca de los veinte metros, y luego de nuevo en la de los treinta, y cuando llegaron a la de los cuarenta, Tatiana nadaba tan despacio que podía ponerse a flotar de espaldas y aun así nadar más rápido que Saika quien, jadeando, salpicando agua y sin aliento, no conseguía avanzar apenas. Tatiana dejó de usar los brazos y luego las piernas, y al final dejó salir del agua primero a Saika, que lo hizo tambaleándose y desplomándose en la orilla de inmediato.

—Uf, ha sido duro ganarte —exclamó—, pero ha valido la pena.

Aún en el agua, Tatiana se hundió hacia atrás para remojarse y luego salió a sentarse junto a Saika.

—Lo has hecho muy bien para ser tan pequeña —comentó Saika, aunque casi no podía ni respirar.

—Gracias —respondió Tatiana en voz baja.

—Cuando estés lista, regresaremos nadando.

—¿Qué te parece ahora mismo?

—Espera un segundo.

Saika seguía jadeando.

Tardaron mucho rato para volver. Saika apenas podía mover las piernas y se dejaba arrastrar río abajo por la corriente.

—Saika, si no tienes cuidado, acabarás en el Báltico —señaló Tatiana—. Mira cuánto nos hemos alejado de los otros. Vamos a nadar un poco más rápido.

Pero Saika no podía nadar un poco más rápido.

Lo primero que dijo Pasha cuando al fin salieron del agua fue:

—Tania, ¿qué te ha pasado en esa carrera? Parecías un peso muerto ahí abajo.

Saika se volvió para mirar a Tatiana y le guiñó un ojo oscuro y glacial. La extraña expresión se borró al instante de la cara de Saika, pero no así de la memoria de Tatiana.

—Vístete deprisa, Saika —dijo Tatiana, volviéndose—. Tengo que irme a casa.

### *Algo sobre Tatiana*

De vuelta a casa, cansados y hambrientos, pasaron junto a un grupo de mujeres mayores que llevaban unas Biblias en la mano. Los rostros de las mujeres se iluminaron al ver a Tatiana, quien sonrió, lanzó un leve suspiro y se ocultó detrás de Pasha.

—¿Qué pasa? —preguntó Saika, pero antes de poder añadir algo más, el grupo de mujeres se abalanzó sobre ellos.

Separaron a Tatiana de Pasha, la toquetearon, le acariciaron el pelo y le hicieron la señal de la cruz en la frente, besándole las manos.

—Tanechka —se dirigieron a ella cariñosamente—, ¿cómo está nuestra niña esta tarde?

—Vuestra niña está bien —respondió Pasha por ella, al tiempo que la arrancaba de sus garras.

Tatiana les presentó a Saika, pero las mujeres no le estrecharon la mano, ni ella se la ofreció tampoco. Se quedaron allí de pie, con aire incómodo, abrazando de nuevo a Tatiana. Pasha le explicó a Saika que aquellas mujeres lo habían bautizado a él y a su hermana en 1924.

—El bautismo es una costumbre provinciana, señoras —les dijo Saika—. Nuestras nuevas leyes de 1929 constatan claramente que no se deberá impartir instrucción religiosa a los niños hasta que sean mayores de edad. ¿Aún van por ahí bautizando a niños que no tienen capacidad para decidir por sí mismos? —Todas se quedaron en silencio—. ¿Aún lo hacen? —repitió, instigada por su silencio.

—Bueno, no, ya no —contestó una de ellas.

Tras un silencio incómodo, Tatiana preguntó:

—¿Estás bautizada, Saika?

—No, yo no pertenezco al culto a Cristo —le respondió la joven—. Mis antepasados pertenecían a los llamados yezidi. No nos bautizaban.

Las mujeres se quedaron boquiabiertas.

—¡Los yezidi no!

—Ah, señoras, veo que están bien informadas —dijo Saika—. Bien, bien. Sí, pero ahora ya no formo parte de eso, señoras. Ahora pertenezco a los Jóvenes Pioneros.

—¿Estás en alguna Liga de Ateos Militantes? —Pasha sonrió—. ¿O eres miembro del Grupo de Jóvenes Sin Dios?

—No, pero cuando cumpla los dieciocho seré una Konsomol: un miembro enérgico, moderno y librepensador del nuevo mundo.

Espoleada por una inmensa curiosidad, Tatiana se alejó de allí y llamó a Saika, que lanzó una mirada desdeñosa a las mujeres antes de alcanzar a los Metanov, dando puntapiés a la arena del suelo con sus sandalias marrones raídas.

—¿Qué pasa, Tania? —preguntó Saika—. ¿Qué tienen las viejas contigo? ¿A qué viene tanta adoración? Esta mañana, esa Berta no te quitaba las manos de encima, ¿por qué?

—Díselo, Tania.

—Pasha, cállate.

—Todas las ancianas de Luga creen que Tania puede salvarlas de la muerte.

—¡Pasha, cállate!

Pasha, como de costumbre, no le hizo el menor caso.

—Saika, hace siete años hubo un incendio en una cabaña. Blanca Davidovna, la persona mayor de la aldea, estaba sola en ella. Su hija Berta, a quien has visto esta mañana, se encontraba en Leningrado. Y nuestra Tania corrió a esa casa y sacó a Blanca mientras la casa quedaba reducida a escombros. Por supuesto, cuando nuestra madre se enteró, por poco mata a Tania por haber entrado allí. —Pasha se echó a reír—. Eso sí que habría sido irónico, ¿no crees, Tanechka?

—Pasha, déjalo ya, ¿quieres? —dijo Tatiana con voz férrea.

—¿Cómo la sacaste, Tania? —Quiso saber Saika.

—No lo sé, no me acuerdo. Sólo tenía siete años.

—Pero ¿por qué entraste, para empezar?

—No lo sé, no me acuerdo. Sólo tenía siete años. Creí oír que me llamaba.

—Sí... ¡desde la otra punta del pueblo! —Pasha se echó a reír—. Deberías oír a Blanca Davidovna explicar esa historia. —Los ojos de Pasha se encendieron al imitar a la anciana—: Nuestra Taneeeechka me cogió de la maaaano y me sacó de allí... ¡me sacó de mi caaaaasa en llaaaamas! Si esas mujeres te han parecido exageradas, espera a ver cómo trata Blanca a Tatiana.

—Pasha, te juro que si no te callas...

El hecho de que Saika conociese el incidente hizo que una extraña ansiedad se apoderase de Tatiana. El misterio del fuego, de que ella, con sólo siete años, hubiese entrado en aquella casa, ya le resultaba algo casi sobrenatural incluso a ella, sobre todo teniendo en cuenta cuánto se asustaba ante toda clase de cosas que no se podían controlar. No le gustaba hablar de ello, ni pensar en ello tampoco, y desde luego, no le gustaba nada el modo en que la miraba Saika. Tatiana decidió firmemente que no

quería que Saika supiese cosas sobre ella que Tatiana no pudiese entender o explicar, ni siquiera a sí misma.

### *Algo sobre Saika*

Esa noche, en la hamaca de su pequeño jardín cubierto de matojos, Saika tocó el laúd para ellos y dejó a Pasha sin habla. Tatiana se dio cuenta de que era una chica con muchos ases en la manga. La joven sujetaba el panduri de tres cuerdas como si lo hubiese hecho toda la vida. Les tocó unas tonadas georgianas que ninguno había oído nunca, muchas melodías azeríes y alguna marcha de guerra soviética.

—Muy bien, Saika —exclamó Pasha con un silbido de admiración—. Muy, muy bien.

Saika se rio con coquetería y Tatiana miró a Pasha. ¿Podía estar su hermano prendado de una chica maloliente que no sabía nadar y que tenía la espalda llena de cicatrices? No, decidió. No parecía especialmente enamorado.

—Es verdad, tocas muy bien, Saika —confirmó Tatiana.

—Y cuando toco, me meto en el corazón de las personas —dijo Saika—. En Saki me gané un buen pico de dinero tocando el laúd.

Tatiana estaba columpiando las piernas y escuchando los grillos cuando Saika, que también se columpiaba en la hamaca, anunció:

—Mi madre es una adivina.

—¿Una qué?

—Ya sabéis, una señora que adivina el futuro. ¿Es que no hay ninguna aquí, en Luga? Creía que había en todas las aldeas, que era obligatorio.

Ni Pasha ni Tatiana dijeron nada. Blanca Davidovna, profundamente religiosa y convencida de que cometía un pecado, de vez en cuando leía las palmas de las manos y los posos de té. ¿Eso contaba?

Saika se levantó de la hamaca de un salto.

—Venid a mi casa ahora mismo —dijo—. Mi madre está de racha. Os leerá vuestro futuro.

Tatiana negó con la cabeza.

—Se está haciendo tarde, Saika —dijo—. Otro día, tal vez.

—No. Vamos ahora. ¿De qué tienes miedo? Pasha, ¿vas a dejar que tu hermana te intimide?

Un curioso Pasha nunca se resistía a un desafío, y arrastró a Tatiana consigo. Pasha sentía muchísima curiosidad, e inclinándose hacia él, su hermana le susurró:

—Si supieras leer, ahora mismo te acordarías de la historia de Barbazul, y sabrías que la curiosidad, mi querido Pasha, a veces conduce a grandes catástrofes.

—Sí, bueno, cuando sea una mujer estúpida me preocuparé de eso —le susurró él.

—Pasha, ¿es que no la hueles?

—¿De qué estás hablando?

—Huele muy mal... Cada vez que te acercas a ella, ¿no tienes ganas de taparte la nariz?

—Tania, te has vuelto loca, de verdad. Huele bien. Cállate.

En el interior de la casa de Saika, la madre, Shavtala, no aparecía por ninguna parte. Las puertas de los dormitorios estaban cerradas. Los niños se encaramaron al sofá del oscuro salón, que olía intensamente a humo, y esperaron.

—Saldrá de un momento a otro —dijo Saika—. Tania, veo que estás mirando nuestros libros. ¿Qué libros te gustan?

—De todo tipo.

Los Kantorov tenían cosas muy raras en sus estanterías. Tatiana no conseguía apartar la vista del retrato del enorme pavo real azul sobre la repisa de la chimenea.

—¿No te gustan los libros que tenemos, Tania? —Saika se encogió de hombros—. Bueno, ni tu Dickens ni tu Dumas escriben sobre nada que me interese a mí. A mí me gusta Gorki, Mayakovski, Blok.

—Sí, ya lo veo —dijo Tatiana, apartando de mala gana la mirada del vívido pájaro—. Gorki está muerto. Mayakovski está muerto. Blok,

muerto. ¿Qué me dices de Osip Mandelstam? ¿Te gusta? Es lo mejor que tenemos, y no está muerto... todavía.

—¿Quién?

A través de una de las ventanas abiertas, a Tatiana le llegó el canto de los grillos, el crujir de las hojas, y luego, por el aire, además del ruido de los grillos y las hojas... se oyó el ululato de un búho.

Tatiana miró a Pasha.

Saika dijo rápidamente:

—Hablame de ese Mandelstam.

Tatiana bajó la voz.

—¿Dónde está Mandelstam? La versión oficial es que tiene neumonía y está en su lecho de muerte, pero mi *deda* dice que muy pronto ellos anunciarán que se ha suicidado entre tormentos poéticos.

Tania pronunció la palabra *deda* con aire reverencial.

Saika la miraba con ojos llameantes.

—Conque eso es lo que dice tu abuelo. ¿Y quiénes son «ellos»?

Los ululatos continuaban, desconcentrando a Tatiana.

—¿Saika...? —dijo.

—Tania, chsss... —dijo Pasha.

—Creía que tu abuelo era profesor de matemáticas —dijo Saika—; no sabía que se dedicaba a propagar rumores.

Los extraños sonidos hacían que a Tatiana le costase un gran esfuerzo mantener una conversación normal.

—¡Madre mía! —exclamó al fin—. ¿Qué es eso? ¿Ese sonido procede de esta casa?

Pasha fijó la mirada en el suelo de madera polvoriento.

—No lo sé —contestó Saika con tranquilidad—. Mira, ahora ha parado. Pero dime: ¿qué sabe tu abuelo del traidor Mandelstam?

—¿Quién dice que era un traidor? —Tatiana bajó la voz—. Todas esas maravillosas poesías que escribió en la época de la revolución y luego más tarde, en el exilio... ¡desaparecidas, eliminadas! Y él también ha sido eliminado. Como si nunca hubiese existido.



—Así es como se trata a los enemigos del Estado —dijo Saika—: eliminados como si nunca hubiesen existido. No queda ni rastro de ellos, ni siquiera un susurro.

—¿El poeta Mandelstam es un enemigo del Estado? —exclamó Tatiana, sorprendida.

—Por supuesto —respondió Saika—. Es un hombre que cree más en el individuo que en el Estado. ¡El individuo ha muerto! El sindicato de escritores se lo dijo expresamente, se lo dijo a todos: sólo realismo socialista, nada de poseía personal. Fue directamente en contra de todos los preceptos y las leyes establecidas en la doctrina. Por eso se convirtió en enemigo del Estado.

Era el turno de Tatiana de quedarse callada.

—Saika, creía que no sabías quién era Mandelstam.

—Sé alguna cosa sobre él —contestó despreocupadamente.

—Sí —señaló Tatiana—, para ser hija de pastores, alguien que ha vivido en las montañas, que no leía libros ni periódicos, desde luego, sabes mucho de... un montón de cosas.

En la voz de Tatiana se percibía la oscura confusión de un gorrión, pero en el tono de Saika al responder dominaba el orgullo propio de un pavo real.

—Ya te lo dije, Tania. Es mi obligación saberlo absolutamente todo, por eso quiero que mi madre os lea la fortuna.

De repente volvieron a oírse unos chillidos inhumanos. Pasha se levantó de golpe.

—Tenemos que irnos.

—No, no, quedaos —dijo Saika—. Saldrá enseguida.

—No, vamos, Tania.

La agarró de la mano y la levantó.

—Saika, ¿qué es lo que se oye? —dijo Tatiana—. ¡Esos gritos animales despertarían a un muerto! Por favor dime que no es tu madre.

—Serán coyotes...

—Coyotes... —repitió Tatiana—. ¿Carnívoros caninos? ¿En Luga? —Se volvió hacia su hermano—. ¿Tenemos lobos en Luga, Pasha?

—No lo sé, Tania. Lo que sé es que tenemos que irnos. —Pasha se dirigió afuera, arrastrando a Tatiana tras de sí—. Tú y tus preguntas... ¿Pararás alguna vez?

—En otra ocasión, entonces —gritó Saika tras ellos—. Mi madre os leerá el futuro en otra ocasión.

Al salir al aire nocturno de la noche, vieron que definitivamente los agudos chillidos procedían de la casa de los Kantorov. Al otro lado del jardín, en su pequeña dacha de verano, Dasha y *babushka* estaban asomadas afuera, mascullando imprecaciones y cerrando todas las ventanas. Cuando Tatiana y Pasha llegaron a casa, *deda*, tan menudo y frágil, estaba sentado tranquilamente en la silla del porche, entretenido con sus hilos de pescar como si estuviera sordo.

Pero *babushka* no estaba sorda. Más robusta y grande que su marido, después de cerrar las ventanas mascullando «¡qué indecencia!», se quedó sin palabras. Encendió la radio y subió el volumen, pero sólo se oían interferencias.

Nadie sabía qué decir, y excepto *deda*, ocupado con sus hilos, todos miraban nerviosos a Tatiana.

*Babushka* dijo:

—¿Tenemos madera de fresno? Dicen los supersticiosos que la madera de fresno o de serbal ahuyenta a los malos espíritus.

—¡Anna! —*Deda* le levantó la voz a su esposa, algo impropio de él—. ¿Es que no tienes otra cosa que hacer? Madera de fresno...

Tatiana se echó a reír.

Esa noche, cuando los abuelos se hubieron ido a la cama, Dasha, Pasha y Tatiana se quedaron sentados en el porche junto a la lámpara de queroseno, hablando de Saika y sus cicatrices.

—¿Se ha desnudado por completo delante de todos vosotros? —dijo Dasha, sin dar crédito a sus oídos—. Mañana le diré que no lo vuelva a hacer, o juro que se lo diré a su madre.

Pasha tosió un poco y Dasha también.

Tatiana sonrió.

—¿Te refieres a su madre... la adivina... que chilla? —dijo.

¡Cuánto tosieron entonces sus dos hermanos!

—Venga, Tania, ¿no sientes curiosidad? —dijo Pasha para desviar un poco el tema—. ¡Una adivina de verdad! Vamos, es muy emocionante, ¿no te parece? ¿Alguien capaz de predecir tu futuro, la senda que recorrerá tu vida? Nunca hemos conocido a nadie así. Blanca Davidovna y sus posos de té no cuentan. ¿No sientes curiosidad?

—No —contestó Tatiana—, para nada.

Estaba sentada en el suelo, entre las piernas de Dasha, viendo a Pasha barajar las cartas mientras Dasha le peinaba el pelo, se lo acariciaba y le ataba las trenzas con lazos de raso. Al tiempo que desplazaba las manos por la cabeza de Tatiana, ésta cerraba los ojos de sueño, pues era ya muy tarde.

—¿Por qué no? —preguntó Pasha.

—Sí, Tania —intervino Dasha—. Hasta yo siento curiosidad por lo que pueda decir.

Una relajada Tatiana empezó a murmurar:

—Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces...

Divertida ante su propio chiste y la referencia a los lobos, Tatiana se echó a reír.

Pasha y Dasha no reían.

—¿Quién dice que es una falsa profeta? —dijo Dasha—. ¿Dónde has oído eso?

—Blanca Davidovna.

—Sí, pero ¿tienes preguntas, Tania? —dijo Pasha con otro de sus extraños accesos de tos, como si tuviera una espina de pescado atravesada en la garganta—. ¿Para mí... o para Dasha?

—Pero si vosotros dos, que sois tan listos, tenéis todas las respuestas —dijo Tatiana, pestañeando ante su hermano—, ¿para qué queréis ir corriendo a ver a la adivina chillona?

*Una visita providencial*

La madre de Tatiana llegó el viernes por la noche de Leningrado para pasar el fin de semana, pero no venía sola: la acompañaba Mark, el jefe dentista de Dasha.

Cuando Tatiana los vio acercarse a través de la ventana, bajó de la cama de un salto y corrió al porche, al otro lado de la casa, donde zarandeo a su hermana, que estaba leyendo el periódico, y le dijo:

—Mamá ha traído a Mark, Dasha. ¡A Mark!

¡Qué escándalo! Y por la cara horrorizada que puso su hermana, por lo visto Tatiana no sabía ni la mitad. Puede que fuera así, pero sí sabía que durante la última semana, una vez acabadas las faenas de la casa, Dasha se arreglaba, se ponía ropa bonita y desaparecía a dar largos paseos por el bosque con Stefan.

Mark entró en la casa, vestido aún con su traje. Era un hombre de unos treinta años que había empezado a perder pelo. Hubo un momento de embarazosa confusión. Dasha se puso nerviosa, aturullada, y se rio tontamente, y al final le ofreció una taza de té. *Babushka* le ofreció algo más fuerte. *Deda*, como de costumbre, no dijo nada.

Cenaron, y la conversación se desarrolló más bien a trompicones. Mark empezó a charlar del tiempo, de Leningrado, de las noches blancas y de trabajo. *Deda* y Mark se pusieron a conversar sobre Hitler, Italia, Abisinia y España. Tania permaneció en silencio, mientras que su madre, exhausta, se sentó junto a Pasha y sólo le hizo preguntas a éste. ¿Cómo se encontraba? ¿Dormía bien? ¿Pescaba? ¿Cómo se portaba Tatiana?

A las diez de la noche, cuando parecía ya muy tarde para visitas sociales, Tatiana oyó que llamaban a la puerta del porche. *Deda* envió a abrir a Tania y ésta se encontró con Saika y Stefan.

Dasha dio un respingo. Tatiana se quedó en silencio delante de ellos y no dijo nada. Al final, fue la propia *babushka* quien se acercó y dijo:

—¡Tatiana Georgievna! ¿Se puede saber qué demonios te pasa? Di a tus amigos que entren. Pasad, por favor. Adelante.

Tatiana lanzó un suspiro y fue a sentarse junto a Dasha, que se había apartado unos centímetros de Mark y se levantó no sin esfuerzo cuando Saika y Stefan entraron. La pobre parecía tan desconcertada que fue *deda*

quien se encargó de hacer las presentaciones. Stefan, con el gesto muy serio, estrechó la mano de Mark, cuyo gesto era igual de serio.

*Deda* permaneció callado unos minutos y luego anunció que se iba a la cama, arrastrando a *babushka* consigo.

—Deja a los jóvenes solos, Anna —le dijo—. Ya lo solucionarán. Siempre lo hacen.

A Tatiana no se lo parecía. Preguntó si alguien quería jugar al dominó. Por lo general, su familia siempre se negaba a jugar al dominó con ella, pero Mark jugó seis partidas con aire ausente, y perdió las seis veces. Para hacerlo sentir mejor, Pasha dijo que él también era incapaz de ganar nunca a ese juego.

La conversación que mantuvieron fue horrible. Mark no dejaba de repetir que para él, aquel fin de semana de asueto era algo extraordinario, que él era dentista y que Dasha trabajaba para él cuando no era verano. Debió de advertir la frialdad de las miradas que Stefan le dedicaba a Dasha, porque dejó de hablar por completo... y entonces sí que decayó la conversación. Al cabo de unos minutos que se hicieron eternos, Stefan se levantó y anunció que tenía que irse.

Fue entonces cuando Saika le dio a Dasha su chal y le dijo:

—Te lo dejaste en nuestra casa la otra noche, al volver de tu paseo con Stefan.

Tatiana, frunciendo el ceño, apartó la mirada. Menuda catástrofe... ¿Qué diablos pretendía Saika? Tatiana se excusó y se fue a su habitación, y al cabo de un momento, Saika la llamó por la ventana y le preguntó si quería escaparse afuera con ella un rato. Tatiana le respondió que no.

Cuando se apagaron las luces y estaba a punto de quedarse dormida, oyó unas voces en el patio. Primero pensó que era Saika otra vez, pero se trataba de Dasha y Mark, ella tratando de hablar en voz baja, y él tratando de hablar a voces.

Tatiana no quería oír ni una sola palabra, pero como no podía cerrar la ventana sin delatarse, se puso una almohada en la cabeza y empezó a tararear una canción. Sin embargo, cuando la voz de su hermana se hizo

más sonora y audible, la curiosidad y la tristeza que sentía por ella la obligaron a quitarse la almohada y prestar atención a la conversación.

—¿Que por qué he venido? —estaba diciendo Mark—. Porque quería estar contigo, Dasha, y creía que tú querías estar conmigo.

—Esto nuestro es un callejón sin salida —repuso Dasha—. Ya sé que crees que es un tórrido romance, y desde luego, yo no espero nada más de ti, yo no te pido nada más. El hecho de quedarme hasta tarde en la consulta contigo me basta en Leningrado, pero no sabía que creías que me debo a ti incluso aquí, en Luga.

Tatiana empezó a tararear nuevamente. Mark dijo algo.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? —dijo Dasha—. ¿Que me entregue a ti quince minutos durante la pausa del almuerzo, o entre una visita y la siguiente, en el sofá de la recepción, antes de que te vayas corriendo a casa, a los brazos de tu mujer, mientras yo me voy a la mía a compartir la cama con mi hermana? ¿Es que aún hay más, Mark? Porque no lo sabía. Creía que estábamos exprimiendo hasta la última gota del trapo sucio que es nuestra relación.

Tatiana siguió tarareando.

Mark dijo algo que sonó como «Pero yo te quiero».

—¿También me querías el año pasado, cuando me quedé embarazada? «¡Oh, no...!», pensó Tatiana, y se puso a tararear con más fuerza.

—¿Qué me dijiste entonces? Seguramente me dijiste que me querías, pero en lugar de eso, lo que oí yo fue, «Dasha, no podemos hacer nada. No tenemos a donde ir». Ésa debió de ser tu forma de decirme que me querías. Y yo sabía que tenías razón. ¿Y acaso me quejé? ¿Acaso te pedí que me acompañaras a la clínica? No, fui yo sola después de la jornada laboral y me puse en la cola como todas las demás mujeres, y después, otra mujer, una completa desconocida, me acompañó andando a casa. Al día siguiente fui a trabajar y tú y yo seguimos como siempre. Ah, por cierto, yo también te quiero, Mark.

Dasha estaba llorando.

Tatiana seguía tarareando.

—Me he resignado a la vida que me ha tocado —continuó Dasha—. Me he resignado a esta vida a los veintiún años. —Tatiana no podía tararear lo bastante fuerte para sofocar la voz rota de su hermana—. Pero ¿sabes qué? Creo que prefiero cinco minutos tórridos con Stefan en el bosque que dos años en ese sofá helado contigo.

—Yo te quiero —insistió Mark con voz débil—. He venido para decirte que estoy pensando en decirle a mi mujer que la dejo.

—Será mejor que hagas algo más que pensar en cómo decírselo, Mark —repuso Dasha—. Será mejor que pienses en cómo dejarla.

—He pensado que podríamos vivir en la consulta hasta que el gobierno nos encuentre algún sitio.

—¿En la consulta? ¿Dónde? ¿En el sofá? —Dasha hizo una pausa, y a continuación murmuraron en voz baja cosas que, por suerte, Tatiana no pudo oír. Acto seguido, Dasha añadió—: ¿Por qué no le dices que tiene que irse a vivir a otra parte? Dile que es ella la que tiene que marcharse, no tú. ¿Por qué se queda ella? Es tu piso, está registrado a tu nombre. Es su problema si no tiene a dónde ir.

Mark dijo algo que Tatiana no acertó a oír, pero lo que sí oyó fue el posterior estallido de Dasha:

—¿Me tomas el pelo? ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

—Me lo dijo la semana pasada —dijo Mark rápidamente—. Yo no lo sabía. Dice que de todos modos, ahora es ilegal deshacerse de él.

—¡Ésa es una buena razón para tener un hijo! —gritó Dasha.

—Bueno, ella dijo que no quería deshacerse de él.

—¿Te ha dicho que va a tener un hijo tuyo y tú estás aquí, bajo los cerezos en flor, conmigo, pensando en la forma de dejarla?

Tatiana oyó un forcejeo, unas bofetadas, unos pasos, lágrimas, oyó a Dasha alejarse, llorando y diciendo:

—Eres una auténtica joya, Mark. Eres una maldita joya.

Mark permaneció fuera, fumando. Tatiana lo oía a pesar de la almohada en la cabeza, rompiendo ramas, mascullando en voz baja, encendiéndose un cigarrillo tras otro.

Se marchó de vuelta a Leningrado a primera hora de la mañana siguiente, entre la niebla. Nadie lo vio salvo Tatiana, que distinguió en la carretera su espalda encorvada y la bolsa que llevaba en la mano. Lo observó hasta que desapareció de su vista y las vacas salieron al prado a pastar, haciendo sonar los cencerros.

Tatiana ni siquiera podía leer su libro, tumbada de costado, compadeciéndose de su pobre hermana.



Tras ir juntas al *banya*, los baños públicos de mujeres, ese sábado por la noche, las dos hermanas regresaron a casa andando en silencio, recién bañadas, limpias y con la piel sonrosada. Saika, que no había ido a los baños, preguntó a Tatiana si quería salir a jugar con ella, pero Tatiana volvió a negarse. En casa, Dasha le preparó a Tatiana un batido de leche, yema de huevo y azúcar, y después de bebérselo, Tatiana recostó la cabeza en el regazo de su hermana fuera, en el sofá del porche.

—Dashenka, hermanita, Dasha.

—¿Sí?

Su voz estaba impregnada de tristeza. Tatiana tragó saliva.

—¿Quieres oír una historia muy divertida?

—Sí, por favor. Necesito una historia divertida para animarme un poco. Cuéntamela, hermanita.

—Stalin, como presidente del Presidium, comparece ante el Parlamento para pronunciar un breve discurso que dura tal vez cinco minutos. Tras el discurso, llegan los aplausos. El pleno se pone en pie y sigue aplaudiendo un minuto, y otro. Luego otro minuto...

»Siguen en pie aplaudiendo, otro minuto. Y otro. Están de pie, y siguen aplaudiendo mientras Stalin sigue ante el atril y escucha los aplausos con una sonrisa humilde en el rostro, la viva imagen de la humildad. Y pasa otro minuto, y siguen aplaudiendo.

»Nadie sabe qué hacer. Esperan una señal del presidente para interrumpir los aplausos, pero el humilde y diminuto hombrecillo no les



hace ninguna señal. Pasa otro minuto y ellos siguen de pie aplaudiendo.

»Han pasado ya once minutos y nadie sabe qué hacer. Alguien tiene que dejar de aplaudir, pero ¿quién? Doce minutos de aplausos. Luego, trece minutos de aplausos. Y él sigue allí, y ellos también siguen allí de pie. Catorce minutos. Quince minutos.

»Al final, a los quince minutos, el hombre que está al frente de todo, el secretario de Transporte, deja de aplaudir. Y en cuanto para, todo el público deja de aplaudir.

»A la semana siguiente, el secretario de Transporte es fusilado por traición.

—¡Tania! —exclamó Dasha—. ¿Y se supone que eso es divertido?

—Sí —contestó Tatiana—, es para animarse, para pensar que las cosas podrían ser aún peores. Podrías ser tú la secretaria de Transporte.

—¡Estás loca! —Dasha apartó a Tatiana y fue a por un cigarrillo—. ¿Se puede saber dónde has oído una cosa así?

—Blanca, Berta, Oleg, *deda*... A todo el mundo le encanta contarme cosas.

—Te prohíbo que hables con ellos.

—¿Quién eres tú para prohibírmelo? ¿Mi madre?

Dasha enmudeció al tiempo que se encendía el cigarrillo. Tatiana le dio una palmadita en el brazo.

—Lo siento. Por cierto, ¿cuándo se marcha mamá? Me ha vuelto a castigar, ¿sabes? No puedo salir hasta dentro de cuatro días.

—Te lo mereces por cavar agujeros en el suelo para que se caiga.

—Ese agujero no lo hice para que se cayera ella, sino Pasha.

—Pues no vi a Pasha defenderte cuando mamá empezó a pegarte con las ortigas.

Tatiana se frotó las piernas doloridas. No sabía qué más decir.

—Dasha... ¿estás enfadada?

—¿Y por qué iba a estar enfadada?

Dasha parecía muy enfadada al decir aquello. Tatiana no contestó, se limitó a mirar fijamente a su hermana.

—No te metas en los asuntos de los mayores, Tanechka, ¿de acuerdo?  
—le susurró Dasha—. Sabremos arreglárnoslas sin ti.

Tatiana carraspeó un momento.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué?

—¿Tú crees que empezaré a desarrollarme pronto? ¿Que empezarán a crecerme... cosas?

La tristeza se esfumó de los ojos de Dasha y un brillo de alegría ocupó su lugar. Con una carcajada franca, se levantó y dijo:

—Anda, hermanita, sal fuera. —Ambas bajaron los escalones que conducían al jardín—. Ven a la hamaca y tumbate encima de mí.

Con un sentimiento de intensa felicidad, Tatiana se encaramó a la hamaca y se acurrucó en el hueco del brazo de su hermana mientras ésta columpiaba a ambas.

—Tanechka —le dijo su hermana cariñosamente—, ¿por qué tienes tanta prisa?

—No, no me has entendido —repuso Tatiana—. Es justo lo contrario. Me pregunto cuántos años buenos me quedan por delante.

—¿Qué?

—Sí, bueno... Mira en el lío tan colosal en que estás metida tú, todo por tener tetas y vello oscuro en el cuerpo. Sólo me pregunto cuántos años me faltan para que se me acabe la buena vida a mí también.

Dasha la abrazó.

—Tania —le dijo—, eres la monda. —Se echó a reír—. ¿Cómo puedes pensar que te va a salir vello oscuro a ti? Tendrás suerte si te sale algo de vello algún día, pero desde luego, nunca será oscuro, ¿no crees?

—Ya tengo un poco de vello —repuso Tatiana con aire desafiante—. Y tú eso no lo sabes. Mamá dice que cuando era joven tenía el pelo rubio... y mírala ahora.

—Sí, mamá dice eso, pero yo no me lo creo. También dice *babushka* que cuando se casó sólo pesaba cuarenta y siete kilos.

—Para ya de una vez...

Las hermanas se echaron a reír por lo bajo. Siguieron tumbadas en la hamaca en la oscuridad, meciéndose y columpiándose.

—Sólo quiero un poco de amor, Tanechka —susurró Dasha—. ¿Me oyes? Eso es todo, un poco de amor de verdad.

La tenue luz de queroseno del porche se estaba apagando. Los grillos cantaban y el aire era fresco. Tatiana se había quedado dormida, sin preocupaciones, sin cadenas, inmaculada, intacta y joven.

### *Dos chicas de noche entre los árboles*

—Tania, ¿estás durmiendo? —Era Saika.

Tania estaba durmiendo plácidamente en su cama. Lanzó un gemido. No... otra vez no...

—Ven, sal fuera conmigo.

¿Cuándo iba a dejar aquella chica de asomarse a su ventana?

—¿Qué hora es?

—Tarde. Vamos, no se enterarán.

—¿Estás de broma? Vienen a ver cómo estoy cada cinco minutos. Además, estoy castigada.

—¿Por qué te vas a dormir tan pronto? Creía que leías de noche.

Saika quería que se fuera a dormir tarde y se levantase pronto. ¿Cuándo iban a dejarle a Tatiana algo de paz y tranquilidad? Levantó la cabeza a regañadientes.

—Sal. Iremos al jardín de mi casa.

—¿Para hacer qué?

—Nada. Hablar. Tengo que enseñarte algo.

Tatiana dormía con el corpiño además de la ropa interior ahora que Saika llamaba a su ventana todas las mañanas y todas las noches. Se puso un vestido y trepó por la ventana para salir afuera. Atravesaron el jardín y pasaron por entre las ortigas y las tablas de la valla rota. Se encaramaron a un árbol y Tatiana fue a sentarse en una rama gruesa encima de Saika, que se subió a una más baja. Sacó dos cigarrillos y le dio uno a Tatiana.

—Se los he robado a mi madre. Venga, coge uno.

—¿Se los has robado a tu madre?

Saika se echó a reír.

—A ella no le importa, sólo son cigarrillos. No se trata de su alma inmortal, como dices tú.

—Así que eres tú quien pone el límite. —Tatiana no aceptó el cigarrillo que le ofrecía.

—Vamos, no seas boba. Todo el mundo lo hace.

—¿El qué? ¿Robar a sus madres?

—No, fumar. —Encendió el cigarrillo con orgullo y añadió—: Yo fumo desde que tenía nueve años.

—Eso es estupendo.

¿Qué hacía ella subida en aquel árbol? Lo cierto era que... se sentía intrigada por las cicatrices de Saika. Aquellas cicatrices no eran sólo un castigo ejemplar, no se trataba de una tunda de azotes de un padre tratando de imponer disciplina a una hija díscola. No, Saika no había recibido una paliza: había sido marcada. Su espalda era su flor de lis. Era su particular marca de un deshonor monstruoso, y cualquiera que viera aquellas cicatrices sin duda pensaría con horror qué barbaridad podía haber hecho una muchacha como aquélla para merecer semejante ignominia.

La noche estaba muy tranquila, y las hojas del árbol donde se encontraban sentadas olían a bellota. Desde arriba, Tatiana observó a Saika inhalar y exhalar el humo mientras la ceniza le caía en los pantalones. Tal vez fuese su costumbre de robarle cigarrillos a su madre lo que metía a Saika en líos. Tatiana no lo sabía, y tampoco quería hacer conjeturas, sino que quería preguntárselo directamente. El propio Pasha llevaba días insistiéndole para que le preguntase.

—Venga, Tania. Tú le caes bien. Siempre está que si Tania esto... que si Tania lo otro... Te dirá lo que quieras. Tienes que preguntárselo.

—Tiene razón —había intervenido Dasha—. Sería de mala educación no preguntarle. Es la cosa más horrible que le debe de haber pasado a la pobre chica en su vida ¿y no piensas preguntárselo?

—¿Y no me lo diría ella misma si quisiese que yo lo supiera? —había dicho Tania.

—¡No! El hecho de preguntar es lo que demuestra tu interés.

Hasta la mismísima *babushka* la había animado a preguntar. A su madre le daba lo mismo, pero había que reconocer que a su madre le daba lo mismo casi todo. Sólo *deda*, que estaba leyendo tranquilamente en el sofá, no dijo nada hasta el final, cuando levantó la vista y ordenó a su nieta:

—Tania, no te metas. No es asunto tuyo.

Eso era lo que había decretado su abuelo. Y sin embargo, en ese momento, allí estaba ella, subida al árbol e intentando olvidar las palabras de *deda* porque ella sí que quería preguntar. Oyó a Saika reírse con suavidad.

—¿Crees que dejé perplejos a tus amigos el otro día? ¿Es que no han visto nunca a una chica desnuda? Tú te desnudas delante de ellos, ¿no, Tania?

—Yo soy una niña.

—¿Y quieres seguir siendo una niña? —susurró Saika.

—¿Cómo dices?

Saika movió la cabeza y siguió fumando mientras Tatiana formulaba cuidadosamente sus preguntas.

—Bueno —dijo Saika—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres tocarlas? Ahora era Tatiana la que estaba perpleja.

—Tocar... ¿el qué? —preguntó con voz débil.

—Pues ¿qué va a ser? Las cicatrices, tonta.

Saika se echó a reír y se bajó el vestido para dejar al descubierto su espalda desnuda.

Tatiana tocó con delicadeza el borde áspero de una de las marcas, pero cuando lo hizo, Saika se estremeció y se apartó. Tatiana volvió a extender el brazo para ponerle la palma de la mano en la espalda, para reconfortarla, pero Saika volvió a estremecerse, emitió un leve gemido y volvió a apartarse más aún, de manera que no hubiese posibilidad de roce entre el cuerpo de Tatiana y el suyo.

—¿Qué pasa? —dijo Tatiana—. No te estaré... haciendo daño, ¿verdad?

—No, no —dijo Saika—. Es sólo que... —Antes de subirse el vestido, se volvió hacia Tatiana, con los pechos hinchidos por la respiración agitada—. ¿Quieres tocarlos? —la invitó con voz ronca, y ahora le tocó el turno a Tatiana de apartarse con gesto incómodo.

—No. —Tatiana tragó saliva—. Pero... ¿cómo te hiciste esas cicatrices, Saika?

Suspirando, Saika se subió el vestido y se tapó.

—Hice algo que a mi padre no le gustó.

—¿El qué?

—Me... me porté mal.

—¿Por eso vinisteis aquí? ¿Por eso os fuisteis de Saki?

Saika miró a Tatiana con expresión de asombro.

—¿Crees que por un pequeño asunto familiar mi padre abandonaría su trabajo?

—¿Su trabajo como pastor de cabras? —replicó Tatiana igual de sorprendida.

Con la mirada ensombrecida, Saika contestó:

—Eso no tuvo nada que ver con que nos fuéramos de Saki. Además, ni siquiera ocurrió en Saki, sino antes. Pero cuando acabamos el trabajo, nos fuimos a donde había más trabajo. No tiene nada que ver con eso.

Tatiana esperó.

—¿Qué asunto familiar? —dijo al final.

—Me veía con un chico de la localidad donde vivíamos —dijo Saika como si tal cosa—. Y mi padre se enfadó conmigo por eso.

—Te veías con un chico —repitió Tatiana sin emoción en la voz.

—Sí.

—¿Y tu padre te dio esa paliza por eso?

Intentó formular aquella pregunta sin emoción en la voz, pero no lo consiguió.

Saika sonrió. No había emoción en sus ojos.

—¿Qué crees que te haría tu padre si te vieses con un chico de por aquí, Tania?

—No lo sé —contestó Tatiana débilmente—. Creo que no estaría muy contento con el chico.

—¿Y quién dice que mi padre estaba contento con el chico?

Como Tatiana no respondió, porque se acababa de quedar sin habla, Saika dijo:

—¿Qué es lo que te sorprende, Tanechka? ¿Que me viera con el chico o que me dieran una paliza?

Tatiana fue con mucho cuidado al contestar.

—Es la reacción lo que me sorprende —dijo despacio, pensando todavía—. Me gusta mucho la física, Saika. Como las matemáticas de mi abuelo, la física clásica es una ciencia concreta, positiva, con leyes absolutas que rigen la materia: cosas sólidas que tienen masa y ocupan espacio. Cosas que se ven y se tocan. Hay una ley en física que dice que toda acción provoca una reacción opuesta equivalente. Esa ley me gusta mucho. —Tatiana se interrumpió. Últimamente escuchaba demasiadas conversaciones adultas y no quería contarle a Saika que eso le hacía pensar en la justicia humana más de lo que deseaba—. Casi como si la ciencia newtoniana —continuó, excitada— naciese de principios que gobiernan las cosas que no son ciencia propiamente dicha, cosas que no podemos ver ni tocar. Cosas irracionales e invisibles que rigen los mitos, las leyendas, los cuentos de hadas y nuestro comportamiento. Cosas como que todos nuestros actos tienen un sentido... y que por tanto, también tienen consecuencias.

—Eso es —dijo Saika—. Bien, pues eso tiene mucho sentido. Cometí un error y fui castigada. La esencia de Newton. Ojo por ojo.

—No creo que tu padre intentase castigarte —dijo Tatiana—. Intentaba matarte.

Saika se incorporó en el árbol.

—¿Estás juzgándolo por tratarme demasiado duramente?

—No lo estoy juzgando, en absoluto.

—Ay, Tania... —Saika se encendió otro cigarrillo y se encogió de hombros—. Puede que entiendas de física, pero lo que está claro es que no entiendes nada sobre los seres humanos. No entiendes la justicia azerí.

Tatiana estaba mirando las ramas en vez de mirar a Saika.

—¿Es que acaso la justicia azerí es especial?

Saika volvió a esbozar su sonrisa enigmática.

—¿Y cómo sabes que no fue ojo por ojo? —dijo.

Al cabo de un momento de inquietante silencio, Tatiana dijo:

—¿Sabes qué? Tengo que volver a casa o me apalearán sin piedad.

—¿Es eso lo que crees? —El tono de Saika cambió de repente; ahora era frío, casi amenazador—. ¿Es así como crees que me apalearon... sin piedad?

Tatiana no dijo nada. Era evidente que era así como habían pegado a Saika.

—¿En qué parte de tus teorías newtonianas se habla de la piedad? —insistió Saika con sarcasmo—. ¿Quién adereza la física con piedad, Tania?

Tatiana permaneció en silencio y sintió unas punzadas de puro miedo que le trepaban por la espalda como arañas venenosas.

—Avergoncé y deshonré a mi familia y me castigaron como correspondía —dijo Saika.

—Muy bien, Saika.

Tatiana tenía la mirada clavada en el suelo.

—¿Y cómo sabes que la justicia de mi padre no fue piadosa? —insistió Saika—. Mi padre dice que sí tuvo piedad de mí. ¿Qué te parece eso? Juzga eso, si puedes.

—No soy nadie. No juzgo a nadie —dijo Tatiana mientras se bajaba del árbol con un salto de dos metros, provocando la admiración y el aplauso de Saika.

Sin volver la vista atrás, atravesó las ortigas y la valla y trepó a la ventana de su habitación, deseando poder cerrarla.

Tatiana tardó mucho rato en conciliar el sueño esa noche.



*Un asunto inocente en un enorme cerezo*

Pasha oyó a Tatiana antes de verla. Volodia y Kirill Iglenko estaban al pie de un enorme cerezo al final de la vereda del pueblo. Tatiana les gritaba:

—¿Estáis listos? ¡Allá van!

Volodia y Kirill miraban hacia arriba con la boca abierta. Pasha vio cómo un objeto pequeño, redondo y rojo caía del árbol y Kirill lo cogía con la mano y se lo metía en la boca. Cayó otra cereza y esta vez la atrapó Volodia, que también la engulló. No dejaban de mirar hacia arriba, a Tatiana. Cuando se acercó, Pasha vio las piernas de su hermana apoyadas en sendas ramas separadas por medio metro de distancia. Negó con la cabeza, apretó el paso y empezó a maldecir entre dientes. Cuando llegó al pie del árbol, sin decir una sola palabra, apartó a los dos hermanos de un empujón y gritó:

—¿Qué estáis haciendo?

—¿Qué? Nada. Nos está dando cerezas —dijo Volodia, pestañeando con expresión inocente.

—Largo de aquí enseguida. —A continuación, Pasha bajó la voz—: ¿Con quién crees que estás hablando? Yo no soy Tania. Ya os lo he dicho montones de veces: alejaos de ella. Y ahora, largo.

—Pasha...

—¡Fuera!

Se alejaron despacio, despidiéndose con la mano de Tania con aire compungido.

—Pasha —le dijo Tatiana—, ¿qué le has dicho al pobre Volodia? ¿Por qué lo has espantado como una mosca?

Pasha hizo una pausa y luego miró hacia arriba con la esperanza de que se hubiera equivocado, de que esta vez su hermana no se hubiese arremangado la falda del vestido hasta las caderas, de que no hubiese dejado al descubierto las bragas blancas y la parte interior de los muslos, a la vista de dos adolescentes que la miraban embobados al pie de un árbol mientras ella les tiraba cerezas.

Pero no se había equivocado.

—Tania, baja de ahí.

—¿Por qué? Sube tú. ¿Quieres cerezas?

—¡No!

Su hermana le tiró unas cuantas de todos modos y él las apartó de un manotazo.

—¿Quieres hacer el favor de bajar? —insistió con resignación.

Ella bajó como un gato con su vestido de flores y aterrizó sobre los pies con las rodillas dobladas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó a su hermano, mirándolo directamente a los ojos.

—Nada —contestó él—. Tania, ¿cuándo vas a...?

Se calló. Su hermana tenía el rostro sonrosado y feliz y él no se veía capaz de acabar la frase.

—¿Cuándo voy a qué?

—Olvídalo, no es nada. Vamos, Dasha está haciendo patatas.

—Caramba, patatas. En ese caso iré corriendo. Nunca en mi vida he probado tan exquisito manjar. ¿Dónde las ha conseguido?

—Adelante, búrlate. No podrás comerte tus burlas para cenar.

—Pues entonces comeré cerezas —replicó Tatiana dándole un empujón a su hermano, pero éste no estaba de humor para bromas.

Cuando llegaron a casa, Tatiana se metió en su habitación a leer y Pasha fue a sentarse junto a Dasha, que estaba fuera pelando patatas.

—Dasha, ¿qué piensas hacer con Tania?

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho ahora?

—¿Sabes dónde he vuelto a encontrarla?

Dasha se echó a reír.

—¿En el cerezo?

Pasha asintió con exasperación.

—Pues habla con ella, Pasha —dijo Dasha, sonriendo.

—Tú eres su hermana. Esa conversación es mucho mejor tenerla entre chicas.

—¿Crees que yo debería hablar con ella?

—¡Cumplirá catorce años la semana que viene! No puede seguir siendo tan inocente, ya no es una niña.

Dasha seguía sonriendo cuando dijo:

—Pero Pasha, si es una niña.

—Bueno, pero no está bien.

—Entonces habla con ella.

—No puedo, habla tú con ella.

—¿Quieres que hable con ella alguien a quien haga caso? Dile a *deda* que hable con ella.

Y entonces se oyó la voz atronadora de *deda*, que estaba entre los pepinos y a quien por eso no habían visto.

—Yo no pienso hablar con ella. —Salió de entre las plantas con una cuerda en la mano y el pelo despeinado—. Creo que con quien deberías hablar, Pasha, es con tus dos amiguitos. A fin de cuentas, no es Tatiana la que no se porta como es debido.

Ni Dasha ni Pasha dijeron nada.

*Deda* miró fijamente a los dos un momento y luego añadió:

—¿Es que no tenéis nada mejor que hacer? En cuanto habléis, Tatiana ya no podrá seguir siendo amiga de ellos. ¿Queréis estropearle el verano? Tampoco volverá a montar a caballito con vosotros ni a haceros cosquillas ni a nadar en el río con vosotros ni a besaros por sorpresa ni a sentarse en vuestro regazo. No volverá a hacer ninguna de las cosas que hace ahora porque habrá comido de vuestro maldito cerezo. ¿Es eso lo que queréis?

No dijeron nada.

—Es lo que suponía. Vuestra hermana —continuó *deda*— sabe todo cuanto necesita saber. Dasha, ¿por qué no le pides a ella que te enseñe a ti cómo debes comportarte? Mejor aún, dejad a la niña en paz. Y Pasha, habla con esos animales salvajes a los que llamas tus amigos porque si no... lo haré yo.

—¿Hablar con los animales salvajes de qué? —los interrumpió Tatiana, que bajaba por los escalones del porche.

—De nada, de nada —contestó Dasha.

*Deda* besó a su nieta en la cabeza y volvió junto a los pepinos para atarlos con la cuerda.

Pasha le preguntó si los había oído hablar.

—Os he oído gritar, sí.

—¿Y has oído sobre qué gritábamos?

—Si escuchara sobre qué grita esta familia cada vez que grita, nunca podría leer ni una sola línea. —Tatiana sonrió—. Decidme sobre qué gritabais.

—Sobre nada —contestó Dasha—. Ve a poner la mesa y a cortar el pan, anda. No te olvides de ponerme a mí la rebanada más gruesa, la que tenga más corteza.

—Como sigas comiendo pan de esa manera te vas a poner bien hermosa y bien gorda —sentenció Tatiana, al tiempo que se metía en la casa dando brincos.

Por la noche, después de cenar, *deda* y Dasha observaron a Tania y Pasha mientras estaban jugando al dominó entre sonoras exclamaciones. Tania iba ganando y gritaba de alegría, como de costumbre, mientras que Pasha perdía y se lamentaba con sus protestas habituales. Jugaron quince, dieciséis partidas, y Pasha las perdió todas.

—Pero ¡cómo! Dime cómo lo haces. ¿Cómo consigues ganar siempre, eh? Tienes que hacer algo, seguro que haces trampas, seguro que sí. *Deda*, juega con Tania, a ver si tú puedes ganarle.

—Le gano al ajedrez y con eso me basta —contestó *deda*, sonriendo a su nieta.

Dasha fue a sentarse con su abuelo en el banco del descuidado jardín. Apartándose un poco de ella, el abuelo le dijo:

—Dasha, no me tires el humo del cigarrillo a la cara.

—¿Qué le vas a decir a tu Tania cuando empiece a fumar? —dijo Dasha, apartándose.

—Le diré que no me tire el humo a la cara.

Dasha lanzó un suspiro. ¿Por qué sospechaba que aunque su abuelo la quería, reprobaba ligeramente su conducta, como si su comportamiento en general no fuese tan de su agrado como el de Tania, por ejemplo? El

comportamiento de Pasha, al ser el único varón, quedaba fuera de todo reproche. ¿Por qué no era igual con Dasha? ¿Qué era lo que hacía? ¿Qué era lo que no hacía? ¿Acaso no cocinaba, limpiaba y cuidaba de aquellos dos mocosos como si fuera su madre?

*Deda* abrazó a Dasha y ésta tiró su cigarrillo.

—Me esfuerzo, *dedushka* —dijo Dasha en voz baja—. Me esfuerzo constantemente.

—Dasha, querida, es bueno tener un conflicto en el interior. Es bueno esforzarse.

A Dasha le habría gustado saber a qué se refería su abuelo exactamente. ¿A Stefan y Mark? Dasha no estaba casada, y era joven. Sólo quería pasarlo bien, ¿qué tenía eso de malo?

—¿Se esfuerza Tania acaso? —preguntó.

—Ella no piensa en las cosas que no puede entender.

—Pues qué suerte para ella... —dijo Dasha—. ¿Puedo estar yo así de ciega también? Pero ella lee más que nadie; ¿cómo puede leer *Rojo y Negro* de Stendhal y no ver la corrupción, la inmoralidad, la lujuria bajo todos esos decorosos ropajes que llevan las damas y los caballeros de Francia? ¿Cómo puede leer tanto y no ver nada?

—¿Tania no ve nada?

El abuelo miró a Dasha con asombro.

—Ése es el problema, ¿no? Si lo viera, ¿crees que se subiría a ese árbol con su vestido?

*Deda* meneó la cabeza con gesto de resignación.

—Qué milagro... —murmuró, besando a Dasha—. Nieta mía, no sabía que fueses tan graciosa. Pese a tus problemas, te convertirás en una mujer muy inteligente y divertida, pero ya sea queriendo o sin querer, lo cierto es que no comprendes a tu hermana.

—Ah, ¿no?

—Pues no. ¿Es que todavía no te has dado cuenta de que Tania lo ve absolutamente todo, que las ve venir desde el principio?

—Pues no ve venir a Kirill y Volodia.

—Sí los ve. Pero sabe que son inofensivos, así que no te preocupes por ella. Preocúpate sólo de tu vida.

—¿Y por qué hay que preocuparse? —exclamó Dasha, con expresión decaída—. Todos somos peces nadando en el mismo mar. No sabemos que no podemos respirar en el aire.

—Tienes razón; en nuestro caso, nuestras opciones están un poco más limitadas —convino *deda*—. Pero no todos vivimos la misma vida. ¿Has visto a los Kantorov? ¿Crees que nadan en el mismo mar que nosotros?

—Sí.

El abuelo permaneció callado.

—¿Qué pasa? —exclamó Dasha—. ¿Es que a ti tampoco te gustan? Tania dice que esa chica, Saika, no es agua clara.

Sin responder, *deda* dijo:

—¿Sabes quién me gusta a mí?

—¿Tania?

—No. Tu abuela. A mí me gusta tu abuela. Sobre ella sí tengo una opinión formada. Sobre los demás, prefiero no emitir ningún juicio. — Pero a Dasha no se lo parecía.

—*Dedushka*, ¿qué se supone que debo hacer? —dijo de repente—. No quiero jugar a este juego con mi jefe, pero ¿qué alternativa tengo?

—Le estás contando demasiado a tu abuelo —dijo *deda*.

—Su esposa embarazada no tendrá a dónde ir cuando él la eche de casa —continuó Dasha.

—¡Dasha, déjalo ya!

Dasha lo dejó, un momento.

—Todavía viven con la madre de él, en una sola habitación —dijo en voz baja—. Pero ¿adónde va a ir él? ¿Puede venir y vivir con nosotros? ¿Puede dormir en una cama conmigo y Tatiana?

*Deda* no contestó.

—A eso era a lo que me refería con mis opciones —dijo Dasha—. ¿Ves como lo intento? Sólo quiero un poco de amor, *dedushka*. Como tú y *babushka*. ¿Teníais algún sitio donde vivir, donde estar solos, cuando os enamorasteis, cuando os casasteis?

—Era a finales de siglo —contestó *deda*— y teníamos un piso enorme en el centro de la ciudad, cerca de la casa de Aleksandr Pushkin en el canal de Moika. —Sonrió con nostalgia—. Tuvimos a tu padre y a tu tía Rita allí. Vivimos muy bien y muy felices muchos años.

Dasha lo escuchaba atentamente.

—Las cosas cambiaron —continuó—, pero aun después de la Revolución, cuando nos evacuaron a tu madre y a mí durante dos años, durante la guerra civil, durante aquellos años de hambruna, caos y escasez, nos escondimos y vivimos en un pueblecito de pescadores llamado Lazarevo, en el río Kama, cerca de Molotov, y si le preguntas a tu abuela, ella te dirá que esos dos años en Lazarevo fueron los dos años más felices de su vida.

Dasha lo miró mientras *deda* cerraba los ojos y ladeaba la cabeza un poco hacia atrás en actitud soñadora, rememorando gratos recuerdos del pasado.

—Así que no te preocupes tanto —dijo cuando volvió a hablar—, porque aun en esta vida, la felicidad es posible. Diviértete, querida. Sal a bailar, fuma, ríe, sé joven, sé joven mientras puedas. Todo eso acabará demasiado pronto, ya lo verás. Y luego tendrás un montón de tiempo para angustiarte pensando en dentistas casados.

—¿De eso es de lo que le hablas a Tania? —le susurró Dasha—. ¿De Lazarevo?

*Deda* se echó a reír.

—Tu hermana no se ha sentado en este banco ni una sola vez a pedirme consejo.

—No, está demasiado ocupada haciendo el mono en los árboles —refunfuñó Dasha.

—Eso es. ¿Y tú quieres que eso acabe para que se siente aquí con la misma cara lúgubre que tú?

Dasha se quedó callada. Le gustaba que su abuelo la rodease con el brazo por el hombro y que no la apartase.

—Protégela, Dasha —le susurró *deda*—. A ella también se le acabará demasiado pronto.

En la casa, Tatiana estaba encima de la cama, absorta en la lectura de su libro. No se movió, ni cuando Dasha entró en la alcoba, ni cuando se sentó al borde de la cama ni cuando le dio en el trasero con la palma de la mano.

—Mmm... —fue lo único que dijo Tatiana.

—Tania.

—Mmm...

Dasha le arrancó el libro de las manos.

—¿Todavía estás leyendo *La reina Margot*?

—Lo estoy releendo.

Tatiana se volvió de espaldas.

—¿Por qué? —Dasha lo hojeó con aire indiferente—. ¿Tiene un final feliz?

—No mucho. Para salvar a la reina, La Môle sacrifica su vida, lo torturan de tal modo que sangra a mares, y luego le cortan la cabeza mientras ella llora.

—¿Y ella no lo olvida nunca?

—No lo sé. La historia acaba con la muerte de él.

—¿Y ella vuelve a enamorarse?

—No lo sé —repitió Tatiana despacio—. La historia acaba con la muerte de él. —Dasha sonrió.

—¿Es ésa la clase de amor que quieres tú, Tanechka? ¿Una gran pasión, muy breve, en la que tu amado acabe torturado y muerto?

—Pues no —murmuró Tatiana, mirando a su hermana con expresión confusa—. ¿Es ésa la clase de amor que quieres tú?

Dasha se echó a reír.

—Tania, ahora mismo me conformaría con cualquier cosa menos con lo que tengo. Y ahora, vete a dormir. ¿Estás lista para irte a la cama?

—Ya estoy en la cama, ¿no? —le espetó Tatiana.

—¿Te has lavado? ¿Te has cepillado los dientes?

—Sí, Dasha —dijo Tatiana solemnemente—. He hecho lo que se supone que tengo que hacer. No soy ninguna niña, ¿sabes?



—Ah, ¿no? —dijo Dasha, tocando con delicadeza el pecho aún prácticamente plano de su hermana.

—Venga, déjalo ya —dijo Tatiana tranquilamente, sin apartarse—. ¿Qué quieres de mí?

—¿Quién dice que quiero algo de ti?

Tatiana se incorporó. Con la mirada clavada en Dasha, pestañeó dos, tres veces y luego, colocando una mano en la cara de su hermana, dijo:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Lanzando un suspiro, Dasha le besó la mano y se levantó.

—Apaga la luz. No me importa lo que la reina Margot se traiga entre manos con su amante el protestante.

Más tarde, en plena noche, un gimoteo procedente de una cama cercana a la suya despertó a Dasha, y cuando abrió los ojos, vio a Tatiana metiéndose junto a ella debajo de las sábanas.

—¿Qué pasa?

—He tenido una pesadilla. Ha sido horrible. Saika no me deja en paz, ni siquiera en mis pesadillas. —Sin dejar de lloriquear, se acurrucó junto a su hermana, que se volvió hacia ella y la abrazó. Arrebujada de aquel modo entre las sábanas, en el reconfortante abrazo con su hermana, Tatiana añadió—: ¿Cuándo dejaré de tener pesadillas?

—Nunca —contestó Dasha—. Sólo te dan miedo distintas cosas a medida que te haces mayor. ¿Qué pasaba en el sueño?

Pero Tatiana no le contestó. Pasha roncaba en la cama del rincón junto a la ventana. Dasha permaneció en vela, sintiendo cómo la respiración de su hermana se iba normalizando bajo la pálida luz de la luna. «Tatiana —le susurró—, abrázate a mí y duerme en mis brazos, donde te he echado tanto de menos estos días en Luga, tan acostumbrada estoy a dormir contigo en Leningrado. Duerme y dime por qué cada vez que vienes a mi cama en busca de consuelo, soy yo la que acaba encontrando consuelo en ti. Anda, duerme y dímelo.

»Y tu pelo de seda y tu corazón tan puro y tu respiración como la de un niño, y ese halo dorado que te rodea y te acompaña allá donde vas, cuando lees y cuando hablas, y nuestro corazón se vuelve más liviano cada vez

que oímos tu voz, cuando sabemos que andas cerca. Nos preocupamos menos cuando estás aquí e instilas tu espíritu gota a gota sobre nosotros, para aliviar nuestro corazón angustiado».

# **LIBRO SEGUNDO**

## **ÍTACA**

El que te condujo por el vasto y terrible desierto, tierra de serpientes abrasadoras y escorpiones, tierra árida donde faltaba el agua; el que hizo brotar agua para ti de la piedra dura como el pedernal.

Deuteronomio 8:15

## Capítulo 7

### Compromisos conyugales

*¿Adónde ir?*

Estaban tumbados en la hamaca, en Cayo Hueso, a escasos metros de la arena del suelo, junto a la orilla del mar, en el corazón del trópico, bronceados, con el cuerpo plagado de pecas y de cicatrices. Alexander estaba tendido de espaldas, con las piernas separadas, y Tatiana encima de él, también de espaldas, con las piernas juntas, mirando los robles cubiertos de musgo de arriba. Él llevaba el bañador blanco, y ella el *culotte* de baño también blanco y la pañoleta atada al pecho con un lazo.

Alexander tenía el pelo negro azabache más largo que nunca, y estaba muy moreno. Ella también estaba bronceada, pero parecía blanca como la nieve en los brazos de él, por el contraste. De vez en cuando, las manos de él se desplazaban lánguidamente hasta los pechos de ella para masajearse, y le rozaba la melena salobre con los labios. Tatiana olía a sal y a aceite bronceador de coco, un olor que siempre aturdiría un poco a Alexander.

Era el verano de 1949, y estaban hablando de adónde debían ir.

—Shura, pórtate bien. Si vuelves a tocarme los pechos, esta conversación se habrá acabado.

—¿Y se supone que eso debería disuadirme?

—Venga, sé bueno... ¿Dónde estábamos?

—Estábamos descartando distintos estados y acariciándote los...

—Ah, sí. Estábamos manteniendo una conversación trivial sobre dónde pasar el resto de nuestra vida.

Habían regresado a Miami para pasar el invierno, para volver a trabajar en los barcos, y luego se habían desplazado al sur, a los Cayos, para pasar el verano.

—¡Shura!

—De acuerdo, de acuerdo... ¿Dónde estábamos? Dijiste que había que excluir los estados donde nieva. Entonces, ni hablar de Washington, ¿no? A Richter no le va a hacer ninguna gracia —comentó Alexander—. Ya sabes que le gusta tenerme cerca. Y a tu Vikki tampoco le va a gustar. Sabes que a ella también le gusta tenerte cerca a ti.

—Pues tendrán que venirse a vivir donde vivamos nosotros, ¿no crees? Bueno, pues nada de nieve. Entonces quedan descartados Maine, New Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode Island, Connecticut, Nueva Jersey, Nueva York... —Tatiana suspiró con aire teatral pero soñador—, Pensilvania, Ohio, Illinois, Wisconsin, Michigan, Minnesota, Dakota del Sur, Dakota del Norte, Montana, Wyoming, Idaho, Washington. Todos eliminados.

—Tampoco Iowa, Kansas, Colorado ni Nebraska —añadió Alexander.

—¿Eso es todo?

—Espera, Virginia Occidental. Maryland. Virginia.

—En Virginia no nieva —dijo Tatiana.

—Eso díselo al general Sherman —replicó Alexander.

—De acuerdo. Quedan veintiún estados.

—Vaya, así que también se te da bien contar... Capitalista, geóloga, cartógrafa y además matemática.

Se echó a reír, inclinando la cabeza y tratando de ver la expresión en su cara.

Ella volvió la cabeza hacia él.

—Eliminados los bosques de Oregón —siguió diciendo ella en voz baja—. Porque llueve todo el tiempo. Además, tiene mar.

—Ah, ¿también excluimos los que tienen mar?

—No tenemos por qué —contestó ella—, pero allí donde vayamos a vivir no debe ondear nada más que una hamaca.

—Entonces, ¿también eliminamos California? ¿Y Napa Valley? —  
Sonrió—. ¿No más espumoso?

Bajándole el top de la pañoleta, se puso a jugar con sus pechos firmes y turgentes.

—Puedes comprarme todo el espumoso que quieras —murmuró ella, rozándolo ligeramente con los labios—. He oído que lo venden en los cuarenta y ocho estados. Así que eliminamos California. También quedan fuera Carolina del Norte, Carolina del Sur, Georgia, Florida...

—Espera un momento. Tenemos que dejar aparte Florida. Es mi única exigencia.

—De acuerdo. Fuera Alabama, Luisiana, Missouri, Mississippi...

—Eh —la interrumpió Alexander—, ¿Mississippi tiene agua?

Ella ladeó la cabeza hacia atrás.

—Bromeas, ¿verdad?

—Vamos, Tania, no hace falta que vivamos junto al río...

—¿Es que el estado es el río!

—Bueno, de acuerdo...

—Sigamos. Texas.

—¿Texas tiene agua? —exclamó, asombrado.

—¿Nunca has oído hablar del golfo de México?

—Viviremos en Abilene, donde nunca se ha oído hablar del golfo de México.

—Sigamos. ¿Qué nos queda?

—Europa, creo —murmuró Alexander.

—Nevada. Nevada queda eliminado porque no pienso vivir en un estado donde lo único que pueda hacer mi marido para ganarse la vida sea jugar al póquer en casas de alterne.

Alexander se echó a reír.

—¿De veras? —dijo él—. ¿No crees que el jugar al póquer en una casa de alterne encaja con tu definición de una vida normal?

—Sigamos. Utah... Mmm, es una posibilidad. Las montañas son de verdad.

—Tatiasha... En Utah, ¿podré tener otra esposa?

—Utah tampoco.

Alexander le dio un pellizco, la besó, la acarició, la estrechó entre sus brazos y apretó su cuerpo contra el de ella con fuerza. Ella se dejó hacer.

—Oklahoma eliminado —dijo al fin Tatiana—. Porque sí.

—Entonces, ¿qué nos queda?

—Nuevo México, Arizona, Florida —contestó ella—. Florida queda descartada. Demasiado oleaje.

—Entonces, también queda descartada Arizona —replicó él—, porque no hay suficiente.

—Bien, en ese caso, la elección está clara. Será Nuevo México.

Se quedaron en silencio.

Él quería Miami, y ella quería Phoenix.

—Shura, venga... nada de ríos...

—Salt River.

—Nada de invierno.

—Y nada de océanos tampoco.

—Nada familiar, ni nada viejo. Y en Phoenix viven otros soldados.

—¿Quieres que me relacione con otros soldados?

—Es lo último que deseo, pero al menos ellos entienden las cosas. Tú dices «estuve en la guerra», y ellos asienten con la cabeza y no dicen nada más porque no lo necesitan. Lo saben. Nadie quiere hablar de ello. Eso es lo que yo quiero —dijo—. No hablar de ello.

—¿Hay alguna base militar en Phoenix?

—No, pero hay instalaciones de entrenamiento en Yuma, a trescientos kilómetros, y una base de inteligencia del ejército en Fort Huachuca, cerca de Tucson, también a trescientos kilómetros de distancia.

—Ya veo que mi mujercita semidesnuda ha estado investigando un poco —observó, masajeándola con los dedos—. ¿A trescientos kilómetros? ¿Una vez al mes?

—Iremos los tres juntos, a pasar el fin de semana —contestó ella—. Nos alojaremos en los barracones para familias. —Se apartó de sus dedos—. Anthony y yo iremos a dar paseos y tú podrás hacer informes, traducir y analizar dossiers y documentos hasta que Richter y tú os hartéis.

—Hace demasiado calor en Phoenix —dijo Alexander. Tatiana lo fulminó con la mirada; esa mañana en Cayo Hueso estaban a treinta y tres grados.

—Hace demasiado calor y además no hay mar —insistió él.

—Habrá mucho trabajo.

—No me convence —repuso él—. Puedo trabajar en cualquier parte.

—No lo dudo, pero ya te has impregnado del olor a langosta, ya has transportado a mujeres jóvenes en barca, ya has recogido manzanas, uvas y maíz. ¿Y si trabajas en algo que te satisfaga a ti, Shura?

Alexander no tenía ninguna respuesta sarcástica a aquella pregunta, aunque estaba pensando en una.

—El nombre de la ciudad, Phoenix, procede del ave fénix —explicó Tatiana—, el ave de los romanos que se prendió fuego, se quemó y luego renació de sus cenizas. El fénix resucitado.

—Mmm...

—¿He dicho ya que nunca hace frío?

—Una o dos veces. Pero en Miami tampoco hace frío.

—Sé que te encanta el agua, pero podemos construir una piscina. En Phoenix no hay pasado. Así es como quiero vivir, como si no tuviera pasado.

—Yo estaré contigo en Phoenix. Será difícil olvidar el pasado conmigo y mis tatuajes encima de ti, Tatiana.

Envolvió las largas piernas alrededor del cuerpo de ella.

Tatiana apartó la mano morena de Alexander de su pecho níveo y, besándosela, se la acercó a la cara.

—Sí, he aprendido bien la lección. Para bien o para mal, Alexander —afirmó—, tú eres el barco en el que navego... y con el que me hundo también.



—¿Has dicho con el que te hundes o sobre el que te hundes? —Tatiana le pellizcó el antebrazo.

—Es a ti a quien me llevo conmigo, a nuestros noventa y siete acres de Estados Unidos. No tenemos otra cosa que hacer más que vivir allí y morir allí. Y cuando muramos, nos podrán enterrar en la tierra junto a nuestra montaña. —Casi sonrió—. Ni en el hielo ni en la tierra helada, sino cerca de una puesta de sol. Podemos llamarlo nuestro monte Riddarholm, como aquel lugar de Estocolmo, y nos pueden enterrar allí como reyes y héroes en nuestro Templo de la Fama.

—¿Fantaseas con morirte, entonces? —preguntó Alexander—. ¿Es así como siempre obtienes lo que quieres?

—No siempre obtengo lo que quiero. Si así fuese —respondió Tatiana, con la mirada perdida en el musgo de robles—, tú y yo no seríamos huérfanos.

Al final, fueron a Phoenix.

*¿Doble o triple volumen?*

—Comprémos una casa móvil y pongámosla en nuestro terreno —sugirió Alexander.

—¿No te referirás a un... remolque? —Se escandalizó ella.

—No, no me refiero a un remolque —respondió Alexander en tono paciente—, sino a una casa móvil prefabricada. ¿Te has dado cuenta de que en los noventa y siete acres de tu Templo de la Fama no hay ninguna casa? ¿Dónde te gustaría vivir mientras ahorramos para comprar una? ¿En la tienda de campaña?

Estaban sentados, con las piernas cruzadas, el uno frente al otro en el suelo de arcilla de sus tierras, en lo alto de Jomax. Anthony cazaba monstruos de Gila, los lagartos venenosos, y recogía flores de cactus. Al fin habían instalado el tendido eléctrico en el camino serpenteante y sin asfaltar que conducía a sus tierras, y un kilómetro y medio más abajo, cerca de Pima, alguien había construido dos casas. El desierto era un

auténtico horno, estaban en pleno mes de julio y hacía un calor abrasador. Alexander estaba sentado con las palmas de las manos hacia arriba y Tatiana tenía las suyas encima de las de él.

—Shura —dijo—, ya hemos vivido en un remolque, los últimos tres años. No quiero seguir viviendo en una caravana. Quiero una casa de verdad.

—Las casas prefabricadas son casas de verdad, y no nos costará tan cara como una casa normal. No necesitaremos pedir una hipoteca... ah, eso te gusta. —Alexander sonrió—. Me lo imaginaba. Tenemos suficiente dinero, podemos comprarla al contado. Nos compraremos uno o dos coches, construiré una terraza de madera para la parte de atrás, para poder sentarnos a ver el sol encima de tu pequeño valle, y yo buscaré trabajo. Ahorraremos dinero y luego construiremos exactamente lo que queremos.

Tatiana frunció el ceño.

—¿Qué coches?

Él sonrió.

—Yo quiero una camioneta. Y tú necesitas un coche para ti. Tatiana negó con la cabeza.

—No, no, con tu camioneta nos basta. Puedes llevarme tú.

—Te llevaré a donde quieras, cariño —respondió él, apretándole la mano—, pero a menos que tengas planeado cultivar tus propios pepinos como tu abuelo en Luga, vas a tener que ir a comprar comida de vez en cuando. Además, yo soy carnívoro —añadió—. Necesito carne. No puedo vivir tu vida de Luga, a base de patatas y cebollas.

Ella no estaba del todo convencida.

—Dos vehículos es demasiado despilfarro para nosotros.

—Tania, no estamos en Coconut Grove. No hay ninguna lavandería en un radio de un kilómetro. Seguro que querrás ir a un centro comercial. ¿A lo mejor desearás comprarte unos zapatos de tacón? —La pinchó—. ¿Y un abrelatas eléctrico?

—¿Así que tendremos que gastar aún más dinero? —preguntó—. Y ese, hummm... remolque... ¿será más grande que nuestra Nomad?

¿Tendrá ruedas? ¿Un dormitorio, incluso? ¿Y un baño? Tú no puedes estar ni cinco minutos sin lavarte.

Alexander la miró incrédulo y luego se echó a reír. Se levantó de golpe y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Vamos, mi princesita de los pisos comunales rusos. Te enseñaré lo que quiero decir. ¡Anthony, vámonos!

Los llevó al concesionario de casas móviles Pacífico, en Thomas. Después de dar vueltas durante dos horas por el espacio lleno de casas prefabricadas y comparando tamaños y precio, Tatiana dijo:

—De acuerdo. No está mal. Pero no necesitamos una grande, con una pequeña nos bastará.

—Hace un momento no querías vivir en ninguna casa así porque temías que fuese demasiado pequeña, y ahora quieres una del tamaño de un armario ropero —comentó Alexander—. ¿Dónde vas a meter tus libros y tus abrelatas, Tania?

Las casas móviles se comercializaban en tres versiones: monovolumen, volumen doble y volumen triple. Tatiana se inclinaba por la primera opción, la más barata, de cuatro metros de ancho y nueve de largo. Disponía de dos dormitorios, un cuarto de baño y una cocina minúscula.

—Es barato, y tenemos sitio de sobra —señaló ella—. No necesitamos mucho espacio.

Alexander lanzó un suspiro de exagerada desesperación.

—Ven, deja que te enseñe una cosa. —Para entrar en la casa móvil, tuvo que agachar la cabeza, y una vez dentro, cuando se incorporó, estuvo a punto de golpearse contra el techo—. ¿No ves ningún problema?

Aquel modelo sólo medía un metro noventa y ocho de altura. Ella entró sin agacharse ni golpearse contra nada, y permaneció de pie en el interior cómodamente.

—No —respondió.

—Ya sé que tú no llegas al metro cincuenta, pero yo mido uno noventa y dos —dijo Alexander—. ¿Voy a tener que vivir con la cabeza permanentemente inclinada como ahora?

Tatiana contestó que, para empezar, superaba el metro y medio casi por tres centímetros, y en segundo lugar, no sabía a qué venían tantas pegas.

—Sólo será por un tiempo... Tú mismo lo dijiste. Así ahorraremos dinero.

—No es por el precio —afirmó Alexander, volviendo a salir al calor exterior y cruzándose de brazos—. Es por el tipo de vida. ¿Y si tenemos que vivir en ella dos años? ¿No quieres estar cómoda?

—A mí me da igual —contestó ella, acercándose a su marido—. Como bien sabes... hasta en una choza sin tejado, siempre y cuando sea contigo.

Alexander le dio un beso en la nariz.

—Bueno, si no tuviera techo, al menos no sufriría tortícolis.

La arrastró hasta la casa móvil de volumen triple.

—Sabes que podemos vender sólo diez de nuestros acres y construirnos una casa decente, ¿verdad? —Le recordó Tatiana tímidamente.

Alexander negó con la cabeza.

—Amor mío, para ser una persona tan intuitiva, no eres nada clarividente. ¿Quieres vender nuestra tierra? Si vendemos diez acres, entonces justo a nuestro lado alguien construirá veinte casas, puede que treinta. ¿Quieres vivir tan cerca de otras personas?

—No —admitió ella con cierto sentimiento de vergüenza.

—Exacto. Y en segundo lugar, compraste ese terreno hace seis años por cincuenta dólares el acre, y ahora vale quinientos dólares el acre. No sé qué opinas tú, pero yo aquí veo un negocio.

—Pero el agente inmobiliario dijo...

Alexander bajó la voz.

—A la mierda el agente inmobiliario...

Reprimió una sonrisa, se cruzó de brazos y esperó mientras ella batallaba consigo misma.

—De acuerdo, bien —dijo al fin—. Pero una casa de triple volumen es un despilfarro colosal de dinero. No necesitamos un remolque tan grande.

—¿Y cuando tengamos a nuestro regimiento de niños? ¿Qué vamos a hacer con nuestra prole?

—Cuando tengamos un regimiento tendremos que trasladarnos a una triple.

—Eso sí que es un enorme despilfarro de dinero.

Entonces le tocó el turno a Tatiana de cruzarse de brazos. Alexander cedió y en aras de la armonía conyugal, llegaron a un compromiso, es decir, ninguno de los dos se salió con la suya.

La casa de doble volumen (de siete metros de ancho, dieciocho de largo y dos y medio de altura), tenía puerta principal, puerta trasera, y un espacio muy extenso en el centro con cocina, zona de comedor y una sala de estar. A la derecha de la sala de estar se hallaba el dormitorio principal... ¡con su propio cuarto de baño! ¡Y una ducha!

—¡Qué país...! —exclamó Tatiana.

En el extremo opuesto había dos dormitorios más, el mayor para Anthony y uno más pequeño «para el bebé», según dijo Alexander.

—Un cuarto de invitados para Vikki y Tom —señaló Tatiana. Había otro cuarto de baño en el pasillo y un cuarto para la lavadora—. ¡Shura, se acabó lavar la ropa en el río! —exclamó, feliz.

—Eso está muy bien —dijo Alexander— teniendo en cuenta que no hay agua suficiente para tres estados. —La casa tenía el suelo de linóleo blanco y negro en la cocina y la zona de comedor, y moqueta en el resto de las habitaciones—. Moqueta en el suelo, Tatia —señaló Alexander, recordándole en tono sugerente a su mujer los suelos de madera de Lazarevo de hacía tanto tiempo, pero Anthony andaba por allí cerca y Tatiana no quiso seguirle el juego, a pesar de que se ruborizó.

Pagaron la casa en efectivo y al cabo de dos días los obreros la descargaron en el terreno y luego la montaron sobre bloques de cemento en el límite de su propiedad, en lo alto de la colina, con la parte delantera de cara a la carretera. No podían mirar en ninguna dirección sin ver el desierto, las montañas o el valle.

—¡Por fin tenemos una casa! —No dejaba de gritar Anthony, corriendo por la casa vacía—. No somos nómadas, no somos gitanos... ¡Tenemos una casa!

Los tres pintaron la casa por dentro, el dormitorio de ellos de color amarillo, y el de Anthony azul pastel. Las paredes del salón y la cocina eran del color de la crema de caramelo, pero cuando Alexander lo dijo en voz alta, Tatiana se puso a llorar.

—Papá, ¿por qué dices esas cosas tan malas? —exclamó Anthony, consolando a su madre.

Tatiana colgó unas cortinas blancas brillantes y compró ollas y sartenes de acero inoxidable.

—¿Ya no comeremos más del mismo cuenco, Shura?

—Siempre comeremos del mismo cuenco, Tania.

Alexander se compró una camioneta; tardó una semana entera en escoger justo la que quería. Al final se decidió por una camioneta ligera Chevrolet azul eléctrico de 1947, con interior muy espacioso, calandra cromada y laterales abatibles. A Tatiana le compró un flamante sedán Ford de color verde salvia de 1949.

También compró madera y empezó a construir un cobertizo donde poder trabajar y guardar las herramientas.

—Si te portas muy bien —le dijo a Tatiana en voz baja—, fabricaré un banco de trabajo en ese cobertizo que estará justo a tu altura... para que peles patatas, claro está.

Anthony rondaba por allí cerca, así que Tatiana tampoco le siguió el juego esta vez, aunque se ruborizó intensamente.

Compraron una mesa de comedor redonda con paneles extensibles para cuando tuviesen invitados («Como la del rey Arturo —dijo Alexander—. Así podremos hablar de nuestro destino»), un sofá y tres radios. Alexander, con la ayuda de su hijo, fabricó para Tatiana dos estanterías para libros, un estante para sus adornos, a pesar de que no tenía adornos, y una mesa de trabajo para él.

Compraron una cama grande de bronce, del mismo tamaño que la de Napa, digna de un burdel. No tenía dosel, pero sí muelles y un colchón grueso y cómodo, y quedaba alta con respecto al suelo. Tatiana dedicó más horas a elegir las sábanas para la cama de las que pasó pintando y

amueblando el resto de la casa... aunque unas pocas menos de las que Alexander dedicó a la elección de su camioneta.

—¿De qué color quieres que compre las sábanas? —le preguntó.

Volvían a estar fuera, pasando calor.

—Me da igual. Elige tú.

Alexander llevaba una sierra en las manos. Él y Anthony estaban cortando tablones para la terraza trasera que, pese a las protestas de Tatiana, Alexander planeaba que fuera inmensa.

—Alexander.

—¿Qué? Me da lo mismo, de verdad. Lo que tú quieras. —Le daba la espalda a su mujer. Ella lo apartó de Anthony.

—Es nuestra cama de matrimonio, la primera cama de verdad que hemos tenido en toda nuestra vida. Esto es muy, muy importante. Necesitamos sábanas que reflejen la magnitud de este momento.

—Eso es mucho pedir a las pobres sábanas.

Alexander volvió a enfrascarse en la tarea de serrar tablones, diciéndole a Anthony que apartase las manitas.

—¿De qué color?

—Me da igual.

—Muy bien. ¿Rosa entonces?

—No, rosa no.

—¿A topos? ¿A rayas? ¿Negras?

—Como tú quieras.

—¿Rosa entonces?

—Rosa no, te he dicho.

—Mami, ¿y con dibujos de dinosaurios?

—Sí, mami, ¿qué te parece estampadas con dibujos de toros? — Alexander sonrió—. ¿Y de rumiantes en celo?

Tatiana le quitó la sierra de las manos, lo atrajo hacia ella de nuevo y lo obligó a escribir sus tres primeras opciones en un trozo de papel. Él escribió blanco, blanco y blanco. Ella le hizo trizas el papel y lo obligó a escribir de nuevo. Alexander escribió vainilla, vainilla y vainilla. Ella le

retuvo la mano pegada al papel y lo hizo escribir otras palabras. Él se echó a reír a carcajadas, hasta quedarse sin aliento.

—Me-da-i-gual —repetía todo el tiempo—. ¿Cuál es la parte de «me da igual» que no entiendes? Haz lo que te plazca. Como quieras.

—Vas a tener que hacerle el amor a tu mujer cada noche mirando esas malditas sábanas —le susurró al oído—, así que más vale que deje de darte igual, porque dentro de una semana sí te importará.

Sucio y sudoroso, Alexander la atrajo hacia sí, apretándole la espalda con las manos, inclinando el cuerpo hacia ella y, ladeando la cabeza, le susurró a la boca:

—Tatiana, sé que no te lo vas a creer, pero si estoy mirando esas sábanas cuando te haga el amor, eso es que tenemos problemas más graves que el jodido color de las sábanas.

Y acto seguido, la besó como si no fuera de día.

Ella se zafó de él, le devolvió el lápiz a Anthony y se alejó.

—Ya está, no voy a volver a jugar contigo.

Al final, Tatiana regresó con colchas, almohadas y mantas, y se pasó otro día lavándolas y planchándolas. Después de hacer la cama, hizo que Alexander cerrara los ojos antes de llevarlo a meterse dentro.

—De acuerdo. Ahora, ábrelos.

Alexander abrió los ojos. El conjunto de almohadas, el edredón de plumón y las sábanas era todo blanco. La colcha de *patchwork* de encima era de color crema muy suave, casi blanco, con bordados de raso y flores de terciopelo carmesí por todas partes. También había comprado cortinas nuevas, de gasa y con pensamientos de terciopelo azul y amarillo. Alexander permaneció en silencio, mirando la cama.

—Bueno —dijo ella, ansiosa, apretándole la mano—, ¿qué te parece?

—Bah —exclamó él, encogiéndose de hombros. Ella rompió a llorar. Riéndose, Alexander la tomó en brazos—. Vaya, mi mujercita ha perdido el sentido del humor por completo.

Cerró la puerta tras ellos de un puntapié.

Anthony, que ya tenía seis años, estaba jugando en casa de unos vecinos, la casa de Francesca, con otro niño también de seis años, Sergio



García. No había muchos niños nacidos en 1943. El padre y la madre de Sergio habían llegado hacía poco de Mazatlán, México. Sergio hablaba español, mientras que Anthony hablaba ruso. Se hicieron buenos amigos en el acto. Mientras los niños jugaban, Alexander le hizo el amor a Tatiana entre sus sábanas nuevas. Al terminar, dijo:

—A decir verdad, apenas me he fijado en ellas.

Pero Tatiana no estaba de humor para bromas.

—Me gustaría tener un sillón para el dormitorio —murmuró él.

—¿Y para qué necesitamos un sillón en el dormitorio? —dijo ella—. Ya tenemos un sofá fuera.

—Compra el sillón y te lo enseñaré.

Cuando les hubieron llevado el sillón, Alexander la desnudó y se arrodilló entre sus piernas, levantadas a ambos lados del sillón. Más tarde, Tatiana convino con él en que era dinero bien empleado.

Cuando Anthony empezó la escuela, de pronto tuvieron la casa nueva toda para ellos. Disfrutaban de la silenciosa intimidad a la luz del día; es más, ¡disfrutaban de la luz diurna! Acompañaban a Anthony cuesta abajo hasta la parada del autobús escolar en la esquina de Jomax y Pima, enfrente de la casa de Sergio, se despedían de él, saludaban a una Francesca siempre sonriente, que seguía sin hablar una palabra de inglés y estaba encinta de su segundo hijo, y luego pasaban las mañanas en su lujosa cama blanca aterciopelada de flores carmesíes. El día, la luz diurna y la casa vacía. Estrenaron todas y cada una de las habitaciones (salvo la de Anthony): la encimera de la cocina, la mesa de la cocina, las sillas de la cocina, el sofá, la moqueta, el suelo de linóleo, los baños (con agua y sin ella), la camioneta de Alexander (el interior y la parte posterior), el sedán de Tatiana: la parte de delante y la parte de atrás (y el capó). Entretanto, bajaron al sur una vez, a la base de Fort Huachuca; él terminó de construir la terraza de la parte de atrás, y ella plantó lilas y verbenas y horneó pan. La terraza era fabulosa. También la estrenaron. Pasaron un mes de agosto maravilloso. Y luego se quedaron sin dinero.

Cada penique que habían ganado y ahorrado se había gastado, en su casa y sus coches.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Tal vez deba encontrar trabajo —contestó él.

Ella lo envió a buscar trabajo con una bolsa del almuerzo. Alexander encontró trabajo en una cuadrilla de pintores en un gran proyecto comercial, pero cuando éste terminó, también acabó el trabajo. Luego vino otro proyecto, pero no tardó en acabarse también. Tardaba mucho en cobrar. Tatiana dejó de comprar carne.

—Compra carne —dijo Alexander—. Todo irá bien.

—La semana que viene volverás a quedarte sin trabajo —repuso ella.

El problema no era sólo la inestabilidad laboral, sino la abundancia de mano de obra y la escasez de los salarios. Alexander cobraba lo mismo que cuando recogía uva en Napa.

—Tania, no te preocupes. Encontraré otro trabajo —le aseguró—. Y el cheque de la paga de reservista llegará uno de estos días.

Pero el insignificante cheque no bastaba para vivir, para pagar las exorbitantes facturas de electricidad, con el aire acondicionado en marcha día y noche. Tatiana, llena de ansiedad, empezó a apagar el aire, a economizar el agua, a saltarse el almuerzo, a prepararle a él dos sándwiches en lugar de tres. Le dijo que sólo podía fumarse dos paquetes de cigarrillos al día.

—¿Dos paquetes? Así es como se sabe que todo se está yendo al garete —comentó Alexander, encendiéndose un cigarrillo.

### *Soñando como un animal*

Una noche de septiembre, Alexander llegó a casa después de su jornada de trabajo como pintor, y ¡la casa estaba fresca! Tatiana había preparado filete Stroganoff. En la mesa había una botella abierta de vino y en la encimera se estaba enfriando una tarta de cerezas. Salió del dormitorio para saludarlo ataviada con un vestido semitransparente y el pelo suelto.

—Oh, no —exclamó él, vestido con su mono de trabajo y cubierto de pintura seca de pies a cabeza—. ¿Es nuestro aniversario?

Se había quitado las botas y las había dejado fuera. Estaban demasiado sucias para meterlas dentro de la casa limpia.

—Mamá ha conseguido un trabajo —anunció Anthony, corriendo hacia Alexander.

—¡Anthony! —exclamó Tatiana—. Vete a tu habitación ahora mismo. Volviéndose, Anthony la miró perplejo.

—En el hospital, papá.

—¡Anthony!

Alexander permaneció junto a la puerta con aire sombrío.

—Ant —dijo—, ya has oído a tu madre. Vete a tu habitación.

—¿Y qué hago allí?

Después de arrojar las llaves a la mesa auxiliar, Alexander llevó a Anthony a su habitación a empellones y le cerró la puerta mientras el pequeño protestaba con voz lastimera:

—Pero ¿qué he hecho?

Alexander regresó a la cocina.

—Siéntate, cariño, ¿estás cansado? —dijo Tatiana, ofreciéndole una silla—. ¿O quieres lavarte primero? ¿Tienes sed?

Le preparó una cerveza, se la abrió y se la sirvió.

—¿También te la vas a beber por mí? —bromeó él, apurándola de un sorbo—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué no vas a cambiarte, a asearte? La cena estará lista dentro de unos minutos.

—De pronto no tengo nada de hambre. ¿Has encontrado trabajo?

—Sólo para tener algo de dinero extra, como en Napa, ¿recuerdas? Hasta que nos recuperemos un poco económicamente.

Hablaba con nerviosismo.

Alexander la cogió de las manos y la hizo sentarse junto a él.

—¿Tienes trabajo en un hospital?

—En el hospital, sólo hay uno. El Phoenix Memorial. Está en el centro, en Buckeye, a pocos kilómetros de aquí.

—¿Buckeye? ¡Eso está a sesenta y cinco kilómetros!

—A sesenta. Puedes venir a almorzar conmigo.

—Por favor, dime que te han dado trabajo fregando suelos. Por favor, no me digas que vas a trabajar de enfermera.

Tatiana no respondió. Soltándole las manos, Alexander meneó la cabeza con gesto contrariado y se levantó.

—No —dijo.

Tatiana volvió a ponerse muy nerviosa, moviendo los ojos sin cesar.

—Sólo son tres días a la semana. Por favor, amor mío. Lo necesitamos.

—No es verdad.

—Sí lo es.

Él la miró con amargura.

—Si tan convencida estás de que necesitamos dinero desesperadamente, ¿por qué no buscas trabajo en un restaurante de Scottsdale?

—¿Quieres que trabaje de camarera? ¿Quieres que sirva comida a otros hombres?

—No tergiverses las cosas, Tania, para convertirlo en un problema mío.

—Por favor, no te enfades. Sólo intento ayudar a la familia.

—Ayuda a nuestra familia quedándote en casa.

—Es que estamos arruinados —susurró ella.

—Ganaré lo suficiente.

—Ya lo sé, Shura. ¿Qué crees, que no lo sé? Trabajas más que nadie, pero no es un trabajo estable. Seguimos estando en la ruina.

—¿Estás diciendo que no gano lo suficiente para ir tirando?

Tatiana juntó las manos en actitud suplicante.

—Por favor, no es eso lo que digo. Es sólo por un tiempo. Es un trabajo estable, y pagan bien. Así no tendrás que aceptar el primer encargo que se presente, por estúpido que sea, sólo para comprar comida. Podrás escoger con buen criterio, ver un poco lo que hay a tu alrededor, qué es lo que te gusta, qué es lo que te conviene... Y luego, cuando ambos

trabajemos, podremos ahorrar algo de dinero. Podremos recuperarnos mucho más rápidamente.

Alexander seguía de pie, mirándola. Anthony abrió la puerta.

—¿Puedo salir ya? —preguntó.

—¡No! —gritaron ellos al unísono.

Anthony cerró la puerta dando un portazo.

—Vendamos diez acres de nuestra tierra —dijo Alexander, volviendo a sentarse—. Preferiría vender la tierra y tener vecinos cerca a que tú trabajes.

Tatiana lo miró horrorizada.

—Shura, no lo dices en serio...

—Con todo mi corazón. —La miró fijamente—. ¿Te acuerdas de Coconut Grove? —la preguntó, atrayéndola hacia sí para sentarla en su regazo. Él seguía estando completamente sucio, mientras que ella estaba perfecta, en su vestido semitransparente—. Te quedabas en la barca, me traías el almuerzo al puerto y te manchabas el pelo con mayonesa. Y cuando volvía a casa del trabajo, tú estabas feliz, radiante, descansada. Anthony había comido, se había bañado y había jugado a su antojo. Me esperabas con tanto entusiasmo, estabas tan entusiasmada por servirme tus... plátanos. ¿No era maravilloso?

—Sí, lo era —contestó ella en un susurro—. Y acabamos de vivirlo. No puedes sentir nostalgia de algo que acabamos de vivir...

—Y sin embargo, la siento —dijo—. Y eso es lo que quiero aquí, es lo único que necesito. Quiero salir a cazar y recolectar, y quiero que tú te quedes en casa. No quiero que trabajes. Y mucho menos, muchísimo menos —añadió Alexander— ¡en un puñetero hospital!

—¡Chsss!

Ambos miraron a la puerta cerrada de Anthony.

Alexander bajó la voz.

—Ese trabajo te robará el alma.

—No. Ya verás como no.

—No quedará nada para mí.

—Eso es imposible.

—¿Me ves a mí arrastrándote a Huachuca? Puedo obtener un puesto en la reserva activa en cualquier momento. ¿Quieres que ése sea mi trabajo?

—Pero entonces no estaríamos aquí, en nuestra casa, en nuestra tierra —murmuró ella.

—No es eso lo que quiero decir.

—No querrás volver a esa clase de vida...

—Entonces, ¿por qué quieres volver tú?

—Yo no quiero. Lo único que quiero es ayudar a nuestra familia, y... —hizo una pausa—, es lo único que sé hacer. Tal vez pueda encontrar una fábrica de armas, hacer tanques, como en la Kirov. Eso también lo sé hacer.

—Tania, creía que toda esta idea de venir a Phoenix se basaba precisamente en tratar de hacer cosas que no sabemos hacer —dijo Alexander—, como por ejemplo, llevar una vida normal. Porque ¿quieres que te recuerde todas las cosas que sé hacer yo? Sé que tú no quieres que las haga. A Richter, en cambio, le encantaría tenerme a su lado en Corea haciéndolas.

—Alexander —repuso ella—, no creo que sea lo mismo, ¿no te parece? Aquí puedo trabajar tres días a la semana en un hospital en tiempos de paz y estar en casa, en la cama contigo, todas las noches. Si vamos a Corea, unos hombres intentarán matarte lanzando cosas grandes que explotan justo en tu búnker, ¿no te parece que hay una pequeña diferencia?

—Eso es justo a lo que me refiero —dijo Alexander—. Estamos intentando construir una nueva vida, y «nueva» es la palabra clave. ¿Qué te pasa? ¿Es que no has visto suficiente sangre derramada?

—Todo irá bien —repuso ella en tono de súplica.

—¿De verdad? Hay tiroteos, agresiones, peleas de bares, asesinatos, accidentes de coche, ataques al corazón... Muerte. ¿Por qué diablos quieres rodearte de esa clase de desgracias? —Se calló de pronto y se apartó ligeramente de ella, que seguía sentada en su regazo. Tatiana tenía los ojos contritos y suplicantes, y la boca trémula. Y de repente, Alexander lo comprendió todo con una claridad meridiana: al igual que él tenía que

cargar consigo mismo dondequiera que fuese, también ella debía cargar consigo misma, no podía luchar contra su propia naturaleza. ¿Cómo podía impedirle él que fuese como era? Lo único que dijo a continuación, con expresión resignada, fue—: ¿Es que nada de lo que me ha ocurrido a mí te ha enseñado que si se vive como un animal, se acaba soñando como un animal?

—A mí no me ocurrirá. Yo lo dejo todo fuera. —Los labios le temblaron muy levemente—. Lo dejo absolutamente todo fuera —susurró—. Y dentro de poco, cuando tenga más experiencia —continuó en tono conciliador— me trasladarán al pabellón de obstetricia. Ayudaré a traer niños al mundo.

—Pues empieza por traer a tu propio niño al mundo y luego dedícate a los de los demás, ¿qué te parece eso? —Con un quejido leve, Alexander se levantó para ir a asearse y a cambiarse—. Ni siquiera voy a preguntarte dónde vas a trabajar en el hospital —dijo al alejarse—, porque sé que no es en el ala de los recién nacidos. Pabellón de maternidad, sí, claro. Bebés, dulzura, felicidad; por Dios, eso no... Tienes la misma mirada que en aquella sala para pacientes desahuciados de Morozovo. O estás en urgencias, o en la unidad de cuidados intensivos.

—En urgencias —respondió ella con tono de culpabilidad absoluta.

—Claro, en urgencias, ya lo sabía yo —dijo él, ya en el dormitorio, quitándose la ropa. Ella fue tras él—. Esto no va a ir bien, Tatiana —continuó Alexander—. A diferencia de ti, a mí se me da muy bien predecir el futuro.

—Muy gracioso. Sólo nos va a ayudar a salir de nuestros apuros económicos, amor mío.

—No me vengas con ésas. No me hables como si no te conociera: el hospital de Leningrado durante el asedio, los enfermos desahuciados, el frente, los refugiados de la isla de Ellis... Pero ya no se trata sólo de ti, Tatiana; ahora tienes que pensar en tu familia, tienes un marido, un hijo.

El hijo los llamó desde su extremo de la casa.

—Papá, ¿puedo salir ya?

—Sí, Anthony —respondió Alexander sin la ropa; luego se dirigió al cuarto de baño y accionó la ducha—. Esta conversación se ha terminado. Mamá está en la sala de los desahuciados. —Ella lo siguió a la ducha—. No sé por qué estás tan en contra de ir a Corea, Tania —continuó, quitándose el reloj—. Sería el lugar perfecto para ti. Es justo donde necesitas estar.

—Por favor, Shura —le susurró ella, abrazándolo por la cintura antes de que se metiera en la ducha—. Sólo es por un tiempo, hasta que se estabilicen un poco las cosas.

Alexander lanzó un profundo suspiro, con la mano encima de la cabeza de ella.

—Hagamos un trato... —sugirió ella, besándole el pecho—. En cuanto me quede embarazada, lo dejaré. Te lo prometo.

—Pues no se hable más, manos a la obra... —dijo él, de pie desnudo ante ella, apretándola contra su cuerpo.

—Cuidado. Podría estar embarazada ya mismo.

Le sonrió. Él fue con más cuidado. Pero no estaba embarazada; al fin y al cabo, era enfermera.



## Capítulo 8

### La casa que construyó Balkman

*El hombre de la mano rota*

Aquello pasaba de castaño oscuro... Tres días a la semana en el hospital, le había dicho a Alexander. Lo que no le había contado es que eran tres turnos de doce horas, de siete a siete. Tenía que salir de casa hacia las seis y no llegaba hasta casi las ocho. Se levantaba a las cinco de la mañana. En Lazarevo no se levantaba para ir a pescar a las cinco de la mañana y ahora a esa hora ya se estaba poniendo el uniforme de enfermera.

Pero al menos, ahora que Tatiana tenía una ocupación de «media jornada» («sólo tres míseros días»), Alexander no tenía que aceptar lo primero que encontraba. Buscó un trabajo más estable entre los constructores de los alrededores de Scottsdale, concentrándose en quienes construían casas por encargo, pues le gustaba la calidad de su trabajo y pagaban mejor. En el fondo, no sabía muy bien qué andaba buscando, lo sabría cuando lo encontrase. A diferencia de la insensata de su esposa, estaba intentando huir de lo que era, no lanzándose de cabeza hacia ello.

Tras recibir media docena de ofertas para trabajar como peón, carpintero y ayudante de electricista, al final consiguió dos ofertas de trabajo que le interesaron: una de G. G. Cain Custom Homes y otra de Balkman Custom Homes.

La primera era una empresa más bien modesta, cinco o seis casas al año, porque eso era lo que le convenía al serio y lacónico G. G., que sólo aspiraba a ganarse la vida, no a levantar un imperio. Sin embargo, no era lo que convenía a Alexander, quien no creía que pudiese ganarse la vida con eso. Además, Tania daría a luz otro hijo y al final tendrían que volver a subsistir con un solo sueldo.

Fue entonces cuando conoció a Bill Balkman. Balkman Custom Homes era una empresa más grande que G. G., construían diez casas al año por encargo, pero también algunas casas prefabricadas de precio medio y viviendas económicas para los estudiantes universitarios de Tempe.

El despacho de Balkman estaba en un flamante y nuevo edificio decorado con estuco y construido sobre unos antiguos terrenos agrícolas en Camelback que había comprado a «un viejo campesino» y que había subdividido en cuarenta parcelas.

—Las casas prefabricadas son las que arrojan un mayor margen de beneficios —le explicó Balkman—. Las construyo por muy poco dinero y las vendo por bastante más.

Buscaba un nuevo capataz porque el anterior había dejado el trabajo de improvisado por razones que Balkman no quiso detallar. Lo que sí quiso recalcar, con una enorme sonrisa, era lo idóneo que le parecía Alexander para el puesto.

A Balkman le gustaba reír, hablar, tocar y estrechar la mano. Acogió a Alexander como si fuera el hijo pródigo que regresa al hogar. G. G. había mostrado muchas más reservas. Balkman ofreció a Alexander la promesa de una carrera ascendente y un buen sueldo. Cuando éste le explicó que carecía de experiencia como capataz de obra, Balkman le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo:

—¿Dices que has estado en el ejército? Bueno, pues entonces sabrás hacer cualquier cosa.

—Sí, siempre y cuando esté relacionado con dispararle a la gente.

A Balkman le gustó aquella respuesta. Rondaba la cincuentena y lucía un curioso bigote curvo, llevaba un traje bien planchado y era un hombre más bien desenfadado. Rodeó la mesa de su elegante despacho con paredes

revestidas de paneles de madera y volvió a estrechar la mano de Alexander.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien —dijo—. Acompáñame, quiero que conozcas a mi hijo. Él es mi otro capataz de obra. Creo que vais a hacer muy buenas migas.

Cuando se levantaban para salir del despacho, Alexander se fijó en la sucesión de títulos enmarcados y cartas de clientes satisfechos que cubrían las paredes. Junto a ellas había sujeta al panel con una chincheta una gigantesca postal en color de una mujer en topless. «¡Viva Las Vegas!», rezaba la postal.

Alexander no dijo nada cuando su mirada neutra se cruzó con la de Bill.

—A propósito —dijo éste, sonriendo—, se me ha olvidado preguntártelo, ¿estás casado?

—Lo estoy —respondió Alexander.

Balkman volvió a darle unas palmaditas en la espalda.

—Vaya —dijo—, nadie es perfecto. Pero no te preocupes, estamos más que dispuestos a hacer la vista gorda con eso.

—Pues yo no —repuso Alexander.

El constructor se echó a reír.

—Era una broma. Ya te acostumbrarás. Gastamos muchas bromas por aquí.

Caminaron por cuatro manzanas de solares sin asfaltar hasta la obra donde trabajaba su hijo. Balkman le estaba diciendo a Alexander que para ser capataz, había que ser un poco arquitecto, un poco ingeniero, fontanero, electricista, director, asidero emocional y también psicólogo. A continuación, sonrió.

—¿Crees que podrás ser todo eso?

A Alexander no le pareció que pudiese llegar a ser un buen asidero emocional. Tal vez Tatiana debería ser capataz.

—Por supuesto —contestó.

—Y aquí trabajamos mucho, Alexander —dijo Balkman—, pero también nos divertimos mucho.

Alexander convino que tanto el trabajo como la diversión eran ambos muy importantes.

Steve Balkman presentaba un aspecto bastante limpio para ser el responsable de supervisar una obra, como si se pasase el tiempo vigilando a los hombres desde su coche. Steve era joven y tenía un aspecto muy cuidado, impecable. Tenía el pelo en su sitio, estaba recién afeitado, olía a agua de colonia, y llevaba las uñas muy cuidadas, al menos las de la mano izquierda, con la que estrechó la mano de Alexander con movimiento torpe. Su brazo derecho estaba escayolado desde el codo hasta las puntas de los dedos. Aparte de eso, era un joven apuesto, un dandi, todo sonrisas; rezumaba afabilidad y seguridad en sí mismo por los cuatro costados, y mostraba un aire desenvuelto, desenfadado, abierto, como su padre.

—Encantado de conocerte —dijo Steve—. ¿Vas a trabajar con nosotros?

—Todavía no lo sé.

—¿Qué es eso de que todavía no lo sabes? ¡Pues claro que vas a trabajar con nosotros! —retumbó la voz de Balkman al tiempo que le daba una nueva palmadita a Alexander en la espalda—. No aceptaré un no por respuesta. ¿Cuándo puedes empezar? Porque mañana mismo comenzamos a excavar en ese solar y me gustaría que fuese tu bautismo de fuego.

Alexander tomó buena nota de la sucesión de analogías militares.

—Stevie, Alexander estuvo en el ejército, como tú.

Alexander miró detenidamente a Steve.

—Steve estuvo destinado en Inglaterra —le explicó Balkman con orgullo—. Lo hirieron en la pierna, aunque no de gravedad, gracias a Dios, y volvió a casa por eso. Sólo participó en la guerra cuatro meses.

—Papá —dijo Steve—, fui víctima del fuego amigo, detrás de las líneas. A un soldado se le disparó el arma, nunca llegué a entrar en combate. ¿Y tú, Alexander? ¿Participaste en los combates?

—Sí, en algunos —contestó.

—¿Te hirieron?

—Nada grave —mintió, y las propias palabras formaron una conexión eléctrica neurotransmisora que atravesó los millares de sinapsis de su

cerebro y le bajó por la columna vertebral como un puñetazo que le perforase de nuevo la herida de la parte baja de la espalda.

Una sola pregunta, un recuerdo inmediato; ¡y aquello era Phoenix!

Balkman sugirió que tal vez Alexander quisiera asistir a algún curso de ingeniería estructural o civil en el Arizona State College de Tempe.

—Un título en arquitectura es muy útil en este negocio. Mi Stevie también está pensando en matricularse, ahora que la guerra ha terminado. ¿No es así, Stevie?

Alexander quiso señalar que ya hacía cuatro años que la guerra había terminado. Stevie contestó con voz cansina:

—Me lo estoy pensando, papá.

—Creo que la universidad es muy buena idea —dijo Alexander, sacando sus cigarrillos. Balkman le ofreció fuego—. Mi padre quería que fuese arquitecto.

—¿Lo ves? —exclamó un exultante Balkman, dirigiéndose a su hijo.

—¿Y dónde está tu padre ahora? —le preguntó Steve.

—Ya no está con nosotros —dijo Alexander, impávido.

—Por cierto —le dijo Balkman a su hijo, en un tono muchísimo menos cordial—, hoy me ha llamado el inspector de obras, furioso porque te ha estado esperando una hora y no te has presentado. Luego ha tenido que marcharse a otra reunión. ¿Dónde te habías metido?

—Estaba allí, papá. Sólo que pensaba que nuestra cita era a las dos y no a la una.

—En la agenda decía claramente la una.

—En la mía decía a las dos. Lo siento, papá. Ya me reuniré con él mañana.

—El problema es que mañana no puede venir. No podrá hasta la semana próxima. Eso retrasará el comienzo de las excavaciones y nos costará doscientos pavos aplacar a los peones y los albañiles que estaban listos para empezar. Han rechazado otro trabajo, y además tendré que dar explicaciones a los dueños de las casas... —Meneó la cabeza—. Bah, no importa. Haré que Alexander se reúna con el inspector de obras. Le

asignaré a él este proyecto. Entonces, ¿crees que podrás empezar a trabajar mañana mismo?

Alexander aceptó el trabajo. En su cabeza se agolpaban palabras relacionadas con cursos de ingeniería y arquitectura, responsabilidad, el aprendizaje desde cero del mundillo de la construcción de casas, e imágenes de Bill Balkman dándole palmaditas en la espalda. También se le pasó por la cabeza el pensamiento fugaz de que tal vez debería haberlo consultado primero con Tatiana, pero estaba completamente seguro de que ella aprobaría su decisión.

Steve le sugirió ir a tomar algo rápido, de modo que se fueron a Rocky's, en la calle Stetson de Scottsdale, se sentaron en la barra y pidieron unas cervezas.

—Debes de haberle caído muy bien a mi padre —comentó Steve—, porque nunca contrata a hombres casados.

Alexander lo miró con perplejidad.

—¿Y a cuántos hombres solteros encuentra después de la guerra? —exclamó él—. Supongo que no a demasiados.

—Bueno, yo estoy soltero —contestó Steve, sonriendo—, y después de la guerra. —Lanzó un suspiro—. Me prometí el año pasado.

Alexander se alegró de que Steve no tuviese el más mínimo interés en hablar de la guerra con él; así le resultaba mucho más fácil no tener que mentir.

—¿Y por qué te comprometiste si ahora suspiras?

Aquello hizo estallar en carcajadas a Steve.

—Lo hice porque lo único que me decía ella era «cuándo, cuándo, cuándo» —explicó—. Así que le di su anillo y ahora con eso está un poco más calladita. No la mantiene callada del todo, pero sí está más calladita. ¿Sabes lo que quiero decir?

Alexander dio un trago a su cerveza y no respondió, sino que tamborileó con los dedos encima de la mesa.

—Sólo tengo veinticuatro años, Alexander —dijo Steve—. Todavía no estoy preparado para sentar la cabeza, ¿sabes? Todavía no me he corrido suficientes juergas. ¿Cuándo te echaron a ti el lazo?

—A los veintitrés.

Steve lanzó un silbido de admiración.

—¿Estabas todavía en el ejército?

—Por supuesto.

—Caramba... Alex... ¿puedo llamarte Alex? La verdad, no sé cómo lo hiciste. ¿Casado a los veintitrés y además en el ejército? ¿Y las juergas de juventud?

—Me las corrí todas antes. —Alexander se echó a reír, alzando las cejas y su jarra de cerveza—. Absolutamente todas...

Y Steve también se echó a reír, entrechocando su vaso con él.

—Bueno, al menos nos entendemos. Joder, las mujeres están en todas partes, ¿sabes? En los restaurantes, en los clubes, en los hospitales... Conocí a una la otra semana en el hospital. Te juro que nunca has visto a una mujer como ella.

—Hablando de hospitales... ¿cómo te hiciste eso en el brazo? —Quiso saber Alexander.

—Bah, fue una estupidez. Perdí el equilibrio en lo alto de una escalera en una de las casas y me caí.

Los zapatos y la ropa de Steve no indicaban que fuese de los que se subían en lo alto de las escaleras de las obras, precisamente. Tal vez por eso mismo se había caído.

—No dejo de repetirle a mi padre que no estoy hecho para este oficio —le confió Steve alegremente—, pero él no quiere oírlo. —Alternaba entre un trago de su cerveza y una calada al cigarrillo—. Y por eso es por lo que me alegro tantísimo de que hayas aparecido tú. La verdad es que me quitas un montón de presión de encima.

—Bueno, es un placer ser útil —dijo Alexander, estrechando la mano de Steve y levantándose para marcharse.

Se moría de ganas de decírselo a Tatiana.



Esa noche lo celebraron con una cena íntima y una botella de espumoso cuando Anthony se hubo ido a la cama.

—Siento no haberte consultado tu opinión antes —se excusó él—, pero es que parecía el trabajo perfecto. ¿Qué impresión tienes tú?

—¿Yo? ¿Desde treinta kilómetros de distancia? —Sonrieron—. Si tú eres feliz, yo soy feliz, Shura. —Ella estaba recostada en la parte interior del brazo de él, pero lo miraba con aire pensativo—. ¿Cómo dices que se llama la empresa?

—Balkman Custom Homes.

—Balkman... —repitió—. Debe de ser un apellido muy corriente aquí, porque lo he oído antes. Frunció el ceño.

Alexander estaba exultante, loco de contento. Le habló de su idea de ir a clases en la universidad a partir del mes de enero.

—Voy a pedirle a Richter que me ayude a solicitar un préstamo militar para la matrícula. Sí, sí, ya sé que es un préstamo, pero es Richter, es para mis estudios y merece la pena. ¿Tú qué opinas?

—Opino que es maravilloso —contestó Tatiana, besándole la cicatriz del pecho.

—Y cuando sepa ya cómo hacerlo, construiré una casa para ti. —Le puso las palmas de las manos encima—. Con mis propias manos, así que empieza a pensar cómo quieres que sea la casa de tus sueños.

—Todavía estoy pensando cómo quiero que sea el banco de trabajo para pelar patatas que me prometiste —dijo ella, acoplada a él.



A la mañana siguiente, Alexander se fue de casa a las seis y media. Pasó todo el día con Balkman, se reunió con los inspectores de obras y los supervisores municipales, se reunió con los dos arquitectos, los fontaneros, los encargados de poner los cimientos, los lampistas, los carpinteros, los escayolistas, los estuquistas, los pintores y los ebanistas y los encargados de las molduras. Participó en una reunión en el despacho de Balkman con compradores potenciales de las casas, se fumó tres paquetes



de cigarrillos, apenas comió y llegó a casa a las nueve de la noche, hambriento y demasiado agotado para hablar.

Sin embargo, una vez en casa se sentó en la silla de la cocina y Tatiana le sirvió un estofado de pollo con salsa de vino y guindilla sobre un lecho de arroz y cebolla, con pan recién hecho; le encendió sus cigarrillos, le sirvió una copa y luego se sentó con él en el sofá y le acarició la cabeza hasta que él se quedó dormido y ella tuvo que despertarlo para que se fuera a la cama.

Tatiana le dijo que los tres días que ella llegaba tarde a casa, Francesca había accedido encantada a llevar a Anthony de vuelta a casa después del colegio a cambio de un poco de dinero y de que Tatiana le diese clases de inglés.

—¿Clases de inglés? ¿Tú? —dijo Alexander—. ¿No te parece una ironía?

—Todo me parece una ironía —contestó Tatiana.

El viernes, Steve le propuso a Alexander salir a tomar una cerveza con Jeff, otro capataz que trabajaba en la construcción de casas de precio medio en Glendale, y Alexander aceptó y no regresó a casa hasta las once. El sábado trabajó de sol a sol, y Balkman le pidió que fuese a trabajar unas horas el domingo, pero Alexander se negó.

—No trabajo los domingos, Bill.

El lunes, Bill le pidió que se quedara hasta tarde para reunirse con unos posibles clientes. El martes tuvo una reunión a primera hora de la mañana, una reunión a la hora del almuerzo y otra a última hora de la tarde. El pintor los dejó plantados tras una disputa sobre la paga, de modo que Alexander tuvo que quedarse a terminar de pintar una de las casas él mismo.

Se iba de casa muy temprano y regresaba muy tarde, estaba exhausto pero se sentía feliz. Además, Steve y Jeff le caían muy bien: después de beberse dos o tres copas, se transformaban en Jerry Lewis y Dean Martin. Balkman enseñaba personalmente a Alexander los secretos del oficio, vistiéndose con el mono de trabajo y acudiendo a la obra en persona. Un día, durante el almuerzo, Balkman mencionó los seminarios de formación

donde hablaban de los nuevos materiales de construcción, las innovaciones técnicas en los sistemas de aire acondicionado y la construcción de tejados.

—Unas cuantas veces al año asistimos a este tipo de convenciones para constructores, como ferias de muestras. En Las Vegas. —Balkman hizo una pausa muy elocuente, con una amplia sonrisa en los labios—. Los capataces aprenden muchísimas cosas sobre el oficio y los chicos se divierten un poco después de una dura jornada de trabajo.

—Estoy seguro.

Alexander le devolvió la sonrisa.

—Va a haber una dentro de dos semanas.

Alexander soltó el tenedor.

—Bill, no voy a poder ir.

Balkman asintió con gesto comprensivo.

—Lo sé, a los hombres casados les resulta más difícil marcharse unos días. ¿Tienes que hablarlo antes con tu mujercita? Lo comprendo. Dile que sólo será un fin de semana.

—Sí, Bill. Pero es que dentro de dos semanas tengo que ir a Tucson a pasar el fin de semana. Soy oficial de la reserva del Ejército de Estados Unidos. Les dedico dos días al mes.

Bill también soltó el tenedor de golpe.

—¿Oficial de la reserva? Eso sí que va a ser difícil... ¿Los fines de semana?

—Dos días al mes. Los fines de semana parecía lo más sencillo.

—Los sábados son nuestro día de trabajo más intenso, Alexander, ya lo sabes.

Éste no mencionó que Bill quería que pasase un sábado en Las Vegas.

—Lo sé. Recuperaré las horas más adelante. No quiero decepcionarte, pero tengo la obligación de ir.

—¿Va a ser algo continuo?

Alexander frunció el ceño.

—¿Comparado con qué? ¿Con las continuas convenciones en Las Vegas?

—Pero un nombramiento de oficial en la reserva significa que puedes renunciar después de un tiempo, ¿no es así?

—¿Renunciar?

—Piénsatelo, es lo único que te pido. Vas a ser muy valioso para mi empresa, Alexander. Quiero ofrecerte todas las oportunidades para que triunfes.



Anthony corrió a recibirlo a la puerta. Tatiana se acercó con una sonrisa un tanto forzada y un cucharón de madera en la mano.

—Hola.

—Hola.

La besó.

—Hueles a cerveza —comentó ella.

—He salido a tomar una copa con Stevie —dijo, desplomándose sobre una silla.

—Ah, ¿y qué tal te ha ido? —Se volvió hacia los fogones—. Anthony, hora de irse a la cama, como habíamos dicho.

—Pero ¡mamá...!

—Ahora, Anthony —dijo Alexander.

A regañadientes, el chico se levantó para marcharse. Cuando se alejaba, Alexander lo sujetó por la muñeca.

—Anthony —dijo—, cuando tu madre te diga que hagas algo, lo haces. Nada de ponerse gruñón, ¿lo has entendido?

Cuando el niño se fue de la habitación, Alexander observó a Tatiana, que le daba la espalda, concentrada en los fogones. Estaba preparando enchiladas de pollo con mole y arroz con salsa de cilantro y lima. Tania le enseñaba inglés a Francesca y Francesca le enseñaba a Tatiana los secretos de la cocina mexicana: un buen intercambio.

—¿Estás enfadada porque he salido a tomar una copa? —preguntó al fin—. Sólo intento ser sociable.

Ella se le acercó con un plato rebosante de comida, se inclinó hacia él y lo besó en la frente.

—No estoy enfadada contigo, cariño —dijo—. Aunque no me importaría que alguna vez llamas para decirme a qué hora vas a volver para así tener la cena preparada cuando llegues.

Le sirvió otra ración de arroz y más pan, le llenó la copa y luego permaneció en silencio junto a él, apretando el cuerpo contra el suyo. La mano de Alexander la rodeó automáticamente y se metió debajo de su falda, para acariciarle las medias de nailon. Siguiendo la costura, se detuvo en la zona de piel desnuda que había justo debajo del ligero. Le encantaba aquella porción de piel.

—Ya sé que últimamente ha sido una locura —dijo él—, pero no va a ser así siempre. No lo permitiré. Ya... ya me encargaré de resolverlo. Pero ¿qué es lo que te pasa, entonces? —Tatiana respondió con un suspiro—. Vaya, los suspiros no presagian nada bueno.

Anthony apareció corriendo para explicarles lo que estaban emitiendo por la radio, y Alexander apartó la mano del cuerpo de Tatiana y dijo:

—Nada de radio. A la cama, Anthony. Ahora mismo.

Pero una vez que Anthony hubo desaparecido de nuevo en su habitación, fue el propio Alexander quien suspiró. Le dijo a Tatiana que volvería enseguida y se fue a la habitación de su hijo, donde el niño se estaba poniendo el pijama en silencio. Alexander lo observó un momento y luego lo ayudó a volver del revés la parte superior, lo llevó al cuarto de baño, lo ayudó a lavarse los dientes y la cara, lo acompañó de nuevo a la cama, lo tapó con las sábanas y se sentó junto a él.

—¿Qué te pasa, campeón? —le espetó—. ¿Va todo bien? ¿En el colegio, bien? ¿Con Sergio? ¿Con mamá? ¿Por qué estás triste?

—Estoy cansado —respondió Anthony mientras se volvía hacia el otro lado, dándole la espalda a su padre—. Mañana tengo que ir al colé.

Alexander apagó la luz, se inclinó sobre la cama y apoyó los brazos a cada lado del cuerpo de su hijo.

—Tu padre está trabajando demasiado —dijo despacio—. Soy consciente de ello. Y ninguno de los tres estamos acostumbrados a eso. —

Los dos años anteriores, a lo largo de sus viajes por el país, apenas habían trabajado, lo justo para ir tirando—. Pero ¿te acuerdas de cuando tenías tres años y yo trabajaba en el barco langostero? Me iba de casa a las cuatro de la mañana y volvía a las cinco de la tarde. Eso sí que era un día muy largo...

—No me acuerdo —dijo Anthony—. Pero en ese sitio de los pájaros de cuellos largos y los canales no trabajabas nunca, ni siquiera cogiendo manzanas. Sólo intentábamos pescar ese pez, ¿cómo se llamaba?

—Esturión prehistórico. Aunque no tuvimos mucho éxito, ¿no, Anthony?

—Deberíamos habernos quedado más tiempo —dijo Anthony—. Así seguro que lo habríamos pescado. Mamá decía que el pez había ido nadando todo el camino desde ese río donde os casasteis para que pudieras pescarlo.

—Tu madre es muy graciosa. —Alexander besó la cabeza de su hijo—. Me tocabas unas canciones muy bonitas con la guitarra en ese canal —le susurró—. Este domingo me ayudarás a terminar la terraza de madera de la parte delantera de la casa. Voy a necesitar tu ayuda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papá.

Y rodeó el cuello de su padre con el brazo.

Después de la cena, durante la que Tatiana permaneció callada, Alexander salió afuera a fumar. Tatiana lo siguió. La imagen de las montañas ensombrecidas resultaba muy relajante bajo la luz de la luna, pero no tan relajante como las manos de Tatiana sobre su cuerpo. Tiró de ella para que se sentara en su regazo, y ella se sentó un momento, apretando su mejilla contra la de él, pero al cabo de unos segundos se levantó, lo cual no resultó tan tranquilizador.

—No querrás que me siente en tu regazo cuando te diga lo que tengo que decirte —dijo, mordisqueándose el labio con nerviosismo.

Alexander la miró fijamente.

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás... midiendo tus palabras?

—Sí —dijo—. Me cuesta un poco. Verás... —Lanzó un suspiro—. Ese amigo tuyo, ese Steve Balkman, ¿es un hombre joven? ¿Un muchacho

apuesto y un poco arrogante? ¿Lleva el brazo escayolado?

—Sí... ¿Y tú cómo...?

—Lo trajeron a urgencias una noche hace tiempo y yo fui la encargada de escayolarle el brazo cuando llegué al trabajo a la mañana siguiente.

Alexander frunció el ceño.

—¿Y? Se rompió el brazo al caerse de una escalera.

Hubo un silencio.

—No, no fue así —dijo Tatiana—. Se rompió el brazo en una pelea de borrachos.

—¿Qué? —Alexander se puso de mal humor. La expresión de su rostro era malhumorada. Buscaba una reacción que él se negaba a dar—. Muy bien, ¿y qué?

Tatiana retrocedió hacia la baranda.

—Llegaron a urgencias dos hombres, ambos heridos. También vino la policía. Al parecer, ese tal Steve Balkman había hecho unos comentarios de mal gusto sobre la novia del otro hombre. —Hizo una pausa—. El problema era que el otro hombre estaba muy malherido y la familia pensaba denunciarlo. Al final, se presentó William Balkman, tu nuevo jefe, ¿no?; entró, habló con los policías, con la familia del otro hombre, suavizó un poco las cosas y no se presentó ninguna denuncia. —Tatiana inspiró hondo y añadió despacio—: Creo que el hombre malherido era el anterior capataz de Balkman.

Alexander la miró con dureza, hasta que ella apartó la mirada.

—Muy bien —dijo él—. No querías decírmelo y ahora me lo has dicho. Una historia fascinante, gracias por hacérmelo saber... pero ¿y qué? Es normal que no le haya querido decir a su nuevo capataz que participó en una pelea en un bar. Yo tampoco lo haría.

—En una pelea en un bar con su anterior capataz por hacer comentarios soeces.

—Tania —dijo Alexander—, ¿acaso estás preocupada por mí? ¿Porque pueda pasarme algo si voy a tomar una copa con él? Si quieres preocúpate por cualquier otra cosa, pero no te preocupes por eso. —Tatiana deseaba decirle algo más, pero él no quería escucharla. Era evidente que no podía

mencionarle Las Vegas ni hablarle sobre su posible renuncia a su puesto de oficial en la reserva—. Estás haciendo una montaña de un grano de arena —dijo, zanjando el asunto.



Más tarde, en la cama, Alexander le dijo:

—¿Es que no lo entiendes? Aquí voy a labrarme una carrera y mi futuro. Voy a ser arquitecto, Tania. Voy a construir casas.

—Ya lo sé. Ese trabajo es perfecto para ti, pero es que hay miles de empresas de cons...

—¡No! —gritó él.

Alexander había gritado. Había levantado la voz; estaba furioso, tan furioso como para gritarle estando ambos desnudos bajo las sábanas, en su cama. No se habían gritado en el dormitorio desde Coconut Grove y ni siquiera entonces había sido... así. Sin saber cómo reaccionar, Tatiana, con labios temblorosos, dijo, en el tono más bajo posible:

—Chsss. Lo siento. No volveremos a mencionarlo.

Le acarició el rostro.

—Este trabajo es perfecto para mí —le espetó él, apartándose de ella—. Y si eres incapaz de entender por qué, no pienso ni quiero explicártelo.

—Amor mío, no tienes que explicarme nada.

—Tienes razón, no tengo por qué hacerlo. Saldremos a cenar con Steve y su prometida para que veas con tus propios ojos que es un buen tipo.

—¿Está prometido?

—¿Se puede saber por qué te sorprendes? —Ella se mordió el labio y no respondió. Alexander respiraba con dificultad—. ¿Qué? —exclamó—. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —Se volvió hacia ella con el rostro desencajado—. Dímelo ahora mismo antes de que...

Tatiana abrió la boca para hablar.

—¡No quiero oírlo!

Tatiana cerró la boca.

—¿Qué te pasa? —dijo—. ¿Cómo puedes juzgarlo, si ni siquiera lo conoces?

—Sí que lo conozco —repuso Tatiana—. Le escayolé el brazo, ¿recuerdas? Pero no voy a juzgar a nadie. Tienes razón. Estoy actuando... como una tonta. No hablemos más del tema. Es muy tarde. —Tatiana esbozó una sonrisa forzada y luego le acarició el pecho y la cara—. Está bien... Chsss... Y tienes razón, esto no es el Gulag, no es Katowice.

Cuando Alexander se quedó dormido, Tatiana se puso el batín de seda y fue a sentarse a la mesa de la cocina, enterrando la cara entre las manos. ¿Qué podía hacer? Era evidente que sea lo que fuese lo que Alexander necesitara de ella, no era oír hablar de los Balkman. No le dijo que Steve volvió al hospital tres veces buscándola, volvió incluso a pesar de que ella le dijo que estaba casada, que no estaba interesada en él, que no le gustaba. «Sal conmigo; tú les das mil vueltas a todas las chicas de Las Vegas, y las he visto a todas. Sal conmigo, anda». Y lo decía arqueando las cejas y con un abanico de sonrisas persuasivas y sugerentes. «No te arrepentirás, ya lo verás». Tatiana esperaba que la mirada adusta que le había lanzado lo disuadiera y lo convenciese de que no tenía ninguna oportunidad.

Además, en otra ocasión más reciente, Steve había ingresado de nuevo en el hospital, con el brazo roto y todo, tras otra pelea en un bar. Él y sus amigos habían obligado a desnudarse a un hombre y luego lo habían molido a patadas y puntapiés. Carolyn Kaminski, la enfermera de guardia que se lo había contado, describió la llegada de Bill Balkman, tras la cual la policía y el hombre que había recibido la paliza una vez más habían renunciado a presentar denuncia y se habían marchado. Tatiana quería contárselo a Alexander, pero él no quería oírlo. «He visto cosas peores en el ejército»: ésa sería su respuesta. Y tal vez tuviese razón. Alexander sabría mejor que ella las cosas que un hombre como Steve podía decirle a una mujer como Tatiana.

Aún seguía sentada a la mesa de la cocina cuando Alexander salió del dormitorio media hora más tarde buscándola.

—Joder —exclamó—, no soporto que te levantes en plena noche a sentarte a la mesa de la cocina como hacías en Bethel Island. Toda mi vida



me pasa por delante de los ojos. Ven a la cama.

### *La enfermera de guardia*

A la noche siguiente, una deprimida Tatiana volvió a casa del trabajo a toda prisa. Intentaba por todos los medios llegar antes que Alexander para poder preparar la cena y ordenar las cosas antes de que él regresara a casa hambriento y cansado. Anthony estaba cenando pizza en casa de Sergio porque era el cumpleaños de éste. Tenía que ir a recogerlo a las nueve.

Para su sorpresa, la camioneta de Alexander ya estaba aparcada fuera. Sólo eran las siete y cuarto. Por regla general, los viernes por la noche llegaba a casa más tarde. Tatiana subió los escalones y abrió la puerta. Estaba sentado en el sofá, con la cabeza ladeada. Tatiana apenas se fijó en el ramo de flores que había encima de la mesa.

—¿Shura?

Él contestó con un gemido. Tatiana se precipitó hacia él.

—¿Qué te pasa, amor mío?

Alexander estaba tendido en el sofá en calzoncillos largos, con una toalla húmeda sobre la frente. Tatiana le quitó la toalla. Alexander siguió con los ojos cerrados, con el mismo aire lánguido y apático. Meneó la cabeza de lado a lado.

—No lo sé, estoy enfermo...

—Tesoro, ¿qué tienes?

—Me duele todo el cuerpo. No puedo moverme... —Tatiana arrojó su maletín de enfermera al suelo.

—No, no —dijo él—. Trae el maletín.

Tatiana se acercó con el maletín y se inclinó sobre él en actitud solícita. Se arrodilló en el sofá a su lado y le palpó la cabeza y la cara. Él siguió con los ojos cerrados. Tenía la frente húmeda por la toalla.

—No creo que tengas fiebre...

—Necesito una enfermera... —murmuró.

—Cariño, estoy aquí contigo —contestó ella.

—¿Llevas puesto el uniforme?

—Pues claro. Acabo de llegar a casa del trabajo.

—¿Y llevas el pelo recogido en un moño?

—Por supuesto. Shura, abre los ojos.

—Los zuecos blancos, las medias blancas... ¿lo llevas todo?

—Sí, sí, pero ¿qué haces?

—Necesito una enfermera... —volvió a murmurar. Tatiana no dijo nada.

—Mmm... Veamos... —dijo al fin en tono oficioso—. Parece que está usted gravemente enfermo. Tendré que hacerle un examen completo antes de emitir un diagnóstico.

—Lo que usted crea mejor, enfermera Metanova.

Ella extrajo un estetoscopio del maletín.

—¿Podría quitarse la camiseta? Necesito auscultarle el pecho.

El estetoscopio tenía un tacto deliciosamente frío en su pecho.

Cuando Alexander abrió los ojos, la expresión de ella era solemne. Se había vuelto a poner la cofia de enfermera y desabrochado los botones superiores de su uniforme, dejando al descubierto el principio del escote.

—Tengo que comprobar que no haya humores malignos —continuó Tatiana, quitándole los calzoncillos largos—. Por favor, quédese muy quieto y no se mueva. Esto puede ser muy peligroso, debemos proceder con cautela. —Tatiana se desabrochó el sujetador de apertura delantera y se desabotonó el resto del uniforme, dejándose abrochado únicamente el botón justo debajo de sus pechos, ahora más prietos que nunca y que casi se salían por encima. Estaba semidesnuda ante él, con los pezones erectos de color coral, el vientre níveo y el ligero de color claro, que sujetaba sus medias blancas brillantes. Tatiana se arrodilló en la moqueta entre sus piernas—. Mmm... —murmuró de nuevo, sujetándolo—. Lo que me temía, humores malignos. Pero creo que podremos solucionarlo, capitán Belov.

Después de extraer un poco de aceite mineral de su maletín, se lo extendió por el cuerpo y luego lo frotó sobre él, y se colocó el miembro

resbaladizo entre los pechos, deslizándose hacia delante y hacia atrás sobre él.

Alexander no podía soportarlo.

—Creo que lo mío es un caso grave —murmuró entre gemidos, resistiéndose a cerrar los ojos—. Estoy muy, muy enfermo.

Asintiendo con la cabeza con aire sombrío, Tatiana acarició despacio el pene palpitante y hinchido, primero hacia arriba y luego hacia abajo con las manos untadas.

—Los humores malignos son enfermedades muy serias, capitán. No hay garantías.

Alexander hundió los dedos en el pelo de ella, y a Tatiana se le cayó la cofia. Él se incorporó a medias en el sofá y se inclinó para besarla.

—Siento lo de ayer, Tatia —susurró—. Lo de esos gritos estúpidos. No quiero que te preocupes. Por favor, confía en mí. Por favor.

—¡Capitán! —dijo ella, tensando los dedos de la caricia espiral que lo tenía sujeto, dejándolo sin habla y sin respiración—. Por favor, no debe usted hablar. Es por su propio bien.

—¿Hay tratamiento para los humores malignos? —preguntó Alexander, desplomándose de nuevo sobre el sofá.

—Bueno, antiguamente, el remedio —contestó Tatiana con calma— consistía en extraerlos mediante la succión.

Pero él no habló en tono calmado cuando dijo:

—Ya. ¿Y cree usted que ese tratamiento funcionaría hoy en día? La medicina moderna parece haber progresado bastante.

—Tiene razón, pero podemos intentarlo. Ahora quédese muy quieto y no se mueva. La boca no conoce límites. Es nuestra única esperanza.

Efectivamente, la boca no conocía límites. Él intentó detenerla al final, porque lo cierto es que deseaba tenerla encima de él con aquel uniforme de enfermera y el enloquecedor liguero abierto, pero ella susurró:

—Capitán, ¿quieres curarte? Pues entonces córrete en mi boca. Como a ti te gusta.

Obviamente, detenerla era por completo imposible.

La reacción de Alexander al uniforme blanco de enfermera de Tatiana y su moño tirante se convirtió en un reflejo tan condicionado que se sorprendió sintiendo una erección en cuanto la veía las mañanas en las que se iba hacia el hospital, durante los mediodías ocasionales en que se veían para almorzar y luego en cuanto veía el uniforme colgado en el armario, planchado y listo para el día siguiente. El punto culminante fue la intensa intumescencia ante el mero hecho de pensar en el uniforme blanco. Al cabo de un tiempo, Tatiana lo declaró enfermo terminal y anunció que no había cura posible para él.

Él se mostró gozosamente de acuerdo con el diagnóstico.

Sin embargo, ella siguió esgrimiendo todas las excusas imaginables ante Alexander para no salir a cenar con Steve y la prometida de éste.

### *La cena con Steve y su prometida*

Alexander llegaba tarde a casa, por lo que iba pisando a fondo el acelerador a la altura de Pima, a sabiendas de que Tatiana estaba en casa con Anthony, esperándolo. Eran las primeras Navidades que pasaban en Arizona. Alexander había colgado las luces navideñas alrededor de la casa y éstas brillaban en multicolor, como una ciudad de ensueño desde la parte inferior de la carretera. Vio su casita iluminada en lo alto de la colina en cuanto dobló a la derecha en Jomax, aún a kilómetro y medio de distancia. La tensión de un día frenético empezó a ceder un poco. Tras aparcar la camioneta, Alexander se demoró en la terraza delantera un momento para poder observar a su mujer a través de la ventana.

Había repartido calma y serenidad por toda la casa, y en todas partes reinaba el orden y la limpieza. Tenían libros, revistas y periódicos, y zapatillas y gorras de béisbol, y mantas para el sofá y adornos navideños, pero todo estaba en su sitio, todo rezumaba placidez y comodidad. Las lámparas de la mesa iluminaban tenuemente, el fogón estaba encendido y los copos blancos de nieve, adheridos a las ventanas.

Luego le dirá que de ahora en adelante eche las cortinas, pero esa noche está contento de poder verla sin que ella lo vea a él. Se siente como si estuviera detrás de las lilas en el verano de Lazarevo. Tatiana lleva el pelo recogido en la coronilla y oculta su cuerpo en uno de los suéteres gastados de Alexander del ejército, lo que significa que cuando él se lo ponga, olerá a ella. Tiene que acordarse de decirle que no lo lave. No deja de decirle que es una auténtica chica de Alberto Varga: podía ir envuelta en una alfombra y todavía parecería desnuda. En ese momento está preparando la mantequilla para el pan; ha hecho galletitas de azúcar; se están enfriando en la encimera. Alexander mira entonces a su hijo, que está sentado a la mesa fingiendo hacer los deberes. En realidad, lo que hace Anthony es seguir a su madre con la mirada. Cada vez que ella se mueve, la sigue con su mirada veneradora.

Anthony dice algo y ella se ríe, echando la cabeza hacia atrás, y luego se acerca y lo besa. Alexander ve la cara de su hijo cuando su madre lo besa, y luego la de ella al besarlo a éste.

Abrió la puerta y ambos acudieron a su encuentro. El árbol parpadeaba, la casa olía a pino, el estofado olía a gloria y el pan caliente y las galletas aún mejor.

—¡Papá ha llegado a casa! —dijo Anthony, cogiéndole las llaves.

—Papá ha llegado a casa —repitió Tatiana, levantando la cara hacia él —. Muy tarde.

Alexander la besó en la boca y luego en el cuello. Galletas y almizcle.

—Mmm... qué bien hueles... —susurró. Más tarde, durante la cena, Alexander anunció—: El viernes saldremos a cenar con Steve y su novia.

—No, este viernes no puedo.

—No quiero oírlo. Tania, ¡llevo cuatro meses trabajando para Bill! No lo conoces ni a él ni a Steve.

—Yo no diría que no conozco a Steve —repuso ella con frialdad—. Pero sé qué quieres decir.

—Déjalo ya. Me he quedado sin excusas.

—Pero yo no.

—Creen que eres un producto de mi imaginación.

—Mira —dijo Tatiana en tono alegre—, iremos en Año Nuevo, ¿qué te parece?

—Sí, entonces también. Pero Bill va a dar una fiesta de Navidad la semana que viene.

—Lo siento, pero no podré ir. Vikki y Tom vienen la próxima semana, y la tía Esther y Rosa también. ¿Se te había olvidado? La casa estará llena de gente para las fiestas. Anthony y yo tenemos mucho que hacer para tenerlo todo a punto.

—Oh, no... ¿Tiene que venir Vikki? —protestó Anthony en tono lastimero.

—Sí, Anthony, y más te vale que seas simpático con ella. Vikki te quiere mucho. Te va a comprar una bicicleta.

—La tía Esther ya me ha comprado una bicicleta.

—Bueno, pues entonces tendrás dos, y debes sentirte agradecido.

—Anthony, tendrás que ayudar el sábado —dijo Alexander—, porque resulta que el viernes tu madre está ocupada.



Alexander estaba sentado a la mesa de un pequeño y exclusivo restaurante italo-americano de Scottsdale llamado Bobo's, en compañía de Steve y Amanda, esperando. Como de costumbre, Tatiana llegaba tarde. Siempre llegaba tarde a todas partes, constantemente. Él no entendía cómo no la echaban del trabajo por su impuntualidad. ¿No le había comprado un reloj hacía tres meses para ayudarla a ser puntual? Salía del hospital a las siete, pero eran ya más de las ocho. Alexander trató de contener su impaciencia. Les trajeron el pan y las cartas. Amanda era una muchacha joven y guapa con el pelo castaño claro, bien peinada y maquillada, con aspecto de tener tendencia a engordar con la edad. Era de conversación afable, y Alexander esperaba que ella y Tania hiciesen buenas migas; todo sería mucho más fácil si los cuatro podían ser amigos.

Siguió charlando con Steve y Amanda, pero al final incluso Steve preguntó:

—¿Crees que todo está en orden?

Mientras asentía, Alexander solicitó la carta de vinos. Bobo, el dueño, se la trajo en persona:

—*Signor* Alexander, ¿dónde está la *signora*?

—Ya vuelve a llegar tarde, Bobo.

Alexander siguió fumando sin cesar y tamborileando con los dedos sobre la mesa. Y entonces, antes incluso de levantar la cabeza y verla, supo que había llegado porque hubo un cambio casi imperceptible en el aire del restaurante, como si lo hubiese barrido una brisa suave.

Bobo la acompañó hasta la mesa. Alexander y Steve se pusieron de pie. Tatiana llevaba un vestido entallado de color lavanda con bordados que Alexander nunca le había visto, y el pelo recogido en una trenza de campesina rusa con unos cuantos mechones que le caían a los lados de la cara. Llevaba un poco de máscara de pestañas y brillo de labios de color rosado.

—Gracias, Bobo, por tomarte tantas molestias. —Alexander se dirigió a Steve y Amanda—. Bobo lleva meses enamorado en secreto de mi esposa.

—¿Qué quiere decir con eso de «en secreto», *signor*? —exclamó Bobo con marcado acento italiano. El propietario del restaurante era calvo como una bola de billar, bajito, de cuello recio y ojos negros de mirada inocente—. Abiertamente, abiertamente enamorado de ella. *Signora*, si él no la trata bien, ya sabe dónde encontrarme.

—Gracias, Bobo —dijo una resplandeciente Tatiana—. Últimamente se porta fenomenal, pero siempre es conveniente mantenerlo a raya. —El dueño del restaurante se marchó a regañadientes, y Tatiana levantó la cara hacia Alexander—. Hola —dijo con una sonrisa—, lamento llegar tarde.

Él no la besaba en público, y no iba a empezar a hacerlo esa noche.

Tocándole la trenza, Alexander se volvió hacia sus amigos y, sin apartar la mano del hombro de ella, dijo:

—Amanda, Steve, os presento a Tania... mi esposa.

Tras estremecerse ligeramente ante un hombre que había pronunciado las palabras «mi esposa» con tanta felicidad, Amanda estrechó la mano de

Tatiana con cortesía. Alexander advirtió que Tatiana no ofrecía la mano a Steve, quien a su vez no la miraba, ligeramente ruborizado. Bueno, lo cierto es que Tatiana tenía un aspecto espectacular. El propio Alexander estaba ruborizándose. Se sentaron a la mesa y Amanda, en un tono sereno y cordial, dijo:

—Tania, me alegro tanto de conocerte por fin. Alexander nos ha hablado tanto de ti...

—¿De veras?

—Ya lo creo. Me parece increíble que lleve tanto tiempo trabajando con mi Stevie y no nos hayamos conocido hasta ahora.

—No, no, si Steve y yo ya nos conocemos —dijo Tatiana sin alterarse—. Yo me encargué de escayolarle el brazo hace unos meses en el Phoenix Memorial.

—¡Stevie! ¡No me lo habías dicho! —exclamó Amanda.

El rostro de Steve permaneció impasible.

—Bueno, pero yo no sabía que era ella, ¿no? —dijo, sirviéndose un poco de vino. Levantando la mirada de la copa sonrió con aire un tanto falso y burlón; luego, encogiéndose de hombros, añadió—: Lo siento, la verdad es que no me acuerdo de que nos hayamos conocido.

—Ah, ¿no? —exclamó Tatiana.

—Tania, ¿te apetece una copa de vino? —le ofreció Alexander con una tranquilidad pasmosa, sin ni siquiera arquear una ceja.

—Sí, gracias, Alexander. Me gusta tomarme una copita de vino de vez en cuando.

Lo dijo tosiendo un poco pero sin sonrojarse. Alexander inclinó ligeramente el cuerpo hacia ella cuando se acercó para brindar.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó en voz baja.

—Hoy no ha ido del todo mal —le contestó ella, en voz también baja.

—¿Dónde está tu reloj?

—Vaya. —Soltó una risa avergonzada—. Me lo debo de haber dejado en casa.

—Pues en casa no puede serte muy útil, ¿no crees?



Le sirvió un poco más de vino, le ofreció pan y luego le abrió la carta. Ella respondió a todo dándole las gracias cada vez; y él le contestaba «de nada» cada vez. Una pareja muy refinada, como dos personajes de las novelas de Edith Wharton. Alexander sonrió, preguntándose si los modales *fin-de-siècle* podían ocultar su profunda placidez conyugal.

Cuando levantó la vista para mirar al otro lado de la mesa, Alexander sorprendió a Amanda mirándolo.

—¿Y cuánto tiempo lleváis casados vosotros dos? —preguntó Amanda rápidamente, avergonzada porque la hubiesen sorprendido mirando de aquella manera.

—Siete años —contestó Tatiana.

—Siete años... caramba... —Amanda arqueó las cejas mirando a Alexander—. Lo de la crisis de los siete años no va contigo entonces, ¿no, Alexander?

—No mucho —respondió él.

Tania olía a lila y parecía vestida con las lilas del Campo de Marte, la parte superior de sus pechos asomando por encima de la tela color lavanda del pronunciado escote. Estaba tan exuberante y lozana, tan rubia y radiante, que Alexander no sabía cómo podía alguien hablar de otra cosa cuando su mujer lucía aquel aspecto.

—Tienes el pelo larguísimo, Tania. Nunca había visto una melena tan larga —comentó Amanda, que llevaba el pelo corto, a la moda, como todas las mujeres de su tiempo: corto, rociado con laca, cardado y ahuecado—. ¿Te dejan llevarlo suelto en el hospital?

—No, cuando voy a trabajar me lo recojo en un moño.

—La verdad, creo que deberías cortártelo —le aconsejó Amanda en tono solícito.

—Sí, ya lo sé. Llevo un peinado horriblemente anticuado, pero ¿qué puedo hacer? —Tatiana sonrió—. A mi marido le gusta largo.

Amanda se dirigió a Steve.

—¿Y a ti cómo te gusta, Stevie?

—Como bien sabes, me gusta de cualquier modo, Mand.

Y ambos se echaron a reír. Tatiana miró a Alexander y éste le dio un golpecito en la pierna.

Steve contó un chiste que gustó a todos, Tatiana incluida, y animado por el éxito del primero, siguió contando otro, y otro. Explicó anécdotas de cuando estaba destinado en Inglaterra, de cuando conoció a Amanda en una de sus casas, de la insistencia de su padre para que fuese a la universidad. Era un ser sociable, divertido, sabía bien cómo contar historias. Amanda permanecía atenta a su lado, pendiente de cada una de sus palabras. Luego ésta quiso hacerle algunas preguntas a Tatiana, pero nadie conocía mejor que ella la regla capital sobre los seres humanos: lo que más le gusta a todo el mundo es hablar sobre sí mismo. De manera que después de explicarle someramente a Amanda que había vivido en Nueva York, que ella y Alexander se habían casado y luego él se había ido al frente (nada de lo cual era, en sentido estricto, mentira), Tatiana desvió la conversación de sí misma y Amanda inició su propio relato de cómo había crecido en la tranquila Phoenix cuando todo eran tierras de cultivo y los indios acudían al centro de una ciudad sin asfaltar, a la Indian School Road, los sábados de mercado. Tatiana comentó que ella todavía acudía a ese mercado matinal tan concurrido. Sí, era asombroso la cantidad de gente que vivía en Scottsdale, señaló Amanda. ¿Era posible que Nueva York tuviese más habitantes aún? Le parecía imposible. Nunca había salido de Phoenix y sentía mucha envidia de Steve, que había estado en la lejana Inglaterra y que ahora iba a Las Vegas prácticamente todos los meses.

—Stevie me ha prometido llevarme a Las Vegas con él —dijo, y a continuación ladeó la cabeza con aire lastimero—. Todavía estoy esperando, cariño.

—Muy pronto, cielo, ya lo verás.

—Steve y su padre llevan meses intentando convencer a Alexander de que vaya con ellos a Las Vegas.

—Ah, ¿sí? —exclamó una sorprendida Tatiana.

Alexander intentó cambiar de tema porque Las Vegas era un asunto delicado. Amanda, sin inmutarse, siguió insistiendo y le preguntó a

Tatiana si ella había estado alguna vez en Las Vegas, y cuando ésta le respondió que no, de manera cortante, Amanda exclamó:

—¡Eres como yo! ¡Nunca has estado en ningún sitio! —Llegados a ese punto, Alexander se echó a reír, pero por alguna razón, a Amanda su risa no le pareció ni remotamente graciosa—. ¿Se puede saber qué tiene tanta gracia? —exclamó.

—Nada, perdóname. —Intentó ponerse serio—. Tania, ¿nunca has estado en Suecia? —Su mirada no era seria—. ¿En Finlandia, tal vez?

Ella le dio una patada en la pierna.

—No —contestó.

—¿Y en Rusia?

Volvió a darle otra patada, esta vez más fuerte.

—No —contestó—. ¿Y tú? —Luego volviéndose hacia Amanda, Tatiana dijo—: Antes de venir a Phoenix estuvimos viajando por Estados Unidos, así que en realidad sí que hemos visto algo de Estados Unidos. Y pasamos algún tiempo en Nevada —añadió—, pero decidimos no ir a Las Vegas porque no nos pareció que fuese el lugar más adecuado para criar a nuestro hijito.

—¡En eso tienes toda la razón! —intervino Steve—. En Las Vegas sólo puede haber hombres hechos y derechos.

Amanda se puso a reír a carcajadas.

Tatiana esbozó una sonrisa pálida. Alexander, por su parte, cambió de tema y empezó a hablar de negocios: las casas en construcción, los nuevos diseños arquitectónicos de Phoenix, y luego pasó a hablar de la inminente guerra con Corea. Steve exhibía una absoluta falta de interés en Corea pese a los esfuerzos de Alexander por encauzar la conversación hacia ese tema. Steve no se dejaba encauzar.

—No tengo estómago para la política, amigo mío, ya lo sabes. Sobre todo después de comer. —Se pidió otra cerveza—. Me encantan los chistes. Tengo otro sobre Las Vegas, ¿queréis oírlo?

—Steve, hay señoras delante —trató de disuadirlo Alexander—. Nada de chistes estúpidos de borrachos.

Amanda le dijo a Alexander que no se preocupase, que ya los había oído todos.

—Éste es nuevo —dijo Steve—. Te vas a desternillar de risa. —Dio un sorbo de cerveza—. Un hombre vuelve a su casa y se encuentra a su mujer con la maleta hecha. Ella le dice que se marcha y que se va a Las Vegas porque se ha enterado de que puede ganar cien pavos por noche haciendo lo que le hace gratis a él. El hombre se queda pensando un momento y luego empieza a hacer la maleta él también. La mujer le pregunta adónde va y él le contesta que también se va a Las Vegas. Cuando le pregunta por qué, él le dice: «Porque quiero ver cómo vas a sobrevivir con doscientos pavos al año».

Amanda y Steve se morían de risa. Alexander también se reía, pero a Tatiana no le hizo gracia. Alexander lanzó un leve suspiro, pero por suerte llegó la comida. Le dio a Tatiana parte de su bistec, le robó un poco de lasaña y le sirvió más vino.

De pronto, Amanda anunció:

—Stevie y yo vamos a casarnos en primavera, ¿verdad, Stevie?

—Por supuesto —dijo Steve, rodeando a Amanda con el brazo y dejando caer la mano desde el hombro, hasta que quedó muy cerca de sus senos.

Alexander lanzó una mirada a la boca fruncida de Tatiana.

—Enhorabuena —dijo ésta, en un tono que parecía decir: «No sabes cuánto te compadezco».

—Y cuando nos casemos, no voy a trabajar. ¿A que no, Stevie?

—Pues claro que no, muñeca. Podrás quedarte en casa y comer chokolatinas todo el día en bata y zapatillas.

¿Acaso estaba Amanda intentando dar un empujón a su prometido? Alexander era obtuso para esas cosas, pero la expresión de Tatiana le dio la respuesta, y luego, como para demostrarlo, su mujer preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleváis prometidos?

Amanda no respondió, pero Steve dijo:

—Casi cuatro años.

—Ah —repuso Tatiana—, cuatro años. —Sin inflexión.

—¿Y vosotros, cuánto tiempo estuvisteis prometidos? —Quiso saber Amanda.

Tatiana agitó la mano en el aire, como restándole importancia.

—Bah, estábamos en guerra. Las cosas no eran como ahora. Había que hacerlo todo muy rápido.

—¿Todo? —Amanda se rio tontamente—. ¿Cómo de rápido?

Como Tatiana no respondió, Alexander dijo:

—Dos días.

—¡Dos días! —exclamó Amanda, mirando a Alexander antes de quedarse callada.

—Se tenía que ir al frente —se apresuró a explicar Tatiana.

—Obviamente, no había tanta prisa —señaló Amanda—. ¿Y sólo tenéis un niño, Tania? ¿Estáis pensando en tener más?

—Lo estamos pensando.

—¿Lo estáis pensando o estáis haciendo algo al respecto? —preguntó Amanda y, de la risa, Steve se atragantó con la comida. Tatiana, cuya misión consistía en hacerse amiga de Amanda para que los cuatro pudiesen hacer cosas juntos, se comportaba en cambio como el irritable inspector de obras, que obviamente no estaba dispuesto a conceder el certificado de habitabilidad así como así, sin incentivos adicionales. Alexander le tiró con suavidad de la trenza—. Lo siento —dijo Amanda cuando acabó de reír—. Perdona, Tania, espero no ofenderte con mi forma de hablar.

—En absoluto.

—Es lo que ocurre cuando se pasa demasiado tiempo con Stevie y sus amigos, es inevitable. Este hombre va a ser mi ruina —dijo complacida—. Deberías haber oído el chiste que me contó cuando nos conocimos. Aunque es demasiado ordinario para repetirlo en público, ¿no es así, cariño?

—No me acuerdo del chiste, Mand. Seguro que era horrible.

—¿Te acuerdas del chiste de «como una criatura»? —insistió Amanda, y se echó a reír como una posesa, incluso se ruborizó.

—Steve —dijo Tatiana en tono mordaz—. Me encantan los chistes. Vamos, cuéntalo.

No apartó la mirada fría del rostro de Steve. Éste se echó a reír.

—No, es igual —dijo—. No creo que quieras oír ese chiste. Le sacaría los colores hasta a un camionero.

—Y que lo digas —comentó Tatiana.

Frunciendo el ceño, rememorando algo demasiado lejano en el tiempo para poder recordarlo con nitidez, Alexander miró a Tatiana a la cara y luego a Steve, que negaba con la cabeza, sin mirar a Tatiana, mientras examinaba los restos del bistec frío que tenía en el plato. A Alexander se le ocurrió de pronto que Steve, durante toda la cena, apenas se había dirigido a Tatiana, apenas había hablado con ella directamente. De hecho, y a pesar de que se comportaba con toda naturalidad en todos los demás aspectos, actuaba como si ella ni siquiera estuviera sentada a la misma mesa.

—Vamos a invitaros a nuestra boda —continuó diciendo Amanda, ajena a todo—. Enviaremos las invitaciones justo después de Navidad. El banquete será en el Scottsdale Country Club, un sitio muy, pero que muy selecto. Jeff y su prometida, Cindy, también quieren casarse allí pero, entre nosotros, no va a haber ninguna boda: Jeff todavía no está preparado para casarse, sencillamente. Habrá doscientos invitados. Vamos a tirar la casa por la ventana. —Estaba entusiasmada—. Tania, tú seguramente no tuviste una gran boda. Lo digo por lo precipitado que dices que fue todo.

—Tienes razón —contestó Tatiana—. Nuestra boda fue muy sencilla. Sólo nosotros, el cura y la pareja a la que pagamos para que fuesen nuestros testigos.

Amanda miró a Tatiana con expresión incrédula.

—¿Os casasteis y ni siquiera invitasteis a vuestras familias?

Ni Alexander ni Tatiana dijeron nada. Amanda siguió hablando.

—¿Y el banquete? ¿No hubo comida? ¿Ni música? ¿Cómo puede no haber comida ni música en una boda?

Alexander sí respondió entonces.

—Sí hubo música —dijo—. ¡Cómo bailamos la noche de nuestra boda!  
—Un silencio incómodo se adueñó de la mesa—. Pero no recuerdo si hubo comida. —Hizo una pausa—. ¿Comimos algo, Tania?

Él no la miró.

—Me parece que no, Shura.

Ella tampoco lo miró.

—¿Cómo te acaba de llamar? —preguntó Amanda.

—Es sólo un apodo por el que me llama a veces.

Alexander no soportaba ni un minuto más que Amanda siguiese mirándolos de aquella manera, ni un solo minuto más. Se levantó, hizo levantar también a Tatiana e hizo unas señas a Bobo, quien inmediatamente dio instrucciones a la orquesta para que tocara «Bésame mucho». En la pista de baile, Alexander atrajo a su mujer hacia sí.

—Tania, vamos, son una pareja simpática. Alegra esa cara. No te estás portando muy bien.

—Pero Shura, si tú siempre me dices que me porto muy bien —murmuró mientras se arrimaba a su pecho y le ofrecía la cara, agitando las pestañas.

Alexander entrelazó sus dedos enormes con los de ella, tan pequeños.

—Deja de hacer eso ahora mismo —la reprendió, mirándola con firmeza y apretándole las manos.

—Dime, ¿por qué tu amiguito Steve no quiere casarse con esa pobre chica?

—¿Para qué comprar la vaca —respondió Alexander— cuando puedes tener la leche gratis?

Alexander esperaba que ella se riese, pero al parecer, el chiste no le había hecho gracia. Con expresión muy seria, Tatiana repuso:

—¿Y tú crees que le está dando leche gratis?

—Y queso, y mantequilla también.

Y entonces ella sí se echó a reír.

*Bésame, bésame mucho...*

—Lo único que quiero ahora mismo —dijo él— es besarte esos pechos. Ahora mismo. Ya.

*Como si fuera esta noche la última vez...* Ella alzó el rostro hacia él.

—Pues vámonos a casa y podrás besarme en todas partes.

*Que tengo miedo a perderte, perderte después...*

Cuando volvieron a la mesa, Alexander pidió la cuenta y Tania se excusó para ir al baño. Amanda la acompañó. Ambas apenas se habían alejado un metro cuando Alexander dijo:

—Stevie, pedazo de bruto, ¿le dijiste alguna grosería a mi mujer cuando te estaba escayolando el brazo? Se comporta como si hubieses matado a su perro.

Steve se encogió de hombros.

—Alex, lo siento, amigo mío. Ya sé que ella dice que me lo escayoló, y estoy seguro de que tiene razón, pero te prometo que no me acuerdo de ella.

—No me vengas con tus historias de mierda. Hace cuatro meses me dijiste que habías conocido a alguien en el hospital, ¿te acuerdas? Era ella, ¿verdad?

—No lo creo. —Steve bajó la voz—. Conozco a tantas chicas...

—¿En el hospital? Joder, ¿cuántas veces has ido a ese puñetero hospital?

—Si le dije algo, lo siento. No sabía que era tu mujer, de lo contrario nunca le habría dicho nada, nunca. Eso lo sabes, Alexander. Trae, dame eso; invito yo. Insisto.



El viernes siguiente Alexander estaba de nuevo en Bobo's, esperándola una vez más, esta vez en compañía de Vikki y Richter. Acababan de llegar en avión; había ido a recogerlos a Sky Harbor, los había llevado a casa para que dejaran el equipaje, había dejado a Anthony en casa de Francesca y en ese momento los tres esperaban a Tatiana. Cuando ésta apareció al fin, sólo cuarenta minutos tarde («¡Ah, conque por Vikki sí eres capaz de llegar casi puntual!»), fue Vikki y no Bobo quien se levantó de un salto y dio un chillido de entusiasmo, arrojándose a los brazos de Tatiana.



Pasaron las siguientes cuatro horas comiendo, bebiendo, fumando, soltando palabrotas, bailando e incluso contando chistes desvergonzados.

Vikki y Richter formaban una pareja muy atractiva: jóvenes y altos, enamorados y llenos de energía y buen humor. Casi toda la conversación, dirigida enteramente por dos soldados, giró en torno al tema de Corea. Ni Vikki ni Tatiana pudieron decir ni una sola palabra.

—En realidad, tú tienes prohibido hablar —le dijo Richter a Vikki—. Sé que lo único que quieres hacer es quejarte de mí, y no pienso dejar que estropees una magnífica velada de conversación entre hombres sobre la guerra.

—Bueno, si no hicieras tantas cosas mal, Tom, no tendría ninguna queja sobre ti.

Richter estaba horrorizado por el hecho de que las tropas estadounidenses acabasen de recibir la orden de retirarse de Corea del Sur, puesto que era evidente que las intenciones del norte comunista consistían en atravesar el paralelo 38. Cinco meses antes, en julio de 1949, un oficial del Departamento de Estado llamado Owen Lattimore había dicho que lo único que cabía hacer era dejar que Corea del Sur cayese, pero sin que pareciera que Estados Unidos había precipitado su caída. Alexander cuestionó la lealtad y las prioridades de Lattimore, y quiso saber qué clase de mensaje transmitían esas declaraciones a Corea del Norte y los soviéticos, quienes se estaban encargando de armar y entrenar a los norcoreanos.

—Yo te diré qué clase de mensaje —dijo Richter—: «Venid cuando queráis y tomad lo que se os antoje. Tomad lo que creáis que es vuestro. Reunificaos, por favor. Nosotros no os detendremos, y lo que es más importante, no queremos deteneros».

Alexander acababa de leer los informes de inteligencia militar del general Charles Willoughby, quien decía que pese a sus reiterados y firmes desmentidos, los norcoreanos ya se estaban concentrando en el paralelo 38.

—¿Nosotros retiramos nuestras tropas y ellos ya están armando la zona desmilitarizada? —exclamó Richter—. ¿Tú no ves un pequeño

problema con eso? —Alexander lo veía—. Se preparan para invadir en primavera —prosiguió Richter—. Si llegásemos a Seúl un mes después, no podríamos detenerlos aunque quisiésemos.

—Y si nuestras tropas se están retirando, Tom, ¿entonces no tendremos que ir? —inquirió Vikki con aire expectante, cogiéndolo de la mano.

—Cierra la boca, mujer —dijo Richter, apartando la mano—. Nos vamos a ir a Seúl aunque tú, Willoughby y yo seamos los únicos norteamericanos que queden en la puta península de Corea.

—Joder, pues eso sí que es una buena noticia, teniente-marido —dijo una decepcionada Vikki—. Una buena noticia de mierda.

Tras servirle una copa de vino y encenderle uno de sus cigarrillos, Richter le dijo:

—Deja ya de refunfuñar. —Y acto seguido, volviéndola hacia él, añadió—: Es una orden, Viktoria.

—Es una orden, Viktoria —lo imitó ella.

Y luego se besaron durante cinco largos minutos, con las copas de vino en la mano, allí mismo, en la mesa y bajo la mirada estupefacta de Alexander, quien la desvió pudorosamente hacia Tatiana que, a su vez, no sólo no la desvió pudorosamente sino que además se quedó mirándolos con expresión dulce y conmovida. Tom Richter no requería ningún tipo de aprobación previa por su parte: a Tatiana le había gustado desde el primer momento.

—Richter sería capaz de tirarse a tu Vikki aquí mismo, en la mesa —le susurró Alexander al oído, apretándole la sien con la frente—, y a ti no te importaría lo más mínimo; pero mi pobre amigo Steve, en cambio, cuenta un chiste de mal gusto y no es más que un depravado.

En los postres, Vikki al fin pudo intercalar una protesta entre frase y frase.

—El mes pasado fue nuestro primer aniversario —dijo—, ¿y sabéis lo que me regaló mi adorado maridito? ¡Un robot de cocina! ¡A mí! ¡Un robot de cocina...!

—Era una indirecta, Viktoria.

Vikki puso los ojos en blanco con aire teatral, y Richter hizo lo propio.

Tratando de reprimir una sonrisa, Alexander miró a Tania, que estaba tan concentrada en su tarta de chocolate que apenas prestaba atención. Le chiflaban los electrodomésticos de todas clases; no había abrelatas eléctrico, batidora o cafetera que no despertase en su esposa un entusiasmo salvaje. Contemplaba embobada todos los sábados los escaparates que exhibían esos artículos, se leía los manuales de instrucciones en la tienda y por las noches obsequiaba a Alexander con la recitación de sus atributos técnicos, como si de la poesía de Pushkin se tratara.

—Tania, cariño, mi mejor amiga —dijo Vikki—, por favor, dime que tú también opinas lo mismo. ¿A que un robot de cocina es el regalo menos romántico del mundo?

Tras pensarlo un buen rato, Tatiana exclamó con la boca llena:

—¿Qué clase de robot de cocina?



Para Navidad, Alexander le regaló a Tatiana un robot de cocina, lo último de lo último en su línea, el mejor del mercado. En el interior, Tatiana encontró un collar de oro. Pese a tener invitados en casa y a que Anthony dormía justo fuera, en el sofá, aquella noche de Navidad Tatiana le hizo el amor a Alexander a la luz de las velas y ataviada únicamente con el collar, encaramada y sentada a horcajadas encima de él, con la suave melena de seda ondeando en cascada y los senos oscilando sobre el pecho de su marido.

### *El albañil*

Tatiana iba muy arreglada, con un vaporoso vestido amarillo combinado con una chaqueta corta, el pelo trenzado y la cara lavada. Le había llevado el almuerzo a Alexander, pero éste no aparecía por ninguna parte en la obra; allí sólo estaban los albañiles, muy ocupados con el espacio abierto de la nueva estructura. Tatiana permaneció junto al coche y

mientras esperaba, pensó en su querida Vikki, que acababa de marcharse, y en lo incómodo que le hacía sentir a su hijo, Anthony, quien no había sido el mismo durante la semana que Vikki y Tom se habían quedado con ellos. Vikki tampoco pasaba por su mejor momento. Se había casado con Richter tras un tórrido romance el año anterior, pero ahora él estaba a punto de partir hacia Corea y ella no quería irse con él. Pero ¿qué hacía una joven recién casada mientras su marido estaba en la otra punta del mundo? Vikki había visto con sus propios ojos cómo vivía Tatiana sola en Nueva York.

—No quiero vivir como vivía Tania, como una maldita viuda —se quejó Vikki, incluso a Alexander.

—Dime, ¿exactamente... —le preguntó éste a Vikki, quien parecía perpleja por la súbita expresión de satisfacción en el rostro de él—, hasta qué punto era una viuda desconsolada? Y no me ahorres ni un solo detalle.

Tatiana había tenido que acudir al rescate de su amiga, apartarla del buscabroncas de su marido y poner fin a la conversación.

Tatiana vio interrumpidos sus pensamientos por los albañiles, que habían dejado de trabajar y la estaban mirando atentamente. Sintiéndose un poco incómoda, se subió al coche y en cuanto lo hizo...

—Hola, Tania. —Steve Balkman estaba dando unos golpecitos en su ventanilla mientras abría la puerta del sedán—. Alexander no está. Debe de haberse olvidado de que venías.

—No lo creo —dijo Tatiana, bajándose del coche de mala gana.

—Ha tenido que volver al despacho de papá a por unos formularios para los malditos inspectores. Resulta que los que yo tenía no sirven. Volverá pronto.

Tatiana se planteó no esperarlo. Steve se aclaró la garganta.

—Por favor —dijo ella—, cuanto menos digas, mejor.

—Si te ofendí en el hospital aquella vez, lo siento —se disculpó.

—Disculpas aceptadas. —«¿Cuál de las veces?».

—Sabes que nunca te habría dicho nada si hubiese conocido a Alexander.

«Eso díselo al antiguo capataz y a su novia».

—Sólo estaba tonteando contigo. Soy muy feliz con Amanda.

«Un hombre puede ser perfectamente feliz con una mujer, siempre y cuando no la ame», pensó Tatiana, parafraseando al inmortal Oscar Wilde. No dijo nada y retrocedió un paso para alejarse de él. ¿Dónde estaba su marido? No le gustaba el modo en que la miraban los albañiles. Nunca actuarían así si Alexander estuviese ahí.

Steve sonrió.

—Estás muy guapa hoy —dijo, repasándola de arriba abajo—. Ven, te presentaré a la cuadrilla.

Tatiana negó con la cabeza y dijo:

—No soy la reina, Stevie, soy la mujer de Alexander. Hazte a ti mismo un favor y no me presentes a otros hombres.

La sonrisa de Steve permaneció inalterable.

—Vamos, si por aquí somos todos muy campechanos... Créeme, tu marido sabe perfectamente cómo es esto.

—No —repuso Tatiana con frialdad—, no creo que mi marido lo sepa.

Alexander regresó justo a tiempo de ver la sonrisa congelada en el rostro de Steve, por lo que éste y Tatiana no tuvieron ocasión de seguir discutiendo sobre la naturaleza comprensiva de Alexander. Éste le entregó a Steve los formularios y se llevó a Tatiana y el cesto de comida en su camioneta a un solar de construcción cercano, donde almorzaron lejos de las miradas de los otros.

—Vas demasiado guapa y elegante, Tania —dijo—. Yo no necesito que te pongas así por mí, y esos animales mucho menos.

Tatiana no quería decir lo que pensaba en realidad: que no podía arreglarse para él porque la gente con la que trabajaba era incapaz de mostrar un mínimo de respeto. Alexander se inclinó hacia ella.

—Son sólo una panda de imbéciles, no les hagas caso. Tengo que volver. Dame un beso.

Cuando regresaron a la obra, Tatiana tenía el carmín de los labios un poco corrido y el pelo despeinado; él le había metido las manos en el pelo y luego bajo la combinación. Mientras Alexander la acompañaba al coche, se oyó un aullido de lobo. Alexander fulminó con la mirada a la pandilla de albañiles que estaban terminando el almuerzo.

—¿Os habéis vuelto locos o qué?

Todos fingieron no haberlo oído. Tatiana se fue en su coche sin hacer ningún comentario y Alexander, sin decir nada más, siguió su camino. No había avanzado ni un metro cuando el jefe de la cuadrilla le dedicó una sonrisa cómplice.

Pero ¿de dónde sacaba Balkman a aquella panda de energúmenos? Ese hombre debía de ignorar por completo los códigos de conducta de un hombre hecho y derecho. Arqueando las cejas, el albañil miró hacia el camino por donde había desaparecido el sedán y dijo:

—Pero ¡qué pedazo de hembra! Ésa sí que te tiene que poner...

—No lo dirás en serio, supongo —dijo Alexander.

El albañil tampoco tenía el menor sentido de la supervivencia, porque abrió la boca de nuevo para hablar. Alexander lo agarró por las solapas de la camisa y lo arrojó contra el suelo. El hombre dio un resoplido ofendido (era él el ofendido, encima) y anunció que se largaba, y su cuadrilla con él.

Bill Balkman no estaba muy contento.

—Trabajas para mí —le dijo a Alexander—, representas a mi empresa. El hecho de que la gente se marche y nos deje cada dos por tres tiene consecuencias nefastas para nuestro negocio. Además, sabes perfectamente que esos tipos no pretendían hacer daño a nadie. Son sólo fanfarronerías inofensivas de hombres.

—Y una mierda —le espetó Alexander—. Sé cómo funciona el asunto, he estado en el puto ejército, joder, y en ninguna parte he oído a ningún hombre hablar así de la esposa de otro hombre... a menos que quisiera quedarse sin dientes.

—Vamos, hombre, sólo son chiquilladas... Ni a Amanda ni a Margaret les importa...

Margaret era la novia de Bill.

—Tania es mi esposa. El matrimonio para ella es sagrado —replicó Alexander, mordaz. Puede que no lo fuese en la Unión Soviética, donde para ella había sido como su condena a muerte, pero no estaban en la Unión Soviética—. Ella es intocable —sentenció—. Eso está fuera de toda discusión, y Bill, vamos a tener un problema muy grave como tenga que

volver a explicarlo... —Alexander fulminó a Balkman con la mirada—, a cualquier otra persona, sea quien sea.

—Tranquilo, tranquilo —se apresuró a decir Balkman—. Tienes razón, por supuesto. Se ha pasado de la raya. Me alegro de que se haya marchado. Además, de todas formas era muy malo, pero, mientras tanto, dime: ¿qué piensas hacer sin albañiles, por muy malos que sean?

Alexander contrató a varios hombres más y se pasó la primavera acarreando pesados bloques de cemento y mezclando la base de argamasa bajo un sol de justicia y colocando luego tejas encima, cosa que había aprendido a hacer gracias a Balkman. Era rápido, diligente y muy trabajador.

—Buen trabajo, Alexander —le dijo Balkman desde abajo, para que Steve lo oyera, y luego le dio un aumento de sueldo.

Y después de levantar toneladas de tejas y de sacos de cemento día tras día, los brazos y los pectorales de Alexander parecían obras esculpidas en mármol por escultores romanos. Tenía un cuerpo imponente.

Ya no le cabía ni una sola de sus camisas ni de sus chaquetas, y tuvo que comprarse un guardarropa nuevo.



En verano, Tatiana ofreció su primera reunión Tupperware en casa. Lo hizo por su amiga Carolyn Kaminski, que siempre estaba ocupada con otras cosas además de su trabajo como enfermera. Aquel mes le tocaba al Tupperware. Tatiana invitó a unas cuantas enfermeras, a Francesca (quien rehusó la invitación, puesto que acababa de dar a luz), y a regañadientes, a instancias de Alexander, invitó también a Amanda y a Cindy, la novia de Jeff. A pesar de todas las reuniones sociales a las que acudían juntas, todas las cenas, las barbacoas y los ocasionales almuerzos sólo de chicas, los progresos en la amistad entre Tatiana y Amanda eran muy lentos, al igual que los preparativos para la tan cacareada boda, que naturalmente no se celebró en primavera.

El domingo por la tarde un total de doce mujeres asistió a la reunión. Anthony se fue a casa de Sergio, y Alexander prometió quedarse en el cobertizo de las herramientas y no salir hasta que las chicas se fueran.

La reunión fue un éxito. Tatiana había preparado unos *pirozki* y bocadillos con pan recién horneado. Bebieron té negro como si fueran rusas. Todas, aprovechando la ocasión, se habían puesto especialmente guapas (la hermosa y alta Carolyn especialmente), ya fuese con el pelo cardado, planchado, recogido hacia atrás o rociado con laca, y todas llevaban faldas de vuelo con combinación, medias enteras, y camisas de cuello alto. Entre todas habrían gastado al menos medio litro de delineador de ojos negro. Tatiana era la única que apenas iba maquillada, con las pecas que los polvos compactos no conseguían disimular. Llevaba el vestido que tanto gustaba a Alexander, sin combinación, un suave vestido de seda salvaje con estampado de flores y pajaritas en las mangas, e iba sin medias (también eso le gustaba a él) y con el pelo recogido en un moño para parecerse al resto de las mujeres.

Estaban a punto de dar por terminada la reunión y las chicas estaban decidiendo qué contenedores de plástico iban a pedir. Charlaban sobre los últimos artículos del *Ladies Home Journal* («Comidas ultracongeladas que harán las delicias de tu marido», «Dos innovadoras formas de colocar los espejos», «Trucos para conseguir una piel perfecta»), cuando una de las mujeres miró por la ventana y dijo:

—Tania, ¿tienes a los albañiles trabajando en tu casa un domingo? Porque uno de ellos viene para aquí ahora mismo...

Todas las mujeres se asomaron a mirar. Tatiana se mordió el labio. ¡Se suponía que Alexander iba a quedarse en el cobertizo!

—No, si no es ningún albañil —dijo Amanda—. Ése es el marido de Tatiana.

Las enfermeras volvieron la cabeza hacia Tatiana muy despacio. La puerta de atrás de la cocina se abrió y Alexander entró por ella. Llevaba sus vaqueros Lee muy gastados y unas botas marrones enormes de trabajo, con las que debía medir más de un metro noventa y cinco. Estaba sudando a mares, y llevaba los torneados brazos desnudos y morenos cubiertos de



suciedad y astillas. Las mangas cortas de su camiseta negra estaban arremangadas hasta la altura de los hombros, y las marcas de las cicatrices grises y los tatuajes azules eran claramente visibles.

—Buenas tardes, señoras —las saludó desde la puerta, sonriéndoles con sus dientes blancos y perfectos rodeados por una barba de dos días. Trajo consigo el calor del exterior y el olor a tabaco y a sudor... y también un súbito desconcierto entre las decorosas mujeres—. Hola, Carolyn, ¿qué tal? Siento interrumpir. Tania, ¿me das mis cigarrillos y algo de beber? Es que se me han acabado.

Tatiana se levantó rápidamente.

—¿Es que no vas a presentarnos? —le dijo Melissa con voz afectada.

—Ah, sí, perdón. Esto... chicas, os quiero presentar a Alexander, mi marido.

Alexander se llevó la mano a un sombrero invisible y ella corrió a traerle lo que había pedido.

—Alexander, ¿por qué no te sientas y te tomas algo con nosotras? —sugirió Carolyn—. Ya casi hemos acabado, ¿a que sí, chicas?

—¡Sí, sí! Además, hace tanto calor ahí fuera... Venga, siéntate por favor. El caso es que ya casi estamos.

Tatiana le trajo al instante la limonada y los cigarrillos y dijo:

—Alexander tiene mucho que hacer en el cobertizo, ¿verdad, cariño?

Y lo empujó hacia la puerta.

—Eh... Sí, el caso es que sí, sí tengo mucho trabajo. Bebió directamente de la jarra y no se detuvo hasta que sólo quedó la mitad del refresco. —Hace muchísimo calor ahí fuera. Bueno, encantado de conocerlas, señoras.

Le arrebató a Tatiana los cigarrillos de la mano, guiñándole un ojo, y desapareció. Cuando la puerta se hubo cerrado, una sonriente Carolyn preguntó:

—Tania, ¿de dónde lo has sacado?

—Me lo encontré suelto por la calle —contestó ella, atareada limpiando la mesa.

—¿Y anduvo suelto mucho tiempo? ¿Cómo es que tiene esas cicatrices y tatuajes?

—¿Cicatrices? Querrás decir cómo es que tiene esos pedazos de brazos... —señaló Melissa.

—Las cicatrices y los tatuajes son de la guerra, los brazos son de la construcción.

Tatiana siguió enfrascada en la tarea de recogerlo todo.

—¿Es obrero de la construcción? Lleva un tatuaje de una cruz. ¿Es religioso?

—Tiene otra, de un martillo o algo así. ¿Eso también es algo de la construcción?

«Oh, qué Dios las bendiga...», pensó Tatiana. Era como si el Telón de Acero no hubiese caído sobre Europa.

—¿Cuándo os casasteis?

—En 1942.

Por suerte, las chicas no señalaron que en el año 1942 en alguna parte estaban en plena guerra. Lo cierto era que el tiempo sí atenuaba muchas cosas.

—Trabaja para mi prometido, Steve, de la Balkman Custom Homes —le explicó Amanda—. Steve y su padre son los dueños de la empresa. Steve y yo vamos a casarnos muy pronto. Él y Alex son muy amigos.

Cindy, con aspecto de duendecilla con su pelo corto y oscuro, dijo:

—También trabaja con mi prometido, Jeff. Nosotros también vamos a casarnos muy pronto.

Las enfermeras escucharon educadamente y luego se dirigieron a Tatiana.

—Bueno, y dinos, ¿qué clase de marido es? —preguntó Melissa—. ¿Es gruñón? ¿Es temperamental? ¿Es muy exigente?

Tatiana hizo lo posible por no apretar con fuerza la boca. Su marido era todo eso y más.

—Es la razón por la que fichas y te vas zumbando con el coche en cuanto acaba tu turno —dijo Carolyn, dando un pellizco a Tatiana.

—Ahora lo entiendo todo —intervino Erin, la recepcionista—. Ni siquiera espera a que llegue la enfermera del siguiente turno. Acaba a las siete en punto y a las siete y un minuto ya está en el coche.

—Chicas, ¿habéis acabado ya? —dijo Tatiana, y Carolyn y Erin se echaron a reír.

Querían saber en qué trabajaba, cuántas horas, si tenía que ir bien vestido al trabajo o si siempre llevaba aquella ropa, si llegaba a casa cansado... Había sido soldado, ¿por cuánto tiempo? ¿Cuál era su rango? ¿Seguía siendo capitán? ¿Cuánto tiempo había estado en el frente? ¿También quería «guerra» en casa? Unas risitas aderezaron la última pregunta.

—Siempre tiene la guerra en la cabeza —contestó Tatiana, muy seria.

Siguieron acribillándola a preguntas otra media hora más, a la mayoría de las cuales no contestó, y luego Tatiana se despidió de las últimas invitadas y fue a la parte posterior de la casa, donde encontró a Alexander sentado en la barandilla, fumando. Se había quitado la camiseta por el calor.

—¿Se puede saber por qué has entrado? Sobre todo así de desaliñado... —dijo Tatiana, subiendo los escalones—. Me prometiste que no vendrías. No han hablado de otra cosa el resto del tiempo.

—¿De verdad? —exclamó él, sonriendo—. ¿Y qué querían saber? —Ella meneó la cabeza con gesto resignado y se rio—. ¿Y tú qué les has dicho? —Alexander sonreía de oreja a oreja—. ¿Les has contado algo suculento?

—Déjalo ya. Ve a asearte. Anthony volverá muy pronto.

—Les habrás dicho al menos —insistió él, bajando la voz— cuánto te gusto cuando voy sudado, ¿no?

Era imposible. Y sin embargo, al verlo sentado en lo alto de la barandilla, con las piernas enfundadas en sus vaqueros favoritos, sus ojos chispeantes del color de la crema de caramelo derritiéndose al mirarla, aquellos espectaculares brazos musculosos y el torso suave, desnudo y reluciente, Tatiana tuvo que sujetarse a la silla de la terraza porque no quería que él viese cómo le temblaban las piernas. Sin embargo, la sonrisa

de Alexander era tan radiante que sin duda ya lo había advertido. Dejó su vaso de limonada, apagó el cigarrillo y se bajó de la barandilla de un salto.

Tatiana levantó las palmas de las manos.

—Shura, por favor... —dijo con voz ronca.

—De acuerdo —murmuró él—, como me lo has pedido con tanta dulzura...

La levantó en volandas y la llevó en brazos hasta el cobertizo, cerró la puerta a sus espaldas de una patada y la depositó en el suelo. Allí dentro hacía un calor abrasador. El cobertizo estaba muy ordenado y limpio, pero aún olía a serrín, madera, metal y herramientas eléctricas, engrasadas con aceite. Alexander le bajó un tirante del vestido y luego el otro. Le quitó la prenda, le desabrochó el sostén, le bajó las bragas y la dejó de pie desnuda ante él.

Tatiana quiso evitar que se le acelerara el pulso, desnuda ante la mirada de su hombre; quiso evitar que le temblasen las piernas, que se le endureciesen los pezones... pero no lo consiguió.

—Tania —habló él al fin, despacio, con total tranquilidad, rodeándole la cintura con las manos, atrayéndola hacia sus vaqueros y la hebilla del cinturón que los sujetaba—. Ni siquiera voy a desnudarme, me voy a dejar las botas y los vaqueros puestos, pero tú vas a seguir así, desnuda... —la levantó en el aire y la dejó encima de su banco de trabajo—, en el banco para cortar patatas que he hecho para ti. —De pie entre las piernas de ella, frotó el pecho sudoroso contra los pezones afiladamente erectos de ella. Esta vez Tatiana no contuvo sus aparatosos gemidos; se recostó hacia atrás sobre los brazos temblorosos. Él acomodó la barba áspera en la boca de ella, en su cuello, en sus pechos...—. Tania, te gusta esto, ¿a que sí? —le susurró Alexander, algo más agitado—. ¿Se lo has dicho a tus amigas de la reunión de Tupperware? —Le enroscó los dedos en los pezones, tirando suavemente de ellos—. ¿Se lo has dicho?

Ella gimió en la boca de él como respuesta. Se besaron apasionadamente. Tatiana se abrazó al cuello de él y Alexander se abrazó a la espalda de ella.

—Claro que no se lo has dicho —continuó él, desabrochándose el cinturón y bajándose la cremallera de la bragueta—. Con ellas eres toda remilgos y compostura, mojigata. —La tendió horizontalmente sobre la superficie del banco y tiró de sus caderas hasta colocarlas en el borde. Tatiana se sujetó a la superficie con las manos—. ¿Qué quieres que haga ahora, Tatia? —dijo, de pie encima de ella, agarrándola de las caderas con las manos—. ¿Eh? Dímelo.

Ella ni siquiera consiguió articular un «¡Oh, Shura!».

Se corrió en cuanto él la penetró.

### *El domingo en la piscina*

En verano hace un calor abrasador, de eso no hay la menor duda. Pero durante el invierno, en Scottsdale, mientras intentan llevar una vida normal, se ponen camisas de manga larga y chaquetas ligeras y se sientan fuera a beberse el té y fumar un cigarrillo, contemplando el valle y las montañas y la puesta del sol sobre el desierto. Tras su primera primavera juntos en lo alto de la colina, Alexander dice que tal vez Tatiana tiene razón, que puede que no haya nada más hermoso que el desierto de Sonora cubierto de matorrales, como girasoles en plena floración, con el ocotillo rojo y el cactus saguaro blanco y el palo fierro de color rosa pálido que se refleja en la implacable luz del sol.

Nunca llueve, salvo durante la breve estación del monzón; todos los días hace sol, todas las noches son cálidas y lucen las estrellas. No hay nieve. «Está bien que no haya nieve», se dicen, mirándose de soslayo. La tía Esther pilló un fuerte catarro en la ventisca de 1951 que por poco le cuesta la vida. Tatiana se pregunta si habrá nieve en Corea, donde están Vikki y Richter. Corea del Norte atravesó el paralelo 38 en junio de 1950, tal como Richter había predicho, y rodeó Seúl, en Corea del Sur, en apenas unas semanas; tuvieron que pasar otros dos meses para que las Naciones Unidas hiciesen las cosas como es debido y permitiesen contraatacar a MacArthur.

Alexander y Tatiana recorren los trescientos veinte kilómetros de ida y vuelta a Tucson al menos un fin de semana al mes para realizar los informes de inteligencia en Fort Huachuca. Ella y Anthony hacen un poco de turismo mientras Alexander examina montones de datos clasificados en ruso, de máximo secreto, sobre armas y satélites espaciales y europeos, y actividades espaciales y mundiales. También lee muchos de los informes del general Willoughby. Durante el transcurso de la guerra, se reabre la estación de pruebas de armamento de Yuma y Alexander es destinado allí, donde a fin de cumplir con sus diecisiete días al año adicionales de servicio activo, examina y entrena a otros jóvenes reservistas en el uso de nuevas armas de combate: munición, artillería, vehículos blindados... Yuma es más grande que toda Rhode Island. Es un campo de prueba para armas de las cuatro secciones del departamento militar estadounidense, y las órdenes de servicio para Alexander empiezan a llegar sólo a Yuma. Tania ya no está tan contenta. Tucson es muy hermosa y está llena de historia y de misiones católicas que ella y su hijo pueden visitar a su antojo, mientras que Yuma está en medio de la nada, y no hay nada allí salvo Alexander. Protesta sólo un poco, aunque al final siempre lo acompaña. Anthony nunca protesta, pues es su momento favorito del mes, porque de vez en cuando, si su padre no está ocupado o nervioso, se lleva a Anthony a dar una vuelta en un *jeep* blindado de la Segunda Guerra Mundial.

En casa, Tatiana siempre está cocinando. Gracias a Francesca, ahora sabe cómo preparar tacos y enchiladas, burritos y tostadas, fajitas y potentes margaritas. Más raramente elabora platos de la cocina rusa: *pirozhki*, *blinchiki*, sopa de pollo, ensalada Olivier. Le gustaría poder preparar *borsch*, pero ésta lleva col. Toda la comida rusa les afecta, como la lengua rusa. Siguen hablando ruso en la cena, para que Anthony lo practique, pero ahora son estadounidenses; se han acostumbrado tanto a hablar en inglés delante de otras personas que a veces incluso lo hablan en la cama. Al fin y al cabo, todo lo que Alexander le susurra al oído al calor de la noche siempre ha sido en inglés.

Sin embargo, Tatiana oye a Alexander tararear canciones de guerra soviéticas mientras hace pequeñas chapuzas en la casa. Las tararea en voz baja para que ella no lo oiga, pero lo oye. Cuando las oye, Tatiana le habla en ruso, y como si fuera una especie de acuerdo tácito, él le contesta en ruso. Pero el ruso les hace daño a ambos. Él intenta dejar de tararear, ambos bajan la cabeza y continúan con su vida como si nada, salvo por los vestigios del pasado que no pueden quemar.

Tatiana fabrica la masa para el pan los días que no trabaja, para que siempre haya suficiente; lo único que tiene que hacer Alexander es meterla en el horno. «Hasta tú puedes encender un horno, ¿no, comandante de batallón?». Es imposible convencerla para que deje de hacer pan, por lo que él ha dejado de intentarlo y ahora la ayuda, viendo que así ella acaba antes. Mientras amasan, charlan tranquilamente. Hablan de trabajo (del de Alexander, no del de ella), ella le cuenta chistes, hablan de los domingos (siempre pasan juntos los domingos), de la escuela de Anthony, de cómo le va a éste, qué hace, sus nuevos amigos. Hablan de las clases de arquitectura de Alexander, de la cantidad de trabajo que tiene, de si necesita una titulación, de si merece la pena continuar con los estudios, pues parece demasiado, con el trabajo, la universidad, el trabajo como reservista... En una ocasión, Alexander le pregunta si cree que debería renunciar a la reserva cuando termine su período de servicio y ella lo mira con expresión disgustada y le dice que no es al servicio a lo que debería renunciar. Él no vuelve a sacar el tema.

A veces intentan limar sus pequeñas diferencias: que él trabaje tanto y hasta tan tarde; que salga con Steve, cosa que Tatiana aborrece... Alexander no quiere oír nada de todo eso. Dice que acepta que haya gente que no le caiga bien a ella, que eso a él le es indiferente, pero a causa de la muda antipatía de Tatiana hacia la gente con la que él trabaja, ciertas cosas que deberían ser sencillas son ligeramente más difíciles: reuniones sociales, fiestas, días en las ferias locales, cenas de trabajo, encuentros en los solares de construcción. Tras la desaprobación grave e indisimulada de Tatiana, se esconde la imposibilidad de ambos de hablar con los compañeros del trabajo de él o las enfermeras amigas del hospital de ella

acerca de las cosas que los han llevado hasta allí: noviazgos, compromisos matrimoniales, familias en las bodas... Cosas que para el resto del mundo son algo completamente natural. Ni siquiera admiten ante el otro que les cuesta un poco navegar por las aguas de los tests de las revistas, que el resto de las personas que los rodean parecen surcar con tanta facilidad. Hacen todo lo que pueden: asisten a fiestas, se mezclan con los demás, y luego vuelven a casa y cocinan y limpian y juegan con Anthony y construyen cosas, y hacen caramelo (con el azúcar quemado de ella y la leche condensada de él) y de vez en cuando hasta juegan al escondite entre los saguaros.

Bill Balkman adora a Alexander, y éste lo sabe y lo necesita, y Bill es la principal razón por la que Tatiana dice muchas menos cosas de las que desearía decir sobre las langostas caníbales con las que su perfecto marido comparte jaula. Alexander nunca está en casa por la adoración que Bill siente por él. Está al frente de casi todos los aspectos relacionados con el proceso de construcción de las casas, desde la creación de los cimientos hasta el paisajismo de los jardines. Es tan competente y tan rápido que Bill empieza a dar a Alexander pequeñas recompensas por las casas construidas antes del plazo previsto. Mientras Alexander está encantado con las recompensas, Tatiana quiere poner énfasis en lo pequeñas que son... pero por supuesto, no lo hace.

Alexander y Tatiana hablan de Truman, de McCarthy, de Sam Gulotta, que sólo piensa en su prejubilación, de Corea y Richter, de los combates de los franceses en Indochina contra las guerrillas estalinistas, y de cómo el sudeste asiático será probablemente el siguiente destino del recorrido militar de Richter por la vida. Hablan de muchas cosas.

De lo que no hablan nunca es de la vida que aparece en las revistas femeninas: de madres y padres, hermanos y hermanas; de los ríos en los que nadaron, los ríos que cruzaron luchando, de su reguero de sangre que atraviesa continentes. Hermanas con manos cálidas, abuelos tendidos en hamacas... Tilos desnudos de hojas en Alemania... Y lagos helados con agujeros en el hielo.





A principios de la primavera de 1952, Alexander le dijo a Tatiana:

—¿Por qué no construimos una piscina?

Ella contestó que no.

—Podemos ir a las piscinas públicas.

—Sí, claro, como si fueras a dejar que las madres y los críos pequeños me vean el cuerpo. Quiero una piscina para poder nadar cuando yo quiera. Desnudo, contigo.

—¿Cuánto costaría?

—Tres mil dólares.

—¡Es demasiado! Nuestro remolque entero ya cuesta eso.

—No es un remolque, es una casa móvil, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

—¡Pero si estamos ahorrando para una casa!

Era el momento de encenderse otro cigarrillo y mirarla fijamente un segundo.

—Tania —dijo él—, construiremos una piscina.



Aquello era más que una piscina. Con tres metros y medio de ancho y quince de largo, la piscina estaba equipada con un trampolín y una bañera de hidromasaje al aire libre sobre una plataforma elevada. Tardaron siete semanas en construirla, y hubo uno o dos gastos imprevistos, como el largo y tortuoso reborde de piedra, la verja de hierro forjado, la decoración con paisaje desértico y las luces decorativas, además de la instalación necesaria para mantenerla a veintiséis grados todo el año. El total ascendió a más de seis mil dólares. Alexander se limitó a pagar el excedente sacándolo de la cuenta donde ingresaba las pagas extraordinarias de Bill y no se lo dijo a Tatiana.

Una tarde de domingo, a principios de mayo, Bill Balkman, su novia Margaret, Steve y Amanda acudieron a una fiesta en la piscina de su casa.

Como de costumbre, hacía un sol radiante; estaban a veintiocho grados, un día precioso. Tatiana se había comprado un biquini amarillo a topos, pero Alexander la repasó de arriba abajo y le prohibió que se lo pusiera.

En cualquier caso, Steve tuvo cuidado de no mirarla. Llevaba un corte en la mejilla con tres puntos negros. No había acudido al Phoenix Memorial Hospital, y puesto que se trataba del único hospital de la ciudad, Tatiana se preguntó adónde llevaría ahora Bill Balkman a su hijo para que lo cosieran sin que Tatiana se enterara. Inusitadamente callado, Steve no dio explicaciones y nadie le preguntó por la herida. No se tiró al agua, apenas comió, no contó ningún chiste, casi no habló con su padre y éste no le dirigió la palabra. Sin embargo, su padre sí que habló con Alexander... sin parar.

—Un sitio precioso, Alexander —comentó Balkman cuando se sentaron en el patio después de remojarse en la piscina—. Pero no lo entiendo, ¿por qué no te construyes una casa de verdad? He oído que conoces a un buen constructor. —Se rio—. ¿Por qué vivir en una cabaña?

Alexander evitó la mirada de Tatiana, pues detestaba que otros vieses lo que había en su interior: una pequeña cabaña en los bosques de pinos a orillas del río, donde los esturiones recién desovados remontaban la corriente de camino a su nueva vida en el mar Caspio. O bien... emboscadas entre los árboles, las armas que lo rodean, esperar al alba a que el enemigo aparezca desde abajo. Todo eso estaba en su lacónica respuesta a Bill.

—Con esto nos sobra.

Tomando el sol con un bañador de satén marrón de una pieza, estilo Marilyn Monroe, Amanda dijo:

—Tania, el bañador que llevas está muy pasado de moda. Alexander, deberías comprarle a tu esposa un biquini nuevo para celebrar esa piscina vuestra y para presumir de figura.

—¿Tú crees? —exclamó Alexander, mirando a Tatiana.

—Pero nadas muy bien... —continuó Amanda, mirando a Tatiana con expresión de perplejidad—. Ese salto desde el trampolín ha sido

espectacular, ¡y esa voltereta al saltar! ¿Dónde has aprendido a tirarte así al agua? Creía que habías crecido en Nueva York.

—Bueno, no sé, lo he aprendido aquí y allí, Mand.  
Sobre todo allí.

—Tania, ¿nos traes un poco más de ensaladilla de patata, por favor? —  
intervino Alexander, tratando de desviar un poco la atención.

Cuando Tatiana regresó, Balkman estaba diciendo:

—Alexander, un chico estupendo, tu hijo.

Anthony estaba presumiendo en el agua.

—Gracias, Bill.

A Tatiana le parecía fascinante que Bill apenas se dirigiera a ella.

—¡Anthony! —lo llamó Balkman—. Ven un segundo.

Anthony salió de la piscina, alto, delgado, moreno, chorreando, y acudió tímidamente junto a Balkman.

—Eres un buen nadador —dijo éste.

—Gracias. Mi padre me enseñó.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré nueve el treinta de junio.

—Vas a ser tan alto como tu padre.

Tatiana observó a Alexander, que estaba sentado, fumando, admirando a su hijo con mirada serena.

—¿Y qué quieres ser cuando seas mayor? —preguntó Balkman—. Mi hijo, Stevie, ese de ahí, es constructor como yo. ¿Qué te parece? ¿Quieres venir a construir casas conmigo y tu padre?

—Tal vez —dijo Anthony, tan diplomáticamente como sus padres. Tatiana sonrió ante la habilidad de su hijo—. Pero mi padre ha sido muchas cosas. Antes era langostero. Hacía vino. Y conducía barcos. Yo conducía barcos con él. Él también era pescador. Sabe hacer toda clase de muebles. ¿Cómo se llaman quienes hacen muebles?

—Ebanistas —respondió Tatiana, adorando a su hijo con la mirada.

—Sí. Ah, y también es capitán del Ejército de Estados Unidos, y fue —siguió explicando Anthony—, soldado en la Segunda Guerra Mundial.

Subía por los montes transportando... ¿cuántos kilos, mamá? Se me ha olvidado. Unos setenta y cinco.

—Treinta, Anthony —lo corrigió Tatiana, que miró a Alexander, quien, a su vez, la miraba con expresión reprobadora.

—Treinta —dijo Anthony—. Estuvo en un campo de prisioneros, y en un castillo de verdad, y guio a batallones de hombres a través de...

—¡Anthony! —exclamaron Tatiana y Alexander al unísono. Éste se levantó y cogió a su hijo de la mano—. Ven —le dijo—. Enséñame ese salto hacia atrás desde el trampolín que la incorregible de tu madre te ha enseñado. —Cuando se alejaban, Tatiana oyó que su marido le decía en voz baja al pequeño—: ¿Se puede saber cuántas veces tengo que decírtelo?

Y a Anthony, en tono compungido, contestando:

—Pero papá, tú sólo dices que no se lo cuente a los desconocidos...

Margaret, alta, morena y espigada, que debía de superar los cuarenta pero intentaba aparentar ser más joven, trataba a todas luces de poner remedio al hecho de que Bill hiciese caso omiso de Tatiana.

—Tania, ¿sabes lo mucho que aprecia Bill a Alexander? Los dos lo apreciamos mucho, la verdad.

—Sí, lo sé. Alexander tiene mucha suerte de haber encontrado a Bill.

A Tatiana no le caía demasiado bien Margaret, quien besaba a Alexander demasiado cerca de la boca tanto para saludarlo como al despedirse.

—No, no, es Bill el que ha tenido la suerte de conocerlo... No sabría qué hacer sin él. —Bajó la voz—. Stevie es... entiéndeme, él es el hijo, él heredará el negocio, pero no está hecho... para el trabajo duro. No como Alexander. —Tatiana opinaba lo mismo. Y a continuación, Margaret añadió en voz alta—: ¿Por qué sigues trabajando? Tu marido se gana muy bien la vida... y se la ganará mucho mejor en cuanto renuncie a seguir trabajando para el ejército.

—No sabía que mi marido tuviera pensado renunciar a su trabajo en el ejército —repuso Tatiana, arqueando las cejas.

Alexander, que andaba por allí cerca, meneó levemente la cabeza y puso los ojos en blanco.

Margaret siguió hablando.

—Ya sabes que Bill y yo llevamos viéndonos un par de años, pero yo ya he dejado de trabajar. —Sonrió con orgullo—. A Bill le gusta ocuparse de todo.

Tatiana se abstuvo de contestarle: «Ah, felicidades, ¿y eso no te convierte en una mantenida?».

Se estaba poniendo el sol y estaban sentados en la terraza nueva, alrededor de la mesa, fumando y escuchando jazz y blues. Tatiana preparó más margaritas y los distribuyó entre todos, a su marido el primero.

—Tania —dijo éste—, ¿no quieres preparar unos margaritas con cerveza? —Sonrió—. Su amiga de México le ha dado una receta para preparar los margaritas con...

—Creo que al menos cuatro invitados se quedarían aquí a dormir después de beberse una jarra de ésas —remarcó Tatiana, motivo por el cual no quería prepararlos—. Se te suben muy rápido a la cabeza.

Alexander le guiñó un ojo.

—Seguro que son estupendos para los juegos de beber alcohol —dijo Stevie.

Fue prácticamente lo único que dijo en toda la velada.

—No empieces, Steve; ya estás con tus comentarios de siempre —dijo Amanda, un tanto molesta. Se dirigió a Tatiana—: Dime, Tania, ¿cuándo vais a ir a por otro niño Alexander y tú? Anthony necesita un hermanito o una hermanita con quien jugar en esa piscina.

—Decididamente, ya va siendo hora, Mand —convino Tatiana, en tono amable—. ¿Cuándo vais a casaros Stevie y tú?

—Decididamente, ya va siendo hora, Stevie —dijo Margaret.

Y se echó a reír, y Bill se echó a reír también. Amanda no se rio, pero dejó de preguntar a Tatiana cuándo iba a tener más hijos.



Estaban disfrutando de la velada, escuchando a Louis Armstrong, terminándose los margaritas antes de que se sirviera el postre, cuando

Balkman comentó en tono pensativo:

—Me pregunto si estas tierras valdrán algo.

Estaban junto a la piscina que habían construido en aquella tierra fronteriza, frente al crepúsculo, junto a las montañas, encima del desierto color morado bajo el cielo violeta. No había nadie en los alrededores. Tras la pregunta de Balkman, Tatiana se incorporó en su asiento.

—Aquí no hay nada que comprar —dijo—. Todo lo que hay a la izquierda pertenece al gobierno, incluidas las montañas. El terreno que tenemos debajo ya lo ha comprado la Berk Land Development. No hay nada disponible.

—¿Y eso de ahí? ¿Las tierras hacia las montañas? —Quiso saber Balkman.

Tras una pausa solemne de ambos, Alexander contestó:

—Son nuestras.

Balkman desvió la mirada de los saguaros.

—¿Cómo dices?

Tatiana también desvió la vista de los saguaros y la dirigió a Alexander. Logró mantener serena la mirada, inescrutable la cara, pero era como si con los ojos le estuviera poniendo una mano en el hombro para decirle: «Es el orgullo, soldado. Es tu orgullo el que habla por tu boca. No lo hagas».

Pero enseguida vio que Alexander no podía reprimirse. Debía de querer con toda su alma impresionar a Bill Balkman.

—Sesenta metros a la izquierda, sesenta metros a la derecha y cincuenta acres hasta las montañas —dijo Alexander.

Toda la mesa enmudeció. Parecían los actores de una película de cine mudo, moviéndose sin hablar. Tatiana se levantó bruscamente y empezó a despejar la mesa. De pronto estallaron unos ruidos sonoros, los que hacía ella al retirar los platos y el de la voz de Balkman retronando:

—¿Tú eres el dueño de todo esto? ¿De cuánto exactamente?

—Noventa y siete acres —lo informó Alexander.

Tatiana movió la cabeza. La sonrisa orgullosa seguía estampada en el rostro de su marido cuando Balkman dijo:

—¿Tienes idea de la mina de oro sobre la que estás sentado? ¿De la cantidad de dinero que podemos ganar con esto, joder?

Tatiana apartó con brusquedad la mano de Alexander para retirarle el plato y lo miró con dureza, preguntándose con frustración por qué le costaba tanto a veces predecir la siguiente jugada. Aunque ahora la veía, la veía con toda nitidez. La sonrisa se esfumó de su rostro, le lanzó a ella una mirada de resentimiento (¡como si fuese culpa suya!) y llamó a Anthony.

—Anthony, sal de la piscina y ven a ayudar a tu madre. —Volviéndose hacia Balkman, dijo—: Bill, la tierra no está en venta.

—Pero ¿qué dices? —exclamó la voz de trueno de Balkman—. Todo está en venta.

—Esta tierra no.

Tatiana apoyó la mano en el hombro de Alexander.

—Lo que mi marido está intentando decir, Bill —dijo en tono afable—, es que esta tierra es de su familia.

—Bueno, ¡pero seguro que no necesita noventa y siete acres! Vivís en un remolque en un terreno del tamaño de un sello de correos. Un refugio antiaéreo ocuparía más espacio que vuestra casa. Ni con la piscina y el cobertizo habéis llegado a ocupar un cuarto de acre. Podéis quedaros con siete acres. —Ni siquiera se dirigía a Tatiana, que era quien le había hablado. Hablaba directamente con Alexander, gesticulando y con grandes aspavientos—. Vendes noventa acres a la empresa, ganas un jodido montón de dinero, hablando en plata, y luego dividimos el resto en parcelas de cuartos de acre. Dividiré los beneficios de las tierras contigo al cincuenta por ciento. Para cuando acabemos, tu esposa se bañará en diamantes. Ni siquiera podrá ver el desierto de los pedruscos que le vas a regalar.

Hacía cálculos frenéticamente en una servilleta; ¡estaba utilizando nada menos que una de sus servilletas para hacer sus malditos números!

—Bill —dijo Tatiana, en el mismo tono cordial—, en primer lugar, no es un remolque, sino una casa móvil. Y en segundo lugar, la tierra no está en venta.

—Por favor, guapa —dijo Balkman, sin ni siquiera levantar la vista—, deja que los hombres se ocupen de los negocios, ¿quieres?

Tatiana apartó la mano del hombro de Alexander.

—Bill —dijo éste—, la tierra no está en venta.

Balkman no lo estaba escuchando.

—Podemos construir una urbanización entera. La llamaremos Paradise Hills, Love Hills, Tatiana Hills... lo que quieras. Noventa acres darán para trescientas casas. Hasta podemos hacer una piscina comunitaria, un club, cobrar cuotas de socio anuales. Trescientas parcelas a mil dólares cada una sólo por la tierra arrojan un total de ciento cincuenta mil dólares para ti, Alexander. Y luego las trescientas casas en esas parcelas costarán veinticinco dólares el metro cuadrado, más otros cincuenta por metro cuadrado para los refugios atómicos que venderemos para cada una. Si contamos que las dimensiones de las casas serán de trescientos setenta y cinco metros cuadrados... ¡no hay servilleta lo bastante grande para calcular esos beneficios!

Tatiana permanecía de pie con las bandejas sucias en las manos.

—Bill —dijo con calma—, aun sin los refugios atómicos ganaréis veintiséis millones de dólares, pero nosotros nos quedaremos sin tierras. ¿Qué sentido tendría eso?

—¿Veintiséis millones? ¿Cómo lo has...? Bueno, pues ¿lo ves? ¿Qué sentido tendría? Pues que así no tendrías que volver a trabajar, guapa. Alexander, ella podrá quedarse en casa y parir a tus hijos, uno detrás de otro. Bueno, ¿dónde estábamos?

A Tatiana se le cayó la pila de bandejas sucias sobre el nuevo patio de piedra. Las bandejas eran de metal y no se rompieron, pero sí provocaron un gran estrépito y toda la comida que había preparado y que los Balkman no se habían comido cayó sobre las baldosas de cemento.

—Perdón —dijo—. Ha sido un accidente. —Se agachó para limpiar el desaguisado. Alexander se agachó junto a ella—. Dime —se dirigió a su marido entre dientes—, ¿vas a renunciar a seguir sirviendo en el ejército antes o después de darle a él nuestras tierras?

—Calla.



—O le dices que se vaya de mi casa, Shura —le advirtió, con un susurro—, o le voy a decir unas cuantas cosas que no le van a gustar nada.

—¿Qué te he dicho? —le contestó él—. Vete adentro y tranquilízate.

Por supuesto, él tenía razón; todavía no habían servido el postre: pastel de manzana, magdalenas de arándanos, galletas con pepitas de chocolate y tarta de frutas que Tatiana había preparado como muestra de hospitalidad hacia sus invitados, hacia el jefe de Alexander, hacia la familia de su jefe. Le arrebató furiosa las bandejas de las manos y entró en la casa como un torbellino.

Balkman abrió la boca para hablar y Alexander dijo:

—Ya hablaremos de eso mañana.

—Venga ya...

—Mañana, Bill.

—¿Sabes una cosa, Alexander? —dijo Bill con tono experimentado—.

A veces, las mujeres se enfurruñan un poco con determinadas cosas. No entienden la forma de pensar de los hombres. Lo único que tienes que hacer es enseñarles quién es el jefe: aprenden muy rápidamente. —Bill dio una palmadita a Margaret en el trasero—. ¿A que sí, cielo?



A la mañana siguiente, a las ocho en punto, Balkman le dijo:

—¿Qué? ¿Ya has hecho recapacitar a esa esposa tuya?

Alexander llevaba ya tres años trabajando para Balkman, y seguía convencido de que aquél era el trabajo ideal para él, el lugar ideal. Estaba tan convencido de ello que el día anterior, cuando todos los invitados se hubieron ido, había tratado por todos los medios de convencer a Tatiana. Le había dicho que tal vez debían reconsiderar la oferta de Balkman, sólo reconsiderarla. Se topó con una hostilidad tan inimaginable, tan feroz e inusitada en su, por lo general, dócil esposa, que tuvo que cambiar de tema antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse después.

Esa mañana, Alexander estaba de pie ante Bill, con la mirada fría y los brazos cruzados.

—Esto no tiene nada que ver con mi mujer, Bill —dijo—. Nos han ofrecido muchísimo dinero por esas tierras. Desde la incorporación de Scottsdale hace dos años, el precio de la tierra se ha puesto por las nubes. Ahora vale cinco mil dólares el acre. Eso arroja un beneficio de casi medio millón de dólares sobre nuestra inversión original. Créeme, si quisiéramos venderla, la venderíamos. No nos interesa.

—¡Pero ganarías tantísimo dinero!

—No es por el dinero. Es por la tierra —le dijo Alexander—. Ya has visto cómo vivimos, nuestra vida es muy simple. Ya sé que no es muy usual vivir así, todo el mundo quiere más para gastar más, pero a nosotros nos basta con tener suficiente para nuestros pequeños gastos. La casa está pagada. Los coches están pagados. No necesitamos mucho.

—¿Y qué me dices de...?

Alexander lo interrumpió.

—Ya basta. Por favor. Hablemos de nuestro actual negocio. ¿Ya has preparado el presupuesto para la casa de Schreiner o quieres que lo haga yo? Están ansiosos por obtener financiación y empezar. Y están dispuestos a pagar treinta dólares el metro cuadrado para ponerse mármol en todos los baños, no sólo en el principal.

—No me cambies de tema. ¡Te estoy hablando de ir al cincuenta por ciento en trescientas parcelas de tierra, Alexander! ¿Y sabes qué te digo? Para hacer la oferta aún más atractiva, compartiré la comisión de la construcción de las casas contigo, setenta y cinco y veinticinco. Ahora sólo te llevas una comisión del tres por ciento. Calcula cuánto puede llegar a ser el veinticinco por ciento de... ¿qué fue lo que dijo tu mujer ayer? ¿Veintiséis millones de dólares? Tenía razón, por cierto.

Alexander lanzó un suspiro. Por supuesto que tenía razón. Y sí, el dinero era una cantidad exorbitante. Bill debía de ver la lucha que se libraba en su interior.

—Tu mujer no te aconseja demasiado bien —dijo—. No deberías escucharla. Tendrías que hacer lo que creas que es correcto. Esto es para tu futuro y el futuro de tu familia.

Bill no era la persona más adecuada para hablar de familia: no se casaba con Margaret para tener más margen en su abanico de posibilidades. «Bueno —pensó Alexander—, es normal, ¿para qué comprar la vaca cuando puedes tener la leche...?».

Y de repente lo vio todo con una claridad meridiana.

—Bill —le contestó—, ¿sabes por cuánto vendían las vacas en los pueblos soviéticos?

—¿Qué? —exclamó Bill, sin comprender—. ¿En qué pueblos?

—Vacas. En los pueblos soviéticos. ¿Sabes por cuánto podías vender una vaca, si la tenías?

—No... pero...

—Por mil quinientos rublos —le comentó Alexander—. Verás, mil quinientos rublos es una cantidad inmensa de dinero para un campesino ruso, que a lo mejor obtiene veinte rublos al mes vendiendo pescado en su vivienda colectiva. Pero al vender la vaca, al cabo de tres meses ya no quedaría nada del dinero, mientras que la vaca podría alimentar a una familia siete años. —Sonrió—. Yo no pienso vender mi vaca, Bill.

Visiblemente ofendido, Balkman dio un fuerte puñetazo en la mesa.

—¡Mierda de vacas! ¿De qué me hablas? Yo he cuidado muy bien de ti, Alexander.

—Lo sé. Y yo también he cuidado muy bien de ti.

—Sí, pero lo que es bueno para el negocio, por definición, es bueno para ti. —Balkman hizo una pausa—. Lo contrario también es cierto. ¿Qué opinaría esa esposa tuya de eso?

Alexander permaneció de pie, en silencio. A la izquierda de Bill había una foto grande y muy gráfica de una Miss Las Vegas desnuda. Alexander sintió cómo le empezaba a hervir la sangre.

—Bill, si no quieres que siga trabajando para ti, despídeme. No me amenazas, sólo haz lo que tengas que hacer. Pero la tierra no está en venta. Y hazme un favor, no metas a mi mujer en esto.

Balkman soltó un gruñido como respuesta. Alexander esperó, con los brazos cruzados. Sabía que Bill no podía despedirlo así como así: necesitaba que Alexander dirigiese el negocio. No volvieron a hablar del

asunto, pero Balkman dejó muy claro que pensaba que la intransigencia de Alexander en relación con los noventa y siete acres se debía únicamente a Tatiana, al igual que su negativa a acompañar a los chicos a Las Vegas.

### *Los chicos y las chicas*

—Papá quiere que vengas a Las Vegas con nosotros el mes que viene —dijo Steve a Alexander mientras se tomaban una copa con Jeff después del trabajo—. Se celebra la Feria de la Construcción. Tienes que ir. Va a insistir.

Habían estado hablando de sus respectivas chicas, quienes habían almorzado juntas ese mismo día. ¿De qué hablarían?, se preguntaban los chicos. ¿Creéis que se quejan de nosotros? Oh, sí, claro que se quejan. Les pedimos que hagan cosas que no quieren hacer, dijo Jeff. No nos casamos con ellas, dijo Steve. Alexander quiso decir que su mujer no tenía queja de él, pero ¿y si la tenía? ¿Y si les contaba a las chicas que él siempre creía tener la razón? Que casi todo tenía que ser siempre como él quería. Que algunas veces llegaba tarde a casa y no muy sobrio y sacaba de ella lo que le venía en gana.

En ese momento estaban hablando de nuevo de Las Vegas.

—Algo me dice que no se hacen muchos negocios cuando uno va ahí —señaló Alexander, sonriendo—. Además, ¿qué eres, la secretaria de tu padre, joder? Si Bill quiere decirme algo, que me lo diga él mismo.

—Vamos, Alex, ¿no sientes ni una pizca de curiosidad por la capital del vicio y la decadencia libertina? —preguntó Jeff—. Yo la sentía.

Alexander se bebió de un trago su jarra de cerveza. Toda su vida en el cuartel de Leningrado, antes de que Tania apareciese en su vida, había sido una sucesión de vicio y decadencia proletaria, con fines de semana de permiso, copas, juergas y mujeres a mansalva.

—Muchachos, tengo algo que anunciaros —dijo Jeff en tono solemne—. Me temo que mis días en Las Vegas han acabado. Voy a casarme con Cindy.

—No, no —dijo Steve—. Con Cindy no...

—No seas capullo. Sí. Me ha informado de que hay otras partes interesadas.

—Miente —le aseguró Steve—. Amanda me dice eso sin falta una vez cada mes. Así pongo en hora el reloj. No te lo tragues, es una trampa. —Y se echó a reír—. No lo hagas, Jeff, sálvate, no lo hagas.

Jeff se dirigió a Alexander.

—¿Qué crees que debería hacer?

—Cindy será una buena esposa —comentó Alexander.

Jeff bajó la voz.

—Me gusta. La quiero. Creo que me casaré con ella. —Lanzó un suspiro—. Pero Alex, hay cosas que Cindy no hará jamás. ¿Es insensato esperar que tu mujer haga las cosas que hacen las chicas de Las Vegas?

—Amanda las hace —dijo Steve con una sonrisa—. Hace lo que yo le diga... pero no le pone entusiasmo. Sólo lo hace para que me case con ella. Es una trampa.

Todos se echaron a reír.

—Joder, Steve, qué retorcido eres... —exclamó Alexander—. Hace todo lo que tú quieres, ¿y no estás contento?

—¿Tú qué crees, Alex? —dijo Jeff—. ¿La esposa de uno es para ciertas cosas y las chicas de Las Vegas para otras?

—A nuestro chico todavía no lo han corrompido las chicas de Las Vegas —dijo Steve, dándole un empujoncito a Alexander.

¿Todavía? Steve había bebido demasiado y demasiado rápido, y ahora tenía la lengua muy suelta.

—Jeff —dijo Alexander—, más te vale rezar porque no sea de esto de lo que hablan nuestras chicas... y porque Cindy no te compare con su otro novio. ¿Y si resulta que no estás a la altura?

—Eh, Alex, ¿es verdad? —preguntó Steve de pronto—. Amanda me dijo el otro día que Tania nunca ha tenido otro hombre.

Jeff se echó a reír.

—¡Joder, qué suerte tienes! Con razón eres tan arrogante... Ella no tiene con quién compararte.

Alexander se bajó del taburete de un salto. El vaso de cerveza se quedó dando vueltas encima de la mesa.

—¿Qué pasa? ¿Te tienes que ir a casa corriendo? —dijo Steve—. Es pronto.

—No es pronto, es tarde —contestó Alexander.



Durante el almuerzo, Amanda y Cindy hablaron de lo que no les gustaba de su cuerpo: tenían los pies demasiado grandes, los pezones demasiado pequeños, las orejas salidas, el trasero no lo bastante. Repasaron en voz alta el manual más completo para encontrar defectos a las mujeres. Sin intervenir, Tatiana se comió sus *fettuccini* pensando en prepararlos para cenar, con un poco de pan de ajo y pollo al limón, ¿o quizá mejor pollo con ajo y lima con salsa? O...

—Tania, ¿nos has oído?

—Perdón, ¿qué decíais?

Todavía disponía de cuarenta y cinco minutos hasta que llegase el autobús de Anthony y quería pedir una porción de tarta de cereza antes de salir pitando a recogerlo. Siguió comiendo. El análisis corporal le resultaba un tema soberanamente aburrido, ya tenía más que superado su problema con las revistas femeninas y sus consejos y sus tests. «El verdadero secreto para un matrimonio feliz y duradero», «Las mil y una cosas que no haces bien», «Las quinientas cosas que puedes hacer para complacer a tu marido». Alexander le decía y le demostraba que estaba complacido, de manera que ella no le daba más vueltas al asunto. Ella y Francesca nunca hablaban de esas cosas, sino de niños y de cocina... y de cómo preparar margaritas con cerveza. Tatiana sonrió para sí. Ése sí que era el verdadero secreto para un matrimonio feliz y duradero. Quería aconsejar a las chicas respecto al tiempo que malgastaban queriendo cambiar cosas que no podían cambiar, pero ¿y si le hacían caso? ¿Qué tema de conversación tendrían entonces?

—Tania, Cindy cree que Jeff al fin va a dar el gran salto.

—¿De verdad? ¡Eso es fantástico, Cind! —se alegró Tatiana.

—Pero ¿qué creéis que debería hacer yo? —dijo Amanda—. La guerra ha terminado, y Steve y yo no llevamos dos días en guerra como tú y Alexander, ni tres años, como Jeff y Cindy, sino ¡siete años! Tengo veinticinco años, todavía vivo en casa con mis padres y pese a sus promesas y al anuncio de compromiso, Steve sigue sin querer casarse.

—¿Y por qué no le dices que se decida de una vez, Mand? —sugirió Tatiana.

Amanda no contestó enseguida.

—Porque, ¿y si decide que me deja, Tania?

Tatiana esperaba que su rostro no reflejase el «¡ojalá!» que su cerebro acababa de exclamar. Cogió a Amanda de la mano.

—¿Quieres que te dé una receta mágica para que consigas que Steve se case contigo? No la tengo. No la tenía para mí cuando me casé con Alexander, y tampoco la tengo ahora para ti.

—Bueno, pero Alexander sí se casó contigo, ¿no? —repuso Amanda—. Tuviste que haber hecho algo.

—Alexander y yo no somos Steve y tú —dijo Tatiana, y cuando vio la cara de consternación de Amanda, se apresuró a añadir—: Ni Cindy y Jeff tampoco son Steve y tú. Cada pareja es un mundo. Hay que hacer lo que creas que es bueno para ti.

—¿Sabes lo que hice? Le dije a Jeff que había otra persona —intervino Cindy, riéndose tontamente—. Eso sí que lo sacó de quicio.

Amanda rechazó aquello con un gesto.

—Llevo diciéndole eso a Steve cinco años, y ¿sabes lo que me contesta? Cuantos más seamos, mejor, Mand. Llevémoslo a Las Vegas con nosotros y hagamos un trío.

«Menuda joya ese novio tuyo», quiso decirle Tatiana, pero se contuvo.

—Tania, dime qué debo hacer —le imploró Amanda.

—Amanda —contestó Tatiana—, no sé por qué crees que yo tengo todas las respuestas.

—Porque mira lo que compartís Alexander y tú... —repuso Amanda con resentimiento.

—No quieres tener una vida como la mía, créeme —dijo Tatiana—. No quieres saber lo que nos ha costado llegar hasta aquí a Alexander y a mí. No lo creerías ni aunque te lo contara. Y todavía nos cuesta. Nosotros no somos un ejemplo que haya que seguir, pero reconozco que tuve mucha suerte: él me quería. Pero si no me hubiese querido, no me habría quedado más remedio que pasar página y seguir adelante; no habría tenido elección, ¿no crees?

—¡Tatiana! —Amanda acababa de levantar su dulce voz en medio de un restaurante—. ¿Acaso insinúas que Steve no me quiere?

¿Cómo había acabado metida en aquella estúpida conversación?

—No quiere casarse contigo —contestó Tatiana en voz baja—. Eso es evidente.

Amanda se levantó bruscamente de la mesa.

—Sí que me quiere —dijo, con voz trémula—. Me quiere. Tú no sabes nada. Es un buen hombre. Me quiere. Y salió corriendo del restaurante.

Al otro lado de la mesa, Cindy miraba con expresión perpleja a Tatiana, quien se encogió de hombros y dijo:

—¿Para qué me pide consejo si no quiere oír ningún consejo?

Hizo señas a la camarera para que le trajera la cuenta. No habría tarta de cereza ese día.



Tras volver a casa del bar esa noche, en la cama, mientras Alexander le recorría a Tatiana la columna vertebral con la boca, le dijo:

—Tatiana, deja de hablar de mí con Amanda.

—No hablo de ti con Amanda.

—Le dijiste que nunca habías estado con otro hombre, ¿verdad?

—En primer lugar, no le dije eso. La semana pasada estaban teniendo una de sus absurdas conversaciones durante el almuerzo, esos almuerzos a los que tanto insistes en que vaya, por cierto, hablando de si Cindy era realmente virgen o técnicamente virgen cuando empezó a salir con Jeff. Para empezar, a mí me costaba un poco comprender la diferencia. Por lo



visto, Cindy ha leído que en algunos países la habrían considerado técnicamente virgen. Así que le pregunté —dijo Tatiana— si le ponían un sello con esa clase de información cuando viajaba. —Alexander se echó a reír, y hasta las manos que tenía apoyadas en las nalgas de Tatiana se zarandearon con la risa—. Amanda bromeó diciendo que en su pasaporte a ella tendrían que ponerle un sello que dijese: «Ya no era virgen cuando nació», o al menos espero que fuese una broma —dijo Tatiana—. En ese momento, pedí el postre y dije que me abstenia de seguir participando en esa conversación, pero ellas no dejaron de acosarme como leonas. Me limité a decir que en realidad tú fuiste el primero y no añadí nada más. ¿Qué iba a decir? ¿Qué querías que dijera? ¿Que técnicamente tú eras mi número veinte?

Alexander ya no se reía.

—Lo que quiero que hagas es cambiar de tema. La retuvo sujeta con las manos abiertas, recorriéndole las nalgas con la boca.

—¡Pues claro que cambio de tema! —Con un enfurecimiento insólito en ella, Tatiana se apartó de él y se incorporó—. Soy una experta cambiando de tema, Alexander, incluso con una cuestión tan peliaguda como la de si he pasado por alto o no algunos tecnicismos, pero al final tengo que decir algo, ¿no te parece?

Él también se incorporó de golpe.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

—Nada. Contéstame, ¿querías que mintiese?

—¡Sólo tenías que decirles que eso no es asunto suyo, joder! O levántate de la mesa y marcharte, Tatiana. Pero ¿qué pasa si se lo dices a Amanda y ésta va y se lo dice a Steve, quien se lo cuenta a Jeff y de pronto me encuentro soportando los comentarios burlones de dos borrachos en la barra de un bar, eh? Es demasiada información para ellos; esa parte la entiendes, ¿verdad?

—Pero ¿qué clase de amistad de mierda en un universo de mierda es ésa —exclamó Tatiana—, en la que no puedo contestar una pregunta sencilla de dos amigas porque no sé cómo van a interpretarla esos energúmenos a los que tú llamas tus amigos? Vikki sabe eso acerca de mí,

de nosotros, y estoy segura de que se lo ha contado a Richter... ¡Richter, que combatió con Patton y MacArthur! ¿Y tú le has escuchado hacer comentarios burlones?

—Pero así es como son las cosas en este universo, donde vivimos —replicó Alexander—. Hay que mantener la boca cerrada.

Tatiana carraspeó.

—Ah, ¿sí? —exclamó—. Bueno, pues deja que te pregunte una cosa: ¿tú crees que tengo yo que enterarme por Amanda de que tú querrías que yo no trabajase y que quieres tener otro hijo y yo no?

Alexander apretó la espalda contra los barrotes de bronce del cabezal.

—Yo no dije eso. —Hizo una pausa—. Pero estoy seguro de que no te extraña que quiera que dejes de trabajar.

—No, si no es eso lo que me extraña... —dijo Tatiana—. ¡Lo que me extraña es tener que oír a Amanda hablar sobre mi vida privada, asunto que discutes nada menos que con Steve, precisamente! —dijo a voz en grito.

—No discuto eso con Steve —repuso Alexander, manteniendo la calma—. Me preguntó así, como si tal cosa, si me gustaba tu trabajo y yo le contesté, con naturalidad, que menos que a ti, eso fue todo. No me estaba quejando.

Dejó de hablar, sin mirarla.

—¿Sólo estabas aparentando naturalidad?

En ese momento, Alexander sí levantó la mirada.

—Supongo que no te extraña, Tania, que quiera aparentar naturalidad, ¿no?

Tatiana inspiró hondo.

—¿Sabes qué? —dijo—. Me parece increíble que todavía no hayas dejado tu trabajo, pero si insistes en seguir trabajando para Balkman, haz el favor de dejar de hablar de mi vida privada con tu amigote Steve. Del mismo modo que tú me has pedido que no hable de cosas nimias con mi amiga Amanda, ¿entendido? Ni siquiera para tratar de aparentar naturalidad.

Alexander no reanudó las caricias en la parte baja de la espalda de Tatiana.

## *La despedida de soltero*

Jeff y Cindy iban a casarse al fin. Jeff tenía treinta y cinco años y había conservado su soltería hasta entonces. Había empezado a trabajar con Steve cuatro años antes, había seguido yendo a Las Vegas con éste, se había comprometido con Cindy, se había hecho el remolón como Steve, y había fijado varias fechas de boda, como Steve, pero ahora realmente iba a dar el gran paso y no iba a posponerlo más. A Amanda le bullía la sangre de indignación. Durante la cena, Tatiana le preguntó a Alexander qué opinaba él de aquella boda. Acababan de terminar de cenar.

—No opino nada. No me meto en sus asuntos. —Carraspeó unos segundos—. Pero el novio y sus amigos van a celebrar una despedida de soltero.

Tatiana se quedó petrificada. Siguió removiéndolo el té aparentando una naturalidad absoluta.

—He oído hablar de las despedidas de soltero; son como una última jugada antes de casarse, ¿no? Os emborracháis y luego le dais al novio consejos sobre el matrimonio. —Esbozó una sonrisa débil—. Suena divertido.

—Sí, es algo así —dijo Alexander, sin apartar la mirada de ella—. Y algunas veces...

Tatiana se levantó de golpe y empezó a recoger la mesa.

—Algunas veces, los hombres van a sitios donde las mujeres bailan.

Tatiana fue apilando los platos uno a uno.

—¿Te... molesta? —preguntó él.

—¿Que si me molesta? —exclamó ella, incrédula—. No entiendo la pregunta. ¿Van vestidas esas mujeres?

—No del todo.

—Entonces, ahí tienes la respuesta a tu propia pregunta.

—Voy, bebo, me siento con ellos, hablo, unas chicas bailan por allí y luego vuelvo a casa. ¿Qué problema hay? A ti no te molesta que salga a tomar algo. Esto es lo mismo, salir a tomar algo, jugar al billar...

—E ir a ver a mujeres semidesnudas.

—Me merezco un poco de confianza por tu parte. He sido un marido ejemplar.

—Huy, lo siento —dijo Tatiana, sarcástica—, debe de haberseme olvidado; en tu colección de medallas, no me acuerdo... ¿te dieron alguna por ser un marido ejemplar?

—¿A qué viene tanto sarcasmo? Yo no he dicho que mereciera una medalla, he dicho que merezco tu confianza.

—Lo de ser ejemplar no es un favor que me haces, Alexander, sino una condición.

—¿Y cómo quieres que no vaya? —exclamó él en tono suplicante, levantándose—. Tengo que ir. Se trata de Jeff. Tú y yo estamos invitados a la boda. Vamos, ten un poco de sentido común. Seré el hazmerreír de toda la ciudad. Es por Jeff.

—¿Ver a chicas desnudas es un sacrificio que haces por Jeff? —Tatiana levantó la mano para que la dejara hablar—. Escucha, no utilices ese tono de súplica conmigo y no me insultes con tu actitud de que no entiendes a qué viene mi enfado. Puede que no haya tenido tanta experiencia como tú en ese terreno... como si eso fuese posible, por otra parte, pero no soy ninguna idiota.

—No he dicho que fueras...

—Sé lo que pasa en esos sitios. Carolyn me contó que en la despedida de soltero de su prometido, Brian, las chicas no sólo se desnudaron sino que realizaron unos bailes muy personales para los hombres. Cuando Carolyn se enteró, pospuso la boda un año.

—¿Brian? Creía que su marido se llamaba Dan —dijo Alexander.

—Y así es —contestó Tatiana—. He dicho «pospuso» en el sentido más amplio e indefinido de la palabra. Al cabo de un año se casó con Dan, en cuya despedida de soltero no hubo mujeres desnudas.

—Tania —dijo, bajando la voz—, dame un respiro, joder.

—Mujeres desnudas bailando delante de tus narices... muy cerca. ¿Acaso soy demasiado puritana porque no entiendo por qué está bien una cosa así? Explícamelo, entonces. Sólo soy una simple chica de campo, de Luga. Explícamelo despacio y bien clarito para que yo lo entienda.

La expresión de desconcierto de Alexander no se alteró cuando abrió los brazos para acogerla. Tatiana retrocedió hasta el extremo opuesto de la cocina, levantando las manos para detenerlo a él y a ella misma.

—No puedo seguir hablando de esto. Ese maldito Steve... No puedo hablar más de eso.

Alexander arqueó las cejas.

—¿Steve? ¿Qué tiene que ver él con esto?

—Todo, estoy segura. Seguro que ha sido él quien se ha ocupado del entretenimiento. Te tiene tan sorbido el seso que ahora hasta tú piensas que soy demasiado mojigata. Una maldita ironía detrás de otra, ¿no te parece? —Lo fulminó con la mirada—. Siempre me estás diciendo que éste es el mundo moderno, que no estamos en ninguna aldea soviética. Dices que así es como se hacen las cosas en Estados Unidos. Bien, de acuerdo. Que así es como se comportan los hombres aquí. Estupendo. Si a ti te parece bien, a mí con eso me basta, yo no me rijo por nada más que no seas tú. —Tratando por todos los medios de que no se le quebrara la voz, Tatiana añadió—: Y ahora me dices que quieres emborracharte y ver cómo unas mujeres desnudas menean las tetas delante de tus narices. Adelante, haz que a tu mujer le parezca bien eso también.

—¡Es una despedida de soltero!

—¡Son mujeres desnudas!

—Sólo se trata de mirar, es algo del todo inofensivo... —exclamó él, abriendo las manos.

—¡A mujeres desnudas!

Estaban hablando a gritos. Anthony salió del cuarto; su programa de radio había terminado. Miró a su madre, que jadeaba con los labios muy apretados, en un extremo de la encimera de la cocina, y luego a su padre, de pie y tenso en el otro extremo. Volvió a mirarlos, primero a uno y luego al otro, alternativamente, y luego se dio media vuelta y regresó a su habitación.

Se obligaron a sí mismos a dejar de gritar por el bien de su hijo. Alexander se alejó y Tatiana regresó junto al fregadero. Él salió a fumar y

luego, al rato, ella lo siguió y permaneció de pie en la terraza frente a él, agarrándose a la barandilla por detrás.

—Shura, te lo voy a explicar de forma muy clara y sencilla —dijo—. Voy a decirte lo que pienso.

—Por favor, hazlo, porque no entiendo nada.

—Eres mi marido —dijo—. Confío en ti ciegamente, creo en ti completamente, pero la sola idea de que vayas a esa maldita fiesta me molesta muchísimo. Creo que no va salir nada bueno de eso. Desconfío de las verdaderas motivaciones de Steve, y el hecho de que te preocupe lo que Steve, Jeff o Bill Balkman puedan pensar de ti si no vas es para mí una decepción. Debería importarte lo que piense yo si vas. —Alexander estaba sentado en el banco, y no levantaba la vista para mirarla—. Te pido por favor que no vayas —dijo Tatiana—. Me parece increíble que creyeras que no iba a importarme.

—Creía que entenderías lo que es —repuso él—, que no es nada.

—El hecho de que vayas a ver mujeres desnudas bailando mientras estás borracho sí es algo, Shura. De eso a las chicas de Las Vegas hay sólo un paso. Es una diferencia de grado, pero es lo mismo.

—Vamos, Tania —protestó él—. Estás...

—¿Exagerando? ¿No estoy siendo comprensiva? ¿Estoy siendo demasiado remilgada? Tienes razón, ojalá pudiera ser más comprensiva, como Amanda, por ejemplo. Ya sé que en momentos como éste a lo mejor desearías estar casado con alguien como ella. Pero no. Aunque he oído que está disponible.

Alexander lanzó un gemido y negó con la cabeza, sin mirarla.

—Voy a decirte algo —continuó Tatiana—. No quería decir nada porque no tenía ninguna intención de ir, pero... a mí también me han invitado a una fiesta.

En ese momento, Alexander sí levantó la cabeza hacia ella.

—Eso es. El sábado por la noche —dijo—. Las chicas también van a celebrar una despedida de soltera. Cindy me ha invitado.

—¿Una despedida de soltera?

—Sí. Nos emperifollamos y salimos. Quieren ir a un sitio que se llama el Golden Corral, ¿lo conoces?

Alexander se levantó de inmediato. Hasta tiró el cigarrillo al suelo.

—Sí, sí que lo conozco —dijo—. Los soldados van ahí a divertirse con las chicas.

—Ah, los soldados... Entonces, ¿es un sitio donde van a buscar «guerra»? Ya, ya me parecía a mí que sería algo así —comentó Tatiana—. Y yo no salgo sin ti de noche. No me voy de copas ni a jugar a las cartas como haces tú, así que cuando Cindy me preguntó si iría, dije que no. Porque creí que no te gustaría que fuese a un sitio como ése.

—Y tenías razón.

—Bien, pues a mí —dijo ella, mirándolo directamente a los ojos— tampoco me gusta que tú vayas a un sitio como ése.

—¡Van todos los hombres! —exclamó—. Es una cosa normal, ¿recuerdas lo que significa «normal»?

—Esta vez no pienso tragar con tu estúpido doble rasero —le respondió Tatiana—. No me lo vendas, ya me lo has vendido muchas veces, gracias. —Hizo una pausa y esperó, y al no recibir ninguna respuesta por parte de él, se cruzó de brazos y añadió—: ¿Sabes qué? Creía que ya no tenías ningún interés por esa clase de cosas, pero tu actitud me demuestra lo contrario. No lo sabía. Todos los días se aprende algo nuevo. Así que ya que no quieres hacer esto por mí y puesto que las reglas de nuestro matrimonio están cambiando, ¿por qué no lo dejamos así y no volvemos a hablar de ello? No quiero ser ninguna aguafiestas: vete a tu maldita fiesta con todas esas mujeres desnudas, que yo me iré al Golden Corral y no se hable más. Y ahora, si me perdonas, tengo que ir a acostar a Anthony.

Se dio media vuelta para marcharse.

Él la alcanzó en dos zancadas y le tapó la boca con la mano.

—Basta ya. Eres imposible, esposa rusa mía —dijo—. Está bien, tú ganas. No iré. —Tatiana deslizó las manos por los brazos de él—. No quiero que te enfades. Creí que no te importaría, ¿en qué diablos estaría pensando? Iré, me tomaré una copa o dos, jugaré al billar y daré unos



cuantos consejos al novio sobre el matrimonio, pero no iré a ese club, ¿te parece bien?

Tatiana murmuró su asentimiento. Él la besó en lo alto de la frente y retiró la mano de su cara con un profundo suspiro de alivio.



El viernes por la noche, vestido con pantalones negros, una camisa negra y zapatos negros y relucientes; afeitado, duchado, con el pelo engominado, atractivo, chispeante y sobrio, Alexander se fue a la despedida de soltero a las ocho, diciendo que volvería a casa a la una, que era lo más tarde que había regresado a casa jamás. La besó al despedirse. Olía muy bien y estaba guapísimo. El reloj marcaba la una.

Ataviada con su bata de seda, sin nada debajo, Tatiana esperaba a su marido. Cuando regresaba a casa tarde y un tanto ebrio, le gustaba derramar su aliento impregnado de cerveza sobre el cuerpo de ella, le gustaba tocarla con las manos embriagadas.

Y se hicieron las dos de la madrugada.

Tatiana siguió esperando hasta pasadas las dos y media con creciente ansiedad, pensando que era tiempo más que suficiente para volver a casa desde casi cualquier lugar de Phoenix, pero cuando dieron las tres menos cuarto, de pronto la ansiedad se transformó en auténtico miedo. Nada de bailarinas desnudas: Tatiana sólo se imaginaba las víctimas destrozadas de los accidentes de tráfico a las que veía morir todos los días en urgencias. Alexander estaría borracho y volvería conduciendo a casa muchos kilómetros por la misma carretera por la que circulaban otros tantos juerguistas que también habrían salido ese viernes por la noche. Se paseó sin cesar arriba y abajo por la casa, se puso unos vaqueros y una camisa vieja del ejército de Alexander, se sentó pegada al teléfono y de repente tuvo miedo de que cupiese la posibilidad, la mera posibilidad, de que aquéllos fuesen los únicos años que iban a tener juntos. Todos borrados de un plumazo aquel fatídico viernes por la noche.

Iban pasando los minutos. Consultó el reloj de la cocina: las 2:55. Sólo habían pasado diez minutos desde la última vez que lo había mirado, desde que el ritmo irregular de su corazón había latido con fuerza en su pecho, matando los segundos gota a gota, latido tras latido, sesenta y nueve gotas de la sangre de ella manando en el minuto de una herida abierta e infectada en la espalda de él; ciento cincuenta latidos de su corazón en un minuto de la vida de él. Con el estómago y el corazón encogidos, apagó el aire acondicionado y se puso a pasear arriba y abajo por la casa, salió afuera y estuvo atenta al silencio del aire nocturno con la esperanza de oírlo a él. Estaban a principios de junio. Justo la semana anterior Alexander había cumplido los treinta y tres años. Lo habían celebrado junto a la piscina, en compañía de muchos de los mismos amigos con los que había salido aquella noche.

¿Era aquél el destino de Tatiana... y el de Alexander? ¿Después de todo por lo que habían tenido que pasar, empezando un mes de junio y terminando en otro? Al cabo de tres semanas tenían previsto celebrar su décimo aniversario de bodas. De pronto, Tatiana gritó «¡Alexander!» en el vacío de la noche, pero sólo obtuvo un eco como respuesta, un débil *Alexander*... Vivían tan lejos de la civilización, en aquel silencio sepulcral en medio de las montañas, que por lo general Tatiana oía el ruido de su camioneta cuando él aún estaba a más de cuatro kilómetros de distancia, en Pima. Veía las luces del vehículo a lo lejos. Otras noches, también se sentaba allí fuera a oír el ruido del motor de su camioneta avanzando por la carretera y doblando a la derecha hacia Jomax. Volvió a consultar el reloj.

Las 2:58. ¿Era posible que sólo hubiesen pasado tres minutos desde la última vez que lo había mirado?

«Oh, Dios mío...», pensó. Se hicieron las tres; luego, las tres y media, las cuatro menos cuarto, las cuatro...

Tatiana llamó a urgencias del Phoenix Memorial y habló con Erin, quien le comentó que no, que no habían traído a Alexander herido ni muerto.

Las 4:47.

Tatiana se tumbó en el suelo, inmóvil.

A las cinco y ocho minutos de la mañana, Tatiana oyó el traqueteo de la camioneta en el camino de entrada a la casa. Se levantó y salió corriendo afuera, y a punto estuvo de ser arrollada por la Chevy, que se estampó contra un montón de carbón que había en la entrada. Tatiana vio de inmediato que Alexander estaba perfectamente... y completamente borracho. Nunca lo había visto tan borracho. Era inútil gritarle en ese momento, pero ¿qué iba a hacer ella con toda su ira? Él la miró con ojos completamente desenfocados y masculló un «Hola, cariño» casi ininteligible.

—Por Dios santo, Alexander —murmuró ella, temblando—. Son las cinco de la mañana...

Cuando salió tambaleándose de la camioneta, se le cayeron las llaves en el suelo de guijarros; se apoyó en ella y Tatiana percibió el fuerte aliento a tabaco y alcohol, pero también a...

El volcán de repugnancia e indignación que sentía en su interior entró en erupción, el volcán de repugnancia que había sentido antes de empezar a pensar que Alexander podía estar muerto: su marido olía a perfume barato.

Tambaleándose de lado a lado, Alexander entró en la casa, se desplomó sobre la cama y se quedó allí inconsciente completamente vestido, con los zapatos, con todo. Tatiana lo desvistió y consiguió meterlo bajo las sábanas. Le registró la ropa, sin saber muy bien qué buscaba, y luego le registró la cartera. Salió de la casa y registró la camioneta de arriba abajo y también la guantera buscando... ¿preservativos tal vez? Era horrible. Nada. Pero el olor a perfume barato seguía allí, y ahora estaba también en la cama de ambos.

Tatiana se tendió a su lado, manteniendo la mano sobre él. Eran casi las siete cuando al fin consiguió conciliar el sueño. Anthony la despertó a las diez, susurrando «mamá, mamá...». Alexander seguía inconsciente.

Tatiana se levantó, se duchó y preparó el desayuno para Anthony. Ella no podía probar bocado. Sonó el teléfono. Era Margaret, una de las últimas personas con las que Tatiana quería hablar.

—¿Cómo está el hombre de la casa esta mañana? —preguntó Margaret alegremente—. ¿Has oído lo que hicieron?

—No. —Tatiana se sentó—. Margaret, ahora no tengo tiempo, de verdad...

—Alquilaron una suite con dos dormitorios en el Westward Ho del centro. He oído que lo pasaron en grande —dijo, riendo—. Que hubo una especie de espectáculo salvaje con un montón de chicas. Deberías preguntarle a Alexander cuando se le pase la cogorza, si es que se le pasa. Bill y Stevie están todavía bastante indispuestos.

Tatiana colgó el teléfono. Era lo único que podía hacer para no sentir arcadas.

Ella y Anthony salieron a comprar. Ni siquiera dejó una nota para Alexander.

Cuando llegaron a casa, hacia las cuatro, Alexander salió a recibirlos a la puerta, con señales de resaca pero prácticamente sobrio del todo.

—Hola —les dijo, y por suerte, antes de que ella pudiese responder, Anthony empezó a hablar con él y lo distrajo.

Tatiana sacó el contenido de las bolsas de la compra mientras Anthony y Alexander las llevaban adentro. Alexander se acercó a ella en la cocina y, dándole un empujoncito con el cuerpo, repitió:

—Hola.

—Hola —contestó ella, y se dirigió a la nevera.

—Dame un beso, Tania —dijo. Ella levantó la cara sin mirarlo. Él la besó y luego dijo—: Mírame.

Ella abrió los ojos y le lanzó una mirada asesina.

—Ah —dijo él—. Estás enfadada.

—Enfadada es poco —repuso, cerrando la nevera de un portazo.

Anthony estaba tirando de la mano de su padre para enseñarle el barco de pesca-destructor-portaaviones que había construido en el cobertizo.

Tatiana se metió en el dormitorio y se preparó para salir. Se puso el vestido nuevo de seda de color violeta que acababa de comprar, con gasa fruncida alrededor de la falda de vuelo y ribetes de terciopelo. Esa noche se había puesto máscara de pestañas negra y lápiz de ojos también negro,

colorete y hasta se había pintado los labios. La única vez que se había puesto ese pintalabios para Alexander había sido la noche que se había vestido de enfermera para ocuparse de sus humores malignos. El recuerdo de las noches de viernes que habían pasado juntos le dolió en el alma. Se puso unos pendientes, un collar de perlas y un poco de perfume caro, a fin de contrarrestar el olor del barato, que aún invadía su dormitorio... y hasta su preciosa colcha. Acto seguido, se calzó los zapatos de tacón nuevos de color malva. Estaba acabando de cepillarse el pelo cuando Alexander entró en el dormitorio. Se quedó mirándola un momento, observando sus movimientos frente al tocador. Mirándolo a través del espejo, Tatiana dijo:

—Queda algo del estofado de ayer y hay un montón de pan y mantequilla...

—Ya sé dónde está la comida. —Cerró la puerta de un puntapié. Tatiana sólo oía ese ruido cuando la llevaba al dormitorio para entregarse al amor. Ese sonido también le dolió en el alma—. ¿Adónde vas?

—Esta noche es la despedida de soltera, ¿recuerdas?

Muy despacio, Alexander dijo:

—Me dijiste que no irías.

—Y tú me dijiste —repuso ella— que estarías en casa a la una.

Tatiana se esforzaba al máximo por controlar el tono de voz.

—Me emborraché. Se me olvidó llamar. Los bares cierran a las dos.

—¿Y la suite del Westward Ho? ¿A qué hora cierra?

Hubo un silencio a sus espaldas, y también un suspiro. Tatiana no podía mirar al espejo para verle la cara a él.

—Fue ese maldito Steve —explicó Alexander—. No podía andar y me pidió que lo ayudase a subir la escalera.

—¡Qué bonito! Un ciego ayudando a otro ciego...

—Yo me marché poco después, pero me costó una eternidad volver a casa.

—Ya lo creo. Te pasaste la noche entera actuando como si no tuvieras una casa.

—¿De qué estás hablando?

—¡Alexander! —exclamó ella, volviéndose para mirarlo de frente—. Ya basta.

Él se puso delante de ella.

—¿Acaso me viste anoche?

—No —le espetó Tatiana—, pero te aseguro que a las cinco de la mañana eras un espectáculo digno de ver. ¿Me dejas pasar, por favor?

—Tardé tres horas en llegar a casa desde el centro. Tenía que parar a cada kilómetro y cerrar los ojos. Debí de quedarme dormido en el arcén. No podía conducir, era un peligro para mí mismo y para los demás. Pensé que te gustaría saber que había conducido con precaución.

—Muy bien. ¿Y también te acordaste de ponerte una goma, sólo por precaución?

—¡Por el amor de Dios!

—No grites... Anthony... —masculló ella entre dientes.

—Está en el cobertizo.

—¡A las cinco de la mañana! —gritó ella a pleno pulmón—. ¡Alexander, eso no es llegar tarde a casa, sino temprano! ¿Es que no tienes decencia? ¿Acaso te imaginas todo lo que se me pasaba por la cabeza? Creí que te habrías estrellado con la camioneta... —No iba a llorar. No le daría ese gusto—. Y cuando al final deshonraste esta casa con tu presencia... ¡vienes apestando a perfume por todo el cuerpo!

—¿Perfume? —Parecía perplejo—. Bueno, tú me quitaste la ropa —dijo bien alto—. Me desnudaste. ¿Por qué no me oliste el cuerpo a ver si había utilizado un condón?

Tatiana inspiró hondo, atónita ante la insensibilidad de él. Empezó a temblar sólo de pensar que alguna vez pudiese llegar a decirle a él algo parecido, a preguntarle si la había olido para detectar el olor de la goma del diafragma que se había puesto para acostarse con otro hombre.

—¿Y quién te dice que no lo he hecho? —dijo, tratando de esquivarlo para dirigirse a la puerta, pero Alexander se interpuso en su camino.

—Esto es absurdo.

—Voy a llegar tarde.

—Me dijiste que no irías.

—¡Y tú me dijiste que no ibas a ver a ninguna mujer! ¡Me dijiste que volverías a casa a la una!

—¡Estuvimos bebiendo! Estaba borracho.

—Me encantan tus excusas. ¿Y por qué no me llamaste?

—Es-ta-ba bo-rra-cho —repitió despacio, como si hablase con un niño.

—Y-yo-me-voy.

Volvió a intentar esquivarlo para marcharse. Él la sujetó del brazo.

—Cariño, lo siento. Te prometo...

—¡Tú y tus estúpidas promesas! —gritó ella, zafándose de él—. ¡Te emborrachas y de repente te importo un comino!

—Eso no es verdad —dijo—, y deja de gritar. Me va a estallar la cabeza.

—¡Qué falta de consideración la mía! Pues no hablemos más de esto. Ya hablaremos mañana, cuando esté menos enfadada y tal vez menos sobria yo también. —Hizo amago de rodearlo, pero él no la dejó y cerró la puerta con el pestillo—. Alexander, déjalo —insistió ella, tratando de apartarlo, pero él siguió sin moverse un centímetro, como si fuera un bloque de cemento.

—Ayer fui por acompañar a un amigo en su despedida de soltero, no porque estuviese enfadado —dijo en voz baja y despacio, pero no de buenas maneras.

—Y yo también voy a ir por acompañar a mi amiga —repuso ella, empujándolo—, no porque esté enfadada. ¿También bailaste con una chica desnuda por tu amigo?

Alexander la agarró de los brazos y la obligó a sentarse en la cama.

—Tú no vas a ninguna parte.

Tatiana se levantó de golpe. Él la sujetó de nuevo y otra vez la obligó a sentarse.

En cuanto la soltó, ella se levantó de nuevo. Volvió a sujetarla de nuevo y la atrajo hacia sí.

—Tania —le dijo en voz baja—, déjalo ya.

Esta vez ella no pudo zafarse.

—Suéltame. No sé de qué te preocupas, me portaré muy bien. Tan bien como tú.

—Joder, Tania... —Sus dedos la sujetaron con más fuerza—. No vas a ir a ninguna parte, así que tranquilízate y así hablaremos de esto como dos adultos.

—Suéltame —repitió ella, jadeando—. No puedes hacer esto.

—¿Que no? —exclamó él—. Trata de impedírmelo, Tania. —Tratando desesperadamente de liberarse de las firmes ataduras de las manos de Alexander, Tatiana forcejeó con él y se quedó sin aliento—. Estás haciendo esto para que me enfade —dijo él—. Y está surtiendo efecto. Considérame enfadado. —Cuanto más forcejeaba ella, más fuerte la sujetaba él. Tatiana se mordió el labio tratando de no gemir de dolor, para no darle a él esa satisfacción. De pronto, Alexander la sujetó contra él con una sola mano, mientras metía la mano que le quedaba libre debajo del vestido de seda y le recorría las medias hasta la línea horizontal de su piel desnuda—. ¿Piensas ir al palacio de las putas vestida así, con un ligero de encaje y medias de costura, con los muslos al descubierto? Conque sí, ¿eh? —exclamó él, con la respiración agitada, tocándole la entrepierna—. ¿Y para qué te molestas en ponerte bragas, Tania?

—¡Alexander! Suéltame.

—Deja de forcejear conmigo y te soltaré.

Era tan inmenso, y su furia tan incontenible, que él también se estaba olvidando de sí mismo, de su fuerza, y estaba a punto de magullarla.

—Suéltame y dejaré de forcejear.

—Tania.

Alexander cerró los garfios de sus dedos alrededor del brazo de ella, y en el muslo. Y Tatiana gritó de dolor.

No había forma humana de salir de aquella habitación a menos que él la dejara marcharse. No podía liberarse de él a menos que Alexander la liberase. Puede que en otro momento ese mismo hecho la hubiese tranquilizado, pero en ese instante sólo conseguía enfurecerla aún más. Tatiana empezó a forcejear con él de nuevo, resistiéndose con su



cuerpecillo menudo, retorciéndose para zafarse de aquellos brazos como garras.

—Esta vez no ganarás —dijo él, y ni siquiera jadeaba—, así que déjalo ya.

Para colmo de su humillación, Tatiana estaba a punto de perder el equilibrio con sus tacones y de caerse para atrás en la cama.

—Déjalo tú ahora mismo —murmuró. Incluso las fuerzas para gritarle la estaban abandonando, y sus palabras salieron apenas sin sonido. Le hacía daño con las manos, le hacía daño con la hebilla del cinturón, con sus palabras, y ella ya estaba sufriendo desde el día anterior—. Dime, ¿también le hiciste esto a tu puta desnuda? ¿Y le gustó?

—No tanto como a ti —replicó Alexander, y Tatiana rompió a llorar y luego se puso a chillar.

Anthony llamó a la puerta, gritando a su vez desde el otro lado.

—¡Mamá! ¡Mami! ¡Mamá!

Alexander la empujó a la cama y ella se levantó, corrió al baño y se encerró en él. Alexander abrió la puerta de una patada, ella retrocedió un paso, se tropezó contra la bañera, llorando y diciendo «Para, por favor, para», mientras levantaba las manos para protegerse de él. Alexander le agarró la cara entre las manos, le apretó la boca con fuerza, y masculló:

—Deja de gritar. Tu hijo está fuera. ¿Quieres ir? Pues adelante, vete. Me importa una mierda lo que hagas.

Soltándola con brutalidad, Alexander salió del baño y ella cerró de un portazo la puerta rota. El dormitorio se quedó en silencio, sólo Tatiana lloraba en su interior mientras Anthony lloraba fuera, su llanto infantil retumbando en las paredes.

—Mamá, mamá, por favor...

Al cabo de unos minutos, Tatiana oyó a Alexander abrir el pestillo y la puerta del dormitorio.

—No pasa nada, Anthony —dijo—. Ve afuera un momento. No pasa nada. Deja a papá y a mamá un momento... vete afuera.

Anthony dijo que no.

—¿Qué acabas de decir? ¡Fuera!

Con la cara lavada, los ojos rojos y el rostro aún húmedo, Tatiana salió del cuarto de baño.

—Déjalo en paz, él no ha hecho nada malo.

Le temblaban las manos al pasar junto a Alexander y tocar la cara de Anthony, a quien besó en la cabeza.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó, llorando él también.

—Estoy bien, cariño —contestó ella, intentando que no se le quebrase la voz—. No te preocupes por nada. Tu padre cuidará de ti esta noche. Mamá va a salir.

Tatiana salió de la casa, se subió al coche y se marchó.



Alexander y Anthony no hablaron durante la cena, pero mientras recogían la mesa, Alexander dijo:

—Anthony, hijo, a veces los mayores discuten y se pelean, pero no pasa nada. ¿Sergio y tú no os peleáis?

—Tanto no.

—Es que entre los mayores hay más cosas en juego.

—Pero nunca había oído a mamá chillar así. —Se echó a llorar de nuevo.

—Chsss... A veces hasta mamá se enfada.

—Tanto no.

—A veces.

—Así nunca.

—No se enfada así muy a menudo, eso es verdad, pero a veces sí.

—¿Adónde ha ido?

—Ha salido con sus amigas.

—¿Y va a volver?

—¡Pues claro que va a volver! —Alexander respiró hondo y miró a su hijo de hito en hito—. Claro que sí, Anthony. Escucha, todo irá bien. Sólo tenemos que... Oye, ¿te apetece ir al cine?

Ir al cine a solas con su ocupadísimo padre una noche era toda una sorpresa sin precedentes para el chico. Anthony se puso contento de inmediato. Fueron en coche hasta el único cine de Scottsdale para ver *El mayor espectáculo del mundo*. Alexander se sentó en la butaca sin prestar atención a la película y se puso a fumar. No escuchó ni una sola palabra del guión. No tenía ni idea de lo que sucedía en ella, algo sobre unos trapezistas. En lo único que pensaba era en Tatiana en el Golden Corral, en las imágenes de ella en ese lugar, que lo estaban dejando ciego y sordo. Puede que Tatiana no supiese del todo bien cuál era la verdadera naturaleza del género masculino, pero Alexander lo sabía mejor que nadie.

Tras la película, llevó a Anthony a comer helado a la tienda de refrescos y estuvieron hablando de béisbol, de fútbol y de baloncesto. Hablaron incluso de los bosques de Polonia. Anthony, que había oído parte de la historia de labios de su madre, quería escuchar ahora la versión de su padre.

—Mamá me contó que arrasaste Polonia prácticamente tú solo, sin armas, con un solo tanque, con prisioneros como soldados, con hombres que no habían luchado nunca hasta que tú les enseñaste, y que nunca te quedaste en la retaguardia a pesar de las protestas de tu teniente.

—¿Y le has preguntado alguna vez a tu madre cómo sabe todo eso?

Anthony se encogió de hombros.

—Creo que es mejor no preguntar cómo sabe mamá muchas de las cosas que sabe.

—Tienes toda la razón, hijo, yo también opino lo mismo.

Cuando volvían a la camioneta de la tienda de refrescos, Anthony cogió a Alexander de la mano.

Tatiana todavía no estaba en casa.

Después de acostar a Anthony, Alexander pensó en ir hasta el Golden Corral, pero no podía dejar a su hijo solo en casa. Todo aquello era ridículo: su Tania con un montón de chicas alegres, borrachas, todas bailando, coqueteando... soldados que intentarían llevarse a la cama a su mujer...

Se negó a seguir pensando en todo aquello.

Borrachos que le harían toda clase de proposiciones deshonestas, que le pondrían sus sucias manos encima en un club lleno de humo de cigarrillo... ¿y qué iba a hacer ella para detenerlos, aunque quisiese?

¡Se negaba a seguir pensando en todo aquello!

Alexander se subió a la camioneta, arrancó el motor y luego lo apagó, consciente de que no podía irse. Volvió a entrar en la casa, se paseó arriba y abajo por el salón, se puso a fumar, a beber, a fumar otra vez y consultó el reloj. Eran las once. Se fue al cobertizo y fabricó otro marco para la puerta rota del baño.

Cuando apagó la sierra circular, oyó el ruido del coche de Tatiana en el camino de entrada a la casa. Después de sacudirse como pudo las virutas de madera de encima, regresó a la casa despacio. La puerta del dormitorio, iluminado por una luz tenue, estaba abierta. Tatiana estaba frente al espejo del tocador, quitándose los pendientes. Alexander se detuvo en el umbral y luego entró. Había estado tan tenso que creía que le iba a costar un esfuerzo enorme contener su ira para enfrentarse a ella, pero cuando la vio, toda su furia se esfumó. Lo único que quería era hacer las paces con ella, obtener el consuelo que necesitaba de ella, el alivio que sólo ella podía procurarle. Entró en el dormitorio sin cerrar la puerta y se acercó a ella por detrás. Se quedó en silencio a su espalda, mirándola a través del espejo, a la cara, que en ese momento miraba hacia el suelo. Tatiana trataba de quitarse el collar de perlas, y estaba forcejeando con el cierre. Alexander tomó aire y le apartó el pelo a un lado.

—Trae, deja que te ayude.

Abrió el broche muy despacio y dejó el collar sobre la superficie del tocador.

—¿Cómo está Anthony? —le preguntó ella.

—Está bien.

—¿Le has dado de cenar?

—Sí, le he dado de cenar. Y también lo he llevado al cine.

—Eso está bien. Debe de haberle gustado pasar un poco de tiempo con su padre.

Tatiana no olía ni remotamente a alcohol ni a cigarrillos ni al olor de otras personas. Ni remotamente. Olía al mismo perfume de almizcle que se había puesto antes. No llevaba el vestido arrugado, ni el pelo alborotado, ni la habían tocado ni nadie le había derramado su aliento. Alexander estaba muy cerca de ella, justo detrás, presionándole la espalda con el vientre, la melena con olor a champú de fresa bajo la barbilla de él, el pelo de ella en sus manos.

—¿Me ayudas con el vestido? —preguntó ella en voz baja—. No puedo quitarme los corchetes.

Alexander le desabrochó los cierres y dejó las manos en los brazos desnudos de ella. Inclinando la cabeza hacia abajo, le besó el hombro y ella se apartó.

—No hagas eso, ¿de acuerdo?

—Tania...

—No lo hagas. Basta.

Él la volvió hacia sí, pero ella no levantó la mirada. Tenía el vestido desabrochado, y se le había deslizado hacia abajo. Tatiana dejó que le cayera al suelo y se quedó en ropa interior, vestida únicamente con un corselete de encaje de color púrpura y medias negras. Alexander quiso mencionar la prenda de encaje púrpura que se había comprado para una noche sin él, pero pensó que no era el momento. Ella seguía sin mirarlo. Alexander tomó la cara de ella entre las manos, la levantó hacia él, se inclinó y le besó los reticentes labios. Ella levantó las manos para apartarlo y no le devolvió el beso.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—He ido al hospital. He estado haciéndole compañía a Erin en la guardia nocturna.

Alexander exhaló un profundo suspiro de alivio. Todavía tenía la cara de ella entre las manos. Apartándose de su boca, de sus ojos, Tatiana siguió apretando el cuerpo contra el de él. Estaban completamente inmóviles en ese momento, completamente serenos, como debían haber estado cuando Anthony estaba al otro lado de la puerta de su habitación.

Se miraron en silencio el uno al otro y los ojos de ella se anegaron en lágrimas.

—No, no, vamos... chsss —dijo Alexander. Fue a cerrar la puerta con el pestillo y descolgó el teléfono de su horquilla. Desnudándola a ella por completo y desnudándose también él mismo, la tumbó sobre la cama y la acarició todo lo despacio que le permitieron sus impacientes manos—. Chsss... mira lo caliente y lo suave que estás... Siento mucho haberte hecho daño antes. Te compensaré por ello, te lo juro. —Con un gemido, le acarició levemente los pechos—. No te enfades conmigo, ¿de acuerdo?

—Estoy tan enfadada contigo... ¿cómo no voy a estarlo?

—No lo sé. —La miró a los ojos húmedos, tristes y aún maquillados—. No te enfades. Sabes que no soporto que te enfades conmigo.

La besó en los labios enfurruñados hasta que éstos se abrieron y le devolvieron el beso. La besó hasta que Tatiana se tendió un poco más relajada en la cama, y durante todo ese rato, Alexander le estuvo acariciando con la mano el triángulo de vello que poblaba su entrepierna.

—Shura... no...

—No, ¿qué?

Alexander se zambulló con la boca abierta entre los pechos de ella.

—No quiero que... —gimió ella, tratando de quedarse quieta, de no retorcerse de placer.

—¿No? —Sumergiéndose debajo de su ombligo, Alexander frotó los labios hacia arriba y hacia abajo contra el montículo de seda rubia de ella, hincándole las manos entre los muslos—. Vamos... —le susurró—. Ábrete de piernas para mí... como a mí me gusta. —La acarició delicadamente con las puntas de los dedos—. Dime, cuéntame en un susurro qué puedo hacer para que no te enfades conmigo... —Ella no dijo nada—. Vamos... ¿algo bueno? ¿Algo suave...?

Tatiana contuvo el aliento, sin hablar, pero ahora yacía como a él le gustaba, con las piernas abiertas. La besó.

—Tania... mira, tus labios tan suaves... tus labios perfectos, tan húmedos, tan rosados, tan abiertos... no están enfadados conmigo...

Alexander hablaba en susurros tranquilizadores, deslizando la lengua dentro y fuera de la boca de ella a la vez que deslizaba los dedos dentro y fuera de ella. Tatiana se agarró a las sábanas con todas sus fuerzas, desnuda y abierta bajo las manos de Alexander. De sus años con ella, de los millares de minutos de su vida en común, había pocas cosas que Alexander conociese mejor que la respuesta del cuerpo de ella ante él. De repente, dejó de tocarla, y un «ah» jadeante escapó de la boca de Tatiana.

Alexander esperó unos segundos, y luego reanudó las caricias, incrementando cada vez más la presión, y cuando ella gimió de nuevo con aliento trémulo, él retiró la mano otra vez. Un estremecimiento apenas contenido sacudió las caderas de ella. Cuando Tania era feliz, en aquel preciso instante le suplicaba en dos idiomas que le hiciese todo cuanto quisiese.

Sin embargo, esa noche no. Ella ni siquiera lo tocaba a él. Esa noche, no le imploraba ni le suplicaba ni le hablaba en ningún idioma, sólo mantenía los ojos cerrados, los labios separados, aun cuando su cuerpo arqueado había empezado a temblar.

—Tatia... —murmuró Alexander, mirándola—, por favor, dime, ¿hay algo que pueda hacer para compensarte?

Ella apartó la cara, con un profundo gemido, con la cabeza hacia atrás, el cuello estirado, levantando las caderas hacia él. Su cuerpo restallaba de esplendor, pero ella no suplicaba.

Alexander negó con la cabeza, arrodillándose entre las piernas abiertas de ella. Eran tan tozuda... pero tan rubia y exuberante...

Había tantas cosas que le gustaba hacerle, pero esa noche apenas hubo tiempo para sus debilidades, mientras él le acariciaba los pezones con los dedos, mientras la lamía con delicadeza, pues Tatiana no tardó en emitir un grito, agarrándolo de la cabeza, y se olvidó de toda reticencia, de todo rencor, de toda tozudez. Alexander no se apartó esta vez, sino que mantuvo la boca ardiente adherida a ella, las manos sobre ella, los dedos insistentes sobre ella, y ella no pudo ni quiso dejar de gritar ni de temblar ni de aferrarse a la cabeza de él hasta que éste la sació del todo y entonces y

sólo entonces lo soltó ligeramente y se quedó jadeando y marcando con los pies un ritmo desesperado sobre la espalda de él.

«Oh, Shura...», susurró. Aquello era sin duda mejor que «Shura, no lo hagas».

«¿Sí, amor mío?». Encaramándose a ella y arrodillándose encima, Alexander le metió el miembro en la boca hambrienta y jadeante, pero estaba tan excitado que no precisó ni un solo movimiento más, ni una sola caricia de las manos de ella. Sólo necesitaba una cosa.

Levantándose de la cama, tiró de ella hacia delante para que se tumbara delante de él y se inclinó entre sus piernas para besarla. Ella lo buscó con los brazos, acercándolo, atrayéndolo hacia ella, con los ojos y los labios abiertos.

Sujetando con las manos la parte posterior de los muslos de ella, Alexander la embistió una vez, y luego otra, y luego se detuvo. Incorporándose, empujó en un primer momento sólo levemente, superficialmente, y luego se adentró más y más, hasta lo más profundo, hasta lo máximo que creía que ella podía soportar. Tatiana tenía la boca abierta formando un círculo; no podía respirar. «Tania... ¿es demasiado?», le susurró. Ella no podía hablar, ni siquiera para decir que sí. Esperó un momento, le habría gustado oír un sí, esperó, salió de ella completamente y luego volvió a penetrarla, hasta lo más hondo, y Tatiana empezó a emitir gemidos desesperados, asfixiándose de placer. Sujetándola con la máxima firmeza, la penetró unos centímetros para prolongar sus jadeantes espasmos y luego se detuvo un instante, para tomar aliento, para permitirle a ella tomar aliento, para besarla, para lamerle los pechos, para susurrarle cuánto le gustaba así, debajo de él, mientras le sujetaba los muslos abiertos de par en par, penetrándola, mirándola, viéndose él mismo. Reanudó la asimetría de su movimiento irregular mientras seguía hablándole en susurros del deseo que sentía por ella y de su dulzura, hasta que ella gritó, tratando de aferrarse a lo que fuese con los brazos estirados, y volvió a derretirse por dentro, como lava líquida, gimiendo sin cesar... y esta vez sí que fue de veras demasiado para ella. Alexander supo que debía parar... pero no paró. El sonido de los gemidos de Tatiana no tardó en



rozar la agonía más que el éxtasis, y entonces empezó a sufrir convulsiones y a gritar.

—Está bien, está bien, chsss... —murmuró él, acariciándola, mirándola mientras yacía jadeando, con los ojos cerrados, los muslos abiertos, todo su cuerpo estremecido por el perpetuo temblor—. Tania, lo eres todo para mí y más —le susurró, acariciándola, tocándola con delicadeza, con las manos, con la boca, hasta que Tatiana se calmó al fin, se tranquilizó y se ablandó.

Cuando Alexander regresó a lo alto de la cama y se encaramó de nuevo sobre ella, sujetándole las piernas hacia arriba con los brazos rígidos, Tatiana empezó a temblar... y a sacudir la cabeza de lado a lado. «Esto es demasiado, por favor, —le susurró ella—. No puedo soportarlo...». Alexander le soltó las piernas... pero no pudo contenerse, pues la voz suplicante de ella esta vez era demasiado para él, así que antes arremetió con dos nuevas embestidas, lentas, profundas y agonizantes, correspondidas con los gritos lentos, profundos y agonizantes de ella. Dejándole las piernas elevadas y sueltas, la tomó como le gustaba a ella, en sus brazos rectos, en lo que ella llamaba su arco de perfección conyugal, encajado en los esbeltos muslos de ella, los labios de Tatiana ávidos de él, las caderas inquietas ávidas de él, agarrándose desesperadamente con los dedos a su pecho, a su cuello y a su cabeza como si quisiese pilotarlo con una sincronía espondáica, con ritmo yámbico. «Vamos, Shura... vamos, Shura... vamos, vamos, vamos». Cuando ella dejó de temblar, él no esperó un solo minuto para reanudar sus embestidas, esta vez como a él le gustaba, colocando las piernas trémulas de ella por encima de sus hombros. Pero ella volvió a estremecerse y a susurrar: «No puedo, no puedo más, es demasiado para mí, por favor, por favor...». Esta vez, Alexander fue implacable, y continuó impertérrito, sin inmutarse, susurrándole: «Sí, pero a mí me gustas tanto así...». Y continuó despacio y a ritmo regular sobre el cuerpo estremecido de ella y sus manos como garras, rodeándola al fin con los brazos, tendiéndose encima de ella, envolviéndola, abrumándola, encerrándola y rodeándola, encerrado y rodeado por ella, abarcándola por

completo para que cuando volviese a correrse, fuese como un terremoto en el interior de él. Y durante sus gritos y jadeos apasionados, habiéndose olvidado de sí misma, murmuró sin pensar un «Te quiero».

«A eso lo llamo yo un susurro», dijo Alexander, acariciándole las cejas con los labios.

«Oh, Shura...». Tatiana yacía inerte debajo de él, llorando suavemente, con el rostro enterrado en su cuello y los brazos y las piernas alrededor de su cuerpo.

«¿Sigues enfadada conmigo?».

«Menos enfadada, amor mío, cariño, —gimió—. Menos enfadada».

Retirándose de ella, Alexander murmuró: «Ponte a cuatro patas, Tania».

Ella obedeció y se puso a cuatro patas. Enterrando la cabeza entre las sábanas y extendiendo los brazos, levantó las caderas hacia él.

«Vamos, Shura, vamos. Venga, vamos...». Todo estaba extendido menos las caderas.

Sujetándole con las manos las nalgas y la parte baja de la espalda, al final Alexander tuvo que cerrar los ojos porque aquello era sencillamente increíble, maravilloso y perfecto... hasta que ella, en su confusión, en su jadeante abandono, intentó apartarse a gatas de él. Un extenuado Alexander se inclinó sobre el cuerpo tembloroso y sin fuerzas de ella, con el pecho sobre su espalda, la cara en su pelo de seda, acariciándole los pechos, hendiendo los dedos duros entre el vello suave de ella, deslizándose despacio hacia dentro y hacia fuera. «Eres lo mejor del mundo, Tatia», le susurró. «Sólo un poco más. Eres tan sexy... tan guapa...».

Exhausto, Alexander terminó encima de ella y en sus brazos, y después de acariciarla para que se calmase mientras ella le imploraba clemencia en dos idiomas al tiempo que su avidez se iba aplacando, se recostó sobre el codo, junto al cuerpo empapado en sudor de ella y le besó la cara, mirándola, contemplándola minutos después del amor, agotada y sin resuello.

—¿Por qué te pones tan histérica? —preguntó él—. Te juro que hay veces que te comportas como si estuvieses casada con otra persona. ¿Qué te pasa? —Tatiana todavía mantenía los ojos cerrados mientras recibía sus besos, acariciándole la nuca. Se desplazó para acomodarse al resguardo de su cuerpo. Él tapó a ambos con la colcha—. Siento muchísimo haber llegado tan tarde a casa —dijo él—. No volveré a llegar tan tarde, no te haré enfadar. Pero ¿qué es lo que te tiene preocupada?

—Me dijiste que no ibas a ir a ver a ninguna chica...

—Vamos —susurró—. Chsss... —Ella endureció el rostro—. Llevé a Steve arriba, a la suite —explicó Alexander, secándose la frente y hablando de mala gana— y me desplomé en una silla. En total debíamos de ser... no sé, unos treinta, había mucho ruido, la música estaba muy alta, y mucho barullo, y yo seguía allí sentado tratando de despejarme un poco cuando trajeron a dos o tres chicas, con sus guardaespaldas y todo. — Tatiana levantó la vista de golpe—. ¿Qué pasa? Tania, tienes que emborracharte así aunque sea una vez en la vida para entender lo que es. En aquella silla no sentía más que la modorra de la borrachera. Ya me viste a las cinco, después de dormir varias horas en el coche. ¿Te imaginas cómo estaba a las dos? Estaba hecho una verdadera piltrafa humana.

Alexander se rio a medias, pero a Tatiana no le hacía gracia.

—¿Qué hacían?

—¿Quiénes?

—Las chicas, Alexander.

—No lo sé.

No quería que Tatiana se enfadara.

—¿Estaban bailando?

—No lo sé. —Hizo una pausa—. Creo que sí. —Estaban desnudas y bailando—. Eres tan buena, Tatiana... —le susurró Alexander—. Eres tan buena... —Le besó los labios—. No pasa nada. Puede que estuviesen bailando, pero no creo que pueda decirse que las estuviera mirando exactamente; estaba completamente ido. Pero no debería haber subido a la suite.

—¿Y cómo llegó hasta ti aquel olor a perfume barato?

—Cuando intentaba levantarme de la silla, una de las chicas se acercó y me dijo algo así como «¿Necesitas ayuda para ponerte tieso, vaquero?». ¡Espera! ¿Adónde vas? Estás en mis brazos, acabo de hacerte el amor, Tatiana. —La retuvo allí—. Tania, acabo de hacerte el amor —le susurró, mirándola a los ojos—. Estás en nuestra cama, éste es el destino final, la última estación, punto, no hay otro lugar adonde ir. —A ella le temblaban los labios—. Deja que acabe de contártelo todo. No quiero que lo sepas por terceros, por Amanda, por ejemplo, que puede haber oído una versión aún más asquerosa de Steve.

—Ah, ¿así que ahora, tu mejor amigo es asqueroso? No puedo seguir escuchando ni un minuto más.

—Sólo un minuto más. Y tú eres mi mejor amiga. Escucha.

—No puedo escucharte, no puedo.

—Se me acercó, me dijo algunas estupideces, y Steve estuvo a mi lado todo ese tiempo. Me levanté, estoy casi seguro que lo hice sin su ayuda, y me fui. —Le acarició la cara angustiada—. Te lo prometo, te lo juro.

—¿Y... la besaste?

Tatiana se echó a llorar.

—¡Tania! —Apretó la cabeza contra sí—. Por Dios santo, claro que no... Se quedó a mi lado, agarrándome de la manga de la camisa. Debía de apestar a perfume para que todavía lo llevase impregnado en mi ropa. Steve pensaba que estaba demasiado borracho para conducir, pero yo no le hice caso y me fui. Puede que tuviera razón, pero yo me fui de todos modos.

—Ese maldito Steve... —Tatiana meneó la cabeza—. ¿Y la chica... estaba desnuda?

La chica apenas llevaba ropa encima.

—Me parece que no. Creo que sólo se desnudan para el baile —dijo Alexander, sin permitir a Tatiana moverse un centímetro. El rostro de ella reflejaba una angustia infinita—. Escucha, esto fue lo que pasó: subí a la suite, me senté en la silla, no me marché inmediatamente. —Deslizaba la mano por los pechos de ella, por su vientre, por sus piernas, tal como sabía que le gustaba a ella; Tatiana era como un gato, le encantaba que la

acariciasen, despacio y delicadamente, desde las pantorrillas hasta la cara, hasta el pelo, y luego de nuevo hacia abajo, por todas partes. Si sus palabras no podían tranquilizarla, tal vez sus manos sí lo consiguiesen—. No debería haber subido, ése fue mi error, pero no hice nada malo. — Alexander hizo una pausa—. Te diré algo: ¿recuerdas aquella noche en Leningrado cuando fui borracho a verte al hospital?

—No quiero hablar de eso ahora.

—Pues yo sí. Aquella noche estuve en Sadko, y Marazov iba acompañado de varias mujeres, y una de ellas, muy coqueta, se puso a flirtear conmigo y se sentó en mi regazo. Estaba borracho y era joven y engreído, como bien recuerdas, y apenas te conocía en aquel entonces. Sólo habíamos compartido juntos el paseo en autobús del domingo, los paseos de la Kirov y el ardor de Luga. Y estábamos en un callejón sin salida. Habría sido tan fácil... Podría haberme tirado a esa chica en diez minutos en cualquier parte y luego podría haber ido a verte al hospital y tú nunca te habrías enterado, pero no lo hice... ni siquiera entonces. Fui a verte en plena noche, a pesar de que lo teníamos todo en contra, absolutamente todo, a pesar de Dimitri, a pesar de tu hermana, que creía que me amaba.

—Mi hermana te amaba. Dasha te amaba.

—Sí, ella creía que sí.

—Oh... Ayúdame... —le susurró ella.

—Fui en tu busca porque tú eras la única para mí, la única que yo quería. ¿Recuerdas cómo nos besamos esa noche? —le susurró, agarrándole un pecho—. Te sentaste a horcajadas y semidesnuda encima de mí... tú, a quien no había tocado ningún hombre. ¡Dios mío! Todavía me vuelvo loco ahora recordando en qué estado me pusiste entonces. Sabes lo que significó para mí y sabes lo que significa para mí todavía. ¿Es que no recuerdas nada?

Tatiana se estremecía con sus propios recuerdos.

—Lo recuerdo... pero...

—Mírame, toca mi cuerpo, siénteme, toca mi corazón... Estoy aquí mismo. Soy yo —dijo Alexander—. No me acerqué a una sola puta, ni

siquiera cuando creía que no te volvería a ver en la vida y cuando estaba en plena guerra. No debería haber ido al hotel, es cierto, pero la verdad, ¿por qué iba a querer nada con nadie cuando te tengo a ti? ¿Con quién estás hablando? ¿Con quién estás enfadada?

—Ay, Shura... —le susurró, aferrándose a él.

—Tú lo sabes mejor que nadie —dijo Alexander—. Llego a casa todas las noches y me arrodillo ante tu altar. ¿Por qué te preocupas por tonterías?

Y con su voz y sus manos, con sus labios y sus ojos, con sus besos y sus caricias, y con sus mil y una formas de llevarlos a ambos hasta la cima del éxtasis absoluto, Alexander consiguió calmarla y encontró en ella la paz y la felicidad, pues sus promesas eran fuertes pero su amor era más fuerte aún, y cuando envueltos el uno en el otro conciliaron el sueño al fin, ahítos el uno del otro, felices y saciados, creyeron que habían dejado atrás lo peor del mundo de los Balkman.

### *La boda*

La boda de Jeff y Cindy se celebró el siguiente sábado por la tarde, en la First Presbyterian Church, seguida de un banquete en el Scottsdale Country Club, que estaba repleto de lirios blancos y gente elegante vestida con los colores de la primavera.

A un lado del altar, ataviada con su vestido de tafetán color melocotón y escote palabra de honor, Tatiana miró a Alexander, enfundado en su esmoquin de color negro, intentando no recordar su propio altar, su pequeña iglesia rusa, con el sol de Lazarevo que se filtraba por las vidrieras hacía ya casi diez años.

Vio el rostro de él, sus ojos mirándola. En la puerta de la iglesia se había reunido con ella y con sumo cuidado, como para no estropearle los lazos de color melocotón ni los pliegues y los fruncidos de seda, la había levantado en el aire un momento sin decir una sola palabra.

Había buena comida y buena música, las chicas llevaban flores en el pelo, una de ellas atrapó el ramo de novia (no fue Amanda), el bistec

estaba delicioso, las gambas más aún, y los discursos fueron largos y divertidos. Cindy era una novia muy guapa, a pesar de llevar el pelo tan corto, y Jeff, con su esmoquin blanco, parecía el muñeco de la tarta nupcial. Diez de ellos compartieron la mesa de los novios, y Steve no dejó de hacer alusiones a la despedida de soltero, y Alexander le seguía la corriente y le reía las gracias. La única que no se reía era Amanda, o mejor dicho, reía sin ganas, y cada vez que lo hacía lanzaba miradas furtivas a Alexander y luego a Tatiana. Después de la mirada furtiva número diecinueve o veinte, Tatiana no tuvo más remedio que darse cuenta.

Empezaron a sonar las primeras notas del vals, para que Jeff y Cindy inauguraran el baile. Tatiana buscó con los ojos a Alexander, pero éste estaba charlando con los invitados que había a tres mesas de distancia y no levantó la mirada hacia ella. Ella reanudó la conversación que había mantenido hasta entonces, pero al cabo de un momento, cuando se volvió, él estaba de pie a su lado y le tendió la mano para que se levantara.

Alexander y Tatiana bailaron al son de su canción de bodas, incapaces esta vez de ocultar su intimidad de las miradas de los extraños, de otros ojos curiosos. Con las manos entrelazadas y los cuerpos muy juntos, bailaron el vals a la orilla del Kama en su claro de Lazarevo bajo la luna carmesí, un oficial con su uniforme del Ejército Rojo, una muchacha campesina con su traje de novia, su vestido blanco con rosas rojas, y cuando Tatiana alzó los ojos chispeantes hacia él, Alexander la miró y le dijo que por ella se subiría en cualquier autobús en cualquier momento. Ella no podía creerlo... Alexander inclinó la cabeza y la besó, profundamente y ante los ojos de todos, mientras seguían danzando el vals de la boda de otros.

Cuando regresaron a la mesa, Tatiana vio la mirada fría y sentenciosa que Amanda le dedicaba a Alexander y la mirada de lástima que le dedicaba a ella.

—¿Por qué me mira así? —le preguntó Tatiana en un susurro—. ¿Qué narices le pasa hoy?

—Tiene que dejar de darle leche a Steve. Dile eso de mi parte.

Tatiana le dio un codazo en las costillas.

Steve y Jeff se estaban emborrachando a ojos vista, a pesar de que todavía no era ni siquiera de noche. Sus comentarios sobre la inminente noche de bodas se fueron volviendo cada vez más groseros. Jeff se desplomó en su silla y dijo:

—Alexander, tú llevas casado una eternidad. ¿Tienes algún consejo para los recién casados?

Otra mirada de Amanda.

—Seguramente es demasiado tarde para consejos, Jeffrey —contestó Alexander—. La noche de bodas es dentro de tres horas.

—Vamos, comparte la sabiduría de tu experiencia. ¿Qué hiciste en tu noche de bodas?

—Beber un poco menos que tú —dijo Alexander, y a Tatiana se le escapó la risa.

—Vamos, amigo mío, no te lo calles. Tania, dime, ¿hay algo que yo deba saber? Desde el punto de vista femenino, quiero decir.

En ese momento, Steve se echó a reír a carcajadas.

—Jeff, ya está bien, amigo —dijo Alexander, levantándose y ayudando a Jeff a incorporarse para apartarlo de la mesa.

—Si yo estuviera en el lugar de Jeff —le susurró Tatiana a Alexander—, pasaría algo más de tiempo haciendo eso que dice Cindy que Jeff no hace casi nunca... pero eso es sólo desde el punto de vista femenino.

Ahora Alexander sí que se echó a reír a carcajadas, y Steve, que debió de pensar que se reía a su costa, fulminó a Tatiana con la mirada.

Ella se levantó para ir al cuarto de baño. Amanda la siguió, y cuando caminaban por el borde de la pista de baile, Tatiana dijo:

—¿Qué te pasa hoy? No pareces muy contenta...

—No, si lo estoy, lo estoy.

—¿Qué pasa? ¿La boda de Cindy te pone triste?

—No, no. Bueno, un poco sí, pero... —Agarró a Tatiana del brazo—. ¿Puedo hablar contigo?

—¿Hablar conmigo en serio?

—Necesito tu consejo.



La última vez, el consejo no había resultado ser muy buena idea. Entraron en una de las pequeñas salas contiguas al salón de banquetes y se sentaron en un sofá.

—¿Qué pasa? —dijo Tatiana.

Amanda parecía muy afligida.

—Tania, no sé qué es lo que se supone que una buena amiga debe hacer. Quería preguntarte... si supieses algo acerca de Steve, algo que crees que yo debería saber, ¿me lo dirías?

Tatiana se puso roja como la grana. «¡Oh, no! Amanda se ha enterado de lo del hospital... Con razón está tan disgustada —pensó—. ¿Y ahora qué hago? Debería habérselo dicho de inmediato, pero ¿cómo...?».

—Escucha, Mand, lo siento mucho... —dijo al fin.

—Lo que quiero saber es ¿le diría una buena amiga a otra algo desagradable, algo doloroso, algo que tal vez podría poner en peligro su amistad? ¿Una buena amiga mantiene la boca cerrada o tiene la obligación de decir lo que sabe? Hablar o callar... ¿qué es lo que debe hacer una buena amiga?

Amanda miró a Tatiana con ojos confusos.

«Pero... ¡tú no eras amiga mía! —se dijo Tatiana—. No es justo, yo no te conocía, y él se disculpó y ahora todo eso es agua pasada que no mueve molino. No debería haber mantenido la boca cerrada».

—Creo que una buena amiga debería hablar, Amanda —dijo Tatiana—. Lo siento, yo...

Amanda agarró a Tatiana de las manos.

—Lo siento mucho, Tania. Yo no quiero contarte esto. No quiero, pero creo que deberías saberlo, eso es todo.

Muy despacio, Tatiana retiró las manos de Amanda y la miró con dureza.

—¿Tú tienes algo que decirme... a mí?

—Es sobre esa maldita despedida de soltero. Ojalá no la hubiesen celebrado...

—Ya sé lo de la despedida de soltero —repuso Tatiana. Amanda le restó importancia a aquello.

—Bah, lo de las chicas... eso no tiene importancia.

—Ah, ¿no? Pues si no es sobre las chicas desnudas sin importancia, ¿de qué se trata?

Amanda bajó la voz.

—Alexander entró en el dormitorio con una de ellas.

Tatiana negó con la cabeza. Amanda negó con la cabeza.

—La borrachera fue más tarde, Tania —dijo—. Eso lo hizo por ti, para que así más tarde la excusa fuese que estaba tan borracho que no sabía lo que se hacía. Por lo visto, estaba bien cuando las chicas entraron. Mucha gente lo vio entrar en el dormitorio, no sólo Stevie. Por favor, no te enfades conmigo, ¿me lo prometes?

—Me parece que es demasiado tarde para promesas —dijo Tatiana, levantándose.

Amanda se tapó la cara. Tatiana, viendo que le flaqueaban las fuerzas, volvió a sentarse. Apartó las manos de Amanda para destaparle la cara.

—Amanda —dijo—, ¿Steve te ha contado esto? —Amanda asintió con la cabeza—. ¿Y se te ha ocurrido pensar que tal vez Steve te ha mentado?

—¿Qué?

—Que te ha mentado, Mand. Que no te ha dicho la verdad, que ha tergiversado los hechos, que te engaña, que te miente.

—¿Y por qué iba Steve a mentir en una cosa así?

—Hay mil razones, ninguna de las cuales puedo entrar a discutir en este momento. ¿Y por qué me cuentas algo así el día de la boda de Cindy? ¿Por qué no has podido esperar al menos hasta el día después?

—¡Tú me has pedido que te lo diga!

Tatiana le dio unas palmaditas.

—Bueno, he caído en la trampa. Pero ahora tengo dos opciones: o creo a mi marido o creo a tu prometido. Mi Alexander o tu Steve. Me perdonarás si elijo creer a mi marido. Y ¿sabes qué? No volvamos a hablar nunca más de esto... nunca más. Si te parece bien.

—Tania, estás ciega, pero al fin y al cabo es cosa tuya. Tú eliges.

—¿Crees que yo estoy ciega? Sólo hay una forma de arreglar este asunto. Podemos traer a Steve y a Alexander aquí, ¿es eso lo que quieres?

¿Cómo crees que acabaría eso?

—Uno de los dos mentiría —señaló Amanda, mordazmente.

—Exacto, pero a diferencia de ti —dijo Tatiana, con toda la mordacidad de la que era capaz—, yo estoy casada con el hombre que duerme a mi lado todas las noches, que se despierta a mi lado todas las mañanas. —Hizo una pausa para que su interlocutora asimilara sus palabras—. ¿Cuántas veces crees que puede él mentirme antes de que yo averigüe la verdad? Sobre todo esa clase de verdad: que entra en una habitación veinte minutos para tirarse a putas sucias que se acuestan con centenares de hombres. ¿Crees que esa verdad es fácil de ocultar?

—Hay hombres a los que se les da muy bien ocultar cómo son en realidad.

—Y hay mujeres a las que se les da muy bien no ver cómo son sus hombres en realidad.

Amanda la miró fijamente.

—¿Acaso estás insinuando algo sobre Steve?

—No, pero si traemos aquí a Alexander y a Stevie, ¿cuántos puntos más crees que pueden coserle a Steve en la cara? ¿Cuántos brazos rotos más? Además, eso estropearía la boda de Cindy. A mí ya me has estropeado el día, pero yo no soy la novia, yo no tengo que recordar este día como el día de mi boda, que por suerte nadie me estropeó con ninguna imbecilidad. —Inspiró hondo—. Así que vamos a fingir que no me has dicho una sola palabra de todo esto.

—Pero ¡es que es verdad, Tania! Ya sé que no quieres creer eso de Alexander...

—¡No! Eres tú la que no quiere creer eso de Steve.

—Dime lo que sabes de Steve.

—En este caso, que es un mentiroso malintencionado. ¿Te basta con eso? El resto es mucho más de lo que tengo la decencia de compartir contigo en este memorable día. Y tú, Amanda, deberías abrir los ojos ante tu vida. Y ahora, si me perdonas...

Tatiana salió de la habitación con sus tacones de color melocotón y su vestido de tafetán.



Amanda regresó a la mesa sin mirar a Alexander, que siguió sentado pacientemente, se bebió su copa de vino y le preguntó al fin a Amanda dónde estaba su mujer. Ésta le contestó que no lo sabía. Alexander esperó un poco más y luego fue a buscarla. Recorrió los pasillos y buscó en todas las habitaciones y las salas. Salió a los jardines, donde los fotógrafos se preparaban para la foto final del novio y la novia. Al doblar la esquina del fondo, la encontró de pie apoyada en el muro, con los brazos a los lados y los puños apretados contra la piedra del muro a sus espaldas. Tenía los ojos cerrados y le costaba mucho trabajo respirar.

—¿Tania? —dijo, con la voz impregnada de preocupación. Ella abrió los ojos y le lanzó una mirada gélida y dura. No habló, ni siquiera cuando él la tocó—. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué nos has hecho, Alexander? —repuso ella en voz baja e inerte—. ¿Qué es lo que has dejado entrar en nuestra casa? —No podía apartarse de la pared, le temblaban las rodillas—. Ya no sé qué hacer. Ya no sé cómo ayudarte, cómo evitar sus subterfugios. Creía haberte dado lo que más necesitabas de mí.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Pero ¿cuándo vas a darme lo que yo necesito de ti?

—¿De qué estás hablando, Tatiana?

—Lo que necesito de ti —prosiguió ella— es que no estés ciego. ¿Puedes hacer eso?

—Sí —dijo él—. Puedo hacer eso. ¿Qué está pasando?

Negando con la cabeza, Tatiana se agarró del brazo de él y se apartó del muro.

—No puedo seguir aquí ni un minuto más. Llama a un taxi y me iré a casa. Tú quédate todo lo que quieras.

—¡No puedes irte en plena boda! ¡Menudo escándalo! Tenemos que quedarnos hasta que corten la tarta.

—Yo no puedo quedarme ni un minuto más. —Tatiana enterró la cara entre las manos, pues no podía mirarlo—. Necesito irme a casa. Diles que

no me encuentro bien. Es la pura verdad.

Se negó incluso a entrar a despedirse. Alexander volvió a presentar sus excusas a Jeff y luego se fueron a casa. ¿Qué estaba pasando?

Tatiana no dejaba de decir «Hago todo lo que puedo»; lo repetía como si fuera un mantra, pero no le decía nada a él. Alexander sentía que había cosas que se le escapaban, cosas invisibles, como los hilos de un manto que no sabía que lo estuviese cubriendo.

No, sí lo sabía. Se trataba de su nueva vocación, su nuevo padre, sus nuevos amigos, su nuevo hermano... Él los había elegido. Ellos lo habían elegido a él. Él los había elegido a pesar de las reservas de Tatiana, porque él creía que ella era desconfiada y que sus sospechas eran infundadas. Y lo seguía creyendo. Ya habían pasado varios días desde la boda, y ella seguía sin contarle nada.

Al final, Alexander le preguntó a su espalda estoica y silenciosa:

—¿A quién tratas de proteger?

Y ella le respondió a través de la espalda:

—A ti.

Estaba fregando los platos.

—Vuélvete. —Tatiana se volvió—. ¿Necesito protección?

—No puedo creer que esté diciendo esto pero sí, más que nunca.

—Tania, ¿crees que podrías dejar de hablar en clave? Cuando hables, ¿podrías hablar en inglés o en ruso, pero no en clave, por favor? —Ella no contestó y se volvió de nuevo hacia el fregadero—. Muy bien, ya basta —sentenció él—. No me des la espalda. —Arrancándola del fregadero, la levantó en volandas y la llevó hasta el sofá, donde la tumbó de espaldas. Sentándose a horcajadas sobre ella, le inmovilizó las piernas con las suyas y le sujetó las muñecas por encima de la cabeza. Tatiana tenía la cabeza enterrada en el cojín del sofá—. ¿Piensas contármelo o voy a tener que arrancarte la verdad por la fuerza?

—¡Chsss!

Alexander hundió el mentón en el cuello de ella, en su mejilla, en sus omóplatos. Le hacía cosquillas y le susurraba al oído mientras ella se reía.

—Estoy intentando decidir si debería sacarte la verdad haciéndote el amor hasta que me la digas o no haciéndote el amor hasta que me la digas...

—Una decisión difícil —dijo—, pero si de mi depende, yo voto por lo segundo.

—Creo —le susurró Alexander al oído, apretándole las muñecas con más fuerza— que eso depende de mí, muñeca...

Oyeron un carraspeo a sus espaldas. Se volvieron y vieron a Anthony a los pies del sofá, mirándolos con expresión perpleja.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó despacio.

—Mamá se niega a decirme una cosa, y yo quiero sacársela haciéndole cosquillas.

—Papá quiere sacármela rascándome con la barba —dijo Tatiana, asomando la cabeza de entre el cojín del sofá.

Alexander se levantó, la ayudó a levantarse a ella, se sentaron remilgadamente y miraron a su hijo, quien a su vez los miró con solemnidad hasta que al final dijo:

—Sea lo que sea lo que le estuvieses haciendo, papá, no surtía efecto.

—A mí me lo vas a decir, hijo mío...

En el calor del crepúsculo, junto a las montañas, Alexander fue a sentarse fuera con un cigarrillo, en el balancín que él mismo había fabricado para ellos, y ella salió y se encaramó a su regazo. El sol se estaba poniendo en el valle desértico de los saguaros, y él se puso a columpiar a ambos hacia delante y hacia atrás, mientras ella le daba pellizcos cariñosos y le murmuraba palabras de amor al oído, palabras que le transmitía a través de la piel. Sin embargo, no había nada que ella dijese o hiciese capaz de borrar su imagen con el vestido de tafetán color melocotón, de pie contra el muro, con los puños en la pared de piedra, diciendo: «¿Qué es lo que has dejado entrar en nuestra casa, Alexander?».

¿Qué quería decir eso? ¿Qué era lo que había dejado entrar?

Pero al final, aun el marido más ensimismado y con el cerebro más espeso de todo Scottsdale se figuró que algo no andaba del todo bien cuando Tatiana le trajo el almuerzo un día y, al aparecer Steve con los

papeles de la inspección para que Alexander los firmase, Tatiana ni tan sólo lo miró.

—Hola, Tatiana.

Ésta no le devolvió el saludo. Era como si Steve ni siquiera existiese.

Hasta el ciego Alexander se dio cuenta.

—Amanda y yo no os hemos visto mucho últimamente, chicos —dijo Steve—. Deberíamos salir algún día.

—Hemos estado algo ocupados, Stevie —respondió Alexander despacio, mirando a Tatiana, con la cabeza agachada—. Hemos estado en Yuma cuatro días las dos últimas semanas. Por lo del conflicto de Corea.

—Ah, sí. ¿Y qué os parece si salimos este sábado?

—Estamos ocupados.

Tatiana había hablado al fin, con la mirada clavada en el suelo.

—¿Y el siguiente sábado?

—Es nuestro décimo aniversario —dijo ella.

—¿Y el otro fin de semana?

—El cumpleaños de Anthony.

—En fin. Vamos a celebrar una fiesta para el Cuatro de Julio. A eso vendréis, ¿no?

—Cae en viernes; tengo que trabajar. De hecho, tengo que irme ahora mismo.

No llegó a levantar la vista para mirarlo.

Una vez en el coche, Alexander le abrió la puerta y Tatiana se subió al vehículo... sin mirarlo a él tampoco.

—Caramba... —exclamó Alexander, alargando el brazo para tocarla a través de la ventanilla abierta. Le levantó la barbilla con los dedos—. ¿Se puede saber qué pasa?

—Nada. Tienes que volver al trabajo. Mira, ya han llegado los propietarios de la casa. No pasa nada.

—Tania.

—¿Qué quieres? ¿Que la armemos aquí, en tu lugar de trabajo, mientras una pareja de recién casados espera a que les enseñes las paredes

enlucidas? Tú tienes trabajo que hacer, y yo me voy a casa a preparar la cena. ¿Qué te apetece? Había pensado en hacer chile con arepas.

—Muy bien, me parece bien —dijo él—. Tania, ¿te dijo algo Steve en la boda?

—No —contestó ella.

—Entonces, ¿qué pasa?

—¿Aquí? ¿En la obra?

—Cuando vuelva a casa.

—Anthony y Sergio van a cenar con nosotros.

—Esta noche en la cama.

—Mañana tengo que levantarme temprano para ir a trabajar.

Abrió la portezuela del coche y la sacó a la fuerza.

—Vamos, cariño, no juegues a esta mierda de juegos conmigo.

—No quieres saberlo, Alexander. Créeme, no has querido la verdad en estos tres años, no la vas a querer ahora.

Frustrado, él la soltó y la dejó marcharse. Era evidente que no era un buen momento, pero más tarde en casa tampoco sería un buen momento: con Anthony y Sergio en la habitación contigua, y la música tranquila y el sonido del agua corriente de los platos y la colada, y las risas de los dos chicos jugando a la pelota fuera y al Monopoly dentro, no había lugar ni espacio para furiosas tormentas, razón por la cual ambos las detestaban. Su tranquila vida funcionaba en escasos decibelios, y en decibelios más altos en su enorme cama a puerta cerrada, con Anthony durmiendo hacía ya rato o en casa de su amigo. Pero ni en la cama, ni juntos en la bañera, ni fuera en la piscina, ni retozando juntos, ni viendo la puesta del sol y fumando, ni durante sus domingos gloriosos, ni durante los momentos más felices, los momentos más cómodos, los momentos más conyugales, era nunca un buen momento para aquella clase de tormentas. Alexander se dio cuenta con amargura de que las palabras más duras que se habían dirigido el uno al otro, las únicas discusiones que habían tenido en los tres años que llevaban en Phoenix, habían sido siempre por algo relacionado con Steve o el padre de éste.





Agotados tras el chile con arepas y un partido de baloncesto, Anthony acompañó a Sergio a su casa y Tatiana y Alexander pudieron disponer de media hora para ellos solos. Él la llevó de la mano afuera, a la terraza, la puso delante de él, se sentó en el balancín, se encendió un cigarrillo y dijo:

—Ahora es el momento.

Tatiana no perdió un segundo, pues tenía mucho que decir.

—Alexander, he guardado silencio estos tres años porque quería darte lo que querías. Sé lo que sientes respecto a Bill. Querías trabajar con él, querías ser amigo de Steve, querías que estuviese callada... de modo que así lo hice. Después de haberte visto tan sumamente infeliz, no quería hacer nada que te disgustase, así que mantuve la boca cerrada... pero ya no puedo seguir callándome. Stevie, y su padre... no son buena gente, Shura. No son buenos como amigos, no son buenos como jefes, y no son buenos como personas. Ésa es la mala noticia. La buena es que lo maravilloso de vivir aquí, en Phoenix, es que ellos no importan lo más mínimo. Siempre hay algún otro lugar al que ir, otra cosa que hacer, algún otro lugar en el que trabajar. Eres libre, y ahora tienes una capacidad y una experiencia inigualables. Carolyn encargó la construcción de su casa a un contratista que se llama G. G. Cain, y dice que es el mejor hombre...

—Tatiana, espera un momento, ¿de qué estás hablando? Conozco a G. G, pero no pienso trabajar para nadie más. No pienso dejar a Bill.

—Shura, tienes que dejarlo. ¿Sabes que Stevie dio una paliza a un hombre hasta dejarlo medio muerto?

Alexander se encogió de hombros.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? ¿O con Bill?

—Todo. ¿Acaso no sabes que de tal palo tal astilla? ¿Has oído lo que te he dicho? Dio una paliza a un hombre hasta casi matarlo.

—Eso fue hace mucho tiempo. Yo también hice muchas cosas, hace mucho tiempo.

Se le ensombreció el rostro.

—¿Sabes de qué hace mucho tiempo? Del día de tu nacimiento —le espetó Tatiana—. Me refiero a que no naciste ayer, ¿verdad que no?

—Sí, porque tú no sabes cómo son las peleas entre hombres en los bares. Por lo visto el tipo hizo algunos comentarios desagradables sobre Amanda.

—¿Stevie te dice eso y tú te lo crees? Stevie, el hombre que le cuenta a quien quiera saberlo, incluido tú, lo que le hace o le deja de hacer Amanda, ¿de repente sale en defensa del honor de ella? —Tatiana se rio antes de ponerse seria de nuevo—. ¿Stevie, cuyo padre compra la libertad de su hijo con el dinero que gana a costa del sudor de tu frente? —Alexander se restregó los ojos—. Antes de saber que yo era tu mujer, Stevie venía al hospital fingiendo haberse quedado prendado de mí. ¿Quieres saber la clase de cosas que me decía entonces?

—Me las imagino, pero entonces no me conocía.

—Pero sí conocía a Amanda, ¿no? Sí sabía que estaba comprometido, ¿no? ¡Sabía que yo estaba casada!

—De acuerdo, no trata demasiado bien a su chica.

—Pero es que yo no soy su chica, soy tu mujer. Y te estoy diciendo alto y claro que tienes que proteger a tu familia.

—¿De qué mierda estás hablando? —le espetó Alexander, levantando la voz—. ¿Proteger a mi familia? ¿Y eso qué coño significa? Trabajo seis días a la semana por mi familia.

—No critico lo mucho que trabajas, sino para quién trabajas.

—Ya está. Ya he oído bastante.

—No —dijo Tatiana, negando con la cabeza—, me parece que no. —Inspiró profundamente—. ¿Sabes que hasta el día de hoy, Steve sigue haciéndome insinuaciones cuando voy a verte y no estás? «Debes de estar acostumbrada a que los hombres te miren, Tania», me dice con esa voz de adulator. «Hasta Walter comentó lo guapa que estabas el otro día, y eso que siempre había pensado que Walter era marica», me dice. «Me gusta ese vestido. La verdad es que resalta mucho tu figura». Y también: «No vuelvas a llevar ese vestido otra vez delante de Dudley, Tania. Lo vas a volver loco».

—¿Quién coño es Dudley? —dijo Alexander.

—¿Y yo qué sé? —replicó Tatiana—. Le dice a Amanda «Hagamos un trío, Amanda», en lugar de decirle: «¿Por qué no nos casamos en junio, Amanda?». Y tú, mientras ellos intentan comprar tus tierras y quitarte a tu mujer, tú no quieres oír nada ni ver nada para poder continuar fingiendo que la foto de una mujer desnuda en el despacho de Balkman sólo es algo sin importancia, y que los aullidos de lobo, los silbidos y los hombres que lanzan miradas obscenas mientras construyen sus casas ¡también son algo normal!

—¿Quitarme a mi mujer? ¡Sólo son albañiles en los tejados! ¿Qué pasa, es que en Nueva York no silban al ver a una mujer guapa?

—No como aquí. No es ni remotamente comparable... ¿Hasta el extremo de no poder ni ir a almorzar con mi marido? ¿Es que ni siquiera con un marido soldado, un marido guerrero, basta para hacerlos callar? Te piden que vayas con ellos a Las Vegas, te invitan a clubes de *striptease* y al final se salen con la suya y te llevan a una despedida de soltero. —Tatiana inspiró hondo—. Y ante todo esto, ¿qué haces tú? Sigues negando la evidencia con tu ciega cabeza...

—¡No estoy ciego! Lo sé todo. ¿Por qué crees que no voy a Las Vegas? Sé exactamente lo que pasa, pero sólo son estupideces —dijo—. Soy inmune a las estupideces. Deberías haber oído hablar a los hombres de mi batallón disciplinario. Steve es un monje a su lado.

—¿Tus hombres hablaban sobre mí?

—¡Steve no habla sobre ti conmigo!

—¡Contigo no, pero sí con otros! Ve a preguntarle a Walter qué es lo que Steve dice de mí. Últimamente se siente tan avergonzado que ya ni siquiera me mira, ni siquiera para saludarme.

Tatiana advirtió que aquello había desconcertado a Alexander. Por fin. Había conseguido transmitirle algo. Alexander frunció el ceño.

—Ya está, no vendrás más a ninguna obra —anunció.

Tatiana lo miró, levantando las palmas de las manos. Cuando lo único que vio fue su expresión esquivada, Tatiana se cruzó de brazos.

—¿Y eso te parece normal? ¿Esconder a tu mujer de la gente con la que trabajas, como si siguieras con los soldados que compran o toman a las mujeres a su paso por ciudades extranjeras? ¿Es ésa la solución que propones tú? ¿Vivir como si estuviéramos en un batallón disciplinario? ¿Vivir como si estuviéramos en el Gulag?

—No exageres más. Stevie es buena gente, es amigo mío.

—¿Igual que tu amigo Dimitri? ¿Igual que tu amigo Ouspenski?

—¡No! ¿De verdad estás comparando a Stevie con Dimitri?

—Ni siquiera aquí la gente es así, Shura. No eran así en la isla de Ellis, ni en el Universidad de Nueva York. No son así en el hospital donde trabajo, no son así en el mercado, ni en las gasolineras. Sí, claro, siempre hay quien trata de hacerse el simpático. Pero aquí pasa algo más. ¿Es que no ves que Bill Balkman sólo contrata a esa clase de gente? ¿No ves nada malo en eso?

—¡No!

—Todo tiene que ser siempre sucio y obsceno, no hay nada sagrado. Nada. ¿No crees que al final se te contagiará algo? ¿Acaso no fuiste tú quien me dijo que si se vive como un animal, se acaba soñando como un animal?

—Deja de utilizar mis palabras en mi contra. Eso no es así.

—¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Recrear el Ejército Rojo tú solo, en la obra, en compañía de tus obreros?

—¡Tania! —exclamó él—. Será mejor que te calles ahora mismo. No voy a entrar en lo que intentas recrear tú en tu maldita sala de urgencias, así que no empieces una pelea que no puedes terminar y que tampoco puedes ganar. —Levantó la mano antes de que ella pudiese replicar—. Escucha, no quiero dejar mi trabajo —dijo— y no pienso hacerlo. Bill me trata muy bien. Estoy construyendo siete casas y me paga un tres por ciento extra por cada una. ¿Quién más va a hacer algo así por mí?

—Cobra el doble por su comisión como contratista que G. G. Cain, razón por la cual todas tus casas son tan caras y muchas están hechas como si fueran cajas de cartón. ¿Eso te parece normal? ¿Una casa de baja calidad y un treinta por ciento de comisión? Bill debería darte un veinticinco por

ciento de su puñetera comisión, y no un tres, sabiendo que de no ser por ti sería incapaz de acabar una casa a tiempo.

—Ah. ¿Resulta que también quieres emular a Milton Friedman?

—¿A quién?

—Balkman está hablando de hacerme socio muy pronto. Si me voy a otra parte, tendré que empezar de cero y no ganaré un solo centavo de nuevo. ¿Es ésa la idea que tienes de un Alexander feliz y contento? Aquí las cosas me van bien, Bill confía en mí y nadie me molesta.

—Pero me molestan a mí.

—¡Pues no vayas! —le soltó Alexander. Bajando la voz, con la respiración agitada, añadió—: He acabado. He acabado de hablar de esto. ¿Hay algo más?

—Sí, lo hay.

—Como no me lo digas exactamente en un jodido segundo...

—Ah. —Tatiana juntó las manos—. Ya. Bueno, en ese caso, te lo diré exactamente en un segundo. Dices que Steve es buena gente. Dices que es tu amigo. Muy bien. Así que cuando tu amiguito Steve de conducta intachable le cuenta a Amanda, que a su vez me cuenta a mí, en la boda de Cindy, que en el Westward Ho, tú... —Tatiana se agarró a la barandilla—. Que tú te metiste en una habitación con una de las chicas...

Alexander se levantó bruscamente, como movido por un resorte. Tatiana se calló. Él ni siquiera pestañeó, pero su rostro sí sufrió una transformación, se desmoronó y se endureció a un tiempo. Algo se hizo pedazos en su interior y luego se cimentó. No dijo nada, sino que siguió mirándola fijamente.

—Shura...

—Tania, necesito un segundo.

—¿Que tú necesitas un segundo? Yo he tenido que sobrevivir guardándome dentro esas palabras desde la semana pasada.

—Y ya sabes cómo lo conseguiste. Lo conseguiste porque sabes que no son ciertas.

Se encendió otro cigarrillo con dedos rígidos.

—Es tu palabra contra la suya, Shura —le susurró—. Era lo único que tenía, tu palabra contra la suya. Y te has pasado los últimos quince minutos diciéndome que es un hombre de fiar, que hay que creer en su palabra. Trabajas con un hombre que dice esas cosas para que lleguen a oídos de tu mujer, para que tu mujer crea que pueden ser ciertas. Eres amigo de alguien que quiere que tu mujer crea que esas palabras son ciertas.

—Déjame solo. —Retrocedió un paso, alejándose de ella—. Necesito... déjame solo.

Se pasó el resto de la tarde fuera, en el cobertizo y nadando en la piscina. Tatiana acostó a Anthony, hizo pan y estuvo hojeando un libro sobre el Gran Cañón que guardaban en la mesita del café. Le preparó un té y se lo llevó acompañado de un bollo recién hecho con mermelada de moras, pero no le habló. No había nada que decir. Ya se lo había dicho todo. Los días de la ignorancia, de la inocencia, como siempre, eran tan cortos, que por eso Tatiana los valoraba y los saboreaba tanto.

No podía dormir sola en la cama sin él, de modo que se quedó dormida en el sofá y se despertó, desnuda y bajo la colcha, sintiendo las manos de él sobre su cuerpo, la figura de Alexander cerniéndose sobre ella, susurrándole palabras de consuelo... y luego se hicieron las cinco y media de la mañana y Tatiana tuvo que marcharse a trabajar. Él se levantó con ella, le preparó el café mientras se vestía y le llevó una taza al dormitorio. Se tocaron levemente. Se besaron levemente. Cuando Tatiana estaba a punto de irse, Alexander, sentado en la cama, dijo:

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

—Pasar página y dejarlos atrás, Alexander —contestó ella—. A todos ellos. No vas a cambiarlos. Pasa página y no mires atrás.

Alexander trabajó el viernes y el sábado, y el domingo fueron a misa e hicieron un largo trayecto en coche con Anthony hasta Sedona para dar un paseo por las colinas de Red Rock. Almorzaron en el restaurante mexicano favorito de los tres, hablaron sobre el Gran Cañón y compraron un bonito jarrón. Por la noche, volvieron a casa, metieron a Anthony en la cama y después se bañaron en la piscina e hicieron el amor en la bañera de

hidromasaje. En la cama, Alexander le dijo que para él era imposible celebrar el aniversario de ambos estando sin trabajo, y Tatiana le dio la espalda y no le dijo nada. Llegó el lunes y ella se fue al hospital y él acudió al trabajo, como si nada hubiese cambiado.



Sin embargo, a Alexander le pasaba lo mismo que a Tatiana: era incapaz de mirar a Steve a la cara. Toda comunicación entre ambos había cesado salvo por las conversaciones de índole profesional. ¿En qué fase está la casa de los Schreiner? ¿Y la de los Kilmer? ¿En qué fase está...?

Alexander no sabía qué hacer. Sólo faltaban cuatro días para su décimo aniversario de bodas. Le compró a Tatiana un anillo muy caro, a pesar de que acababa de gastarse el total de la cuenta de ingresos extraordinarios y parte de sus ahorros en la construcción de la extravagante piscina. No podía quedarse sin trabajo. Decidió que ya encontraría el modo de dejar de pasar tiempo en compañía de Steve sin dejar de trabajar para el padre de éste. También decidió no compartir su plan con Tania, porque algo le decía que no estaría de acuerdo con él.

El día antes de marcharse al Gran Cañón, Alexander conoció a Dudley.

Walter, el carpintero, ya le había hablado a Alexander de Dudley, el trabajador itinerante al que Stevie había contratado unas semanas antes. Era una especie de manitas, dijo Walter, una especie de aprendiz de todo y maestrillo de nada. Walter dijo que era un gandul, un tipo muy raro.

—Se rumorea que es un fugitivo de la justicia. —El carpintero bajó la voz—. Y que en Montana lo buscan por asesinato.

—Ya —repuso Alexander.

Así que en Montana lo buscaban por asesinato.

—Sí, pero Stevie dice que, mirándolo por el lado positivo, trabaja por poco dinero, hace de todo y nunca se queja. —Walter se echó a reír.

Dudley era un hombre alto, tan alto como Alexander. Llevaba botas de vaquero y un sombrero también de vaquero, que se quitaba haciendo una inclinación burlona, y debajo del sombrero llevaba una mata de pelo

despeinado rubio ceniza atado en una cola desgredada. La barba descuidada le cubría casi la totalidad del rostro. Mascaba tabaco y luego lo escupía de malas maneras al suelo, casi a los pies de los demás.

—Vosotros dos seguro que tenéis mucho en común. Dudley también sirvió en Europa, en el frente oriental, ¿a que sí, Dud?

Iba muy desaliñado, algo raro en un soldado, tal como Alexander sabía, pero había soldados de todas clases, y a algunos era imposible domeñarlos. Le estrechó la mano con fuerza y no apartó la mirada.

—Joder, sí —contestó—. En la división 218. Cruzamos el Óder en abril de 1945. —Y acto seguido, escupió en el suelo.

—Alexander estuvo allí, en el Óder. Pero estuvo en el sur, en Polonia, en un campo de prisioneros de allí. Katowice, ¿verdad, Alex?

—¿Katowice? ¿Y cómo coño llegaste tan lejos al este? —preguntó Dudley.

—No hago preguntas cuando estoy en manos de los alemanes —repuso Alexander—. Bueno, tengo que irme. Hasta otra.

—Eh, ¿quieres salir con nosotros esta noche a tomar una copa? —Lo invitó Steve.

—No puedo, mañana nos vamos.

—¿Tú y esa preciosidad? —intervino Dudley, con una sonrisa maliciosa.

Alexander apretó los puños de forma involuntaria. Era demasiada insolencia para una soleada tarde después del trabajo, arrojada como un guante a sus pies.

—¿A qué viene esa sonrisita, Dudley? —dijo Alexander, en un tono de voz tan bajo que resultó casi inaudible hasta para él.

—Ya llevas diez años, ¿eh, Alex? —intervino Steve.

—Conque diez, ¿eh? —dijo Dudley—. ¿Sabes que si fuese una condena de cárcel, ya estarías libre después de ese tiempo? —Él y Steve se echaron a reír, y a continuación, Dudley añadió—: ¿Y cómo te echaron el lazo en el 42, estando encerrado en Katowice y todo eso?

—No estaba en Katowice en el 42 —respondió Alexander—. Pero la 218... ésa era una unidad de infantería, ¿no?



—Exacto.

—¿Y qué eras allí, cabo?

—Sargento primero.

—Conque sargento primero. Ya.

—Pues Alexander era capitán —dijo Steve.

Alexander esbozó una sonrisa glacial.

—Sigo siendo capitán, en este mismo momento —dijo—. Oficial del cuerpo de la reserva, del servicio de apoyo al combate de Yuma. —Dudley no esbozó ninguna sonrisa, ni siquiera una sonrisa glacial. Una vez establecido claramente el rango de ambos, Alexander ya podía relajarse—. Nos vemos el martes. Steve, Dudley.

Se dio media vuelta para marcharse.

—Que lo paséis muy bien los dos —dijo Dudley.

Alexander se detuvo en seco y se volvió muy despacio. Steve dio un codazo a Dudley. Alexander supo que en sólo un momento, todo por cuanto había trabajado se iría al garete. En sólo un momento, ni Tatiana ni Alexander irían a ninguna parte a celebrar su décimo aniversario de bodas porque Alexander tendría que estar contestando a las preguntas de la policía. Fue únicamente por ella, por Tatiana, por lo que hizo rechinar los dientes y recobró el control sobre sí mismo, pero pese a todo, no podía dejar las cosas como estaban.

—Dudley —dijo, acercándose a los dos hombres—, no te había visto en mi vida hasta hace sólo dos minutos, pero te daré un consejo: no hables con ese tono de voz cuando hables de mi mujer. En realidad, ahora que lo pienso, será mejor que no hables de ella en absoluto. ¿Lo has entendido?

Dudley se echó a reír, mascando el tabaco con la boca abierta.

—Eh, tranquilo, hombre, no he dicho nada. ¿Por qué te pones tan nervioso?

—Siempre y cuando te haya quedado claro, no me pondré nervioso.

Pero lo cierto es que estaba nervioso.

*Los alemanes en el Gran Cañón.*

El viernes por la mañana, muy temprano, dejaron a Anthony con Francesca y recorrieron casi cuatrocientos kilómetros para ir al Gran Cañón, donde realizaron una caminata de seis horas bajo un sol de plomo siguiendo la Bright Angel Trail hacia Redwall y Tonto, hasta el granito de Archean y el agua hirviendo del Colorado. Plantaron la tienda y pasaron el fin de semana en la orilla desierta de otro río de más de mil kilómetros, río que se abría paso a través de unas formaciones de rocas de dos mil millones de años de antigüedad. Aquellos tres días fueron un oasis en medio de la vida de ambos. El propio Alexander intentó por todos los medios olvidar lo que ocurría fuera de aquella tienda.

Estaba prohibido hacer fuego, pero se bañaron y comieron el pan que había hecho Tatiana y el fiambre enlatado, y bebieron vodka directamente de la botella, y también comieron chocolate en tableta. Él le regaló un anillo de oro blanco con diamantes de un quilate y ella le regaló a él un reloj militar del ejército estadounidense, porque el suyo del Ejército Rojo se le había estropeado, y, antes de salir de casa, unas botas de cuero nuevas porque las suyas estaban ya muy gastadas. Cantaron canciones rusas y canciones norteamericanas, jugaron al *strip* póquer e incluso al dominó. Él se tumbaba en el regazo de ella y ella le contaba chistes: «Un hombre muy enfermo se levanta de su lecho de muerte porque percibe un olor delicioso que viene de la cocina, y descubre que su mujer le ha horneado sus galletas favoritas. Cuando alarga el brazo para coger una, la mujer le da un manotazo y le dice: “¡Quieto! No son para ti. Son para el funeral”». Ella le leyó, como en un soliloquio shakesperiano, el manual entero del prototipo de una televisión en color, y en un tono mucho más alegre, un artículo del *Ladies Home Journal*: «¿Sois una pareja astral: la chica cáncer rezongona y el jovial chico géminis?». («Con nosotros se han equivocado de medio a medio, ¿verdad, Shura? Es justo al contrario»). Le explicó lo que era un algoritmo (una serie de reglas de lógica para resolver un problema), le preguntó si quería saber lo que era un algoritmo llamado «divide y vencerás», y cuando Alexander contestó: «¡No, por Dios!», ella se inclinó y lo besó como si quisiera resucitar a un muerto.

Tatiana le pidió que le dijese algo no relacionado con la cama que le gustase de ella, y Alexander fingió que no se le ocurría nada. Él le pidió que le dijese algo relacionado con la cama que le gustase de él, y Tatiana fingió que no se le ocurría nada.

*Touché*, desde luego.

A él le gustaba la forma de reír de ella, dijo, como la música de un coro. A ella le gustaba la forma en que él se movía, le explicó en un ronroneo, como la poesía, por el ritmo y la cadencia... con escalas e intervalos, acordes y cánones, con su propia métrica, con la rima de la pasión, al compás del tango, con pie jónico, en pirriquios y espondeos cuando decidía no ponerse lírico, en anapestos y dáctilos cuando decidía sí hacerlo.

Alexander, fiel a su alma de poeta y, sobre todo, de científico, puso a prueba de inmediato la ley de la física gravitacional: la fuerza de atracción entre dos cuerpos es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre ellos. Y luego, tumbada en la oscuridad absoluta, al final de una sesión de amor radiactivo y coriámbico, en su voz de soprano, Tatiana murmuró:

—La verdad, no sé qué crees que vas a aprender de la ciencia clásica.

Él se echó a reír y contestó:

—Que eres la chica más divertida con la que puede casarse un hombre.

A punto de caer dormidos, se encontraban desnudos uno en brazos del otro.

—Shura —susurró ella—, por favor, no te preocupes. Tendremos otro hijo. No hemos tenido suerte, eso es todo. Ya lo conseguiremos. —Carraspeó para aclararse la garganta—. Aunque... ¿no te preguntas a veces que a lo mejor está escrito que tengamos sólo a nuestro Anthony?

—Desde luego, es hombre suficiente para cualquier familia —dijo Alexander—, pero ¿por qué quieres que sea hijo único? Yo fui hijo único.

—Sí, y tú eres hombre suficiente para cualquiera. Le dio un pellizco.

—No, no, estoy seco. Esta noche ya no hay más. Por favor, vuelva usted mañana.

Se echaron a reír al unísono.

—No estoy poniendo ningún medio para evitar tener más hijos, amor mío. Ya sé que mi marido piensa que a veces tengo poderes mágicos, pero en este caso no es así.

Y lo único que dijo Alexander a modo de adormilada respuesta fue:

—¿Sólo a veces? —Ella no dijo nada—. ¿Te acuerdas de Luga? —le susurró—. Antes de besarte por primera vez, ¿recuerdas cómo yacías desnuda entre mis brazos? —Tatiana se echó a llorar—. ¿Acaso podías llegar a imaginar entonces, al borde de nuestro propio Apocalipsis, que llegaríamos a sobrevivir once años, que llegaríamos a recorrer un millón de kilómetros y a estar aquí tumbados en el Gran Cañón, donde nunca es invierno, y tú sigues desnuda en mis brazos, y yo sigo enterrando los labios en tu pelo?

—No. —Tatiana le estaba besando las clavículas desnudas—. Los alemanes no están al otro lado del río, Shura.

—Eso es cierto. Hemos dejado atrás para siempre muchas cosas. — Alexander cerró los ojos en la oscuridad.

—Sí, aunque también nos rodean muchas otras —dijo—. Tenemos que ser fuertes. —Tatiana sintió un escalofrío y susurró—: Cuando te di por muerto, Alexander, creí que nada volvería a tocarme nunca. Pero ahora estás conmigo. Nada puede tocarnos, amor mío.

Durante tres días permanecieron en el espacio eterno, donde no existía nada en el mundo más que ellos.



Y luego volvieron a casa.

El pedrusco que Alexander le había comprado era un diamante de un quilate engastado en cuatro diamantes más pequeños y en oro blanco. Era un anillo formidable, y Tatiana se lo enseñó a todos en el hospital hasta que Carolyn dijo:

—¿Tienes idea de lo que le debe de haber costado ese anillo?

El reloj militar y las botas nuevas que Tatiana le había comprado le habían costado cincuenta y un dólares, y ella creía que había sido un poco

irresponsable al gastar tanto dinero. Pero cuando oyó las exclamaciones de admiración durante el almuerzo, fue al joyero y descubrió que estaba valorado en dos mil doscientos dólares. Tatiana rompió a llorar allí mismo, en la joyería.

Una vez de vuelta en casa, le rogó a Alexander que lo devolviera.

—Estamos ahorrando para una casa —dijo Tatiana—. Sobrevivimos el asedio de Leningrado, es posible que dejes tu trabajo... ¡No podemos permitirnos gastar dos mil doscientos dólares en un anillo!

—Es un diamante para ti, en nuestro décimo aniversario de bodas. Y no voy a dejar mi trabajo.

—No necesito diamantes, Shura, tú lo sabes... pero tienes que dejar a Balkman.

—¡No pienso volver a discutirlo! A ver si lo entiendo, ¿de verdad me he casado con una mujer que cree que el pedrusco que le ha regalado su marido es demasiado grande? Es un regalo, Tatiana. Te recordaré otra vez, once años después, que en este país, cuando te dan un regalo, lo abres y das las gracias. Devuelve el puto anillo si quieres, pero entonces no vuelvas a hablar de eso conmigo jamás.

—No te enfades conmigo. ¡No descargues tu tensión conmigo!

—Demasiado tarde.

El oasis había desaparecido, la vida real había vuelto a hacer acto de presencia.

### *Dudley de Montana*

El miércoles, el día después de su vuelta del Gran Cañón, Alexander estaba clavando los tablones del suelo de la casa de los Schreiner, que estaban alabeados y se habían soltado. Tenía la boca llena de clavos y el martillo en la mano. Debía contratar a más hombres para el suelo; ése estaba completamente desnivelado. Los tablones casi siempre acababan combándose antes de la inspección. ¿De dónde sacaba Balkman a aquella gente?

Steve acudió a ver los progresos en la construcción de la casa en compañía de Dudley.

—¿Cómo te han ido las vacaciones? —preguntó—. ¿Adónde fuisteis?  
Alexander miró hacia atrás, con la boca llena de clavos.

Dudley estaba mirándole con atención los brazos desnudos. Estaban a más de treinta grados y Alexander sólo llevaba una camiseta de fútbol sin mangas; todos los hombres con los que trabajaba ya hacía tiempo que se habían acostumbrado a ver sus cicatrices y sus tatuajes. Alexander escupió los clavos justo al lado de los pies de Dudley y se levantó sin soltar el martillo.

—Al Gran Cañón —contestó.

Desde luego, no pensaba decirles que había pasado tres días en una tienda con ella. En silencio, miró a Dudley fijamente, quien a su vez le sostuvo la mirada.

—Unos tatuajes muy vistosos, capitán —señaló Dudley en voz baja.

—Steve —dijo Alexander—, ¿me has traído el cristal de la ventana como te pedí?

Después de almorzar, Steve le trajo el cristal para la ventana, pero esta vez no lo acompañaba Dudley.

—¿Vais a venir a nuestra fiesta del Cuatro de Julio?

—No lo sé. Tania trabaja.

Estaba comiéndose el bocadillo y tratando de leer el periódico.

—¿Qué pasa, Alexander?

Pero Alexander sabía lo que Tatiana ya había sabido antes, que una vez dichas las cosas, no se podían borrar como si nunca se hubieran dicho.

—Nada.

Steve insistió.

—¿Qué pasa? Estas últimas semanas has estado muy raro. ¿He hecho algo malo?

—Verás, estoy comiendo. Ahora no quiero hablar de eso.

—¿Es que hay algo de lo que hablar?

—Sí.

—Muy bien, pues en ese caso, hablemos. —Alexander tiró el resto del bocadillo.

—Steve, ¿le dijiste a Amanda que me acosté con una de las chicas que invitaste al Ho?

Steve se rio.

—No, no, lo malinterpretó. ¿Estás así por eso?

—¿Lo malinterpretó?

—Sí, sólo era una broma. Amanda no tiene sentido del humor.

—Pues a Amanda le parecía de lo más serio cuando se lo contó a una Tatiana muy seria.

—Pues lo siento mucho. Era una broma. No era mi intención disgustar a Tania. —Se encogió de hombros—. Pero estoy seguro de que lo tomó por lo que era, seguro que no estuvo disgustada mucho tiempo.

—¿Qué clase de broma de mierda es ésa?

—¿Te acuerdas de aquella putita? ¿La que te dijo que por veinte pavos entraba a la habitación contigo? Y yo te dije que por veinte más seguro que te...

—Stevie, estábamos borrachos, pero eso no es ningún malentendido. Amanda le dijo a Tania que yo entré en esa habitación.

—Pues no debí de explicárselo con suficiente claridad.

—¿Tú crees?

Steve se echó a reír.

—Pero ¿se puede saber por qué te pones así? ¿Quieres que hable con Tania? Tráela. Le diré que sólo fue una broma.

—No. —Alexander arrojó el periódico a la basura y se levantó del tablón de madera donde estaba sentado—. ¿Y sabes qué más te digo, Stevie, amigo mío? Que me importa una mierda que te relaciones con malnacidos y presidiarios, pero será mejor que no me entere de que hablas de mi mujer con alguno de ellos. Si quieres hablar con ellos de mujeres disponibles, háblales de tu novia.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —exclamó Steve, frunciendo el ceño—. Me parece que no te he entendido bien.

Alexander dio un paso hacia él.

—Ni se te ocurra hablar con Dudley, ni con cualquier otro, de mi esposa. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Me he explicado con suficiente claridad?

—Vamos, Dudley es un buen tipo. —Obviamente, aún no había sido lo bastante claro—. Es un soldado como nosotros —siguió diciendo Steve—. Ha luchado en la guerra, como tú, ha estado con un montón de mujeres... como tú. No sabe distinguir a unas de otras, ni le importa. Ven a tomar una copa con nosotros, ya lo conocerás. Es un tipo muy divertido.

Alexander ya se alejaba cuando contestó:

—No.

«Y nunca jamás volveré a tomar una copa contigo», quiso añadir.

Puede que Steve aún tardase algún tiempo en asimilarlo, pero al final lo asimilaría. Y luego dejaría en paz a Alexander y éste podría conservar su trabajo. O al menos eso era lo que Alexander deseaba.



Esperando a Tatiana. Era como una obra de teatro. Una vez más estaba esperando a Tatiana, esta vez en la fiesta del Cuatro de Julio con barbacoa y fuegos artificiales en casa de Bill Balkman.

Margaret, la novia de Bill, quien intentó besar a Alexander en los labios al saludarlo, le preguntó dónde estaba Tania. Amanda le preguntó dónde estaba Tania. El propio Alexander quería saber dónde estaba Tania. Habían llevado a Anthony a casa de Francesca esa mañana temprano y Alexander la había acompañado al trabajo para que después de la fiesta sólo tuviesen que conducir la camioneta de éste. Cuando la había dejado en la puerta del hospital, ella le había «prometido» con una sonrisa que estaría en casa de Balkman a las ocho «lo más tardar», y en ese momento eran ya las nueve menos cuarto y ella seguía aún sin aparecer. Él bebió un poco, picó algo de comer y se tomó una cerveza. Habían servido la comida en bandejas de aluminio dispuestas en bufé encima de una especie de hornillo para mantenerlas calientes, pero él no quería comer hasta que llegara ella. Alexander estaba impaciente e irritable. Se puso a pasearse



arriba y abajo por el jardín trasero y al final entabló una conversación con Jeff acerca de la guerra de Corea.

—¡Alexander! —Era la voz de Margaret, que guiaba a Tatiana por el césped—. ¡Mira quién se ha dignado aparecer por fin! La fiesta casi ha terminado, querida. Ya no queda apenas comida. ¿Lo ves? Si no trabajases, podrías haber comido caliente.

Tatiana saludó a sus amigos.

—Hola —le dijo a Alexander—. Erin no ha podido acabar antes, y ha sido ella quien me ha traído. Siento mucho llegar tarde.

—Siempre estás disculpándote —repuso él, sin rastro de sonrisa en el rostro.

Por supuesto, Tatiana no llevaba reloj. Era como pedirle que llevase un arma.

Llevaba un vestido con falda de vuelo y tirantes gruesos con lazos de raso en los hombros. El vestido era verde claro con estampado de flores amarillas también claras. La falda tenía mucho vuelo; debía de llevar combinación debajo. Lo raro era que no llevaba el pelo recogido: se lo había dejado suelto y la melena le caía en cascada por la espalda. Alexander arrugó la frente.

—Vamos, te serviré una copa —dijo, llevándosela aparte, y cuando estuvieron lo bastante lejos de los demás invitados, le preguntó en voz baja—: ¿Se puede saber por qué te has dejado el pelo suelto?

—Mira y verás. —Volviéndose de espaldas a él, Tatiana se apartó el pelo de la nuca y le enseñó las marcas de su pasión nocturna, que invadían el terreno de la vida diurna: llevaba cuatro o cinco chupetones de color morado en la nuca y en la parte baja del cuello—. No me queda más remedio que dejarme el pelo suelto, ¿no te parece? —Se volvió para mirarlo—. ¿Qué prefieres, que todo el mundo me vea el pelo suelto o que al ver esas marcas todos se imaginen lo que me haces por las noches?

Ruborizándose levemente, bajó la cabeza. Alexander se quedó en silencio, recordando lo que le había hecho la noche anterior. Lanzando un suspiro, le besó las manos.

Margaret asomó de repente junto a ambos.

—No, no, no, nada de acogerse al privilegio conyugal en las fiestas. Podéis hacer eso en casa. —Llevaba una bandeja de verduras—. Tania, no sabes el tesoro que tienes de marido: no ha flirteado con nadie. Se porta muy bien cuando tú no estás.

—Y eso es muy a menudo —le susurró Alexander a Tatiana, de pie unos centímetros detrás de ella. Ésta contuvo la risa.

Margaret tomó a Tatiana de la mano.

—Ven, voy a presentarte a alguien. Tengo una amiga, Joan, que antes también solía trabajar. Quiero que hables con ella de trabajo. Ella consiguió desintoxicarse. Alexander, ahora que tu mujer está aquí ya puedes ir a flirtear. Es de mala educación que marido y mujer hablen todo el rato entre ellos en las fiestas.

Tatiana se fue a charlar con los demás. Alexander también, pero de vez en cuando la buscaba con la mirada. Estuvo hablando con Jeff acerca de la mala temporada de los Red Sox de Boston, y luego se enzarzó en una discusión con Bill Balkman sobre el hecho de que Truman le hubiese dado la patada a Douglas MacArthur, quien había recuperado la totalidad de Corea de manos de los comunistas liderados por los chinos en cuestión de meses, y que había querido llevar a cabo la incursión por el río Yalu hasta la mismísima China en contra de los deseos de Truman, de ahí que lo hubiese puesto de patitas en la calle.

—No, no, estoy de acuerdo con Truman —dijo Balkman—. La moderación es la clave. Truman dijo: «No perdamos los nervios, no hagamos nada». MacArthur se pasó de la raya. Estoy de acuerdo con el presidente.

—¿Y no crees que MacArthur tenía razón cuando dijo que en este caso la moderación era como aconsejar a un hombre cuya familia está a punto de morir asesinada que no emprenda ninguna acción precipitada por miedo a desatar la ira de los asesinos? —dijo Alexander.

Balkman se echó a reír y dio unas palmaditas a Alexander en la espalda.

—Alexander, eres muy ingenioso. Escucha, cambiando de tema, ¿te ha contado ya Steve la fabulosa noticia?

—¿Qué noticia?

Balkman esbozó una sonrisa radiante.

—Hemos firmado el contrato para la casa de los Hayes.

Alexander se puso muy contento. Dee y Mike Hayes habían adquirido tres acres de tierra junto a un lago artificial recién hecho en Scottsdale, al norte de Dynamite, y habían pasado meses en busca de contratista para su casa. Era una excelente noticia para la empresa y aquello les garantizaría una gran publicidad, pues la casa iba a ser fotografiada para el periódico *Phoenix Sun* y la revista *Modern House*. Brindaron por su éxito.

—Empezaremos dentro de tres semanas. Alex, quiero que seas el capataz de toda la operación, como dicen en el ejército.

—Bueno, en el ejército no usan la palabra «capataz» —dijo Alexander.

—Je, je. Tendrás toda la ayuda que té haga falta. Mike Hayes me ha dicho que necesita la casa para principios de primavera, así que vamos a tener que empezar cuanto antes. Jeff y Steve están hasta arriba de trabajo, pero tú vas a acabar la casa de los Schreiner antes de lo previsto. —Dio una palmadita afectuosa a Alexander—. Me han dicho que has puesto unos tablones nuevos en el suelo tú mismo para poder acabarla antes. Cobraremos un suplemento adicional por la finalización antes del plazo, ¿sabes? Tú te llevarás la mitad de cinco mil dólares.

—Gracias, Bill.

Se estrecharon la mano.

—Que Steve te preste a Dudley unos días —dijo Balkman—. Ese tipo trabaja muy duro. Te ayudará. ¿Lo has conocido ya?

—Sí.

Los dedos de Alexander se tensaron alrededor del vaso de cerveza.

—Veo que también ha conocido a Tania. —Balkman sonrió—. Lleva flirteando con tu mujer la última media hora.

La sonrisa de Alexander se esfumó de su rostro. Tatiana estaba andando hacia él, con una bandeja en las manos. A su lado iba Dudley, tambaleándose hacia ambos lados por culpa de la barra libre de alcohol.

Con la mano le tocaba la espalda... ¡e incluso el pelo!

—Dudley, veo que ya has conocido a nuestra Tania —dijo Balkman, estrechando la mano del hombre—. Alexander, Dudley es otro hombre capaz de hacer cualquier cosa. Eres un buen trabajador, Dud, me alegro mucho de tenerte con nosotros. ¿Qué te parece la fiesta?

Tatiana acudió al lado de Alexander, sin mirarlo a la cara.

—¿Estás bien? —le preguntó él en voz baja.

—Estupendamente —contestó ella—. Lleva siguiéndome como un perro los últimos cuarenta minutos. ¿Qué? ¿No te has dado cuenta? Ah, claro, ya no te das cuenta de nada.

Antes de que Alexander pudiera reaccionar y defender sus dotes como observador, ella se alejó de él, que, tras tomar aire profundamente, la siguió. Fueron a buscar una copa, lejos de los oídos ajenos.

—Tania, no quiero que hables con él. Ni que te acerques a él. Es un tipo peligroso, ¿no lo ves?

—¿Quién? ¿Dudley? Vamos... Si es inofensivo... —Dijo aquello con la voz impregnada de sarcasmo—. Todos los hombres son así. No te preocupes, es buena gente.

Alexander no estaba de humor para sarcasmos.

—Perdóname —dijo— por no querer tener esta discusión contigo en medio de una fiesta en casa de mi jefe.

—Y yo no quiero hablar de esto ni un minuto más —repuso ella—. Ya has dejado bien claro que no piensas atender a razones. Ah, y respecto a lo otro, intentaré no hablar con Dudley, aunque es muy insistente. Pero ¿y qué? Los hombres son así, ¿no? Me han dicho —continuó Tatiana, mirándolo fijamente—, que en el ejército es mucho peor.

—¡Tania!

—¿Sí?

Con la espalda rígida, Alexander se abrió una cerveza y luego le sirvió a ella un poco de vino. Ambos permanecieron allí de pie bebiendo y sin hablarse. Balkman se acercó a ellos.

—Tania, ¿te ha contado Alexander la gran noticia?

—No —contestó ella secamente.

El propio Balkman le habló del proyecto de la casa de los Hayes y sobre sus planes para Alexander el año siguiente. Tatiana se limitó a escuchar sus palabras sin inmutarse, como una piedra, y luego dijo:

—Es estupendo.

Sin embargo, no mostró sinceridad ni tampoco esbozó ninguna sonrisa falsa.

—¿Qué ocurre? —dijo Balkman—. ¿Va todo bien? ¿Otro día duro en el trabajo?

—Todo va perfectamente —soltó ella, en una voz que parecía querer decir: «¿No ves que todo va mal, idiota?»—. ¿Me disculpáis?

La falda del vestido describió una ondulación en el aire al alejarse.

Alexander se disculpó también y corrió tras ella.

—¿Se puede saber qué haces comportándote así delante de mi jefe? —dijo—. Si quieres una pelea, peleémonos en casa y nos pelearemos de verdad, pero no me ladres para luego darme la espalda ni contestes con arrogancia a mi jefe cuando te hable.

Estaban al otro lado del césped del jardín, en tensión, junto a las azaleas.

—Alexander —dijo Tatiana—, no pienso seguir fingiendo.

—De eso ni hablar —repuso él—. Vas a fingir cortesía en esta casa.

—¡Como cuando él fue cortés conmigo en mi propia casa, diciéndote que me pusieras en mi lugar!

—Por el modo en que te comportas —le espetó él— es evidente que no sabes cuál es tu lugar.

Ella se volvió bruscamente para alejarse de él, y Alexander hizo un gran esfuerzo por contenerse y no agarrarla del brazo. Interponiéndose en su camino, masculló, apretando con fuerza los dientes:

—Deja ya de comportarte así. Ahora mismo. ¿Me oyes?

—No quiero estar aquí.

—Eso es evidente, pero no me des la espalda y te largues. —No la agarró del brazo, sino que la tomó del brazo y, como lo llevaba desnudo, no se lo apretó con fuerza sino que sólo se lo rodeó con las manos—. Y

ahora, vamos a sentarnos. Los fuegos artificiales no tardarán en empezar, y luego nos iremos.

—Huy, sí, por favor... Vamos a sentarnos con tu amigo Stevie. A lo mejor podemos hablar con él de los servicios que ofrecen en el Westward Ho. Me han dicho que es un hotel muy bueno. Muy complaciente con la clientela.

Era lo único que podía hacer para no arrancarle el brazo, acercarse a sentarse en un corro de sillas al lado del césped junto a Jeff y Cindy, Steve y Amanda.

Cindy y Jeff llevaban un mes casados. Ella le estaba contando a Amanda y a Tatiana cómo había sido su primer mes de matrimonio. Alexander dirigió los ojos involuntariamente hacia Tatiana, sentada a su derecha. Diez años antes, ellos también habían vivido su primer mes de casados, pero allí, bajo el cielo ensombrecido de Phoenix, casi lo habían olvidado. Sin embargo, en ese momento, ella volvió el rostro hacia él, y Alexander vio que no lo había olvidado. Bastó una mirada, un pestañeo, un simple asentimiento con la cabeza como brindis a las eternas montañas de los Urales y al eterno fluir del Kama.

—Tenemos que daros una noticia —dijo Cindy—. Jeff no quiere que diga nada todavía, pero vosotros sois mis mejores amigos. Tengo que decíroslo. —Jeff puso los ojos en blanco—. ¡Vamos a tener un niño! —exclamó.

Hubo exclamaciones de júbilo y felicitaciones. Los hombres dieron la enhorabuena a Jeff estrechándole la mano y las mujeres abrazaron a Cindy. Nadie podía creerlo.

—¿Ya? —exclamó Amanda.

—Bien hecho, machote —dijo Steve—. ¡Buen trabajo! ¡Y rápido!

—¿Para qué esperar? Si tienes que hacer algo, más vale hacerlo cuanto antes.

Alexander tuvo mucho cuidado de no mirar a Tatiana mientras ambos guardaban las apariencias y esbozaban una sonrisa perfecta para Jeff y Cindy.

De repente apareció Dudley, los vio y se acercó una silla al lado de Tatiana. Todos dejaron de hablar de niños. Completamente beodo, Dudley le preguntó a Tatiana si quería otra copa de vino, viendo que la tenía vacía. La llamó Tania. A continuación, dijo que había conocido a algunos soldados rusos cuando había estado en Europa, y que había oído que a las chicas rusas que se llamaban Tania a veces las llamaban Tanechka.

—¿A ti alguien te llama Tanechka, como si fueras una chica rusa? — Se rio Dudley, con la boca torcida en una sonrisa sórdida.

—Tania no es rusa, Dudley —dijo Amanda—. Es de Nueva York.

—Mirad ese pelo —replicó Dudley—. Ese pelo no es de Nueva York. Ese pelo es de campesina rusa. —Se rio y arqueó las pobladas cejas—. De antes de la emancipación de los siervos —añadió en tono elocuente.

Alexander se levantó, ayudó a una pálida Tatiana a levantarse de la silla y le cambió el sitio.

—Así que tú y Amanda no hablabais de mí —dijo, sentándose junto a Dudley sin mirarlo. Pero de repente, la conversación tomó otros derroteros.

—Vi tus tatuajes el otro día, cuando estabas clavando los tablones —le dijo Dudley a Alexander—. Tienes alguno muy curioso, como ese de la hoz y el martillo en el brazo.

—Sí, ¿qué le pasa?

—¿Dónde te lo hiciste?

—En Katowice.

—¿Voluntariamente o a la fuerza?

—A la fuerza.

—¿Y cómo consiguieron mantenerte quieto para hacértelo? Yo habría luchado hasta caer muerto antes que dejarme tatuar esa mierda en el brazo.

Tatiana extendió el brazo y apoyó la mano en la pierna de Alexander, su forma particular de mostrarle su apoyo... y también a modo de advertencia. Él hizo caso omiso y se volvió para fulminar a Dudley con la mirada en silencio, dándole la espalda a ella.

—Tú llevas tatuajes desde el cuello hasta los pies —dijo Alexander—. El otro día, en la obra, vi que llevabas en el antebrazo un tatuaje de un

dragón haciéndole cosas incalificables a una damisela en apuros. Llevas tatuajes de cuchillos clavados en el corazón de la gente, decapitaciones, destripamientos... ¿Todo eso es mejor que una hoz y un martillo?

—¿Que si es mejor que la marca de los rojos? ¿Dónde vives? ¡Pues claro que sí! —exclamó Dudley—. Y yo me los hice voluntariamente, sin que tuvieran que atarme a ninguna silla. Fue elección mía.

—¿Y te los hicieron en chirona?

—Sí, ¿y qué?

—Ah, ¿la cárcel también fue elección tuya? —Los demás invitados desviaron una mirada incómoda hacia el césped.

—La cárcel no fue elección mía, no —contestó Dudley despacio—. Pero dime, ¿esa águila de las *Schutzstaffel* en el otro brazo sí fue por tu propia elección? ¿Una hoz y un martillo en un brazo y una esvástica en el otro? ¿De dónde coño has salido, tío?

—Dud, venga, hay señoras delante —dijo Jeff.

Dudley ni siquiera se inmutó.

—Los nazis no marcaban a los prisioneros de guerra con águilas de las SS. ¿Sabéis quiénes lo hacían?

—Yo sí sé quiénes lo hacían —comentó Alexander con rostro sombrío.

—Los rojos. En Alemania, cuando entraban en los campos de prisioneros nazis. Lo sé porque estuvimos en uno de ellos viendo a los guardias soviéticos con uno de sus propios prisioneros. Lo hicieron como señal de respeto después de que el hombre no confesase pese a las torturas brutales. Le dieron una paliza, lo torturaron, le hicieron el tatuaje y luego le dispararon de todos modos.

A sus espaldas, Tatiana emitió un gemido de dolor.

—¿Y a qué viene todo eso? —dijo Alexander, extendiendo el brazo hacia atrás, hacia ella, para tocarla, para decirle: «No pasa nada. Estoy aquí. No fue a mí a quien dispararon».

—Todo esto viene... —dijo Dudley demasiado alto— a que puede que ahora estés en la reserva, pero tú no estuviste con nuestro ejército durante la guerra. —Alexander no respondió—. ¿Por quién luchabas?

—Contra Hitler. ¿Contra quién luchabas tú?



—Tú y yo no luchábamos en el mismo bando, amigo, lo sé. Nadie lleva los tatuajes que llevas tú. El águila de las SS es una insignia de honor para los nazis, un signo de respeto absoluto... Serían capaces de cortarse la polla antes que marcar con ella a un prisionero de guerra norteamericano, ni siquiera en un puto agujero como Katowice. No, a ti te capturaron demasiado al este para haber luchado en nuestro bando. Los norteamericanos nunca llegaron a donde llegaste tú.

—Dudley, ¿se puede saber qué diablos estás diciendo? —preguntó Steve, levantándose de la silla y acercándose a él.

—Este hombre es un impostor —afirmó Dudley—. Se esconde aquí. Este hombre estuvo en el Ejército Rojo. Los alemanes marcaban a los oficiales soviéticos con la hoz y el martillo... antes de ejecutarlos. Los soviéticos marcaban a los prisioneros soviéticos que habían caído en manos de los alemanes con las águilas de las SS... antes de ejecutarlos.

Se produjo un tenso silencio entre los presentes. Todos miraron a Alexander, quien no decía nada, con la boca cerrada con fuerza y la mirada sombría. Tatiana le apretó la pierna y ambos intercambiaron una mirada.

—¿Te parece que nos vayamos ahora? —sugirió ella en voz baja.

—No, no, no seas boba, quedaos a los fuegos artificiales —se apresuró a decir Amanda.

Las mujeres se mostraban nerviosas.

—Estoy seguro de que Dudley está confundido —dijo Jeff—. Debe de tratarse de algún error. —Arqueando las cejas, miró a Cindy y añadió—: Cindy, ¿sabes qué? Es el momento ideal para bailar.

Todos se levantaron salvo Tatiana y Alexander. Incluso Dudley consiguió despegarse a trompicones de la silla.

—Qué gran idea —dijo, pasando por delante de Alexander en dirección a Tatiana—. ¿Quieres bailar, Tanechka?

Alexander se levantó bruscamente y propinó un empujón a Dudley, que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Dudley —dijo Alexander, tras levantar a Tatiana de la silla y apartarla a un lado—, si estás en lo cierto con respecto a mí, entonces también debes de imaginarte lo que te haré si le tocas un pelo.

Antes de que Dudley, que ya volvía a estar en pie, pudiese abrir la boca, Jeff y Steve ya se habían interpuesto entre ambos.

—Venga, venga, chicos, dejadlo —dijo Jeff alejando a Alexander mientras Steve se encargaba de apartar a Dudley.

—Alex, ¿qué te pasa? Es una fiesta. En casa de mi padre, nada menos. Dud, olvídale, ven conmigo. Venga, te presentaré a Theo. Vamos, te va a caer muy bien.

Y acto seguido lanzó una mirada muy elocuente a Alexander, para que éste se tranquilizase, como diciendo: «¿No ves que está como una cuba?». Steve se llevó a Dudley de allí, y Amanda estaba a punto de llevarse también a Tatiana, pero ésta corrió al lado de Alexander, le puso la mano en el pecho y dijo:

—¿Quieres que vayamos a casa? Podemos irnos ahora mismo.

Jeff trató de disuadirlos.

—Está borracho. No es nada. Alexander, olvídate de él. No vale la pena, hombre.

Tatiana permaneció inmóvil. Se apretó contra él y levantó la mirada. Alexander le retiró el pelo de la cara, le acarició la mejilla un momento y luego se separó de ella.

—Está bien, nos quedaremos a ver los fuegos artificiales. Mira, Margaret te está buscando otra vez. Ve con ella. Pero no olvides lo que te he dicho.

Después de lanzarle una mirada inquieta, Tatiana se fue, acompañada de Margaret y de Amanda, y Alexander se quedó con Jeff. Balkman acudió junto a ellos y empezaron a charlar sobre la fecha del comienzo de las obras de construcción de la casa de los Hayes, sobre a quiénes habría que untar para que los inspectores diesen el visto bueno al solar en dos semanas y no en dos meses. De repente, Alexander dejó de prestarles atención. Balkman tenía un jardín de césped muy espacioso, con una piscina, un cenador y árboles y arbustos muy bien cuidados. Al otro lado del césped, entre los arbustos, Alexander vislumbró una camisa a cuadros y una cola de caballo. Detrás de los vaqueros del hombre, Alexander distinguió el estampado de flores del vestido de Tatiana.

Con la mirada desenfocada por un momento, Alexander apenas tuvo tiempo de disculparse antes de echar a andar dando grandes zancadas. Tatiana estaba pegada a la valla de madera, encogida, y el otro hombre se cernía sobre ella. Alexander ni siquiera miró a Dudley cuando se interpuso entre ambos para separarlos, pues tenía los ojos fijos en la expresión sobrecogida de Tatiana. La apartó de la valla y no fue hasta entonces cuando se volvió para encararse con Dudley. A su espalda, Tatiana le tiraba de la camisa.

—Acabas de meter la pata hasta el fondo —le dijo Alexander a Dudley muy despacio—. ¿Qué coño haces? Te he dicho que te largues, que te des media vuelta y te mantengas lejos de mi mujer.

—¿Qué mierda de problema tienes? Éste es un país libre, no como ese país de rojos de donde eres tú. Y tu mujer, para tu información, estaba hablando conmigo. ¿A que sí, Tania?

Tatiana, con los labios tensos y muy pálida, tomó a Alexander de la mano y dijo:

—Vamos, Shura. Los fuegos artificiales van a empezar.

Pero Alexander no podía irse así como así, no podía darle la espalda. Estaba oscuro. Todo fue muy confuso. Se encontraban en el borde del césped, un poco apartados del resto de los invitados. La primera tanda de fuegos artificiales atravesó silbando el cielo e hizo explosión. Entre los silbidos de los cohetes, Alexander oyó la voz de Dudley.

—No me has contestado —dijo Dudley—. Te he preguntado qué mierda de problema tienes.

—¿Qué mierda de problema tienes tú? —replicó Alexander, encarándose con él—. Tania, ve y espérame allí, al otro lado del jardín.

Tatiana le apretó la mano.

—No, por favor, Shura... Vamos —dijo, tratando de llevárselo de allí—. Vámonos a casa.

Pero Alexander no se movió ni un milímetro. Él y Dudley estaban cara a cara, mirándose fijamente.

—Tú has tenido un problema conmigo desde el principio —dijo Dudley, y escupió un trozo negro de tabaco mascado.

—Y tú te has pasado de la puta raya desde el principio.

—Ah, ¿sí? —dijo Dudley—. ¿Por qué no vamos afuera y solucionamos esto?

—Ya estamos fuera, imbécil.

—¡Shura, por favor!

Tatiana se interpuso entre ellos y cogió a Alexander de las dos manos.

—¡Tania! —Alexander se soltó de las manos de ella con brusquedad sin apartar la mirada de Dudley ni un segundo—. Te he dicho que me esperes al otro lado del jardín.

—Vámonos a casa, amor mío —le imploró ella, aún delante de él, mirándolo a la cara, tratando de sujetarlo todavía—. Por favor...

—Sí, vámonos a casa, amor mío —la imitó Dudley—. Por favor... Y me pondré de rodillas y te chuparé la polla.

—¡Shura, no!

Alexander apartó a Tatiana de en medio con una sola mano y con la otra dio un puñetazo tan brutal y tan rápido a Dudley en la cara que de no haber sido porque éste cayó de espaldas al suelo inmediatamente, nadie se habría percatado de que había pasado algo entre ellos. Los fuegos artificiales siguieron estallando en el cielo mientras los presentes aplaudían y lanzaban vítores. Se oía música; Harry James y su orquesta empezaban a ver la luz al fin.

Sin embargo, lo cierto es que Dudley cayó de espaldas al suelo en la esquina del jardín, en la oscuridad, entre las zarzas. Tatiana, sin poder eludir su condición de enfermera, lo examinó. El hombre sangraba profusamente por la boca y tenía los dientes delanteros colgando de las raíces ensangrentadas. Alexander, un hombre que había sido entrenado metódicamente y luego había recibido su bautismo de fuego en los feroces combates cuerpo a cuerpo en las aldeas de Bielorrusia, un hombre que había peleado con los alemanes con navajas y bayonetas y que los había dejado sin sentido dándoles puñetazos mortales en la nariz, pensó que Dudley había caído con suma facilidad. Sin jadear siquiera, cogió a Tatiana de la mano y dijo:

—Ahora ya podemos irnos.

No movió ni un solo músculo de la cara. Tatiana, sin habla, lo miró fijamente.

Alexander atravesó el césped del jardín en dirección a la puerta trasera. Margaret y Bill estaban en el patio viendo el espectáculo de fuegos de artificio. Alexander, sin detenerse apenas, se acercó a Balkman y, dirigiéndose a la cara inicialmente sonriente y luego demudada del hombre, anunció:

—Ya está. Estoy hasta los huevos de ti y tu puta empresa. Me largo... para siempre. No me pagues la última semana, no me des ni un centavo del dinero que me debes. He acabado contigo. No vuelvas a llamarme nunca.

—¡Alexander! ¡Espera! ¿Qué ha pasado? —Balkman echó a correr tras él—. ¡Alexander! ¡Por favor, espera! ¡Steve! ¿Qué coño ha pasado?

Alexander caminaba a paso ligero, arrastrando a Tatiana consigo; ella tenía que correr para seguir su ritmo. Una vez fuera, en el camino de entrada a la casa, Steve los interceptó, rodeando la casa para cerrarles el paso; jadeaba, tenía el rostro encendido y los puños apretados.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves... después de todo lo que hemos hecho por ti!

Alexander echó la cabeza hacia atrás, pero a Steve le dio tiempo de propinarle un fuerte golpe en la barbilla que lo obligó a retroceder y le hizo chocar contra el cuerpo de Tatiana, quien perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Alexander, sin incorporarse, dio un puñetazo a Steve que le destrozó la mandíbula. Steve se dobló sobre su estómago y Alexander volvió a arremeter contra él, esta vez con más fuerza. Lo habría golpeado una tercera vez, pero Steve se desmoronó y cayó sobre el pavimento de piedra.

—A ver cómo te las apañas ahora con tu miserable vida, saco de mierda —le dijo Alexander, propinándole una fuerte patada antes de volverse hacia una aterrorizada Tatiana para ayudarla a levantarse del suelo.

En cuestión de minutos, ya estaban en la carretera de camino a casa. Permanecieron en silencio varios kilómetros.

—¿Estás bien? —le preguntó Tatiana.

—Estoy bien. Alexander se secó la boca.

—Podrías haberte roto los nudillos.

—Están perfectamente.

Apretó y aflojó los puños. Ella lo miraba fijamente.

—Shura...

—Tania —dijo él, con calma—, no quiero que digas nada, ni una puñetera palabra, ¿de acuerdo? Quédate... ahí sentada sin decir nada.

Ella se calló de inmediato. Al cabo de unos minutos, Alexander detuvo la camioneta en una calle vacía al lado de la carretera. A lo lejos se oía el ruido cada vez más quedo de los fuegos artificiales. En el interior de la camioneta, Alexander sujetaba el volante con manos temblorosas.

—Amor mío... —dijo ella con dulzura.

—Joder, he sido un maldito idiota. Ni siquiera sé qué hacer ahora.

—Por favor, Shura, todo irá bien. ¿Quieres que conduzca yo?

Alexander enterró la cabeza en el volante. Tatiana se acercó a él y se sentó a su lado en el asiento delantero. Cuando él levantó la vista, ella sacó un pañuelo y le limpió el labio. Él le apartó la mano y no tardó en poner de nuevo el coche en marcha.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —le preguntó a Tatiana—. Ese cabrón me golpeó sabiendo que tú estabas detrás de mí, sabiendo que podía hacerte daño. Ni siquiera tuve ocasión de apartarte de en medio.

—¿Y te extraña que no se haya comportado como un caballero? —exclamó Tatiana.

—¿No me has oído cuando te he dicho que te estés calladita?

Ella volvió a hablar al cabo de un rato.

—Dudley me ha preguntado si había oído los rumores que circulaban sobre él, que se había «cargado» a un tipo en Montana. Yo le he dicho que él había estado en la guerra, así que debía de haber visto muchos muertos, y me ha contestado: «La guerra no es real. Montana... eso sí que es real».

—Yo he visto Montana —repuso Alexander, con las manos apretadas en torno al volante—. No me parece tan real.



Tatiana no podía dormir. Él sí dormía. Descifró las manecillas del reloj: las dos menos diez. La casa estaba en silencio, y también el exterior, la negra noche de las montañas. Nada se movía, salvo la ansiedad de Tatiana, que corría desbocada por su pecho. No había forma de que lograra conciliar el sueño. Estaba inquieta y ansiosa.

Alargó la mano en silencio por encima del cuerpo de él y volvió a colocar el teléfono en su horquilla. Él siempre lo descolgaba por las noches, antes de hacerle el amor.

Anthony estaba durmiendo en casa de Sergio. Tatiana deseó que estuviese durmiendo allí con ellos, para poder ir a su habitación a comprobar cómo estaba y así sentir un poco de alivio, pero en vez de eso, colocó la mano en el pecho de Alexander para escuchar los latidos de su corazón. Toda su vida adulta la había pasado así, escuchando el latir del corazón de Alexander. ¿Qué le decía en ese momento? Era un latido rítmico, apagado, lento. Tatiana rozó con los labios la barba de él, lo besó con ternura, desplazó la mano hacia abajo y lo acarició. Él estaba profundamente dormido, pero a veces, si percibía la presencia de ella aun en sueños, se volvía hacia su lado y la rodeaba con el brazo. Esa noche no se despertó, ni siquiera a medias, y continuó durmiendo de espaldas a ella. Tenía el labio hinchado. La mano derecha también estaba hinchada, aunque le había aplicado hielo y luego un vendaje. Había tenido que vendársela casi a la fuerza, pues Alexander detestaba que lo mimase por sus heridas. Le gustaba que lo mimase por otras razones, como cuando lo bañaba, le daba de comer, se abalanzaba sobre él o lo besaba, le gustaban toda esa clase de mimos, pero no soportaba que lo compadeciese y lo mimase cuando había sufrido una herida. Era como si se acordase de cuando estaba incapacitado en Morozovo, impotente en una cama de hospital durante dos largos meses, hasta que lo arrestaron y ella se fue.

Tania no dejaba de dar vueltas en la cama. Al final se levantó, se puso el camisón color crema y se dirigió al salón. Se sirvió un vaso de agua, se sentó en un taburete cerca de la encimera de la cocina y no se movió, tratando de no respirar siquiera. El aire acondicionado estaba apagado, no se oía ni un solo ruido, y fue en ese momento cuando, a las dos y media de

la madrugada, a Tatiana le pareció oír el ruido lejano de un motor. Abrió la puerta de la casa unos centímetros y aguzó el oído, pero no oyó nada. Fuera todo estaba como boca de lobo, pues esa noche no había luna. Tras cerrar con llave y cerrojo la puerta principal, fue de puntillas a cerrar la puerta del dormitorio para no molestar a Alexander y luego, desde la cocina, telefoneó al hospital.

Erin, la recepcionista del turno de noche y amiga suya, respondió al teléfono, y las primeras palabras que salieron de su boca fueron:

—¡Tania! ¿Se puede saber por qué tenías el teléfono descolgado? ¡Llevo llamándote toda la noche!

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Tatiana en voz baja.

—Han vuelto a traer a Steve Balkman con otro tipo. Balkman sigue inconsciente, pero el otro era como una bestia salvaje; han tenido que reducirlo con tranquilizantes. Estaba ebrio y sangraba abundantemente. No dejaba de gritar y de proferir unas amenazas horribles, y antes de que le inyectasen los tranquilizantes se ha puesto a gritar el nombre de tu marido, entre insultos, maldiciéndolo. ¿Tú sabes algo de todo esto?

—Sí. ¿Está ahí el sargento Miller?

—Ha salido a tomarse un descanso. ¿Quién diablos es ese hombre? ¿Y tú de qué lo conoces? ¡Llevamos tres horas intentando hablar contigo!

—Déjame hablar con el sargento Miller. Tiene que detener a ese hombre.

—¡Tania! ¡No puede detenerlo! ¡Ya se ha ido!

—¿Qué?

—¡Sí, eso es lo que estoy tratando de decirte! A la una y media salió hecho una furia de aquí, sin que lo viera un médico, sin recibir el alta, sin nada. Se arrancó el goteo, se puso la ropa y se largó.

Tatiana habló con un hilo de voz cuando dijo:

—Erin, dile a Miller que envíe un coche patrulla a mi casa cuanto antes.

—Pero ¿qué está...?

Tatiana colgó el teléfono, pero en ese momento el corazón le latía con tanta fuerza que llenaba el silencio, el de dentro y el de fuera. ¿Era el



motor de un coche lo que había oído? ¿O era el pánico, un delirio?

Estaba de pie junto a la cocina. En la sala de estar, las cortinas no estaban echadas. No las echaban nunca, pues nunca había nadie fuera. ¿Soplaba el viento? No lo sabía con certeza, pero las sombras negras y azules no dejaban de proyectar su alargada forma a través de los ventanales. No oía ningún ruido fuera, pero estaba paralizada por un miedo ensordecedor por dentro. Tenía que cruzar el salón para entrar en el dormitorio y despertar a Alexander, pero no podía moverse: eso significaba atravesar la casa, pasar frente a dos ventanas cuyas cortinas no estaban echadas, pasar frente a dos puertas...

Seguía en la cocina cuando la sombra de su ventana se alzó en la oscuridad y adquirió la forma de un hombre que subía muy despacio los escalones de la terraza delantera. Tatiana siempre dejaba esa ventana abierta para poder ver a Alexander subir los escalones a la casa. Aquello no era el viento...

Tatiana se movió, se alejó tres pasos de la cocina, pasó por delante de la puerta principal, y antes de que tuviera tiempo de dar otro paso, la puerta se abrió de golpe con un fuerte chasquido, y antes de que tuviera tiempo de gritar, Dudley, con la boca llena de agujeros negros y los ojos inyectados en furia negra, se plantó delante de ella. La agarró por la boca y el cuello para que no pudiera articular ningún ruido y le retorció la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que Tatiana creyó que le iba a romper el cuello. El hombre llevaba una pistola en la mano... ¡Y ella, solícitamente, había cerrado la puerta del dormitorio para dejar dormir a Alexander!

Sin embargo, la puerta... ¡la puerta principal! El estrépito al abrirse había sido tan fuerte que tal vez él lo había oído... Y lo había oído: la puerta del dormitorio se abrió lentamente y Alexander apareció desnudo en el umbral. Dudley le señaló a Tatiana.

—Aquí me tienes, hijo de puta —dijo Dudley, con un leve ceceo por los huecos de los incisivos que le faltaban—. Y aquí la tienes a ella. Vamos a acabar esto en tu casa. —Sujetaba a Tatiana por el cuello y apuntaba con la pistola a Alexander—. Maldito rojo de mierda... No te muevas. ¿Crees que puedes romperme la cara y largarte así como así? No,

tú no sabes lo que es un soldado, y yo he venido aquí a tu casa, a recordártelo. —Dudley desplazó hacia abajo la mano por el cuello de Tatiana hasta cubrirle un pecho. Ésta dio un respingo y miró con ojos suplicantes a Alexander, quien permanecía inmóvil como una estatua, sin pestañear, sin respirar, mirando sólo a Dudley—. Stevie me ha dicho que ésta no ha probado más polla que la tuya —dijo Dudley—. Caramba, dijimos, cómo debiste de disfrutar de la pequeña y dulce zorra... Bueno, pues ¿sabes qué? Que ha llegado la hora de averiguar si todavía es tan dulce. —Se relamió los labios—. Voy a averiguarlo ahora mismo, delante de tus narices, y luego si quieres te dejo las sobras. Ahora, apártate de la puerta —Dudley le apuntó directamente con la pistola—, pero muy despacio.

Alexander hizo lo que le decía, se apartó de la puerta muy despacio, y sin mover ninguna otra parte de su cuerpo y sin dejar pasar una sola fracción de segundo más, levantó el brazo izquierdo que había estado ocultando detrás del marco de la puerta, apuntó con la Colt M1911 directamente a la cara de Tatiana y disparó.



El impacto reverberante y sordo de la bala del calibre cuarenta y cinco al recorrer una distancia de seis metros a una velocidad de doscientos cincuenta metros por segundo y destrozar un cráneo fue tan fuerte y espectacular, que pareció que Alexander le hubiese disparado a Tatiana. La cabeza de Dudley explotó a diez centímetros escasos de la cara de ella y, con éste aún abrazado a su cuerpo, ambos cayeron hacia atrás: él se golpeó contra la pared que tenía a la espalda y rebotó hacia delante hasta caer al suelo y desplomarse encima de Tatiana. Ella no veía nada, ni siquiera sabía si estaba chillando, llorando o muriéndose. El brazo de Dudley aún le rodeaba la garganta.

Alexander tiró de ella para sacarla de debajo del cuerpo inerte y luego la levantó. Fue entonces cuando Tatiana oyó al fin sus propios gritos, y empezó a golpearlo a él, a forcejear con él, a tratar de escapar de él. Él no

dijo ni hizo nada salvo sujetarla y abrazarla, la apretó contra su pecho mientras ella gritaba y temblaba aterrorizada. El corazón de Alexander estaba a escasos centímetros de ella, a través del esternón, y palpitaba con un ritmo regular, con latidos fuertes, y él decía: «Chsss...», y su corazón también le decía lo mismo, que se tranquilizase, que ya había pasado todo. Sin embargo, ella no podía calmarse. Creía que había sufrido un disparo; tenía la piel helada, y su propio corazón le latía a doscientas pulsaciones por segundo. Alexander la ayudó a sentarse, la sujetó con firmeza por los hombros, la estrechó con fuerza entre sus brazos y al final, le tapó la boca con la mano.

—Chsss... —dijo—. Cálmate. —No apartó la mano de ella mientras exhalaba dióxido de carbono—. Chsss, chsss... —no dejaba de repetir Alexander. Luego, apartó la mano, le abrió la boca e insufló aire en ella—. ¿Sientes mi aliento tranquilo? Ahora tranquilízate, todo irá bien. Tranquila...

Tatiana lo miró con expresión horrorizada.

—¿Me... me has disparado? —murmuró.

Él meció la cabeza de ella, meció todo su cuerpo, la meció a ella.

—No, no. Estás bien. Chsss...

Siguió sujetándola mientras ella seguía temblando. Seguían en el sofá cuando las luces de los coches de policía en el exterior de la casa empezaron a parpadear. El camisón de seda que llevaba Tatiana estaba empapado de sangre y él aún iba desnudo. Los agentes de la policía irrumpieron en la casa a través de la puerta abierta. Alexander dejó a Tatiana en el sofá y fue a ponerse unos vaqueros y una camiseta, y a traerle a ella un albornoz de algodón. De pronto, ella se acordó de la sangre que le manchaba el cuerpo y se levantó corriendo para ir a limpiarse, pero la policía se lo impidió, y Alexander también.

Tatiana conocía a dos de los agentes; uno de ellos era Miller. Llegaron más policías, seguidos de un periodista del *Phoenix Sun*. Lo obligaron a salir de allí, pero no antes de que sacara algunas fotografías.

La policía empezó a hacer preguntas, y se llevaron a Alexander al dormitorio para interrogarlo allí. Cuando él se levantó para irse, ella se

echó a llorar. Él volvió a sentarse y ella lo sujetó con fuerza.

—No te vayas, por favor... No te vayas...

—Sólo voy a ir al dormitorio, Tatiasha. Sólo voy al dormitorio...

Sentada, cubierta de sangre, Tatiana habló con la policía, cabizbaja, mientras en el dormitorio, lejos de ella, Alexander, con la cabeza bien alta, de pie, hablaba con la policía.

¿Por qué estaba usted levantada?, le preguntaron. ¿Por qué llamó al hospital? ¿Por qué estaba en la cocina? ¿Por qué no corrió al dormitorio? ¿Lo oyó subir por la escalera? ¿Por qué vino aquí? ¿Es cierto que él y su marido tuvieron una pelea? Tenemos una denuncia por una agresión, dos agresiones, en realidad. Ese hombre quería presentar cargos contra su marido. ¿Qué pasó? Ese hombre estaba muy malherido. El otro hombre también está muy malherido. En ese momento intervino el sargento Miller. Ese otro hombre es Steve Balkman, dijo el sargento. Todos los demás policías asintieron. Otra vez no..., dijo alguien. ¿Estaban borrachos? ¿Estaba su marido borracho? ¿Por qué se pelearon? ¿Hubo dos peleas o todo fue en la misma pelea? Alexander destrozó la cara a un hombre y le rompió los dientes a otro, ¿por qué? ¿Es cierto que ya había habido algún otro enfrentamiento? El padre, Bill Balkman, un miembro muy conocido de esta comunidad, afirma que no sabe lo que sucedió, que para él fue una sorpresa absoluta. Dijo que sólo había sido una pelea de chiquillos. Los chicos son todos así, dijo. Les dijo a todos que se tranquilizasen, que su hijo se pondría bien. Que todo iría bien. Y si embargo, había un hombre muerto en el suelo de la casa de Tatiana.

¿Desde dónde disparó su marido? No sabía que Dudley iba armado, ¿cómo sabía que debía llevar un arma consigo hasta la puerta? ¿Por qué disparó contra él? ¿Habría podido intentar que el hombre la soltase sin emplear la violencia con un arma de fuego? ¿Fue un allanamiento de morada? ¿Un intento de agresión, un intento de violación, un intento de asesinato? ¿Fue un uso excesivo de la fuerza por parte de su marido golpear a otro hombre en una fiesta simplemente por formular un comentario grosero acerca de usted? ¿Y fue una reacción

desproporcionada de Dudley frente a la reacción desproporcionada de Alexander? ¿Y qué era lo que había hecho Steve Balkman esta vez?

Llegaron dos periodistas más del *Phoenix Sun*, que permanecieron en el salón con sus libretas de notas y los fogonazos del flash de sus cámaras, anotándolo todo, registrándolo para los diarios de la mañana. ¿La había tocado? ¿La había herido? ¿Le había causado lesiones? ¿Era ésa su sangre?

¿La había herido? Nadie sabía decirlo con seguridad, ni siquiera la propia Tatiana. Sólo Alexander dijo que no, que no estaba herida, sólo en estado de *shock*. Estaban preocupados por ella, de modo que llamaron a un médico. El sargento Miller dijo que quería que Tatiana fuese al hospital, pero ella se negó. Alexander creía que debía ir, pero ella se negó. Que estaba bien, dijo, que era enfermera, que sabía de eso.

Pasaron las horas. Alexander seguía en el dormitorio con la policía. Ella lo veía de soslayo, paseándose arriba y abajo por la habitación, fumando, sentándose en la cama. Luego, cerraron la puerta y ella se echó a llorar de nuevo. El cuerpo de Dudley permanecía inerte en el suelo, detrás del sofá ensangrentado donde ella se encontraba sentada.

Alexander salió por fin del dormitorio. Ella se agarró a él desesperadamente y enterró la cara en su pecho. Él no dejaba de repetir «chsss, chsss». La abrazaba con fuerza. De pronto, la presencia de él la aterrorizó. Se echó a llorar otra vez y lo apartó de sí de un empujón. Los policías, los enfermeros del equipo de emergencia y los periodistas permanecían en silencio observando la escena, mientras Alexander, apretando la cabeza ensangrentada de ella contra él, trataba de calmarla. «Tania —susurraba una y otra vez—, chsss... chsss... Vamos...».

—Puede que necesite una inyección —dijo Alexander al fin, y acudió a echar mano de su maletín de enfermera—. Está muy nerviosa.

—Estoy bien —dijo ella, pero no podía dejar de temblar.

Miró a Alexander, que se encontraba de pie, fumando. Se le veía tranquilo. No estaba nervioso, no le temblaban las manos, sus movimientos eran normales. Mantenía el control sobre sí mismo. De pronto lo recordó en las inmediaciones de Berlín, en lo alto de la colina, cargado de ametralladoras, granadas, pistolas semiautomáticas, armas

automáticas, solo en la trinchera, derribando sistemáticamente al batallón de soldados que trataban de avanzar a rastras, de correr hacia ellos, de subir la cuesta de la colina para matarlo a él, para matarla a ella.

—Un hombre ha subido la cuesta de esa colina para hacer daño a mi esposa —dijo Alexander a la policía, sin atisbo de emoción en la voz, con un cigarrillo en la boca—. Miren esa puerta. El cerrojo de la puerta principal está roto; una de las bisagras, desencajada.

La policía iba a comprobar los rumores de la supuesta huida de la prisión de Montana, iban a interrogar a Bill Balkman sobre la contratación de un hombre sospechoso de ser un fugitivo de la justicia, un asesino. Era un delito federal contratar a un hombre sospechoso de haber cometido un crimen.

¿Cómo sabía Dudley dónde vivía Alexander? ¿Quién podría haberle dado la dirección de Alexander? Y si había sido Steve Balkman, ¿no habría tenido que dársela antes de la fiesta, puesto que después estaba inconsciente? ¿Por qué iba Steve a hacer eso, darle a Dudley la dirección de Alexander?

—Ese Steve Balkman... —comentó Miller, moviendo la cabeza—. Siempre creando problemas; le encantan los problemas, y siempre ha sido un problema. Bueno, pues se acabó —dijo—. Esta vez no vamos a archivarlo, no importa lo que haga su padre.

Eran las seis de la mañana y al otro lado de las montañas empezaba a clarear con una luz acerada. Alguien trajo café y algunos bollos. Alexander le dio una taza a Tatiana e intentó hacer que comiera algo.

Un hombre en estado de embriaguez y muy beligerante había muerto en plena noche después de entrar por la fuerza en una casa móvil en las colinas de McDowell, a un kilómetro y medio de distancia del Boulevard Pima, en medio de la nada. Ésos eran los hechos indiscutibles. Ni Alexander ni Tatiana hablaron a la policía de los tres años de hechos discutibles. Ni de la vida entera de hechos discutibles.

Se hizo de día, vinieron más agentes de policía, se sacaron más fotografías. A las ocho de la mañana, Alexander llamó a Francesca y le pidió que se quedase con Anthony el resto del día. Tatiana siguió sentada

en el sofá. En algún momento se reclinó hacia atrás, cerró los ojos y creyó desvanecerse. Cuando volvió a abrirlos, estaba acurrucada en el brazo de Alexander, y el cadáver de Dudley seguía detrás de ella. La tiza contrastaba con el blanco y negro del suelo de linóleo de su casa. Bajo la luz implacable del día, la sangre se estaba secando y adquiriendo un tono pardusco, y se veían esquirlas de hueso en la alfombra del salón, en el pasillo, frente al cuarto de Anthony, en las superficies de las mesas, en la puerta, en las paredes... Tatiana miró hacia atrás una sola vez; todavía tenía todo el cuerpo impregnado con la sangre de Dudley. No se podía hacer nada al respecto hasta que se marchase la policía. El teléfono no dejaba de sonar.

La policía preguntó a Alexander si conocía a los familiares de Dudley. ¿A quién debían notificar su muerte? Alexander y Tatiana se intercambiaron una mirada incrédula. ¿De verdad les estaban preguntando por la familia de Dudley?

Al final llegó un médico para examinar a Tatiana. Estaba bien, dijo ella misma, temblando; no le hacía falta ningún médico. Alexander le llevó una manta y la tapó con ella. Con suma delicadeza, el médico retiró la manta y le quitó el albornoz. Le preguntó si había sufrido una agresión, si la había golpeado, herido o penetrado. Ella vio a Alexander mirándola desde el otro extremo de la habitación, con el camisón semitransparente manchado de sangre. Él se acercó y volvió a ponerle el albornoz. El médico volvió a quitárselo y le examinó los brazos, las piernas y el cuello enrojecido, por donde Dudley la había agarrado. Después de retirarle el pelo hacia atrás, el médico advirtió las marcas de succión en la nuca y la parte lateral del cuello. Cuando le preguntó por esas marcas, ella no contestó. En circunstancias normales se habría ruborizado, pero no esa mañana.

—¿Ha sufrido heridas? —le preguntó.

—No.

—¿Qué son esas marcas?

Ella no contestó, sino que se limitó a levantar la cabeza y mirarlo a los ojos, y esta vez fue el médico quien se ruborizó intensamente.

—Está llena de sangre y tiene algunos moretones. Es difícil saber qué heridas son consecuencia de este incidente en particular, discúlpeme.

—Soy enfermera en el Phoenix Memorial Hospital —dijo—. Sé reconocer una herida.

El médico era David Bradley, y ella no lo conocía. Formaba parte del personal del servicio de Urgencias, pero trabajaba en el turno de noche y ella en el de día. Después de verle las marcas de la nuca, fue incapaz de mirarla a los ojos. Ella cerró los suyos de todos modos.

Se hicieron las diez, las once de la mañana. Al final llegó el forense y declaró a Dudley... ¡muerto! «¿Qué haríamos sin los forenses?», ironizó Alexander en voz baja, dirigiéndose a Tatiana.

Los ayudantes del forense examinaron el cuerpo para determinar la causa de la muerte. Un disparo en la cabeza, dijo Alexander sin alterarse.

«Un disparo en la cabeza» fue la causa que anotaron en el informe.

¿Quién era Alexander, preguntó la policía, un hombre capaz de disparar a otro en la cabeza cuando su propia esposa estaba a escasos centímetros de distancia? ¿Quién es usted? Dijeron algo sobre una acción imprudente. ¿No podía haber esperado hasta que se apartase un poco de su esposa para dispararle?

No creía que pudiese haberlo hecho, no. Por enésima vez repitió que si se hubiese alejado por completo de la puerta, habría tenido que soltar su arma y no habría tenido otra oportunidad de disparar, y su esposa habría sufrido una agresión sexual delante de él, y luego él los habría matado a ambos. Con gesto impaciente, señaló la pistola cargada de Dudley y les recordó que eran policías. Ellos le recordaron a él que él no era policía. Él les contestó que sin duda debían de saber que se trataba de una decisión inmediata en una batalla a vida o muerte, que se trataba de la vida de ellos o la de él, y que ésa había sido la única opción posible. Que no habría habido un después.

Ellos le replicaron que aquello no era una guerra, pero Alexander no estaba de acuerdo. Dijo que sí lo era, que un hombre había subido aquella colina hasta su casa con la intención de matarlo a él y hacer daño a su esposa. Aquel hombre había traído la guerra a su casa, y ahora yacía



muerto. Ésos eran los hechos, y eran indiscutibles. Sólo el grado de violencia empleada, y la decisión inmediata de Alexander, y la cara rota de Steve Balkman eran discutibles.

La policía examinó la Colt y las balas. ¿Siempre guardaba un arma cargada en casa? Sí, todas las armas estaban siempre cargadas, respondió Alexander. Vivían solos en medio de las montañas, tenía que estar preparado para cualquier eventualidad. Examinaron las armas que guardaba en el dormitorio: dos modelos de carabina M-1 y una metralleta M4 en un armario cerrado con llave con la munición. Guardaba la Walther alemana, la Colt Commando, la M1911 y una Ruger del calibre veintidós con sus cargadores de munición adicional, además de todos sus cuchillos, en la mesita de noche, que cerraba con llave durante el día y dejaba abierta por la noche. Le preguntaron por qué había escogido la M1911 de entre todas sus armas; se suponía que la Ruger era de mayor precisión. Alexander contestó que había elegido el arma capaz de infligir mayores daños. Dijo que había escogido la M1911, la más potente de todas las pistolas, porque sabía que sólo tendría una oportunidad de matar a Dudley.

¿Quién diablos era él?, preguntó la policía. ¿Dónde había aprendido a disparar? ¿Había recibido entrenamiento profesional?

Alexander miró a Tatiana, que permanecía sentada, muda. Sí, contestó. Había recibido entrenamiento profesional, era capitán del cuerpo de reservistas del ejército estadounidense. Era curiosa la forma en que una sola frase podía cambiar las cosas. A partir de ese momento, miraron a Alexander de otro modo, lo trataron de otro modo. Capitán del ejército estadounidense. ¿Había combatido en la Segunda Guerra Mundial? Sí, dijo. Había combatido en la Segunda Guerra Mundial.

Y nadie le hizo más preguntas después de eso.

A mediodía apareció el personal del hospital con una bolsa para cadáveres, pero la policía les dijo que no tocasen nada, que aquélla era la escena del crimen. El lunes, un equipo de limpieza acudiría a la casa para retirarlo todo y limpiar los despojos de muerte, pero hasta el lunes, el capitán y su esposa e hijo tendrían que alojarse en otro lugar.

El sargento Miller dijo que se abriría una investigación oficial para esclarecer la muerte, pero en privado, el sargento les confió a Tatiana y Alexander que no sabía cómo el hijo de Balkman había sobrevivido tanto tiempo sin que nadie lo hubiese quitado ya de en medio, que corrían rumores de que la herida en el brazo mientras estaba destinado en Inglaterra no había sido por culpa del fuego amigo, precisamente.

Todo el mundo se fue y los dos se quedaron solos, al fin. Alexander cerró la puerta detrás de Miller y fue a sentarse junto a ella en el sofá. Ella alzó los ojos y ambos se quedaron mirándose largo rato. Bueno, puede que él la mirase largo rato: ella lo fulminaba con la mirada.

—¿Tú llamas a esto normal, Alexander? —le espetó Tatiana.

Sin decir una sola palabra, Alexander se levantó y se fue al dormitorio. Ella oyó el ruido de la ducha en el baño contiguo.

—Vamos —dijo él, al salir, pero ella no podía andar, no podía moverse; tomándola en sus brazos, la llevó adentro.

—No puedo sostenerme de pie —reconoció ella—. Deja que me dé un baño.

—No —contestó él—. No puedo permitir que te sientes rodeada de su sucia sangre. Quédate de pie cinco minutos y cuando estés limpia, te daré un baño.

Alexander le quitó el albornoz y el camisón sanguinolento y arrojó las dos prendas a la basura. La sujetó de la mano para que entrase en la bañera y, acto seguido, se quitó la ropa y se metió en la ducha con ella. El agua estaba ardiendo, pero pese a ello Tatiana siguió tiritando incontrolablemente mientras él le lavaba con cuidado la sangre seca de la cara, del cuello y del pelo. Le lavó el pelo con champú dos veces, y hasta tres. Poco a poco, pedazo a pedazo, Alexander fue quitando a Dudley del pelo de Tatiana. Cuando ésta vio las esquirlas de hueso que le estaba arrancando, empezó a hundirse en la bañera y, resbaladiza y aterrada, no pudo seguir sosteniéndose en pie, por mucho que él se lo implorase. Agachándose a su lado, Alexander siguió limpiándole el pelo.

—Es inútil —dijo ella, extendiendo el brazo para abrir el armario que había junto al lavabo, buscando las tijeras—. Ya no puedo tocarlo. Ni

puedo permitir que tú lo toques.

—No —replicó él, deteniéndola y quitándole las tijeras—. Ya te cortaste el pelo una vez, pero ahora estoy aquí contigo. Te lo limpiaré. Si te lo cortas, sólo conseguirás castigarme a mí. —Ella lo miró con dureza—. Ah, ¿es eso lo que quieres? —dijo él, y le devolvió las tijeras.

Sin embargo, Tatiana no se cortó el pelo. Se inclinó sobre el borde de la bañera y vomitó en la taza.

Él esperó, cabizbajo. Se limpió con la manopla enjabonada y luego, en silencio, le lavó la cara a ella y le frotó todo el cuerpo, sosteniéndola en pie con un brazo mojado.

—¿Cuántas veces en mi vida vas a tener que limpiarme la sangre del cuerpo? —inquirió ella, demasiado débil para sostenerse en pie.

—Según mis cuentas, hasta ahora sólo han sido dos veces —respondió Alexander—. Y las dos veces, ninguna ha sido tu propia sangre, así que podemos dar gracias por haber tenido tanta suerte.

—Al menos esta vez no tengo la pierna rota, ni las costillas.

Sin embargo, toda aquella violencia en su casa, en su hogar...

*Los alemanes cruzando con sus tanques el río Luga, las formaciones de aviones de su Luftwaffe que arrojaban una lluvia de panfletos de advertencia antes de las ráfagas de las ametralladoras, puntualmente de nueve a once. «Rendíos o moriréis», decían.*

Alexander no le habló durante todo el baño que vino después y que había preparado para ella, no le habló mientras la secaba con la toalla y la dejaba en la cama, la tapaba, le traía café y le sujetaba la cabeza mientras bebía de la taza. Le preguntó si necesitaba algo más, porque él tenía que salir a poner en orden sus pensamientos. Ella le suplicó que no se fuese y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, él estaba sentado observándola desde el sillón, con todas sus armas, incluidos los rifles automáticos, entre las piernas.

—¿Por qué saliste de la habitación? ¿Qué oíste? —le preguntó Tatiana.

—El chasquido de la puerta. Primero echo mano de mi arma y luego abro los ojos.

—La Colt ha resultado ser muy útil. —Lo miró fijamente—. Primero con los alemanes, luego los rusos, con Karolich... y ahora hasta en Estados Unidos estamos recreando nuestra vieja vida. Por lo visto, somos incapaces de librarnos de ella.

—No estamos recreando nuestra vieja vida. De vez en cuando, no podemos ocultar quiénes somos, simplemente. Él es la escoria que siempre hay en todas partes, incluso en Estados Unidos. ¿Sabes lo que de veras ha resultado ser muy útil? Mi puesto como reservista en el ejército. Richter dijo que nunca se sabía cuándo podía resultar útil, y ha demostrado tener mucha razón. —Alexander hizo una pausa—. ¿Por qué te levantaste tú? ¿Qué fuiste a hacer ahí fuera?

—No podía dormir.

—¿Por qué?

—Presentía algo. Tenía miedo.

—¿Y por qué no me despertaste?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque presentías algo, porque tenías miedo.

—Mis sentimientos y mis miedos te han importado una mierda estos últimos tres años —le espetó ella—. ¿Y ahora de repente tengo que despertarte en plena noche para contártelos?

Alexander se levantó del sillón como movido por un resorte.

—Por favor, por favor, no te vayas... —dijo ella—. No quería decir eso...

Él se fue de todos modos. Tatiana oyó abrirse la puerta del patio trasero y luego cerrarse. Quiso levantarse, correr hacia él, pero estaba destrozada. Se durmió.



El teléfono no dejaba de sonar, ¿o acaso lo estaba soñando? No dejaba de oír la voz de Alexander. ¿Eso también era en sueños? Por alguna razón,

empezó a temer haberse quedado sola otra vez, sin él, y empezó a gimotear en sueños, a llamarlo a gritos.

—Alexander, por favor, ayúdame, por favor... Alexander...

No podía despertar por sus propios medios, fueron las manos de él las que la despertaron, sujetándola con firmeza, levantándola para que se sentase.

Se miraron el uno al otro.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo él.

—Tenemos que ir a buscar a Anthony. —Tatiana se echó a llorar—. ¡Dios mío...! ¿Y si llega a estar aquí con nosotros...?

—Pero no estaba. Y Francesca ha dicho que se quedará con él hasta el domingo.

—Quedémonos aquí. No quiero salir de mi cama.

—No puedo estar en esta casa, con su sangre y sus sesos por todas partes.

Aún entre sollozos, Tatiana extendió los brazos hacia él y Alexander se metió en la cama con ella. Ella se acurrucó contra su cuerpo.

—¿Cómo lo haces? —le susurró—. ¿Cómo consigues mantener la calma, estar tan sereno con toda esta locura?

—Bueno, alguien tiene que conservar la calma, Tatiana.

Le acarició la espalda.

—Pero es casi como si estuvieras más tranquilo que nunca. ¿Siempre has sido así?

—Supongo.

—¿Eras así en la guerra? ¿En Finlandia? ¿En el Neva, con tu barco? ¿Cruzando los ríos de Polonia? ¿En todas tus batallas? ¿Desde el principio? —Lo miró a los ojos color de bronce.

—Supongo —contestó él.

—Quiero ser como tú —dijo, y le acarició la cara—. Es el secreto de la supervivencia. Fue así como lo conseguiste, así es como seguiste con vida. Tú nunca pierdes los nervios.

—Obviamente —repuso Alexander—, a veces pierdo los nervios.

Se vistieron y se fueron de la casa. Las vísceras de Dudley seguían esparcidas por sus paredes. Tatiana se echó a temblar de nuevo, angustiada, al pasar por la vieja y destartalada camioneta aparcada a un kilómetro y medio de la casa, en el arcén de la carretera.

—¿A qué hotel vamos? —le preguntó Alexander, en tono sombrío pero sin rastro de angustia.

—Me da igual. Siempre que no sea el Ho —dijo ella, sin mirarlo.

Fueron al Arizona Biltmore Resort, diseñado por otro de los hijos adoptivos de Phoenix, el arquitecto Frank Lloyd Wright. Se hospedaron en una de las suites y estaban metidos dentro de la bañera cuando llegó el servicio de habitaciones con la comida. La habían pedido ellos; Alexander fue a abrir la puerta, pero no probaron bocado. Sin secarse del todo, se metieron dentro de la cama de sábanas recién almidonadas y se durmieron agotados hasta el domingo por la mañana.

Cuando fueron a recoger a Anthony, le dijeron que un ladrón había entrado en la casa, que había habido un problema, y que no podían regresar hasta al cabo de unos días. Reservaron dos lujosos días más en el Biltmore, almorzaron a cuerpo de rey y se bañaron en la piscina del hotel. El lunes por la mañana, la oficina del forense envió a un equipo de limpieza a la casa y el martes por la mañana, los tres regresaron y fue como si Dudley nunca hubiera existido.

Cambiaron la alfombra, el suelo de linóleo. Alexander fabricó dos armarios nuevos para la cocina. Pintaron la casa y compraron otro sofá.

Sin embargo, Alexander volvió a sumirse en un estado de ensimismamiento y tristeza. Para él, la casa había quedado marcada para siempre, Arizona había quedado marcada para siempre. Le dijo a Tatiana que si el resultado de la investigación era bueno, venderían las tierras y se irían. Él había tomado su decisión, había elegido a Bill Balkman, y eso era lo que había sucedido.

—Y ¿sabes una cosa, Tania? —le dijo—. Todo empezó con esa foto de la chica semidesnuda colgada en la pared de su despacho. —Tatiana guardó silencio—. No sabía decir exactamente qué tenía de malo aquella foto, pero ahora lo sé. Era una prueba para cualquiera que entraba en aquel

despacho, para cualquier albañil, cualquier carpintero, cualquier fontanero... cualquiera al que Balkman quisiera contratar. Todos tenían que franquear esa puerta de la chica en *topless*. Hacían algún comentario al respecto, esbozaban una sonrisa cómplice, intercambiaban una mirada que le decía a Bill que eran de la misma cuerda. No es ninguna coincidencia que todos los trabajadores a los que contrataba se comportasen exactamente del mismo modo: estaban cortados por el mismo patrón. Los contrataba basándose en su reacción ante esa foto. Así es como conseguía cribarlos. Ahora lo sé.

—¿Y qué es lo que hizo mi marido para que Bill Balkman pensara que él era de su misma calaña? —Quiso saber ella en voz baja.

Alexander lanzó un suspiro.

—No hice nada. No dije nada. Y fue así como supo que yo no haría ni diría nada. Y tenía razón. Yo estaba más que dispuesto a hacer la vista gorda, a pasar muchas cosas por alto.

Tatiana no estaba de acuerdo. Dijo que tal vez lo que quería Balkman era que Alexander le transmitiese a su hijo parte de su forma de ser. Puede que un mejor ejemplo que él mismo fuese lo que Balkman quería para su hijo Stevie.

Alexander guardó silencio.



Tatiana no podía conciliar el sueño en su propia casa sin tomar tranquilizantes, no podía dormirse sin la P-38 a su lado en la cama.

Aun con los tranquilizantes y con la Walther, Tatiana se despertaba todas las noches sudando a mares, gritando, viendo ante sus propios ojos una imagen que era incapaz de borrar de su mente, ni siquiera a plena luz del día: la de su marido, su Alexander, de pie e inmóvil, como un caballero vestido de negro, mirándola directamente, con su mirada fija en ella, apuntando con un arma del calibre cuarenta y cinco a su propia cara... y disparando. El sonido ensordecedor de ese disparo reverberaba en todos los rincones del corazón de Tatiana.

Necesitó casi la botella entera de champán para dejar que él la tocara de nuevo. Tras un doloroso y abrumador encuentro, se quedó tendida en los brazos de él, sintiéndose mareada y atontada por el alcohol.

—Tatiasha —le susurró él—, ¿sabes que de no ser por las mujeres como tú, que aman a sus hombres por encima de todo, los soldados que vuelven de la guerra serían todos como Dudley? Despojos de la sociedad, enfermos, hombres completamente solos, incapaces de relacionarse con otros seres humanos, que odian lo que conocen y desean al mismo tiempo aquello que odian.

—¿Te refieres —preguntó ella, mirándolo a la cara— a como eras tú cuando regresaste?

—Sí —respondió Alexander, cerrando los ojos—. A eso me refiero.

Tatiana se echó a llorar en sus brazos.

—Y sigues siendo así, llevas la guerra contigo dondequiera que vas.

—Sí, finjo ser un hombre civilizado. ¿Qué me dijiste aquella vez en Berlín, bajo el tilo? «Vive como si tuvieras fe, y la fe te será dada». Bueno, pues eso es lo que intento.

—¿Cómo pudiste dispararle estando yo a apenas centímetros de él? Y le disparaste con la mano izquierda, además. ¡Dios! Tú eres diestro, tienes puntería únicamente con la mano derecha, soldado. Ni siquiera sabes disparar con la izquierda.

—Mmm...

—¿Y si hubieras fallado?

—Pero no fallé.

—Te lo estoy preguntando: ¿y si hubieras fallado?

—Había mucho en juego, puse todo mi empeño en no fallar. Pero Tania, tú te casaste conmigo, sabías en lo que te metías. ¿Quién mejor que tú sabe lo que soy yo? —De repente, la soltó y se apartó de ella.

—¿Qué? —exclamó ella, buscándolo—. ¿Qué pasa?

Él apartó la mano de ella.

—No me hables más. Te oigo alto y claro a través de los poros de tu piel. Te muestras muy hostil. Sé lo que estás pensando.

—No, no lo sabes. ¿Qué estoy pensando?



—Que porque había olvidado lo que eres tú, mira lo que he dejado entrar en nuestra casa —respondió Alexander fríamente—. ¿No fue eso lo que me dijiste?

En la cama de ambos, bajo su colcha blanca, Tatiana atrajo a Alexander hacia ella, lo abrazó con fuerza y lo aplastó contra su corazón, contra sus pechos.

—No es eso lo que estoy pensando, amor mío —dijo—. ¿Cuándo he esperado yo que seas perfecto? Tú recoges tus propios pedazos del suelo y haces cuanto puedes. Arreglas lo que puedes arreglar y sigues adelante, esperando haber aprendido algo. La lucha no termina sólo porque ya conozcas el camino. Eso es sólo el principio.

—Entonces, ¿qué es lo que estás pensando, si no es eso? ¿En lo que dijo Dudley? —Alexander sintió un escalofrío y se le agarraron los puños—. ¿En las amenazas que profirió?

Ella negó con la cabeza.

—Chsss... No, no. Decía las cosas que sabía que te harían más daño porque te estaba declarando la guerra. Estaba arremetiendo contra lo que para ti es más sagrado y degradándolo para envilecerte a ti, y a nosotros. Yo sé algo de eso... y tú también. Steve lleva haciendo eso los últimos tres años. —Hizo una pausa—. Pero no estoy pensando en eso. Estoy pensando en mí, y no en ti, por esta vez —dijo Tatiana—. Y en lo que Blanca Davidovna me dijo una vez. Ojalá no me lo hubiese dicho nunca, ojalá nunca hubiese tenido que oírlo. La salvé de la casa en llamas y así es como me lo agradeció. Me dijo: «Dios tiene un plan para cada uno de nosotros, y en el tuyo aparece tanto la corona como la cruz, Tatiana».

—Sí —dijo Alexander—. Y mi padre me dijo: «He aquí el plan que tengo para ti, hijo. Te llevo a la Unión Soviética porque quiero convertirte en el hombre que estás destinado a ser». Así que todo cuanto tú y yo hemos estado haciendo hasta ahora, Tatiana, cada vez que ha habido una cruz demasiado pesada que llevar, ha sido rebelarnos contra nuestro destino. Y créeme, todavía no hemos terminado, porque pese a todos los esfuerzos de Dudley, nuestra vida no ha terminado todavía.

*Segundo Interludio*

**LA REINA DE PICAS**

Guardaos de la reina de picas, pues obra con mala voluntad.

Aleksandr Pushkin

### *La prima Marina*

Por suerte, la madre de Tatiana, Dasha y Pasha regresó a Leningrado y Marina llegó a Luga.

Su exhausta madre casi nunca se fijaba en Tatiana ni en lo que ésta hacía o dejaba de hacer, pero la prima Marina, que por lo general sí lo hacía, esta vez sólo tenía ojos para Saika. Tatiana se escondía detrás de los árboles con Oleg, viéndolas reír y pelearse en broma. Marina era una muchacha morena, de pelo corto, figura redondeada y ojos también redondos, brazos redondos, caderas redondas y manchas de nacimiento negras por todo el cuerpo.

—¿Puedes creer lo que está pasando en Abisinia, Tania?

«Ay, Oleg... ¿Puedes creer tú lo que está pasando delante de tus propias narices? ¡Mi prima Marina, sangre de mi sangre, prefiere jugar con otra antes que conmigo!».

—Lo que los japoneses están haciendo en Nanking es inconcebible. ¿Es que nadie va a detenerlos?

«La manera en que Saika está acaparando la atención de Marina es inconcebible. ¿Es que nadie va a detenerla?».

—Alguien tiene que darle a Chamberlain un ultimátum: mi país ahora o su país dentro de un año.

«Alguien tiene que darle a Marina un ultimátum: o juegas conmigo ahora o luego te arrepentirás».

Pasha se sentó encima de Tatiana, le empezó a hacer cosquillas y entonó:

—Tania está celosa, Tania está celosa...

Y Tatiana se lo quitó de encima, lo inmovilizó en el suelo y entonó:

—Pasha es idiota, Pasha es idiota...

Sin embargo, era Marina quien se sentaba ahora en los árboles y Marina quien nadaba en el río y quien se iba a los campos a comer tréboles. Como si Marina hubiese sabido lo que era comer tréboles hasta que Tatiana se lo enseñó... Qué ironías...

Saika y Marina se cuchicheaban cosas al oído y luego estallaban en risas, compartían secretos y se tumbaban en la hierba mientras los chicos jugaban al fútbol con Tania. Antes de la llegada de Marina, Saika acudía a la ventana de Tatiana mañana, tarde y noche, invitándola a ir a alguna parte, a hacer algo, y lo que es peor, a subirse a los árboles para hacer confesiones a medianoche. Tatiana no le decía nada, pero eso no disuadía a Saika, quien le contaba toda clase de secretos que Tatiana sin duda habría preferido no conocer. De modo que por una parte, Tatiana se alegraba de que al fin hubiese llegado alguien que desviase la atención de Saika, pero por otra... ¡se trataba de su Marinka!

Puesto que Saika estaba ocupada, Oleg se puso a hablar con Tatiana de nuevo.

—Oleg —dijo ésta—, por favor, dime que *sir* Neville no te ha apaciguado a ti también, ahora que ha aplaudido a Franco en España y dicho que el nuevo acuerdo anglo-italiano elimina las nubes de desconfianza que empañaban el ambiente y despeja el camino hacia la paz.

—O eres irónica o muy ingenua —repuso Oleg con aire solemne—. Casi tan ingenua como Chamberlain. El resto del mundo se está tirando de cabeza al fascismo mientras nosotros lo contemplamos como simples espectadores. Pero nada, vosotros seguid jugando a vuestros estúpidos juegos. Europa será el campo de batalla y la guerra en Europa se librará por el orden mundial: el orden fascista o el orden comunista. Hitler contra Stalin.

—Y los fascistas perderán —sentenció Tatiana.

—Pues desde luego, no parece que el fascismo esté perdiendo ahora mismo, ¿no te parece, Tanechka? —repuso Oleg con mordacidad.

En casa, *deda* seguía jugando al ajedrez con ella, lo cual no compensaba en nada a Tatiana, puesto que Marina no sabía jugar al ajedrez.

—Dentro de dos jugadas será jaque mate —le dijo *deda*.

Y Tatiana replicó, riéndose a carcajadas:

—Puede que dentro de dos jugadas sea jaque mate, abuelo, pero ahora mismo es jaque.

### *Tres patos en fila*

Hasta que al fin la invitaron a tomar parte en sus juegos, y Tatiana, Marina y Saika fueron juntas a nadar al río. Era una tarde apacible y cálida en el Luga. Jugaron a chapotear y salpicarse unas a otras allí donde todavía hacían pie, pero luego Saika se alejó y Marina la imitó. Tatiana las siguió a regañadientes. Saika siguió avanzando y Tatiana advirtió a su prima:

—Marina, no nades tan adentro, no te alejes tanto de la orilla.

Y Marina la llamó aguafiestas. Nadaban como tres patos en fila, Marina, luego Saika y luego Tatiana, cuando, de repente, el agua se tragó a la primera.

Marina reapareció al cabo de un momento, tosiendo y escupiendo agua. Intentó seguir nadando, pero no podía. Había quedado atrapada en un remolino de agua, y la joven, presa del pánico, trató de gritar, aunque así sólo consiguió tragar aún más agua. El remolino la atrapó en sus fauces y empezó a engullirla, haciéndola girar sin cesar y arrastrándola río abajo. Tatiana trató de sortear a Saika para acudir en auxilio de su prima, aunque sabía que de un momento a otro ésta volvería a desaparecer bajo el agua.

—¡Saika, rápido! —gritó—. ¡Ayúdame!

Jadeando pero sin responder, Saika nadó un poco más rápido en un intento por alcanzar a Marina.

—¡Podemos hacerlo! —repitió Tatiana—. ¡Vamos, sujétala del brazo y tira de ella!

Saika actuó como si no la hubiese oído. Marina desapareció debajo del agua, tratando de gritar y sacudiendo los brazos desesperadamente.

Tatiana apenas oía a Marina a causa del pánico que sentía, pero sí oyó cómo gritaba su nombre:

—Tania... por favor... Tania... ayúdame...

Tatiana inspiró hondo, apartó a Saika a un lado y agarró a su prima por el brazo, y antes de que ésta pudiera arrastrarla consigo al fondo del río como si fuese un ancla, Tatiana tiró de ella con todas sus fuerzas y...



Lo lógico habría sido que después del incidente le hubiesen dado las gracias, pero no fue así.

Al día siguiente, cuando Tatiana llegó al claro, Antón le susurró algo al oído a Natasha, que a su vez le susurró algo al oído a Marina, que a su vez le susurró algo al oído a Oleg, que a su vez le susurró algo al oído a Saika, que miró a Tatiana e interrumpió la cadena de susurros.

—¿Qué os pasa? —les preguntó, pero nadie contestó.

Hasta Pasha la miraba con recelo.

¡Nadie quería jugar al fútbol con ella! ¡Ni siquiera Pasha y Antón!

Tatiana hizo un ademán desdeñoso y se marchó. Más tarde, Pasha acudió a sentarse a su lado en la cama, pero Tatiana estaba enfrascada en sus lecturas y no le hizo ningún caso.

—¿Qué pasó ayer en el río? —le preguntó él al fin.

—Marina quedó atrapada en un remolino y la salvé.

—Pues no es eso lo que hemos oído —repuso él—. Hemos oído que apartaste a Saika de un empujón.

Tatiana se echó a reír. Pasha no dijo nada.

—¿Apartaste a Saika de un empujón?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Porque no iba a ayudar a Marina, Pasha!

—Ella dice que estaba a punto de hacerlo cuando la apartaste.

—Pues yo no sabría decir lo que estaba a punto de hacer, lo que sé es lo que no estaba haciendo.

—Ella dice que estaba a punto.

—Sí, claro, qué casualidad. Bueno, da lo mismo lo mucho que Saika tergiverse las cosas, yo sé cuál es la verdad de lo que pasó.

—¿Y por qué iba Saika a tergiversar las cosas? Deja ya de meterte con ella.

—Muy bien, como quieras —dijo Tatiana—. Lo único que sé es que Saika no movió un dedo para salvar a Marina.

Tatiana volvió a enterrar la cara en su libro.

—Bueno, pues será mejor que hables con Marina —dijo Pasha—, porque ella tiene otra versión muy distinta.

—La muy ingrata —dijo Tatiana sin rencor.

### *Palmas y serbales*

Más tarde, en la hamaca donde los niños se reunían al atardecer, Tatiana, con ganas de bronca, dijo:

—Dime, Saika, ¿qué es eso que le vas diciendo a todo el mundo sobre lo que pasó en el río?

—Vamos, qué tontería, no hablemos de eso —repuso Saika despreocupadamente haciendo un ademán desdeñoso—. Agua pasada no mueve molino.

—Tiene razón, Tania —terció Marina—. Era difícil saber lo que estaba pasando en ese río, pero ahora estoy bien y eso es lo que cuenta. —Cambió de tema—. Esta noche Saika me ha invitado a ir a ver a su madre, me va a adivinar el futuro. ¿Quieres venir? No tienes que venir si no quieres, pero Pasha va a venir. Hasta Dasha va a venir.

—Saika —dijo Tatiana sin ninguna emoción en la voz—, entonces... ¿tu madre estará disponible esta noche?

Pasha le dio un codazo en un costado y Dasha en el otro.

—Mi madre era una *kochek* en nuestro viejo país, Tania —dijo Saika con orgullo—. ¿Sabes qué es eso? Una adivina. A veces alcanza el éxtasis. Adivina el futuro, y alguien capaz de alcanzar el éxtasis es alguien con tendencia a experimentar emociones muy fuertes. Ésa es mi madre. No hay nada de lo que avergonzarse.

Antes de que Tatiana pudiese decir una sola palabra, Dasha le mascolló entre dientes:

—Y tú también vas a tener tendencia a experimentar una emoción muy fuerte dentro de un minuto: el dolor intenso. Cierra la boquita y ven.

La asió de la mano.

Cuando entraron en la casa, Shavtala estaba entonando unos cantos fúnebres. Llevaba una melena de pelo negro enmarañado, con un largo caftán oscuro, y fumaba cigarrillos sin filtro en una habitación que tenía todas las ventanas cerradas.

—Los cigarrillos son mi incienso —dijo.

Tatiana supuso que pretendía que fuese un chiste.

Marina era la primera. Shavtala tomó las manos de la joven con aire indiferente, le volvió las palmas hacia arriba y las escrutó un segundo o dos. Le dijo que encontraría actividades educativas proletarias muy satisfactorias y que resultaría de gran valor para su país.

—Pero el clima frío es tu enemigo. Abrígate bien. Ponte botas de goma para la nieve.

—¿Qué?

—Sólo te digo lo que veo. También que eres una persona práctica, pero te falta imaginación. Intenta ver lo viejo desde una óptica nueva. Trabaja en ese sentido. Siguiendo.

—¿Hasta qué punto es específico lo que dicen las palmas de las manos? —preguntó Tatiana empujando a su hermana Dasha hacia delante.

Con gran apatía, Shavtala volvió las manos de Dasha.

—Interesante —dijo—. Es muy, muy interesante. —En un tono de voz que más bien quería decir: «Aburrido. Muy, muy aburrido». Después de hablarle de la actividad proletaria para la que consideraba que resultaría de



gran utilidad, Shavtala añadió—: En tu línea del corazón aparece una problema de salud. Algo relacionado con la vista. ¿Llevas gafas?

—¿Qué?

—Yo que tú me compraría un par. Siguiente.

—Espere, ¿y en el amor? —preguntó Dasha.

—No lo sé —contestó Shavtala—. Tu prima Marina se preocupa por todo, tiene muchas líneas de preocupaciones. Tú, por el contrario, no te preocupas lo suficiente.

—No he preguntado por las preocupaciones, he preguntado por el amor.

—Sí, ya. Bueno, yo que tú me preocuparía un poco más. Y tendría cuidado con el hielo. Veo mucho hielo en tu futuro.

—Hielo, botas de goma para la nieve... —le susurró Tatiana—. Es evidente que esta mujer ha estado en Leningrado entre octubre y abril.

—¡Chsss!

—Pero ¿habrá amor en mi vida? —insistió Dasha—. Es lo único que quiero saber.

Shavtala miró a Dasha con sus ojos negros e inertes.

—Sí —respondió—. Habrá amor. Y a Pasha le dijo:

—No te gustan mucho las cosas oxidadas.

—¿Las cosas oxidadas? —exclamó Pasha—. ¿Y por qué habrían de gustarme? ¿Y por qué no voy a tener ningún trabajo provechoso?

—Porque no vas a ser un buen proletario. Eres demasiado voluble. Ahora te toca a ti, Tania.

—Yo no —dijo ésta—. No, a mí no me interesa. Huy, qué tarde es... tengo que irme.

Pero Shavtala la agarró de las manos de todos modos.

—¡Caramba! ¿Qué tenemos aquí...? —exclamó la adivina—. Menuda línea de Saturno, la línea del destino... Nunca había visto nada igual... ¡Pero si te divide en dos las dos manos!

—Vamos —dijo Tatiana, tratando de volver las palmas de las manos hacia abajo—. Déjelo, no me gusta.

Pero Shavtala no la oyó o no le importó lo que le decía, aunque ahora ya no quedaba ni rastro de indiferencia en su rostro: estaba jadeando, alterada y nerviosa.

—Mira, el corazón, la cabeza, y las líneas de la vida todas conectadas, fluyendo al unísono a partir de un solo punto común. Significa que el destino te depara problemas muy graves, niña.

Gimoteando, Tatiana apretó con fuerza las manos de la adivina.

—¡Por favor, déjelo! —exclamó, agarrando las manos de Shavtala y mirándola con dureza—. ¿Es que no ve que no me gusta?

De repente, Shavtala se apartó dando un grito agudo. Soltó las manos de Tatiana, las alejó de ella y se quedó mirando a la joven con la mirada presa del pánico.

—¿Qué has visto, mamá? —preguntó Saika.

Shavtala se desplomó en su sillón.

—Nada. Pero... Tania... —La miró fijamente—. ¿Has visto... en mi interior?

—¡No!

Tatiana retrocedió y se tropezó con su hermano. Shavtala asintió con la cabeza.

—Sí, sí que lo has visto, lo sé.

—No.

Tatiana se escondió detrás de Pasha, que la empujó hacia delante, haciéndole cosquillas, y no volvió a mirar a Shavtala.

—Vamos, tenemos que irnos.

—¿Qué has visto, Tania? —preguntó Shavtala de nuevo. Tatiana no le contestó ni le devolvió la mirada. Saika se agachó junto a su madre.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Hija —dijo Shavtala en voz baja—, no te acerques a ella, mantente alejada de ella.

—Pasha, ¿es que te has convertido en una estatua de sal? —exclamó Tatiana, tirando de su hermano.

Cuando salieron fuera, Tatiana dijo:

—¿Veis por qué esas cosas son una pérdida de tiempo? ¿Veis por qué son absurdas? A ver, Pasha, ¿qué se supone que vas a hacer ahora con respecto al óxido?

—¡O yo con lo de las gafas! —exclamó Dasha—. ¡Pero si veo perfectamente!

—Lo que yo os decía. Sed como yo y no queráis saber más de la cuenta.

—Sí, Tania, pero *madame* Kantorova ha dicho que va a haber amor en mi vida... —dijo Dasha, radiante.

—Sí, y le ha dicho a Marina que se ponga botas para la nieve.

Cuando los niños Metanov y Marina llegaron al porche de su casa, Pasha preguntó:

—Tania, la madre de Saika no tenía razón con lo que ha dicho de ti, ¿verdad que no? Tú no has visto...

—¿A ti te ha parecido una fuente fiable de información, Pasha? —masculló Tatiana, sin mirar a su hermano—. Pues claro que no tenía razón.

Pasha y Dasha la miraron con curiosidad.

—¡Ah, sois imposibles...! —exclamó ella, y se fue a la cama.

### *Física aplicada en la colina*

Al día siguiente, Saika propuso una carrera de bicicletas. Tatiana no quería participar, pero tampoco quería ser una aguafiestas. Deseaba competir con Pasha, pero Saika dijo que eso era lo que hacía siempre y que era mejor que compitiese con ella.

En parejas, debían recorrer el angosto camino de tierra de la colina que iba desde Luga hasta las cabañas donde vivían. En sí, era un juego de niños, pero lo que hacía la carrera digna del mismísimo Newton era el papel que desempeñaban los camiones soviéticos de suministros que pasaban cuesta abajo casi vacíos y regresaban cargados con los frutos de los aldeanos de Luga. Los niños debían esperar el momento, justo cuando el camión estuviese casi llegando hasta ellos a lo alto de la ladera, para

abalanzarse cuesta abajo pedaleando frenéticamente, con el camión a escasos metros de ellos, haciendo sonar el claxon y tratando en vano de aminorar la velocidad.

El truco consistía en saber dos cosas: cuánto había que dejar que se acercara el camión para hacerlo todo más emocionante y cuándo arrojar la bicicleta a la hierba antes de que entrase en juego otra de las leyes de la física, la que decía que dos objetos no podían ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. Cuando ganaban al camión hasta llegar abajo de todo sin que nadie resultara muerto, entonces sí era una buena carrera.

Lo echaron a suertes y Marina y Pasha compitieron primero. Habían esperado mucho rato a que apareciese un camión, y cuando al fin llegó uno, estaban tan impacientes y ansiosos que echaron a pedalear demasiado pronto.

—¡Cobardes! —les gritó Tatiana a su espalda.

—¿Ahora tú, Tania? —preguntó Saika.

Pero Tatiana nunca salía demasiado pronto: sabía a qué velocidad podía correr su bicicleta. Aguardaron encaramadas al asiento de sus respectivas bicicletas, mirando atrás, hacia el camión que se aproximaba. Saika volvió a preguntar:

—¿Ahora?

—Dentro de un... —dijo Tatiana.

—¡Ahora! —repuso Saika, y entonces Tatiana estuvo de acuerdo—. Muy bien, ahora.

Las chicas se pusieron a pedalear a toda velocidad cuesta abajo. Pasha y Marina, que ya estaban abajo, empezaron a saltar y a chillar, y Tatiana sintió de repente que el camión aceleraba en lugar de aminorar la velocidad.

—¡Rápido, vamos! —le dijo a Saika por encima del hombro, pero ésta parecía haber perdido el control de su bicicleta... porque viró bruscamente hacia la rueda delantera de Tatiana.

Al cabo de un segundo, Tatiana estaba en el suelo, con el pie atrapado en los radios de la rueda. La fuerza de la caída la arrastró pendiente abajo. El conductor del camión pisó el freno a fondo, pero era inútil: el vehículo

siguió derrapando hacia ella. Tatiana oyó vagamente los gritos de pánico de Pasha y logró levantarse, con la pierna atrapada aún entre los radios, y arrojarla a la hierba del margen de la carretera, liberándose de la rueda al saltar. El camión dio un volantazo y la bicicleta acabó atrapada en sus neumáticos y arrastrada bajo el chasis hasta que el camión se detuvo por completo, traqueteando, al pie de la ladera.

El conductor del camión se bajó de la cabina de un salto y empezó a correr cuesta arriba hacia Tatiana, gritando:

—¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar!

La joven estaba en el suelo, cubierta de polvo, con el pulso acelerado y el corte de la rodilla sangrando. Pasha ya estaba a su lado, y Marina iba detrás del conductor del camión, que alcanzó a Tatiana, se agachó junto a ella y con expresión de ira y preocupación, le dijo:

—¡Estás loca! Podrías haberte matado, ¿lo sabes?

—Siento haberlo asustado —se disculpó Tatiana, sujetándose la rodilla herida—. ¿Le ha pasado algo al camión?

Pasha se quitó la camisa y la envolvió alrededor de la pierna de Tatiana. Saika estaba de pie en silencio junto a su bicicleta. Fulminándola con la mirada, Pasha dijo:

—¿Se puede saber qué narices ha pasado?

Y Saika respondió tímidamente:

—No lo sé. He perdido el control de la bicicleta. Lo siento mucho, Tania.

Tatiana se incorporó con la ayuda de Pasha.

—No pasa nada. Sólo ha sido un accidente.

—Sí, Tania —dijo Marina con una risa nerviosa—. Este juego es una locura. Hemos tenido suerte todos de no habernos hecho daño.

Tatiana no dijo nada más, ni tampoco Pasha, pero cuando regresaban renqueando a casa, éste le preguntó:

—¿Me falla la vista o te ha embestido Saika con su bicicleta?

—Estoy segura de que te falla la vista —contestó Tatiana.

*El saco de azúcar*

—¡Niños! —exclamó *babushka* arrastrando un pesado fardo al porche—. Mirad lo que he encontrado tirado en la hierba al lado de la carretera. ¡Azúcar! —*Babushka* estaba entusiasmada con su descubrimiento—. ¡Es increíble! Les voy a preparar a estos niños una tarta... ¡Ay! ¿Qué te ha pasado, Tania?

Mientras Dasha le vendaba la pierna a Tatiana, Pasha le contó a la abuela lo que había pasado.

—Pero ha sido un accidente —añadió Marina.

—Porque de no haber sido un accidente, ¿qué podría haber sido? —espetó Pasha.

Tatiana le dio una patada con la pierna buena.

*Babushka* no parecía preocupada.

—Conque entonces esa bicicleta destrozada que había en la hierba donde encontré el azúcar era tuya... Te está bien empleado, por bruta. No vuelvas a hacerlo, ¿de acuerdo? Bueno, pero es un bonito premio de consolación, ¿no?

—No. —*Deda* apareció en ese momento procedente del jardín—. Mujer, ¿en qué estás pensando? Los niños no pueden quedarse con eso, no es nuestro.

—¿Y qué? No es de nadie. No sabemos de quién es.

—Eso es verdad —convino él—. No sabemos de quién es, pero sí hay algo que sabemos con absoluta seguridad... —Y en ese momento alzó la voz—: ¡No es nuestro!

*Babushka* tenía mucho que decir a eso.

—¿Se puede saber por qué me gritas, Anna? —*Deda* se mostró inflexible—. Lee lo que pone en el saco. Dice claramente: Propiedad de la Administración Colectiva de la URSS.

—Lo que yo he dicho, no es de nadie —repitió la abuela con insistencia.

—*Deda* —trató de convencerlo Tatiana, pese al dolor que sentía en la pierna—, como no lo hemos robado, a lo mejor podríamos quedarnos con

sólo una taza del contenido del saco, y el resto podríamos donarlo al orfanato de Luga y a los Staretsky, que viven al final de la calle. No han probado el azúcar desde los tiempos del zar.

*Deda* permaneció en silencio con el saco de azúcar en el suelo, a sus pies.

—Quedémonos con el maldito saco —dijo Dasha, y Pasha mostró su acuerdo con entusiasmo, pero el abuelo negó con la cabeza.

—Tanechka, sabes que no podemos.

—¿Qué pasa? ¿No quieres darles a tus propios nietos ni una sola taza? —exclamó Anna—. No pienso hacerte caso, voy a dársela.

—Ya lo creo que me harás caso. Tenemos que devolver el saco al sóviet local de Luga, y cuando lo hagamos, lo pesarán, ¿y qué crees que dirán cuando vean que nos hemos quedado con un kilo para nosotros?

—¡Por eso no podemos devolverles el saco! —replicó *babushka*—. Nos lo quedamos, cocinamos con ese azúcar, nos lo comemos y luego tiramos la tela de arpillera. El conductor del camión ni siquiera se dará cuenta de que lo ha perdido.

—¿Y qué crees, que no cuentan el número de sacos de azúcar, Anna?

—Déjalo ya, ¿quieres? Tú te crees que lo sabes todo. ¿Por qué te preocupas tanto? Confía en mí, nadie se enterará. Y ahora, Tania, ¿piensas quedarte ahí sentada toda la noche o vas a ir casa de Blanca para traernos la leche de la noche? La cena estará lista dentro de una hora.

De camino a casa de Blanca, Marina se acercó corriendo a casa de Saika para preguntarle si quería ir con ellos. Mascullando más disculpas por lo sucedido a la pierna de Tatiana, Saika los acompañó.

### *Melek Taus*

Blanca Davidovna miró a Saika con cierta aprensión cuando los niños llegaron a su puerta.

—Entrad —dijo sin demasiada convicción—. ¿Quién viene a que le lea los posos del té?

—Yo —dijo Marina—. El otro día, la madre de Saika me leyó la fortuna y me dijo que llegaré muy lejos. Me gustaría saber qué dicen los posos de té este año.

Los niños se sentaron en la salita y Pasha le contó a Blanca Davidovna lo que le había ocurrido a Tatiana.

—Pero estoy bien —añadió apresuradamente Tatiana al ver la mirada de censura que Blanca le dedicaba a Saika.

Marina también debió de advertirla, porque enseguida dijo:

—Venga, todo eso es agua pasada. Tania, ¿por qué no dejas que Blanca Davidovna te lea los posos de té? Hace años que no te los lee.

—No sirve para nada —dijo Tatiana—. Blanca Davidovna lo sabe mejor que nadie. —Asintió mirando a la mujer—. Hay otras cosas que son útiles, pero eso no.

Saika quería saber qué era lo que era útil.

Blanca Davidovna cogió a Tatiana de la mano y tiró de ella con suavidad.

—Cielo... ven aquí.

—Nada de té, nada de rayas de la mano, Blanca Davidovna —le advirtió Tatiana con firmeza—. Me lo prometiste.

—Ya lo sé, tesoro, y no pienso incumplir mi promesa. Tienes razón, por supuesto. Yo debería saberlo mejor que nadie... —Se santiguó—. Es una curiosidad malsana, inútil... y peligrosa. No hay que jugar con el destino, no conviene tomarlo a la ligera. Puedes coger leche caliente de mi vaca, yo no leo la leche. Sólo quiero que te sientes en mi regazo, Tanechka.

—Peso demasiado para ti.

—Pero si eres una pluma. Anda, ven. ¿Te duele la pierna?

—Está bien. —Tatiana se sentó en el regazo de Blanca—. No me toques las manos —dijo—, que te conozco.

Pero Blanca lo hizo, le tomó las manos entre las suyas... y se las besó.

—Ya sé que no quieres saber tu futuro —le susurró.

—Blanca Davidovna, ¿de qué tiene miedo Tania? —dijo Saika.

—Simplemente, no quiere saber el futuro —contestó la mujer—. Detesta toda esta parafernalia sobre el destino.



—No lo detesto —contestó Tania, en el regazo de Blanca—. Es que no es necesario. Sólo hay que vivir la vida que uno tiene, porque ¿qué otra cosa hay si no?

—Pero ¿de qué tiene miedo Tania? —insistió Saika—. ¿Me leerás la palma de la mano, mis posos de té, Blanca Davidovna? Yo no tengo miedo al futuro. No le tengo miedo a nada.

—¡Eres tan valiente, Saika! —exclamó Marina.

Blanca se quedó callada.

—Me parece que eres la clase de chica —le dijo a Saika— a quien le han echado la fortuna varias veces.

—En eso tienes razón —contestó Saika riendo.

—¿Dijiste que tu madre era una *koček*, niña? —le preguntó Blanca Davidovna a Saika, con el ceño aún más fruncido—. ¿No son las *koček* parte del clero de los yezidi?

—No necesariamente —contestó Saika, frunciendo el ceño ella también—. ¿Conoces a los yezidi?

Tatiana le explicó a Blanca que la familia de Saika era yezidi.

—¿De veras? —exclamó Blanca, examinando con gran interés el rostro de Saika.

Ésta se levantó de golpe.

—Antes, hace mucho tiempo. ¿Vamos a tomar ese té o vamos a estar hablando toda la noche?

—¿Qué son los yezidi? —preguntó el curioso Pasha.

—Recuerda a la esposa curiosa de Barbazul, Pasha —susurró Tatiana.

—Cállate, Tania. Saika, ¿el retrato del pavo real azul que está colgado en vuestra sala de estar tiene algo que ver con los yezidi?

—¿Qué?

—La otra noche, mientras tu madre caía en trance por mi falta de futuro proletario oxidado —dijo Pasha—, no pude evitar fijarme en el pájaro azul que está en la repisa de vuestra chimenea. ¿Es algo yezidi? Hace días que quiero preguntártelo.

—Es sólo un pájaro, Pasha. ¿A qué viene tanto interés?

—Es simple curiosidad, Saika.

—Muy bien, te lo diré si tú me cuentas algo sobre Tania.

—¿Por qué siempre me metéis a mí por en medio? —exclamó Tatiana —. Pasha, dile algo sobre Marina en vez de hablar de mí.

—Está bien —dijo Pasha—. Tú primero. Háblame del pavo.

Marina escuchaba el intercambio embelesada.

—Pasha, ¿sabes lo que significa la palabra «yezidi»? Significa «ángeles» en árabe. La de los yezidi es un religión kurda de ángeles. — Sonrió—. El pavo real es el ángel principal. Lo llaman el ángel pavo real.

—¿Y tiene algún nombre ese pavo? —Quiso saber Pasha.

—Melek Taus —replicó Saika.

—Blanca Davidovna, ¿tiene traducción ese nombre en nuestro idioma? —le preguntó Pasha.

Blanca no respondió. Estaba removiendo las tazas de té vacías de los niños, viendo la disposición de los posos. Lo hizo con tres tazas y luego las soltó. Fijó su mirada sobre Tatiana.

—Lucifer —respondió Blanca al fin.

—¿Lucifer? —repitió Pasha.

Meneando la cabeza, Tatiana cerró los ojos. Aquello era suficiente provocación para todo el verano.

—¿Y cómo sabe una aldeana tantas cosas sobre las religiones antiguas? —preguntó Saika, mirando a Blanca con dureza.

—Cuando se vive mucho tiempo, se aprenden muchas cosas —contestó Blanca—. Y yo ya tengo ciento un años.

Pasha logró recobrar la voz al fin.

—¿Lucifer? —repitió en voz alta. Saika miró a Pasha, Blanca y Tatiana con calma absoluta.

—Sí. ¿Y qué?

Tres rostros perplejos le devolvieron la mirada. ¿Quién se atrevía? Fue Pasha.

—Lucifer, el pavo real... ¿es el símbolo principal de tu iglesia, Saika?

—Sí. ¿Qué pasa? Lucifer es el ángel de luz —dijo Saika—. Todo el mundo lo sabe. Hasta su nombre significa luz.

Pasha tosió con fuerza. Ni siquiera los pellizcos de Tatiana lograron que se contuviera.

—Ejem, perdóname, Saika, pero he leído unas cuantas cosas sobre Lucifer.

—Pasha, no mientas, tú no sabes leer —se mofó Tatiana. Él le dio un codazo.

—Tú puedes llamarlo como quieras, pero el resto del mundo considera a Lucifer como algo ligeramente distinto a un ángel de luz.

—Eso es porque el resto del mundo lo malinterpreta, igual que malinterpreta muchas otras cosas —dijo Saika—. Pero es posible iluminar al mundo.

—Pues ilumíname a mí —dijo Pasha—. ¿No fue Lucifer un arcángel que se creyó más sabio que Dios y por eso se convirtió en un ángel caído?

—Ya sé adónde quieres ir a parar con esto —dijo Saika—. Quieres que admita que mientras nuestra mísera secta religiosa de apenas cuatro desgraciados cuelga cuadros de ángeles en las paredes, el resto del mundo piensa que somos una secta de adoradores del mal.

—Pues la verdad, no me lo había planteado desde ese punto de vista. ¡Ay! ¡Tania, déjame en paz! Pero ahora que lo dices, no es que seáis adoradores del mal, es que adoráis al mismísimo Satán.

Pero ¿qué mosca le había picado a su hermano esa noche?, pensó Tatiana.

—Eso no es verdad —replicó Saika—. No existe Satán como tal. Nuestra religión acepta el mal como parte natural de la creación.

—¿No lo adoráis?

—No. —Saika se mostró inflexible—. Le otorgamos el respeto que merece, lo colocamos en el contexto que le corresponde. Tomemos vuestra historia del Jardín del Edén, por ejemplo. Lo único que le decía la serpiente a Adán y Eva era que tuviesen conocimiento pleno, del bien y del mal, y que luego decidiesen, así que en realidad, si lo que creéis vosotros es verdad, entonces la serpiente le estaba haciendo un favor a vuestra religión dándole el conocimiento para distinguir el bien del mal. En otras palabras, la serpiente os dio el libre albedrío.

—No estoy de acuerdo con lo que dices de la serpiente —intervino Tatiana.

—Pues claro que no —dijo Saika—, tú siempre tienes que llevar la contraria.

Igual de inflexible que Saika, Tatiana prosiguió diciendo:

—Bueno, en mi humilde opinión, al decidir hacer caso a la serpiente, Adán y Eva ya estaban eligiendo... sólo que de forma muy poco sabia. Dios les dio una orden y ellos eligieron no escucharlo. La serpiente sibiló y ellos decidieron escucharla. El libre albedrío fue antes, no después.

Saika se echó a reír con aire desdeñoso.

—¿A qué viene tanta obsesión con el libre albedrío? No quiero seguir hablando de tantas tonterías. Me voy a casa, ¿vienes, Marina? —Marina se levantó de un salto.

—¿Quieres que te lea los posos de té, Marina? —dijo Blanca Davidovna—. Porque ya están listos.

—Otro día tal vez, Blanca Davidovna. —Tatiana también se levantó.

—Pasha, no te quedes ahí sentado. *Babushka* nos matará por llegar tan tarde. Todavía tengo que ordeñar a la vaca. Ven a ayudarme. —Saika lo llamó.

—¡Espera, Pasha! Yo te he contado lo del pavo real, pero tú no me has contado nada de Tatiana.

—He cambiado de idea —contestó Pasha, alejándose—. Soy demasiado voluble, ya lo dijo tu propia madre.

Cuando regresaban a su dacha, Pasha apartó a Tatiana de Marina y dijo:

—Tania, me da lo mismo lo que haga Marina, pero tú tienes prohibido volver a jugar con Saika.

—¿Qué?

—Lo digo en serio. No puedes volver a jugar con ella. Ni en su casa, ni en la hamaca, ni en el río ni con las bicicletas.

—Bueno, ahora ya no tengo bicicleta —contestó Tatiana.

—Habla con Dasha, habla con *deda*, pero creo que ellos también estarán de acuerdo en que no deberías jugar con alguien como ella.

—Ya te advertí sobre ella desde el principio, Pasha, pero tú no quisiste escucharme.

—Ahora te escucho.

### *El futuro*

A la mañana siguiente, cuando *deda* y *babushka* fueron al sóviet a devolver el saco de azúcar, Tatiana y Pasha los acompañaron. Se sentaron fuera de modo que pudieran escuchar lo que ocurría en el interior, donde el camarada Viktor Rodinko dijo:

—Camarada Metanov, lo estábamos esperando. ¿Dónde está el azúcar?

Rodinko y sus hombres pesaron el saco... tres veces, y luego el primero se plantó delante de *deda* y *babushka* y les preguntó por qué habían tardado tanto para devolverlo.

—Era tarde y estábamos a punto de cenar. El sóviet estaba cerrando...

—Desde nuestro punto de vista, es casi como si no tuviesen planeado devolver el saco hasta que el camarada Kantorov fue a verlos.

—No necesito que el camarada Kantorov me diga que devuelva lo que no es mío —dijo *deda*—. ¿Alguna cosa más?

—Sí, sí hay algo más. Siéntense.

Y así empezó.

—El saco de azúcar, camarada Metanov, pertenece a nuestros soldados, a nuestros campesinos proletarios, a los obreros de nuestras fábricas. Como muy bien sabe, estamos luchando por nuestra subsistencia. No tenemos comida suficiente para alimentar a nuestros soldados, a nuestros campesinos proletarios, a los obreros de nuestras fábricas...

—Y por eso lo hemos devuelto.

—Cuando se queda usted con una pizca, aunque sea sólo una cucharada, le está robando a las personas que están construyendo nuestro país.

—Lo entiendo.

—Tenemos muchos enemigos que quieren vernos fracasar. Los fascistas en Europa, los capitalistas de Estados Unidos, todos están esperando nuestra caída. Importamos azúcar de China, pero no es suficiente para los ciento cincuenta millones de personas, de las cuales usted y su familia son sólo siete.

Y continuó. ¿Qué pasa con los trabajadores que construyen los tanques? ¿Los médicos que tratan a los heridos? ¿Los agricultores que cosechan el grano? ¿Los soldados del Ejército Rojo, que dan su vida para protegerte?

—Ponte a la cola, camarada Metanov.

—Estoy a la cola desde 1917, camarada Rodinko. Soy muy consciente de dónde está mi lugar, —dijo *deda*—. Mis intenciones fueron siempre devolver el saco.

Rodinko asintió.

—Pero con ciento veinticinco gramos menos, ¿no?

*Deda y babushka* no dijeron nada.

—Camarada Metanov, como nación necesitamos confiar en nuestro pueblo, pero también somos realistas. Hay quienes piensan en sus familias primero; no estoy diciendo que sea usted de esa clase de personas, sólo digo que existen. Incluso durante la noble Revolución francesa, pese a la lucha por la libertad, la igualdad y la fraternidad, los hombres incurrieron en toda clase de conductas criminales para abastecer a sus familias.

Rodinko se quedó callado. Tatiana y Pasha, que escuchaban a través de la ventana, permanecieron a la espera. Rodinko quería algo de *deda*. Tras muchos minutos de silencio, *deda* habló.

—Tiene razón, camarada, eso es una conducta criminal —dijo con resignación—: anteponer la familia a la subsistencia del Estado.

Rodinko sonrió.

—Por supuesto. Me alegro de que nos entendamos. Por haberse quedado el azúcar, usted y su esposa pasarán dos semanas sin paga en un *koljós* de Pelkino, ayudando con la cosecha del verano. Eso formará parte de su reeducación y su rehabilitación. Y de ahora en adelante, ya no habrá

más sacos de azúcar que caigan a los pies de su familia, por accidentales o providenciales que sean. ¿Me he explicado con suficiente claridad?

—Con una claridad meridiana.

—Que tenga un buen día, camarada Metanov. Usted y su esposa saldrán para Pelkino mañana por la mañana a las ocho. Pasen por aquí primero para recoger sus papeles.

### *Cuestiones candentes de Deda*

Esa noche, después de cenar, Tania estaba balanceándose con suavidad en la hamaca con *deda*, su brazo alrededor de ella. Sabía que Pasha estaba esperándola, pero no quería ir todavía. Se sentía apesadumbrada.

—¿Qué pasa, Tanechka?, —preguntó *deda*—. Tuvimos suerte. Sólo dos semanas en una granja colectiva. Mejor que cinco años en Siberia. Y no me importa tener que trabajar para alimentar a la gente de las ciudades. Al fin y al cabo, son personas como nosotros. Puede que llegue un día en que también necesitemos comida. —Le sonrió.

Pero Tatiana no estaba preocupada por *deda* o *babushka*, dos semanas y estarían de vuelta, no, había algo más siniestro que la atemorizaba. Le preguntó:

—*Deda*, ¿crees que Saika sabe lo de sus padres?

—Probablemente no. Afortunadamente los niños saben poco sobre sus padres. ¿Por qué lo preguntas?

Murak había ido hasta su casa porque Saika le había hablado del saco de azúcar. ¿No era eso suficiente? No quería decirle nada a su abuelo sobre el «incidente» en el río con Marina, o el «incidente» con las bicicletas. Ni tampoco sobre la visita de Saika con Stefan cuando Mark había venido a ver a Dasha. Ni la maldad que había percibido dentro de Shavtala.

Se mordió el labio.

—Voy a contarte algo sobre mí, Tania, —dijo *deda*—. ¿Sabías que me pidieron que fuera miembro del Partido? Sí, en la universidad. Me ofrecieron un puesto de profesor a tiempo completo y doblarme el sueldo.

Me prometieron que Pasha se mantendría fuera del frente de combate cuando llegase a la edad del reclutamiento forzoso. Y algunos otros beneficios. —Sonrió—. ¿Entiendes lo que quiero decirte? Aunque no lo comprendas en su totalidad, ¿verdad?

Tatiana se quedó en silencio. Sin aliento le preguntó:

—¿Qué tipo de beneficios?

*Deda* se rio.

—Vacaciones en Batumi en el Mar Negro. Triple ración de carne. Nuestro propio apartamento con cinco habitaciones.

—¿Cuándo te ofrecieron eso?

—El año pasado. También me ofrecieron una buena pensión, y eso es algo que tendría que pensar ya que voy a jubilarme pronto.

Tatiana seguía sin aliento.

—¿Les dijiste que no? —*Deda* sonrió.

—¿Querías que les dijera que sí? —Se quedó perpleja.

—¿Te pidieron algo a cambio?

—¿Qué te parece? —Ella reflexionó.

—Tal vez sólo te pidieron que llevases una insignia con la hoz y el martillo.

—Sí, eso en primer lugar. Luego esperan que tu hijo se convierta en un miembro del Partido. Y que a tus nietos los obligues a ingresar en el Konsomol. Y luego te preguntan por qué tu hijo se niega, y por qué tu nieta más joven, que es rebelde e imposible, también se niega, y por qué la gente que vive en tu edificio se ha estado reuniendo en secreto con extranjeros y yo, como miembro diligente del Partido, nunca dije una palabra al respecto.

—¿La gente de nuestro edificio? ¿Nuestros vecinos?

—Precisamente. Todo tiene un precio, Tatiana. Todo en la vida. La pregunta que hay que hacerse es: ¿qué precio estoy dispuesto a pagar?

Tatiana sintió un escalofrío.

—Creo que lo correcto es alejarte de aquello que tu corazón te dice que te mantengas alejado, —dijo.



—Sí, piensas bien Tatiana. Bueno..., mi corazón me dijo que me mantuviera lejos. —*Deda* hizo una pausa—. ¿Qué te dice tu corazón sobre nuestros vecinos?

—Creo que... —meditó sus palabras—, me está diciendo que me mantenga alejada.

*Deda* asintió:

—Pasha sin duda piensa que deberías hacerlo.

—Pero en realidad, *deda*, no estoy segura de nada. Todo parece tan confuso este verano... —Se encogió de hombros y exhaló un suspiro. *Deda* asintió de nuevo.

—¿Y qué te dije que hay que hacer cuando te sientas confundida? Cada vez que te sientas insegura de ti misma, siempre que tengas dudas, hazte estas tres preguntas. ¿En qué creo? ¿Qué espero conseguir? Pero lo más importante, pregúntate: ¿A quién quiero? —Su brazo continuaba alrededor de ella—. Y cuando las respondas, Tania, sabrás quién eres. Y lo más importante, si haces estas preguntas a la gente de tu alrededor, también sabrás quienes son. —Hizo una pausa—. Te voy a dar un ejemplo: Creo en mi palabra. No la doy a la ligera, pero cuando la doy, la mantengo. Tengo esperanzas para mis nietos. Espero que cuando crezcas encuentres el amor. Y amo profundamente a tu abuela. Es lo que más quiero en mi vida. —Sonrió—. Me parece que me está escuchando desde el interior del porche...

Tatiana, respirando apenas, escuchó a su abuelo y mirando hacia él le dijo:

—Amo a mi familia. Dado que es todo lo que sé, eso es todo lo que puedo responder.

No quería que ese momento con su abuelo terminase. La besó en la cabeza y abrazándola, le susurró:

—Tania, estás haciendo que a tu abuelo le entren ganas de llorar. Es la primera vez que vienes a sentarte y a buscar mi consejo. Por favor, no me digas que estás creciendo, mi amor.



Tatiana esperaba que las cosas volviesen a la normalidad, pero justo después de que sus abuelos se marcharon a Pelkino, la pobre Dasha, por alguna misteriosa y lacrimógena razón relacionada con los problemas de los adultos, tuvo que regresar a toda prisa a Leningrado. No dijo por cuánto tiempo permanecería en la ciudad, pero como no había nadie para cuidar de Pasha y Tatiana, envió al primero una semana antes al campamento de chicos de Tolmashevo, y dispuso que Tatiana se fuese cincuenta kilómetros al este, a Novgorod, para quedarse con los padres de Marina en la dacha de éstos, en el lago Ilmen.

Y aunque a Tatiana le encantaba ir con Marina al lago Ilmen, su alegría no le duró demasiado, porque Marina dijo:

—¡Tania, mi madre ha dicho que puedo llevar a Saika también! ¿A que es maravilloso?

### *El baño de una tarde de verano*

El lago Ilmen es un lago inmenso con forma de delfín y rodeado de alargados olmos y orillas llanas. Es poco profundo, unos nueve metros a lo sumo, y por eso el agua está lo bastante caliente para poderse bañar. Centenares de arroyos y afluentes van a parar al lago Ilmen, pero sólo un río nace de él, el río Volkhov, que fluye hacia el norte, en dirección al lago Ladoga. A la orilla del río Volkhov y el lago Ilmen se halla una ciudad de novecientos años de antigüedad, Novgorod, o «Ciudad Nueva», la ciudad más antigua de Rusia. Novgorod estaba situada en un enclave ideal en la ruta comercial entre el este y el oeste, y floreció y alcanzó todo su esplendor hasta que Moscú la superó en importancia en el siglo xv y San Petersburgo, la nueva capital de Rusia, la eclipsó aún más a partir de 1703.

A Tatiana le encantaba pasear con Pasha y Marina por las calles adoquinadas de Novgorod, pero esta vez no había excursiones a la ciudad desde la dacha, que sólo estaba a un breve trayecto en autobús. Pasha no estaba allí, y ni Marina ni Saika querían ir. Lo único que querían era

tumbarse con indolencia a la orilla del lago y hablar en murmullos, y si Tatiana se acercaba demasiado, le decían que se fuera.

Así que Tatiana se iba. Leía, nadaba y un día hasta se fue a Novgorod ella sola. Tatiana advirtió que la tía Rita y el tío Boris se peleaban más que de costumbre. Siempre habían discutido, pero el nivel de hostilidad nunca había llegado a las cotas que se alcanzaban en aquella casa. No eran las peleas lo que Tatiana no entendía, porque su familia también se peleaba; lo que la inquietaba era la falta de amor y cariño.

—Tania, ¿por qué no vienes a bañarte con nosotras?

—Ya me he bañado. ¿Lo ves? Tengo el pelo mojado.

—¡Tania no quiere nadar!

—Le da miedo el lago.

—No, Marina —dijo Saika—. ¿Sabes lo que es? No quiere desnudarse, ¿a que no, Tania?

—Tania, no te da vergüenza tener los pechos más pequeños que Pasha, ¿no?

¡La que había hablado era nada menos que Marina!

—Tania —dijo Saika, muy seria—. ¿Te han besado alguna vez? De verdad, quiero saberlo. —Marina se echó a reír.

—Ya sabes que nunca la han besado ni nada parecido, Saika. Se está reservando para uno de esos grandes amores al estilo de su admirada reina Margot.

—¿Y tú no, Marina? ¿Y tú no, Saika? —dijo Tatiana.

—Ven al agua, Tania —insistió Marina, tirando de ella.

Tatiana se zafó de la mano de su prima dándole un golpe con el ejemplar de *La reina Margot*, se dio media vuelta y echó a correr mientras las chicas volvían a meterse en el agua.

Tatiana se sentó bajo un pino y se puso a reflexionar sobre su verano. «Ya está, ya estoy harta, me vuelvo a Luga —decidió—. Blanca Davidovna podrá cuidar de mí hasta que vuelva Dasha».

Marina y Saika se estaban salpicando la una a la otra, riéndose y zambulléndose mientras Tatiana las observaba a lo lejos.

Marina se encontraba en la orilla buscando una toalla cuando Tatiana oyó la voz de Saika desde el lago. No era una voz de pánico pero tampoco completamente tranquila. Saika dijo «Marina», y Tatiana detectó un timbre tenso que la hizo levantarse para poder ver mejor a Saika, que seguía en el lago, con el agua hasta la altura de la cintura, cubierta de barro y de lo que parecían algas.

—¡Marina! —volvió a gritar Saika.

Marina, que se estaba secando con la toalla, se volvió y... se puso a chillar.

Cuando Tatiana oyó los gritos, corrió al lago. Lo que cubría el cuerpo de Saika no eran algas, sino sanguijuelas, docenas, centenares de ellas, capaces de beberse el doble de su peso en sangre antes de soltar a su presa y caer reventadas.

La tía Rita, que había oído los gritos de Marina, salió corriendo de la casa, con el pánico reflejado en los ojos, pero en cuanto vio que su hija estaba bien, no sólo no ofreció su ayuda sino que tampoco pareció compadecerse demasiado de Saika. Con una mueca de asco, la tía Rita retrocedió un paso, y su expresión no pasó desapercibida para Tatiana... ni tampoco para Saika.

—Tía Rita —dijo Tatiana, caminando hacia Saika—. Necesito sal y cerillas enseguida. También algo de tintura de yodo.

La tía Rita se fue corriendo para la casa, sujetando fuertemente a su hija de la mano.

—Tatiana —susurró Saika—, ¿quieres hacer el favor de darte prisa antes de que me coman viva?

Tatiana dio otro paso hacia Saika.

—Sal del agua y tumbate en el suelo.

Saika hizo lo que le decía.

En cuanto su tía se la trajo, Tatiana abrió la bolsa de sal y echó los cristales sobre el cuerpo de Saika. La muchacha se estremeció y la reacción de los bichos también fue instantánea. Tratando de escapar, en su agonía de muerte, sus cuerpos alargados y negros se retorcieron y soltaron sus vísceras viscosas sobre la carne desnuda de Saika, mezclando la sangre

de ésta con su propia proteína anticoagulante. Allí donde la habían estado succionando, se formaron unas heridas de forma circular de las que no cesaba de manar sangre.

Saika aullaba de dolor. Todavía quedaban muchas sanguijuelas que no querían soltar a su presa. Tatiana tenía que quemarlas.

Tatiana encendió una cerilla y la acercó a una sanguijuela que, a pesar de estar empapada en sal, seguía viva y vampirizando la sangre de Saika.

Con el pulso firme, Tatiana fue quemando lentamente las sanguijuelas que se negaban a soltarse. Sólo había unas pocas en la espalda de Saika, ni siquiera las sanguijuelas conseguían agarrarse a la piel muerta. Con tanta sal en sus heridas abiertas, el cuerpo de Saika empezaba a hincharse y volverse de color gris. Había dejado de aullar.

—Tania... —Saika hablaba arrastrando la voz, saturada de agua y sal—. Entre mis piernas, Tania...

Tatiana se alegraba de que Saika tuviera los ojos cerrados y no viese su cara de repulsión. Le habría gustado llamar a Marina, la mejor amiga de Saika, o a la tía Rita, un adulto. Le habría gustado llamar al tío...

—¡Tania! —Era el tío Boris, que apareció a sus espaldas—. ¿Qué ha pasado?

—Sanguijuelas, tío Boris —le explicó Tatiana en un hilo de voz—. Creo que ya se las he quitado casi todas...

—Mira —dijo Boris, señalando el vello púbico de la chica.

—Ya lo sé —respondió Tatiana—. Ésas son las únicas que quedan. Ya les he echado sal, pero parece que no se sueltan.

—Tania, haz algo —dijo Saika—, no te quedes ahí de cháchara.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga, Saika? No puedo encenderte una cerilla ahí, ¿no crees?

—Joder, mierda —exclamó Saika—. Anda, ayúdame a incorporarme, ¿quieres?

El tío Boris y Tatiana la ayudaron, y mientras Saika se metía la mano entre las piernas y tiraba de las sanguijuelas, arrancándose un puñado de vello cada vez, Tatiana desvió la mirada. Ésta no pudo evitar darse cuenta de que su tío no apartaba la vista de la chica. A diferencia de lo que había

percibido en los ojos de su mujer, Tatiana advirtió en los ojos de su tío Boris el asco y la compasión mezclado con algo más, algo que ni siquiera el bueno del tío Boris podía ocultar. El hombre tenía ante sí una chica desnuda, en la hierba, cubierta de suciedad y de sangre, con sanguijuelas entre las piernas. Pero estaba desnuda.

Sintiéndose cada vez más violenta e incómoda, Tatiana se levantó y se apartó, con las cerillas en la mano.

—Bueno, pues si ya te arreglas tú sola —dijo—, creo que me iré adentro. ¿Quieres jabón? ¿Un poco de tintura de yodo?

—No, no me hace falta —repuso Saika, sin moverse.

Tatiana no insistió. Sin la tintura de yodo, las heridas se le infectarían, pero eso no era problema suyo.

—¿Qué está haciendo tu tío? —le preguntó la tía Rita cuando Tatiana entró por la puerta.

—No lo sé.

No era ninguna mentira ni una respuesta errónea, porque lo cierto es que no sabía qué era lo que hacía su tío.

La respuesta no satisfizo a la tía Rita, que se acercó a la puerta y gritó:

—¡Boris! ¿Qué estás haciendo?

Tuvo que repetirlo tres veces, y aun así, él no se movió. Cuando Rita se acercó a diez metros de él, Boris se levantó. Marina y Tatiana los observaban desde la ventana.

Vieron cómo Saika se iba cojeando hacia el lago para lavarse. Acto seguido, Tatiana se acercó a cerrar la puerta porque no quería oír las amargas palabras que se cruzaban su tía Rita, que estaba fuera de sí, y su tío Boris, más calmado pero sin defensa posible.

—¡La cría sólo tiene quince años y se la estaban comiendo las sanguijuelas! —exclamó él.

—¿Y qué tiene eso que ver? ¿Qué tiene eso que ver con el hecho de que no te hayas apartado cuando yo te he llamado?

—Intentaba ayudarla.

—¡Seguro que sí!

—No podía levantarse.

—¿Y para qué iba a hacerlo cuando parece que su postura favorita sea estar tumbada boca arriba?

—¡Rita!

Tatiana cerró la puerta lanzando un suspiro.



Y luego empezó a llover, y parecía que no iba a parar nunca. Las tres estaban sentadas en el porche.

—He oído que vais todos los años al bosque a coger setas y arándanos —dijo Saika—. ¿Podemos ir este año?

—Si tú quieres... —dijo Marina.

—Sí que quiero —respondió Saika—. ¿Y cómo llegaremos hasta allí?

—En barca. —Marina añadió con orgullo—: Tania siempre nos lleva remando.

—¿Todo el camino? ¡Pero si está lejísimos!

—Todo el camino. Es la reina del lago Ilmen, ¿a que sí, Tanechka?

En circunstancias normales, Tatiana se hubiera ruborizado de orgullo ante la mención de sus habilidades con el remo, pero ese día no estaba muy contenta.

—Sólo son un par de kilómetros —dijo.

—Una vez tuve que caminar casi setenta kilómetros —dijo Saika—. Tú puedes remar durante dos kilómetros; yo caminé setenta kilómetros.

—Eso es mucha distancia —comentó Tatiana—. ¿Qué estabas haciendo?

—Huía.

—¿Tú sola?

Saika se quedó en silencio.

—¿Cómo lo haces? —dijo al fin—. De todas las preguntas que podrías haberme hecho, ¿cómo es que siempre te las arreglas para preguntarme justo la que no quiero contestar? ¿Tienes un don especial o qué? Haces demasiadas preguntas. O mejor dicho, siempre haces las preguntas equivocadas.

—No sé de qué me hablas. ¿Adónde te dirigías? ¿Esa pregunta está mejor?

—A Irán —contestó Saika.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos años.

Saika tenía quince años.

—Éramos unos proscritos.

¿Proscritos a los trece años?

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —Quiso saber Tatiana.

—Ya sabes lo que pasó —dijo Saika—. Que mi padre nos atrapó.

Marina acarició el brazo de Saika.

—Pero no hablemos de cosas tristes —dijo Marina—. Hablemos mejor de cosas alegres, como cruzar el lago Ilmen...

—Sí, hablemos de eso —convino Saika—. ¿Vendrán el tío Boris y la tía Rita con nosotros?

—Pues claro —dijo Marina—. Nadie deja a los niños internarse solos en el bosque.

—Pero es que ya no somos niñas. Hasta Tania tiene catorce años. ¡Es prácticamente una mujercita! —Saika se aclaró la garganta—. Y tus padres, Marina... Últimamente parece que no se llevan muy bien... Yo creo que les convendría pasar un día solos... para hacer las cosas que hacen los adultos...

—¡Pero no nos van a dejar ir solas!

—Habrá que preguntárselo. Lo peor que puede pasar es que nos digan que no, ¿verdad, Tania?

—No tengo ni idea —dijo Tatiana con indiferencia—. Porque yo me voy a mi casa mañana. Así que vosotras haced lo que queráis.

—¿Te vas a casa? —soltó Marina con voz estridente—. ¿Lo sabe mamá?

—Lo sabrá mañana —dijo Tatiana.

—No, no, no te vayas...

Tatiana miró fijamente a Marina sin decir nada.



—Vamos, Tania —exclamó Saika—. Sólo te gastábamos bromas, ¿verdad, Marina? Ahora todo es agua pasada.

—Pues esa agua pasada empieza ya a desbordar el río, la verdad.

—Es por mí —dijo Saika de repente y con frialdad—. Nunca le he caído bien, Marina. Ya te lo dije, pero tú no me creíste. Intenté ser su amiga, intenté hablar, jugar. Pero nada de lo que hacía le gustaba. Admítelo, nunca te he caído bien.

—No tiene nada que ver contigo —dijo Tatiana—. Me voy a casa porque quiero estar con mi familia.

—No tienes ningún derecho a juzgarme, Tatiana —dijo Saika—. Y no me importa lo que pienses de mí, sólo estás celosa de que tus amigos jugasen conmigo en lugar de hacerlo contigo, celosa de que tu hermano jugase conmigo. Por eso no te caigo bien. A lo mejor si fueses más interesante, Tania, podrías conservar a tus amigos.

—Chicas, dejadlo ya —dijo Marina, acercándose a Tatiana—. Tania, déjalo ya.

—¿Qué quieres de mí, Saika? —preguntó Tatiana—. Como no dejas de decirle a Marina y a todo aquel que quiera escucharte, yo sólo soy una simple bobalicona sin casi educación. ¿A qué viene tanto interés por obtener mi aprobación? ¿Por qué siempre me insistes tanto en que me incorpore a tu círculo? ¿No tienes bastante con dejarme en paz?

De repente, Saika dio un paso hacia ella.

Tatiana, sin moverse y sin apartar los ojos de la chica, dijo en voz baja y glacial:

—Deberías considerarte afortunada.

—¿Afortunada por qué?

—Porque sólo se te enganchasen las sanguijuelas en el lago.

—¿De qué estás hablando?

—Podría haber sido peor —dijo Tatiana—, podrían haber sido los gusanos de la sangre.

—¿Los qué?

En ese momento, Saika retrocedió, con la mirada ensombrecida.

—¿No has oído hablar de ellos? Los verdaderos habitantes del lago. Los gusanos rojos de la sangre. El género Glyera de la especie de los gusanos. Tiene cuatro colmillos en la punta de la nariz, que representa el veinte por ciento de la totalidad de su cuerpo. Cada colmillo está conectado con una glándula de veneno. Imagínate cientos de ellos sobre tu cuerpo.

—Estás enferma —dijo Saika, palideciendo.

—Estoy enferma y harta de ti —dijo Tatiana, dando un paso hacia delante. A continuación le susurró—: Sé quién eres.

—¡Quítame las manos de encima! —chilló Saika—. Es peor que me toques tú que tener el cuerpo lleno de sanguijuelas. No vuelvas a tocarme, eres como un gusano de la sangre.



Había dejado de llover cuando Tatiana le dijo a la tía Rita que se iba.

El tío Boris miró a su esposa y a su hija con aire cansino.

—Marina, ¿por qué quiere irse a casa tu prima Tania?

—¡No puede irse! —gritó Rita—. Mi hermano nunca me perdonará si no cuidamos de su hija. A lo mejor necesitaremos que cuide de nuestra Marina algún día. ¡Tania no puede irse!

—¿Y por qué no la tratas un poco mejor y a lo mejor así no se irá de esta casa? —vociferó el tío Boris—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¡Millones de veces antes de que te haga caso! —gritó Rita, y siguieron discutiendo, chillando con el eco de la noche húmeda, que transportaba sus gritos por el agua.

Más tarde, esa misma noche, Marina se encaramó a la cama de Tatiana en el pasillo.

—Saika dice que lo siente. Y yo también lo siento. Por favor, no te vayas a Luga. Por favor. Ven con nosotras mañana. Ha llovido tanto que mañana el bosque estará lleno de setas. Vamos, es nuestro viaje anual al lago Ilmen.

—Pues vete con Saika, ¿para qué me necesitas? Vete con ella, vete al bosque y coged vuestras setas y vuestros arándanos.

—No quiero ir sin ti, por favor, Tania.

Tatiana se frotó los ojos, tendida en la cama; deseaba estar dormida, o de vuelta en casa, o en alguna otra parte, inaccesible, donde nadie pudiera alcanzarla.

—Por favor, no te enfades conmigo —dijo Marina—. Ven, por favor. ¡Será muy divertido! ¡Mamá y papá nos dejan ir solas a las tres! ¿A que es increíble?

Tatiana lanzó un gruñido.

—Entonces, ¿vendrás? ¿Y estarás simpática?

Tatiana se cruzó de brazos.

—Iré —dijo—, pero no estaré simpática.

### *Volando a través de las estrellas*

Tatiana se durmió, y antes de la mañana siguiente, cuando salieron las tres solas hacia el bosque que había al otro lado del lago Ilmen, soñó que estaba tumbada de espaldas, mirando el cielo, y que las estrellas se acercaban cada vez más, cada vez más brillantes, y quiso cerrar los ojos y desviar la mirada, pero no podía, y de repente se dio cuenta de que no eran las estrellas lo que se acercaba, sino que era ella la que volaba hacia ellas, directa hacia ellas, con los brazos extendidos por encima de la cabeza, con el rostro iluminado y el corazón pleno bajo cada una de las estrellas de la noche, y mientras tanto, el eco susurrante de la voz de Blanca Davidovna resonaba en su cabeza: «La corona y la cruz aparecen en tus posos de té, Tatiana».

# LIBRO TERCERO

## DISCORDIA

Retirad tales grados, desafinad la cuerda y... ¡oíd qué discordia sucede!

William Shakespeare  
*Troilo y Crésida*. Acto primero, escena tercera

## Capítulo 9

### El plan quinquenal

*El libro de Pushkin*

Es agosto de 1952, hace una tarde sofocante y los tres se encuentran en la piscina. Alexander está sentado en el trampolín, balanceando las piernas, mientras Tatiana y Anthony están en el otro extremo, listos para saltar en la parte donde hacen pie. Es su cuarta carrera. «Tania, dale un respiro al chico» dice Alexander. Uno, dos... ¡tres! Se zambullen en el agua. Anthony, que ha estado yendo a clases de natación por cortesía de la tía Esther (¿y qué no es por cortesía de la tía Esther en lo que respecta a Anthony?), se emplea a fondo nadando en estilo crol para no dejarse ganar por su lánguida madre quien, con su biquini a topos negros, se emplea a fondo en estilo... Alexander ni siquiera sabe en qué estilo está nadando. ¿Al estilo manguitos, tal vez? Tatiana se desliza alegremente por el agua, y esta vez Anthony alcanza el pie de su padre medio segundo antes que ella y grita exultante. Tatiana se agarra al otro pie de Alexander. Anthony echa un vistazo al rostro escéptico de su padre y dice:

—¿Qué pasa? Mamá no se ha dejado ganar. La he ganado yo sin trampas ni nada.

—Sí, hijo.

—Vaya... —exclama Anthony—. Pues a ver si tú lo sabes hacer mejor.

—No desafíes a tu padre, Anthony —dice Tatiana—, ya sabes que no le gusta que lo desafíen.

Los ojos le brillan con regocijo.

—Ya te enseñaré yo desafío —dice él.

Tatiana y Alexander están juntos al borde de su piscina de un metro cincuenta de ancho, la mitad del ancho de un río prehistórico. Ella es esbelta y de piel blanca, aunque le han salido pecas con el sol. Él es del color del chocolate, con largas marcas grises. Su cuerpo de hombre es duro y musculoso, y desde luego parece imbatible para una mujercilla menuda que apenas le llega al tatuaje de la hoz y el martillo del brazo.

Uno, dos... ¡tres! Se zambullen en el agua, Alexander y su Tatiana, hombre y mujer, marido y mujer, amantes. Anthony se sienta en el trampolín y se pone a animar a gritos a... ¡su madre! La misma madre a la que hasta hace apenas minutos quería ver derrotada por su padre.

Alexander afloja el ritmo, vuelve la cabeza hacia atrás y dice:

—¿Qué te pasa, renacuaja? Te pesa ese trasero, ¿eh?

Pero ha hablado antes de tiempo, porque ella ya lo ha adelantado, ya está pataleando y salpicándole agua en la cara con cada brazada. Para competir con él no se desliza sobre la superficie, sino que hace uso de todos sus recursos, sea el estilo manguitos o de otra clase. Alexander se abalanza hacia delante y cae sobre ella al llegar a la parte honda, la hunde y luego la levanta, la vuelve hacia él, sin dejar de chorrear agua y exclama:

—¡Tramposa! Así es como ganas también al dominó... ¡haciendo trampas!

Tatiana chilla y él la agarra sin que ella deje de patalear, y entierra la cara en su cuello húmedo y reluciente, y Anthony, ese chiquillo, se lanza desde el trampolín justo encima de su padre y de su madre, y les dice que ya está bien, que lo dejen, y luego arranca a la madre de los brazos de su padre. Y éste lo permite.

Alexander le enseña a Anthony cómo él se agacha en el agua y ella se sube a sus hombros; él se endereza, sujetándola de las manos, y luego la suelta, y ella también se yergue de pie y trata de mantener el equilibrio, sosteniéndose de pie en los hombros de Alexander durante un buen rato hasta que abandona el trapecio del cuerpo de él tirándose de cabeza al agua, hacia delante, con un salto casi perfecto.

—Mamá —dice Anthony, impresionado—, ¿dónde aprendisteis papá y tú a hacer eso?

Y el padre, mirando a la madre en el agua, contesta:

—En Lazarevo.

La madre le enseña a Anthony el salto de las carreras, el salto hacia atrás, el salto inverso, y luego Alexander pone punto final a la clase de saltos con un grito al verla enseñar a Anthony el doble salto hacia atrás, cuando Tatiana se pone de espaldas a la piscina, da un salto hacia atrás en el aire, da una voltereta y por poco se golpea la cabeza contra la tabla del trampolín. Les ordena a los dos que salgan del agua, aunque no sin antes echarse a Tatiana al hombro, sujetarla boca abajo por los pies y saltar con ella a la piscina... en su propia versión del doble salto hacia atrás.

Han comido, él ha fumado, han jugado al baloncesto, ella contra Anthony y luego en un cómico uno contra uno contra Alexander. Vuelven a estar en la piscina, sin saltos esta vez, sin lanzarse, simplemente nadando, y sigue haciendo un calor sofocante a pesar de que empieza a oscurecer. Durante cuarenta días, la temperatura media ha sido de treinta y cinco grados centígrados.

Cuando pasa nadando junto a él, Tatiana le dice:

—Shura, ¿tienes algún plan?

—¿Te refieres a un plan quinquenal? —responde él, sonriendo y flotando de espaldas.

—Me refiero a cuánto tiempo piensas estar sin trabajar.

—¿Sin trabajar? ¿Quién está aquí de brazos cruzados? —exclama Alexander—. Alguien tiene que cuidar del chico, son sus vacaciones de verano. Él y Sergio necesitan a alguien que los vigile, alguien tiene que hacer de sheriff cuando juegan a policías y ladrones, alguien tiene que prepararles el almuerzo cuando están atrapando lagartos, leyendo tebeos y nadando en la piscina todo el día. Me he convertido en un ama de casa moderna. Mi día no está completo si no me seco las manos en un paño de cocina.

—Si es así, no me importa. Quédate en casa el tiempo que quieras —contesta Tatiana amorosamente.

Alexander no le cuenta que tuvo una entrevista de trabajo con G. G. Cain hace dos semanas, que conoció a la esposa de éste, Amoret, y a sus dos hijos ya mayores. En la entrevista, Alexander se lo contó a G. G. absolutamente todo, le habló de la guerra y del Ejército Rojo y de Tatiana. Hablaron de los Balkman. La información publicada en la prensa acerca de Stevie había sido demoledora. Bill Balkman no había tenido más remedio que vender la empresa a un competidor, llevarse a su hijo recién salido del hospital y marcharse de Phoenix, nadie sabía adónde. Amanda había acudido entre lágrimas al Phoenix Memorial y le había contado a Tatiana que Steve, con la mandíbula cubierta de vendas, le había pedido que le devolviese el anillo de compromiso. Tatiana trató de hacer que se sintiese mejor.

—No te preocupes, Mand. Encontrarás a otra persona, ya lo verás.

—Para ti es fácil decir eso, Tania. El año que viene cumpliré los veintiséis. ¿Quién va a querer a una vieja solterona de veintiséis años?

Alexander se lo contó todo a G. G. y luego esperó a que éste lo llamara; quedaron para almorzar y G. G. le dijo que él y su esposa lo habían hablado muy seriamente, pero que al final habían decidido que no podían contratarlo.

—Ojalá hubieses venido a trabajar para mí hace tres años, cuando hablamos por primera vez. Me habrías resultado valiosísimo en la empresa. Pero ahora...

Sí, la investigación había concluido que se trataba de un acto en defensa propia, movido por una provocación extrema y en condiciones... Sí, concluía que había sido un homicidio justificado. Sí, Alexander era capitán del ejército, pero pese a todo era muy mala publicidad. La suya era una empresa familiar, muy pequeña, le explicó G. G., sólo construía cinco casas al año. No había sitio para errores, y aquello podía llegar a ser muy perjudicial para el negocio. Lo sentía. Lo invitó al almuerzo.

Alexander no le cuenta a Tatiana nada de esto. Alexander tiene otro plan. La ve alejarse nadando y la llama.

—Quiero vender la tierra. Quiero irme.

Ella finge no haberlo oído. Vuelve nadando.



—¿Qué has dicho? —pregunta—. No te he oído.

Alexander la atrapa en el otro lado de la piscina. Dios... qué rápida es... Nunca ha visto una nadadora tan resistente. Después de atraparla en sus brazos, de darle una voltereta y de dejarla sin resuello, le dice:

—Si no haces caso de lo que te digo, te la vas a ganar, te lo advierto.

—Si tú no haces caso de lo que yo te digo —replica ella, jadeando—, tú sí que te la vas a ganar. Ya te dije que no vamos a vender esta tierra y no quiero hablar más del asunto.

Le pellizca las costillas y ella se retuerce.

—Sólo te diré dos palabras —dice—: seiscientos mil dólares.

Tatiana forcejea para zafarse de él.

—Mi abuelo, el genio de las matemáticas, me enseñó muy bien a contar, pero hasta nuestro hijo de nueve años sabe que eso son tres palabras... ¡ay!

Y la mete debajo del agua. Cuando está abajo, Tatiana le tira a Alexander de los pelos de las piernas. Él la sube de golpe.

—Podemos ir a Napa Valley y abrir esa bodega que tú querías. — Tatiana sigue chapoteando.

—No, gracias. De hecho, un poco menos de champán estos días me haría mucho bien. Apenas puedo caminar. —Sonríe, sin aliento.

Después de levantarla en el aire, Alexander la arroja hacia la parte honda de la piscina.

—Muy bien, pero ésta es mi última oferta —dice él, jadeando cuando consigue darle alcance de nuevo—. Estoy dispuesto a ir a Nueva York por ti. Podrás recuperar tu estúpido trabajo en el Universidad de Nueva York, estar cerca de Vikki.

Ahora es ella la que se abalanza sobre él e intenta ahogarlo en el agua.

—Serás... —exclama Tatiana, rodeándole el cuello con los brazos y balanceándolo para que pierda el equilibrio—. Eres capaz de decir cualquier cosa, ¿verdad?

—Vikki te necesita —le dice él solemnemente, quitándosela de encima para, acto seguido, escapar de ella—. Está muy mal por haber dejado a Richter en Corea. Por el bien de nuestra patria, espero que sea mejor

soldado que marido. Pero ¿qué va a hacer una chica como Vikki sola en Nueva York? Te necesita. Ah, y ¿he mencionado ya los seiscientos mil dólares?

Tatiana sale de la piscina y se queda de pie en el borde de piedra, chorreando agua y jadeando, con los brazos en jarras.

—Déjalo ya. No nos vamos —asegura, tajante.

Tiene una cinturilla de avispa de la cual brotan sus caderas como dos mitades de una deliciosa manzana golden. Tiene el vientre plano reluciente, y los pechos se le hinchan y deshinchán. Él levanta los ojos para mirarla. Es deliciosa.

—En palabras de nuestro gran líder y maestro, el camarada Stalin —dice Alexander—, ¿a qué viene este servil apego a una pequeña porción de tierra?

—Shura, durante tres años han intentado comprárnosla, han intentado arrebatárnosla. No lo han logrado, ¿y me estás diciendo que nos vamos a desprender de ella de todos modos?

—Hummm... ¿Es que no recuerdas lo que pasó —pregunta Alexander— en nuestra casa? En nuestra propia casa, Tania.

—Sí. Todos los días trato de olvidarlo, pero ¿vas a dejar que un loco de Montana nos quite nuestros noventa y siete acres? Tu madre compró esta tierra para ti —dice Tatiana—. Ella guardó el dinero escondido, a espaldas de tu padre, para que algún día pudieras regresar a tu verdadero hogar y construir una nueva vida. Esta tierra estaba en el libro de *El jinete de bronce* que me diste hace once años, cuando paseábamos por el Jardín de Verano.

—¿Qué es ese Jardín de Verano?

Tatiana no apartó las manos de las caderas.

—¿Has olvidado que no dejé a Dasha quemar ese libro cuando necesitábamos combustible durante el asedio? Ella y yo lo llevamos en el camión por el «Camino de la vida». —Hace una leve pausa bajo el sol implacable de Arizona—. Y luego, yo sola, lo llevé conmigo por media Unión Soviética. Tú viniste a Lazarevo a buscar ese dinero...

—¿Que por eso es por lo que fui yo a Lazarevo...?

—Con ese dinero —prosigue ella, impertérrita— me compré el pasaje para ir a Suecia, a Inglaterra y a Estados Unidos. Y ahora, todas las mañanas, cuando sales afuera a fumar y contemplar el valle de Phoenix, tu madre te recuerda lo que pensaba sobre la vida de su único hijo. ¿Es esto lo que quieres vender para comprar una casa flotante en Coconut Grove?

Tras un prolongado silencio, Alexander contesta:

—En honor a la verdad, hay que decir que a mi madre también le encantaban los barcos que flotan.

Tatiana da un salto impresionante desde el borde de la piscina para aterrizar en los brazos de él. Lo envuelve con las piernas y los brazos y, hablando en un tono de voz tan grave como el de él, dice:

—Ya está, ja, ja, ja, y no quiero hablar más del tema.

Alexander se echa a reír y se besan apasionadamente.

—Y ahora, hablando de algo mucho más serio —dice ella—, ¿a qué quieres jugar, capitán? ¿A pillar?

—¿Y a la Taniacita Roja? —responde él, todo dientes.

—Muy bien. —Y hablando ahora en un tono agudo y estridente, sin dejar de pestañear y con cierta osadía, añade—: Huy, capitán, qué brazos tan grandes tienes...

—Son para abrazarte mejor, querida...

Y aprieta su cuerpo mojado contra el de él.

—Huy, capitán, qué manos tan grandes tienes...

—Son para tocarte mejor, querida...

La sujeta del trasero y la atrae hacia sí.

—¡Huy, capitán! ¡Qué...!

Anthony toma carrerilla y salta, lanzándose directamente sobre su madre y su padre. Alexander empuja a su hijo hacia abajo y cuando lo suelta, es Tatiana quien empuja a su hijo debajo del agua, y cuando lo suelta, ambos lo abrazan y le cubren de besos la cara.

—Anthony, ¿quieres jugar a pillar?

—Sí, papá —contesta Anthony—. Y no intentes atrapar sólo a mamá esta vez.



Alexander tiene otro plan. Le da un poco de miedo contárselo a Tatiana porque después de ése, no tiene ninguno más. Sin embargo, en la escritura de propiedad de la tierra constan los nombres de ambos, y para hipotecarla, necesita la firma de ella. Tiene que hablar con ella, pero teme que ella no consienta en firmar. Tatiana detesta los préstamos, tener que pedir dinero o favores. Alexander sabe lo que opina sobre la posibilidad de tocar cualquier porción del terreno: sería incapaz de hipotecar ni siquiera diez acres para construirse la casa de sus sueños.

A Alexander le cuesta dos horas de hablar a trompicones y muchos cigarrillos contarle su idea a Tatiana y, para su sorpresa, cuando acaba, ésta no sólo acepta sino que la aprueba completa y gustosamente. Firman una hipoteca sobre veinte acres de terreno, una quinta parte de sus tierras, por ocho mil dólares. Él alquila un pequeño local en la calle principal de Scottsdale, obtiene los permisos de la autoridad pertinente para construir en distintas parcelas de Scottsdale, se anuncia en el periódico, se inscribe como Barrington Custom Homes y pone en marcha su propia empresa. Eso es lo que Alexander se compra con *El jinete de bronce* de Pushkin.

Además de su trabajo en el hospital, Tatiana pasa las horas ayudando a su marido en el negocio. Examina los libros de finanzas, la contabilidad, paga las facturas, compra los suministros de oficina, los muebles, los teléfonos, la mesa de arquitecto delineante... Ella y Anthony le ayudan a pintar y a decorar el despacho.

—Y ni rastro de fotografías ofensivas por ninguna parte —señala Tatiana, muy contenta.

—No, las quito antes de que tú entres... —responde Alexander.

### *El libre mercado*

Ambos creían que el negocio tardaría un tiempo en arrancar, y estaban mentalizados para que así fuese. Al principio, Alexander planeaba hacerlo

todo él mismo porque sólo tendría dos o tres casas que construir. Seguiría yendo a clases a la universidad para terminar los estudios y mientras tanto harían una selección para contratar y formar al personal adecuado y ajustarse a las exigencias de una pequeña empresa. Ella se encargaría de la contabilidad, y él de todo lo demás.

Sin embargo, lo que ocurrió no entraba en sus planes. Alexander recibió dos llamadas telefónicas la primera semana, diecisiete la segunda y cincuenta y cuatro la tercera.

—¿Es usted el famoso Alexander Barrington, el capitán del ejército que salió en todos los periódicos hace unos meses?

—Sí, soy yo.

Cuando iban a su despacho, las esposas daban un respingo y los maridos, después de hablar unos minutos sobre la construcción de la casa, decían:

—Bueno, cuéntenos lo que sucedió en realidad aquella noche. ¡Menuda historia!

Los ecos sobre la hazaña de Alexander se habían propagado como la pólvora por las ciudades de Phoenix, Tempe y Scottsdale, y en esta última, todos sus habitantes habían oído hablar de él.

«Ése de ahí es Alexander, quien, para proteger a su esposa, se cargó a un hombre y salió airoso del asunto», susurraban todos cuando Alexander, Tatiana y Anthony paseaban por la calle principal. Todos observaban a Tatiana de reojo, pero no había hombre que se atreviera a mirarla abiertamente. Se volvió invisible para casi todos los hombres, y su invisibilidad era inversamente proporcional a la visibilidad de Alexander. Todas las mujeres, ya fuesen solteras, casadas o viudas, del condado de Maricopa se pasaban por su despacho para echar un vistazo al arquitecto, constructor de casas, prisionero de guerra y oficial en la reserva, un hombre que amaba tanto a su esposa que era capaz incluso de matar por ella.

Tras poner un anuncio para contratar personal, Alexander recibió quinientas solicitudes, casi todas de mujeres, e hizo que Tatiana las entrevistara. Decir que las muchachas se llevaban una gran decepción al

ver que las entrevistaba la esposa ilesa era quedarse muy corto. Tatiana recomendó a Linda Collier como directora de la oficina, la mujer más eficiente, organizada y vigorosa que pudo encontrar, de cincuenta y tantos años de edad, y puso a Francesca a cargo de la limpieza.

Tanto Alexander como Tatiana, y también G. G. Cain, en su propio detrimento, subestimaron el fenómeno del libre mercado conocido como el «pico temporal de la demanda», provocado por fuerzas que escapaban al control del mercado, como la venta de paraguas en días de lluvia, la venta de madera en época de tornados... o matar a un hombre para salvar el honor de tu mujer en tu propia casa móvil.



Alexander tuvo que contratar a un arquitecto y un capataz de obra inmediatamente. Skip era su arquitecto y Phil su capataz. Skip era un hombre callado y no especialmente simpático, pero Alexander había visto su carpeta de trabajos y eran muy buenos. Phil, que rozaba la cincuentena y era un hombre enjuto y nervudo, siempre enfundado en unos vaqueros y camisas a cuadros, también era parco en palabras, pero tocaba la guitarra, cosa que gustaba a Anthony, llevaba veinte años viviendo con la misma mujer, cosa que gustaba a Tatiana, y sabía mucho de construcción, cosa que sin duda gustaba a Alexander. Éste no habría podido construir más de una casa al año sin la inestimable eficiencia de Phil. Con su recién adquirido puesto de director de proyectos, Phil asumió la responsabilidad de edificar cuatro casas, mientras Alexander se encargaba de un total de dos y se ocupaba del resto del negocio: buscar contratistas, reunirse con los clientes, lo cual le consumía una gran cantidad de tiempo, y ayudar a Skip con el diseño de interiores. Linda le concertaba las citas y Tatiana contaba el dinero.

Los subcontratistas y los proveedores con los que trataba hablaban de sus hijos y sus mujeres, de los cumpleaños y las vacaciones, del dinero que ganaban y que gastaban, de deportes y de política. Era otro mundo, pero aun con monjes como albañiles, con una mano en el rosario y la otra en los

azulejos, Tatiana ya nunca iba a la obra, sino que los días que ella estaba libre, Alexander iba a casa a comer. Ahora era el jefe, podía hacer lo que le viniera en gana. Las cosas iban mucho mejor. Estaban en casa, estaban solos, y el almuerzo con frecuencia incluía alguna que otra sesión amorosa para Alexander, tras la cual no quería otra cosa más que echarse una siesta. Volvía al trabajo feliz y contento, como un hombre normal. Una sonrisa le iluminaba siempre el rostro.



Richter llamó el día de Acción de Gracias de 1952 desde Corea, y escuchó en silencio la historia de Dudley de Montana. Cuando Alexander terminó de contársela, le dijo:

—Tom, eso es lo que cualquier hombre haría por su esposa, ¿verdad?

Y Tom Richter, que tardó un momento en contestar, respondió:

—Bueno, creo que eso depende de la esposa.

Luego le pidió a Alexander un pequeño favor. Uno de sus sargentos más jóvenes había resultado herido e iba a volver a casa; era originario de San Diego, pero estaba dispuesto a trabajar en cualquier parte; ¿no tendría Alexander algún trabajo para él en su empresa de construcción? Resultó que Alexander había firmado contratos para construir cuatro casas más, aun a sabiendas de que Phil ya tenía demasiado trabajo. Aceptó gustoso ayudar a su amigo y fue así como conoció a Shannon Clay.

Shannon, de veintidós años recién cumplidos, había entrado en combate en Corea el 9 de mayo de 1952 y fue declarado desaparecido en combate tres días más tarde. La patrulla de reconocimiento a la que pertenecía sufrió una emboscada y perdieron el contacto con el cuartel general, y mientras esperaban la evacuación por helicóptero estalló un tiroteo que acabó con la vida de todos los miembros del equipo de Shannon y lo dejó a él con una bala alojada en la pierna. Estuvo cuatro semanas en territorio enemigo, viviendo en el bosque, antes de ser recogido por otro helicóptero que sobrevolaba la zona. Alexander y Tatiana creían que cualquier hombre capaz de sobrevivir, solo y herido,

durante un mes en las montañas de Corea podría hacer bien cualquier cosa que se propusiese. Shannon andaba con una ligera cojera por la bala que todavía tenía alojada en el muslo, pero su expresión era afable, tenía buena presencia, estaba ansioso por complacer y era educadísimo e increíblemente trabajador.

Shannon cayó bien a Alexander al instante, y le cayó aún mejor cuando Tatiana dijo que era un chico maravilloso al volver de tomar una copa con él.

—Pero está muy solo. ¿Conocemos a alguna chica soltera? —dijo ella.

Un sonriente Alexander quiso saber si de veras Tatiana le estaba preguntando si conocía a alguna chica soltera.

—He dicho nosotros, Shura. Si la conocemos nosotros.



Una tarde, mientras Alexander y Shannon estaban en el despacho, Tatiana pasó a saludarlos. Se acababa de tropezar con Amanda en la calle. En cuanto hubo traspasado la puerta del despacho de Alexander, Shannon se levantó de golpe y dijo:

—Tania, ¿es que no me vas a presentar a tu amiga?

Sin disimular su frialdad, Tatiana presentó a un sonriente Shannon a una sonriente Amanda. Dos días después, los cuatro salieron a cenar a Bobo's. A Amanda le gustó mucho Shannon («¿Cómo no iba a gustarle —dijo Tatiana—, con sus modales tan educados y esos ojos azules e inocentes?»), pero a Shannon le gustó muchísimo Amanda.

—Bueno, ¿y qué te parece nuestro adorable Shannon como novio de Amanda? —le preguntó Tatiana a Alexander esa noche cuando se cepillaban los dientes, antes de irse a la cama.

—Hummm... —contestó él, enjuagándose la boca.

—¿Qué pasa? ¿Tú también tienes tus reservas?

Escupió en el lavabo.

—Yo no, pero creo que Amanda sí. Él parecía prendado de ella, pero ella no estaba tan prendada de él. —Se encogió de hombros—. Mujeres...



Tatiana se examinó la cara en el espejo del baño.

—No sé de qué te sorprendes. Shannon es un chico bueno y decente, y a Amanda le gustan los hombres malos.

—Ah, ¿sí? —Alexander miró a Tatiana de soslayo—. ¿Y qué clase de hombres le gustan a mi mujer?

—A mí me gusta —contestó ella, sonriéndole a través del espejo— el chico más malo de todos.

Shannon y Amanda no necesitaron a Tatiana y Alexander después de su primera salida juntos. Se comprometieron dos meses más tarde, en marzo de 1953, en torno a la fecha de la muerte de Stalin (aunque Shannon sostuvo que ambos hechos fueron simultáneos y no consiguientes, a diferencia, por ejemplo, de la detención y la ejecución de Lavrenti Beria), se casaron en junio y el mes de marzo siguiente tuvieron a su primer hijo.

### *Hijos, hijos, hijos*

Amanda no fue la única en dar a luz a un hijo ese mes.

¿Qué demonios estaba pasando en Phoenix? Alexander no podía dar un paso para ir al mercado de la Indian School Road, a buscar comida, a comprar helado o a pasear por el Apache Trail sin ver sillitas, cochecitos de bebé, gemelos y críos pequeños por todas partes. Cuando iba a jugar a la pelota con Anthony a Scottsdale Commons, sólo veía recién nacidos por todas partes, como lirios en un campo en primavera, niños, niñas, vestidos de azul, de rosa, de amarillo o de verde, regordetes, blancos, negros, morenos y de todos los colores. Los barracones para matrimonios de Yuma, donde se hospedaban una vez al mes, estaban a rebosar de cochecitos dispuestos en fila en la puerta. ¿Que iban a ver las ciudades fantasma de las montañas Superstition? Bebés por todas partes. ¿El museo de Pueblo Grande? Retoños por todas partes. ¿Por qué tenían que ir los bebés al Indian Museum? ¿O al monumento nacional del desierto de Sonora? Alexander no podía ver los gigantescos saguaros de la cantidad de bebés que le tapaban la vista. Era el primer tema de conversación de

cualquier encuentro, y también el último. ¿Quién volvía a estar embarazada? ¿Quién acababa de tener un niño, quién iba ya por el tercero? ¿Cuándo iban a mudarse a una casa más grande y cuántos hijos más habían planeado tener? Alexander lo convirtió incluso en el lema de la eficacia de su negocio. Les dijo a todos los trabajadores a los que contrataba y a los futuros propietarios de las casas con los que hablaba que su objetivo consistía en construir con el mismo nivel de calidad pero en menos tiempo de lo que una mujer tardaba en crear un ser humano.

Un día, le dijo a la única mujer que no se quedaba embarazada:

—Ya está. A partir de ahora me encargo yo. Es obvio que tengo que tomar cartas en el asunto.

Ella sonrió.

—¿Cartas? Pues entonces a ver si se trata de un pequeño error de procedimiento y nos estamos equivocando en algo...

Se dedicó a la tarea de hacer un hijo de la misma forma que se dedicaba a la tarea de hacer cualquier otra cosa: diligente, incansable y concienzudamente, entregándose en cuerpo y alma. Durante un año se empleó a fondo en esa tarea, y hasta dejó de fumar dentro de la casa, diciendo que la nicotina no era buena para los pulmones antaño tuberculosos de Tatiana.

—Es tu casa —le decía ella—. Fuma donde te dé la gana, y no voy a engendrar al bebé en los pulmones.

Esperaban; Alexander contenía la respiración los días en torno a la fecha en que sabrían si estaba embarazada o no, y cuando pasaba otro mes con una respuesta negativa, Alexander soltaba el aire y seguía trabajando y construyendo otro mes entero. Puede que no hubiese más niños para ellos, pero sí contaban con la posibilidad de remojarse en la piscina... ¡en pleno diciembre! Por las noches se daban un chapuzón en el agua templada de la piscina, bajo las estrellas del desierto. Y otras veces ni siquiera estaba templada, pero ellos se daban un chapuzón igualmente, arrojándose en cueros al agua... ¡y qué agradable era la sensación del agua helada sobre la piel desnuda!

Puede que no hubiese más niños para ellos, pero sí contaban con la voz de Rosemary Clooney «que quería un pedazo de su corazón», y de las Andrew Sisters, que «querían ser amadas», y con la realidad de Alexander haciendo el amor a Tatiana de noche en una de las tumbonas de la piscina mientras él tarareaba canciones de amor y, Tatiana, sujetándole la cabeza, le decía:

—¡Chsss, chsss!

Mientras tarareaba la canción de los barqueros del Volga que también había entonado en su avance por el territorio de Bielorrusia, Alexander construyó un camino de gravilla de entrada a la casa flanqueado por piedras, fabricó una cancha de baloncesto de cemento para él y para Anthony y elaboró una cubierta para proteger los coches del sol.

Pertrechado con la *Danza de los marineros rusos* que había tarareado cuando se aproximaba al campo de exterminio de Majdanek en Polonia, intentó deshacerse de los cholla. Las púas del cholla penetran y se alojan en cualquier cosa que encuentren cerca: en el cuero, la goma, los guantes, las suelas de las botas de Alexander... penetran para polinizar, y luego brota y germina, imbuido de espíritus malignos, el cholla.

—Papá —dijo Anthony, que estaba ayudándolo—, ahora estás en Estados Unidos y eres un oficial. Aquí cantamos *El himno de la batalla de la República* cuando conquistamos a los cactus cholla. ¿No te sabes la letra? ¿Quieres que te la enseñe?

Con *Varshavianka* en los labios, Alexander plantó palmeras y agaves, construyó parterres de albañilería para el jardín de flores de Tatiana (que a ella le parecieron «bonitos y simbólicos») y dispuso un sendero serpenteante de terracota alrededor de las yucas y los palos verde. Después de cenar se paseaban por los caminos que Alexander había abierto entre el exuberante follaje desértico. Los ocotillos, las chumberas, los algarrobos aterciopelados, los lupinos de color púrpura, las amapolas del desierto... todos florecían en su cuidado Jardín de Verano junto a las montañas. Y a sus pies, entre los imponentes saguaros, las luces del valle brillaban y se multiplicaban, las tierras de cultivo habían ido desapareciendo hacía tiempo, las urbanizaciones habían crecido como setas y contaban con

alumbrado público, asociaciones vecinales, piscinas, campos de golf, cochecitos de bebé y casas que Alexander construía para las mujeres que se acababan de quedar embarazadas y los ansiosos maridos de éstas.

Tatiana se agarraba del brazo de Alexander y levantaba la vista para mirarlo cuando éste hablaba de construir casas, de Shannon, de Richter aún en Corea y de los franceses librando batallas mortales en Dien Bien Phu... y a veces Alexander habría jurado que ella no estaba escuchando ni una sola palabra de lo que le decía, que se limitaba a quedarse boquiabierta, sin mover ni siquiera una pestaña, como si... casi como si... como si llevara el uniforme y ella llevase la ropa de la fábrica, y como si él tuviese el rifle colgado del hombro y ella se hubiese soltado el pelo, y como si estuvieran paseando por Leningrado, por las calles y los bulevares, por los canales y las estaciones de ferrocarril en el primer verano de sus vidas, cuando la guerra los unió por vez primera antes de volver a separarlos.

Mientras tanto, el hijo único, el único y estupendo hijo que habían conseguido tener, tocaba la guitarra en la terraza, aprendiendo las canciones mexicanas de Francesca y las rusas de su propia madre. Tatiana se las tarareaba y Anthony rasgueaba el instrumento con la melodía, y ella se echaba a llorar cuando las escuchaba. Y él daba serenatas a su padre y a su madre con *Corazón mágico* y *Noches de Moscú* mientras paseaban, fumaban y charlaban en el cálido crepúsculo de la tarde.

Y luego, por la noche... el amor.

Y luego... pasaba otro mes.

### *Anthony ve a su madre besar a Santa Claus*

Tatiana acababa de darse un baño y estaba recostada en la cama, cepillándose el pelo e inclinada hacia delante mientras Alexander desplegaba la versión definitiva del proyecto para su nueva casa. Con el lápiz en ristre, él la condujo por el camino de entrada mientras le enseñaba

el plano: primero la elevación, luego el interior de la casa y luego la elevación posterior, y por último el diseño de la cocina.

—Es enorme, como si estuviera en expansión —comentó Tatiana.

—Sí. Nuestra casa de adobe en expansión tiene la forma de una luna creciente de Lazarevo —dijo Alexander—, que se extiende describiendo una curva hacia las canchas de baloncesto y los garajes.

—Me encanta el aspecto que tiene.

—Se entra por unas puertas de oro falso... —Alexander alzó la vista para mirarla, con la esperanza de que aquella referencia le recordase las otras puertas de oro, las puertas de oro de ley que abrían cierto jardín poblado de olmos en cierto río de noches blancas. Por el aspecto ensoñador de Tatiana, echada sobre la cama, se diría que se acordaba. El proyecto como juego amoroso previo. Asintiendo con la cabeza a modo de aprobación tácita para consigo mismo, Alexander continuó—: A través de esas puertas se accede a un patio cuadrado de travertino con palos de fierro alrededor de una fuente circular y luego se sigue hacia el corazón de la casa: la cocina, el pasillo, la sala de estar, el cuarto de juegos, la biblioteca, y el largo y amplio salón comedor junto a la despensa. Está bien, ¿verdad?

—Pero ¿qué tamaño tiene ese salón comedor exactamente?

Lo examinó más de cerca.

—Siete metros por cinco. Con chimenea.

—Eso es muy grande —dijo ella.

—Es que estoy pensando en términos generacionales —repuso él en tono alegre—. Porque dentro de tres generaciones, aquí habrá un montón de niños. Mira, la cocina comunica con el estudio por una galería, con ventanas que van del suelo al techo para plantas, y la pared larga del fondo para fotos y recuerdos. Y allí, a la izquierda, están los dormitorios de los niños. Y aquí, a la derecha, está nuestro apartado dormitorio principal...

—¿Así es como lo llamas? ¿Dormitorio principal?

—Yo no lo llamo así, se llama así. ¿Me estás escuchando o te estás insinuando?

—¿Y por qué no puedo escucharte e insinuarme? Está bien, está bien, te escucho. —Tatiana se puso seria—. ¿Qué es esto?

—Una chimenea que da al dormitorio y también al baño que hay dentro del dormitorio —contestó Alexander—. Y eso de fuera es un jardín privado con vistas a las montañas y, además, al valle. Y voy a construir una valla para que podamos hacer un fuego en privado cuando queramos.

—Me gusta la chimenea en el dormitorio —dijo ella en voz baja mientras seguía cepillándose el pelo, pero ahora más rápido—. Me encantaría tener una aquí.

—Sí, bueno; en las casas móviles no construyen chimeneas —dijo Alexander—. La casa es toda de piedra caliza, de losa y terracota, y con tablones de madera en el suelo. Salvo nuestro dormitorio... donde hay moqueta de un extremo a otro. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Un porche cubierto recorre la totalidad de la curva interna de la parte posterior de la casa. Por aquí hay un patio y un camino que lleva a la piscina.

—Es todo extraordinario —se admiró ella.

—Los baños son blancos —prosiguió él— como a ti te gustan. La cocina es blanca. Pero mira aquí, ¿ves esa isla? Es una de las particularidades más importantes de toda la casa.

—¿Todavía más importante que la chimenea entre la cama y la bañera de hidromasaje?

—Casi —dijo Alexander—. Imagínate esta isla de granito negro, como esquisto de Vishnu, en medio de tu cocina de ensueño, como el corazón de la casa. En esa isla preparas comida y haces la masa del pan. Es ahí donde tus hijos y tu marido se sientan en taburetes con cojines y se comen el pan que tú les haces y el café que tú les preparas y gritan y discuten y leen el periódico y hablan de cómo les ha ido el día. Es el principio, la mitad y el final de todos los días. Suena la música y en tu cocina nunca reina el silencio.

—Aislada y sola en las montañas —murmuró Tatiana.

—Sí —dijo Alexander—. Intimidación para gritar, para llorar, para nadar, para dormir. Intimidación para todo.

—Shura —dijo ella con voz aterciopelada—, es un bonito sueño. Lo veo, lo veo todo. Lo siento en las entrañas. En cuanto me quede embarazada, construiremos nuestra casa.

Señalando la necesidad creciente de intimidad ahora que Anthony se estaba haciendo mayor y que era mucho más consciente de todo cuanto ocurría alrededor en la casa, Alexander, que había pasado nada menos que cuatro años modificando, ajustando y perfeccionando los planos, sugirió con mucho tacto construir la casa de todos modos. Tatiana se negó, también con mucho tacto.

—¿Y quién se va a encargar de los tablones del suelo, de elegir las molduras, el color de la pintura y los pomos de las puertas? Eso es un trabajo a jornada completa. Amanda puede hacerlo, pero ella no trabaja. Yo ya tengo bastante con la casa y el trabajo.

Alexander permaneció callado durante lo que le pareció una hora, examinando los planos extendidos sobre la colcha de color crema y carmesí.

—Pues no trabajes tanto —dijo al fin, mirándola a los ojos. Desde la otra punta de la cama, Tatiana le dedicó una mirada amorosa y benévola.

—Shura, en cuanto me quede embarazada dejaré de trabajar. Construiremos nuestra casa. ¿A qué vienen tantas prisas? —Sonrió—. Por ahora tenemos todo lo que necesitamos —susurró—. Y tenemos muchísima intimidad. —Tatiana soltó el cepillo, se quitó la bata y se echó sobre la cama, justo encima de los planos de la casa. Echando la cabeza hacia atrás y estirando los brazos, murmuró—: Aquí, en tu cama, de espaldas, tienes a una mujer tumbada y desnuda con el pelo suelto, como a ti te gusta, como tú quieres... ¿Qué dices a eso...?

—Hummm, pero no arrugues los planos, por favor...



Pasó otro año. Pagaron las letras del préstamo hipotecario sobre la tierra, aumentaron los sueldos de todos sus trabajadores, contrataron a más empleados y, en Navidades, recibieron la visita de la tía Esther y de Rosa,

y de una desgraciada Vikki y un hosco Richter, que acababa de regresar de Corea. Repartieron regalos de Navidad carísimos y dieron grandes fiestas; los domingos celebraban unas barbacoas estupendas, salían a cenar todos los sábados y realizaban largos viajes los domingos que pasaban juntos, atravesando Arizona de punta a punta y haciendo recorridos a caballo por las montañas.

Hicieron reformas en la cocina y compraron electrodomésticos nuevos. Alexander acabó los estudios y obtuvo el título de arquitecto. En invierno de 1954 empezaron a ver la televisión. Tatiana dejó que Alexander no reparase en gastos y le permitió comprarle uno de los nuevos aparatos en color, en el que vieron *The Singing Cowboy* y *Death Valley Days*, *I Love Lucy* y *The Honeymooners*. A veces, cuando veían la televisión, Alexander se recostaba en el regazo de ella, como si estuviesen delante del fuego en Lazarevo. Y a veces Tatiana se echaba en el regazo de él. Y otras veces... tal como diría Marlene Dietrich, «eran más dulces sus besos que el vino».

En las Navidades de 1955, se les olvidó echar el pestillo a la puerta de su dormitorio y Anthony la abrió de improviso una noche, cuando ya era muy tarde. Puede que entrase porque había sufrido una pesadilla, o porque los villancicos sonaban demasiado altos en la radio del dormitorio de sus padres, pero el caso es que mientras en las ondas hercianas se oía *He visto a mamá besando a Santa Claus*, Anthony, de doce años de edad, vio a su madre, desnuda, debajo de su padre erguido, también desnudo; vio unas piernas flexionadas y unas manos blancas sujetándose con fuerza a unos poderosos brazos, y vio unos movimientos indescriptibles, y oyó a su madre emitir unos ruidos como si le estuviesen haciendo daño pero que a la vez no eran ruidos de dolor. Él también hizo ruido y Alexander, sin ni siquiera volverse, dejó de moverse, se tendió encima de Tatiana para taparla y dijo:

—Anthony...

El chico desapareció al instante, se esfumó, y dejó la puerta abierta de par en par.

Intentaron imaginarse qué habría visto él. Intentaron sentirse agradecidos por las otras cosas, completamente inexplicables, que podía



haber visto y que, por suerte, no había llegado a ver.

—¿Podemos construir una casa nueva ahora? —exclamó Alexander.

—¿Por qué? —repuso Tatiana—. Puedes dejar la puerta abierta, sin pestillo, en una casa nueva igual que en nuestra casa móvil. Pero ahora será mejor que vayas a hablar con tu hijo, Shura.

—Ah, conque resulta que ahora, de repente, es una casa móvil y no un remolque... ¿Y qué se supone que tengo que decirle?

—No lo sé, Alexander Barrington, pero vas a tener que pensar en algo, ¿o quieres que sea yo quien hable con él como tu madre hablaba contigo?

—Está bien, vamos a retroceder un pequeño paso hacia la realidad del mundo —repuso Alexander—. Mi familia y yo vivíamos en un piso comunal donde nuestro vecino de la habitación contigua se pasaba el día trayéndose a las putas que encontraba en la estación de tren. Mi madre tenía una responsabilidad: trataba de protegerme contándome historias horribles de enfermedades venéreas. Yo no necesito proteger a mi hijo de eso; creo que lo que ha visto esta noche lo mantendrá alejado del sexo para el resto de su vida.

Al día siguiente, Anthony fue directo a encerrarse a su habitación en lugar de sentarse a la mesa de la cocina para hacer sus deberes y hablar con Alexander. Tatiana llegó a casa y cenaron. Incapaz de mirar a su madre a la cara, Anthony se escabulló a su cuarto inmediatamente después de recoger la mesa. Ni siquiera quiso jugar al baloncesto, a pesar del ofrecimiento de Tatiana de darle una ventaja de diez puntos.

—¿Ha estado así todo el día? —preguntó ella.

—Pues sí —respondió Alexander—. Tampoco ha querido hablar conmigo a la hora del desayuno. Y estoy empezando a entender cada vez más a mi padre, la insistencia de mi madre que siempre le decía: «Ve a hablar con él, ve a hablar con él». En aquella época me parecía lo más gracioso del mundo. ¿Por qué será que ahora ya no me lo parece?

Tatiana lo llevó a empujones hasta la puerta del cuarto de Anthony.

—Pues a mí sí me parece lo más gracioso del mundo. Ve a hablar con él, ve a hablar con él...

Alexander no quería dar su brazo a torcer.

—Ahora que lo pienso... En realidad, a mí no me hacía ninguna falta hablar con mis padres, ¿por qué lo necesita Anthony?

—Porque sí. Déjate ya de excusas. Siempre me estás diciendo que eres tú el que se ocupa de él, pues anda, ve y ocúpate de él.

A regañadientes, Alexander llamó a la puerta. Después de entrar, se sentó en la cama junto a un callado Anthony y, tras respirar hondo, preguntó:

—¿Hay algo de lo que quieras hablar conmigo, campeón?

—¡No! —exclamó Anthony.

—Mmm... ¿Estás seguro?

Le dio unas palmaditas en la pierna para animarlo a que hablase. Sin embargo, Anthony no decía nada.

Alexander le habló de todos modos. Le explicó que los adultos, de vez en cuando, querían tener un hijo. Que los hombres tenían esto... y las mujeres aquello... Y que para crear un hijo tenía que haber una especie de acoplamiento, algo así como la ensambladura de mortaja y espiga en dos trozos de madera. Para llevar a cabo el acoplamiento con éxito, era necesario el movimiento (y era ahí donde fallaba la analogía de la ensambladura de mortaja y espiga, pero por suerte Anthony no hizo preguntas), y probablemente era ese movimiento lo que había asustado a Anthony, pero en realidad no había nada de que asustarse, sólo era la esencia del plan para la supervivencia de la especie humana.

Como recompensa a los encomiables esfuerzos de su padre, Anthony lo miró como si le acabasen de decir que sus padres se bebían la sangre helada de los vampiros todas las noches antes de acostarse.

—Que estabais haciendo... ¿qué? —Y luego, tras una pausa considerablemente larga, añadió—: ¿Mamá y tú estabais intentando... tener un hijo?

—Hummm... sí.

—¿Y tuvisteis que hacer eso antes, para tenerme a mí?

—Hummm... sí.

—¿Y es eso lo que tienen que hacer todos los adultos para tener un hijo?

—Sí.

—La mamá de Sergio tiene tres hijos. ¿Significa eso que sus padres tuvieron que hacer eso... tres veces nada menos?

Alexander se mordió el labio.

—Sí, hijo, sí —contestó.

—Papá —dijo Anthony—, no creo que mamá quiera tener más hijos. ¿Es que no la oíste?

—Hijo mío...

—¿No oías los ruidos que...? Papá, por favor...

Alexander se levantó.

—Bueno, pues muy bien. Me alegro de que hayamos tenido esta charla.

—Pues yo no.

Cuando salió de la habitación, Tatiana lo esperaba sentada a la mesa.

—¿Cómo ha ido?

—Ha sido —dijo Alexander— bastante parecida a la conversación que mi padre tuvo conmigo.

Tatiana se echó a reír.

—Más vale que haya sido mucho mejor que aquélla, porque la conversación con tu padre no fue muy eficaz que digamos.

—Tu hijo está leyendo cómics de la *Mujer Maravilla*, Tania —dijo Alexander—. No sé lo eficaz que puede llegar a ser nada de lo que yo diga en breve.

—¿La *Mujer Maravilla*?

—¿Has visto a la *Mujer Maravilla*? —Alexander negó con la cabeza y fue a por sus cigarrillos—. No importa. Pronto lo tendrá todo muy claro. Entonces, ¿me das luz verde para construir la casa o no?

—No, Shura. La próxima vez echa el pestillo de la puerta y ya está.

De modo que todavía no construyeron la casa. Anthony siguió leyendo la *Mujer Maravilla*, la voz le cambió y empezó a poner barricadas en la puerta de su habitación por las noches mientras, al otro lado de la casa móvil, al otro lado de la cocina y de la sala de estar, tras una puerta

cerrada con pestillo, la canción de *He visto a mamá besando a Santa Claus* sonaba sin cesar.

Aunque de vez en cuando, Alexander habría jurado oír a Rosemary Clooney cantándole que su madre tenía razón, que la noche tenía alma de blues.



Tatiana y Alexander estaban sentados junto a la piscina. Sonaba la música del transistor, él fumaba, ella iba dando sorbos a su taza de té, y las luces tenues y amarillas que bordeaban la piscina estaban encendidas. Habían estado charlando tranquilamente. De noche, en el desierto, rara vez sopla el viento, y en ese momento tampoco lo hacía. En la radio sonó una de las tonadas favoritas de Alexander, una balada lenta y triste, y él se levantó y dio un paso hacia ella. Tatiana levantó la vista y lo miró con aire titubeante, y luego soltó la taza de té. Él la ayudó a levantarse y luego la atrajo hacia sí. Le rodeó la espalda con el brazo, ambos entrelazaron las manos y en el borde de piedra de la piscina se pusieron a bañar al son del *Nature Boy* de Nat King Cole. Tatiana apretó su cuerpo contra el de él mientras se deslizaban trazando lentos bucles, dibujando pequeños círculos junto a las ondas azules de su piscina iluminada bajo las estrellas del cielo meridional de diciembre. Tatiana apoyó la cabeza en el pecho de Alexander mientras éste y Nat King Cole le cantaban sobre «el mágico día en que se cruzó en su camino», y cuando Alexander alzó los ojos, se vio a sí mismo, un chico de catorce años, embargado de vergüenza adolescente, de pie y viendo a su propio padre bailar pegado a su madre cerca de una hamaca en Krasnaia Poliana, veinte años antes, en 1935... al principio del fin. Aquélla había sido la última vez que vio a sus padres rozándose suavemente, rozándose enamorados, y cuando Alexander pestañeó y la imagen de sí mismo se desvaneció, vio a su propio hijo, Anthony, de pie en la terraza de madera de la casa, embargado de vergüenza adolescente viendo a su propio padre bailar pegado a su madre.

¿Acaso por última vez...?



Daba lo mismo lo juntos que bailasen Alexander y Tatiana, y lo cierto es que bailaban muy, muy juntos, pero seguía sin producirse el milagro de un hijo, y el tictac implacable del reloj se oía cada vez con más fuerza en todas las estancias de la casa, en los planos del proyecto de una mansión extendidos sobre la mesa. Convivía con ellos, el elefante blanco el doble de grande que la casa donde vivían, el elefante blanco que estudiaba con ellos los planos de su futura mansión y susurraba «¿para qué necesitamos un castillo hecho a medida con patios, fuentes, salones comedores, cuartos de juego y seis dormitorios si no va a haber más hijos?».

## Capítulo 10

### La muchacha del asedio

*La enfermera de guardia, la otra cara*

Un viernes por la noche de diciembre de 1955, Alexander llegó a casa del trabajo con Anthony y vio que (¡oh, milagro!). Tatiana ya estaba en casa. No sólo estaba en casa sino que llevaba un suéter de algodón ajustado de color crema con una falda de tubo negra. La mesa estaba puesta, las velas encendidas, la música en marcha y el vino servido.

—¿A qué huele aquí; qué es ese olor tan estupendo? —preguntó Alexander al entrar, desconcertado.

—A relleno de puerros con beicon —contestó ella alegremente.

Tatiana se acercó a él y apretó el cuerpo íntimamente contra el suyo para servirle la comida en el plato. Había preparado un asado con patatas al horno y relleno de puerros y beicon crujiente que a Alexander le pareció exquisito.

—¿Qué lleva? —Quiso saber él.

—Puerros y beicon —respondió Tatiana, riendo—. También dados de pan tostado, hecho con estas manitas.

—No esperaba menos.

—Unas cuantas zanahorias, algo de ajo, un poco de mantequilla, caldo de pollo, un poco de leche, todo guisado durante una hora aproximadamente. Me alegro mucho de que te guste, amor mío.

¿Amor mío?

De postre les preparó bollos de crema con salsa de chocolate y té negro ruso. Alexander estaba tan lleno que no podía moverse de la mesa.

—Sea lo que sea lo que hayas hecho, papá, tienes que hacerlo más a menudo. Mamá, esto estaba delicioso.

—Gracias, hijo.

Tatiana y Anthony estaban recogiendo los platos cuando Alexander preguntó:

—¿Y qué es exactamente eso que he hecho que ha sido tan maravilloso?

Y con los platos aún en la mano, Tatiana contestó:

—Tengo que daros una noticia, chicos. A ver si lo adivináis.

Alexander contuvo la respiración. «Por favor —pensó—, por favor... que sea... que sea...».

—¡Me han ascendido!

Alexander soltó el aire.

—¿Qué?

—¡Shura, me han hecho jefe de enfermeras de Urgencias! —Alexander siguió sentado en silencio. Anthony se levantó.

—Eso es estupendo, mamá —dijo, mirando a su padre—. Enhorabuena.

Alexander no dijo nada. Ahora entendía lo del suéter ceñido y el relleno de puerros.

—¿No te alegras por mí? —dijo ella, frunciendo levemente el ceño—. Me han dado un aumento.

—¿Ya has aceptado?

Tatiana tartamudeó al hablar.

—He dicho que tenía que hablarlo con mi marido, pero...

Asintiendo con la cabeza, Alexander la interrumpió.

—Muy bien, pues hablemoslo. —Miró a Anthony—. Pero ahora no, luego.

Anthony apartó la mirada. Más tarde, en la terraza de fuera, mantuvieron esa conversación.

—Cariño, un aumento, ¿a que es maravilloso?

—Sí, fantástico —dijo Alexander, fumando y sin mirarla a la cara—. Siete mil dólares. Tania, nuestros beneficios de la empresa el año pasado, después de pagar todos los gastos y los salarios, fueron de noventa y dos mil dólares. El negocio va viento en popa. Apenas si damos abasto a la demanda que tenemos. Nuestras tierras valen ahora diez mil dólares el acre. Eso son casi un millón de dólares, por si de repente se te han olvidado tus conocimientos de aritmética. Así que me alegro mucho por tu aumento de sueldo, pero... vamos a poner un poco de perspectiva en todo esto. —Alexander hizo una pausa—. Ese aumento, ¿viene acompañado de otro aumento en horas de trabajo?

—Sólo un turno más, cariño.

Alexander esperó a que siguiese hablando.

—Son sólo cuatro días a la semana. Tú trabajas seis días.

—Ya sé cuántos días trabajo, Tatiana —dijo—. ¿Cuándo va a ser ese turno extra?

Tatiana sufrió un ataque de tos y dejó de mirarlo directamente.

—Trabajaría los lunes, miércoles y jueves... y el viernes, de siete a siete, de siete... —Tatiana se interrumpió y añadió en voz muy baja—: El turno de noche.

—No te he oído —dijo Alexander—. ¿Qué has dicho?

—El turno de noche. De las siete de la noche del viernes a las siete de la mañana del sábado. —Debió de ver la expresión del rostro de su marido, porque se apresuró a añadir—: Pero estaré aquí el sábado con Anthony, como siempre. Y ya sé que tienes que ir a Yuma, pero tú y Anthony podéis pasar a recogerme por el hospital el sábado por la mañana y saldremos directamente desde allí. Yo dormiré en la camioneta. Estaré bien, de verdad. Ya verás como encontraremos una solución para todo. Lo siento, pero como jefe de enfermeras del servicio de urgencias tengo que trabajar la noche más agitada de la semana. Es una gran responsabilidad. —Él seguía fumando sin decir nada. Tatiana se acercó a él—. Tendré los martes libres, y los sábados y los domingos. Todas las demás enfermeras tienen que trabajar al menos un día del fin de semana...



—Ya desapareces de esta casa —la interrumpió Alexander—, ya dejas a tu familia catorce horas al día, tres días a la semana. Son cuarenta y dos horas que no pasas en esta casa. El miércoles llegaste casi a las ocho y media.

—Iris llegó tarde —dijo Tatiana a modo de excusa.

—Y ahora quieres desaparecer toda la noche —continuó él—, quieres desaparecer de la casa una noche entera a la semana... Yo no fui ni una sola vez a Las Vegas sin ti. No fui a Washington por Richter. No voy a Yuma ni a cualquier otra parte que me aleje de tu cama una sola noche ocasional... ¿y tú quieres trabajar de noche en ese hospital de mierda, todas las semanas, cincuenta y dos semanas, para siempre?

—Amor mío —dijo Tatiana en tono suplicante—, ¿qué puedo hacer? —Le tocó el brazo y él se apartó de malos modos. Tatiana se levantó para mirarlo de frente—. Ya sé que no te gusta mi trabajo —le dijo—. Nunca te ha gustado, pero esto es lo que hago; esto es lo que soy. Tengo que trabajar...

—Y una mierda. Trabajas porque tú quieres.

—¡Por nosotros!

—No, Tatiana, por ti.

—Bueno, ¿y tú por quién trabajas? ¿No trabajas por ti?

—No —contestó Alexander—. Yo trabajo por ti. Trabajo para poder construirte una casa que te complazca. Trabajo muy duro para que tú no tengas que hacerlo, porque tu vida ya ha sido bastante dura. Trabajo para que puedas quedarte embarazada, para que puedas cocinar, ir aquí y allá, recoger a Anthony de la escuela y llevarlo a baloncesto y a clases de guitarra y de ajedrez y dejar que tenga su propio grupo de música rock en nuestro nuevo garaje con Serge y Mary, y para que cultives las flores del desierto en nuestro jardín... Trabajo para que puedas comprarte lo que quieras, todos los zapatos de tacón, y la ropa ajustada y las batidoras de cocina que te dé la gana. Para que puedas celebrar reuniones Tupperware y hornear pasteles y ponerte guantes blancos para ir a almorzar con tus amigas. Para que puedas hacer pan todos los días para tu familia. Para que no tengas otra cosa que hacer más que cocinar y hacerle el amor a tu

marido. Trabajo para que puedas tener una vida color de rosa. Desde mi primera langosta en Deer Isle, hasta el último ladrillo de Scottsdale, pasando por cada paseo en barco en Coconut Grove, eso es lo que hago. ¿Qué haces tú, Tatiana?

Profundamente entristecida, dio un paso hacia él y luego se detuvo y abrió las manos con gesto impotente cuando Alexander le volvió la cara.

—Amor mío —le dijo—, por favor... No puedo dejar mi trabajo.

—¿Por qué no? La gente deja su trabajo todos los días.

—Sí, otra gente —dijo ella—. Pero demasiada gente depende de mí, tú lo sabes.

—Sí, y tu marido y tu hijo también dependen de ti, Tania. Los niños que no tienes también dependen de ti.

—Lo siento —le susurró, apretando los puños contra el vientre—. Ya lo sé... pero me quedaré embarazada, ya lo verás, es sólo cuestión de tiempo.

—Hace ya casi diez años que he vuelto —le espetó él—. Y el tiempo sigue pasando, tictac... —Con piernas trémulas, Tatiana se apartó de él. Alexander se levantó de pronto—. Muy bien, voy a decirte lo que pienso. Esto es lo que pienso —dijo con amargura—: déjalo o no lo dejes, acepta o no ese ascenso, pero si aceptas ese turno de noche, y escucha con atención lo que te digo, al final, no sé cómo ni cuándo, pero lo lamentaremos.

Y sin decir una palabra más, entró en la casa.

Más tarde, en la cama, Alexander dejó que le besara las manos. Estaba tumbado de espaldas, y Tatiana se acercó a él reptando desnuda, hasta arrodillarse a su lado. Tomó sus manos entre las de ella y fue besándolas muy despacio, dedo por dedo, nudillo por nudillo, presionándolas contra sus senos temblorosos, pero cuando abrió la boca para hablar, Alexander apartó la mano.

—Sé lo que estás a punto de hacer —dijo—. Lo he visto miles de veces. Adelante, tócame, acaríciame, dime cosas al oído. Dime primero que ya no ves mis cicatrices y luego convénceme. Siempre lo haces, siempre logras convencerme de que sea cual sea el plan que tienes, aunque sea una locura, es siempre lo mejor para ti y para mí —dijo—. Ya se trate

de volver a Leningrado en pleno asedio, de escapar a Suecia, a Finlandia, de huir a Berlín, el turno de noche... Ya sé lo que viene a continuación. Adelante, yo me conformaré sin dudarlo. ¿Quieres intentar que me conforme con tu idea de quedarte en Leningrado cuando te digo que para salvar esa cabeza tan dura que tienes no te queda más remedio que volver a Lazarevo? ¿Quieres convencerme de que escapar por territorio enemigo a través de los pantanos helados de Finlandia estando embarazada es la única salida que tenemos? Por favor... ¿Quieres decirme que trabajar todos los viernes por la noche sin dormir conmigo aquí, a mi lado, es lo mejor para nuestra familia? Inténtalo. Sé que al final lo conseguirás. — Miraba fijamente la melena rubia de su cabeza gacha—. Y aunque no lo consigas —siguió diciendo—, sé que al final vas a hacer lo que tú quieras. Yo no quiero que aceptes ese ascenso. Sabes que lo que deberías hacer es renunciar, y no trabajar en el turno de noche. Te estoy diciendo que el camino que estás tomando nos va a llevar a la ruina y a la discordia, y no a una vida feliz y armoniosa. Pero depende de ti, tú decides. Eso te define, como enfermera, como mujer, como esposa: servidumbre fingida. Pero tú a mí no me engañas, ambos sabemos de qué estás hecha por debajo de esa piel de terciopelo: de acero y hierro.

Como Tatiana no dijo nada, Alexander la atrajo hacia sí y la hizo tumbarse sobre su pecho.

—Me diste demasiado margen con Balkman —dijo, besándole la frente—. Mantuviste la boca cerrada demasiado tiempo, pero he aprendido de tu error. Yo no pienso mantener cerrada la mía, te lo digo desde el principio: tu decisión no es acertada. No estás previendo el futuro. Pero tú sabrás lo que haces.

Arrodillándose junto a él, Tatiana lo sujetó con la palma de una mano a la altura de la entrepierna, acariciándolo con suavidad, mientras con la otra mano le daba masajes hacia delante y hacia atrás.

—Sí —dijo él, entrelazando las manos por detrás de la cabeza y cerrando los ojos—. Ya sabes que eso me encanta, tus caricias enloquecedoras. Estoy en tus reconfortantes manos.

Lo besó y le susurró cosas al oído, y le dijo que ya no veía sus cicatrices, y si no logró convencerlo, al menos logró que se olvidase de todo durante las siguientes horas de oscuridad nocturna.



Tatiana aceptó su nuevo puesto y el dinero de Alexander fue al banco. Vivían del sueldo de ella y con eso tenían de sobra. De hecho, no tenían en qué gastarlo. Lo cierto es que Alexander le compró un coche nuevo a Tatiana. Ella quería algo deportivo, así que le compró un Ford Thunderbird rojo que acababa de salir al mercado y que hacía auténtico furor, para que su mujer pudiese sentir el viento en la cara y en su cofia de enfermera cuando salía volando al hospital a trabajar en su turno de noche de los viernes.

Gastaban el dinero en ropa y zapatos. Con su espléndida figura, Tatiana compraba vestidos de diseñador, lo último en pantalones pirata, zapatos de tacón de aguja y ropa interior de seda. Le compraba a Alexander ropa informal, camisas de rayón, calzoncillos largos y jerséis, y trajes que no eran de franela gris sino de lino y algodón, para que cuando saliese sin ella a tomar una copa los viernes por la noche estuviese deslumbrante.

Anthony era el chico mejor vestido de toda la escuela. El más elegante, el más alto, el más fuerte, el más atlético y el más guapo de todo Phoenix. No había nada que Anthony no pudiese hacer. Tras haber aprendido de su propia experiencia, Alexander trató de imprimir en su hijo desquiciantemente bueno y confiado cierto carácter reservado y circunspecto, y lo animó a conservar cierto aire de seguridad en sí mismo cuando de las relaciones con el sexo opuesto se trataba. Sentía bastante ansiedad con respecto al futuro de Anthony, pues el terreno de juego era bastante irregular.

La familia de Alexander se paseaba por las calles de la ciudad con aire resplandeciente, impolutos, con estilo. Marido e hijo bronceados, morenos y musculosos, el uno la versión en miniatura del otro, con la ropa perfectamente planchada, sin una sola arruga. Y qué decir de ella...

Menuda pero inmensa con sus tacones, todavía llena de pecas, rubia y bien dotada, arrebatadora aún, siempre del brazo de su marido. Las familias con hijos para las que Alexander había construido casas los paraban en la calle principal, cerca de la escuela, estrechaban la mano de él, le ofrecían habanos, una copa, pequeños obsequios, al tiempo que le expresaban lo mucho que les gustaba su nuevo hogar, su admiración por el trabajo que había llevado a cabo en sus casas.

Y una vez, un hombre algo mayor se puso de rodillas, aunque no delante de Alexander, y se echó a llorar y dijo: «Yo la conozco. La reconocería en cualquier sitio. Gracias por salvar a mi hijita».

Habían pasado varios meses desde que Alexander y Tatiana hablaron por última vez de construir la casa. Tal vez varios meses era quedarse muy corto.

Habían pasado varios meses desde que hablaron por última vez de tener otro hijo. Tal vez varios meses era quedarse muy corto.

Estaban muy, pero que muy ocupados.

Alexander no sabía decir cuándo había tenido lugar el cambio, porque todo había sido muy paulatino, como el lento desgaste de la costa, como la suave erosión de las dunas. Pasaban los años sin que nadie se diera cuenta, y de repente, al mirar, las dunas habían desaparecido; pero un día, al asomarse al armario y ver el uniforme blanco de enfermera de ella, Alexander no sólo no sintió el menor vestigio de excitación, sino que percibió claramente en el pecho una mezcla fría de ira y rechazo.

### *La cocinera rusa*

Los viernes por la noche Alexander cuidaba de Anthony, pero el chico se fue haciendo mayor, cada vez era más autosuficiente y a menudo prefería salir con sus amigos. Alexander también empezó a salir con sus amigos, a tomar una copa o a ir a casa de Johnny a jugar al póquer. Joven y soltero, alegre y con grandes niveles de testosterona en el cuerpo, Johnny era su último capataz. El negocio era muy exigente y después de trabajar

duro, a Johnny le gustaba relajarse de verdad. Shannon y Skip, que jugaban al póquer con ellos, tenían que estar de vuelta en casa a medianoche, pero Johnny no tenía que estar en ninguna parte a ninguna hora, así que él y Alexander salían con una pandilla de sus antiguos amigos.

Los viernes, Alexander podía volver a casa a medianoche, a las dos, a las tres, y una vez fue a un club de *striptease* del centro en compañía del bueno de Johnny y su amigo Tyrone y volvió a casa a las cuatro y media (no eran las cinco y ocho minutos pero sí muy tarde), y completamente borracho. En la casa reinaba el silencio. Anthony estaba en casa de Francesca. Nadie sabía a qué hora había vuelto a casa, a nadie le importaba. No pasaba nada. No había una sola voz en el desierto que llorase, que se enfadase, que dijese: «Cariño, ¿sabes qué hora es? ¿Dónde has estado? Por favor, no salgas hasta tan tarde. Te estoy esperando entre las sábanas cálidas de nuestra cama. Te esperé en Coconut Grove, y en Bethel Island, y también te he esperado en esta casa, inclinándome por encima de la mesa con mi bata de seda, deliciosa y sin nada debajo». Pero eso era antes; ahora, lo único que recibía Alexander todos los sábados por la mañana a las ocho era la caricia de la manita de Tatiana en su cabeza, sus labios en la mejilla, murmurándole: «Marido mío, despierta... Son las ocho, tienes que irte a trabajar. Venga, dormilón. ¿Lo pasaste bien anoche con esos amigotes tuyos?».

A principios del verano de 1956, Shannon y Alexander estaban bebiendo a solas en el Maloney's de Stetson. Skip había discutido con Karen, su mujer, que estaba embarazada, y en ese momento estaban haciendo las paces. Phil nunca iba a tomar una copa sin Sharon y Johnny había salido en busca de nuevas féminas a otros territorios. Alexander y Shannon hablaron de la malísima temporada de los Red Sox, de la bomba de plutonio, de la posibilidad de incluir refugios atómicos en las casas de nueva construcción, y de Israel, Egipto y el conflicto de Suez. Charlaron sobre las elecciones presidenciales y sobre si Adlai Stevenson tenía alguna posibilidad de derrotar a Eisenhower. Hablaron de la guerra civil que se había desatado en Indochina tras la derrota de los franceses... pero Alexander advirtió que a Shannon le preocupaba algo. Cuando al fin le

preguntó si todo iba bien, Shannon eludió hablar del asunto, pero al final, hacia la medianoche, cuando tenía que irse a casa, le soltó que, sencillamente, no sabía cómo iba a seguir siendo monógamo el resto de su vida.

—Joder, es que... —dijo Shannon—, no te creerías las excusas tan rocambolescas que llega a darme para que no lo hagamos. Y eso que sólo hace tres años que nos casamos. Alexander, te juro que algunas no las había oído nunca. Dice que después no consigue conciliar el sueño y al día siguiente no rinde en sus tareas diarias, ¿no te parece increíble? «Si me contratas a una asistenta me acostaré contigo», me dice. Y yo le digo: «¿Y por qué no me acuesto con la asistenta y ya está?».

—Bien dicho —comentó Alexander—. Seguro que eso le sentó muy bien.

Shannon continuó hablando muy encendido.

—O me dice: «¿Cómo puedes pensar en el sexo? ¿Es que no has leído lo que está pasando en el canal de Suez?». ¡Alexander! ¿No puedo echar un polvo porque hay conflictos en Oriente Próximo? Si la paz en esa región fuese un criterio para practicar el sexo, ¿se extinguiría la raza humana!

Alexander se echó a reír.

Shannon, que a todas luces necesitaba desahogarse y era incapaz de hacerlo delante de otros hombres, le contó a Alexander en un torrente de palabras que sus relaciones matrimoniales no sólo se habían vuelto más esporádicas, sino que lo que quedaba de ellas era tan rudimentario que casi se asemejaban a una masturbación.

—Me dice: «Mañana tengo que levantarme temprano para cuidar de tus hijos. ¿Puedes acabar cuanto antes, por favor? No te preocupes por mí, preocúpate sólo por ti. Estoy bien, no necesito nada».

—Bueno, pues Amanda es una esposa muy considerada —dijo Alexander—. No sé de qué te quejas.

Shannon le contó que se sentía cada vez más atraído por otras mujeres, que se excitaba al ver a perfectas desconocidas por la calle. No dejaba de tener fantasías con las esposas de otros que venían a las reuniones en su

casa, las que acudían a las obras a ver el estado en que se encontraban sus casas. Fantaseaba con las dependientas, con las bibliotecarias, con otras madres con niños pequeños...

—Básicamente, con cualquiera que lleve faldas —dijo Shannon y, acto seguido, se apresuró a añadir—: Pero no con enfermeras, eso no, nunca. Eso me quita las ganas, completamente. Puaj... Para mí son como si fueran hombres.

—Muy bien, sargento. —Con una sonrisa de aprobación, Alexander dio a Shannon una palmadita en la espalda y lo invitó a otra copa—. No sé qué decirte, amigo mío. Estás jodido.

—Y que lo digas. Pero te lo advierto, te vas a quedar sin capataz muy pronto, porque a este paso me van a detener por la clase de pensamientos obscenos tan gráficos que tengo sobre otras mujeres. Todas con esos sostenes acabados en punta y esos suéteres tan ceñidos... con las faldas de vuelo y esas medias con costuras... Me paso el día soñando con ligueros y combinaciones... —Shannon hizo una pausa y bajó la voz—. Hasta con las fajas...

—¡No, por favor! —exclamó Alexander—. ¡Con eso no! Nunca en toda la historia de la moda femenina se había inventado algo peor.

El ligüero, con sus medias de nailon, los corpiños de raso, rendijas de muslos, atisbos de bragas y de la promesa de alcanzar el cielo... todo eso estaba en un pedestal real, pero la faja era algo sencillamente horroroso. Tania no tenía ninguna.

—¿De veras te lo parece? —dijo Shannon, restregándose la cara sonrojada—. Pues a mí me parecen de lo más seductoras. ¿Ves ahora la gravedad?

—Lo veo, lo veo. Es muy grave, verdaderamente.

—¿Cómo lo consigues tú, Alexander? ¿Cómo consigues no perder el juicio? Te pasas el día rodeado de un enjambre de mujeres. Siempre las tratas con actitud distante, pero yo las veo intentando coquetear contigo. ¿Es que no te das cuenta? ¿Y no te parecen atractivas?

—Pues claro que me doy cuenta, es inevitable —respondió Alexander—. Pero conmigo no es lo mismo, Shannon. Yo fui muy listo, ¿sabes?



Verás, yo ya salí con todas, sin ligeros, antes de casarme. Y ahora que estoy casado, no necesito el sexo.

Esbozó una enorme sonrisa.

La boca ebria de Shannon se abrió en un círculo perfecto de asombro.

—¿Me tomas el pelo?

—Sí —contestó Alexander, con el semblante muy serio, y ambos se echaron a reír y entrechocaron las copas y brindaron.

Shannon dijo que ya no podía seguir haciendo caso omiso de lo aburridas que se habían convertido las sesiones de cama de su matrimonio.

—¿Es así como va a ser siempre? ¿El resto de mis días? ¿Es ése todo el sexo del que voy a disfrutar, una vez por semana y gracias?

—¿Y por qué no pensaste en eso antes de casarte con ella?

—¡Amanda era una diosa del sexo antes de casarme con ella! Primero me atrapó y luego me dijo que se acabó lo que se daba.

—Ya lo creo, amigo mío, ya lo creo...

Steve Balkman ya lo había augurado, eso era cierto, pensó Alexander. Había dicho que Amanda sólo fingía disfrutar del sexo para casarse con él. Y pensar que aquel malnacido tenía razón en todo...

—Alexander... —preguntó Shannon con cuidado—, ¿Tania nunca te ha engatusado a ti con eso?

Alexander lo meditó antes de contestar.

—Todavía no —dijo al fin—. Pero algunas mujeres son un completo misterio. ¿Quién sabe qué vendrá luego?

—¿Ella es un misterio para ti?

—Sí —contestó Alexander—. Un completo misterio.

—¿Y cómo consigues controlar lo otro?

—¿Qué es lo otro?

—Ya sabes... lo de una sola mujer. —Shannon se esforzó por encontrar las palabras adecuadas—. Me refiero a que... ya sé que te gusta el bistec, ¿y a quién no? El solomillo de ternera es exquisito, pero... ¿todas las noches? ¿De vez en cuando no te apetece salir a probar una buena hamburguesa de las de antes?

Alexander frotaba el vaso de cerveza con aire pensativo.

—Creo que el truco está —dijo al final— en casarte con una mujer que sepa cocinar una amplia variedad de opciones del menú para que no tengas que salir a comer fuera. Porque tienes razón. De vez en cuando, lo único que hace falta es un pequeño tentempié norteamericano. Pero a veces quieres una cena rusa completa con postre y todo.

—¡Exacto! —dijo Shannon—. Y yo he estado en vuestra casa. Tania es muy buena cocinera. —Alexander asintió y se encendió un cigarrillo—. Y sabe hacer de todo. Nos preparó fajitas, lasaña y algo de comida rusa... ¡Ah! Esos *blinchiki* estaban buenísimos...

—Sí, los *blinchiki* son su especialidad rusa —convino Alexander—. Sólo los prepara en ocasiones especiales. Pero ¿qué me dices de esos increíbles boniatos con ron y malvavisco que preparó para Acción de Gracias? Ah, y no te olvides del plátano macho. Cuando vivíamos en Coconut Grove, todo lo cocinaba con plátano macho. No comí nada más que plátanos todos los días, preparados de todas las formas imaginables, durante meses. —Alexander sonrió y dio una honda calada al cigarrillo—. También hace pasteles.

—Sí, prepara las tartas de vainilla, los merengues de limón y los bollos de crema más deliciosos que he probado en mi vida.

—Shannon, deja ya de pensar en las dotes culinarias de mi mujer.

Se quedaron con la mirada perdida en sus cervezas.

—Creo que tengo hambre —dijo Shannon—. Hemos bebido mucho pero no hemos comido nada. ¿Quieres pedir algo?

Miraron a su alrededor. Sólo había unos cuantos clientes sentados en las sillas, casi todos hombres.

—Esperaré a llegar a casa —contestó Alexander, volviéndose hacia su vaso—. Sé que me ha dejado algo en la parte más fría de la nevera.

Shannon miró fijamente a Alexander.

—Oye, ¿y por qué no le dices que no quieres que trabaje más? Es muy sencillo.

Sin levantar la mirada del vaso, Alexander tardó unos minutos en contestar.

—Shannon —dijo al fin—, el algoritmo tridimensional del divide y vencerás de por qué Tatiana sigue trabajando es demasiado complicado para poder explicártelo después de beberme seis puñeteras cervezas. Dejémoslo.

—Hummm... Sí, creo que será lo mejor —murmuró un aturrido y borracho Shannon.

Ese domingo todos fueron a una barbacoa a su casa; Tatiana sacó una bandeja de comida al patio y preguntó:

—Shannon, ¿qué te apetece? Aquí traigo algo de lomo, pero también hay hamburguesas en la parrilla si te apetecen.

La mirada horrorizada de Shannon fue de Tatiana a Alexander, quien mantuvo la boca cerrada y muy apretada para contener la risa. Ella no movió un solo músculo de la cara.

Alexander la siguió a la barbacoa y le susurró, inclinándose para hablarle al oído:

—Eres muy, muy mala. Nunca volverá a contarme nada.

Tatiana se volvió hacia él y le dio una bandeja con hamburguesas y panecillos tostados.

—Soy muy, muy buena —replicó ella—. Dile a Shannon que cuando tú tienes hambre, yo te doy de comer.

### *Shannon come al fin*

Unos meses después, Amanda llamó a Tatiana al hospital y le preguntó si podía verla. El primer impulso de Tatiana fue decirle que no; tenía demasiado trabajo para quedar y estar de cháchara con ella, y que los cuarenta y cinco minutos libres que tenía a mediodía los reservaba para estar a solas o sentarse con las demás enfermeras o los médicos de guardia. Sin embargo, Amanda parecía tan desesperada por teléfono que Tatiana no pudo negarse. Quedaron en un pequeño restaurante cerca del hospital. Amanda trajo consigo al bebé, que dormía en su cochecito, y dejó al otro pequeño al cuidado de la abuela. Amanda sólo pidió café. Tatiana

pidió un bocadillo de beicon, tomate y lechuga y se fijó en los ojos hinchados de su amiga, en el rostro sin maquillar y el pelo despeinado.

—Si te lo cuento, no te lo vas a creer.

—Cuéntamelo.

—Shannon tiene una amante.

Amanda se echó a llorar.

—¡No puede ser! ¡Shannon no!

—Sí. Encontré el recibo de una habitación de hotel en el bolsillo de sus pantalones cuando le hacía la colada. ¡Durante el día, Tatiana! ¿Lo entiendes?

Tatiana guardó silencio.

—¿Le estabas haciendo la colada durante el día?

—¡En horas de trabajo! Se supone que tiene que estar trabajando en la obra, y en vez de eso... ¡mira!

Amanda le enseñó un recibo del Westward Ho.

—Ese hotel es una pesadilla —dijo Tatiana, meneando la cabeza—. ¿Qué te dije? No me gustó desde el principio. Lo acechan espíritus malignos.

—Dirías que un hombre como él habría tenido mucho más cuidado. —Amanda se sorbió la nariz—. Pero creo que quería que yo me enterara, ¿sabes? Quería que yo lo supiera.

Tatiana tomó a Amanda de la mano. Ésta no iba a probar bocado. Tatiana tenía hambre, pero Amanda estaba llorando. A Tatiana le pareció de mal gusto ponerse a hincarle el diente a su bocadillo cuando su amiga estaba pasando por un momento tan malo. No dejaba de murmurar «Mmm...», para consolarla, sin dejar de mirar de reojo el beicon, el tomate y la lechuga en el pan blanco.

—No sé qué hacer —dijo Amanda, secándose las lágrimas—. ¿Qué harías tú?

—¿Qué quiere hacer Shannon? —preguntó una evasiva Tatiana. No creía que Amanda estuviese preparada para oír lo que haría Tatiana—. ¿Qué dijo él cuando le pediste explicaciones?

—¿Sabes lo que dijo? —exclamó Amanda, indignada—. Dijo que si le había echado un vistazo a nuestro matrimonio últimamente. Dijo que entre nosotros lo doy todo por sentado, que ya no hago ningún esfuerzo por seducirlo, que no me arreglo ni me maquillo, y que ya nunca quiero... ya sabes... hacerlo. ¡Y que cuando lo hacemos ya no es como antes!

—¡Dios mío! —dijo Tatiana—. No ha podido decir eso. Bueno, ¿y le dijiste que eso no es verdad?

—¡No! —Amanda se echó a llorar—. ¡Porque es verdad! Ya no me arreglo ni me maquillo. Ya no quiero acostarme con él. Estoy cansada, estoy ocupada, quiero leer un libro, tengo mil cosas en que pensar y no puedo apartarlas de mi cabeza. Pero él quiere sexo a todas horas... ¡Quiere hacerlo todos los fines de semana! ¡Todos sin excepción! Por el amor de Dios, yo no soy ninguna puta, Tatiana. No puedo hacerlo todos los fines de semana. Ahora tengo responsabilidades, soy madre, soy esposa... Tengo que llevar una casa, tengo que limpiarla. Tengo dos hijos que criar. Le dije que estaba siendo muy poco razonable y muy exigente, y él me contestó que era culpa mía que haya acabado yendo al Ho porque me meto en la cama con el pijama, ¿no es increíble?

—Es increíble —dijo Tatiana—. ¿Te acuestas con el pijama?

—Necesito que me lo digas. Tú y Alexander... El vuestro es un matrimonio perfecto. ¿Está siendo Shannon poco razonable?

Tania carraspeó.

—Escucha, ya te lo he dicho otras veces: todas las relaciones son diferentes. Lo que es bueno para una pareja puede no serlo para otra. Tienes que encontrar tu propia manera de hacer las cosas, un lugar en el que te sientas cómoda.

—Shannon dice que el sexo forma parte del acuerdo del matrimonio. ¡Dice que es mi obligación como su mujer! ¿No te parece ridículo? —Tatiana no respondió—. ¿Tania?

Ésta desvió un poco el tema.

—Ahora estás enfadada. Piénsalo con calma, decide qué es lo que estás dispuesta a hacer y tómalo como punto de partida. —Hizo una pausa—. Pero Amanda, Shannon tiene razón. El cuánto, el cuándo y el cómo es lo

que tienes que acabar de decidir y pactar, pero no hay ninguna duda de que el matrimonio debe proporcionar lo único que no proporciona ninguna otra clase de relación.

—¿Eso crees? —Amanda frunció el ceño con expresión escéptica.

—Es indiscutible.

—Ya. Pero... ¡cada maldita semana!

—Como ya he dicho, sois vosotros quienes decidís lo que es razonable.

—Pero ¿tú qué crees? ¿Es razonable que sea tan exigente?

—La verdad es que no lo sé, Amanda, cielo —dijo Tatiana—. Y no te engañes, mi matrimonio no es perfecto. Es como es; como la vida misma. Sí, es cierto, he tenido suerte, pero también ha habido momentos de mucha amargura. —Apartó la vista un momento—. Pero nos entendemos en muchos aspectos.

—¿Una vez a la semana es demasiado?

Tatiana eludió su mirada y su respuesta.

—No sé qué decirte. Evidentemente, para ti lo es. —¿Una vez a la semana! Oía la voz de Alexander en su cabeza: «¡Pijama en la cama, una sola vez a la semana!». ¿Qué hombre sería capaz de aguantar eso?—. Pero también es evidente que no lo es para Shannon.

Tatiana y Amanda se quedaron en silencio unos minutos.

—¿Qué hago, Tania? —preguntó Amanda en voz baja—. No quiero que mi matrimonio fracase. He querido casarme tanto tiempo...

—¿Sabes qué? Deja que hable con... vayamos pasito a pasito.

—¿Qué crees tú que debería hacer?

—Yo no me pondría el pijama para meterme en la cama con él, Amanda.

### *Conversación de bautizo*

Shannon no abandonó a Amanda. Consiguieron solucionarlo de algún modo: ella se puso un camisón en lugar de un pijama, se quedó embarazada enseguida y tuvieron otro hijo.

Tatiana, Alexander y Anthony fueron invitados al bautizo en junio de 1957. Para su disgusto, pusieron a Anthony a cargo de siete niños menores de cinco años. Su padre le aconsejó que fuese muy estricto.

Amanda le preguntó a Alexander si quería sostener en brazos a su niña recién nacida, a la que acababan de bautizar. Él rehusó delicadamente.

—No tengas miedo —dijo Amanda—, no va a romperse.

Mientras tocaba la cabeza del bebé, Alexander rehusó otra vez.

Tatiana corrió a su lado, lo apartó de allí y desvió su atención hacia alguna insignificancia del bufé. Amanda no podía saber que el marido de Tatiana no había sostenido un bebé en brazos en toda su vida.

Después de cenar, los adultos estaban sentados en el salón de Shannon tomando café y pasteles cuando la mujer de Skip, Karen, dijo:

—¿Sabéis que aparte de nuestra Tania, no conozco a ninguna otra mujer que trabaje fuera de casa?

Las mujeres de la mesa la secundaron con un coro de murmullos. Los hombres miraron primero a Alexander y luego a sus tenedores sucios. Tatiana miró a Alexander, sentado frente a ella, y éste le respondió con una mirada muy elocuente, como diciendo: «¿Qué? ¿Te atreves con ésta?».

«Muy bien, Shura —pensó ella—. Me atrevo con ésta».

—Verás, Karen —empezó a decir, soltando el tenedor y juntando las manos—, me consta que no soy la única enfermera del hospital. Hay otras 194 enfermeras, todas mujeres. Y las maestras de Anthony, todas mujeres. Las bibliotecarias, mujeres. Ah, y esas dependientas tan esbeltas que te venden cosméticos en Macy's, mujeres también. Puede que no conozcas a ninguna mujer que trabaje fuera de casa porque están demasiado ocupadas trabajando.

Se oyó el ruido tintineante de las tazas, seguido de un embarazoso silencio. Todos fingían estar absortos en la tarea de comerse su porción de pastel... incluido Alexander.

—Sí, pero ¿cuántas de ellas están casadas como tú?

—Nadie está casada como yo —contestó Tatiana, con la mirada clavada en su marido—. Es cierto, la mayoría de ellas son viudas o

solteras. Algunas son mayores, otras más jóvenes. Pero Karen, siguen siendo mujeres.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé, pero yo nunca querría ser enfermera, me parece un trabajo desagradable —señaló Karen, con evidente disgusto tanto en la voz como en el rostro—. ¿Eres enfermera de planta o enfermera recepcionista?

—Soy enfermera de cuidados intensivos. Yo me encargo de los enfermos cuyo estado es más crítico.

Alexander no levantó la vista, sino que juntó las manos. «¿Verdad, Shura? —Quiso decir Tatiana—. Te acuerdas, ¿no? De cuando era enfermera en cuidados intensivos y corrí hacia el hielo del río Neva en plena batalla de Leningrado para traer tu cuerpo de vuelta a la orilla... ¿Y luego? ¿Cuando me convertí en tu enfermera en cuidados intensivos?».

—Debes de ver cosas espantosas —dijo Karen.

—A lo largo de mi vida —contestó Tatiana— he visto muchas cosas que preferiría no haber visto.

Se miró las manos, aún entrelazadas encima de la mesa.

—¿Y cuántas horas trabajas?

—Cincuenta.

—¡Cincuenta! —Ninguno de los presentes podía dar crédito a sus oídos—. No entiendo cómo te queda tiempo para todo el resto del trabajo —comentó Karen—. ¿Quién cocina en tu casa?

—Yo.

—¿Quién limpia?

—Yo.

—¿Y la colada?

—También yo.

Las mujeres emitieron un silbido de admiración y luego se produjo un silencio. Y en ese momento, Amanda dijo:

—Sí, pero ¿quién tiene los hijos, Tania?

Tatiana no dijo nada. Miró a Alexander, que seguía con la mirada fija en sus manos, también inmóviles.



Fue Anthony quien irrumpió en la sala y con voz rotunda y airada, replicó:

—¡Dejad a mi madre en paz! Trabaja mucho más duro que cualquiera de vosotros... en todos los terrenos. Mientras vosotras os vais a vuestros malditos almuerzos, ella cura a personas enfermas y moribundas. Eso es lo que hace mientras vosotras os tomáis vuestros refrescos con hielo y os dedicáis a juzgarla. Eso es lo que es, enfermera de cuidados intensivos y madre.

Tatiana señaló a Anthony.

—Amanda, ése es mi hijo. Te acuerdas de él, ¿verdad?

Anthony arremetió contra su padre.

—Y si no hubiese sido enfermera de la Cruz Roja, tú... —dijo, temblando, señalando con el dedo a Alexander—, tú ya sabes dónde estarías ahora mismo.

—¡Anthony! Ya es suficiente —lo frenó Tatiana.

—¡No, no es suficiente!

Alexander se levantó de la mesa y lanzó a Anthony una mirada tan dura y fulminante que el chico enmudeció y se fue corriendo de la habitación. Tatiana se disculpó y poco después se marcharon.

En la camioneta lograron permanecer en silencio, pero una vez en casa, Anthony no se calló. Acababan de entrar por la puerta y aún estaban en el espacio abierto, delante de la cocina, donde había muerto Dudley cuando Anthony, tratando de hablar en voz baja, dijo:

—Papá, es que sencillamente no entiendo cómo has podido quedarte ahí quieto, sentado, sin decir nada.

—¡Anthony! —gritó Tatiana—. ¡Ve a tu habitación!

—¡No! —le contestó Anthony, también gritando.

Alexander dio una bofetada a Anthony en la boca con la palma de la mano.

—Ni se te ocurra volver a levantarle la voz a tu madre —le dijo—, nunca más.

—¿Y por qué no? ¡Tú lo haces!

Interponiéndose entre ambos, Tatiana sujetó a Alexander de los brazos y dijo, en voz muy baja:

—No. Dejadlo ahora mismo.

—¿Me estás diciendo que lo deje? —exclamó Alexander—. ¿Tú lo estás escuchando?

Y de pronto, detrás de ella, un envalentonado Anthony dijo:

—Todo es culpa tuya, mamá. Es porque todo lo que él hace te parece bien... ¡absolutamente todo! Él te grita, y a ti te parece bien. No dice una sola palabra cuando la gente te ataca... ¡y eso también te parece bien!

—¡Anthony! —gritó Alexander.

Tatiana le clavó las uñas en los brazos, consciente de que no podría apartarla sin tener que hacerle daño, y esperaba que se contuviese delante de su hijo.

Y así fue. La tensión en el cuerpo de Alexander fue cediendo ligeramente, él levantó los brazos y los apartó de la figura de ella, la sujetó por los hombros, la miró a la cara y le dijo con calma:

—Dice esas cosas porque tú se lo permites. Le has permitido salirse con la suya en todo durante toda su vida. Yo no voy a permitirselo. Y ahora, suéltame.

Anthony estaba de pie, jadeando.

—¿Qué diablos te pasa? —dijo Alexander, dirigiéndose a su hijo—. ¿Cuántas veces te tiene que decir tu madre que no te metas en nuestros asuntos? ¿Quieres tentar tu suerte conmigo? Muy bien, enfádate conmigo, pero ¿en qué diablos estás pensando, para hablarle de esa manera a tu propia madre?

Con lágrimas de orgullo zahiriéndole el rostro, Anthony, en un tono de voz mucho más calmado, contestó:

—Ah, ahora lo entiendo... ¡es de mí de quien tiene que defenderse mi madre!

Esta vez Tatiana ya no sujetó a Alexander, sino que fue ella misma quien arremetió contra su hijo.

—Tu padre tiene razón, esta vez te has pasado de la raya —dijo mientras lo empujaba pasillo abajo en dirección a su cuarto, mascullando

—: ¡Déjalo ya! —Antes de cerrar la puerta de un portazo.



Anthony no oyó discutir a sus padres. Estaba seguro de que oiría voces, gritos, pero no oyó nada. Media hora más tarde salió de su habitación en silencio. La puerta del dormitorio de ambos estaba abierta. Entreabrió con sigilo la puerta de la parte de atrás de la casa y atisbo a su padre sentado en el balancín de la terraza. Su madre estaba sentada en el regazo de Alexander, abrazada a éste. Los rostros de ambos estaban muy juntos. Se estaban meciendo en el balancín. Anthony carraspeó. Su padre interrumpió el balanceo; su madre, de espaldas a Anthony, se arregló la blusa. El chico empezó a decir que necesitaba que firmasen una autorización para una excursión de la escuela.

—Tu madre irá enseguida. Vete.

Alexander ni siquiera volvió la cabeza para hablar, y Anthony se fue adentro.

Al cabo de un rato, se abrió la puerta de su habitación. Esperaba y deseaba que apareciese su madre, pero fue su padre quien entró. Éste firmó la autorización y luego se sentó en el borde de la cama. Anthony torció el gesto. No podía hablar con él. Apenas podía hablar de ello con su madre, pero al menos con ella podía llorar, podía gritarle, decirle cosas crueles. Era libre de decir cuanto quisiese con ella, pero con su padre... sabía que era imposible. Pese a todo, Anthony estaba muy enfadado; seguía furioso.

—¿Qué te pasa? —dijo Alexander—. Adelante, di lo que piensas.

Tratando de que no le temblara la voz, él contestó:

—No entiendo cómo no saliste en su defensa, papá. Se estaban portando mal con ella. ¿No se supone que Amanda es amiga suya?

—Es una mala amiga —contestó Alexander—. Mamá nunca espera gran cosa de Amanda, y ésta siempre está a la altura de sus expectativas. —Se quedó en silencio un momento—. Pero Anthony, ya sabes que nuestra vida no es ningún desfile ante los conocidos en la mesa del postre. Lo sabes de sobra. Eres mi hijo, pero tienes catorce años. Ni mamá ni yo

tenemos catorce años, y estamos pasando por cosas de adultos que no estamos dispuestos a explicar a nadie, ni a los conocidos ni a ti. — Alexander se acercó a su hijo y añadió en voz baja—: Pero sabes que cuando tu madre necesita que la defiendan de veras, yo soy su hombre.

Anthony levantó la vista para mirarlo.

—Creía que esta noche era una de esas ocasiones.

Alexander apartó un mechón de la frente de Anthony.

—No —dijo—. Esta noche, mamá leona se las ha arreglado bastante bien ella sola. Y ahora, deja ya de alterarte tanto. Eres un hombre, y el hijo de un soldado. Controla tus emociones, campeón.



Sin embargo, luego su madre acudió a su lado y él cerró los ojos, entregándose a ella mientras ésta se arrodillaba junto a su cama, le sujetaba la cabeza y le susurraba palabras que apenas oía ni necesitaba hacerlo. «Eres un buen chico, Anthony. Siempre has sido un chico maravilloso, encantador y protector». Se echó a llorar en brazos de su madre y a ella le pareció bien.

Una vez fuera, Tatiana volvió a encaramarse al regazo de Alexander, arrancándole a besos la congoja que le pesaba en el corazón. Él siguió sentado y acurrucado contra el cuerpo de ella, fumando e inhalando el aire de la noche.

—Dime una cosa —dijo al fin, tratando de que no se le alterase la voz, de que no se le quebrase—, ¿puedes explicarme, de forma que yo lo entienda, por qué tú y yo, de entre todos los seres de este mundo, después de todas las veces que hemos hecho el amor, no podemos concebir un hijo?

Tatiana profirió un gemido y desvió la mirada de él, dirigiéndola muy lejos, encogiendo el cuerpo, arrebujiándose en sí misma.

—Shura, amor mío... —Su voz era de derrota—. Lo siento mucho. Algo no debe de acabar de funcionar del todo bien.

—Eso está claro —contestó Alexander; luego desvió la mirada y la dirigió muy lejos.

Tatiana miró fijamente a Alexander después de que éste pronunciase esas palabras. Y a continuación se levantó de su regazo.

### *El baby boom de la Unión Soviética*

Era otro viernes por la noche.

En esta ocasión no tocaba partida de póquer, ni salir a tomar una copa con los amigos, ni ir al centro con Tyrone y Johnny. Alexander se quedó en casa con Anthony. Jugaron al baloncesto, comieron un estofado que Tatiana les había dejado preparado, fueron al cine, tomaron helado, volvieron a casa y jugaron al dominó para poder ganarle a ella la siguiente vez. Anthony dormía hacía rato.

Eran las tres de la mañana. Alexander estaba sentado en calzoncillos en el sofá del salón a oscuras, las largas piernas estiradas hasta casi tocar el televisor, la cabeza reclinada hacia atrás, los brazos colgando a los lados, un cigarrillo a medias entre los dedos, los ojos abiertos, mirando al techo.

No concebían ningún otro hijo porque ninguno de los dos estaba allí. Alexander Belov no estaba en Estados Unidos, estaba pudriéndose donde nadie tenía hijos después de la guerra que había acabado con la vida de cincuenta millones de personas.

En Estados Unidos nacieron dos millones de niños en 1946, tres millones en 1947 y 1948 y cuatro millones al año de 1948 a 1956. Una mujer se quedaba embarazada sólo con estornudar... pero no la mujer soviética de Alexander, porque el marido de ésta era un soviético, y estaba talando árboles en Siberia, adonde lo enviaron a él y a otros dos millones de repatriados tras ser entregados a los rusos por los aliados. Los soldados que no murieron en la guerra fueron enviados a Kolima, a Perm-35, a Aijal, a Archangelsk. ¿Quién si no iba a reconstruir la Unión Soviética?

De modo que mientras en la década posterior a la guerra Inglaterra, Francia, Alemania, Japón, Italia, Austria y, sobre todo, Estados Unidos experimentaron una explosión demográfica inaudita en la historia, la Unión Soviética sufrió un retroceso en su número de habitantes. ¿Cómo era posible? ¿Dónde estaban los hombres?

Pues bien, los jóvenes, los viejos, los sanos y los enfermos estaban en Magadan. El veinticinco por ciento de todos los hombres soviéticos capaces de trabajar estaban en los campos. Los lisiados estaban muertos. A diferencia de Estados Unidos, donde los veteranos sin brazos podían regresar a casa y seguir engendrando hijos, la mayoría de los soviéticos mancos estaban bajo tierra, porque no había habido suficiente penicilina para salvarlos.

Para aumentar la tasa de natalidad, el gobierno soviético concedía unas amnistías periódicas a los prisioneros varones del Gulag. Cuando eso no fue suficiente, abolió el aborto. En la Rusia soviética nunca había habido ninguna otra forma de anticoncepción para las mujeres, y sin la posibilidad de abortar todas las tardes de tres a cinco en cualquier hospital de cualquier ciudad, sin duda se produciría un *baby boom*. Pero éste no se produjo. De modo que se retiraron los preservativos de la cadena de producción. En el mercado negro, los condones alcanzaron precios exorbitantes. Se podía ir a la cárcel tanto por venderlos como por comprarlos. Cuando eso tampoco fue suficiente, el gobierno prácticamente abolió el matrimonio. Era evidente que la unión de un hombre y una mujer no funcionaba en la Unión Soviética. No quedaban suficientes hombres para un matrimonio cristiano.

A las mujeres casadas —el paradero de cuyos maridos era, por decirlo de algún modo, desconocido— se les concedía el divorcio inmediato, sin hacer preguntas, para que no tuvieran que perder un valioso tiempo buscando a sus cónyuges desaparecidos. Las mujeres empezaron a divorciarse con una facilidad pasmosa y luego recibían pagas extra, aumentos de sueldo, premios, medallas, vacaciones y dinero en metálico por quedarse embarazadas de quien fuese. La prueba de paternidad no era en absoluto necesaria. El matrimonio no era esencial... y tampoco se

fomentaba. No sólo no se fomentaba, sino que ni siquiera era posible. Las parejas de casados no tenían lugar donde vivir. Las mujeres vivían apiñadas en pisos comunales que antes habían sido ocupados por hombres. Un prisionero del Gulag que hubiese recibido una amnistía, entre trece mujeres desesperadas, y de repente se abría una posibilidad para la repoblación. Una vez que había acabado con su cometido, el hombre podía irse a vivir al siguiente piso comunal. Parecía un sistema absolutamente infalible, pues ambos sexos obtenían exactamente lo que querían: los hombres libertad sexual absoluta y las mujeres estabilidad económica.

Y sin embargo, a pesar de tan tentadores paquetes de medidas para estimular la procreación, diez años después de la guerra, ¡el crecimiento demográfico seguía siendo cero! Peor que cero: había menos habitantes en Rusia en 1955 que en 1945. El número de muertes superaba al de nacimientos. ¿Por qué? No se había abolido el sexo, ¿dónde diablos estaban los niños?

Era culpa de las mujeres. Sí, practicaban el sexo, claro, pero no eran idiotas. Trabajaban todo el día, vivían en cuchitriles con otras mujeres, y las que tenían la desgracia de quedarse encinta acudían a un médico y pagaban sumas extraordinarias de dinero para abortar de forma clandestina. Cuando se descubría, tanto las mujeres como los médicos eran condenados a diez años de trabajos forzados. Para salvar el pellejo, los médicos se negaban a practicar abortos, y en su desesperación, las mujeres empezaron a abortar por su cuenta y riesgo. Las tasas de mortandad femenina se dispararon. En el último trimestre del embarazo, a los cinco, seis y siete meses, las comadronas atendían los partos y practicaban los abortos allí mismo, en los pisos comunales, y arrojaban los fetos a la basura comunal.

El gobierno soviético proclamó solemnemente que la población se había estancado por la elevada tasa de mortalidad infantil.

Las mujeres se morían, los bebés se morían, y mientras tanto, los hombres moribundos estaban donde estaba Nikolai Ouspenski en ese momento, donde debería haber estado Alexander, a cinco mil kilómetros a través de la tundra, fuera en los bosques de sol a sol, construyendo fuertes

y vallas, talando los abetos. Era allí donde estaba el espíritu de Alexander, pero su cuerpo fuerte y sano estaba en Arizona, construyendo una casa por cada una de las casas que había destruido cuando era comandante, comandante de un batallón disciplinario, el líder de una banda de desalmados que reducían a cenizas las ciudades que aniquilaban, que quemaban los puentes, las cabañas y los mercados. Se acabaron las manzanas y las coles, los relojes y los prostíbulos. Alexander tenía por delante una vida entera de aldeas que reconstruir. Y junto a Ouspenski, tenía por delante una vida entera de vallas que levantar, vallas para que los hombres no pudiesen llegar hasta las mujeres prisioneras (condenadas a diez años por abortos ilegales), que se ponían a cuatro patas y se levantaban las faldas, ofreciéndose a través de la alambrada herrumbrosa.

En Estados Unidos, Alexander trabajaba por su cuenta construyendo casas para que los hombres norteamericanos pudiesen vivir en ellas con sus mujeres norteamericanas y tener los hijos que él no podía tener con la muchachita obrera de fábrica soviética que tenía por esposa y que seguía levantándose todas las mañanas cuando aún estaba oscuro en invierno para procurarle a su familia el pan de cada día, el pan de cartón para que pudieran sobrevivir. Dasha, el padre, la madre, Marina y *babushka* dormían mientras las bombas caían sobre la muchacha demacrada del vestido blanco en su camino a través de las calles nevadas y vacías donde los muertos yacían envueltos en sábanas. Alexander advirtió a Tatiana de que sólo caminase por el lado izquierdo de las calles y que esperara a que acabase el bombardeo para seguir, y Tatiana le hizo caso, aguardando con impaciencia en los portales de las casas con el abrigo y el gorro, para luego, encarando los azotes del viento, adentrarse en el vientre de la ventisca y dirigirse a la tienda... Todo eso había acabado.

Sin embargo, ella seguía aguardando a que acabase el bombardeo, tuberculosa, muerta de hambre, retorciendo su cuerpo exhausto como un sarmiento del que nada podía brotar. Alexander podía pasarse una vida entera levantando casas de ladrillo, pero daba lo mismo las horas que Tatiana emplease en el hospital Phoenix Memorial: nunca podría salvar la vida de su abuelo, su madre, su padre, su hermana, su hermano... ¿Quién



podía engendrar hijos en la estepa yerma del vientre soviético de Tatiana cuando estaba sembrada con la estéril simiente soviética de Alexander?

## Capítulo 11

### Triste navidad

*Felices fiestas*

A principios de noviembre de 1957, Alexander estaba examinando una nueva cantera de mármol y granito en el oeste de Yuma cuando se le ocurrió pasarse por el hospital a ver a Tatiana. La recepcionista le dijo que estaba en la cafetería, y a través del cristal Alexander la vio sentada con... ¿quién era ése? El hombre le resultaba vagamente familiar. Era un médico. Normalmente la encontraba almorzando con otras enfermeras, pero esa vez estaba sentada con un médico. Ah, sí, era el doctor Bradley. Alexander lo recordaba vagamente de las fiestas navideñas. Bradley, de pelo castaño claro, parecía estar en forma para ser un médico.

Lo que chocó a Alexander del hecho de que Tania estuviese almorzando con Bradley fue la absoluta naturalidad del cuerpo de ella sentada con él. Estaba relajada, con los codos apoyados sobre la mesa y las piernas cruzadas con total despreocupación. Chupando de la caña de su refresco como una chiquilla, escuchaba animadamente mientras el otro hablaba, también animadamente. Alexander estaba a punto de entrar cuando, de repente, ella echó la cabeza hacia atrás y se rio de algo que había dicho el médico.

Perplejo, Alexander la miró, abriendo los ojos y el plexo solar ante algo que no había esperado ver. Estaba acostumbrado a las miradas que le dedicaban otros hombres a su mujer (aunque puede que la de Bradley

fuese un poquitín más entusiasta que las de los demás), pero aquello era completamente nuevo.

Tatiana se rio durante largo rato y con ganas ante la gracia de aquel médico metido a comediante al tiempo que se arreglaba y se ajustaba despreocupadamente el moño.

Alexander no entró. Se quedó parado un momento junto a la puerta y luego dio media vuelta.

—¿No la has encontrado? —le dijo Cassandra.

—No.

Se dirigió a la salida.

—¿Quieres que la llame?

—No. Tengo que volver al trabajo. Pero gracias.

Por la noche, cuando llegó a casa, Alexander permaneció muy callado, observándola. Ella le preparó sopa de albóndigas y fajitas. Anthony tenía entrenamiento de baloncesto.

—Shura, Cassandra me ha dicho que hoy has pasado a verme, ¿es verdad?

—Sí, pero luego me di cuenta de la hora que era. Tuve que irme volando.

—¿Ni siquiera me llamaste para decirme hola?

—Llegaba diez minutos tarde a mi cita de la una y media. —Alexander tomó una cucharada de sopa y sopesó sus palabras—. ¿Dónde has almorzado hoy?

—Huy, ha sido muy rápido, había un montón de trabajo —contestó—. Estuve almorzando con el doctor Bradley, ¿te acuerdas de él?

—Sí.

Alexander no añadió nada más. Lo que le llamó la atención fue que Tatiana tampoco añadió nada más.

—¿Te gustan las fajitas, Shura?

—Sí, Francesca te ha enseñado a prepararlas muy bien.

Después de cenar, Alexander estaba tumbado en el sofá, sin salir a fumar afuera, observándola todavía. Tenía que ir a recoger a Anthony al cabo de un rato.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Estoy bien.

Pero Alexander no estaba bien.

¿Acaso sólo eran imaginaciones? ¿Podía estar equivocado? No, veía la felicidad radiante de ella. Eso no era producto de su imaginación.

—Ven aquí —le ordenó, incorporándose. Tatiana estaba secando los platos—. Suelta ese plato y ven.

—Shura... debes ir a por Anthony dentro de quince minutos.

—¿A qué viene tanta protesta? Ven aquí.

Ella fue y se colocó delante de él, con la mirada dulce y cariñosa.

Arrancándole el trapo de las manos, Alexander la acercó y la colocó entre sus piernas, y luego le metió la mano por debajo de la falda de lana para tocarle la porción de piel desnuda por encima de sus medias. El liguero era de raso, y las bragas de malla, de nailon transparente. Le subió el suéter y hundió la boca en la parte superior de su vientre cálido, y empezó a acariciarle en silencio la parte posterior de los muslos, trazando círculos y más círculos con los dedos, con movimiento cada vez más insistente a medida que iba notando cómo se le ruborizaba la piel y le subía la temperatura.

Cuando Tatiana le rodeó la cabeza con las manos y él advirtió que su respiración se tornaba cada vez más jadeante, Alexander la tumbó sobre el sofá y, separándole ligeramente las piernas para poder verla, le acarició los muslos dibujando círculos regulares. Tatiana estaba muy excitada, muy caliente. Él, mientras tanto, le miraba el rostro, el cuello largo, los muslos blancos, las bragas casi inexistentes. Le desabrochó el cierre delantero del sostén y le dejó al descubierto los pechos, que se desparramaron hacia delante, con los pezones erectos y de coral.

—Shura, por favor...

—Muy bien, cariño. —Alexander hundió la cara en los pechos de ella, sin dejar de acariciarla. Siguió un minuto de sonoro estremecimiento, seguido de otro más. Incorporándose, Alexander murmuró—: Mírate. Tienes los pezones tan duros, tan húmedos... Y estás tan caliente... Tengo los dedos tan cerca, acariciándote despacio, una y otra vez... en la costura

de tus bragas... Tania, ¿notas mis dedos? —Ella apenas se movía, apenas respiraba—. Puedo retirarte las bragas hacia atrás, así, sólo un poco, apartarlas un centímetro con los dedos...

Ella lanzó un gemido. Él trazó un nuevo círculo con los dedos.

—Vamos, Shura, por favor...

Ella se agarró a sus antebrazos.

—Por favor, ¿qué? Dímelo. Por favor, ¿qué?

—Méteme los dedos, por favor...

—Tatia —susurró él—, ¿los dedos... o los labios?

Tatiana lanzó un sonoro gemido, y cuando lo hizo, Alexander apartó las manos de ella. Tatiana abrió los ojos y luego abrió la boca.

—Oh, Dios santo, Shura... ¿qué...?

—Tengo que irme volando —dijo él, ayudándola a incorporarse, ayudándola a levantarse del sofá—. Tengo que ir a recoger a Anthony. — Ella se dejó caer en los brazos de él—. Mami... tengo que ir a recoger a tu hijo al entrenamiento.

—Oh, Dios... No puedo esperar, Shura —dijo ella, besándolo con avidez—. No puedo esperar ni un segundo más.

Tatiana tuvo que esperar unas cuantas horas, pero esa noche Alexander le hizo el amor como si no fuese miércoles ni tuviesen que volverse a levantar a las cinco. Completamente al mando de la situación, le hizo el amor tan minuciosa, tan implacable, y al final tan desesperadamente, que una vez que hubo terminado, no quedó un rincón, un hueco ni un centímetro del cuerpo de Tatiana que él no hubiese besado, lamido, acariciado, succionado, inundado, apretado y liberado. La devoró por completo. Le hizo el amor hasta dejarla exhausta, hasta dejarla ciega de amor. Hasta que no le quedó ni un solo suplicante e inaudible «Oh, Shura...» en la garganta, ni un solo resquicio de aliento para implorarle clemencia. Tatiana no podía moverse cuando hubo acabado con ella. Él se corrió dentro de ella estando erguido y arrodillado en la cama de ambos, sosteniéndola erguida también a ella, sujetándola por las nalgas. La tenía apretada contra su cuerpo, envolviéndolo y arrebujiándolo, con las bocas de

ambos embebidas la una de la otra. El orgasmo de él fue tan intenso que estuvo a punto de soltarla y dejarla caer.

A la mañana siguiente, a las cinco y media, Tatiana le preparó panqueques de patata con beicon.

—Conque eso es lo que tengo que hacer para que me prepares panqueques de patata, ¿eh? —exclamó Alexander con la boca llena.

Ella sentía demasiada vergüenza para mirarlo a los ojos. Los dedos le temblaban al tocarlo a él, los labios tiernos y en carne viva le temblaban cuando alzó el rostro para despedirse de él.

—Shura, cariño, ¿qué te ha pasado? —murmuró, ruborizándose, desviando la mirada—. Es un día de trabajo cualquiera.

—Tú, Tania —contestó Alexander—. Me has pasado tú.



Pero aquello no duró. Esa noche sólo fue una noche más en el tiempo. Tatiana no volvió corriendo a casa a la noche siguiente, ni se puso a revolotear alrededor de él, sino que se limitó a hacer lo que hacía siempre, de modo que nada consiguió borrar del cerebro de Alexander la imagen de ella riéndose alegremente de los comentarios del médico comediante.

La risa de Tatiana era el desnudarse de otra mujer.

Alexander hizo lo que siempre hacía cuando cargaba con demasiadas cosas demasiado pesadas para él: del esfuerzo de llevarlas a cuestas, se encerró en sí mismo. Se volvió huraño, siempre estaba de mal humor. Con ella saltaba a la mínima, incapaz de saltar por las cosas que sí tenían importancia. Constantemente mostraba su irritación porque ella llegara tarde, por estar cansada, despistada, por quedarse dormida frente al televisor, por olvidarse de comprar algunas cosas. Iba con su silencio a todas partes y se ocupaba de lo que debía ocuparse: se ponía el traje y acudía a las reuniones con maridos y mujeres, pagaba a sus empleados. Se ponía el mono de trabajo y se ensuciaba las manos cuando era necesario. Jugaba al póquer con Johnny, salía con Shannon, jugaba al baloncesto con Anthony, nadaba en la piscina. Llegaba a casa y recalentaba lo que ella le

había dejado preparado cuando no estaba en casa, y se sentaba a la mesa con ella y se comía su comida caliente cuando sí estaba. Y cuando la necesitaba, tomaba de ella cuanto necesitaba.

Alexander quería preguntarle por aquel médico, pero no podía. El hombre que había librado mil batallas contra el mundo no era lo bastante fuerte para preguntar si su esposa sentía algo por otra persona.

### *Santa Madre, atiende mis plegarias*

El día de Acción de Gracias de 1957 pasó sin pena ni gloria. Vikki y Richter se habían separado. Ahora era él quien lo estaba pasando muy mal y ella estaba en Italia con su nuevo «amigo», también italiano. Vikki dijo que iría a visitarlos por Navidad, y en su mundo incomprensible, dijo que Tom Richter iría a verlos con ella.

—Todavía es mi marido —exclamó Vikki, indignada, ante Tatiana—. ¿A qué viene ese asombro?

La tía Esther no se encontraba demasiado bien y se quedó en Barrington. Ella también iba a ir a verlos para Navidad con Rosa. Ahora que ya no había guerra, las obligaciones de Alexander en Yuma se vieron reducidas a una pequeña y esporádica recopilación de informes de inteligencia. El año anterior, en torno a las fechas de la revuelta en Hungría, había habido mucho trabajo, pero ese año ya había cumplido con su deber anual en el mes de julio, cuando había tenido que traducir una tonelada de información. Alexander siempre se aseguraba de haber terminado con sus veinticuatro días de servicio al año para el mes de noviembre, porque nunca había suficientes días entre Acción de Gracias y las fiestas de Navidad para todo lo que Tatiana tenía que hacer.

El viernes por la noche después de Acción de Gracias, Tatiana trabajaba y Anthony y Alexander estaban juntos. Comieron pizza con Coca-Cola, fueron a ver *La vuelta al mundo en ochenta días*, y regresaban a casa en la camioneta de Alexander. Eran más de las diez.

Aunque puede que Anthony hubiese querido ser como su madre (y sin duda era algo muy bueno a lo que aspirar), lo cierto era que a menudo se mostraba taciturno y reservado con su padre. Esa noche iban el uno junto al otro sin hablar, uno perdido en sus pensamientos y el otro absorto en los suyos.

Tatiana siempre intentaba animar a hablar a su hijo, obligarlo a salir de su ensimismamiento, así que Alexander lo intentó... como ella.

—¿En qué piensas, campeón?

Anthony se encogió de hombros.

—Sólo estaba preguntándome... si tú tuviste una madre.

—¿En eso es en lo que estás pensando? ¿En mi madre? ¿No en las chicas de tu edad?

—Me niego a hablar de eso contigo, papá.

Un sonriente Alexander contestó:

—Pues claro que tuve una madre. Ya sabes que sí. Viste fotos tuyas en casa de la tía Esther.

—¿Te acuerdas de ella?

—Sí.

—Mamá dice que no te gusta hablar de ella.

—Y tiene razón. —De entre todas las cosas, de su madre era de lo que menos le gustaba hablar a Alexander, pues Dennis Burck, del Departamento de Estado, seguía siendo una mancha, una espina en su corazón, que le recordaba las cosas que no podía cambiar—. Pero mamá tampoco habla de su familia, ¿no?

—Lo dirás de broma, ¿no? Siempre está hablando de ellos. De lo único que habla es de Luga. He oído esas historias tantas veces que es casi como si fuese mi propia infancia.

Alexander asintió, comprensivo.

—A mamá le encanta hablar de Luga, eso es verdad.

Anthony permaneció con la mirada fija delante, en la carretera.

—También me contó lo de Leningrado.

—Ah, ¿sí?

Se hizo un silencio en el interior de la camioneta.



—Yo no he dicho que fuese fácil que me lo contara. He dicho que me lo contó. —Anthony movió nervioso los dedos—. También me contó lo de su hermano y tú.

—¿Te ha contado eso?

Alexander estuvo a punto de detener el vehículo.

—No he dicho que fuese fácil que me lo contara —repitió Anthony.

Dejaron de hablar y Alexander sintió cómo le empezaba a doler el pecho.

—Yo te lo contaré —dijo Alexander—. ¿Qué quieres saber? —Anthony estaba mirando a su padre.

—¿Tu madre era guapa?

—A mí sí me lo parecía. Era muy italiana. Morena, pelo rizado, alta.

—¿Y tu padre?

—Él no era guapo —respondió Alexander con sequedad—. Descendiente de los primeros colonos, muy de Nueva Inglaterra.

—¿Lo querías?

—Anthony, era mi padre. —Alexander apretó con fuerza el volante, arrugando la frente, mirando a su hijo—. Pues claro que lo quería.

—No, no, papá, me refiero... —Anthony tartamudeó, nervioso—. Lo que quiero decir es si lo querías a pesar de que era comunista.

—Sí, a pesar de que era comunista.

—Pero ¿cómo?

—Era un hombre contagiosamente idealista —respondió Alexander—. Él estaba convencido de que funcionaría; creo que hasta el final no entendió por qué no fue así. En apariencia, parecía muy justo: todos trabajando por el bien común, todos compartiendo el fruto de su trabajo... Sólo que, de repente, no había fruto. Nadie podía entender por qué, y él menos que nadie.

—¿Y tu madre?

—Ella no era una idealista —dijo Alexander—. Ella era una romántica. Lo hizo todo por él, creía en el comunismo por él.

—¿Y tú? ¿Tú estabas del lado de ella o del de él?

—Al principio, del de él... Mi padre tenía un don. Era capaz de convencerte de cualquier cosa. En ese aspecto se parecía un poco a tu madre —dijo Alexander—. Yo quería ser como él, pero cuando alcancé tu edad más o menos, ya no podía hacer la vista gorda ante la realidad tan bien como él. Ni mi madre ni yo podíamos seguir haciendo caso omiso de lo que veíamos a nuestro alrededor. Así que mi padre y yo... bueno, nos enfrentamos.

Alexander y Anthony volvieron a quedarse en silencio, absortos en la carretera nocturna. Bajaban por Shea en dirección a Puma, rodeados únicamente de desierto. Alexander sabía lo que estaba pensando Anthony: que en su casa imperaba una sola ley, y no era la de Anthony. Los enfrentamientos no estaban permitidos en su casa. Al hacer memoria, a Alexander le parecía increíble las cosas con las que Harold Barrington había permitido a su hijo adolescente salirse con la suya.

—Mi padre era un civil, no un soldado, Anthony —dijo Alexander al fin—. Es algo completamente distinto.

—¿He dicho yo algo? —le espetó Anthony—. ¿Y luego los detuvieron?

—Luego los detuvieron.

—Mamá dice que a ti también te detuvieron.

—Hijo, a mí me detuvieron tantas veces que he perdido la cuenta. — Alexander sonrió.

—Me dijo que viste a tu padre en la cárcel antes de su muerte.

—Sí.

Doblaron a la izquierda en Pima. No tardarían en llegar a casa.

—¿Viste a tu madre?

Anthony le dirigió una mirada muy intensa.

—No.

Y entonces llegó. Llegó el momento infernal del cigarrillo consumido, horadándole otro agujero en el alma.

*Alexander había salido de casa una mañana para ir a la escuela, y cuando regresó, su madre ya no estaba, su padre ya no estaba, su familia*

*ya no estaba. Nunca volvió a ver ni a hablar con su madre después de esa mañana, cuando se marchó tan despreocupadamente, sin despedirse ni siquiera con un simple «hasta luego».*

—Por desgracia, tu madre vuelve a tener razón con respecto a mí —dijo Alexander—. De eso es de lo único de lo que no puedo hablar, de verdad. Pregúntale a ella si quieres. Lo siento, campeón.

Alexander se aferró con las manos al volante. Volvieron a quedarse en un silencio ensimismado.

—¿Y cómo escapaste? —preguntó Anthony.

—¿En qué ocasión?

—Cuando tenías diecisiete años.

—Salté de un tren en marcha en un puente del río Volga.

—¿Un salto de muchos metros?

—De muchísimos metros.

Tres metros hacia lo desconocido.

—¿Y luego conociste a mamá?

Alexander se echó a reír.

—Sí —contestó—. Salté al río, pasaron cosas y más cosas, contraí el tifus, luego vino el ejército, la guerra con Finlandia y luego conocí a mamá.

—El tifus... ¿por eso es por lo que siempre me estás diciendo que me duche?

—Te digo que te duches —repuso Alexander— para que las chicas no salgan huyendo despavoridas cuando seas mayor.

Aunque puede que menos duchas y más huidas no fuesen del todo contraproducentes.

—Papa, por favor —dijo Anthony—, no iremos a tener otra de esas charlas, ¿verdad?

—No, hijo, no.

—Cuéntame cómo la conociste.

Los ojos de Anthony se iluminaron con expectación y volvió todo el cuerpo hacia su padre en el asiento.

—Estaba andando por una calle de Leningrado, haciendo mi ronda — contestó Alexander—, y ella estaba sentada al otro lado de la calle, en un banco, comiendo helado.

—No es así como lo cuenta mamá —le reprochó su hijo—. Ella dice que te subiste al autobús por ella y que la perseguiste prácticamente hasta Finlandia.

—Lo de perseguirla vino después. Primero ella estaba sentada en un banco. —Alexander sonrió—. Disfrutaba de su helado con verdadero deleite.

—¿Y qué más?

—Eso es todo. Cantaba, tarareaba una canción. «Algún día nos encontraremos en Lvov, mi amor y yo...».

Alexander lanzó un suspiro pensando en la melodía distante de aquella canción, que apenas recordaba.

—¿Y qué hiciste?

—Crucé la calle.

Anthony lo miró fijamente.

—Pero ¿por qué?

—Tú has visto a tu madre, Anthony, ¿verdad?

—¿También era así de guapa a los dieciséis?

—Podría decirse así.

Alexander pestañeó para poder borrar la imagen de ella de sus ojos y así ver la carretera.

—Pero había otras chicas guapas en Leningrado, ¿no? Mamá dice que tuviste otras amigas antes que ella.

Alexander se encogió de hombros para transmitir lo que no podía decirle a su hijo: que en aquella época había un desfile incesante de chicas todas las noches, un agradable y variado surtido de chicas, chicas y más chicas... pero que luego apareció su madre.

Anthony se quedó pensativo.

—Una vez te oí decirle a mamá que habías nacido dos veces, una vez en 1919 y otra vez con ella. ¿Fue en esa calle de Leningrado?

—¿Yo he dicho eso? —Alexander no lo recordaba—. ¿Cuándo dije eso?

—En Bethel Island. Yo estaba tumbado durmiendo a su lado y tú le susurrabas cosas al oído.

—¿Te acuerdas de Bethel Island?

Alexander sonrió con una punzada de nostalgia.

—Sí —contestó Anthony, sin sonreír—. Los dos erais tan felices entonces...

Se volvió hacia su ventanilla. Y Alexander dejó de sonreír.

Después de llegar a casa, entró en la habitación de Anthony y se sentó en la cama de éste.

—Escucha —le dijo—, ¿estarás bien si me voy un rato a ver a mamá al hospital?

—¿Por qué, qué pasa?

—Nada.

—Ah.

—Es sólo que... Como eres ya tan mayor, con catorce años y medio...

—Estaré bien, papá. Vete. Déjame la pistola aquí, al lado de mi cama.

Alexander dio un pellizco cariñoso a su hijo.

—No le digas a tu madre que te he enseñado a disparar, o a los dos nos caerá una buena bronca.

—¿No crees que sabe lo que hacemos cuando ella no está?

—Anthony.

—Está bien, de acuerdo.

—Pórtate bien. Llama al hospital si hay algún problema.

Una hora más tarde, Alexander apareció en el mostrador de recepción del servicio de urgencias. El rostro de Erin se iluminó.

—Hola, Alexander —lo saludó—. Una grata sorpresa. Espera, llamaré a Tania al busca. Está en quirófano. Está con una rotura de bazo y un accidente múltiple.

Al cabo de un momento sonó el teléfono.

—Tu marido ha venido a verte —dijo Erin al teléfono. Hizo una pausa con una sonrisa—. Sí, tu marido.

Alexander vio entrar a un anciano en harapos, renqueante, que se detuvo junto a él en la recepción.

—¿Va a venir pronto? —preguntó el hombre, mirando a Erin con expresión expectante.

—Ya te lo he dicho antes, vendrá dentro de cinco minutos, Charlie —respondió la enfermera—. Siéntate.

Alexander miró a Erin con gesto inquisitivo.

—Sin ella —le susurró ésta—, no puede mantenerse sobrio.

Entró una madre con un niño de poco más de nueve años.

—Llevamos tanto rato esperando... —dijo la madre con voz estridente—. Mi hijo la necesita.

—Vendrá dentro de un minuto —dijo Erin, y le susurró a Alexander—: Tendría que decirles que cogieran turno, ¿no te parece?

Alexander pensó en marcharse, pero al cabo de un minuto, a través de las puertas dobles de vaivén apareció Tatiana, cuyos ojos lo miraban a él y sólo a él mientras una sonrisa le iluminaba la cara. Si hubiera llevado sombrero, Alexander se lo habría quitado y lo habría sujetado entre las manos.

—Hola —dijo ella, acercándose.

—Hola.

Apretó el cuerpo contra el de él un instante.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Ahora sí. —Alexander por poco se estremeció—. ¿Ocupada?

—Hasta arriba de trabajo, como de costumbre. ¿Qué pasa? —Le escudriñó el rostro, apoyando la palma de la mano en su pecho.

—Nada.

—Ah. —Tatiana se calló, se mordió el labio—. Puede que tenga media hora antes de la siguiente sesión en el quirófano. ¿Quieres ir a tomar un café?

«Lo que quiero es pasear ocho kilómetros por los canales contigo, desde la Kirov a la puerta de Quinto Soviet. Quiero subirme al tranvía contigo, al autobús contigo, sentarme en los Jardines Italianos contigo.

Eso es lo que quiero. Me tomaré esa taza de café en la cafetería de tu hospital».

Erin se aclaró la garganta y señaló con los ojos los asientos de la sala de espera. Tatiana siguió su mirada.

—¿Quién va primero?

—Tu marido primero... —Erin sonrió—. Y luego Charlie.

—Vuelvo enseguida —le dijo Tatiana a Alexander, y se dirigió a Charlie.

Alexander observó el rostro del anciano, que se dulcificó mientras una sonrisa asomaba a sus labios resecos y llenos de costras. Tatiana se sentó a su lado y lo tomó de la mano.

—Charlie, ¿qué te pasa hoy? —le preguntó solemnemente con su voz cantarina.

—Me muero por una copa, enfermera Tania —respondió, tartamudeando.

—Sí, pero no querrás volver a quedarte inconsciente debajo de un coche, ¿verdad que no? Y ya ves de cuánta gente tengo que ocuparme hoy —dijo Tatiana—. Hagamos una cosa... ¿Has estado yendo a tus reuniones?

Después de pasar cinco minutos más con él, Tatiana se desplazó tres asientos para acudir junto al chico que esperaba pacientemente y la madre que esperaba impacientemente. El niño volvía a sufrir espasmos en las piernas, aquejadas de distrofia muscular. Tatiana le frotó las piernas y habló con él, y Alexander vio el rostro dolorido del chico y el gesto resentido de la madre.

Cuando Tatiana volvió a su lado, Alexander dijo:

—Quedan veinte minutos.

Pero cuando pasaron junto a la sala de visitas número 7 de camino a la cafetería, vieron a una niña dentro llamando a su madre a gritos. Al parecer, la habían encontrado en un piso vacío de Baseline; la madre había desaparecido, y el piso estaba en un estado deplorable. Los servicios sociales y la policía estaban tratando de localizar a algún otro pariente vivo.

—Todos estamos intentando encontrar a nuestra madre —murmuró Alexander antes de que Tatiana entrara en la sala de reconocimiento, sustituyera la bolsa de glucosa intravenosa y se sentara junto a la chiquilla de cuatro años hasta que ésta dejó de llorar.

En la cafetería, pidieron café y se sentaron el uno junto al otro, arrimándose hombro con hombro. Alexander le tomó la mano por debajo de la mesa.

—Conque un accidente múltiple, ¿eh?

—De verdad, eso de beber alcohol y conducir es muy malo. —Tatiana negó con la cabeza—. La gente no conoce las leyes del movimiento. Deberían obligarlos a asistir a clases de física antes de dejarlos poner el pie en un bar o en el interior de un coche.

—Claro que sí, muy bien dicho. —Alexander sonrió—. ¿Y qué leyes del movimiento son éstas?

Le limpió con el pulgar un trozo de no se sabía bien qué de la ceja.

—Que los objetos en movimiento, como por ejemplo, la sangre de las venas, siguen en movimiento aun cuando una fuerza externa los obligue a detenerse de repente. No te creerías el efecto que tiene la desaceleración súbita en las venas.

—Tú y tu física. No estaréis haciendo carreras en el hospital, ¿no?

—Eso lo hicimos ayer —dijo Tatiana, sonriendo levemente—, pero el involuntario conductor de la ambulancia al que le estábamos echando la carrera se enfadó mucho.

—No me extraña.

Alexander la estaba mirando fijamente. Esa noche tenía la cara redonda de luna rusa, con los ojos opacos y la boca pálida, como si hubiese respirado demasiado a través de ella mientras corría del pabellón de enfermos terminales al de enfermos graves. Le ajustó los mechones de pelo suelto bajo la cofia de enfermera.

—¿Qué te pasa, amor mío? —dijo ella con dulzura, colocándole la mano en la cara—. ¿Qué le pasa a mi marido y qué tengo que hacer yo para ponerle remedio?



Alexander bajó la cabeza, pero antes de que pudiera decirle todas las cosas que le pasaban a su marido, siendo una de las más insignificantes el hecho de que ya no podía dormir solo ni una sola noche de viernes más, ni una sola, se oyó una voz masculina a sus espaldas, una voz que dijo:

—¿Tania? —Era el doctor Bradley. Alexander soltó a Tatiana—. Perdón por interrumpir, pero es la hora —dijo Bradley, mirando a Alexander—. Tenemos que entrar en quirófano dentro de tres minutos.

Se levantaron.

—Sí, ahora mismo voy —dijo Tatiana, tomando un último sorbo de café—. Doctor Bradley, ¿se acuerda de Alexander, mi marido?

Alexander estrechó la mano del médico, que fue a esperarla a la puerta. Tatiana dio unas palmaditas a Alexander en el pecho.

—Te veré mañana por la mañana, cariño —se despidió ella, e hizo amago de irse.

Él no se movió ni dijo nada. Ella se detuvo, lo examinó, lo miró de un lado, luego del otro, estudió su expresión. Luego se acercó y levantó la cara hacia él.

Tapando a Tatiana con su cuerpo de modo que quedara oculta a la vista del médico comediante, Alexander se inclinó hacia la cara que le ofrecía y besó sus labios abiertos rosados y pálidos.

—Hasta luego, cariño —dijo él.

Y entonces la vio desaparecer a toda prisa, hablando de cirugía y de suturas. El doctor Bradley le abrió la puerta y la empujó hacia fuera colocándole la mano en la espalda. Alexander tiró de malos modos las tazas de café de ambos a la basura. Antes de marcharse, se sentó en la sala de espera junto a Charlie, que apestaba una barbaridad. Alexander tuvo que desplazarse dos asientos más allá. Charlie se volvió hacia él, desdentado, y asintió con la cabeza y le dijo:

—Eso es. A veces, si espera lo suficiente, ella vuelve a aparecer.

—Ah, ¿sí?

—Si tiene tiempo. A veces me quedo aquí toda la noche. Me quedo dormido, me despierto y ella está sentada a mi lado. Me voy cuando se va ella.

Alexander siguió sentado en la silla otra media hora, mirando a las puertas. Pero Tatiana no reapareció, y él se fue a casa.



Ese sábado por la mañana, mientras él se preparaba para ir a trabajar y ella se preparaba para irse a dormir, Alexander le dijo a Tatiana:

—Tania, ¿el doctor Bradley es el médico responsable de Urgencias?

—Sólo durante el turno de noche.

—¿Sólo trabaja de noche?

—No, pero trabaja en el turno de noche de los viernes. ¿Por qué?

—Por nada —dijo Alexander—. No me vino a la memoria hasta anoche, pero ¿no es David Bradley el mismo doctor que te atendió hace cinco años, cuando Dudley murió?

—¿Cuando Dudley «murió»? Curiosa forma de decirlo —dijo una sonriente Tatiana desde la cama—. Sí, creo que era Bradley, ¿por qué?

—Por nada. —Alexander se quedó pensativo mientras se ajustaba el nudo de la corbata—. ¿Es el mismo que te vio las marcas en la nuca y luego se puso todo rojo como una colegiala?

—Shura, no lo sé —dijo Tatiana—. ¿Cómo te acuerdas de eso?

—No me acordaba, hasta ahora.

—¿Y por qué te acuerdas de eso ahora?

—Por nada.

—Es la tercera vez que dices eso.

—Ah, ¿sí? Tengo que irme. Tengo una reunión a las nueve. No te olvides de que esta tarde tenemos que comprar el árbol de Navidad.

Estaban a finales de noviembre. La época navideña acababa de empezar, pero les gustaba colocar el árbol lo antes posible. ¿Acaso llevaba Bradley enamorado de su mujer cinco años? Alexander no le habría dado más vueltas al asunto, no le habría importado lo más mínimo, de no ser porque le era imposible quitarse de la cabeza la imagen de la risa de ella, cómo había echado la cabeza y el pelo hacia atrás, riéndose con alegría, con ganas, y hasta con aire sugerente.

## Winter Wonderland

Dos días después, el lunes, Alexander y Anthony volvían a esperar impacientes el regreso de Tatiana a casa. A Alexander le hervía la sangre. Anthony no quería cenar sin ella, así que Alexander estaba sentado inmóvil en el sofá leyendo el periódico. Las luces en el valle del desierto parpadeaban, y todas y cada una de ellas representaban otro maldito control de carretera en los cincuenta kilómetros que separaban el hospital de la puerta de su casa. Anthony había puesto la mesa, el pan estaba listo, la mantequilla fuera de la nevera, la ternera en vino tinto que Tatiana había preparado, recalentada.

Ésta entró por la puerta a las nueve y media de la noche.

—Siento mucho llegar tan tarde —dijo.

Alexander se levantó del sofá... y no dijo nada. La fulminó con la mirada hasta que vio lo agotada que estaba.

—Iris ha vuelto a llegar tarde —dijo Tatiana, quitándose el abrigo y dejando el maletín en el suelo.

«Sí —pensó Alexander—, pero había una época en que introducías la tarjeta en la máquina de fichar y le dabas al botón a las siete y un minuto sin importarte si Iris llegaba tarde o no».

—Ahora tengo más responsabilidades —añadió ella.

—¿Acaso he dicho algo yo? —le soltó Alexander.

A Tatiana le temblaban las puntas de los dedos, y apenas probó bocado. Había habido un pequeño problema con Anthony en la escuela, pero Alexander no sabía cómo sacarlo a relucir viendo cómo estaba ella.

—Anthony, Shura, de verdad que no deberíais esperarme para cenar —dijo Tatiana—. Es demasiado tarde. Por favor, no me esperéis. Lamento mucho que tengáis que estar esperándome. A partir de ahora, cenad sin mí, por favor.

—¿Quieres que tu familia cene sin ti tres noches a la semana? —inquirió Alexander despacio.

Y, asintiendo enérgicamente con la cabeza, Tatiana contestó:

—Prefiero que comáis sin mí a que comáis tan tarde, la verdad. Es terrible.

—Sí, sí que lo es.

Ella no levantó la mirada.

Como de costumbre, Anthony evitó que la discusión fuera a mayores cambiando de tema. Se aclaró la garganta y dijo:

—Mamá, no te enfades, ¿de acuerdo?

—Vaya, eso sí es una forma directa de confesarme algo —comentó Tatiana, mirando a su hijo—. ¿Qué has hecho?

—La directora quiere hablar contigo mañana por la mañana. —Tatiana lo miró a los ojos.

—Y yo que pensaba irme a comprarte los regalos de Navidad mañana por la mañana a primera hora, Anthony Alexander Barrington.

—Lo siento mucho —se disculpó él, avergonzado—. Me metí en una pelea, mamá.

Tatiana no daba crédito.

—¿Que hiciste qué?

—Estoy bien, gracias —dijo Anthony—, pero el otro chico tiene la nariz rota.

Tatiana lanzó a Alexander una mirada hostil.

—¿Por qué me miras así? —exclamó Alexander—. No he sido yo el que le ha roto la nariz a ese chico.

—¿No se llamará Damien Mesker? —preguntó Tatiana.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—Porque le hemos cosido la nariz en urgencias esta tarde. Anthony, creía que erais amigos.

—Mamá, yo no pretendía romperle la nariz. Es sólo que nos peleamos.

—¿Dónde tienes tú las heridas?

—Bueno... —respondió Anthony—, él no me dio. Fue a pegarme, pero yo esquivé el golpe.

—Ya.

Y Tatiana volvió a fulminar a su marido con la mirada.

—¿Qué pasa? —exclamó él, encogiéndose de hombros—. ¿Quieres que tu hijo se quede ahí quieto como un pasmarote, recibiendo?

—Ha sido culpa mía —se apresuró a decir Anthony—. No te enfades con papá.

—Recoge la mesa, Anthony. —Tatiana se levantó de la mesa—. Alexander, ¿quieres salir afuera a fumar... ahora mismo?

Alexander dio a su hijo un empujón al salir.

—¿Has visto lo que has hecho? —le susurró.

En la terraza, Tatiana le dijo:

—Shura, ¿cómo se te ocurre enseñarle a tu hijo a pelear antes de enseñarle a tener un poco de sentido común? Puede que hoy le haya roto la nariz a alguien, pero sabes mejor que nadie que mañana serán los dientes delanteros. Y ha utilizado una fuerza desproporcionada. El otro chico sólo le había dado un empujón.

—Anthony tiene que aprender a defenderse —dijo Alexander—. Lo de la nariz rota fue un accidente.

—Eres imposible, eso es lo que eres —repuso Tatiana—. Ahora tendré que hablar con la familia del otro chico. Eso significa otra hora, y ya son más de las diez.

—Sí —dijo Alexander, recostándose en el balancín, fumando y mirando hacia el desierto oscuro—. Es muy tarde, ¿verdad?

Tras obligar a Anthony a llamar a Damien para disculparse, Tatiana estuvo mucho rato hablando con la madre del otro chico.

Cuando Alexander entró en el dormitorio, se encontró a Tatiana dormida encima de la colcha con su uniforme. Se sentó al borde de la cama y la observó. En el hervidero del interior de su pecho se removía la espuma de la ternura, mezclada y engullida por la hostilidad. Le tocó la pierna.

—Oh, Dios —murmuró ella, despertándose—. Esta noche estoy muerta.

—Como siempre —repuso Alexander—. Al menos mañana es tu día libre.

Tatiana se desvistió rápidamente, se tambaleó hasta el cuarto de baño, salió de él también tambaleándose, se desplomó sobre la cama con el pelo aún recogido en un moño, y volvió la cara hacia él para que le diera un beso, con los ojos cerrados.

—¿Te doy un masaje? —le susurró Alexander.

Tatiana olía débilmente a aceite de almizcle, que parecía perpetuamente adherido a su piel, a jabón de lilas, a menta en su aliento. Desplazó la mano por la columna vertebral de ella, y ésta murmuró algo, emitió un gemido y se quedó dormida. Alexander se agazapó detrás de ella, al calor de su cuerpo, acariciándola de arriba abajo, acariciando aquellas nalgas suaves y redondas que encajaban en sus manos a la perfección, acariciándole los muslos. Tenía la piel de un recién nacido, o al menos era así como él imaginaba que sería la piel de un recién nacido. Le masajeó aquellos pechos que encajaban en sus manos a la perfección, enroscó los dedos con suavidad alrededor de los pezones, excitándola aun en sueños, y se deslizó por la ladera de su cintura, le acarició el vientre liso y se adentró con los dedos entre el vello claro y fino. Empujó con la mano... pero entonces se detuvo. Recostándose con el cuerpo por encima de ella y sujetándole la cara entre las manos, Alexander le besó la sien y al final, insatisfecho, él también se quedó dormido.

Por la mañana, alargó la mano para buscarla a tientas en la cama, pero ella ya se había levantado: tenía que estar en el despacho de la directora a primera hora de la mañana.

—Tania —le dijo cuando se sentó a la mesa a desayunar—, estaré en casa hacia las doce y media para almorzar. —Arqueó las cejas.

—Ay, Shura —dijo Tatiana, al tiempo que le servía una taza de café y depositaba un cruasán en su plato—. ¿Se... se me ha olvidado decírtelo? —Se rio un poco—. No estaré en casa a mediodía. Después de la reunión con la directora voy a ir a comprar comida, adornos de Navidad y luego... hummm..., tengo que ir unas horas al hospital.

Alexander dejó de beberse el café y dejó de mirarla. Estuvo unos segundos sin decir una sola palabra, y al final soltó:

—Anthony, ¿puedes esperar fuera a tu madre? Saldrá enseguida.

—Mamá, tenemos que irnos. La señora Larkin nos espera.

—Espera fuera a tu madre he dicho.

Después de dirigir una mirada cargada de ansiedad a su madre, Anthony se marchó.

En cuanto se cerró la puerta, Alexander se volvió hacia ella. Seguía sentado a la mesa.

—¿Qué estás haciendo? Dímelo porque no tengo ni idea.

—Cariño —repuso Tatiana con dulzura—, tú estás trabajando de todos modos. ¿Qué importa?

—Joder, importa y mucho, Tatiana —dijo Alexander—. Tú no te pasas el día sentada en el despacho de un arquitecto, en el mío, por ejemplo, respondiendo al teléfono. No me digas que vas a trabajar el único día que tienes libre hasta el fin de semana.

—Bueno, es que no sabía que querías venir a casa a almorzar —respondió ella a modo de disculpa—. Como ya casi nunca vienes a casa a almorzar conmigo...

Se quedaron mirándose un momento.

—¿Y? —repuso él—. Hoy sí quería venir.

—Anthony llegará tarde a la escuela —dijo Tatiana—. Y la directora está esperando.

—¿Por qué vas al hospital? ¿Vas a sustituir a alguien?

—No —dijo ella, carraspeando, y retorciéndose las manos—. Es en el hospital infantil de la Misión de Santa Mónica. No tienen suficiente personal y me han pedido que colabore, sólo para la época navideña. Me pagan el doble por cuatro horas...

—¿Me importa una mierda si te pagan diez mil putos dólares! —gritó Alexander—. ¿Cuántas veces voy a tener que decirlo? ¡No necesitamos el jodido din...! —Se interrumpió de repente, mirándola y frunciendo el ceño—. Pero tú eso ya lo sabes... —añadió despacio—. Déjame hacerte una pregunta: ¿quién se encarga de echar una mano en ese hospital infantil además de ti?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es si hay algún médico responsable. ¿O trabajas tú sola?

—Sí, sobre todo me encargo yo. Aunque, cuando necesito más ayuda, a veces el doctor Bradley...

Alexander ya había oído todo cuanto necesitaba oír. Alzó la mano y se levantó de la mesa.

—Yo dirijo esa parte del hospital, Shura, sólo que cuando necesito más ayuda...

—Eres increíble.

—No podemos... No podemos mantener esta conversación ahora —sentenció Tatiana con voz débil—. Anthony está esperando.

—Desde luego —convino Alexander—. Y yo también estoy esperando. ¿Sabes lo que estoy esperando? Espero tener una esposa a tiempo completo algún día. ¿Y sabes cuánto tiempo llevo esperando? Desde 1949. ¿Cuándo crees que voy a tener una esposa a tiempo completo, si es que voy a tenerla algún día?

—No estás siendo justo —murmuró Tatiana, bajando la cabeza para que él no viera las lágrimas en sus ojos.

Pero Alexander las veía; como también veía los ojos de Charlie, y los ojos de Erin, y los del chico, y los de la madre de éste. Y también veía la mano del doctor Bradley, y al pequeño Anthony dando botes de alegría por ella cuando llegaron a bordo del barco que los trajo de Berlín, y veía sus caderas desnudas y levantadas en las manos desplegadas de él, y Alexander bajó sus propios ojos y se alejó de ella.

Alexander alejó su mirada, su cabeza y su corazón de ella.

Barrió la superficie de la mesa con la mano y lanzó de un manotazo la taza de café al suelo, donde se hizo añicos y el líquido se desparramó por todas partes. Recogió su cartera y salió de la casa dando un más que satisfactorio portazo.

Cuando volvió a las seis, Tatiana ya estaba en casa; ésta estaba acogedoramente decorada con los adornos de Navidad, la cena estaba lista y las velas encendidas. Había preparado ternera Stroganoff, uno de sus



platos favoritos. Le sirvió la comida, luego la bebida y luego sirvió a Anthony. Se sentaron y repartieron el pan.

—Mamá —dijo Anthony—, ¿cómo has podido colgar todos los adornos tan rápido? La nieve falsa en el alféizar de las ventanas es un detalle especialmente bonito. ¿A que está todo precioso, papá?

—Sí.

Alexander no apartó los ojos del plato.

—¿Cómo está la ternera, Shura?

—Buena.

Siguió sin apartar los ojos del plato.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Bien.

Siguió sin apartar los ojos del plato.

—Me encanta la Navidad —dijo Anthony, y empezó a cantar—. ¡Mi época del año favorita! ¿Adornaremos el árbol este fin de semana?

Comieron con su hijo como escudo, hablando con él y a través de él. De postre, les preparó plátanos al ron y helado de vainilla. Una vez hubieron terminado, Tatiana y Anthony recogieron la mesa mientras Alexander desaparecía en el dormitorio. Salió veinte minutos más tarde, vestido con pantalones grises limpios, una camisa blanca y limpia y una corbata gris. Se había duchado y afeitado. Se puso la chaqueta.

Tatiana se secó las manos en el paño de cocina.

—Voy a salir.

—¿Adónde vas?

—A salir.

—¿Un martes?

—Exacto.

Tatiana abrió la boca, pero Anthony estaba en el sofá fingiendo ver la televisión, de modo que se dio media vuelta y le dio la espalda.

Alexander se reunió en Maloney's con el fogoso y desesperado Johnny, que había salido de caza nocturna. El problema era, tal como le había dicho Johnny, que estaba buscando una «esposa para la semana». No tenía ningún interés en casarse, pero todas las chicas, de las que nunca parecía

haber suficientes, no querían otra cosa más que casarse. Hacía ya mucho tiempo que los soldados habían vuelto a casa, y ahora era época de mucha demanda, por desgracia para Johnny, pues sólo había una mujer para cada cinco hombres. La chica no tenía por qué ceder hasta que estuviese segura de que la propuesta de Johnny iba en serio, y éste lo fingía de la mejor manera posible, con su locuacidad, su caída de pestañas y sus distintas tretas, pero el problema era siempre el mismo, y Johnny nunca se cansaba de hablar de él. De modo que aquel martes por la noche, Alexander y él estuvieron hablando de eso sin cesar, y también de las casas, de los trabajadores y de los clientes, y entonces, Johnny dijo:

—¿Va todo bien, amigo mío?

—Sí, bien.

—Tú nunca sales los martes por la noche. ¿La señora Barrington está trabajando o algo así?

—No, no. —Alexander se quedó con la mirada perdida en el fondo del vaso.

—Bueno, pues no mires —dijo Johnny—, pero hay dos muchachitas haciéndole ojitos a alguien que espero ser yo.

Alexander echó un vistazo. Johnny sonrió a las chicas, que le devolvieron la sonrisa y luego dejaron de hacerle caso. Lanzó un suspiro.

—Parece tan fácil... Sonríen. ¿Por qué el resto es tan difícil?

—Porque lo piensas demasiado —contestó Alexander—. La parte más difícil es que se fijen en ti, que te miren. Si te miran desde la mesa de al lado, lo más difícil ya está superado.

—¿Lo más difícil ya está superado?

—Joder, te lo digo yo —le aseguró Alexander—. Llama al camarero y dile que les ponga una ronda de tu parte.

—¿Y luego?

—Ya lo verás.

Johnny hizo lo que le decía Alexander. Al cabo de unos minutos, con las copas en la mano, las dos mujeres se acercaron alegremente hasta donde estaban Johnny y Alexander.

—Gracias por las copas, caballeros —dijeron, todo sonrisas.

—De nada —contestó Johnny, lanzando una mirada aprobadora a Alexander—. Pero no se las deis a éste, no os ha invitado a nada.

—Ah, ¿no? —exclamó una de ellas. Él la miró y luego miró a su cerveza—. Tú eres Alexander Barrington, ¿verdad?

—Sí, soy yo. ¿Quién lo pregunta?

Ella le ofreció la mano.

—Soy Carmen Rosario. ¿No te acuerdas? Mi marido y yo fuimos a verte el mes pasado para hablar de la construcción de una casa en Glendale.

—Ah, sí. —Alexander no se acordaba—. ¿Y qué pasó con ese proyecto?

—Todavía nos lo estamos pensando. En realidad, yo quería concertar una cita para reunirnos de nuevo, quizá para ver alguna de tus casas de muestra. Ahora estamos pensando en construirla en Paradise Valley en lugar de en Glendale. Tenemos un terreno en Chandler que queremos vender para poder construir en algún sitio un poco más céntrico.

—Llama al despacho. —Alexander le dio su tarjeta—. Será un placer reunirme contigo y con...

—Cubert.

—Cubert.

Él y Johnny intercambiaron una mirada. «¿Cubert?».

—Bueno, ¿y dónde están vuestros maridos, chicas? —preguntó Johnny. Estaba totalmente fuera de control. Dijo lo primero que le vino a la cabeza.

La chica más joven, cuyo nombre era Emily, se rio con timidez y dijo que ella no estaba casada. Carmen dijo que su marido estaba en Las Vegas. Alexander sonrió con amargura ante su vaso de cerveza. ¡Las Vegas! Pero no, por lo visto, Cubert era agente inmobiliario en una empresa y tenía muchos negocios allí.

—También es técnico de urgencias en el Phoenix Memorial Hospital. ¿Y dónde están vuestras esposas, caballeros?

—La de Alexander está en casa, y yo no tengo esposa —contestó Johnny, casi lastimeramente. Había bebido demasiado y no parecía tener

dos dedos de frente, porque acto seguido dijo—: Pero estoy buscando una.

Emily se arredró inmediatamente, hasta el punto de retroceder dos pasos. No así Carmen.

—Entonces, ¿sois clientes habituales de este sitio los martes por la noche?

—No, somos clientes fijos los viernes —contestó Johnny.

—Ah, ¿sí? —exclamó Carmen, sonriendo a Alexander. Era una mujer escultural, morena, muy arreglada, peinada, maquillada, bien vestida, de busto generoso y espectacular—. ¿Dónde vivís?

—Yo vivo lejos —respondió Alexander y dejó el vaso vacío de cerveza en la mesa—. Y tengo que irme ya.

Johnny se lo llevó a un lado.

—¡No puedes irte todavía! —le susurró—. Me parece que he dicho algo malo, que he asustado a Emily.

—¿Te parece, dices? —exclamó Alexander—. Eso de decirle que buscas esposa no ha sido lo más inteligente que podrías haber dicho, ¿no te parece? Bueno, ¿qué se le va a hacer? Ya tendrás más suerte la próxima vez. Inténtalo con la otra... parece más simpática. Al fin y al cabo, Cubert está en... ¡Las Vegas!

Se echaron a reír con disimulo.

—Simpática contigo tal vez —dijo Johnny—. Tú la tratas con indiferencia y aun así ella sigue coqueteando contigo, ¿por qué?

—Pues por eso.

Johnny convenció a Alexander para que se quedara a tomar otra copa y todos fueron a sentarse a una mesa a media luz, en una esquina. Carmen se sentó al lado de Alexander. Éste se bebió la cerveza rápidamente, la quinta de la noche. Carmen le proporcionó gustosa muchísima información sobre sí misma. Le hizo preguntas a Alexander sobre la construcción de una casa, sobre el diseño, sobre si era mejor piedra o estucado, tejados planos o a dos aguas. Había oído que los tejados planos suponían un mayor ahorro de energía, ¿era cierto?

—Puede que sea cierto —dijo Alexander—. Pero sólo hay dos clases de tejados planos: los que tienen goteras y los que no tienen goteras...

todavía.

¡Cómo se rio Carmen entonces! Echando hacia atrás la melena repeinada como si esta vez Alexander fuese el comediante.

—Eres arquitecto, constructor... Sabes hacer de todo, ¿verdad?

—Y no sabéis ni la mitad, chicas —intervino Johnny, sonriendo—. Cuéntales todas las demás cosas que has sido, Alexander. —Éste se levantó.

—Tengo que irme, de verdad. Gracias por la copa, Johnny. Encantado de conoceros, chicas.

Carmen también se levantó.

—Entonces, te llamo y concertamos una cita, ¿no?

—A mí no —contestó Alexander—. Llama a Linda, es mi secretaria.

—Bueno, ha sido un verdadero placer conocerte, Alexander.

Bamboleando los pechos hacia él y sonriéndole, Carmen le tendió la mano de uñas largas y rojas.

Alexander condujo a casa con cuidado, pues había bebido mucho. En la casa, habían dejado la luz del porche encendida para él. La puerta estaba cerrada con llave. A Tatiana no le gustaba cerrar las puertas cuando él no estaba en casa, decía que le parecía como si estuviera dejándolo en la calle, pero después de lo de Dudley, Alexander la instruyó en la importancia de cerrar echando el cerrojo en ambas puertas a todas horas, y de echar también las cortinas cuando estuviese sola en casa en pleno desierto.

Cuando Alexander entró, ella estaba sentada a la mesa de la cocina, esperándolo, tamborileando con los dedos en la superficie de madera. La casa estaba a oscuras; sólo permanecía encendida la luz de encima del horno. Alexander no dijo nada mientras cerraba la puerta y se quitaba la chaqueta. Cuando fue a servirse algo de agua de la nevera, Tatiana le preguntó:

—¿Por qué sales a tomar copas un martes por la noche?

—¿Por qué no?

—¿Qué estás haciendo, Alexander?

—¿Qué estás haciendo tú, Tatiana?

Le levantó la voz. Era el alcohol. Ella continuó en voz baja:

—¿Por qué te peleas conmigo?

—No me peleo contigo. He entrado por la puerta y no he dicho nada.

—Sé que estás enfadado, pero ¿crees que la forma más razonable de enfrentarnos a esto es dejándome aquí y yéndote a beber a un bar?

—Ah, ¿y eso es lo que estaríamos haciendo si me quedase en casa? —dijo Alexander—. ¿Enfrentarnos a esto?

—¡Dejándome aquí y yéndote a beber un martes!

—¿Y por qué no? Tú me dejas solo sesenta horas a la semana.

—¡Yo trabajo! —le gritó.

Alexander la alcanzó en dos zancadas.

—En primer lugar —dijo—, ¿a ti te parece que estoy de humor para que me griten? ¿Cuántas veces te lo he dicho? A mí no me levantes la puta voz. Y en segundo lugar, no quiero volver a oír hablar de tu trabajo nunca más, ¿me has entendido?

Tatiana levantó los ojos para mirarlo desde la silla y apartó la mano de él de su cara. La bata corta de seda se le estaba aflojando.

—Soldado, ¿qué estás haciendo? —dijo con voz trémula—. Baja ya las armas.

—Tú a mí no me dices que baje las armas —repuso Alexander con voz de acero—. Bajaré las armas cuando me dé la puta gana, visto que tú haces lo que te da la puta gana.

Se dio media vuelta y se dirigió al dormitorio.

Tatiana lo siguió despacio.

—¿No podemos hablar de esto razonablemente...?

—No vamos a hablar de esto en absoluto. —Él estaba en el vestidor—. Dime una cosa, ¿estás tan ausente que no te has dado cuenta de que el tiempo que pasamos juntos cada vez es más insoportable? ¿De que nuestros minutos son cada vez más insoportables?

—Si son cada vez más insoportables es porque tú los haces más insoportables —le espetó Tatiana.

—Ah, soy yo el que los hace más insoportables, ¿verdad?

Alexander se arrancó la corbata.

Tatiana se sentó tensa y nerviosa al borde de la cama. El nudo del cinturón de su bata estaba ya medio deshecho, y Alexander vio un atisbo de sus pechos, su ombligo, su monte dorado, sus caderas blancas...

—Sí —dijo ella—. Sales a beber, vuelves a casa tarde y borracho, comportándote de esta manera. Eso lo hace más insoportable.

Él se desabrochó los gemelos, se quitó la camisa blanca, la camiseta blanca y se quedó delante de ella desnudo de cintura para arriba.

—Bueno, ¿pues sabes una cosa? —dijo Alexander—. Que se acabó lo de comportarme con delicadeza. Se acabó por completo.

—Sólo es el mes de diciembre... —le dijo Tatiana—. Un mes y luego...

—¿Qué te he dicho? —le gritó él—. ¡No quiero que me hables de tu trabajo!

—¡Deja ya de gritar! ¡Dios!

—¿Estás enfadada? ¿Quieres pelear conmigo? —Alexander se dio unos golpes en el pecho—. Vamos, Tania. ¿Quieres pelea? Aquí me tienes.

Ella pestañeó.

—No quiero pelear contigo, ¿de qué estás hablando?

Él se desabrochó el cinturón y lo sacó de las trabillas.

—No puedes estar tan enfadado conmigo por eso, Shura —dijo Tatiana—, por cuatro horas en un hospital infantil. Tiene que ser otra cosa...

Sin dejarla acabar, Alexander levantó la mano e hizo restallar el cinturón. Ella dio un respingo al oír el silbido de la correa en el aire y ver cómo golpeaba la cama con un ruido sordo junto a su muslo desnudo.

—¡Tania! —gritó Alexander, agachándose sobre ella—. Te he dicho que no quiero hablar de eso. ¿Cuál es la parte que no has entendido?

—Pero ¿qué es lo que te pasa? —dijo Tatiana, asustada, casi desplomándose hacia atrás en la cama, pues le flaqueaban los brazos.

—Te he dicho que no me pongas nervioso, ¿verdad?

La bata se le había abierto del todo.

—Sí —contestó ella en un hilo de voz.

—Te he dicho que no me hables de tu puñetero trabajo.

—Sí. —Hablabla en voz cada vez más baja—. Chsss.

—No me vengas con tus «chsss». Eso tú; porque la próxima vez que abras la boca —dijo entre dientes—, te juro que voy a perder los nervios.

Seguía de pie cerniéndose sobre ella, enorme aún en su semidesnudez. Tatiana intentó levantarse de la cama.

—Perdona —murmuró con voz inaudible—. Tengo que pasar.

Como siempre, la exigua vulnerabilidad de Tatiana, en su desnudez, con los pezones trémulos y erectos apuntándole, sacaba de Alexander lo peor de sí mismo en aquellas condiciones, cuando la cólera se adueñaba de él. La rendición incondicional de ella no sólo no sofocó su furia, sino que logró justo lo contrario: encenderlo aún más, y encender también su concupiscencia. ¿Que le tenía miedo? Pues tenía toda la razón de tenérselo. A veces él era simple y llanamente cruel, y lo sabía, y no le importaba. Incapaz de contenerse, Alexander no la dejó pasar.

Le arrancó la bata, se arrancó la ropa él mismo, y arrancó mantas y sábanas de la cama antes de colocarla de espaldas delante de él, de separarle las piernas y sujetarla con las muñecas por encima de la cabeza. Resistiéndose ligeramente, Tatiana no dijo nada, sólo volvió la cara hacia él, levantó los pechos hacia él.

—Shura... —susurró.

—No me vengas con tus «Shura».

Sujetándola de las piernas, la obligó a tenderse sobre su estómago, presionándola contra la cama, apretándole la parte baja de la espalda, las caderas y los muslos contra la cama.

—Shura... —repitió Tatiana, con la voz amortiguada por las sábanas.

Mientras la inmovilizaba con una sola mano, Alexander le deshizo la trenza con la otra, tirando de las tiras con los dedos, y dejó que el pelo se le desparramase por la espalda.

—¿Estás demasiado cansada esta noche, Tania? ¿Apenas despierta? ¿Quieres ponerte un pijama? ¿Acaso no estás de humor? —le susurró con el aliento en la nuca, deslizándole los dedos entre las piernas y jadeando.

Al cabo de un momento, ella empezó a gemir como respuesta.

—Deja que me dé la vuelta.



—No. —Las palmas planas que le habían estado alisando la espalda le alisaban en ese momento la parte posterior de los muslos—. Quiero hacerlo a mi manera, no a la tuya.

Le separó las piernas y se arrodilló entre ellas, encaramándose sobre el cuerpo tendido boca abajo de ella, agarrándola del pelo, deslizándose en su interior. La sensación era tan placentera que se demoró allí un momento, pero luego se retiró, la abrió un poco más, y la embistió entre las nalgas.

—Oh, Dios mío... espera, Shura, espera... —susurró Tatiana con voz ronca—. Déjame tocarte.

—No —murmuró Alexander mientras se abría paso despacio hacia el interior de ella, despacio y no tan despacio—. Voy a ser yo el que te toque a ti. Quédate muy quieta.

Tatiana se aferró con fuerza a las sábanas, retorciéndolas con las manos, y luego se agarró al borde del colchón, a los barrotes de bronce de la cabecera, que no dejaban de traquetear. Él siguió embistiéndola por detrás.

—Shura... espera... deja... me daré la vuelta y así podrás...

—No.

Estaba completamente dentro. Respiró hondo, aún seguía furioso con ella. Tenía el rostro enterrado en su nuca. Olía a vainilla... a azúcar quemado... a crema... a ron...

Desplazó ambas manos hacia arriba para sujetarla por los antebrazos. Se retiró un momento hacia atrás y volvió a arremeter contra ella.

Los barrotes de bronce estuvieron a punto de romperse cuando Tatiana gritó. Él se retiró un momento hacia atrás y volvió a embestirla. Dentro, fuera, dentro, fuera, cada arremetida acentuada por los gritos intermitentes de ella.

Él no dejaba de moverse, ni de susurrarle al oído. Ella jadeaba, sudaba, con el cuello y la cara húmedos de la gran tensión. Apretándole la cara contra las sábanas, lamiéndole los montículos superiores de la espalda, cubriéndola con la totalidad del cuerpo, Alexander le ordenaba:

—No te muevas, Tania.

Pero él sí se movía.

Tenía que parar. Le parecía increíble, pero estaba a punto de correrse, algo inaudito, tan pronto, tras haber ingerido tanto alcohol. Ella siempre era demasiado para él, así, en su agotamiento exquisito, tumbada boca abajo, con la cara entre las sábanas, con la melena rubia desparramada por la espalda, jadeando, sujetándose a la cama. Alexander trató de recuperar el control sobre sí mismo yendo más despacio, respirando con más frecuencia, incorporándose, pero fue inútil. Había acabado.

Alexander se desplomó entre jadeos sobre la espalda de ella mientras Tatiana continuaba respirando agitadamente y gimoteando bajo su cuerpo. Él enterró la cara en su pelo.



A la mañana siguiente, cuando Alexander abrió los ojos, Tatiana ya estaba levantada y se había puesto el uniforme. No hablaron durante varios minutos. Ella no sonreía al mirarlo.

—¿Piensas decirme algún día dónde estuviste anoche —preguntó ella al fin—, o debería dejar de preguntártelo y sacar mis propias conclusiones?

Él se desperezó.

—Estuve tomando una copa con Johnny.

—Ya. Con tu simpático amigo Johnny, el soltero de oro, el que siempre está a la caza de alguna chica, el que bebe hasta caer redondo al suelo. ¿Le estás enseñando algunos secretos que sólo sabes tú?

Alexander se restregó los ojos.

—Hummm... ¿no es un poco pronto para esto?

—Anoche no estabas muy interesado en hablar, que digamos.

Alexander sintió cómo una oleada ardiente le recorría el estómago al acordarse de ella la noche anterior; la recordaba con los cinco sentidos. No era sólo una punzada de deseo, sino un verdadero vendaval de excitación.

Tatiana se fue de la habitación y Alexander se levantó para lavarse. Ella regresó con una taza de café para él.

—No te olvides de la fiesta de esta noche.

—¿Qué fiesta?

Le arrebató el café de las manos.

—La fiesta de Navidad del hospital —contestó Tatiana despacio, arrugando la frente.

—Ah, sí. —Alexander se acordó en ese instante—. No quiero ir.

—Tenemos que ir.

—Puede que no te hayas dado cuenta —repuso Alexander—, pero no estoy de humor para fiestas.

—Cómo no voy a darme cuenta... —Tatiana bajó la mirada—. Pero tenemos que ir de todos modos.

—No.

—Alexander —dijo, mirándolo fijamente—, ¿me estás diciendo que no quieres ir a la fiesta de Navidad de mi hospital, a la que van todos los maridos y las mujeres del personal?

—Por fin veo que me he expresado con claridad.

—Muy bien, como quieras —dijo ella, echando mano de su bolso antes de marcharse—. Pero yo sí voy.

—Muy bien, vete a esa fiesta —dijo Alexander, dirigiéndose a su espalda uniformada—. Haces toda clase de cosas que a mí no me gusta que hagas, ¿por qué no ibas a ir a una fiesta?

Tatiana se detuvo en la puerta del dormitorio. Tras observarlo con recelo, lanzó un suspiro y poco a poco, volvió sobre sus pasos. Alexander se puso de pie delante de ella, furioso y fumando, y encendido como todas las mañanas por el cuerpo de Tatiana. Ella dejó en el suelo su maletín de enfermera.

—Chsss... —dijo ella despacio, volviendo la cara hacia arriba, hacia él, mientras bajaba las manos y lo sujetaba con ellas—. Chsss, vamos... —Empezó a acariciarlo—. Vamos... abandona ya el campo de batalla. Baja las armas, soldado...

Alexander la quería hincada de rodillas ante él, y estuvo a punto de colocar la palma de la mano en la parte posterior de la cabeza de ella. Por una parte, sería una gratificación tan grande... Pero por otra...

—Son más de las seis. Vas a llegar tarde al trabajo. —Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Alexander se obligó a sí mismo a apartar las manos de ella de su propio cuerpo—. Ahora, vete.

—Pero vas a venir, ¿verdad? —Tatiana le besó el pecho.

—Bajo protesta.

—Por supuesto.



En cuanto Alexander entró en la sala común de la tercera planta del hospital y echó un vistazo a su mujer, supo que la noche no iba a acabar bien. Tatiana tenía esa asombrosa habilidad, la de llegar a casa siempre muerta de cansancio, pero estar fresca como una rosa en una fiesta del hospital, rodeada por sus amigos, como si no hubiese hecho otra cosa en todo el día que sumergirse en una bañera de agua caliente. Estaba muy lozana y alegre, y cuando Alexander entró, conversaba con un grupo de personas entre las que se hallaba el doctor Bradley, y estaba echando la cabeza para atrás, encantada y feliz.

Debía de ser todo un bromista ese doctor, el ingenio en persona, pensó Alexander al tiempo que se dirigía hacia ella, sintiendo un inquietante martilleo en el corazón. A su mujer le resultaba imposible dejar de reír cuando aquel doctor andaba cerca.

Tatiana llevaba el pelo recogido en una trenza aflojada, y un mechón largo y rizado suelto en la punta que se meneaba graciosamente cada vez que ella reía; los lazos de terciopelo rojo que apenas lograban sujetar la trenza en su sitio también se meneaban y se agitaban con ella. Tenía unos mechones de pelo dorado por la cara. Se había maquillado y tenía brillo rojo en los labios. A juego con la boca, llevaba un espectacular vestido nuevo de color rojo fuego, muy navideño, Alexander supuso que para tratar de alejarse al máximo del blanco de enfermera habitual. El vestido contaba con un corpiño muy ceñido que le resaltaba los pechos y confeccionado en tafetán, tejido que bajaba en zigzag hasta convertirse en una falda de vuelo de tul y capas superpuestas. Debajo llevaba unas

enaguas almidonadas que crujían cada vez que ella se movía. Alexander estaba seguro de que no era el único que las oía crujir. El vestido tenía mangas de volantes, como si fuera una bailarina de flamenco, a punto de ponerse a bailar *La bruja*. El ajustado corpiño hacía que su cintura aún pareciese más diminuta y los pechos más prominentes de lo habitual. Sus zapatos de tacón de diez centímetros eran de raso y sus piernas, enfundadas en medias de nailon con costura detrás, lucían espléndidas.

Toda ella estaba espléndida.

Alexander no comentó nada sobre el vestido arrebatador, ni una sola palabra. Mientras estrechaba las manos de los presentes, Tatiana fue a buscarle una copa y algo de comida. Alexander se sumó a la conversación sobre el futuro de la profesión médica en Estados Unidos. En los hospitales había mucha presión asistencial a causa del espectacular crecimiento demográfico. Los hospitales no daban abasto, las casas de maternidad no daban abasto. Alguien preguntó por qué si la industria de la construcción sí podía asumir la demanda de más casas, no se podían construir más hospitales con pabellones de maternidad más amplios. Alexander dijo que en los ocho años que llevaban en Arizona, se habían construido un millón de casas nuevas, mientras que Phoenix seguía teniendo un único hospital.

—Bueno, pues a lo mejor deberías diseñar y construirnos un nuevo hospital, Alexander —apuntó Carolyn—. Para ayudar con la masificación de los recién nacidos. Y luego tu mujer podría dirigirlo.

—¡Un hospital sólo para Tatiana! —exclamó Bradley con una risotada, mirando a Tatiana—. ¡Menuda idea!

—Sí, pero ¿sabíais —siguió diciendo Carolyn— que cada vez más y más mujeres optan por dar a luz a sus hijos en casa con ayuda de una comadrona? Yo decidí seguir un curso y ahora soy comadrona titulada, para vuestra información. —Sonrió—. Se acabaron las reuniones de Tupperware para mí, Tania —dijo—. Te parecería increíble la cantidad de dinero que llego a ganar en mi tiempo libre. Deberías hacerte comadrona. Serías muy buena, ¿sabes?

—Claro que sí —dijo Bradley—. Tania es muy buena en todo.

Tatiana no supo responder a aquello; Alexander no quiso ni siquiera mirarla y se excusó bruscamente para abandonar la estúpida conversación e irse a buscar otra copa.

—¡Caramba! ¿A quién tenemos aquí? ¡Alexander!

Alexander se volvió. Era la mujer de la noche anterior, Carmen.

—Ah, hola —dijo, despreocupadamente, apartándose un paso y echando un vistazo al otro lado de la habitación. Tatiana parecía ocupada y no miraba en su dirección—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya te lo dije: Cubert, mi marido, viene aquí a tomar clases de técnico de urgencias; a eso dedica su tiempo libre. —Chasqueó la lengua—. Claro, como tiene tanto... Pero bueno, lo que es más importante, ¿qué haces tú aquí?

—Mi mujer trabaja aquí.

—¿Que tu mujer trabaja aquí? ¿Cuál de ellas es?

—¿Cuál de ellos es Cubert? —replicó Alexander sin señalar a Tatiana.

—Ése de ahí. —Cubert era un hombrecillo enjuto y nervioso que hacía señas a Carmen desde el otro extremo de la habitación. Ella volvió a chasquear la lengua sin hacerle caso y sacó un cigarrillo—. ¿Tienes fuego?

Alexander encendió su mechero y lo acercó al pitillo de Carmen, quien se aferró a su mano con tanta fuerza que parecía que se hubiese desatado un tornado en la sala común del Phoenix Memorial. Por supuesto, fue en ese preciso instante cuando Alexander levantó la mirada y vio a Tatiana al otro lado de la habitación, mirándolo fijamente con expresión ensombrecida.

—He llamado a tu secretaria —dijo Carmen con una bocanada de humo, sonriendo—, pero me ha dicho que estás ocupado hasta después de Año Nuevo. ¿No podrías hacer algo al respecto?

—Si Linda dice que estoy ocupado, es que estoy ocupado. —Alexander se apartó—. Tengo que irme. Perdona... Carmen, ¿verdad?

Cubert la llamaba cada vez con más insistencia, y una exasperada Carmen se fue hacia él como una exhalación.

Y luego, Alexander se encontró con la sorpresa de que Tatiana no le hablaba. Alexander le preguntó si quería una copa. Ella dijo que no. Le

preguntó si quería algo más de comida. Ella dijo que no. Dejó de hacerle preguntas y ella se apartó de su lado y se acercó a Bradley, Carolyn y Erin. Bebió, dijo esto, dijo lo otro, y luego dijo algo y todos estallaron en risas, y Bradley tomó a Tatiana de la mano, hizo una reverencia teatral delante de ella y, acto seguido, le besó la mano.

Lo hizo como una broma, todos sonrieron y siguieron hablando como si nada, es decir, todos salvo Alexander, quien se acercó a Tatiana, la tomó del brazo con cuidado y se la llevó aparte un momento diciendo «perdón».

—Me voy —le dijo.

—Sólo son las once.

—Pues a mí me parece muy tarde, ¿no crees?

Ella no lo miraba.

—Está bien, vete —dijo—. Yo iré un poco más tarde.

—¿Tú no vienes?

—Iré... más tarde.

La mano de Alexander apretó con un poco más de fuerza el volante de la manga de su vestido.

—Está bien. Vete. —Tatiana se zafó de él—. Así todavía tendrás tiempo de hacer tus rondas por los bares. —Tatiana apretó la boca y luego lo miró fijamente—. Cuando hace falta que te quedes en casa a hablar conmigo, sales corriendo a tomar una copa con tus amigotes, los mismos que van como locos detrás de unas faldas. Si tuvieras una pizca de decencia te quedarías con tu esposa media hora más en la fiesta de Navidad del trabajo de ésta. —Mientras sus enaguas almidonadas crujían se volvió para irse, haciendo un pequeño ademán desdeñoso con la mano—. Pero vete de bares, anda, vete, adiós.

Alexander la fulminó con la mirada... Y la melena suelta y rubia de ella levantó un viento huracanado en el interior del corazón de él.

Y Alexander se marchó.



Tendría problemas cuando llegase a casa, Tatiana lo sabía. La luz del porche estaba encendida. Alexander estaba sentado fuera, en la parte de atrás. Bueno, al menos esta vez se pelearían con la ropa puesta. Tatiana se sentía impotente en sus peleas desnuda en el dormitorio. Siempre perdía y tenía que suplicar un acuerdo, ceder a todo, a cualquier cosa, lo que fuese. Ni siquiera era ceder, sino la sumisión absoluta. Como la noche anterior. Ella nunca tenía razón en el dormitorio, motivo por el cual a él le gustaba tanto pelearse allí.

La puerta de la casa no estaba cerrada con llave, porque el hombre de la casa estaba en casa. Tatiana entró, dejó el maletín en la estantería y fue a ver cómo estaba Anthony, que dormía profundamente.

Tras despojarse del abrigo de cachemira y de los zapatos rojos de tacón, Tatiana se preparó una taza de té, pero no podía salir a la parte de atrás. En vez de eso, salió a la terraza delantera de la casa y se tomó el té, tiritando con su vestido navideño.

Alexander estaba en la terraza de la parte de atrás, de espaldas a la casa, y Tatiana estaba en la terraza de la parte delantera, de espaldas a la casa.

Al final, cuando ya hacía rato que había terminado el té, cruzó la casa, abrió la puerta de la parte de atrás y salió al exterior. Sólo una pequeña lucecilla amarilla brillaba encima de la puerta. Alexander estaba fumando, bebiendo cerveza, y no se volvió hacia donde estaba ella. Tatiana pensó en ir a sentarse a la mesa de la esquina, frente al lugar donde estaba él. Alexander no le gustaba tenerla cerca cuando estaba enfadado, pero ella sabía que necesitaba tenerla cerca cuando estaba enfadado, así que se sentó junto a él en el balancín, sin tocarlo, pero lo bastante cerca para oler el cuero de su chaqueta de aviador de la Segunda Guerra Mundial, y el olor a cigarrillos y a cerveza en su aliento. Estaba muy guapo esa noche, cuando había aparecido en la fiesta, con el pelo negro, corto y engominado, y la cara recién afeitada, el traje oscuro recién planchado, al igual que la camisa blanca. Y ahora llevaba los calzoncillos negros largos que sabía que a ella le gustaban, y la chaqueta de aviador que sabía que a ella le



gustaba, las piernas largas extendidas sobre el balancín, y el cuerpo enorme y siniestro esa noche.

—Hace frío aquí fuera, ¿no? —comentó Tatiana—. El desierto en invierno no siempre es un lugar hospitalario.

—Sí, hay hielo por todas partes.

—No, no lo hay, Alexander. —De modo que no iba a andarse por las ramas—. Vamos, ¿qué te ha pasado últimamente?

—A mí no me ha pasado nada últimamente.

—¿Se puede saber de qué conoces a la mujer de Cubert?

—Ella y su marido vinieron a ver unas casas de muestra el mes pasado. Pero ¿qué tiene ella que ver con nada? Tania, las mujeres han estado arreglándose para mí, acercándose a mí, flirteando conmigo, pidiéndome fuego, una casa o un trabajo durante años. Estaban en el barco en Coconut Grove y están aquí en Scottsdale. ¿A quién le importa?

—Shura, ¿en qué nos estamos equivocando? —le susurró Tatiana—. Tú y yo no podemos equivocarnos en nada, ¿qué es lo que estamos haciendo que no va bien?

—Yo te lo diré —respondió Alexander, volviéndose al fin hacia ella—, porque es obvio que no me he expresado con suficiente claridad los últimos ocho años. Lo que no va bien en nuestra casa es —dijo— que antepongas tu trabajo, tu hospital, las otras cosas que haces, a mí, a tu marido, a nuestro matrimonio.

—Alexander, yo no antepongo nada... —dijo ella—. Yo cargo con todo...

—¿Que tú cargas conmigo? ¿Me tomas el pelo, joder?

—Espera, espera, no quería decir eso —se corrigió, abriendo en abanico los dedos de las manos, tratando de apaciguarlo—. Lo que quiero decir es que nunca he dejado de ser lo que siempre he sido para ti. Y como tú bien sabes —dijo, con las mejillas levemente teñidas de rubor—, nunca te he negado nada.

—¡Tania, no estás en casa de sesenta a sesenta y cinco horas a la semana! —exclamó Alexander—. Me niegas esas horas, ¿no te parece? Y

las horas que estás en la puñetera casa no sirves de nada a nadie, ¿te enteras? ¿Acaso te has visto últimamente? Estás peor que nunca.

—¿Que no le sirvo de nada a nadie? ¿Estás de broma? —exclamó, y de pronto, dejó caer las manos, sin tanto interés por apaciguarlo a él como por calmarse ella—. ¿De qué es de lo que tienes queja? ¿Acaso no está limpia tu casa? ¿No están tus camisas planchadas? ¿No tienes la cena en la mesa? ¿No está tu pan recién hecho? ¿Alguna vez tienes que moverte para coger tu propio plato, para servirte tu propio café, hacer tu propia cama? Por el amor de Dios, Alexander... —dijo Tatiana—. Soy tu sirvienta tanto en la cocina como en la cama. —Hizo una pausa para que asimilase sus palabras—. ¿Qué es lo que no te hago? ¿Cómo no te sirvo? —Alexander no dijo nada. Lo único que Tatiana oía en el abismo enmudecido eran los gritos de las entrañas de Alexander—. Dios santo, Alexander, ¿qué nos está pasando? —susurró, y volvió a levantar las manos hacia él—. Shura, ángel mío, vamos, mira todo lo que hemos... ya sé que estás triste porque... pero mira el resto de nuestra hermosa vida. Mira a nuestro Anthony, tan perfecto. Lo tenemos a él. Y hemos dejado atrás tantas cosas malas...

—Obviamente, no todas las malas —dijo Alexander.

Apoyó los codos en las rodillas para encenderse otro cigarrillo.

—Sí, sí, todas las malas.

Se apartó de las manos tendidas de ella.

—También hemos dejado atrás Lazarevo, Tania —dijo—. Lazarevo, Deer Isle, Coconut Grove, Napa, Bethel Island. Todo eso lo hemos dejado atrás. Pero ¿sabes lo que no hemos dejado atrás? Leningrado. —Exhaló una bocanada de humo—. Eso no lo hemos dejado atrás.

Tatiana, pese a los grandes esfuerzos que hacía por contenerse, empezó a temblar. Respondiendo únicamente a la parte de su comentario a la que sí podía responder, castañeteándole los dientes y con la cara enterrada en el pecho, dijo:

—Sí, pero todos los días cuando vuelvo a casa, pienso en cuando salía corriendo de la Kirov, buscándote con los ojos. Todas las noches, cuando

me estrechas entre tus brazos, es como tener un trozo de Lazarevo... todos los días en Arizona.

¿Y qué fue lo que su amantísimo marido dijo ante aquel comentario?

—Joder, no me vengas con esas historias, Tatiana —dijo—. Francamente, con la cantidad de tiempo que empleo contigo, hasta una silla se correría.

Tatiana se levantó de un salto, dando un respingo, y se volvió para marcharse.

—Eso es, vete —le recriminó él, dando una calada a su cigarrillo—. Ni siquiera puedes terminar, ¿a que no?

—¿Terminar el qué? —Tatiana hablaba alzando la voz—. ¿Me dices esas cosas y quieres que termine? Muy bien, pues terminaré. —Sintió cómo se le iba acalorando el cuello—. ¿Que tú empleas tiempo conmigo? ¿Ayer empleaste tiempo conmigo? Sí, tienes mucha razón, porque eso sí que fue muy satisfactorio y gratificante.

—Sí —respondió Alexander, sin dejar de fumar, mirándola con ojos desafiantes—. Fue ambas cosas.

Tatiana tuvo que retroceder un paso y agarrarse a la barandilla que había a sus espaldas.

—Es tarde —dijo en voz baja, sin apartar los ojos del suelo. Todo aquello era tan inútil...—. Es muy tarde y estoy agotada. Mañana tengo que trabajar. No puedo estar sin dormir y luego pasarme doce horas de pie. Por qué no esperas hasta el fin de semana y entonces podremos hablar un poco más de esto.

Alexander emitió un chasquido de amargura.

—Lo tuyo es increíble. Para demostrarme lo mucho que quieres solucionar nuestros problemas, ¿me dices que espere al fin de semana?

—¿Y qué problemas te gustaría solucionar esta noche? —preguntó Tatiana con voz cansina.

—Ese maldito tono de voz en que me hablas, por ejemplo —le espetó él—. Ahora mismo estás aquí conmigo y mira, ya estás pensando en mañana, en irte volando a tu trabajo, ya te mueres de ganas. Me he convertido en esa cosa molesta de la que tienes que encargarte mientras te

mueres de ganas de irte a hacer lo que verdaderamente quieres. Ahora yo soy la Kirov en lugar de Alexander. ¿Dices que te acuerdas de la Kirov? ¿Cuando te pasabas doce horas seguidas trabajando como una mula para poder disfrutar de cinco minutos de felicidad conmigo, y no a la inversa?

—Dios, ¿no puedes, aunque sólo sea por una vez —exclamó Tatiana—, callarte y no decir las cosas más horribles que se te pasan por la cabeza?

—No estoy diciendo todas las cosas horribles que se me pasan por la cabeza.

Se volvió para darle la espalda, para ponerse de cara al desierto. Lo oyó encenderse otro cigarrillo. Permanecieron en silencio unos minutos y luego Alexander habló.

—¿Por quién te pones ese vestido rojo, Tatiana? —preguntó en voz baja, inhalando su nicotina—. Sé que no es por mí.

Eso hizo que ella se volviera de pronto. Él estaba sentado con aire despreocupado, con un pie cruzado por encima de la rodilla, el brazo extendido por el respaldo del balancín, fumando, pero los ojos con los que la miraba eran negros, y en absoluto despreocupados. Tatiana atravesó el entarimado para acercarse a él, con las manos en actitud suplicante. Ya no estaba enfadada con él, y no tenía miedo. No le importaba lo que hiciese. Apartándole el pie de la rodilla, se arrodilló entre las piernas abiertas, y el vuelo de la falda se le hinchó como un globo rojo a la espalda.

—Amor mío —le susurró—, ¿de qué estás hablando?

Mientras levantaba la vista hacia su rostro inquietante, Tatiana deslizó las manos por los músculos de él y las dejó apoyadas en su cuerpo.

Alexander siguió fumando, con el otro brazo en el balancín. Él no la tocó, pero sí le permitió a ella hacerlo.

—¿Qué le ha pasado a mi mujer? —preguntó—. ¿Dónde están sus manos para sanarme?

—Aquí están, mi vida —susurró ella, acariciándolo—. Aquí están.

—¿Por quién te vistes de rojo, Tatiana?

—Por ti, Shura... sólo por ti... ¿Qué es lo que te tiene tan preocupado?

—¿Dónde está ese velo para cubrirte por completo? —Inspiró hondo—. ¿Te vistes para el doctor Bradley?

—¡No!

—¿Acaso crees que estoy ciego? —Ya no había ni un vestigio de calma ni despreocupación en la postura tensa de su cuerpo. Apartó el brazo del balancín—. ¿Que no tengo ni idea de lo que piensa ese médico tan gracioso, el alegre doctor Bradley, cuando te toca la espalda? Cuando te besa la mano, fingiendo que sólo es una broma, ¿crees que no sé lo que piensa? ¿Y cuando se queda cerca de ti, cuando te mira esos labios rojos mientras hablas, cuando le brillan los ojos ante la mera mención de tu nombre? Está loco por ti, ¿te crees que no me doy cuenta? Era yo quien te esperaba horas y horas con la gorra entre las manos, a la salida de la Kirov. ¿Qué pasa? —exclamó Alexander—. ¿Ahora yo ya no te intereso? ¿Ahora es a Bradley a quien quieres poner de rodillas ante ti? —Hizo una pausa—. No hace falta que te vistas de rojo para eso. —Y entonces lo hizo. Se le ensombreció el rostro, la agarró del brazo con el que lo acariciaba y la empujó con tanta fuerza que la derribó al suelo de la terraza—. Bueno, pues anda, vete —dijo Alexander—. Porque, personalmente, estoy roto de estar tanto tiempo de rodillas.

—Ay, Shura... —susurró Tatiana, volviendo a aproximarse a él—. Te lo suplico, por favor, déjalo. Por favor. Te estás volviendo loco por nada.

Volvió a colocarse entre sus piernas, agarrándose a él, aferrándose a su chaqueta de cuero, a su cuello, mirándolo a la cara, a los ojos, atrayéndolo hacia ella, hacia su boca suave y trémula. Se besaron, las manos de ella se entregaron a él, la colilla del cigarrillo en el suelo. Él le sujetaba la cara mientras se inclinaba hacia ella, besándola sin encontrar resistencia; ella delante, de rodillas, con su vestido rojo.

—Ve... Ve a restregarle tu melena en su cara, Tania —le susurró Alexander en la boca—. Como hiciste una vez por mí. A lo mejor él no está contaminado. No como yo. Yo estoy lleno de jodidas cicatrices del derecho y del revés.

—¡Sí! —gritó Tatiana, fuera de sí, apartándose de sus brazos—. ¡Sobre todo en tu maldito corazón! —Empujándolo por el pecho, Tatiana se levantó de un salto. Estaba jadeando—. Yo sé lo que es —dijo—. Esto es absurdo por tu parte, y deliberadamente cruel. Ésta es nuestra vida aquí,

nuestra vida real, con cosas que pasan de verdad. Ya sé que no es la Kirov ni Lazarevo. Sea lo que sea. —Se le quebró la voz—. Sea lo que sea. Ya sé que lo quieres recuperar, ¡pero ha desaparecido, Alexander! Ha desaparecido para siempre y nunca lo recuperaremos, no importa lo mucho que lo desees.

Alexander se levantó del balancín.

—¿Crees que es Lazarevo lo que quiero de ti? —dijo, perplejo.

—Sí —respondió Tatiana a gritos, dando un paso hacia atrás—. Quieres recuperar a esa chica. ¡Mírala, qué guapa era, qué joven... y cuánto me quería!

—¡No! —Tatiana vio que se contenía para no dar un paso hacia ella—. No necesito que me quiera una Tatiana de dieciocho años. Eso puedo tenerlo cada minuto del día. —Respiraba con fuerza para no perder el control—. Ni siquiera tengo que cerrar los ojos.

Se interrumpió para respirar con fuerza de nuevo.

«Oh, Shura...».

—No me conformaría con Lazarevo, sino con Napa —dijo—. Me conformaría con nuestros primeros meses aquí, en Scottsdale. Me conformaría con una semana en Coconut Grove, con una hora en Bethel Island. Me conformaría con cualquier cosa menos con lo que recibo de ti últimamente... que es absolutamente nada.

—Oh, Dios, de verdad, te juro que no sé de qué me acusas —le susurró ella, incapaz de mirarlo, cabizbaja en su aflicción.

Tenía las manos apretadas con fuerza contra el pecho, y Alexander apretaba los puños a los lados. Él estaba en un lado de la barandilla de madera, ella al otro, con las macetas de chumberas entre ambos, las manos crispadas, las bocas torcidas.

Un silencio negro como la noche se cernió estrepitosamente sobre ellos.

—Te alegras de que no tengamos otro hijo —escupió Alexander al fin—, porque no quieres tener que dejar tu trabajo.

—¡No me alegro de que no tengamos otro hijo! —exclamó ella, con la voz quebrada—. Pero tienes razón, no quiero dejar mi trabajo. ¿Dejar el

trabajo para hacer qué? ¿Pasarme el santo día mirando las paredes? — Juntó las manos con fuerza, tratando de reprimir un grito—. Shura, ya lo hemos hablado otras veces. Cuando me quede... —No pudo continuar.

—Eso es, por favor, no sigas hablando —dijo él, meneando la cabeza—. Las palabras no cuestan nada, pero ¿no te parece irónico —siguió hablando con una voz que era cualquier cosa menos irónica— que concibiéramos a Anthony en Leningrado? Cuando estábamos completamente desesperados, cuando las bombas pasaban silbando por nuestro lado, cuando los dos estábamos a las puertas de la muerte, la asediada Leningrado, muerta de hambre, engendró a nuestro único hijo. Se diría que aquí, en la tierra de la abundancia... —Se le quebró la voz, con la mirada fija en los tablones del suelo, y dio un paso más alejándose de ella—. Tú no quieres oírlo, nunca has querido oírlo, pero te lo diré de todos modos —continuó Alexander—: es porque has puesto ese sitio entre nosotros en nuestra cama, tú, con tus dedos trémulos y tus visiones de la muerte, y lo has puesto entre nosotros y nuestra esperanza de volver a tener otro hijo algún día... ¡sí! ¡No lo niegues con la cabeza!

—¡Lo que dices no es verdad! —gritó Tatiana, luchando contra el impulso de taparse los oídos con las manos.

—¡Sí que lo es, y tú lo sabes! ¡No te queda nada para dedicarlo a un hijo! ¡Nada! ¡Todo lo que tienes se lo das a ese hospital!

—Por favor, calla, por favor... —susurró—. Te lo suplico...

Alexander se calló. Cuando volvió a hablar, cada sonido que emitió estaba impregnado de una angustia venenosa.

—No pienso aceptarlo —dijo—. Sé que quieres que lo acepte, pero no puedo ni quiero. Sé que crees que nos han tocado buenas cartas, pero muy pronto Anthony crecerá y se marchará, y luego ¿qué?

—¡Shura, por favor...!

—¿Es que no ves —dijo Alexander— que a menos que un niño llegue a esta casa, nos quedaremos para siempre en el hielo del lago Ladoga con tu hermana muerta y hundida bajo el árbol, con tu hermano? Estamos contra la pared, con mi madre y mi padre, con los ojos vendados, y yo estoy excavando minas de carbón en Kolima. Ese niño —susurró,

retorcido de dolor— es Estados Unidos. El niño es la casa nueva y la nueva vida. El niño es la fuerza que apuntala las estrellas. ¿Es que no lo ves?

Mientras se estremecía de dolor y de pena, Tatiana mantenía las manos agarrotadas en el cuello en actitud de súplica.

Todo cuanto tenía se lo había dado, todo, salvo lo único que él quería desesperadamente. Salvo lo único que necesitaba desesperadamente.

—Nuestro hogar está dividido —dijo Alexander.

Ella negó con la cabeza.

—Por favor, Alexander, no digas eso —murmuró ella—. Dios, por favor...

Alexander hizo un gesto con la mano, como si ondeara la bandera del fin de la competición, y recogió su lata de cerveza y su cenicero.

—No sirve de nada volver a hablar de esto —dijo, pasando junto a Tatiana hacia la casa—. Ya lo hemos hablado hasta el hartazgo.

Éstas fueron las imágenes de su breve e insoportablemente silencioso intercambio amoroso esa noche: Tatiana con las piernas a ambos lados del sillón del dormitorio, las enaguas blancas y la falda roja de vuelo extendida en torno y encima de la cabeza negra, negrísima, de Alexander. Y también ésta: Alexander de pie, sin tocar nada, y Tatiana de rodillas en el suelo delante de él. Y ésta: Tatiana de cuatro patas con su vestido rojo, Alexander detrás de ella. Y finalmente, los rescoldos: él ha vuelto a la parte de atrás y está sentado en la terraza, fumando, y ella está sola en el sillón, con su vestido rojo. El sonido del tiempo, las fracciones de una hora, los cuatro compases de una canción... No hubo susurros, ni suspiros, ni gemidos, ni un solo «Oh, Shura...». Los únicos sonidos enmudecidos que salieron de la garganta de Tatiana eran los mismos que habría emitido si la estuvieran asfixiando.

Y a la mañana siguiente, Tatiana se levantó y se fue volando a trabajar en el Ford Thunderbird descapotable que Alexander le había comprado para que lo amara.



Faith Noël

Tatiana y Bradley estaban almorzando juntos esa tarde, un jueves, sentados el uno frente al otro. Tatiana hablaba todo el rato: del trabajo, de las otras enfermeras, de los pacientes, de la donación de sangre para la Cruz Roja que organizaba todos los años para la ciudad de Phoenix.

—¿Has oído lo de esa mujer que se ha negado a que le practicaran una cesárea para sacarle a sus gemelos? —le preguntó Tatiana.

—No será uno de tus chistes, ¿verdad? —Él sonrió.

—No, no es un chiste —respondió ella muy seria, deseando que lo fuese—. Uno de los niños nació muerto.

Bradley dejó de sonreír y asintió.

—Lo sé. Pero el otro está bien. Ya ha sido adoptado. Pero a veces eso es lo que pasa con los gemelos.

—Sí —dijo Tatiana—. Yo fui una de esas mellizas de bajo peso nacidas sin cesárea. Pero eso fue en una aldea de campesinos soviética. Esto está pasando en tu maternidad, David. La mujer se negó a someterse a la operación porque el médico no le inspiraba confianza.

—Yo no soy responsable de las decisiones que las madres a las que se practica cesárea toman en mi hospital.

—Mmm... —dijo ella—. Querrás decir las madres anticesárea. ¿Y eres responsable del doctor Culkin?

Bradley puso los ojos en blanco.

—Por desgracia para él, sí. ¿Que no le inspiraba confianza, dijo? ¿El doctor Culkin, el cirujano de pediatría que llega al trabajo bebido? —Tatiana asintió—. Pues puede que esa mujer tuviese razón al expresar sus reservas sobre sus servicios, ¿no te parece? Le podría haber cortado los pulmones por error.

Ambos sonrieron. Ella apartó la mirada.

—Por cierto —dijo Bradley—, ayer estabas muy guapa.

—Gracias. —Ella no lo estaba mirando.

—Eras la mujer más preciosa de la habitación.

—Muy explícito, pero gracias.

De pronto, Bradley extendió la mano y la colocó encima de la de ella. No era la mano donde llevaba la alianza de matrimonio. Ella apartó la mano. Mientras la buscaba de nuevo, el doctor abrió la boca, y ella negó con la cabeza.

—David —dijo ella, en voz muy baja—, no digas nada.

—Tania...

—No, te lo ruego.

—Tania...

—Por favor —dijo ella, bajando la vista.

Él se inclinó hacia ella, cubriendo la mitad de la mesa con el cuerpo.

—¡David! —lo interrumpió Tatiana en voz demasiado alta, y luego añadió en tono de súplica—: Por favor...

—Tania, tengo que decirte...

—Si vuelves a decirme una sola palabra, una sola, no podré volver a almorzar contigo —dijo Tatiana—. No podré volver a hablar contigo ni a trabajar contigo, ¿lo entiendes? —Él se calló, mirándola en silencio—. Si rompes la barrera tácita que hay entre nosotros, dejarás de ser como todos los demás con quienes me siento a almorzar. Hemos sido buenos amigos, eso no es ningún secreto. —Pestañeó—. Ya no podremos seguir engañándonos si abres la boca. Porque entonces ya no podré volver a casa y mirar a mi marido a la cara y decir que tú y yo sólo somos compañeros de trabajo.

—¿Es eso lo que le dices cuando te pregunta?

—Por supuesto.

—¿Y... pregunta?

Tatiana volvió a pestañear, tragándose el nudo que sentía en la garganta.

—Sí, y ni siquiera entonces me cree. Yo no hago nada malo sentándome a almorzar contigo dos veces a la semana, a hablar de toda clase de tonterías, pero sí estaría haciendo algo malo si siguiese sentándome contigo después de oír lo que no se le debe decir a la mujer de otro hombre. —Tatiana vio que Bradley estaba muy alterado—. Lo que no debes decirle —repitió con insistencia— a la mujer de otro hombre.

—Tania, si supieras...

—Ahora lo sé.

—No tienes ni idea.

—Ahora sí.

—No, Tania —dijo Bradley, meneando la cabeza con tristeza—. De verdad que no.

—Éramos amigos —dijo ella débilmente—. Y aún somos amigos.

—¿Sabías lo que sentía yo?

—Estoy casada, David —dijo Tatiana—. Casada en una iglesia, por un juramento ante Dios, comprometida de por vida con otra persona.

Se estremeció al pronunciar aquellas palabras. ¿Su Alexander era ahora otra persona? Tatiana había bajado la cabeza, se sentía enormemente avergonzada. Se sentaba a almorzar con Bradley porque era un hombre tranquilo y no la culpaba de los males insondables que ella no podía arreglar, porque la hacía reír, se sentaba con él porque la hacía un poco feliz. ¿No era eso lo que hacían los amigos? Eso era lo que hacía Vikki.

Pero lo cierto es que Tatiana era perfectamente consciente de los sentimientos de él hacia ella.

—Tania, ¿y si...? —A Bradley se le quebró la voz—. ¿Y si no estuvieras casada?

—Pero lo estoy.

—Pero ¿y si... y si él nunca hubiese regresado de la guerra? ¿Y si siguieses sola, como antes, en Nueva York? Cuando estabais solos tú y Anthony.

—¿Qué es lo que quieres preguntar? —dijo Tatiana en voz baja.

—¿Qué pasaría contigo y conmigo, Tania? —Sus ojos azules eran muy emotivos—. ¿Si no estuvieras casada...?

—Pero lo estoy —susurró.

—Oh, Dios. Entonces, ¿no hay ninguna esperanza para nosotros? ¿Ninguna en absoluto?

Extendiendo el brazo, Tatiana le puso la mano en la cara.

—No, David —contestó—. No en esta vida.

Bradley levantó la vista para mirarla. Por un momento no habló, y ella no apartó la palma de la mano. A continuación, él susurró:

—Gracias. Gracias por darme mi respuesta. —Le besó la mano—. Eres una muy buena esposa —dijo—. Y puede que en otra vida, lo hubiese sabido.

—Tengo que irme, de verdad —dijo Tatiana, levantándose precipitadamente—. Por favor, no vuelvas a mencionar este tema.

Con la máxima serenidad posible, Tatiana salió de la cafetería y dejó al doctor Bradley solo en la mesa.

## Jingle Bells

Un día después, el viernes por la noche, Tatiana trabajaba, Anthony se quedó a dormir en casa de Sergio y Alexander estaba en Maloney's con Shannon, Skip y Johnny. Éste les contaba a todos cómo Emily había salido a cenar con él esa semana, cómo había accedido a ir con él a Scottsdale Commons el domingo, y cómo estaba planeando invitarlo a su casa en Navidad para que conociera a su familia.

—Veréis, el problema es que ella lo considera una especie de noviazgo, cuando un noviazgo es precisamente lo último que necesito. ¿Por qué tengo que emplear tanto tiempo para que haga lo que quiero que haga?

—¿Una semana te parece demasiado tiempo? —Se rio Alexander—. ¡Madre mía! ¿Sabes? Hay sitios para la gente como tú, Johnny. Unos lugares con muy poca luz donde no hace falta cortejo ni noviazgo.

Johnny hizo un ademán desdeñoso. Él era un chico duro, bien vestido, con un coche moderno y una motocicleta.

—No pienso pagar por eso, ni hablar. ¿Quién os pensáis que soy?

Shannon, Skip y Alexander intercambiaron una mirada y negaron con la cabeza de hombres casados.

—Johnny, ¿cuánto llevas gastado hasta ahora en cenas, copas y ramos de flores?

Era evidente que Johnny nunca se lo había planteado desde ese punto de vista.

—No es lo mismo —contestó, apurando su copa—. Es la conquista, la caza, lo que es interesante. El proceso «creativo», por llamarlo así.

—Ah, el «proceso creativo» —lo imitó Shannon—. Eres idiota.

Skip y Shannon se pusieron a hablar de sus respectivos bebés, mientras que Alexander y Johnny se pusieron a hablar de Emily y de si valía la pena seguir insistiendo.

—¿No te parece —preguntó Johnny— que es demasiado esfuerzo por una mujer?

Alexander se quedó pensativo.

—Depende de lo que te guste —contestó—. Si te gusta mucho, no es demasiado esfuerzo.

—Bueno, pero ¿cómo lo voy a saber? Todavía no...

—Si te gustase —repuso Alexander—, ningún esfuerzo te parecería demasiado.

—¿Sabes tú algo de eso?

—Yo sé algo de eso —respondió Alexander.

Alguien le puso la mano en el hombro a Alexander por detrás.

—¡Hombre! ¡Hola!

Eran Carmen y Emily. Iban las dos muy peripuestas, con el pelo rociado de laca. Johnny besó la mejilla de Emily con audacia.

—Alexander, tenemos que dejar de encontrarnos así, de verdad —dijo Carmen—. Es la tercera vez en una semana.

Shannon y Skip no tardaron en volverse a casa junto a sus esposas, a quienes sí les importaba a qué hora llegaban.

Emily, Johnny, Carmen y Alexander se fueron a un reservado del rincón y pidieron unas copas. Carmen se sentó junto a Alexander en el asiento. El perfume de ella no le era familiar y sí demasiado fuerte, pero no desagradable. De hecho, ella tampoco era desagradable. Le brillaban los ojos oscuros, y parecía una mujer con mucha iniciativa. Se reía con ganas, era coqueta, seductora, una gran conversadora. No era tímida, no

tenía miedo. Durante la conversación, ella movió la pierna y le tocó la suya... y a la una de la madrugada, Alexander no la apartó.

—Bueno, Alexander —dijo Carmen—, ¿me falla la memoria o eres el mismo Alexander Barrington que mató a un hombre que irrumpió en su casa en plena noche hace unos años? Recuerdo haber leído algo en los periódicos sobre eso.

—El mismo que viste y calza, Carmen —señaló Johnny—. Así que ten cuidado y no te asomes a su lado oscuro.

—¡Huy, qué miedo! —chilló Carmen, acercándose dos centímetros más—. Entonces, ¿tienes un lado oscuro?

—Es posible —dijo Alexander.

—¿Cómo de oscuro? —inquirió ella en voz baja.

Alexander podría haberse callado. Desde luego, podría haberse callado, pero era viernes por la noche, tarde, y había estado bebiendo, y la cabeza le daba vueltas, así que lo que dijo en lugar de quedarse callado, fue:

—Muy, muy oscuro, Carmen.

Y Carmen se puso muy roja, y se rio tontamente, y se acercó aún más a él en el asiento.

Le dijo a Alexander que ella y Cubert llevaban casados dos años y querían una casa más grande porque estaban intentando tener un hijo. Lo cierto era, no obstante, que Cubert pasaba mucho tiempo fuera de casa, por negocios, y que ella necesitaba encargarse de supervisar la construcción de la casa para mantenerse ocupada, porque últimamente se «aburría» muchísimo.

Johnny estaba muy ocupado hablando con Emily, así que Alexander dijo en voz baja:

—Con tu marido fuera de casa tanto tiempo, será difícil tener ese hijo.

No quiso añadir que una proximidad abrumadora tampoco era garantía de nada.

Carmen se echó a reír.

—Pues por eso he dicho que lo estamos intentando, sólo intentándolo, no que lo hayamos conseguido. Pero este mes voy con retraso, así que ya veremos.

Parecía ligeramente avergonzada al decirlo.

—¿Y tú quieres... hummm... tener hijos? —Llegó a preguntarle Alexander.

—Sí, sí, tengo muchas ganas —dijo Carmen—. Todas mis amigas están teniendo hijos a los diecinueve, a los veinte... Con veinticuatro empiezo a sentirme muy vieja. —Sonrió y arqueó las cejas—. Pero hago lo que puedo por mantenerme joven. —Le dio un pellizco en el brazo—. ¿Tú tienes hijos?

—Sí —contestó Alexander—. Un chico. Tiene catorce años.

—¡Catorce! —exclamó Carmen—. Prácticamente es un adulto. ¿Se parece a ti?

—Un poco.

—Será un chico afortunado —comentó ella, lanzándole una mirada muy elocuente— si se parece a ti.

Alexander tomó un largo sorbo de su bebida fría y dio una prolongada chupada a su cigarrillo.

—Carmen —dijo—, ¿cómo diablos acabaste con un tipo como Cubert?

Lo que Alexander estaba diciendo en realidad era que pensaba que Cubert era un hombre demasiado paliducho y mortecino para la animosa Carmen, y ella debía de saberlo, porque echó la cabeza para atrás y se rio.

—Vaya, muchas gracias, Alexander. Viniendo de ti, eso es todo un cumplido. Eres un hombre muy reservado.

Él sonrió.

—No soy reservado, soy reflexivo.

—Ah, pero ¿hay alguna diferencia? —Chascó la lengua—. Cubert, aunque no lo parezca, tiene ciertas... dotes que me gustaban mucho cuando éramos novios.

—¿Como por ejemplo?

—¿Te estás poniendo insinuante y travieso, Alexander? ¡Qué maravilla!

—En absoluto. —La miró con rostro serio—. Te estoy haciendo una pregunta educada.

—Bueno, pues en primer lugar, está muy enamorado de mí.

—¿Y en segundo lugar?

—Está muy enamorado de mí. —Cada vez que Carmen se reía, sus pechos se bamboleaban hacia arriba y hacia abajo. Cuanto más bebía Alexander, más se fijaba en sus pechos—. Y dime una cosa —prosiguió Carmen—, ¿cómo consigue un hombre casado quedarse hasta tan tarde en los bares un viernes por la noche? Mi Cubert está fuera, pero ¿dónde está tu mujer?

—Mi mujer también está fuera —contestó Alexander—. Trabaja los viernes por la noche.

Carmen puso los ojos como platos.

—El hecho de que tu mujer trabaje ya me resulta bastante chocante, pero ¿de noche? ¿Y se puede saber por qué diantres hace eso?

—No eres la única que se hace esa pregunta, Carmen.

Ella se rio. Se sentó más cerca de él, riéndose de cualquier estupidez que decía Alexander. Cuando le encendió el cigarrillo, tal como hacen los hombres galantes con las mujeres, ella le sujetó la mano, levantó la mirada hacia él y dijo:

—Gracias.

Y por un momento, sus ojos se encontraron. Y Alexander, retrocediendo de pronto en el tiempo, se encontró mentalmente vestido de uniforme, en Sadko, en una época distinta, en una vida distinta, como un hombre distinto, y le dijo a Carmen:

—¿Habéis venido en un solo coche, chicas?

Aunque en Sadko habría dicho otra cosa. «¿Queréis ir a dar un paseo?», habría dicho. O una vuelta por la orilla del río. O a fumar un cigarrillo en el callejón.

—Sí —contestó Carmen con voz ronca—. Hemos venido en el coche de Emily.

—Tengo que irme a casa, Carmen —dijo Emily—. Mis padres me matarán por llegar tan tarde. Es horrible... ¡pero si casi es la hora de cerrar!

Carmen cogió a Alexander de la mano.



—¿Crees que podrías llevarme para que Emily pueda irse a su casa ahora? Vivo a sólo media hora al sur de aquí, en Chandler.

Alexander miró a Johnny, quien a su vez, lo miraba fijamente con una expresión que decía: «No sé qué coño crees que estás haciendo».

Pero ni siquiera el propio Alexander lo sabía. Aunque lo que sí sabía, incluso a las dos de la madrugada de un viernes por la noche, después de cinco horas bebiendo, era lo siguiente: ninguna mujer que no fuese su esposa podía subirse a su camioneta. Ninguna otra mujer podía sentarse en su camioneta, donde se sentaba Tatiana, donde se sentaba su hijo, la misma camioneta con la que sacaba a pasear a su familia. A pesar de no estar sobrio, a pesar de las provocaciones de una mujer joven y atractiva y con un buen cuerpo, vestida para matar y lista para entrar en acción, aquello era algo que con sus treinta y ocho años, Alexander no podía hacer. Tampoco podía explicárselo a Carmen.

—No puedo llevarte —dijo—. Tengo que irme a casa, mi hijo me está esperando.

—¿Y qué? Seguro que está dormido. Puedes dejarme de camino.

—A mí no me queda de camino —contestó—, pero a Emily sí, y ya se marcha. Será mejor que te vayas con ella.

Carmen se levantó a regañadientes mientras Alexander pagaba y se quedaba rezagado, dejando que los otros tres se preparasen para marcharse.

—¿Es que no vienes?

—Iré dentro de un minuto. Buenas noches.

Carmen envió fuera a Johnny y a Emily, y volvió a sentarse.

—Esperaré contigo a que te termines la copa.

Él se quedó mirándola fijamente, preguntándose si merecía la pena. No parecía una mujer especialmente inteligente, aunque eso tampoco era tan importante.

—Carmen —dijo al fin, cuando pasaron los minutos y ella seguía sin darse por aludida—, vengo a este bar todos los viernes por la noche. Es mi bar de siempre. Aquí la gente me conoce. Vengo con mis amigos, con la

gente con quien trabajo. Vengo aquí con mi mujer. ¿Entiendes por qué no puedo marcharme de este bar contigo?

¿Y por qué parecía tan complacida con aquella explicación? Se fue ella sola, y Alexander esperó unos minutos y luego él también se marchó.

Lo estaba esperando en el aparcamiento, y se acercó para despedirse.

—Entonces, ¿vendrás el martes?

—No, no lo creo.

—¿Y el siguiente viernes?

Se encogió de hombros.

—Es posible.

—Pues a lo mejor nos vemos entonces. —Sonrió—. ¿Has cancelado alguna cita en tu agenda para poder reunirnos alguna noche, ir a cenar, hablar de la casa, tal vez?

—Tendré que consultarlo —dijo—, es posible que tenga alguna cancelación.

—Eso espero. —Le plantó un beso lento y húmedo en la mejilla—. Bueno, y ahora, buenas noches.

Le apretó los senos contra la camisa.

Cuando ella se marchó, Alexander se quedó sentado en la camioneta, con las manos en el volante. No se fue a casa, sino que se dirigió al hospital. Avanzó traqueteando, apurando lo que quedaba del embrague, tratando de poner la transmisión en su sitio, y después de aparcar, muy mal, se abrió paso hasta urgencias. No había nadie en el mostrador de recepción, la enfermera de guardia tampoco estaba, nadie salió a recibirlo. Se aproximó tambaleándose a la sala de espera, donde media docena de personas estaban desplomadas como sacos en las sillas. Una de esas personas era Charlie. Alexander se dejó caer a una silla de distancia de él.

—¿Ha asomado ya alguna vez?

—Todavía no —contestó Charlie—. Eso significa que asomará pronto. Siguieron esperando.

Y Tatiana no tardó en aparecer ante ellos. Menuda, con la cara redonda, llena de pecas, pálida, los labios limpios de carmín, el pelo recogido en un moño dentro de la cofia de enfermera, las piernas enfundadas en las

medias blancas, esbeltas y tenues, Tatiana hizo acto de presencia y pese a todo, tenía los labios carnosos y llenos, los pechos turgentes, y Alexander los veía, percibía su calor. Era igual que si la tuviese delante de él desnuda, tumbada ante él desnuda, con tanta claridad veía a través de ella, la veía a toda ella, la oía, la saboreaba...

Con el uniforme blanco rozado tras un turno de ocho horas un viernes por la noche, la frente reluciente de sudor, las pecas mitigadas por el invierno, los ojos verdes de Tatiana miraron a Alexander con desaliento y tristeza. Sentándose entre ambos hombres, los tomó de las manos, la de Alexander en una y la de Charlie en la otra.

—Bueno, Charlie —dijo—. Bueno, Alexander. Ya os he dicho miles de veces que no bebáis tanto, eso no os llevará a nada bueno. Os lleva por muy mal camino. Os lleva directos a la oscuridad. —Los miró alternativamente, mientras ellos permanecían sentados, asintiendo—. Los dos me habéis hecho promesas. Charlie, tú juraste que no beberías este viernes por la noche.

—¿Y qué te prometí yo, Tatiana? —dijo Alexander, arrastrando las palabras.

Ella se volvió hacia él y no dijo nada. Una pequeña lágrima le resbaló por la mejilla. Soltó la mano de Charlie pero siguió sujetando la de Alexander.

—Voy a por unos cafés, y a por un poco de hielo para la cabeza. Esperad aquí.

Como si tuvieran algún otro sitio al que ir...

Regresó con dos cafés. Charlie dijo que quería *whisky* en el suyo. Alexander dejó el suyo en el suelo y, sujetando la muñeca de Tatiana, la atrajo hacia sí hasta colocarla de pie entre sus piernas abiertas.

—Huéleme el aliento —dijo con voz ronca, echándose—. Huele bien, ¿verdad? —La entrelazó entre sus brazos enormes y ebrios—. Cariño, ven a casa conmigo —murmuró—, ven a casa y te daré... —Tuvo la sensatez de bajar el tono de voz hasta hablar en un susurro—... Un poco de ese amor ebrio que a ti tanto te gusta.

Tatiana lo miró desde arriba, le apartó el pelo e, inclinándose, le dio un beso en la frente.

—Ese amor ebrio a veces es demasiado duro para tu esposa —dijo ella en voz baja—. Termina el café, aplícate un poco de hielo en la cabeza, y cuando te hayas despejado un poco, vuelve a casa; Anthony está solo.

—Anthony está con Sergio —repuso Alexander—. Él sí que no está solo.

Tatiana se zafó de él despacio y con suavidad.

—Tengo huesos rotos en el quirófano, una arteria mediana abierta, una perforación de estómago y un corazón inestable. Debo irme. —Cuando se alejaba, Tatiana volvió la cabeza hacia él—. Y la próxima vez que vengas, Alexander —le dijo—, límpiate ese pintalabios de la cara primero.

## Adeste Fideles

Al siguiente viernes, en el Maloney's, Johnny admitió alegre e inesperadamente que ya se había acabado lo de ir detrás de Emily. Al parecer, en la fiesta de Navidad de la semana anterior, el sábado por la noche, Emily, agradablemente borracha y relajada, había accedido gratis a los requerimientos de Johnny en uno de los dormitorios de la planta superior de la casa, y una vez saciada su sed, Johnny había conocido a otra chica en la fiesta y ahora estaba «cortejándola» a ella.

—Entonces, ¿supongo que esta noche Emily no aparecerá por aquí? —preguntó Alexander dando una palmadita a su vaso de cerveza.

Todos convinieron con una alegre carcajada que seguramente no lo haría. A medianoche, Shannon y Skip se marcharon; a la una, se marchó Johnny.

Alexander se bebió dos cervezas más a solas y luego se fue también. Estaba a punto de subirse a la camioneta cuando oyó una voz a sus espaldas:

—¡Alexander!

Era Carmen, que se bajó del sedán aparcado junto a la camioneta. Llevaba una falda de capa, una blusa y una chaqueta, y el pelo cardado, muy arreglado. Se había pintado los labios. Alexander se acordó de cuando se había limpiado el pintalabios de ella de la mejilla la semana anterior, en el hospital. Sintió una punzada no identificable en el estómago.

Pero sólo fue una pequeña punzada.

—Caramba, qué sorpresa... —Sonrió—. ¿Qué haces aquí?

Ella le devolvió la sonrisa, complacida.

—Como estoy segura que sabes, el caradura de tu amigo Johnny no se ha portado muy bien con mi buena amiga Emily, así que ahora ya no podemos venir a este local. Y no tengo ninguna otra amiga soltera con la que salir de bares cuando mi marido se va de viaje. Así que...

—Así que... —La repasó de arriba abajo—. Me gusta tu blusa —dijo.

—¿De verdad? Pues gracias... —Ella también lo miró de arriba abajo—. ¿Ya acabas tu ronda? ¿Tienes que irte corriendo? —Alexander se mordió el labio.

—Porque he traído un poco de vino y cerveza —añadió Carmen rápidamente—. También tengo vasos. Podemos tomar una copa en tu camioneta si quieres. Escuchar un poco de música... —Sonrió.

—¿Sabes qué? —le dijo, acercándose—. Mejor nos la tomamos en tu coche, donde está el vino.

—Sí, claro. ¿No quieres que subamos a tu camioneta? ¿Está muy sucia?

Carmen echó un vistazo dentro. La camioneta estaba impecable. Alexander no le dio explicaciones ni le respondió, pero se quitó la chaqueta de aviador y la dejó en el asiento de su vehículo. No quería olores extraños para los que luego no tuviese una explicación convincente.

Se metieron en el asiento delantero del coche de ella, accionaron el motor y encendieron la radio. Alexander le sirvió una copa de vino y se sirvió una cerveza para él. Hicieron un brindis.

—¿Por qué quieres brindar? —preguntó ella.

—Por los viernes por la noche —respondió él.

—Muy bien —dijo ella, y añadió alegremente—: Es duro, cuando la pareja de uno no está en casa, ¿eh?

—Hummm...

Alexander se encendió un cigarrillo y le encendió uno a ella también.

—Pero ¿sabes qué? —dijo Carmen—. Estoy tan acostumbrada a que Cubert no esté, que cuando sí está aquí, casi no sé qué hacer. Siempre estamos discutiendo, por cualquier tontería. ¿Te pasa lo mismo con tu mujer?

—No.

—Ah, ¿no? ¿Y a ti qué te pasa con ella?

—Carmen, estás metida en el coche conmigo, bebiendo, con el pelo cardado, y te has puesto carmín en los labios. ¿No se te ocurre ningún otro tema de conversación que no sea mi esposa?

—Bueno, dicho así, claro... —Se rio—. ¿De qué te gusta hablar con las chicas?

—No lo sé —respondió Alexander—. No hablo con otras mujeres aparte de con mi esposa. —Carmen se echó a reír. La música seguía sonando.

—Era *Winter Wonderland*.

—Sí, y ahora suena *Santa Baby*.

Siguieron sentados en el coche de ella, siguieron fumando, él bebía, ella bebía, y ella se fue entonando cada vez más, y con cada trago de vino, se acercaba más a él en el asiento del coche, tocándole las mangas de la camisa, las perneras de los vaqueros, la mano...

—¿Y... quieres hablar de tu mujer?

—Puedo hacerlo —contestó Alexander—, pero entonces tendré que marcharme.

Lo cierto es que aquella mujer no era demasiado inteligente, pero olía muy bien. Y tenía unas tetas enormes.

—Yo te he hablado de Cubert. Dime al menos con quién compito. ¿Cómo se llama?

¿Que con quién competía? ¿Qué demonios significaba eso? Alexander no contestó.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Cuántos años llevabais casados?

—Sigo casado. Quince.

Carmen lanzó un silbido.

—Caramba... —Lo tomó de la mano y suspiró—. Yo sólo llevo dos y ya no estoy segura de si sigo enamorada de Cubert... ¿Sabes a lo que me refiero?

—No, no conozco de nada a Cubert —dijo Alexander.

Carmen le sujetó la mano y se la puso encima de la suya, que era larga, muy larga.

—¿Y tú y tu esposa?

—Yo sigo enamorado de mi esposa —contestó Alexander, apartando la mano.

—Entonces, ¿qué haces en mi coche, Alexander?

—Bebiendo —respondió—. Fumando.

Carmen volvió a cogerlo de la mano.

—Tienes unas manos tan grandes... —comentó con voz ronca.

—Bueno —dijo él—, soy un hombre.

Ella lo miró lanzándole una caída de pestañas.

—¿Estás cómodo detrás de ese volante?

Alexander dio unas palmadas al eje del volante.

—Estoy bien. Bonito coche el tuyo. —Era un sedán Ford como el que solía conducir Tania.

—Lo que quiero decir es... ¿no estarías más cómodo en el asiento de atrás?

Alexander no contestó; la sangre masculina hervía en sus venas, la excitación se acumulaba en la parte baja de su vientre. La música seguía sonando, *Only You Can Bring Me Cheer* esta vez.

Salieron del coche y pasaron al asiento de atrás.

—Se está haciendo muy tarde —comentó Carmen, estirándose. Sonrió—. ¿No te parece?

Se encaramó por el asiento hacia él.

Sin soltar su copa, Alexander se inclinó sobre ella y la besó. Olía a humo, a alcohol, los sabores le resultaban desconocidos; la sensación,

extraña, era todo muy ajeno y no del todo agradable, pero tampoco enteramente desagradable después de tanta bebida. Alexander desplazó los labios hasta el cuello de ella, donde el perfume olía mejor, y con la mano libre le desabotonó la blusa. Carmen lo ayudó de buena gana. Su sujetador-coriño era como una armadura sobre sus pechos. Tenía ocho o diez corchetes y tuvo que quitárselo ella misma, pero una vez liberados, los pechos eran verdaderamente enormes. El rostro de Alexander debió de reflejar su sorpresa.

—Bonitos, ¿eh? —dijo Carmen con orgullo—. Vamos —lo animó—, ponles tus manazas encima.

Alexander depositó con cuidado el vaso en el suelo del coche y empezó a toquetearla. Pensó que no le vendrían mal un par de manos más, para ayudarlo. Carmen le empujó la cabeza hacia abajo, oprimiendo su cara encendida contra sus pechos. Alexander tuvo que apartarse un centímetro y tomar un poco de aire antes de pasar a los pezones. Le costó un poco conseguir que se pusieran duros, y ella no se estremeció con los movimientos de su boca.

—Mmm... —dijo, sujetándole la cabeza a Alexander—. Te gustan, ¿verdad?

—Me gustan. —Sin embargo, lo que más gustaba a Alexander era la respuesta de las mujeres ante él, ya en los tiempos de la guarnición de Leningrado, cuando la cantidad de chicas se asemejaba a un circo de tres pistas, con mujeres de todas las formas y medidas que entraban y salían, y a él le gustaban todas. Aparte de sus preferencias estéticas puramente personales (que resultaba que cumplía única y precisamente la mujer con la que se había casado), sus preferencias sexuales siempre habían estado relacionadas con una sola cosa: la reacción de la chica ante sus acciones—. ¿Y a ti? ¿Te gusta cómo te chupo con la boca?

—Me gusta que te guste —dijo Carmen, colocando la mano sobre los vaqueros de él—. Y veo que sí te gusta...

Con la cara aún enterrada en sus pechos, Alexander la miró.

—¿Adónde quieres ir a parar con esto, Carmen?



—No lo sé. —Sonrió y le dio un pellizco—. ¿Adónde quieres ir tú? ¿Adónde quieres ir a parar?

—Ah, entonces, se trata de eso, ¿eh?

Desplazó la mano por debajo de su combinación, recorriéndole las piernas carnosas.

—Eh —dijo ella, tratando de apartarle la mano—, no pienso ponértelo tan fácil... Quiero que vuelvas la semana que viene a por más. No pienso repetir el error de Emily.

Como si no la hubiese oído, Alexander desplazó la mano por las medias de ella y se topó con la faja braga, que le llegaba a la mitad de los muslos. Su excitación se transformó prácticamente en desolación. No sabía cómo iba a quitarle aquel armatoste dentro del coche; para ello iba a necesitar la navaja del ejército... que estaba en su mesilla de noche. Cuando se acordó de la mesilla de noche, se acordó de la cama, cuando se acordó de la cama, se acordó de Tania comprando las colchas, las almohadas y las sábanas hacía más de ocho años, de cómo hizo la cama y lo llamo alegremente para que se zambullera de cabeza en ella. Alexander apartó las manos de debajo de la falda de Carmen.

Ella volvió a apretarle la cabeza contra los pechos.

—Adelante —murmuró—. Tendrás que conformarte con esto por ahora. Me encanta tu cara enterrada ahí; adelante, regodéate...

Cuando le tocaba los pezones, ella no se movía. Alexander no estaba acostumbrado a aquello y decidió que no estaba poniendo suficiente empeño, así que los restregó, los masajeó, los pellizcó, los succionó, tiró de ellos y los retorció con más fuerza de lo que le parecía imaginable. Carmen siguió sentada, con los ojos cerrados, el cuerpo inmóvil y las manos en la cabeza de él, con aspecto de estar extremadamente satisfecha.

—Mmmm... qué bien... —dijo—. ¿A que es muy bueno?

—Carmen, ¿hay algo que... hummm... algo que quieres que haga por ti?

La mujer abrió los ojos.

—Oh, cielo, ¿qué me ofreces?

—Pues, tengo un poco de todo. ¿Qué quieres?

—La verdad es que me gusta mucho que me toques las tetas. —Le puso las manos encima—. ¿Qué quieres tú? ¿Hay algo que quieres que haga por ti? ¿O te basta con mis tetas?

—Desde luego, son más que suficiente —dijo Alexander—, pero es posible que necesite algo más, un poquito más. —Sonrió.

Carmen lo tocó, acariciándolo y frotándolo, y no tardó en empezar a desabrocharle la hebilla del cinturón, y él no hizo nada por detenerla.

—Quítate esa faja, Carmen —dijo Alexander.

—Ya me he soltado los pechos —repuso ella alegremente—, pero ¿quién dice que voy a quitarme la faja? Hay que ver cómo sois los hombres... No perdéis el tiempo, ¿verdad? —Estaba sonriendo—. Pero me gusta. Tan decidido... siempre sabes lo que quieres.

Alexander no dijo nada. Las manos y la boca en sus pechos se volvían cada vez más insistentes, como la mano de ella en él se volvía cada vez más insistente. Los dos estaban jadeando.

Ella dejó de tocarlo.

—Espera, no quiero meterme en algo que tengamos que interrumpir dentro de una hora.

Alexander hizo una pausa y la miró fijamente, tratando de pensar qué podía decir sin resultar demasiado brusco dadas las circunstancias. ¿Qué se creía aquella mujer que era aquello? Y realmente ¿era ése el mejor momento para señalarle lo que era?

—Hummm... Y entonces... ¿qué sugieres? —preguntó.

—No lo sé. —Sonrió y le desabrochó la bragueta—. ¿Qué sugieres tú? ¿A qué hora vuelve tu mujer a casa?

Carmen acababa de romper la regla número uno, el tabú acerca de hablar de la mujer de un hombre mientras se le saca a éste la herramienta de los vaqueros. Alexander le apartó las manos y dijo:

—¿Sabes qué? Creo que tienes razón. Se está haciendo tarde.

Pero Carmen ya se había hecho a la idea de un Alexander desnudo, y sugirió:

—Bueno, pero espera un segundo. Espera. —Con la respiración agitada, le acarició el miembro y le dijo en voz baja—: ¿Crees que a lo

mejor conseguirás cancelar esa cita para quedar conmigo la semana que viene? A lo mejor podemos vernos, ir a cenar, hablar de esa casa... —Lo apretó con fuerza—. Ir a algún sitio más cómodo...

—A lo mejor —dijo Alexander, cerrando los ojos.

Ella siguió acariciándolo.

—¿Qué? ¿Te gusta?

—Mucho.

—Entonces, ¿vendrás la semana que viene?

—Me gustaría venirme ahora.

—Vaya, hay que ver qué gracioso eres... Eres de lo que no hay.

—Ah, ¿sí? —La dejó frotarle otro minuto o dos, y luego le metió la mano en el pelo—. ¿Carmen...? —dijo Alexander, empujándole ligeramente la cabeza hacia abajo.

—Eres de lo que no hay —repitió.

Se acomodó riendo en el asiento, inclinó la cabeza hacia abajo y se introdujo el miembro en la boca. Él se sentó con una copa en la mano y con los ojos cerrados, mientras ella se esforzaba arriba y abajo con él.

Alexander se conocía muy bien a sí mismo: Carmen tendría que tener una boca mágica (y era evidente que no la tenía) para conseguir que se corriera de ese modo después de haber bebido tanto. Consciente de eso dejó que, pese a todo, ella siguiese perseverando para ver si se sorprendía a sí mismo. Le sujetó la cabeza, intentó conseguir que se moviera más rítmicamente y le dijo que apretase un poco más con la boca. Ella intentó hacer lo que le decía, pero no parecía capaz de hacerlo todo a la vez. Al final, Carmen apartó la boca, miró arriba y dijo:

—Estás a punto, lo sé. —Él le lanzó una sonrisa cortés. Ni de lejos—. Porque, te lo advierto, yo no hago nada de eso de... —movió la mano desdeñosamente—... yo no me trago esa cosa. Ya sé que a algunos hombres eso es lo que les gusta.

¿A algunos hombres? Suspirando, bebiéndose su último trago de cerveza, Alexander dejó el vaso.

—Escucha —le dijo—, ahora tengo que irme.

—¿Que tienes que irte? Pero ¿qué dices? Si la tienes... increíblemente dura.

Ella seguía estrujándolo.

Él colocó su mano sobre la de ella.

—Carmen, chsss... —dijo—. Déjalo.

—Pero ¿no necesitas terminar?

—He estado bebiendo —dijo Alexander—. Necesito otra cosa.

—Y tengo otra cosa. —Carmen se incorporó y le mostró los pechos—. Me tumbaré en el asiento, tú te pones encima de mí y la metes entre ellas y haces lo que tengas que hacer. Todo lo fuerte que quieras. De verdad, todo lo fuerte que quieras. Es lo mejor. A todos los chicos les encanta.

Desplazó la mano por sus formidables atributos.

—Conmigo no funcionará después de tanto beber. Pero te lo agradezco.

Carmen sonrió y volvió a sujetarlo en sus manos.

—Entonces, ¿qué es lo que funcionará? Alexander no respondió.

—Está bien —dijo ella, apretándole el miembro—, con tal de sentir esa maravilla dentro de mí, romperé mi propia regla número uno: me quitaré la faja ahora mismo. Sólo me la pongo para asegurarme un poco de protección adicional, supongo que sabes a lo que me refiero. Venga, ayúdame a quitármela. Luego podrás terminar como tú quieras.

Alexander siguió retozando con sus pechos, pero no se había traído nada consigo. Carmen advirtió su vacilación.

—¿Qué pasa? No te preocupes, llevo un pesario.

—Ah, ¿sí? ¿Lleno de acacias?

En los viejos tiempos, eso era lo que usaban las mujeres: anillos de plástico rellenos con flores tropicales. Se quedaban embarazadas de todos modos.

—¿Qué?

Alexander le apartó las manos.

—No. Necesito un condón.

—¿Por qué? Ya te lo he dicho. He tomado precauciones. —Volvió a tocarlo.

—Sí, pero yo no.

—¿Qué quieres decir? Vamos, mírate. Déjame...

—No puedo hacerlo, Carmen.

Se separó de ella en el asiento y se abrochó los pantalones y el cinturón. Ella se pegó a su lado, mirándolo con ojos soñadores.

—¿Y la semana que viene? Podrás traer lo que necesites.

—Sí, la semana que viene traeré lo que necesite.

—Me muero de ganas —dijo ella—. No podré pensar en otra cosa. Mmm... Yo encima de ti, y estas dos preciosidades bamboleándose por tu cara... —Llegó a emitir un gemido de placer al imaginarlo—. ¿A que suena bien?

—Muy bien.

Alexander la ayudó a abrocharse el sujetador en la espalda.

—Entonces, ¿te han gustado? —preguntó Carmen—. A Cubert le vuelven loco.

«No tanto como para quedarse en su casa», pensó Alexander. Una vez estuvo vestida, Alexander la ayudó a salir del asiento trasero y a sentarse tras el volante.

—Por desgracia, el próximo fin de semana está en la ciudad —dijo Carmen—. Pero se va de lunes a jueves. ¿Quieres que quedemos el miércoles por la noche?

Acordaron encontrarse en un restaurante en Chandler, donde vivía ella. El restaurante estaba junto a un Westin Hotel. Él le dijo que no podría quedarse hasta tarde y Carmen le contestó con una sonrisa que no pasaba nada, que entonces tendrían que ponerse manos a la obra enseguida. Le ofreció la cara desde la ventanilla del coche.

—¿Y bien? ¿No me das un beso de buenas noches?

Alexander la besó en la mejilla.

—Te veré el miércoles —dijo ella.

—Hasta el miércoles —contestó él, se metió en su camioneta y se fue.

Eran las cinco y media de la mañana, y por alguna razón, cuando Alexander se aproximaba a Pima temió que Tatiana ya estuviese en casa, que hubiese salido antes del trabajo esa noche precisamente y no lo hubiese encontrado allí. El corazón se le aceleró y empezó a latirle tan

violentamente que tuvo que parar a serenarse un poco. Pasaron otros veinte minutos antes de que pudiera volver a ponerse en marcha.

Tatiana no estaba en casa. Y pese a ello, no sintió ninguna sensación de alivio. Ninguno de los movimientos de Alexander auguraba nada bueno. Abrió la puerta principal con aire furtivo. La puerta del dormitorio de Anthony estaba cerrada, y cuando la abrió, vio a su hijo profundamente dormido en la cama. ¿Por qué estaba Anthony en casa? ¿Se suponía que debía estar en casa de Sergio!

Alexander se quitó la ropa, la metió en la lavadora y se dio una larga ducha, con el agua lo más caliente posible, para poder restregarse todo el cuerpo con fuerza. Cuando volvió a oler a él mismo, metió la ropa en la secadora y se fue a la cama. Fuera empezaba a clarear; eran casi las siete.

Acababa de cerrar los ojos cuando sintió la mano de Tatiana en la cara y sus suaves labios en la frente.

—Eh —dijo—. Hola. Despierta, dormilón. Tienes que ir a trabajar. ¿Lo pasaste bien anoche con tus amigos?

Alexander se volvió del otro lado y masculló que no iba a acudir a sus citas de la mañana. Que era como si una apisonadora le hubiese pasado por encima, dijo; no podía abrir los ojos.

—¿A qué hora volviste?

—No lo sé —murmuró—. Hacia las dos o las tres tal vez.

—Tenemos un poco de resaca, ¿eh? —dijo Tatiana, y lo besó en la nuca.

La oyó abrir el agua de la ducha, y eso fue todo cuanto oyó. Pero en la cama, ella se tumbó junto a él, aún ligeramente húmeda. Él se apartó de ella, pero ella apretó los pechos desnudos contra la espalda de él, le acarició los omóplatos, se frotó contra él, murmuró que era estupendo tenerlo a él, tan grande y calentito, junto a ella un sábado por la mañana, lo abrazó y se quedó dormida.

A las once, Alexander sacó a rastras a su arrepentido ser de la cama, volvió a ducharse, se vistió y fue a la cocina. Mientras se preparaba un café y unos bollos, apareció Anthony, que se acababa de levantar, y

Tatiana, que había oído sus voces, también salió. Al parecer, Anthony y Sergio se habían peleado, razón por la que Anthony había vuelto a casa.

—Espero que esta vez no hayas roto ninguna nariz, Ant —dijo su madre.

—No, mamá. Serge es mi mejor amigo. Nunca le pegaría. Papá, ¿cómo es que no has ido a trabajar?

Tatiana sonrió soñolienta.

—Papá llegó tarde anoche.

—Y tan tarde... —dijo Anthony.

—Tania —dijo Alexander—, ¿quieres un café?

—Oh, sí, por favor.

—Porque —siguió diciendo Anthony— me levanté a las seis para ir al baño y tu camioneta todavía no estaba fuera.

Alexander estaba de espaldas a Tatiana mientras vertía la leche condensada en el café y removía el azúcar despacio.

—No, seguro que sí que estaba —dijo él.

—Pues entonces no lo entiendo, porque tú no estabas en tu cama.

Y entonces el silencio se apoderó de la casa móvil de tamaño perfecto, se apoderó de su hogar.

Volviéndose, Alexander extendió la mano hacia ella para ofrecerle el café, pero no podía levantar la vista. Tatiana se quedó un momento sujetándose al respaldo de la silla de la cocina, y luego se volvió y, muy despacio, volvió a meterse en el dormitorio sin recoger la taza de café que él le ofrecía.

Alexander se sentó a desayunar con Anthony, pero el bollo se le quedaba atascado en la garganta. Tenía que ir a trabajar, pero ¿cómo iba a entrar en aquel dormitorio a despedirse? ¿Cómo no iba a entrar en aquel dormitorio?

Después de beberse el café, Alexander apretó la boca con fuerza y se acercó al umbral de la puerta abierta de su dormitorio. Tatiana estaba en el baño, con la puerta cerrada.

—Tania —le dijo—, tengo que irme.

Hubo un momento de silencio y luego se oyó la voz casi inaudible de ella.

—Muy bien, hasta luego.

Alexander se marchó. Cuando llegó a casa por la noche, Anthony estaba viendo la televisión a solas y la puerta del dormitorio estaba cerrada. Alexander dejó las llaves en la mesa, se quitó la chaqueta y se sentó junto a Anthony.

—¿Qué está haciendo mamá?

—Ha dicho que no se encontraba bien.

La casa no olía al olor habitual de los sábados, sino a algo recalentado.

—¿Qué pasa, no hay comida?

—Mamá y yo hemos comido sobras. Ha dicho que tú cenarías fuera.

—¿Ha dicho que yo cenaría fuera?

—Sí.

Después de prepararse un plato de pimientos rellenos fríos con pan, Alexander volvió a sentarse en el sofá.

—¿Habéis ido a la tienda? No queda leche.

—No hemos ido. Mamá ha dicho que hoy no íbamos.

—¿Qué estás viendo?

—*La ley del revólver.*

—Hummm... ¿Así que no habéis ido a comprar? ¿Y qué habéis hecho?

—El árbol de Navidad estaba en el rincón de la sala de estar, apagado—. ¿Nadie ha encendido el árbol?

Anthony lo miró.

—Pues parece que no.

Alexander fue a encenderlo.

—Entonces, ¿qué habéis hecho? —repitió.

—Hemos estado todo el día en el orfanato de la misión.

—¿Dónde?

—Papá, ¿no te acuerdas? Vamos todas las Navidades. Llevamos la ropa vieja, hacemos manualidades con los niños, mamá les lee cuentos...

—Ah, sí. Y... ¿cómo ha estado hoy tu madre?

—Callada. Creí que había hecho algo malo.



—¿Y lo has hecho?

—Se lo he preguntado a ella y me ha dicho que no.

Alexander se terminó la cena y esperó a que terminase la película.

—Anthony, no deberías haber dicho nada sobre lo tarde que llegué a casa. Le había dicho a tu madre que llegué más pronto porque no quería que se preocupase. Ahora piensa que le he mentado.

—Bueno... —Anthony estaba midiendo sus palabras—, ¿y no lo has hecho?

—Técnicamente sí, pero no quería que se preocupara por nada.

Anthony se quedó callado. Ambos siguieron sentados.

—No parecía enfadada en el sentido de furiosa, si es eso lo que te preocupa, papá —dijo Anthony al fin—. Sino más cansada de lo habitual. Ha dicho que no se encontraba muy bien.

Incapaz de ir al dormitorio, Alexander le dijo al chico si quería ir al cine. Anthony se levantó de golpe, ambos se pusieron las chaquetas y salieron. Vieron *El ataque de los monstruos cangrejo* y *La momia azteca*, y cuando volvieron a casa, la puerta seguía cerrada.

Alexander no podía mirarla a la cara. No sabía cómo se iba a meter en la cama con ella. Cuando Anthony se acostó, Alexander se bebió tres vasos de vodka, se fumó medio paquete de cigarrillos y pensó en todas las cosas que podía decirle cuando inevitablemente le preguntase por qué le había mentado. Decidió que le echaría la culpa de todo a Johnny y sus partidas de póquer.

«Póquer con Johnny hasta las seis de la mañana, hasta muy tarde, no quería decírtelo cuando estaba medio muerto, en la cama, no quería que te enfadaras por nada. Lo siento, lo siento, pensaba decírtelo... póquer con Johnny, hasta las seis de la mañana...».

¿Iban a ver pronto a Johnny? Tendría que avisarle de aquello. Fortalecido de ese modo por sus mentiras poéticas y su prosaico vodka, Alexander abrió la puerta del dormitorio. Tatiana dormía en posición fetal encima de la colcha. La habitación estaba a oscuras. Alexander la tapó con una de las mantas del sofá y se metió en la cama. Se quedó inconsciente en segundos, después de haber pasado la noche anterior sin dormir apenas.

Por la mañana, cuando al fin se despertó, oyó los ruidos que hacían ella y Anthony preparando el desayuno en la cocina.

—Buenos días, papá —dijo Anthony cuando Alexander salió—. Hoy es el día de las galletas.

También se había olvidado de eso: cinco amigas de Tatiana del hospital iban a ir a hornear galletas para la Misión de Santa Mónica. Por la noche irían a la fiesta de Navidad de Shannon y Amanda; ¿estaría Johnny allí?

—No tardarán en llegar —anunció Tatiana, sin dirigirse directamente a él. Lo cierto es que iba casi desnudo; sólo llevaba sus calzoncillos ceñidos, similares a los que usaba en el Ejército Rojo. Los usaba porque a Tatiana le gustaba el aspecto que tenía con ellos, pero tal vez no aquel día, porque estaba de espaldas a él. Cuando se volvía para irse, oyó la voz de ella—: He encontrado tu ropa en la secadora —dijo Tatiana—. No sabía que supieras utilizar la lavadora y la secadora. Imagina mi sorpresa. Te la he doblado y te la he dejado en tu armario.

Poco a poco, Alexander se volvió hacia ella, que estaba frente a los fogones.

—Me la manché toda de cerveza —dijo, a modo de excusa barata.

«Póquer con Johnny hasta las seis de la mañana, hasta muy tarde, no quería decírtelo cuando estaba medio muerto, en la cama, no quería que te enfadaras por nada. Lo siento, lo siento, pensaba decírtelo... póquer con Johnny, hasta las seis de la mañana...».

Ella no le sirvió ningún café y él tuvo que servirse su taza, pero como había preparado huevos con beicon para ella y para Anthony, sí le sirvió unos cuantos a él y le puso el plato delante. No se hablaron, ni siquiera a través de Anthony. Alexander era incapaz de hablarle de naderías cuando había una bomba encima de su mesa a punto de estallar.

A mediodía llegaron las amigas de Tatiana y empezaron a elaborar las galletas, a comer, a reír y a leer libros de recetas. Los villancicos navideños seguían sonando y el ambiente era muy distendido. Anthony las ayudó un buen rato, Alexander desapareció en el cobertizo y luego él y Anthony salieron a practicar unos tiros a la canasta. Era un domingo de

diciembre de Arizona y la temperatura era muy agradable, dieciséis grados.

*Tatia, ¿te gustaría vivir en Arizona, la tierra de los escasos manantiales?*

Alexander estaba fuera, recogiendo la pelota de entre los arbustos, y se descuidó un momento, se descuidó porque estaba consumido por lo imposible y tratando de no pensar en lo imposible, y no prestó atención, porque no vio los dos fragmentos de cholla que se habían desprendido del resto de la planta y que se acercaban rodando a la canasta. El cholla, al germinar, crece saltando y agarrándose a lo que tenga más cerca. Alexander estaba cerca. Recogió la pelota y el cholla se adhirió a sus palmas al instante. Centenares de púas finas como agujas le penetraron en la piel, la perforaron, la rompieron y se incrustaron en ella, escarbando en ella como animales malignos. Las palmas empezaron a hinchársele de inmediato. Se había acabado el partido de pelota.

Anthony corrió a la casa.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira lo que ha hecho papá, mamá!

Tatiana llevaba las manos llenas de harina.

—¿Qué ha hecho ahora? —le dijo a Anthony, volviéndose para mirarlos.

—No es nada —dijo Alexander.

—Alexander, te sangran las manos. —Se pusieron de pie.

—Sólo ha sido un poco de cholla —repuso él—. No hay de qué preocuparse.

Las mujeres, todas enfermeras, dieron un respingo, se pusieron muy nerviosas y empezaron a moverse de acá para allá. Espoleadas por la ansiedad, empezaron a dar toda clase de consejos en una voz aguda y estridente.

—¡No, no, el cholla no!

—Las púas se caerán dentro de siete o diez días.

—¡Pero le provocarán una infección!

—¡Sí, pero es imposible extraérselas!

—¡Eso le arrancaría la piel a tiras!

—El cholla es como el alambre de espino. —Todas se lamentaron, y Tatiana fue la única que permaneció en silencio.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer? —le dijo, mirándolo a la cara por primera vez ese domingo. Tenía los ojos del color verdemar del océano, y la mirada glacial—. ¿Quieres que te deje las púas? Se infectarán, pero se caerán dentro de una semana. O puedo sacártelas. Te dolerá y te arrancaré la piel de las palmas, pero al menos estarán fuera.

Anthony le estaba dando unas palmaditas en la espalda.

—Estás entre la espada y la pared —dijo—. Tal como tú dices, estás bien...

—¡Anthony!

—¿Qué?

Anthony era todo inocencia.

—Arráncamelas —le dijo Alexander a Tatiana.

Se sentó a la mesa y Tatiana extrajo su aguja anestésica, pero Alexander la rechazó. La anestesia que necesitaba no era para las palmas de sus manos.

—Si quieres que te haga esto —dijo ella—, deja que te duerma las manos.

—Tania —replicó Alexander—, me abriste un boquete en el hombro, una herida de metralla, sin anestesia. Estaré bien.

Sin más discusión, Tatiana guardó la aguja y empezó a colocarse los guantes quirúrgicos.

—De acuerdo, de acuerdo. —Alexander lanzó un suspiro—. Duérmeme las manos.

—Mamá —dijo Anthony—, ¿cómo es que te pones guantes? —Se rio—. ¿Tienes miedo de que papá te infecte?

Tatiana hizo una pausa un poco larga antes de contestar:

—Las púas se clavan en la piel. Necesitaré dos pares de guantes para protegerme, y aun así todavía no será suficiente.

Alexander fijó la mirada en sus manos ensangrentadas y entumecidas. Anthony se puso al lado de su padre y colocó el brazo sobre su hombro como muestra de apoyo. Cinco mujeres se dispusieron a observar todo el proceso, por encima del hombro de Alexander, por encima del de Tatiana, mientras ésta, con unas pinzas quirúrgicas, arrancaba las púas de cholla, como alambre de espino, de las palmas vueltas de él, dejando heridas supurantes.

Anthony, sin tan siquiera pestañear y sin apartar la mano del hombro de su padre, les dijo a las mujeres:

—¿Sabéis lo que dice mi padre del cholla?

—¡Anthony!

—¿Qué pasa? No, no, ésta es la versión más suave. —Anthony sonrió—. La primera vez que llegamos aquí, papá no sabía lo que era el cholla, pero lo aprendió enseguida, aunque nunca se había lastimado tanto como ahora. Así que empezó a decir: «Sé que no existe el infierno porque todos dicen que hace mucho calor en él. Bueno, pues que no me vengan con el calor porque yo soporto el calor todos los días. Ahora bien, si me dijeran que en el infierno hay chollas, entonces sí que los creería». ¿A que sí, papá?

—Bueno —contestó Alexander—, no lo llaman el cactus del infierno porque sí.

—Mamá dice —explicó Anthony, sonriéndole a su madre—, que el cholla está poseído por espíritus malignos.

—Bueno, cariño, no lo llaman el cactus del infierno porque sí —dijo Tatiana.

Las mujeres chasqueaban la lengua mientras Tatiana seguía arrancando las púas de las palmas de Alexander. En un momento dado tuvo que parar a taponar la copiosa hemorragia de sangre presionándole una gasa en las manos antes de continuar. Permanecieron sentados ese minuto, él mirándole la cabeza rubia trenzada y ella mirando la palma que sujetaba entre sus manos.

—Yo no podría, me resultaría imposible estar tan tranquila —dijo Carolyn, con un chasquido de admiración—. Si fuera mi Dan estaría hecha

un manojo de nervios. Tania, ¿cómo consigues conservar la calma con tu propio marido?

Tatiana tenía la cabeza inclinada.

—No lo sé, Carolyn —dijo, sin ni siquiera levantar la vista—. La verdad es que no lo sé.

Alexander se estremeció.

—Papá, tienes las manos dormidas —señaló Anthony—. ¿Por qué te has estremecido? Mamá, a lo mejor deberías ponerle otra inyección.

—Tu padre necesita un trago de *whisky*, eso es lo que necesita —le dijo Carolyn, yendo a por la botella del armario—. Tania, ¿crees que si tuviera las manos más pequeñas no se le habrían clavado tantas púas?

—El cholla es el cholla —contestó Tatiana, apartando su mirada glacial de Alexander—. ¿Qué sabe el cholla de manos? —Una vez hubo acabado, le desinfectó las heridas con tintura de yodo, las cauterizó con nitrato de plata, las vendó con firmeza y dijo—: Ah, y de nada, por cierto.

Y Alexander volvió a estremecerse.

«Póquer con Johnny hasta las seis de la mañana, hasta muy tarde, no quería decírtelo cuando estaba medio muerto, en la cama, no quería que te enfadaras por nada. Lo siento, lo siento, pensaba decírtelo... póquer con Johnny, hasta las seis de la mañana...».



*Deck the halls with boughs of holly*<sup>[2]</sup>.

Está tan guapa que a él le duele el corazón. Tiene la piel de porcelana, y para que haga juego con ella, se ha puesto una falda de tubo de color marfil, medias también de color marfil, y un suéter ajustado de cachemira del mismo color y de escote cuadrado. Es una auténtica entusiasta de los suéteres. Lleva el pelo rubio sujeto con alfileres pero suelto, de oro y fino. Debe de ser la única mujer de Estados Unidos con el pelo largo, sin cardar, sin rizos y sin laca. Huele a almizcle, a canela y a azúcar quemado, de las galletas que ha estado horneando, y lleva brillo en los labios.

*Tis the season to be jolly*<sup>[3]</sup>.

Alexander se imagina la piel cremosa de marfil que hay encima de las medias de encaje. Esa noche, a pesar de que no se han hablado, a pesar de los pesares, cuando se detienen ante un semáforo, le desliza la mano vendada por debajo de la falda y la desplaza hasta colocarla debajo del ligero, para tocarle la adorada rendija desnuda de muslo con las puntas de los dedos. Tiene la piel fría. Están en la camioneta. Ella y Anthony comparten el asiento del pasajero. Tatiana iba a subirse después de Anthony, pero éste le ha dicho que no, que él no se subía en ningún vehículo antes que su madre, de modo que, «adelante, mamá, tú primero, como siempre». Así que ahora Tatiana está al lado de Alexander, inmóvil como un témpano de hielo. Tantos sentimientos golpean el pecho de Alexander, tantos remordimientos, que no tiene más remedio que apartar la mano.

Sigue conduciendo en silencio.

—¿Qué aspecto tengo? —pregunta ella.

Van de camino a la fiesta de Shannon y Amanda. Hay montones de fiestas en esas fechas, fiestas navideñas y alegres, una detrás de otra.

Alexander se pregunta si estará allí Johnny, lo necesita para hacerlo cómplice de su perfidia. No ha podido localizarlo por teléfono durante el día. Se pregunta si ganará puntos por haber mantenido limpia la camioneta. «Escucha, no dejé que se subiera una furcia a mi camioneta, en la que llevo a mi familia en noches como ésta; eso es bueno, ¿verdad? ¿Que haya guardado fidelidad con la camioneta? Porque eso es lo que quieres, que guarde fidelidad».

—Buen aspecto —acierta a contestar al fin, con las manos como garras alrededor del volante.

—No hagas caso a papá —dice Anthony—. Él nunca sabe lo que hay que decir. Vas a ser la mamá más guapa de toda la fiesta.

—Gracias, hijo.

—Anthony, voy a contarte algo —anuncia Alexander—. En 1941, cuando conocí a tu madre, acababa de cumplir los diecisiete años y trabajaba en la fábrica Kirov, la mayor instalación de fabricación de armamento de toda la Unión Soviética. ¿Sabes lo que llevaba? Una rebeca

raída y marrón que era de su abuela. Estaba destrozada, llena de remiendos, y era dos tallas mayor que la suya. En el mes de junio, a pesar del calor, se ponía la falda negra de su hermana, mucho mayor que ella, de lana áspera. La falda le llegaba a las espinillas. Los leotardos negros de algodón, que también le iban demasiado grandes, le hacían bolsas alrededor de las botas marrones de trabajo. Llevaba las manos llenas de mugre negra, que nunca conseguía quitarse ni a tiros. Olía a gasolina y a nitrocelulosa porque había estado fabricando bombas y lanzallamas todo el día. Y aun así, yo iba cada día a recogerla y acompañarla a casa.

Anthony se echa a reír.

—En fin, que estabas loco por mamá entonces, y no creo que quieras que lleve leotardos negros con arrugas en los tobillos ni que huela a nitrocelulosa ahora, ¿verdad que no, papá?

—Lo que digo es que no importa, hijo.

Tatiana se abrazó a sí misma con fuerza y fijó la mirada delante. Anthony miró a su madre de repente, luego miró a su padre... y apartó la mirada. Todos se quedaron en silencio. Alexander pisó a fondo el acelerador. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Una vez en casa de Shannon y Amanda, Tatiana se fue directamente con las mujeres a echar una mano en la cocina y empezó a sacar bandejas de comida, copas de vino y aperitivos. Hubo exclamaciones de asombro y admiración ante el relato de la hazaña de cierta esposa estoica que había arrancado púas de cholla de las manos de su marido.

—¿Y te han quedado destrozadas? —exclamó Shannon—. ¿Completamente destrozadas? Johnny, ven aquí a ver qué se ha hecho nuestro Alexander. ¡Madre mía, no va a poder sujetar un vaso de cerveza en varias semanas!

—Anda ya... —exclamó Johnny, bebiendo y sonriendo—. Ya será menos... ¿Ni siquiera un vaso de cerveza? ¿Y qué va a hacer los viernes por la noche?

Alexander, que precisamente sostenía un vaso de cerveza en ese momento, no dijo nada. Johnny se dirigió entonces a Tatiana.



—Hummm... Hola, señora Barrington. ¿Cómo está usted? —dijo con absoluta solemnidad—. Si me lo permite, esta noche está especialmente deslumbrante.

Johnny siempre hablaba con insulso acartonamiento cada vez que se dirigía a Tatiana. En cierta ocasión le había dicho a Alexander que ella lo aterrorizaba porque a pesar de todas las cosas amables, corteses y bonitas que intentaba decirle, de algún modo ella siempre parecía ver a través de él, siempre parecía descubrir al perfecto idiota que se ocultaba en su interior.

Alexander se había echado a reír.

—Ella no te considera un idiota —le había dicho—. No te habría contratado si ella pensase eso de ti. Sólo cree que eres un juerguista.

—Sí —había contestado Johnny—, juerguista en el sentido de idiota.

Así que esa noche, después de que le hubiese dedicado aquel cumplido, ella lo miró con asombrosa indiferencia y dijo:

—Gracias, Johnny. ¿Acabasteis muy tarde el viernes?

—No, señora, no demasiado tarde —contestó Johnny, mirando asustado a Alexander, como presintiendo ya que una vez más le había vuelto a tender una trampa y que lo iba a poner en evidencia como al perfecto idiota que era, sin saber que no era a él a quien Tatiana estaba tendiendo una trampa.

Y bueno, ahí acababa su coartada. Y era una lástima, porque la poesía del póquer era poesía de la buena, y la habría sabido recitar muy bien. Y ella le habría creído. Le habría creído porque quería creerle.

Le tocaba a Alexander mover ficha de nuevo.

Su siguiente ficha era Tyrone, el amigo verdaderamente juerguista de Johnny. Alexander diría que había ido con Tyrone a un club de *striptease* del centro. Que lo sentía mucho, muchísimo. No habría poesía esta vez. El club de *striptease* y Tyrone eran más que suficiente.

Tatiana no bailó con Alexander, no habló con él, no lo miró.

Él la observó desde cierta distancia. Cuando no estaba poniendo una cara sonriente para la alegre galería navideña, Anthony tenía razón, había algo extraño en su comportamiento. No parecía la misma de siempre.

La música estaba muy alta, Elvis Presley sonaba en la radio exhortando a los oyentes a que lo quisieran con ternura.

Nat King Cole interpretó algunas canciones de Navidad, cantó *Unforgettable* y luego *Auld Lang Syne*.

Nat King Cole interpretó *Nature Boy*.

Alexander estaba de pie en un rincón del salón, charlando con un grupo de amigos. Tatiana, con Anthony a su lado, estaba cerca de él.

—Eh, escucha, papá —lo llamó Anthony de repente—. Vuestra canción favorita.

Delante de ellos había una zona despejada del salón donde las parejas bailaban muy juntas. Las luces del árbol parpadeaban y las velas de Navidad ardían. Y Nat King Cole hablaba de amar y ser amado.

Alexander se dirigió hacia ella y le dijo:

—Vámonos a casa.

Le sostuvo el abrigo delante de Shannon y Amanda, quien le preguntó si todo iba bien, y Shannon lanzó a Alexander una mirada tensa.

—Todo va de maravilla —contestó Tatiana a sus anfitriones, sin el menor atisbo de sonrisa.

De camino a casa, fue Anthony quien rompió el silencio punzante empezando a cantar un villancico. Alexander inclinó el cuerpo hacia delante y lanzó a su hijo una mirada de soslayo, como diciéndole que dejase de cantar inmediatamente, y Anthony así lo hizo.

Alexander se quedó fuera, leyendo el periódico y fumando, tanto tiempo que se quedó dormido en el balancín. Se despertó congelado y con el cuerpo agarrotado, se metió en la cama y se tumbó junto a Tatiana. Recordó los tiempos en Lazarevo, cuando se tumbaban el uno al lado del otro frente al fuego, bajo las estrellas, buscando a Perseo en el firmamento. La familia de ella ya no estaba, la de él tampoco, y quince años y medio después, como en un milagro, como en un sueño, yacían tumbados el uno junto al otro en el hogar que habían formado ambos después de todo por lo que habían pasado, mientras ella dormía en camisón, seguramente con ropa interior y sujetador debajo, seguramente con un casco de acero y un chaleco antibalas incluso, y él no podía

acercarse a ella unos centímetros para averiguarlo, pensando en todas las mentiras posibles para el viernes anterior y en todas las mentiras posibles para el siguiente miércoles.

Póquer con Johnny  
hasta las seis de la mañana,  
hasta muy tarde,  
no quería decírtelo  
cuando estaba medio muerto,  
en la cama,  
no quería que te enfadaras por nada.  
Lo siento, lo siento,  
pensaba decírtelo...  
Me manché la ropa con cerveza,  
el cholla no sabe nada.  
Lo siento, lo siento,  
pero Carmen me espera  
en el Westin.  
Póquer con Johnny  
hasta las seis de la mañana.

## Capítulo 12

### Descarriado

*Me pongo triste al pensar en ti*

El miércoles por la noche después del trabajo, Alexander se encontraba frente a un oscuro bar-restaurant situado al sur de Chandler. Estaba sentado en su camioneta, con el motor todavía en marcha, y las manos, ya sin el vendaje pero aún cubiertas de postillas, apoyadas sobre el volante. Llevaba puesto su mejor traje y había conducido varios kilómetros, lejos de los lugares que habitualmente frecuentaba, para encontrarse con Carmen.

Eran más de las ocho, más tarde de la hora en que se suponía que debía encontrarse con ella; y él, que nunca llegaba tarde a menos que Tatiana le hiciera retrasarse, estaba sentado aún en la camioneta. Lo único que tenía que hacer era apagar el motor y entrar. ¿Cuál era el problema?

Tatiana seguía haciendo que se retrasara.

Le había llevado un tiempo prepararse para esto, para evitar preguntas en caso de que sucediese algún imprevisto, para pensar en las contingencias. «¿Puede Ant ir a casa de Francesca después del colegio? Trabajaré hasta tarde», le había dicho a Tatiana por la mañana. No habían hablado entre ellos excepto para temas relacionados con Anthony. Y aunque Tatiana continuaba sumida en un insoportable silencio, esa mañana, en cambio, le había dicho: «Oh, cuánto lo siento. ¿Tienes otra reunión hasta tarde? No deberías trabajar tanto. ¿Vendrás a comer?».

Alexander le prometió que volvería a comer.

Y ahora se estaba carcomiendo por dentro.

Cuando ambos estaban a punto de salir hacia el trabajo le había dicho: «No sé a qué hora acabaré. La reunión es un poco lejos, al sur de la ciudad». Y Tatiana le había contestado: «No te preocupes. Haz lo que tengas que hacer. Te estaré esperando. ¿Cómo están tus manos? ¿Las notas mejor? ¿Quieres que te las vuelva a vendar?». ¡Todo esto después de cuatro días sin haber hablado apenas!

Así que ahora Alexander estaba aquí parado, a punto «de hacer lo que tenía que hacer». Y no podía salir de la camioneta...

«¿Quieres que te llame?», le preguntó Alexander justo antes de que Tatiana se fuese a trabajar, cuando ya estaba en la puerta con la cofia y el maletín de enfermera en las manos. «Si ves que vas a llegar muy tarde, avísame, —dijo Tatiana—. Si no no hace falta». Pero mientras se lo decía no le había mirado a la cara ni había levantado los ojos del suelo.

El motor continuaba en marcha. El nerviosismo se había apoderado de su interior de una forma tan despiadada que comenzó a golpear el volante en un intento desesperado de conseguir el control sobre sí mismo. Todo saldría bien. Todo iba a salir bien. Tatiana nunca se enteraría de ello. Alexander no había necesitado contarle las mentiras que tenía preparadas sobre Tyrone porque ella no se lo había preguntado, y desde luego él no iba a hacerlo de forma voluntaria. Ninguno de los cuatro días anteriores le había preguntado: «¿Dónde estuviste hasta las seis de la mañana?».

Sin embargo, en su tranquila casa estaban sucediendo cosas que no podía pasar por alto. Tatiana no había cocinado para él desde el viernes, ¡ni había hecho pan fresco! No le había lavado la ropa ni había hecho su lado de la cama; tampoco había recogido las colillas de sus cigarrillos, ni había tirado sus periódicos, ni le había preparado café. Tatiana no había ido al supermercado. Tanto el lunes como el martes, Alexander había tenido que llevar la leche a casa. «No has comprado leche», le dijo el lunes. «Me olvidé», le respondió. El martes ella no dijo nada y él ya no preguntó. Ambos días Tatiana trabajaba, y por la noche, al volver del trabajo, las luces estaban apagadas y las velas no las había encendido. Esas dos noches

fue él quien tuvo que encender el árbol de Navidad cuando regresó a casa. Y a pesar de sus cordiales palabras aquel miércoles por la mañana, había un hecho tan crudo y extraño como los japoneses en Normandía: no se habían besado desde el sábado, ni siquiera se habían tocado en la cama desde entonces. Ése era un territorio desconocido en su matrimonio. Desde que estaban juntos, no habían pasado un solo día sin tocarse, de forma tan natural y predecible como la marea, y ahora ellos, que dormían por las noches como si siguieran en el suelo de su tienda, en Luga, ¿no se habían tocado en cuatro días!

¿Qué creía Alexander que le pasaba a Tatiana?

Pero no estaba pensando en ella; Alexander sólo pensaba en él y en las mentiras que le contaría para que nunca llegase a enterarse.

El sedán de Carmen estaba en el aparcamiento. Ella ya se encontraba dentro, esperándolo. Alexander apagó el motor. Tenía que entrar. Se tomarían una copa y puede que luego, tal vez, un rápido bocado, muy rápido. Después... Alexander había traído dinero en metálico para el hotel Westin y condones para él: iba preparado. Se iría con ella, pasaría allí una hora, tal vez dos, se ducharía, se vestiría y se marcharía.

Y ahí era donde estaba el problema, en el momento de ducharse con el jabón de un hotel y despedirse de Carmen para ir a casa, a los brazos de una Tatiana que lo estaría esperando, tal como había dicho. Cuando llegara a casa después de acostarse con otra mujer, ¿tendría que mirar a Tatiana a la cara o podía contar con que ésta no lo mirase a los ojos? ¿No tendría que mirarla a la cara? Ella olería el jabón de hotel. Tendría que ducharse sin jabón. Le olería el pelo húmedo. Lo sabría por la expresión de sus ojos. Lo sabría por su mirada huidiza. Lo sabría al tocarlo. Lo sabría al instante.

Carmen lo estaba esperando. ¿No tendría que haber decidido no seguir adelante con aquello? ¿Antes de arreglarse y meterse unos condones en el bolsillo?

Los condones.

A Alexander el corazón se le cerró en un puño. Hasta ese punto lo tenía meditado, lo tenía preparado, hasta ese punto estaba listo para traicionar a Tatiana. No se trataba de un momento de descontrol absoluto, como el

viernes anterior. «Lo siento, yo no quería. Me emborraché y perdí el control. No significa nada, amor mío, mi vida, cariño...».

No. Aquello era una traición premeditada. Aquello era traición a sangre fría. Alexander no estaba borracho, no había perdido el control y había comprado condones de antemano.

Ni siquiera él mismo estaba plenamente convencido de que lo del viernes anterior hubiese sido un momento de descontrol producto del alcohol. Al fin y al cabo, lo cierto era que había seguido bebiendo a solas en el bar, esperando a que apareciese Carmen. ¿Sonaría eso a pérdida de control para Tatiana? Por una parte, Tania, mi camioneta fiel; por la otra, estar sentado en un bar una hora esperando a la chica alegre. Todo estaba compensado, ¿verdad?

La iluminación era tenue en el aparcamiento. Las luces de neón del bar parpadeaban. A través de las ventanas del bar, decoradas con motivos navideños, Alexander veía a gente moverse dentro, parejas charlando.

Ella es tan confiada... y siempre está tan ocupada... Trabaja sesenta horas a la semana, nunca se enterará. Y aunque se entere, me perdonará. Me lo perdona todo. Todo será como antes.

Y sin embargo, su casa no estaba limpia y su ropa no estaba lavada. No había comida en su mesa ni labios en su rostro.

Alexander respiraba agitadamente, tratando de avanzar por su camino de lodo. ¡Cenar con otra mujer! Nunca lo había hecho, ni siquiera en los años anteriores a Tatiana, mientras estuvo en el ejército... sobre todo mientras estuvo en el ejército. Cuando era soldado en la guarnición, invitaba a las chicas a una copa y media hora más tarde, las tenía a todas con las faldas subidas en el parapeto del puente. Ésa era la clase de cortejo que empleaba. Alexander tenía treinta y ocho años y nunca había invitado a cenar a nadie antes de acostarse con ese alguien, salvo a Tatiana.

El solo hecho de imaginarse a sí mismo en esa situación incómoda, en la conversación forzada, en el flirteo fingido, le paralizaba las manos sobre el volante; le sofocaba el deseo de un cuerpo nuevo, su excitación por lo desconocido. Y luego, la vuelta a casa, duchado o acaso sin

ducharse... Era inimaginable. Su deseo se sofocaba con una garra de acero.

Y de repente...

*Está tendido en el suelo mugriento de paja. Lo han golpeado tantas veces que su cuerpo es una magulladura sanguinolenta. Su aspecto es horrible, repugnante, es un pecador y un paria, profundamente falto de amor. En cualquier instante, de un momento a otro, lo subirán a un tren con los grilletes y lo llevarán a través de la boca de Cerbero hacia el Hades para el resto de su desgraciada vida. Y es en ese preciso instante cuando brilla la luz en el umbral de la puerta de su celda número 7 y, enfrente de él, aparece Tatiana, menuda, resuelta, incrédula, que ha vuelto en su busca. Ha abandonado al niño que más la necesita para ir en busca de la bestia rota que más la necesita. Permanece de pie, enmudecida, delante de él, y no ve la sangre, no ve la mugre, sólo ve al hombre, y entonces Alexander lo sabe: no es un paria, es un hombre amado.*

Un perfecto idiota.

Alexander arrancó el motor, dio marcha atrás con la camioneta, salió a toda prisa del aparcamiento y se fue a casa, dejando a Carmen esperándolo en el interior del restaurante. De camino a casa, se acordó justo a tiempo de parar en una gasolinera y tiró a una papelera los condones que había comprado.

Llegó a casa poco después de las nueve y media.

Tras aparcar la camioneta detrás del Thunderbird de Tatiana, Alexander subió con sigilo por la escalera de la terraza y la vio al otro lado de la ventana, cuyas cortinas no estaban echadas. Llevaba el batín corto de seda, y el pelo suelto. Ella no lo había visto todavía, no lo había oído aparcar el coche; debía de tener la música puesta. Estaba sentada a la mesa de la cocina, de espaldas a la puerta, con la cabeza baja y los hombros caídos. Se sujetaba el vientre y estaba llorando.



Había pan recién hecho en la mesa. Una vela estaba prendida. Las luces del árbol de Navidad estaban encendidas, también las lámparas de la mesa, y las luces de las ventanas parpadeaban.

No vio a Anthony por ninguna parte.

Incapaz de seguir mirándola, Alexander inspiró hondo y, con el corazón pesado como una piedra, abrió la puerta. «Por favor, por favor... Que sea capaz de mantener mi semblante firme e indiferente».

Tatiana se secó las lágrimas primero y luego se volvió hacia él.

—Hola —le dijo.

Apretó mucho los labios para que no siguieran temblándole.

—He acabado antes de lo que esperaba —dijo Alexander, quitándose la chaqueta del traje y mirando a su alrededor.

—Ah.

—¿Dónde está Anthony?

—Con Sergio. Le he dejado que se quede allí a dormir.

Alexander frunció el ceño, dándole vueltas a su cerebro atormentado.

—¿Le dejas quedarse a dormir en casa de Sergio un miércoles?

Aquello era algo fuera de lo normal.

—Como recompensa por portarse bien.

El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho.

—¿Tienes hambre? —le preguntó ella—. He preparado algo de comer.

Alexander asintió con la cabeza, aturdido.

—Bueno, pues ve a lavarte. He hecho unos... *blinchiki*. Y sopa con albóndigas. Y pan casero.

Sin lavarse, Alexander se desplomó en la silla. ¿Tatiana había hecho *blinchiki*? Dio gracias de que ella no estuviera justo a su lado, pues sin duda habría oído los latidos de remordimiento de su negro corazón.

—¿Tú no vas a comer? —le preguntó Alexander.

—No tengo hambre —contestó ella—, pero me sentaré contigo... si tú quieres.

Tatiana le sirvió la comida en el plato, le ofreció una cerveza y le trajo el periódico del día. Sonaba la música navideña, e incluso las velas estaban encendidas.

El cinturón del batín de Tatiana se había soltado. Cuando ésta se levantó para servirle otra cerveza, Alexander acertó a ver un camisón de tirantes de encaje y color marfil, a través del que se le veía el cuerpo, completamente desnudo salvo por el liguero blanco y las medias de encaje. Alexander se sintió morir. Bajó la cabeza, leyó el periódico, comió... y no volvió a levantar la mirada hacia ella. Lo único que se dijeron en el transcurso de la cena fue:

—¿Qué tal están los *blinchiki*?

—Buenísimos, hacía años que no los comíamos.

Cuando hubo acabado y Tatiana se acercó para retirarle el plato, Alexander soltó el periódico y la detuvo colocándole las manos en la cintura, volviéndola muy despacio hacia él. Le abrió la bata y se la bajó por los hombros.

—Mmm... —murmuró—, ¿camisón nuevo?

—Para ti —dijo ella—. ¿Te gusta?

—Me gusta.

Pero Alexander no podía levantar la vista. Sí logró bajarle el camisón y descubrirle los pechos turgentes y blancos como la leche con las manos cubiertas de heridas. La acarició, la masajéó, le acercó los labios a los pezones y ella empezó a estremecerse y a gemir con el tacto de su boca, temblando arrebatadamente como un violín, viva, suave, perfecta.

—¿Por qué estás tan sensible...? —susurró Alexander, con la mitad desgarrada de su ser emergiendo aún del abismo.

De pronto tuvo miedo, la certeza incluso, de que Tatiana pudiese leerle el pensamiento. Le metió la mano por debajo de la camisola, le acarició las nalgas y, acto seguido, Alexander la soltó y se levantó.

Puede que fuese capaz de ocultarle sus pensamientos, pero lo que no podía ocultar en la cama de ambos era la voraz gravedad del peso de la culpa, que fijaba todos sus órganos al suelo. Sencillamente, no podía hacer el amor esa noche.

—No sé lo que me pasa —dijo.

—¿No? —repuso ella, y se volvió.

Él le ofreció una alternativa.

—Tatia, ¿te acuerdas de nuestro quinto aniversario de bodas? —le susurró, angustiado—. Anthony estaba durmiendo la siesta en la caravana y estábamos en Naples, en una playa desierta del golfo a última hora de la tarde, en una manta encima de la arena blanca. Habíamos estado nadando y tú estabas mojada, y tu piel tenía un gusto salobre. Yo me tumbé de espaldas y tú te arrodillaste encima de mi boca; no podías aguantarte derecha, así que te abalanzaste hacia delante y te quedaste apoyada en los codos y las rodillas. Yo tenía la cabeza hacia atrás, la cara enterrada en tu interior, y te sujetaba las caderas con las manos. Formábamos una línea recta, tú y yo, tú encima de mí. Feliz cumpleaños, feliz aniversario, feliz siesta de Anthony... Todo cayó en el olvido durante esa hora de felicidad de miel en una playa de arena blanca del golfo de México. Por favor, Tatiasha, arrodíllate encima de mí. Échate hacia delante, déjame tocarte. Dame miel, dame felicidad, agárrate al cielo y olvídale todo.

Tatiana siguió dándole la espalda, inmóvil, como si no lo hubiese oído, como si él no le hubiese susurrado aquellas palabras.

Después de que se quedara dormida, Alexander acomodó el cuerpo de ella en el de él, la alojó en el recodo de su brazo, la acurrucó contra su pecho. La melena rubia le hacía cosquillas en el tórax. Alexander tardó horas en quedarse dormido. ¿Era su imaginación o había en la voz entrecortada de ella durante toda la noche una promesa de futura agonía? Era como si hubiese estado intentando decirle algo todo el tiempo... sin conseguirlo. Desde luego, él no pensaba preguntárselo, pero ¿cómo había pasado de dormir en posición fetal el sábado anterior a prepararle su plato favorito y ofrecerle su cuerpo desnudo aquella noche?

—«Apoya la cabeza dormida, en mi brazo desleal» —recitó de forma inaudible, tratando de recordar a Auden, asfixiándose en la venenosa mezcla de repugnancia hacia sí mismo y de conciencia que le consumía el alma.

*Por favor, amor mío, vuelve a casa*

A la mañana siguiente, Alexander entró en el despacho a recoger los recados que le habían dejado, a ver sus citas del día y asegurarse de que Linda ya se había encargado del centenar de pagas extras de Navidad. La eficiencia personificada, Linda le explicó que ya lo había hecho hacía semanas, la primera vez que se lo había preguntado.

—¿Anoche te portaste mal y te olvidaste de tu cita? —le dijo ella.

—¿Qué cita?

—¿Qué cita? Tu cita con la señora Rosario, Alexander. La concertaste tú mismo. Estaba en tu agenda.

—Vaya, debí de olvidarme —contestó con cautela—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, tampoco estabas en casa —dijo Linda—, porque vino aquí anoche hacia las nueve preguntando por ti.

—¿Quién?

—La señora Rosario.

Alexander se quedó callado.

—Linda, ¿se puede saber qué hacías tú aquí todavía a las nueve?

—¿No sabes que no tengo vida? —contestó—. Me gusta organizarte la tuya. Vino y me preguntó si podía llamar a tu casa. Yo no sabía qué hacer. La verdad es que me preocupé mucho. Pensamos que a lo mejor te había ocurrido algo. Tú nunca te olvidas de tus citas.

—¿Y... —empezó a decir Alexander con dificultad— llamó?

—Sí. Habló con Tania.

—¿La señora Rosario habló con Tatiana?

—Sí. Estaba muy enfadada.

—¿Quién? —preguntó Alexander con voz cansina.

—La clienta, por supuesto —dijo Linda—. Ya sabes que tu mujer es constitucionalmente incapaz de enfadarse contigo.

Con paso vacilante, Alexander salió del despacho y se sentó en la camioneta. En los días anteriores era algo que había hecho con mucha frecuencia, lo de sentarse en su camioneta. No tardaría en convertirse en su hogar.

¡Esa maldita Carmen había llamado a su casa! Bien, pues ésa era precisamente una posibilidad que no había previsto: la mujer casada llamando a su casa, preguntando por él. Ésa era la eventualidad que Alexander no había sabido ver, y eso que se creía preparado para cualquier posible contingencia.

No podía pensar con claridad. Pero ¿por qué no desaparecían sus temores? ¿Por qué no se habían peleado la noche anterior? Estaban solos, tenían toda la noche por delante para discutir. A él se le habría ocurrido alguna excusa que decirle que sonase a verdad. ¿Por qué Tania se había vestido para él con un camisón transparente? ¿A qué venía la comida, las velas? ¿Qué diablos estaba pasando en su casa? Alexander se estaba volviendo loco, ya no sabía qué pensar.

Tenía que ir a comprobar el estado de las obras en tres de sus casas. Los fontaneros iban a ir a una de ellas, en otra iban a levantar los cimientos y el inspector que concedía los certificados de habitabilidad iba a visitar la tercera. Sin embargo, a la hora del almuerzo, Alexander fue al hospital. Aunque sabía que Tatiana nunca se tomaba un descanso lo bastante largo para servirse una taza de café, y mucho menos una pausa para hablar tranquilamente de la llamada de otra mujer a su casa preguntando por él, ¿cómo no iba a ir?

La encontró sentada a solas en la cafetería, bebiendo leche; estaba pálida y triste.

—Hola —dijo, sin apenas mirarlo—. ¿Qué haces aquí?

—Ven afuera un momento —le dijo él.

Cuando salieron a la luz del sol del aparcamiento, Alexander dejó de andar y, apretando los dientes y con la mirada clavada en el suelo, le preguntó:

—¿Por qué no me dijiste que Carmen Rosario te llamó anoche?

—¿Has venido al hospital a preguntarme esto? Ella no me llamó a mí —dijo Tatiana—. Llamó a nuestra casa preguntando por ti. —Se rio levemente—. Preguntó si podía hablar contigo y cuando le dije que no estabas en casa me dijo: «Bueno, ¿y dónde está?» en un tono que, como podrás imaginar, a mí por lo menos me pareció de lo más peculiar. Le dije

que te ibas a quedar a trabajar hasta tarde... y ella me dijo que sí, y que era con ella con quien se suponía que ibas a quedar trabajando hasta tarde. La verdad —continuó Tatiana, juntando las manos—, parecía muy, pero que muy enfadada. No supe qué decirle, puesto que no tenía ni idea de dónde estabas, así que me disculpé en tu nombre. Pensé que querías que hiciera eso, ¿verdad, Alexander? ¿Querías que me disculpara ante Carmen Rosario por ti? —Hizo una pausa—. Le dije que probablemente se te habría olvidado, que siempre tenías mil cosas en la cabeza. Que a veces te pasa eso, que la cabeza te juega malas pasadas, le dije. Que te olvidas de ciertas cosas.

Si Alexander hubiese agachado aún más la cabeza, se la habría golpeado contra el suelo. Retrocedió un paso con piernas temblorosas.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó despacio—. ¿Por qué no me contaste esto ayer? ¿Por qué me preparaste esa farsa, cocinando para mí, poniendo música...? ¿Para qué?

No podía mirarla a la cara.

—No entiendo la pregunta —dijo Tatiana. Alexander examinó las rendijas del pavimento—. Tienes cien citas como ésa a lo largo del año —prosiguió—. Me dijiste que ibas a quedarte a trabajar hasta tarde. Me has dicho eso muchas veces, cada vez que te has quedado con algún cliente. Es verdad, no te presentaste a esa cita, pero yo no sé por qué. Podrías estar ocupado con otras cosas, o no tener a mano el número de teléfono de esa mujer. Podrías haberte equivocado de restaurante. Se trata de tu negocio, tú sabrás, yo no me meto en tus asuntos. No me dijiste que era con Carmen con quien ibas a reunirte, pero ¿y qué? Tú no me dices los nombres de los clientes que quieren encargarte la construcción de sus casas. Nuestro matrimonio nunca ha sido así. —Tatiana hizo una pausa. Alexander ni siquiera la oía inspirar y espirar el aire, tan silenciosa era su voz y su respiración—. La mujer con la que ibas a reunirte para hablar sobre la construcción de una casa llamó y dijo que no te habías presentado a la cita. Parecía estar en su perfecto derecho de enfadarse. Tengo la impresión de que a la mayoría de tus clientes tampoco les gustaría nada que los dejases

plantados en algún bar restaurante del sur, en Chandler, y que seguramente también llamarían a nuestra casa diciendo: «Bueno, ¿y dónde está?».

No podían continuar aquella conversación en el aparcamiento.

—Tatiana... —repitió—. ¿Por qué no me dijiste esto ayer?

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué te pones así? —dijo Tatiana.

Sólo le temblaban las puntas de los dedos, la única parte del cuerpo que le veía Alexander, aparte de las piernas enfundadas en las medias blancas hasta el dobladillo del uniforme.

—Si pensabas que iba a cenar fuera —dijo Alexander, porque fue lo único, las únicas palabras que se le ocurrieron—, entonces ¿por qué me preparaste la cena?

—¿Cuándo ha rechazado mi marido un buen plato de *blinchiki*? —dijo Tatiana en voz alta y clara, mirándolo directamente a los ojos—. Aun cuando salga a cenar fuera...

«Oh, Dios...».

—Tania... —dijo Alexander en un hilo de voz. Ella retrocedió unos pasos y dijo:

—Bueno, escucha, si no tienes que decirme nada más, tengo que volver al trabajo.

«Sí, tienes que volver a la raíz del mal». Alexander no lo expresó en voz alta, sólo lo pensó, por si a ella se le ocurría decirle que él era la raíz de todo mal.

—Espera —la detuvo Alexander.

Su cerebro confuso no podía ver a través de la nebulosa de aquel cielo limpio y azul del soleado día de invierno. ¿Debía mentir y decir: «De verdad, te juro que sólo había quedado a tomar una copa con Carmen. De verdad, te juro que sólo íbamos a hablar de la casa... a pesar de los condones en el bolsillo»? ¿Debía decirle acaso: «Casi no hice nada malo el miércoles... aparte de urdir con premeditación mis planes traicioneros y lascivos»? «En contraste con el viernes anterior, tal vez, cuando puede que las cosas sí fuesen mucho más sucias y escabrosas, pero espero que nos olvidemos del viernes para siempre y no lo recordemos nunca jamás. Y ya sé que suena horrible, lo de ir al encuentro con otra mujer para llevarla a

un hotel a acostarme con ella, pero el hecho es que no la dejé subir a la camioneta el viernes. Mi camioneta está impecable. ¿Es que no se me concede algo de crédito por eso? ¿No equivale eso al menos a mover mi ficha una casilla hacia delante?».

Alexander era incapaz de moverse una casilla hacia delante, ni de dar un paso hacia delante, ni de pronunciar una sola palabra más. Era incapaz de abrir la boca, de modo que le dijo a Tatiana:

—Espera...

Cuando en realidad quería decir «No sé qué decir...».

—Tengo que irme volando, de verdad —respondió ella—. Pero tú también tienes que volver al trabajo, ¿no? ¿Has vuelto a programar tu cita con la señora Rosario? ¿Te quedarás a «trabajar» hasta tarde esta noche con ella?

—Tania, no —contestó Alexander, con voz de derrota.

—Ah —repuso ella, alejándose.



Si Alexander no hubiese tenido que reunirse con los fontaneros en la casa de River Crossing, cuya fecha de entrega estaba prevista para el día anterior, no se habría bajado de su camioneta. Sin embargo, tenía que reunirse con los fontaneros, y todavía seguía con ellos a última hora de la tarde cuando el sedán de Carmen aparcó en la calzada y ésta se bajó de él, adornada con unos pendientes brillantes, maquillaje también brillante y un suéter blanco y negro tan ceñido como deslumbrante. Don Joly, el electricista la observó desde la ventana y le dedicó un silbido.

—Vaya, vaya, vaya... ¿Qué maravilla tenemos aquí? —exclamó.

Alexander le dio la espalda. Ella entró y lo encontró.

—Hola, Alexander.

—Es mejor que no entres en la casa —le advirtió él, sin mirarla—. La obra no es un lugar seguro. No estoy asegurado contra accidentes de los visitantes sin autorización.

—Hummm... ¿Puedo hablar contigo un momento?



—Como quieras —dijo Alexander de mala gana, sin levantar la vista del marco de la ventana, donde había enrollados tres metros de cable.

Estaba midiendo la distancia entre las tomas de corriente; según la normativa, la separación entre enchufes no podía ser mayor de dos metros, y él temía que el que tenía delante estuviese a más de dos metros del de la izquierda, lo que significaría que habría que rehacerlo, y eso, a su vez, significaría que, como en el dominó, habría que rehacer también todos los del resto de la habitación. Tenía que medirlo todo seiscientas veces en una casa de aquel tamaño, y todo antes de Navidad, la semana siguiente.

—Alexander, ¿puedes mirarme un momento?

Muy despacio, Alexander se incorporó y se volvió para mirarla.

—¿Qué pasa? —dijo—. Estoy ocupado.

—Eso ya lo veo. ¿También estabas ocupado anoche, cuando te estuve esperando sola en ese restaurante, como una tonta?

—Anoche también estaba ocupado.

Todo su cuerpo se rebelaba a gritos contra aquella mujer. No podía creer que estuviese hablando con ella.

—No entiendo nada —dijo Carmen—. Creía que habíamos quedado en vernos. ¿Se te olvidó?

—Eso es —contestó él—. Se me olvidó.

Carmen inspiró con fuerza y siguió hablando.

—No te creo. Lo habíamos planeado. No pudiste olvidarte.

—Pues se me olvidó, Carmen. Se me olvidó completamente.

—¡Intentas humillarme! ¿Por qué?

—¿Por qué? —Alexander tomó aire para tranquilizarse un poco—. ¿Se puede saber por qué llamaste por teléfono a mi mujer?

—¡Yo no llamé a tu mujer! ¡Te estaba llamando a ti!

—¿Llamando a mi puta casa?

Alexander hablaba a gritos. Estaba furioso con ella, y consigo mismo. Don Joly, a través de los tablones de madera del segundo piso, debía de haberlo oído todo... ¿Y cómo no iba a hacerlo? Don Joly y todos sus hombres, escuchando a Alexander pelearse con una mujer que no era su

esposa. Aquello era traspasar la frontera hacia otro país, e iba a llegar a oídos de todo el mundo, todo por culpa de su maldita indecencia.

—¡Sí, llamando a tu puta casa! —exclamó Carmen, también a voz en grito.

Alexander ya había tenido suficiente. La asió del codo y la llevó afuera, a la calle.

—Escucha —le dijo—. Yo trabajo aquí. Trabajo. ¿Lo entiendes? También estoy casado. ¿Eso lo entiendes? A diferencia del tuyo, mi matrimonio no es de cartón piedra, sino un matrimonio de verdad. Llamaste a mi casa, donde vivo con mi esposa, ¡para preguntarle por qué no aparecí en nuestra cita! ¿Es que has perdido el juicio?

—No es eso lo que hice —se defendió Carmen—. Fui muy profesional.

—¿Profesional? Gritando por teléfono: «Bueno, ¿y dónde está?». ¿Eso te parece profesional?

—Tu mujer estaba muy tranquila —señaló Carmen—. Mucho más que tú ahora. Pero si no querías que llamase, ¿por qué no apareciste como me habías prometido?

Estaban de pie en la acera en medio de una calle nueva, en medio de una urbanización nueva. Alexander y una mujer... ¡discutiendo!

—Carmen, después del viernes no volví a acordarme —dijo Alexander—. Por eso no fui. Por lo demás, mi prioridad es mi esposa, y en segundo lugar viene todo lo demás.

—Pues no pensabas precisamente en tu esposa el viernes pasado —dijo elevando el tono de voz mientras sacaba ridículamente su generoso pecho—. Entonces estaba muy lejos de tu pensamiento.

—No tanto como a ti te gustaría —replicó Alexander—. Pero ¿se puede saber qué te has creído viniendo aquí a levantarme la voz?

—¡Deja de comportarte como un cretino! —gritó ella—. Yo no soy tu mujer, será mejor que me muestres un poco de respeto.

—¿Quién coño crees que eres? —dijo Alexander acercándose a ella un paso y controlando el tono de voz—. ¿Respeto? ¿Te metes en un coche con un perfecto desconocido y te crees que porque te dejo chuparme la polla dos minutos mereces un poco de respeto?

Carmen dio un respingo.

—¿Que tú me...?

Se puso roja como la grana.

—Ah, ¿no? No sólo fui yo quien te dejó, Carmen, sino que además, ni siquiera me has sacado ni una sola copa gratis, para que te enteres.

—¡Oh! —Estaba ruborizada y respiraba con dificultad—. Tú... tú... ¡te arrepentirás de esto, Alexander!

—Ya me arrepiento más de lo que te imaginas.

—Por culpa de tu conducta deplorable, tu mujer...

—¿Sabes una cosa? —dijo Alexander, interrumpiéndola; se acercó a ella hasta quedar muy cerca, y luego se inclinó sobre su cara—. Antes de que digas otra palabra, esto es lo que vas a hacer: vas a subirte a tu coche y te vas a largar cagando leches de aquí. Salta a la vista que no has leído lo que la prensa publicó sobre mí con suficiente atención, y puede que quieras hacerlo, pero te lo advierto ahora mismo: no me amenazas, no me insultes, no me eches nada en cara, límitate a subirte a tu coche y a largarte ahora mismo, mientras todavía puedes, y no vuelvas a acercarte a mí ni a mis casas.

Carmen abrió la boca, pero Alexander negó con la cabeza y dio medio paso más hacia delante hasta colocarse a escasos centímetros de su cara.

—Ni a mí, ni a mis casas, ni a mi mujer... Nunca, en el resto de tu vida.

La mujer abrió la boca y él volvió a negar con la cabeza.

—No, Carmen, no. Cuando he dicho ni una puta palabra más, significa... ni una puta palabra más. Métete en tu coche y vete.

Hablaba en un tono de voz tan amenazador que al final ella lo obedeció y se calló.

Con las piernas temblorosas y la respiración agitada, que hacía que el pecho le subiera y le bajara frenéticamente con aquel suéter tan ceñido, Carmen logró abrir la portezuela del coche, subirse en él y marcharse.

¡Pelearse con una mujer que no era su esposa! Algo del todo inverosímil, algo del todo escandaloso... y lamentable.



—¿Dónde está mi madre? —dijo Anthony esa noche, a las diez.

Desde luego, era una buena pregunta. ¿Dónde estaba su madre? Cuando Alexander llamó al hospital, Erin le dijo que Tatiana estaba haciendo un turno doble en el hospital.

—¿Que está haciendo qué? —Alexander apoyó la mano en la encimera para no perder el equilibrio—. Erin, déjame hablar con ella.

—No puedo, está con una fractura múltiple, no puede ponerse al teléfono. Ya le diré que te llame cuando salga.

Anthony no creía que su madre pudiera estar trabajando un turno doble. Alexander tampoco podía dar crédito. No sabían qué hacer, aturdidos, sentados a la mesa de la cocina. Antes se habían comido los restos de los *blinchiki* del día anterior, y Anthony, satisfecho aún, con la boca llena, había dicho:

—Papá, gracias, ¿qué es lo que has hecho bien para que esta noche cenemos *blinchiki*?

¿Qué era lo que había hecho bien para que tuvieran *blinchiki* para cenar? Nada. Absolutamente nada.

Pero a las diez y media de la noche, con la comida acabada hacía ya rato, Anthony dijo:

—Pasa algo, ¿verdad? Mamá me envió a casa de Sergio ayer, en mitad de la semana, como si tuviéramos a otro Dudley muerto en el salón de casa.

A Alexander le pareció acertada la asociación de ideas de su hijo.

Un Anthony a todas luces enfadado fue la principal razón por la que Alexander condujo sesenta kilómetros esa noche de jueves para ir a ver a Tatiana. Se sentaron en la sala de espera con dos borrachos, un hombre con una pierna rota, una mujer con una tos persistente y un recién nacido diminuto y con fiebre.

Volvieron a llamarla al busca, y otra vez más. Tuvieron que esperar otros treinta y cinco minutos para que apareciera a toda prisa por las puertas dobles. El hijo corrió hacia ella. El marido se quedó inmóvil en su

asiento, examinándose con aire sombrío las magulladas palmas de las manos.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —inquirió ella, muy angustiada.

—Nada —dijo Anthony—. Mamá, ¿qué haces aquí? ¿Por qué trabajas un turno doble? Tú nunca trabajas turnos dobles. ¿Y por qué no nos has llamado? Estábamos muy preocupados. ¿Por qué no nos dijiste que ibas a trabajar esta noche? ¿Por qué no vienes a casa?

A Alexander le pareció que su hijo había hecho las preguntas oportunas. Aunque se le habían olvidado las siguientes: «¿Qué es lo que sospechas, para poder negártelo yo inmediatamente y así hacerte sentir mejor y volver a tocarte, y no tener que volver a pensar ni hablar de esto en toda mi vida? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué mentiras puedo urdir ahora para redimirme? ¿Y cuándo va a venir el equipo de limpieza del forense a retirar el cuerpo de Carmen de nuestra sala de estar, Tatiana?». Ésas eran las preguntas que Alexander creía que debería haber hecho su hijo.

Tatiana se sentó en la silla. Intentaron hablar en voz baja, pues los borrachos estaban pendientes de sus palabras.

—Estoy haciendo un turno doble, hijo mío, eso es todo —contestó Tatiana—. Es Navidad. Andamos escasos de personal y tenemos mucho trabajo. Todo el mundo se pone enfermo o sufre estos días. Todo el mundo —continuó— sufre, sufre mucho.

—Por favor —dijo Anthony—. Ayer me echaste de casa, mamá. ¿Me tomas por un crío? Papá dijo que estaría trabajando y que no volvería a casa. Hoy eres tú la que está trabajando y no va a volver a casa. Lleváis peleándoos desde la semana pasada. ¿Crees que no me doy cuenta de lo que pasa? —Estaba al borde de las lágrimas—. Por favor...

Tatiana le tomó la cara entre las manos. Ya era quince centímetros más alto que ella y pesaba veinte kilos más, y aun así se quedó allí, donde ella lo abrazaba, con la cabeza enterrada en el cuello de su madre como un crío de tres años. Alexander tenía los codos apoyados en las rodillas y la mirada clavada en el suelo, donde le correspondía.

—Mañana hay un concierto de Navidad en mi escuela —dijo Anthony.

Tatiana asintió.

—Ya lo sé. Iré.

—¡Mamá! —exclamó Anthony—. ¿Estás enfadada con papá? Por favor, no te enfades con papá por lo de...

—¡Anthony! —intervino Alexander—. Ni una palabra más.

—Sí, Anthony —convino Tatiana—. Ni una palabra más.

La llamaron al busca. Había llegado otra ambulancia. Intentó despedirse.

—Cariño, lo siento, volveré a casa pronto, pero ahora tengo que irme, de verdad.

La enfermera de cuidados intensivos la llamó, y uno de los borrachos se acercó a ella. Anthony seguía abrazado a su madre. Entraron a un paciente en una camilla, alguien de cuyas heridas manaba mucha sangre. Alexander no podía mirarla; sabía que ella necesitaba su ayuda con Anthony, pero él no pensaba dársela hasta que ella se lo pidiese.

—Anthony —dijo Tatiana—, dile a tu padre que tengo que irme ya.

—Está ahí, mamá —respondió Anthony—. Díselo tú misma.

Alexander se levantó y, en voz baja, muy baja, le dijo:

—Como siempre, te las arreglas perfectamente sin ninguno de nosotros, terribles pecadores, ¿verdad? —Y a continuación, separó a rastras a Anthony de su madre—. Vamos, campeón —le dijo—. Mamá está ocupada. Vámonos a casa. Mira lo que te he comprado hoy. —Sacó una bolsa de M&M de cacahuete—. ¿Los has visto? Son M&M con cacahuete por dentro. ¡Qué país! ¿Quieres uno?

David Bradley abrió de golpe las puertas dobles, vestido con la ropa de cirujano.

—Dios, ¿dónde está? —Entonces la vio—. ¡Tatiana, por favor! —la llamó—. ¡Ahora!

—No te preocupes, hijo —le dijo Tatiana a Anthony—. Tu padre cuidará de ti. Vete a casa.

Ni siquiera dirigió una mirada al padre antes de desaparecer a toda prisa.



A las ocho de la mañana del viernes, Tatiana no estaba en casa. Alexander esperó hasta las nueve. El concierto de Anthony era a las nueve y media. Se fue en coche a la escuela, esperando que, en cualquier momento, el coche de ella apareciera por Jomax. La encontró entre el público del auditorio, lleno hasta los topes, todavía con el uniforme de enfermera, ¡y ni siquiera le había guardado asiento! Alexander tuvo que quedarse de pie en el fondo. La directora salió a escena, el piano emitió unas notas, los niños cantaron, tocó la banda... Él la observó aplaudir entusiasmada a su hijo, levantarse, sacar fotos e incluso hablar con los otros padres sobre lo bien que los niños habían interpretado los villancicos clásicos. Los alumnos volvieron a las aulas y ella se confundió entre la multitud que se dirigía a la salida. Para cuando Alexander le dio alcance al fin, Tatiana ya estaba junto a su Thunderbird. Él le cerró la puerta con fuerza con la mano.

—¡Tania!

—¿Me dejas abrir mi coche, por favor? —dijo ella, cabizbaja.

—No. ¿Podemos hablar como dos adultos?

—¿Hacer qué?

Se acercó a ella.

—¿Qué haces?

—Yo nada; ¿qué haces tú?

Se miraron fijamente un momento, antes de que él desviara la mirada. Ella parecía inmensamente cansada, ni siquiera podía mantenerse derecha.

—¿Has salido de trabajar a las siete? —le preguntó en voz baja, acercándose más aún, queriendo tocarle la mejilla pálida, las cejas rubias.

—Sí.

—¿Y por qué no viniste a casa?

—¿Por qué no viniste tú a casa?

—Sí vine a casa —comentó Alexander, buscando su rostro con los dedos—. Venga, vámonos. Me he tomado la mañana libre en el trabajo.

—Ah, ¿sí? ¡Qué bien! —exclamó Tatiana, apartándose de sus manos—. Sólo una cosa: no quiero hablar contigo.

—Lo sé —dijo Alexander. Ya no se trataba de qué mentira urdir para que ella se la creyera; se estaba convirtiendo en una cuestión de qué parte de la verdad debía contarle para que volviese a creerle algún día—. Ya sé que no quieres, pero tienes que hablar conmigo. —La agarró por el brazo—. Vamos, no hagamos esto en medio del aparcamiento de la escuela, con toda esta gente... —Los demás padres se dirigían a sus coches, charlando animadamente sobre sus planes navideños, sobre los regalos para los niños, el tiempo excelente y los paseos en trineo. Alexander y Tatiana enmudecieron hasta que todos hubieron pasado por su lado—. Ya sé que estás enfadada conmigo...

Tatiana levantó la mano para que no siguiese hablando.

—¿Qué quieres hacer? —exclamó Alexander, abriendo las palmas de las manos—. ¿Seguir así, sin dirigirme la palabra? Al final tendrás que hablarme, ¿no?

—No —contestó Tatiana sin apenas mover la cabeza y abriendo la portezuela del coche—. Estoy harta de hablar.

«¡Cómo puedes estar harta de hablar, si no me has dicho tres palabras seguidas desde el sábado!», quiso gritarle Alexander.

—¿Por qué no nos vamos a casa? —le sugirió con dulzura, tratando de convencerla—. Allí podrás gritar, podrás hacer lo que...

—¿Tengo aspecto de querer o poder gritar, Alexander? —Tatiana se quedó de pie junto a la puerta abierta del coche—. Es más, ¿necesito gritar? —Parecía estar a punto de desplomarse o desmayarse si no se sentaba. Alexander extendió el brazo para ayudarla a no perder el equilibrio, para tocarla, pero ella levantó las manos como si lo que quisiese fuese desaparecer de su vista—. No.

Se apoyó en el coche, se cruzó de brazos y cerró los ojos.

—Abre los ojos —dijo Alexander. Ella los abrió. Eran de color obsidiana, como las aguas del mar Negro—. Tania... —dijo, con la voz a punto de quebrarse—. Por favor, amor mío. Vámonos a casa. Deja que te explique, deja que hable contigo.



Ella negó con la cabeza.

—No —dijo—. Se acabó el hablar. Además, tengo que ir a la misión.

—¿La misión? —repitió él, frunciendo el ceño—. Acabas de trabajar veinticuatro horas seguidas. Tienes que irte a casa y dormir, ¿no crees?

—No. Los niños no saben ni les importa si tengo sueño o no. Los niños me esperan.

—Sí, claro que sí —dijo Alexander, apretando los puños y apartándose al fin de ella. Tatiana siempre sabía decir la palabra justa para hacer que se apartara de ella—. Y tu hijo, tu único hijo, tu verdadero niño, te ha estado esperando horas y horas.

—Y su padre está cuidando de él, ¿no?

—Necesita a su madre.

Ella también apretó los puños con fuerza y dio un paso hacia él. Alexander abrió los brazos.

—Aquí —dijo él—. Aquí me tienes.

—Desde luego —respondió Tatiana. Inspiró hondo y añadió—: Alexander, cuando me pediste que me casara contigo, ¿pensabas que era posible que nuestro matrimonio durase más que un ciclo lunar?

—Eso esperaba.

—No, no creo que lo pienses. Sí, dijiste, sólo íbamos a hacerlo una vez y más valía que lo hiciéramos bien, pero estabas pensando en hacerlo bien durante sólo un mes. Un año entre permiso y permiso, tal vez. Mientras intentabas entrar en Alemania desde Rusia. Yo no digo que no salieses en mi busca, no digo que aquello no fuese real, porque, al fin y al cabo, ¿qué otro motivo tenías por el que vivir? Podías intentar encontrarme, mantenerte con vida por mí, o podías pasarte el resto de tu vida fumando en un campo de cebollas ruso. Así que me escogiste a mí. ¡Qué noble! Pero esto no es Lazarevo, que duró un suspiro, ¿a que no? Esto son días y días, y meses y años y más años, y todos los minutos que hay en medio, solos tú y yo, un hombre y una mujer en un matrimonio.

—Sé muy bien lo que es esto, Tatiana —contestó Alexander, con la voz frágil de ella oprimiéndole el pecho como cemento.

—Ah, ¿sí? Un matrimonio no es tan sencillo como beberse un sorbo de agua. Esto no es fingir que tienes una vida, como en la guerra, ni fingir un matrimonio soviético, los dos contra el NKVD, con supuestas opciones soviéticas. Ésta es la vida norteamericana de verdad, y va en serio. Llena de opciones, llena de libertades, de oportunidades, dinero, conflictos, presiones constantes. Hay sufrimiento... cuando no podemos tener lo que creemos que merecemos, y eso nos atormenta. —Hizo una pausa—. Y hay tentaciones.

—Tania, calla. Aquí en el aparcamiento, no. Quiero ir a casa.

—¿Quieres que tengamos esta conversación en casa? —Volvía a mirarlo con ojos apagados—. ¿En la casa en la que he trabajado tanto para convertirla en tu santuario para el resto de los días de tu vida? ¿En el refugio que construí para ti, donde pudieras tener al fin un poco de paz? —Negó con la cabeza—. No creo que quieras tener esta conversación allí.

—Sí quiero.

—Alexander Barrington —dijo Tatiana—, mi amigo, mi marido, me parece que no has prestado atención. No estoy hablando de amor, no. Richter también cree que ama a Vikki. Vikki cree que ama a todos y cada uno de los hombres con los que ha estado. El amor sí es como beberse un sorbo de agua. Tienes la desfachatez de venir a hablarme de Naples... ¡Hasta dos extraños podrían amarse en Naples, rodeados de arena blanca! —gritó—. Los perros podrían amarse en Napa. Las moscas de la fruta se aparean en Lazarevo. ¡El amor es tan fácil!

Alexander permaneció inmóvil y sin aliento, escuchando cómo ella borraba los colores con los que estaba pintada su vida.

—No estoy hablando de amor —repitió Tatiana.

—Es evidente —repuso él—. ¿Podrías no hablar de amor en otro sitio que no fuese el aparcamiento? ¿Podemos irnos a casa? No hay nadie, Ant está en la escuela.

—No hay paz en esa casa.

—Sí, ya lo sé. Tú te la has llevado contigo. Pero quiero ir allí de todos modos.

Tatiana lo miró con desdén.

—¿Crees que puedes hacer lo que te plazca y luego llevarme a casa como si nada?

—Tania, si dejas que me explique, todo irá bien —le aseguró Alexander—. Yo lo arreglaré todo. Porque no hice nada malo.

—¿No?

—No —contestó, con su rostro valiente e indiferente como una máscara de piedra—. Pero por favor, vámonos a casa para que pueda explicártelo.

Tatiana dio un paso hacia él, con su uniforme blanco, y levantó su cara ansiosa hacia Alexander, lo miró con sus ojos anhelantes, en el aparcamiento soleado de la escuela de Anthony, en medio de la fría mañana de diciembre, y le puso las manos en el pecho.

—Alexander —le susurró—, bésame.

Alexander dio un respingo involuntario.

Tatiana le agarraba la camisa con los puños, cerca del corazón, y lo miraba con ojos anhelantes, heridos y esperanzados, anegados en lágrimas.

—Ya me has oído —le dijo en un hilo de voz—. Mi marido, el padre de mi hijo, mi luz y mi guía, mi vida, mi alma, con tus labios veraces, bésame.

El forense no iba a acudir en un plazo breve de tiempo a recoger los restos de Carmen de las paredes de la casa. Alexander tenía que tomar su decisión allí mismo: o la besaba o se alejaba. Pero fuera cual fuese su opción, estaba acabado...

Porque aquello era un jaque mate.

Alexander retrocedió un paso.

—Tatiana, esto es absurdo. Te lo repito una vez más, vámonos a casa y acabemos esto. Me niego a mantener esta conversación contigo en público.

No podía mirarla.

Tatiana se subió a su Thunderbird y salió derrapando del aparcamiento vacío.

*Hace frío fuera, amor*

Tatiana no volvió a casa ese viernes. El siguiente miércoles era Navidad, y ya el lunes Vikki, Richter, Esther y Rosa iban a volar todos desde la nevada costa Este para pasar las fiestas con ellos. ¿Qué iban a hacer?

Alexander la llamó a la misión y luego al hospital, pero no se puso al teléfono ni le devolvió la llamada.

—Lo siento, Alexander —le dijeron Erin y luego Cassandra—. Está ocupada, está en quirófano, está en traumatología, un accidente detrás de otro, un infarto detrás de otro... ¡Hasta ha habido un acuchillamiento! No puede ponerse al teléfono.

Él y Anthony no podían quedarse en aquella casa vacía. Salieron a cenar y luego al cine, y vieron *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Apenas hablaron.

Las luces del árbol seguían apagadas, y Alexander se había olvidado de encender las de fuera. Al volver, a las once de la noche; ninguno de los dos vio la casa desde la carretera. Su pequeño faro estaba muerto, tanto por fuera como por dentro.

Alexander volvió a llamarla. Pensó en ir a verla, pero ya habían tenido tres discusiones infructuosas en aparcamientos y salas de espera. Por segunda noche consecutiva, no pudo dormir en la cama de ambos. Fumó hasta casi quedarse ciego por el veneno de la nicotina y permaneció en el sofá hasta el sábado por la mañana.

Después de que la recepcionista de urgencias le dijera que Tatiana había salido del hospital a la siete, Alexander la esperó, pero cuando vio que a las nueve todavía no había llegado a casa, se fue a trabajar y se llevó consigo a Anthony, pues no quería que el muchacho se quedase solo en la casa.

Anthony estaba tan sombrío y callado en el rincón de la zona de recepción, que Alexander apenas pudo atender a sus visitas. «Ve a comprar, Anthony». «Tómame un helado». «Ten, Anthony, cómprate algo». Pero Anthony no se movía.

Esa noche iba a tener lugar la fiesta de Navidad de la Barrington Custom Homes en la nueva y espectacular casa de muestra que acababan

de terminar. Alexander y Tatiana eran los anfitriones, al igual que en los seis años anteriores. Había ciento cincuenta invitados y mucho en juego en aquella fiesta, como por ejemplo, la codiciada invitación para construir una casa para la prestigiosa competición de constructores de la «Parade of Homes» de 1959.

A las cuatro de la tarde, Alexander volvió a casa con Anthony para arreglarse para la fiesta. Tatiana no estaba en casa. Aunque sí había estado allí, porque todos los platos que había guardados en la alacenas y los armarios estaban hechos trizas en el suelo de linóleo. Todos los platos sin excepción. Y también las tazas y los cuencos. Dudley, Carmen... su matrimonio hecho pedazos en el suelo de la casa.

Alexander y Anthony se miraron consternados, boquiabiertos ante la escena de caos, ante la locura.

—*Tania, ¿me perdonarás por ir a la cárcel?*

—*Sí.*

—*¿Me perdonarás por morirme?*

—*Sí.*

—*¿Me perdonarás...?*

—*Shura, te lo perdonaré todo.*

—Alguien ha estado en casa —señaló Anthony, arrojando la chaqueta al perchero—, pero no creo que fuese mi madre. —Tardaron una hora en recoger los añicos.

Cuando Alexander entró en el dormitorio para cambiarse, emitió un grito ahogado de horror. Encima de la colcha, de la colcha color crema con flores carmesí, desparramados en amargos mechones largos y deshilachados, estaban los restos de la melena rubia de Tatiana. Cortado en trozos, el pelo formaba una maraña enredada, la afilada navaja de hoja de acero de Alexander en el suelo.

Alexander permaneció largo rato sentado en la cama, con las manos apoyadas en las rodillas, mientras en la radio sonaba la *Sposa Son*

*Disprezzata* de Vivaldi. Estaba sencillamente atónito ante la reacción de la mujer serena que creía conocer tan bien ante la batalla campal que él mismo había traído a su apacible casa. Alexander pensaba que, a lo sumo, sería una refriega con bajas, pero aquello era una guerra declarada. *Fida son oltraggiata...*

Y en su cabeza, no dejaba de oír la voz suave de Tatiana, dura como la piedra, diciendo: «Alexander Barrington, mi amigo, mi marido, me parece que no has prestado atención».

¡No era posible que aquello estuviese sucediendo!, gritaba el corazón de Alexander. ¡No era posible! La vida real no podía destrozarlos también. Ellos estaban más allá de todo eso, ¿no era así? Eran Alexander y Tatiana, habían atravesado océanos helados, continentes enteros sobre púas oxidadas, los habían marcado por sus pecados, los habían golpeado y habían sangrado hasta quedarse secos para encontrarse el uno al otro de nuevo. Aquello no podía estar sucediendo...

Cuando salió del dormitorio, duchado y vestido, después de haber recogido y guardado en el cajón de su mesilla de noche los quince años del pelo de Tatiana, Alexander le dijo a su hijo:

—Anthony, algo me dice que tu madre no va a venir a nuestra fiesta esta noche. ¿Qué quieres hacer? Yo tengo que ir.

Todo aquello sucedía mientras en la casa no había nada más que comer excepto fiambre enlatado, el regalo norteamericano a la Unión Soviética hambrienta y devastada por la guerra que Tatiana siempre tenía a mano, el fiambre enlatado que Anthony se estaba comiendo en ese momento con un tenedor, directamente de la lata. Hundido en el sofá, Anthony miró a su padre y dijo:

—Nos ha dejado, ¿verdad?

Y se echó a llorar.

Con la garganta atezada por la emoción, Alexander se sentó junto a su hijo.

—No nos ha dejado —contestó—. No te ha dejado a ti.

«Por favor, que alguien me haga una traqueotomía...».

—¿Y dónde está?

—¿Crees que si lo supiera no estaría allí ahora mismo, con fiesta o sin ella?

—Papá...

—Anthony, lo siento. Tu padre se ha portado mal y mamá está muy enfadada. No te voy a mentir, pero no te preocupes, volverá, ya lo verás.

—¿Como volvió a buscarte a ti?

Alexander hizo un gran esfuerzo por mantener la serenidad.

—Algo así. —Alborotó el pelo de su hijo—. Y ahora, vamos. Habrá comida de verdad en la fiesta.

—El fiambre enlatado es comida de verdad —dijo Anthony, mirando dentro de la lata—. Era el último. Llevo comiéndolo desde la semana pasada. Eso y el pan que hace ella, los restos que hay en la panera.

—Menos mal que podemos comprar más fiambre y más pan —comentó Alexander al tiempo que cerraba con llave.

Esta vez dejó las luces del árbol y la del porche encendidas, por si Tatiana volvía antes que ellos. ¿Qué había pasado el día anterior para provocar la reacción enloquecida que había presenciado en su casa? Anthony tenía razón: la mujer que había hecho trizas su vajilla y se había cortado el pelo a navajazos no podía ser su Tatiana. Tenía que haber pasado algo.

O, mejor dicho, tenía que haber pasado algo más, pero ¿qué?

En la camioneta, Anthony dijo:

—¿Por qué no puedes pedirle perdón a mamá y ya está? Eso es lo que hago yo.

Alexander esbozó una sonrisa débil.

—¿Y por qué le pides tú perdón, Anthony? ¿Es que no sabes que tú nunca haces nada malo a los ojos de tu madre?

—A veces hago cosas que la hacen enfadar —contestó Anthony, encogiéndose de hombros—. Como lo de pelearme con Mesker, por ejemplo. Pero ya sabes cómo es, sólo quiere oírte decir que lo sientes y te perdona.

—Creo que esta vez —repuso Alexander— no bastará con decir «lo siento».

Por supuesto, Tatiana no se presentó en la fiesta. Alexander, furioso, derrotado, escandalizado, exhausto, se estaba volviendo loco. Sin ella a su lado, se paseó por la fiesta bebiendo, haciéndose el sociable, el hospitalario, sí, la casa, sí, la comida, y sí, mi hijo es muy guapo, y el hijo se sentó en el sofá y no probó bocado, y cada cinco minutos alguien le preguntaba: «¿Dónde está Tania?», y mientras tanto, cada cinco minutos, Alexander se metía en un despacho privado y marcaba el número de todos sus conocidos que no estaban en la fiesta. No, le dijeron Carolyn y Cassandra, no sabemos dónde está. No, le dijeron Erin y Helena, no sabemos dónde está. No, le dijo Francesca, pero con una pausa, no sé dónde está. La retuvo un poco más al teléfono por la pausa, pero ella siguió diciendo que no sabía nada. Incluso llamó a Vikki a Nueva York, donde era la una de la mañana. Obviamente, Vikki no estaba de humor, ni tampoco disponía de información.

—¿Has perdido a nuestra Tania? —exclamó Vikki—. No te preocupes, nunca anda demasiado lejos. Intenta encontrarla antes de mi llegada, el lunes.

¿Dónde estaba? Podía estar desplomada en algún sitio, desmayada en la carretera. ¿Cómo podía someter a su hijo a aquello? El niño no había hecho nada, ¿por qué hacerlo sufrir a él?

La fiesta se fue apagando, y hacia las once, todo el mundo se había ido ya. El servicio de catering se encargó de limpiar y Linda ayudó a cerrar. Cuando le dio las buenas noches a Alexander, éste vio en sus ojos un brillo de empatía y lástima.

Él y Anthony no hablaron en el camino de vuelta a casa. Alexander reflexionó sobre lo que podía hacer o decirle si ella estaba en casa (sintiéndose como se sentía, fuera de sus casillas), enfrente de su hijo. De modo que cuando llegaron a la casa y vieron que su coche no estaba allí, Anthony se quedó destrozado, pero Alexander experimentó cierto alivio, pues no quería verla delante de su hijo.

Un apagado y taciturno Anthony encendió el televisor, pero no había nada interesante. Era tarde. Se quedó mirando las barras de colores y los



números que parpadeaban en la pantalla. Alexander se sentó en el sofá a su lado, hombro con hombro.

—Anthony, vete a la cama.

—Voy a esperarla despierto.

—Yo la esperaré. Tú vete a la cama.

—Yo también la esperaré.

—No.

Anthony abrió la boca para protestar y Alexander se levantó.

—Vete a la cama, Anthony. Te lo ordeno. —Anthony también se levantó.

—Pues vas a tener que esperarla un buen rato —le dijo sin fuerzas, al pasar por su lado—. Yo sé algo de eso. Además, igual que la otra vez, no va a volver.

Lo que no le dijo, pero sí estaba claro que habría querido decirle, y lo que Alexander oyó y percibió fue: «No va a volver, como la última vez, y es todo por tu culpa... como la última vez».

Después de que Anthony se fuera a la cama, Alexander entró en su habitación, se sentó y le dio unas palmaditas en la espalda, en los hombros y en las piernas. Se inclinó sobre él y tocó el pelo negro del chico, que estaba tumbado boca abajo, sin mirarlo.

—¿Qué hora es? —preguntó Anthony en tono apagado.

—Las doce y media.

Ambos lanzaron un gemido.

—Anthony —dijo Alexander—, ¿quieres que tu madre y tu padre arreglen las cosas? Pues entonces te lo advierto: si tu madre vuelve esta noche, no salgas de tu habitación. Los adultos necesitan solucionar sus problemas a su manera. Tienes que quedarte dentro de tu habitación, taparte la cabeza con una almohada, dormir, hacer lo que tengas que hacer, pero por ninguna circunstancia quiero verte abrir la puerta de tu habitación, ¿entendido?

—¿Por qué? —preguntó Anthony—. Ya no quedan platos por romper. Alexander presionó los labios contra la cabeza de Anthony.

—Eres un buen chico, campeón —le susurró—. Tú quédate en tu cuarto y no temas.

Alexander llamó al hospital.

—Erin, por favor —dijo, atragantándose con las palabras—. Dime dónde está.

—Alexander, no lo sé. Lo siento. Te lo diría. Te prometo que te lo diría. Te juro por Dios que no lo sé.

Era la una de la madrugada y ella aún no estaba en casa.

Salió afuera y, sumido en la penumbra, guiado sólo por el tacto y la tenue luz amarilla de la terraza, se puso a cortar leña. No tenían chimenea, pero cortaba leña para las chimeneas de las casas que construía, para que resultaran más atractivas en la fase final. Troncos de leña en la chimenea para el día de entrega de llaves, un toque personal de Barrington Custom Homes sin ningún coste extra.

No dejaba de oír la voz de ella en su cabeza.

*Alexander, has perdido a todos tus seres queridos, pero a mi no me perderás. Te juro por nuestra alianza de matrimonio y por la virginidad que rompiste que seré tu fiel esposa para toda la eternidad.*

Le había dicho aquello una vez, en Lazarevo.

Hacía frío en el desierto en aquella noche de diciembre. Alexander sólo llevaba una camiseta negra del ejército y pantalones holgados, y era justo lo que necesitaba. Trabajando conseguía deshacerse de parte de la furia, de la ansiedad demoledora, del temor devorador.

¿Y si aquélla era una de las cosas que no podían arreglar?

¿Y si no volvía a casa otra vez esa noche?

A Alexander ya no le quedaba ni una gota de cordura, ninguna.

Fue descargando el hacha cada vez más deprisa: quería quedarse exhausto por el ejercicio físico. No se fiaba de sí mismo. Gimiendo en su agonía, descargó el hacha con ruidos sordos hasta que no le quedó oxígeno en los pulmones.

Oyó un ruido. Oh, Dios... ¡los guijarros del camino! Era el coche de ella en la entrada de la casa. Soltó el hacha y echó a correr, rodeó la casa y llegó a la cochera cubierta justo cuando ella se bajaba del vehículo; Tatiana ni siquiera tuvo tiempo de respirar cuando él se abalanzó sobre ella. La sujetó y la zarandeó. Alexander estaba sin resuello, no podía hablar, y ella tampoco habló.

—¿Dónde coño has estado? —exclamó mientras zarandeaba su cuerpo inerte en sus brazos—. ¿Tienes idea de lo preocupado que has tenido a Anthony? Dios mío... ¿no podías haber pensado ni por un segundo, por un maldito segundo, en él al menos? —La zarandeaba, pero cada vez con menos fuerza, y luego la rodeó con las manos y la abrazó. La oprimió contra su pecho—. Dios mío, ¿dónde has estado? —dijo.

Estaba temblando.

—Suéltame —dijo ella, en una voz que él no reconocía—. Quítame tus sucias manos de encima.

Alexander no sólo la soltó, sino que retrocedió tambaleándose.

Con el hielo de Leningrado en los ojos y el asedio reflejado en su cara, con sus ojos amargos y condenatorios clavados en él, Tatiana permaneció inmóvil, de espaldas a su Thunderbird. Llevaba unos pantalones pirata rosa y un suéter corto también de color rosa. Parecía destrozada, como si llevase varios días sin dormir, las ojeras de color morado, la boca cenicienta, los pómulos hundidos... ¡y el pelo! Su pelo... había desaparecido, cortado, pegado a la nuca. Ahora llevaba las puntas rizadas, trasquiladas. Alexander temía que se lo hubiese cortado al cero, al estilo militar, pero simplemente había cambiado de vida y ahora era una mujer distinta. Aquella nueva mujer apenas parecía capaz de mantenerse en pie. Puede que fuesen los zapatos de tacón de aguja de color rosa. Ése fue su siguiente pensamiento después del *shock* al ver su pelo. Después de haber desaparecido sin dejar rastro durante tres días, volvía a casa a la una y media de la madrugada de un domingo con pantalones pirata de color rosa y tacones de aguja también rosa.

Tatiana permaneció junto al coche. Alexander estaba jadeando a escasos metros de distancia. Hacía frío, pero a él le hervía la sangre.

—¿Dónde coño has estado? —repitió—. Contéstame.

—¿Dónde estuviste tú? —dijo—. ¿Me respondiste tú acaso?

—Tú no me preguntaste absolutamente nada.

—No me hacía falta, ¿no te parece?

Alexander pestañeó y retrocedió un paso.

—Desde el jueves pasado has desaparecido de esta casa —dijo—. ¿Dónde estabas?

—No te debo ninguna explicación —le respondió ella, tratando de que no se le alterara la voz—, así que deja de hablarme como si te la debiera. No te debo nada.

—¿Que tú no me debes nada? —Un estremecimiento le recorrió la cabeza y luego el cuerpo entero, por el esfuerzo de controlar sus emociones—. ¿Con quién estás hablando, Tatiana? —dijo Alexander, con voz sepulcral.

—Contigo, Alexander —dijo Tatiana, su voz acre en los ojos—. Hablo contigo, porque es muy evidente que tú a mí no me debes nada.

Intentó no esquivar su mirada; lo intentó pero no lo consiguió.

—Eso no es verdad.

—¡Cállate! Calla, calla. —Su voz se fue apagando—. No puedo hacer esto —dijo, su voz un susurro apenas, apoyando el peso de su cuerpo contra el coche, con los puños apretados, a los lados—. No sé lo que pasa, no sé lo que nos ha pasado. ¡No entiendo nada! Pero ya no puedo seguir haciendo esto. —Empezó a temblar igual que él—. Tienes que marcharte de esta casa.

—¿Qué?!

—Ya me has oído.

—Hace tres días que no apareces por casa —dijo Alexander—. Llegas a la una y media de la madrugada, con unos puñeteros tacones, ¿y me dices a mí que me vaya de casa? ¿Dónde has estado tú?

Fue levantando la voz decibelio a decibelio, dio un paso hacia ella y luego otro más.

—No pienso seguir respondiendo a tus preguntas.

—¡Pero si no has contestado ninguna!

Tatiana se llevó los puños apretados al pecho. Afortunadamente, estaba apoyada contra el coche, porque se estaba cayendo. Sujetándose a la manija de la puerta, bajó las manos y se quitó los zapatos. Ahora sí era pequeña. El corazón de Alexander, incendiado, maltrecho, furioso y en carne viva, se sentía impotente ante ella.

—Ayer, en urgencias... —empezó a decir Tatiana, pero él la interrumpió.

—No —le dijo—. No hasta que me digas dónde has estado esta noche.

—He cenado con David Bradley.

El mundo cedió bajo los pies de Alexander, que perdió el ancla, el rumbo y el norte.

—¿Que has... cenado con David Bradley? —repitió despacio.

—Eso es.

Se quedó mudo.

—Pues ha debido de ser una cena muy larga —acertó a decir al fin.

—Lo ha sido —dijo Tatiana—. Y ahora que ya te he contestado a eso, déjame hablarte de anoche. Anoche, tu amiga Carmen Rosario y su marido ingresaron en el hospital, acompañados por la policía, con heridas de arma blanca. Habían tenido una riña doméstica que se les había ido de las manos. Por lo visto, Cubert acuchilló a Carmen y ésta respondió clavándole un cuchillo a él también. Él tiene una herida en el hombro, nada serio. Conseguimos salvarlo... así que por desgracia para ti, ella no es viuda.

Lo único que acertó a decir Alexander fue:

—Ella no es amiga mía.

—Ah, ¿no?

—No.

Tatiana se sostenía en pie gracias al coche.

—Por lo visto, Carmen... —Se le quebró la voz—. Lo sé —dijo con su voz fingidamente tranquila—, porque preferí no encargarme de la herida de Carmen; estoy segura de que entenderás lo delicado de la situación... En lugar de eso me encargué de la de Cubert, y él, en el estado emocional en el que se encontraba, me contó más cosas de las que creo que pretendía

contarme. Según Cubert, su mujer se ha convertido en una adicta al deseo que los hombres sienten por sus... generosos pechos. —Tatiana hizo una pausa. Alexander retrocedió tres pasos. Le habría gustado retroceder trescientos—. Carmen ya no podía controlar que las tetas no se le salieran de la camiseta desde antes de casarse con él. Habían tenido ese problema desde el principio de su convivencia. Cubert esperaba que, con el matrimonio, ella se calmase, pero no sólo no ha sido así, sino que le ha provocado a él un año de impotencia por ansiedad, y de ahí sus frecuentes viajes de negocios. Sí, estoy de acuerdo contigo, sigue meneando la cabeza de esa manera. Yo también pensé que me estaba contando más cosas de la cuenta. Y no te contaría esto —prosiguió Tatiana— de no ser porque está íntimamente relacionado con el resto de mi historia. Imagínate la sorpresa de Cubert, entonces, cuando al volver ayer de su viaje a Las Vegas, Carmen le informó de que estaba embarazada.

Alexander la escuchaba atentamente con el ceño fruncido, presintiendo que las próximas palabras que pronunciase Tatiana entrañarían aún más problemas para él... como si no tuviera ya suficientes. Levantó la mano.

—Voy a pedirte que lo dejes ahí mismo —le pidió.

Tatiana continuó como si no hubiese dicho nada.

—Cubert y Carmen tuvieron unas palabras al respecto —explicó, en su tono desquiciante y fingidamente contenido—. Cubert, tal como habría hecho cualquier otro marido normal, al ser informado del embarazo de su esposa... naturalmente intentó clavarle un cuchillo en el pecho. —Tatiana hizo una pausa para que sus palabras resultasen aún más impactantes, pensó Alexander, aunque no hacía falta ninguna pausa: todas las cartas estaban ya boca arriba—. Y fue entonces y sólo entonces, cuando la sangre manaba a borbotones de sus glándulas mamarias, cuando Cubert le preguntó a su esposa acerca del verdadero padre de la criatura, puesto que sabía, claro está, que el hijo no podía ser suyo. Y adivina, Alexander —dijo Tatiana, menos contenida, menos fúlgidamente, agarrándose con fuerza a la manija de la portezuela del coche—, ¿qué fue lo que le dijo Carmen a Cubert?

Alexander había enmudecido. Deseaba con toda su alma quedarse sordo. Así que era por eso por lo que todos los platos estaban rotos. Por eso se había cortado el pelo. Ahora lo entendía. Un arrebató de locura, desde luego. Maldita Carmen de mierda... En la guerra, los hombres perdían su vida por menos. Dudley había perdido la vida por amenazar a su familia. ¿Qué se suponía que debía hacer Alexander ahora?

—¿Y por qué no fuiste a la sala de reconocimiento número dos —preguntó al fin— y hablaste con Carmen? Una sola pregunta y habrías sabido que te estaba mintiendo.

—¿Tú crees? —exclamó Tatiana—. Pero después de haber sido acuchillada en el generoso pecho, Carmen se había quedado inconsciente, así que era difícil extraerle cualquier tipo de información... salvo por la muestra de sangre que confirmó su positivo para la prueba de embarazo.

Emitió un sonido que contenía tanta furia y desesperación que el propio Alexander deseó tener algo a lo que agarrarse.

—Tania —le dijo, tomando aire con fuerza, con la máxima fuerza de la que era capaz. No le quedaba más remedio que defenderse, pero sencillamente, le parecía increíble lo que estaba a punto de decirle a su esposa—. El viernes pasado estuve con Carmen, pero no me acosté con ella.

Tatiana se desmoronó.

Alexander permaneció de pie, impotente, y luego intentó acercarse a ella, sujetarla de los brazos. Ella le golpeó, directamente a la barbilla, y se alejó tambaleante del coche, descalza sobre los guijarros del suelo. Con la visión borrosa, él fue tras ella y le dio alcance en la terraza delantera, tratando de sujetarla para calmarla, igual que había hecho tantas veces cuando ella estaba enfadada para hacer que se sintiera mejor.

Esta vez aquello no hizo que se sintiera mejor. Tatiana no dijo «suéltame», eso Alexander habría podido soportarlo, sino «no me toques», y eso no podía soportarlo.

Dejó de tocarla.

—Deja que te cuente lo que sucedió.

—¿Tengo aspecto de querer que me cuentes nada? —le gritó, cojeando de vuelta hasta el coche.

—Si hubieses venido conmigo ayer —dijo Alexander, siguiéndola—, te habría contado lo que había sucedido. Te habría contado la verdad antes de que vieras a ese maldito Cubert de mierda, que no sabe la verdad. ¿Cuántas veces te pedí que volvieras a casa?

Se volvió con furia hacia él.

—¡Llevas toda la semana sin mirarme a la cara con tus ojos mentirosos! ¡Llevas gritándome los últimos siete días! ¡Me voy a volver sorda por culpa de tus gritos! ¿Qué más crees que necesito oír? ¿Los detalles? Anda, sí, por favor... ¡adelante, regodéate con los detalles!

En voz baja, Alexander dijo:

—Amor mío, perdóname.

Estaban a escasos metros de distancia. Él tenía la barbilla hundida en el pecho.

—¿Y qué me dices del miércoles? —le preguntó, y acto seguido, se tapó la cara con las manos.

Alexander apenas podía mirar el contorno de su cuerpo trémulo.

—El miércoles iba a reunirme con ella otra vez, pero sabes que no lo hice. Volví a casa.

—¿Reunirte otra vez con ella para qué? —exclamó Tatiana en sus propias manos—. Díselo a tu mujer, Alexander... ¿reunirte otra vez con ella para qué?

Dando una larga zancada, Alexander se aproximó a ella y la tomó en sus brazos.

—Por favor, Tania —le susurró.

Ella ni siquiera forcejeó con él, sino que se limitó a empujarlo como si la quemara. La emoción contenida había hecho que estallara en cólera, y también la hacía más fuerte, mientras que los remordimientos de él lo hacían más débil y más callado. Para poder sujetarla necesitaba más fuerza de la que tenía y podía reunir, y también para explicar lo que no podía explicar, para decir lo que no podía decir. Perdió el aliento tratando de



apacar la ira de ella. Tatiana seguía sufriendo convulsiones por el esfuerzo de liberarse de su abrazo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

—¡No! —repuso él, rodeándola y colocándose detrás de ella. Le inmovilizó los antebrazos delante, para impedir que se hiciera daño ella misma o que se lo hiciera a él—. Cálmate o vas a desmayarte. Vamos, sólo un poco de sensatez...

Tatiana sacudió la cabeza de lado a lado, todo su cuerpo un espasmo.

—¡A la mierda tú y tu puñetera sensatez! —exclamó, luchando desesperadamente por zafarse de él.

Era la primera vez en su vida que Alexander oía a Tatiana soltar una imprecación de semejante calibre. La sujetó aún con más fuerza, sin moverse de detrás de ella, y bajó la cara a la altura de su cuello. Tatiana se movía hacia el costado del Thunderbird.

—Tania, estoy intentando con todas mis fuerzas explicarte lo que pasó —le dijo—, pero no me dejas que te diga dos palabras seguidas.

—Sí, sí te escucho —exclamó entre jadeos—. Pero es que no puedo dar crédito a mis puñeteros oídos. ¡Y ahora suéltame te he dicho!

Moviéndose de lado, le golpeó en la mandíbula con la cabeza y se separó de él. Ambos estaban sin resuello. Él trató de recobrar el aliento, pero ella ni siquiera lo intentaba. No podía respirar.

—Tania, por favor... —dijo Alexander, tendiéndole la mano.

Ella se alejó.

—Dime —dijo—, ¿cómo se hace? ¿Te quitas el anillo de casado antes? ¿O durante?

—No me quito ningún anillo —contestó Alexander—. Carmen miente.

—Ah, es ella la que miente, ¿verdad?

—Sí. Y lo sé con certeza porque yo no me acosté con ella. —Dio un paso hacia Tatiana. Ella le lanzó un puñetazo y le dio en plena cara—. ¡Joder, Tania! —gritó, ya sin rastro de remordimientos, sin callarse ya más, mientras el temperamento y la ira se apoderaban de su cuerpo—. ¿Qué estás haciendo? ¡Deja de pelear conmigo!

Tatiana le plantó cara, a menos de un metro de distancia, con la mitad de su tamaño, pecho contra pecho y puño contra puño.

—No te acerques a mí, Alexander —lo amenazó, encendida y furiosa—. No vuelvas a tocarme en la vida.

—¡Deja de decir eso de una puta vez!

—No. —Le dio otro puñetazo tan rápido que Alexander apenas tuvo tiempo de esquivarlo—. Sal de mi casa.

—A la mierda tú —dijo Alexander, sujetándola de los puños—. Ésta también es mi casa. Yo no voy a ninguna parte. —Ella intentó zafarse de nuevo, pero él se lo impidió, apretándole los puños con las manos—. No has vuelto a la una y media de la madrugada para decirme que me vaya. Si no quisieras verme, podrías haberte quedado con tu puñetero doctor, haberte quedado toda la noche con él, y no venirme a mí con estupideces. —Alexander meneó la cabeza de lado a lado y roció a Tatiana con las gotas de sudor del pelo—. No quieres que te lo explique, no quieres que lo hablemos, entonces, ¿para qué has venido, Tatiana? ¿Sólo para decirme que no te toque? —Apretó los puños con furia y luego la apartó de un empujón—. ¡No te estaba tocando cuando no estabas aquí, joder! ¿Por qué no te has quedado donde estabas, eh, Tatiana?

—¡He estado tres días en el hospital, trabajando! —gritó ella, golpeándole con los puños contra las manos levantadas y en actitud defensiva de él—. ¡No me estaba follando a Carmen!

—¡Yo tampoco me estaba follando a Carmen!

—¡Pues ella dice que sí!

—¡Es una puta mentirosa!

—Bueno, tú mejor que nadie deberías saberlo... —repuso Tatiana—. Porque tú sí te la estabas follando.

Alexander la apartó de sí de un empujón. Tenía muchísimo calor, por el intenso esfuerzo de autocontrolarse y controlarla a ella; un sudor frío le cubría la piel y le empapaba la camiseta y el cuerpo. Se alejó unos pasos y ella, sujetándose el vientre, se dobló sobre su estómago, jadeando y tratando de no vomitar. No había alivio ni consuelo, ni para ella ni para él.

—Tatiana, te lo repito otra vez —insistió, respirando agitadamente—. No me acosté con ella.

—Y yo te lo repito otra vez: no creo ni una sola palabra de lo que dices... ¡así que no hables! ¿Está mintiendo, dices? ¿Acaso te acusan muy a menudo de dejar preñadas a mujeres con las que no has tenido nada que ver? Entonces, ¿qué hacías con ella el viernes pasado hasta las seis de la mañana, eh? ¿Tomar una copa? ¿Fumar unos cigarrillos? ¿Pasártela por la piedra de tu mechero? —Tatiana dio rienda suelta a toda su tristeza, aún doblada sobre su estómago, incapaz de mirar hacia arriba ni de erguirse. Como él no dijo nada levantó la mirada—. No eran preguntas retóricas —dijo en tono mordaz—. Espero una respuesta.

—¿Y qué coño quieres que te diga?

—¡Eso es! Dime que te la has estado tirando durante meses. A ella, a cualquiera, a todas, todos los viernes por la noche. Para ti era muy cómodo: Anthony no estaba en casa, yo tampoco... Nunca me habrías contado esto tampoco, sólo que esta vez te han pillado, ¿a que sí?

—¡Ya basta! —Alexander no sabía cómo tranquilizarla, ni sabía cómo tranquilizarse él tampoco—. ¡Esto es de locos! No me he acostado con ella, y tú sabes que miente porque sabes que no puede estar embarazada de mí.

—Yo no sé nada —replicó Tatiana—. Lo único que sé son tus mentiras.

—¡Tú lo sabes perfectamente! —gritó Alexander—. ¡No puedo creer que hasta eso tenga que decírtelo! ¡Joder, Tatiana! ¡Joder!

—¡Eso es! ¡Grítame! ¡Muy bien! —chilló ella, sujetándose al coche y señalando la casa—. Tu hijo está dentro. ¿Qué? ¿Todavía no está lo bastante traumatizado?

—Sí, completamente traumatizado —respondió Alexander, en voz más baja y hablando entre dientes—. ¿Cómo no iba a estarlo? Su madre nunca está en casa. Debe de sentirse otra vez huérfano.

Tatiana dio un respingo y se abalanzó sobre él con toda la violencia de la que era capaz. No había escapatoria de sus brazos enloquecidos, de sus manos enfebrecidas.

—Es increíble —exclamó, presa de la furia y la ira—, dejé a mi hijo para ir en tu busca... No puedo creer que eligiese ir detrás de un malnacido hijo de puta cruel como tú en lugar de quedarme con mi hijo... Ojalá no hubiese ido a buscarte, ojalá, Dios mío... Tú, con tu maldito corazón de hielo, corazón infiel, te estarías pudriendo en Kolima, violando en grupo a los cortadores de leña, a todos los hombres... ¡Ése habría sido tu destino, en lugar de venir aquí a traicionarme!

Alexander la empotró contra el coche y le puso la mano en el cuello, asfixiándola. Un velo rojo le nubló la vista; ya no sentía calor, ahora le salía humo de todos los poros de la piel.

—Oh, Dios mío —exclamó, sujetándola con fuerza—. ¿Es que no vas a parar nunca, joder?

—¿Es que tú no vas a parar nunca, joder? Suéltame —replicó ella con voz entrecortada, ahogándose, tratando de zafarse de sus manos. La soltó y ella se puso a toser—. ¿Por qué sigues aquí? Rápido, vete con tu Carmen. Ella y sus tetas te están esperando.

Presa de un arrebató de locura incontenible, Tatiana se abalanzó sobre él de nuevo, y Alexander no sabía cómo detenerla cuando él mismo estaba al borde del vacío. Apartó la cara ligeramente y levantó un poco las manos. Su única ventaja era su altura, porque Tatiana era imparabile. Ésta lo agarró de la camiseta y él se apartó de golpe, de manera que la tela de la camiseta se rompió y se desgarró de arriba abajo. Tatiana le dio un puñetazo en el pecho y luego otro en el estómago. Alexander ya había tenido suficiente.

—Tania —le dijo, sujetándola de los puños—. Ya basta. Para ya.

—¡No!

Alexander le retorció las muñecas cada vez con más fuerza, pero ella no cedía, sino que se quedó inmóvil como una estatua y, sin pestañear, dijo:

—Rómpemelas, adelante. Ya me has roto todo lo demás.

La apartó de sí de un empujón, pero ella no tardó en arremeter otra vez contra él.

—Te lo advierto —dijo Alexander, empujándola de nuevo para mantenerla a una distancia prudente—. Aléjate de mí...

—Aléjate tú de mí —dijo ella, atragantándose con las lágrimas de furia y con las palabras—. Eso es lo que quieres, ¿no? Nada de lo que te he dado ha sido nunca suficiente. Todo lo que teníamos, todo lo que te daba... ¡todo lo que yo te daba no era nunca suficiente! —Quiso pegarle con el puño derecho, pero él paró el golpe y entonces ella le dio con el izquierdo, y él lo encajó porque lo merecía—. No hay esperanza para nosotros —dijo Tatiana—. No pienso seguir viviendo así. Nunca más viviré así. La fidelidad era tu única condición para una vida conmigo, y tú lo sabías cuando fuiste y te follaste a otra mujer, cuando me humillaste y me demostraste exactamente qué es lo que valgo para ti: nada... y lo que vales tú, que tampoco es nada. Así que ahora recoge tus cosas y vete a donde quieras, vete a donde tengas que estar. Que no es conmigo. Ya no me importa lo que hagas.

Alexander tenía que alejarse de ella... pues no era la única a quien la ira nublabla el juicio. Tras haber perdido por completo la razón, Tatiana le decía cosas para hacerle perder por completo la razón a él.

—¡Escúchame! ¿Es que estás sorda, joder? Te lo repetiré por última vez... ¡no me acosté con ella! ¡No me acosté con ella!

—Repítelo todo lo que quieras... pero es su palabra contra la tuya, Alexander —dijo Tatiana, con el rostro desfigurado por la cólera y el cuerpo que no dejaba de temblarle—. Es lo único que tengo, tu palabra contra la de ella. Y ahora ya sabemos lo que vale tu palabra, ¿no crees? Ni siquiera el aliento con el que la pronuncias. Mentiras pecaminosas por tu parte, y ella dice que está embarazada... ¿lo entiendes...? ¡Embarazada, Alexander!

Estaba destrozada, derrotada; no podía continuar.

—Bueno, al menos hay alguien que se puede quedar embarazada... —le espetó Alexander entre dientes, cediendo ante su propia furia, ya salvaje—. Y no le han hecho falta quince años de mierda...

—¡Como si yo fuera a querer quedarme embarazada de un hijo tuyo! —le soltó Tatiana, a gritos—. ¡Antes preferiría colgarme que dar a luz a un

hijo tuyo!

Alexander le golpeó la cara con tanta fuerza que Tatiana se tambaleó a un lado y luego cayó redonda al suelo.

Cegado por la ira, se cernió sobre ella. Su garganta emitía sonidos guturales, mientras ella se tapaba la cara con los brazos.

—Has traspasado todos los límites, todas las fronteras de la decencia —le dijo Alexander mientras la levantaba del suelo de golpe—. Me parece increíble que puedas odiarme tanto.

Cuando la apartó de sí de otro empujón, Tatiana no pudo recobrar el equilibrio y volvió a caerse sobre los guijarros, agitando la cabeza de lado a lado y mascullando algo entre dientes mientras trataba de levantarse, de escaparse a rastras. Pero Alexander había perdido el juicio. Aulló y gruñó en su rabia desvalida, fue corriendo hacia ella, se inclinó sobre su cuerpo, volvió a golpearla contra el suelo y levantó la mano muy arriba para...

Y por detrás apareció Anthony, quien se abalanzó sobre su padre y lo derribó al suelo.

—¡No toques a mi madre! —gritó.

Alexander apartó a su hijo a un lado. En ese instante, recordó por una fracción de segundo la pelea mantenida con su propio padre, igual que ésa, también por su madre, igual que ésa, veinticinco años atrás, en Leningrado, a las puertas de la muerte, sin saberlo. Sólo había una diferencia: Alexander no era Harold Barrington.

—Anthony —dijo, sujetando al chico y casi levantándolo en el aire mientras lo llevaba a empellones hacia la casa—, ¿qué coño estás haciendo? ¿Qué te he dicho?

Anthony se zafó de Alexander.

—No te atrevas a hacerle daño a mi madre —dijo, apretando los puños con fuerza.

—Joder, ¡por el amor de Dios! —gritó Alexander—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¿Es que no podemos tener ni un minuto de intimidad? ¡Ni un puto minuto! ¡Te dije que te quedaras dentro! ¡Vete! —Agarró con fuerza a su hijo y lo obligó a cruzar la puerta y a avanzar por el pasillo hasta conducirlo a su cuarto, donde le dio un empujón para sentarlo en la

cama y le espetó—: ¿Con quién crees que estás hablando? ¡Quédate en tu puta habitación!

—No le hagas daño a mi madre —susurró Anthony, llorando a la espalda de su padre—. Por favor...

De algún modo, Alexander consiguió no salir a la puerta principal de la casa de nuevo para ir en busca de Tatiana. Ciego de ira aún, se abrió paso hasta la parte de atrás y dio un portazo furioso y jadeante.



Tatiana logró ponerse en pie y, sujetándose a la barandilla, encaminó sus pasos tambaleantes hacia el cuarto de baño. Quería ir a consolar a su hijo, pero no quería que éste la viera así. Estuvo sola varios minutos, durante largo rato, tratando de recomponerse y recobrar la calma. Alexander la había golpeado con mucha fuerza. Se limpió la sangre que le manaba de la boca lo mejor que pudo, y vio que desde la sien hasta la mandíbula no había nada, ni el ojo, ni la nariz, ni la boca, que hubiese salido indemne. Los oídos le producían unos zumbidos insoportables en la cabeza, y sentía palpitations en todo el cuerpo.

Al final, fue a ver a su hijo. Tatiana sabía perfectamente la conflictiva lealtad doble que éste sentía hacia sus padres. Los sucesos de aquella noche estaban desgarrando a Anthony por dentro, era imposible consolarlo. Tatiana lo escuchaba, asintiendo con la cabeza, y le dijo, que ya lo sabía, que sí, que era así y de este otro modo...

—Eres un niño. Deja que los adultos intenten resolver sus problemas a su manera. Papá ya te lo había dicho... ¿por qué lo has desobedecido? Te había dicho que te quedaras en tu habitación.

—Mamá, no vuelvas a acercarte a él. Mantente alejada de él. Déjalo en paz. Por el amor de Dios... mató a un hombre de un tiro...

—Anthony, tu padre ha matado a más de un hombre de un tiro. Cada una de las marcas que lleva en el cuerpo no es nada comparada con todo lo que ha visto y hecho en su corta vida, en los ríos, en los lagos, casa por casa, puerta por puerta, y sí, cuerpo a cuerpo. Ya sabes cómo es tu padre, te

lo he contado muchas veces. Él nos salvó a ti y a mí, nosotros lo dejamos atrás y estuvo a punto de caer destrozado en el abismo. Esto es lo que queda de él.

—Deja ya de defenderlo con toda clase de excusas.

—¿No quieres que lo defienda con excusas? —preguntó con un hilo de voz.

—Ya no lo sé —susurró Anthony.

«Yo tampoco, hijo —pensó Tatiana—. Yo tampoco». Acarició la cara de su hijo. No estaba al frente de la situación, sólo hacía lo que podía por el chico.

—Tu padre ha vivido una vida atroz. Lo hace lo mejor que puede. No lo estoy defendiendo con excusas, te estoy diciendo una vez más que no te metas en nuestros problemas. —Anthony le dio la espalda, con los hombros temblorosos—. Toda tu vida, Anthony, desde que eras muy pequeñito, has intentado mediar en nuestras discusiones de adultos, en nuestras peleas, como si fuera tu responsabilidad moderarnos. Bueno, pues no lo es. Es nuestra responsabilidad.

—Mamá, ¿estás... muy enfadada con él?

—No pienso hablar de eso contigo. Eres muy joven. Cuando tenía catorce años tampoco comprendía nada, pero créeme, algún día lo entenderás. —Tragó saliva—. El poder que tienes sobre alguien que te ama por encima de todas las cosas —le explicó Tatiana— es mayor que cualquier otro poder que puedas llegar a tener. —Combatió las lágrimas para poder continuar—. Sabes, lo has sabido toda tu vida, que tu padre ejerce ese poder sobre mí. —Bajó la cabeza—. Pero sí, Anthony, sí, cariño. Estoy muy enfadada con él.

Anthony siguió llorando. Del exterior llegaba el estruendo de multitud de objetos al romperse, al estrellarse contra el suelo. Esos ruidos atravesaban el corazón de Tatiana.

Dejó a su hijo y se dirigió con paso tambaleante al encuentro con el padre. Alexander estaba haciendo pedazos la mesa de la terraza. Sujetándose a la barandilla, Tatiana observó en silencio los vaivenes del hacha. Alexander no paró hasta dejar la mesa reducida a astillas.



—Alexander...

—No te acerques.

Alexander avanzó por la terraza, cogió el balancín de madera que había fabricado con sus propias manos, lo levantó en el aire y lo arrojó contra el suelo, donde se estrelló con gran estrépito. Saltó por encima de la barandilla, recogió el hacha del suelo y destrozó con ella el balancín donde se habían sentado y mecido todas las noches; el hacha cortaba el aire nocturno como una guadaña, partiendo en dos para siempre la historia de su vida en común.

Luego, Alexander se dirigió hacia ella, resoplando y jadeando.

Al ver sus ojos salvajes, Tatiana retrocedió unos pasos, pero se tropezó con sus propios pies torpes y se resbaló en el suelo de la terraza.

—¡Alexander, déjalo ya! —gritó, con las manos arriba—. No puedo terminar esto contigo en el estado en que estás.

—Conque quieres terminar esto conmigo, ¿eh? —dijo él—. Conque ésas tenemos, ¿eh? Muy bien, pues adelante, soy tu hombre. Vamos a terminar lo que hemos empezado. —Se dirigió hacia ella con la camiseta negra hecha jirones, los pantalones mugrientos, los puños apretados y los brazos levantados—. Aquí me tienes. Adelante, Tatiana. Levántate y terminemos de una puta vez.

—¡Por favor! Me estás asustando, Alexander... —Le costaba mucho esfuerzo hablar con la mandíbula dolorida. Estaba en el suelo de la terraza, temblando, protegiéndose la cara con las manos—. Por favor... contrólate.

—Te lo he dicho una y otra vez: déjalo antes de que sea demasiado tarde... —le dijo él, cerniéndose sobre ella con aire amenazador, implacable—. ¿Es que me has hecho caso? ¡Joder, no! Y créeme, me estoy conteniendo, me estoy controlando. Y ahora, levántate. —Dio un paso amenazador hacia ella, con las botas a la altura de los pies descalzos de ella—. Levántate, he dicho.

—De acuerdo, de acuerdo, pero... —Alexander necesitaba que ella se levantase, y ella así lo hizo, no sin dificultad, agarrándose a la barandilla hasta lograr ponerse en pie. Se levantó, minúscula, aterrorizada y temblando delante del colosal cuerpo en movimiento, jadeante, de

Alexander, e hizo lo único que hacía cuando no sabía cómo arreglar las cosas pero quería calmarlas, aliviarlas, volver a llevar las cosas imposibles a un cauce posible: separó los brazos y abrió las manos—. Aquí me tienes, Shura —susurró Tatiana, con la cara levantada hacia él, las palmas de las manos levantadas hacia él—. Aquí estoy, ¿de acuerdo? Ya no estoy gritando.

—Sí, eres un dechado de virtudes... —ironizó Alexander, desviando la mirada de su cara—. Eres la viva imagen de la calma y el sosiego... — Pero lo cierto es que retrocedió, primero un paso y después dos, hasta sujetarse a la barandilla con las manos—. ¿Por qué estás aquí? —le preguntó—. Es imposible que puedas tener algo más que decirme; ya me lo has dicho todo, hasta la última puta palabra que se te ha pasado por la cabeza. Espero que estés orgullosa. Espero que estés satisfecha contigo misma.

Tatiana no sabía qué decir. «Todo lo que te he dicho... ya sabes que no te lo decía en serio, que no te lo decía de corazón —le susurró con voz inaudible, moviendo sólo los labios—. Sólo estoy destrozada de dolor...». —Él no la oyó. Ella no podía hablar y mantenerse en pie al mismo tiempo, pues sólo tenía fuerzas para hacer lo uno o lo otro. Esperando que Alexander no se enfadara de nuevo, le susurró—: «Chsss, chsss...» —al tiempo que volvía a deslizarse hacia el suelo. Alexander dio un resoplido, tratando de recobrar el aliento, mientras ella trataba a su vez de recobrar la voz.

Al final lo logró.

—Ésta es tu casa —le dijo Tatiana—. No volveré a decirte que te marches de tu casa. No rompas los muebles que fabricaste con tus propias manos. —Era demasiado tarde para eso. Todas las piezas de madera del mobiliario que había hecho él mismo estaban hechas pedazos, salvo una silla solitaria en una esquina—. Me iré yo —le dijo—. Cogeré a Anthony y nos marcharemos. Luego ya pensaré qué haremos.

Torció el gesto y bajó la cabeza.

Alexander también torció el gesto, y también bajó la cabeza. Sujetó la barandilla con ambas manos.

—Ya veo. O sea, que no habías acabado de vomitar del todo. Todavía te quedaba algo de veneno dentro. —Asintió con la cabeza—. El tuyo es un pozo sin fondo, ¿no? —Hizo una pausa—. Y ahora ¿qué? ¿Me vas a decir que coges a Anthony y os vais a casa de tu puto doctor hasta que decidas qué hacer después?

Con ojos líquidos como dos lagunas de desolación, Alexander la miró como si esperara una respuesta, pero ella permaneció en silencio. De su boca no salió ni un solo sonido.

Después de un breve resoplido de incredulidad, Alexander exclamó:

—¿Y a qué esperas, eh? ¿O es que quieres que te ayude a hacer las maletas? —Le temblaba la voz—. ¿O te ayudo antes a levantarte del suelo?

Tatiana quería levantarse por sí misma, sin suplicarle su ayuda con la mirada, pero no podía. No sabía qué hacer. No podía levantarse sin la ayuda de Alexander. Y fue entonces cuando supo que estaba perdida. Fue entonces cuando supo que, frente a él, era del todo impotente, que estaba completamente a su merced, que no contaba ya ni siquiera con su propia ira como arma. Era igual que estar desnuda. Permaneció sentada contando los latidos de su corazón.

—Te dejaba los viernes y me iba, depositando en ti toda mi confianza y todo mi amor —dijo Tatiana al fin, rota por dentro—, confiando en que sabrías encontrar el camino aun cuando no me tuvieses a tu lado cada minuto, guiando tus pasos.

—Y conocía el puto camino —dijo Alexander—. Estaba borracho como una cuba la noche que encontré mi camino hacia tu hospital, hacia ti, porque necesitaba que me salvaras, y ¿qué fue lo que hiciste? —Hizo su voz más aguda para imitar la de ella—: «Tengo que irme, Shura. Tengo que atender a otras personas con verdaderas necesidades, Shura. ¿No puedes ser un poco más comprensivo, Shura? Estoy trabajando, trabajando, trabajando, así que vete a la puta mierda, Shura».

Tatiana se alegró de estar ya en el suelo, para no poder caer aún más abajo, con la cabeza gacha, la mandíbula inerte y el labio partido, chorreando sangre.

—¿Fue ése el viernes que apareciste con la cara llena de pintalabios? —le preguntó—. ¿Es ése el viernes del que hablas? ¿No te bastó con que te lo mencionara? ¿Es que querías, además, que también te lo limpiara?

Alexander se alejó de ella hasta el otro extremo de la terraza y se sentó en la silla solitaria. Tatiana oyó el chasquido del mechero una, dos veces, mientras él trataba en vano de encenderse un cigarrillo. Al final, percibió el olor a nicotina quemada. No lo miraba, pero lo oía inhalar el humo, retenerlo y luego exhalarlo, una y otra vez. Cuando se hubo fumado uno, se encendió otro inmediatamente.

—¿Qué creías que pasaría? —preguntó Tatiana—. ¿Creías que no me enteraría?

Al principio, Alexander no respondió.

—Obviamente —dijo al fin—. Eso era lo que creía, y lo que quería, y lo que esperaba. Que tú nunca llegases a enterarte.

—¿Creías que podrías ocultármelo? ¿Guardarlo en secreto? —exclamó ella—. De todos los secretos que podrías guardar, ¿creías que podrías ocultarme éste precisamente? Tú, con tus ojos limpios, que lo único que tenías que hacer era mirarme con ellos después de caer atrapado en una mentira piadosa, mirarme con ellos y decirme: «Es que no quería que te preocupases, perdona». Eso era lo único que habrías tenido que hacer al pasarme aquella taza de café el sábado... sólo mirarme a los ojos y mentirme. —Negando con la cabeza, Tatiana se miró las palmas de las manos—. Y que cuando me tocaras no hubieses temblado, y que cuando les pedí a tus labios que me besaran, me hubieses besado en lugar de apartarte. ¿Crees que puedes amarme y traicionarme? ¿Crees que puedes besarme y traicionarme? —susurró Tatiana—. No podías hacer un día, pero eso era lo único que habrías tenido que hacer... entonces podrías haber guardado tu secreto.

Alexander siguió fumando y no dijo nada.

—También habría ayudado que tus amantes no llamaran a mi casa.

Alexander siguió fumando y no dijo nada.

—Decir que eras transparente sería quedarme corta ante lo que me estabas diciendo, de cien maneras distintas, que no te traías nada bueno

entre manos. —Tatiana ni siquiera quería sentir la sombra de su presencia a cuatro metros de distancia—. Así que te lo preguntaré de otro modo: ¿qué creías que iba a suceder cuando me enterara?

Alexander apuró el cigarrillo antes de darle una respuesta.

—Creía que en el fondo te daría lo mismo —dijo—. Sé que puede que antes, hace mucho tiempo, te hubiese importado, pero creía que ahora continuarías con tu trabajo, que tanto te absorbe, con tus almuerzos secretos... fingiéndote casta y pura. Creía que tal vez tendríamos una discusión y que luego me darías una palmadita en la espalda y un beso cariñoso en la frente, pero que en el fondo de tu corazón, te importaría un comino.

Tatiana se puso de rodillas.

—Oh, Alexander —susurró. No podía hablar—. ¿Qué es lo que he podido hacerte para que puedas decirme una cosa así...?

Logró arrancar esas palabras de su garganta y de su pecho.

Alexander emitió un sonido desesperado que le salió de la boca llena de humo.

—No puedo soportarlo más —dijo Tatiana, sujetándose el vientre—. No puedo soportarlo. Ven aquí. —Extendió los brazos—. Pégame hasta dejarme inconsciente y entonces no me importará. —Una asfixiada Tatiana palpó a tientas la superficie de la terraza bajo sus rodillas. Él y su Carmen eran como púas de cholla en sus ojos. No veía lo que tenía delante. Abrió las manos—. Oh, Dios mío, pero ¿quién me va a ayudar a mí? —susurró con la voz agarrotada.

Tenía que abandonar inmediatamente la terraza, de inmediato, o iba a perder el poco sentido que le quedaba. «Por favor, ayúdame. Por favor. Necesito una pizca de orgullo para poder levantarme. Aunque sólo sea un gramo de orgullo».

—Tania, —dijo Alexander a su espalda—. Sé de tu entrega con los moribundos y los afligidos. —Gimió—. Ahora soy uno de ellos. Yo también me estoy muriendo.

—No puedo ayudarte, Alexander, —dijo Tatiana—. Ni siquiera puedo ayudarme a mí misma. —Seguía de rodillas llorando con las manos en la

cara—. Me diste la espalda a pesar de todo. Está bien, yo también voy a darte la espalda, a pesar de todas las cosas que sabes he hecho por ti. Ya está. Son mis últimas palabras. —A tientas por la terraza, se arrastró entrando en la casa, lejos de él, lejos del único amor que había conocido en su vida.

Lo oyó levantarse y venir a buscarla. Levantó la cara. Alexander se quedó de pie, inmóvil ante ella, y luego cayó de rodillas.

—Tania, —dijo con voz rota—. Mírame. Yo no soy el borracho de la sala de espera de urgencias. Soy tu marido. Ten piedad de mí, también. —Tuvo que hacer una pausa—. Desde que estoy a tu lado todos los días te busco esperando tu cariño, —continuó Alexander— y cuando me lo das tengo energía suficiente para aguantar durante unas horas hasta que vuelvo a necesitar de tu proximidad. No puedo vivir sin ti. —Sus manos estaban en tensión, sus palabras apenas perceptibles—. No puedo vivir sin ti, y tú lo sabes.

Tatiana no podía apartarse de él, ambos inundados de miedo y tristeza.

—Por favor, créeme, —dijo—. Yo no tuve relaciones sexuales con ella. Todas las cosas que crees que olvidé, las recordé el miércoles. No estoy libre de culpa. —Bajó la cabeza derrotado—. Estás cegada y no puedes pensar con frialdad, lo sé, pero párate a pensar un segundo y serás capaz de ver más allá de sus mentiras.

—Ni siquiera puedo ver a través de las tuyas, —dijo Tatiana—. Y a ella no la conozco en absoluto.

Alexander alzó la cabeza para mirarla a la cara. Su ojos mostraban tristeza y angustia.

—Tú sabes que no puedo haberla dejado embarazada, —dijo—. Sabes que ella está mintiendo, al menos en eso, ¿no? Después de lo que yo había visto en Moscú, después de lo que me enseñó mi madre, y durante todos mis años como soldado en el cuartel, piensa por favor: ¿qué te dije siempre sobre mí y las mujeres con las que había estado? ¿Alguna vez lo hice a pelo con alguien? ¿Alguna vez, una sola vez en mi puta vida?

—Sí, —dijo ella con voz débil—. Conmigo.

—Sí, —dijo hundido Alexander—. Sólo contigo. —Dejó caer los hombros—. Porque tú eres sagrada. —Se miró las manos—. Y has sido una bendición para mí.

Tatiana apretó los brazos contra su estómago, doblándose sobre ellos. No podía hablar, no podía encontrar su voz. Cuando levantó la vista hacia él, lo encontró inclinado hacia adelante, el brillo cobrizo de su mirada se escapaba de sus ojos.

—Shura, —susurró—. Voy a tener un bebé.

Transcurrió tanto tiempo en silencio que creyó que Alexander no la había oído.

—¿Qué?, —dijo horrorizado.

—Voy a tener un bebé, —musitó ella mientras sus hombros y sus hinchados labios le temblaban.

Alexander, en cuclillas, se tambaleó. Todo quedó en un silencio sólo roto por el llanto sordo de ella y los terribles sonidos que salían de la garganta de él.

—Oh Dios mío, —susurró, presionando la espalda contra la pared como un animal herido—. ¿Cuándo ibas a habérmelo dicho? Dios, por favor, por favor no lo digas.

—El miércoles del *blinchiki*, —susurró Tatiana—. El día que te fuiste para acostarte con otra mujer.

Alexander gimió como si lo estuvieran desollando. Se giró y se quedó mirando fijamente la pared de la habitación. Su cuerpo no paraba de estremecerse.

Pasó el tiempo, y Alexander continuaba sin decir nada. Tenía la cabeza entre las rodillas.

Y Tatiana continuaba sin decir nada. Tenía la cabeza entre las rodillas.

De hecho ahora se sentía como si lo hubiese dicho todo.

Llevaba sintiéndose mal desde hacía semanas, y había estado vomitando desde el sábado. Atribuyó el malestar a todas las cosas que estaban sucediendo en su casa, cosas que se sentía incapaz de afrontar. Casi deseaba que su marido pudiese mirarla a la cara y mentirle, como lo hizo en la Unión Soviética cuando había tenido que salvarle la vida a ella,

mirándola a la cara y mintiéndole, para que Tatiana no tuviese que vivir con la repugnante verdad... y así su vida se salvaría. Había tenido la primera falta, pero con el estrés de las semanas anteriores nadie se había dado cuenta, ni él, y ni siquiera ella. La noche del martes anterior se estaba dando un baño en la bañera cuando se pasó una manopla enjabonada por los pezones y dio un aullido de dolor tan agudo que Alexander se acercó corriendo desde el comedor, llamó a la puerta y le preguntó si estaba bien.

Así que el miércoles, Tatiana fue y se hizo un análisis de sangre. Después de hacerse la prueba, salió temprano del trabajo, compró algo de comida y compró algo bonito de ropa para él. Llegó a casa, preparó un poco de pan y se puso a cocinar. Alexander iba a trabajar hasta tarde, pero era incapaz de resistirse a unos *blinchiki*, fuera cual fuese la hora a la que llegase a casa. Entraría y sabría de inmediato que ella tenía algo que decirle, porque así era como le decía siempre las cosas que eran demasiado importantes para ponerse ropa normal, para la comida normal. Encendió las velas y puso música. Tatiana pensó que después de que le dijera a Alexander lo único que éste había querido oír cada mes en los diez años anteriores, de algún modo conseguirían solucionar lo que fuese que hubiese pasado la noche del viernes anterior, por terrible que fuese. Pensó que, de algún modo, conseguirían superarlo. A lo mejor él podría fingir que estaba diciendo la verdad y ella podría fingir que lo creía.

Pero entonces, a las nueve en punto de la noche, sonó el teléfono, y era Carmen; Carmen, diciendo: «Bueno, ¿y dónde está?», en un tono de voz que no le estaba permitido utilizar a ninguna mujer respecto al marido de otra. Fue entonces cuando Tatiana se dio cuenta de que tal vez no conseguirían superarlo.

Y al cabo de media hora, el marido de otra entró por la puerta. Alexander parecía tan culpable, tan arrepentido, tan amenazado y tan desconcertado, que no sólo no pudo mirar a Tatiana, no sólo no pudo besarla, ni hablarle, ni hacerle el amor... ni siquiera pudo ver más allá de los *blinchiki* ni del camisón transparente de ella, no pudo descifrar su verdadero significado: «Shura, tengo una noticia fantástica que darte. Siéntate, porque no te lo vas a creer». Y fue entonces cuando supo lo



cegadas que debían de haber sido las horribles visiones negras que habían visto sus ojos.

Tatiana levantó la cabeza y vio a Alexander delante de ella, con los ojos llenos de horribles visiones negras. Ni siquiera lo había oído acercarse. El mismo soldado sigiloso de siempre.

—Vamos —dijo él en voz baja, inclinándose hacia ella y tomando su cuerpécillo menudo en sus brazos.

La llevó al interior de la casa, y después de dejarla al lado del fregadero de la cocina, rompió en éste cinco bandejas de cubitos de hielo y volvió a llenarlas de agua fría. Tatiana creyó que iba a decirle que sumergiera la cabeza en él, y estaba a punto de protestar sin fuerzas, impotente, cuando fue Alexander quien metió su propia cabeza en el hielo.

Después de observarlo durante cinco segundos, era a ella a quien le dolía la cabeza.

—Alexander —le susurró—. Alexander... —Apoyó la mano en su espalda. Él seguía con la cabeza sumergida. ¿Cuánto tiempo llevaba? Preocupada, tiró de los jirones de su camiseta e intentó sacarlo, pero él siguió como si fuera una estatua de piedra, agarrándose con las manos al borde de porcelana, con el cuerpo hacia delante y la cabeza completamente sumergida en el agua helada—. Alexander, por favor —le susurró. Dios, qué bien se le daba aquello... Había conseguido que fuese ella quien le suplicase ahora. Tiró de él con más fuerza—. Venga, por favor.

Debió de pasar aún un minuto largo, puede que dos, hasta que al final levantó la cabeza, jadeando para recobrar el aliento.

—Me arde la cara —fue lo único que dijo, santiguándose.

Jadeante aún, sin secarse, puso algo de hielo en un paño de cocina impregnado de agua helada y asió a Tatiana de los hombros. Después de llevarla hasta el sofá, ambos se sentaron y la acomodó en el ángulo de su brazo, sujetándole el paño húmedo contra la cara, mirándola y pestañeando con sus ojos hinchados a apenas centímetros de distancia, húmedos, helados, inflamados, anegados en silencioso remordimiento. Apoyando la cabeza hacia atrás, en el hombro de él, Tatiana cerró los ojos. No tardó en sentir la cara entumecida, aunque no tenía entumecido el corazón. A lo

mejor también podía sumergirlo en hielo dos, tres años, y cuando lo sacase al exterior, ya se sentiría como nueva.

—Se te ha bajado un poco la hinchazón —comentó Alexander—. Ya sé que duele. Con hielo o sin él, mañana te saldrá un buen moretón. Lo siento.

—¿Esto es lo que sientes?

En la cama de ambos, Tatiana no podía dejar de llorar y le dio la espalda a Alexander, acurrucada en posición fetal. Pero estaba desnuda. Y él también estaba desnudo. Alexander había retirado las colchas de la cama y habían quedado destapados. Él estaba tumbado de espaldas, tapándose la cara con ambas manos. Ella no dejaba de enjugarse las lágrimas de su mejilla intacta, pues la sal le escocía en el labio. Estaban a oscuras.

De la garganta de él salió un sonido atroz.

—No tienes ningún derecho a decirme las cosas terribles que me has dicho, ningún derecho a provocarme intencionada y deliberadamente cuando sabes que estoy al borde del puto abismo. ¿Cómo has podido no tener el más mínimo resquicio de sentido común para protegerte, sobre todo sabiendo que estás...?

Alexander no pudo continuar.

—¿Tú, precisamente tú, no puedes entender que ante una cosa así haya perdido el juicio por completo? ¿Que esté completamente desquiciada por algo así?

Alexander respiraba con dificultad.

—Te juro que no entiendo qué es lo que te pasa —dijo—. ¿Me dices que recoja mis cosas, que me marche de nuestra casa, sabiendo que vas a tener un hijo?

—¿Y acaso te sorprende? ¿Es que no has visto lo que ha estado sucediendo en nuestra casa?

—Deja de hablarme así en nuestra cama, Tatiana. He izado la bandera blanca —dijo Alexander—. Ya no me quedan fuerzas.

—Yo también he izado mi bandera blanca, Shura —repuso ella—. ¿Sabes cuándo lo hice? El 22 de junio de 1941.

Siguieron yaciendo inmóviles. Él trató de encontrar las palabras que buscaba.

—¿Te... acostaste con ese hombre?

Tatiana se hizo un ovillo sobre sí misma, apretando la cara contra la almohada.

—No puedo hablar contigo —contestó, con la voz apagada—. Cené con él en un lugar público. A diferencia de ti, yo nunca olvido lo que soy. Me parece increíble que tengas la poca vergüenza de preguntar por él.

Alexander quiso preguntar algo más, pero se le quebró la voz. Tatiana sabía que había cosas para las que a su marido, el guerrero, no le quedaban fuerzas, y aquella era una de ellas. Había cosas que Alexander no podía preguntar, pero antes muerta que permitirle que volviera todo aquello en su contra. Muerta. Esta vez no pensaba ayudarlo, ni con una sola palabra.

Tatiana quiso preguntarle por Carmen, pero también ella sentía mucho miedo. Sabía que él le mentiría para salvarse ambos... sobre todo ahora. La miraría a la cara, y con su voz de terciopelo y sus ojos de terciopelo, le mentiría, y ella nunca sabría la verdad, y nunca lo entendería, y tendría que acarrear con las mentiras además de la traición a costas durante el resto de su vida, y nunca más sabría lo que valía la palabra de Alexander.

No podía hacer preguntas.

Y sin embargo, no podía dejar de hacer preguntas.

Sintió cómo él se acercaba a ella por detrás. Sintió su aliento cálido y herido cuando le apretó la cara contra la nuca, contra los vestigios de su pelo.

—Tatia, no me acosté con ella —dijo—. Por favor, créeme. —¿Mentira? ¿Verdad?—. Mírame —le susurró.

—Soy tu única esposa —dijo ella, sin volverse.

—Por favor, mírame, mi única esposa.

—Salvo esto, todo lo que tú haces me parece bien —dijo Tatiana, y se echó a llorar—. Nuestro hijo tiene razón. Cualquier cosa que tú hagas, a mí siempre me parece bien. Todos los días beso el suelo que tú pisas, Alexander —murmuró—. Desde el principio ha sido así. Así que si me levantas la voz o la mano, yo inclino la cabeza y lo acepto. Y si me

necesitas, como sea, cuando sea y donde sea, yo te entrego mi cuerpo y lo acepto. Has gobernado sobre mí con tu cetro. Y si cierras a cal y canto tu corazón y no dejas que yo lo abra, camino a tu lado subiendo y bajando las colinas de Stonington, camino a tu lado por todo Estados Unidos, esperando a que vuelvas a amarme. Y cuando apuntas con tu arma, con tu pistola del calibre 45, y me disparas a la cara... Ahora eso también me atormenta todas las noches sin falta cuando cierro los ojos, eso, y Leningrado, y Estocolmo y Berlín. Y digo: éstas son las cartas que me han tocado en suerte. Digo lo que digo siempre a todo: ésta es mi cruz. —La voz ya rota de Tatiana volvió a quebrarse, y luego se quebró de nuevo un poco más—. Y a cambio de eso... te tengo a ti.

Alexander se acercó aún más a ella, para encajarse en su cuerpo como en una media luna. Enterró la cara en su pelo y luego deslizó la mano por su cadera y luego por encima de su vientre. Le temblaba el cuerpo.

—Por favor, mírame...

—No —contestó Tatiana—. ¿Es que no ves el miedo que tengo de mirarte? Te hice una promesa en aquella iglesia de Lazarevo. Te di mi mano y te prometí que, me trates como me trates, me hagas lo que me hagas, mi lealtad para contigo sería inquebrantable, que siempre caminaría a tu lado, que siempre estaría a tu lado. —Le obligó a que se volviera hacia él. Tatiana cerró los ojos anegados en lágrimas para no ver los ojos anegados en mentiras de él—. Te seguí miles y miles de kilómetros hasta el frente —continuó, con la voz rota—. Te habría seguido hasta el infierno. Y así lo hice.

»Habría vivido el resto de mis días contigo en una habitación de Quinto Soviet, preparándote *kasha* y sorteando al loco de Slavin para ir corriendo a buscar tu pan de cada día. —Subió y bajó los hombros—. Durante toda mi vida, sólo he hecho que darte cosas buenas, sólo he hecho que portarme bien contigo, ¿por qué me hieres entonces de esa manera?

Alexander la rodeó con los brazos temblorosos.

—Por favor... —susurró Alexander, desmoronándose con la voz y el cuerpo—. No puedo soportarlo. Me siento morir viéndote así... por favor...

Respiraba con dificultad, cada resuello entrecortado y jadeante.

Siguieron así, tumbados, sin hablar, hasta que él se hubo tranquilizado un poco y ella también se hubo tranquilizado un poco, oliendo el olor familiar de él, abrazada por él.

—Chsss... —le susurró Alexander para calmarla—. Chsss... Vamos, no llores. Por favor. Por favor... —Se desplazó para encaramarse a su almohada, rozándole con los labios la zona donde él mismo le había pegado antes, acariciándole el pelo con las manos—. Tania, mi vida, no me acosté con ella —dijo—. Abre los ojos y mira lo que soy. Mira en mi interior. No me acosté con ella.

Ella lo miró en la oscuridad, escrutando su rostro con intensidad.

—Lo haces a propósito —dijo al cabo de un minuto—. Serías capaz de decir cualquier cosa, todo lo que yo quiero oír, porque sabes lo desesperada que estoy por creerte. Serías capaz de poner en tus ojos cualquier cosa, cualquier emoción, porque sabes lo desesperada que estoy por que me miren con sinceridad.

—Mis ojos son sinceros.

Deslizó la mano por el cuerpo de ella, desde la coronilla de su pelo, bajando por su espalda, despacio, con suavidad, hasta llegar a las pantorrillas... y arriba de nuevo. Tatiana cerró los ojos involuntariamente. Las manos de Alexander también serían capaces de mentir, con tal de salvarlos a ambos.

—Tengo que trabajar hasta tarde, Tania, me dijiste. Tengo una reunión, Tania. Derramé la cerveza sobre los vaqueros, Tania. Me serviste todas tus mentiras como los platos de un bufé de Navidad. ¿Por qué ibas a mentirme de aquella manera si no...? —Apretó los párpados para tratar de no echarse a llorar de nuevo—. No, no quiero saberlo.

—Yo quiero contártelo.

—¿Qué voy a hacer? No puedo permitir que se mencione su nombre en nuestra cama, pero tampoco sé qué hacer con el agujero negro donde se ha sumido mi fe en ti.

Alexander volvió a estrecharla entre sus brazos.

—Ten fe —le dijo—. Yo lo arreglaré.

Tatiana trató de inspirar algo de aire.

—¿La... tocaste?

Él dejó de acariciarla al instante.

—Tatiana, por favor, perdóname —le suplicó Alexander, desconsolado—. Sí, lo hice. —Tras ver cómo se estremecía el cuerpo de Tatiana, Alexander no permitió que volviera a darle la espalda—. Mírame, estoy aquí —le susurró, con la cara desolada por la vergüenza—. No me des la espalda. Soy tuyo, sólo tuyo. Te pertenezco. He cometido un terrible error, amor mío.

Pasaron varias horas en la oscuridad. Pasaron torrentes de palabras espeluznantes y vendavales de confesiones desoladoras. Salió todo, todo en su cama, todo dicho y sentido.

Tatiana observó el rostro de Alexander mientras éste le hablaba, lo observó para tratar de ver en él reflejada la verdad, para encontrarle un sentido a todo aquello. Lo escuchó, tocándolo cada vez que le hacía las mismas preguntas una y otra vez; apoyando la mejilla en su pecho cuando él le hablaba, para oír su voz a través de su corazón; colocando la boca contra su boca, inhalando la verdad en el aliento que le brotaba de las entrañas. ¿Mentira? ¿Verdad?

Pero la verdad era implacable. Completamente despreocupado, sin calcular las consecuencias, planeó, habló, compartió mesa, pagó unas copas y flirteó con otra mujer, completamente consciente, completamente receptivo, una semana y luego otra, como si no fuera un hombre casado. Permaneció a la espera y se subió a un coche con otra mujer, acordándose de quitarse la chaqueta, pero sin quitarse la alianza. Qué extraño el modo de establecer las líneas que separaban el bien del mal en su cabeza... Y por si aquello fuera poco, por si no hubiese ido ya suficientemente lejos, cuatro días después, tras contarle toda clase de mentiras flagrantes, siendo plenamente consciente de sus actos y con el consentimiento expreso de su mente, compró condones para llevarse a otra mujer a la cama mientras la suya lo esperaba en casa para comunicarle que iban a tener el hijo que tan desesperadamente habían deseado. Alexander besó a otra mujer. Tocó a otra mujer. Y esa mujer lo tocó a él. Sencillamente, Tatiana carecía de un

escudo lo bastante duro para protegerse de aquellas palabras, para soportar aquellas palabras.

Permaneció petrificada y en silencio, aturdida e inmóvil, observándolo en la oscuridad, preguntándose si realmente era posible arreglar aquello, y si lo era, por qué a ella le parecía imposible, mientras Alexander se arrodillaba a los pies de la cama y le besaba los pies, y le susurraba «por favor, Tania, por favor, perdóname...».

Ella le contestó con un «sí, pero... cómo pudiste dejarla entrar en nuestra vida, Shura. Cómo pudiste dejarla entrar...».

Él volvió la cara y le dio la espalda, su espalda llena de marcas. Ella se aproximó a él y le tocó las heridas, los tatuajes, la hoz y el martillo, las águilas de las SS, acercó la cara a la parte baja de su espalda, donde se le había desgarrado el riñón, y vio una imagen muy vívida del cuerpo gris de Alexander tendido en el hielo carmesí, sabiendo que si ella no hacía algo inmediatamente, él moriría sin remedio. Esa noche, Tatiana quería que todas sus cicatrices, sus tatuajes, su cuerpo y su alma le dijese qué era lo que debía hacer, cómo arreglarlo...

Intentó arreglarlo tocándolo. Le acarició los músculos agarrotados de los brazos, de los hombros, le besó el abdomen, aunque era difícil besarlo con el labio hinchado, pero sí podía tocarlo. Intentó desplazarse un poco más abajo, por la línea de su vello negro, pero no podía, después de lo que le había contado.

«Por favor, Tania, por favor, perdóname. Y tócame».

Al cabo de un rato, Tatiana volvió a intentarlo. Tomó su miembro en sus manos trémulas. Era tan familiar, tan sincero... Tatiana conocía tan bien a Alexander... lo que le gustaba, lo que le encantaba, lo que necesitaba... Ella era como sus propias manos, en cualquier momento y en cualquier lugar sabía cómo darle placer de mil formas distintas, y esa noche, cuando respondió a sus tristes y activas manos, ella acercó la boca hinchada para introducirse en ella el miembro hinchado de él... pero dolía demasiado. Apoyó la cara húmeda contra él y le restregó la sal de sus lágrimas, con manos desfallecidas, con el cuerpo desfallecido. «Cómo pudiste dejar que te tocara...».

«Lo siento mucho, Tania, lo siento tanto...».

—Supongo que hasta lo nuestro puede acabarse.

—Lo nuestro no puede acabarse —repuso él—. No podemos dejar que esa maldita Carmen acabe con lo nuestro. Ella no significa nada. No significó nada. No fue nada.

—Alexander, tú y yo hemos pasado por cosas demasiado fuertes para permitir que algo tan aparentemente insignificante se cuele en nuestra cama, en eso tienes razón. No se parece en nada a todas las demás desgracias que hemos tenido que soportar. No es la muerte. No son nuestras familias perdidas, ni tu cuerpo apaleado y maltrecho. No es el hambre, ni Leningrado. No es la guerra, ni la vida en la Unión Soviética. —Hizo una pausa—. Pero sabes lo que es, ¿verdad, Shura?

Él tenía la cabeza agachada. No la miró.

—Lo siento, Tania. Por favor...

—Soy tu única familia. La única lealtad que debes en este mundo me la debes a mí. El hecho de que me vendas a mí a cambio de un trozo de carne, ni siquiera por amor, eso no puede no significar nada, ¿no te parece? Y mientras tanto, yo estoy esposada a ti, sí, encadenada. —Se echó a llorar de nuevo—. Soy yo la que cuida de todas tus heridas abiertas. Soy yo la que va en el tren de Kolima contigo, soy yo quien está en la mugre del Gulag contigo. A mí me azotan contigo y me queman contigo, como del mismo plato contigo, y cuando te mueras, seré yo quien arroje el casco encima de tu rifle en la tumba del cementerio.

—Oh, Dios mío... Tania, por favor... —Estaba sentado a horcajadas encima de ella, rodeándola con los brazos. Le temblaban los hombros—. Por favor, perdóname.

Tatiana volvió la cabeza, cerró los ojos e intentó borrar el regusto amargo de su boca.

Él le separó las manos y le enterró la cara entre los pechos. Le besaba los pechos entre susurros, pero ella no oía nada, porque estaba llorando. Él le susurraba verdades inaudibles en la boca, le besaba los labios malheridos, le besaba los pechos, abarcándolos con la palma cóncava de la mano, acariciándolos, susurrándole de nuevo... le besó los doloridos



pezones, tan sensibles al tacto ahora, hasta que ella le suplicó que no siguiera, que no continuara, y él le susurró que sólo un poco más, besándole con los labios húmedos y contritos los pezones húmedos y vulnerables. «Oh, Shura...».

Cuando Tatiana logró incorporarse en la cama, lo intentó de nuevo. Sentándose junto a él, volvió a tomar su miembro entre las manos, acariciándolo, y cuando las suaves caricias lo transformaron en un pene erecto, acercó a él sus labios ensangrentados y lo besó de arriba abajo, desde la ingle hasta el glande, apoyado en el hueco de la palma de la mano, lo besó y empezó a frotarlo lentamente, con suavidad, y directamente entre sus labios, y también entre sus lágrimas.

—Eres tan hermoso... —le susurró, llorando—. Sin haber conocido nunca a otro más que tú, siempre lo he sabido.

—Y yo, que sí he conocido... —dijo él—. Yo he acudido a ti conocedor de las maneras del mundo. Tú eres más de lo que pueda llegar a merecer en esta vida. Tenía tanto miedo de que ya no me quisieses como antes... Me aterrorizaba pensar que pudieses sentir algo por otro. Siempre estabas trabajando, y yo estaba abrumado por nuestra otra lucha... —se le quebró la voz—, y no pensé en lo que hacía. Pero eso sólo son palabras, no es nada más. Lo siento mucho.

Le suplicaba, le imploraba, le prometía, se arrepentía.

Ella lo escuchó y asintió. Eran sólo palabras. ¿Cómo iba a confiar en sus promesas? Él no podía explicarse, ella no lo podía entender. Intentó arreglarlo dejando que la tocara.

Con su mano diminuta, Tatiana cogió las manos grandes de él, zaheridas y en carne viva por el cholla, y se las llevó a los pechos.

—Tienes las manos más fuertes del mundo —le susurró. Él las apartó. Con su esbelta mano, Tatiana cogió los dedos largos y recios de él, tensos y temblorosos, y se los puso entre los muslos. Él los apartó—. Mírame —le susurró ella, llorando, tumbada de espaldas, abriendo las piernas—. Estoy indefensa ante ti. Por favor, tócame. Estoy como a ti te gusta, Alexander. Como a ti te encanta.

Alexander le besó el montículo de vello dorado, apretando las palmas de la mano contra su cuerpo, cubriéndola, pero luego negó con la cabeza y se apartó.

—Por favor, tócame —insistió ella—. ¿Por qué no quieres tocarme?

—¿Es que no entiendes para qué acudo a ti? —dijo Alexander—. No podré entrar en comunión contigo hasta que me perdones. —Tenía razón.

Alexander apoyó su frente contra la frente de ella, la cara húmeda y áspera contra la cara de ella. Apretó los labios contra el corazón de ella, y el pelo negro y húmedo le hizo cosquillas en la clavícula. «Por favor, perdóname». De oro blanco es el color del pelo de mi verdadero amor.

Tanto amor, y aun así, no era suficiente. El llanto de Tatiana era pura desesperación.

—¿Cómo voy a perdonarte? —dijo—. Esto es lo único que no sé cómo perdonar.

—Maldita sea... —exclamó Alexander, cayendo de espaldas—. Me dejé cegar por la estupidez un pequeño instante de nuestra vida, un segundo de la eternidad en que vivimos tú y yo, y tropecé. La fastidié del todo. Estoy enfermo, y completamente equivocado. He caído muy bajo, y me doy asco. Te prometo que haré todo cuanto esté en mi mano para remediarlo, para ponerle arreglo. —Inspiró hondo—. Pero... ¿qué quieres decir cuando dices que no sabes cómo perdonarme?

Tatiana habló con el hilo de voz más fino del mundo.

—Alexander Barrington —dijo—, dime, ¿sabrías tú cómo perdonarme a mí?

Ambos sabían la inconcebible respuesta a esa pregunta inconcebible.

La respuesta era no.

La miró fijamente en silencio y luego se tapó la cara con el brazo.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer tú y yo, Tatiana? —preguntó con desesperación en la voz—. No podemos vivir como hemos estado viviendo.

Ella hizo amago de hablar para presentarle una serie de opciones, pero fue entonces cuando él le separó las piernas y se encaramó a ella para

aliviar a su cuerpo trémulo de la insoportable angustia de aquella terrible noche interminable.

—Escúchame —le dijo Alexander, sujetándole la cabeza entre las manos—. Si entiendes lo que te voy a decir ahora, todo lo demás será más fácil. Tú y yo sólo tenemos una vida, no hay otra opción. Hace mucho tiempo, fuimos juntos a la guerra, fuimos juntos a una trinchera, pasamos juntos por el asedio de Leningrado. Recuérdate a ti misma por todo lo que hemos pasado. ¿Acaso pensábamos que llegaríamos a disfrutar de algo parecido a Lazarevo? ¿Y que después de Lazarevo, vendría Napa, o Bethel Island... o esto? Sé que a veces las cosas que acarreamos se hacen demasiado pesadas para nosotros. Estamos agotados, pero no nos queda más remedio que resignarnos y seguir adelante. A veces, vuelvo de la guerra y estoy muerto, y a veces oigo tu voz y no le hago caso, y a veces pasa lo imposible, no sé cómo y no sé por qué. No tengo defensa posible —dijo—, ya sé que quieres una, pero no tengo ninguna excusa. No tengo ni una sola justificación. Ésta, la única vez en mi vida en la que necesito algo más que un simple «lo siento», no puedo ofrecerte más que mi más profundo y sincero arrepentimiento. No pido justicia por tu parte —dijo Alexander—, quiero clemencia. —Lanzó un gemido—. He cometido un terrible error, y te suplico que me perdones, Tatiana. Te pido de rodillas —dijo con el último brote de aliento— que me perdones. Pero no hay ninguna otra vida para ti y para mí, Tatiana. No hay ningún otro búnker, ni maletas, ni posibilidad de marcharse, no hay ninguna otra esposa. No hay ni habrá nunca nada más que tú y yo. —Le retuvo las manos a los lados, con el cuerpo encima del de ella, cubriéndola, con la cara encima de la de ella, su cuerpecillo minúsculo debajo de él, mirándolo bajo la luna negra—. ¿De veras crees que iba a permitir que me abandonaras? —le susurró—. ¿Es que no te acuerdas de lo que te dije en Berlín, cuando estábamos perdidos en el bosque, luchando para rebelarnos contra nuestro destino?

—Sí —le contestó Tatiana, rodeándole el cuello con las manos, cerrando los ojos—. Dijiste que ya me habías dejado marchar una vez, que viviríamos juntos o moriríamos juntos.

—Eso es —dijo Alexander—. Y esta vez, viviremos juntos.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Tatiana.

Él se inclinó y le besó las lágrimas. «*Milaya, rodnaya moya, kolybel i mogila moya... zhená moya luybimaya, zhizn moya, lyubov moya... prosti menya. Prosti menya, Tania... prosti menya i pomilui...*» le susurró en el rostro partido, en la boca partida.

—¿Qué? No te oigo. ¿Qué estás diciendo?

—Canto en dos lenguas a nuestro matrimonio. —Postrado, se arrodilló entre las piernas de ella—. Amor mío, Tatiasha, mi vida entera —entonó Alexander, traduciendo sus palabras, apoyando la frente contra el corazón de ella—. Mi principio y mi fin, mi amada esposa, mi vida, mi amor... perdóname. Por favor, Tania, perdóname y ten piedad de mí. Por favor, perdóname.

Se tumbó a su lado, abriéndose paso a tientas hasta pasarle la mano por detrás de la cabeza mientras la acariciaba con la derecha. Le besó todo el cuerpo, desde lo alto del pelo corto hasta las puntas de los pies, y en todos los rincones. La tocó con el roce suave de los dedos, la sujetó con sus enormes manos. Y fue entonces, cuando sintió la boca cálida y arrepentida de él en todo su cuerpo, cuando Tatiana, gimiendo desesperadamente, exquisitamente excitada pese a todo su dolor, dijo:

—Te perdonaré.

—Dirías cualquier cosa en este instante, ¿no?

—Sí, ahora mismo, cualquier cosa. —Tatiana se incorporó, enroscó todo su cuerpo en el de él, sujetó la cabeza negra y triste de Alexander, y lloró—. Alexander, me has roto el corazón. Pero por haberme llevado a tu espalda, por tirar de mi trineo de muerte, por darme tu último pedazo de pan, por el cuerpo que te destrozaste por mí, por el hijo que me has dado, por los veintinueve días que vivimos en el paraíso, por todas nuestras arenas blancas de Naples y nuestros vinos de Napa, por todos los días que has sido mi primer y mi último aliento, por Orbeli... Te perdonaré.

Y entonces, al fin, Alexander penetró en ella. Hubo comunión. «Oh, Shura...».

«Oh, Tania...».

Y eso fue todo.

Después, permanecieron acurrucados el uno en el otro, con los cuerpos entrelazados, pecho con pecho, vientre con vientre, unidos aún, fundidos en uno aún, soldados el uno al otro, sin apenas rozarse con la boca, sin apenas respirar, hombro con hombro, alma con alma. Ella lo rodeó con los brazos y él la rodeó a ella con los suyos. Cerraron los ojos. No habían dormido en tres días y ya despuntaba el alba aquel domingo por la mañana. Ella le besó el cuello palpitante y le tocó la espalda húmeda. Alexander sostuvo con sus manos malheridas el rostro malherido de ella y dijo con la voz quebrada:

—Oh, Dios misericordioso... ¿De veras vamos a tener... un hijo?

—Sí, Shura, sí, amor mío, sí. De veras vamos a tener un hijo.

Aquella noche fue la primera vez para muchas cosas. Alexander hizo algo que no había hecho desde 1943, cuando descubrió de quién era la sangre que fluía por sus venas vacías.

Alexander se echó a llorar.

Tatiana dejó su trabajo en el Phoenix Memorial Hospital.

## Capítulo 13

### El Jardín de Verano

*Alas rojas*

Bobo se alegró mucho al ver a Alexander.

—*Signor!* —exclamó—. ¡Cuánto tiempo sin verlo! ¿Cómo está?

Se estrecharon la mano.

—Ocupado, Bobo, muy, muy ocupado.

—Entonces, ¿marcha bien el negocio?

—Tengo más trabajo del que puedo aceptar. ¿Te has enterado de que nos han invitado al «Parade of Homes»? Es una gran noticia.

—¿Y su bellísima señora? ¿También bien?

—Está espléndida. Espera a verla y verás, Bobo.

—Me muero de ganas. ¿Hoy también trabaja hasta tarde?

—Hoy está de compras hasta tarde. Pero escucha, es un día muy especial. Es nuestro aniversario.

Bobo esbozó una sonrisa radiante... como si fuese su propio aniversario.

Alexander trajo de la camioneta dos ramos enormes de rosas blancas y lirios blancos.

—Bobo, voy a necesitar tu ayuda. Hoy también es el cumpleaños de la señora.

—¿El aniversario y el cumpleaños el mismo día?

Alexander sonrió.

—Le dije que así ella nunca me olvidaría.

—Muy bien pensando, señor. Déjemelo a mí. ¿Le apetece un poco de champán?

—El mejor. Cristal.

—Por supuesto. ¿Y cuándo va a llegar la señora?

—¡Con ella nunca se sabe! —exclamó Alexander—. Llegará tarde hasta a su propio entierro.

Alexander comió algo de pan, bebió un poco de agua y se fumó un cigarrillo. Estaba pensando en llamar a casa cuando oyó las exclamaciones de alegría de Bobo procedentes de la entrada. Tal como Alexander había imaginado, cuando Bobo vio a Tatiana con un vestido de tirantes de color salmón, espléndidamente embarazada, resplandecientemente pecosa, tan veraniega, tan radiante, sonriente, exultante de alegría y ofreciéndole la mano, se echó a llorar. A moco tendido. Las lágrimas le cayeron rodando desde los ojos hasta las manos de ella; luego le rodeó el hombro con el brazo y la condujo alegremente a través del restaurante hasta un expectante Alexander.

—*Signor!* ¡No me había dicho nada! —exclamó Bobo con el rostro húmedo—. ¡Éste es uno de los días más felices de mi vida! ¡Poder ver a la señora encinta al fin!

—Bobo, tanta alegría me desconcierta un poco —comentó Alexander mientras besaba las manos de Tatiana.

—No, ¿por qué?

—De acuerdo, alégrate todo lo que quieras ahora, pero te lo advierto: si cuando nazca el bebé se parece a ti, calvo, arrugado y llorando todo el tiempo, vendré a buscarte, Bobo. —Alexander sonrió y lo señaló con el dedo—. Vendré a buscarte.

Las implicaciones de una incorrección tan deliciosa se convirtieron en los labios de Bobo en carcajadas mortificantes. Al final, se fue para traerles la carta. Tatiana miró risueña a Alexander.

—¿Qué le haces al pobre Bobo? —murmuró.

Alexander le tocó el vientre hinchado con las manos abiertas y se inclinó para besarla.

—Sólo llegas veinte minutos tarde —le dijo, admirando su aspecto y tocándole el suave tejido de color salmón—. Y además, sin reloj. Buen trabajo. ¿Es nuevo ese vestido?

—Para ti. —Lo miró con el gesto iluminado—. ¿Te gusta?

—Me gusta. —La ayudó a sentarse, le colocó bien la silla, se sentó frente a ella y observó sus pecas doradas, sus labios rojos, sus ojos centelleantes y sus abundantes y gloriosos senos. Al cabo de un minuto se levantó y fue a sentarse en la silla al lado de ella—. ¿Tienes hambre? ¿O prefieres que vayamos directamente a casa?

—¿Bromeas? —Se rio ella—. Tengo muchísima hambre.

—Lo que tienes es un aspecto muy apetitoso.

—Ah, ¿sí? —dijo ella, sonriendo complacida—. Shura, me siento enorme.

—Eso es —convino Alexander—. Enormemente apetitosa.

—¡Shura!

—¿Qué? —dijo él al tiempo que le guiñaba un ojo con malicia, con un aire para nada inocente.

Le sirvió un poco de champán y alzaron las copas para brindar por el aniversario de ambos y por el cumpleaños de ella. Salían a menudo ellos dos solos, pero no cuando ella estaba embarazada de casi ocho meses ni la construcción de la casa tan próxima a su fin.

Alexander tenía la silla pegada a la de ella y apretaba sus hombros, enfundados en un elegante traje, contra la piel desnuda de alabastro de ella, rodeando con el brazo el respaldo de la silla de ella mientras acariciaba los bucles de su cada vez más larga melena. Tenía la copa de champán en la otra mano. Ella estaba hablando, moviendo los labios, con los dientes blancos relucientes, pero de su boca no salía ningún sonido, pues en la cabeza de Alexander sólo sonaba una especie de crujido, el crujido del viento, el frufú de las hojas... y los embates del agua del Neva contra el caparazón de granito...

—Tenías toda la razón, Shura —decía Tatiana—. No sé de dónde sacaba antes el tiempo para trabajar. Hoy he tenido que hacer mil cosas.



Pero dime la verdad, ¿cómo esperas que el mes que viene esté ya terminada nuestra casa?

—¿Qué? —Alexander despertó de su ensueño—. No te preocupes —la tranquilizó—, estará terminada.

—El bebé nacerá para agosto, esté la casa terminada o no. —Tatiana sonrió—. Yo cumplo con mi parte.

—Sí —dijo Alexander—. Y yo con la mía. La casa estará terminada. —Inclinó el cuerpo hacia delante—. Aunque es posible que tengas que acostarte con el constructor para agilizar un poco los trámites.

—Vaya... —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Bueno, si no me queda más remedio. —Entrecerró los ojos de color aguamarina como si fuera una gata—. ¿Sabes lo que he hecho hoy?

—No, cielo —dijo Alexander, apoyando la mano en los omóplatos desnudos de ella—. ¿Qué has hecho hoy?

—He pasado casi todo el día en la tienda de electrodomésticos.

—Ya —dijo él—. Seguro que te has creído que era tu cumpleaños.

—Bueno... sí. —Se echó a reír—. Hoy es mi cumpleaños.

—Ya lo sé. Tan estresante... pero perfecto, ¿verdad?

—¡Sí! Tantas decisiones... Los fregaderos, los grifos, las neveras, los congeladores, la tostadora... ¡Vamos a tener pan caliente aunque no sea fresco! ¡Y mis dos hornos! Y las bañeras... Espera a ver la que he escogido para nuestro dormitorio. Es una bañera de burbujas de hidromasaje perfecta... —Se interrumpió de pronto, frunciendo un poco el ceño—. Shura, ¿qué estás haciendo? No has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho. ¿Por qué me miras así?

—¿Así, cómo? —dijo Alexander con dulzura mientras admiraba cada centímetro de su rostro, por su juventud, su amor, su belleza, sus noches blancas en el Jardín de Verano.

Todo estaba allí, y también todos los años intermedios de Coconut Grove, todos los años intermedios del lupino lila en Deer Isle, en Napa, encendidos por la caldera que bullía en el vientre de ella, calentándola de más y junto con ella, todos los recuerdos de él. El corazón le palpitaba con fuerza, a punto de estallar de felicidad.

—Shura... ¿me estás escuchando? Te hablaba de los hornos...

—Sigue, te escucho. Los hornos. ¿Estaban encendidos? ¿Calientes? ¿Demasiado calientes? Te escucho.

Olía el champán en su aliento al hablar. Olía su perfume a almizcle, el champú de fresa, el leve olor a chocolate, a loción bronceadora de coco. Le habían salido pecas nuevas, justo por encima de las pestañas. Debía de estar pasando mucho tiempo junto a la piscina. Se acercó aún más a su cuello y volvió a inspirar para inhalar el aroma a coco, que siempre lo transportaba al océano veraniego de Miami. Esperaba que Tatiana no se dedicara a dar sus espectaculares saltos desde el trampolín con aquella barriga tan inmensa. Mientras hablaba, se llevaba la mano al vientre y la dejaba reposar allí.

Llegaron los aperitivos.

—... Y hoy ha llamado el hombre de los armarios para decir que no podría darle una capa de barniz a los que hay junto al horno porque el revestimiento podría quemarse. ¿Qué significa eso? Yo le he dicho que los barnice igualmente, sin consultártelo antes. Y el hombre de los azulejos me ha dicho esta mañana que se le ha roto todo el lote durante el transporte. ¡Todo el lote! Y que si queremos que nos entreguen una nueva remesa de azulejos de travertino antes de agosto, tendremos que pagar un diez por ciento extra. Yo le he dicho que eso te lo tendrá que explicar a ti directamente. Creo que quiere aprovecharse. ¿Shura? ¿Me estás escuchando?

—Sí, te estoy escuchando —replicó él en un tono que denotaba claramente que no lo hacía—. No te preocupes por el hombre de los azulejos: nos entregará todos los azulejos nuevos en diez días y nos hará un descuento sobre el precio. ¿Te acuerdas de cuando cumpliste diecisiete años? —preguntó Alexander con el cuerpo vuelto hacia ella y una copa de champán en la mano.

—Sí —susurró ella.

—Comimos caviar y bombones y bebimos vodka directamente de la botella porque a mí se me habían olvidado los vasos, y luego fuimos a dar un paseo por la orilla del Neva, bañada por el sol. A pesar de que era muy

tarde, había muchísima luz. Yo me estiré por completo en el banco, y aun así, no sé cómo, conseguiste no tocarme ni siquiera un centímetro, ni tampoco mirarme. Eras tan increíblemente tímida... Pero con río o sin él, pese al anochecer resplandeciente de Pushkin, a las noches blancas y a una ciudad como nunca antes la habíamos visto... yo no podía apartar mis ojos de ti. —Alexander hizo una pausa—. ¿Por qué lloras?

—¿Por qué hablas de cosas que me hacen llorar?

—Estaba ansioso por besarte. —Alexander le limpió la mejilla, se inclinó hacia ella, a un soplo de su boca, y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Incluso hoy, cuando me acuerdo, siento esa ansia... en la garganta, en el estómago, en el corazón... No sé cómo conseguí contenerme y no abalanzarme sobre ti allí mismo.

—Ni yo tampoco —dijo Tatiana—. Porque... —bajó su propio tono de voz—, nunca consigues contenerte y no abalanzarte sobre mí cada vez que sientes esa ansia.

—Qué suerte para mí que al fin tu jornada laboral consista únicamente en dejar que tu marido se abalance sobre ti.

—Pues sí que es una suerte, la verdad —susurró Tatiana—, pero para mí, para mí, mi soldado y amante del Jardín de Verano.

Acercaron sus cabezas, inclinadas aún más, y sus labios abiertos se rozaron un instante. Ella se apartó decorosamente y luego Alexander le ofreció una de sus gambas y un sorbo de champán.

—No sé por qué pides *prosciutto* —dijo Alexander—, si lo único que te comes es lo que está en mi plato.

—Eh, no seas tan tacaño con las gambas... —lo amonestó ella—. ¿Quieres que te cuente la parábola del cóctel de gambas y el matrimonio?

—Si quieres... —dijo Alexander—, pero no esperes que te escuche. Tengo la cabeza en Leningrado.

—Por favor —repuso Tatiana—, no me hagas llorar.

—Cuéntame lo del cóctel de gambas y el matrimonio. ¿Es un chiste?

—Dímelo tú. Cuando un hombre empieza a cortejar a una mujer —empezó a decir Tatiana— pide un cóctel de gambas para él y le ofrece a ella una de las gambas, pero ella es demasiado tímida y recatada para

aceptarlo... así que lo rechaza. —Sonrió—. Cuando son una pareja de recién casados, él le ofrece la gamba y ella la acepta encantada, con muchísimo gusto... —Sonrió—. Cuando llevan casados cinco años, él ya no se la ofrece, pero cuando ella le pide una, él se la da gentilmente. Después de quince años, ella ya no la pide, sino que la coge directamente, y a él le sienta muy mal que ella la coja. ¿Por qué no se pide un maldito cóctel de gambas para ella sola, si tanto le gustan?, piensa. —Dio un pellizco a Alexander en el brazo—. Después de veinticinco años de matrimonio, él sigue sin ofrecérsela y ella ya ha dejado de cogerla. Después de cincuenta años, él no sólo no le ofrece la gamba, sino que aunque lo hiciera, ella no la aceptaría.

Alexander la miró con perplejidad. Tatiana echó la cabeza hacia atrás y se rio con ojos llameantes de felicidad.

—Es nuestro decimosexto aniversario de bodas —dijo Alexander—; después de diecisiete años juntos, yo te hablo de tu pelo dorado en Leningrado... ¿y tú me cuentas eso?

Riéndose a carcajadas, con una risa que le hacía subir y bajar el escote de su piel marfileña, Tatiana lo atrajo hacia sí para poder restregar los labios contra la piel áspera de su barba de tres días. Llegó su cena, *filet mignon*, al punto para él, poco hecho para ella.

—Voy a contarte algo aún más chocante —le dijo Tatiana mientras comían—. Vikki se viene a vivir aquí.

—¿Adónde?

—¡Ja, ja, ja! Aquí, a Phoenix.

—Bueno, menos mal... —dijo Alexander—. Por un momento creí que te referías a nuestra casa.

—¿Y convertirla en un pequeño piso comunal? —Tatiana sonrió—. No, está harta de Nueva York, harta de ese Tom Richter amigo tuyo, harta. Dice que va a buscar un trabajo en el Phoenix Memorial, así podré vivir la vida de enfermera a través de ella.

—¿Y necesitas... vivir la vida de enfermera a través de ella? —preguntó Alexander.

—No. Pero será estupendo tener a mi mejor amiga aquí conmigo.

—Sí, pero no se lo digas a Anthony, o se irá y nos dejará para siempre —dijo Alexander—. Ya sabes cómo se pone cuando Vikki anda cerca. — Ambos siguieron bebiendo, comiendo y escuchando las serenatas de la orquesta de música en vivo de Bobo—. Me alegro por ti de que tu Vikki se venga a vivir aquí —dijo Alexander—, pero la mención de esa pesadilla de mi existencia que era el lugar donde trabajabas me recuerda algo más importante. Se suponía que ibas a hablar con tu médico hoy, ¿no?

—Hummm, sí. —Tatiana soltó el tenedor—. Shura, él ya sabe lo que piensas —dijo, acariciándole la manga del traje—, pero ¿qué quieres que haga? Dice que es el protocolo del hospital, que él no puede cambiarlo. Los maridos no pueden entrar en la sala de partos. No está permitido, simplemente.

Alexander soltó el tenedor.

—Tania, ¿es que acaso no me expliqué con suficiente claridad la última vez que fuimos a verlo?

—Sí —contestó ella—, y por eso ya no puedes acompañarme más en las visitas al médico. Te pones hecho una furia con él, pero no es culpa suya. Es sólo el protocolo.

Después de terminarse la comida, Alexander se llenó la copa y luego llenó la de ella también.

—Protocolo, culpa, procedimiento, reglas de hospital... bla, bla, bla. Me traen sin cuidado. ¿Le has dicho que a tu marido le importa un comino el protocolo de su hospital?

—Puede que no con esas palabras —comentó Tatiana—, pero sí le dije...

—Que o me dejan entrar en la sala de partos —dijo Alexander— para ver el nacimiento de mi propio hijo o no tendrás a ese bebé en ese puñetero hospital.

—Sí, algo así le dije, sí.

—Dios, cuánta razón tenía al odiar ese lugar... Aún sigue torturándome.

—Chsss... —Tatiana tomó un sorbo de champán y se volvió hacia él. Puso la mano encima de la de Alexander—. El doctor es un civil, no

entiende la mentalidad del combate armado en el bosque, sólo conoce las reglas. Y ahora, calla... —murmuró, rascando ligeramente el dorso de la mano de su marido con las uñas largas de color melocotón—. No te preocupes, ya se me ocurrirá algo. Estoy tramando un plan.

—Oh, no... —exclamó Alexander—. Por favor, no... Otro plan no...

—¡Shura!

Él dejó caer los hombros.

—La verdad, Tatiasha, no sé si podremos sobrevivir a otro de tus planes —dijo—. Ya no tenemos la fuerza que solíamos tener.

Ella se echó a reír con ganas. Alexander contempló con deleite el escote en picado del vestido de tirantes de su mujer. No entendía cómo sus siempre increíbles pechos podían haber aumentado de tamaño de forma tan sugerente y apetitosa, cómo podían ser aún más turgentes, más cremosos... La totalidad de su cuerpo embarazado, henchido, vibrante, lleno de vida se había vuelto increíblemente sexy. Era como la extravagante Tania del valle de Napa sólo que elevada al cuadrado. Puede que a la triple potencia. Alexander era incapaz de pensar en ella sin avergonzarse de sus propios pensamientos... Días antes había pasado junto a un puesto de fruta y se había sorprendido a sí mismo excitándose inexplicablemente. ¡Por pasar junto a un puesto de fruta! El caso era que había visto la palabra «fresas» en un cartel, y Tatiana se lavaba el pelo con champú de fresa... Dios, la de cosas que le rondaban por su retorcido cerebro los últimos meses...

—Deja ya de reírte —le recriminó—. Déjalo o me agacharé ahora mismo, aquí, delante de todos...

No pudo contenerse, agachó la cabeza y zambulló la boca en el escote suave y henchido de Tatiana.

Ruborizándose, avergonzada pero extremadamente complacida por aquel gesto de espontaneidad en su marido, Tatiana dijo con voz ronca:

—Amor mío, es muy impropio de ti que te excite tanto una mujer embarazada...

Alexander sonrió y la rodeó con el brazo.

—¿Por qué? ¿Acaso crees que hacerle el amor a una mujer embarazada es redundante?

Con las manos apoyadas en el antebrazo de él, ambos se miraron largamente, pestañeando, con ojos brillantes, sin palabras.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada. —Él le escudriñó la cara—. No puedo quitarte los ojos de encima. —Acercó la cabeza de ella hacia sí y le acarició el abultado vientre, le besó las pecas de la nariz y los labios ligeramente palpitantes—. ¿Y cómo está ese renacuajo nuestro hoy?

—Pues no ha dejado de moverse y dar patadas —contestó ella—. Es un auténtico guerrero, como su padre.

Alexander recordó el momento en que la había ayudado a salir de la bañera la noche anterior, cómo la había observado mientras se secaba y luego, sin poder aguantarlo más, cómo se había arrodillado delante de ella, abarcando con las manos su inmensa y tirante barriga desnuda, aún húmeda, y apretando los labios contra el ombligo.

—Si es un niño —dijo Alexander—, quiero llamarlo Charles Gordon, por el guerrero-santo defensor de Jartum. Para los sudaneses era el rey Gordon, o tal como lo llamaban ellos, el Pasha Gordon. Y podemos llamarlo Pasha.

Tatiana pestañeó, una, dos veces.

—Lo que tú digas, amor mío —dijo.

—Y si es niña, quiero llamarla Janie.

—Lo que tú digas —susurró Tatiana—, amor mío. —Dio un sorbito de champán y depositó la mejilla de obsidiana de él en la palma de su mano—. La noche blanca que te dejé en el Jardín de Verano, volví a casa con alas, surcando un inmenso cielo azul. Me salieron alas rojas, me enamoré de ti esa noche de verano, cuando acababa de cumplir los diecisiete y tú tenías veintidós...

Con todas las flores y los regalos, Alexander llevó a casa a Tatiana en su fiel camioneta Chevy de 1947. Dejaron el coche de ella en el aparcamiento del Bobo's.

Aquella noche de verano resplandecían cien mil estrellas, el cactus orquídea, o Pluma de Santa Teresa, floreció esa noche, y en el atardecer violáceo cantaron las golondrinas.

### *La segunda venida*

Una sofocante noche de agosto, cuando llevaban dos semanas en su flamante y magnífica casa nueva de adobe y tejas rojas, una casa que olía a madera nueva, pintura fresca y flores recién cortadas, en lo alto de la enorme cama donde ambos habían dormido, amado, peleado y sangrado, sin las mantas pero con sábanas limpias, bajo la luz cerúlea de la noche y una exuberante luna en cuarto creciente, Tatiana estaba a punto de llegar al final. La habían recostado en la parte inferior de la cama; habían retirado las cortinas de las puertas cristaleras que daban a su jardín privado, y la luna se derramaba a través de los cristales, pero por lo demás, ninguna otra luz iluminaba el dormitorio, donde sólo reinaba una tranquilizadora penumbra para Tatiana. Anthony estaba en su cuarto, en el otro lado de la casa.

Su buena amiga, la comadrona titulada Carolyn Kaminski, estaba sentada en un taburete a los pies de la cama, y Alexander, que se suponía que debía estar sentado en su propio taburete junto a la cabeza de Tatiana, no dejaba de levantarse de un salto cada cinco minutos para correr al lado de Carolyn. Habían apagado el aire acondicionado y la temperatura de la habitación era la misma que la del vientre materno. Alexander tenía tanto calor que hubo de disculparse ante Carolyn y despojarse de la camiseta, por lo que en ese momento estaba de pie con el torso desnudo, con sus calzoncillos largos, repitiendo sin cesar: «¿Cuándo, cuándo, cuándo...? Tatiana no va a poder soportarlo mucho más tiempo».

—Puedo soportarlo todo el tiempo que sea necesario, Shura —  
masculló Tatiana desde la cama.

—Alexander, ve a sentarte con tu mujer y cógela de la mano. Dale algo de beber. Aquí todavía no hay nada que ver, muchacho.



Alexander acudía junto a Tatiana, le daba algo de beber y se sentaba junto a ella unos segundos, nervioso, para acariciarla, para frotarle la mano, sujetársela, limpiarle el sudor, susurrarle cosas al oído, besarla y luego, en cuanto sentía que el vientre se le volvía a poner duro, corría a colocarse a sus pies de nuevo, junto a Carolyn.

—Tania, tu marido es imposible. ¿Siempre es así de imposible?

—Sí —respondió Tatiana, sin aliento—. Siempre es así de imposible.

—Me está agobiando. Me pone nerviosa. Alexander, vete. Déjame sitio, tu mujer te necesita para empujar. Nunca había tenido a ningún marido presente en un parto —dijo Carolyn— y ahora entiendo por qué. Esto es muy estresante; no creo que sea una experiencia apta para hombres. Tania, dile que vaya a sentarse. Alexander, es evidente que no quieres escucharme, pero sí harás lo que te diga tu esposa, ¿verdad?

—Haré lo que me diga mi esposa —corroboró Alexander, sin moverse un ápice de los pies de la cama.

Tatiana sonrió.

—Carolyn, deja que apoye el pie en su mano. Los pies me resbalan por la cama cada vez que empujo. Shura, siéntate en el taburete o como estés más cómodo y aguántame un pie mientras Carolyn me sujeta el otro, ¿de acuerdo?

Alexander hincó una rodilla en el suelo y le sujetó el pie, mientras Carolyn se sentaba en el taburete y le sujetaba el otro. Tatiana sufrió una nueva contracción y se le tensó la barriga, momento en que efectuó un nuevo pujo y Alexander dio un respingo.

—Carolyn... ¡mira! ¿Eso de ahí es la cabeza?

—Sí —dijo Carolyn, y en ese momento, ella también sonrió—. Ya casi estamos. Ésa es la cabeza.

Alexander tuvo treinta segundos para levantarse, inclinarse sobre Tatiana, besar con los labios su cara húmeda y susurrarle:

—Lo estás haciendo fenomenal, mi vida. La cabeza, Tatiasha, ya casi... Oh, Dios... Casi...

—¿Te duele, Tania? —preguntó Carolyn—. Lo estás haciendo muy bien. Alexander, tu mujer es muy valiente, lo está haciendo muy bien.

—Ella siempre lo hace todo muy bien.

—Sí —contestó Tatiana—, al fin y al cabo, mi umbral del dolor está ya en cotas muy altas. Soy capaz de caminar por las ascuas.

La envergadura de los brazos de Alexander era tan amplia que fue capaz de, arrodillado, sujetar la mano de Tatiana con una mano y el pie con la otra. La siguiente vez que empujó fue la peor para ella, puede incluso que llegara a gritar de dolor, pero Alexander apenas podía oír, concentrado únicamente en cómo la cabeza del bebé aparecía a cámara lenta. El cuerpo rígido de Tatiana se relajó unos segundos jadeantes y Alexander, soltándole el pie, estiró el brazo más allá de donde estaba Carolyn para poder tocar con la mano la pegajosa cabeza blanda del tamaño de un pomelo.

—Alexander, no toques —le reconvino Carolyn.

—Carolyn, déjale que lo toque —le dijo Tatiana.

—Alexander, cálmate, ya está —dijo Carolyn—. El bebé habrá salido del todo en unos segundos. Lo lavaré, lo envolveré en una manta y te lo daré para que lo sujetes, pero por favor, por el amor de Dios, déjame que ahora haga mi trabajo. Ve a sentarte al lado de tu mujer.

—Pero ¿dónde está el resto? —dijo Alexander, con la mano apoyada en la cabeza del niño, moviéndose hacia el centro en lugar de hacia un lado.

—Ten paciencia, Alexander, el resto vendrá a continuación. Ve a sentarte, te digo.

Una jadeante Tatiana no dijo nada, con los ojos entreabiertos. Le hizo señas a Alexander para que se acercara, pero éste, sin ceder un milímetro de su recién adquirida posición, se incorporó apoyándose en un brazo, se inclinó completamente encima del cuerpo de Tatiana, con la otra mano aún encima de la cabeza del bebé y la besó. Tenía muchísimo calor y estaba exhausto, casi tanto como ella. Cuando se incorporó, se negó a moverse de su lugar junto a Carolyn, y ésta no dejaba de decirle que se apartara, que se alejase aunque sólo fuese medio metro, que se colocase al lado de la cama.

—¡Tania! —exclamó—. Tu marido no me deja hacer mi trabajo.

Los ojos intensos de Alexander sólo miraban a Tatiana, quien sonrió y dijo:

—Carolyn, ¿es que no lo ves? Te está apartando a ti.

—Ya me doy cuenta. Pues dile que deje de hacerlo.

—Déjalo, Carolyn —murmuró Tatiana—. Déjalo. Enséñale a sacar a ese bebé.

—¡Tania, no!

—¿De qué tienes miedo? Míralo. Deja que saque a ese bebé.

—Gracias, Tatiana.

Y así, Alexander se puso de rodillas entre las piernas de su mujer mientras Carolyn se inclinaba ansiosa a su lado, con las manos junto a las de él. El orden del universo, tal como lo sentía Alexander, había vuelto a imponerse.

El vientre de Tatiana se tensó de nuevo, ésta empujó otra vez, un suave pujo resbaladizo, y el recién nacido de piel color púrpura salió deslizándose, boca abajo, moviendo frenéticamente las manitas en busca de su padre.

—¡Es un niño, Tania! —exclamó Alexander con un hilo emocionado de voz, sin entregar a su hijo a nadie ni acercarlo a su madre.

—Sujétalo así, justo así, no te muevas —le daba instrucciones Carolyn mientras limpiaba la boca del niño y Alexander oía al fin el primer sonido en toda la noche.

—Búa... búa... búa...

Una mezcla entre un gorjeo y un aullido, y con su primer llanto, su piel se volvió rosada en lugar de púrpura.

Alexander dejó que colocaran al niño boca abajo sobre el vientre de su madre, con la mano encima de él y de ella, y una vez que Carolyn cortó el cordón, tomó en brazos a su hijo de piel viscosa y cálida y, sujetándolo en las palmas de sus manos, lo acercó al rostro de Tatiana, al tiempo que susurraba:

—Tania, nuestro hijo... Mira qué pequeño es.

Alexander apretó la frente sudorosa contra el rostro sudoroso de ella.

—Mira cómo se mueve, cómo se retuerce, cómo grita... ¿Qué, campeón? ¿A que has estado encerrado demasiado tiempo?

Sujetaba a su hijo con las manos completamente abiertas.

—Oh, Dios mío... ¿cómo puede ser tan increíblemente pequeñito? Es más pequeño que mis manos...

—Sí, amor mío —dijo Tatiana, con una mano en su marido y la otra en su hijo—. Pero, la verdad sea dicha, tú tienes unas manos muy grandes...

Alexander se levantó y se acercó a las puertas cristaleras para poder ver mejor a su hijo bajo la luz de la luna.

—Charles Gordon, Pasha —susurró—. Pasha.

El niño dejó de retorcerse, de moverse y de llorar, relajó todos sus miembros y permaneció completamente inmóvil, resbaladizo y diminuto, en las palmas abiertas de las manos de Alexander, pestañeando, despejándose los ojos, pestañeando y despejándose los ojos de nuevo, tratando de enfocarlos sobre el rostro de su padre, tan cerca del suyo.

—Tania —susurró Alexander mientras apretaba a su hijo completamente húmedo contra el pecho desnudo, contra su corazón—. Mira, Tania, mira, qué pequeñito... qué maravilloso... qué niño tan precioso...

# **LIBRO CUARTO**

## **MOON LAI**

Yo oí la voz del Señor, que decía:  
«¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?».

Entonces respondí yo:  
«Heme aquí, Envíame a mí».

Isaías 6:8

## Capítulo 14

### El hombre en la Luna

*El legado de Harold Barrington, 1965*

Tatiana y Alexander están mirando a Anthony. Esa mañana en la cocina están solos los tres, igual que antes, cuando eran sólo tres. Los niños siguen durmiendo. La mañana es el momento del día favorito para Tatiana, en su habitación favorita de la casa. La cocina, tal como la habían soñado, es de un blanco reluciente, con suelos de piedra caliza de color blanco roto, armarios blancos con cristales, electrodomésticos blancos y cortinas amarillo pálido. Además, todas las mañanas el sol se levanta en la cocina y se desplaza por toda la casa, de habitación en habitación. Por las mañanas, se reúnen allí para preparar sus cereales y su café, para comerse los cruasanes y la mermelada que ha hecho ella misma.

Sin embargo, esa mañana temprano, a las siete y media, sólo Anthony está comiendo, sentado en un taburete alto en el mueble isla de la cocina mientras su madre y su padre lo miran con toda su atención, de pie delante de él. Alexander, como un pilar, se limita a mantenerse erguido, mientras que Tatiana se agarra al respaldo del taburete. Casi como si se sintiera ajeno a ellos, Anthony se bebe el café y coge un segundo cruasán.

—Relajaos un poco —dice—. Se me está atragantando la comida.

Ellos no se mueven.

—Mamá, esta mermelada está increíble. ¿De qué es? ¿De arándanos y frambuesas?

«¡Anthony!», quiere gritar Tatiana. Anthony. Se ha quedado sin habla frente a su primogénito. ¡Va a cumplir veintidós años en apenas tres semanas! Tatiana tiene una niña pequeña de veinte meses, que aún va con pañales y a la que sigue dando el pecho, y dos chicos que ya van a primaria. Y hace dos días, Anthony se graduó en la academia de West Point.

Toda la familia voló a la academia para ver cómo arrojaba su gorra blanca al aire. Una frágil Esther acudió con Rosa desde Barrington y lloró durante casi toda la ceremonia. Sam Gulotta y su esposa fueron desde Washington, y también acudieron Tom Richter y Vikki, separados y, aun así, juntos. Richter pronunció el discurso de la ceremonia, vestido de pies a cabeza con el uniforme militar, con las barras y la insignia de teniente coronel, de pie y solemne en el podio, dirigiéndose a quinientos hombres y a las familias de éstos, todo bajo el calor sofocante de junio en los campos, hablando alto y claro a Tatiana y Alexander, hablando a Anthony Barrington.

«Vosotros seguís los pasos de Eisenhower y MacArthur, Patton y Bradley, los comandantes que salvaron a toda una civilización. Los ojos del mundo están puestos en vosotros».

Richter ha estado en el sudeste asiático desde 1959, como oficial de un grupo de asesoramiento militar, entrenando a los vietnamitas del sur para combatir contra el norte, pero ahora es un pez gordo del MACV, el Mando de Asistencia Militar en Vietnam, el cerebro que controla la totalidad del cuerpo que supone la implicación estadounidense en el sudeste de Asia. Rosa se quedó tan impresionada con él que pidió que la sentaran a su lado en la cena. Los chicos exigieron sentarse junto a su hermano el cadete, pero la tía Esther también deseaba lo mismo. Ellos no pensaban ceder, ni la tía Esther tampoco, así que los hermanos acabaron sentados a regañadientes entre sus padres, mientras Anthony permanecía flanqueado por la tía Esther a un lado y por Vikki y Richter al otro.

Tatiana y Alexander alquilaron el salón de la Pool Terrace del opulento y moderno restaurante Four Seasons de Nueva York, donde pasaron una animadísima velada. Hasta la tía Esther estaba animada. A sus ochenta y seis años, medio sorda, sentada muy, muy cerca de Anthony, supuestamente para oírlo mejor, lo único que la buena mujer quería escuchar eran sus historias de cadetes. Anthony intentó hablar con prudencia, tal como su padre le había enseñado. Se había portado bien, dijo; había jugado al fútbol, el ejército de Tierra contra la Marina, y al final había ganado; la primera victoria del ejército de Tierra en seis años. Había jugado al baloncesto en las canchas, un baloncesto que, según le confió a su tía, parecía más bien rugby. Jugaba al tenis, y su entrenador era el teniente Arthur Ashe; Esther preguntó: «¿Quién es Arthur Ashe?» y, antes de que Anthony pudiera responder, ella misma afirmó categóricamente que no estaba interesada ni lo más mínimo en las incursiones atléticas de Anthony (y aquí era donde Tatiana coincidía plenamente con ella), pero sí en cambio, y mucho, en sus escarceos amorosos. Anthony sonrió y no dijo nada, haciéndose el buen chico, pero Richter, siempre dispuesto a armar jaleo, dijo:

—Teniente, ¿por qué no le hablas a tu tía abuela de tus pinitos con las chicas de Chicago?

Y cuando Anthony se negó de forma rotunda, Richter se complació enormemente en deleitar a la tía Esther con la historia de que cuando los novatos de West Point llegaban a Chicago, la esposa del comandante Daley organizaba una cita para todos los cadetes con las muchachas de buena familia del lugar.

—Los cadetes lo pasan estupendamente —comentó Richter con una sonrisa maliciosa.

—Sí, y para los Daley es un quebradero de cabeza —añadió Anthony secamente.

—¡Detalles, Anthony, detalles! —exclamó la tía Esther.

Tatiana sonrió mientras daba de comer unos boniatos a Janie y miró a Alexander, que también sonreía, aunque más tenso, mientras les decía a Pasha y a Harry que se calmasen y que dejaran de tirarse guisantes y



bolitas de pan con las pajitas que usaban como cerbatanas. Vikki quería saber si iban a servir más vino, y la tía Esther le preguntó a Anthony si iba a seguir la larga y honorable tradición de los cadetes de West Point y casarse justo después de la graduación en la capilla de la academia; Rosa dijo que sólo si era una capilla católica y Richter añadió que sólo si se casaba con una buena muchacha de Chicago, a lo que Anthony, con cara de póquer, repuso que no había encontrado ninguna. «A pesar de todos tus esfuerzos», saltó Richter, lo que provocó las carcajadas de todos los presentes. Vikki preguntó cuándo demonios iban a traer ese vino. Tatiana advirtió a su hijo: «Harry, si vuelves a tirar una sola bola de pan más a Anthony...», a lo que su hijo respondió: «Mamá, no son bolas de pan, son perdigones». Y Alexander dijo: «Tom, ¿cómo les va a los vietnamitas del sur?, ¿resisten?». Y acto seguido: «Harry, ¿qué te ha dicho tu madre?».

Hablaron de esto y de aquello, de todo salvo de lo único de lo que necesitaban y tenían que hablar: el futuro de Anthony. Ésa era la pregunta acuciante en la mente de todos, y ha sido la única preocupación de Tatiana y Alexander desde agosto de 1964, cuando el Congreso aprobó la resolución del golfo de Tonkin, que autorizaba el uso de la fuerza necesaria para mantener a Vietnam del Sur libre de Vietnam del Norte, al igual que Corea del Sur seguía manteniéndose libre de Corea del Norte. Tom Richter había estado con MacArthur en Bataan y en las densas selvas de Nueva Guinea durante la Segunda Guerra Mundial, había estado con MacArthur en Japón después de la guerra y luego había dirigido a los hombres de MacArthur desde Port Inchon hasta el río Yalu en Corea; y ahora MacArthur había oído el toque de corneta y había cruzado su propio río, y Richter estaba con Westmoreland en Vietnam. No habló demasiado sobre lo que estaba ocurriendo allí, pero Tatiana sabía por Alexander que Richter dirigía unidades de operaciones especiales clandestinas: obviamente, lo de dejar defenderse a los vietnamitas del sur ellos solos con una escasa presencia militar estadounidense no había dado el resultado esperado. No podían resistir. Los estaban aplastando. Los vietnamitas del norte, el Vietcong, las fuerzas de defensa del Vietcong y las fuerzas de

defensa secretas del Vietcong estaban mejor preparados. Se necesitaba algo más.

«Creéis que estáis a punto de salir a un mundo muy distinto del mundo al que salieron vuestros padres, pero no es así. Yo me gradué en junio de 1941, y seis meses más tarde, el 7 de diciembre, nuestros oficiales de la Marina vieron algo tan fuera de lugar en sus radares que no le hicieron caso. Debían de ser aviones amigos, dijeron. Al cabo de media hora, casi la práctica totalidad de nuestra flota de la Marina fue destruida. Yo os digo, ante el peligro del comunismo imperial, que nuestra mayor amenaza es la complacencia. Durante la guerra de Secesión, el general Sedgwick, de la Unión, miró hacia un parapeto de las líneas de los confederados y dijo que eran incapaces de acertarle a un elefante desde aquella distancia. Bien, pues ésas fueron sus últimas palabras, porque en ese preciso instante, un soldado avezado y con una gran puntería le quitó la vida. Durante los últimos veinte años, el Este y el Oeste han mantenido enfrentamientos y guerras encubiertas, todo con el telón de fondo de un desastre nuclear.

Muy pronto llegará el día en que habremos de quitarnos las máscaras y dejarnos de guerras fingidas. Ése es el mundo al que estáis a punto de salir, hombres de West Point».

Esa radiante mañana de Arizona, Tatiana y Alexander esperan a que Anthony les cuente cómo pretende salir a ese mundo. Tatiana siente a Alexander tan tenso a sus espaldas que retrocede unos pasos desde el mueble isla de la cocina, le aprieta el brazo, lo mira a su rostro pétreo y le susurra:

—Chsss... —Y a continuación, dice—: Cariño, ¿oyes a Harry en el jardín delantero? ¿Por qué se ha levantado ya?

—Está convencido de que puede atrapar a un monstruo de Gila a primera hora de la mañana —responde Alexander, sin apartar la mirada de

Anthony—. Cree que es como pescar. —Aparta el brazo de Tatiana—. Ant, ¿quieres que hablemos más tarde? Tengo que salvar a Harry de sí mismo.

—Si tienes que ir, entonces ve, papá —dice Anthony sin levantar la vista del periódico—. Tengo una recepción en la base aérea de Luke a las diez.

—No tengo que ir, pero en cuanto entren los niños, como tú bien sabes, hablar será tarea imposible —dice Alexander.

Los pequeños hacen mucho ruido, especialmente los niños, como perros salvajes, nunca dejan de moverse. La niña, en comparación, es mucho más tranquila, pero hay que estar vigilándola constantemente de todos modos. Una vez que la despierten, se habrán acabado las conversaciones de adultos hasta que llegue la hora de su siesta.

«¡Anthony! —Piensa Tatiana—. ¿Es que no ves lo que le estás haciendo al corazón de tu padre, al corazón de tu madre? No podemos hablar, tenemos la garganta llena de orgullo, de amor, del miedo que sentimos por ti».

—Pues ya hablaremos más tarde, entonces —dice Anthony con la mirada fija en el periódico—. Acabo de llegar. Es mi primera mañana aquí. Me quedaré dos meses. ¿No podemos relajarnos un poco...?

—Anthony.

Habla Tatiana. Al fin habla. Su nombre es lo único que dice.

Anthony suspira, se limpia la boca, cierra el periódico y luego también se levanta. Así que ahora, Anthony está de pie a un lado del mueble isla, Tatiana y Alexander al otro. Todos están tiesos como palos.

«Estáis a punto de escalar las murallas de la democracia y la libertad. Esperamos ver un mundo transformado por vuestra presencia en él».

Vestido completamente con el uniforme blanco militar, Anthony recoge su gorra blanca de la superficie de granito y se la pone. Es un graduado de West Point, nombrado oficial con el grado de teniente. A

cambio de una educación de primera clase en la academia de instrucción militar más prestigiosa de Estados Unidos, Anthony le debe ahora a su gobierno cuatro años más de servicio activo. Él lo sabe. Su padre y su madre también lo saben.

Y la resolución del golfo de Tonkin ha sido aprobada por unanimidad. Las tropas estadounidenses, poco a poco, están llenando los aviones que salen en masa rumbo al sudeste asiático.

Durante los últimos nueve meses Alexander ha hablado con todas las personas a las que conoce en el Departamento de Inteligencia Militar y en la recién creada Agencia de Inteligencia del Departamento de Defensa para tratar de que asignaran a su hijo un puesto acorde con sus cualidades y su valía, con el que cumpliera con su deber en el servicio activo y, lo más importante, que estuviera dentro de la fronteras del país. Al final, cuatro semanas atrás, el director de la Agencia le dijo que contrataría a Anthony para su jefatura especial del Estado Mayor, donde trabajaría directamente para el jefe del departamento encargado de producir información de inteligencia militar extranjera para Estados Unidos. La oferta formal por escrito le había llegado a Anthony hacía dos semanas.

«Deber, honor y patria, ésas son las palabras con las que habréis de caminar. Douglas MacArthur, el liberador de las Filipinas, de Japón, el hombre que en sólo una noche invirtió el curso de la guerra de Corea y salvó a Corea del Sur, el comandante supremo de las Fuerzas Aliadas, apareció ante vosotros hace tres años en esta misma tribuna y os dijo que a lo largo de toda su vida adulta había escuchado la melodía embrujadora de las cornetas, el sonido lejano de los tambores que llamaban al combate, pero que cuando cruzaba el río, su último pensamiento era para el Cuerpo, el Cuerpo y el Cuerpo. Deber, honor y patria. Que ése sea vuestro primer pensamiento así como el último».

Anthony es muy alto, muy fuerte, con el pelo muy negro y los ojos también negros. Es hijo de su padre en todos los aspectos físicos salvo

uno: la boca es de su madre. Los hombres no necesitan bocas voluptuosas como la de ella para atraer a las abejas al néctar, pero Anthony la tiene. Es joven, idealista y guapo. Es conmovedor.

Tatiana y Alexander agachan la cabeza. A pesar de que el niño es ahora del tamaño de su colosal marido, su imponente y gigantesco Alexander, a quien Tatiana ve ante sus ojos es a su Anthony de quince meses, a un bebé rollizo y moreno sentado en su piso de Nueva York, comiéndose los cruasanes de ella, las manos regordetas cubiertas de migas y manchadas de mantequilla. Le sonrío con sus cuatro dientes de leche, sentado en el piso solitario de ambos sin su padre, que está en la sangre y el barro del río Vístula con su batallón disciplinario. Tatiana se pregunta qué es lo que ve Alexander.

—Bueno, Anthony, ¿qué has decidido? —dice Alexander.

Anthony sólo mira a su madre, pálida y con gesto expectante.

—Es una oferta estupenda por parte de la DIA, papá —contesta—. Sé que intentas ayudarme, y lo agradezco, pero... no voy a aceptarla.

«En 1903, el secretario de Guerra le dijo a la promoción que se graduaba aquel año en West Point, de la que MacArthur era el primero: “Antes de que abandonéis el ejército, estaréis inmersos en otra guerra. Preparad a vuestro país”. Y eso mismo es lo que os digo yo hoy».

Después de tomar aire, Anthony deja de mirar a sus padres.

—Voy a ir a Vietnam —anuncia.

«Hoy, en nuestros oídos resuenan las aciagas palabras de Platón: “Sólo los muertos han visto el fin de la guerra”».

Un silencio abrumador se apodera de la atmósfera de la cocina. En algún lugar al otro lado de la casa se oye un portazo. Dos niños están corriendo; no dejan de correr. Tatiana oye el ruido sordo de los pies de sus retoños.

Tatiana no dice nada, ni Alexander tampoco, pero ella lo oye a él resoplar a sus espaldas, preparándose para reaccionar.

—Vamos, no es para tanto —dice Anthony—. Después de sobrevivir al adiestramiento como cadete en los barracones de los animales y a mi sargento de instrucción, el rey de las bestias, ¿de verdad creíais que me iba a quedar sentado detrás de una mesa en la DIA?

Habla con total despreocupación, con indiferencia. Y seguramente es lo que siente: sólo tiene veintiún años. Ellos también tuvieron veintiún años una vez.

—Anthony, no digas tonterías —dice Alexander—. No vas a estar sentado detrás de una mesa. ¡Es inteligencia militar, por el amor de Dios! Se trata de labores de apoyo al combate activo.

—Ése es precisamente el problema, papá: no quiero apoyar al combate. Quiero estar en el combate.

—No seas... —Alexander se interrumpe para bajar la voz—. No seas estúpido, Anthony...

—Escuchad, ya está decidido. He hablado con Tom Richter; es cosa hecha.

—¡Has hablado nada menos que con Richter de esto! —Ya no tiene sentido bajar la voz.

—Va a recomendarme para la segunda división aérea de la compañía A —explica Anthony—. Un turno de servicio con ellos y es posible que más adelante me consiga un puesto en las Fuerzas Especiales con él, para el segundo período de servicio.

—¿El segundo período de servicio? —repite Tatiana con incredulidad. Nadie se mueve.

—Mamá, papá, sabéis que estamos en guerra, ¿verdad?

Tatiana se desploma en una silla y extiende los brazos sobre la superficie de la mesa de la cocina, con las palmas hacia abajo. Alexander apoya el brazo en su espalda, en su hombro.

—Mamá, vamos... —dice Anthony.

—Demasiado tarde para venirle con consuelos a tu madre —dice Alexander—. Joder, ¿a qué vino tanto teatro, Anthony? ¿Por qué no

decírnoslo en la graduación, en el Four Seasons? Obviamente, Richter ya lo sabía... ¿por qué no decírnoslo a nosotros también?

La voz de Alexander expresa su congoja, su consternación, pero coloca las manos firmes sobre Tatiana. Ésta sabe que tiene que levantarse para tranquilizarlo a él, pero no puede tranquilizarse. Necesita sus manos.

—Anthony, por favor... —susurra Tatiana—. No tienes que demostrarle nada a nadie.

Es tan alto, con sus ojos negros chispeantes, su pelo negro y recio, tan imposiblemente rebosante de juventud...

—No estoy demostrándole nada a nadie —dice—. Se trata sólo de mí.

Tatiana y Alexander miran perplejos a su hijo, y éste, incapaz de soportar aquella mirada doblemente agonizante, aparta la suya.

—Me he graduado nada menos que en West Point —trata de explicarse Anthony—. Eisenhower, Grant, Stonewall Jackson, Patton... ¡MacArthur, por el amor de Dios! Me he graduado en la academia que alumbra a auténticos guerreros. ¿Qué queréis que haga? ¿Para qué os creéis que iba a ir a una academia militar?

—Para obtener la mejor educación del mundo —contesta Alexander a la pregunta retórica de su hijo—. Inteligencia militar para la estrategia y la planificación, para la adquisición de armas en el sudeste asiático. Tú hablas ruso con fluidez. Labores de análisis bilingüe de los documentos soviéticos donde se detalla el alcance de su apoyo generalizado al NVA, al Pathet Lao. Trabajarías para el director del mando central de toda la inteligencia militar estadounidense. Es una oportunidad increíble.

—Para eso ya te tienen a ti —replica Anthony—. Acepta el puesto, ya que está vacante. Yo no pienso sentarme a analizar datos.

—Joder, Anthony, eres imposible, ¿lo sabías?

—Chsss... —dice Tatiana, y Alexander aparta las manos de sus hombros.

—No voy a discutir otra vez contigo —dice Anthony a su padre—. No voy a hacerlo. No me voy a pasar los siguientes dos meses en esta casa peleándome contigo. Me iré ahora mismo y volveré a Nueva York si así es como va a ser mi vida aquí durante estos meses.

—¡Anthony! —grita Tatiana.

—¡Pues vete! —grita Alexander—. ¡Vete de una puta vez!

—¡Alexander! —chilla Tatiana—. ¡Dejadlo los dos, por favor! —Están jadeando, los tres—. Esto es una locura —dice—. Anthony, tienes una oportunidad de oro para quedarte en Estados Unidos, ¿por qué no la aprovechas?

—¡Porque no la quiero!

—¿Cómo puedes decir eso cuando sabes lo mucho que se ha esforzado tu padre por ayudarte?

—¿Acaso le pedí que me ayudara? ¿Quién le pidió su ayuda?

—Tiene razón —dice Alexander—. Tiene toda la puñetera razón. Así que vete, Ant. ¿A qué esperas? ¿Quieres que te lleve yo?

—¡Alexander, no! —grita Tatiana, revolviéndose contra él.

—¡Tania, mantente al margen!

Anthony agacha la cabeza.

De pronto, Tatiana mira a Alexander frente a frente, a sus ojos atormentados, y se da cuenta, enmudeciendo al mismo tiempo, de que así es como se han desarrollado muchas de aquellas peleas en los siete años anteriores. Ella apacigua a un hombre, luego al otro, se interpone entre ellos, trata de arreglar las cosas, ninguno de los dos cede, uno discute tozudo; el otro, más tozudo aún. Anthony levanta la voz, Alexander pierde la calma y de repente, Tatiana tiene que revolverse contra su marido, pidiéndole que entre en razón, y de pronto la guerra que hasta entonces era entre padre e hijo, se convierte en una guerra entre marido y mujer. Desde que Anthony tenía catorce años ha sido siempre así.

Alexander tiene razón. Con el rostro y el cuerpo contritos, Tatiana apoya las palmas de las manos en los antebrazos de él. «Perdona», murmura, pero ella no piensa ceder, porque aquella pelea no es como las demás, aquella pelea no es sólo entre padre e hijo, aquella pelea es por la vida de su familia. Es el fuego de artillería en el desierto de Sonora.

Antes de que vuelva a pronunciarse una palabra dura más, dos críos rubios irrumpen como salvajes en la cocina. Gordon Pasha tiene seis años; Harry, cinco. Dan un alegre manotazo a Anthony y luego escapan de su



lado y se dirigen corriendo hacia su padre para colgarse cada uno de un brazo. Tatiana se aparta cuando Alexander los levanta en volandas y los sostiene en el aire. Alexander llevó a Pasha colgado encima los primeros dieciséis meses de la vida del chico, primero en el pecho y luego a la espalda. Y luego llevó a Harry. Apenas si se los entregaba a su madre a las horas en que debía darles el pecho. Puede que sean rubios como ella, pero andan dando zancadas y con el mismo aire arrogante que su padre, hablan como él, sujetan sus martillos de plástico y conducen sus camionetas de plástico como él, llevan el pelo corto, golpean con la mano encima de la mesa y a veces, cuando necesitan llamar la atención de su madre, dicen «¡TA-TIA-NA!» con el mismo tono de voz que su padre. Se abalanzan sobre él y juegan con él sin miedo, lo adoran incondicionalmente y sin lastres.

—Anthony —dice Harry—, ¿por qué vuelves a llevar esa ropa de vendedor de helados?

—Me voy a ir a una base aérea una temporadita, campeón.

—¿Puedo ir contigo?

—¿Puedo ir contigo?

Sin contestar a sus hermanos, Anthony se dirige a Alexander, señalando al mayor de los dos:

—Cuando le pones a mi hermano el nombre de Charles Gordon, ¿qué crees que va a ser cuando sea mayor?

—Voy a ser médico, Anthony —responde Pasha—. Para poder curar a la gente como hace mamá. Y mi nombre es Pasha.

Y Harry dice, con los brazos alrededor del cuello de Alexander:

—Y yo voy a fabricar armas como papá, Anthony. Tendrías que ver la lanza con la que he cazado a un lagarto.

Tatiana está a punto de echarse a llorar, recordando a Anthony cazando lagartos en sus tierras vacías cuando tenía cuatro años.

—Eres tonto —dice Pasha, estirando el brazo por delante de Alexander para tirar del pelo a su hermano—. Eres tonto de remate. Papá no fabrica armas, sólo lanzas de madera, pero éstas no cuentan.

—Mamá, tengo hambre —protesta Harry.

—Yo también, mami —dice Pasha.

Desde un lugar lejano de la casa, oyen el reclamo en forma de llanto de una niña pequeña.

—¿Sabes una cosa, Anthony? —dice Alexander en tono vociferante—. No se trata de Pasha, ni siquiera de ti y de mí. Aquí sólo se trata de ti.

—Exactamente —contesta Anthony en el mismo tono.

Pasha y Harry miran con aire sorprendido a su padre, a su hermano, y luego a su madre, quien les murmura: «Bajaos de ahí y marchaos. Ahora mismo».

Un sombrío Alexander, sin soltar todavía a sus dos hijos pequeños, trata de ablandar un poco la voz y dice:

—Chicos, ¿oís llorar a Jane? ¿A que nos está llamando? Id a ver a vuestra hermana, por favor. Yo iré enseguida. La vestiremos y luego mamá nos dará de comer.

Se bajan de su padre y vuelven a dar un manotazo de broma a Anthony antes de irse.

—Ant —dice Harry—, ven a nadar con nosotros. Quiero enseñarte cómo salto.

—Luego, campeón. Y yo te enseñaré cómo salto hacia atrás.

Le alborota el pelo a Harry.

—Anthony —dice Pasha—, me prometiste que jugarías conmigo a la pelota.

—Sí, claro. Cuando vuelva de Luke.

—¿Te crees muy listo haciendo lo que tú quieres? —le recrimina Alexander a Anthony en cuanto los niños se van. Tatiana quiere tocarlo pero no puede—. No hablaste con nosotros antes de aceptar la plaza en West Point, y ya sabes el disgusto que le diste a tu madre...

—Pensé que intentaríais convencerme para que no fuese —replica Anthony—, y tenía razón, ¿verdad? Mirad cómo os habéis puesto ahora...

—¿Y ahora no se te ocurre consultarnos antes de ofrecerte voluntario para entrar en combate? ¡Joder, Anthony! ¿Crees que se trata de hacer simplemente lo contrario de lo que tu madre o yo queramos? Ya no tienes quince años, cuando volvías a casa a las tantas. Ya no se trata de plantarme

cara a mí, sino del rumbo irreversible que va a seguir tu vida. —Alexander se para a tomar aire y respira profundamente—. ¿Por qué no piensas primero en ti mismo por una vez en lugar de pensar primero en cómo puedes enfurecerme a mí?

—¡Oh, Dios...! ¡No todo gira en torno a ti! ¡Esto no tiene nada que ver contigo! —grita Anthony.

Tatiana se muerde el labio y cierra los ojos, porque sabe lo que vendrá a continuación.

—No me levantes la puta voz en mi propia casa —le advierte Alexander, dando un paso hacia delante.

Anthony retrocede un paso y no vuelve a pronunciar ni una sola palabra más.

—¿Y por qué te molestas en decírnoslo? —pregunta Alexander—. ¿Por qué no enviarnos una carta desde Kontum y ya está? A que no adivináis dónde estoy... Es lo que estás haciendo ahora de todos modos. ¿Por qué te has molestado en venir? —Alexander extiende el brazo—. Vete, entrena en Yuma. Tu madre te promete que te enviará un paquete con ropa y alimentos. Te mandará uno a Yuma y luego te mandará otro a Saigón. —Se vuelve y toma a Tatiana del brazo—. Vámonos.

Tatiana fulmina a Anthony con la mirada y trata de separarse de los dedos de Alexander.

—Voy enseguida, cariño —dice—. Dame un minuto.

Alexander tira de ella.

—No, Tania, vamos. Se acabó hablar con él. ¿Es que no ves que es inútil?

Ella lo mira y le apoya la mano en el pecho.

—Sólo... un minuto, Shura. Por favor.

Él la suelta, sale de la habitación hecho una furia, y en cuanto desaparece por la puerta, Tatiana se revuelve contra Anthony.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exclama con furia.

Se da cuenta de que el hecho de que ella esté enfadada con él es demasiado para su hijo, no puede soportarlo. Es curiosa la facilidad con

que soporta la ira de su padre, pero la suya... una sola palabra de enfado, y se queda mudo, inseguro.

—Mamá, este país está en guerra. Ya sé que no lo llaman guerra, sino conflicto, desacuerdo y otras cosas así. Pero es una guerra. Van a reclutarnos en cualquier momento. Si no solicito yo mismo un destino ahora, muy pronto Richter no podrá meterme en la segunda división aérea.

Ella se acerca a él. Le saca una cabeza y media de estatura y es el doble de voluminoso que ella, pero cuando su madre se acerca a él, se desploma en una silla, de forma que ella puede hablarle desde arriba, de pie.

—Anthony, por favor —dice—. No te reclutarán si trabajas para el director de la DIA. Papá te lo ha prometido.

—Mamá, fui a West Point, no a Harvard, ¿lo entiendes? Mi futuro está en el Ejército de Estados Unidos. Iré a donde me necesiten. No me necesitan en Inteligencia, me necesitan en Vietnam.

Su madre le toma las manos y las acerca hacia sí, apoyándose en el borde de la mesa de la cocina.

—Anthony, tú sabes por todo lo que tuvo que pasar tu padre, lo sabes mejor que nadie, ¡tú puedes comprenderlo mejor que nadie! Sabes dónde han estado tu padre y tu madre. En la guerra, Anthony. No leímos sobre la guerra, sino que la vivimos en nuestras propias carnes, y tú también. Sabes que los muchachos jóvenes también mueren en las guerras, ¿verdad? Y esos son los afortunados, porque los que no tienen tanta suerte, regresan como Nick Moore, ¿te acuerdas de él? Y otros vuelven en un estado intermedio, como tu padre. Te acuerdas de tu padre, ¿no? ¿Es eso lo que quieres?

Sin apartar las manos de ella, Anthony responde:

—En primer lugar, y sobre todo, yo no soy él.

Tatiana lo aparta de ella y retrocede un paso.

—¿Sabes qué? —le dice con frialdad—. Harías bien en aspirar a ser la mitad de hombre que tu padre. ¿Por qué no aprendes a comportarte con nobleza y valor?

—Sí, claro —dice Anthony, asintiendo con la cabeza—. ¿Cómo iba a olvidarme? ¿Cómo estar a semejante altura? —Mira a su madre con ojos acusatorios—. Y desde luego, ha puesto algunos listones muy, muy altos.

—Bueno, seguro que no es por eso por lo que te has alistado para ir a Vietnam, ¿no? —exclama—. ¿Qué quieres demostrar con eso?

—Sé que te resulta muy difícil de creer, mamá —dice Anthony, meneando la cabeza con resignación— pero te juro que esto no tiene nada que ver contigo. Ni con él. —Tatiana se limita a mirarlo con ojos tristes y él, meneando de nuevo la cabeza, insiste—: ¡De verdad que no! ¿Es que no ves que ésta es mi vida? ¿Que quiero vivirla yo?

—¿Qué clase de rebeldía es ésa? —le espeta ella—. ¿Seguir los pasos de tu padre?

—Es evidente que para ti, nadie podrá nunca seguir sus mismos pasos.

—No, así no.

Se aproxima a él, para tocarlo, para abrazarlo; siente una inmensa tristeza por su hijo, pero éste levanta las manos, casi como para protegerse.

—Siempre me ha dicho que debo elegir lo que quiero ser en esta vida. Bien, pues esto es lo que elijo. Esto es lo que quiero.

Anthony pestañea.

—Tu padre —le susurra Tatiana— no quería ir a la guerra. No tuvo elección. ¿Crees que pasó por todas aquellas penalidades, que nos salvó, que se salvó a sí mismo, para que su primogénito pudiese ir a luchar contra el Vietcong?

Está tan enfadada que no puede soportar seguir allí frente a él ni un minuto más; se vuelve para abandonar la cocina. No quiere que Anthony la vea llorar por él.

Sin embargo, Anthony la coge de la mano para impedir que se vaya. La atrae hacia él y la mira con una inmensa pena.

—Lo siento, mamá. No te enfades conmigo, por favor —dice—. West Point fue mi elección, eso es cierto, pero esto no. Ahora tengo que ir. Al igual que él tuvo que hacerlo, ahora tengo que hacerlo yo, es mi deber. No

sé por qué papá se empeña en perder el tiempo luchando contra lo inevitable.

«Vuestra misión sigue siendo firme, rotunda, inquebrantable, y consiste en ganar nuestras guerras. Vosotros sois los gladiadores de esta nación en la arena de la batalla».

En algún lugar de la casa, tres niños pequeños están gritando. Ni siquiera el propio Alexander puede conseguir que los dos chicos permanezcan tranquilos mucho rato. En una ocasión, le gritó a Harry con voz atronadora: «¡Cálmate ya!». Y Harry, con la misma voz atronadora, le contestó, vociferando: «¡Me calmaré cuando esté muerto!». Y aunque nunca ha vuelto a levantarle la voz a su padre, tampoco se ha calmado todavía.

Tatiana se inclina hacia Anthony y apoya la mano en su cabeza rapada.

—No te enfades con tu padre, cariño —le susurra mientras le besa el pelo—. Sólo trata de salvar a su hijo de la manera que sea.

Se marcha a toda prisa de la cocina, incapaz de decirle a Anthony por qué su padre siempre lucha contra lo inevitable.

«Que otros se enzarquen en los debates que dividen el pensamiento de los hombres. Vosotros no. Vosotros, soldados de West Point, sed siempre dignos de la larga línea gris que se extiende desde dos siglos antes que vosotros».

Tatiana no puede enseñarle a Anthony el miedo que siente; no ve nada más que bandadas de cuervos volando en círculos sobre las cabezas de los habitantes de su preciosa casa en el desierto.

*La larga línea gris*

Anthony pasó el verano en casa, jugando a toda clase de juegos salvajes de guerra y en la piscina con sus hermanos, y se marchó a Vietnam en agosto de 1965. Pasha, Harry y Janie lo echaron mucho de menos cuando se fue.

Todos los días, cuando Alexander volvía a casa, lo primero que decía después de besar a Tatiana era: «¿Hay noticias?», en alusión a alguna carta o llamada telefónica. Durante el día, llamaba y decía: «¿Ha venido ya el cartero?».

Y si venía el cartero y traía noticias de La Chu, de Laos, de Dakto o de Quang Tri, Alexander se llevaba su paquete de cigarrillos al jardín que había frente al dormitorio y se sentaba a solas a leer las cartas de su hijo.

Alexander había empezado a encanecer. El feroz sol de Arizona le había curtido el rostro y tenía arrugas en las comisuras de los ojos. Sin embargo contaba con buenos genes de su madre italiana y de la familia de su padre, los primeros colonos. Aunque había ganado un poco de peso, Alexander trabajaba demasiado duro y entrenaba demasiado duro en Yuma para notar los efectos del paso de los años. Siempre erguido, con la espalda ancha, manteniéndose ojo avizor como siempre, paseaba su imponente figura con un aire tácito pero evidente de que era mejor no provocar su ira. Nadie podía tomarlo por otra cosa distinta de un militar.

Como sucediera ya con la guerra de Corea, sus labores de apoyo al combate se incrementaron en número de horas y frecuencia. Pasó a trabajar más de diecisiete días de servicio activo al año en Yuma, que seguía siendo la instalación de puesta a punto y pruebas de armamento más grande del mundo. A finales de los cincuenta y principios de los sesenta, cuando los chicos todavía iban en pañales y Anthony se prestaba a echar una mano, Tatiana seguía acompañando a su marido a Yuma una vez al mes, y colocaban los cochecitos de bebé junto a los de los demás en las puertas de los barracones familiares. Pero cuando los niños empezaron a ser ya demasiado mayores para ir en cochecito, Anthony ingresó en West Point y nació Janie, la inmensa instalación de Yuma se hizo demasiado pequeña para sus dos hijos salvajes y la hermana recién nacida de éstos, que se creía también un cachorro varón. O bien los niños ponían freno a

sus impulsos salvajes y empezaban a portarse un poco mejor, o se quedaban en casa con mamá mientras su padre se marchaba solo y se dedicaba a traducir cantidades ingentes de datos que llegaban directamente de los servicios rusos, así como a dirigir las sesiones de instrucción intensiva y las pruebas de armamento.

Al final, los niños pusieron freno a sus impulsos salvajes.

En 1966, tras su traducción ampliamente distribuida de las críticas que los soviéticos vertían sobre la primera generación del M-16 (la versión estadounidense del rifle Kalashnikov), que solía atascarse si no se limpiaba adecuadamente, Alexander fue ascendido finalmente al grado de comandante, tras haber servido durante veinte años como capitán. Richter le telegrafió sus felicitaciones desde Saigón con las palabras: «maldito cabrón insufrible, pero jódete, porque yo sigo siendo teniente coronel».

Y Alexander le contestó, también telegráficamente: «maldito cabrón insufrible. ¿Cuándo vuelve a casa mi hijo?».

Tras un período de doce meses en la segunda división aérea con un brillante expediente, Anthony se enroló para un segundo turno de servicio y pasó a ponerse a las órdenes de Richter, quien dirigía el puesto central de mando de las Fuerzas Especiales en las afueras de Kontum, con el curioso e inofensivo nombre de Grupo de Estudios y Observación o SOG. Anthony se incorporó a una unidad de tierra de operaciones especiales muy poco convencional. Se encargaba de dirigir un equipo de reconocimiento, un grupo denominado Misión de Búsqueda, Localización y Destrucción, SLAM por sus siglas en inglés, y un grupo de las *Hatchet Forces*: se convirtió en un boina verde. Volvió a enrolarse por un tercer período consecutivo de servicio y vivió un sangriento 1968, la ofensiva del Tet; se enroló por cuarta vez y sobrevivió a los ataques de la primavera de 1969 por parte del Vietcong. Durante una de sus misiones de reconocimiento a principios de junio de 1969, se hizo con unos documentos del Vietcong que demostraban que el enemigo estaba mucho mejor equipado y contaba con muchos más hombres de lo que pensaba el alto mando estadounidense, y que el ejército norvietnamita, el NVA, estaba inflando el número de bajas norteamericanas, asegurando que 45.000 soldados estadounidenses



armados habían muerto en la ofensiva de primavera cuando la cifra real era de 1718, frente a 24.361 enemigos muertos. Lo ascendieron a capitán.

A la casa llegaron copias de las siete menciones especiales de Anthony: dos Corazones Púrpura por una herida en el hombro y otra de metralla en la pierna, dos Estrellas de Plata, dos Estrellas de Bronce y la Cruz por Servicios Distinguidos por su heroísmo durante una incursión en Laos con su sección de reconocimiento. Después de que lo ascendieron a capitán, el telegrama de Richter rezaba así: «RTSP: el rango tiene sus privilegios, al menos ahora nuestro muchacho está supervisando grupos de estudios sobre el terreno y no tendiendo emboscadas en la ruta de Ho Chi Minh».

Lo que más sorprendió a Alexander durante todos aquellos años fue que su vida seguía adelante. Sus tres hijos rubios crecían a ojos vistas, Tatiana y él compraban árboles de Navidad, se seguían construyendo casas y contrataba a nuevo personal. Johnny se marchó y se casó... dos veces. Amanda abandonó a Shannon y a sus tres hijos por un albañil temporero de Wyoming y desapareció más allá de las fronteras del estado. Los Barrington se fueron de vacaciones a Coconut Grove, y a Vail, Colorado, para que los niños pudieran ver una cosa llamada «nieve».

Salían con amigos, jugaban a las cartas, iban a bailar, nadaban... Celebraron sus bodas de plata en 1967 con una excursión de siete horas en mula a Phantom Ranch, junto al río Colorado, y lo celebraron con el amor de los años y la experiencia, y con los susurros de él y las lágrimas de ella.

Todas las noches, cuando Alexander volvía a casa, ésta olía a pan recién hecho y a la cena; Tania aparecía vestida elegantemente y sonriendo, y se acercaba a la puerta para recibirlo, para besarlo, con su pelo sagrado cayéndole en cascada sobre los hombros, y él decía: «¡Tania, ya estoy en casa!», y ella se echaba a reír, igual que cuando tenía diecisiete años y vivía en Leningrado, en Quinto Soviet. Ella cuidaba de él, de sus hijos, de su casa, de su vida, igual que había hecho en Coconut Grove, igual que había hecho en Bethel Island.

Ellos vivían... mientras su primogénito estaba en los barrizales de las montañas de Dakto. Vivían mientras él estaba en Camboya y en

Khammouan, y obligaba al Vietcong a salir de Khe Sanh. Vivían mientras él combatía a orillas del río en Hué. Vivían y se sentían culpables, y luego enviaban paquetes de ayuda, ropa y alimentos y se sentían mejor, y tenían noticias de él y se sentían mejor aún. Durante esos años, Anthony nunca regresó a su país, ni una sola vez, pero sí llamaba el día de Navidad y hablaba con su madre, y luego, al final, decía en voz baja: «Saluda a papá de mi parte», y papá estaba escuchando por el teléfono supletorio y decía en voz baja: «Estoy aquí, hijo». Y charlaban unos minutos.

—¿Cómo te va por ahí?

—Bien, muy bien. Un montón de prisas y luego largas horas de espera.

—Sí, a veces es así.

—Lo odio.

—Sí, yo también lo odiaba.

—Aquí no hay nada parecido al campo de batalla de Verdún ni a los tanques de Kursk, aquí estamos siempre en la selva. Y siempre esta maldita humedad... Debe de ser como para ti el puente de Santa Cruz, en Swietokrzyskie.

—En Swietokrzyskie hacía un frío de muerte —dice Alexander—. Bueno, vigila tu espalda, no bajas nunca la guardia.

—Lo haré, papá. Lo haré.

Gordon Pasha tenía casi once años; Harry, nueve, y Janie casi seis. Tatiana tenía cuarenta y cinco años y Alexander, cincuenta.



La noche del domingo 20 de julio de 1969, todos se sentaron con los ojos clavados en el televisor. Tatiana pensaba en lo mucho que le habría gustado que su hijo Anthony estuviese allí, con ellos, y Pasha, como si acabara de leerle el pensamiento, dijo:

—A Anthony le encantaría esto.

Y Tatiana le preguntó a Alexander:

—¿Qué hora es ahora en Kontum?

—En Kontum es ya mañana —le contestó Alexander, al tiempo que Neil Armstrong daba un pequeño paso para el hombre y un gran salto para la humanidad, y ponía el pie en la Luna.

Y entonces, sonó el teléfono.

Tatiana y Alexander desviaron la mirada del televisor para mirarse mutuamente. La expresión de sus ojos era sombría; no podía ser alguien que viviese en Estados Unidos, porque todos los estadounidenses estaban pendientes de Neil Armstrong. Tatiana no podía ir a contestar la llamada, de modo que fue Alexander.

Cuando regresó, estaba muy pálido. ¿Qué recordarían sus hijos del 20 de julio de 1969?

Tatiana se levantó con dificultad del sofá y acudió al lado de Alexander, de pie junto al arco de entrada al salón. Abrió la boca para hablar pero no acertaba a pronunciar palabra. «¿Qué? —Quería decir—. ¿Qué es lo que pasa?».

—Anthony ha desaparecido —articuló Alexander en un tono inaudible.

Tatiana tuvo que taparse la cara para que no la vieran sus otros hijos, para que no la viera Alexander, sobre todo. No quería que él la viera así, pues sabía que su absoluta fragilidad asustaría a su marido. Si ella se venía abajo, sin duda él también se desmoronaría, como las chozas de las aldeas que bombardeaba durante la guerra. Pero ¿cómo va a ocultarle que la reina de picas de Pushkin, la que obra con mala voluntad, ha entrado en su casa? Está cegada por los cuervos, tiene sus picos puntiagudos clavados en los ojos. Iba a pedirle que no la tocara, pero él, siempre fiel a sí mismo, no se acercó a ella.

Pasó un terrible cuarto de hora a solas en el dormitorio, puede que veinte minutos, y luego salió abriendo la puerta de golpe.

—¿Qué quieres decir con eso de desaparecido? —dijo Tatiana cuando encontró a Alexander fuera—. ¿Desaparecido dónde?

Alexander, menos capaz que ella de abrir puertas de golpe, se sentó en silencio en la terraza para ver a sus hijos dando saltos en la piscina iluminada. Tenía a Janie delante, y la estaba ayudando a ponerse las gafas de buceo y las aletas. Tatiana se quedó en silencio hasta que él hubo

acabado de ayudar a la niña. A nadie le interesaba ya el hombre en la Luna.

Cuando Jane se fue andando con sus aletas para zambullirse en el agua, Alexander se volvió hacia Tatiana.

Tras el éxito de su misión de reconocimiento a principios de ese mismo mes, habían dado a Anthony un permiso de siete días. Se suponía que debía regresar al servicio de nuevo el 18 de julio, pero no lo había hecho.

—A lo mejor se le ha olvidado qué día tenía que volver a presentarse —sugirió Tatiana.

—Sí, a lo mejor.

—¿Lo están buscando?

—Pues claro que lo están buscando, Tatiana.

—¿Cuántos días han pasado?

—Tres.

Con él habían desaparecido todas sus armas y su pase de prensa especial del MACV-SOG, que le permitía transitar sin restricciones por todas las carreteras y ciudades survietnamitas. Lo único que tenía que hacer era enseñar el pase y podía subirse a cualquier avión, a cualquier camión, a cualquier transporte, y hacer que lo llevaran a donde quisiese. Pero no había enseñado el pase, no se había subido a ningún medio de transporte, no lo habían llevado a ninguna parte.

—¿Con quién se fue de permiso?

—Solo. En la hoja de registro consta que se dirigía a Pleiku.

Pleiku era una ciudad a cincuenta kilómetros de la base de Kontum. El teniente Dan Elkins, amigo de Anthony y jefe de reconocimiento, le había dicho a Richter que lo único que le había llamado la atención, posteriormente, era que Anthony hubiese querido irse de permiso solo. Lo había hecho bastante a menudo durante todo el año anterior. Normalmente, Dan y Ant, amigos desde 1966, viajaban juntos para divertirse y se iban al sur, a Vung Tau, de bares, a los clubes de oficiales, a relajarse un poco.

La otra cosa rara, al pensarlo retrospectivamente, era que Anthony no se había enrolado para un nuevo período de servicio. Su año de servicio

terminaba en agosto, y todavía no había dicho si iba a renovar su permanencia en el servicio activo. Como si tal vez no fuese a hacerlo.

Tatiana y Alexander permanecían en silencio, con la mirada fija en los chapoteos de sus hijos.

—¿Y qué piensa Richter?

—No lo sé. Yo no soy Richter, ¿no?

—¡Alexander!

—¿Por qué me gritas?

Señaló a los niños y ella bajó la voz.

—¿Por qué estás tan nervioso conmigo? ¿Qué cree Richter que le ha sucedido?

—¡No lo sé!

—¿Por qué me gritas? —Tatiana tomó aire—. ¿Lo han incluido en las listas de desaparecidos en combate?

Alexander se quedó inmóvil y finalmente negó con la cabeza.

—No estaba en combate.

Se quedaron mirando el uno al otro.

—¿Dónde está? —le preguntó Alexander a Tatiana con voz débil—. ¿No tienes tú las respuestas a todas las cosas?

Ella abrió las manos.

—Cariño, vamos a esperar a ver qué pasa. A lo mejor...

—Sí —dijo Alexander, levantándose bruscamente—. A lo mejor.

Ninguno de los dos podía seguir hablando de ello. Dieron gracias a Dios por los tres cachorros que se remojaban en la piscina, dieron gracias a Dios por las necesidades inaplazables e inmediatas de éstos.

Sin embargo, por la noche, cuando los niños ya estaban dormidos, se pusieron a examinar las cartas de Anthony. Se sentaron en el suelo del dormitorio y leyeron y releieron de forma obsesiva todas y cada una de ellas, tratando de encontrar alguna pista, aunque sólo fuera una sola palabra.

«La situación es mucho peor de lo que imaginábamos [...] Los comunistas resisten con mucha fuerza [...] Las medidas del Ejército de Estados Unidos no van a detener a los vietnamitas [...] Mamá, sólo estoy

recabando información de inteligencia, no te preocupes por mí [...] La mayoría de los montañeses, los miembros del pueblo Yard a los que entrenamos, no hablan inglés [...] Son buena gente, pero no hablan una sola palabra de mi idioma. Todos excepto uno, y siempre estoy con él por eso. Ha Si conoce mi idioma mejor que yo. A papá le caería muy bien, es un guerrero de raza [...] Unas tormentas devastadoras [...] Lluvias torrenciales [...] Un calor húmedo insoportable [...] La soledad de la selva [...] A veces sueño con lupino en el desierto. Debo estar equivocado, porque nunca lo he visto en Arizona. ¿Dónde estábamos, mamá, para que yo pueda haber visto campos de lupino púrpura?».

Anthony preguntaba por sus hermanos y su hermana y hablaba un poco de sus amigos, de Dan Elkins y Charlie Mercer, y de Tom Richter decía que era un comandante excelente. No hablaba de chicas. Nunca mencionaba a las chicas, ni en sus cartas de Vietnam ni en sus conversaciones telefónicas cuando llamaba desde West Point. No había llevado ninguna a casa desde el baile de graduación del instituto. Tampoco hablaba de sus heridas. No hablaba de las batallas ni de los hombres a los que había perdido o salvado. Esas cosas las sabían por Richter y por las copias de las menciones especiales de Anthony.

Nada de lo que aparecía en las cartas de su hijo llamaba la atención de una entumecida Tatiana.

—Aparecerá de un momento a otro —le dijo a Alexander con frialdad—. Ya lo verás.

Alexander no dijo nada y siguió sujetando las cartas en las manos, con aire sombrío, mudo, pálido. Tatiana lo atrajo hacia sí en el suelo y se sentaron con las cartas de Anthony entre ambos. Le sujetó la cabeza y le susurró:

—Chsss... Tranquilo. Todo saldrá bien. Seguro que hay una explicación muy sencilla.

Estaba tan desolado en sus brazos que Tatiana no dijo nada más para animarlo.

Esperaron a tener noticias. Pasó un día, y luego otro. Los hombres de Richter peinaron los bosques, los senderos y los arrozales que había entre

Pleiku y Kontum, registraron las chozas, los ríos, los barrizales en busca de algún rastro de Anthony, o de sus armas, o de su documentación. «Tiene que haber pisado una mina —le dijo Richter a Alexander al fin, en tono resignado—. Deben de haberle tendido una trampa. Le habrán tendido una emboscada. El camino entre Pleiku y Kontum era relativamente seguro y estaba lleno de soldados norteamericanos que lo transitaban, pero a lo mejor se desvió por alguna razón y tal vez...».

Pero sin un resto ni una sola prueba, el mando no podía declarar nada oficialmente.

Tatiana no dejaba de rezar porque no encontrasen ningún «resto» de él.

—No está desaparecido en combate —le dijo a Alexander cuando hubieron pasado otros tres días—. Entonces, ¿cómo lo llaman?

Lo había seguido a su cobertizo y en ese momento estaba a su lado, mirándolo fijamente.

—De ninguna manera. Sólo desaparecido. —Él no levantó la vista de su mesa de trabajo.

—¿Desaparecido? ¿Existe la designación de desaparecido, sin más?

—Sí.

—¿Cuál es el nombre oficial de esa designación? —Hubo una larga pausa.

—Ausente sin permiso.

Tatiana salió del cobertizo tambaleándose y dejó de hacerle preguntas. Los tres días se convirtieron en una semana, y la semana se convirtió en dos semanas.

Tatiana empezó a volver paso a paso sobre las baldosas que componían el camino de su existencia, a examinar cada recuerdo, lamentando alguno, exaltando otros, como si por el hecho de revisar las losas de la memoria pudiese encontrar aquellas que se habían roto y quizá repararlas, o tirarlas y destruirlas por completo, hacer cualquier cosa para que el 20 de julio de 1969 Tom Richter no los hubiese llamado desde Vietnam. Tal vez si hubiese muerto durante el asedio... Si hubiese muerto en el lago Ladoga, en el Volga, de tuberculosis, de su pulmón destrozado... Tal vez si no se hubiese creído las malditas mentiras de Alexander: «Vete, Tatiana. Estoy

muerto, Tatiana. Déjame aquí muerto y vete. Ah, y acuérdate de Orbeli». Tal vez si se hubiese quedado en Estocolmo, cuando estaba embarazada de siete meses... ahora sería ciudadana sueca. Anthony sería ciudadano sueco. No había guerra de Vietnam para los suecos. Sabía que no debía pensar así, con aquel nudo en el estómago y el corazón. Tal vez si, tal vez si...

Mientras Tatiana estaba ocupada con los nudos que sentía en el estómago, Alexander se encontraba al teléfono. Hablaba con el comandante en Yuma, con el comandante de Fort Huachuca, con el director de la DIA. Hablaba con el director de la jefatura conjunta del alto mando, hablaba con el presidente de la Escuela Militar de Defensa. Hablaba con Tom Richter casi todos los días. Richter, que dirigía el Control Central de Mando del MACV-SOG en Kontum entrevistó a trescientas personas que conocían a Anthony, que lo habían visto allí, aquí, en todas partes. Tenía a cuatro equipos de reconocimiento buscando a Anthony desde Vang Tau hasta Khe Sanh. Nadie lo había visto.

Parte de la dificultad consistía en que los soldados del SOG participaban en misiones secretas sin ningún tipo de identificación, sin barras ni estrellas, sin uniformes de ninguna clase, y luchaban y caían en el completo anonimato. Sin embargo, Anthony no participaba en ninguna misión secreta en el momento de su desaparición, sino que estaba de permiso oficial. Y ahora, estaba ausente sin permiso.

Alexander se encontraba sentado en el suelo del salón con Janie en el regazo, Harry a un lado y Pasha al otro. Tatiana estaba recostada de lado en el sofá de detrás, acariciando levemente con la mano la parte posterior de la cabeza de Alexander mientras veían *Misión: Imposible*. Los niños se quedaron embobados mirando hasta el momento de la pausa publicitaria, cuando Janie se puso a hacer el pino, Pasha dobló una de las rodillas de Alexander encima de la otra y empezó a golpearla con un martillo metálico para comprobar el reflejo de la rótula de su padre y Harry se sentó a horcajadas sobre éste para pedirle que le fabricara un temporizador para una bomba de agua.



—¿Que fabrique un temporizador? —exclamó Alexander—. Querrás decir que te ayude a armar un temporizador, ¿no, Harry?

—No, papá, primero quiero fabricar yo las piezas y luego armarlo.

—Mira, papá. Sé hacer el pino. Me enseñó mamá. ¿Cómo lo hago?

—Papá, ¿sientes eso en la rodilla?

—Sí, Pasha, siento los golpes del martillo en la rodilla.

Alexander movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo. Tatiana lo observó y luego se inclinó y le besó la frente.

—¿Por qué me besas en la frente? —dijo él—. ¿Acaso estamos en Deer Isle?

La pausa publicitaria había acabado... y entonces sonó el teléfono. En apenas dos segundos, Alexander se quitó de encima a los niños, se separó de los labios de Tatiana y acudió a toda prisa a la galería, junto al receptor, y se puso a hablar en voz baja, despacio, olvidándose de todo.

—No lo entiendo —le dijo Tatiana más tarde, esa misma noche—. ¿Por qué estás hablando con el director de Inteligencia Militar? ¿Cómo va a saber él algo de Anthony?

—Sólo estoy explorando todas las opciones, Tania.

Y Alexander le dio la espalda.

De modo que Tatiana también le dio la espalda, dio la espalda a la fortaleza que ambos se habían construido alrededor, la fortaleza rodeada por un amplio foso, con las puertas levadizas cerradas, donde nadie más que ellos podía entrar. Las cosas que los habían unido, las cosas que los habían mantenido unidos: nadie conocía esas historias, sólo ellos... y Anthony, el niño que había vivido con ellos en Deer Isle, que había tenido que quedarse huérfano un tiempo en Berlín, por ellos. Sus otros hijos, sus otros amigos... ninguno de ellos lo sabía. Nadie conocía esas historias, las historias que habían quedado sepultadas en los abismos del pasado.

Pasaron las semanas.

—Por favor... esperemos a ver qué pasa —insistía Tatiana una y otra vez, repitiendo esas palabras huecas a su marido, cada vez más desanimado y triste. Se paseaba a su alrededor cada noche enfebrecida, sin dejar nunca la mente quieta, ni cuando cocinaba, ni cuando les leía a los

niños ni cuando se acostaba en la cama con él. Una parte de ella siempre se estaba moviendo, siempre en danza alrededor de su orgullo—. ¿Por qué no...? No sabemos nada. Vamos a esperar hasta que lo encuentren.

—¿Y dónde van a encontrarlo? —Alexander estaba sentado fuera, en su silla, fumando. No paseaba arriba y abajo.

—Vamos a esperar, ¿de acuerdo? —dijo ella, paseándose arriba y abajo delante de él.

—¿Estás diciendo que esperemos a ver si encuentran alguna parte de su cuerpo? ¿A ver si ha pisado una mina, o si lo alcanzó un RPG-7? —Alexander hablaba en un tono de voz muy alto—. ¿O si lo sorprendió una explosión cuando estaba volviendo a Kontum? ¡Bueno, pues yo no pienso quedarme esperando a ver eso! ¿Es eso lo que esperas tú?

—Déjalo ya —susurró Tatiana. Le temblaba la voz—. Sólo te pido que tengas un poco de fe, soldado. Un poco de fe, eso es todo. —Hablaba retorciéndose las manos. Alexander se calló.

—¿Cómo voy a tener fe —preguntó, al fin, en un susurro—, cuando parece haber tan pocos motivos para tenerla?

Tatiana se habría echado a llorar de no haberlo visto a él tan necesitado de su consuelo. Aquello era lo único que le impedía desmoronarse sobre el suelo de mármol travertino, quedar reducida a cenizas allí mismo.

—A lo mejor tienen razón, a lo mejor se ha ido, está ausente sin permiso...

—Sí, esperemos eso. A lo mejor está ausente sin permiso —dijo Alexander—. A lo mejor es un drogadicto. ¡A lo mejor el opio que es para él su chica se ha apoderado de su mente y ahora está en los Urales con ella!

—¡Preferiría que estuviera ausente sin permiso que muerto!

—Si está ausente sin permiso, le harán un consejo de guerra —dijo Alexander—. Después de treinta días, hay pocas diferencias entre estar ausente sin permiso y la desertión. ¿De verdad quieres que hagan a Anthony un consejo de guerra por desertión en pleno conflicto bélico? No duraría vivo mucho tiempo, Tania.

Y entonces Tatiana dio rienda suelta a sus lágrimas. Ya no habría consuelo para Alexander, quien se levantó de golpe y se metió adentro. Tatiana se quedó a solas en el suelo de travertino.

Pasaron treinta días.



Su vida se detuvo. Contemplaban a Pasha, Harry y Janie reír y jugar, alegres porque eran niños y no podían evitarlo. Reían y sus padres los miraban con la sonrisa congelada en los labios, mientras los pequeños se divertían en la piscina y jugaban a pelearse y veían *Misión: Imposible*. Los niños hacían todo cuanto podían por levantar el ánimo a sus padres. Pasha no dejaba de hablarles sobre las cosas que había leído, y Janie siempre estaba ayudando a Tatiana a preparar pasteles, tartas de merengue y pastas de hojaldre, las favoritas de su padre. A Harry siempre le parecía que tenía que esforzarse más porque era el tercer hijo varón. («Puede que Anthony fuera el primero —le explicaba su inseparable hermanito Gordon Pasha, el rey de los filósofos, en lugar de los guerreros— pero yo fui el más deseado. Mamá y papá lo intentaron quince años antes de tenerme. Tú Harry, pequeñajo, tú llegaste por casualidad al cabo de siete meses. Tú tenías que haber sido Janie»). Así que Harry siempre se esforzaba mucho más. Hacía las cosas que pensaba que más agradarían a su adusto pero adorado padre. Con madera, piedra, bloques de hielo, ramas, cactus y metal, Harry no hacía más que tallar, labrar, modelar y fabricar armas de todas clases. Hacía pistolas de jabón, fabricaba cuchillos con palos y también tanques grises de papel maché. Tenía docenas de granadas de mano hechas de hielo, perfectas, guardadas en tres congeladores distintos. Una noche lo encontraron delante del vestidor de Alexander poniéndose el cinturón portamunición de éste lleno de granadas de hielo que no dejaban de chorrear agua por la moqueta.

Cuarenta días.

No podían dormir. Daban vueltas y más vueltas en la cama, y hacían el amor entrecortadamente, rezando por un momento de olvido que nunca

llegaba.

—Tengo que saber qué es lo que piensas —dijo Tatiana al fin, después de horas interminables de insomnio una noche imposible—. No quiero saberlo, pero tengo que saberlo porque no puedes llevarlo tú solo. Mírate. Harry te ha hecho hoy una magnífica réplica de una mina Claymore, o al menos espero que fuera una réplica, y ni siquiera has podido darle las gracias. Dímelo y ya está, sácalo fuera. No me digas lo que piensa Richter ni lo que piensa Dan Elkins. Dime lo que piensas tú. Tú eres el único a quien yo escucho.

Tatiana se incorporó en la cama.

Alexander permanecía tumbado de espaldas, con los ojos cerrados.

—Deja de mirarme —dijo—. Estoy agotado.

—Shura, ¿de qué tienes tanto miedo? Dímelo. Mírame.

Sabía que no la miraría porque no quería que ella viera en su interior, al igual que Tatiana le había permitido que le diera la espalda porque ella tampoco quería ver en su interior.

Aquella noche también le dio la espalda, pero ella se encaramó a él para mirarlo de frente, se sentó encima de él y no dejó de provocarlo, de pincharlo y de tocarlo hasta que él no tuviera más remedio que salir de la cama para decírselo. Alexander hizo lo que hacía siempre cuando no podía hablarle sobre cosas imposibles: le hizo el amor.

Acababa de terminar cuando Tatiana dijo:

—Has llamado a todos los militares del servicio de inteligencia que conoces, ¿qué es lo que buscas?

—¡Por Dios Santo! ¡Déjalo ya! —Se puso los calzoncillos largos y salió afuera, al jardín. Ella se echó la bata por encima y lo siguió. Estaban a finales de agosto—. ¿No es obvio? —dijo, sin dejar de fumar y pasear por los estrechos senderos, a través de las flores del desierto.

—¡No!

—Estoy buscando a Ant, Tania.

—¿En el servicio de inteligencia?

Se plantó delante de él. Él alzó los ojos para mirarla.

—Ahora que ha pasado tanto tiempo —dijo un demacrado Alexander — y que sigue sin haber señales de él, creo... —Hizo una pausa—. Creo que puede que hayan hecho prisionero a Anthony.

¡Prisionero! Tatiana le escudriñó el rostro. ¿Por qué había dicho eso en un tono tan desconsolado? ¿Acaso no era mejor eso que la otra alternativa?

—Eso es lo que llevo buscando todo este tiempo —admitió—. Cualquier dato relacionado con información clasificada sobre él en un campo de prisioneros.

Se miraron fijamente, Tatiana con el gesto cada vez más sombrío a medida que iba asimilando la gravedad de lo que su marido le estaba diciendo. No podía tocarlo, sentía todo su miedo desde el otro lado del sendero.

—¿Por qué piensas esas cosas? —dijo, intentando parecer despreocupada—. ¿Es que no tenemos ya bastante? Siempre te digo lo mismo: que esperemos a ver qué pasa. —Le tocó la mano—. Anda, volvámonos a la cama.

—¿Después de martirizarme toda la noche no quieres oírlo? —exclamó Alexander, incrédulo. Tatiana lo soltó y no dijo nada—. Dime, si el ejército norvietnamita lo ha hecho prisionero, ¿crees que el KGB podría estar interesado en el paradero de un soldado estadounidense cuyo nombre es Anthony Alexander Barrington?

—Shura, ¿qué te he dicho? No me cuentes nada más. —Se llevó las manos al corazón.

—Si lo han capturado...

—Por favor, no hables más, te lo suplico...

Tatiana retrocedió unos pasos, pero él fue tras ella y la asió de los brazos, con la mirada llameante.

—En Rumanía —dijo Alexander— cogieron a un hombre de sesenta y ocho años y lo llevaron a Kolima. Lo condenaron a diez años. El hombre había escapado de un colectivo de Kazajstán en 1934. ¡En 1934, Tania! Y era un hombre cualquiera, inofensivo, un hombre que se había subido a un tren y no se había bajado de él.

—¡Por favor, cállate!

Pero Alexander no quería callarse.

—¿Tú qué crees, que los del KGB han cerrado mi abultadísimo expediente o que sigue abierto?

—Lo que piensas es absurdo —dijo Tatiana sin aliento—. Ellos no...

—Anthony realizó tres períodos de servicio en Vietnam sin incidentes y desapareció un mes antes de terminar el cuarto. ¿No crees que se le ha acabado la racha de suerte? ¿No crees que la reina de picas de Pushkin obra con mala voluntad?

—No —contestó ella en un susurro, temblando.

—¿De verdad? ¿Te acuerdas de Dennis Burck, del Departamento de Estado? Él lo sabía todo acerca de mí, de ti, de mis padres... ¡absolutamente todo! Si los norvietnamitas capturaron a Ant, ¿cuántas semanas crees que tardaría un lacayo detrás de un escritorio en relacionar mi expediente en el KGB con su nombre? Nuestro viejo amigo el ciudadano francés Germanovski consiguió pasar once controles de carretera en Bélgica antes de que lo detuviesen. Eso es lo que tardaron en encontrar su nombre en sus archivos. ¿Cuántos controles de carretera más crees que tardarán en descubrir a Anthony Alexander Barrington?

Alexander la soltó, se alejó de ella y luego se puso a mirarse las manos, como esperando encontrar en ellas respuestas distintas a sus preguntas.

Tatiana también se alejó apresuradamente.

—Te preocupas sin necesidad. —Hablabas con un hilo de voz—. Hay millones de soldados y aquello es un caos.

—No como en Bélgica después de una guerra mundial, claro —dijo él.

—Millones de soldados vietnamitas. No buscan soldados norteamericanos que fueron soldados del Ejército Rojo. Además, Anthony tiene veintiséis años y, evidentemente, él no es tú. Estamos en 1969; aunque lo hubiesen... capturado, nadie lo relacionaría con nada. Es mejor que lo hayan hecho prisionero pero que esté vivo, Shura, créeme —dijo Tatiana, apartándose otro paso de él, y luego uno más—. Yo sí sé algo de eso.

—Y yo también —repuso Alexander, apartándose de ella con las heridas y los tatuajes de sus torturas en los campos alemanes y en los campos soviéticos—. Yo también sé algo de eso.



Los días seguían pasando. El rencor se hizo dueño incluso de su cocina blanca e inmaculada, donde no se había pronunciado ni una sola palabra desagradable en once años. En esos momentos estaban sentados en extremos opuestos del bloque de granito negro, sin tocarse, sin hablar. Era de noche y los pequeños, como seguían llamando a sus hijos ya crecidos, estaban durmiendo. Tatiana acababa de preparar la masa para el pan del desayuno del día siguiente. Alexander acababa de cerrarlo todo antes de acostarse. Fingían tomar el té tranquilamente.

—No sé qué es lo que quieres que haga —dijo Alexander al fin—. Dime dónde está e iré a buscarlo.

—Yo no sé dónde está, no soy adivina. Además, ¿de qué estás hablando? No quiero que vayas a ninguna parte. Era antes, ¡antes!, cuando quería que le dijese que no se fuera.

—Y le dije que no se fuera.

—Tendrías que habérselo impedido.

—¡Es un teniente en el servicio activo! ¿Debería haber llamado a Richter y decirle que papá iba a prohibir a su hijo de veintidós años que fuese a la guerra?

—Deja de burlarte de mí.

—No me burlo de ti, pero de verdad, ¿qué crees que debería haber hecho?

—Más. Menos. Otra cosa.

—¿Y por qué no se me ocurriría?

—¡Ojalá hubiésemos hecho algo antes! —exclamó Tatiana—. Nos lo tomamos con despreocupación, sin darle importancia.

—¿Quién se lo tomó con despreocupación? —repuso Alexander—. ¿Tú? —Negó con la cabeza—. ¿Yo? No. Yo no quería esto para él, y él lo

sabía. Podría haber ido a cualquier parte. —Se le quebró la voz—. Podría haber sido lo que él hubiese querido. Fue él quien quiso esto para sí.

—¿Y por qué crees que lo quiso? —le replicó Tatiana en tono mordaz.

Alexander golpeó la superficie de la mesa con las palmas de las manos.

—¿Y qué querías que hiciera al respecto?

—Deberías haberlo convencido para que no se fuese —dijo—. Al final, te habría hecho caso.

—¡A mí nunca me habría hecho caso! Habría hecho justo lo contrario de cualquier cosa que yo le hubiese aconsejado. Por eso intenté mantener la boca cerrada...

—Pues no deberías haberlo intentado con tanto empeño. Ya sabías lo que estaba en juego.

—Tania, ¡este país está en guerra! Y no sólo estamos en guerra, sino que además estamos en guerra para impedir que Vietnam siga el mismo camino que la Unión Soviética, que China, que Corea, que Cuba. ¿Quién sabe mejor que tú y que yo lo que eso significa? ¿Cómo podría habérselo impedido yo?

—Sí, claro, nosotros lo sabemos todo —se burló Tatiana—. Qué listos somos. Y míranos ahora. Deberíamos haber visto esto también, el futuro. Deberíamos haberlo visto.

—¿E impedirlo?

—¡Sí! —gritó—. ¡Sabías a lo que se arriesgaba! ¡Lo sabías!

—Vamos, estás siendo... muy poco razonable —dijo Alexander—. Y ésa es la palabra más agradable que me viene a la cabeza. Tatiana lo miraba con perplejidad.

—No creo que esté siendo poco razonable en absoluto. Tendrías que habérselo impedido.

—¿Cómo? —gritó él.

—A lo mejor si no hubieses vuelto de Berlín con tu uniforme verde militar no se habría quedado tan prendado de él. A lo mejor si hubieses dejado de ponerte la ropa del ejército a la menor ocasión... ¡pero no! ¡A lo



mejor si hubieses dejado de darle tu gorra de oficial en Deer Isle, como yo te pedía!

—Bueno, pues entonces a lo mejor tú deberías haber dejado de decirle a la menor ocasión que yo había sido soldado... ¡pero no! —exclamó Alexander—. A lo mejor deberías haberle enseñado menos mis heridas. ¡No era yo el que le enseñaba mi estúpida medalla de héroe de la Unión Soviética cada dos por tres!

—Ah, ¿y qué me dices de enseñarle a cargar un arma con cinco años? —le espetó Tatiana de inmediato—. ¿Y enseñarle a disparar cuando tenía doce? ¿Qué? ¿Acaso crees que no olía el azufre o el nitrato de potasio en tu ropa cuando volvías a casa del trabajo? Cuando le enseñas a tu hijo de doce años a disparar, cuando te llevas a tu hijo de dieciséis años a Yuma a probar lanzamisiles contigo, ¿qué crees que va a hacer con su vida?

—No lo sé, Tania —dijo Alexander restregándose la cara, cerrando los ojos—. ¿Quieres decir que a lo mejor, si tú y yo hubiésemos sido personas completamente distintas, esto no estaría sucediendo?

—Qué ingenioso eres... Bueno, pues míralo ahora, con su uniforme blanco, sus Corazones Púrpura, sus Estrellas de Bronce, sus Estrellas de Plata, con todas sus minas Claymore y sus rifles M-16, y desaparecido. ¿De qué le sirven ahora todas esas medallas, y tu gorra y tu rifle? —gritó Tatiana—. ¡Ha desaparecido!

—¡Ya sé que ha desaparecido!

—¿Dónde está? Llevas veinte años en el servicio de inteligencia, ¿es que no te han servido de nada?

—Sé muy bien las armas que están fabricando los soviéticos, pero no, no me envían informes con la localización de Anthony.

—Muy bonito, Alexander, te lo agradezco —dijo Tatiana, cruzándose de brazos—. Pese a tu sarcasmo, sigues sin saber nada. Deberíamos haber sido más sabios, más listos. Haber tomado mejores decisiones.

—¡Santa madre de Dios! —Alexander se metió los dedos en el pelo—. ¿Es que vamos a analizar todas nuestras decisiones? ¿Y cuánto tiempo atrás nos vamos a remontar? ¿A cada minúscula decisión que hayamos tomado a lo largo de los años? ¿A todo lo que pueda haber contribuido a

que Anthony pensase como pensaba cuando decidió ir a West Point de entre seis universidades? ¿Cuando decidió prorrogar su período de servicio por cuarto año consecutivo? ¿De verdad quieres hacer eso?

—No se ha convertido en lo que es por nada —dijo Tatiana—. Y como tú bien sabes, esas decisiones nunca son tan minúsculas. —Le lanzó una mirada muy elocuente—. Y sí, todas lo afectaron.

—¡Sí! —gritó Alexander—. Empezando por la primera.

Se quedaron callados. Tatiana contuvo el aliento y Alexander hizo lo propio.

—No me refiero a la decisión de tenerlo —dijo, sin ni siquiera tratar de bajar la voz—. Él no empezó con él, él empezó con nosotros. Y lo creas o no, lo nuestro empezó antes del momento en que te arrastraste por la nieve y sangraste en un camión de Finlandia a Suecia con él en tu vientre.

—Sí —le espetó ella—. La verdad es que lo nuestro empezó antes de eso, ¿verdad? Pero ¿cuánto tiempo atrás tienes que remontarte para cambiar tu propio destino, Alexander Belov?

—Todo el tiempo, Tatiana Metanova —dijo Alexander, y dio un golpe con los puños en el granito y tiró al suelo las tazas de porcelana antes de salir como un torbellino de furia de la cocina—. Todo el tiempo, hasta el momento en que crucé aquella maldita calle.



No había nada que decir después de eso. Sencillamente, no había nada que decir. Anthony no estaba. Alexander sí había cruzado aquella maldita calle, y ahora su hijo había desaparecido y no se podía hacer nada más que correr a responder al teléfono, jugar con los tres niños pequeños, trabajar, ir a Yuma. Mirarse el uno al otro. Acostarse en la cama junto al otro, dándose la espalda, mirando la pared, tratando de encontrar allí las respuestas, o vientre contra vientre, tratando de encontrar también allí las respuestas.

Caminaban con los dientes siempre apretados y daban portazos en las narices de su vida. Las semanas se convirtieron en meses, y al igual que

los días, la larga línea gris se hacía más larga y más gris con cada día que pasaba.

Cada jornada era como otro latigazo en la espalda de Alexander, como volver a agachar la cabeza para una Tatiana que cuidaba de sus hijos, de la casa y dirigía la sección de la Cruz Roja de Phoenix, sin apenas dirigir la mirada a Alexander. El desierto de Sonora con la mirada baja, con el miedo en las entrañas, con cada pensamiento un nuevo golpe de martillo en el corazón, cada recuerdo una nueva hoz en la espalda, hasta que ya apenas quedó nada bajo el tejido cicatricial, ni Alexander ni Tatiana.

Sólo el niño metiéndose en su cama a las tres de la mañana, atormentado por las pesadillas en las que su madre lo abandonaba para ir en busca de su padre, sabiendo que tal vez no regresaría jamás, y en sus pesadillas nunca regresaba.

Sólo la madre del niño, una muchacha de dieciséis años con su familia en la pequeña habitación de Quinto Soviet, con los pies en la pared, la mañana en que estalló la guerra para la Rusia soviética, el 22 de junio de 1941, escuchando la voz de su abuelo, de su amado *deda*, diciéndole: «Tanechka, ¿en qué estás pensando? Tania, la vida que conoces se acabó. Escucha lo que digo. A partir de hoy, nada será como habías imaginado».

Cuánta razón tenía... Y luego, dos horas más tarde, Tatiana estaba sentada en un banco comiendo helado, con su vestido blanco y sus sandalias rojas, el pelo alborotado cayéndole en la cara.

Leningrado sigue instalado aún con ellos, lo ven por todas partes. La desaparición de Anthony es la lucha continua y eterna de ambos contra su propio destino.

Su niño adorado, con el cuerpecillo moreno de Coconut Grove, caminando por la línea, detrás de su madre, separando las manos, riéndose, tratando de mantener el equilibrio, imitándola a ella. Se columpia arriba y abajo como un mono, en las barras, como ella. Sentado en los hombros de su padre, dándole golpecitos en la cabeza esquilada y llena de cicatrices, diciéndole «¡Más rápido!», y Alexander, que nada sabe de bebés, ni de niños, ni de chicos, corre más rápido, tratando de olvidar que es el hijo de

Harold Barrington mientras intenta convertirse en el padre de Anthony Barrington.

Y Harold Barrington diciéndole a un joven Alexander: «Si nos trasladamos a la Unión Soviética es para que llegues a ser el hombre que debes ser».

Y así lo hizo.

Y Alexander Barrington diciéndole a un joven Anthony: «Tú y sólo tú decidirás la clase de hombre que quieres ser».

Y así lo hizo.

Los pecados, las cicatrices, los deseos, los anhelos, los sueños de los padres... todo eso depositado en ese niño pequeño de Bethel Island que aprende a pescar, sentándose pacientemente a esperar el esturión prehistórico que no aparece. Y ese niño ahora ya no está. Ha desaparecido.

«Dios mío... —pensaba Tatiana—. Por esto es por lo que tuvieron que pasar mi madre y mi padre cuando Pasha desapareció. ¡Qué poco entendía yo el mundo entonces!».

Tatiana y Alexander se perdieron por el camino. Cuando Anthony desapareció, todos desaparecieron, todos se perdieron en los bosques de las atroces posibilidades de lo que podía haberle ocurrido.

Una noche, Alexander volvió a casa tarde del trabajo y se encontró a Tatiana tumbada en posición fetal en el dormitorio, encima de la cama, mientras los pequeños jugaban solos en el cuarto de juegos.

—Vamos, Tania —le dijo en voz baja, dándole la mano—. Todavía tenemos otros tres hijos. Ellos tampoco saben cómo encontrar el camino. Tienes que ayudarlos. Sin ti, no tienen nada.

—No dejo de esperar a la siguiente fase —susurró Tatiana, tratando de levantarse con dificultad—. ¿Qué será? ¿Cuándo llegará?

—No lo desees tanto, amor mío —dijo Alexander—. No tardará en llegar.



Llegó con una visita de Vikki.

Mucha gente llamó para expresar su solidaridad, su apoyo. Mucha gente llamó para darles consejo, consuelo. Francesca preparó la cena para Alexander y los niños durante semanas enteras. Shannon, Phil, Skip y Linda, todos ellos se encargaron del negocio de Alexander. Después de que Amanda lo abandonó, Shannon creyó que nunca reharía su vida, pero no tardó en conocer a una mujer llamada Sheila, también con dos hijos, a quien había abandonado su marido. Se fue a vivir con él, juntaron ambas familias y recibieron los parabienes y la entusiasta aprobación de Tatiana, para quien Sheila era casi como Francesca, así que ahora Sheila ayudaba a Tatiana a recoger a los niños de la escuela y los llevaba a las clases extraescolares de danza, o a baloncesto, o se los llevaba a su casa a jugar. Todo el mundo se mostraba muy solícito con ellos, todos los ayudaban.

Vikki no hizo nada de eso.

### *Ordo Amoris*

Vikki llevaba varios meses sin dar señales de vida, pues había estado viajando por Europa. Había despegado del aeropuerto Leonardo da Vinci de Roma y aterrizado en el Sky Harbor de Phoenix vía el JFK de Nueva York. Vikki alquiló un coche, se dirigió hacia el norte en Pima y giró a la derecha en Jomax. Pasó como una exhalación por las puertas pintadas de oro, atravesó el enorme patio cuadrado de piedra lleno de senderos, árboles y fuentes, se desplomó en una silla de la cocina blanca, dejó caer los brazos, dejó caer la cabeza y se echó a llorar a lágrima viva.

Alexander, enfundado aún en su traje pues acababa de llegar a casa del trabajo, y Tatiana, ataviada con un moderno vestido de seda a cuadros muy corto (la moda al fin le había dado la razón con su melena larga y limpia), se quedaron observando el llanto inexplicable de Vikki, mirándola primero a ella y luego mirándose el uno al otro con tanta aprensión que Tatiana fue incapaz de acudir al lado de su mejor amiga para abrazarla. Fue Alexander quien dio una palmadita a Vikki en la espalda, le sirvió una taza de café y un cigarrillo, y permaneció a su lado hasta que el episodio de llanto

ensordecedor fue remitiendo hasta cesar por completo. Vikki se tranquilizó lo bastante para hablar. Dijo que había llamado a Tom para desearle feliz cumpleaños y se había enterado entonces. Con una voz estridente, una y otra vez, no dejó de repetir que su marido ayudaría a Anthony, que encontraría a Anthony...

—Tom lo está intentando, Vikki —dijo Alexander con calma—. Hace todo lo que puede.

—Tom pertenece al servicio secreto, Alexander, él lo sabe todo.

—Bueno, esto no lo sabe.

—Tienen a muchos hombres rastreando esa selva. Si hay alguien que pueda encontrar a Anthony, ése es Tom.

—Supongo. Él y sus hombres llevan buscándolo cuatro meses. ¡Cuatro meses!

Era la hora de la cena. Los niños entraron como un vendaval y se abalanzaron encima de la tía Vikki, que se tranquilizó y hasta sonrió. Tatiana les dio de cenar a todos y Alexander sirvió vino a espuestas. Cuando los niños se fueron a dormir, los adultos se quedaron discutiendo las posibilidades.

Un hecho seguía siendo irrefutable: cuando desapareció, Anthony no estaba de servicio; estaba de permiso. Y a menos que se tratase de alguna trampa o hubiese decidido ausentarse sin permiso, los hombres no desaparecían así como así estando de permiso en una ciudad segura, llena de soldados estadounidenses, a cincuenta kilómetros de distancia siguiendo una carretera recta.

Parecía que Vikki tenía algo que decir al respecto. De hecho, parecía tener algo que decir con respecto a muchas cosas, pero sin mirar a Tatiana, no dijo nada, y ellos, sin mirarla a ella, no le preguntaron nada.

No hablaron entre ellos mientras se preparaban para meterse en la cama. Tatiana se puso a leer y Alexander salió a fumar al jardín el último cigarrillo de la noche. Una vez en la cama, siguieron en silencio. Con la boca prieta, Tatiana le decía a Alexander más cosas de las que éste quería saber. Él se deslizó hacia ella y le dio un golpecito con la cabeza en el brazo.

—Chsss. Estoy intentando leer.

Se inclinó hacia él y le besó el pelo. Pero no lo miró. Alexander se frotó la barbilla con aire pensativo, sin apartarse de su lado. La reacción de Vikki ante la desaparición de Anthony no había sido como la reacción de Francesca, y ésta se había pasado quince años dando de comer a Anthony y llevándolo en coche a todas partes y vigilándolo mientras jugaba con Sergio... que también se había alistado para combatir en el sudeste asiático, hasta que descubrió que tenía un linfoma y no pudo ir (ya estaba en fase de remisión y, lo que era aún más importante, en su casa).

Alexander dio un nuevo golpecito con la cabeza contra el brazo de Tatiana.

—Estoy... intentando... leer.

Alexander bajó la sábana que la cubría, le cogió el pezón entre los dedos y acurrucó la cara entre sus pechos. Tatiana dejó su libro.

Después de hacerle el amor, después del último «Oh, Shura...», después de apagar las luces, Tatiana dijo en voz queda, con la parte baja y hueca de la garganta:

—Es porque Vikki no tiene hijos propios. Por eso está tan afectada. Piensa en cuánto tiempo atrás se remonta la relación entre ella y Anthony. Lo ha conocido toda su vida, desde el momento en que nació, en Ellis.

—Lo sé —dijo Alexander, acariciándole la espalda.

No podía mantener aquella conversación con Tania. No sabía si podía mantenerla con Vikki.

Alexander esperó hasta estar seguro de que Tatiana dormía; ella seguía durmiendo siempre acurrucada en su brazo, ya fuese de cara a él, como vestigio de su tienda de Luga de hacía tantos años, o de espaldas, como vestigio de sus camas gemelas en Deer Isle, hacía tantos años. Se desprendió de ella con sigilo, se puso los calzoncillos largos y salió afuera.

Alexander encontró a Vikki en el patio cubierto de la parte de atrás, fumando. Vikki Sabatella Richter, de casi cuarenta y siete años de edad, seguía siendo lo que siempre había sido: una mujer muy atractiva, espectacular. Morena, bronceada, delgada, con el pelo largo, el cuello esbelto y largos brazos, las piernas también largas, esbeltas y bien

proporcionadas, que esa noche estaban cruzadas y desnudas. Tenía los tobillos afilados y las uñas de los pies pintadas de rojo al igual que las de las manos. Llevaba montones de maquillaje, montones de joyas, olía a perfume caro y a óperas y a noches fuera hasta altas horas de la madrugada. Era la amiga de ojos y pelo oscuros, busto generoso y sensacional que resultaba demasiado atractiva para ser amiga de la mayoría de las mujeres. La mayoría de las mujeres siempre quedaban bajo la alargada sombra de Vikki.

Alexander la conocía desde hacía casi un cuarto de siglo. Eran viejos amigos, pero en ese momento, por primera vez, Alexander la miró como nunca antes la había mirado, la miró como un hombre mira a una mujer. Y esa mujer estaba sentada en el porche de su casa, sumida y hundida en su copa y en su cigarrillo, y llevaba el pelo despeinado y el maquillaje de los ojos corrido. Para el hombre que había en él, aquella mujer deslumbrante parecía estar rompiéndose por dentro, con el corazón hecho pedazos.

—Qué bien se está aquí, Alexander... —dijo con su voz cargada de humo. Incluso su tristeza estaba impregnada de alcohol y de demasiados cigarrillos nocturnos—. Este sitio siempre me ha encantado. La verdad es que es mágico.

—Sí, se está muy bien.

Alexander se encendió su propio cigarrillo nocturno. Siguieron fumando y escuchando el fragor del viento. Siempre había luces encendidas en el valle, titilantes, como si todas las noches fuese Navidad.

Se respiraba una inmensa paz en aquella casa grande, en el desierto pardo y azulado, en el silencio de las montañas místicas.

—¿Estás preocupado? —preguntó Vikki—. ¿No puedes dormir? No me extraña. Tengo algo que puede ayudarte, si quieres. Yo tampoco puedo dormir cuando estoy muy nerviosa. Me he tomado una antes. Me queda media hora o menos.

—No, no necesito nada —dijo Alexander—. Nosotros ya llevamos meses así. Esto sólo es reciente para ti.

Vikki se quedó en silencio y luego rompió a llorar de nuevo, sollozando como si le estuvieran rajando el corazón. Alexander quiso



tranquilizarla, pero le falló la voz.

—¿Qué pasa, Vikki? —susurró.

—Ay, Alexander... —exclamó.

¿Ay, Alexander?

Pasaron varios minutos y, tras inspirar aire profundamente, Alexander habló.

—Vikki —dijo—, hablo con tu marido tres veces por semana para saber si tiene alguna noticia de Ant. Necesito que me digas... —Alexander volvió a inspirar profundamente—; ¿sospecha algo Richter que tal vez le impida ayudarme completa y absolutamente, de todo corazón?

Con un hilo de voz, Vikki susurró:

—No. Nada.

—Antes has dicho que tu marido lo sabe todo.

—Esto no.

Pasaron varios minutos de sollozos y lágrimas.

—Lo siento mucho, Alexander. Estoy tan avergonzada que no puedo mirarte a la cara. Por favor, no me odies.

—Vikki, el día en que te juzgue será un día muy triste para mí a las puertas del infierno.

Intentó no mostrarle su disgusto, su desaprobación.

—¿Crees que Tania ha visto a través de mí?

—Ésa sí sería una buena juez para ti. Pero creo que en este caso, no lo ha visto.

Siguieron sentados. Llorando de nuevo, Vikki dijo:

—Durante años supe fingir tan bien...

—Desde luego. —Alexander negó con la cabeza, consternado—. Los dos supisteis fingir muy bien. ¿Cómo diablos lo conseguisteis?

Cuando Vikki enmudeció, Alexander, angustiado por su silencio, se volvió hacia ella para mirarla, pero se angustió aún más al ver a Vikki sentada rodeándose el cuerpo con sus largos brazos, meciéndose hacia delante y hacia atrás. Alexander conocía muy bien aquella postura de angustia. Se volvió completamente para mirarla.

—Muy bien, tranquilízate. —Hizo una pausa y le dio unas leves palmaditas—. Vikki, ¿en qué estabas pensando? No entiendo cómo tú, precisamente, pudiste dejar que sucediera.

Vikki recobró la serenidad y escogió sus palabras con sumo cuidado.

—No dejé que sucediera. Luché contra él desde que cumplió los diecisiete años.

—¿Diecisiete? Dios mío, Vikki...

—No aceptaba un no por respuesta. Se lo dije desde el principio. Ant, ¿en qué diablos estás pensando? ¿Es que has perdido la cabeza por completo? Y él me decía: «sí».

Alexander cerró los ojos. ¡Diecisiete años! Vikki dejó de hablar.

—No tengas miedo de mí —dijo Alexander con un suspiro amargo, mientras apretaba las manos de Vikki—. Yo no soy Tania. También fui un muchacho joven y adolescente, y sigo siendo un hombre. Como hombre, lo entiendo. Como adolescente que fui, lo entiendo. Sólo... cuéntame qué pasó.

—Durante un año entero estuve rechazándolo, luchando contra él, eso fue lo que pasó. —Vikki hablaba en un tono de voz tan bajo que era como si no quisiera que la oyeran ni las propias montañas—. Al principio estaba escandalizada, como tú. Cuando me di cuenta de que iba completamente en serio, traté de disuadirlo, de convencerlo de que se olvidara de mí. Ni siquiera sabía por qué tenía que darle razones: eran tantas y tan insalvables... Desde luego, no hace falta que te las diga a ti ni a la mujer que va a sentir que he cometido un pecado imperdonable. Sin embargo, Anthony no atendía a razones, no entendía nada, no le importaba nada. Decir que se mostraba inflexible y completamente indiferente a todos y cada uno de mis argumentos sería quedarme muy corta. Era implacable.

—Chsss —le dijo Alexander—. Habla más bajo y más despacio, Vikki.

—Me rendí justo después de su graduación en el instituto, el verano antes de que se fuera a West Point. Tú le compraste su camioneta y una guitarra nueva ese año, ¿te acuerdas? Le encantaba su camioneta y tocaba muy bien la guitarra. Cantaba una canción muy buena, el *Rock de la cárcel* al estilo de Anthony. Me cantaba canciones en inglés, ruso, español... ¡y

hasta en mi italiano! —Con las lágrimas rodándole por las mejillas, Vikki entonó para Alexander las canciones que Anthony cantaba para ella—. Me cantaba *Cupido, Cupido, prego, y Tus ojos oscuros* era su especialidad: «*Ochi chernye, ochi strastnye, ochi zhguchie, i prekrasnye...*». —Se le quebró la voz—. Era un auténtico políglota... —Se le quebró la voz de nuevo y luego dijo, asintiendo—: Sí, tu hijo contaba con un auténtico arsenal. Y durante un año entero estuvo trayéndome todas sus armas... Era inofensivo, decía. Se iba a ir al cabo de unos meses. Ya no era un niño, tenía casi dieciocho años, como si ése fuese el único problema, ¡y ahora éramos dos adultos! Sabíamos lo que queríamos, un fin de semana largo en el Biltmore para calmar su ansia y saciar mi curiosidad. Yo le dije que para eso no le hacía falta un fin de semana entero y él me contestó que sí... que sí. —Negó con la cabeza—. Fuego auténtico, de verdad —susurró—. Era imposible negarse, imposible resistirse. Así que...

Alexander recordó a Anthony ese verano antes de marcharse a West Point, sentado a solas en la terraza, rasgueando la guitarra, desnudo en el calor sofocante de Arizona, cantando *Ochi Chernye* una y otra vez. Alexander y Tatiana se habían dicho en voz baja el uno al otro que aquella vez la chica debía de ser algo especial.

Esa noche, Alexander meneó la cabeza con incredulidad.

—Dejaste de resistirte —le dijo a Vikki al tiempo que se encendía otro cigarrillo—. Puedes saltarte esa parte.

Vikki asintió.

—Dejé de resistirme. Hasta la reina Victoria habría dejado de resistirse. —Buscando el alivio en los recuerdos viscerales, se rodeó el torso con los brazos y dobló el cuerpo sobre sus piernas cruzadas—. ¿Quieres oír qué pasó con lo nuestro después de eso?

Alexander se estremeció.

—No. Ya conozco el resto.

—¿De verdad?

Pero Vikki no lo dijo en tono sorprendido, sino escéptico, dudando de que de veras lo supiese.

Alexander repitió que así era.

—Hace muchos años —dijo—, cuando era aún más joven que Anthony, me encontré en una situación similar con una de las amigas de mi madre, que tenía la misma edad que debías de tener tú: unos treinta y nueve. Yo acababa de cumplir los dieciséis. Fue mi primera experiencia con una mujer, y fue estupenda, pero una vez la hube probado, lo que quería era probarlo con todas las chicas. Huelga decir que lo nuestro sólo duró un verano.

Vikki se examinó las manos.

—Bueno, pues yo no fui la primera para Anthony.

Ninguno de los dos sabía qué decir.

Alexander la miró un momento, como si cayera en la cuenta de algo.

—Vikki, te viniste a vivir aquí en 1958 y luego te fuiste de repente a Nueva York en 1961. Ese mismo mes de agosto, si no recuerdo mal. Cuando Anthony se fue a West Point.

—Sí.

—Tú no... no te irías a Nueva York... por él, ¿verdad?

—Creía que ya conocías el resto.

—Obviamente, menos de lo que yo creía.

—¡Alexander! —le susurró Vikki—. Nadie podía tocar a ese chico sin caer irremediablemente bajo su embrujo, y mucho menos una mujer de treinta y ocho años que ya había recorrido medio mundo, que creía haberlo visto, haberlo vivido y haberlo amado todo. Me hizo perder el juicio. —Vikki sintió cómo su cuerpo se estremecía—. No se ganó mi corazón, me lo robó. —Agachó la cabeza—. Pero tenía dieciocho años.

—No estás respondiendo a mi pregunta, Vikki.

—Sí lo estoy —dijo—. Sí estoy respondiendo a tu pregunta.

Alexander negó con la cabeza. A su propia Svetlana también le había roto el corazón, pero ella no había sido tan valiente. Había querido algo más de él que él no tenía ni podía darle. Cuando él la dejó, ella no había insistido. No se podía ni imaginar cómo su propio hijo había tratado a la mujer que tenía delante. No sabía qué preguntarle a continuación.

—¿Y... volviste a verlo?

—Sí —contestó—. Cuando le daban un fin de semana de permiso, venía a Nueva York y se quedaba conmigo.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que se fue a Vietnam —contestó Vikki. Eso fue lo que lo dejó boquiabierto.

—¿Seguisteis viéndoos durante cuatro años nada menos? —exclamó Alexander, perplejo.

—Sí. Así que no lo sabías todo, ¿verdad? Nuestro pequeño fin de semana en el Biltmore duró un poco más de lo que esperábamos. No sé cómo consiguió ocultároslo a ti y a Tania. A Tania sobre todo.

Alexander preguntó, pues era su deber:

—¿Y Anthony no lo terminó?

—No lo terminó —dijo Vikki, con la voz rota, con la serenidad rota— porque yo actuaba como si no hubiese nada que terminar. Yo era una mujer libre y despreocupada. Cuando él quería que nos viésemos, nos veíamos. Cuando no quería, no nos veíamos. No había presión por parte de ninguno de los dos. Nada de promesas, ni una sola exigencia para el día de mañana. Lo nuestro se basaba en pasarlo bien. Desde el principio hasta el fin, sólo pasarlo bien.

La silla de Alexander ya no estaba mirando hacia Vikki; él desde luego, no la miraba. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha. El cigarrillo le colgaba de la boca.

—No intentaré mentirte —dijo Vikki—. Lo pasamos de maravilla: Nueva York en los sesenta para un jovencito y su cicerone. Nueva York es una ciudad para todos los gustos y placeres, para toda clase de amantes. Incluso los amantes abocados al amor imposible como nosotros. Y no me engañé a mí misma ni por un minuto, Alexander —dijo—. Nadie mejor que yo sabía que lo nuestro era imposible. ¡Soy veinte años mayor que él! —gritó—. Cuando él tuviese cuarenta, aún un hombre joven, ¡yo tendría sesenta! Cuando él tuviese tu edad, aún fuerte y viril, ¡yo tendría setenta! ¡Pero si soy mayor que su madre, por el amor de Dios! Su madre y yo... No puedo mirarla a la cara. Esto es vergonzoso. Es humillante para mí estar explicándotelo.

—No hace falta que me expliques nada más.

—No quería que él pensara que cualquier cosa que hiciese podría hacerme daño —siguió diciendo Vikki—. Sé el miedo que le da eso a un chico que acaba de empezar a vivir. Era lo último que necesitaba, así que fingí que me daba lo mismo que siguiese viviendo su vida joven y despreocupada, la vida que necesitaba vivir y la que se merecía vivir, sabiendo que al final encontraría a alguien con quien casarse, alguien con quien tener hijos. No podía tener eso conmigo.

—Al fin y al cabo —dijo Alexander—, tú ya estás casada.

—Exacto. Con su comandante, además. —No miró a Alexander al decir aquello.

—¿Qué quería Anthony, Vikki? —dijo Alexander en voz baja.

—¿Tú qué crees, Alexander? —contestó Vikki—. Él quería lo que tú tienes, lo que has tenido toda tu vida. —Parecía estar en un trance de agonía—. Él no podía tener eso conmigo. Yo soy muchas cosas, pero sé cuáles son mis limitaciones, y él también. —Le temblaban las manos—. Y... la farsa de mi matrimonio me da un aire permanente de respetabilidad para no tener ese tipo de complicaciones en mi vida. Es mucho más sencillo así. Sin tener que dar nunca explicaciones por las carencias que pueda haber por mi parte. La vida para los fines de semana en el Biltmore es lo único que Vikki puede ofrecer.

Alexander la escuchaba y en el fondo deseaba no tener que hacerlo.

—Respóndeme —insistió—, ¿qué quería Anthony?

—Pues verás —dijo Vikki con fingido desdén—, ya sabes cómo son los jóvenes. Él quería pasarlo bien, quería divertirse al máximo, sus fines de semana en el Biltmore, sus paseos por el Hudson... Sí, claro, decía que me quería a mí. Quería a todas las chicas. Lo quería todo. ¿Y por qué no? Lo tenía todo. —Se echó a llorar—. Absolutamente todo. —Alexander examinó todas y cada una de las losas del suelo del patio—. Estaba segura de que terminaría conmigo después de un mes, después de seis meses, un año a lo sumo. Pero no, siempre volvía a mí —dijo Vikki, secándose las lágrimas—. Hasta que se graduó... Y entonces, sin ni siquiera mirar atrás, se fue a Vietnam. Le dije: «Menos mal que sólo estábamos pasándolo bien,

así te será más fácil marcharte. Gracias por haber pasado tantos buenos ratos conmigo. Gracias por los vales bajo la luz de la luna que tú y yo nunca hemos bailado, gracias por las promesas que nunca nos hicimos, por el sol que nunca llegó a brillar encima de nuestras cabezas. ¿No te alegras de no estar rompiéndome el corazón? ¿No te alegras, ahora que te vas, de no estar enamorado de mí?». —Vikki enterró el rostro en las manos.

Alexander se sentó con ella un rato, pero lo cierto era que no había nada más que decir. Cuando se levantó, le dijo:

—Vikki, a lo mejor tendrías que ir con un poco más de cuidado. Se puede perdonar que unos padres puedan haber estado ciegos, pero créeme si te digo que algo así es muy difícil de ocultar a los ojos de un marido.

Vikki hizo un ademán desdeñoso con la mano.

—Alexander, tú mejor que nadie sabes que, a diferencia de ti, Tom ha sido un marido pésimo. Un buen hombre, pero un mal marido.

—Hasta los maridos pésimos saben ver esa clase de cosas.

—Sí, bueno, pero cuando el marido lleva en Vietnam desde 1959, cuando vuelve a casa sólo un par de veces al año, y cuando pertenece al maldito Ejército de Estados Unidos desde 1941, yo sé que es incapaz de ver nada. Hace dos años que no veo a Tom. Llevaba seis meses sin hablar con él. De no haber sido su cumpleaños, no lo habría llamado y, desde luego, él no me llamó para decirme lo de Anthony. ¿Por qué iba a hacerlo? Yo no me preocuparía por eso. Él no sabe nada. —Hizo una pausa—. ¿Vas a decírselo a Tania?

—No lo sé —contestó Alexander—. No quiero decírselo, la verdad, pero durante veintiocho años se me ha dado muy mal ocultarle cosas a mi mujer. —Vikki desvió la mirada y Alexander la imitó, y se puso a recoger los vasos y a tirar las colillas—. ¿Crees que ahora es el momento de intentarlo?

Le dio las buenas noches a Vikki y, a paso sigiloso, con la respiración tranquila, volvió a la cama, tratando de escuchar la respiración de Tatiana.

—Estoy despierta —dijo ella.

Él lanzó un suspiro.

—Pues claro, cómo no...

Se volvió hacia él y permanecieron tumbados en silencio, con los brazos entrelazados.

—¿Has ido a hablar con ella?

Alexander asintió con la cabeza y escudriñó el rostro de ella, tratando de descifrar su expresión.

—¿Sabe dónde está Anthony?

—No. —Alexander la atrajo hacia sí—. No se lo he preguntado.

Tatiana apoyó el oído en el pecho de él y escuchó atentamente los latidos de su corazón.

—¿Le has preguntado... te ha dicho cosas que preferirías no haber oído?

—Me ha dicho cosas que preferiría no haber oído.

Alexander le contó a Tatiana lo de Vikki y Anthony. Cuando hubo acabado, Tatiana se quedó en silencio, y cuando habló, lo hizo muy despacio.

—De repente, parece mucho más sencillo de entender que Dasha no viera lo que pasaba justo delante de sus narices, ¿no crees? Ellos no se escondían... ni nosotros tampoco. Lo dejaban a la vista de todo el mundo, para que lo viésemos... y ahora lo veo en todas partes. —Se tapó la cara con las manos un momento—. Mi amiga Vikki siempre ha sido una chica muy apasionada —dijo luego—. Cuando la conocí, estaba llorando porque su primer marido iba a regresar del frente y ella no sabía cómo decírselo a su amante, a quien ni siquiera le había dicho que tenía un marido. Le fue infiel a su primer marido, le fue infiel al último, y le ha sido infiel a todos los novios que ha tenido entre uno y otro. Se enamoró de Richter, siempre había querido enamorarse de un héroe de guerra, y se casó con él en contra de lo que dictaba el sentido común y el buen juicio. Desde luego, a él tampoco le ha ido nada bien a su lado, y no voy a especular sobre cuál de los dos tiene la culpa, pero mi teoría es —dijo Tatiana— que eligió casarse con él precisamente porque sabía que con Richter ella siempre sería la amante y no la esposa. El papel le va a la perfección. —Tatiana hizo una pausa—. Y éste es mi pequeño consuelo para nosotros: Vikki ha tenido *affaires* amorosos en África, en Europa, en Asia y en Australia. Ha



recorrido el mundo entero y se ha divertido con todos. —Tatiana pestañeó con tristeza—. Y no ha sido hasta que ha llorado en la mesa de mi cocina hoy cuando he sabido que de todas las aventuras y los caprichos que han pasado por su vida, Anthony es el único chico a quien no va a poder olvidar.

Se quedaron en la cama mirándose el uno al otro. Tatiana asintió en silencio y acogió en la parte cóncava de sus manos el rostro de Alexander.

—Conozco muy bien el efecto hechizante de esas canciones de amor —le susurró.

Él se acercó a ella y le pasó el brazo por debajo del cuello, para poder sentir sus grandes y cálidos pechos contra su pecho desnudo, para obtener de ella consuelo, compasión.



A la mañana siguiente, durante el desayuno, lo primero que les dijo una Vikki demacrada y con el rostro surcado de lágrimas después de que los niños se hubieron ido a la escuela fue:

—Alexander, ¿se lo has dicho?

Alexander y Tatiana intercambiaron una mirada.

—Se lo he dicho —contestó él.

Vikki asintió.

—Bueno, pues ahora hay algo que debo decirlos a vosotros dos que no sé cómo decirle a Tom. Como podéis imaginar, hay razones por las que podría no ser tan comprensivo como tú, Alexander.

—Yo tampoco soy tan comprensiva como Alexander —intervino Tatiana con aire sombrío.

—Ya sé que no —dijo Vikki—. Porque tú no eres una pecadora. Lo siento. Es inexcusable y no sé qué decirte. Nos pasaremos la próxima década tratando de arreglar esto y de entenderlo, y sé que lo solucionaremos... porque tú has perdonado cosas peores que ésta. —Los tres agacharon la cabeza y fijaron la mirada en sus cafés—. Pero ahora mismo —continuó Vikki—, tenemos que encontrarlo.

Todos estaban de acuerdo. Tenían que encontrar a su chico.

Vikki extrajo una carta del bolsillo.

—Hace cuatro meses recibí esta carta de Anthony. En parte por eso me he estado escondiendo en Europa. No pensaba compartirla con nadie, y no quiero compartirla con vosotros ahora. Va a ser duro para vosotros escuchar su contenido y duro para mí leerlo. Si encuentran a Anthony algún día, también será duro para él saber que vosotros conocéis la existencia de esta carta. Y mi marido, que tanto quiere a Anthony, no puede, por ningún concepto, llegar a enterarse algún día de lo que dice. Por desgracia, ahora que Anthony ha desaparecido, hay algunas cosas en esta carta que debéis saber. —La desdobló con las manos temblorosas—. Yo voy a llorar. ¿Podéis leerla vosotros?

—No, no podemos leerla nosotros —dijo Tatiana, aferrándose al antebrazo de Alexander—. Lee tu carta, Vikki.

Vikki se estremeció cuando empezó a leer el contenido de la carta, se estremeció como si acabaran de golpearla... ya desde la primera palabra.

¡Gelsomina!

Con la esperanza de calmar la inquietud que sin duda sientes por mí, inquietud que sé que sientes desde hace años, te escribo ahora estas líneas. Vietnam no es el lugar más adecuado para hacer un examen profundo de conciencia (¿lo es Italia?), lo cual es perfecto para mí, porque como tú bien sabes, no me gusta preocuparme por esa clase de cosas, y aquí, ¿quién tiene tiempo para eso? Me gusta beber, fumar y divertirme con las chicas, como dices tú. Así que yo fui el primer sorprendido cuando estando en el norte, en Hué, encontré de forma completamente inesperada lo que había estado buscando toda mi vida. Y ahora tú eres la primera y la única que lo sabe: me he casado. Mi esposa vietnamita habla un poco de inglés, lo cual está muy bien porque yo no hablo vietnamita. Es joven, es un cisne blanco con su bicicleta y estamos esperando un hijo.

Vikki había dejado de leer. Tatiana y Alexander tuvieron que dejar de escuchar. Mientras Vikki trataba de serenarse, Alexander observó a una intensa Tatiana con expresión de concentración absoluta. Vio por su semblante inmóvil, por sus labios separados que apenas respiraban y su mirada fija, que pese al dolor, esperaba ansiosa que Vikki continuase. Ésta, serenándose apenas un poco, con la voz ya rota adelantándose a las líneas que, obviamente, se sabía ya de memoria, reanudó la lectura de la carta:

Creí que seguramente querrías saberlo; siempre te ha preocupado tanto mi vida y mis decisiones, dónde estaba y adónde iba, qué estaba y qué no estaba haciendo... Yo siempre te decía que ya tenía una madre, pero tú no te conformabas con el papel que te había tocado interpretar. Tú querías asumir aún más funciones. Por todo eso es por lo que te cuento lo que me ha pasado aquí, tan lejos de ti...

Han pasado cuatro años desde la última vez que toqué la guitarra para ti, desde que te canté *Malagueña salerosa*... Quizás, quizás, quizás piensas en mí cuando en la radio suena *The Rain, The Park & Other Things, Traces, Grazing in the Grass* y *Jean*.

Tuvimos nuestros años felices, tú y yo, pero ahora todo ha terminado, *Baby Blue*. Tú eras pura vida y yo fui un tonto, tan joven... ebrio con los paseos por Central Park bajo la enorme luna amarilla y los palos verde al otro lado de nuestras ventanas empañadas del Biltmore. Siempre estabas diciendo que no teníamos futuro... y tenías razón. Yo había estado soñando con *La luna che non c'e*. ¿Te acuerdas de cuando hablábamos de San Agustín? ¿De aquello que él llamaba *Ordo amoris*, el orden en el amor? Decía que la virtud verdadera y el amor verdadero por los seres humanos se definían asignando a cada objeto el grado preciso de amor que le era propio, que merecía.

Tú y yo siempre estábamos un poco descompensados en ese sentido. Tengo suerte de haber encontrado ese equilibrio junto a Moon Lai. Ahora tengo lo que tú siempre habías querido para mí, lo que siempre decías que yo mismo quería en realidad: casarme, tener un hijo y experimentar el amor verdadero.

Sin embargo, sigo estando en el corazón de las tinieblas, mi período de servicio no acaba hasta agosto y sólo por si ésta es la última carta que te escribo, quiero que sepas que hubo un tiempo en que creía que lo que sentía por ti era real, pese a lo imperfecto que fuese. Hubo un tiempo en que creía que lo que sentía por ti era Amor, con mayúsculas: *Vy sgubili menya, ochi chernye*. Ahora te estoy muy agradecido porque tú siempre supieses la diferencia, por haber sido mucho más sabia. Gracias por abrirme los ojos ante la ficción que fue lo nuestro, y que tanto se asemejaba a la verdad.

*Ti amavo e tremo.*

Anthony.

Ni Vikki, ni Tatiana ni Alexander fueron capaces de levantar la mirada. Vikki lloraba mientras besaba la carta de Anthony y la estrechaba contra su pecho. Tatiana estaba tan cabizbaja que parecía haberse quedado dormida. Y Alexander, con la mirada ensombrecida por las imposibles variaciones de cuanto había oído, estaba tratando de darle sentido a lo que no lo tenía. Cuando Tatiana levantó los ojos para mirarlo, los suyos ya no eran de cristal, sino *chernye* con *stradania*, empañados por el sufrimiento.

Tuvo todavía que vivir toda una jornada de trabajo y una tarde entera junto a sus hijos, pero por la noche, en el jardín privado de la parte posterior de la casa, Alexander, junto a Tatiana, se puso a pasear arriba y abajo como un león enjaulado. Ambos trataban desesperadamente de hacer encajar las piezas de un puzzle que no podían entender.

¡Anthony se había casado! Se había casado con una joven vietnamita embarazada y luego había desaparecido. ¿Podría haber enloquecido hasta el extremo de huir a los Urales con su esposa embarazada y haber abandonado a sus hombres, a su comandante, su deber, su código de honor militar y hasta su país?

¿Podía Anthony haber traicionado a Estados Unidos por una chica vietnamita llamada Moon Lai?

—No —dijo categóricamente la feroz madre de Anthony, una vehemente *Panthera leo*—. Durante toda su vida, ese niño sólo ha tenido un ejemplo de cómo ser un hombre, y ése ha sido el tuyo. Es tu hijo, Alexander —dijo Tatiana—. No nos quedamos en Lazarevo en 1942, no nos quedamos en Bethel Island en 1948, cuando en ambas ocasiones teníamos tanto que perder. Anthony no ha huido a los Urales con ella. Le ha pasado otra cosa.

Ambos agacharon la cabeza, desolados. Eso era lo que Alexander temía. Anthony era un graduado de West Point, capitán de las Fuerzas Especiales en el MACV-SOG, la élite de la élite. El SOG funcionaba de forma separada de las operaciones rutinarias, además de hacerlo en secreto, tanto en el ámbito de mando como de reconocimiento de amplio alcance, y rendía cuentas directamente a las más altas instancias. El SOG era sublime. Había 500.000 soldados en el sudeste de Asia, de los cuales 2000 eran de operaciones especiales, de los cuales Anthony era uno de los 200 soldados de asalto de infantería. Aquel hombre de West Point, aquel soldado, su hijo, no podía haberse ido sin permiso. Era sencillamente imposible.

—Tú a veces llamas *Gelsomina* a Vikki —dijo Alexander, con la esperanza de que Tatiana no advirtiese el tono de renuncia en su voz.

—Su abuela Isabella, que era una santa y se encargó de criarla, la llamaba así. Significa «jazmín» —dijo Tatiana—. Sólo la gente que la quiere la llama así. Pero ¿qué te pasa en la voz?

—Oh, Dios mío... —exclamó Alexander que, desconcertado, la miró a la cara—. Entonces, ¿por qué iba a casarse Anthony con otra?

—Porque Vikki está casada con Tom Richter —le contestó Tatiana—. Y porque Anthony sabe cuál es su sitio. Pero hace mucho tiempo, tu única palabra para mí fue «Orbeli». Te pedí que no me dejaras sin una palabra y no lo hiciste, me diste «Orbeli». «Moon Lai» es la palabra que nos ha dejado Anthony. A través de kilómetros y kilómetros, para otra mujer, es tan indescifrable como Orbeli, igual de exasperante, igual de absurda... y tan cargada de sentido como Orbeli. Es imperdonable, igual que lo que tú me hiciste a mí, puesto que tú sabías que yo no sabía lo que significaba

Orbeli, porque no sabía el nombre del director del Hermitage. Ese maldito director con sus cajas de obras de arte.

—Sí —dijo Alexander—. El arte era la única pasión de Orbeli. Lo mandó muy lejos para salvarlo.

—Todo eso está muy bien —dijo Tatiana—. Sólo que no eran precisamente las coordenadas de tu ubicación en el campo especial número siete de Sachsenhausen. —Esbozó una leve sonrisa—. Bueno, pues Moon Lai es la voz que emite Anthony desde la selva. Moon Lai es el Orbeli de Anthony.

Alexander no podía parar de fumar en el jardín de piedra.

—¿Y qué piensas hacer con esa palabra tan crítica? —preguntó—. La única persona que puede ayudarnos es el marido de una mujer que recibió una carta de nuestro hijo que ese marido nunca podrá leer. —Hizo una pausa—. Si le digo a Richter lo que sabemos, no nos ayudará, sino que irá, encontrará a Anthony y lo matará con sus propias manos.

—Bueno, evidentemente, no hace falta que le digas todo lo que sabes —dijo Tatiana, y a continuación, añadió—: ¿Por qué me miras con esos ojos escépticos y tristes? ¿De repente has perdido tu capacidad para decir lo que tengas que decir, sea lo que sea? Esto es por tu hijo. Llama a Richter, pon tu rostro valiente e indiferente y miente con toda tu alma.

Alexander había dejado de pasearse arriba y abajo y la miraba fijamente. Ella negó con la cabeza, apartó la mirada, volvió a negar con la cabeza enérgicamente y dijo:

—No. De ninguna manera. Por ninguna circunstancia. No.

Se acercó a él y él se acercó a ella. Se fundieron en un abrazo. Ella seguía siendo tan menuda como siempre en sus brazos, igual de esbelta, acurrucada contra su pecho, bajo su barbilla, los brazos de Alexander engulléndola aún.

—Oh, Tatia...

—Oh, Shura...

Estaban en su jardín nocturno y privado. Era octubre de 1969 y había empezado a refrescar. Alexander preparó una hoguera en una cerca de piedra y cuando el fuego estuvo lo bastante vivo, se desnudaron y él la

tumbó delante de él sobre una manta gruesa. Contaban con las barricadas de los macizos de flores, la hoguera y un muro bajo de adobe. Aquél era su Lazarevo privado bajo el firmamento de las estrellas de Perseo en Arizona. Hicieron el amor, y en tándem y al unísono emplearon sus labios con el otro, y luego Alexander se recostó en el muro bajo de adobe, con las piernas hacia arriba, y Tatiana se sentó en su regazo, con las piernas también hacia arriba, rodeándole el cuello con los brazos, con el ombligo desnudo contra el ombligo desnudo de él, corazón con corazón, boca con boca. Él la sostuvo encima todo el tiempo, con las manos en sus caderas, en su espalda, en su pelo...

Después, él se puso los pantalones del ejército y ella la camiseta del ejército de él. Tatiana se sentó frente al fuego y él se tumbó y apoyó la cabeza en el regazo de ella. Permanecieron inmóviles, sin hablar, mientras el fuego se consumía en el pequeño jardín.

—Cariño, por favor... —dijo Alexander—, ¿por qué me están cayendo tus lágrimas en la cara?

Ella le acarició la frente, los ojos y la barba.

—Oh, Dios mío... —repuso Tatiana—. Porque me doy cuenta de lo que has estado pensando, y no es lo que he estado pensando yo. Tú quieres ir a Vietnam a buscarlo. Por favor, no. No lo hagas. No podré soportarlo, Shura. No podré seguir viviendo si tú también desapareces. No puedo. —Un llanto quedó siguió a sus palabras—. ¡Ojalá hubiese muerto en los bosques del lago Ilmen! Debería haber muerto. Nadie creía que hubiera logrado sobrevivir. ¡Si hubiese muerto, nada de esto estaría sucediendo!

—Tania —dijo Alexander con amargura—, llevas treinta años contándole la historia del lago Ilmen a tu marido y a tu familia... para darnos fuerza, para darnos esperanzas, para darnos fe. Las dos lecciones más importantes que Anthony aprenderá en toda su vida están en esa historia. ¿Y ahora me dices que la lección de vida que contiene es que tú deberías haber muerto?

—¿Crees que Anthony se acuerda de mi historia en los bosques del lago Ilmen?

—¿Cómo iba a olvidarla? No puede olvidarla. —Levantó la mano para enjugar las lágrimas de su esposa—. Ayúdame. «Oh, da de beber a aquel que está presto a perecer» —le susurró—. Cuéntamela a mí.

Tatiana se inclinó, acercó la cara húmeda a él, los labios húmedos a los suyos, y lo besó, sujetándole la cabeza entre los pechos.

—*Cantar de los cantares*, el cual es nuestro —le susurró—. «Que me bese con los besos de su boca, porque mejores son sus amores que el vino...».

Se incorporó. Él se encendió un cigarrillo sin apartar los ojos de ella; vio cómo ella movía los labios, cómo le brillaban los ojos; inhaló nicotina, y a través de su aliento dulce, la oyó hablar en murmullos de cuervos y hermanos.



## Capítulo 15

### La reina del lago Ilmen

#### *Cuervos y hermanos*

Tatiana remaba a través del lago. No hablaba demasiado con Saika ni con Marina, concentrada como estaba en remar, pero oía vagamente su parloteo. Su abuelo siempre le aconsejaba que se llevase una brújula al bosque, por lo que en ese momento del cuello le colgaba una, aunque en realidad tenía sus dudas acerca de su utilidad. También estaba convencida de que el reloj, que había tomado prestado de Dasha, se atrasaba dos minutos... cada hora. Tatiana no tenía reloj porque no tenía noción del tiempo.

Tatiana sudaba ligeramente, perdida en sus pensamientos, cuando de repente vio una nube negra que se desplazaba a gran velocidad sobre su cabeza. Instintivamente, enarboló el remo en actitud defensiva. La nube estaba formada por cuervos que se abatían en picado, muy cerca de las cabezas de las muchachas. Los pájaros chillaron, batieron las alas frenéticamente y luego se alejaron y dejaron en Tatiana una sensación de perplejidad e inquietud.

—Hummm... —murmuró entre jadeos—. ¿Qué os ha parecido eso?

—¿Es una superstición, Tanechka? —dijo Saika con una enorme sonrisa—. ¿Los pájaros?

—Tania tiene razón, yo tampoco había visto nunca tantos, ni tan cerca —señaló Marina.

—Menos mal que Pasha no está aquí —comentó Tatiana. Miraba aún el cielo, hacia el lugar adonde se habían dirigido los pájaros. Continuó remando y Saika reanudó su conversación con Marina.

—¿Crees que quería irme de Oral? —le estaba diciendo Saika a Marina—. No. En Kazajstán fuimos muy felices. Pero de repente nos vimos obligados a marcharnos. Fue por culpa de esos malnacidos. Una noche intentaron matar a mi padre.

Tatiana aguzó el oído.

—¿Quién? ¿Quién intentó matarlo?

—No lo sé. Yo era muy pequeña. Sólo tenía diez años. Mi hermano me dijo que mi padre estaba haciendo demasiado bien su trabajo, y a los perezosos, los vagos y los haraganes a los que vigilaba no les gustaba. Por eso se presentaron una noche con palos de madera y palas y carbón en sus manos de ladrones.

—¡Qué horror! ¿Y qué pasó?

—¿Cómo que qué pasó? No lo mataron —Saika estaba muy alterada—, pero le abrieron la cabeza y le rompieron tres dientes. Y por poco lo matan.

—¿Y por qué pararon? ¿Lo dieron por muerto? —preguntó Marina.

—No, no estaba tumbado en el suelo. Era fuerte como un toro y luchó como tal. Luego mi hermano salió con una tubería de plomo y lo ayudó. Stefan y yo le gritamos que fuese con cuidado y que no se hiciese daño, pero él no atendía a razones. Blandía esa tubería de plomo como si fuese a matarlos a todos.

—¿Quién blandía la tubería de plomo? —preguntó Tatiana, algo confusa.

—¡Ya te lo he dicho! Mi hermano, Sabir. Le gritábamos que se quitase de en medio, pero él no nos hacía caso. Sí, teníamos otro hermano. Pero ahora está muerto.

La única respuesta de Tatiana consistió en ponerse a remar de nuevo mientras Marina, sin poder captar la mirada indescifrable de Tatiana, continuó la conversación con Saika con la voz entrecortada.

¿Cómo era posible que Saika no les hubiese contado que tenía otro hermano? ¿Y por qué era tan inquietante pensar en ello?

Llegaron a la orilla oriental del lago Ilmen a las once. Las chicas le habían prometido a la tía Rita que cogerían setas y bayas hasta las cuatro y que se dirigirían de vuelta a casa hacia las seis, lo cual les daba aproximadamente cinco horas en el bosque. Tatiana sólo contaba con aquel reloj, y Marina le pidió que se lo enseñara para ver si podía coordinar la hora con la posición del sol. Tatiana trató de enseñarle cómo hacerlo, pero Marina no aprendía demasiado deprisa. Saika había traído una cantimplora de agua y algo de pan y huevos. Acto seguido, Saika le pidió la brújula a Tatiana. ¿Para qué la necesitará?, sintió el impulso de preguntar Tatiana, pero la pregunta habría implicado tener que mirarla a los ojos, y después de la historia que había oído en la barca, Tatiana quería tener el menor contacto visual posible con ella.

¿Por qué nunca había mencionado a Sabir, su otro hermano? ¿Por qué no había ninguna foto suya en la casa, ni una palabra sobre él había salido de los labios de ningún miembro de la familia? El esfuerzo que hacía Tatiana tratando de no pensar en por qué el hermano estaba muerto y por qué la familia nunca lo mencionaba le hacía imposible concentrarse también en la búsqueda de los hongos. «No levantes la mirada —se dijo para sí—, agáchate junto a las hojas, busca las setas, encuéntralas y evita a toda costa la figura oscura que camina detrás de ti». No tardó en conseguirlo, y Saika desapareció de su campo de visión periférica.

Los pensamientos de Tatiana debían de rezumarle por los poros, porque Saika permaneció rezagada unos metros detrás de ella. Marina y ella cuchicheaban en voz baja. «Es mejor así —pensó Tatiana, agachándose a recoger los arándanos—. Pero ¿dónde estarán esas setas?».



En el espeso bosque de confieras reinaba un silencio absoluto. Justo en ese momento se le ocurrió pensar que hacía ya bastante rato que no oía nada de nada. Estaba demasiado concentrada tratando de encontrar setas y

no se había dado cuenta hasta entonces. Agachada bajo un roble, junto a dos setas idénticas, trataba de distinguir cuál sería un exquisito manjar y cuál podía ser venenosa.

—Marina, ¿tú qué crees? —preguntó—. ¿Ésta podría ser buena?

Volvió a llamarla por segunda vez y luego levantó la cabeza.

—¡Marina!

No hubo respuesta.

—¡Marina!

En ese momento, Tatiana se levantó y miró a su alrededor. No había ni rastro de ellas, ni siquiera percibía su presencia cerca. ¿Podía haberse alejado Tatiana tanto de ellas? Se volvió hacia un lado, luego hacia el otro. ¿Desde dónde había llegado hasta allí?

—¡Marina!

De repente cayó en la cuenta de que le había dado su brújula a Saika y no le había pedido que se la devolviera, y ésta no se la había devuelto. Sin saber qué hacer a continuación, hizo lo único que podía para demostrarse a sí misma que tenía la situación bajo control: volvió a agacharse en el mismo lugar de antes decidida a determinar si se trataba de un manjar exquisito o de una seta venenosa. Optó por lo primero y cuando fue a cortar el hongo se acordó de otra frase de Saika: «Tanechka, por favor, ¿me dejas tu cuchillo para que pueda cortar esta seta *podberyozovik?*».

Tatiana le había prestado a Saika su cuchillo y no le había pedido que se lo devolviera, y ésta no se lo había devuelto.

—¡Marina!

Tatiana decidió esperar a que Marina y Saika fueran a buscarla, porque de lo contrario ella las buscaría a ellas y ellas la buscarían a ella y al final se perderían todas.

—¡Marina! —siguió gritando—. ¡Marina!

*Sabir*

Marina y Saika estaban sentadas en el suelo, ocultas entre los matorrales, detrás de dos rocas inmensas.

—¿Hasta cuándo nos vamos a quedar aquí? —Quiso saber Marina.

—Hasta que venga a buscarnos.

—¡Pero podrían pasar horas! Venga, ¿cuánto tiempo? Sólo cinco minutos más, ¿de acuerdo?

Saika no contestó.

—¿La has visto en la barca? ¿Cómo me juzgaba cuando contaba la historia de mi familia?

Marina se encogió de hombros.

—No creo que estuviera juzgándote. Creo que sólo te escuchaba.

—Se cree que sólo porque no se imagina a sí misma haciendo algo, está mal que lo hagan otros. Bueno, pues odio que me juzguen. ¡Lo odio!  
—exclamó Saika.

Se suponía que debían esconderse sin hacer ruido. Marina contuvo la respiración.

—Creo que a Tatiana le ha sorprendido que tuvieses otro hermano, eso es todo. Nunca lo habías mencionado. Por eso se ha quedado tan callada.

—Está muerto. No hablamos de los muertos.

—Sí, ya lo sé —dijo Marina despacio—. Pero los muertos también dejan huellas de sí mismos tras de sí, ¿no? La gente que los quiere habla de ellos, los recuerda, cuenta historias sobre ellos. Sus fotografías cuelgan de las paredes... Siguen viviendo.

—Puede que en tu mundo sí, pero mis padres no estaban muy contentos con Sabir. Los defraudó. No iban a colgar fotos tuyas de las paredes...

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

—¿De verdad quieres saberlo?

Y de repente, Marina dijo:

—Pues no, la verdad es que no...

—No pasa nada, Marina, no te preocupes. No hay ningún secreto entre nosotras, ¿verdad? ¿Qué quieres que te diga? No supe calcular las

consecuencias. Mi hermano y yo... jugábamos a unos juegos de niños... que se nos fueron un poco de las manos, por decirlo de alguna manera.

—Por favor —dijo Marina—, no me cuentes nada más.

—Fue Stefan quien se enteró; nos sorprendió un día y nos dijo que huyéramos, que nuestro padre nos mataría si llegaba a enterarse. Así que huimos.

—Saika, por favor... no quiero oír ni una palabra más. —Se levantó.

—¡Siéntate, Marina! Supongo que después de escaparnos, papá obligó a Stefan a decirle hacia dónde nos dirigíamos. Y luego partió en nuestra busca. Tras atraparnos en la frontera iraní, nos llevó a Sabir y a mí a las montañas.

—Saika, por favor...

Sin ni siquiera bajar la vista, Saika continuó hablando.

—Nos llevó a las montañas, sacó su rifle, nos puso contra las rocas y nos ordenó que le dijéramos de quién había sido la idea. Yo le dije que de Sabir, porque como era el favorito de papá, no creí que fuese a hacerle daño. Pensé que le daría una paliza, y como Sabir era un chico y estaba acostumbrado a las palizas, me levanté y dije: «Fue idea de Sabir, papá». Mi hermano me miró a los ojos y dijo: «Oh, Saika...». Y papá le apuntó con el rifle y le disparó.

Marina se atragantó entre jadeos.

—Después de dispararle —prosiguió Saika en tono indiferente—, sacó su látigo y me azotó, es verdad, hasta dejarme medio muerta, y luego me cargó en su mula y me trajo a casa. Nos marchamos a Saki dos meses más tarde, cuando se me curó la espalda.

Saika se quedó callada y Marina enmudeció.

—¿Tú qué crees, que mi padre fue demasiado severo conmigo o que no?

Esbozó una mueca.

—No sé por qué me dices esas cosas... —respondió Marina entre gimoteos—. Con razón Tania...

—Tania —dijo Saika— es una bruja. Personalmente —añadió encogiéndose de hombros— creo que mi padre fue demasiado severo

conmigo. Todavía no entiendo por qué se puso así. ¿Sabes lo que me dijo antes de azotarme? «Como no pareces estar muy arrepentida, voy a hacer que te arrepientas ahora mismo».

Marina dio un respingo y se tapó la cara con las manos.

—¿Qué hora es?

—Las dos y cuarto.

—¡No puede ser! —exclamó Marina—. ¡Las dos y cuarto! ¡Dame ese reloj!

Efectivamente, el reloj señalaba las dos y cuarto.

—Tenemos que volver, Saika. Se suponía que Tania iba a encontrarnos enseguida. Algo ha salido mal.

—No vamos a volver. Si volvemos, perdemos.

—Se suponía que iba a ser una broma. ¿Qué tiene esto de gracioso? Además, ¿por qué no la hemos oído llamarnos?

—¡Y yo qué sé!

—¿Era fácil encontrar esos guijarros que has puesto en el camino?

—Eso espero.

Pasó otra media hora.

—Es evidente que no viene. Voy a ir a buscarla.

—No, no vas a ir, siéntate —le ordenó Saika sin alterarse.

—Olvídalo, Saika. Ya no tiene gracia.

—Tendrá gracia cuando aparezca.

—¡Pero no aparece! A lo mejor se ha ido por otro lado, a lo mejor no la hemos oído, pero está claro que, después de dos horas, no viene.

—Aparecerá en cualquier momento.

—Bueno, pues quédate tú aquí a esperarla.

Saika se levantó.

—Te he dicho que te sientes, Marina.

Perpleja, Marina miró a Saika fijamente.

—¡No viene!

—¡Marina!

—¡Saika!

Marina no le tenía miedo.

Saika dio un paso al frente y empujó a Marina al suelo. Marina levantó la mirada hacia la presencia imponente de Saika e intentó levantarse. Sin embargo, antes de que pudiese darse media vuelta y echar a correr, Saika, jadeando, metió la mano en la bota, sacó el cuchillo de Tatiana y dijo:

—Vas a hacer lo que yo te diga y te estarás muy quieta y calladita.

Marina se quedó mirando el arma, estupefacta. Pestañeó sin poder dar crédito a sus ojos, pero la hoja del cuchillo relucía con brillo amenazador delante de ella, a un metro escaso de su cara.

—Saika —dijo débilmente—, ya no quiero seguir jugando.

—Marina, ¿crees que tú decides cuándo se acaba el juego? Es como si le estuvieras diciendo «Se acabó» al gato.

—Pero yo no soy el ratón...

—Ah, ¿no?

—No. —Marina frunció el ceño, confusa—. Creía que el ratón era Tania.

—Tú no sabes nada. —Saika negó con la cabeza—. Tania sólo finge ser el ratón, pero en realidad es... olvídale. No voy a explicarte estas cosas, eres demasiado pequeña.

Marina empezó a temblar.

—Pero es que no viene...

—¿No? —Saika sonrió—. Creo que tienes razón. ¿Y sabes qué? Sí que se está haciendo tarde. Andando, vamos.

—¿Adónde? —susurró Marina.

—A la barca, Marina. ¿Adónde creías?

—¿Sin Tania?

—Bueno, yo no veo a Tania por aquí, ¿la ves tú? Marina dio un respingo.

—¿Quieres volver a la barca sin Tania? ¡¡¡Tania!!!

Saika tapó la boca a Marina sin miramientos y ésta le mordió.

—¡Zorra! ¿Por qué has hecho eso?

Marina la apartó de un empujón y siguió gritando:

—¡Tania! ¡Tania! ¡Tania! ¡Tania!

Saika le dio una bofetada.



—No vuelvas a hacer eso o te cortaré la lengua con el cuchillo de Tatiana, ¿entendido?

Sólo había una cosa de Marina que Saika no sabía y que Marina no estaba dispuesta a compartir con ella en ese preciso instante: le aterrizzaba el bosque. Saika le daba mucho miedo, pero no tanto como la oscuridad impenetrable de la espesura de los árboles. Saika tenía la brújula, el cuchillo, el reloj y las cerillas, de modo que no tenía más remedio que seguir a Saika.

Mientras se mordía el labio para no volver a gritar el nombre de Tania, Marina empezó a seguir despacio a Saika, quien se sacó un puñado de guijarros del bolsillo y los arrojó al suelo.

—No me gusta ir tan cargada. —Sonrió, encogiéndose de hombros—. Pensé que los guijarros le harían el camino de vuelta demasiado fácil.

### *El segundo mayor lago de Europa*

Al principio, Tatiana se preocupó por ellas. A Marina le daba miedo todo; si se perdía se asustaría, sobre todo si caía la noche sobre el bosque.

Empezó a oscurecer. Se dio cuenta demasiado tarde de que le habían gastado una broma pesada. Echó a andar en una dirección, luego en otra, no las oía por ninguna parte. Empezaba a ponerse cada vez más nerviosa. Tenía que sentarse.

Y entonces cayó la noche, y Tatiana se tendió en el suelo en posición fetal, temerosa de hacer un solo movimiento. Oía toda clase de ruidos en el bosque, no veía las estrellas, ni el cielo, nada. ¿Cuándo se darían cuenta la tía Rita y el tío Boris de que habían desaparecido? Sin embargo, no era el miedo a que los animales del bosque la devorasen lo que le corroía las entrañas. ¿Era la preocupación que sentía por Marina? No... no exactamente. Pero era algo parecido. Algo relacionado con Marina. Algo relacionado con Saika.

Saika, la chica que había causado problemas entre Dasha y su novio el dentista trayendo a Stefan a casa justo cuando Mark estaba allí, la chica

que la había embestido con su bicicleta, la chica que vio a la abuela de Tatiana llevar un saco de azúcar y se lo dijo a su madre, quien se lo dijo a su padre, quien le dijo al sóviet de Luga que Vasili Metanov se había quedado con un saco de azúcar que no tenía ninguna intención de devolver... La chica que hizo algo tan inconfesable con su propio hermano que por poco la mata su propio padre... y ella misma había dicho que el chico había salido aún peor parado, y ese mismo hermano, al que nunca antes había mencionado, estaba muerto. La chica que no tenía miedo de los cuervos ni los serbales, que no presentía los malos augurios, la chica que le había contado a Tatiana historias terribles, la que se había alejado de Marina cuando ésta se estaba ahogando, la que había vuelto a Marina en contra de Tatiana, la chica que no creía en los demonios, ¿podía ella...? ¿Y si...? ¿Y si aquello no era un accidente?

Saika se había llevado su brújula y su cuchillo.

Pero Marina se había llevado su reloj.

¿Podía haber tenido Marina algo que ver con aquello? ¿Podía haberla traicionado Marina? ¿Y si habían echado a correr alegremente por el bosque y habían regresado a la barca y vuelto remando a casa? ¿Podía Marina haber dejado atrás a Tatiana en el bosque del lago Ilmen?

### *El honor entre ladrones*

—Bueno, ¿y ahora qué? —Marina y Saika llevaban caminando lo que parecía una eternidad—. ¿Dónde está el lago, Saika?

—No lo entiendo —murmuró Saika—. La brújula señala al noroeste, que es la dirección en la que deberíamos ir, y estoy segura de que hemos caminado tanto como cuando vinimos, y a pesar de eso, el lago sigue sin aparecer por ninguna parte. No lo entiendo.

Marina se rio en voz baja.

—¿Te estás guiando por la brújula de Tania para sacarnos de aquí? Esa brújula es inútil. No sirve para nada.

—¿Qué quieres decir con eso de que es inútil?

—No sé cómo decírtelo más claramente: no funciona —dijo, con la voz ligeramente trémula—. Y ahora son ya casi las ocho. No tenemos brújula, ni guijarros, ni forma de salir de aquí. Ni comida, ni luz ni cerillas. Ni tampoco a Tania.

Saika apretó los dientes con fuerza y anunció con la voz impregnada de furia:

—Lo ha hecho a propósito.

—¿El qué?

—Me dio la brújula sin decir una sola palabra, a sabiendas de que no funcionaba.

—¡No se lo preguntaste! Le dijiste que te diera la brújula y ella te la dio, eso es todo. ¿Cómo iba ella a saber que pensabas dejarla tirada en el bosque? Tal vez de haberlo sabido se habría quedado con su estúpida brújula rota.

Durante unos minutos, Marina permaneció inmóvil delante de Saika, cansada, hambrienta, sedienta y muerta de miedo ante la perspectiva de pasar la noche en el bosque.

—Me voy a quedar aquí y me pudriré en este bosque.

—Muy bien —dijo Saika, y se dio media vuelta y echó a andar.

Marina se apoyó contra el tronco de un roble, con la esperanza de que la robusta corteza le insuflase un poco de valor.

Al cabo de unos minutos, Saika regresó.

—No seas idiota —dijo—. Ven, dos en el bosque es mejor que una sola.

—¿Qué vas a hacer? ¿Llevarme contigo a rastras? No pienso ir contigo. No sabes adónde vas, y dondequiera que vayas, yo no quiero ir contigo. Adelante, vete. Encuentra el lago y ponte a remar, y luego explícales a mi padre y a mi madre que nos dejaste a mí y a Tania en el bosque.

—Vamos, no seas tonta. No te quedes ahí parada. Caminemos juntas, vamos, movámonos.

—Saika, llevamos horas andando y no hemos encontrado el lago. —Marina se echó a llorar—. No tenemos cerillas. ¿Sabes siquiera cómo

encender una hoguera para no helarnos de frío?

—¿Sin cerillas?

«Tatiana sabría», pensó Marina con amargura. Deseó haberse perdido con Tania. Se oían crujidos constantes, ocasionalmente el ululato de un búho y, lo que era aún peor, un inquietante batir de alas en el aire.

Eran murciélagos. Marina sintió un escalofrío.

—¿Y si buscáramos una cueva? —preguntó con aire titubeante.

Si encontraban una cueva se pondrían a cubierto y no tendrían que pasar la noche tendidas entre la húmeda hojarasca. ¿Eran seguras las cuevas para los seres humanos? Marina no lo sabía. Deseó haber leído más libros. Tatiana seguro que lo sabía.

—¿Quieres meterte en una cueva, Marina? ¿Y si hay murciélagos dentro de la cueva? —Saika sonrió—. ¿Roedores voladores?

—Está bien —dijo ésta con la voz apagada—. Me rindo. ¿Adónde vamos? Marca tú el camino.

Hallaron una pequeña abertura en el lecho de roca del sotobosque. Marina parecía muy valiente hablando de cuevas, pero cuando llegó el momento de entrar en la hendidura, se puso muy nerviosa. ¿Era segura la cueva? No lo sabía. ¿Quién vivía en las cuevas? Robinson Crusoe. ¿Alguien más?

—¿Sabes qué? Creo que prefiero quedarme aquí.

—¿Pero si eras tú la que quería encontrar esta maldita cueva!

—Pero ahora no quiero entrar.

—Muy bien, pues quédate ahí fuera tú sola. —Saika se adentró entre los matorrales del sotobosque para acceder a la cueva y Marina aguzó el oído para tratar de captar algún ruido, pero Saika no gritaba—. Aquí se está muy calentito —dijo su voz amortiguada—. Y está todo muy tranquilo y silencioso. Se está muy bien. Ven, anda. Aquí no hay nada.

Marina se desplomó junto a un árbol. Cayó la noche. El bosque quedó sumido en la oscuridad en cuanto el último rayo de luz abandonó el cielo. No veía a Saika, no veía nada. Puede que en el mes de junio amaneciese muy pronto, puede que al cabo de pocas horas Marina ya pudiese volver a ver de nuevo, y entonces se levantarían y encontrarían el lago.

—¿Saika?

—¿Qué?

—¿Dónde estás?

—Estoy intentando dormir un poco.

—¿Y por qué no sales?

—¿Por qué habría de hacerlo? Aquí se está muy calentito y bien.

Marina no sabía cuánto tiempo había pasado. Estaba medio dormida cuando oyó cómo alguien se desplomaba pesadamente junto a ella. Había amanecido. Saika se encontraba a su lado.

—Esto es absurdo —dijo Marina cuando reemprendieron la marcha—. Espera a que les cuente a mis padres lo que has hecho y que ellos se lo cuenten a los tuyos, entonces sí sabrás lo que es bueno.

Saika se echó a reír.

—¿Crees que esto es peor que todo lo que he tenido que soportar en mi vida? ¿Crees que a mi padre le va a importar mucho esta tontería?

Marina sabía que Saika tenía razón.

Pasaron el resto del día tratando de avanzar, de encontrar el camino al lago, sumidas en la desesperación. Marina tenía frío. Estaba sucia, exhausta, muerta de hambre y sed.

—Mis padres se tienen que estar volviendo locos —dijo Marina mientras el cielo volvía a oscurecerse—. Y los de Tania también.

Saika se encogió de hombros y extendió el brazo para recoger un puñado de arándanos.

—¿Cuántas veces has pasado la noche en el bosque?

Marina miró a Saika fríamente.

—Nunca.

—Ah, pues si no están demasiado ocupados tratando de matarse el uno al otro, puede que sí se hayan dado cuenta.

Pero lo dijo con aire escéptico.

—¿Y tú? ¿Tus padres no te estarán buscando?

Saika dejó de comer arándanos un momento.

—¿Y cómo van a saber que he desaparecido? —Fue lo único que comentó.

Inconcebiblemente, pasaron otra noche en el bosque. Hacía ya horas que habían arrojado al suelo todas las setas que habían recogido tan primorosamente a lo largo del primer día. Se oían más ruidos en el bosque la segunda noche, y también estaba más oscuro y era mucho más inquietante, si es que eso era posible.

### *La tundra y la taiga*

La mañana amaneció fría y gris como el metal. Resultó que encontrar el segundo lago más grande de Europa después del lago Ladoga era una tarea harto dificultosa.

No hacía sol. Con él, Tatiana habría podido calcular la hora, habría podido calcular la dirección, habría podido preparar una fogata y asar las setas, y haber entrado en calor. Habría podido enviar señales de humo. El sol lo era todo, absolutamente todo.

Esperó lo que le pareció una eternidad para ver si salía, pero al final decidió que no podía quedarse quieta en el mismo lugar. Hacía ya horas que había dejado de chillar, pues el día anterior se había quedado sin voz. A lo largo del día intentó encontrar algo de agua a medida que avanzaba por el bosque, pero no consiguió hallar ninguna fuente o manantial. En su lugar optó por comer arándanos, que al menos saciaron un poco su sed.

Aflojó el paso hasta que dejó de caminar por completo, incapaz de dar un paso más, temerosa de darlo en la dirección errónea. ¿Qué le había enseñado Blanca Davidovna? Que no importaba lo lejos que se hubiese andado en el camino, si se andaba por el camino equivocado, siempre era mejor dar media vuelta, ir en la otra dirección y volver a empezar, pero esta vez siguiendo la senda correcta. Pero ¿de qué le servían esas palabras en ese momento? Cada sendero parecía el sendero equivocado, cada dirección parecía alejarla aún más del lago. Tatiana siguió comiendo arándanos, los malditos arándanos...

Había leído una vez que la taiga, la zona de bosque principalmente de confieras al este de los montes Urales, tenía cientos de kilómetros de

largo, y cuando terminaba, comenzaba la tundra de la meseta central siberiana. Tal vez la taiga del lago Ilmen terminaba allí también, en la tundra siberiana.

Pero ¿quién decía que iba en dirección este? Podía estar caminando hacia el sur, hacia Moscú, o al norte, al mar Báltico. ¿Cómo iba a saberlo? No se dirigía a ninguna parte porque había dejado de caminar. Tras permanecer sentada un rato sobre un árbol caído, sintió frío y, dando un suspiro, echó a andar de nuevo. Si por lo menos lograra encontrar un pequeño riachuelo... Al final éste la conduciría a una masa de agua mayor, puede que a un río, puede que incluso al propio lago. Si llegaba al lago estaba salvada, pero ni siquiera lograba encontrar un simple arroyo... Dos días de arándanos, dos días sin sol.

Tatiana intentó ver el lado positivo: al menos, no estaba lloviendo.

### *El honor entre ladrones empieza a flaquear*

A la mañana siguiente, llovía.

Al principio, la lluvia fue una bendición. Marina volvió el rostro hacia arriba, abrió la boca, sacó la lengua y dejó que las gotas de agua se le acumularan en la garganta antes de engullirlas. Siguió haciéndolo hasta que vio aplacada su sed y luego miró a Saika, que estaba debajo de un árbol, resguardándose de la lluvia.

—¿Por qué no bebes?

—No tengo sed.

—¿Cómo puedes no tener sed? ¡Hace dos días que no bebemos nada!

—¿Y qué? Los camellos no beben todos los días.

—Sí —dijo Marina con impaciencia—, pero tú no eres un camello.

—No necesito beber todos los días, obsesivamente, como tú —repuso Saika—. Además, los arándanos que me comí ayer llevan agua. Y por último, mírate, estás empapada.

Una vez que Marina se vio calada de agua hasta los huesos, sin posibilidad de secarse ni de obtener calor, sin esperanzas de hallar comida

ni de que alguien la rescatara, sintió tal desánimo que dejó de andar y se tumbó entre las hojas húmedas.

—Ya está. Vete tú. Si encuentras el lago y consigues cruzarlo, vuelve a por mí. Intenta recordar dónde estoy, ¿quieres? Igual que te acordaste de donde estaba Tatiana.

—Vamos, vamos —Saika tiró de ella—. Sólo es lluvia, no es el fin del mundo.

—Yo estoy segura de que sí.

Limpiándose la boca constantemente, Saika se sentó en el suelo y se quedó junto a Marina.

—¿Por qué te limpias la boca así?

—¿Así cómo?

—Así. —Marina la imitó—. Todo el rato.

—Es que no quiero beber, eso es todo.

—¿Te da miedo el agua de lluvia?

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Miedo? ¿Quién tiene miedo aquí? A diferencia de ti, yo me meto en las cuevas solita. No tengo miedo. Es sólo que no tengo sed.

«Éste es mi castigo», pensó Marina mientras cerraba los ojos y se apartaba de Saika.

—Mi justo castigo —murmuró— por seguirte.

—¿Y quién te está castigando? —Saika se echó a reír con disimulo.

—Traicioné a la sangre de mi sangre —dijo Marina—. Le mentí, le di la espalda, y ahora quien siembra vientos recoge tempestades. Me lo tengo merecido.

Volvió a anochecer, su tercera noche en la espesura del bosque. La luz había abandonado el mundo de Marina, que ahora consistía únicamente en sombra y oscuridad impenetrable, junto a su corazón, caminando de la mano con ella, y también su guía.

Marina escuchó con atención el resuello de Saika, que contenía la respiración antes de respirar, y luego volvía a contenerla.

—¿Qué haces?

—Nada.



—¿Por qué haces esas tonterías con la respiración?

—No estoy haciendo ninguna tontería. Intento no tragar —contestó Saika.

—¿Y por eso no respiras?

—Sí.

—¿Y por qué intentas no tragar?

—Porque me duele la garganta. Creo que estoy enferma.

—¿Tienes fiebre?

—¿Y cómo voy a saberlo? ¿Quieres tocarme a ver?

Marina no quería.

—¿Por eso no has bebido nada? ¿Por tu garganta?

—Ya te lo he dicho —contestó—. No he bebido porque no tengo sed.

En ese momento Marina se acordó de algo.

—Ya no has vuelto a comer arándanos.

—¿Y qué? Estoy harta de los arándanos.

—No tienes sed ni tienes hambre.

—Creo que estoy enferma, ya te lo he dicho.

—¿Te duele algo más?

—No.

Más tarde, en plena noche, Marina, que se había quedado dormida de lado, se despertó, o mejor dicho fue Saika quien la despertó con sus movimientos nerviosos, tumbada a su lado. Al principio Marina no dijo nada, esperando que Saika se calmase, pero pasaron varios minutos durante los cuales Saika se restregó la espalda contra el suelo y se rascó la cabeza, y se movió a uno y otro lado, y al final Marina ya no pudo soportarlo y se alejó de su lado. Y aunque logró conciliar el sueño de nuevo, fue un sueño inquieto y alterado por la cercanía de un cuerpo que no dejaba de estremecerse y temblar a escasos metros de distancia.

Había estado lloviendo todo el día y no había conseguido secarse. «No he dejado suficientes rastros a mis espaldas», se dijo mientras grababa la letra «T» en los árboles. Un símbolo de sí misma, como el tiempo era un símbolo del orden. «T» de Tatiana: que aún caminaba, aún albergaba esperanzas, aún creía, aún estaba viva.

¿Qué debía hacer? ¿Permanecer al raso? ¿Construirse un refugio? No podía hacer una hoguera sin sol y con aquellas ramas, tan húmedas. No había ningún lugar donde lavarse, nada con lo que lavar. ¿Podía hacer jabón con cenizas? ¿Cenizas y qué más? Las cenizas de la hoguera y un poco de... ¿manteca?

«Fabricaré jabón y me limpiaré con las cenizas, y seguiré adelante, seguiré viviendo, viviendo, cubierta de hollín, sucia, desaparecida, una mota en el bosque, y pronto estaré tan perdida que no me encontraré ni yo misma».

Gritó con voz débil: «Dasha, Dasha...». Gritó al cielo. «Tú, el que me has traído hasta aquí, sácame, no busco ningún otro guía».

¿Era eso lo que había querido decir Blanca Davidovna cuando le había dicho a Tatiana que las tres líneas principales de su mano, la del corazón, la cabeza y la vida, todas con un origen común, eran presagio de tragedia? Shavtala también lo había visto. ¿Era eso lo que habían querido decir?

Tatiana no lo creía, no creía que aquello significase que iba a tener una vida corta. Lo que significaban era lucha, sufrimiento, agonía, valores todos que presuponían un solo requisito: la vida.

Blanca no había dicho muerte, había dicho «la corona y la cruz». La corona, lo mejor, y la cruz, lo peor.

Tatiana deseó no haber sabido nada, nada en absoluto, acerca de las líneas de su mano, de los posos de su té, de la línea de Saturno, la línea del destino, bosquejada como profundo dolor en el centro de la palma de su mano.

Empezaba a anochecer de nuevo, la tercera noche.

Sólo una cosa seguía estando clara a medida que iba cayendo el crepúsculo, bajo la lluvia: Saika había abandonado a Tatiana en el bosque a su suerte, deseando su muerte, y Marina, fuese ciega o involuntariamente,

la había seguido; Saika era la guía de Marina. No se trataba de un rayo, ni de una inundación, ni de la escarcha o de algún accidente en el hielo del Neva, no; aquello era un acto de destrucción deliberado.

Tatiana había caminado por la espesura del bosque de taiga durante más de dos días tratando de encontrar el camino de vuelta, pero se le habían agotado las fuerzas. La verdad sobre Marina y Saika la había dejado desfallecida.

¿Cuál era la elección de Tatiana? Si sobrevivía y se convertía en una mujer adulta, ¿tendría que vivir en aquel caos azaroso de malicia? ¿No era mejor haber vivido su corta pero dichosa existencia en una vida ordenada y morir que existir en el abismo del otro mundo?

Se abrazó el estómago, replegándose cada vez más sobre sí misma. Luego se levantó y siguió andando por el inextricable bosque.

«No —pensó Tatiana—. Increíblemente, no». Tatiana quería vivir, eso era todo.

«T».

### *El agujero del suelo*

Tatiana había encontrado un pequeño claro al anochecer cuando lo vio. Los bosques se estaban vaciando despacio de luz, se estaban vaciando de color, también, y las hojas verdes y los troncos pardos se teñían de gris. Todo era de un gris oscuro, y el suelo era de un negro pardo, y el pelo de Tatiana también era negro, del barro y la suciedad. Había llegado a un pequeño claro natural en el bosque, y cuando lo rodeaba en busca de algo que comer que no fuesen arándanos, acaso moras u otros frutos del bosque, pisó un montón de hojarasca y ramas que cedió bajo sus pies y se hundió de repente. Sólo su innato sentido del equilibrio impidió que lo pisara con los dos pies. Tatiana se tambaleó, estiró los brazos y no pisó la hojarasca con el otro pie. Tras recobrar el equilibrio, se apartó y examinó el suelo. Las ramas parecían dispuestas siguiendo un curioso patrón que abarcaba una zona de unos tres metros cuadrados. Apartó las ramas con el pie y

éstas cedieron un poco. Tatiana las empujó un poco más y cedieron otro poco. Tatiana encontró un palo largo y empujó las ramas y las hojas hasta que cayeron en un agujero muy profundo. Tatiana olisqueó el agujero. Varias veces había encontrado conejos en proceso de descomposición en los bosques, pero aquel agujero no olía a putrefacción. Quienquiera que hubiese excavado el agujero, se había llevado la tierra del interior, ¿por qué? Entonces vio que junto al borde, en lo alto de las ramas, había moras, arándanos y trozos de manzana. Trozos de manzana cortados con cuchillo... ¡Era una trampa!

Una trampa para un animal muy grande, un animal que podía caer en el agujero y romperse algo, y luego no sería capaz de salir. Pero ¿cuál? No se le ocurría ninguno. ¿Un ciervo quizá?

Y fue entonces cuando oyó el ruido a su espalda, y el ruido le sorprendió, porque no era un ululato ni un aullido. Era el ruido de una respiración agitada, de alguien que inspiraba el aire y luego lo espiraba lentamente...

De alguien muy grande.

Tatiana se volvió despacio.

A veinte metros de distancia, a la orilla del claro, había un gigantesco oso pardo a cuatro patas. Tenía la cabeza ladeada hacia ella, con unos ojillos que no pestañeaban, intensamente alerta.

Tatiana se quedó paralizada. Nunca había visto un oso, no sabía que hubiese osos en esos bosques. No recordaba si eran carnívoros, si eran pacíficos, si era necesario tomar la iniciativa o era preferible aguardar a su reacción. No lo sabía, pero intuía que un animal tan grande y tan peludo no comería de la palma de su mano, precisamente. Si echaba a correr, ¿la alcanzaría? Un oso no era un tigre. ¿Podía correr un oso siquiera? Parecía torpe y estaba inmóvil, a cuatro patas, esperando, con la cabeza ladeada y los ojillos fijos en ella.

Tatiana sonrió y respiró por su boca aterrorizada mientras el corazón le latía desbocado. El oso también respiraba, lo oía. Tatiana no quería hacer nada que pudiera atemorizarlo, de modo que ahí siguieron los dos, en medio del bosque, Tatiana y un mamífero gigante peludo con cuatro patas.

De repente oyó un pequeño ruido a su espalda que la sobresaltó, el chasquido de una rama rota por el peso de un pájaro. El oso parecía olisquearla, porque dio un paso lento hacia delante. Tatiana dio un paso lento hacia atrás. Se hallaba entre el oso y la trampa. ¿Podría saltar por encima de un agujero de tres metros en el suelo? No era muy probable. ¿Y el oso? Seguramente sí.

—Tranquilo, oso —le dijo en voz baja.

El oso dio un resoplido.

—Osito bonito...

El oso siguió resoplando con calma.

—Osito guapo, oso que hibernas, osito bonito, date media vuelta y aléjate de mí y de este hoyo que alguien ha cavado para atraparte. No querrás que los tramperos vengan a recogerte; te matarán seguro. Vete. Sálvate. Aléjate de mí.

Muy despacio, el oso se movió hacia ella. ¿Cómo de rápido podía correr Tatiana?

—Que los tramperos vengan a recogerte...

Esa idea le siguió retumbando en la cabeza: los tramperos podían aparecer en cualquier momento a comprobar si había caído algún oso en el hoyo.

Tatiana tomó una decisión. Bajando las palmas de las manos, le dio la espalda al animal, contuvo la respiración, se agachó y saltó al interior de la trampa para osos como si se acabase de bajar del cerezo de un salto. Era prácticamente la misma distancia: dos metros.

Cayó de lado sobre las ramas espinosas. La caída de la bicicleta había sido mucho peor. Seguía aún tumbada de lado cuando levantó la cabeza y vio la cabeza ensombrecida del oso, que se asomaba para mirarla.

—No, no, no bajas aquí conmigo —le dijo Tatiana—. No saldrás nunca.

El oso no se movió. Tatiana sí lo hizo. Se apoyó sobre el brazo derecho para incorporarse, sujetándose a lo que parecía una placa redonda de metal. Se oyó el sonido metálico de un muelle de acero, y en la irreversible fracción de segundo siguiente, guiada por su instinto, Tatiana

pensó en la palabra «trampa» e hizo un movimiento desesperado con el brazo para librarse. Sin embargo, la pesada media luna de acero del cepo describió un semicírculo en dirección descendente y descargó un salvaje golpe sobre el antebrazo de Tatiana; se oyó el insoportable chasquido de un hueso al romperse, el insoportable chasquido de una trampa de hierro al cerrarse, y a continuación le siguió un dolor atroz e inhumano. En una fracción de segundo, sus desgarradores alaridos persiguieron al oso, que se había dado a la fuga, y retumbaron por el bosque hasta que Tatiana perdió el conocimiento.



Tatiana no sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Cuando se despertó, el primer sonido que emitió fue un prolongado gemido de dolor. La agonía del brazo no cedía lo más mínimo. La trampa debía de haberle seccionado el brazo en dos. Por suerte para ella, la trampa estaba diseñada para la zarpa de cuarenta centímetros de un animal de dos o tres metros de envergadura, no para incapacitar y retener a una adolescente cuyo antebrazo apenas medía veinticinco centímetros. Desorientada, mareada, gimiendo de dolor, Tatiana sacó su miembro hinchado de la trampa y se desmayó.

Cuando volvió en sí estaba muy oscuro, tanto dentro del hoyo como fuera. El dolor seguía siendo insoportable; ni siquiera podía tocarse la manga de encima del antebrazo. No podía apretar el puño con la mano del brazo herido, ni tampoco levantarlo ni doblarlo ni moverlo. Tatiana nunca se había roto nada, pero estaba segura de que era imposible que le doliese tanto y que no estuviese roto. Buscó a tientas restos de sangre, de huesos. Tatiana se relamió los labios, tenía sed.

Abrió la boca seca muy despacio y movió la garganta para articular sin voz las palabras que antaño había sabido recitar tan bien, las palabras que Osip Mandelstam, el hombre que ya no existía, había escrito: «Te llevaste todos los océanos y todo el espacio. Me diste mi pedazo minúsculo de

tierra rodeada de barrotes. ¿Y qué has conseguido con eso? Nada. Me dejaste mis labios, y ellos forman palabras, aun en silencio».

—Éstas son mis palabras en silencio —dijo Tatiana—. Querido Dios: no quiero morir sola en el bosque, en la tierra, como si ya estuviera en la tumba. Muy pronto las hojas, las ramas y el otoño caerán sobre mí, muy pronto vendrá el cazador y trasladará esta trampa a otro sitio, y me cubrirá con tierra fresca, y me enterrará, y ni siquiera tendré que moverme.

»No quiero morir —lloró Tatiana.

»No quiero exhalar mi último aliento en el interior de un hoyo.

»No he vivido —susurró.

»Apenas sé quién soy.

»Soy demasiado joven para que La Môle haya podido cruzarse en mi camino.

»Por favor... no me dejes morir sin llegar a conocer lo que es el amor.

En su desesperación, Tatiana arañó la tierra, en la oscuridad.

—Oh, Dios... Haré cualquier cosa. Lo soportaré todo... pero déjame vivir. Ayúdame... Pasha, Dasha, *deda, babushka*... Por favor, que alguien me ayude... Señor de la Tierra, ten piedad de mí.

Cayó en un estado de semiinconsciencia, sentada, con el brazo apoyado en el vientre, la cabeza ladeada, la oración del corazón en sus labios, desesperadamente, en el abismo.

### *Hidrofobia*

La mañana del cuarto día en el bosque, Saika y Marina dieron con un riachuelo. Qué dicha.

Marina corrió a meterse en el agua y se puso a beber. Sumergió toda la cara en el agua y bebió hasta reventar. Cuando la sacó, vio a Saika en la orilla mirándola con el rostro macilento y aquellos ojos negros rodeados de sombras tenebrosas. Su rostro permanecía oscuro pese a que el aire era soleado y cálido.

—Saika, mira, agua fresca. Bebe un poco, te encontrarás mejor.

Saika negó con la cabeza. Estaba tiritando.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Se frotó los ojos—. Me duele mucho la cabeza.

—Es por la falta de comida y agua.

—Cállate ya de una vez. No eres mi madre. —Saika no dejaba de estremecerse.

Cuando Marina hubo saciado su sed por completo, las dos jóvenes siguieron caminando por el curso del arroyo. Marina se sentía casi perfectamente. No estaba seca, tenía hambre y frío, y no las habían encontrado. Sin embargo, se sentía esperanzada mientras andaban junto al arroyo. ¿Quién le había explicado que todos los ríos desembocan en el mar? ¿Quién era el que se lo había dicho?

Lo que le preocupaba esa mañana era Saika, que trataba por todos los medios de permanecer alejada del agua, caminando con tiento y despacio por las orillas inclinadas. Aquélla no era la misma Saika que había permanecido sentada horas y horas inmóvil para despistar a Tatiana.

Por el rabillo del ojo, Marina la miraba con cautela, esperando que lo que fuera que preocupaba a Saika se desvaneciera a medida que la mañana se volviera más cálida y brillante y las acercara al lago.

Aunque quizá su esperanza había sido prematura. Más que un arroyo, aquello era un cauce pequeño de agua producto de la lluvia. Fluía por la ladera, pero la ladera estaba a punto de terminar y el riachuelo se convertía en un charco. Saika también se iba encharcando; iba tan lenta que Marina, que había estado vadeando el arroyo con los zapatos en la mano, tenía que detenerse de vez en cuando para esperar a que la alcanzara.

Al final Saika se quedó atrás, se detuvo y se recostó contra un árbol.

De repente se desplomó en el suelo. Marina se encaramó a la orilla.

—¿Qué te pasa?

A pesar de los pesares, no podía evitar hacerle esa pregunta, no podía evitar sentir preocupación por ella.

—No puedo andar. Es como si la cabeza estuviese a punto de estallarme.



—Debe de faltar muy poco para el lago. Seguiremos caminando en esta dirección. Vamos, levántate.

—De acuerdo, vamos, ayúdame —dijo Saika con voz débil—. Tú ve delante, encuentra el lago y nuestra barca. Yo iré contigo. Dame la mano, pero... no me dejes, Marina.

—¿Qué estás diciendo? Venga, vamos.

—Dame la mano, Marina —susurró Saika.

Marina se acercó más a ella.

—Pero ¿qué te pasa?

Saika lanzó un grito. El cuerpo se le zarandeó de lado a lado, contorsionándose por todas las articulaciones. Luego, dejó de moverse. Tenía los ojos abiertos y pestañeaba, y parecía tener dificultad para deglutir.

—La garganta —dijo Saika con voz sibilante—. Se me ha dormido. Al principio me dolía, y luego era como si me hubiese atragantado con algo, pero ahora no siento nada. No puedo tragar. Tengo la lengua entumecida. —Le costaba hablar—. Tengo los labios entumecidos, y la cara también se me está entumeciendo. —Su boca sufría espasmos.

—Pero ¿qué te está pasando? —gritó Marina.

Saika estaba pálida. En la comisura de sus labios empezó a formarse una espuma blanca.

—La cueva —susurró.

—¿Qué cueva? —preguntó Marina sin aliento.

—La cueva... debí de quedarme en ella demasiado tiempo...

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no lo ves?

—No, no lo veo. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—Hidrofobia —murmuró Saika, y cerró los ojos—. *Vodoboyazn*. Miedo al agua. La rabia.

—¡La rabia! —exclamó Marina, horrorizada, y entonces dio un paso tambaleante hacia atrás.

Saika intentó avanzar a gatas hacia Marina.

—Te lo suplico —le susurró con la voz quebrada—, no me dejes. Ayúdame. —Extendió la mano.

—Saika, Dios mío... Volveremos a casa enseguida y haremos que te vea un médico, no te preocupes.

Sin dejar de reptar hacia Marina sobre sus codos, arrastrando las piernas tras de sí, Saika abrió la boca. Parecía llorar en silencio.

—Oh, Marina... ¿Es que no sabes nada? Pregúntale a Tatiana por la rabia. Ella está por aquí, en alguna parte.

—¿Dónde?

—No lo sé. Cerca. —Movi6 la boca sin articular ningún sonido. ¿Riéndose tal vez? ¿Llorando?

—¡No! No te ha mordido ningún bicho, tú misma lo dijiste. No tocaste ningún murciélago, ¿no? Nada entró volando en esa cueva, tiene que ser otra cosa. Un poco de fiebre. Tenemos que llevarte a casa, tenemos que irnos.

Sin embargo, Marina no se acercó ni un centímetro a Saika, sino que contempló horrorizada y con un dolor inmenso cómo la chica se arrastraba sobre los codos para llegar hasta ella. Marina retrocedió un paso y luego otro.

—Acércate, Marina —dijo Saika, estirando la mano—. Acércate a mí. Déjame...

Marina dio un grito, se tropezó y cayó al suelo. En cuclillas, intentó alejarse de Saika, pero las piernas se le habían entumecido de puro terror. No podía respirar, se estaba asfixiando.

—No quiero estar sola —masculló Saika—. Ven aquí, Marina. Déjame tocarte...

Abrió la boca y le enseñó los dientes.

Un miedo enloquecido se había apoderado de la mirada de Saika. De la boca le chorreaba sangre y espuma blanca, mientras emitía un ruido sibilante y se deslizaba hacia Marina.

Marina empezó a chillar, y siguió chillando y chillando.

## *Superación*

Cuando Tatiana abrió los ojos ya había amanecido, los pájaros cantaban y el cielo era de un azul limpiísimo por encima de las copas de los abetos. El brazo le dolía.

Gritó a pleno pulmón para pedir auxilio, pero dejó de hacerlo enseguida, pues no quería malgastar sus escasas fuerzas en esfuerzos inútiles. Lo más importante era salir del hoyo. ¿Y si los cazadores tardaban una semana entera en asomar por allí? No podía esperar. Una vez que hubiese salido de allí, todo sería más fácil, pues el sol había salido por fin. El sol le daba esperanzas, no sólo porque luciese allí en lo alto, sino porque con él tenía más posibilidades, otras cosas se hacían posibles: podía preparar una hoguera, secarse, calentarse... Pero salir era lo primero. En el hoyo del oso había tres raíces que sobresalían por los costados. Tatiana asió una con la mano izquierda y tiró de ella con todas sus fuerzas, para tomar impulso y trepar hasta arriba. El dolor era insoportable. Lo importante era que el brazo roto no se le desencajase, porque el dolor podría volver a hacerle perder la conciencia de nuevo y entonces se caería otra vez al fondo del hoyo y tal vez se rompería algo más, como el cuello, por ejemplo. Tatiana se detuvo a descansar, apoyando la cara en la tierra húmeda de las paredes del hoyo. Se le estaba cansando el brazo bueno, con el que se sujetaba a la raíz. Apoyó las piernas en las raíces de debajo, se agarró a otra raíz un poco más arriba y avanzó otro cuarto de metro más. Otra raíz, y otro cuarto de metro. Volvió a parar para descansar, tocando la roca que sobresalía del pedazo de tierra que había bajo su mejilla. A continuación levantó la cabeza y miró la roca con atención, o mejor dicho, a la sustancia verdosa, aglutinante y vascular que cubría la roca, y sintió una alegría inmensa: ¡estaba cubierta de musgo!

Frotó la mejilla contra la roca y la besó. Luego arrancó a bocados un trozo de musgo y se lo comió. El musgo sólo crecía en las rocas que estaban próximas al agua.

Consiguió avanzar otro cuarto de metro... pero no pudo seguir sujetándose. La raíz cedió, el brazo bueno también cedió, y Tatiana volvió

a caer sobre las ramas, en la trampa de acero, en el fondo del hoyo.

Pasaron los minutos, y más y más.

Tatiana recobró la conciencia y volvió a intentarlo, mucho más despacio. Se tomó su tiempo porque sabía precisamente que era de eso de lo que disponía, de tiempo. Fracasar y volver a caer en el hoyo no era una opción. Si volvía a caerse, no se levantaría. El sol brillaba en lo alto, un pálido obelisco encima de su cabeza.



Debían de ser las diez o las once de la mañana. Localizó el sur, localizó el norte y el oeste. Tal vez encontraría el lago después de todo. Sólo había un problema: a Tatiana no le quedaban fuerzas para caminar. Atravesaría el claro, donde los malditos abetos no podrían taparle el sol.

Lo primero que hizo después de salir del hoyo fue entablillarse el brazo con los cordones de sus botas y dos ramas cortas y robustas a modo de tablillas. Sólo se desmayó una vez, y acabó de atarse la tablilla tendida en el suelo. A continuación, recogió algunas ramas húmedas con el brazo izquierdo y, haciendo uso de su lupa para concentrar con ella los rayos del sol, consiguió prender fuego a algunas hojas secas. Tuvo que intentarlo unas cuantas veces más, pero al final encendió una rama pequeña con las hojas en llamas y una vez lo hubo logrado, las demás ramas apenas tardaron unos minutos más en arder. Se sentó al calor del fuego, sin poder moverse. Se tendió de costado junto a la hoguera y cerró los ojos.

En cuanto se tumbó, oyó unos alaridos de terror que le pusieron la carne de gallina. Sin embargo, no tenía la más mínima intención de levantarse ahora que había encontrado un espacio abierto donde lucía el sol y había encendido una hoguera. ¿Adentrarse otra vez en el bosque? Ni hablar. Pero ¿qué podía hacer? Los gritos no cesaban.

Tatiana se levantó de mala gana y se acercó renqueando al borde del claro. ¿De quién eran esos gritos? ¿Podían ser de Marina? Pero Marina estaba en casa, en su cama calentita, bajo las sábanas, ¿no?

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Dios! ¡Que alguien me ayude! —gritaba una sola voz, que, efectivamente, se parecía mucho a la de Marina.

Tatiana se apoyó en un árbol y al final la llamó:

—Marina. —Su voz era muy ronca. Volvió a llamarla y la otra voz dejó de gritar de repente y enmudeció—. ¿Marina? —dijo Tatiana de nuevo, en voz baja.

Se oyó un sollozo ahogado, y unos pasos que hacían crujir las ramas y corrían a toda velocidad por el bosque. Ya no se oían gritos, sólo se percibía el miedo y el alivio en los gimoteos y los pasos de otra persona.

Una forma se materializó entre los árboles, una forma que se parecía a Marina, sólo que aquel rostro demacrado y asustado, aquel cuerpo tembloroso y húmedo, negro por el barro, no podía ser... pero sí, sí era Marina.

Cuando Marina vio a Tatiana de pie al borde del bosque, apoyada contra un árbol, perdió el control por completo. Estaba tan sumamente alterada que Tatiana pensó que iba a abalanzarse encima de ella. Tuvo que protegerse de la infeliz mugrienta que se hincó de rodillas en el suelo ante ella, sollozando amargamente. Marina extendió los brazos hacia Tatiana, quien se volvió de lado para protegerse el brazo herido, sin dar ningún paso en dirección a su prima.

—Ah, eres tú —se limitó a decir Tatiana—. Me sorprende que sigas aquí todavía.

—¡Ay, Tania! —Marina seguía llorando amargamente—. Tania, lo siento tanto... Pero no tienes ni idea de lo que me ha pasado.

—Y francamente, no me importa —le soltó Tatiana, apretándose el brazo roto contra el pecho.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la hoguera.

Marina la siguió, cojeando.

—No estamos lejos, Tanechka —le susurró—. No podemos quedarnos aquí, tenemos que huir.

—¿Huir de qué?

—¡De ella! —exclamó Marina, estremeciéndose y mirando a su alrededor—. Por favor, tenemos que correr lo más rápido posible.

Con calma y muy despacio, Tatiana se sentó delante del fuego, arrojó unas cuantas ramas más a la fogata, algo de musgo y unas pocas bayas. Quería que el humo fuese lo más negro y acre posible, y que se elevase muchos metros hacia el cielo, y que emitiese un olor que pudiera detectarse en varios kilómetros a la redonda.

—Pues vete. ¿Por qué no corres? Pero rápido, Marina. Muy rápido. — Hizo una pausa—. Como el otro día.

—¡Tania! ¡Por favor! Lo siento mucho. ¡Tania, por Dios! Ya sé que estás enfadada, sé que estás furiosa, y tienes todo el derecho a estarlo, pero ahora mismo, por favor, tenemos que salir de aquí. Nos encontrará, vendrá por nosotras...

—Pues que venga. —Tatiana ni siquiera dirigió la vista hacia el bosque.

—Tiene la rabia, Tania... —susurró Marina con repugnancia.

Tatiana miró a su prima muy fijamente, un poco más inquieta.

—Ah —fue lo único que acertó a decir.

Marina se levantó de golpe.

—¿Y bien? ¿Vienes o no?

—Supongo que la respuesta es no.

—¡Tania!

—Cállate ya —dijo Tatiana, mirando únicamente al fuego. No miraba a Marina—. Déjalo ya. Siéntate o vete. Corre o siéntate, pero cállate ya de una vez. Deja ya de hablar y mírame. ¿Es que no ves lo que me ha pasado? ¿Es que no ves cómo estoy?

—Encontramos un arroyo, Tanechka —le explicó Marina—. Encontramos un arroyo no muy lejos de aquí, en el bosque. Nos conducirá hasta el lago, tal como tú dijiste.

—¿Que yo dije eso? —Tatiana se encogió de hombros—. No voy a volver al bosque. ¿Y dices que ella está cerca de ese arroyo? —Levantó la cabeza para mirar a su prima y ambas se miraron fijamente—. No pienso volver a ese bosque, Marina —murmuró Tatiana.

Marina empezó a tener arcadas, a tener arcadas y a llorar.

—Lo siento, Tania. Se suponía que iba a ser una broma. Se suponía que tú ibas a venir a buscarnos y que nos encontrarías.

—Conque sí, ¿eh? Bueno, pues ojalá alguien me hubiese dicho qué era exactamente lo que se suponía que tenía que hacer.

Temblando, balbuceando, Marina le contó todo a Tatiana. No le ocultó absolutamente nada, le habló de su propia complicidad y de cuándo se había dado cuenta de la verdadera naturaleza de Saika. Le habló de Sabir y de Murak, y de los días en el bosque y de la bestia infectada y reptante que trataba de atraparla.

Ligeramente temblorosa pero asombrosamente tranquila, Tatiana dijo «Bueno, bueno» al final de la historia de Marina, y luego no añadió nada más.

—¿Entiendes ahora por qué tenemos que huir?

—No. —Tatiana lanzó un suspiro—. No te preocupes más por Saika. Preocúpate sólo de que te encuentren.

—¡Ya he encontrado el camino! —gritó Marina—. ¡Pero no vamos a salir del bosque si seguimos sentadas junto al fuego!

—Pues vete, entonces —dijo Tatiana—. Llevas tres días caminando por el bosque y no has encontrado nada ni nadie que te ayude. Yo he caminado tres días por el bosque y ¿de qué me ha servido? Pero ahora tenemos una hoguera y el humo se está elevando por encima de los árboles. Si alguien nos está buscando, acudirán en esta dirección. Y si no, pues entonces... Yo prefiero quedarme aquí a esperar. No tengo la fortaleza que tenía cuando todo esto empezó. Pero por favor, tú vete si quieres, no dejes que yo te lo impida. —Tatiana fulminó a su prima con la mirada—. Tú haz lo que quieras... como siempre.

Como si Marina pudiese alejarse aunque sólo fuese un metro de Tatiana...

—¿Y por qué crees que Saika no va a venir hasta aquí? —Quiso saber Marina, jadeando.

—Porque tiene parálisis de la médula espinal —contestó Tatiana—. Tal vez quiera hacerlo, pero no podrá, eso es todo.

—¿Y eso tiene... —Marina hizo una pausa— cura?

—No.

—Entonces, ¿qué le va a pasar ahora?

—Saika —dijo Tatiana— va a morir en el bosque. Seguramente a estas alturas ya estará muerta. Igual que podríamos estarlo nosotras.

Marina se tumbó en el suelo delante de Tatiana, junto al fuego.

—Ya no estoy sola —murmuró, cerrando los ojos—. Ahora ya no me importa lo que me pase, no estoy sola.

Siguieron la una junto a la otra. Tatiana no la tocó.

—¿Estás muy enfadada conmigo? —susurró Marina.

—Más de lo que puedo expresar en palabras.

—Lo siento. Perdóname. —Pero a Marina se le estaban cerrando los ojos—. ¿Qué hora es?

Tatiana levantó la vista hacia el cielo.

—La una tal vez. La una y media.

Ese pálido sol amarillo... Tatiana quería una vida donde el sol la bañase con sus rayos trescientos días al año, y no los míseros sesenta y cinco de aquellas latitudes septentrionales. Cuando volvió a mirar a su prima, ésta estaba dormida.

Marina durmió mientras Tatiana permanecía en vela bajo el sol, avivando el fuego y mirando cómo roncaba Marina, como si estuviera en casa, en la cama más cómoda del mundo.



Justo cuando las primeras horas del atardecer se cernían sobre los árboles, oyó unas voces procedentes de las entrañas del bosque llamando su nombre.

—¡Tatiana... Tatiana...!

No era una sola voz, sino un coro de voces, masculinas, femeninas, jóvenes y viejas.

Se levantó como pudo y Marina se despertó y se puso en pie de golpe.

—Taaania... Taaania...



—¡Oh, Dios mío! —exclamó Marina—. ¡Tenías razón! ¡Te han encontrado!

Tania no tenía fuerzas para levantarse y echar a correr, ni siquiera para gritar, y Marina, que sí tenía fuerzas, no lo hizo, sino que tomó a Tatiana de la mano buena, haciendo caso omiso de su estremecimiento, y dijo:

—Tanechka, te lo suplico —le susurró. El pánico se había apoderado de su voz—. Por favor, no se lo digas, por favor... Sólo era una broma pesada que salió mal, muy mal. He aprendido la lección. Yo casi muero también. No haré nada parecido nunca más, pero por favor, no se lo digas...

—No te preocupes. Esto quedará entre nosotras, prima Marina —dijo Tatiana sin transmitir ninguna emoción y apartando la mano—. Será nuestro pequeño secreto.

Marina echó a correr en ese instante, gritando:

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Aquí! ¡Aquí!

Dasha llegó corriendo y atravesó el claro llorando, mientras gritaba el nombre de Tatiana. Pasha iba junto a ella, *babushka* detrás, y luego *deda*, y luego... ¡su madre! Eso sí que era una sorpresa. ¡Mamá! Y todos gimoteaban: «Oh, Tania, Tania...».

El tío Boris también iba con ellos; buscaba a Marina, su única hija. Parecía muy enfadado.

—¿A quién hay que gritarle, eh? —exclamó, abrazando a su hija—. ¿Quién es la responsable de esto?

Sin embargo, la familia de Tatiana estaba tan trastornada al ver el estado en que se encontraba su pequeña que se olvidó de pedir cuentas o buscar culpables. El brazo roto los dejó horrorizados. Cuando Tatiana les dijo que había saltado al interior de una trampa para osos, por la reacción emocional de su familia era como si todos se hubiesen metido en la trampa con ella.

—¿Que hiciste qué? —exclamó Marina, atónita.

Pasha apartó la mirada de Tatiana y la dirigió hacia su prima.

—¿Qué quieres decir con eso? —le espetó, con recelo—. ¿Dónde diablos estabas tú para no saberlo?

Dasha también miró a Marina con decepción, casi como si todos supieran que había pasado algo terrible que Tatiana no quería revelar.

—¿Y por qué hiciste semejante tontería, saltar dentro de una trampa para osos? —preguntó su madre.

—Para escapar del oso —contestó Tatiana en voz baja.

Su madre por poco se desmaya.

*Deda* dijo que ya bastaba de cháchara, que evidentemente Tatiana no estaba en condiciones de contestar preguntas e intentó arrebatárselas a Tatiana de sus manos ansiosas, pero no lo consiguió, porque nadie quería soltarla. Le dio una cantimplora llena de agua. Dasha le sujetó la cantimplora en la boca y Tatiana bebió con avidez, dando unos tragos enormes que hacían que el agua le cayera a chorros por la barbilla y el cuello. *Deda* le preguntó si quería pan, porque le había traído algo, y ella lo aceptó agradecida. ¿Quería té? *Deda* había traído un termo lleno de té. ¿Un poco de jamón enlatado? El abuelo sacó un abrelatas. «¿Jamón enlatado?». Toda la familia masculló un gruñido de repugnancia, incluso Tatiana, que negó con la cabeza. La sola idea de comer jamón enlatado... *Deda* guardó la lata. Tatiana no quería nada. Lo tenía todo.

El lago tenía que estar a dos kilómetros al norte. *Deda* llevaba una buena brújula y habían despejado un sendero por el que el tío Boris llevaba en brazos a Tatiana. Mientras caminaban, éste les contó a las chicas lo que había pasado.

La mañana siguiente a su desaparición, al ver que no regresaban, el tío Boris telegrafió a Luga y a Leningrado para informar a los Metanov. La familia llevaba días buscando a las chicas, en dos barcas, remando a través del lago desde primera hora de la mañana y hasta última hora de la noche. Habían encontrado las ramas de Tatiana, las inscripciones de ésta con su inicial en los árboles, pero no habían podido encontrar a las chicas. Había sido gracias al fuego que al fin habían logrado dar con ellas.

—En cuanto nos despertamos esta mañana y vimos que hacía sol —explicó *deda*—, les dije a todos que te encontraríamos, porque sabía que con él encenderías una hoguera.

Hallaron a las chicas a casi trece kilómetros al sudoeste de su barca.

Al final, alguien se acordó de preguntar por Saika. Marina no dijo nada y se limitó a negar con la cabeza.

—Ella y Marina se alejaron de donde estaba yo —dijo Tatiana, e hizo una pausa—. Nos perdimos. Estábamos completamente perdidas, ¿verdad, Marina?

—Sí, Tania —contestó su prima antes de bajar la mirada.

—Si Saika sigue en el bosque, deberíamos ir a buscarla —sugirió *deda*.

—¡No! —exclamó Marina—. Se metió en una cueva de noche y allí cogió la rabia.

—¿Que se metió en una cueva de noche? —repitió *deda*; hasta él parecía escandalizado—. ¿Quién en su sano juicio se mete en una cueva de noche?

Tatiana habló en voz baja, en brazos del tío Boris.

—Allí estaba más calentita, se sentía como en casa, no le gustaba estar fuera, al raso. Entró y asustó a los murciélagos, que salieron volando. No oyó ningún batir de alas y creyó estar a salvo. Se le olvidó, o puede que no lo supiera, puede que no leyese lo suficiente, que el virus de la rabia, en un espacio reducido, limitado y con numerosos focos de infección, también viaja por las partículas salivales del aire. Evidentemente, a ella también la infectó.

—Qué pesadilla... —exclamó *deda*—. ¿Qué van a pensar sus padres? Bueno, no es asunto nuestro. Como siempre digo, cíñete a tus asuntos y deja los de los demás en paz. ¿Qué va a pensar tu padre? Ése sí que es asunto nuestro. Volverá la semana que viene. —Chascó la lengua con desaprobación—. Tenemos que llevaros a las dos de vuelta a Leningrado. Tania, tienes que ir al hospital inmediatamente.

—Estoy bien, *deda*. —Sonrió. «Ahora estoy bien».

—Tú no te metiste en ninguna cueva, ¿no, Tania?

—Yo no me metí en ninguna cueva, querido *deda*.

El abuelo le besó la cabeza mientras ella seguía en brazos del tío Boris.

—Sé que tu padre va a traerte algo muy bonito cuando vuelva de Polonia —le susurró—. Y eso hará que te encuentres mucho mejor,

Tanechka.

—Ya me encuentro mucho mejor.

Subieron a las chicas en la barca; Pasha se encargó de los remos y dijo, con indisimulada alegría:

—Yo voy a atravesar el lago Ilmen remando, ja, ja, Tanechka. Así que gano yo.



Alexander se echó a reír. Levantó la mano, acarició la cara de Tatiana y luego la atrajo hacia sí para besarla.

—Lo cuentas como si fuera un chiste, Tanechka, pero sé que eso es precisamente lo que más te duele de todo el triste episodio.

Tatiana esbozó una débil sonrisa.

—Claro, porque era un impertinente. Le dije: «Ése es el único modo que hay de que me ganes, Pasha, porque tengo el brazo literalmente roto».

—Muy propio de ti decirle algo así. ¿Y los Kantorov?

—Cuando se enteraron de que Saika había cogido la rabia, se marcharon sin decir nada a nadie, sin decir adiós. Simplemente, hicieron las maletas y desaparecieron. Cuando volví a Luga al cabo de unas semanas, ya se habían ido. A lo mejor fueron a buscarla, no lo sé.

Alexander se quedó pensativo, contemplando el desierto, el cielo, las estrellas, la historia.

—Si Anthony oyera una palabra de tu historia del lago Ilmen, extraería de ella dos conclusiones: una, no hables de tus secretos con tus enemigos. Y dos, ten fe y mantente con vida el tiempo suficiente hasta que alguien te encuentre.

Tatiana añadió en voz baja:

—Mi propio marido aprendió muy bien esa última lección.

—Como sabes, necesito a mi guía mística para las dos cosas —dijo, estrechando su cuerpo y apartándola después de su regazo.

Se desperezó y extrajo su paquete de cigarrillos. Tatiana también se levantó y se desperezó, cogió el mechero Zippo de Alexander y se lo

encendió. Mientras inclinaba la cabeza para inhalar el humo, él le tomó la mano y ambos se miraron.

Regresaron a la cama y se desnudaron. Ella le suplicó que no se sostuviese sobre los brazos, sino que echase todo su peso sobre ella, para poder notar todo su cuerpo, todos sus huesos, las heridas y las marcas de su vida en ella, sus poderosos brazos, su pecho liso, los estragos de la guerra, todo él encima de ella.

—Tania —dijo Alexander cuando estuvo en sus brazos, hablándole en susurros—. Tengo que ir a Vietnam a encontrarlo. Anthony no podrá salir de ésta él solo. Como tampoco pude yo, ¿es que no lo ves?

Ella no dijo nada.

—Le ha pasado algo. Tú lo sabes. Lo sabes.

Ella no dijo nada.

—Para mí esto es una muerte lenta. —La miró y añadió con el semblante ensombrecido de dolor—: Sí, ya lo sé, tú lo hiciste. En Morozovo te dejé marchar porque creía que tú podías soportarlo todo. Y tenía razón. Pero yo no puedo soportar esto. Yo no soy tan fuerte como tú. De una manera u otra... —lanzó un suspiro entrecortado—, tengo que traerlo de vuelta.

Ella no dijo nada.

—Ya sé que es Vietnam, ya sé que no es un fin de semana en Yuma. Te prometí que nunca volvería a entrar en combate activo. Pero te juro que volveré.

Ella no dijo nada.

—Tengo otros tres hijos. Volveré —dijo Alexander. Apenas le quedaba voz para seguir hablando—. No podemos dejar a nuestro muchacho en los bosques, Tania —dijo—. Mira lo que nos ha pasado a nosotros. No podemos seguir viviendo así.

—Shura, no quiero que te vayas —le susurró.

—Lo sé. ¿Ni siquiera por nuestro hijo?

—No quiero que te vayas —repitió—. Es lo único que sé.

Quiso decir algo más... pero no lo hizo. Si le hablaba de sus temores inconfesables, ya no le estaría dejando obrar con libre voluntad. Lo atrajo

aún más hacia sí, pero él ya estaba lo más cerca de ella humanamente posible. Dos cuencos de metal encajados el uno en el otro.

—*Ordo amoris*, Alexander.

—*Ordo amoris*, Tatiana.

## Capítulo 16

### En el corazón de Vietnam

*Aykhal*

No podía olvidarse del fantasma. Y ahora iban a enviarlo lejos, hasta la perdida Aykhal, donde ella nunca podría encontrarlo. Le dijeron que las reglas que le aplicarían de ahí en adelante eran muy simples. Si lo atrapaban intentando escapar, los guardias que lo capturasen tenían órdenes estrictas de disparar a matar. Habían acabado con él. Y aun así, él seguía sin admitir nada y los miraba a la cara y negaba su nombre. Más allá de los campos, del Volga, los abetos, los Urales. A través de Kazan, del río Kama, y el corazón estuvo a punto de parársele cuando lo cruzaba, al recordar cuando lo había atravesado a nado, mirando hacia atrás para asegurarse de que a Tatiana no se la llevaba la corriente. Nunca la arrastraba, porque ella se defendía en cualquier corriente. A través de los Urales, hacia Sverdlovsk, y después a través de la taiga. Llegaron a la meseta central siberiana y luego a la estepa, y también la atravesaron, y luego alcanzaron la llanura del norte, en la tundra helada, y allí, ante las montañas, ante los ríos Ob y Amur, antes de ir hacia el sur hacia Vladivostok, a China, a Vietnam, al borde de la nada, en medio de una carretera, una pequeña muesca en la tierra helada del valle, estaba Aykhal. Allí habría pasado sus diez años en el exilio después de sus veinticinco años en las prisiones soviéticas.

Y en ese momento iba a ir aún más lejos. Aún más lejos que Aykhal.



Tatiana estaba muy nerviosa justo antes de su marcha, como si Alexander fuese un crío de cinco años en su primer día de escuela.

—Shura, no te olvides de ponerte el casco en todo momento, hasta para bajar al río por un sendero.

»No te olvides de llevar varios cargadores extra. Mira este chaleco de combate, ahí caben más de quinientas balas. Es increíble. Cárgate de munición, pero llévate cargadores de más. No querrás que te falten.

»No te olvides de limpiar el M-16 todos los días. No querrás que se te atasque el rifle.

—Tatia, ésta es la tercera generación de M-16; ya no se atascan. La pólvora ya no se quema tanto, el rifle se limpia solo.

—Cuando te pongas el cinturón portamunición del lanzacohetes, no te lo aprietes demasiado, porque con el roce podría irritarte la piel, y luego viene la infección...

»... Lleva al menos dos bengalas para los helicópteros. ¿Y quizá también una bomba lacrimógena?

—Dios, no había pensado en eso.

—Llévate la Colt, es tu arma de la suerte. Llévatela, y también la Ruger. Ah, y te he preparado personalmente el botiquín de enfermería: montones de vendas, cuatro kits completos de primeros auxilios, dos paquetes de hemostáticos... no, mejor tres. No pesan nada. Le he dicho a Helena, del Phoenix Memorial, que me haga una receta para morfina, penicilina...

Alexander le tapó la boca con la mano.

—Tania —dijo—, ¿quieres ir tú?

Cuando él apartó la mano, ella contestó:

—Sí.

Él la besó.

—Fiambre enlatado. Tres latas. Y lleva la cantimplora siempre llena de agua, por si no consigues plasma. Te ayudará.

—Sí, Tania.



—Y esta cruz, pónstela alrededor del cuello. ¿Te acuerdas de la oración del corazón?

—«Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador».

—Bien. Y la alianza de boda. En el dedo. ¿Te acuerdas de la oración del matrimonio?

—*Gloria in Excelsis*, por favor, por favor... un poco más.

—Muy bien. No te quites nunca el casco, ¿me lo prometes?

—Eso ya me lo has dicho, pero sí, Tania.

—¿Te acuerdas de qué es lo más importante?

—¿Llevar siempre un condón encima? —Tatiana le dio un golpe en el pecho—. Detener la hemorragia —le contestó, abrazándola.

—Sí. Detener la hemorragia. Todo lo demás lo podrán arreglar.

—Sí, Tania.



Cuando Alexander llegó a Saigón en un avión de transporte militar en noviembre de 1969, creyó que estaba soñando la pesadilla del diluvio bíblico. Llovía con tanta fuerza que el avión ni siquiera pudo aterrizar. De hecho, a Alexander empezó a preocuparle la posibilidad de que se quedaran sin combustible, pues estaban dando círculos en el aire sin cesar. Al fin aterrizaron. No había ni rastro de la selva calurosa y húmeda; soplaban el viento, hacía frío y seguía diluviando.

Como el helicóptero no podría aterrizar con aquel viento y aquella lluvia, no podría llegar a Kontum volando. Richter lo llamó y le dijo que se mantuviese a la espera. De modo que se sentó y se puso a fumar junto a la ventana de su habitación de hotel, a contemplar por la ventana la plaza de Saigón y a leer los periódicos norteamericanos. Básicamente se paseaba arriba y abajo por la habitación, que era lo que se le daba mejor.

Mientras tomaba una copa abajo, en el bar del hotel, una demacrada mujer vietnamita, empapada de la cabeza a los pies, se acercó a él y le dijo que le daría gusto por dos dólares norteamericanos. Él rechazó la oferta. Ella le dijo que podía probar gratis, pero que si lo que tocaba le gustaba,

entonces tendría que pagar. Él la rechazó. Luego le ofreció hacerle una mamada a cambio de un dólar. Él rehusó de nuevo. La mujer volvió al cabo de unos minutos, le empujó a un crío de unos dos o tres años a la cara y le dijo:

—Mi hijo necesita comida. ¿Por qué no me das piastras por darte gusto? Tengo que dar comida a mi hijo.

Alexander le dio veinte piastras y la despidió. Al cabo de cinco minutos, la mujer ya subía la escalera con un hombre, con el niño de la mano. Alexander pidió otra copa.

Estaba deseando que dejase de llover.

Las noches eran largas, pero los días en que la lluvia no cesaba eran aún más largos. Se paseaba arriba y abajo como si estuviese encerrado en su celda de Voljov, en el infierno, apurando lo poco que le quedaba de vida. Pese a todas sus suposiciones en aquella época, lo cierto es que, asombrosamente, aún le había quedado mucha vida por delante, tiempo para aprender muchas cosas.

Y había aprendido que no podía controlarlo todo, porque de lo contrario, no estaría tamborileando con los dedos sobre el cristal de la ventana, a la espera del desenlace de la vida de su hijo y de la suya propia. Había teleografiado a Tania para decirle que había llegado sano y salvo. Apoyó la mano en el frío cristal. Abajo, las luces de los bares parpadeaban en la noche húmeda.

¿Para qué has venido?, parecían decirle los cielos con su llanto. Ahí fuera se está muy mal. No te dejaremos pasar.

Tenía demasiado tiempo para pensar en su oscura habitación de hotel. Se preguntaba si Tatiana podría sentirlo a tres continentes de distancia. No había estado en una habitación de hotel él solo... bueno, nunca. Había estado solo en muchos sitios, en celdas frías y húmedas, en trenes, en bosques húmedos... pero no había experimentado el aislamiento de aquel modo desde su reclusión solitaria, incomunicado, en Sachsenhausen. Aquello había sido un instrumento de tortura y castigo. Y no había estado solo, pues la puerta se abrió una rendija, entró un rayo de luz y una sombra pequeña y esbelta se plantó temblorosa delante de él.

Después de eso, vivieron en hoteles, moteles y casas alquiladas y casas flotantes, y en una casa móvil que se conservaba completa como un museo en lo alto de la colina, y ahora vivían en una casa immaculada de estuco que siempre estaba limpia y fresca, donde su cama era blanca y siempre estaba hecha, y ella siempre se encontraba junto a él. Ella nunca lo dejó, salvo por aquel centenar de noches de viernes... y de algún modo, lograron sobrevivir incluso a eso.

Siguió con la mano pegada al cristal frío y húmedo. Incluso allí, en Saigón, no estaba solo. Siempre contaba con la asombrosa posibilidad del consuelo, aun en Vietnam, aun a veinte mil kilómetros de su hogar.



Alexander telegrafió a Tatiana: «Llueve a cántaros, sigo en Saigón». Pasaron tres días lluviosos más.

Ella le contestó: «Sol y calor en noviembre. Sigo en Phoenix».

Ella volvió a telegrafiarle: «Feliz día de acción de gracias».

Y le telegrafió de nuevo: «Número de diciembre del *Ladies Home Journal*. Busca: 100 razones para la alegría».

Alexander sonrió. Aquello era a lo que se refería. Tatiana encontraba la forma de reconfortarlo aun a veinte mil kilómetros de distancia. En uno de los quioscos de prensa que abastecían a las tropas estadounidenses, encontró el número de diciembre de la revista *Ladies Home Journal*, y también el artículo al que se refería Tatiana «100 lugares para hacer el amor», y pasó un día muy feliz, recordando algunos de esos lugares.

El número 16, una tienda de campaña. El número 25, junto a una hoguera. El número 33, en lo alto de una colina. En un área de descanso, en una mesa de *picnic*, en una hamaca, en un maizal, en un saco de dormir, bajo las estrellas. En una barca en un lago, en una bañera, en un granero, en una camioneta una calurosa noche de verano. En el bosque, en un cobertizo, en el suelo de madera. En el crepúsculo y a mediodía. En la piscina. En una playa casi desierta. En una playa de noche. En un coche en una carretera desierta, en un autocine. En una habitación llena de velas

encendidas, en una cama enorme de bronce, en todas las habitaciones de la casa, en una habitación en casa de unos amigos durante una fiesta bulliciosa, y una vez durante una cena tranquila, justo antes de los postres. En un columpio del porche, en los columpios del parque, en la cubierta de una casa flotante, en el corazón del Gran Cañón, en un luminoso e inolvidable *Bed and Breakfast*, lleno de lilas y de brezos. Y por último pero no por ello menos importante, en lo alto de la lavadora Maytag, durante el centrifugado.

Un día feliz. Y luego empezó a arrancarse los pelos de nuevo.

Richter llamó y Alexander dijo:

—Me importa una mierda si viene un tsunami y se lleva por delante todo Vietnam del Sur. Mañana me subes a ese helicóptero.

Al día siguiente, dejó de llover. El sol brilló como si no hubiese llovido nunca, como si el suelo estuviese mojado únicamente por el rocío de la mañana. Empezó a hacer calor y bochorno. Alexander voló en el helicóptero con dos jóvenes soldados recién salidos de la instrucción básica en Fort Bragg, además de dos proveedores y dos sargentos. Las puertas del Huey permanecieron abiertas durante todo el vuelo de tres horas en dirección norte. Los jóvenes soldados intentaron dar conversación a Alexander, pero éste tenía la mirada concentrada abajo, en el campo cubierto, tratando de hacer lo que hacía Tatiana, tratando de sentir a su hijo bajo el manto espeso de árboles y antiguas pagodas, iglesias en ruinas y restos de palacios franceses católicos, tratando de detectar la señal de humo. La cubierta verde parecía demasiado espesa para poder aterrizar con el aparato, pero luego terminó la selva y el paisaje dio paso a los campos de arroz. Abajo se extendía un claro rectangular trazado por la mano del hombre y rodeado de montañas lejanas. Una base militar de grandes dimensiones se bosquejaba en simetría con la hierba recién cortada del altiplano central: se trataba de la central de mando del MACV-SOG en Kontum. El helicóptero peinó la hierba y levantó una nube de polvo en el momento de tomar tierra.

Richter lo estaba esperando. Alexander no lo había visto desde la graduación de Anthony, cuatro años y medio antes. Ambos iban con la

ropa verde de combate, ambos con la insignia de las barras de oficial en los hombros. Ambos llevaban el encanecido pelo corto, con el corte de estilo militar, el de Alexander en su mayor parte negro, y el de Richter en su mayor parte escaso.

—Siento que sea en estas circunstancias —dijo Richter—, pero la verdad es que me alegro de verte. —Se estrecharon las manos con fuerza y sonrieron brevemente. Richter se puso serio—. Vamos, tomemos una copa, algo de comer —dijo—. Tienes que estar agotado.

—Agotado de estar sentado.

—Ya lo sé, y eso no se te da muy bien, ¿a que no, comandante? —Richter meneó la cabeza cuando echaron a andar—. Hay que ver la de equipo que te has traído... Eres un lunático. Ya sabes que aquí puedes contar con lo que quieras. Mira cuántos suministros tenemos. Los equipos de reconocimiento salen armados hasta los dientes.

Alexander asintió con la cabeza.

—No tenía ni idea de que estabais tan bien equipados, pero tengo que hablar contigo y con el teniente de Anthony lo antes posible, Tom.

—Vamos —dijo Richter, con un aire ligeramente resignado. Se dirigieron desde la pista de aterrizaje a la hilera de barracones de oficiales—. El teniente Elkins y el sargento Mercer te están esperando. Se mueren de ganas de conocerte.

La base, con el perímetro rodeado por una valla y una alambrada, estaba muy organizada y era funcional: una pista de aterrizaje, un hospital, una sala de correos, barracones de oficiales, barracones para soldados, cuartel general de mando, numerosos arsenales, un campo de entrenamiento, todo ello en un terreno allanado del tamaño de tres campos de fútbol.

En las acogedoras y espaciosas dependencias de Richter (con un escritorio, sillas, una mesa de reuniones, mapas, libros, un armario lleno de licores... obviamente, su casa), Alexander encontró a dos hombres. El más menudo y achaparrado era el sargento de la unidad de Fuerzas Especiales de Anthony. Se llamaba Charlie Mercer, y aparte de su baja estatura, lo cierto era que transmitía una sensación de terquedad que puede

que fuese estoica para él pero que a Alexander se le antojaba puro empecinamiento. Mercer no dijo nada; apenas hablaba.

El otro soldado, un joven esbelto y bien parecido, era Dan Elkins. Alexander sabía de Elkins por las cartas de Anthony. Por alguna razón le parecía increíblemente joven, aún más que su propio hijo. Demasiado joven para estar en el ejército. Tenía el pelo claro muy fino y hacia arriba, y las orejas gruesas y hacia fuera. Mascaba chicle y hacía globos, y se mostró agradable de inmediato.

—¿Cuántos años tiene, teniente? —preguntó Alexander.

—Veintisiete, señor.

Aquel muchacho que parecía demasiado joven para estar en el ejército era mayor que Alexander cuando éste había vuelto a Estados Unidos después de diez años de atroz derramamiento de sangre. Alexander agachó la cabeza.

Elkins lo miraba a los ojos, mientras que Mercer le rehuía la mirada.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —preguntó Alexander a Richter en un susurro.

—Eres toda una leyenda por estos pagos, comandante Barrington —dijo Richter, sonriendo y despejando la mesa de papeles para que pudieran sentarse.

—Ah, ¿sí?

Alexander miró fijamente a Elkins y a Mercer, y esta vez ambos le rehuyeron la mirada.

Les trajeron algo de comer y de beber y unos cigarrillos.

—No le importa que el suboficial coma con nosotros, ¿no, señor? —dijo Elkins.

—Pues claro que no.

En Polonia y Bielorrusia sus sargentos siempre comían codo con codo, a su lado con él y el teniente Ouspenski.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Elkins explicó:

—Mercer lleva bajo el mando de Anthony desde los días en la división aérea. Anthony fue quien lo recomendó para el SOG. En todos estos años,

él... bueno, todos nosotros, hemos oído historias increíbles sobre usted, comandante.

Alexander hizo un ligero saludo con la cabeza y entrecrocó su vaso con el tembloroso vaso del sargento.

Elkins sonrió.

—Perdone si estamos un poco... apabullados por conocerlo en persona al fin.

Los hombres lo miraron fijamente.

Mientras fumaba con gran intensidad y sostenía la mirada de Elkins, Alexander dijo:

—¿Queréis saber lo que es estar apabullado? Bueno, ¿qué os parece esto? —Dio un trago a su cerveza—. En la última carta que mandó a casa, Anthony escribió que se había casado con una chica vietnamita. Eso sí que es para apabullarse. ¿Sabe usted algo al respecto, teniente?

Una exclamación de sorpresa genuina salió de la garganta de los tres hombres.

—Hummm —dijo Alexander, dando una calada a su cigarrillo casi con tranquilidad—. Supongo que no.

Richter, siempre el líder, quiso ver las pruebas.

—¡Venga! —exclamó—. Vamos a ver esa carta. No me digas que no has traído contigo la última carta que escribió tu hijo. Vamos a verla, joder. A lo mejor hay algo que no has sabido ver y se te ha olvidado decirme. A lo mejor yo sabré descifrar algo más de información de ella.

—No importa las veces que me la pidas —repuso Alexander, apartándose de Richter y dirigiéndose a Elkins—, porque no tengo esa carta. La tiene la madre de Anthony, y por lo que yo sé, ella no está aquí. Pero sé lo que decía mi hijo en esa carta, y te lo estoy diciendo, se ha casado. ¿Qué pasa? ¿Crees que no sé leer? Decía que se ha casado con una chica a la que conoció el año pasado cerca de Hué, y que la chica se llama Moon Lai.

Fue en ese preciso instante cuando Dan Elkins se cayó de la silla. Acto seguido, se puso como loco. Tuvo que salir del barracón unos minutos para tranquilizarse. Alexander intercambió una mirada con Richter. Mercer no

habló; siguió sentado e inmóvil. Le recordaba a alguien, pero Alexander no acertaba a establecer el parecido concreto. Estaba relacionado con niños pequeños.

Cuando Elkins regresó, sólo había logrado tranquilizarse un poco.

—No puede ser —dijo—. Es una maldita mierda, y además es imposible. No me lo puedo creer, me niego a creerlo. Tengo que verlo por escrito. —No dejaba de negar con la cabeza—. Es que no me lo puedo creer.

—¿Qué te dije? —le espetó Richter con calma—. Será mejor que nos enseñes esa carta, comandante.

—Anthony no haría eso —le dijo Elkins a Alexander—. Su hijo no es una mierda, como el resto de nosotros. No hace estupideces.

—Teniente, cálmese —dijo Richter con voz de mando—. ¿Conoce usted a esa tal Moon Lai?

Estaban sentados a la mesa de reuniones de madera, rectangular y enorme, mirándose unos a otros.

—Sí, señor. Oh, sí, señor —dijo Elkins, golpeando con impotencia la superficie de la mesa con los puños—. Ya lo creo que la conozco, joder. Y por eso es por lo que no puedo creerlo. —Los ojos azules de Elkins estaban en llamas—. No es verdad. No puede ser verdad. Mercer, ¿tú puedes creer que sea verdad?

—No lo sé —contestó Mercer—. Yo no la conozco. —Negó con la cabeza—. Pero con el capitán Barrington... cualquier cosa es posible. —El sargento hizo una pausa—. Pero ¿por qué iba a casarse y no decírselo a usted, teniente? —le preguntó a Elkins—. Ustedes eran amigos. Ésa es la parte que no tiene sentido.

Pero Alexander, con la mirada fija en la superficie de la mesa, sabía por qué: una aventura amorosa de cuatro años de duración con la mejor amiga de Tatiana, en su casa, delante de sus narices, y nadie había sospechado nada, ni el marido distanciado, ni la clarividente Tatiana. El muchacho más abierto del mundo también era obviamente el más reservado. Con Anthony, cualquier cosa era posible.



—Comandante, tal vez hay algún error —le dijo Richter a Alexander—. El teniente Elkins dice que es imposible.

—Yo no he dicho que sea imposible, coronel Richter —dijo Elkins—. He dicho que no me lo puedo creer, joder. Que no puede ser.

—Muy bien, Elkins, ¿quién es ella? —le preguntó Alexander.

—¿Quién es ella? Obviamente, ésa es la pregunta del millón. Pero ¡qué cabrón! No decirme nada, ni una sola palabra... ¿cómo se puede ser tan retorcido?

Alexander esperó a que Elkins se serenase un poco.

—Anthony sabía que le habría partido la cara si lo hubiese sabido —dijo Elkins al fin—. No le habría dejado hacerlo, no se lo habría permitido. No quería oírlo. Él es así. Cuando quiere hacer algo, no quiere oír nada más, él es así, el muy cabrón testarudo de West Point.

—Ya basta, teniente —dijo Richter—. El cabrón testarudo de West Point es el hijo de este hombre. Ahora cuéntenos lo que sabe.

Elkins les contó al fin lo que había sucedido el año anterior, el verano de 1968 en Hué. Cuando terminó la ofensiva de Tet y Hué fue destruida, y su población civil aterrorizada y masacrada por el Vietcong, que al final fue expulsado por los norteamericanos, los soldados estadounidenses entraron a hacer limpieza.

—Éramos un equipo asesino de tres hombres, silenciosos y armados —explicó Elkins.

—Una patrulla de seguridad, Elkins —lo corrigió Richter.

—Sí, se me había olvidado. Lo siento, coronel —dijo Elkins, secamente—. Una patrulla de seguridad. No queremos ofender a nadie insinuando que hay una guerra o algo así.

—Teniente.

—Sí, lo siento, coronel. Proseguiré. Bueno, pues estábamos patrullando la zona, cazando... hummm, perdón, buscando miembros del Vietcong; esa era nuestra misión, encontrarlos y... mmm... —Miró a Richter—. ¿Qué, señor? ¿Aprehenderlos?

—Elkins, tres horas en el calabozo si sigue así —lo amenazó Richter—. Continúe.

—Ah, sí, «neutralizarlos», ésa era la palabra delicada que estaba buscando.

—¡Seis horas, joder, Elkins!

—Lo siento, señor. Bueno, éramos Anthony, yo y nuestro otro compañero, el teniente Nils; un buen tipo, de verdad, ya no está con nosotros. Pisó una mina hace dos meses —dijo Elkins, santiguándose—. Anthony se pondría muy triste si lo supiese; estaban muy unidos. —Lanzó un suspiro—. Bueno, el caso es que nos encontramos con un pequeño problema. —Tosió y se frotó las manos—. Estábamos en las afueras de Hué, pasando por una aldea asolada y reducida a cenizas por el Vietcong en su apresurada retirada. Y entre los escombros de aquella aldea, a plena luz del día, encontramos a una chica survietnamita, muy joven, de unos quince años tal vez, no lo sé. Muy joven, muy menuda y completamente desnuda, atada a un árbol. La habían golpeado y era evidente que la habían violado. En cuanto bajamos las armas y nos acercamos a ella, de entre las ruinas, una docena de enemigos abrió fuego y nos hirieron a mí, a Nils y por poco a Anthony. Le hicieron un rasguño en la cabeza y sangraba como un cerdo en el matadero. Respondió abriendo fuego, los obligó a ponerse a cubierto y luego les arrojó una granada de mano. Los dejó tiosos a todos, pero por desgracia, la granada también alcanzó a la muchacha desnuda.

—Teniente, ¿qué tiene que ver eso con...?

—Estoy llegando a ello, señor. Bueno, la chica no estaba muerta. Anthony la desató, la tapó con su guerrera y la estabilizó. Había perdido un ojo y dos dedos. La vendó y le administró morfina. Llamamos a un helicóptero de emergencia, y Anthony no dejaba de preguntarle «¿Dónde está tu casa?». Al principio, la chica no lograba serenarse y gritaba sin parar, pero justo antes de que llegara el helicóptero, nos dijo que trabajaba en Pleiku, que trataba de mantener a su... joder, ni siquiera lo sé, a su madre moribunda o a su hermana enferma. El caso es que el helicóptero nos llevó a todos al hospital de Pleiku. Cuando aterrizamos en la azotea, la chica se colgó del cuello de Anthony e hizo que ambos cayeran al suelo; estaba histérica. Después, se negó a apartarse de su lado. Él se quedó con ella, la ayudó e hizo que le limpiaran sus propias heridas. Nils y yo nos

recuperamos por nuestros propios medios, sin asistencia hospitalaria. Ahora me acuerdo de que unos días más tarde, cuando nos dieron un permiso, Ant se fue a algún sitio sin nosotros. No volvimos a verlo hasta que regresamos a la base para nuestra siguiente misión. Eso fue hace un año. No vimos más a esa chica y Anthony no volvió a hablarnos de ella, pero ahora que lo pienso, dejó de frecuentar los clubes con nosotros. Y lo cierto es que le volvían loco las... asiáticas, usted ya me entiende. Llegamos a pasarlo muy, muy bien juntos. —Elkins se interrumpió y miró con solemnidad a Alexander—. Quiero decir, señor, ya sabe, señor... lo normal, nada del otro mundo, señor...

Alexander lo interrumpió.

—Continúe con la historia.

¿Qué les pasaba a los jóvenes, que siempre creían haber inventado ellos el sexo?

—Bueno, pues dejó de venir con nosotros. Cada vez que tenía un par de días de permiso, desaparecía, y sé que en su último permiso, en julio, se fue a Pleiku.

Richter confirmó que en las hojas de registro constaba que Anthony había ido a Pleiku en cada uno de sus seis permisos.

Alexander se quedó pensativo y miró a Elkins, asimilando lo que le acababa de decir, lo que significaba.

—¿Y esa joven es Moon Lai? —dijo acto seguido.

Elkins asintió.

—Esa joven es Moon Lai.

Alexander siguió en silencio, pensando.

—Vamos a buscarla —dijo—. ¿Dónde trabaja en Pleiku?

Elkins miraba fijamente la mesa de madera y no contestó.

—¡Responda al comandante, teniente! —le ordenó Richter con un grito.

Elkins miró a Alexander un momento y luego volvió a bajar la vista, sin decir nada.

—Elkins... —masculló Alexander, incrédulo. Por un momento creyó que él también tendría que salir de allí—. Anthony no... —Apenas podía

hablar—. Anthony no se casó con una puta de Pleiku.

—¿Por qué cree que me he puesto a maldecir como un poseso?

—No. —Alexander negaba con la cabeza—. Tiene que tratarse de un error.

—¡Eso es lo que he dicho yo!

Y luego los cuatro permanecieron sentados, inmóviles y atónitos, sobre todo Alexander. Mercer habló al fin.

—Comandante, no se ponga así —dijo—. A lo mejor es una puta que se ha reformado.

—¡Cierra la jodida boca, Mercer! —exclamó Richter.

—¿«A lo mejor»? —repitió Alexander—. ¿Y cuál sería la otra opción? Tom, en su carta, Anthony no sólo decía que se había casado con esa chica, sino que... ¡está embarazada!

Las imprecaciones de los cuatro soldados se oyeron desde varios kilómetros a la redonda.

Pero ¿qué le pasaba a su hijo? Dios, ¿dónde diablos estaba?

—Tiene que haber un error —le dijo Alexander a Elkins.

—¡Eso es lo que he dicho antes, joder! —gritó Elkins.

Richter habló con autoridad.

—Vamos a ver, calmémonos todos un poco. Alexander, la situación es la siguiente...

—¿Tienes que decirme a mí cuál es la situación? —le espetó éste. Le había llegado el turno a él de gritar—. Mi hijo, comandante de un equipo de élite de las Fuerzas Especiales, con una formación impecable y entrenado al más alto nivel, se fue de permiso y aún no ha regresado. No se han encontrado su arma, su mochila ni su equipo. Y ahora acabamos de descubrir que se ha casado y ha dejado embarazada a una chica de vida alegre. Mientras, ha desaparecido de la faz de la Tierra. ¿Me he dejado algo?

Trataba con todas sus fuerzas de pensar con claridad.

Richter sirvió a todos otro vaso de cerveza. Se encendieron un cigarrillo y permanecieron sentados.

—No, me parece que lo has enumerado todo.

—¿Y si su desaparición no tiene nada que ver con Moon Lai? —dijo Elkins, de pronto, con el rostro iluminado—. ¿Y si sólo es una coincidencia?

Los silenciosos soldados seguían fumando con aire escéptico. Alexander continuaba manteniendo una concentración absoluta.

—Elkins, ¿has dicho que la chica era survietnamita?

—Sí, señor —contestó—. ¿Qué otra cosa iba a ser?

—¿Qué otra cosa iba a ser, dices? —exclamó Alexander—. Los tres caísteis en una emboscada del Vietcong, ¿no es así?

Elkins parecía perplejo y preocupado.

—Sí, pero... no entiendo qué quiere decir. ¿Qué es lo que sugiere? La habían violado, comandante. Tendría que haber visto en qué estado se encontraba.

—Elkins —dijo Alexander—, esa chica se vende a los soldados a cambio de dinero. Me imagino perfectamente el estado en que se encontraba. ¿Acaso crees que no está acostumbrada? ¿Acaso crees que nunca había pasado por eso? ¿Por una o dos palizas? Escuchad, ya lo sabía antes de venir aquí: tenemos que encontrar a Moon Lai, y tenemos que encontrarla cuanto antes.

—Pues buena suerte. Seguro que será fácil... —dijo Richter, asintiendo con la cabeza—. Muy fácil. Estoy seguro de que en Pleiku no habrá más que un burdel lleno de jóvenes mujeres vietnamitas. No será ningún problema, qué va.

—Sí —dijo Alexander—, pero ¿cuántas putas tuertas con ocho dedos y embarazadas hay en Pleiku?

—¿Y qué vamos a hacer, recorrer todos los prostíbulos hasta dar con ella?

—Si eso es lo que hace falta...

Richter se echó a reír, dio una palmada a Alexander en la espalda y le sirvió otra cerveza.

—Sí, claro, comandante Barrington. ¿Y por qué no le envías un telegrama a tu esposa y le dices que su marido ha atravesado medio mundo

para poder ir a casas de putas durante los próximos tres meses? Le diré a Tania que es por una buena causa. Seguro que lo entenderá.

Richter y Elkins se echaron a reír, pero Mercer no se tomó semejante libertad. Desde luego, a Alexander no le hizo gracia.

—En primer lugar, no contamos con tres meses —dijo, apurando la cerveza de un sorbo—. No tenemos ni cinco minutos. Y en segundo lugar —añadió, con el rostro impertérrito—, mi mujer es muy comprensiva cuando se trata de ir a casas de putas por una buena causa. Iremos esta misma noche. ¿A cuánto queda? ¿A cincuenta kilómetros?

—¿Esta noche? —Se sorprendió Richter.

—Por la noche los bares estarán llenos. —Alexander miró a Richter con expresión elocuente—. ¿Qué pasa? ¿Es que acaso no sabes que es la mejor hora?

—Alexander, olvídale, quédate aquí —dijo Richter, desviando la mirada—. Ya sé lo que opina Tania de mí con respecto a mi propia esposa. Nunca me perdonará por esto.

—Ya basta de cháchara, vámonos. —«Tania perdona cosas peores que esto».

—Va a pensar que te he corrompido. Olvídale. Preferiría enfrentarme a un escuadrón entero del Vietcong antes que dar mi consentimiento para esto. Tú quédate aquí. Iremos Elkins y yo. Me llevaré a uno de nuestros hombres, Ha Si, para que nos haga de intérprete.

—Tráelo, desde luego. Quiero conocerlo. ¿Qué *jeep* nos llevamos?

Richter se restregó los ojos.

—Creo que tendríamos que hablar de esto...

—¡Joder, Richter! ¿Siempre tienes que hablar tanto? Es un milagro que tus hombres salgan alguna vez en alguna misión. ¡Vámonos!



Alexander no abandonó las dependencias de Richter, ni siquiera para respirar un poco de aire fresco. Se quedó fumando dentro, sin salir, y por la noche cenaron *pho* de ternera, fideos finos vietnamitas con caldo de

ternera, que Alexander engulló con avidez, sin poder parar de comer. Richter le preguntó si quería descansar, asearse, pero Alexander sólo quería que oscureciera para poder ponerse en marcha. Cuando se hizo de noche, condujeron hasta Pleiku. La carretera no estaba asfaltada, pero al menos era recta. Tardaron una hora.

Como en cualquier ciudad capitalista, los bares de mala muerte, tapaderas para los burdeles más inmundos, estaban todos en una breve franja de calles decrepitas, sucias, malolientes y húmedas del centro, paralelas a un estrecho río lleno de fango cuyo cauce se desbordaba invariablemente tras la lluvia. Los prostíbulos, todos dispuestos en fila, facilitaban enormemente al cliente que acudiese con prisas y en estado de embriaguez la tarea de decidirse. Desde luego, facilitaban enormemente a los cuatro hombres la tarea de buscar a Moon Lai. Alexander deseó haber llevado consigo una foto suya, pero al menos tenía una de Anthony para poder enseñarla. Se dividieron. Elkins y Ha Si, un guerrero montañés, se encargaron de la mitad de los bares, y Alexander y Richter, de la otra mitad. Ha Si les enseñó a decir en vietnamita: «¿Trabaja aquí una chica con ocho dedos?».

Recorrieron un bar tras otro tratando de pasar inadvertidos; se apostaban en las entradas estrechas, tras las cortinas rojas, en pequeñas salas llenas de humo, bebían un poco de cerveza, hablaban con las *madames*, examinaban rápidamente a las chicas que se sentaban en las sillas esperando a clientes como Richter y Alexander. Había montones de establecimientos en aquellas calles oscuras y sin asfaltar, llenas de barro y mugre por la lluvia. Alexander intentaba limpiarse las botas antes de entrar en los bares, pero era inútil, porque el barro se le solidificaba lentamente, convirtiéndose en cemento en las suelas. Las luces parpadeaban, los hombres reían y se oía el bullicio de una pelea en alguna parte. Alexander y Richter recorrieron siete locales sin suerte.

En el octavo, la *madame*, una vietnamita ya entrada en años, se golpeó el pecho y exclamó:

—¡Ah, Moon Lai! *Dien cai dau! Dien cai dau!*

—«Dinki dau» —susurró Richter—. Está diciendo que está loca.

—Dile que eso no nos resulta muy útil —dijo Alexander—. ¿Conoce a la chica?

Al parecer, la mujer conocía bien a la chica.

—¿Dónde está?

No pudieron sacarle esa información. Alexander enseñó a la mujer un fajo de cien dólares. La *madame* empezó a hablar muy rápido en vietnamita, intercalando algunas palabras en inglés, y cogió el dinero que le ofrecía.

—¡Yo no visto! ¡Ella ido! ¡Yo no visto ella! ¡Ella ido! Ya he dicho: *dien cai dau!*

—Dile que no le vamos a dar los cien dólares si sólo nos dice que no la ha visto.

Alexander se quedó allí mientras Richter corría a buscar a Elkins y a Ha Si, pues necesitaban a éste para que les hiciese de intérprete.

Cuando Richter se fue, la *madame* hizo desfilas a sus mejores chicas, las más jóvenes, delante de la mirada curiosa y discreta de Alexander, que permanecía con el cigarrillo en la boca.

—Mientras espera —repetía una y otra vez la *madame*—. No tarda mucho tiempo. Treinta piastras.

Las chicas, en distintos estados de desnudez y de edades comprendidas en una franja escandalosamente joven a los ojos de Alexander, trataban de atraerlo con precios muy baratos a cambio de unos servicios extremadamente sofisticados.

—¿Por qué coño habéis tardado tanto? —increpó a los tres hombres cuando al fin negaron.

Ha Si habló con la *madame*. Cuando terminó, Alexander le dio cien dólares norteamericanos a la mujer, que le dedicó una mirada de gratitud inmensa. Los cuatro hombres salieron a respirar aire fresco y se detuvieron junto a la valla de madera del río de lodo.

—No sabe mucho —dijo Ha Si, un montañés diminuto, firme como una roca y con la piel como el cuero liso. Elkins le había dicho a Alexander que siempre lo enviaban a él de avanzadilla en cualquier misión porque Ha Si era indetectable para el enemigo hasta que ya estaba encima



de ellos, con la navaja en su cuello—. Ha dicho que Moon Lai trabajó para ella durante dos o tres años.

—¿Dos o tres años? ¿Cuántos años tiene?

—Eso no se pregunta. Nadie diría la verdad de todos modos.

—Podría haber tenido doce o veintidós —dijo Elkins.

Alexander negó con la cabeza.

—No podía tener doce, si trabajó para ella tres años...

Ha Si no dijo nada; se quedó allí, sin pestañear ni inmutarse. Alexander lanzó un gemido.

—Era una chica tranquila —siguió diciendo Ha Si—, siempre hacía lo que le ordenaban, nunca protestaba, nunca se negaba a trabajar, pero sólo tenía unos pocos clientes que repetían con ella. Vivía en la habitación más pequeña y apartada, en el piso de arriba. La *madame* ha dicho que aun cuando Moon Lai tenía dos ojos y era guapa «los hombres nunca volvían por ella». Excepto uno... y ése era el soldado de la fotografía, que volvió por ella aunque sólo tenía un ojo, y pagó un montón de dinero para que ella pudiese vivir en la habitación y no aceptar a otros clientes. Era muy generoso, ha dicho la *madame*.

»También ha dicho que a veces Moon Lai desaparecía sin avisar, una o dos semanas. Luego volvía a aparecer, pedía su vieja habitación y trabajaba sin protestar. Por eso la *madame* ha dicho que está loca. Que va y viene cuando le place. La última vez que la vio fue a principios de primavera. Desde entonces, nada. La *madame* piensa que a lo mejor está muerta o embarazada y no puede trabajar.

Alexander siguió fumando con aire reflexivo. Richter y Elkins lo miraban, y Ha Si permaneció inmóvil.

—¿De dónde es Moon Lai, Ha Si?

—La *madame* no estaba segura.

—¿Bromeas? —exclamó Alexander.

—Yo nunca bromeo. —Ha Si miró a Alexander sin inmutarse.

—Es el único dato sin el que no podemos marcharnos de Pleiku. Vuelve ahí dentro inmediatamente, dale otros cien dólares y no vuelvas hasta que la *madame* esté segura. Vete.

Ha Si levantó las manos despacio.

—Espere —dijo de mala gana, sin coger el dinero que le ofrecía—. La *madame* ha dicho que oyó a la chica sin dedos hablar de una aldea llamada Kum Kau. La madre y la hermana de Moon Lai vivían en Kum Kau. A lo mejor era ahí adonde iba cada pocos meses.

—Nunca he oído hablar de ese lugar, Kum Kau —comentó Richter con cierto recelo—. Debe de ser una aldea muy pequeña, o está muy lejos de aquí.

Ha Si no dijo nada.

—Esto es una mierda —exclamó Elkins—. ¿Puede haber ido Anthony con ella a esa estúpida aldea? ¿Como marido? ¿Como futuro padre? ¿A conocer a los suegros, tal vez?

—Supongamos que fue —dijo Alexander—. ¿Por qué no volvió?

—A lo mejor lo intentó —dijo Richter—. A lo mejor lo hemos estado buscando en el lugar equivocado. Esa aldea, Kum Kau... ¿dónde está, Ha Si?

Ha Si no contestó, y su expresión ya no era impertérrita. Volvieron a formularle la pregunta, pero seguía sin contestar. Richter levantó la voz en la calle del río.

En voz muy baja, Ha Si contestó:

—No quiere saberlo, coronel Richter.

—¡Es lo único que queremos saber, joder! —gritó Richter—. Es lo único que queríamos averiguar aquí, así que contesta de una puta vez. Es una orden. ¿Dónde está?

—Catorce kilómetros al norte de la zona desmilitarizada —respondió Ha Si.

—¿En Vietnam del Norte? —exclamó Richter, horrorizado.

—¡En Vietnam del Norte! —repitió Alexander con voz sepulcral, derrotado, con el corazón herido de muerte.

Sin volver a dirigirle la palabra a nadie, Alexander apuró el cigarrillo mientras encaminaba sus pasos de nuevo hacia el *jeep*. Con las armas preparadas, los hombres condujeron en silencio cincuenta kilómetros por

la oscuridad de los campos, de vuelta a la base. «¡Está en Vietnam del Norte!», no dejaba de pensar Alexander.

En Kontum, en las dependencias de Richter, éste sacó una botella de *whisky*, porque la cerveza no era lo bastante fuerte. Ha Si no bebía; permaneció sentado en silencio en una silla, más silencioso incluso que la propia silla. Alexander, que hasta entonces creía haber aprendido a ser sigiloso cuando era necesario, era un torbellino de movimiento comparado con Ha Si. Aun en esos momentos, el hombre se mostraba imperturbable. Aunque, bien pensado, ¿por qué no iba a estar imperturbable? Al fin y al cabo, no era su hijo el que había desaparecido en aquel maldito país.

—¿Ves lo que te estaba diciendo antes, Elkins? —dijo Alexander al fin—. Os tendieron una emboscada.

—Con todos los respetos, comandante —replicó Elkins— y permíteme por decirlo así, pero por supuesto que nos tendieron una emboscada, eso está más claro que el agua; sin embargo ¿qué tiene que ver una emboscada de hace un año y medio con el paradero de Anthony? ¿Y con Moon Lai?

Richter y Alexander intercambiaron una larga mirada impregnada de los vapores del *whisky*. Richter meneó la cabeza con aire resignado, le sirvió otra copa a Alexander y ambos brindaron.

—No se preocupe, comandante —dijo Richter—. Mañana llamaré a Pinter, el comandante en el territorio del norte. Le pediré que envíe una patrulla de reconocimiento a la zona desmilitarizada, hasta donde estaba la fortaleza de Khe Sanh, y a otro grupo de hombres a la carretera de Ho Chi Minh en Laos, que baja desde Vietnam del Norte y entra en Laos a unos treinta kilómetros al norte de la zona desmilitarizada. A ver si ven algo ahí. Le preguntaré a Pinter si ha oído hablar alguna vez de esa aldea, de Kum Kau.

Alexander torció el gesto y soltó la copa. Dejó los cigarrillos, se levantó de la mesa y lanzó una mirada sombría a Richter.

—Coronel Richter —dijo en voz baja—, ¿podemos hablar a solas un momento?

De mala gana, Richter hizo señas a Ha Si y a Elkins para que los dejaran solos y se volvió hacia Alexander, que seguía de pie dentro del

barracón.

—Oye, ya sé lo que me vas a decir...

—No sabes lo que te voy a decir.

—Sí, sí que lo sé. —Richter se desplomó en su silla.

—Tom, ¿de qué coño estás hablando? ¿Pinter, sus patrullas de reconocimiento? Vamos a ver, ¿a quién le va a resultar útil eso?

Alexander empezó a pasearse arriba y abajo por delante de la alargada mesa.

—A ti, Alexander. Los hombres de Pinter conocen esa área palmo a palmo, y ya sabes que los míos no salen del triángulo. —Richter se sirvió otra copa—. ¿Quieres una?

—Tom.

—¡Alexander! —Richter dio un golpe con la copa contra la superficie de la mesa—. Me parece que hay algo en todo este asunto que no acabas de entender...

—¡Tom! —exclamó Alexander, al tiempo que estrellaba el puño en la superficie de la mesa—. ¡Hay algo en todo este asunto que tú no acabas de entender!

Richter se levantó bruscamente.

—¡Escúchame! ¿Sabes que tenemos órdenes directas de no internarnos en Vietnam del Norte? Lo sabes, ¿verdad? ¡Órdenes directas!

—Vamos, vamos. Sé cómo funciona el SOG. Tú les dices a tus hombres adónde tienen que ir y ellos van a donde tú los envías, es así de simple. ¿Me estás diciendo que Elkins no iría? ¿Que Mercer no iría?

—¡Alexander! —Richter bajó la voz hasta hablar en un murmullo furioso—. ¡Has perdido el juicio por completo! ¡No es mi área de operaciones! Yo estoy aquí. Mi área se limita al centro de Vietnam del Sur, a Laos y a Camboya. Aquí.

—Sí, y se supone que no debemos estar ni en Laos, ni en Camboya, ni aquí ni allí. Y se supone que tampoco puedes enviar a nadie a la carretera de Ho Chi Minh. Se supone que tampoco puedes enviar a grupos de hombres a la selva camboyana para interceptar los suministros. Y sin embargo, lo haces.

Los dos hombres se miraron con gesto tenso, con sendos pares de puños apretados con fuerza encima de la mesa.

—¡Catorce kilómetros al norte de la zona desmilitarizada! —exclamó Richter—. ¡No está a ocho kilómetros de Pleiku, ni a diez de Kontum, sino nada menos que a cuatrocientos ochenta kilómetros de aquí, en Vietnam del Norte, donde el propio Abrams, siguiendo órdenes expresas de Johnson, dijo que no podíamos poner el pie para no hacer enfadar a los rusos y provocar un incidente internacional del que no nos libraríamos ninguno!

—No me vengas con ésas, joder.

—Bueno, pues deja que te pregunte, viendo que tienes todas las respuestas —dijo Richter—, ¿qué coño sabes tú de Kum Kau? Supón que desobedecemos las órdenes del comandante del MACV y del presidente de Estados Unidos, tu comandante en jefe también, por cierto, y que enviamos a nuestros chicos allí y descubrimos que es una preciosa aldea donde las mujeres vietnamitas con sombreros de paja se pasean con cubos de arroz en la espalda y tienen hijos. Supón que encontramos a tu hijo en esa aldea, comiendo *pho* y ayudando en los arrozales. Luego ¿qué? ¿Vamos a traerlo de vuelta para que le hagan un bonito consejo de guerra? Porque ya han pasado cinco meses, y si está rascándose el ombligo en una aldea, no va a volver. ¿Quieres que traigamos a tu hijo para que un tribunal militar lo juzgue por desertión en plena guerra?

—La respuesta es sí —masculló Alexander entre dientes—, porque tú y yo sabemos que no está en Vietnam del Norte rascándose el puto ombligo.

—Muy bien —repuso Richter, también entre dientes—. Segunda pregunta. Así que crees que le tendieron una trampa...

—Y tú también, porque de lo contrario no te habrías puesto así.

—¿Y crees que estará sin vigilancia en alguna aldea llena de civiles?

—Cuando encontremos a Moon Lai, lo sabremos —dijo Alexander—. Cuando la encontremos lo sabremos todo.

—De acuerdo, la encontramos y estaremos en territorio enemigo, y ella nos informará amablemente de que Anthony está a más de mil

kilómetros al norte, en el Hanoi Hilton, o en el Programa de Cuba, en uno de los campos de prisioneros de la frontera con China, dirigido en secreto por los cubanos de la caña de azúcar que acuden a Vietnam del Norte haciéndose pasar por diplomáticos y luego organizan y establecen los campos del ejército norvietnamita donde torturan a los norteamericanos. Y luego ¿qué? ¿Caminarás más de mil kilómetros hasta Hanoi?

—Si eso es lo que hace falta... —contestó Alexander.

—¡Santa Madre de Dios! —Richter estaba jadeando—. Muy bien, pues eso me lleva a mi cuarta puñetera pregunta. Estamos en territorio enemigo, nos surge un problema del copón, necesitamos ayuda. ¿De dónde vamos a obtenerla? Normalmente tenemos ocho helicópteros preparados para esa clase de misiones, pero ¿para ésta? Si alguien se entera de que estamos en Vietnam del Norte, vamos a tener muchos más problemas que un muchacho desaparecido.

—¡Y una mierda! —le soltó Alexander—. ¿Y sabes una cosa? Guárdate ese rollo para otro idiota, Richter, porque parece que olvidas con quién estás hablando. Sé perfectamente que el SOG cuenta con sus propios aviones, sus propios helicópteros, sus propios vehículos de emergencia, sus propios hospitales, sus propias armas... Misiones clandestinas, secretas... ¡esto es precisamente lo que hace el SOG! ¡Pero si os encargáis de las operaciones encubiertas de Macvee! Ése es el único propósito del SOG, de lo contrario estarían luchando en combates abiertos con apoyo de la artillería. Serían los marines. ¡No intentes venderme esa mierda! ¿Me oyes? ¡Precisamente a mí!

—¡Siento haberte dado un puto trabajo en la reserva, joder! —gritó Richter.

—Bueno, ahora es demasiado tarde para sentirlo. Ahora tenemos que ir a buscar a Anthony.

—Oh, Dios mío... —Richter dio un respingo—. ¿Por eso es por lo que has venido aquí?

—¿Tú qué coño crees?

—¡Yo no pienso ir a Vietnam del Norte! —gritó Richter.

—Saldremos mañana.

—¡Y una mierda!

—El ejército norvietnamita lleva rompiendo las reglas y desestabilizando a países supuestamente neutrales desde 1954 para transportar a Vietnam del Sur armas de fabricación soviética con las que poder matarte a ti —dijo Alexander—. Ha desestabilizado Laos, Camboya, Tailandia, Papúa-Nueva Guinea. ¿Y ahora te preocupa romper una maldita regla? Llevan quince años armando el paralelo 17 y la zona desmilitarizada con sus supuestas aldeas de campesinos. Lo sabes mejor que yo.

—Es verdad, pero no hablamos de la zona desmilitarizada, hablamos de Vietnam del Norte... ¡y no tenemos ningún tipo de información veraz sobre Ant! ¡No sabemos una puta mierda! ¿Por qué no quieres enviar a una patrulla de reconocimiento antes? Pinter enviará a un equipo de siete hombres desde la base del norte en Da Nang, al menos así averiguaremos lo que necesitamos saber. ¿Y si no está allí? ¿Y si necesitamos a cien hombres para sacarlo? ¿Y si necesitamos sólo a uno, para transportar su cadáver? ¿Se te ha ocurrido pensar en esa posibilidad? Dios no lo quiera, pero ¿y si está muerto?

—Vivo o muerto —dijo Alexander con gesto firme y resuelto—, lo vamos a traer de Vietnam del Norte.

—¿Y si Kum Kau no existe, pero hemos enviado a veinte soldados a territorio enemigo y se los cepillan y no puedo explicar qué coño estaban haciendo allí?

—¿Así que crees que si Pinter envía a sus hombres y se los cepillan te sentirías mejor? No tendrías a Ant, pero veinte de los hombres de Pinter estarían muertos. ¿Eso sería mejor?

Los dos siguieron jadeando, enfrentados, dos hombres de cincuenta años, soldados, guerreros. Los dos a punto de perder los nervios, dos hombres que no se creían capaces de llegar a aquel extremo, pero habían llegado, y había que solucionarlo.

—Sólo piensas en tu hijo, Alexander —dijo Richter—, pero yo tengo que pensar en todo mi regimiento. Soy responsable de un millar de hombres.

—Tom —repuso Alexander—, sabes perfectamente lo que el ejército norcoreano y los putos cubanos les hacen a los soldados norteamericanos.

—Kum Kau está cerca de la zona desmilitarizada. Los cubanos están en Hanoi y cerca de China. No vamos a acercarnos a China, ¿verdad?

—Vietnam del Norte ha violado todas las disposiciones de la Convención de Ginebra que, por cierto, ellos mismos firmaron. Nuestros hombres aparecen en la carretera muertos, ahogados, quemados, mutilados sin posibilidad de que alguien pueda reconocerlos, porque no pueden soltarlos vivos para que no cuenten al mundo cómo trata a sus prisioneros el NVA. ¿Y tú quieres dejar allí a Anthony?

—Pueden soltarlos o no soltarlos —dijo Richter—. Como si al mundo le importara una mierda cómo tratan los norvietnamitas a los prisioneros de guerra. Al mundo sólo le importa lo que los norteamericanos hicieron en My Lai.

—Sí —repuso Alexander—, porque a ellos se los juzga con benevolencia por no tener principios de ninguna clase, mientras que a nosotros se nos juzga con dureza por no saber estar a la altura de los nuestros. Es como tener más consideración con Cartago que con Roma. Ya lo sé, se espera más de Roma. Pero el hecho es que puedes decirme lo que quieras, con Elkins apostado en la puerta, pero sabes perfectamente que de una manera u otra voy a ir a Kum Kau a averiguar qué le ha pasado a mi hijo. No he venido a Vietnam para ir a casas de putas contigo. Estamos hablando de Anthony. ¡De Anthony! —Alexander estuvo a punto de desmoronarse.

—¡Ya sé de quién estamos hablando! —Richter trató por todos los medios de no perder la compostura él también—. He cuidado de él y lo he protegido como he podido desde que llegó aquí. Ha tenido carta blanca para todo. Apenas le hacía preguntas; siempre y cuando cumpliese con su cometido y con su misión, podía hacer lo que quisiese. Lo hice por él porque eso era lo que quería.

—Muy bien —dijo Alexander—, pues esto es lo que quiero yo, para que quede claro. O me ayudas como deberías y debes, o sigues ahí dándome quinientas razones más por las que no puedes hacerlo; pero



Anthony no va a quedarse en Vietnam del Norte. —Alexander seguía con los puños clavados en la mesa—. Mi hijo no. Ni un solo día más.

Inspiró hondo sin moverse un centímetro, firme en su decisión.

Con un gruñido, Richter se retiró y retrocedió unos pasos. Alexander no se movió. Sabía por lo que Richter estaba pasando, sólo que no quería oírlo. Y al cabo de cinco minutos y de otro vaso de *whisky*, Richter inclinó la cabeza.

—Lo que no entiendo es por qué toda tu puta vida tiene que girar alrededor de la misión de Tatiana en Berlín —dijo, en voz mucho más baja—. ¿Por qué no puede girar en torno a algo más?

—Mi vida gira en torno a muchas otras cosas.

—No, no lo creo —dijo Richter—. En absoluto.

Después de dos cigarrillos, Richter se tranquilizó lo suficiente para llamar a Ha Si y a Elkins para que volvieran a entrar. Un adormilado Elkins corrió a despertar a Mercer. Era más de la una de la madrugada. Los cuatro hombres se pusieron en posición de firmes y Richter, con los nervios, se olvidó de darles la orden de descansar.

Mientras daba vueltas alrededor del montañés, perforándolo con la mirada, Richter dijo:

—Ha Si, conoces la zona como la palma de la mano, eso ya lo sé, pero... deja que te haga una pregunta, y quiero que lo pienses muy bien antes de contestar. Esa aldea, Kum Kau, está lejos de aquí, lejos de tu área. Al fin y al cabo, tú eres de Bong Son, y eso no está cerca de aquí. Espera, no me interrumpas. ¿Es posible, sólo posible, que Kum Kau esté más bien al oeste de Vietnam del Norte? ¿Podría estar un kilómetro o dos en el interior del territorio de Laos, en la zona montañosa de Khammouan? A lo mejor has cometido un pequeño error, ¿no? ¿Qué me dices? Piensa antes de contestar.

Ha Si pensó unos minutos antes de contestar.

—Creo —respondió, despacio y en voz baja—, que tal vez tenga razón, coronel. Podría estar justo en territorio de Laos, cerca de la frontera. Esa frontera es un poco difícil, por las montañas, y no conozco esa zona tan

bien como ésta. Antes me he precipitado. Gracias por darme la oportunidad de corregirme. Está en Laos.

—Muy bien —dijo Richter—, porque ya sabes, Ha Si, que podemos hacer muchas cosas, pero nunca, por ninguna circunstancia, adentrarnos en Vietnam del Norte. Si Kum Kau está ahí, no lo podemos definir de entrada como el parámetro de nuestra misión, e ir y encontrar a esa tal Moon Lai y tal vez encontrar a nuestro capitán Barrington.

—Sí, señor. Lo entiendo, señor. —Ha Si miró a Alexander—. Definitivamente, está en Laos.

Richter, finalmente, dio la orden de descanso a los hombres. Los cinco se sentaron y se pusieron a fumar, a pensar y a urdir un plan.

—Lo que yo querría, lo que preferiría —dijo Richter— es enviar primero una pequeña unidad de reconocimiento. —Alexander abrió la boca, pero Richter no lo dejó hablar—. Pero hay algo que sé mejor que cualquiera de los presentes en esta mesa —fulminó a Alexander con la mirada—: si detectan a nuestros hombres, estamos perdidos. Si llegamos a efectuar una operación de rescate y evasión en Kum Kau, sólo podremos entrar una vez. No nos esperan, el factor sorpresa será nuestra mejor arma. Por otra parte, si nos metemos en una situación de la que no sabemos salir, estaremos bien jodidos. Sencillamente, no podemos reunir un grupo muy numeroso de hombres porque no podríamos enfrentarnos al enemigo sin pasar desapercibidos. De modo que esto es lo que vamos a hacer: vamos a reunir a un grupo de élite y vamos a salir en misión de reconocimiento ultrasecreta a un destino clasificado en Laos. ¿Me habéis oído? No la llamaremos una misión SLAM, ¿entendido? La llamaremos misión de reconocimiento. Para recabar información, para interrumpir los suministros del enemigo, tal vez.

—Entendido, señor.

—No llevaremos ninguna clase de identificación; ya sabéis lo que eso significa. Si caéis en Vietnam del Norte, nadie encontrará vuestros cuerpos. Os sugiero que llaméis a quien corresponda y escribáis las cartas necesarias antes de salir. Personalmente, y a diferencia de lo que opina el comandante Barrington, nuestro asesor de inteligencia venido

directamente de Fort Huachuca en Arizona, yo creo que Kum Kau es sólo una aldea normal.

—Bueno, a diferencia de ustedes, caballeros —intervino Alexander—, no he participado en misiones sobre el terreno desde 1946, y estoy seguro de que muchas cosas han cambiado desde entonces. Y puede que el coronel Richter tenga razón, puesto que cuenta con una gran experiencia en esta área, pero es necesario abordar el asunto como si la aldea fuese un campo enemigo, minado, armado y lleno de trampas. Es necesario que nos llevemos todo lo necesario para alcanzar nuestro objetivo, y aunque estoy seguro de que todos los campesinos vietnamitas son civiles inocentes, sólo por si las moscas, llevémonos munición suficiente para arrasar Hanoi, y no sólo una antorcha para quemar unas cuantas chozas.

Richter miró de soslayo a Alexander, y todos los demás miraron de soslayo a Richter.

—Haré que un helicóptero nos transporte a Laos —dijo Richter—, buscaré uno de los servicios de emergencia, así nos dejará en la zona, volverá al sur a repostar y esperará nuestra llamada. Hay una base de suministro del SOG justo al sur de la zona desmilitarizada; tendré a nuestros helicópteros de combate esperándonos allí, además de dos Hueys más por si los necesitamos, y una unidad médica. Pero recordad: nuestra misión clasificada está dentro de los parámetros de Laos. Seis putos Cobra no pueden volar a Vietnam del Norte, porque eso ya no se llamaría apoyo al combate: sería una puta invasión. ¿A todo el mundo le ha quedado claro eso?

A todo el mundo le había quedado claro. Mercer estaba pensativo.

—Perdone, señor, pero ha hablado usted de «nuestra» misión. ¿Es que... está pensando en ir usted también?

Alexander se miró las manos para no ver a Richter derrotado ante sus hombres.

—¡A la mierda con todo! —exclamó Richter—. Soy demasiado viejo para esto, pero voy a ir porque soy yo quien se juega el cuello si algo sale mal en Vietnam del Norte. Seremos doce, un equipo de seis nativos de operaciones especiales y nosotros. Le diré a Tojo que venga, eso si antes

no le da un ataque al corazón cuando se entere de que yo también voy. Elkins, Mercer, Ha Si, doy por sentado que vosotros os ofrecéis voluntarios para venir, ¿no?

Los tres hombres asintieron y se volvieron para mirar a Alexander.

—¿Qué coño estáis mirando? —exclamó éste—. Sin mí, todavía estaríais follando en Pleiku, comiendo bocadillos de queso y lanzando granadas a los peces del río. Pues claro que yo también voy.

Los hombres permanecieron en silencio.

—Tal vez debería quedarse aquí, comandante —dijo Elkins—. Usted mismo ha dicho que no ha participado en el combate activo desde 1946.

—Y el combate activo con una enfermera de la Cruz Roja no cuenta —añadió Richter mordazmente.

Alexander no dijo nada. Era evidente que Richter sentía la necesidad de decir la última palabra.

—¿Necesita el coronel conseguirle el permiso de seguridad para participar en operaciones de combate activo? —insistió Elkins—. Porque eso podría tardar un mes.

—Para su información, teniente, obtuve el permiso de seguridad del mismísimo comandante de Inteligencia Militar en Fort Huachuca —lo informó Alexander. La conversación se dio por zanjada—. Tom, ¿me acompañas a mi tienda? Necesito dormir. —Los demás hombres se pusieron de pie, saludaron y se marcharon. Alexander se dirigió a Richter—. ¿Crees que mañana ya lo tendrás todo listo? —le preguntó de camino a su barracón.

Richter no lo creía.

—Y no lo llamamos «tienda», sino barracón, Alexander.

—Tienda, barracón... a quién coño le importa. Ya hemos esperado bastante, Tom. Tenemos que salir enseguida.

—Necesitamos un par de días más —respondió Richter—. Tengo que buscar un helicóptero de transporte, preparar las provisiones, las armas... Tú mejor que nadie sabes que hay que prepararse a conciencia. Sólo tendremos una oportunidad.

Alexander estaba de acuerdo en que debían ir bien preparados. Y en que sólo tendrían una única oportunidad.

Cuando se detuvieron delante del barracón de Alexander, Richter se encendió un cigarrillo y dijo:

—Alexander, ¿eres consciente de las pocas posibilidades de éxito que hay?

—Entonces, ¿tú también tienes esperanzas? —Un poco más relajado, Alexander dio unas palmaditas en el brazo a Richter—. Tom —le dijo—. Ya sabes que te equivocas de hombre si lo que quieres es hablar de posibilidades.

—Joder, y que lo digas...

—¿Cuáles eran las posibilidades de que una mujer de un metro cincuenta que nunca en toda su vida había disparado un arma llegase a territorio controlado por los soviéticos sin saber dónde estaba yo, o ni siquiera si estaba allí, o vivo y... me encontrase, vivo?

—Más que las nuestras —dijo Richter.

Alexander negó con la cabeza.

—Una mujer desarmada en un campo del Gulag con centinelas armados con metralletas cada dos palmos —dijo Alexander, casi en tono reverencial—. No eran doce hombres cargados con más munición que la suma del peso de sus cuerpos. Y sí, los norvietnamitas son unos hijos de mala madre, pero los soviéticos tampoco eran hermanitas de la caridad precisamente. Ellos también tenían artillería, y aun así, Tatiana me encontró y me sacó de allí. Así que... que duermas bien.

Pero no podía evitar pensar en lo que Tania le había dicho una vez, que se puede protestar y clamar cuanto queramos, «pero a veces lo que hacemos no es suficiente, por mucho que sea». Él sabía algo de eso. Sin embargo, trató de relegar esos pensamientos al olvido.

Richter lanzó un suspiro, dio una calada al cigarrillo y esbozó una sonrisa.

—Me sorprende que tú y Tania nunca hayáis utilizado vuestra capacidad para ganar contra todo pronóstico.

Era la primera vez desde el 20 de julio de 1969 que Alexander se reía con una carcajada.

—Tom —le dijo, bajando la voz y rodeando a Richter con el brazo un momento—. ¿Quién te dice que no lo hemos hecho? —Alexander sonrió de oreja a oreja—. Vamos a Las Vegas dos veces al año —le confesó alegremente—. Los niños creen que nos vamos de vacaciones a Sedona, pero en cuanto llegamos allí, nos pasamos veinte horas seguidas jugando. Mi mujer es la reina de la ruleta y del blackjack.

Richter se quedó boquiabierto.

—¿Me estás hablando de Tania? —exclamó—. Tania, tu mujer... ¿la reina del blackjack?

Alexander asintió.

—Y Tom, hay que verla para creerlo. Durante los últimos siete años nos regalan la estancia en una suite de lujo en el Flamingo. El hotel le da comida gratis, vales de descuento para compras, da lo mismo... Tania nunca pierde. Si tiene frío, no juega. Fuimos hace un mes para ver si nos animábamos un poco, pero tenía frío, así que dejó de jugar. No dejaban de tocarle reinas de picas y las *busting*<sup>[4]</sup>, pero eso no es lo habitual. —Se interrumpió y luego bajó la voz—. Los jugadores profesionales no la ven venir. Se sienta en sus mesas, se toma un poco de vino, se viste de rosa, se suelta el pelo, bromea con ellos y entonces bajan la guardia. No tienen la más mínima oportunidad. Es increíble. —Recordó a su esposa con un cariño infinito—. Lo mío es distinto. Yo juego al póquer. Unas veces gano y otras pierdo. Tatiana viene, se coloca detrás de mí y tranquiliza al resto de la mesa mientras yo me pongo nervioso. Se nos da bien, pero a ella le encanta, desde luego.

Richter lo escuchaba con los ojos abiertos como platos y luego se echó a reír.

—Es increíble, joder. Llegas aquí y en diez horas pones mi mundo patas arriba. Yo, un teniente coronel, aceptando órdenes de un puto comandante; Anthony va a tener hijos con una puta; por nuestra cuenta y sin autorización de ninguna clase, estamos a punto de invadir Vietnam del

Norte y Tania, precisamente Tania, se vuelve loca por ir a Las Vegas. ¿Hay algo más con lo que quieras sorprenderme?

Alexander aterrizó repentinamente en la realidad y dejó de sonreír.

—No —dijo, dándole una palmadita cuidadosa—. No se me ocurre nada más.

Richter también se puso serio.

—Alexander, hazme un favor. Cuando salgamos en esta misión, no me hables como si fuéramos amigos desde hace veinte años.

Alexander se cuadró para hacerle el saludo oficial y Richter se lo devolvió.

—Buenas noches, coronel Richter —dijo Alexander.

—Buenas noches, comandante Barrington.



Una vez en el interior de su barracón individual, Alexander se desnudó y se desplomó sobre la cama. Se encendió un cigarrillo, lo apuró, se encendió otro y sonrió, con la mirada fija en el techo.

*—Ant, ven aquí, quiero que juegues al dominó con tu madre.*

*—No, ¿por qué? Nunca gano.*

*Anthony acababa de regresar a casa después de su primer año en West Point. Era junio de 1962.*

*—Sí, ya lo sé —dijo Alexander—, pero voy a vigilaros mientras jugáis. Tú juegas con tu madre y yo la vigilo y averiguo cómo hace trampas.*

*—No hagas caso a tu padre, Anthony. Yo no hago trampas al dominó —dijo Tatiana—. Uso mis poderes, que es diferente.*

*—Tú mezcla las fichas, Tania.*

*—Sí, mamá, mezcla las fichas.*

*Había veintiocho fichas de dominó, siete para Anthony, siete para Tatiana y catorce se quedaron apartadas para poder robarlas cuando fuese necesario.*

*Alexander la observó. Tatiana permanecía impasible, colocaba las fichas y robaba otras, tarareando, mirando a su hijo y a su marido. Las fichas no tardaron en desaparecer, salvo las que conservaban cada uno de los jugadores en sus manos. Cada partida duró de cinco a siete minutos, y todas las ganó Tatiana.*

*—¿Ya lo has averiguado, papá?*

*—Todavía no, hijo. Sigue jugando.*

*Alexander dejó de observar las fichas. No observó lo que sucedía en la mesa, no observó las fichas que se iban robando ni las que se colocaban ni quién ganaba o perdía. Sólo miraba atentamente el rostro despreocupado e imperturbable de Tatiana, y sus ojos limpios y brillantes.*

*Jugaron una y otra vez. Anthony protestó.*

*—Papá, hemos jugado trece partidas y las he perdido todas. ¿Podemos parar?*

*—Pues claro que has perdido, hijo —dijo Alexander despacio—. Sí, ya podéis parar.*

*Liberado al fin, Anthony se fue corriendo a la cocina, mientras Alexander se encendía un cigarrillo y Tatiana recogía con calma todas las fichas para guardarlas en la caja.*

*Ella alzó la vista para mirarlo y él le contestó esbozando una sonrisa.*

*—Tatiana Metanova —dijo—. Durante veinte años he vivido contigo, me he acostado en tu cama y he sido el padre de tus hijos. —Bajó la voz hasta hablar en susurros y se inclinó hacia ella—. ¡Tania! —exclamó, exaltado—. No puedo creer que haya tardado tanto tiempo en descubrirlo, pero... ¡cuentas las fichas!*

*—¿Qué?*

*—¡Cuentas las puñeteras fichas!*

*—No sé de qué estás hablando —repuso ella, sin comprender.*

*—Cuando ya no quedan más fichas que robar, sabes perfectamente qué fichas le quedan a Anthony. Las cuentas todas, sabes cuáles quedan. ¡Al final de la partida, ya sabes cuál será la jugada de tu oponente antes de que él mismo lo sepa!*

*—Shura...*



*La sujetó, la atrajo hacia su regazo y la besó.*

*—Eres muy buena. Buenísima.*

*—De verdad, Alexander —repuso ella con calma—, no sé de qué me estás hablando.*

*Alexander se echó a reír a carcajadas, la soltó, fue al armario de la cocina y sacó una baraja de cartas. Rebuscó un poco más y extrajo otros dos mazos de cartas.*

*—¿A que no sabes adónde vamos a ir tú y yo el mes que viene para nuestro veinte aniversario de bodas, mi contadora de fichas de dominó? —dijo, al tiempo que se sentaba en la mesa y mezclaba las tres barajas de cartas, con un cigarrillo en la boca.*

*—Mmm... ¿Al Gran Cañón?*

*—Viva Las Vegas, cielo.*

Y allí, en Kontum, en medio del caos y la guerra, sin saber si su hijo estaba vivo o si podría salvarlo siquiera, Alexander, que solía recordar con dolor sus propias limitaciones humanas, sintió, con una sensación de dicha plena, su capacidad de vencer contra todo pronóstico, una hebra diminuta de consuelo en medio del manto de angustia que le cubría el corazón.



Llegó un paquete para Alexander por correo urgente. Éste se quedó muy sorprendido, pues apenas llevaba dos semanas en el país; ¿quién iba a enviarle ya un paquete? ¿Y por qué? Cuando llegó al barracón del correo, vio una caja pesada y muy larga. Era de su familia. Elkins y Mercer se quedaron aún más sorprendidos cuando trataron de levantarla.

—Un paquete especial de la familia —dijo Mercer—. ¿Qué hay dentro, ladrillos?

Tuvieron que abrirlo en el suelo, sobre el polvo, delante de la sala del correo. La caja pesaba demasiado para moverla. En su interior, Alexander halló una carta muy larga de Tatiana que empezaba así: «Marido mío, padre de unos niños pequeños, uno de tus hijos se ha vuelto loco». Y en el

interior de la caja había dieciséis estacas de bambú de las llamadas *punji*, de metro cincuenta cada una, hechas de madera plana, con una muesca en la punta y afiladas como agujas en ambos extremos para poder clavarlas en la tierra con mayor facilidad. La carta que acompañaba a las estacas, escrita a mano en letra de palo, decía así: «Querido papá: Vas a necesitar estas estacas. Clávalas diagonalmente en un ángulo de 45°. También, mamá dice que tengas cuidado con los osos. Tu hijo, Harry».

—¿Su hijo le ha hecho estas estacas? —exclamó Mercer, sin poder dar crédito.

—¿A que es increíble?

—¿Y su mujer se las ha enviado por correo urgente? —señaló Elkins—. Eso sí que es increíble. Debe de haber hipotecado la casa para hacerlo. No sé quién está más loco, el hijo por hacerlas o su mujer por enviarlas.

—¿Cuántos años tiene el chico? —Quiso saber Mercer.

—Cumplirá diez el día de Año Nuevo.

Harry había nacido el primer día de la nueva década. Mercer y Elkins lanzaron un silbido y se quedaron mirando la caja fijamente.

—Diez años. Caramba, eso sí que tiene mérito. Son casi perfectas —dijo Elkins.

—¡Son perfectas! ¿Qué coño quieres decir con «casi»?

Tatiasha, mi vida:

He recibido las galletas que Janie y tú me mandasteis, los consejos médicos de Gordon Pasha (dile que tú ya me diste cuatro litros de nitrato de plata) y unas estacas afiladas de Harry (estuve a punto de echarme a llorar). Estoy acabando los últimos preparativos, listo para salir. De ti recibí una carta que estoy seguro de que escribiste a altas horas de la noche. Estaba llena de las cosas que una esposa de hace veintisiete años no debería escribirle a su marido ausente y desesperado por estar tan lejos de ella, aunque este marido se alegró muchísimo de leerlas y releerlas y se lo agradece.

Tom Richter vio el paquete que enviaste con las galletas y dijo: «Caramba, amigo mío. Eso es que debes de seguir haciendo algo bien».

Yo le lancé una larga e intensa mirada y le contesté: «Es bueno saber que nada ha cambiado en el ejército en estos veinte años».

Imagínate lo que habría dicho si llega a enterarse de los apasionados sentimientos de los que me hablas en tu carta.

No, no he comido bayas venenosas, ni setas venenosas, ni nada venenoso. El ejército estadounidense da de comer a sus hombres. ¿Sabes lo que contiene una ración de combate? Salchichas con alubias, bistec, galletas saladas, fruta, queso, mantequilla de cacahuete, café, cacao... ¡sacos enteros de azúcar! Para hacer llorar a cualquier muchacha soviética del asedio. Vamos a salir en una pequeña misión de reconocimiento mañana por la mañana, te llamaré cuando regrese. He intentado llamarte hoy, pero había sobrecarga en las líneas. Es increíble. No me extraña que Anthony sólo llamara una vez al año. Pero me habría gustado oír tu voz: ya sabes, una palabra antes de salir a la batalla, esas cosas...

Por cierto, tus galletas han causado auténtico furor entre la tropa.

Dales un abrazo a los niños y no enseñes a Janie a dar el triple salto mortal hacia atrás en la piscina.

¿Te acuerdas de lo que se supone que tienes que hacer ahora? Date un beso en la palma de la mano y apriétatela contra el corazón.

Alexander.

P. D.: Me bajo del barco en Coconut Grove. Son las seis y no estás esperándome en el muelle. Acabo y dirijo mis pasos hacia la casa, suponiendo que estarás ocupada preparando la cena, y entonces os veo a ti y a Anthony, que venís corriendo por el paseo. Él corre y tú lo sigues. Llevas un vestido amarillo. Él se abalanza sobre mí y tú te quedas quieta, tímidamente, y yo te digo: «Venga, renacuaja, enséñame lo que sabes hacer». Y tú te ríes y te subes a mis brazos de un salto. Qué recuerdo tan maravilloso... Te quiero, amor mío.

## *Trampa mortal en Kum Kau*

Dos días después, completamente equipados, Alexander, Tom Richter, Charlie Mercer, Dan Elkins, Ha Si, Tojo y un grupo de seis montañeses bannha, uno de ellos médico, doce soldados de las Fuerzas Especiales en total, partieron en un helicóptero de transporte con una enorme cruz roja en el morro y se dirigieron cuatrocientos ochenta kilómetros al norte, al corazón de la selva de Laos.

Los escoltaban dos helicópteros Cobra de combate de Kontum. Tuvieron que parar a repostar una vez. Llevaban consigo raciones para no deshidratarse, raciones «C» normales, tabletas de calor, agua, plasma y armas para un centenar de hombres.

El punto de inserción estaba a apenas un metro en el interior de la frontera de Laos, a siete kilómetros al oeste de la ubicación en el mapa de Kum Kau. El helicóptero atravesó el paso montañoso a gran altura, porque la semana anterior un Huey que volaba demasiado bajo había sido abatido por un lanzagranadas. El piloto, el copiloto, el artillero y dos de los nativos murieron, así que esta vez Richter ordenó que el helicóptero sobrevolase la capa de nubes para no ser detectado y no correr peligros innecesarios al atravesar el valle.

Los dejaron en Laos sin incidentes y emprendieron la marcha por la jungla de las tierras altas del norte central, a mil metros por encima del nivel del mar y en pleno altiplano del territorio enemigo. A bordo del aparato habían bebido café y habían estado fumando y bromeado, pero allí, en la espesura de la selva, todos se pusieron serios y se volvieron extremadamente silenciosos, sin hablar, con el arma preparada, tratando de no perturbar a los helechos. Richter asignó a Ha Si la avanzadilla, Mercer iba el segundo, Alexander tercero y Elkins el cuarto. Tojo, el montañés que medía más de dos metros de estatura, se quedó en la retaguardia. Al parecer, siempre le asignaban la retaguardia porque era como una muralla de piedra. Delante de Tojo iba Richter, constante y silenciosamente hablando por radio, y delante de Richter iban seis montañeses más.

El rastro que dejaban era perceptible únicamente para ellos, para que luego pudieran volver sobre sus pasos sin problemas. Era muy temprano, una mañana de diciembre seca y un poco fresca. La jungla aparecía exuberantemente verde y espesa. Tras permanecer suspendido en el aire hasta que los hombres hubieron desaparecido, el helicóptero voló treinta kilómetros al sur de la base del SOG, el punto central de espera para la misión. Allí aguardaban seis Cobra y una unidad de emergencia, por si acaso. El piloto le dijo a Richter que no se metiese en problemas hasta como mínimo una hora. Después de repostar, recibió órdenes de aguardar instrucciones.

Los soldados iban vestidos con ropa de camuflaje, incluso los cascos de acero y las botas de lona y nailon ligero. Por encima de la guerrera Alexander llevaba un chaleco de combate lleno hasta los topes con cartuchos de veinte balas. El cinturón portamunición que le colgaba de la cintura iba cargado con granadas de 40 milímetros que cubrían más distancia que las de mano y eran más útiles para el combate cuerpo a cuerpo. También disponía de una bolsa de explosivos con munición variada para sus pistolas y cargadores de recambio para su rifle, y en otra bolsa había guardado tres minas Claymore, además de explosivo y alambre de disparo. Llevaba el M-16 en las manos, y el lanzacohetes preparado debajo del soporte del rifle. También llevaba consigo su Colt M1911 de la suerte, además de la Ruger reglamentaria del calibre 22 con silenciador, un cuchillo Bowie de reconocimiento del SOG y una herramienta de zapa que podía emplearse como arma cortante. La mochila estaba llena hasta los topes de comida y kits de primeros auxilios. Cargaba al menos con cuarenta kilos de munición, armas y provisiones, y tenía cincuenta años. En los montes de Santa Cruz tenía veinticinco años y llevaba veintisiete kilos. Era un problema de física digno de la propia Tania. Y eso que ni siquiera había cogido las pesadas estacas *punji* de Harry ni la munición adicional, pues de eso se encargaban los montañeses, además de llevar la imponente ametralladora M-60 de diez kilos y sus propios cuarenta kilos de equipo. Sin los montañeses, los sigilosos y extremadamente útiles habitantes de las montañas de Vietnam del Sur que

jamás abrían la boca para protestar, entrenados por el SOG para convertirse en eficaces máquinas de matar y que luchaban al lado de los norteamericanos, las misiones de búsqueda y rescate no habrían sido posibles, sencillamente.

Habían pasado veinticinco años desde que Alexander dirigiera el batallón disciplinario compuesto por doscientos hombres para el Ejército Rojo a través de Rusia, Estonia, Bielorrusia y Polonia hasta llegar a Alemania. Por aquel entonces no tenían comida y apenas contaban con armas o munición; de hecho, no sabía por qué su equipo pesaba entonces veintisiete kilos. Sus hombres eran prisioneros políticos, y no comandos de las Fuerzas Especiales; sus hombres no habían sido entrenados para la guerra, muchos de ellos ni siquiera habían usado nunca un rifle. Y pese a todo, de algún modo, habían logrado llegar hasta Alemania.

Y antes de Santa Cruz, Alexander había defendido Leningrado. Durante dos años la había defendido en las calles, en las barricadas y desde el otro lado de los montes Pulkovo y Siniavino, donde los alemanes estaban apostados y bombardeaban la ciudad. Alexander defendió Leningrado en sus ríos y en su lago Ladoga. Atravesó el hielo con tanques, derribó aviones alemanes con misiles tierra-aire y, antes de eso, combatió contra Finlandia en 1940, desnutrido, desnudo, sin provisiones y congelándose, armado apenas con un rifle, sin poder soñar siquiera que un día estaría atravesando la densa selva de Vietnam buscando a su hijo y armado con un arma capaz de disparar ochocientas balas por minuto, a una velocidad de más de noventa metros por segundo. Sí, el rifle M-16 de tercera generación era un arma increíble.

Aunque también le gustaba el Shpagin, el rifle reglamentario del Ejército Rojo para los oficiales. Era una buena arma, y los hombres bajo su mando también eran buenos hombres. Sus sargentos, aun en el batallón disciplinario, habían sido siempre unos luchadores, unos muchachos muy valientes. Y sus amigos... Anatoli Marazov, que había muerto en sus brazos en el hielo del Neva. Ouspenski. Todos habían sido buenos tenientes. Ouspenski salvó el pellejo de Alexander durante muchos años; a

pesar de estar traicionándolo al mismo tiempo, protegió ferozmente al hombre que era su garantía de salida.

A excepción de Richter, Alexander no conocía a ninguno de los hombres con los que se acababa de internar en el corazón de la selva... y pensó que ojalá los conociese. Ojalá hubiese oído sus historias antes, antes de llegar a las montañas de Khammouan. En el batallón, conocía la vida de todos sus tenientes y sargentos. Y sin embargo, no tenía ninguna duda acerca de la valía de los hombres que lo acompañaban en ese momento... porque eran los hombres de Anthony. Conocía a su hijo, y no tenía ninguna duda sobre él. Mercer, Ha Si, Elkins... eran el Telikov, Marazov y Ouspenski de Anthony.

Alexander se alegró de haber seguido con el entrenamiento físico y las prácticas de tiro en Yuma y haberse mantenido en forma para participar en el combate activo en cualquier momento. Entrenaba y practicaba hasta cuando se suponía que debía estar traduciendo documentos de inteligencia militar. No quería decírselo a Tatiana, pero lo cierto es que siempre le habían gustado las armas, y los norteamericanos fabricaban las mejores del mundo. Así que iba a Yuma, se ponía los protectores en los oídos, colocaba los silenciadores en las ametralladoras M-4 y se pasaba las tardes disparando, sin perder jamás un ápice de su buena puntería. Luego regresaba a los barracones familiares, se duchaba con agua hirviendo para eliminar los restos de pólvora de su cuerpo y se acostaba junto a Tania. La tocaba con las mismas manos que hasta dos horas antes habían estado cargando granadas de 40 milímetros en el lanzacohetes y apretando el gatillo, y luego, satisfecho en todos los aspectos, regresaba a Scottsdale para ir a trabajar el lunes, y cargaba y golpeaba la madera, levantaba cajas de azulejos y se sentaba en su mesa sonriendo y manejando la pistola de grapas como si llevase toda la vida haciéndolo, pues acababa de disparar un rifle para francotirador en Yuma como si llevara toda la vida haciéndolo. Y puede que fuese ése, su yo auténtico, el que no pudo evitar transmitir a su hijo menor, que sólo quería hacer feliz a su padre. Qué gran chico.

Empezaba a hacer más calor, aunque no era como en el trópico, pues el aire era seco. El grupo de doce hombres atravesó la jungla de bambú y cipreses dorados en fila india, prácticamente pisándole las botas al hombre que iba delante mientras trataban de detectar serpientes, minas, trampas, veneno y estacas *punji*. Ha Si, capaz de verlo absolutamente todo, despejaba los arbustos, sostenía el mapa, la brújula, el reloj, siempre ojo avizor, con el arma siempre en ristre. Era como si tuviera seis manos.

—Ese hombre es pura dinamita —dijo Alexander acercándose a Mercer.

Éste asintió.

—Corre el rumor —le confió en voz baja— de que antes pertenecía al otro bando. Por eso lo sabe todo, y puede hacerlo todo. Pero no hacemos preguntas. Sólo nos alegramos de que esté en el nuestro.

—Caramba... —exclamó Alexander, maravillado ante la capacidad innata de Ha Si para orientarse en aquellos parajes intransitables.

Tania tendría que haberlo tenido a su lado cuando se perdió en el lago Ilmen, amén de un cuchillo Bowie, una ración «C», la radio VHF de Richter y un mechero Zippo con la inscripción «Y el Señor dijo: “Háganse los soldados”, y los peces surgieron del mar», y no le habría faltado de nada. Alexander sonrió. Pese a todo, Tania había conseguido salir sana y salva, aun sin todo aquello.

Caminaron durante tres horas. Cuando llegaron al sexto kilómetro, Richter llamó por radio y dijo que habían encontrado un pequeño claro en el kilómetro seis, lo bastante grande para aterrizar entre la hierba de la altura de un hombre, y dio al piloto las coordenadas para que si debían salir de allí a toda prisa no tuviesen que recorrer siete kilómetros cuesta arriba y caminar cuatro horas por territorio enemigo para poder ser evacuados.

—Pero asegúrate de llevar las torretas hasta arriba de munición —ordenó Richter al piloto—, porque no quiero aquí a nadie más que tú. Las cosas tendrían que ponerse muy, muy feas para que llame a los Cobra y que estos entren en el Norte.



Llegaron al fin al extremo de la selva, a la cima de una montaña, y salieron a una meseta alargada y estrecha a unos veinte metros por encima de un desfiladero cubierto de vegetación, al fondo del cual, enclavada entre montañas escarpadas y a orillas de un riachuelo de aguas pardas, había una pequeña aldea. Las montañas la rodeaban por todas partes, cubiertas asimismo por hierba salvaje, rocas y abetos bajos. En la ladera de la montaña, frente al grupo de hombres, había una docena de arrozales dispuestos en terrazas.

—¿Eso de ahí es Kum Kau? —dijo Alexander observando la zona atentamente.

—Sí, de acuerdo con mis mapas —contestó Ha Si—. ¿Qué pasa? ¿Es demasiado pequeña?

La aldea era, desde luego, muy pequeña, una sexta parte del tamaño de la base de Kontum. Puede que midiese cincuenta metros en sus lados más largos, y de veinte a veinticinco en los más cortos. Las chozas estaban construidas siguiendo un patrón simétrico, en líneas rectas, como diseñadas por un arquitecto parisino y como si hubiesen aparecido todas a la vez, salvo por la leve curva que seguía el meandro del río. Todo estaba muy tranquilo y no se veía a nadie. Parecía abandonada.

Alexander observó la aldea cinco segundos más antes de retirar los prismáticos.

—Puede que yo sólo me haya entrenado en una pequeña oficina del ejército en Yuma, coronel Richter —dijo—, y no sobre el terreno como usted, pero eso de ahí abajo no es ninguna aldea. Es un señuelo. Es una puta base militar.

Richter no parecía convencido, y él también recurrió a los prismáticos.

—El ejército norvietnamita construye chozas grises para ocultarse. Ésas de ahí parecen chozas normales de campesinos.

Estaban a tanta altura que podían hablar en voz alta con toda tranquilidad, sin temor a que los oyesen desde abajo. Pese a ello, se apartaron unos pasos del borde de la ladera y se agacharon.

—Es mediodía —señaló Alexander—. ¿Dónde están todos?

—¿Y cómo coño quieres que lo sepa? ¿Durmiendo? ¿Haciéndose una paja?

—Eso es justo lo que quiero decir. Se supone que es una aldea, los arrozales están muy crecidos y esperando. ¿Por qué no hay nadie ocupándose de trabajar los campos? Coronel Richter, en una aldea normal, en pleno día, hay gente fuera de las chozas. Están plantando, lavando, cocinando, cuidando de sus familias... ¿Dónde están todos?

Richter volvió a mirar a través de los prismáticos.

—Ahí. Ahí hay unas mujeres. Están lavando en el barrizal al que llaman río.

Alexander miró en la dirección que le señalaba.

—¿Hay cuarenta cabañas y sólo se ven tres ancianas?

Ha Si, sin prismáticos, anunció en voz baja:

—Coronel Richter, a veinte metros por debajo de nosotros, al pie de la colina del lado sur, una docena de hombres con la cara tapada con pañuelos están tumbados en el suelo, ocultos por el bambú.

Alexander asintió.

—Los centinelas están separados por quince metros, como en el castillo de Colditz, el campo de prisioneros de máxima seguridad que tenían los alemanes. ¿Aún cree que es una aldea de campesinos, coronel?

—Por el lado positivo —le dijo Ha Si en tono conciliador, tratando de aplacar a un malhumorado Richter—, los centinelas están durmiendo.

Alexander lo miró divertido.

—Creía que nunca bromeabas, Ha Si.

Ha Si permaneció impertérrito.

—Y no bromeo, señor. Están durmiendo.

El iris negro de sus ojos brilló por un instante.

Ha Si hablaba un inglés excelente, a diferencia de los demás montañeses, todos excepto Tojo, que al parecer dominaba el inglés además del vietnamita y el japonés, puesto que él mismo era medio japonés. Pero por lo visto, prefería no hablar.

Alexander sospechaba que si bien la aldea dormía durante el día, por la noche aquello se convertía en Las Vegas. Tendrían que esperar a que

anocheciese para confirmar sus sospechas. Ha Si estaba de acuerdo con él, porque no daba un paso sin su arma. Fuera como fuese aquella aldea en realidad, aquello era Kum Kau. Tenían que permanecer en aquel lugar el tiempo suficiente para averiguar si Moon Lai estaba allí.

Localizaron un sitio favorable para las labores de vigilancia, encontraron unas rocas y un poco de hierba alta para ponerse a cubierto, montaron el campamento y comieron. No podían fumar, cosa que enloquecía a los doce hombres, pero si había algo que los vietnamitas detectaban mejor que nadie era el olor a tabaco occidental. No se podía dar una calada sin que el viento llevase aquel olor a la nariz del enemigo. Alexander comentó que, de haberlo sabido, tal vez habría reconsiderado su decisión de acompañarlos.

—Creía que nunca bromeaba, señor —dijo Ha Si.

—¿Y quién ha dicho que bromeo?

Alexander no llevaba tanto tiempo sin fumar desde Berlín. No podía hacer nada al respecto. O los cigarrillos o la búsqueda de su hijo.

Era mediodía y hacía demasiado calor. Limpiaron y examinaron a conciencia sus armas y luego se sentaron a esperar inquietos en la hierba amarilla. Era una hierba espesa, que crecía hasta alcanzar los tres metros en algunas partes, con unos bordes tan afilados que hacían prácticamente imposible atravesarla. Richter, que no soportaba estar inactivo, se fue con tres montañeses a vigilar la colina y a ayudar a despejar un camino a través de la hierba hasta la aldea, por si había problemas y tenían que volver a toda prisa. Naturalmente, si ellos podían avanzar por aquel camino, el enemigo también podría perseguirlos. Ha Si y Alexander, que también odiaba permanecer inactivo pero podía hacerlo, plantaron las estacas *punji* de Harry en el suelo, en medio del camino. A continuación avanzaron con gran sigilo por la hierba casi hasta el lugar donde roncaban los centinelas y colocaron minas Claymore en la porción inferior, extendiendo el delgado alambre de disparo por un perímetro de cincuenta metros.

—Cuando pisen este alambre —susurró Ha Si, agachándose a cinco metros escasos de los hombres dormidos— van a estar comiendo balas de

acero para el desayuno en un radio de cien metros. —Casi sonrió—. También colocaremos las minas colina arriba. Si no los pillamos a todos aquí abajo, el alambre diez metros más arriba sí los pillaré; luego vendrán las estacas *punji* y luego colocaremos el resto de las minas en lo alto.

—La verdad es que deberíamos minar todo el perímetro —comentó Alexander, mirando al otro lado de la colina cubierta de hierba y alrededor de la aldea.

—No tenemos suficientes minas.

—Tienes razón. —Alexander se estaba entusiasmando demasiado—. Con una cada cien metros al pie de esta colina bastará. Necesitaremos cinco. Y luego cuatro más, diez metros arriba. Y luego tres más en lo alto de la colina, cerca de nuestro camino. Tenemos suficientes.

—Nos olvidaremos de dónde las hemos colocado —señaló Ha Si.

—Será mejor que no. Alexander le guiñó un ojo.

—No tenemos alambre de disparo suficiente.

—Extiéndelo al máximo, todo lo que puedas.

—Muchas precauciones, ¿no?

—Sí.

Ha Si asintió.

—¿Está preparándose para lo peor, comandante?

—Sí, estoy preparándome para lo peor, Ha Si.

Con sumo cuidado y sigilo, por si la colina ya estaba minada, tardaron dos horas en colocar todas las minas.

Tras marcar meticulosamente la ubicación del alambre de disparo, despejaron un camino separado y secreto a través de la hierba y, satisfechos del trabajo realizado, regresaron al campamento, se sentaron y se tomaron una copa. Pero no se fumaron ningún cigarrillo. Alexander habría dejado la bebida para siempre a cambio de un solo cigarrillo. Había un par de prismáticos enfocando a la aldea en todo momento. Estaba muy tranquila, sólo esporádicamente algunas mujeres, jóvenes y viejas, salían a lavar al río lento y espeso y luego regresaban rápidamente a sus chozas. Ninguna de las mujeres se parecía a la que los soldados estaban buscando, a pesar de que entre ellas había dos tullidas: a cada una le faltaba una

pierna. Los guardias de abajo seguían durmiendo plácidamente, con sus Kalashnikov semiautomáticos en la mano y tapándose la cara del sol con sus gorras.

A las tres de la tarde, Ha Si anunció:

—Atención. Comandante Barrington, eche un vistazo. ¿Podría ser ésa? ¿Y el montañés no usaba prismáticos?

Miraron abajo y vieron una pequeña figura blanca salir de una choza en uno de los extremos y caminar hacia ellos, hacia su lado de la montaña. Llevaba un pañuelo blanco y un vestido también blanco. Era menuda y delgada, y era fácil que pasase inadvertida, como una peonía... sólo que estaba embarazada. Fue lo primero que advirtió Alexander, su avanzado estado de gestación. La mujer llevaba un parche en el ojo derecho.

—Hemos dado en el blanco —dijo Elkins.

Desde luego. Alexander no podía apartar la mirada de su abultado vientre. La mujer, que llevaba algo en la mano, se abrió paso por el sendero, pasó por delante de los centinelas, se detuvo un momento como tratando de orientarse y luego desapareció en la última choza de la hilera. Los soldados estadounidenses esperaron; Alexander casi aguantando la respiración.

La mujer reapareció al cabo de veinte minutos, llevando todavía algo en la mano, y volvió sobre sus pasos. A través de los prismáticos, Alexander le vio la mano derecha, a la que le faltaban el dedo medio y el anular. Le pareció que su aspecto era aún más pesado que cuando había entrado en la choza, como si hubiese adquirido de repente una gravidez que no sólo le oprimía el vientre sino también los hombros, aplastándola hacia el suelo, del que no podía apartar la mirada.

—Si no nos damos prisa —dijo Elkins— va a tener el niño delante de nuestras narices.

Alexander la vio caminar por delante de las cuatro hileras de chozas hasta el río y enjuagar allí las cosas que llevaba en la mano. Un crío pequeño de unos dos o tres años se acercó corriendo a ella, que lo ayudó a meterse en el agua y lo salpicó un poco. Se sentaron el uno junto al otro. Estaban solos.

Richter, Elkins, Mercer y Ha Si la observaron en silencio, sentados junto a Alexander.

—Estoy seguro de que no es su hijo —dijo Richter mirando a Alexander con ansiedad—. Seguramente se trata del hijo de su hermana. La hermana está muerta y ahora ella cuida de él.

Nadie dijo nada. Alexander, sobre todo, no dijo nada. Se volvió y se alejó de la aldea, de la chica, les dio la espalda, se apoyó contra una roca y dijo:

—Joder, Richter, si no me fumo un puto cigarrillo me moriré. —Cerró los ojos.

Alexander no se fumó ningún cigarrillo, y las horas fueron pasando hasta que oscureció.

Richter ordenó a algunos de sus hombres que descansasen y asignó a otros las labores de vigilancia. Dos de los montañeses permanecieron despiertos, vigilantes, y todos los demás se durmieron salvo Alexander. El campo se convirtió en un hervidero de actividad: se encendieron las luces, aparecieron hombres que entraban y salían de las chozas; había mucho movimiento, órdenes, organización, ajustes, y hasta los guardias del perímetro se despertaron. Orinaban allí mismo, donde estaban, y algunas de las mujeres, que ahora se contaban por docenas, acudieron a su lado con comida y comieron con ellos. Alexander lo veía todo a través de sus StarLights, las gafas de visión nocturna que aumentaban la luz hasta diez mil veces, pero aun sin ellas, era evidente que en aquel lugar, en Kum Kau, la noche era el día y el día, la noche.

Después de acoplar el silenciador y las gafas a su rifle, Alexander inclinó el cuerpo por encima de las rocas para asomarse a la oscuridad y dirigió la mira hacia los hombres del perímetro. Sujetaba el arma con firmeza.

—¿Qué vas a hacer? —le susurró Richter, que se había despertado para relevar a los centinelas—. ¿Eliminarlos uno a uno? —Se apoyó en las rocas y se frotó los ojos.

—Si usted lo dice, coronel Richter —dijo Alexander—. Nunca desobedezco a mi superior. Uno a uno, mañana, mientras duermen. Tardaré

apenas quince segundos. Nadie se dará cuenta.

A las dos de la madrugada, un helicóptero despegó de la parte posterior de la aldea, tras haber permanecido camuflado durante el día, y desapareció entre las nubes nocturnas.

—Vaya, vaya... ¿Qué os parece eso? —exclamó Elkins, que también acababa de despertarse.

Richter les había ordenado a los hombres que descansasen, pero la mayoría de ellos se estaban desmereciendo, como si tampoco tuviesen que estar durmiendo.

—Ahí abajo tienen un bonito helicóptero soviético Kamov —señaló Alexander, dirigiéndose a Richter—. No sabía que las apacibles aldeas vietnamitas dirigidas por mujeres necesitasen aparatos militares soviéticos, pero claro, ¿qué voy a saber yo? Yo sólo soy de inteligencia, no trabajo sobre el terreno como vosotros, compañeros.

Volvió a enfocar la mira del arma.

Elkins se giró en otra dirección con sus gafas de vista nocturna.

—Miren allí —señaló—. Al fondo del campo, en aquel tejado bajo y rectangular, sólo hay sacos de arena. Durante el día no los había visto, pero ¿qué creen que guardan bajo esos sacos de arena?

Alexander se acordó de la estatua del Jinete de Bronce con los sacos de arena y sonrió para sus adentros.

—Lo mismo que guardamos nosotros bajo los nuestros en Kontum. —La artillería pesada en los arsenales—. Pero lo que es interesante del suyo —dijo Alexander— es lo alargado que es ese tejado lleno de sacos de arena. En Kontum, los nuestros a lo mejor medían cinco metros, mientras que estos miden más de diez. Eso no es un arsenal, es un vertedero de armas.

—¿Qué coño está pasando ahí abajo? —dijo Elkins.

Los hombres permanecieron cuerpo a tierra, con las gafas de visión nocturna puestas. A las cuatro de la mañana regresó el Kamov. Fue Ha Si quien, sin ayuda de gafas de ninguna clase, se agazapó junto a Alexander y a Richter y dijo en voz baja:

—¿Ven lo mismo que yo?

—No, ¿qué es lo que ves tú? —exclamó Richter con impaciencia—. ¿Qué es lo que puedes ver tú, si ni siquiera llevas las gafas? Vete a dormir de una puta vez.

—Las tuyas deben de haberse estropeado, señor —dijo Ha Si—. Me refiero a sus gafas, porque acabo de ver a seis hombres del Vietcong, con uniforme y fuertemente armados, bajarse de ese helicóptero.

Richter se alarmó.

—¡Mierda! —exclamó, arrancándose las gafas de la cara—. Estamos bien jodidos.

Alexander permaneció impasible.

—No —dijo con calma—. Tengo unos cuantos cohetes que en tres segundos harán volar por los aires a ese Kamov antes de que les dé tiempo a reaccionar. Entre todos tenemos al menos diez mil balas, además del Chinook, que también está armado hasta las cejas. Supongamos que hay doscientos hombres ahí abajo. Diez mil balas para doscientos Vietcongs. ¿Qué? ¿No es suficiente?

—No —dijo Richter, en el mismo tono tranquilo—. Ni por asomo.

—Además, estamos en lo alto de la colina.

Alexander, que había pasado dos meses enteros al pie del monte de Santa Cruz, sin apenas munición y desde luego, sin ninguna ametralladora M-60 con un alcance de casi cuatro kilómetros, no parecía en absoluto alarmado.

Elkins y Mercer se aproximaron a ellos.

—Coronel, no tengo más remedio que coincidir con el comandante Barrington —dijo Elkins—. Ya sé que le preocupan sus RPG-7, pero nosotros aquí arriba somos doce, cada uno armado con nuestros lanzacohetes de fabricación norteamericana, doscientas cincuenta granadas de 40 milímetros, además de varios explosivos de gran potencia. No sé por qué se preocupa tanto.

—No eres la persona ideal para hablar, Elkins —repuso Richter—. El que no pudo ni intuir que había un problema cuando el Vietcong os tendió aquella emboscada.



—Por cierto, esos hombres no son del Vietcong, sino del Vietminh, del NVA —dijo Ha Si—. El Vietcong no tiene helicópteros Kamov.

Alexander y Richter observaron la aldea.

—¿Sabes dónde viven? —dijo Richter—. Bajo tierra. Viven como ratas, en túneles, en cuevas oscuras. Te apuesto lo que quieras a que esas chozas están casi todas vacías. Esas chozas sí que son señuelos. La mayor parte de su munición, sus hombres y sus mujeres están escondidos bajo tierra.

—Como si ya estuvieran viviendo en la tumba —dijo Alexander.

Richter se quedó en silencio un momento.

—Bueno, ¿y qué planea hacer, comandante Barrington? —preguntó—. ¿Combatir bajo tierra con sólo doce hombres?

—No vamos a combatir bajo tierra —contestó Alexander—. Vamos a capturar a la chica.

—No creerás que Anthony está aquí, ¿verdad? —Alexander se encogió de hombros a modo de respuesta—. ¡Comandante! —exclamó Richter—. Lleva desaparecido casi medio año. Seguramente lo han llevado a Hanoi, a Hoa Loa. —Hizo una pausa—. Por favor, aunque sólo sea por un segundo, piensa en esa posibilidad.

—No quiero pensar en esa posibilidad —dijo Alexander— porque Hoa Loa está demasiado lejos para ir allí andando... al menos hoy. Capturaremos a la chica, y una vez la tengamos, ella nos dirá dónde está Anthony.

En la oscuridad, las figuras humanas de color verde se movían agitando los brazos, como alienígenas, con la sensación acentuada por los ojos verdes.

Ha Si estaba en silencio. A Alexander le pareció que estaba demasiado callado, de hecho, como si tuviera algo que decir pero no quisiera decirlo. Eso le gustó, porque Alexander no quería oírlo. Se volvió hacia Elkins en su lugar.

—Elkins —dijo—, Moon Lai, la tuerta, ¿crees que es prisionera del ejército norvietnamita en ese campo de ahí abajo? ¿Se mueve por allí como si fuera una prisionera?

—No, no creo que sea una prisionera, comandante —contestó Elkins, negando con la cabeza.

—Comandante, si es una de ellos —dijo Ha Si al fin—, no le dirá absolutamente nada. Puede que la capturemos, pero no le arrancaremos una sola palabra. Antes preferirá la muerte.

Todos los hombres lanzaron un gemido de frustración, pues sabían que el montañés tenía razón. Sólo Mercer se quedó en silencio, porque se había dormido allí mismo, y también Tojo, porque nunca decía nada, ni mucho menos lanzaba gemidos.

—Entiendo lo que dice Ha Si —intervino Alexander—, y no es que no esté de acuerdo con él necesariamente, pero tenemos que capturar a la chica. —Hizo una pausa—. Es nuestra mejor baza para averiguar dónde está Anthony. ¿No opinas tú lo mismo, Ha Si?

Ha Si no contestó hasta al cabo de un minuto.

—Creo —dijo al fin— que ya ha decidido capturar a la chica, comandante, y por tanto, vamos a capturarla.

Alexander miró detenidamente al montañés. Quería, necesitaba, mejor dicho, la ayuda de Ha Si. El vietnamita no le defraudó, pues de inmediato dijo a su superior:

—Coronel Richter, sólo vigilan celosamente el perímetro por las noches. —Habían estado observando a los centinelas, despiertos y alertas—. Puede que sólo esperen tener problemas de noche, aunque creo que se supone que tiene que haber hombres de guardia durante el día, pero no los hay. Personalmente, mi opinión es que se han vuelto poco cuidadosos, lo cual nos resulta tremendamente útil a nosotros. Así que creo que deberíamos atacar a plena luz del día.

—¡No me jodas, Ha Si! —exclamó Richter—. ¡No vamos a efectuar una operación de ataque a plena luz del día!

—Pero Ha Si tiene razón —dijo Alexander—. Tenemos que hacerlo.

—Estáis los dos locos —repuso Richter—. Olvidadlo, nuestra misión consistía en ir, rescatar a un hombre y volver sin ser descubiertos, pero ahora los parámetros de nuestra misión han cambiado, puesto que el puto ejército del Vietminh al completo está acuartelado ahí abajo. —Los

soldados permanecieron en silencio—. ¡No tenemos hombres suficientes para esto! —masculló Richter—. ¿Es que queréis acabar todos muertos?

—Tendremos que apañárnoslas con lo que tengamos —dijo Alexander, y añadió—: coronel.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? ¡Joder! ¡Lo que propones requiere un grupo de cien hombres! ¿Luchar bajo tierra? No sabes dónde te metes. Y tienes que ponerte en lo peor. Tendremos que pedir como mínimo dos, seguramente tres Cobra.

—Los Cobra nos perjudicarán en nuestra misión, coronel —intervino Ha Si, hablando en voz baja y respetuosa—. Los Cobra no sirven para el trabajo clandestino.

—Sí, claro, y nosotros aquí en este llano encendiendo hogueras para llamar la atención, «¡Eh, que estamos aquí, venid por nosotros!». ¿Cómo llamas a eso?

—No hemos hecho ninguna hoguera —repuso Alexander a la defensiva.

Ha Si extendió su pequeña mano.

—Tiene razón, coronel. Ahí abajo parece tener lugar una operación a gran escala, parece una base de operaciones fundamental entre el NVA y el Vietcong. Seguramente utilizan el río para el transporte de armas y suministros, en barcas. Si tienen prisioneros, seguramente los mantienen encerrados bajo tierra en jaulas de bambú. —Se volvió hacia Alexander y añadió, con la mirada firme—: Los torturan con ratas. Si su hijo está ahí abajo, ¿está preparado para eso, señor?

Pestañeó, con la mirada menos firme.

—No tengo elección, ¿no te parece? —La determinación del propio Alexander empezaba a flaquear—. Deberíamos entrar ahí mañana, a las tres. Cuando Moon Lai se meta en esa choza.

Ha Si no estaba de acuerdo.

—No, las tres es demasiado tarde. Los centinelas habrán descansado durante largo rato, ya estarán despiertos. Tenemos que entrar como máximo una hora después de que se hayan ido a dormir. Entonces estarán todavía semiinconscientes, exhaustos, seguramente borrachos. Y además,

tengo algo que los ayudará a dormir aún más plácidamente. —Extrajo su cerbatana, un sencillo tubo de aluminio, y esbozó una sonrisa—. A una velocidad de disparo de trescientos metros por segundo, un pequeño dardo de opio en el cuello. No está mal, ¿no?

—A trescientos metros por segundo —señaló Alexander—, ese opio les atravesará el cuello y les saldrá por el otro extremo. Para eso más vale que les dispare con mi Colt.

Ha Si sonrió.

—Su Colt hace mucho estruendo, señor. Sin hacer ruido, les dispararé en la nuca o en los omóplatos. Dormirán. Pero todavía no tenemos datos suficientes para la incursión. Hoy hemos visto a la chica a las tres de la tarde, pero puede que haga su primera visita a esa choza por la mañana temprano. Tenemos que mantenernos a la espera un día más, para vigilar sus movimientos a primera hora de la mañana, ver cómo funciona todo el campo a lo largo del día. Así sabremos cuándo es el mejor momento para actuar.

Richter los fulminó a ambos con la mirada.

—¿Habéis acabado de una puta vez? No vamos a ir a ninguna parte. ¿Cuántos enemigos creéis que hay ahí abajo? Os garantizo que son muchos más de doce. No, voy a llamar a un grupo de las Hatchet para que nos ayude —dijo—. Eso son treinta y cinco hombres más. Ahora ya me importa una mierda que estemos en Vietnam del Norte —continuó—. Vamos a machacar a esos hijos de puta y a arrasar su aldea de mierda. Para cuando llegue alguien a hacer preguntas, todos estarán carbonizados y nosotros, de vuelta en Kontum. Diremos que nos perdimos, que se nos estropeó la brújula. Que nos equivocamos y, pensando que estábamos todavía en Laos, nos encontramos con la aldea.

Alexander puso la mano sobre el hombro de Richter.

—Coronel —le dijo en tono sereno—, esperemos un día. Un solo día. Su sustituto en el cuartel general de Kontum sabe lo que pasa, le conseguirá un grupo de las Hatchet en tres horas. Pero antes tenemos que ver si Anthony está aquí.

—¡Alexander!

—Esperemos. —Perforó a Richter con su intensa mirada—. Por favor.

Richter masculló que no era japonés y que no le gustaban las misiones kamikaze. ¡Eso sí que hizo hablar a Tojo! Dijo que él sí era japonés pero que a él tampoco le gustaban. Richter se puso en contacto con su piloto en la base del SOG, que estaba durmiendo, para preguntarle de cuánta artillería disponían en el Chinook. Resultó que contaban con armas en abundancia, así que el piloto le había hecho caso. Richter le dijo que volase hasta la posición de inserción en Laos a primera hora de la mañana siguiente y que tres de los montañeses irían a pertrecharse de más munición.

Se quedaron dormidos allí mismo y se despertaron con el rocío de la mañana, dos horas más tarde, cuando apenas acababa de despuntar el alba. Hacía frío en las montañas a esas horas; debían de rondar los cinco grados, según calculó Alexander mientras se envolvía con el cobertor de la trinchera. No había demasiada humedad tropical en los meses de invierno. En la aldea reinaba la calma. Los hombres habían desaparecido y habían aparecido las mujeres, docenas de jóvenes con sus niños pequeños y sus madres ancianas que salían de las chozas y se dirigían entre la bruma hacia el arroyo de fango para lavar su ropa y sus cacharros en el espeso sedimento. Pero ¿dónde cocinaban? ¿Bajo tierra? Puede que el humo de la chimenea subterránea se confundiese con la bruma y pasara desapercibido.

Tras contemplar aquella bucólica escena unos instantes, un derrotado Richter y un sombrío Alexander intercambiaron una desesperanzadora mirada.

—Entonces, coronel Richter, ¿va a enviar ahí abajo a un grupo de las Hatchet? —preguntó Alexander—. ¿Para carbonizar a todas esas mujeres y niños?

Richter escupió en el suelo.

—Esos cabrones se ocultan tras las mujeres y los niños —dijo con impotencia—. Por eso a nosotros nos matan como moscas, y por eso van a ganar esta guerra. Porque a ellos les importan una mierda sus propias mujeres, mientras que a nosotros se supone que sí deben importarnos.

—Sí —dijo Alexander—. Se espera más de Roma. Richter volvió a escupir en el suelo. No iba a haber ningún grupo de las Hatchet.

Mientras las mujeres trabajaban, los guardias del perímetro se habían quedado dormidos entre las cañas de bambú. A las ocho de la mañana, la mujer menuda y morena, vestida de blanco, con el parche en el ojo y aspecto de haber descansado durante la noche, salió de su choza. Alexander la apuntó con los prismáticos como si de la mira de su rifle se tratara. Con la barriga protuberante, avanzó con paso bamboleante por delante de las chozas y de los guardias dormidos llevando en la mano lo que Alexander distinguió claramente como gasas limpias y blancas, y desapareció en el interior de la choza del día anterior. Alexander esperó y, al cabo de veinte minutos, la muchacha reapareció, llevando en la mano vendas sucias esta vez.

Alexander estuvo a punto de soltar los prismáticos al ver aquellas vendas ensangrentadas.

Al regresar junto al arroyo, Moon Lai ayudó a una anciana a llegar hasta la letrina exterior. Puede que se tratase de su madre, puesto que tocaba a la mujer con gran delicadeza, y la anciana a su vez acariciaba la barriga de la joven. A continuación, llevó a dos bebés a una bañera con agua. El niño pequeño del día anterior volvía a acompañarla. El único indicio de actividad en la base a aquellas horas estaba junto al fango turbio del río. Empezó a hacer mucho más calor. Alexander se dirigió a Richter.

—En primer lugar —dijo—, no podré pensar con claridad hasta que me fume un cigarrillo. En segundo lugar —continuó—, puede que la evidencia científica no logre ayudarnos a descubrir cuál es el verdadero propósito de esa chica, pero nuestra segunda observación empírica nos ha dicho algunas cosas más sobre ella. —Hizo una pausa para inhalar el humo de su cigarrillo invisible—. Lo primero que hace Moon Lai al despertarse por las mañanas, antes que ocuparse de las madres, de los bebés, de asearse ella misma, es acudir a esa choza. Y sale de ella veinte minutos más tarde con unas vendas sucias.

—Seguramente no es su hijo, comandante Barrington —dijo Elkins, con el ánimo de reconfortarlo—. Las putas tuertas y con ocho dedos del

ejército norvietnamita son muy caprichosas. Podría tratarse de otro soldado herido.

—¡Elkins, joder! —exclamó Richter—. ¿Crees que es momento para bromas?

—No estaba bromeando, señor —repuso Elkins con voz débil.

Pero Alexander no podía evitarlo. Le atormentaba la imagen de aquella mujer embarazada, y le empezaba a fallar el juicio. Cada uno de los actos de la joven, sus movimientos, su postura, la dulce expresión de su rostro —no importaba lo difícil que resultase distinguir todo eso, descifrar todo aquello desde tan lejos y a través de las lentes de aumento de las gafas—: aquella mujer le recordaba a Tatiana. Una Tatiana mutilada, medio ciega y vietnamita. ¿Dónde estaba Anthony? ¿Se habría equivocado en todo Alexander? Estaba cansado y aturdido, y acusaba los efectos de la falta de nicotina en su organismo. No sabía qué pensar. ¿Qué pensaría Tatiana?

Estuvo observando el campo toda la mañana con gesto apesadumbrado, y luego le dijo a Richter que o bien iban a capturar a Moon Lai en ese preciso instante, ni un minuto después, o bien se fumaba un cigarrillo en ese preciso instante, y ni un minuto después. Richter lo miró divertido, y le preguntó cómo se las había apañado en el pasado, cuando estuvo encerrado en prisión, por ejemplo, y durante semanas le negaron los cigarrillos como castigo. Alexander, a quien aquello no le resultaba ni remotamente divertido, le contestó que a menos que Richter quisiese atarle una cuerda de los tobillos y colgarlo boca abajo desnudo durante ocho horas, le dejara fumarse un cigarrillo. Richter sopesó muy seriamente ambas opciones, pero al final dio a Alexander y a Elkins permiso para adentrarse dos kilómetros en el bosque para fumar. Elkins, con el rifle delante, apenas podía seguir el ritmo del comandante. En el corazón de la jungla, Alexander se puso de cuclillas entre la maleza y se fumó con sumo placer dos o tres cigarrillos antes de pronunciar palabra. Le pareció irónico haber podido aguantar nada menos que cuatro años sin estar con ninguna mujer y, sin embargo, no poder pasar ni veinticuatro horas sin nicotina.

—¿Qué pasa, padre de Anthony? —dijo Elkins mientras fumaba satisfecho, pero no tan desesperado—. ¿Le preocupa la captura de la

chica?

—Sí, pero no es eso en lo que estaba pensando —le respondió Alexander.

Expulsó el humo porque no podía expulsar las palabras.

—¿Le parece increíble que su hijo y mi mejor amigo pueda haberse enamorado de una mujer como ella? —Otro cigarrillo.

—Algo así era lo que estaba pensando.

—Comandante Barrington —dijo Elkins, dándole una palmadita afectuosa en el brazo—. Doy por sentado que no lo sabe, pero enamorarse de una belleza asiática, aunque sea tullida, no es nada extraño, créame. De hecho, para el hombre blanco es muy difícil resistirse a sus encantos. No tenemos armas contra ellas. El hecho de que Anthony se enamorara de ella es bastante secundario ahora mismo; lo que queremos saber es si se enamoró de una Mata Hari. Si atrajo hasta aquí a su nuevo marido, al futuro padre de su hijo, para luego traicionarlo.

Alexander siguió fumando.

—Elkins —dijo—, eso es precisamente lo que pensaba. Pero lo que no entiendo es cómo pudo continuar con ella más allá de la zona desmilitarizada.

Elkins negó con la cabeza.

—Me parece que no lo entiende. Está bien, no tiene por qué. —Hizo una pausa—. Se le olvida cómo me reprendió por no darme cuenta de que ella fue el señuelo que nos hizo caer en aquella emboscada hace dieciocho meses en Hué. Yo no tenía ni idea de a qué se refería. Bueno, ahora lo sé. Si ella formaba parte de esa emboscada, y él no lo vio entonces, antes incluso de enamorarse de ella, es normal que se confiara y la siguiera hasta donde hiciera falta después de enamorarse.

Alexander asintió con la cabeza. Eso era lo que pensaba él también. Pero ¿hasta tan lejos? Lo que le confundía era el perceptible cambio en los movimientos de Mata Hari cuando se dirigía a aquella choza y luego, al salir de ella. A Alexander no le cuadraba lo que había observado en ella en contraste con sus sospechas. Se sentó en el suelo, fumando y pensando, y



no le habló a Elkins de sus peores temores con respecto al destino de Anthony en manos del ejército norvietnamita.

Alexander se fumó ocho cigarrillos antes de regresar con paso tambaleante, mucho más lento, y desplomarse junto a Mercer, sintiéndose mareado pero también un poco mejor después de fumar, y mejor aún, sentado junto a los amigos de Anthony, como si por el hecho de estar cerca de ellos pudiese estar un poco más cerca de su hijo. Mercer intercambió una mirada con Elkins y se aclaró la garganta.

—¿Qué pasa, sargento? —dijo Alexander—. No sea tímido. Diga lo que sea, estamos juntos en esto.

Con aire titubeante, Mercer dijo:

—Sólo quería decir, señor, que Anthony siempre nos estaba contando historias sobre usted en la guerra: cómo escapó de Colditz, por ejemplo. Creo que todos los grupos de operaciones sobre el terreno del SOG en los tres controles de mando conocen la historia de su fuga de Colditz.

Alexander esbozó un amago de sonrisa, asintió y se permitió sentirse complacido con aquel muchacho.

—Dígame, señor, ¿es verdad? —preguntó Mercer, con ansia—. ¿De verdad bajó por un muro de piedra de treinta metros en sesenta segundos en plena oscuridad?

Alexander se echó a reír.

—No, creo que los últimos quince metros los bajé cuando ya se habían agotado los sesenta segundos.

—Pero nadie logra escapar de Colditz, o al menos eso es lo que hemos oído.

—Bueno, no, algunos logran escapar. Sólo que luego vuelven a atraparlos. —Alexander hizo una pausa—. Como me atraparon a mí.

Agachó la cabeza y recordó a un pedazo de sí mismo sentado en el suelo helado de febrero con el hermano muerto de Tatiana en brazos, esperando a que los soldados alemanes vinieran a atraparlo. Torció la boca al tiempo que apartaba la mirada de Mercer. No todo eran meras anécdotas e historias.

—Pero ¿y el campo del Gulag? ¿No escaparon usted y su esposa hasta Berlín con un ejército de soldados soviéticos persiguiéndolos?

—Sí —contestó Alexander—. ¿Y saben una cosa, caballeros? Puede que los soviéticos todavía se acuerden de aquello, y puede que ésa sea en realidad la razón por la que estamos aquí. Y ahora, si me disculpan un momento...

Se alejó para ir a sentarse junto a Ha Si, quien, por suerte, no le hizo ninguna pregunta.

Alexander pasó largo rato limpiando e inspeccionando sus armas. El día transcurría muy despacio. Tenían que decidirlo de forma inminente: ¿realizarían la incursión en la aldea a primera hora de la mañana del día siguiente? Ha Si quería esperar otro día. Richter protestó, al igual que Alexander, pero Ha Si sostenía que a menos que tuviesen alguna indicación fehaciente de que Moon Lai seguía un patrón puntual de visitas a la choza, su misión estaría abocada al fracaso, y ya lo tenían casi todo en contra. Richter y Alexander accedieron de mala gana, así que esperaron el resto del largo día y otra noche de actividad frenética en la base durante la que los vietnamitas entraron y salieron del campo de operaciones como si de un mercadillo de fin de semana se tratase, un mercadillo atestado de helicópteros soviéticos que aterrizaban y despegaban cargados de armas y suministros.

Al final la actividad cesó y en la aldea volvió a imperar la calma; puntualmente, a las ocho de la mañana, Moon Lai salió de su choza y encaminó sus pasos hacia su destino habitual. Ha Si, sin mirar más hacia la chica sino sólo a su reloj, anunció que ya estaba satisfecho.

—¿Así que ahora que sabes que la chica sigue una puntualidad alemana ya te sientes mejor? —dijo Alexander, sonriendo.

—No entiendo de qué me habla, comandante Barrington —contestó Ha Si con seriedad—. No conozco a ningún alemán, pero sí, me siento mejor. Mañana por la mañana, entraremos cuando los guardias estén dormidos. Yo los ayudaré a dormir mejor, estarán fuera de combate el resto del día.

—Déjame a mí dispararles, Ha Si —dijo Alexander, enarbolando su rifle—, así estarán fuera de combate más tiempo.

—Como desee, señor. —Ha Si sonrió—. La muchacha entra en la choza y nosotros entramos detrás de ella. Una advertencia: seguramente tendremos que bajar a los túneles, y ahí abajo es preferible no disparar; mejor usar los cuchillos, pero si disparamos, sólo lo haremos con nuestras Ruger con silenciador. Un disparo ahí abajo suena como una explosión.

Richter se negó a dejar que Alexander fuese con Ha Si a capturar a Moon Lai.

—Es una orden. Y es tajante. No. Hay otros nueve hombres más que pueden ir con él. Tú no. Irá uno de los montañeses, son silenciosos como muertos.

Alexander apenas oía a Richter, concentrado como estaba en preparar su munición.

—Coronel —dijo—, yo también soy silencioso como un muerto.

—¡Pero si llevas cinco días paseándote arriba y abajo como un león enjaulado! —exclamó Richter—. No puedes pasar ni cinco minutos sin fumarte un cigarrillo. He dicho que no.

—Y sin embargo —se defendió Alexander—, conseguí sobrevivir seis días con seis hombres en un hoyo. Y meses enteros en el bosque. Y en una celda de aislamiento durante ocho meses. Estaré perfectamente.

—¡De eso hace veinte años! Y mientras tanto, dar un susto de muerte a tu mujercita por Halloween no cuenta como entrenamiento para tus maniobras de reconocimiento.

—¿Anthony te lo ha contado? —exclamó Alexander, indignado.

—No creo que ese chico sepa mantener la boca cerrada con respecto a nada —comentó Richter, mirando a Alexander de un modo que obligó a éste a desviar la mirada.

—Deje que vaya, coronel —intervino Elkins—. Mercer, Tojo y yo lo cubriremos desde la trinchera. Ha Si nos enviará una señal si tiene problemas y necesita ayuda.

—¿De qué coño de trinchera hablas? —preguntó Richter casi a gritos.

—De la trinchera que vamos a cavar en cuanto nos dé permiso, señor.

Richter dio permiso a Elkins y Mercer para cavar una trinchera directamente enfrente de la choza de Moon Lai y luego se llevó a Ha Si a

un lado. Richter miró hacia Alexander.

—Prométeme que le cubrirás la espalda —dijo. Hizo una pausa y luego añadió, en voz baja—: Igual que cubrías la espalda de su hijo.

—Así lo haré, coronel —contestó Ha Si—, pero espero hacerlo mejor que con su hijo, porque el chico ha desaparecido.

—¿Has visto cómo está? —dijo Richter—. Sólo piensa en su hijo. Se pondrá temerario, ¿sabes? Llévate a Tojo contigo, él te ayudará.

Ha Si negó con la cabeza y dijo:

—Somos demasiados. Y Tojo es muy ruidoso; es muy bueno combatiendo, pero no queremos ruido. El comandante Barrington es casi tan sigiloso como yo.

Era el mejor cumplido que Ha Si podía dedicarle a alguien.

Esperaron el resto de la noche ocultos entre la hierba y las rocas. Durmieron poco y mal, por los nervios ante el día siguiente y por miedo a que apareciesen serpientes, atraídas por el olor de comida y de humanos. Alexander montó guardia con Ha Si y Elkins y luego acudió a sentarse con Richter. Nadie podía conciliar el sueño, a pesar de que tenían que hacerlo, a pesar de haber recibido órdenes de dormir. Alexander pensó que bastaba su ansiedad contagiosa para mantener despierto a todo Saigón.

—No te preocupes por los hombres, Alexander —dijo Richter—. Preocúpate sólo de ti mismo, ¿me oyes? Quiero que te centres únicamente en ti, que no te arrepientas de nada. Es el equipo de Anthony. Él es su comandante. Entrarán en combate por él, y también los montañeses. —Richter hizo una pausa—. Sobre todo Ha Si. —Cuando Alexander lo miró extrañado, Richter asintió—: Ha Si estaba muy unido a tu Anthony. Me sorprende que el montañés no supiera lo de Moon Lai. —Tras una larga e inquietante pausa, añadió—: Todo este asunto huele muy mal. Lo presiento.

—No deberías preocuparte tanto, Tom.

Alexander ya se preocupaba suficientemente por los doce.

Richter se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo. ¿Y si tienen prisioneros a más de los nuestros? ¿Qué hacemos entonces? Juegan con ventaja ahí abajo.

—Son unos estúpidos de mierda —dijo Alexander—. ¿Qué clase de combatiente construye su base en un agujero de un valle rodeado por montañas, donde una fuerza de ataque puede atrincherarse en lo alto y, sin apenas hombres, cargárselos uno por uno? Tom, tú lo sabes mejor que nadie, tú, que prácticamente sin la ayuda de nadie destruiste Corea del Norte hasta que no quedó un solo edificio en pie, que los bombardeaste hasta obligarlos a rendirse... Si hubiéramos invadido Vietnam del Norte como es debido, la guerra habría acabado hace ya mucho tiempo y ahora no estaríamos metidos en este lío.

—Vamos a intentar encontrar a Anthony primero, ¿de acuerdo?

Alexander sonrió mientras chafaba y olía sus cigarrillos.

—Lo único que digo es que quien controla los altiplanos, lo controla todo.

—No te olvides de comunicarte conmigo por radio cada cinco minutos, comandante —dijo Richter—, para informarme de la situación.

—Ni siquiera tengo que llamar a mi mujer cada cinco minutos —dijo Alexander.

—Si las cosas se ponen feas, me llamas por radio de inmediato; no me importa el ruido que haga nuestro helicóptero: vendrá y nos evacuará. Tendrás que subir por la montaña y avanzar sólo un kilómetro hacia el interior, hasta el claro. Tendremos solamente diez minutos, así que habrá que rezar para ser más rápidos que ellos.

—Seremos más rápidos que ellos.

—El caso es, soldado —dijo Richter—, que no puedes correr hacia delante y disparar hacia atrás al mismo tiempo.

—¿Cómo que no?

—Un kilómetro, Alexander. —Alexander miró fijamente a Richter.

—Tom, ¿qué pasa?

Richter negó con la cabeza.

—Ahí abajo tienen montado un tinglado bastante impresionante. Ese lugar está plagado de *sapper*. —Los *sapper*, también llamados zapadores, eran comandos de destrucción del ejército norvietnamita—. Vikki ya está furiosa conmigo por haber perdido a Anthony; no dejo de decirle que no lo

he hecho a propósito. —Tosió un poco—. Me sentiría mejor si lo encontrásemos, pero si las cosas se ponen muy mal, no sé si podré soportarlo.

—Sí que podrás —dijo Alexander.

Siguieron sentados y, de repente, Richter preguntó:

—Tú viviste así diez años. ¿Echas de menos ese momento de alerta máxima? —Sonrió—. ¿Sigues oyendo el sonido lejano de los tambores que llaman al combate? Nuestro comandante supremo, el general MacArthur, siguió oyéndolos toda su vida.

—Y no sólo él —repuso Alexander, sonriendo ante la expresión avergonzada del rostro de Richter antes de admitir él mismo—: Echo de menos a aquellos hombres, los buenos; las charlas, las bromas... Y desde luego, no me disgustan las armas. —En su rostro también se dibujó una expresión avergonzada—. Pero... en cuanto al resto, no te lo vas a creer, pero no me gusta mojarme, detesto ir sucio, detesto la sangre, detesto perder a mis hombres, y la verdad es que me gusta mucho mi esposa.

Richter asintió, sonriente, y se quedó pensativo.

—Hubo un tiempo en que a mí también me gustaba mi esposa —dijo, e hizo una pausa—. Todavía me gusta un poco. —Alexander no miró a Richter—. No tengo defensa posible, Alexander. Esto de aquí, lo que ves, es mi vida. Hubo un tiempo en que importaba a Vikki, pero lo cierto es que ahora lo que yo haga le da lo mismo. —Lanzó un suspiro—. Y es curioso, pero cuanto más mayor me hago, más deseo que no... que no le diese lo mismo. —Trató de buscar las palabras exactas—. Creo que no me expreso demasiado bien.

—A mí no tienes que darme explicaciones, de verdad. No tienes que decirme nada.

—¡Dios! Cada vez que pienso en ella me acuerdo de la primera vez que la vi, en 1948. Había ido a Washington a veros a vosotros. Iba despeinada y estaba muy angustiada, y corrió junto a Tatiana y Anthony. Llevaba la melena castaña suelta, estaba llorando y abrazaba a vuestro hijo con tanta fuerza que parecía que iba a asfixiarlo, con sus abrazos y sus besos. Creo que fue en ese momento cuando me enamoré de ella, allí

mismo, viendo el amor que sentía por vuestro hijo. —Richter lanzó un gemido de angustia—. Era tan... impulsiva, tan italiana... *Apassionata*. Eso me gustaba. Eso era lo que necesitaba. —Se quedó callado durante largo rato—. Hubo un tiempo en que lo nuestro era muy intenso, pero ahora es todo apariencia —dijo en voz baja—. Yo hago lo que quiero y ella hace lo que quiere. —Agachó la cabeza—. No es un matrimonio de verdad, ¿no te parece?

—No —contestó Alexander—. La verdad es que no.

—Sí —susurró Richter—, pero sé que cuando yo cruce el río, el último aliento que exhalen mis labios no será para el ejército ni para esto.

Alexander agachó la cabeza, con el corazón anegado de confusa compasión.

—¿Todo va bien entre tú y Tania? —preguntó Richter mucho después, mientras la tensión seguía manteniéndolos despiertos a su pesar.

—Sí, amigo mío —contestó Alexander, con la mirada fija en la oscuridad del valle, salpicado por los hombrecillos verdes que, como marcianos, se disponían a invadir la Tierra—. Todo va como siempre.

—Eso es bueno —comentó Richter—. Eso es muy bueno.

Al final se quedaron dormidos, recostados en las rocas, apoyados el uno en el otro.



Y luego, amaneció. A las siete de una mañana inusitadamente cálida y despejada para la época, Ha Si y Alexander, equipados con sus armas y sus cascos, descendieron por la colina en fila india, seguidos de Elkins, Mercer y Tojo. Richter y sus seis montañeses se habían dispersado y escondido en lo alto de la colina, entre las rocas, después de montar su ametralladora M-60 sobre el trípode. Tenían preparados asimismo diez cinturones portamunición de cien proyectiles cada uno, además de dos fusiles extra para cuando el M3 Grease Gun empezase a echar humo por el calor. Pese a todas sus precauciones, los hombres blancos no podían evitarlo: estaban muy nerviosos por participar en una misión de alto riesgo

a plena luz del día. Por el lado positivo, hacía una mañana espléndida y la visibilidad era muy buena.

Desde unos metros más arriba, Ha Si lanzó sus dardos con opio uno a uno a la nuca o los hombros de los guardias dormidos. Fue deslizándose entre la hierba para disparar con su cerbatana mientras Alexander, a su espalda, se encargaba de acercarse a los guardias y vaciarles sus AK47, lanzando los cartuchos automáticos a Elkins y Mercer, en la trinchera. Dejaron las armas junto a los centinelas porque no sabían hasta qué punto Moon Lai era una mujer observadora, capaz de darse cuenta de aquellos detalles. Se ocultaron en la trinchera hasta el momento en que la chica hiciese su aparición.

A las ocho en punto, Moon Lai echó a andar despacio por el sendero con vendas limpias en la mano y llegó hasta la última choza, a nueve metros escasos de los soldados. Después de abrir la puerta, la mujer desapareció en el interior, y en cuanto entró, Alexander y Ha Si, con el sigilo propio de los felinos, se aproximaron hasta la choza. Se pusieron de pie, abrieron la puerta de golpe y, en menos de un segundo, ya estaban dentro.

El interior estaba vacío, un espacio cubierto de hierba, de un metro cuadrado tal vez, y sin rastro de Moon Lai. Ha Si señaló con la mano la trampilla secreta del suelo. De no haber sabido que debían buscarla, nunca la habrían advertido. Las chozas eran señuelos, estaban vacías de vida.

Ha Si tiró ligeramente de la trampilla cubierta de hierba para ver hacia dónde se abría. Resultó que carecía de bisagras, por lo que se abría como una simple tapa. La escalera ascendía de espaldas a la pared del fondo de la choza, y fue allí donde Ha Si y Alexander se apostaron para que Moon Lai les diese la espalda al subir.

Transcurrieron veinte exasperantes minutos. En la choza hacía un calor húmedo y pegajoso, y la atmósfera era asfixiante. A pesar de la atención que prestaba Alexander, no se oían ruidos procedentes de abajo.

—¿Eres budista, Ha Si? ¿Animista? —le susurró, sacándose y besando su cruz.



—No —contestó Ha Si, besando su propia cruz—, soy un buen chico católico como usted y su hijo, comandante Barrington.

Los alertó un leve crujido de la escalera. Ambos se agacharon y se prepararon, sin respirar apenas. Una mano pequeña y tullida destapó la trampilla. A la mujer le costaba un gran esfuerzo subir por la escalera con aquella barriga. Subía de espaldas a ellos. Alexander olió el olor a medicina, olió la sal de la sangre y vio las ampollas vacías de opio que la mujer dejó en el suelo junto a las vendas ensangrentadas. Fuera quien fuese la persona de la que cuidaba, no sólo estaba herido sino que padecía grandes dolores.

Alexander y Ha Si esperaron dos segundos más.

La mujer apenas acababa de salir de la trampilla y estaba en cuclillas cuando de pronto Alexander, sin darle ocasión de levantarse ni de verlos por el ángulo de visión de su único ojo, se abalanzó sobre ella y la derribó al suelo, le inmovilizó los brazos y le tapó la boca. Ha Si cerró la trampilla de inmediato para que nadie pudiese oírlos desde abajo. Sujetándola con fuerza, Alexander se acercó al oído de la joven y susurró:

—¿Dónde está Anthony?

La mujer empezó a dar sacudidas forcejeando en su lucha por zafarse de él. Intentó chillar, volver la cabeza, y Alexander tuvo que sujetarla con tanta fuerza que sin duda debió de hacerle daño, pero ella forcejeó de todos modos y pataleó con las piernas hasta que Ha Si se las sujetó, mientras Alexander la mantenía inmóvil colocándole un brazo por encima del pecho y le tapaba la boca con el otro. La joven intentó morderlo y él tuvo que inmovilizarle la mandíbula. Volviéndole la cabeza hacia él para que viera la expresión furiosa de su rostro, le dijo:

—Estate quieta. Deja de resistirte.

Luego le dio un tirón de la cabeza. Como no creía que lo hubiese entendido, volvió a tirarle de la cabeza para disuadirla de que siguiera con sus sacudidas frenéticas. Una venda adherente le cubría un ojo, pero el otro, con el que lo estaba mirando, a escasos centímetros del rostro de Alexander, era negro, redondo y con una expresión de... ¿qué era aquello? Por extraño que pudiera parecerle, no era miedo. Pese a la presión que

Alexander ejercía en su cuello, ella no dejaba de tratar de morderlo, de sacudir la cabeza a uno y otro lado, de tratar de zafarse de él.

—*Dâu lá Anthony?* —le preguntó así en vietnamita, al tiempo que le ataba las piernas con una cuerda—. *Où est Anthony?* —repitió en francés.

Ella no dejaba de sacudir la cabeza entre las manos de Alexander. ¿Temblaba o trataba de liberarse de él?

—¿Dónde está Anthony? —le preguntó Alexander en inglés—. *Gde Anthony?* —le susurró en ruso, y entonces ella pestañeó.

¿Pestañeaba al oír ruso?

Alexander no podía destaparle la boca hasta estar seguro de que no se pondría a gritar, porque si gritaba tendrían que matarla y echar a correr, y su operación habría concluido antes de empezar y seguirían sin saber nada de Anthony.

—¿La llevamos a la trinchera? —le preguntó Alexander a Ha Si, jadeando.

Ella gimió y negó furiosamente con la cabeza. Alexander la miró.

—¿Me entiendes?

Ella asintió y lo miró como si lo conociese, con una expresión de familiaridad en su único ojo.

—¿Vas a gritar? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Hablas mi idioma?

La muchacha asintió, pero no podía fiarse de ella. ¿Y si gritaba? La joven logró soltarse con una de las manos y cogió con ella la venda ensangrentada que había en el suelo y la ondeó hacia arriba y hacia abajo... como una bandera blanca.

Tras intercambiar una mirada con Alexander, Ha Si extrajo su cuchillo del SOG y lo arrimó al cuello de Moon Lai.

—Escúchame —le dijo—. Te va a destapar la boca, pero si articulas aunque sea un solo sonido más fuerte que un susurro, este cuchillo te rajará la garganta. ¿Lo has entendido?

La joven asintió. Alexander seguía sujetándole con fuerza la cabeza.

—Y antes incluso de que él te raje con el cuchillo —dijo—, yo te romperé el puto cuello. ¿Entendido? —La joven asintió con la cabeza—. ¿Sabes dónde está Anthony? —Moon Lai negó con la cabeza.

—¿Quieres que te llevemos al bosque? —dijo Ha Si—. ¿Quieres que dos hombres te lleven al bosque y te retengan allí hasta que nos digas dónde está? Porque eso es lo que te espera a continuación.

Alexander miró a Ha Si con el ceño fruncido. ¿Realmente eran necesarias aquella clase de amenazas contra una mujer embarazada? Moon Lai advirtió las reticencias de Alexander, pero Ha Si, haciendo caso omiso de él, se mostró implacable.

—Deja de mirarlo a él. Mírame a mí. ¿Dónde está Anthony?

Ella volvió a encogerse de hombros y a forcejear de nuevo. Alexander no apartó la mano de su boca.

—Si no nos lo dices —la amenazó Ha Si—, capturaremos a tu madre. Y también al niño. Asiente con la cabeza si me has entendido.

La chica asintió.

—¿Dónde está? —preguntó Alexander en un tono más suave que el de Ha Si, a pesar de que seguía sin aflojar la presión sobre el frágil cuello de la joven—. ¿Mi hijo está ahí abajo? —le preguntó—. ¿Está en el agujero? —Como la joven no respondió, Alexander le tiró de la cabeza hacia atrás. La mujer dio un respingo en la palma de su mano pero no respondió. ¡Estaba embarazada, por el amor de Dios! Aquello era una locura—. Por favor —le dijo, apartándose de su cuerpo, incorporándose y dejando que se tumbara de lado—. Por favor, no quiero hacerte daño. Sólo quiero a mi hijo. Dime si está ahí abajo, es lo único que quiero.

Alexander decidió arriesgarse y destaparle la boca. La joven permaneció tendida en el suelo, jadeando y sin fuerzas, sin tratar de escapar, sin decir nada, con el ojo negro húmedo y con la misma expresión de familiaridad, pestañeando al mirarlo. Ha Si se apartó unos centímetros, sin alejar el cuchillo de ella, y Alexander se apartó medio metro... para alejarse de aquella barriga jadeante. Deseó poder cerrar los ojos y no tener que mirarla. Su intuición ya no sabía qué pensar ante aquella mujer tan

diminuta y en tan avanzando estado de gestación. Todo era demasiado macabro.

—Por favor —dijo—, dime sólo dónde está.

Moon Lai abrió la boca y habló en voz baja, con un inglés titubeante pero excelente.

—¿Sabe? —dijo—. Él me aseguró que usted nunca lo encontraría, pero yo le dije que estaba segura de que encontraría el modo.

En lugar de cerrar los ojos, Alexander los abrió como platos.

—¿Qué? —susurró Alexander.

—No le va servir de nada fingirse sorprendido —repuso ella.

—¿Quién está sorprendido? Entonces... ¿está vivo?

—No lo sé —respondió ella con un hilo de voz—. Estaba medio muerto cuando se lo llevaron de aquí.

¡Se lo habían llevado de allí! Alexander no podía hablar. Sintió deseos de echarse a llorar.

—Llega demasiado tarde. Ahora está cerca de Hanoi —dijo—. No tardarán en trasladarlo a un campo de Castro cerca de China. Y luego a la Unión Soviética.

Gimiendo y resoplando, Alexander se hundió poco a poco en el suelo.

Ella lo miraba sin pestañear. Los tres estaban en el suelo, Moon Lai cerca de la trampilla, semirrecostada. Alexander, consternado y apoyado contra la pared, con las piernas separadas, y Ha Si cerca de la mujer, sujetando aún el afilado cuchillo.

—Sé dónde está. Os llevaré hasta él —dijo—. Venid conmigo. Estaba vivo cuando se lo llevaron de aquí, pero no tenemos mucho tiempo.

Alexander había perdido el habla.

—Eres una jodida mentirosa —la insultó Ha Si—. Entonces, ¿de quién son los vendajes que cambias dos veces al día?

Moon Lai esbozó una débil sonrisa.

—Esto es un campo de tránsito. Hay otros prisioneros de guerra —respondió—. También los ayudo a ellos, igual que lo ayudé a él. Se incorporó y se apartó las briznas de hierba del rostro.

—No muevas las manos en ningún momento —dijo Ha Si, acercándose.

—De acuerdo, de acuerdo.

Moon Lai se las colocó en la barriga y se contrajo como si experimentara dolor. Estaba tratando de controlar la respiración.

Si Alexander no escuchaba sus palabras y la miraba como si fuese muda, veía a una joven muchacha embarazada suplicando compasión de aquellos dos hombres. Puede que estuviese embarazada del hijo de Anthony. Oh, Dios... Si no dirigía la mirada a aquel parche en el ojo, veía a una joven menuda y muy, muy atractiva.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, aturdido.

—Diecisiete.

El corazón le dio un vuelco. Alexander miró a Ha Si en busca de apoyo, pero éste, impassible, con la mirada dura, lo miró y negó con la cabeza, como diciendo: «Ánimo, soldado».

—Tú no tienes diecisiete años —dijo—. A lo mejor tienes ciento diecisiete. No le mientas al comandante. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis —dijo—. Nací en 1943, como su hijo.

Alexander se quedó estupefacto; parecía una niña.

—¿Hay guardias ahí abajo? —le preguntó, frunciendo el ceño ante sus mentiras.

—Muchos. Custodian a los prisioneros. Pero ¿qué más da? Anthony no está ahí abajo.

—¿Guardias armados?

—Fuertemente armados.

Permanecieron en silencio.

—En Hué les tendisteis una emboscada a la patrulla de norteamericanos —dijo Alexander—. Le preparaste una emboscada a mi hijo.

—Yo sólo era el cebo —explicó ella, encogiéndose de hombros—. Normalmente los matábamos en el acto, ahí mismo, pero no a su hijo. Su hijo es un guerrero. Por él estoy medio ciega.

—Ya —dijo Ha Si—, pero en el país de los ciegos, el tuerto es el rey.

—Tus insultos a mi país me resultan indiferentes —dijo Moon Lai sin mirarlo. Hablaba en un tono de voz suave, sosegado. Su actitud era servil—. También es tu país, montañés. —No dirigió la mirada a Ha Si ni una sola vez, sólo miraba a Alexander con su único ojo—. En Hué, Anthony creyó que me estaba salvando. Era tan noble, tan honesto... Un blanco fácil, su hijo —dijo con dulzura—. El más fácil. Sólo unos días más y le hice perder completamente la cabeza. —Su ojo lanzó una señal de aprobación a Alexander—. Pero la verdad, tengo que decirle que no lo educó muy bien: es demasiado confiado. Aunque también es cierto que seguramente ésa es la única razón por la que sigue aún con vida. Porque pensaba matarlo como hago con todos, matarlo con opio, con víboras venenosas. —Tenía una voz dulce, melodiosa—. Pero el hecho es que empezó a contarme unas historias tan interesantes sobre su vida... que esperé para escucharlas todas. Al principio me contaba muy poco, pero luego, cuando nos casamos, me lo contó absolutamente todo. Yo sólo era una fulana vietnamita a la que había salvado, una simple campesina que necesitaba desesperadamente su protección. —El ojo le brillaba y emitía destellos al hablar de él—. Me contó tantas cosas, pensando que yo a duras penas lo entendía... Yo me sentaba y lo escuchaba. Me habló de su madre, la fugitiva soviética, y de su padre, el norteamericano que había ido a la Unión Soviética, que había servido en el Ejército Rojo, que había escapado dos veces, que había matado a carceleros soviéticos y a hombres del NKVD, que había escapado de una prisión soviética de máxima seguridad y que ahora formaba parte de los servicios de inteligencia estadounidenses. —Moon Lai parecía recordar todo aquello con ternura—. Sus descripciones eran tan exhaustivas, con tal lujo de detalles, que apenas si nos hizo falta echar un vistazo a su expediente, comandante, para confirmar sus historias.

—Oh, Dios santo... ¿Quién eres tú? —susurró Alexander con manos temblorosas.

—Soy su esposa —dijo Moon Lai con su voz más agradable—. Soy su esposa embarazada y fui su enfermera.

Alexander se alegró de estar sentado. Hubo un tiempo en que él también se había entregado por completo, en cuerpo y alma, del mismo modo, con la misma imprudencia, a una muchacha soviética menuda, dulce y muy joven a la que apenas conocía, sentada en un banco bajo los olmos estivales de los jardines italianos de Leningrado. Pálido y tembloroso, mirando a la chica, Alexander preguntó:

—¿Cómo conseguiste que viniese contigo hasta aquí?

Trataba de atisbar algo en ella, algún leve y trémulo indicio que respondiese a una sola pregunta: ¿dónde estaba Anthony?

Moon Lai se encogió de hombros.

—Me acompañó casi todo el camino por voluntad propia. Cuando empezó a sospechar algo, unos kilómetros al sur de la zona desmilitarizada, lo ayudé a dormir un poco y cuando despertó, ya estaba aquí. Ni siquiera tuvimos que pelear.

Alexander enmudeció, estupefacto al imaginarse a su hijo despertándose allí dentro.

Moon Lai continuó hablando en un susurro:

—Pero una vez aquí, de repente hicieron falta grandes dosis de persuasión para que Anthony siguiera hablando... Fue cuando empezaron todos nuestros problemas con él, porque cuando habló, nos contó las mentiras más inimaginables acerca de las posiciones del ejército estadounidense. Por su culpa enviamos a los nuestros a misiones descabelladas que nos costaron enormes pérdidas; no hacíamos más que caer en trampas y emboscadas. E intentó una y otra vez acabar con la vida de nuestros guardias, cosa que consiguió en tres ocasiones, ¡dos de ellas con las manos atadas! Se convirtió en un prisionero muy peligroso, y por eso tuvimos que incapacitarlo y transferirlo.

«¿Incapacitarlo?», masculló Alexander para sus adentros.

—Cada palabra que sale de tu boca es una puñetera mentira —exclamó Ha Si—. Anthony está ahí abajo ahora.

—No, no está —dijo Moon Lai sin alterarse—. Pero sí hay cincuenta centinelas con los prisioneros. ¿Queréis enfrentaros vosotros dos solos a todos, en la oscuridad de los túneles? Por favor... adelante.

—¿Cincuenta guardias? —exclamó Ha Si—. ¿Cuántos prisioneros tenéis ahí abajo?

Sin responder a la pregunta, Moon Lai se dirigió a Alexander:

—Dígale a su montañés que aparte de mí su cuchillo, comandante. Soy su nuera. Este niño podría ser su nieto. Quiero que aparte el cuchillo de mi cuello ahora mismo.

Tras un momento de tensión, Alexander hizo señas a Ha Si para que lo apartara y éste, con una gran reticencia, retiró al fin el arma y se puso detrás de Moon Lai.

—¿Es... el hijo de Anthony? —preguntó Alexander con voz entrecortada.

El único ojo de la mujer fijó su mirada en los dos de Alexander, formando un triángulo de ojos oscuros, imperturbables e insondables.

—Comandante, ¿qué me está preguntando? Ha venido a Vietnam, ha abandonado a su familia y puesto su propia vida en peligro de muerte, todo para volver a ver a su hijo. Estoy a punto de ayudarlo a conseguirlo, si se muestra razonable, ¿y usted se sienta ahí y me pregunta por... —se señaló la enorme barriga—... esto? ¿Qué importa eso?

Alexander dejó de mirarla con ojos imperturbables.

—¿Que qué importa eso? —Lanzó un suspiro—. Pues claro que importa, joder. Importa mucho. No me vengas con evasivas, no me mientas. ¿Es que no puedes responder sin ambages a una sola pregunta? Es una pregunta muy sencilla, sí o no: ¿es hijo suyo?

La mujer agachó la cabeza como si se dispusiera a rezar.

—Alexander Barrington —dijo Moon Lai, levantando la cabeza y mirándolo fijamente—, ¿en qué cree usted? ¿Es que acaso no sabe, usted precisamente, que su nuevo país está en guerra con su antiguo país? Está usted en plena guerra, una guerra muy cruenta, ¿no debería importarle eso más que cualquier otra cosa en el mundo, a usted precisamente? ¿A quién le importan los niños? ¿Qué cree que está pasando aquí? ¿Sabe acaso que su país también está en guerra con mi país? ¡Estamos luchando por la mismísima alma de Vietnam! Vietnam será sólo uno, la República Comunista de Vietnam. No hay nada que ustedes los norteamericanos, o



esos zoquetes a los que llaman sus aliados survietnamitas, puedan hacer para cambiar eso. No descansaremos hasta echarlos de aquí. El sudeste de Asia: Laos, Camboya, Vietnam... no son asunto suyo, son asunto nuestro. Y en vez de dejarnos en paz, vienen aquí y fingen que luchan. —Se echó a reír—. ¿A esto lo llaman luchar? Nosotros lo llamamos perder.

—No estamos perdiendo —dijo Alexander—. No hemos perdido ni una maldita batalla contra vosotros desde que empezó esta puta guerra.

—Pierden de todos modos. ¿Y sabe por qué? Porque malgastan el tiempo lanzando bombas desde el aire, saliendo en misiones de reconocimiento como éstas y follándose a las putas.

—¿Como tú?

—Pero ¿sabe quién está luchando? —prosiguió Moon Lai—. Nosotros. Los soviéticos nos entrenan, nos forman, nos educan y nos arman. Nos enseñan su idioma, comandante: ruso, inglés y el idioma de la guerra... que es el único que ustedes entienden. Luchamos con las antiguas armas de ellos y las que ustedes dejan atrás. Luchamos sin botas, sin cascos y sin raciones de combate. ¿Que nos queman con napalm? Pues nos ponemos un vendaje y seguimos adelante. ¿Que destruyen nuestros cultivos con el Agente Azul? Comemos hierba y seguimos adelante. No nos importan sus bombas ni sus agentes químicos, no nos importa morir. Porque luchamos por nuestra vida, por la esencia misma de nuestra existencia... al igual que el Ejército Rojo luchó contra Hitler. La victoria era la única opción. Así fue como lucharon los norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial, y los primeros meses en Corea. Pero aquí, en Vietnam, lo que hacen es fingir que luchan, por eso que nunca ganarán, pese a contar con el ejército mejor preparado, mejor armado y más disciplinado del mundo. Porque no están dispuestos a sacrificar ni siquiera a cincuenta mil de sus hombres para derrotar el comunismo en Indochina, mientras que nosotros sacrificaremos hasta el último hombre para derrotarlos a ustedes. ¡Sacrificaremos a millones de nuestros hombres, a decenas de millones, y no a unos míseros cincuenta mil! Ningún precio es demasiado alto, ningún sacrificio es demasiado grande. Creemos en esta guerra, a diferencia de ustedes. Ni siquiera usted mismo cree en ella, ni su país, ni los jefes que se han

quedado en casa. Sus políticos y sus periodistas, desde luego, no creen en ella. —Moon Lai esbozó una sonrisa cálida—. De hecho, nos ahorran muchísimo trabajo, desestabilizando la voluntad del enemigo norteamericano. Y en cuanto se vayan, los survietnamitas, pese a todo el entrenamiento que les han proporcionado, no durarán ni una semana.

Hablaba con tanta dulzura... la voz melodiosa, tierna, no se alzaba jamás por encima de un murmullo, las palabras fluían como mariposas de su boca. Sonreía incluso. Pero las palabras que había pronunciado... Sin saber muy bien por qué, Alexander se acordó de un poema. Cuando hablaba, la voz que empleaba era tan suave... ¿Cómo decía el poema? Era de John Dryden... «Como copos de nieve emplumada, se derretía al abandonar su boca». Pero las frases que pronunciaba aquella boca eran absurdas, Alexander quiso decirle que no entendía una sola palabra, que le hablase en su idioma.

Pero sí las entendía.

Era prisionero de su voz y de su inmenso vientre. Se parecía a Tania cuando estaba embarazada de ocho meses, cuando no podía levantarse del sofá ni de la cama sin la ayuda de Alexander, cuando no podía volverse sin salir rodando, cuando siempre la seguía con las manos extendidas, por si se tropezaba o titubeaba de repente.

Alexander titubeó. En respuesta a lo que acababa de oír, lo único que se le ocurrió decir fue:

—Los survietnamitas también creen en su guerra, ¿no?

—No. Son débiles y se dejan llevar del hocico por ustedes. Vietnam será sólo uno pese a ellos y pese a los mercenarios que envían ustedes para ayudarlos.

—Mi hijo no es un puto mercenario.

—Su hijo no lo era, no —dijo Moon Lai, serena e inmóvil—. Su hijo era uno entre un millón. —Hizo una pausa y pestañeó—. Pero ¿sabe una cosa? Él tampoco creía en esta guerra. Sí, él creía que sí. Hasta que me conoció, creía que sí. Y cuando se casó conmigo, seguía creyendo que sí. ¡Pero nunca me preguntó siquiera si era survietnamita! Se casó conmigo

de inmediato en cuanto le dije que estaba embarazada, y nunca me preguntó siquiera si el hijo era suyo.

Alexander, con los puños apretados con fuerza, sin una gota de compasión en el cuerpo por aquella mujer, dijo:

—Sí, porque mi hijo creía en ti.

—Sólo superficialmente —respondió Moon Lai—. Cuando abrió los ojos aquí, en Kum Kau, y vio dónde estaba y preguntó a gritos por mí, cuando me trajeron ante él, embarazada y atada, y le dijeron que hablase, él habló, sí, pero ¿sabe lo que dijo? «Me importa una mierda lo que le hagáis a ella», dijo su hijo. «Y ese niño no es mío. Dicen que una esposa es para un solo hombre, pero a veces es para dos hombres, y a veces para tres. Y mi esposa se ha follado a todos los soldados norteamericanos que hay de aquí a Saigón, tirada de espaldas para tenderles una emboscada con su coño como me la tendió a mí. Para el caso, es lo mismo que follarse a una cuchilla de afeitar. Matadla delante de mí, no me importa». —Moon Lai hizo una mueca despreocupada al tiempo que un leve temblor se apoderaba de su rostro—. Huelga decir, por supuesto, que no me mataron. Pero ya ve lo que quiero decir: su hijo no creía en mí.

—¿Crear en ti? Pero ¿de qué coño estás hablando? ¡Crear en ti! —exclamó Alexander, agradecido al menos de que en ese terrible momento Anthony hubiese visto la verdad al fin, Anthony, quien había creído durante tanto tiempo que todo el mundo era bueno—. Mi hijo descubrió al fin que había encontrado algo más miserable que una puta de dos dólares —dijo—, y quería que tú lo supieras.

—Sí, eso es verdad —dijo ella—. Así que el amor no es completamente ciego, ¿no le parece? —La sonrisa desapareció de su rostro—. De manera que debería estarnos agradecido, porque fue aquí, en Kum Kau, donde su hijo averiguó al fin en qué creía él. No era en la guerra contra el comunismo, y desde luego, no era en mí. Hasta que él mismo descubrió en qué creía, no pudimos hacer ningún progreso con él. Nada de lo que dijésemos podía convencerlo para que confiara en nosotros. Lo amenazamos con un traslado al campo castrista. Trajimos a nuestros mejores hombres para interrogarlo, utilizamos nuestros métodos más

drásticos... —Alexander se estremeció una y otra vez—. Pero no había nada capaz de hacerlo hablar. Nos insultó en inglés, en ruso, en español... hasta en nuestro propio idioma. Nos dijo que lo matásemos. Lo sumergimos en agua, lo dejamos sin agua. Lo golpeamos, lo dejamos morir de hambre, lo quemamos. Le echamos las ratas, le hicimos... otras cosas. Y entonces yo venía y cuidaba de él. —Hablaba con voz tranquilizadora—. Cuidaba de él tan intensamente... Yo era su única amiga, y su esposa, además, y él estaba encadenado y desnudo y no tenía escapatoria. Tenía que dejarme tocarlo. Menudo castigo debió de ser eso para él, menuda tortura... —Sus manos se habían puesto un poco más tensas, ya no descansaban tan lánguidamente sobre su barriga—. Está retrocediendo, comandante, ¿por qué? —Moon Lai relajó las manos—. Al final, ideamos una forma para obligarlo a hablar. Fingimos que nos rendíamos y le dijimos que ya lo habíamos mantenido oculto suficiente tiempo, que ya no nos resultaba de ninguna utilidad. Que íbamos a notificar a su gobierno que estaba vivo y era prisionero del ejército norvietnamita. A lo mejor querrían negociar a cambio de que les entregásemos a Anthony Barrington. Alexander palideció.

Moon Lai sonrió. Tenía unos dientes resplandecientes.

—Exacto. —Asintió—. Es usted muy bueno, comandante. Usted sí sabe ver las cosas. Le dijimos: tus padres se alegrarán mucho de saber que estás vivo, que eres un prisionero de guerra en Vietnam del Norte, pero Anthony no parecía opinar lo mismo, en absoluto. Dijo que nos lo contaría todo con tal de evitar que su nombre apareciese en las listas de prisioneros de guerra y que usted averiguase que lo habían hecho prisionero. ¡Cuánta información clasificada nos proporcionó entonces! Al fin y al cabo —le dijo Moon Lai, mirando directamente a Alexander—, él sabe que usted es un traidor y desertor muy buscado y que mató a sesenta y ocho de nuestros hombres para escapar de su merecido castigo.

«¿Nuestros hombres?», pensó Alexander.

—Así que, comandante —dijo Moon Lai—, ¿va usted a acompañarme? Porque su hijo lo espera. ¿Ha venido también su esposa con usted, tal vez?

—Esperó su respuesta, y cuando Alexander no le contestó, Moon Lai susurró—: Qué lástima.

—¿Quién eres tú? —susurró Alexander de forma inaudible, tratando de contener un grito ahogado.

Con la voz rota finalmente, quebrada por la emoción, Moon Lai dijo:

—Quiero que sepa que no pude evitarlo. Me enamoré de él. Yo lo amaba. —Su ojo se anegó en lágrimas, y una de ellas le rodó por la mejilla—. Era tan... honesto. Pero me pregunta usted quién soy. Su hijo me enseñó lo siguiente: hazte a ti misma estas tres preguntas, Moon Lai, y sabrás quién eres. ¿En qué crees? ¿En qué depositas tus esperanzas? Pero lo que es más importante, ¿qué es lo que amas? Y se lo diré. Soy una comunista vietnamita. Eso es en lo que creo, eso es en lo que tengo depositadas mis esperanzas y eso es lo que amo.

Y antes de terminar de hablar, antes de que Alexander tuviese tiempo de moverse, de respirar siquiera, una hoz brillante destelló en la pequeña mano de Moon Lai, una hoja afilada que trazó una curva hacia delante en el aire y se clavó con virulencia en la parte interior del muslo de Alexander. Acto seguido, Moon Lai fue directa a la arteria femoral. Él se apartó con un reflejo de medio centímetro y de medio segundo, y la joven falló por muy poco, pero era veloz como un rayo, y al cabo de un instante, sin perder el equilibrio, extrajo el arma dispuesta a clavarla en el rostro de Ha Si, que avanzaba en su dirección. Sin embargo, Alexander le sujetó la muñeca y Ha Si empuñó su cuchillo. Moon Lai abrió la boca para gritar, pero Ha Si le tiró de la cabeza hacia atrás y la degolló con un corte limpio y certero. La tiró al suelo, lejos de ellos, y oyendo los últimos estertores de la joven a sus espaldas, soltó el cuchillo y sujetó la pierna de Alexander.

Ambos trataron de taponar el río de sangre, intentando cubrir la profunda herida. Con una mano, Ha Si extrajo un hemostático de su bolsa de primeros auxilios. Era indoloro, estéril y funcionaba absorbiendo físicamente el líquido de la sangre. Alexander se lo apretó contra la herida; Ha Si sacó una ampolla de nitrato de plata de la bolsa, roció la pierna con una cantidad considerable y extrajo un kit de emergencia. Colocó la venda de primeros auxilios encima del hemostático, la fijó con

cinta adhesiva y tiró de las cuerdas. Envolvió la segunda venda dando dos vueltas alrededor de la pierna. Todo eso no le llevó más de treinta segundos.

—No sé cómo no he ido con más cuidado —se lamentó Alexander.

—Ha ido con mucho cuidado —dijo Ha Si, echando más nitrato de plata sobre las vendas—. Su hijo se enamoró y no vio la hoz hasta que era demasiado tarde.

—Has envuelto esa gasa como un torniquete —dijo Alexander.

—Hay que detener la hemorragia, comandante —repuso Ha Si en voz baja.

—Puede que la hemorragia se detenga, pero perderé la puta pierna. Alexander aflojó el vendaje.

—Pero conservará la vida —dijo Ha Si.

—Necesito mi pierna —dijo Alexander—. Mi hijo está ahí abajo y tenemos que sacarlo inmediatamente, antes de que se den cuenta de que ella ha desaparecido. Y cuidado con el nitrato.

Esperaron unos minutos para ver si dejaba de sangrar.

—¿Cómo sabe que está ahí abajo? —preguntó Ha Si—. Yo sólo la estaba engañando para hacer que hablase. —Hizo una pausa—. Pero ya se lo dije: antes muerta que revelar lo que sabía.

—Pues lo reveló —dijo Alexander, sujetándose la pierna con las manos rojas y pegajosas—. Ella tampoco ha podido evitar ser lo que es. Anthony está ahí abajo. —Dejó de hablar, miró detrás de Ha Si, inspiró hondo, se miró la pierna para mantener la calma y se miró la herida profusamente sangrante de la pierna para reunir las fuerzas necesarias para decirle las palabras siguientes al montañés—. Ha Si —dijo Alexander, con la cabeza agachada—, ¿podrías... girarla para que no la viera? ¿Podrías ponerla de espaldas a mí? Por favor.

No levantó la vista mientras el montañés se arrastraba por la hierba del suelo, pero oyó cómo movía el cuerpo embarazado de Moon Lai. Respiró hondo.

—No pasa nada, comandante —dijo Ha Si—. ¿Quiere un poco de morfina?

—A la mierda la morfina. Entonces no podré levantarme.

—¿Es que cree que se va a levantar ahora?

—Tú detén la hemorragia, ¿quieres?

La habitación, donde hasta entonces hacía tanto calor, estaba ahora más fría, y el aire era húmedo, impregnado con unas partículas rojas que flotaban en el aire; la choza empezó a oler a óxido, como pequeños fragmentos metálicos magnéticos, como si estuvieran sentados en una fundición de sangre. Era asfixiante. Respiraban cuatro cuartos del hierro de Moon Lai, y algunos cuartos del de Alexander. Apretaron en silencio las vendas, la ropa, las manos y los pedazos de nitrato de plata contra el muslo pegajoso, esperando que pasasen los segundos.

—Se le ha olvidado que no hay civiles en el otro bando —dijo Ha Si—. Todos son combatientes enemigos. Es la guerra, y se le ha olvidado a pesar de que las palabras atroces de Moon Lai se lo recordaban a cada momento. Su embarazo era un arma muy poderosa contra usted. Ella sabía que Anthony tenía que haberlo aprendido en alguna parte. Lo cierto es que no ha ido con cuidado.

—Te equivocas —dijo Alexander—. O, mejor dicho, tienes razón, no escuchaba lo que me decía. Me importaban una mierda sus principios o sus creencias o lo que coño estuviera contándome. Y he oído tantas barbaridades en mi vida que, francamente, me resbalan. La escuchaba únicamente para averiguar una cosa y sólo una: si tenía razón respecto a lo que había observado en ella, cada vez que entraba en esta choza y salía de ella con plomo en los hombros. Ese plomo era amor. Cada vez que bajaba a ese túnel, Moon Lai se quedaba destrozada al verlo a él. —Las ampollas de opio le decían a Alexander más cosas de las que quería saber—. Una vez que supe que ella lo amaba, entendí que no habría dejado que se lo llevaran al Programa de Cuba. Supe que mi hijo está ahí abajo.

—Sí, pero una vez que supo que estaba ahí abajo, ella tenía que matarlo —dijo Ha Si—. Sacrificó su propia vida, la vida de su hijo, para matarlo a usted.

—Pero ¿me ha matado acaso?

—No puedo darle puntos —anunció Ha Si—. La herida es demasiado profunda. Necesita...

—Ha Si —dijo Alexander—. Ya sé lo que necesito, necesito rescatar a mi hijo. Y ahora, haz que deje de sangrarme la pierna de una puta vez y pongámonos en marcha.

Ha Si apretó la herida con más fuerza. Los minutos seguían pasando. Se hacían eternos.

—Ha tenido suerte —comentó Ha Si—. Le ha sacado el cuchillo demasiado rápido para tratar de matarme a mí. Mire, la sangre ya se está espesando. Esperemos cinco minutos más.

Dio a Alexander un poco de agua. Tras bebérsela de un trago, Alexander dijo:

—No tenemos cinco minutos. No tenemos ni cinco segundos. Vámonos.

Se levantó y se cayó. No podía sostenerse de pie en la pierna herida.

—Joder, estamos bien jodidos —exclamó Ha Si—. Hay que sacarlo de aquí cuanto antes.

—No. —Alexander encendió la radio—. *Viper, viper* —susurró en el transmisor VHF—. Intervenid.

Al cabo de unos instantes se oyó la voz cargada de ansiedad de Richter.

—¿Qué ha pasado?

—Necesitamos apoyo, ahora mismo —dijo Alexander—. Mercer, Elkins y Tojo, envíalos ahora mismo. Silencio absoluto. Ya. —Ha Si seguía mirando con preocupación a Alexander mientras éste apuraba el agua—. Estaré bien —le dijo.

—¿Vamos a bajar por esa escalera nada menos que cinco de nosotros? ¿De uno en uno?

—Bueno, ya la has oído. Algo de lo que ha salido de su boca tiene que ser verdad, ¿no crees? Ha dicho que hay muchos guardias. Ha dicho que hay otros prisioneros de guerra. ¿Quién va a ayudarlos? ¿Quién va a ayudar a Anthony? Necesitamos a Tojo.

—Si esa mujer estaba diciendo la verdad, no somos suficientes. Si estaba mintiendo, seremos demasiados.



Alexander miró fijamente al montañés.

—Ha Si —le dijo—, tú levantas la trampilla, te metes en el interior, nosotros vamos detrás de ti, encontramos a Anthony y salimos. —Se sujetó la pierna con firmeza—. Lo más probable es que los guardias estén durmiendo. Aquí el día es la noche, ¿no te has dado cuenta? También para las ratas subterráneas.

Ha Si abrió la boca para hablar, pero Alexander se lo impidió.

—Ha Si, éste no es el mejor momento para discutir.

Meneando la cabeza con gesto resignado, el montañés levantó una mano dócil.

—Sí, comandante. Pero cada vez que mueva la pierna, se reabrirá la herida. Es lo único que pienso decir.

—Tengo que rescatar a mi hijo. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Lo entiendo —contestó Ha Si, al tiempo que extraía sus cuchillos, su Ruger y sus gafas StarLight—. El Vietminh mató a mi hijo durante la reforma agraria de 1959. Tenía veinte años... y estaba en su bando. Él también era un vietminh. —Hizo una pausa, su mirada negra más negra que nunca—. Igual que yo.

Alexander y Ha Si se miraron el uno al otro durante un momento interminable y luego Alexander cerró los ojos y se desplomó contra la pared de la choza.

—¿Tenía ella razón, Ha Si, amigo vietminh? —susurró—. ¿Creemos en las cosas erróneas para vencer esta guerra?

—Ella tenía razón, comandante Barrington —contestó Ha Si—. Creemos en cosas distintas.

Al cabo de unos segundos, Elkins, Mercer y Tojo aparecieron en el interior de la choza.

—¡Joder! —exclamó Elkins al ver a Alexander, y lo cierto es que era una imagen bastante impactante, con la pierna derecha empapada en sangre desde la bota hasta el muslo, las manos pegajosas y sanguinolentas y el resto del cuerpo salpicado también de sangre. Entonces Elkins vio a la mujer muerta—. Por favor, por favor, no me diga que ésa era nuestra

chica. —Alexander le confirmó que, efectivamente, era ella—. ¿Y nuestro chico? ¿Está ahí abajo?

La voz de Elkins estaba impregnada de una gran emoción.

—Eso esperamos: nuestro chico, otros prisioneros de guerra, puede que sus centinelas. Y ahora, atención todos —dijo Alexander—, quiero el máximo sigilo, sólo las Ruger, cuerpo a cuerpo, pero nada de ruido.

—De acuerdo —dijo Mercer—, pero tenemos que darnos prisa. Necesita plasma, comandante.

Alexander bebió otra dosis de agua.

—Estoy bien —les aseguró, y haciendo un gran esfuerzo, se levantó del suelo.

El hecho de perder sangre se parecía en cierto modo a permanecer bajo el hielo demasiado tiempo... y Alexander ya tenía mucha experiencia en ambos casos. Poco a poco se iba perdiendo la capacidad de distinguir aquello que era esencial.

Volvieron a ponerse en contacto con Richter a través del transmisor. Alexander le contó lo que estaba ocurriendo y Tom, suplicándole que se dieran la máxima prisa posible, respondió:

—El Chinook ya está en Laos, a sólo siete kilómetros de aquí. En cuanto estéis listos para salir, llamadme. Estará a un kilómetro de distancia en treinta y siete segundos.

—Atención todos —intervino Ha Si—. Silencio. Voy a abrir la trampa y a bajar.

Pero nadie se movió. A Alexander le costaba mucho mantenerse de pie, pues la sangre le manaba de la herida sin cesar. La roció con más nitrato de plata y la envolvió con otra venda.

Los cuatro soldados lo miraban con aprensión.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Elkins.

—Estupendamente —contestó Alexander, al tiempo que se colocaba las gafas de visión nocturna—. Dejad ya de preocuparos por mí y callaos de una puta vez. Vamos, andando.

Llevaba consigo sus armas. Miró por última vez a Moon Lai y preguntó si alguien podía tapparla con algo... para que Anthony no la viera

si lo sacaban por aquella trampa.

Tojo sacó la cubierta de la trinchera de su bolsa y la echó por encima del cuerpo de la joven.

Todos se acercaron al borde de la trampa.

—¿Listos? —preguntó Alexander—. Y daos prisa. Si encontráis a alguno de los nuestros, levantadlos, sacadlos y decidles que corran montaña arriba. Cuidado con el alambre de disparo. Adelante.

Ha Si abrió la trampa e intentó oír algún sonido procedente de abajo. No se oía nada. Tomó aire, asintió con la cabeza a Alexander, se agachó y bajó de un salto de tres metros hasta el suelo; ni siquiera le hizo falta la escalera.

Alexander permaneció alerta con los cinco sentidos, con el corazón acelerado y conteniendo la respiración, mientras Ha Si se zambullía en la oscuridad. No se oyeron disparos, pero sí dos silbidos del silenciador, el sonido de la hoja de un cuchillo al desgarrar la carne humana y un jadeo. Alexander bajó a continuación con el cuchillo en la boca, apoyando el peso de su cuerpo en los brazos para no sobrecargar la pierna en el momento de meterse en la trampa y bajando el resto de un salto, y acto seguido, sujetó con las manos el cuchillo y la Ruger. Sus gafas StarLight tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Mercer, Elkins y Tojo bajaron después de él. Antes de que los ojos de Alexander se acostumbrasen del todo a la penumbra, una figura verde con una bayoneta se abalanzó sobre él desde un lateral; apenas tuvo tiempo de levantar el cuchillo para repeler el ataque, pero lo levantó. Su oponente era más menudo y más débil, ni siquiera hubo un verdadero enfrentamiento a pesar de la bayoneta: el hombre cayó al suelo al instante. Acto seguido, Elkins y Mercer aparecieron delante de Alexander y Tojo se materializó a sus espaldas. ¿Dónde estaba Ha Si? Se encontraban en una despejada área rectangular de la que salían cuatro pasillos. En el suelo había briznas de paja húmeda, y un líquido viscoso se acumulaba en charcos en los rincones.

Avanzaban a paso lento y vacilante. Al fin encontraron a Ha Si en el interior de uno de los pasillos, forcejeando con un guardia robusto que

intentaba estrangularlo. De modo que había algún guardia despierto. Elkins apartó al guardia y Mercer le disparó, pero Ha Si tenía razón, el ruido del silenciador de la Ruger era demasiado fuerte para la cueva.

—No disparéis a nadie... si podéis evitarlo —susurró Alexander—. Limitaos a encontrar a Anthony.

En ese momento iban todos en grupo, con Ha Si a la cabeza. Reinaba un silencio absoluto, pero Alexander pensó que tal vez era un silencio falso. Se oía el goteo constante de líquido en alguna parte. Avanzaron por uno de los pasillos sin linternas de ninguna clase, sólo con sus gafas de visión nocturna, las pistolas del calibre 22 listas para disparar, los cuchillos en la mano, los cinco susurrando: «Anthony, Anthony...». Era su única cantinela en aquella madriguera estrecha y putrefacta de las entrañas de la tierra. Era la única cantinela de Alexander, «Anthony, Anthony...».

Oyeron un gemido.

—¿Ant, eres tú?

Otro gemido.

—¿Anthony? ¿Anthony?

Encontraron a cinco soldados estadounidenses sin vigilancia, apiñados en el suelo de una jaula de bambú cerrada. Cinco soldados, era un milagro... Los hombres estaban empapados en sangre y habían recibido una paliza. Ha Si rompió el cerrojo de la jaula y se precipitaron hacia los prisioneros. «Anthony, Anthony...».

Ninguno de ellos era Anthony. Elkins y Mercer los ayudaron a ponerse de pie. Uno de ellos estaba muerto. ¿Debían dejarlo allí? Era el Anthony de otros padres, de modo que Alexander decidió que no lo dejaran.

—Rápido, levantad a los demás y salid.

¿Cuál de ellos se sentía todavía lo bastante fuerte para cargar con un muerto? Uno de los soldados se ofreció voluntario, llorando.

—Tojo, condúcelos a la escalera y ayúdalos a subir —ordenó Alexander—; si pueden sujetar un rifle, dales un rifle, y vuelve de inmediato. Pero no llames a Richter todavía... no hasta que... —Les preguntó a los prisioneros—: ¿Anthony, Anthony?

Pero los soldados no sabían nada. Tres de ellos, incluido el muerto, habían sido capturados sólo dos días atrás. Los otros llevaban allí una semana. Por su aspecto, parecía como si ni siquiera fuesen capaces de recitar su nombre y rango ante sus captores.

—No los vigilaba nadie —señaló Ha Si—. Esa maldita Moon Lai... Una mentira tras otra. Los hombres que me atacaron estaban durmiendo al pie de la escalera. Por lo visto, sólo había éstos. No tienen previsto que alguien venga a causarles problemas.

—No bajas la guardia, Ha Si. Los *sapper* están durmiendo, pero si los despertamos, ya podemos despedirnos de este mundo.

«Anthony, Anthony...».

Ha Si continuó hacia delante, se deslizó en uno de los pasillos y desapareció en la oscuridad. Alexander procuró no quedarse a la zaga, pero tenía que caminar muy encorvado a través del túnel y moverse mucho más despacio. El pasillo terminaba unos doce metros más adelante. Alexander distinguió a cuatro guardias recostados en la pared frente a una pequeña jaula de bambú. Estaban profundamente dormidos. Alexander y Ha Si avanzaron un paso con sumo sigilo, luego otro, pero hasta la paja húmeda crujía, era imposible hacer menos ruido. Uno de los hombres abrió los ojos y, con maniobra experta, echó mano de su arma al instante. Ha Si, también con maniobra experta, hundió el cuchillo en la garganta del hombre en plena oscuridad. Los otros tres ya se habían puesto de pie. Un disparo con la cerbatana de Ha Si, certero y silencioso, dos disparos con la Ruger de Alexander, certeros pero no tan silenciosos. Se acercaron y Ha Si extrajo su cuchillo. La víctima de la cerbatana asió la pierna herida de Alexander y tiró de ella hacia delante. El estadounidense forcejeó con él, rasgando la oscuridad con su cuchillo una y otra vez, como un rayo. Al final, Alexander se encargó de rematarlo mientras Ha Si abría el cerrojo de la jaula.

Abrió la puerta de bambú, se plantó en la puerta como un poste... pero no entró. Alexander intentó pasar por delante del montañés.

—¡Apártate, Ha Si!

Retrocediendo un paso, y hablando en un murmullo entrecortado y jadeante, Ha Si le dijo a Alexander:

—Voy a llamar a Richter y a decirle que hemos encontrado al capitán Barrington. Volveré enseguida con Tojo para ayudarlo. Intente a ver si puede levantarlo.

No volvió a mirar a Alexander mientras se precipitaba hacia fuera.

Ladeando la cabeza para no chocar contra el techo bajo, Alexander entró en la jaula. Distinguió a Anthony, tumbado de costado sobre la paja ennegrecida y sanguinolenta. Alexander se dio cuenta de inmediato de que algo iba mal, pero ¿qué?

—¿Anthony?

Se arrodilló junto a él. Parecía inconsciente... ¡pero estaba vivo! Iba semidesnudo, con unos pantalones de pijama de prisionero y una vieja camiseta del Vietcong echada sobre el torso. Alexander se quitó las gafas de visión nocturna y retiró la camiseta que cubría a Anthony.

Entonces lo vio: a Anthony le faltaba el brazo izquierdo. Se lo habían cortado a escasos centímetros del hombro y en esos momentos lo llevaba vendado de forma muy precaria con gasas limpias... pues Moon Lai acababa de estar allí. Alexander reprimió un respingo, volvió a Anthony de espaldas y en la penumbra le vio el otro brazo, la parte interna del codo y del antebrazo de un negro sólido por las marcas de las agujas. Si Moon Lai lo mantenía con vida era únicamente gracias a la penicilina y el opio. Estaba mugriento y tenía el resto del cuerpo lleno de heridas brutales.

Alexander apartó la mirada; no podía soportarlo. Cuando volvió a mirarlo, estaba cegado.

—Ant... —susurró, con las manos en el pecho de su hijo—. Ant... —  
Lo zarandeo.

Anthony abrió los ojos y miró con expresión inerte y ausente la cara de su padre, y éste se vio a sí mismo, un cuarto de siglo antes, tendido en su propio lecho de paja mugrienta, con el cuerpo empapado en sangre y sin esperanza, esperando a los guardias, los trenes y las cadenas para que se lo llevaran, habiendo rechazado todo alimento en su desesperación durante cuatro días. Y luego se recordó a sí mismo abriendo los ojos y viendo a su

padre, Harold Barrington, inclinado sobre él y susurrándole: «No seas orgulloso, Alexander. Acepta algo de pan». Y él le había dicho a su padre: «No sientas lástima por mí, papá, porque ésta es la vida que he querido para mí».

Y el fantasma de su padre muerto, junto a él, con la voz casi inaudible en el fragor de los latidos de su desconsolado corazón, le susurró: «No, Alexander. Ésta es la vida que yo he querido para ti».

Y en ese momento, Alexander, y no un fantasma, estaba arrodillado junto a su propio hijo, de la misma edad, sobre la misma paja, a las puertas de la misma muerte, con la misma desesperanza, a la espera de las mismas personas, y le dijo, con la voz casi inaudible en el fragor de los latidos de su desconsolado corazón:

—Anthony, estoy aquí. Todo va a salir bien. Yo te ayudaré. Pero tienes que levantarte, porque tenemos que irnos de aquí ahora mismo si queremos conseguirlo.

Anthony pestañeó. Tenía los ojos vidriosos y empañados. Estaba completamente drogado. Y sin embargo, Alexander rozó el cielo cuando lo oyó decir:

—¿Papá?

—Levántate, Anthony. —Anthony empezó a temblar.

—Oh, Dios mío... Estoy sufriendo alucinaciones otra vez. Por favor, vete. Sé que no eres tú. Dios, ¿qué me está pasando?

—No es ninguna alucinación. Levántate.

Alexander estaba temblando. Anthony tenía grilletes en las piernas, y su único brazo estaba atado con una cuerda a una anilla en la pared. Alexander cortó la cuerda y Anthony, tendido de costado, alargó el brazo y tocó la cara de carne y hueso de su padre. Lanzó un gemido.

—Oh, Dios... No, papá. No... No lo entiendes. Tienes que salir de aquí.

—Sí lo entiendo, vamos a salir los dos de aquí.

Alexander buscaba a tientas la llave de los grilletes en la anilla de las llaves, pero sin suerte. Volvió junto a la cabeza de Anthony, inclinó el cuerpo sobre él y lo rodeó con los brazos, dejando marcas de sangre.

—No puedo moverme —dijo Anthony—. Mira lo que me han hecho.  
¿Qué diría Tania?

—Anthony, Anthony... —susurró Alexander, apretando la cara contra la cabeza de Anthony, levantándolo de la paja para ayudarlo a incorporarse—. ¿Me oyes, hijo? Tú eres mi vida, y la vida de tu madre. Siempre serás para mí ese crío de tres años que jugaba en el patio de atrás, que se cortaba el pelo para parecerse a mí, que andaba como yo, que caminaba como yo, el que se sentaba en mi regazo, el que me traía mariquitas, el que me traía felicidad, el que me mantenía con vida... Eso es lo que veo cuando te miro. ¿Te acuerdas de cuando pescábamos juntos, Anthony, cuando eras pequeño? No te imaginas cuánta felicidad me procuraste entonces. Durante toda tu vida has hecho que me sienta orgulloso de ti. Y ahora vamos, campeón. Tienes que levantarte y venir conmigo. Ya lo verás, lo conseguirás... tú puedes. Todo irá bien, pero tienes que levantarte, hijo. Vamos, levántate, Anthony.

El chico no se movió.

Miró a su padre, con sus ojos sangrantes impregnados de confusión y de dolor, y luego apartó la mirada.

—Mi madre no puede verme así —susurró.

—Tu madre —repuso Alexander— me vio a mí así en Sachsenhausen. Tu madre envolvió el cadáver de su hermana en una sábana y la enterró con sus propias manos en un agujero en el hielo. Tu madre estará bien, te lo prometo. Y ahora, levántate. —Alexander besó a su hijo—. No te preocupes por nada, sólo levántate. —Cuando vio que Anthony no se movía, añadió—: ¿Sabes quién más ha venido a buscarte? Tom Richter. —Al oír aquel nombre, Anthony volvió la cabeza al instante. En sus ojos brilló un leve destello de arrepentimiento y entusiasmo, mezclados a partes iguales. Alexander, sin tiempo que perder, asintió—. Sí, eso es, Tom Richter. Es la primera vez que se adentra en la jungla desde 1962, y está aquí... por ti. Elkins está aquí. Charlie Mercer está aquí. Ha Si está aquí. Y Tojo, que te va a llevar a cuestas.

Anthony dijo algo en un susurro.

—Hijo, no te oigo.



Alexander se inclinó un poco más.

Sin decir una palabra, Anthony extrajo la Ruger de la funda delantera de Alexander, y sin mover los hombros ni las piernas ni enderezar el cuerpo tumbado, ladeó el arma con una mano, apuntó y abrió fuego dos veces, disparando detrás de su padre. En la puerta de la jaula de bambú se oyó el ruido sordo de un hombre al desplomarse sobre el suelo. Alexander se volvió a mirar.

—Habrás más de donde ha venido ése —dijo Anthony con la voz entrecortada, devolviendo la pistola a su padre—. Necesitaré otra arma, una que pueda disparar desde la altura de la cadera y a la que pueda cambiar el cartucho yo mismo... con una sola mano.

—¿Qué me dices de la M-60 con cinturón portamunición de cien proyectiles? —dijo Alexander como si tal cosa, incorporando a Anthony hasta colocarlo en posición semisentada.

—Perfecto.

Anthony casi sonrió.

En ese momento regresó Ha Si, apartando de en medio de un puntapié al guardia muerto. Elkins y Mercer iban detrás de él.

—¡Dios Santo, Anthony! —exclamó Elkins, y apartó la mirada—. Qué te han hecho esos hijos de puta...

Tojo regresó. Los prisioneros estadounidenses estaban fuera, enfilando ya el sendero de vuelta a la cima de la colina. Alexander le pidió ayuda a Ha Si con los grilletes, y el montañés encontró la llave al instante y liberó a Anthony.

—Elkins, date la vuelta y mírame. Serás capullo... —dijo Anthony, tratando de ponerse en pie—. ¿Qué coño haces aquí, eh? ¿Mercer Mayer, eres tú?

¡De eso le sonaba su cara! Mercer Mayer era autor de libros para niños. Anthony tenía razón, Mercer tenía varios rasgos físicos en común con el personaje de Little Critter: bajo y rechoncho, y muy testarudo.

Mercer no podía mirar a Anthony.

—Soy yo, capitán —dijo, y sus lágrimas aterrizaron en la paja del suelo.

Anthony logró ponerse en pie con ayuda y se apoyó en la pared, flanqueado por Alexander y Ha Si. Alexander advirtió que Elkins y Mercer estaban tan afectados por el terrible estado en que se encontraba Anthony que les estaba costando cumplir con su cometido.

—Soldados, vamos —dijo—. Alegrad esas caras. Lo hemos encontrado.

—Exacto —repitió Anthony—. Alegrad esa puta cara. Y que alguien me deje unos pantalones para no tener que seguir llevando este pijama de mierda.

Alexander llevaba unos pantalones de combate de recambio en la mochila. Tojo llevaba un chaleco de combate extra en la suya e inmediatamente empezó a quitarse sus propias botas mientras Alexander ayudaba a Anthony a quitarse los pantalones que le habían dado los norvietnamitas. Antes de colocarle la guerrera, Ha Si le envolvió el muñón con una venda limpia y la sujetó con fuerza en diagonal sobre el hombro opuesto.

Anthony permaneció desnudo contra la pared, pestañeando y asimilando poco a poco todo cuanto había a su alrededor.

—Tojo, amigo mío —dijo—, muchas gracias por las botas, pero ¿qué vas a llevar tú en los pies? Papá... Oh, Dios mío, papá... ¿qué te ha pasado en la pierna? Estás...

—No te preocupes por eso ahora —le dijo Alexander, al tiempo que le ponía la guerrera—. Me recuperaré.

Sostuvo a su hijo mientras Mercer y Elkins trataban con dificultad de ponerle los pantalones y las botas en las piernas hinchadas y poco dispuestas a cooperar de Anthony. Éste no dejaba de gemir de dolor y de resbalar hacia el suelo. Ha Si lo sujetaba, Alexander lo sujetaba, cinco hombres hechos y derechos sujetando al hijo, al comandante.

—¿Te duele, compañero? —le susurró Elkins.

—No siento nada —replicó Anthony con la voz hueca.

Se puso derecho, pero no por sí solo. Ha Si dijo que ojalá tuviese una inyección de Dexedrine, pero en lugar de eso le dieron pan, le dieron agua de beber, abrieron una ración de combate y le dieron un poco de

mantequilla de cacahuete, una galleta. Él masticó con desgana, bebió con avidez y luego se tambaleó.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué necesitas, hijo? —repetía Alexander una y otra vez.

El único brazo de Anthony rodeaba el hombro de su padre.

—Un puto cigarrillo.

—Dios, tú y yo, los dos. Larguémonos de aquí cuanto antes para poder fumarnos uno.

La voz sosegada de Ha Si les repetía una y otra vez que tenían que salir de allí de inmediato, pero antes de marcharse, Anthony ordenó a Elkins y a Mercer que colocasen dos minas Claymore en el pasillo principal, el que llevaba a las habitaciones donde dormían los guardias. Así, cuando saliesen uno detrás de otro, les explicó Anthony, la cueva se partiría en dos, como si se estuviesen abriendo las mismísimas fauces de la Tierra. Colocaron las Claymore y extendieron el alambre de disparo en todas direcciones. A continuación, Anthony ordenó que plantasen sendas bombas lacrimógenas («para asfixiarlos») delante de las minas, y cuando se dio por satisfecho, anunció que se iban, pero no podía caminar.

—¿Es que no te has puesto de pie en todo este tiempo? —le preguntó Alexander.

—Sí, claro que me he puesto de pie —dijo Anthony con odio furibundo—. Me atan una vez al día y me cuelgan de una cuerda mientras ella viene y me limpia y... atiende a mis necesidades. Se encarga personalmente de devolverme la salud. —Hablaban con la voz teñida de negra ironía—. ¿La habéis... visto?

Alexander intercambió una mirada con Ha Si, y a pesar de que no quería mentirle a su hijo, también sabía que no tenían tiempo para mantener aquella conversación.

—Sí, sí que la hemos visto, Ant.

Anthony estaba muy desorientado. Preguntó qué fecha era, y aún se desorientó más cuando se lo dijeron, pues trató de calcular cuántos meses había pasado en cautividad.

—Mi año de servicio terminaba en agosto —murmuró—. Iba a regresar a casa... con ella. —Había algo más que le estaba costando mucho esfuerzo calcular. Algo que no conseguía expresar—. No podemos estar a principios de diciembre. —Hizo una pausa, tratando de encontrar las palabras que necesitaba—. Ella... tenía que dar a luz a principios de diciembre...

—Vamos, Ant —dijo Alexander, empujándolo hacia delante, sosteniéndolo—. No hay tiempo para cháticas. Vámonos.

—¿En qué mes estamos? Decidme la verdad.

—Cuando lleguemos al helicóptero. Ya hablaremos entonces.

Tojo llevó a Anthony a la escalera, pero ¿cómo iban a subirlo tirando únicamente de un brazo? Iba a tener que tomar impulso él mismo de algún modo. Tojo estaba detrás de él, sujetándolo, pero era Anthony quien tenía que agarrarse a los peldaños. Trató de hacerlo, pero no podía. Se le resbalaba la mano y se caía hacia atrás, y sólo lo frenaba Tojo. Alexander se puso delante de su hijo, lo puso derecho, tomó su cabeza entre las manos y, mirándolo directamente a la cara, dijo:

—Anthony, tu madre con catorce años consiguió salir trepando de una maldita trampa para osos sin escalera y con un brazo roto. Y sin ningún Tojo que la sujetase por abajo. Así que haz el puto favor de agarrarte a esos peldaños con un solo brazo, ¿entendido?

—Entendido.

Alexander besó la frente de su hijo y lo empujó hacia delante.

Antes de trepar por la escalera, Anthony ordenó a Ha Si que colocase dos granadas más entre la paja del suelo bajo la escalera y otra bomba lacrimógena junto a ella.

—Para asfixiarlos vivos —dijo Anthony—, mientras la explosión los despedaza.

Habían pasado cincuenta y cinco minutos desde que Moon Lai había salido por la trampilla. Alexander estaba muy tenso, pero al menos todos se encontraban ya en la superficie. Anthony se agarró a cada doloroso peldaño con la fuerza suficiente para que Tojo pudiera empujarlo hacia

arriba, y luego Elkins tiró de él desde arriba hasta ayudarlo a trepar del todo.

Y ahí estaba Moon Lai, debajo de la cubierta para la trinchera de Tojo.

Rápidamente, los cinco hombres se interpusieron entre Anthony y el cadáver de la joven para que no la viera, dirigiéndolo hacia la puerta, pero el hedor de la sangre en descomposición en el calor húmedo era insoportable, y era imposible no detectar la figura de un cuerpo debajo de la cubierta, por pequeño que fuera. Anthony fulminó con la mirada a los hombres que le impedían el paso y dijo:

—Puede que no pueda dar órdenes a mi padre, pero vosotros sois distintos. Apartaos de ahí de una puta vez. Y no es una sugerencia.

De mala gana, los hombres se quitaron de en medio. Anthony levantó la cubierta y permaneció de pie inmóvil, contemplando el cuerpo sin vida de Moon Lai. Le temblaron las piernas.

Se volvió hacia su padre y lo miró con el gesto impenetrable en su rostro lleno de moretones. Sólo le temblaron los labios. Miró a Alexander, miró la pierna empapada en sangre de su padre, trató de serenarse, tragó saliva y dijo, con la mayor calma posible:

—Era una puta y un demonio. Tergiversaba toda la verdad, todo aquello en lo que creo, todo lo que le decía en medio de los sufrimientos más atroces. No merece un solo pensamiento más. —No hizo referencia a su embarazo. No había nada más que decir, por parte de nadie. Anthony se dirigió entonces a Ha Si—: Bueno, avanzadilla —dijo con toda naturalidad—, no te quedes ahí de pie como un pasmarote mirándome con esos ojos mudos. Dime, ¿es seguro salir ahora?

Ha Si asomó la cabeza afuera.

—Todo despejado, capitán —contestó.

Anthony le pidió la Colt a Alexander, y éste se la dio.

—Ha Si, deja que Tojo vaya delante. Tojo, tu única misión consiste en subir ladera arriba, un kilómetro, y meter a Anthony en el pájaro de la libertad que nos llevará a casa. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Tojo, eres un gigante entre hombres —dijo Anthony.

—Capitán Barrington, el hecho es que sí soy un gigante entre hombres —subrayó Tojo.

Alexander llamó a Richter, le dijo que tenían a Anthony, que estaban listos para salir y que llamase al helicóptero.

Uno, dos, tres. Contaron a la vez para llamarlo.

Ha Si dio un paso hacia el exterior, seguido de Anthony, Tojo y Alexander. Éste vio de inmediato a dos mujeres a unos treinta metros de distancia, dirigiéndose hacia la choza. Las mujeres los vieron y se pusieron a chillar y a correr en dirección a los guardias inconscientes. Debían de haber acudido a ver por qué Moon Lai tardaba tanto, porque en tres días, nadie aparte de Moon Lai y los centinelas se acercaba por aquella parte de la aldea durante las horas diurnas.

Ha Si sacó su arma, pero antes de que pudiera disparar, a su espalda, Anthony abrió fuego sin dudarle con la Cok. El ruido fue ensordecedor. Las mujeres cayeron al suelo y dejaron de gritar, pero habían hecho ruido, y los dos disparos, aún más. Pasaron varios segundos de silencio y luego, el estruendo de una sirena se apoderó del campo, con el mismo sonido de las sirenas que anunciaban los bombardeos durante el asedio de Leningrado. Tal vez estaban reutilizando los mismos cacharros, pensó Alexander. Lo cierto es que sonaba asombrosamente igual que las sirenas de Leningrado.

Lo bueno de Tojo era que en los cinco segundos que pasaron desde la apertura de la puerta de la choza al sonido de la sirena, ya había avanzado diez metros colina arriba con el metro ochenta y cinco de Anthony a cuestas. Y más les valía, porque no tenían un segundo que perder.

—¡Cuidado con el alambre de disparo! —gritó Alexander a sus espaldas.

Éste, Elkins, Mercer y Ha Si seguían a Tojo por la angosta senda, con los tallos de hierba gigante ocultándoles la cabeza. Ha Si iba en ese momento en la retaguardia, una posición que, a juicio de Alexander, no era la más acertada para él. Corrían tan rápido como podían, pero se trataba nada menos que de casi doscientos metros cuesta arriba, abriéndose paso entre la hierba salvaje, la ladera de rocas y el terreno accidentado, y Tojo

no podía avanzar más rápido con el peso de un soldado herido a la espalda, de modo que el resto de la columna no tenía más remedio que seguirle el paso, con Alexander que no cesaba de repetirle: «Vamos, Tojo. Más rápido, más rápido», a pesar de que de la herida de su propia pierna le manaba sangre. Pero conocía la regla de oro de la guerra: cualquier cosa que se para es un blanco fácil. Y cuando se corre montaña arriba con el enemigo pisándote los talones, el blanco lo es por la espalda. Se oían ya los disparos de los fusiles.

—Directo al helicóptero, Tojo —gritó Alexander—. Es una orden. No te detengas por nada.

—Sí, señor —contestó Tojo entre jadeos.

Cuando ya habían cubierto la mitad del camino, casi cerca de quinientos metros, Ha Si miró hacia atrás. Alexander lo oyó decir, con una agitación nada propia de él:

—No, mierda...

Ésas fueron sus últimas palabras; una bala le alcanzó la espalda y cayó al suelo. Mercer lo asió, se lo echó al hombro y fue una suerte que lo hiciese, porque otro proyectil atravesó el cuerpo del montañés. Alexander se volvió para mirar y con una agitación muy propia de él exclamó:

—¡No, mierda!

A pesar de que la hierba de la jungla le obstaculizaba considerablemente la visión, vio al menos cien soldados del NVA vestidos aún con un paradójico pijama, con los Kalashnikov en la mano, saliendo en tropel de las chozas de la aldea y de varias madrigueras en el suelo, corriendo, trepando ya por la ladera de la montaña, haciendo caso omiso de la hierba afilada y de la regla de la formación en fila india. Una caótica horda de vietnamitas atravesó la hierba sin importarle si ésta les atravesaba la piel. Corrían sin botas ni cascos, apuntándoles con los rifles y disparando.

Alexander envió a todos los hombres de su equipo colina arriba y él se encargó de cubrir la retaguardia. Contó hasta tres y por fin estalló. Por fin, un soldado descalzo del ejército norvietnamita pisó el alambre de una Claymore. Se oyó una fuerte explosión y gritos generalizados. Alguien

más pisó otra mina, y luego otra, y se oyeron más explosiones y más gritos. Con aquello consiguieron retrasar un poco al enemigo. Alexander dio alcance a Mercer, que ascendía por la ladera con gran dificultad, con Ha Si a la espalda. Alexander ordenó a Mercer que dejase de correr; con el lanzagranadas incorporado a su M-16 disparó tres cohetes que, trazando una curva en el aire, hicieron explosión entre la masa confusa de hombres de abajo, maniobra que consiguió frenar su avance y ponerlos furiosos. Relevó a Mercer de la tarea de llevar a Ha Si y se lo echó al hombro él mismo, y acto seguido echó a correr colina arriba.

Las bombas habían frenado a los norvietnamitas... pero no los habían detenido. Como tampoco las minas. Alexander miraba hacia atrás constantemente. Gritándose unos a otros, los hombres del ejército norvietnamita avanzaron otros diez metros cuesta arriba. Alexander, con el cuerpo de Ha Si auestas, oyó el estruendo de la segunda andanada de minas. Algunos hombres lograron escapar de las minas y echaron a correr en paralelo a Alexander, por la senda que habían marcado como señuelo... hasta caer derechos en las estacas *punji* de Harry. Los hombres gritaron y dejaron de correr. Harry se habría sentido orgulloso. Alexander abrió fuego directamente desde el costado, disparando a través de la profusa vegetación.

Había logrado cubrir tres cuartas partes del camino. Tojo ya estaba casi en la cima. Mercer, que en esos momentos iba el último, corría, se detenía, se volvía, disparaba en ráfagas cortas y luego se volvía y echaba a correr otra vez. Elkins, delante, vaciaba sus cartuchos, recargaba el arma y seguía corriendo. Tojo llegó a la cima, gracias a Dios, pero en lugar de avanzar hacia la jungla, tal como le había ordenado, dejó a Anthony en el suelo.

Cuarenta y cinco metros más abajo, Alexander gritó:

—¡Sigue! ¿Qué coño te he dicho? ¡Sigue!

Pero Tojo no siguió, sino que cogió el rifle que llevaba a la espalda y abrió fuego a discreción.

Alexander se volvió para ver por qué el montañés había decidido desobedecer una orden directa. Una pequeña punzada de pánico le atenazó el estómago, se abrió un hueco y se instaló en él: eran los *sapper*. Corrían,



se agachaban y se arrastraban por entre la hierba, sobre su estómago, en oleadas. Sobre su estómago tropezaron con las minas Claymore y estallaron en pedazos, pero el resto, pese a las heridas y los gemidos, siguieron avanzando, acechándolos. Y cada vez había más, docenas, centenares de ellos que surgían de las entrañas de la tierra como áspides, serpenteando y deslizándose montaña arriba.

Después de dejar a Ha Si en el suelo, Alexander se dio media vuelta, se puso en línea recta con Elkins, Mercer y Tojo y todos abrieron fuego sobre las figuras oscuras de abajo. Richter y los seis montañeses seguían apostados en uno de los laterales, ladera arriba, en una situación inmejorable para disparar. Habían infligido mucho daño con sus granadas y su M-60, que más que una ametralladora parecía un dragón que escupía fuego y balas.

Y sin embargo, pese a todo, una parte de los hombres del ejército norvietnamita había logrado ganar terreno y cubrir una cuarta parte de la ladera, y Alexander vio el brillo de sus cabezas negras y desprotegidas relucir por entre la hierba amarilla. Ordenó a sus hombres que se pusiesen a cubierto, y él mismo halló una roca y una porción de vegetación detrás de la que ocultarse, ajustó el fusil en semiautomático y empezó a disparar a los *sapper* en ráfagas cortas, eliminándolos uno a uno, sin desperdiciar munición. Eran muy oscuros y se movían muy despacio por la hierba clara, pensando que ésta los ocultaba, pensando que Alexander no podía verlos, y luego echaban a correr, pensando que el norteamericano no podría acertar a un blanco en movimiento.

Se equivocaban de medio a medio.

Cuarenta segundos para apuntar y disparar veinte proyectiles, tres para recargar... y vuelta a empezar. Lo hizo cinco veces. Quizá se cobró la vida de un centenar de hombres después de tanto esfuerzo. Tojo, Mercer y Elkins estaban tan desesperados como Alexander por tratar de frenar el avance de los *sapper*. Mercer también los eliminaba uno a uno, mientras que Elkins disparaba el automático sobre los hombres que se dispersaban y Tojo lanzaba cohetes directamente a las chozas de la aldea. Aquello no iba a ser una fuga y rescate tranquilos, desde luego; Kum Kau ardía durante

una batalla agria y negra por el orden del universo. Quizá se cobraron la vida de un centenar de hombres cada uno a cambio de tanto esfuerzo.

Richter y sus seis montañeses se estaban dispersando. Desde la trinchera dos montañeses abatían a los *sapper* que trataban de avanzar con granadas, mientras que los demás los aniquilaban con ráfagas de los M-16. Uno de los montañeses estaba al frente de la M-60, que según los cálculos de Alexander no tardaría en agotar los mil doscientos proyectiles capaces de perforar una armadura. Quizá se cobraron la vida de mil doscientos norvietnamitas a cambio de tanto esfuerzo... o al menos, eso esperaba Alexander, porque la M-60 se quedó sin munición y el fuego rápido cesó de inmediato. Al cabo de un momento, se reanudó el fuego selectivo de los M-16.

Los *sapper* no eran tan selectivos: tenían sus AK47 en automático y se limitaban a destrozar la hierba a golpe de machete a medida que iba ascendiendo por la ladera.

—¿Dónde está Anthony? —gritó Alexander sin mirar atrás, a la selva —. Tojo, ¡que alguien lo saque de aquí de una puta vez! ¡Evacuadlo!

Nadie lo oyó.

Richter lo llamó por radio.

—El helicóptero está listo. Abandonad vuestra posición y retiraos. Corred hacia el aparato inmediatamente. La transmisión se cortó.

Pero ése era el problema: Alexander no podía correr al aparato en esos momentos. Él y sus hombres no podían correr ni un metro y medio por la selva, y mucho menos un kilómetro, porque apenas cesase el fuego, los *sapper* acelerarían su avance, empezarían a abrir fuego y les dispararían por la espalda. Los malditos soldados del NVA no se estaban batiendo en retirada, sino que subían en estampida por aquella colina, y aunque caían víctimas de las minas, de los cohetes, de las balas, cada vez aparecían más y más. Como en una pesadilla, surgían en tropel de las entrañas de la tierra, algo que Alexander no había visto en su vida. Eran como la maldita Hidra de Lerna, pensó, al tiempo que colocaba un proyectil de gran alcance en el cargador de su lanzamisiles y apretaba el gatillo. Los mataban y les seguían saliendo cabezas.

Los hombres de Alexander no podían escapar, pero tampoco podían quedarse donde estaban, porque su posición en lo alto de la colina iba a ser indefendible al cabo de cinco minutos escasos. Alexander se quedaría sin munición antes de que desapareciesen todos los norvietnamitas, eso estaba muy claro. Antes de ser derrotados por tres batallones de hombres descalzos en pijama con Kalashnikov en la mano, los hombres de Alexander tenían que adentrarse un kilómetro en la selva, porque independientemente de lo que sucediese al final, una cosa era segura: Anthony tenía que subir a ese helicóptero.

Alexander tiró una bomba de humo para crear más confusión unos metros más abajo, más caos denso y asfixiante, y acto seguido, abandonó su posición y se internó en la jungla, donde encontró a Anthony con Ha Si a sus pies.

—¿Cómo está? —preguntó entre jadeos.

—No muy bien —fue la respuesta de Anthony.

Alexander encendió la radio para pedir la ayuda de uno de los montañeses de Richter, pero Anthony se lo impidió.

—Échamelo a la espalda, papá —dijo, levantándose despacio y colocándose la Colt en el bolsillo del pantalón—. No puedo hacer nada más, deja que resulte de un poco de utilidad al menos. Tú necesitas a los montañeses para otras cosas. Échamelo a la espalda y empújame en la dirección de la senda que lleva al helicóptero. ¿A qué distancia está?

—A un kilómetro, pero por favor, date mucha prisa, ¿me oyes? —dijo Alexander, al tiempo que colocaba a Ha Si encima de los hombros de Anthony, quien echó a caminar con el paso tambaleante de un borracho, sujetando la cabeza inerte de Ha Si con su única mano.

Al borde de la colina, la situación se había vuelto aún más desesperada. Los *sapper* se habían dispersado de tal manera por la ladera de la montaña que Alexander se dio cuenta de que lo que querían era rodearlos; sus hombres se iban a quedar sin munición de un momento a otro y aún seguirían estando a un kilómetro del helicóptero. Alguien dijo, o puede que gritara: «Se acabó. Retirada. Retirada».

Richter llamó a Alexander por radio.

—A la mierda todo —dijo—. He llamado a los Cobra y al escuadrón de caza Bright Light. Informe crítico de la situación: no vamos a lograr salir de aquí nosotros solos. Mira en qué situación estamos, joder. Esto es fuego en la pradera.

Había tres situaciones de emergencia: crítica, de equipo y fuego en la pradera, cuando se enfrentaban a una fuerza numéricamente superior, rodeados por el enemigo y a punto de sucumbir.

—¿Cuánto falta para que lleguen los Bright Light?

—Treinta minutos —contestó Richter.

—¡Richter! —gritó Alexander—. ¡No nos queda ni tres putos minutos!

A un *sapper* se le ocurrió traer un RPG-7. Alexander lo vio. Tojo también lo vio y gritó:

—¡Mierda! ¡Lo tengo!

Y derribó al hombre, pero no antes de que un proyectil saliese, surcase el aire, aterrizase a pocos metros debajo del parapeto rocoso de Richter y estallase hacia arriba con un humo gris nauseabundo.

La radio se apagó. Durante cinco segundos, mientras Alexander corría al lado de Richter, no se oyó ningún sonido.

Richter estaba tirado en el suelo.

Tres de los seis montañeses estaban tirados en el suelo. Tojo se hincó de rodillas en el suelo y se echó a llorar.

—¿Es grave, es grave? —No dejaba de repetirle a Alexander—. Mucho, Tojo —contestó Alexander.

Richter tenía la pierna y el costado heridos, y un boquete en el cuello del tamaño de un pomelo. Por un momento, Alexander se quedó sin habla. Sostuvo a Richter en sus brazos y le hizo la señal de la cruz en la frente. De forma inaudible, Alexander susurró lo de siempre en las mismas circunstancias: «Señor mío Jesucristo, misericordioso, Señor de la Tierra, acoge en tu seno a este hombre para que encuentre la salvación después de tanto sufrimiento, como Tú nos has enseñado en Tu infinita compasión».

Tenían que irse, y tenían que hacerlo inmediatamente.

—Tojo —le dijo Alexander al gigante anegado en lágrimas—, tenemos que irnos de aquí cuanto antes o estaremos bien jodidos. Nos van a rodear

en la selva y nos van a cortar la retirada. Yo iré por Mercer y Elkins. Di a tus montañeses que recojan a sus muertos y ordena a los que puedan que disparen en la retaguardia. Y ahora, recoge a tu comandante y vámonos.

Su mano seguía sobre la cabeza de Richter.

—Todo irá bien, Tom —dijo—. Aguanta, compañero. —Apretó los labios contra la frente sanguinolenta de Richter y susurró—: Aguanta, amigo mío.

«Porque hay muchas habitaciones en la casa del Padre y te está preparando una para ti».

A continuación, Alexander se levantó de un salto y echó a correr mientras Tojo, sin dejar de llorar, recogía a Richter del suelo.

Los montañeses recogieron a sus muertos. Mercer había recibido el impacto de una bala en la pierna y avanzaba por la senda cojeando, seguido de Elkins, que lo cubría. Alexander cubría a Tojo a medida que iban avanzando por la jungla en fila de uno.

Tojo, cargado con Richter a la espalda, avanzaba por la senda el primero y a gran velocidad, pero para Alexander, nunca un solo kilómetro se le había hecho tan eterno. En ese momento les seguían menos *sapper* a través de la maleza porque los habían atrapado otras tres minas plantadas en lo alto de la colina. Los que habían conseguido sortearlas se dispersaron, tratando de rodear a los estadounidenses, mientras más norvietnamitas aparecían desde abajo, sólo que más despacio... aunque no lo suficiente. El enemigo se ocultaba tras las plantas, y el último montañés de Alexander continuaba recibiendo el impacto de los disparos, una vez en el brazo, otra en el muslo, y cayendo al suelo. Alexander tenía que volver atrás constantemente para ayudarlo a levantarse, para empujarlo hacia delante. Poco a poco, Alexander se iba quedando cada vez más rezagado con su montañés, cuyo brazo y ambas piernas sangraban ya profusamente pero que, pese a ello, lograba de algún modo ponerse en pie, correr y descerrajar una andanada de disparos. Cuando el montañés ya no pudo seguir a pie ni disparar más, Alexander lo llevó a través del bambú, pero no podía seguir así, tenía que proteger a sus hombres. Le dijo al montañés que avanzase reptando hasta el claro como pudiese. Alexander pasó a ser

el único artillero que quedaba en la retaguardia, cubriendo a sus hombres heridos mientras avanzaban metro a metro hacia el helicóptero.

Pero ¿dónde estaba el maldito helicóptero?

Un disparo volvió a alcanzar a Mercer, que se levantó de nuevo y aminoró el paso, pero no dejó de disparar. Aquel Mercer Mayer era muy bueno: tozudo, estoico, decidido, bueno... Anthony tenía razón: aun estando herido, Mercer veía al enemigo en el bambú amarillento, lo veía y lo aniquilaba. Elkins también, pero luego una bala le acertó en el hombro y ya no pudo seguir sujetando en rifle con las dos manos, por lo que su puntería ya no fue tan precisa. Alexander le gritó que se limitase a lanzar los misiles a todo arbusto viviente y que se olvidase de los disparos con el rifle, y el soldado así lo hizo.

Alexander corría cuando podía, se escondía entre las cañas de bambú cuando no podía y avanzaba andando, a veces de espaldas y otras veces de cara, el resto del tiempo, abriendo fuego en todas direcciones, tratando de rebajar la masa espesa de vegetación tras la que se ocultaban los *sapper*. Extendió un alambre de disparo tras él como si de una cola se tratase y colocó rápidamente una de las minas Claymore que le quedaban. Cuando los soldados del NVA se acercasen lo suficiente para que pudiese verlos a través del follaje, arrojaría una bomba de mano a la maleza. Arrojó tres bombas de mano, dos de sus granadas, incendió el bosque con su fusil... y pese a todo los *sapper* seguían saliendo como setas, en grupos reducidos, se ocultaban, corrían, disparaban y se acercaban.

Alexander creyó oír el ruido de las palas del rotor y de la turbina del helicóptero, aunque puede que sólo fuese producto de su imaginación, de las ganas de que el aparato estuviese allí. Miró a través de la espesura del bosque, y ¡sí! Efectivamente, el Chinook estaba allí, a cincuenta metros escasos de los gruesos troncos.

Alexander llamó a gritos a Tojo, a quien apenas veía.

—Tojo, ¿quién está en el helicóptero?

Oyó la voz de Tojo justo a su lado al tiempo que asía y levantaba del suelo al montañés malherido.

—Ya han subido casi todos, señor. Yo lo llevaré, si no no lo conseguirá. Usted también, vamos, comandante. Corra delante de mí.

—No. —Elkins no había subido al aparato todavía, ni Mercer tampoco—. Ve tú, Tojo —dijo Alexander—. Súbelo a él y luego vuelve a buscar a esos dos. Vete, he dicho.

Tojo echó a correr.

Cuarenta metros.

Elkins y Mercer se estaban ayudando mutuamente, sangrando, ocultos por los árboles, con las piernas flaqueantes pero sin dejar de disparar. Habían avanzado cinco metros camuflados cuando Tojo regresó del helicóptero.

—¡Tojo! —lo llamó Alexander—. ¿Mi hijo está dentro, entonces?

Sonó una voz justo a su lado.

—No, papá —dijo Anthony—. Tu hijo no está dentro. Tenía el M-16 en la cadera derecha y lo sujetaba con su único brazo.

—¡Anthony! —gritó Alexander lanzando una mirada asesina, primero a Tojo y luego a su hijo—. ¿Es que estás loco, joder? ¡Súbete a ese helicóptero!

—Subiré cuando subas tú —dijo Anthony—. Así que vámonos. Y no metas a Tojo en esto, él no me da órdenes a mí, yo se las doy a él.

Pero no había forma humana de que Alexander pudiese subirse a ese helicóptero mientras cuatro de sus hombres, su propio hijo incluido, estuviesen aún a veinte metros de la salvación. El resto de los norvietnamitas tomaron rápidamente posiciones tratando de aproximarse al claro. El Chinook, armado y dotado de tripulación, no podía abrir fuego de artillería a discreción en un área en que los soldados norteamericanos combatían tan próximos al enemigo, el mismo enemigo que de un momento a otro transformaría la zona de aterrizaje en una zona de aterrizaje muy caliente, una zona de aterrizaje roja, donde la evacuación se iba a convertir en una misión mucho más difícil, si no del todo imposible. Y cuando el NVA se acercase lo suficiente para dispararle un misil al Chinook, nadie podría salir de allí. Alexander dejó de avanzar y vació el cargador hacia atrás para dar una oportunidad a Tojo, Mercer, Elkins y,

sobre todo, a su hijo de subirse al helicóptero. Se apartó de la senda, se escondió en los cipreses y disparó en automático sin dar un solo paso en dirección al helicóptero.

Mercer y Elkins llegaron al fin a la orilla del claro; renquearon lentamente hacia el aparato, tratando de permanecer junto a la vegetación y no salir a campo abierto. Tojo, que perdía sangre de la herida del cuello, estaba avanzando, pero los tres seguían expuestos al fuego.

Una bala alcanzó a Mercer Mayer de nuevo. Cayó al suelo y esta vez no se levantó. Tojo regresó a recogerlo.

Anthony permanecía de pie oculto entre los árboles, con el hombro pegado al de su padre, disparando su rifle desde la altura de la cadera. Cuando se le acabó la munición, arrojó el cartucho vacío al suelo, puso el arma del revés con la boca, apoyándola en el muñón vendado, y extendió la mano derecha hacia su padre.

—Cargador, papá —dijo a Alexander, y éste le pasó otro cartucho con veinte proyectiles.

Anthony lo insertó, bajó el seguro, volvió a apoyar el fusil contra la cadera y reanudó los disparos. Alexander había cargado las balas trazadoras con sumo cuidado y plena conciencia cerca del fondo del cargador, con dos proyectiles que indicaban cuándo estaba a punto de acabarse la munición.

—Cargador. Cargador, papá. Cargador.

—¡Anthony! —gritó Alexander—. ¡Por favor! ¡Súbete al puto helicóptero!

—Cargador. —Anthony ni siquiera respondió a su padre.

—¿Están ya a bordo? —le preguntó Alexander.

Anthony le tapaba la vista. Éste miró hacia el helicóptero.

—Elkins ha subido. Tojo ya casi ha subido con Mayer —dijo.

Estaban a diez metros del claro y seguía habiendo docenas de norvietnamitas entre los helechos gigantes, tratando de abatirlos con sus disparos.

—Hijos de perra —dijo Anthony—. Cargador, papá. —Permanecieron en el bambú hombro con hombro.



—¿Es como en los montes de Santa Cruz? —Quiso saber Anthony.

—No —contestó Alexander. En Santa Cruz no había bambú, ni tampoco estaba su hijo.

—Ha Si no lo ha conseguido. —Anthony emitió un leve gemido de dolor—. Cargador, papá.

¿Cuántos quedaban? Dios, ¿cuántos había? Alexander arrojó una granada a los arbustos. Ya no veía a quién disparaba y apenas oía nada tampoco. Durante toda su vida, en combates como aquél, su instinto se aguzaba con la adrenalina que se acumulaba en sus venas: lo veía, lo olía y lo oía todo con una agudeza dolorosamente acrecentada, pero tenía que admitir que el ruido ensordecedor de varios millares de balas de fuego sostenido y de las palas del rotor del helicóptero estaba menguando sus habilidades.

Oculto entre los arbustos, un *sapper* arrojó un cohete RPG-7 justo al claro. El misil estalló a quince metros del helicóptero, que se elevó en el aire un minuto antes de volver a posarse en la hierba llameante. El Chinook abrió fuego brevemente, pero los *sapper* estaban escondidos en lo más hondo del bambú, era imposible verlos, era imposible darles de pleno. Tenían dos o tres posiciones, puede que cuatro. El artillero del Chinook que había tras las armas montadas creía que estaba disparando a sus propios hombres y se vio obligado a parar.

—Papá, cohete a la una en punto para el cabrón del RPG-7 —dijo Anthony.

Alexander cargó un proyectil de 40 milímetros y disparó a la una en punto.

Anthony permaneció en silencio.

—Inténtalo otra vez. A la una en punto, no a las dos y cuarto. Alexander cargó otro y disparó.

—Era el último —señaló, al tiempo que se palpaba el chaleco y el cinturón portamunición.

—Era lo único que necesitaba ese hijo de puta. Un disparo perfecto. Cargador, papá.

Arrojó al suelo el cartucho vacío, insertó el nuevo y siguió disparando.

La respuesta del enemigo era cada vez más débil, ¿o acaso le fallaba el oído a Alexander? No, no estaba sordo, porque oía a su hijo alto y claro.

—Mierda. Cargador, papá.

Pronto no habría más cartuchos. Richter tenía razón: no había suficiente con decenas de miles de balas. Moon Lai tenía razón: ellos estaban dispuestos a perder a todos sus hombres, hasta el último, mientras que Alexander no estaba dispuesto a perder ni siquiera uno.

Tenía que resistir el tiempo suficiente para que Anthony se subiera al helicóptero. Alexander agarró a su hijo y lo apartó de los árboles, y lo empujó hacia el pequeño claro, cubriéndolo, mientras él seguía caminando hacia atrás, disparando a la vegetación selvática en ráfagas de tres andanadas de disparos. «Tomad eso, cabrones. Y esto». Otras tres ráfagas.

—¡Anthony! —gritó desesperado para que lo oyera a pesar del ruido de las palas del rotor y del rifle—. ¡Por favor! ¿Quieres subirte al puto helicóptero de una vez? Corre, yo te cubriré. Corre. Voy justo detrás de ti.

—Sí, pero ¿quién te cubrirá a ti?

—El artillero. Tojo, desde el helicóptero. Venga, Anthony, vete.

Empujó a su hijo con el cuerpo, sin dejar de disparar. Al final, a regañadientes, Anthony se dirigió al aparato.

¿Cuánto duró el minuto de locura de Alexander? ¿El fuego a discreción a la máxima intensidad, a la máxima velocidad? ¿Cuántos cartuchos había vaciado, cuántas granadas? ¿Cuántas balas le quedaban hasta gastarlas todas? «Ve, Anthony, ve, hijo mío».

De repente, Alexander dejó de correr, así, sin más. Se quedó de pie inmóvil, disparando, y al cabo de un segundo, sin ni siquiera pestañear, ya estaba en el suelo. Se preguntó si se habría desmayado, si habría perdido el conocimiento un momento, a lo mejor se había quedado sin fuerzas, se había tumbado en el suelo y no se acordaba de nada. No sabía lo que había pasado. «Qué diablos...», dijo, e intentó ponerse de pie. Apenas podía incorporarse. Sintió cómo algo se le agolpaba en la garganta y cuando bajó la cabeza, se puso a vomitar. La sangre del vómito le impregnó el chaleco de combate, y al cabo de un instante vio que le resultaba muy difícil respirar. Se abrió el chaleco y la guerrera desgarrándolos, y vio que le salía

sangre de un agujero en el pecho. Alexander abrió la boca, pero no podía respirar, se estaba ahogando. Tenía la boca y la nariz llenas de sangre, que trataba incesantemente de expulsar mediante accesos de tos para así despejar las vías respiratorias. Se echó la mano hacia atrás para tocarse la espalda, y vio que se le quedaban en la mano trozos de ropa mezclados con sangre y esquirlas de hueso. La maldita bala le había atravesado el cuerpo. Aquello lo superaba por completo, se le nubló la vista, no sabía dónde estaba su hijo, si estaba bien, si había logrado subir a bordo del helicóptero, dónde estaba él, dónde estaban los *sapper*... No sabía nada. No podía encontrar su kit de emergencia, no podía respirar y estaba perdiendo sangre a marchas forzadas, joder.

Y le entró el pánico.

Y fue en ese momento, cuando el miedo y la ansiedad se apoderaron de él, cuando oyó a sus espaldas una voz cálida y familiar, una voz, no una cara... y en cuanto la oyó, dijo con calma, con su propia voz, casi gritando: «Ni hablar, Tatiana. Ni hablar, joder. Vete de aquí...». Y empezó a palpar a tientas el suelo tratando desesperadamente de encontrar su mochila, mientras la voz implacable a sus espaldas le echaba su aliento al oído y le susurraba: «Alexander, cálmate, tranquilízate y abre los ojos. Cálmate y abre los ojos y verás».

Fue retrocediendo de cuclillas con la esperanza de toparse con un árbol y tuvo la suerte de tropezarse con su mochila. Metió la mano en su interior de inmediato, extrajo el kit de primeros auxilios y con una sola mano consiguió colocarse la barra de presión contra el tórax y tirar del cordoncillo que la apretaba automáticamente. Aquellos kits estaban diseñados para que el propio herido pudiese accionarlos con una sola mano, ése era su propósito en el campo de batalla. La barra de presión era mejor que nada. Recostó la espalda contra un árbol, tratando de recobrar la respiración. De repente empezó a ver algo otra vez: la expresión desesperada del rostro de Anthony. «Me han dado, hijo, pero no pasa nada», quiso decir Alexander. «Por favor... súbete al maldito helicóptero...».

Ahora ya sabía qué era lo más importante: subir al helicóptero. Todo lo demás era accesorio.

Con una sola mano, Anthony estaba atando un plástico impermeable alrededor del pecho y la espalda de su padre, envolviéndolo en gasa, gritándole algo, sujetándolo. Alexander creyó ver a Anthony masculándole: «Cierra los ojos, papá, voy a soltar una bomba lacrimógena». Anthony cubrió la nariz y la boca de su padre con una gasa húmeda, se oyó un ruido sibilante y de pronto Alexander fue incapaz de seguir respirando, al igual que era incapaz de ver a Anthony, rodeado por el asfixiante gas lacrimógeno de carbón fósil.

Anthony lo levantó del suelo. ¿Cómo pudo hacerlo, con una sola mano y en su estado? Lo levantó... y echó a correr con él a cuestas a través del humo. Conque ahora sí podía correr... Cien kilos a la espalda y ahora sí que corría.

¿Aquel rumor cada vez más débil procedía de las palas del rotor? ¿Y el viento? ¿Y de una súbita ráfaga de disparos? Ahora que ya no quedaba nadie en la selva más que los *sapper*, pues Alexander era el último de los norteamericanos en tierra, la M-60 del helicóptero disparaba con una rabia furibunda. Y luego, por fin, el muchacho subió a bordo.

Alexander vio el interior gris del aparato, vio la cara de Anthony encima de él, como si tuviera la cabeza apoyada en el regazo de su hijo, y a pesar de que no podía respirar, lo cierto es que casi respiraba por fin... porque su hijo estaba sano y salvo en el helicóptero.

Y el aparato se alzó, rasgando el aire con sus alas rotatorias, viró un momento hacia el suelo, viró otra vez hacia el sol radiante.

Alexander deseó no estar tumbado, pero era evidente que no podía estar sentado, o de lo contrario Anthony ya lo habría incorporado. Anthony sabía cuánto detestaba su padre estar tumbado. Lo rodeaban unos rostros graves y tensos, Tojo, Elkins, un médico. Lo volvieron del otro lado, le colocaron algo, le hicieron algo, y luego volvieron a tumbarlo de espaldas, con la guerrera arrancada. Parecía haber mucho jaleo a su alrededor.

Sin embargo, Anthony estaba justo encima de él. Sentía tanto alivio al ver la cara de su hijo, aunque estuviese herido... Pero cuando volvió la

cabeza de nuevo y abrió los ojos, ya no veía a Anthony.

Alexander veía a Tatiana. Se miraron el uno al otro, y su mirada contenía cada océano, cada río, cada minuto que habían caminado juntos. Él no dijo nada, ni ella tampoco. Se arrodilló junto a él, le apoyó las manos en el cuerpo, en el pecho, en el corazón, en los pulmones capaces de absorber aire pero incapaces de sacarlo, en su herida abierta... Tenía los ojos clavados en él, y en aquellos ojos estaba hasta el último instante, el último fragmento de tiempo que habían vivido desde el 22 de junio de 1941, el día que empezó la guerra para la Unión Soviética. Sus ojos estaban inundados con todos los sentimientos que sentía por él. Sus ojos estaban inundados de verdad.

Alexander no quería verla, tanto era así, que volvió la cara hacia el otro lado, y entonces oyó su voz: «Shura —dijo Tatiana—, tienes hijos pequeños. Tienes una niña muy pequeña. Y yo todavía soy muy joven, todavía tengo toda la vida por delante. No puedo vivir otra mitad de mi vida en esta tierra sin mi alma. Por favor, no me dejes, Shura».

Alexander oía otras cosas, otras voces. Tenía los brazos levantados y una especie de agujas afiladas le atravesaban el antebrazo, algo le penetraba en el torrente sanguíneo. Una cosa alargada le atravesó el costado; era como si le estuviesen perforando de la costilla al corazón con un punzón de hielo. No veía nada, ni siquiera a Tatiana. No podía abrir ni cerrar los ojos. Se habían quedado inmóviles.

## Capítulo 17

### Reyes y héroes

#### *El cielo*

Resultó que el cielo era muy ruidoso. Estaba lleno de repiqueteos, de fragor, de estruendo, de estridencia. Todo ello aderezado por un pitido insoportable y persistente junto a su oído. Y cada vez que oía el pitido, el punzón de hielo se clavaba aún más hondo en su corazón. En el cielo reinaba un desagradable olor a medicamentos. ¿Acaso era formaldehído, para sustituir la sangre que había perdido en las venas y conservarlo como espécimen orgánico? ¿Era acaso sangre vieja y putrefacta? ¿Otros fluidos corporales? ¿Era lejía para disimularlo todo? Fuera lo que fuese, era un olor acre y nauseabundo. Siempre se había imaginado el cielo como la aldea de Luga de Tania, donde en la serenidad del alba, al día siguiente, alguien le acariciaría la cabeza mientras él trenzaba el pelo de Tatiana, quien se sentaba entre sus piernas y murmuraba chistes con su voz de arpa. Eso era el cielo para él. Tal vez un poco de comida delante, *blinchiki* o plátanos al ron. Puede que un aroma favorito o dos, a agua de mar, a nicotina... ¡Ah, sí! Nicotina. Sentado, fumando y contemplando el mar, oyendo el romper de las olas, mientras a sus espaldas, en la casa, el pan caliente subía en el horno. Eso sí que era el cielo. Y luego, puede que otras cosas también, con raíces en lo carnal y pese a ello, elevadas al sublime estado de lo celestial. Eros y Venus todo en uno.

Sin embargo, allí, en aquel cielo, no sólo no había nada de aquello sino que saltaba a la vista que las cosas que había se asemejaban más a una montaña del purgatorio que a una pradera de serenidad. Se oía una cacofonía por todas partes, además de ruidos que le crispaban los nervios: portazos, ventanas que chirriaban, pasos apresurados... Ruidos de cosas que eran arrastradas y que rayaban el suelo de linóleo, de cuñas metálicas que se caían al suelo, de líquidos que se derramaban, de palabras gruesas que lo aderezaban todo, procedentes de gargantas cargadas de irritación y frustración. «¡Mierda! ¿Es que no puedes ver por dónde vas, aunque sólo sea por una vez? ¡Cuántas veces tengo que decírtelo! ¡Mira lo que has hecho! ¿Quién cojones va a limpiar toda esa mierda?». Murciélagos que volaban, chillaban y agitaban las alas.

No podía mover el cuerpo. No podía percibir los sabores. No podía abrir los ojos. Sólo podía oler y oír, y su olfato y su oído le decían que no estaba en los Campos Elíseos. ¿Qué le había pasado? Condenado para el resto de la eternidad a oír a sus vergonzantes compañeros de suplicio discutir por las cuñas de los orines. ¿Era así como lo iban a enterrar, entre reyes y héroes?

—¡Está en coma, le digo! Ya sé que no le gusta lo que le digo y lo siento mucho, pero ¡está en coma! Un estado de inconsciencia profundo y prolongado, similar a la muerte cerebral; un persistente estado vegetativo muy frecuente tras una herida grave como ésta, unida a la hipoxia. ¡En coma! Hacemos todo lo que podemos por él, para que esté cómodo. No sé quién se cree que es usted para decirme que no estamos haciendo lo suficiente.

—¿Lo suficiente? ¡No están haciendo nada! —gritó una voz.

«Ah».

Aquella voz era una voz airada, potente, turbada, pero no era estridente ni cacofónica.

—En primer lugar, no está en coma. Eso ante todo. A lo mejor para usted es más fácil abusar de sus privilegios profesionales mientras finge que se trata de un caso irreversible, pero le digo que no sabe usted con quién está tratando.

—¡Está en coma! Lleva en Saigón una semana bajo mi supervisión. Usted sólo lleva aquí cinco segundos. He visto a millares como él. Hace treinta años que soy enfermera; sus pulsaciones nunca han superado las cuarenta y tiene la presión sanguínea por los suelos.

—Conque tiene las pulsaciones a cuarenta, ¿eh? ¿Ha mirado alguna vez al paciente? ¿Le ha dirigido la mirada aunque sólo sea una vez en todo el día, o en los últimos siete días, ha echado un vistazo al paciente? ¿Las pulsaciones a cuarenta, dice?

Alexander notó cómo una mano pequeña y cálida le tomaba el pulso sujetándolo de la muñeca y luego volvía a dejar su mano en la cama.

—¿Cuándo fue la última vez que lo tocó? Ahora mismo su pulso está en sesenta y dos. Y sin que me haga falta siquiera colocarle el tensiómetro, sólo de verle la piel ya sé que no tiene la tensión a 60/40 como usted ha anotado aquí tan convenientemente, ¡sino a 70/55! Ése no es un paciente comatoso. ¿Ha ido usted a la escuela de enfermería siquiera?

—¡Tengo otros cincuenta hombres de los que ocuparme, no sólo de él! Lo hago lo mejor que puedo. ¿Quién se cree que soy? ¿Quién se cree que es usted?

—No me importa quién sea usted, y usted no quiere saber quién soy yo, se lo aseguro. Lo que importa es que este hombre es comandante del Ejército de Estados Unidos y que está herido de gravedad, y que su obligación es cuidar de él para que logre sobrevivir... ¡Y usted se queda ahí delante mirándome con esa cara de circunstancias y esos ojos insolentes diciéndome que tiene que ir a limpiar el cuarto de baño del segundo piso mientras un ser humano yace en su cama sin que le hagan el drenaje de los pulmones que necesita y con una venda alrededor del tórax que al menos hace doce horas que no le cambia nadie!

—¡Eso no es verdad! ¡No es verdad! ¡La cambiamos cada cuatro horas, cuando le practicamos el drenaje!

—¡Y una mierda! Escuche su respiración: ¿suena ese pulmón como un pulmón recién drenado? ¡Si no puede exhalar! ¿Dónde está el catéter de descompresión? Y en cuanto al vendaje del pecho... No tengo ni que acercarme a oler esa venda para saber que hace doce horas que no la han



cambiado ni irrigado. ¡No tengo ni que acercarme para ver que el goteo que le transfunde fluidos en el organismo, fluidos sin los que no puede sobrevivir, se le ha salido de la vena y ahora tiene el brazo del triple de su tamaño normal! ¿Qué pasa, es que no lo ve? —Fue levantando la voz hasta que se convirtió en la voz más potente y sonora de todo el purgatorio—. ¡Deje esas cuñas, enfermera, le tapan la visión! ¡Déjelas y eche un vistazo a su paciente! ¡Huela a su paciente! Tiene una herida de diez centímetros en la pierna que ahora se le ha infectado sólo porque nadie le ha cambiado la venda, y la penicilina que le suministra para tratarlo le está entrando por goteo en la cavidad abierta del brazo en lugar de hacerlo por las venas... ¿Y me dice que se ocupa usted de él? ¿Que lo hace lo mejor que puede? ¡Un hombre sano acabaría en un maldito coma bajo sus cuidados! ¿Dónde está el médico? Quiero verlo enseguida.

—Pero...

—No hay pero que valga, y no quiero volverla a oír, ni una sola palabra más, aunque yo sí le diré algo más: me voy a encargar personalmente de que la echen, aunque sea lo último que haga. No tiene usted preparación para lavar las cuñas de este hospital, conque mucho menos para cuidar de los soldados heridos. Y ahora vaya a buscarme a un médico. Este hombre no se va a quedar bajo lo que usted llama su «supervisión» ni un solo minuto más. ¡Ni un solo segundo más! El NVA se ocuparía mejor de él que usted. ¡Y ahora, largo! ¡Largo, he dicho!

Alguien le estaba levantando el brazo, le estaban quitando la bata, y acto seguido, una aguja fina y larga le atravesó con suavidad y sin dolor el espacio pleural que le rodeaba los pulmones. «Chsss... Amor mío, chsss... Estás bien, te pondrás bien... Ahora, respira. Todo va a salir bien».

«Ah...», pensó Alexander, con la respiración ya más calmada, con el cuerpo completamente relajado, la mente despejada, las manos, los dedos, el corazón reconfortado... con los ojos aún cerrados, y a pesar de que no tenía nicotina, de que no había mar, de que no era Luga ni había *blinchiki*, ni pan, ni silencio, ni armonía, y que seguía oyendo ruidos estridentes y desagradables, y sin embargo...

El cielo.



No había ruidos, olores, sabores, sensaciones táctiles, pero finalmente creyó haber recobrado la vista, porque abrió los ojos y delante de él, en una silla, se encontraba Tatiana. Estaba tan pálida que parecía que sus pecas se habían esfumado. No llevaba brillo de labios ni maquillaje, y tenía el pelo recogido hacia atrás. Sus labios eran de un rosa opaco, sus ojos del color de la salvia, gris verdoso. Tenía las manos inertes sobre el regazo. Estaba sentada en silencio y sin decir nada. Sin embargo, Alexander sólo sabía una cosa: la última vez que había abierto los ojos, había visto a Tatiana, y la primera vez que abrió los ojos en sabe Dios cuánto tiempo, veía a Tatiana. Estaba sentada a su lado y lo miraba con dulzura. A su alrededor, en lo que parecía una habitación de hospital, vio lilas y verbenas en macetas junto a la ventana. En la mesa de la esquina había un pequeño árbol de Navidad, decorado y con su guirnalda de luces parpadeantes y todo. Y a su lado, en la mesilla, apoyado en un pequeño caballete, había un cuadro muy vívido, no de lilas y verbenas, sino de lilas en primavera, como las que solían crecer en el Campo de Marte frente a los barracones de su guarnición en Leningrado.

Alexander no movió ninguna parte de su cuerpo, no movió la cabeza ni la boca. Intentó mover las yemas de los dedos, los dedos de los pies, la lengua. Algo lento, para saber que seguía aún vivo. Sólo una pequeña señal antes de abrir la boca.

Tenía miedo de moverse porque Tatiana no se movía. Se limitaba a observarlo, sin pestañear siquiera. Entonces se le ocurrió pensar que tal vez en realidad no había llegado a abrir los ojos, que tal vez estaba soñando y seguía con los ojos cerrados. No podía tenerlos abiertos porque Tatiana no mostraba ninguna reacción. Cerró los ojos, y en el instante en que los cerró:

—¡Mamá, mira, papá ha parpadeado!

Abrió los ojos de golpe.

Pasha estaba de pie delante de él, escrutándolo con expresión sombría. Se inclinó y besó la mejilla de Alexander.

—¿Papá? ¿Estás parpadeando?

Una cabeza pelirroja empujó con fuerza y se abrió paso delante de Pasha. Era Harry, con sus ojos verde transparente. A Harry le habían salido más pecas. Se inclinó y lo besó en la boca, en la nariz, en la mejilla...

—Mamá, tienes que volver a afeitarlo, le está saliendo barba. Pero hoy no está tan pálido, ¿no crees?

Otro leve gruñido, otro empujón, otra pequeña cabeza que se abría paso, pero ésta más cerca del suelo, no encima de él sino saltando para verlo mejor, una cabeza rubia y redonda con ojos castaños que decía:

—Papá, mira, me he cortado el pelo para parecerme a ti y a los chicos. A mamá no le gusta, pero ¿y a ti, papi?

Entonces Alexander se movió. Movi6 las puntas de los dedos, la mano y el brazo, y lo levantó y tocó las tres cabezas que tenía delante. Las palpó con la palma de la mano, les tocó los ojos, la nariz y el pelo, como un oso. Ellos permanecieron inmóviles, con las cabezas ladeadas hacia su mano. Eran unas cabezas cálidas. Limpias. Harry tenía un par de puntos en la mejilla, Pasha llevaba gafas y Janie se había cortado el pelo al rape de verdad. Saltaba a la vista que pasaba demasiado tiempo con sus hermanos, y llevaba un moretón en la sien que lo demostraba.

Alexander abrió la boca, se llevó la lengua al velo del paladar, se aclaró la garganta, se llenó de aire los pulmones (¿o acaso era un solo pulmón? ¿Habría acabado con un solo pulmón como el maldito Ouspenski?), y dijo:

—¿Anthony?

—Estoy aquí, papá.

La voz procedía de su izquierda.

Alexander volvió la cabeza. Anthony, vestido con unos vaqueros y un suéter oscuro, con la cara limpia y afeitada, a salvo y sin magulladuras de ninguna clase, estaba sentado en la silla del otro lado. Alexander parpadeó de alivio y, por una fracción de segundo, pensó: «Por favor, Dios, a lo mejor ha sido todo un sueño, a lo mejor no ha sucedido nada de todo esto. Uno de nuestros sueños, de los que nos han perseguido a Anthony y a mí durante toda nuestra vida, sueños de fugas, grutas y bosques incendiados.

Éste ha sido uno más, y ha sido verdaderamente espantoso, pero ahora he abierto los ojos y a lo mejor todo ha pasado y Anthony está bien».

Pero el momento pasó, y el millar de decisiones, el millar de momentos y actos y pasos y hojas desfiló ante sus ojos, empezando por la vida de su padre, con la vida de su madre, con el viaje en tren a través de los Alpes desde París hasta Moscú en diciembre de 1930, con el dinero de su madre bien escondido entre el equipaje de ésta, escondido de Harold, a quien amaba con toda su alma, en quien creía ciegamente, pero aun así... sus diez mil dólares norteamericanos viajaban con ella en secreto, por si acaso, para su único hijo, para su único Alexander, a quien tanto amaba y en quien tantas esperanzas tenía depositadas. Un viaje en tren de París a Moscú, y ahora cuarenta años después, el perfecto hijo de Alexander estaba sentado en una silla, y le faltaba un brazo.

Con los ojos anegados en sentimientos muy vivos, Alexander volvió rápidamente la cabeza porque no podía soportar mirar a Anthony, cuyos ojos también estaban anegados en sentimientos muy vivos.

—Tania —susurró Alexander—. ¿Dónde estás, Tania?

Habían apartado a los niños de la cama, y a pesar de que seguían intentando asomar las cabecitas, los llevaron a los pies del enfermo sin contemplaciones y ahora, delante de él, a la orilla de la cama y a la altura de las costillas, vio que se sentaba Tatiana. Alexander levantó la mano y la apoyó en el regazo de ella. Palpó la tela de su falda, que era muy suave, de algodón o de cachemira. También sintió los muslos debajo de la falda, ah... qué densidad. Avanzó con la palma de la mano por el suéter, que también era de cachemira, y le tanteó los pechos... ah, qué turgencia; y siguió avanzando hasta llegar a la garganta y a la cara. Sí, era Tatiana, no su espectro, sino en carne y hueso, mensurable, su pequeña Newton tenía masa y ocupaba espacio. Materia finita en el espacio infinito. Eso era lo que le proporcionaban las matemáticas, principios que unían los puntos del universo insondable. Por eso Alexander la medía a ella, porque ella era el orden.

Tatiana lo rodeó con los brazos y Alexander pudo oler su aroma a jabón de lilas, a champú de fresa, a café, a almizcle, chocolate, pan,

azúcar, caramelo, levadura... aromas tan familiares y tan reconfortantes que eran como un refugio, y sintió también cómo lo apretaba contra su cuello, cómo encajaba su mandíbula entre sus pechos, y su pelo de seda entre los dedos. Estaba vivo. Ella no decía nada, sólo suspiraba con fuerza, las aguas de su propio Estigio revueltas, con el corazón palpitante y ansioso pegado a la mejilla de su marido.

Pero entonces él dijo algo, le susurró unas palabras para confortarla: «Cariño, ¿cómo voy a morir si llevo en mis venas tu sangre inmortal?».



Y mucho más tarde, cuando pensaba que ellos, o tal vez él, se habían ido a dormir a un lugar en el interior de su cerebro donde no podían acceder a él, a oscuras, abrió los ojos y vio que Anthony estaba su lado. Alexander cerró los ojos, pues no quería que su hijo viera todas las cosas que llevaba en su interior, y Anthony se inclinó y apoyó la frente en el tórax vendado de su padre.

—Papá —susurró—, por Dios, deja ya de hacer eso. Llevas haciéndolo semanas, volviendo la cabeza cada vez que me miras. Por favor, basta. Ya estoy bastante herido. Piensa en ti, acuérdate de ti: ¿te habría gustado que mi madre hubiese vuelto la cara para no mirarte a tu regreso de la guerra? Por favor... Me importa una mierda el brazo, de verdad. Yo no soy como Nick Moore, soy como mamá. Me acostumbraré, poco a poco. Sólo me alegro de estar vivo, de estar de vuelta. Creí que mi vida había terminado, no creí que volvería algún día, papá —dijo Anthony, levantando la cabeza—. ¿Por qué estás tan enfadado? Ni siquiera era mi brazo bueno. —Esbozó una sonrisa débil—. A mí nunca me gustó. Ni siquiera podía batear con él, ni escribir. Y desde luego, a diferencia de ti, nunca habría podido disparar a aquel cabrón de Dudley con él. Vamos, papá. Por favor...

—Sí —murmuró Alexander—, pero nunca volverás a tocar la guitarra. —«Y habrá otras cosas que nunca podrás hacer, como jugar al baloncesto, o al béisbol. Sostener a tu hijo recién nacido en las palmas de las manos».

Anthony tragó saliva.

—Ni podré volver a la guerra. —Se quedó callado un instante—. Ya lo sé. Tendré que acostumbrarme. Las cosas son como son. Mamá lo dice, y hay que hacerle caso. También dice que he salvado la vida, y que me las arreglaré. Lo único que queremos es que tú te recuperes —dijo Anthony—. Es lo único que queremos todos.

—Anthony —dijo Alexander, con la mano apoyada en la cabeza gacha de su hijo, con el pecho herido contraído y deshecho—, eres un buen chico.



—Lo he estropeado todo. La fastidié hasta el fondo —dijo Anthony otra noche tal vez, aunque todas las noches y los días se sucedían y permanecían suspendidos como si fueran uno solo—. No hice caso de una sola palabra de lo que me decía mi madre. Todos nuestros secretos fueron a parar directamente a manos del enemigo. Lo siento mucho. Confié en ella ciegamente.

—Has sido así toda la vida. Abierto y confiado.

—No la vi venir. Me enamoré de ella como un tonto. Creí que era Andrómeda, y resultó ser la gorgona Medusa, y no sospeché nada hasta que ya era demasiado tarde. —Le temblaba la voz—. No sé qué es lo que más me asombra: el abismo de su corazón abandonado o mi propia estupidez.

—¿Sabes una cosa, Anthony? —dijo Alexander—. La autoflagelación no es necesaria, ya has sufrido bastante.

Quiso decirle a Anthony que aun en el mundo perverso de Moon Lai, donde el negro era blanco y el blanco era negro, y la condena de veinticinco años a Alexander por rendirse al enemigo y desertión era un «justo castigo», y el corazón de Anthony era el juguete de aquella serpiente, y los hijos no nacidos en el vientre no eran nada ni significaban nada, la gorgona Medusa aún asomaba por la puerta de su celda dos veces al día para cambiarle los vendajes y administrarle opio para paliar su dolor.



—Estoy hecho polvo por lo de Tom Richter —dijo Anthony con la voz rota.

—Sí, hijo mío —repuso Alexander—. Yo también.

Permanecieron en silencio, incapaces de hablar de él. Alexander se volvió del otro lado. Es posible incluso que llorase. Se estaba convirtiendo en un blando en aquella cama de hospital; tenía que levantarse.

Anthony le dijo a Alexander que, en 1966, Richter lo había llamado a sus dependencias en el cuartel general, antes del traslado de Anthony al SOG, y le había dicho que antes de poder ponerlo bajo sus órdenes había algo que necesitaba saber y aclarar. Richter le dijo que llevaba legalmente separado de su esposa desde 1957, de modo que el momento de las recriminaciones ya había pasado hacía tiempo, pero había algo que le preocupaba y que quería que Anthony le contestara. Después de la celebración de su graduación en el Four Seasons, cuando estaban todos en el vestíbulo esperando sus coches, Anthony buscaba su mechero cuando Vikki se acercó a él, encendió el suyo y se lo acercó a éste a la cara. La única razón por la que Richter le mencionaba aquello, dijo, era porque en los diecisiete años que hacía que conocía a su esposa, nunca le había visto encenderle un cigarrillo a nadie.

—Yo le dije —explicó Anthony a su padre— que no tenía ni idea de lo que me estaba hablando, que no recordaba ese detalle en absoluto. Me disculpé por si mi comportamiento le había parecido impropio, y Richter dijo que eso no era lo impropio. Le contesté que no había nada más que hubiese que discutir. Y nunca volvimos a hablar del tema.

Padre e hijo, con la cabeza gacha, se quedaron mirando en direcciones opuestas, y Alexander quiso decir que a veces hasta los malos maridos se percataban de algunas cosas, y entonces, como eran grandes hombres, hacían las cosas como es debido. A veces pasaba lo imposible y un cigarrillo encendido prendía la chispa cuando no debería haberlo hecho (una mujer rebelde en Nueva York, un soldado rebelde en Leningrado), y

luego quiso preguntarle si Vikki iba a seguir encendiéndole los cigarrillos... pero no lo hizo.



Alexander cerró los ojos mientras Tatiana lo curaba y lo atendía, lo envolvía en vendas y más vendas, lo lavaba, lo abrazaba y le daba de comer de su propia mano, y el peso de su corazón se iba aliviando gracias a sus cuidados constantes y al constante metrónomo de los rumores sinfónicos de su familia.

—Amor mío —dijo Tatiana mientras le tocaba los pies para ver si los tenía fríos y lo tapaba con las mantas—, ¿sabes lo que fabricó tu hijo pequeño para el proyecto de ciencias de este año? Una réplica de la bomba atómica. Al menos espero que fuese una réplica.

—Sí lo era, mamá —le aseguró Harry—. Papá, les he enseñado a todos cómo funciona, desde la división del átomo hasta el lanzamiento del misil. Mi diseño era tan bueno que ha ganado el concurso estatal de Arizona.

—Sí, hijo —dijo Tatiana—. Enhorabuena, pero luego la directora llamó a tu madre y junto al psicólogo del colegio me preguntaron si tenía algún inconveniente en que sometieran a mi hijo a un período de observación..., ¿o era de vigilancia?

Alexander se echó a reír, aunque le dolía el pecho cada vez que respiraba.

—El proyecto de ciencias... —repitió despacio—. Pero no estamos en enero todavía, ¿verdad que no?

—Sí —contestó Tatiana, apretándole los pies. Alexander alargó el brazo.

—Harry, hijo, ven aquí. ¿Me he perdido tu décimo cumpleaños?

—Sí, papá... ¡pero ahora tienes tres cicatrices más! —exclamó Harry con alegría—. ¡Y una de ellas es en el pecho! Eso es genial. Mis amigos no se lo creen, les he dicho que te dispararon un tiro al corazón y que has sobrevivido. Soy el chico más popular de todo el colegio. Creo que tu fama supera a la del mismísimo Pasha.



—Tonterías —dijo Pasha con calma—. No necesito la aprobación de las masas para sentirme bien conmigo mismo. —Tomó la otra mano de su padre—. Papá, para el proyecto de ciencias yo hice una réplica de un pulmón humano sometido a un neumotórax por tensión.

—Sí, pero tú no ganaste ningún premio —terció Harry.

Pasha no le hizo caso.

—Y ahora que tienes uno de tus dos pulmones afectado por el neumotórax, ¿podrías plantearte al menos dejar de envenenar el otro con toda esa nicotina?

—Pasha, deja a tu padre en paz con sus pequeños placeres —intervino su madre.

Alexander tomó a su hijo del brazo.

—Pasha, la nicotina no es tan mala para los pulmones, hijo. ¿Sabes lo que es malo para los pulmones? El envenenamiento masivo con plomo por fuego de ametralladora.

Con la mano aún en la de Alexander, Pasha se dirigió a su hermano mayor.

—Anthony, ¿te pica el muñón? He leído en uno de mis libros de ciencias que puedes seguir notando el brazo que te falta durante años porque las terminaciones nerviosas seccionadas lo sienten.

—Gracias por la información, Pash. ¿Cuántos años más, crees tú? —Anthony miró con ojos divertidos a su hermano.

—Pasha —dijo Alexander—, ¿se puede saber qué has estado leyendo? ¿Qué diablos es un neumotórax por tensión?

—La presencia de aire en el espacio pleural provocada por un traumatismo —contestó Pasha, satisfecho—. Es muy grave. Cuando te transportaban en el helicóptero tuvieron que hacerte una descompresión de emergencia pinchándote directamente pero, en el hospital, mamá consiguió que te colocaran un tubo de plástico en el pecho a través de una incisión debajo del brazo, y ese tubo te expandió el pulmón y fue drenando el aire acumulado en la pleura hasta que el agujero del pulmón se curó.

Alexander miró a su mujer y a su hijo meneando la cabeza y sonrió.

—¿Así que ése era mi problema? ¿Un agujerito en el pulmón?

—No, papá —contestó Pasha con aire solemne—. Tus problemas se derivaban básicamente de la pérdida masiva de sangre sistémica y pulmonar.

—¡Pasha! —exclamó Tatiana—. Ya está, les prohíbo terminantemente a los niños hablar hasta que te den el alta dentro de unas semanas. Hasta entonces, que se estén sentaditos y calladitos. Pasha, no. —Tatiana lo apartó a rastras del lado de Alexander y lo amenazó con un dedo admonitorio. Con once años, Pasha ya era cinco centímetros más alto que su madre—. No quiero oírte hablar más. Ni una sola palabra.

—¡Papá! —exclamó Janie, dando botes—. He aprendido a hacer pipí de pie, como los chicos. ¿Estás orgulloso de mí?

—Mucho, pero ya tengo tres chicos, Janie. Necesito una chica.

—Anthony —dijo Janie, apartando a Harry del regazo de su hermano mayor y encaramándose ella después, al tiempo que besaba a Anthony con entusiasmo en la mejilla—. La tía Vikki estaba llorando en la terraza el otro día y le pregunté por qué lloraba y ella me dijo que porque ha muerto su marido y yo le dije que lo sentía por ella pero que me alegraba por mamá porque papá no ha muerto. Pero luego me puse a llorar por tu brazo, porque mamá está muy triste por eso, y ¿sabes lo que me dijo la tía Vikki? Me dijo que no llorase, porque aunque te hayan cortado las cuerdas de la guitarra, no se han llevado tu aliento, y tus labios componen palabras aun en silencio, y todavía puedes cantar... en cinco idiomas, y dijo que ella se conformaba con eso.

—Conque eso te dijo la tía Vikki, ¿eh? —dijo Anthony.

En un silencioso vórtice triangular de miradas entrecruzadas, Alexander, Tatiana y Anthony vieron desfilar ante sus ojos todos los años de su vida envueltos en notas musicales, Bethel, en Scottsdale, Luga, en Leningrado, Moscú... con la mirada clavada en el fascinante suelo de linóleo, esperando encontrar consuelo allí.

—Tatiana —dijo Alexander de repente—, ¿estoy de vuelta en casa?

—Pues claro, amor mío.

Abrió los ojos. Su mujer y sus hijos estaban sentados a su alrededor. Anthony estaba en su silla.

—¿Estoy de vuelta en Phoenix?

—Pues claro, cariño. Estás en casa.

Alexander la miró, la miró muy fijamente, con una mirada extraña.

—Tatiana —dijo—. Oh, Dios mío... Por favor, delante de mis hijos... ¡Dime, júrame que no me has ingresado en la raíz de todo mal, que no me has metido en el Hades, que no estoy en el maldito Phoenix Infernal Hospital!

No obtuvo respuesta.

—¡Por el amor de Dios! ¡Por lo que más quieras! Saca a mis hijos de aquí antes de que su padre empiece a gritar cosas que no deberían oír los oídos de ningún niño. ¡Ta-TIA-na!

### *El hijo y el padre*

**El presidente de Estados Unidos, en nombre del Congreso, se complace en conceder la medalla de Honor**

**A:**

Capitán Anthony Alexander Barrington

13 de marzo de 1970

Quinto grupo de las Fuerzas Especiales

1.º MACV/SOG de las Fuerzas Especiales, República de Vietnam

Ingresó en el servicio en West Point, Nueva York

Nacido el 30 de junio de 1943 en Ellis Island, Nueva York

Mención:

El capitán Anthony Alexander Barrington, del Mando de Asistencia Militar en Vietnam, Grupo de Estudios y Observación, era jefe de batallón de una unidad de reconocimiento de largo alcance encargada de la ejecución de operaciones encubiertas en Laos y Camboya. El 8 de julio de 1969 desapareció cuando regresaba al servicio activo. Fue

hallado por un equipo de búsqueda y rescate de las Fuerzas Especiales formado por doce hombres en un campo de prisioneros, base militar y campo de entrenamiento del NVA oculto en una supuesta aldea de campesinos norvietnamitas llamada Kum Kau, a escasa distancia de la frontera con Laos. El equipo rescató al capitán Barrington y a otros cinco prisioneros. Tras haber sido torturado, golpeado y herido, tras haber perdido el brazo izquierdo durante su cautiverio y a pesar de sus graves heridas, disparó contra el enemigo en un intenso fuego cruzado mientras lo perseguían durante un kilómetro y medio y rodeado por tres lados. El equipo escapó por la pronunciada cuesta de la ladera de una montaña hacia los bosques, tratando de abrirse paso en territorio enemigo hasta alcanzar al helicóptero que habría de evacuarlos. Pese a sufrir grandes pérdidas, infligieron graves daños al enemigo y mataron a numerosos miembros del NVA. Separándose de sus propios compañeros, el capitán Barrington se enfrentó a los perseguidores con la intención de permitir que los otros heridos alcanzasen el helicóptero. A pesar de su estado, llevó a dos hombres heridos a costas, uno a uno, hasta el punto de rescate. Uno de los hombres era el soldado montañés condecorado de las Fuerzas Especiales Ha Si Chuyk, y el otro, el comandante Anthony Alexander Barrington, el padre del capitán Barrington. Sus acciones valerosas e intrépidas le han valido el mayor honor que el Ejército de Estados Unidos puede otorgar.

Comandante Anthony Alexander Barrington

13 de marzo de 1970

Quinto grupo asesor de adiestramiento del ejército estadounidense, Fuerzas Especiales MACV/SOG de las Fuerzas Especiales, República de Vietnam

Ingresó en el servicio en Fort Meade, Maryland

Nacido el 29 de mayo de 1919 en Barrington, Massachusetts

Mención:

El comandante Anthony Alexander Barrington, del cuerpo de la reserva oficial del ejército estadounidense, llegó a Vietnam en noviembre de 1969 para buscar a su hijo, desaparecido y presumiblemente muerto. Encabezó un equipo de las Fuerzas Especiales, altamente especializado, hasta Kum Kau, en Vietnam del Norte. A pesar de que el comandante Barrington ya había resultado herido de gravedad en el combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, encontró y rescató a su hijo, el capitán Anthony Alexander Barrington, y a otros cinco soldados estadounidenses que habían sido capturados por el ejército norvietnamita. Mientras el comandante Barrington y sus hombres huían a través de la selva en dirección al punto de rescate, se encontraron bajo un intenso fuego enemigo. Al mando del comandante Barrington, once militares de las Fuerzas Especiales lucharon en clara inferioridad numérica contra una división de 550 soldados norvietnamitas. Durante el enfrentamiento, seis de sus hombres fueron asesinados y cinco resultaron heridos de gravedad. Entre los muertos se encuentran el teniente coronel Thomas Richter, comandante del cuartel general del MACV-SOG de Kontum, y el sargento Charles Mercer, además de cuatro guerrilleros indígenas que habían combatido en el bando estadounidense desde 1964. A pesar de una intensa hemorragia, el comandante Barrington llevó a tres de sus hombres heridos a través del fuego enemigo, y luego permaneció en la retaguardia sin dejar de disparar para que sus hombres pudieran llegar al punto de rescate. El comandante Barrington y su hijo se separaron del grupo y siguieron disparando, provocando la dispersión de las fuerzas del NVA con el lanzamiento de granadas y el disparo de ametralladora el tiempo suficiente para que sus compañeros alcanzaran el helicóptero sanos y salvos. Esta acción heroica permitió traer a casa a diecisiete heridos y muertos. El comandante Barrington todavía estaba respondiendo al enemigo cuando el proyectil de un Kalashnikov AK47 lo hirió casi de muerte. Su extraordinaria capacidad de liderazgo, su valor sin límites, su negativa a dejar atrás a los muertos y su preocupación por sus compañeros salvaron la vida de algunos de sus hombres. Unida a un

absoluto desinterés por su seguridad personal, la prodigiosa valentía demostrada por el comandante Barrington, además de su extraordinario sentido del deber, siguen las nobles tradiciones del servicio militar y reflejan el honor que le honra a él, a su unidad y al ejército estadounidense.

## Capítulo 18

### Cruce de caminos

#### *La SDI*

En marzo de 1985, Anthony tenía noticias demasiado importantes para comunicarlas por teléfono. Tatiana le preguntó si quería que preparara unos *blinchiki* y él no dijo que no. Volvió a casa el fin de semana, se aseguró de que Pasha no estuviera de guardia, de que su hermano Harry pudiese ir desde el Massachusetts Institute of Technology, MIT, en Boston, y por la noche, cuando todo estaba tranquilo y las luces difuminadas iluminaban la cocina blanca, cuando todos se hubieron reunido con sus tejanos y sus jerséis gastados, se sentaron alrededor de la isla de granito de la cocina, los cinco: Tatiana, Alexander, Anthony, Pasha y Harry. Janie se había ido al cabo San Lucas. Tatiana calentó sus *blinchiki* y sacó pan y aceite de oliva, vino y queso y tomates. Se sentaron en los taburetes altos y comieron, todos excepto ella, porque cuando sentía ansiedad no podía estarse quieta, así que empezó a pasearse arriba y abajo y a fingir que cuidaba de la tropa.

Una de las veces que pasó por su lado, Alexander la agarró del brazo, se inclinó hacia ella desde el taburete y dijo:

—Siéntate. ¿Es que no lo ves? Hasta que no te calmes, no nos va a contar qué es lo que pasa.

—De verdad, mamá —dijo Anthony—. No voy a volver a ir a la guerra otra vez. Por favor, siéntate. Tengo malas y buenas noticias.

Tatiana se sentó.

—Dame primero las malas —dijo.

Un sonriente Anthony le dio a ella y a Alexander un comunicado de la oficina del secretario de prensa de la Casa Blanca.

—Como ocurre muchas veces en la vida —dijo—, esta noticia es ambas cosas.

### **Ex capitán de las fuerzas especiales candidato del presidente Reagan a la presidencia del estado mayor conjunto**

—¡Presidente del Estado Mayor Conjunto! —exclamaron Tatiana y Alexander al unísono. Se quedaron sin habla un momento. Tatiana permaneció con la boca abierta—. ¿Y cómo puede ser ésa una mala noticia?

Anthony sonrió.

—Sigue leyendo.

El general Anthony Alexander Barrington, oficial de carrera del ejército estadounidense, ha sido designado candidato por el presidente Ronald Reagan para dirigir el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Si se le confirma en el puesto, el General Barrington se convertirá en el presidente del Estado Mayor Conjunto más joven al servicio de un presidente de Estados Unidos.

El general Barrington ha desarrollado una larga e ilustre carrera en el ejército estadounidense. Graduado en West Point, prestó servicio durante cuatro extraordinarios años en Vietnam y fue hecho prisionero por los norvietnamitas en 1969, resultando gravemente herido y con la pérdida del brazo izquierdo. Sus heroicos actos en el transcurso de la operación de rescate le valieron la posterior medalla del Congreso y han contribuido a su ascenso fulgurante en el período sucesivo a la guerra de Vietnam.



Anthony Barrington fue ascendido a teniente coronel y fue comandante de Fort Bragg en Carolina del Norte; más tarde fue nombrado comandante de una división de montaña en Fort Drum, en el estado de Nueva York, y hace tres años fue trasladado al Pentágono, donde fue ascendido a General para dirigir el Mando de Operaciones Especiales de Estados Unidos. También ha sido presidente honorario del comité POW/MIA<sup>[5]</sup>, al frente de numerosas iniciativas internacionales para localizar y devolver sanos y salvos a su país a los soldados desaparecidos de la coalición en el sudeste asiático.

Ronald Reagan, al anunciar su candidatura, dijo: «El general Barrington combatió por una noble causa por la que estuvo a punto de perder la vida. La guerra que libró en Vietnam no se ha perdido, no empezó en Vietnam ni ha acabado en Vietnam. La guerra continúa. Lo he dicho antes y vuelvo a repetirlo: a menos que tomemos las medidas necesarias, Estados Unidos se encontrará al borde del conflicto atómico. El general Barrington lo entiende. Se ha comprometido de lleno con la lucha por la libertad, y estoy orgulloso de contar con un hombre como él entre mis colaboradores. También aprecio y agradezco contar con su apoyo para una iniciativa de defensa estratégica que estoy seguro de que apuntalará nuestros intentos de traer la paz al mundo. Al igual que a mí, al general Barrington tampoco le parece que tener a la humanidad prisionera de la amenaza de una pesadilla nuclear sea una forma civilizada de vivir. No se me ocurre otro hombre más idóneo para ser el principal consejero militar de este presidente, del secretario de Defensa y del Consejo para la Seguridad Nacional».

Sacaron el champán y las copas de cristal. Tatiana sabía que Alexander guardaba el champán para su aniversario, pero abrió la botella con mucho gusto esa noche, y brindaron y bebieron y felicitaron al hijo y al hermano. Los sentimientos de Tatiana por Anthony no se veían afectados por cosas como el orgullo ante los logros de su hijo. No había logro posible capaz de sumar o restar en el átomo indivisible e irreducible de lo que había sentido desde el momento en que se había inclinado sobre el cuerpo de su marido

herido en aquel hospital de Morozovo y le había dicho: «Shura, vamos a tener un hijo. En Estados Unidos». Anthony fue concebido entre las cenizas y bajo las estrellas, en un infausto suelo helado pero en la llama esperanzada de la pasión. Nada de lo que Anthony hiciera con su vida podía evitar que Tatiana siguiese pensando que no había nada que su hijo no pudiese hacer con su vida, pero al mirar al rostro de Alexander, Tatiana sonrió complacida, pues vio cómo una oleada de orgullo se apoderaba de él ante su primogénito.

Sin embargo, el propio Anthony no parecía estar tan entusiasmado con su futuro nombramiento, y dijo que sí, que por supuesto era un honor servir al presidente, y sí, era un logro mayúsculo en su carrera, y sí, las responsabilidades tendrían un peso descomunal... pero aun así, no estaba rebosante de entusiasmo. Con expresión inquieta, se sentó frente a la amplia isla de la cocina. Alexander y Tatiana se sentaron el uno frente al otro; Harry estaba al lado de su padre y Pasha al lado de Tatiana.

—¿Y cuál es la mala noticia, Ant? —preguntó Pasha.

Anthony lanzó un suspiro. Explicó que la semana siguiente tendrían lugar las sesiones a puerta cerrada de las Fuerzas Armadas. Temía que las sesiones supusieran graves problemas para él y arrojasen sombras de duda sobre su expediente y su posible nombramiento.

—No estáis prestando atención —dijo—. ¿Habéis leído el comunicado de prensa? ¿La parte en que el presidente elogia mi apoyo a la SDI? Sí, el sistema estratégico de defensa, oh, claro... —Carraspeó—. ¿No veis ahí un pequeño problema?

—¿No sabes lo que es la SDI? —preguntó Harry.

—Cierra el pico. —Anthony se aclaró la garganta—. Creo que la Iniciativa de Defensa en el Espacio, la SDI, es un montón de mierda.

Se echaron a reír aliviados y expresaron su sorpresa. Desde principios de los ochenta habían hablado largo y tendido sobre las fallidas conversaciones de desarme nuclear con los soviéticos, pero no habían hablado del escudo espacial.

—¿Veis cuál es mi problema? —dijo Anthony—. La prensa y muchos miembros del Congreso desprecian y critican la ridícula idea del

presidente, mientras que éste se siente agradecido por mi apoyo, cuando en el fondo de mi corazón estoy de acuerdo con la gente que se burla de su plan. Menudo follón... ¿no os parece? —Sonrió—. Y en cuanto entre en esa sala, como papá bien sabe, me resultará muy difícil ocultar mis verdaderos sentimientos. Estoy firmemente de acuerdo con el presidente en todas sus demás iniciativas, pero me harán dos preguntas *sua sponte* sobre la SDI y sabrán que «de la abundancia del corazón habla la lengua», ¿verdad, papá?

—Anthony, niégate a responder cualquier pregunta *sua sponte*, eso es todo —dijo Alexander—. Pero ¿qué diablos te pasa? ¿Es que no sigues la actualidad de lo que ocurre con los soviéticos? ¿Es que no has leído ninguno de mis informes?

Alexander seguía trabajando al menos cinco días al mes en el servicio de inteligencia del ejército. La empresa de construcción funcionaba prácticamente sola, con capataces, contables, dos arquitectos y Tatiana, que se encargaba de supervisar la contabilidad, de modo que Alexander había podido dedicar buena parte de su tiempo al problema nuclear desde el tratado ABM de 1972.

—Pues claro que los he leído —respondió Anthony—, pero aun así no puedo evitar que toda esta historia de la SDI me suene a chiste.

Harry estaba meneando de lado a lado su pelirroja cabeza.

—Anthony, Anthony, Anthony...

—Harry, te lo digo en serio —advirtió a su hermano—: ahora no es el mejor momento para que me cuentes tus estafalarias teorías sobre aceleradores de partículas y motores rotativos de curvatura cero. En los próximos siete días, necesito saber si puedo o debo ocultar mi verdadera opinión respecto a este asunto.

—Anthony —dijo Harry—, no se trata sólo de motores rotativos. Si los conocieses, no tendrías que ocultar nada. Así que si no quieres el trabajo, dale las gracias al presidente y rechaza el trabajo.

—¡Pero es que se trata precisamente de eso! ¡Sí quiero el trabajo! —exclamó Anthony—. ¿Presidente del Estado Mayor Conjunto? Claro que quiero el puto trabajo... Perdona, mamá. Es sólo que no quiero defender su

estúpida guerra de las galaxias. ¿El desarme nuclear? Por supuesto. ¿La reducción de armas convencionales? Sí, sin duda. ¿Contener a los soviéticos allí donde tengan algún reducto de poder? Adelante, soy vuestro hombre. Pero ¿la guerra de las galaxias? No, gracias.

—Anthony —dijo Tatiana—, la próxima vez que vuelvas a arder en deseos de estar de acuerdo con los periodistas, date una vuelta por Vietnam.

—Sí, mamá, tienes razón —repuso Anthony—, Vietnam es un ejemplo muy clarificador. Desequilibrado e irreconciliable con el universo. —Sonrió—. Pero ése es exactamente el problema que tengo con la guerra de las galaxias. Deberíamos estar abordando lo de Vietnam, lo de El Salvador, Nicaragua, Angola... y no jugando con armas de rayos láser en el espacio. No puedo ocultar mi escepticismo. El presidente retirará mi candidatura en cuanto se percate de que soy un fraude, y seré una deshonra para mí mismo y mi familia.

—Estás siendo demasiado duro contigo mismo —intervino Pasha, siempre conciliador.

—Y tú nunca eres suficientemente duro contigo mismo, Pasha —le soltó Harry, nunca conciliador—. Y tú sí que serás una deshonra para tu familia si no aceptas la posibilidad de un arma nuclear disuasoria que no implique la creación de nuevos ICBM y submarinos nucleares por parte de los soviéticos.

—Ant —dijo Pasha—, por esta vez y sin que sirva de precedente, yo escucharía a Harry. Es de lo único que entiende.

—Pasha, muchas gracias por tu voto de confianza —dijo Harry—, pero hay que diseñar un sistema de defensa...

Tatiana y Alexander siguieron casi toda la conversación sin hablar. Mientras sus hijos discutían, ellos escuchaban, bebiéndose tranquilamente el champán y mirándose el uno al otro. Alexander apuró la botella llenando la copa de su mujer y se levantó de la isla de la cocina.

—¿Adónde vas, papá? —dijo Anthony—. Todavía no hemos acabado, ni mucho menos.

—Como si no lo supiera... —repuso Alexander, pero se fue de todos modos.

Tatiana se dirigió a su hijo mayor.

—Anthony, ¿quieres saber lo que opina tu padre de tu candidatura al puesto? Se ha ido a buscar otra botella de champán, lo cual significa que cree en ello. Bueno, ¿quieres fumar? Puedes fumar en la cocina, no me importa. He encendido el extractor.

Anthony se encendió un cigarrillo, complacido. Se las arreglaba perfectamente con un solo brazo, incluso para encenderse los cigarrillos.

—¿Por qué estáis tú y papá tan callados? ¿Es que no estáis de acuerdo conmigo?

Al principio, Tatiana no dijo nada.

—Espera a que vuelva tu padre —le dijo con dulzura—. Él te lo explicará.

Permanecieron en silencio hasta que Alexander regresó, destapó el corcho de la botella y sirvió a todos una copa del mejor champán del mundo. Alzaron sus copas y Alexander dijo:

—Anthony, este brindis es por ti. Todos los caminos escogidos en nuestra vida, tanto los de tu madre, los tuyos y los míos, te han conducido hasta donde estás ahora. Quiero que te estés muy quieto, erguido, y que digas sin la menor vacilación: «Gracias, señor presidente. Será para mí un honor y un privilegio servirle». Y así brindaremos por tu buen juicio, ese que ahora mismo parece brillar por su ausencia.

Anthony dejó la copa intacta en la mesa.

—¿Mi buen juicio brilla por su ausencia? —exclamó, indignado.

—Sí, ya lo creo —dijo Alexander, un poco menos brusco pero igual de franco. Se bebió la copa de un trago—. Con respecto a esto, sí.

—¡Papá! ¡Llevo tres años trabajando con el presidente la ratificación del SALT II!

—Bien, pues entonces no has prestado atención a lo que ha pasado con el SALT II los últimos seis meses —dijo Alexander con calma.

—No lo dirás en serio... —repuso Anthony, bajando ligeramente el tono de voz.

—No los has seguido. Ha habido veinte conversaciones sobre desarme nuclear con la Unión Soviética desde 1946... ¡Veinte, Anthony! Y todas, absolutamente todas, las interrumpió la Unión Soviética, que se negaba a hacer una sola concesión, ni una sola e insignificante reducción en su arsenal nuclear. ¡Lo único que acordamos en el tan alabado ABM es que no fabricaríamos más misiles defensivos para proteger nuestra costa Este de sus malditos misiles ofensivos!

—Eso es verdad, pero gracias a nuestro esfuerzo, el SALT II tiene muchísimas probabilidades de ser aprobado —dijo Anthony.

—Sí, aunque firmarlo no significa una reducción de armamento —intervino Harry—. Pero da igual. Unas de las razones por las que el SALT II tiene muchas posibilidades de ser firmado es porque este presidente ha aprobado el despliegue de los misiles MX y la instalación de los Pershing en Europa para traer a la Unión Soviética a la mesa de negociaciones diciéndole en términos inequívocos que, con él, su arsenal de armas no iba a volar por los aires. Cuatro guerras en este siglo era lo máximo que este presidente estaba dispuesto a permitir.

—Los MX y los Pershing fueron útiles, Harry —apuntó Alexander—. Trajeron a los soviéticos a la mesa de negociaciones, pero la SDI es lo que los obliga a hacer piruetas encima de la mesa.

—Ah, ¿sí? ¿Se puede saber qué tiene que ver la SDI con el SALT? —exclamó Anthony, haciendo un gran esfuerzo por contener el tono de voz.

—¡A eso es a lo que me refiero con lo de que no entiendes lo más importante! —replicó Alexander, sin contenerse en absoluto. Dejó las gafas encima de la mesa y se volvió a mirar a su hijo—. ¿Es que no lo ves? ¡La SDI lo es todo! Y no se trata de lo que piense Harry sobre ella ni de lo que tú o tus amigos los periodistas penséis de ella; ni siquiera de lo que piense el mismísimo presidente. Aquí sólo se trata de una cosa: ¿qué piensan los rusos de la SDI?

—¿Y a quién coño le importa? Perdona mi lenguaje, mamá. —Anthony se disculpó a medias, aunque a Tatiana no le hacían falta sus disculpas después de haber convivido con un soldado cuarenta y cuatro años de su vida.

—Anthony —intervino Tatiana en tono amigable, y Anthony inspiró hondo, bebió un sorbo de su copa y, meneando la cabeza con frustración, se volvió hacia su madre—, no te pongas a la defensiva. No estás escuchando a tu padre. Está diciendo que no importa que tú creas que la SDI no va a servir para nada... No, Harry, déjame terminar —dijo, volviéndose hacia su otro hijo, que ya estaba abriendo la boca para protestar—. Ya sé que tú sí crees que puede servir, pero lo único que digo es que para los propósitos de Anthony, no importa que pueda funcionar. Lo único que importa —siguió diciendo Tatiana— es si los rusos piensan que puede llegar a funcionar. —Miró a Alexander—. Shura, dime, ¿creen los rusos que puede funcionar?

—¡Joder, claro que lo creen! —exclamó Alexander, dando un manotazo encima de la superficie de la isla—. Los rusos se han acojonado tantísimo, que sería para morirse de risa si no fuese tan chocante. Anthony, la Unión Soviética se ha plegado a secundar a Estados Unidos con respecto al SALT II. Sólo en las conversaciones preliminares ya han accedido a desmantelar buena parte de su armamento nuclear, requisito al que, como sabes, hace cuarenta años que no accedían. ¡Han acordado retirar sus ICBM de Europa! Joder, eso sí que es asombroso —dijo Alexander, sin disculparse ante nadie por su lenguaje—. Han accedido a casi todas nuestras demandas con respecto a la reducción de su armamento nuclear. ¿Y sabes lo que quieren a cambio? —Alexander hizo una pausa y miró fijamente a su hijo—. Lo único que quieren a cambio es que no sigamos adelante con la SDI. —Alexander se echó a reír—. ¿Qué te parece? Bueno, no se me ocurre ninguna razón más poderosa que ésa para apoyar algo, la verdad.

Tatiana también se echó a reír.

—Sí, papá —intervino Harry—, sólo quiero añadir una cosa...

—Sí, hijo, ya lo sé, ya lo sé —dijo Alexander, rodeando a su hijo con un afectuoso abrazo paternal—. Nuestro físico nuclear residente cree que funcionará. Eso es estupendo, aunque no importa. Los rusos creen que funcionará, y eso es lo único que importa.

Anthony permaneció en silencio. Siguió fumando y apuró su copa. Alexander le sirvió otra. Miró a Pasha y luego a Harry, que le murmuró: «Funcionará». Acto seguido, puso los ojos en blanco y dijo con voz reflexiva:

—Hay algo aquí que no entiendo. —Miró a Alexander—. Dime una cosa; la SDI está diseñada para ser un sistema defensivo, sí, pero he aquí la parte que no entiendo: ¿cómo se supone que el desarrollo de nuestro sistema de defensa nuclear va a provocar el desarme nuclear de los rusos? Vamos a ver, ¿cómo va la SDI a animar a los rusos a desarmarse? Yo diría que tendría que ser justo lo contrario, ¿no? Diseñarán armamento nuevo capaz de penetrar en el escudo, ¿no crees?

Alexander permaneció muy callado. Tatiana permaneció muy callada. Sólo se miraban el uno al otro. Al final, fue Tatiana quien habló:

—No. Sólo intentarán crear su propia SDI, Anthony.

—¿Cómo dices?

—Hijo mío —intervino Alexander—, ¿sabes por qué los rusos están tan desesperados? Porque piensan que no estamos construyendo un sistema de defensa sino un sistema ofensivo, que nos escondemos detrás de términos como desarme, SALT, tratados y acuerdos, igual que ellos se esconden detrás de sus fábricas civiles de acero a la vez que utilizan esas fábricas para producir cien mil tanques con los que invadir Afganistán. Creen que nos vamos a esconder tras el escudo de la SDI y que los vamos a devolver a la Edad de Piedra a base de bombas nucleares en cuanto el sistema esté operativo. Por eso quieren que dejemos de trabajar en él. Si no creyeran que puede llegar a funcionar, no les importaría cuánto dinero invertimos en el proyecto. Sin embargo, perciben nuestra inminente superioridad en los sistemas de armas nucleares, y su orgullo y su instinto de supervivencia no pueden permitir esa superioridad, sencillamente. Como al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando mataron a un millón más de sus propios hombres para poder llegar a las fábricas de uranio enriquecido de los alrededores de Berlín días antes de que llegasen los norteamericanos, y luego se dedicaron en cuerpo y alma a un espionaje frenético para poder desarrollar su programa nuclear. —Alexander miró a



Anthony entrecerrando los ojos—. Y sabes que yo sé algo de eso, tras haber estado al frente de ese millón de hombres, empujando a mi batallón disciplinario hacia Alemania. —Alexander sirvió a todos los demás el resto del champán—. Los rusos le han pedido a nuestro presidente que detenga el proyecto, y él ha dicho que no. La SDI continuará. Presas del pánico, los rusos están ahora mismo tratando de agotar todos sus recursos para poder crear su propia SDI —hablaba despacio y con calma. Tatiana sabía que quería que Anthony entendiese perfectamente lo que estaba diciendo—. Pero ¿cómo crees que los rusos van a gestionar esto? ¿Dónde van a encontrar el dinero para la SDI?

—¿Dónde van a encontrar el dinero para la SDI? —repitió Anthony con incredulidad.

—Sí, pregunta a tu madre, la experta en matemáticas, Anthony. ¿Cuál es su opinión? Nos gustaría saberla. —Alexander sonrió a Tatiana—. Díselo a tu hijo, Tatia: para alcanzar una supuesta paridad nuclear ofensiva con Estados Unidos, ¿serían capaces los rusos de llevar a su país a la bancarrota, o harán lo más prudente y no tratarán de llevar a la práctica proyectos científicos descabellados, sino que creerán a nuestro presidente (que ha prometido que una vez que desarrolle la tecnología la compartirá) y desarmarán sus cabezas nucleares y salvarán a su país?

Tatiana sonrió y no dijo nada.

—Tu padre sólo está presentando todos los ángulos, Anthony, todas las acciones, reacciones, pesos, contrapesos, medidas, contramedidas, puntos y contrapuntos. Está equilibrando los platos de la balanza para ti, pero lo que hagas depende por completo de ti.

Anthony lanzó un gemido, su padre se echó a reír y sus hermanos también se echaron a reír.

—Tatiana —dijo Alexander—, no te andes con remilgos. No le digas que la decisión es suya. Responde a mi pregunta y ayuda a tu hijo.

—Creo, y podría equivocarme —dijo Tatiana mientras apoyaba las manos en la superficie de granito del mueble que su marido construyó para ella, para que pudieran sentarse alrededor a discutir de las cosas grandes y

pequeñas de la existencia, como en aquella ocasión—, que los rusos llevarán a su país a la bancarrota para poder construir su SDI particular.

Sin dar crédito a lo que estaba oyendo, Anthony sacudía la cabeza de lado a lado. Estuvo un minuto o dos sin decir absolutamente nada.

—Escucha, eres mi madre —dijo al fin—, y perdóname si me muestro escéptico... pero no puedes decirme que la Unión Soviética, uno de los países industrializados con mayores recursos, no va a tener dinero para realizar un poco de investigación y desarrollo. Tienen muchísimo dinero, y si esto es importante para ellos, conseguirán reunir el dinero, igual que lo reunieron para fabricar la bomba atómica en tiempos de papá. Entonces no cayeron en la bancarrota. Sólo harán lo que tengan que hacer; siempre lo han hecho y siempre lo harán. Volverán a reorganizar sus prioridades, diversificarán los recursos, como hacen todos los países, incluido el nuestro, a fin de conseguir sus objetivos.

—Anthony, hijo, harán todo eso y más. —Tatiana miró a Alexander—. Pero ¿sabes? *Perestroika, glasnost, solidarnost*... todo eso cuesta dinero, y no digo que no tengan el dinero. —Tatiana hizo una pausa—. Lo que digo es que les va a costar un gran esfuerzo reunirlo. —Volvió a hacer otra pausa y añadió—: Desde luego, tendrán que diversificar sus recursos.

El propio Anthony se quedó muy callado.

—¿Qué me estáis diciendo? —dijo al fin—. Para que quede claro. ¿Me estáis diciendo que me juegue mi carrera y mi reputación basándome en el convencimiento de que los rusos van a desmantelar su propio país para desarrollar su SDI? —Miró a su madre, atónito.

—Sólo te lo estamos exponiendo, Ant —dijo Tatiana.

Anthony, exasperado con su madre, se dirigió a su padre.

—Papá, voy a ser el principal asesor del presidente de Estados Unidos en materia militar. Va a necesitar de mí que esté completamente convencido si voy a aconsejarle desarrollar la SDI sin mayor dilación. Ya sabes lo que opino al respecto. ¿Crees que es viable para los rusos tratar de crear su propio sistema de defensa? Y si lo es, ¿tiene razón mamá? ¿Importará acaso a largo plazo?

—Ésas son unas muy buenas preguntas, hijo mío —le dijo Alexander—. Trataré de ser más directo que tu madre. Ha estado mareando la perdiz demasiado tiempo. Tania, tienes que aprender a ser más directa con tus hijos y tu marido para que te entendamos. —Sonrió a su esposa y volvió a dirigirse a su hijo—. Vamos a ver, sí, creo que los rusos tratarán de llevar a la práctica ese descabellado sistema de defensa. ¡Harry, por favor! —exclamó—. Lo que quiero decir es ese sólido, útil y fabuloso sistema. ¿Es viable para ellos? ¿Viable? Eso no lo sé. Seguramente no. Ya han apurado al máximo con la guerra de Afganistán, en la que llevan combatiendo inútilmente seis años. No sólo han apurado al máximo, sino que han pedido dinero prestado al Banco Mundial para financiarse su pequeña guerra. Deben más dinero al Banco Mundial que otros 172 países... y eso que sólo hay 175 países... —Todos se echaron a reír—. Además de la guerra de Afganistán —prosiguió alegremente Alexander, tomando un sorbo de champán y encendiéndose un cigarrillo—, están subsidiando muy generosamente a todos sus satélites orientales: Alemania del Este, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria... Y además, están financiando un ejército activo de un millón de hombres a lo largo y ancho de Europa Oriental. Están pagando el muro checo y a sus guardias, están pagando el muro de Berlín y a sus guardias. Están pagando a los guardias que vigilan la celda de Lech Walesa, a los guardias para mantener a los polacos alejados de las iglesias. ¿Es viable para ellos redistribuir sus recursos y dejar de financiar todo eso, Ant? ¿Dejar de financiar el muro de Berlín para financiar la SDI? —Alexander se encogió de hombros y sonrió—. Puede que sí, puede que sea de ahí de donde deben redistribuir sus recursos. Si no pueden defenderlo, el muro se viene abajo, Walesa queda libre y los católicos irán a misa en Cracovia. A los rusos les cuesta Dios y ayuda mantener a Cristo alejado de los polacos comunistas. —Se rio de su propio juego de palabras—. Pero también financian cada nueva rebelión que surge en África y Sudamérica, y dan subsidios a Cuba y a Vietnam. Y apoyan las insurgencias de Angola, Etiopía, Nicaragua, El Salvador, Granada... Sembrar el caos en todo el mundo no resulta barato, ¿sabes? —Alexander miró a Tatiana con los ojos empañados, recordando acaso el

caos en un universo donde todo era uno, donde todo iba bien, todo era armonía, y luego siguió hablando—. En 1979, los soviéticos financiaron la invasión vietnamita de Camboya y los ayudaron a repeler la invasión china. El mismo año se prepararon para invadir Afganistán. Siguen financiando y armando al ejército vietnamita, uno de los mayores del mundo. ¿Por qué lo hacen? ¿Y para qué necesita Vietnam un ejército como ése todavía? Laos, Camboya, Vietnam... son todos uno. —En ese momento sonrió a Tatiana—. La Unión Soviética no produce nada de valor, salvo oro y petróleo, y con la máquina del Gulag en pleno proceso de desmantelamiento, la mano de obra, por barata que sea, ya no sale gratis. Los presos criminales por sí solos no bastan para apuntalar la economía planificada del Estado soviético. Así que, Anthony Barrington, hijo mío, tu tercera pregunta es: a pesar de que ya tienen invertido hasta el último rublo en todos los frentes que tienen abiertos, ¿quieres saber si creo que los rusos se van a gastar cientos de millones de rublos que no tienen en la cosa más estúpida de la que hayas oído hablar en tu vida? — Alexander se echó a reír—. Pues claro, digo yo. ¡Tienen que hacerlo!

## CODA

Sé siempre feliz, reina, hasta que te lleguen la vejez y la muerte que andan rondando a los hombres. Yo vuelvo a casa, goza tú en este palacio entre tus hijos, tu pueblo y el rey Alcino.

Homero, *Odisea*

## *Uno*

Habían pasado muchos años desde las gaviotas de Estocolmo, Suecia, y el hospital de Morozovo y la cabaña de Lazarevo; y todavía muchos más desde los parapetos de granito en la penumbra circunscrita del sol septentrional.

Era el día de Acción de Gracias de 1999.

Mientras dos pavos se ocultaban plácidamente en las entrañas de dos hornos, la casa era un auténtico manicomio. Había cinco mujeres de carácter fuerte en la cocina, cinco cocineras como cinco gallinas en un corral. Una preparaba el puré de patatas, otra el estofado de judías verdes, mientras otra guisaba los boniatos. La más vociferante se recolocaba el sujetador de lactancia, fabricando leche, y la más callada preparaba el relleno de beicon con puerros y boniatos al ron y glaseado de azúcar moreno. Siete muchachas adolescentes y preadolescentes revoloteaban alrededor de la mesa de la cocina charlando de música, maquillaje, juguetes y chicos. Junto a ellas había una trona y un niño pequeño sentado en ella. Las chicas esperaban impacientemente a que su abuela terminase de preparar el relleno de puerros para hornear las galletitas que les había prometido.

En el estudio, al fondo del largo pasillo soleado, cinco maduros profesionales soltaban toda clase de imprecaciones contra un objeto rectangular e inanimado en el que los Cowboys se las veían contra los Dolphins. Un niño pequeño estaba sentado en el regazo de su abuelo, que le tapaba los oídos con sus grandes manos.

Cuatro chicos corrían sueltos como una jauría por la casa, en aquellos momentos jugando al *ping-pong* polo. Tres chicos y un muchacho desgarbado de unos veinte años jugaban al baloncesto fuera. La música sonaba por los altavoces. En la casa había tanto barullo que cuando sonó el timbre, nadie lo oyó.

Estamos a finales de noviembre, y la temperatura es de veintidós grados. Todos van a salir a la piscina climatizada después de cenar.

Las paredes recién pintadas están cubiertas de recuerdos. Las camas están preparadas; las flores, recién cortadas en los jarrones. Los espejos no tienen rayas, y el parqué está recién pulido.

El comedor tiene el tamaño de una sala de banquetes, porque quien lo diseñó pensó en términos generacionales. Tiene espacio para albergar dos mesas largas de madera juntas. Los manteles son de color dorado y escarlata, y la vajilla, de porcelana, y las copas están dispuestas para veintiséis comensales: cuatro hijos adultos, tres de sus cónyuges, quince de sus hijos y dos invitados.

Una madre.

Un padre.

Al fondo de la sala, sobre el lugar donde él se sienta, hay una placa con la siguiente inscripción: «Él me condujo a la mesa de su banquete y su estandarte sobre mí fue el amor». Bajo la placa se halla el jugador de baloncesto, nuevo en esta casa, que mira con curiosidad las paredes y las fotografías.

En el manicomio en que se ha convertido su cocina, los ojos de espuma de mar de Tatiana brillan cuando les enseña a sus nietas a preparar las galletas.

—Muy bien —dice—. Galletas de chocolate. Observad con atención. Media taza de mantequilla. Dos tazas de azúcar. Media taza de leche. Se pone a hervir.

La suave melena rubia le llega por debajo de la nuca. Lleva un maquillaje ligero. Ha ganado peso en los pechos y las caderas, pero sigue siendo esbelta y, para demostrarlo, lleva un vestido de punto y manga corta ceñido al cuerpo. Los hombros y el puente de la nariz están salpicados de

peças. Tiene la cara lisa, llena, pletórica. Nada todos los días, bucea y monta a caballo, camina por el desierto, planta flores y levanta a sus nietecitos en brazos. Ha envejecido muy bien.

—Cuando arranque a hervir —sigue diciendo—, añadís tres tazas de avena, una taza de cacao en polvo sin azúcar, y luego, al gusto, media taza de coco, media de nueces o media de mantequilla de cacahuete.

En ese momento, diez voces distintas expresan su opinión. Tatiana lanza un teatral suspiro y echa media taza de coco.

—A vuestro abuelo le gustan con coco, de modo que así es como las hago yo. Cuando estéis en vuestra casa las podréis hacer como queráis. — Remueve hasta que la avena está bien cocida, un minuto largo, y luego retira la olla del fuego e inmediatamente saca con una cuchara la masa de las galletas y la deposita en el papel de horno—. Estarán listas dentro de una hora —dice.

En realidad, es como si les hablase en ruso, porque las niñas pequeñas, las grandes, las adolescentes y hasta sus elegantes madres cogen un pegote de masa caliente con ayuda de unas servilletas y se la echan a la boca entre exclamaciones de dolor por las quemaduras en la lengua.

Se oye un ruido espantoso procedente del comedor. Con cierta vergüenza, alguien le dice a Tatiana que Tristan y Travis, los gemelos de diez años de Harry, están jugando al fútbol con sus hermanos mayores, que deberían tener más conocimiento. Nadie quiere mencionar que la versión del fútbol a la que juegan alrededor de la mesa con la vajilla de porcelana es la más violenta.

Rachel y Rebecca, las hijas de diecinueve años de Anthony que están estudiando su segundo curso en Harvard, se cuentan chismes junto a la mesa con la boca llena de chocolate. Rebecca se ha traído a su novio para Acción de Gracias, su primer novio y también el primero de la familia, y les está contando a sus primas menores los detalles aptos para el gran público acerca del muchacho, delante también de Tatiana, con la esperanza de que ésta le dé el visto bueno. El novio de Rebecca aparece al fin por la cocina después de jugar al baloncesto y de dar una vuelta por la casa, y es presentado simplemente como Washington. Es alto, desgarrado, con el



pelo largo, lacónico, y no se ha afeitado para la ocasión. Cuando habla, Tatiana, con una pequeña mueca de reprobación, ve destellar un objeto plateado en la lengua del joven.

—¡Abuela, Washington está estudiando matemáticas! —exclama Rebecca con efusividad—. ¿No es impresionante? A la abuela le encantan las matemáticas, ¿a que sí, abuela? ¡Y Washington es un genio!

Tatiana sonrío amablemente a Washington, quien trata de aparentar ser un genio, y desenvuelto además. Se esfuerza por devolverle la sonrisa a Tatiana, estudia detenidamente el rostro de ésta, buscando algo, y a los diez segundos se excusa y va por una copa sin preguntarle a Rebecca si quiere una.

Rebecca, radiante de felicidad, le comenta a su abuela:

—Creo que es mi primer amor de verdad. Aunque... dime la verdad, cuando se es tan joven, ¿se pueden saber esas cosas? —Mira hacia Washington con adoración.

—No, cielo —le dice Tatiana a Rebecca—. No se puede saber nada del amor cuando se es joven.

—Abuela, te estás poniendo irónica conmigo y no pienso tolerarlo —protesta Rebecca, haciendo pucheros con sus labios de chocolate—. Voy a escribir un libro sobre ti y entonces te vas a enterar.

—Les doy hasta Navidad —le dice Tatiana en voz baja a Anthony, que acaba de entrar y se dirige derecho a las galletas de chocolate.

—¿Tanto? —responde él.

Un chico pequeño, de aspecto delicado y moreno lo sigue.

—Papá —dice—, ¿puedo ir al cobertizo del abuelo? La última vez que estuve allí hicimos un tablero de ajedrez y me ha dicho que puedo terminarlo.

—No me pidas permiso a mí, Tom —dice Anthony—. Pídeselo al abuelo. Aunque a lo mejor quieres esperar a la media parte para preguntarle cualquier cosa. —Apoyando la mano en el hombro de su hijo, se dirige a su madre—: Mamá, ¿sigues recaudando sangre para la Cruz Roja?

—¿Quién quiere saberlo? —Tatiana sonríe—: Mi deber como presidenta de la sección de Phoenix es preguntarlo. Tenemos una sesión la semana que viene. ¿Por qué? ¿Quieres donar medio litro?

—¿Por qué sólo medio litro? —dice Anthony—. Quédate con todo el brazo si quieres. —Y le devuelve la sonrisa.

Apartando a su hermano pequeño de en medio, Rebecca se acerca a su padre y lo agarra de su único brazo, aunque él trata de zafarse de la joven para echar mano de otra galleta. Ella vuelve a agarrarlo y le dice a Tatiana, enfurruñada:

—Abuela, pregúntale a papá qué le parece Washington; anda, pregúntaselo.

—Becky, cariño, tu padre está ahí mismo, delante. Pregúntaselo tú misma.

—¡Es que no quiere decírmelo!

—¿Y cómo deberías interpretar eso? —señala Anthony—. Suéltame, tengo que volver a ver qué hacen los Cowboys. Tom, ¿vienes?

—Ese tal Washington juega muy bien al baloncesto —comenta el pequeño Tommy—. Si es que eso puede servir de algo.

—Papá —interviene Rachel, que se acerca a él por la izquierda y le da un codazo en la costilla—, ¿por qué no le dices a la abuela lo que acaba de gritarle a la tele el abuelo delante del peque de dos años?

Las jóvenes, altas y esbeltas como modelos, maquilladas de forma idéntica, vestidas de forma idéntica, espectaculares, flanquean a su padre y le dedican idénticas miradas de afecto.

Anthony le guiña un ojo a Tommy.

—No vamos a decírselo a la abuela, ¿a que no, campeón? —Mira fijamente a sus dos hijas—. ¿Queréis dejarme en paz vosotras dos? Tom, ¿dónde está tu hermano? El tío Harry quiere que vigile a Samson hasta que el abuelo se tranquilice.

—El abuelo estaba de pie delante de la tele —susurra Rachel con una sonrisa enorme pero en voz baja para que los más pequeños no la oigan— y le ha gritado a los de su equipo: «¡Eh, nenazas! ¿Por qué coño no movéis ese culo de *cowboys*?».

—Chsss —exclama Tatiana—. ¡Rachel Barrington!

—¿Qué pasa? ¡Es tu marido!

Mientras niega con la cabeza, Tatiana coge a Tommy de la mano, guarda en una servilleta las últimas dos galletas de chocolate y sale de la cocina. Atraviesa un largo pasillo con plantas, fotos y enormes ventanales y llega a la sala de estar, donde se coloca detrás del sofá y se inclina por encima de una cabeza blanca.

—Shura —dice en voz baja, y le ofrece la servilleta extendida con las dos galletas—, pórtate bien. No les enseñes a los pequeños todo lo que sabes, todavía no.

Alexander, sin apartar la mirada del televisor, extiende la mano, coge una de las galletas, se la mete en la boca y dice con su voz atronadora de barítono:

—Y me he portado muy bien. Le he tapado los oídos. Y tendrías que haber visto esa línea defensiva... ¡Dios! ¿Cuánto falta para la media parte? Necesito un cigarrillo.

Tommy revolotea junto al sofá.

—Abuelo, ¿y mi tablero de ajedrez? ¿Podemos terminarlo?

—¡Qué buena idea, Tommy! —exclama Alexander—. Vamos ahora mismo.

Alexander se levanta y se vuelve hacia Tatiana. Aunque canoso y cada vez más escaso, todavía tiene pelo. Tatiana se lo corta ella misma todos los meses con la maquinilla eléctrica. Hay muchos aspectos físicos que la edad no ha conseguido arrebatarse a Alexander: su estatura, su porte erguido, sus manos, las del férreo apretón, suaves como plumas pero aún fuertes, unas manos que siguen trabajando en el cobertizo, tallando figuras de ajedrez, podando arbustos, sujetando riendas y niños, lanzando tiros de baloncesto, acariciando a su mujer... Unos brazos que aún nadan crol en la piscina y sostienen el peso de su cuerpo en la cama; su mirada lúcida, que aún destila tranquilidad bajo sus pobladas cejas encanecidas, sus ojos color caramelo... que de repente miran con dureza.

—¡Eh, vosotros! —les grita a dos chicos que salen corriendo del comedor—. Sí, vosotros, Tristan y Travis, ¡cuidado con eso! ¿Cuántas

veces tengo que decíroslo? Ni una sola vez más, ¿me habéis oído? Nada de correr dentro de la casa los días de celebración familiar. Y a jugar a juegos peligrosos os vais fuera.

Antes de que Pasha tenga ocasión de levantarse del sofá y fulminar con la mirada a sus hijos, estos desfilan pacífica y obedientemente hacia la puerta y salen al exterior. Alexander sonríe a Tatiana y Tom sujeta a su abuelo de la mano.

—Pero sólo un ratito, ¿de acuerdo, campeón? —dice Alexander—. Hoy tengo la casa llena de gente, pero tú te vas a quedar toda la semana, ¿no? Te prometo que acabaremos ese tablero.

—Muy bien, abuelo.

—¿Cómo se ha portado tu hermano contigo?

—Muy mal.

—No le hagas caso, está de mal humor.

—Lleva de mal humor desde el día en que nació.

Durante el descanso del partido, Alexander se reúne con sus hijos en el patio: Anthony y Harry, que se supone que lo ha dejado, y él se fuman un pitillo, mientras Pasha se toma una cerveza.

Los hijos de Alexander son altos. Harry, el más esbelto y el más alto, es más alto aún que su padre, hecho del que éste culpa a su madre por permitirle mamar de su leche hasta que cumplió los dos años y medio. («¿Pretendes que un crío de dos años se destete él solo? ¡Pero si ni siquiera los adultos quieren destetarse!», le había dicho Alexander a Tatiana). Harry y Pasha son rubios, mientras que el pelo negro de Anthony empieza a encanecer poco a poco.

Ahora a Pasha le gusta hacerse llamar Charles Gordon Barrington, y su mujer, Mary, siempre tan remilgada, lo llama «Chaaarles». En cuanto Mary se da media vuelta, los hermanos de Pasha la imitan en voz baja, mascullando «Chaaarles». Para su familia, él siempre será Pasha, salvo para Jane, que para meterse con su hermano, ahora también lo llama «Chaaarles». No se parece exactamente al guerrero-santo defensor de Jartum, puesto que a sus cuarenta y un años, Charles Gordon Barrington es cirujano jefe del ejército estadounidense en el Hayden Veterans Medical

Center que hay en la Indian School Road de Phoenix. Su madre acude a almorzar con él una vez a la semana. Su padre continúa con su persistente aversión a los hospitales, así que el padre y el hijo juegan al golf en lugar de verse en el hospital. Desde que Alexander salió del centro hospitalario donde estaba ingresado en marzo de 1970, justo a tiempo de recibir su medalla del Congreso, nunca ha vuelto a poner un pie allí. Sean cuales sean las afecciones que lo aquejen, dispone de su propia enfermera personal, dispuesta a atenderlo las veinticuatro horas del día, y de un hijo que examina con ansiedad su estado físico dos veces por semana, desde el hoyo uno hasta el dieciocho. El hijo busca indicios de un posible ataque al corazón, enfisema, senilidad... Alexander tiene ochenta años y supone que, cualquier día, Pasha verá indicios de lo último, pero no mientras su hijo exija jugar al golf dos veces por semana y obligue a Alexander a andar los dieciocho hoyos. De vez en cuando, Alexander juega al golf con dos de sus tres hijos varones.

Anthony no juega al golf.

Pasha fue el último de sus hijos en casarse, después de pasarlo desafortadamente en grande de los veinte a los treinta y enamorarse después de otra colega, cuando ya había cumplido la treintena y era médico residente. En 1988 iniciaron su vida en común con una enorme sobrecarga laboral para ambos y luego, en 1990, de forma muy organizada y eficiente, tuvieron mellizos, una niña, Maria, a la que llaman Mia, y un niño, Charles Gordon, y se plantaron, y su familia era muy organizada y tranquila, puesto que ambos trabajaban sesenta horas a la semana. Ahora viven en Paradise Valley, en una casa construida por la empresa familiar, la Barrington Custom Homes, y acuden los domingos a casa de Alexander y Tatiana a pasar el día... Sólo que Mary vuelve a estar embarazada, a los cuarenta y un años, inexplicablemente, y no saben cómo decírselo a todo el mundo. No es nada propio de ellos no planear las cosas de antemano. Pasha le advierte a Mary que no se acerque a su madre si no quiere que toda la familia se entere de inmediato.

Harry Barrington, a sus treinta y nueve años, es asesor del Ejército de Estados Unidos, especialista en defensa nuclear, biológica, química y

convencional. Tal como a Harry le gusta señalar: «No soy un especialista en armamento: soy *el* especialista en armamento». Tras obtener su doctorado en física nuclear en el MIT en 1985, ha trabajado para el Departamento de Defensa en las instalaciones de pruebas de armamento en Yuma. Hizo carrera a finales de los años ochenta, cuando diseñó de forma experimental un tubo de casi seis metros de largo y sólo treinta y cinco centímetros de diámetro. Sus hermanos lo llamaron «una simple estaca *punji* un tanto exagerada». De repente, Irak invadió Kuwait y Harry y su equipo de científicos tuvieron que emplearse a fondo y trabajar contrarreloj para diseñar una bomba guiada que, en su forma definitiva, pesaba casi dos toneladas y media y contenía otros trescientos kilos de explosivo.

Alexander dijo:

—Harry, hijo mío, si la bomba pesa dos toneladas y media, ¿es necesario que explote?

Por lo visto, sí era necesario. Tenía que atravesar el cemento de los centros de mando subterráneos iraquíes antes de estallar. Se llamaba *bunker buster*. Había tanta prisa que los primeros modelos se construyeron con los viejos materiales de artillería del ejército.

Harry se casó con una chica muy menuda llamada Amy en 1985, cuando tenía veinticinco años, y su generosa esposa le dio un hijo varón detrás de otro, y luego más. Tuvieron a Harry júnior en 1986, a Jake en 1987, y luego a los gemelos Tristan y Travis en 1989. En el último intento de ir por la niña tuvieron a Samson en 1997, un niño que vale por cuatro. Ahora los cinco hijos van detrás de Harry como perritos y éste les enseña lo que sabe. El resto de la familia teme en voz alta por el destino del mundo. Se acercan en coche desde Yuma una vez al mes para pasar el fin de semana en la casa. Amy y Mary son buenas amigas.

Jane ha tenido el problema contrario al de Harry. En 1983, con apenas veinte años de edad y cuando acababa de obtener el diploma de enfermera, se casó con un chico al que conocía desde la infancia, un buen chico llamado Shannon Clay júnior, el hijo mayor de Shannon y de la desaparecida Amanda, que dirige la Barrington Custom Home para ambas

familias ahora que Alexander y Shannon están semirretirados. En 1985, Jane y Shannon junior tuvieron una niña, Alexandra; otra niña, Nadia, en 1986; otra niña, Victoria, en 1989, y luego, todavía otra niña más, Verónica, en 1990. La década de los ochenta fue un auténtico *baby boom* para los Barrington, sobre todo el año 1989, cuando nacieron seis de los dieciséis componentes de la siguiente generación, al tiempo que caía el muro de Berlín. El hecho de que Harry tuviera cinco hijos varones resulta un hecho de proporciones cósmicas, pero el que Jane, la hombretona de la familia, por ironías del destino, diera a luz a cuatro hijas (Sasha, Nadia, Vicky y Nicky), cuando lo que ella y Shannon deseaban con toda su alma era tener un único hijo varón, es cósmicamente injusto. Harry les aconsejó que tomasen buena nota de su ejemplo y se plantasen en cuatro, porque cinco era demasiada locura para que resultase cómico. Les dijo que cinco era como la guerra. «Eso es porque vuestro quinto hijo se llama Samson —le dijo Alexander a Harry—. Así aprenderéis a poner nombres más sensatos a vuestros hijos». De modo que Jane, temerosa no sólo de engendrar a otra niña sino de que le toque el latente gen gemelar de su madre del que se ha librado hasta el momento, siguió el consejo de su hermano Harry hasta el final del milenio. Ahora, su hijo varón recién nacido tiene cinco madres, que es también el número de cocineras. Duerme en la ruidosa cocina, adorado pero aún sin nombre, como un monarca. Sus progenitores no saben cómo llamarlo. Shannon quiere ponerle su nombre, y Janie quiere el de su padre.

Janie y Shannon viven al final de la carretera, en Jomax, en una casa espectacular, y Janie siempre está en casa de sus padres.

Anthony, pese a las presiones de Washington, intenta coordinar sus visitas con las de Harry desde Yuma, para que al menos unas pocas veces al año su madre y su padre puedan disfrutar de lo que más aman en la vida: tener a todos sus hijos juntos en una casa bulliciosa.

Anthony, que tiene cincuenta y seis años, es actualmente viceconsejero del Consejo de Seguridad Nacional. Ha prestado servicio con tres administraciones, empezando por la de Ronald Reagan. El partido comunista de la Unión Soviética se ha calmado, al igual que todas las

revoluciones que estaba fomentando en África, Sudamérica y el Sudeste asiático, como si una vez seccionada la cabeza de la gorgona Medusa, todas las serpientes hubiesen sufrido un estremecimiento y hubiesen muerto. Ahora Cuba, Camboya, Laos y Vietnam siguen siendo de los países más pobres de la Tierra, y aunque Alexander ha abandonado al fin su trabajo (aduciendo que su labor, una vez extinguida la Unión Soviética, había terminado), por lo que respecta a Anthony, el mundo necesita todavía que lo arreglen. Los viejos problemas se suman a los nuevos en Oriente Próximo, y los nuevos se suman a los viejos en Corea del Norte. Los informes de inteligencia indican que los norcoreanos están incumpliendo su parte del acuerdo de no proliferación nuclear. Mientras trata con ellos, Anthony ha seguido librando su batalla de treinta años por localizar a los mil trescientos soldados aún desaparecidos en Vietnam. Y en este mismo sentido, acaba de volver de Rusia, donde se ha reunido con representantes del gobierno de Moscú y San Petersburgo para ver si pueden proporcionar información más precisa acerca de la suerte de noventa y un soldados estadounidenses desaparecidos en Rusia desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

En el transcurso de los años ha rechazado en reiteradas ocasiones la colocación de una prótesis, pues con el grado de sus lesiones habría sido imposible optar por un aparato funcional y sólo por razones estéticas le parecía insultante. Siguió sintiendo la quemazón y el dolor punzante durante años, y aún siente los impulsos nerviosos eléctricos en el brazo fantasma cada vez que está estresado.

Siente los impulsos nerviosos eléctricos constantemente.

Y si bien hay cosas que no puede hacer, como jugar al golf, tocar la guitarra y trinchar el pavo, la mayor parte de las veces se las arregla bastante bien, y las personas que lo conocen dejaron de advertir el brazo ausente en la década de los setenta. La gente que lo conoce, si está en el ejército, no hace preguntas, porque Anthony es un general y nadie le pregunta nada a un general a menos que éste les invite a hacerlo. Los civiles a veces sí le preguntan; en las tiendas, en la calle y en los desfiles del día de los Veteranos de Alexander, le dicen a Anthony: «Oye, ¿y a ti



qué te ha pasado?». Y él contesta: «Vietnam». Lanzan un silbido y luego menean la cabeza. Por lo general, basta con decir «Vietnam».

A veces quieren saber más cosas. «¿Te dispararon?». Y entonces él les contesta: «No. Fui prisionero de guerra, y el ejército norvietnamita me cortó el brazo, trozo por trozo, empezando por los dedos de las manos, porque yo no dejaba de matar a los guardias que me torturaban».

Y después de eso, ni siquiera respiran.

En 1979, Anthony se casó con una mujer indonesia llamada Ingrid, la profesora de música de duodécimo curso de Janie. Ésta presentó a su hermano de treinta y seis años a la intérprete de piano de veinte años durante un concierto de invierno. Janie había hablado de él hasta la saciedad, le había contado dónde había luchado, cuánto tiempo, cuántas medallas había conseguido, cuántas veces lo habían herido... Y hasta había mencionado, como quien no quiere la cosa, que su hermano sólo tenía un brazo y que le gustaba cantar. Ingrid era exótica, estaba extraordinariamente dotada para la música... y se quedó impresionada con él. Anthony se casó con ella cuatro meses después y sus hijas, Rachel y Rebecca, nacieron en 1980. Para decepción de su madre, a pesar de que van a Harvard, Rachel estudia filología rusa, y Rebecca, filología inglesa. Las dos son auténticas bellezas eurasiáticas de pelo negro, y combinan la estatura de su padre con las vívidas facciones italianas, rusas e indonesias de sus progenitores. No resulta fácil adivinar la historia que se oculta tras esas facciones. En su primer año en la universidad hicieron un calendario para recaudar dinero para las familias de los desaparecidos y prisioneros de guerra de Vietnam. El calendario, para adultos, se llamaba «Las chicas Ivy» y encabezó las listas de ventas en Cambridge. Dijeron que su padre era demasiado mayor para verlo. Este año, por demanda popular, han tenido que reeditar una nueva edición. Así fue como Washington vio a Rebecca por primera vez: compró el calendario.

En 1985, después de dos abortos, Ingrid dio al fin a Anthony un hijo varón, Anthony Alexander Barrington III. Tuvo un nuevo aborto antes de que naciera otro hijo, Tommy, en 1989.

De los cuatro hijos de Anthony, irónicamente es Anthony júnior el que ha heredado el talento musical de su madre y la voz de su padre, irónico porque Anthony júnior preferiría que lo metieran en un caldero de aceite hirviendo antes que tocar una tecla del piano o entonar una nota musical. Solía tocar y cantar cuando era más joven, y hasta rasgaba la guitarra, pero ahora ya no.

A su regreso de Vietnam, y después de que enterraron a Tom Richter en el cementerio de Arlington, Anthony se fue a vivir con Vikki. Ella dejó de trabajar y de viajar por todo el mundo; se dedicó a acompañarlo a él en sus viajes y a no moverse de su lado. Como Vikki era una provocadora nata, su respuesta favorita ante las preguntas malintencionadas de la gente, como por ejemplo: «¿Y cuánto tiempo hace que os conocéis vosotros dos?», era: «Bueno, llevamos juntos... a ratos sí y a ratos no... desde el día en que Anthony nació». Y a la alusión aún más impertinente a la falta del brazo, ella replicaba: «No se preocupe, este hombre aún es un auténtico cuadrúpedo».

Estuvieron juntos hasta 1977, cuando a ella le diagnosticaron un cáncer de mama a la edad de cincuenta y cuatro años y murió. Anthony estuvo con ella hasta el final. Una de las últimas cosas que le dijo Vikki fue: «Anthony, gracias a ti, *comé un fiume tu, adesso lo so... questo é amoré. Ti amo, Anthony. Ti amo. Quale vita dolce ho trascorso con te*»<sup>[6]</sup>.

Vikki no llegó a conocer a su padre, y prácticamente había perdido a su madre cuando era niña. La habían criado Travis e Isabella, sus abuelos italianos, quienes tras unos adversos comienzos al estilo de Tristán e Isolda permanecieron casados más de setenta años, y ya habían muerto hacía tiempo. Sin parientes que la reclamaran, a su muerte Vikki fue trasladada a Phoenix e incinerada allí, y esparcieron sus cenizas por el desierto de saguaros de Tatiana y Alexander.



Alexander, Anthony, Gordon Pasha y Harry vuelven adentro y reanudan la conversación en el comedor, de pie como pilares con sus

gerséis y pantalones oscuros en contraste con las paredes blancas, con una cerveza en la mano y discutiendo la última locura de Anthony, de la que Harry deberá protegerlo con uno de sus inventos.

Están tan absortos en la conversación que ni siquiera ven que están obstaculizando el paso a Tatiana, que se dirige a la mesa del comedor cargada con una bandeja de otra de sus creaciones: panecillos de mantequilla caseros.

—Mmmm... —dice Alexander, al tiempo que coge uno.

Plantado delante de ella, divide el panecillo en cuatro trozos, le da uno a cada uno de sus hijos y le quita la bandeja a Tatiana para depositarla en la mesa. Ella se mueve hacia un lado y a otro, pero ellos no la dejan pasar y la rodean por todas partes: Alexander delante, Pasha y Harry flanqueándola por los lados, y Anthony detrás de ella.

—¿Qué pasa? —les espeta ella—. ¿Es que no tenéis nada mejor que hacer que quedaros ahí quietos como pasmarotes mientras yo voy corriendo como una loca para daros de comer a los treinta?

—No estamos quietos como pasmarotes —dice Harry—. Estamos discutiendo el futuro del mundo libre.

Se dobla sobre su estómago para besar a su madre en la mejilla.

—Mamá, ¿qué tal va esa quemadura? —dice Pasha tomándola del brazo y volviéndolo hacia arriba—. Ya veo que te has quitado mi venda. — Le toca la herida.

Por un momento los cinco permanecen inmóviles y en silencio. Tatiana da unos golpecitos a Pasha en la mano y dice:

—La quemadura está bien. El mundo libre está bien. Y habéis estado viendo demasiado fútbol. Y ahora, quitaos de en medio.

Se da media vuelta y alza la vista para mirar a su hijo mayor, al que no toca; éste tampoco la toca, pero la mira en silencio. Anthony tiene un brillo de inquietud en la mirada, y siente que le escuece el muñón. Quiere decirle algo, pero ella no lo anima a hacerlo.

Jane llega de la despensa con el recién nacido en un brazo y la salsa de arándanos en el otro y dice con exasperación:

—¿Queréis apartaros de en medio? ¿Es que no veis que está ocupada?  
—Chasca la lengua al ver que nadie le hace caso—. Anthony, por favor... al menos ¿puedes ir a abrir la puerta? Hace una hora que suena el timbre.

—Y si lo has oído, ¿por qué no has ido tú? —le dice Anthony a su hermana.

—No sé si te has dado cuenta, pero no sólo estoy cocinando, también estoy dando de mamar a este crío. ¿Qué estás haciendo tú? Exacto. Así que ve a abrir la puerta. En esta casa no eres un general. No tengo que hacerte el saludo militar quinientas veces como hacen mis hermanos. Y ahora ve a abrir.

Mientras Anthony va a abrir diligentemente, Alexander se lleva a Tatiana un momento al pasillo vacío, donde la empuja contra la pared, le levanta la barbilla y la besa un instante antes de que los ojos de Washington los sorprendan bajo las palmeras y las fotos.

La persona que hay en la puerta es una mujer menuda, rubia y muy guapa de treinta y pocos años, vestida con elegancia y sonriente, con una tarta de arándanos en la mano y un ramo de lirios azules. Se presenta como Kerri y dice que es la maestra de cuarto curso de Victoria y una buena amiga de Jane, que por lo visto la ha invitado a cenar, ya que la familia de Kerri está en la costa Este.

—Tú debes de ser Anthony —dice, ligeramente ruborizada e intimidada.

Anthony se pregunta qué habrán estado diciendo Janie y Vicky de él. Deja pasar a Kerri y le ayuda con las flores.

—Tarta de arándanos —dice—. Mi favorita.

—Ah, ¿sí? —Parece complacida y se relaja.



En la cocina, Rebecca ha acorralado a Anthony júnior en un rincón y le dice:

—Tony, mal bicho, dime ahora mismo qué le has hecho a Washington o me chivaré a papá ahora mismo.

Anthony se ha aventurado a un lugar que asegura detestar («un sitio lleno de mujeres cacareantes») para coger un panecillo caliente, pero no ha sido lo bastante rápido para salir.

Quitándose a Rebecca de encima, responde:

—¿Y a mí qué? Díselo... y no me llames Tony.

A punto de cumplir los quince años, Anthony es un junco de un metro ochenta, dos centímetros más alto que sus hermanas. Moreno y eurasiático, es todo rasgos afilados y huesos, y ojos y labios porque se ha cortado el pelo al cero, salvo por la cresta delgada que le recorre el cráneo desde la frente hasta la nuca. Se ha vestido de escandaloso negro para Acción de Gracias, y su actitud es igual de lúgubre.

—¿Qué le has hecho? —repite Rebecca—. Se pasea por la casa como una aparición, mirando las paredes. Ni siquiera quiere ir a ver el fútbol con papá y el abuelo. No le ha dicho ni mu al abuelo, y ya sabes que eso no le gusta nada. ¿Cómo va a conocerlos?

—A lo mejor si dejases de llamarme Tony no tendría que ocuparme personalmente de todo —dijo Anthony júnior.

—Muy bien, Anthony, de acuerdo —accedió su hermana—. Y ahora dime qué le has hecho a mi Washington antes de que te retuerza el cuello. ¿Lo has asustado?

—No —contestó Anthony—. Bueno, si se ha asustado, ése es su problema.

—¡Oh, no! ¿Qué le has dicho?

—Nada. —Anthony hizo una pausa—. Nada. Es muy cotilla, no deja de hacer preguntas sobre papá. Me ha pedido que le enseñe algo de la época que papá pasó en Vietnam.

—¡Oh, no! ¿Y qué le has enseñado? ¿Su cuchillo del SOG?

—No seguiría en esta casa si le hubiese enseñado eso. No, le he enseñado la cosa más inocente del mundo. De verdad, Beck, si ese memo de tu novio no tiene agallas para ver un mechero Zippo, no tiene nada que hacer en esta familia.

—¿Qué mechero Zippo? —Los viejos mecheros Zippo de las Fuerzas Especiales de Anthony estaban grabados con toda clase de dibujos

obscenos e inscripciones brutales—. ¿Qué decía? —Se tapó los ojos—. Por favor, que no sea...

—Este Zippo en concreto decía: «Sí, aunque camine por el valle de sombra y muerte, no temeré mal alguno... —recitó Anthony en tono tenebroso, bajando la voz sólo un poco en la cocina de Acción de Gracias de su abuela, llena de niños, sin advertir la presencia de su padre junto a Kerri en el umbral—... ¡porque soy el cabronazo más malo de todo el valle!».

—¡Anthony júnior! —gritaron Rebecca, Tatiana, Jane y Rachel al unísono.

—Largo de aquí inmediatamente, venga. Y deja ya de armar jaleo como siempre —lo reprendió Anthony, con el rostro serio y en absoluto divertido.

Kerri sonreía y lo miraba todo con expresión entretenida.

Mientras lo sacaban a empujones de la cocina, Anthony júnior, sin inmutarse, le dijo a su hermana Rebecca:

—Ya te lo he dicho, si ese memo ni siquiera aguanta un pequeño Zippo, ¿qué narices hace contigo?

—Eso no debería ser de tu incumbencia... ¡Tony! —repuso Rebecca.

Anthony esbozó una sonrisa cortés a Kerri.

—Los niños de hoy en día, ya se sabe —dijo, pasándole las flores a su madre—. ¡Jane! —llamó a su hermana—. Ha llegado tu amiga.



La cena fue un caos incontrolable, como cualquier cena de Acción de Gracias con quince niños sentados a la mesa, todos apiñados y chillando en la misma mesa. Se rompieron dos bandejas de porcelana, se derramaron cinco copas, el puré de patatas estaba prácticamente frío y alguien se cortó con el cuchillo de la mantequilla. Menos mal que había un médico en la sala.

Alexander trinchó los dos pavos. En la mesa no hubo nadie, ni siquiera los más jóvenes, que se sirviera comida en el plato antes que Alexander.

Le sirvió la bebida a Tatiana, se levantó para hacer un brindis y hasta recitó una oración de Acción de Gracias por la abundancia de alimentos que había en la mesa sin apartar la mirada de su mujer. «Cuanto tenemos es un don que viene de Ti».

Y ahí estaba Washington, mirándola a ella, mirándolo a él.

Las esposas se sentaron junto a sus maridos, todas salvo la mujer de Anthony, que no estaba allí. («¿Dónde está Ingrid, mamá?», había preguntado Jane. «No lo sabemos y no vamos a preguntar —respondió Tatiana—. ¿Me has oído? No vamos a preguntar». Ante lo cual Janie, al más puro estilo de Alexander, repuso: «¡Joder, menos mal! De eso que nos hemos librado. Espero que no vuelva nunca. Siento haber sido yo quien los presentó. Esa mujer no ha traído más que problemas, y lo único que hace es hacerle la vida más difícil»). Kerri se sentó al lado de Jane, y Anthony se sentó junto a sus hijas, que lo mimaban como una madre, le servían la comida, le cortaban el pavo y le llenaban la copa. Con toda la delicadeza posible, nadie hizo ninguna alusión a la ausencia de Ingrid. Los dos hijos de Anthony se sentaron lejos de éste y de cualquier posible pregunta incómoda acerca de su madre ausente.

Sin rastro de comida en el plato, bien rebañado, los niños acabaron de cenar en doce minutos, y los mayores le pidieron al inquietante Anthony júnior que vigilase a Samson en la piscina mientras ellos seguían sentados a la mesa un poco más. Éste protestó enérgicamente y Harry dijo que no importaba. Anthony dijo que no, que su hijo lo haría, y Tommy tiró de su hermano asegurándole que él lo ayudaría. Anthony júnior dijo que no quería levantarse de la mesa tan pronto, como si fuera un crío, y Anthony dijo que no le estaba dando a elegir, ante lo cual Anthony júnior reaccionó levantándose como activado por un resorte, y luego Anthony reaccionó levantándose también como activado por un resorte, lo cual hizo que Tatiana se levantara antes de que lo hiciera Alexander y las cosas se salieran verdaderamente de madre.

—Anthony júnior.

Eso fue lo único que dijo Tatiana, y el chico salió disparado de la mesa. Anthony volvió a sentarse y todo se calmó. Los adultos permanecieron a la

mesa otra hora.

—No pasa nada —dijo Harry—. Es que está en esa edad... Pregúntale a papá cómo eras tú a su edad.

Anthony y Alexander se intercambiaron una mirada y éste dijo:

—Siempre fue un buen chico. Pero además, estaban prohibidos los enfrentamientos violentos.

—Yo tampoco los permito —dijo Anthony—, pero a pesar de todo sigue habiéndolos.

Para cambiar de tema, Washington dijo que a los catorce años siempre se las hacía pasar canutas a su madre cuando su padre no estaba en casa, que era la mayor parte de las veces. Y para cambiar aún más de tema, y porque el propio Anthony tampoco estaba en casa la mayor parte del tiempo, Janie le preguntó a Tatiana hasta cuándo debía seguir dando de mamar a su hijo. Los hombres de la mesa, en especial los tres hombres adultos a los que Tatiana había amamantado de chicos, lanzaron un gemido de protesta.

Para seguir abundando en el nuevo tema de conversación, Mary le preguntó a Tatiana si había tenido alguna complicación al tener a Janie a los treinta y nueve años. Anthony quería saber si era posible que las mujeres, incluso las que eran médicos, hablaran de otra cosa en la mesa de Acción de Gracias que no fuesen los partos y la lactancia materna.

—Sí, hablemos de armas superconductoras en lugar de eso —sugirió Harry.

—No —contestó Tatiana a Mary—, no tuve ningún tipo de complicación.

Luego se quedó mirando a Pasha hasta que éste puso los ojos en blanco y se dirigió a Mary, su mujer:

—¿Qué te he dicho antes? ¿Por qué nunca me haces caso?

Y se vieron obligados a anunciarles a todos que estaban esperando un hijo. Toda la familia se quedó muy sorprendida y contenta. Alexander abrió otra botella de vino de Napa.

Parecía que a Washington se le había comido la lengua el gato, o a lo mejor su silencio era culpa del *piercing*, pensó Tatiana. Sólo contestaba a



las preguntas de la familia con monosílabos, y hasta la radiante Rebecca empezó a dar muestras de impaciencia y frustración a causa del comportamiento de su novio. Lo dejaron en paz y se centraron en hacerle preguntas a Kerri, que era una oradora mucho más vivaz e interesante, se reía con facilidad y era muy atractiva.

Tras un prolongado carraspeo, Washington se decidió a hablar al fin:

—Señora Barrington...

—Por favor, llámame Tatiana.

Eso era imposible. Washington no la llamó de ninguna manera cuando continuó hablando.

—Rebecca... mmm... me ha dicho que ustedes, los dos, su marido y usted... eran de Rusia. ¿No se... no han vuelto ustedes allí después de... ya sabe, después de todos los cambios que ha habido?

Tatiana le contó a Washington que para sus bodas de oro, hacía siete años, sus hijos les regalaron dos semanas de noches blancas en San Petersburgo, pero que al final no fueron.

—¿Es que no... querían ir? —preguntó Washington.

Tatiana no sabía qué decir. *Eto bylo, bylo i proshlo / vse proshlo / i viugoy zamelo...*<sup>[7]</sup>

Fue Alexander quien respondió a Washington.

—Estuvimos a punto de ir —dijo—, pero ya habíamos estado en Leningrado, y luego oímos hablar de un sitio en Estados Unidos donde las noches también eran muy largas y llenas de luz y color... y donde también había ríos que atravesaban los hoteles y circos y tigres y montañas rusas y... ¿qué más, Tania?

—No sé. ¿Copas gratis? ¿Donde no está prohibido fumar en los locales? ¿Comida barata? ¿Cosas interesantes en televisión?

—Sí, y póquer. —Alexander sonrió a sus hijos—. La idea de ver a su madre en ese pozo de decadencia fue un *shock* para nuestros hijos adultos, pero pensamos que nos apetecía probarlo, por divertirnos un poco, y cambiamos Leningrado por dos semanas en el MGM-Grand. —Y entonces sonrió a Tatiana—. A Tania no le fue nada mal, la verdad sea dicha. La suerte del principiante la llaman.

Tatiana asintió.

—Las Vegas es un lugar fascinante —dijo con aire despreocupado—. Estamos pensando en volver a hacer otro viajecito. Miró a Alexander.

Bueno, ¿y qué tiene de malo ir allí una vez al mes? Las Vegas le hace sonreír y olvidar el remordimiento y la imposibilidad de ver con ojos frágiles y avejentados las calles de la antigua vida de ambos, que el tiempo se ha encargado de difuminar, pero que en sus corazones frágiles y avejentados siguen igual de vívidas que siempre. Lo único que tienen que hacer es cerrar los ojos. Y es que Leningrado, la muerte de todas las cosas, es también donde han nacido todas las cosas: cada ocotillo y cada madreSelva que plantan hoy brotó de las calles bombardeadas e iluminadas por el sol de la ciudad ayer, la ciudad que el alma no puede enterrar, no puede ocultar, no puede expulsar.

Washington lanzó un silbido de admiración.

—Nunca había conocido a nadie que hubiese estado casado... cincuenta y siete años —dijo—. Es impresionante. Mi madre lleva casada veinticinco años. —Hizo una pausa—. Pero con tres maridos distintos, con varios novios y varias rupturas en los intervalos.

—Le dije a Washington —intervino Rebecca— que lo vuestro fue amor a primera vista, y él me contestó que no se lo cree porque no cree en el amor a primera vista.

—Yo no dije eso —replicó Washington—. Sí creo que es algo a primera vista, sólo que no necesariamente amor...

Y se calló de repente, ruborizándose hasta la raíz del pelo. Toda la mesa se quedó en silencio. Los hijos mayores miraron a sus padres con expresión incómoda, Tatiana y Alexander se miraron el uno al otro, divertidos, y Anthony fulminó con la mirada a Rebecca, que a su vez fulminó con la mirada a Washington.

Tommy reapareció y le preguntó a Washington si quería salir... Washington se levantó de golpe, raudo y veloz, antes de que Tommy acabara la frase: «... a nadar».

Rebecca se disculpó y dijo que no sabía lo que le pasaba a su novio esa noche.

—Hoy está muy nervioso. Normalmente es un encanto.

Alexander tosió exageradamente y Tatiana le propinó una patada por debajo de la mesa.

—Janie —le dijo a su hija—, tu amiga Kerri debe de saber muchas cosas acerca de nosotros, porque no nos está haciendo ninguna de las preguntas típicas.

Dónde se habían conocido, cómo habían huido, qué ocurrió en Vietnam... Tampoco escudriñaba sus rostros en busca de indicios de cosas acerca de las cuales la buena educación impedía hacer preguntas, que es lo que Washington había estado haciendo todo el día. Kerri no hacía nada de eso.

La joven se ruborizó y se rio.

—Tanto Jane como Vicky me han contado algunas cosas —admitió—. Y la verdad es que son historias fascinantes. Esta familia intimida un poco. Yo soy una simple maestra de escuela, sólo me relaciono con padres de la liguilla de béisbol y con bibliotecarias...

—Los padres de las liguillas de béisbol también pueden intimidar bastante —dijo Tatiana—. No has conocido a nuestro buen amigo Sam Gulotta.

—¿Qué tal está? ¿Crees que vendrá por Navidad? —preguntó Jane—. Kerri podrá conocerlo entonces.

—No conozco a ningún general, ni a consejeros presidenciales ni a ningún prisionero de guerra —continuó Kerri aclarándose la garganta, con un aire un tanto atemorizado—. Pero aunque lo diga alguien que no ha ido a Harvard ni nada de eso, todavía no me he vuelto una cínica. Y sí creo en el amor a primera vista.

Todos se quedaron en silencio un momento, pero no demasiado rato, porque Jane exclamó exultante:

—¡Y Kerri toca la guitarra fabulosamente bien!

Hasta Anthony se echó a reír.

—Ah, ¿sí? —exclamó, mirando divertido a una avergonzada y aturdida Kerri.

Rachel y Rebecca estudiaron a Kerri detenidamente.

—Ah, ¿sí? —exclamaron al unísono.

Antes de que Kerri analizase e interpretase la sonrisa franca de Anthony o, aún peor, se la devolviese, Tatiana se levantó de la mesa, señalando de ese modo el final de la cena, y se dirigió a su hija murmurándole:

—Hija mía, no tienes vergüenza.

—Tienes razón, santísima madre —repuso Janie—. No me queda ni una pizca.

Enviaron a los hombres a jugar al billar, al póquer o a ver la televisión, y Rachel y Rebecca, intentando a regañadientes comportarse como adultas, acompañaron a las demás mujeres a la cocina a recoger. Tatiana no limpiaba. Nadie le dejaba recoger ni siquiera su propio plato. La hicieron sentarse, le sirvieron una taza de té y ella se dedicó a dar instrucciones acerca de dónde debían ir las sobras de la cena. Los niños estaban todos jugando como una pandilla de salvajes en la piscina, todos excepto Samson, que se encontraba en la cocina encaramado a los brazos de Amy, chorreando agua, y Washington, que se había vestido y estaba sentado con el pelo aún mojado a la mesa, al lado de Tatiana.

Rebecca, que ya se había hartado de fregar platos a los cinco minutos, se acercó a la mesa y dijo:

—Abuela, a Washington le encantan tus fotos.

Washington, que estaba sentado a medio metro de Tatiana, no dijo nada.

—Muy bien —dijo Tatiana—, pues dile a Washington que gracias.

—Es muy observador, y se ha dado cuenta de que tienes montones de fotos pero ninguna de tu boda con el abuelo. Quería saber por qué no tienes ninguna.

—Y es Washington el que quiere saberlo, ¿verdad? —dijo Tatiana, con la mirada divertida clavada en el joven del *piercing*—. ¿Ha estado Washington mirando todas las paredes de mi casa? Y si es así, ¿quieres preguntarle qué hacía en mi dormitorio?

Washington, rojo como la grana, respondió con un tartamudeo:

—No... es verdad... a lo mejor... bueno, sí, claro, a lo mejor allí...

—Allí tampoco están —dijo Rebecca—. Ya lo sé. Le dije que es porque las cámaras fotográficas no existían en Rusia en el siglo dieciocho, cuando os casasteis.

—Pues sí que sabes cosas... —le espetó Tatiana a su nieta.

—Pero ¿a que no sabes qué me dijo él? —Con una enorme sonrisa maliciosa, Rebecca bajó la voz—. Él cree que es porque en realidad, tú y el abuelo nunca os habéis casado.

—Conque eso cree, ¿eh?

—¿Qué te parece? —exclamó Rebecca.

—Becky —terció Washington—, ¿es que siempre tienes que decirle a todo el mundo todo lo que se te pasa por la cabeza?

—¡Sí! —contestó Rebecca.

—Vamos a ver si lo entiendo —dijo Tatiana—. Washington no sólo cree que mi marido no me quería cuando me conoció sino que además, tampoco se casó conmigo. ¿Es así?

—¡Así es! —exclamó Rebecca con regocijo—. Bueno, ¿y por qué iba a casarse contigo si no te quería? —Dio un pellizco a Tatiana, y luego le hizo cosquillas—. Venga, abuela, pon a salvo el honor de tu familia. Demuéstrale a Washington que el abuelo te quería y se casó contigo. O si no, dinos algo sobre lo que podamos chismorrear de verdad.

—Sí —dijo Tatiana—, porque pobrecilla, nunca tienes nada de qué hablar —se burló su abuela, infinitamente divertida por su deliciosa nieta.

Alexander y Anthony entraron en la cocina oliendo a humo de cigarrillo.

—¡Socorro, socorro! —exclamó Janie—. ¡Hombres en la cocina mientras estamos limpiando!

—Sólo quería asegurarme de que no te has movido de la mesa —se explicó Alexander—. Te conozco demasiado.

Cogió al bebé dormido de Janie de la trona y se sentó junto a su mujer.

Rachel se dirigió a Anthony.

—¿Has oído, papá? El nuevo novio de Becky cree que eres hijo ilegítimo.

—Vaya, qué chico tan encantador... —se mofó Anthony.

Alexander le guiñó un ojo a Tatiana y todos empezaron a desternillarse de risa, todos salvo Washington, que parecía mortificado y aterrorizado, y que cada vez se iba hundiendo más en la silla.

Rachel y Rebecca seguían azuzando a Tatiana. Amy, Mary y Jane limpiaban y azuzaban a Tatiana. Kerri estaba ayudando a sacar el postre y no decía nada.

Alexander dijo con aire solemne:

—Anthony, ve a limpiar el buen nombre de tu madre. Ve a sacar las fotos para las chicas si quieres. —Miró a Tatiana—. ¿Qué pasa? ¿Es que quieres que piensen que no hice de ti una mujer decente?

Rachel y Rebecca gritaron entusiasmadas.

—No me lo puedo creer, ¡vamos a ver vuestras fotos de boda! —chilló Rachel—. Lo retiro todo, Becks. Washington es un genio. Todo es gracias a él y sus provocaciones. Nadie ha visto nunca esas fotos de boda. ¡Ni siquiera estábamos seguras de que existiesen!

En ese momento el bebé se despertó y empezó a llorar.

—Sólo quiero que sepas, abuela —dijo Rebecca con aire exageradamente solemne—, que yo te defendí: le dije a Washington que tú y el abuelo vivisteis una historia de amor apasionada y arrebatadora. ¿A que tengo razón?

—Si tú lo dices, querida...

Rebecca abrazó a Alexander.

—Abuelo, dime, ¿no es verdad?

—¿Qué pasa, es que estás escribiendo un libro?

—¡Sí! —Se echó a reír—. Estoy escribiendo un libro sobre ti y la abuela para mi tesina. —Acarició la cabeza de su abuelo—. Y voy a escribir en él un montón de cosas que vosotros pensáis que somos demasiado jóvenes para saber —le susurró. A continuación empezó a acariciar a su abuela y a murmurar cariñosamente, besando la cara de Tatiana—: Y si te portas bien, abuelita, y le enseñas a esta aspirante a novelista esa hermosa foto de boda para estimular mi fértil imaginación, te diré lo que dijo en realidad Washington acerca de ti y el abuelo, y él me va a ayudar a escribir mi libro de amor.

—¿Un libro de amor? —exclamó Tatiana—. Bueno, pues desde luego, yo me muero de ganas de que empieces a escribirlo.

Tras las sonoras aclamaciones de sus hijas, Anthony salió al fin de la casa y subió por el sendero serpenteante que conducía al «museo», la casa móvil donde él y sus padres habían vivido desde 1949 hasta 1958.

Está intacta. Los mismos muebles, las mesas, la pintura de las paredes, los armarios de la década de los cincuenta, los tocadores, los vestidores, todo, absolutamente todo intacto, exactamente igual que ha estado siempre.

Y en el vestidor del dormitorio, más allá del uniforme de enfermera, más allá de la esquina derecha del estante superior, está la mochila negra que contiene el alma de Tatiana.

De vez en cuando, cuando tiene fuerzas, o precisamente cuando no tiene fuerzas, Tatiana hurga en el interior de la mochila. Alexander nunca hurga en ella. Tatiana sabe perfectamente qué es lo que Anthony está a punto de ver: dos latas de fiambre enlatado, una botella de vodka. El uniforme de enfermera con el que huyó de la Unión Soviética cuelga al lado del uniforme de enfermera del Phoenix Memorial Hospital con el que por poco se va a pique su matrimonio. La medalla del héroe de la Unión Soviética también está en la mochila, en un bolsillo oculto. Las cartas que recibió de Alexander, incluida la última de Kontum, la que, al enterarse de la gravedad de sus heridas, Tatiana creyó que sería la última. Aquel vuelo de doce horas en avión a Saigón en diciembre de 1970 fueron las doce horas más largas de la vida de Tatiana. Francesca y la hija de ésta, Emily, se quedaron con sus hijos. Vikki, su buena amiga, perdonada por todo, la acompañó para traer de vuelta el cadáver de Tom Richter, para traer de vuelta a Anthony.

En la mochila hay un libro viejo con las páginas amarillentas, *El jinete de bronce y otros poemas*. Las hojas son tan viejas que se deshacen en los dedos al pasarlas. No se puede hojear, sólo se pueden levantar por las esquinas. Y entre las páginas, unas fotografías se engastan como frágiles hojas de pergamino. Se supone que Anthony debe encontrar dos y llevarlas a la casa, que sólo debería demorarse unos minutos.

Fragmentos de Tatiana antes de ser de Alexander. Ahí está con apenas meses, en los brazos de su madre, Tania en uno y Pasha en el otro. Ahí está en el río Luga, con apenas dos o tres años, cabeceando en compañía de su hermano. Y allí, unos años más tarde, tendida en la hamaca con Dasha, una sonriente, morena y guapísima Dasha a los catorce años. Y ahí está Tania, a los diez, con dos trenzas, haciendo el pino encima del tocón de un árbol. Ahí están Tania y Pasha juntos en la barca, Pasha levantando el remo amenazante por encima de la cabeza de ella. En otra está toda la familia al completo. Los padres, el uno junto al otro, no sonríen, *deda* sujeta a Tania de la mano, *babushka* sujeta la de Pasha y Dasha sonríe alegre delante de todos.

Algún día, Tatiana tiene que decirle a Alexander lo mucho que se alegra de que su hermana Dasha no muriese sin llegar a conocer el amor.

Alexander. Ahí está, antes de que fuese de Tatiana, a los veinte años, recibiendo su medalla al valor por rescatar el cuerpo de Yuri Stepanov durante la guerra de 1940. Alexander lleva su uniforme soviético que se le pega al cuerpo, está en posición de descanso y se lleva la mano a la sien en un burlón saludo militar. Esboza una sonrisa radiante, mira con aire despreocupado y toda su masculinidad emana una juventud dolorosamente impresionante. Y sin embargo, estaban ya en plena guerra, y sus hombres ya habían sucumbido al hambre, la muerte y la congelación... Y su madre y su padre ya habían desaparecido... Y él estaba muy lejos de su hogar, y se alejaba cada vez más, y cada día era el último, de un modo u otro, cada día era su último día. Y pese a todo sonríe, radiante, feliz.

Anthony desaparece durante tanto rato que sus hijas empiezan a preguntarse si no le habrá pasado algo, pero aparece en ese preciso instante. Al igual que su padre, ha aprendido a asumir una expresión indiferente y a mantenerse imperturbable. Como debe ser un hombre, piensa Tatiana. Un hombre no llega a ser viceconsejero del Consejo para la Seguridad Nacional sin acorazarse contra las pequeñas adversidades de la existencia. Un hombre no pasa por lo que tuvo que pasar Anthony sin acorazarse contra las pequeñas adversidades de la existencia.



Anthony lleva en la mano dos fotografías desvaídas, aplanadas por las páginas del libro y en las tonalidades sepia que da el paso de los años.

La cocina se sume en un silencio abrumador, y hasta Rachel y Rebecca se quedan sin habla, nerviosas ante la expectativa de ver las tan ansiadas fotos.

—Vamos a ver... —murmuran al tiempo que toman entre los dedos los frágiles retratos en sepia. Tatiana está un poco alejada de ellas—. ¿No quieres verlas con nosotras, abuela? ¿Y tú, abuelo?

—Las hemos visto muchas veces —dice ella no sin emoción en la voz—. Adelante, miradlas.

Las nietas, la hija, el hijo y los invitados concentran la mirada en la foto y se quedan boquiabiertos.

—¡Washington, mira! ¡Míralos! ¿Qué te dijimos?

Shura y Tania, veintitrés y dieciocho años, recién casados. Radiantes, en los escalones de la iglesia cerca de Lazarevo, él con su uniforme de gala del Ejército Rojo, ella con su vestido blanco de las rosas rojas, rosas que son negras en la foto monocromática.

Tatiana está de pie junto a él, cogida del brazo. Él mira a la cámara con una sonrisa enorme. Ella lo está mirando a él, apretando su cuerpecillo minúsculo contra el de él, con la melena clara desparramada sobre los hombros, los brazos desnudos, la boca levemente entreabierta.

—¡Abuela! —exclama Rebecca—. Vas a hacer que me ruborice... Pero ¿has visto cómo miras al abuelo? —Se vuelve hacia Alexander—. Abuelo, ¿te diste cuenta de cómo te miraba?

—Una o dos veces —responde Alexander.

La otra foto en blanco y negro. Tania y Shura, dieciocho y veintitrés. Él la levanta en volandas, rodeándole el cuerpo con los brazos, y ella le rodea el cuello con los suyos, sus rostros jóvenes y radiantes apoyados el uno en el otro, sus labios entrelazados en un beso apasionado. Ella no toca con los pies en el suelo.

—Pero, abuela... —murmura Rebecca—. Pero, abuelo...

Tatiana está atareada limpiando la superficie de granito de la isla de la cocina.

—¿Queréis saber lo que mi Washington dijo de vosotros dos? —dice Rebecca, sin apartar la vista de la fotografía—. ¡Os llamó dos números Fibonacci adyacentes! —Se echa a reír—. ¿A que es muy sexy?

Tatiana niega con la cabeza, mirando a Washington con afecto, a su pesar.

—Lo único que nos faltaba, otro experto en matemáticas. No sé qué crees que te van a dar las matemáticas...

Y Janie se acerca a su padre, que está sentado a la mesa de la cocina con su bebé en brazos, y se inclina sobre Alexander, lo besa, lo abraza y le murmura al oído:

—Papá, ya sé cómo voy a llamar a mi hijo. Es muy simple.

—¿Fibonacci?

Janie se echa a reír.

—Pues Shannon, naturalmente. Shannon.



El fuego está encendido. Fuera ha oscurecido y reina el silencio y la quietud. Ya han tomado el postre; la tarta de arándanos de Kerri estaba tan rica que Anthony ha querido repetir, y no sólo eso, sino que le ha preguntado qué otra clase de tartas sabe hacer y si toca la guitarra acústica o la eléctrica y si sabe tocar su canción favorita, *Carol of the Bells*. Amy y Mary quieren saber dónde ha comprado la base del bizcocho porque estaba riquísima y Kerri, ruborizándose, dice que la ha hecho ella misma.

—¿Que tú has hecho la base del bizcocho? —pregunta una incrédula Amy—. ¿Y quién hace eso?

Al final, los quince muchachos más jóvenes se reúnen en el pasillo en torno a una máquina de karaoke y mientras sus padres, sus abuelos y sus invitados siguen charlando animadamente, ellos cantan una canción tras otra sin importarles si desafinan o no, si siguen el ritmo o no.

Rachel y Rebecca montan todo un espectáculo cantando a pleno pulmón que quieren ser jóvenes para siempre, cuánto les gusta sentirse vivas y que quieren tener dieciocho años hasta el día que mueran.

A todos les encanta el karaoke. Y entonces, Anthony júnior se adueña del micrófono, dirige sus ojos negros a su padre, y sin música, sin una sola nota musical, sin acompañamiento, aparca su aire hosco y huraño tres minutos y se lanza a cantar una asombrosa versión *a capella* de *The Summer of '69* que inunda toda la casa; muestra sus dotes extraordinarias pero profundamente escondidas, los deja a todos sin habla, hasta a los críos de diez años, y después del último verso: «Ésos fueron los mejores días de mi vida», Anthony se ve obligado a salir de la habitación, seguido de Tommy, que lo persigue preguntándole:

—¿Qué pasa, papá? Ha cantado muy bien, ¿qué pasa?

Alexander está sentado en la esquina del sofá junto a la ventana, observándolos a todos, un poco apartado de la algarabía, aunque dos de las hijas pequeñas de Janie, Vicky y Nicky, están acurrucadas junto a él.

Tatiana se acerca y se coloca detrás de él.

—¿Estás bien? —le dice—. ¿Hay demasiado ruido? Sube y acuéstate. Descansa, estás cansado.

Él se echa a reír.

—No empieces, estoy bien —dice—. Pero ¿te has dado cuenta de que a Pasha y a Harry ya se les ha puesto cara de películas caseras? Ahora es el momento idóneo para que me vaya a dar una vuelta. —Se vuelve hacia Tatiana—. ¿Vienes?

Es una pregunta retórica, pues sabe perfectamente que a ella le encanta merodear por allí mientras sus hijos se dedican a diseccionar los segundos del pasado. A él no. Ya no. Alexander coge al bebé de Janie, el monarca recién bautizado como Shannon Clay III, y se lo lleva a pasear por los agaves mientras Tatiana se esconde dentro.

A los niños les encanta hacer eso cada día de Acción de Gracias después del karaoke, es la costumbre de las celebraciones familiares. Apagan la luz del estudio y se juntan todos: las adolescentes, las universitarias de Harvard, este año hasta el novio distante, y la menuda y curiosa maestra de escuela. Con Tommy a su lado pero sin rastro de Anthony júnior, Anthony enciende un viejo proyector de 8 milímetros y no tardan en aparecer en la pared color crema imágenes en blanco y negro que

capturan algunas instantáneas del fluir del río de su vida, imágenes que no cuentan nada y a la vez lo dicen todo. Ven viejas películas de 1963, 1952, 1948, 1947... Cuanto más viejas son las películas, más escándalo arman los niños y sus progenitores.

Este año, como Ingrid no está allí, Anthony les enseña algo nuevo. Es de 1963, una fiesta de cumpleaños, ésta con voces alegres, con tarta, con velas. Anthony cumple veinte años. Tatiana está embarazadísima de Janie. («¡Mami, mira! ¡Es la abuela cuando estaba embarazada de ti!», exclama Vicky). Harry corretea por allí, perseguido sonora e implacablemente por Pasha. En 1999, a los seis niños les encanta ver cómo sus padres hacían el salvaje igual que ellos, y a Amy y a Mary les encanta ver a sus preciosos maridos de pequeños. Todo son exclamaciones de alegría en el estudio. Anthony está sentado en el patio, con el torso desnudo y en bañador, con una pierna apoyada en la otra, tocando la guitarra, «cantándome *Cumpleaños feliz* a mí mismo», dice en ese momento. Sólo que no se trata de *Cumpleaños feliz*. La alegría se disipa un poco ante la imagen del hermano, del padre, tan guapo y completo que les duele en el corazón... y de pronto, aparece en el fotograma una mujer alta, morena y espectacular, vestida con una minifalda y con unas piernas interminables, que acude al lado de Anthony. La cámara se queda fija en él porque está cantando, mientras ella acciona su mechero y le enciende las velas del pastel. Las enciende una a una mientras él rasguea la guitarra y canta el éxito de la época, *Ring of Fire*. La mujer no mira a Anthony ni él la mira a ella, pero en la toma se ve el muslo desnudo de ella enardecido contra la planta del pie desnudo de él cada vez que enciende sus veinte velas más una para que le traiga suerte. *And it burns, burns, burns...*<sup>[8]</sup>. Y cuando la mujer termina, la cámara, que nunca miente, capta un microsegundo del cruce de miradas antes de que ella se aleje, sólo un gramo de materia neutra que explota con la fuerza de diez toneladas de TNT.

Termina el carrete. El siguiente. La novelista en ciernes, Rebecca, dice:

—Papá, ¿quién era ésa? ¿Era la amiga de la abuela, Vikki?

—Sí —dice Anthony—. Ésa era la amiga de la abuela, Vikki.

*Tak zhivya, bez radosti / bez muki / pomniu ya ushedshiye goda / i tvoi sere-bryanniye ruki / v troike yeletevshey navsegda...*

Y así vivo, recordando con tristeza todos los años felices que ya pasaron, recordando tus largos brazos de plata, por siempre en la troika que volaba...

Los hace retroceder aún más en el tiempo, hasta 1947.

—¡Mirad qué graciosa está la abuela! —chillan los nietos—. ¿Está haciéndole un pulso al abuelo?

Sólo se ven los dos finos brazos blancos de ella encima del fuerte antebrazo moreno de un hombre en la mesa de *picnic*.

—Siempre estaba corriendo detrás de ti, Ant.

—¡Qué guapa era!

—Y aún lo es —dice Rebecca.

—Papá, mírate, sentado en su regazo, mira cómo te besa. ¡Qué raro se me hace! ¿Cuántos años tenías ahí?

—Mmm... Cuatro.

—¿Y dónde está el abuelo? Llevas años enseñándonos estas películas y nunca sale el abuelo.

—Es que era él el que filmaba. Ya le habéis visto el antebrazo, ¿qué más queréis? Todo esto es por él. Ella siempre está actuando para él —dice Anthony.

—Vamos, ¿y no tienes aunque sólo sea una sola película con él?

—Me parece que no.

—Vamos, papá. Tienes que tener algo... Vamos, enseñanos al abuelo, papá, por favor...

A regañadientes, Anthony hurga en el armario y saca un rollo de película, y acto seguido, como por arte de magia, parpadeando en la pared color crema ante la mirada embelesada de todos, aparece un joven moreno cerca de la piscina que se pone una camiseta para taparse la espalda llena de cicatrices en cuanto ve la cámara. Se sube de un salto al trampolín, con los brazos extendidos y el cuerpo erguido, antes de arrojar al agua. La mujer rubia está en la piscina. Clic, clic, clic, el proyector chirría. Los dientes blancos, el pelo negro y húmedo y su cuerpo musculoso y de

piernas largas inundan la pared. Las formas desdibujadas de sus cicatrices se hacen visibles. Ha estado trabajando en algún tejado, tiene el tórax amplio, los brazos enormes. Se tira al agua describiendo un arco en el aire, se sumerge hasta lo más hondo y luego tira de los pies de la mujer por debajo del agua. Cuando sale a respirar, ella trata de escapar de él, pero él no la deja. Sólo cuando aparecen juntos en la misma toma puede apreciarse verdaderamente lo enorme que es él y lo diminuta que es ella. Sin sonido, sólo los chirridos del proyector, solos los dos chapoteando, salpicándose de agua, y luego ella se arroja a sus brazos y él la levanta por encima de su cabeza y ella se yergue con su minúsculo biquini, oscilando y extendiendo los brazos para no perder el equilibrio, y por un momento permanecen los dos muy quietos y erguidos, ella en las palmas de sus manos con los brazos extendidos. Y en ese momento, él la lanza al aire y ella se va para atrás en un salto espectacular, y entonces la cámara se echa a temblar de risa, y él también tiembla de risa, y cuando ella sale del agua se encarama a la espalda de él y lo cubre de besos mientras él vuelve la cara hacia la cámara y se inclina y hace un saludo, con una sonrisa. Clic, clic, clic, el carrito se acaba, la pared se queda blanca y el único ruido de la sala es la vibración del proyector.

—Eran tan jóvenes... —murmura Rebecca.

—Como nosotros —dice Washington.



Los hijos se sientan. En alguna parte suena una música suave. Las mujeres y el marido de los hijos están durmiendo. Los hijos de los hijos están durmiendo, hasta los adolescentes, que se han cansado al fin del hockey, el *ping-pong*, el baloncesto y los juegos de mesa, y hasta las estudiantes de Harvard, también es tarde para ellas. El estudiante de matemáticas comparte habitación con Tommy y Anthony júnior, él y sus *piercings* bien lejos de la dulce e inocente Becky.

Los cuatro hijos están sentados alrededor de la isla de la cocina de la casa en lo alto de la colina, en la casa donde crecieron. Han sacado la

comida de medianoche, el relleno de beicon y puerros y trozos de pavo frío. Beben vino añejo y cerveza nueva.

Se sientan a hablar, en ese día de Acción de Gracias se sientan un poco más, en busca de consuelo, de paz, de familia, de recuerdos, de la infancia feliz que compartieron y que terminó acaso demasiado pronto. Se sientan en el oasis de paz y se comen el pan que hace su madre. Durante el día, delante de sus esposas, sus maridos, sus hijos, hablan de deportes y de niños, y de política, trabajo y armamento, pero de noche, las noches como ésa, nunca lo hacen.

Harry y Pasha hablan de cuando salían en barca con él, seguramente en la bahía de Biscayne, cuando eran pequeños. Ambos recuerdan palmeras, agua verde, calor, lo recuerdan como un gigante entre ellos, unos simples renacuajos. Janie no estaba, tampoco Ant. Los sentaba en el banco y les enseñaba a plegar la vela, y luego les daba las cañas de pescar, los anzuelos y los cebos y ellos se sentaban a su lado, con las cañas en el agua. Su madre se sentaba al timón. «Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres». Él fumaba y tiraba de la caña de vez en cuando, y ellos lo imitaban y tiraban de la suya. Los peces se comían los gusanos del anzuelo, pero ellos nunca pescaban ninguno. Luego Harry empezó a interesarse por el anzuelo. ¿Qué más podía atrapar? ¿Podría atrapar un trozo de ropa? ¿Y madera? ¿Y un buen cacho del muslo de Pasha?

—Harry, a ti ya te pasaba algo raro desde mucho antes, ¿lo ves? —dice Janie.

—Sí —interviene Pasha—, pero me arranqué yo mismo el anzuelo de la pierna y me curé la herida yo solo, así que ahí lo tienes también.

—Tú eres como mamá —dice Harry—. Y yo te lo enseñé y aún estoy esperando a que me lo agradezcas. Todos deberíamos tener la fortuna de saber quiénes somos desde el principio.

—Todos nosotros lo sabíamos —dice Jane Barrington—. Desde el principio. —Se vuelve hacia su hermano mayor—. ¿Fue alguna vez a pescar contigo, Anthony?

—Una o dos veces —responde éste.

Y a escasos metros de allí, en la alargada despensa que hay entre el espacioso comedor y la cocina, hay un pequeño hueco entre la pared y los armarios, y en ese hueco hay un taburete, y en el taburete se sienta Tatiana, con los ojos cerrados, la cabeza echada para atrás, con el cuerpo apoyado en la pared de su escondite, temblando un poco, asintiendo, escuchando a los hijos de Alexander, que lo recuerdan con sus voces adultas.



Alexander sale a buscarla y Tatiana, aunque no tiene sueño, se desviste y se mete en la cama con él. Quiere hablar del día, pero él está cansado y le dice que ya hablarán todo lo que quiera al día siguiente. Ella aguarda hasta que él se queda dormido y luego se pone la bata y baja a la cocina ahora solitaria a prepararse una taza de té. Los murmullos de la casa la tranquilizan, sabe cuáles son los tablones que crujen y dónde está la mancha de grasa de un dedito pegajoso. Sabe dónde está la esquina de la alfombra del salón que el travieso labrador de Janie destrozó a mordiscos, al igual que conoce cada goteo del grifo y sabe reconocer el olor a ajo cada vez que pasa por delante de la «tumba de los ajos», como ella la llama, un bote de barro esférico con agujeros encima, una especie de vela aromática sólo que al contrario. La casa lo es todo.

A solas, reflexiona y encuentra allí consuelo. No quiere que el día termine.

Hace el pan.

Mezcla un poco de leche templada con azúcar y levadura fresca y la coloca bajo la lámpara térmica para calentarla. Se sienta en el taburete a tomarse el té y ve cómo la mezcla empieza a subir y a convertirse en una espuma cremosa. Tras removerla con una cuchara y hacerla toda líquida se sienta a ver cómo empieza a hacer burbujas de nuevo.

Al cabo de quince minutos saca la harina, derrite la mantequilla y calienta otras dos tazas de leche. Separa la yema de los huevos y bate las claras hasta que se montan a punto de nieve. Cuando se vuelve, se



encuentra a un adormilado Anthony que la observa desde el otro lado de la isla de la cocina.

—No puedo creer que sigas levantada.

Ella le prepara una taza de té.

—Bueno, ¿y qué te parece el nuevo pretendiente de tu hija?

Anthony se encoge de hombros.

—Yo no tengo que acostarme con él, ¿no? ¿A mí qué me importa? Aunque preferiría que no exhibiese sus joyas linguales delante de toda la familia, pero nadie me ha pedido mi opinión, ¿no?

—Rebecca dice que es su primer amor verdadero —dice Tatiana.

—A los dieciocho años, todo parece amor verdadero —responde él, y entonces se calla de golpe y ambos se miran y no dicen nada más.

«Desde luego que lo parece —piensa Tatiana—. Y a veces lo es».

Anthony la observa mientras ella se mueve por la cocina y mezcla la harina con el azúcar, los huevos, la leche y la levadura hasta que todo queda bien ligado, y luego lo amasa, añadiendo un poco de mantequilla fundida hasta que todo está empapado.

*Tomó un pedazo de pan negro y duro como una piedra y lo cortó en cuatro trozos del tamaño de una baraja de cartas cada uno. A continuación volvió a cortar la baraja de cartas por la mitad. Envolvió una de las mitades para la mañana, y la otra mitad la distribuyó en cuatro platos. Colocó un plato delante de su hermana, otro plato delante de ella misma, otro plato delante de Alexander y otro plato delante de la silla de su madre. Sacó un cuchillo y un tenedor y cortó un pedazo pequeño de su porción. Una gota de sangre de la boca le cayó sobre el plato, pero ella no hizo caso. Se metió el pan en la boca, y lo masticó durante varios minutos hasta que al final se lo tragó. Sabía a moho, con un leve regusto a heno.*

*Alexander se acabó su trozo en un santiamén. Dasha se acabó su trozo en un santiamén. Las hermanas no querían mirar el pan de su madre ni la silla vacía de su madre. Todas las sillas estaban vacías, salvo la suya y la de Dasha. Y la de Alexander. Otra gota de sangre cayó en la mesa.*

*¿Qué le había enseñado su hermana a decir hacía unos días, arrodillada delante de su madre, que había muerto? «Danos hoy nuestro pan de cada día», dijo Dasha.*

—Danos hoy nuestro pan de cada día —dijo Tatiana a sus setenta y cinco años, en su hogar de Scottsdale, Arizona.

—Amén —respondió Anthony—. Tengo recuerdos tuyos haciendo el pan que se remontan a hace cincuenta años. No te das cuenta de lo completo que es como alimento hasta que ves todos los ingredientes que lleva.

Tatiana asintió, sonriendo levemente.

—Sí —dijo, abriendo las palmas de las manos e inclinándose sobre la masa—. Semillas de algodón o heno. Cartón. Serrín. Cola. Un alimento muy completo, el pan.

Tras untar con mantequilla una enorme fuente para el horno, colocó la masa en ella, la cubrió con un paño blanco y la metió en el interior del aparato. Ahora el pan tenía que subir. Se sentó al lado de su hijo y ambos se bebieron el té a sorbos. En la casa reinaba un silencio absoluto, quebrado únicamente por el goteo del grifo.

—Mamá —dijo—, ya sabes que sabemos que te sientas ahí en la despensa a escucharnos, ¿verdad?

Se echó a reír.

—Sí, hijo —respondió con dulzura—. Ya lo sé. —Le acarició la cara y le besó la mejilla—. Háblame de Ingrid. ¿No ha mejorado?

Anthony negó con la cabeza y dejó de mirar a su madre.

—Está peor que nunca. Le ha dicho al médico que todo es culpa mía, que está así por mí. Que me paso la vida fuera, que nunca estoy en casa. —Frunció los labios con una mueca de decepción—. Lleva quince años diciendo eso. «Siempre estás en la carretera, Anthony», como si fuera un camionero. —Chascó la lengua—. Hace dos días la ingresé en el centro de desintoxicación Betty Ford de Minnesota.

—Eso está muy bien. La ayudará.

Él no parecía demasiado convencido.

—Va a quedarse ingresada al menos ocho meses. Le he dicho que no quiero que vuelva a menos que mejore.

Tatiana lo miró fijamente.

—¿Y tus hijos pequeños? ¿Quién va a cuidar de ellos?

—¡Ella no cuida de ellos ahora, mamá! Ése es precisamente el maldito problema. Tommy es un buen chico, pero Anthony júnior siempre está metido en líos. —Anthony suspiró—. Y me refiero a auténticos problemas, en el colegio, con sus amigos, con la policía... —Negó con la cabeza con gesto resignado—. No he querido decir nada antes, durante el día. No quería preocuparos, pero he solicitado al presidente un cambio de destino. No tengo elección, no puedo continuar. Vamos a ver, ¿qué se supone que tengo que hacer? Los niños... yo no puedo dejarlos, y ella ahora no está. —Hizo una pausa—. Vamos a irnos de Washington.

Aquello era una noticia muy impactante: Anthony había vivido en Washington más de veinte años.

—He aceptado un nuevo puesto... como comandante en Yuma.

¡En Yuma! Tatiana asintió, tratando de disimular su entusiasmo.

—Es un puesto para tres años —continuó Anthony—. Inteligencia, armamento, algún que otro viaje... Los chicos vendrán conmigo y básicamente estaré destinado siempre en el mismo sitio. No se lo he preguntado, pero estoy seguro de que Harry me echará una mano con los niños cuando tenga que irme de viaje. Mis hijos se enterarán de lo que es bueno después de pasar una semana con él.

—Estoy segura de que Harry te ayudará —dijo Tatiana con tacto. Sabía que su hijo no estaba contento, y su propia satisfacción no le serviría de nada. Al fin y al cabo, se trataba de la vida de su hijo y no de la de Tatiana—. Ya sé que no te parece algo maravilloso precisamente, hijo, pero sí es maravilloso. Tus hijos van a estar mucho mejor por tener a su padre a su lado. Y Harry se va a volver loco de alegría. ¡Imagínatelo, los dos en Yuma! Me dan ganas de despertarlo para decírselo. —No apartó la mano del rostro desdichado de su hijo—. Estás haciendo lo correcto, y has hecho muy bien. Ten valor —murmuró—. Sé fuerte, tienes mucho que hacer.

Perseo es sólo un hombre. —Sonrió—. No puede estar en todas partes a la vez.

—Gracias —murmuró él, besándole la mano y acto seguido, le dijo, con profundo dolor—: Además, ¿cuántas Andrómedas puede tener un hombre en su vida?

Con la cabeza apoyada en la de su hijo, Tatiana esperaba que al menos apareciese una más.

—Ten fe, campeón —le susurró a su hijo.

De repente oyeron el ruido de unos pasos que les resultaban familiares. Alexander apareció por el quicio de la puerta y no parecía muy contento.

—¿Se puede saber qué es lo que tengo que hacer —le preguntó en voz alta a una Tatiana pillada en falta— para que mi mujer se quede en la cama conmigo? Llevas levantada desde el amanecer y ya son las tres de la mañana. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Te llevarás la silla a su jardín delantero, también? —Se volvió y le hizo señas para que lo siguiera—. Ven —le dijo, en un tono que no admitía réplica—. Ahora mismo. Ven.

En el dormitorio, Tatiana se quitó la bata y se metió desnuda en la cama a su lado, en la vieja y enorme cama de bronce que llevaban compartiendo desde 1949. Alexander se mostró huraño, aunque sólo un momento, porque tenía sueño y quería tocarla antes.

—No podías quedarte en la cama conmigo, ¿no? —Se miraban frente a frente—. Estábamos tan a gusto, tan calentitos... Pero no.

Alexander le acariciaba la espalda, los pechos, los muslos...

—Tenía que preparar el pan para mañana —le susurró ella mientras lo masajeaba con las manos.

—Ahora que llevas cincuenta y seis años en este país, uno de estos días voy a tener que llevarte a un supermercado —comentó Alexander— y enseñarte una cosa que tenemos en el pasillo número doce: se llama pan. De todas clases, a todas horas. Sin cartillas de racionamiento, sin ventiscas, y ni siquiera tienes que esperar en la cola para que te lo den.

Ahora ya estaba relajado, cálido, cercano; le frotó la espalda, murmurándole algo sobre Anthony júnior, que estaba enfadado, y sobre Tommy, que estaba triste, y sobre el bebé, que era muy gracioso, y sobre el

día tan maravilloso que habían pasado, y sin darle mucha importancia a Washington, a pesar de su lisonjería matemática... Siguió hablando en murmullos, y ella lo acarició, proporcionándole alivio y reposo, hasta que ambos se quedaron dormidos.

*Y Tatiana vuela a través de los años y llega hasta la voz de Anthony, que está aprendiendo a acompañarse con la guitarra. Vestidos con las chaquetas de invierno, él y su padre están sentados en el embarcadero de la casa de Bethel Island en diciembre de 1948, y Alexander sujeta ambas cañas de pescar mientras Anthony le enseña a tocar y a cantar Have Yourself a Merry Little Christmas mientras Tatiana cocina una pierna de jamón cocido con azúcar moreno para la cena de Navidad, observándolos desde el interior de la casa flotante, viendo cómo se pelean con los acordes y las notas y las cañas de pescar, padre e hijo muy juntos. Anthony, con cuatro años, sujeta la guitarra en sus bracitos y se apoya en el cuerpo de su padre, de veintiocho años, con un cigarrillo en los labios, mientras ella escucha el regocijo de sus voces, una grave y la otra dulce, que se alzan por encima de los canales, perdiéndose entre las cubiertas...*

Here we are as in olden days.  
Happy golden days of yore<sup>[9]</sup>...

*Dos*

Veloz, el nuevo siglo ha llegado y se ha ido, de un mar a otro y surcando de nuevo las aguas. Tatiana y Alexander han atravesado el viejo mundo, y han atravesado el nuevo mundo también. Han vivido. Sin embargo, los mangos siguen maduros y dulces, los aguacates siguen siendo frescos, al igual que los tomates. Todavía plantan flores en su jardín. Les encanta ir al cine, leer el periódico, leer libros. Una vez al mes van en coche a Yuma a ver a sus hijos y a sus nietos. Harry le enseña a Alexander las últimas armas en las que está trabajando, y eso es lo que

más le gusta a Alexander. Una vez al mes van a Sedona y al Gran Cañón. Una vez al mes van a Las Vegas. Les encanta la televisión norteamericana, las comedias sobre todo. Y otras cosas que la suite del piso treinta y seis del hotel Bellagio en Las Vegas les ofrece.

—Tania, rápido, ven a ver lo que hay en la tele.

Ella se acerca.

—Madre mía...

—¡Qué país! Pan... y esto.

En casa se sientan en el sofá hasta bien entrada la noche. El televisor está apagado y él se da cuenta de que ella está casi dormida. Tienen la manta en el regazo. Ella se sienta con la cabeza apoyada en el brazo de él.

—Tatia —la llama—. Tatiana, Tania, Tatiasha...

—¿Mmmm...? —murmura ella con voz adormilada.

—¿Te gustaría vivir en Arizona, Tatia? —le susurra Alexander, mirando al fuego—. ¿La tierra de los escasos manantiales?

Se fuma el último cigarrillo del día fuera del dormitorio, oliendo el aroma de la noche.

Todas las mañanas nadan en su piscina. Una vez, después de nadar cinco largos y cuando ya estaban descansando, jadeando, sujetándose al borde de la piscina, Alexander dijo:

—¿Sabías que cuando el rey David se hizo viejo, sus consejeros le sugirieron que tomase a una joven virgen para calentarse?

Tatiana se ruborizó ante lo inesperado de aquella revelación.

—No, me vas a matar... —dijo Alexander, atrayéndola hacia sí.

—Creo —dijo Tatiana, cerrando los ojos en sus brazos— que el rey David ya se concedió una joven virgen.

—Sí... —Le besó la cara—. Y lleva calentándolo toda la vida...

Alexander no deja de decirle que los victoriosos no ceden nunca las armas, no guardan las espadas, sino que las colocan en su funda y en un paño escarlata dispuestos a usarlas cuando sea necesario. No deja de decirle, ten cuidado conmigo, que ya no tengo ochenta y un años. Y a veces ella le hace caso.

Ella le prepara tortitas azucaradas para desayunar. Cuando está en casa para almorzar, ella le prepara atún con manzanas, por las tardes se echan una larga siesta y luego Tatiana prepara la cena mientras Alexander ve las noticias en la cocina o le lee el periódico en voz alta. Cenar a solas y luego van a dar un paseo por las estribaciones de las montañas antes de la puesta de sol. O a veces bajan a la ciudad a tomar un helado y se pasean por el centro, a veces conducen unos kilómetros al norte hasta Carefree para montar a caballo por las sendas de las montañas plagadas de saguaros y de chumberas. Su vida conoce un breve período de tranquilidad antes del siguiente *baby boom*. Los nietos traviosos se están haciendo mayores, y cada vez son menos ruidosos, y empiezan a volar del nido.



Anthony no ha dejado de trabajar, sobre todo ahora que el mundo parece al borde de la catástrofe permanente, cuando hay más que hacer que nunca. Cuando se calme, se jubilará, pero todavía no ha llegado el momento. En Yuma, Anthony junior consiguió enderezar su vida, madurar, e ingresó en la Officer Cadet School directamente después del instituto, y luego se fue directamente a Irak. Tommy aún vive con Anthony. Ingrid mejoró, pero fue demasiado tarde, porque en los ocho meses de recuperación que permaneció ingresada, Anthony también logró recuperarse y decidió pasar página, y se volvió a enamorar. Se divorció de Ingrid y se casó con Kerri, que lo acompañaba con la guitarra cuando cantaba, y cocinaba todos los días para él, y lo adoraba sin pretensiones ni condiciones, y se quedó embarazada y dio a luz a la rubísima Isabella.

La hija de Anthony, Rebecca, va a tener su primer hijo el mes siguiente. Resultó que lo que Washington sentía por Becks sí era algo más que un flechazo.

¿Era posible que Rebecca fuese a tener un hijo? Porque hacía sólo un suspiro, una enfermera de dieciocho años se acercaba al oído del padre del padre de Rebecca, un soldado herido en un hospital soviético, para decirle: «Sí, Shura. Vamos a tener un hijo».

Y ahora el padre del padre, el viejo guerrero, está sentado en la terraza del crepúsculo del desierto de Sonora, fumando.

Y la enfermera está sentada a su lado tomándose una taza de té. Alexander sujeta con el brazo el respaldo del balancín blanco.

Todavía están a treinta y dos grados, y el sol proyecta su luz anaranjada sobre los saguaros y las artemisas y se refleja en las montañas rocosas.

Alrededor de Tatiana se extienden las tierras que la madre de Alexander compró para ella, las tierras con un precio tan alto y sin precio. A sus espaldas quedan Alemania, Polonia y Rusia. Y a sus espaldas, más allá de los prados y las estepas, queda la gran ciudad antigua de Perm, antes llamada Molotov, y cerca de ésta, a través de un sendero cubierto de barro entre los bosques, un pequeño pueblo de pescadores del que se fueron en 1942 sabiendo que no volverían a verlo nunca más, y no lo han vuelto a ver.

Mucho más al este, y hacia el sur, a través de una selva traicionera, se halla el río Hué, se halla Kum Kau, se halla Vietnam. Nunca miran en esa dirección.

Sí miran hacia las Western Mountains, hacia las McDowell Hills, el amplio valle que se extiende a sus pies y sobre el que el sol se pone cada noche, miran las llanuras por las que han cabalgado y donde vieron florecer los primeros saguaros, cubriéndose de blanco, donde Anthony encontraba serpientes y liebres, y Pasha diseccionaba escorpiones, y Harry cazaba monstruos de Gila con sus estacas *punji* y Janie metía las manos en los cactus cholla para demostrarle a su padre que era tan dura de pelar como los chicos. No les fue mal a sus hijos, creciendo entre los matorrales del desierto. No les fue nada mal.

—No quiero que esta vida acabe —dijo Alexander—. Ni lo bueno, ni lo malo, ni lo que pasó hace años... nada, no quiero que acabe nunca. —Rodeó a Tatiana con el brazo—. Éste es un lugar fantástico, el crepúsculo sobre este desierto inmenso, dorado y lila, y el millón de luces que parpadean en la tierra fronteriza de mi padre y de mi madre. —Hablaba en tono sereno, en voz baja. Señaló un punto a lo lejos—. ¿Ves nuestro jardín de noventa y siete acres? —dijo en voz baja—. Nuestro propio Jardín de



Verano, justo ahí, al lado de esas lilas rusas, donde nuestras lilas de Arizona, el ocotillo, la lavanda y el girasol del desierto, cubren el horizonte. ¿Lo ves?

—Lo veo.

Y también veía las caléndulas.

—¿Ves el Campo de Marte, donde caminé junto a mi novia vestida de blanco, con las sandalias rojas en la mano, cuando éramos niños?

—Lo veo muy bien.

—Pasamos todos nuestros días temiendo que fuese demasiado bueno para ser verdad, Tatiana —dijo Alexander—. Siempre temíamos que lo único que tuviésemos fuesen apenas cinco minutos prestados.

Tatiana le tomó la cara en sus manos.

—Eso es lo que tenemos todos, amor mío —comentó—. Y pasan volando.

—Sí —contestó él, mirándola a ella, al desierto, cubierto de coral y amarillo—. Pero qué cinco minutos han sido...

El libro de amor de Rebecca dedicado a sus abuelos ya está casi terminado, pero hay cosas que Rebecca no sabrá nunca, que no sabe y que no debe saber.

Tatiana está pensando en los canales Fontanka y Moika, en el puente del Palacio y en otros puentes, en remos y en sandalias, en escayolas y vestidos, en padres y hermanos, una hermana, una madre, un domingo de hace mucho tiempo.

*—Mira, Tania, un vestido nuevo.*

*Papá sacó un paquete envuelto en papel marrón. Tatiana se animó un poco a pesar del brazo escayolado, que le picaba y le dolía.*

*Se le escapó un respingo y la joven se olvidó de su brazo, de sus problemas y del verano perdido. ¡El vestido! ¡Qué vestido...! Blanco, con rosas carmesíes bordadas aquí y allá. Llevaba tirantes de raso en lugar de mangas, y lazos de raso que se cruzaban en la espalda hasta llegar al vuelo de la falda. El vestido era suave y de buena hechura.*

*—¡Pero papá...!*

—*¡Pero papá! —dijo él, imitándola.*

—*Papá, ¿de dónde lo has sacado?*

*Tatiana manoseó el vestido de arriba abajo en busca de la etiqueta cosida a la costura. Fabriqué en France.*

—*¿Lo has comprado... en Francia? —exclamó Tatiana, sin respiración.*

*Sólo pensaba en la reina Margot y en su amado soldado de triste sino, La Môle, consumidos por la pasión en París.*

—*No —contestó el padre—. Lo compré en Polonia. Estaba en una ciudad muy pequeñita llamada Swietokrzyskie cuando vi que había un mercadillo dominical. Vendían unas cosas muy bonitas. Vi el vestido y pensé: «A mi Tania le gustará».*

—*¿Gustarme? Papá, ¡me encanta! Deja que me lo ponga y saldremos a dar un paseo.*

—*No te irás a poner un vestido así con un brazo roto... —le dijo Dasha.*

*Tatiana frunció el ceño.*

—*Pues si no me lo pongo con el brazo roto, ya me dirás cuándo...*

—*Pues cuando ya no tengas el brazo roto —contestó Dasha.*

—*Pero necesito ponérmelo para animarme un poco ahora, ¿verdad que sí, papá?*

—*Tienes razón. —El padre sonrió y asintió—. Dasha, eres una chica demasiado práctica. Deberías haber visto la ciudad en la que lo compré: la ciudad, el vestido, todo para la juventud, para el amor. Te pondrías ese vestido aunque no tuvieras piernas.*

—*Bueno, pues es perfecto para ella, porque no tiene brazo —refunfuñó Dasha.*

—*Póntelo, cielo —le dijo el padre a Tatiana—. Póntelo, tesoro. ¿Sabes lo que me dijeron en Polonia? Que tu nombre significa princesa de las hadas. Yo no lo sabía.*

—*Ni yo tampoco, papá. ¡Qué bonito! ¡Princesa de las hadas!*

*Empezó a dar vueltas sobre sí misma aferrando el vestido contra sí.*

*De modo que fue así como Tatiana, por primera vez en su vida, tuvo permiso para tomar prestadas las sandalias rojas de tiras cruzadas de su hermana, que le quedaban demasiado grandes. Se las ató alrededor de los tobillos, se puso el vestido nuevo y salieron de su piso comunal de Quinto Soviet y se fueron a dar un paseo. Lo hacía lo mejor posible, tropezándose de vez en cuando con los adoquines de Leningrado, con la melena dorada y recién cepillada ondeando al viento.*

*Era una buena forma de describirla: lo hacía lo mejor posible.*

*Compraron una cerveza y, con los sombreros en la cabeza, con sus zapatos de los domingos, fumando cigarrillos y charlando animadamente, respirando el polvoriento aire veraniego de Leningrado, los Metanov se dirigieron hacia el Castillo de los Ingenieros por el puente de granito de Fontanka y atravesaron las puertas posteriores del Jardín de Verano. Caminaron por los senderos y las fuentes del jardín, a la sombra de los frondosos olmos. Las parejas se abrazaban en los bancos entre las estatuas de mármol de héroes antiguos: cerca de Saturno devorando a sus hijos; cerca de la suerte infausta de Eros y Psique; cerca de Alejandro Magno, el comandante de comandantes de la Antigüedad.*

*Los Metanov pasaron por las puertas de hierro dorado del Jardín de Verano y se dirigieron a la orilla del Neva, frente a la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, y recorrieron el camino serpenteante a lo largo de los parapetos de un río centelleante, más allá del Palacio de Invierno, más allá de la aguja dorada del Almirantazgo, hasta la plaza de la catedral de San Isaac, hasta la estatua del Jinete de Bronce.*

*Habían caminado mucho y estaban cansados. Caía la tarde, y las sombras ambarinas empezaban a alargarse. Tatiana seguía con el brazo roto, pero ése era el único vestigio que quedaba de una chica llamada Saika Kantorova. Todo lo demás había quedado relegado al olvido. Nadie de la familia volvió a mencionar jamás ese nombre, ni siquiera de pasada.*

*Era como si nunca hubiese existido.*

*Dasha caminaba con su brazo protector ligado al brazo bueno de Tatiana, y Pasha iba al otro lado, chocándose cada dos por tres con la escayola de su hermana, y la madre y el padre iban cogidos del brazo,*

*hablando en tono íntimo, algo insólito. El padre le compró a Tatiana un helado de crème brûlée, crema de caramelo. Se sentaron en un banco y admiraron el tributo en granito a Pedro el Grande, el Jinete de Bronce, iluminado por la luz del Ártico, bañado en el sol septentrional que se refleja en la quietud del Neva.*

*—Papá, ¿dices que Santa Cruz, en Polonia, es una ciudad bonita? —preguntó Tatiana—. Pero no hay nada comparable a Leningrado en las noches de verano, ¿a que no?*

*—Nada —convino su padre—. Aquí es donde quiero morir.*

*—Estamos aquí, disfrutando de un día precioso, y tú vas y te pones a hablar de la muerte —exclamó la madre—. ¿Se puede saber qué te pasa?*

*—Es tan melancólico, tan ruso... —le susurró Pasha a Tatiana, que se moría de la risa—. Tú no te vas a volver así de sensiblera, ¿a que no?*

*—Lo intentaré, Pasha.*

*—Cuando estaba en Santa Cruz —explicó el padre— también era domingo, y por la tarde fui a dar un paseo al río Vístula, a las afueras de la ciudad. No era tan ancho como el Neva, pero era azul y tranquilo, y el puente que llevaba a la ciudad también era de color azul. Las parejas y las familias se paseaban por el puente con sombreros blancos, comiendo helado y sandía, y los niños se reían, y bajo el puente un joven remaba en la barca en compañía de su prometida.*

*—¿Lo ves, Tania? —dijo Pasha—. En algunas culturas es conveniente e incluso deseable que los hombres remen.*

*Ella le dio un codazo.*

*El padre siguió hablando.*

*—El hombre soltó los remos y los dos se quedaron meciéndose en la barca, simplemente. Ella llevaba un vestido blanco y un sombrero de ala ancha, y en la mano un ramo de lupinos blancos. El sol los iluminaba con su luz. Me detuve en el puente y estuve observándolos durante largo rato. —Lanzó un suspiro—. Me sentí feliz de estar vivo. Ojalá lo hubieses visto, milaya Tania.*

*—¿Y no te habría gustado que milaya yo también lo hubiese visto, papá? —preguntó Dasha.*

—¿Y yo, Georg? ¿No te habría gustado que tu amada esposa lo hubiese visto a la vez que se comía un helado y llevaba un sombrero blanco? —dijo la madre.

*En algún lugar, a lo lejos, se oyó la voz de un trovador cantando, derramando su voz de tenor por las aceras, reverberando en el cristal del río iridiscente.*

Gori, gori, moya zvezda  
Zvezda lyubvi privetnaya  
Ti u menya odna zavetnaya  
Drugoi ne budet nikogda...

*Brilla, brilla, estrella mía,  
estrella mía de amor, eternamente,  
tú eres la única, la elegida,  
no habrá otra para mí...*

*Apretujada entre su padre y Pasha, Tatiana, con catorce años, lamía el helado en el banco acompañada de su familia, frente al Jinete de Bronce, y veía con toda su alma, sentía con toda su alma el día blanco, las casas de estuco, el sombrero de ala ancha y el joven con remos en las manos y una sonrisa en el rostro, transportando en la barca a su amada del lupino blanco bajo el puente azul que conducía a una pequeña y sosegada ciudad de Polonia llamada Santa Cruz; veía con toda su alma, sentía con toda su alma la vida divina, el amor divino.*

*Tres*

En el nuevo milenio, un domingo, Tatiana se sienta en un banco en el centro de Scottsdale, a la sombra de las palmeras, al estilo del Oeste, lleno de galerías de arte, immaculado, universal, multicultural y a la vez profundamente norteamericano. Han ido de compras, han almorzado, han ido a una librería, a una tienda de antigüedades, a una tienda de cortinas, a

una ferretería, a un videoclub. Son las tres o las tres y media de la tarde. Tatiana lleva un sombrero y va vestida toda de blanco para protegerse del sol, pero lo cierto es que adora el sol. Está sudando, jadeando, y le falta el aliento, pero no le importa. Se sienta en el banco pensando que si se queda allí un minuto más se va a achicharrar, como el azúcar quemado. No es la mejor hora para estar en la calle, hace demasiado calor, no hay otro olor más que el aroma del calor, pero eso a ella no le importa. Alexander, a quien el calor no le gusta tanto como a ella, se ha ido a comprar algo para beber.

Tatiana se sienta bajo las palmeras y se come su helado. Es verano, es junio, al día siguiente es su cumpleaños. Bajo el sombrero, entre dientes, tararea una vieja tonada rusa de hace muchísimo tiempo.

Pestañea y levanta la vista de su helado.

Al otro lado de la calle, Alexander sonríe.

Llega un autobús local con destino al centro de Phoenix, y al pasar le tapa a Tatiana. Alexander mueve la cabeza hacia uno y otro lado.

Aquél fue el momento en Leningrado, en una calle desierta, en el que su vida se hizo posible, en el que Alexander se hizo posible. Así, tal como estaba, allí, un joven oficial del Ejército Rojo ocioso, con todos sus días sin futuro y todos sus apetitos sin control ni freno, de patrulla el día que la guerra estalló para Rusia. Se quedó inmóvil con el fusil echado al hombro y posó sobre ella sus ojos impregnados de avidez; ella, que se comía su helado con fruición, radiante, rubia, esplendorosa, arrebatadora, cantando su canción. La miró, con toda su vida desconocida por delante, y he aquí lo que pensó:

«¿Cruzo la calle o no?».

¿Debía seguirla? ¿Debía subirse al autobús tras ella? Qué locura... Rodea el vehículo y le parece que está corriendo. Deja de correr. Camina despacio hacia el banco donde ella está sentada. Se planta delante de ella y ella levanta la vista para mirarlo detenidamente, y sigue levantándola, porque es altísimo.

El pelo de Tatiana es cada vez más blanco. Alexander pestañea y vuelve a ser rubio y largo de nuevo. Se le han borrado todas las arrugas del

rostro. Los ojos verdes lanzan chispas, las pecas se multiplican, el dedo del pie de la sandalia roja se balancea hacia arriba y hacia abajo al compás de su pierna, y el tirante de su vestido blanco se le resbala del hombro. Sonriendo, dice:

—Tatiana, como siempre, se te está derritiendo el helado. —Alexander extiende la mano... y le limpia la comisura de los labios y le sube el tirante del vestido—. Hace un calor espantoso —protesta, sentándose en el banco. Luego abre su lata de Coca-Cola y se enciende un cigarrillo—. No me puedo creer que accediera... no, que eligiera venir a vivir aquí. Ahora mismo estaríamos en la bahía de Biscayne. —Niega con la cabeza y se encoge de hombros. Da una larga calada al cigarrillo y mira a Tatiana. Están sentados hombro con hombro—. ¿Y bien? ¿Estás maquinando alguna de tus respuestas ingeniosas para mí?

Tatiana se vuelve hacia él, lo mira y sonríe.

—¿Quieres saber cuál es el final feliz para un ruso? —dice—. Cuando el héroe, al término de su propia historia, descubre al fin la razón de su sufrimiento.

Alexander toma otro sorbo de su Coca-Cola y dice:

—Tus chistes son cada día más malos. —Le da un golpecito con la pierna extendida. Ella lo coge de la mano—. ¿Qué pasa?

—Nada, soldado —dice Tatiana.

Alexander piensa en veleros en mares lejanos, en el desierto de su remota infancia, en el fantasma de la fortuna, en la muchacha del banco. Cuando la vio, vio algo nuevo; lo vio porque quería verlo, porque quería cambiar su vida. Se apartó del bordillo de la acera y se alejó del precipicio.

«Cruza la calle, síguela, y ella dará sentido a tu vida, ella te salvará. Sí, sí, cruza».

—«Algún día nos encontraremos en Lvov, mi amor y yo...» —tararea Tatiana, comiéndose su helado, en nuestro Leningrado, en el junio perfumado de jazmín, cerca de Fontanka, del Neva, del Jardín de Verano, donde seremos jóvenes para siempre.

Fin





PAULLINA SIMONS. Nació en Leningrado en 1963 con el nombre de Paullina Handler. Vivió con su madre, ingeniero, su padre, abogado civil, sus tíos y su primo en las dos habitaciones en las que ubicaría la estancia de los personaje de su novela *El jinete de bronce* y de su heroína Tatiana.

En 1968, cuando tenía cinco años, su padre fue arrestado por agitación anticomunista al escribir cartas al diario *Pravda* en las que defendía el imperio de la ley frente al poder del estado. Fue encarcelado durante un

año, y luego juzgado y, en tres días, declarado culpable, enviándolo a un gulag durante dos años más. Después de su liberación y exilio, decidió que era hora de poner en acción su sueño: sacar a su familia fuera de la Unión Soviética. Sus años de prisión le habían dado el tiempo y la oportunidad de hacer algo que les cambiaría la vida: Yuri Handler había aprendido inglés.

En 1973, pidió al gobierno soviético permiso para emigrar y Leónidas Brezhnev se lo concedió. Llegaron a Nueva York el día de Acción de Gracias de 1973.

El sueño de Paullina desde su infancia en Leningrado fue convertirse en escritora, de hecho sus primeros intentos los realizó, ya en inglés, a los doce años.

Graduada por la Universidad de Kansas en ciencias políticas, trabajó como periodista financiera y traductora entre otras varias ocupaciones antes de publicar en 1995 *Tully*, su primera novela.

Aunque sus libros más conocidos son los que componen la trilogía de *El jinete de bronce*, muchas de las novelas de Paullina han llegado a las listas internacionales de los más vendidos en países como Australia y Nueva Zelanda, donde tiene un gran éxito entre sus fans.

En la actualidad Paullina y su segundo esposo viven en Long Island, Nueva York, y tiene cuatro hijos. De mayor a menor son: Natasha, Misha, Kevin y Tatiana (nombre de la heroína de *El jinete de bronce*).

# Notas

[<sup>1</sup>] En inglés, *pincushion* es un término peyorativo para referirse a una mujer que mantiene relaciones sexuales con muchos hombres. (*N. de la T.*) <<

[2] Letra del popular villancico *Deck the Halls*. La traducción aproximada al castellano de este verso sería: «Adornad las salas con ramas de acebo...». (*N. de la T.*) <<

[3] Letra del popular villancico *Deck the Halls*. La traducción aproximada al castellano de este verso sería: «Es tiempo de alegría...». (*N. de la T.*).

<<

[4] En la terminología del blackjack el vocablo *busting* se refiere al hecho de pasarse de 21. Las cartas *busting* son, por tanto, las que producen puntuación por encima de ese valor y hacen que el jugador pierda en esa mano. (N. de la ED.). <<

[5] Siglas en inglés correspondientes a Prisoner of War / Missing in Action.  
Prisionero de guerra / Desaparecido en combate. (*N. de la ED.*). <<



[6] Como un río, ahora sé... que esto es amor. Te quiero, Anthony. Te quiero. Qué dulce vida que pasé contigo. (*N. de la ED.*). <<

[7] La traducción aproximada del ruso al castellano sería: «Y así fue, así fue y así pasó / todo pasó / y el viento se lo llevó». (*N. de la T.*). <<

[8] «Y arde, arde, arde...». (*N. de la T.*). <<

[9] Aquí estamos como en los tiempos antiguos.

Felices días dorados de antaño. (*N. de la ED.*). <<